

Anthony Burgess

**Prólogo de
Rodrigo Fresán**

**PODERES
TERRENALES**

Lectulandia

Saga panorámica del siglo xx centrada en la relación tormentosa entre un respetado escritor homosexual y un hombre de fe. Kenneth Tommey, escritor encumbrado y ya improductivo, agnóstico, homosexual y declarado apóstata, es requerido para que confirme una supuesta curación milagrosa de la que fue testigo hace medio siglo. El autor del prodigio es Carlo Campanati, elegido Papa con el nombre de Gregorio XVII y en proceso de canonización tras su fallecimiento. Obra maestra de Burgess, *Poderes terrenales* combina una penetrante e irónica visión de la historia con un humor absolutamente original.

Lectulandia

Anthony Burgess

Poderes Terrenales

ePub r1.0

Titivillus 11.03.15

Título original: *Earthly Powers*
Anthony Burgess, 1980
Traducción: José Manuel Álvarez Flórez
Prólogo: Rodrigo Fresán

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Apuntes para una teoría del milagro

UNO

Los lectores consecuentes de Anthony Burgess —y esto habla bien de su tan voluminosa como variada e imprevisible obra— no suelen ponerse de acuerdo en cuanto a cuál es el mejor libro de este escritor inglés.

Así están los que juran por su debut un tanto tradicional y criptoautobiográfico con la llamada *Trilogía Malaya* (publicada entre 1956 y 1959); los que prefieren ese experimento lingüístico y protopunk que es *La naranja mecánica* (1962); los que alaban las acrobacias escatológicas de la serie de libros protagonizada por el poeta maldito y maldiciente F. X. Enderby (reunidas hacia el fin del milenio en *The Complete Enderby*); o los que prefieren sus históricas novelas históricas protagonizadas por Napoleón, Shakespeare, Jesucristo, Marlowe y que pase el que sigue. Otros —los más radicales o *snoobs*— favorecen su faceta de ensayista, músico, divulgador cultural o mercenario guionista de cine.

Todos ellos —sin embargo— coinciden en un mismo punto acordando que *Poderes terrenales* (1980) es una de sus más grandes obras. Por lo que cabe afirmar —si a todos los antes mencionados sumamos ese muy nutrido grupo que está más que seguro de que Burgess jamás llegó más alto y brilló más que en esta novela— que, entonces, *Poderes terrenales* es el mejor libro de este hombre portentoso, nacido en Manchester en 1917, pero con el mundo entero como hogar y patria y destino.

DOS

Uno de los títulos originales de *Poderes terrenales* —uno de los varios que le había puesto Burgess mientras la escribía— era *Los creadores*. Y si algo queda claro es que aquí leemos y disfrutamos de un creador en la summa de sus poderes^[1].

De ahí que *Poderes terrenales* pueda leerse casi como un compendio de sus obsesiones^[2] a la vez que una suerte de *greatest hits* donde se reformulan sus ideas y sus trucos con una gracia y elegancia nunca superadas antes o después por el autor. En este sentido, debe considerarse *Poderes terrenales* como la novela burgessiana total del mismo modo en que —aunque con diferentes modales— *Ada, o el ardor* es la novela nabokoviana total.

De ahí también que el biógrafo Roger Lewis —en su *Anthony Burgess, 2002*— defina *Poderes terrenales* como si se tratase de «todos sus libros anteriores dentro de uno» y de «una comedia que simula ser una tragedia».

TRES

Burgess, por su parte, no dudó en revelar que consideraba el libro todo un desafío, incluso para su habitual velocidad^[3] y en una carta a su editor alemán, a punto de poner su punto final, lo sintetizaba como «mi intento de demostrar que puedo escribir algo tan largo como esos novelones del siglo XIX (aunque Dickens y Tolstoi escribían muchas páginas porque primero publicaban en entregas, forma del oficio con la que, ay, ya no contamos). He aquí un relevo panorámico del siglo XX narrado por el cuñado del ficticio papa Gregorio XVII y un intento de encontrarle una explicación al condenable misterio del bien y del mal manifestándose en el peor siglo que la humanidad jamás haya conocido. También se supone que sea divertida^[4]».

Burgess consideraba la novela como «la única gran forma literaria que nos queda. Tiene la capacidad de albergar todas las formas literarias menores. La novela tiene actualmente el monopolio de la forma» sin por eso negarse o renegar de la certeza de que «todas mis novelas intentan ser, diríamos, un entretenimiento serio, sin propósito moral, sin solemnidad. Lo que yo quiero es complacer».

De acuerdo en todo y aquí está la incontestable evidencia de sus intenciones realizadas.

Poderes terrenales se las arregla para hacer comulgar en un solo rito lo mejor de ambos mundos: complace y entretiene pero, además, es prueba cabal e innegable de que se trata de un perfecto exponente de esa única forma que nos va quedando en un mundo y una cultura cada vez más deformes. *Poderes terrenales* es, al mismo tiempo, una celebración del orden narrativo puesta al servicio de la descripción de un mundo caótico. El intento exitoso y excitante de encontrar cierta armonía celestial en un

paisaje diabólicamente descompuesto en su composición.

CUATRO

Y *Poderes terrenales* es, básicamente, el duelo imposible de resolver de dos opuestos complementarios esgrimiendo dos tipos de fe diferentes, pero aun así imposibles de no hacer comulgar. Lo espiritual y lo intelectual. El desafuero y la penitencia. Lo divino y lo profano. Una sucesión de figuras y credos encontrados que, sin embargo, jamás pueden perderse de vista unos de otros.

El Tema en cuestión era algo en lo que Burgess venía reflexionando desde hacía años y en una entrevista de 1971 con *The Paris Review* —cuando se le recordaba una declaración en cuanto a que «creo que el Dios equivocado está gobernando temporalmente el mundo y que el verdadero Dios ha entrado en la clandestinidad»— respondía: «Aún tengo esa convicción... Se me ha señalado que yo parezco mantener, de algún modo, una creencia tradicional cristiana en la idea del pecado original... Las novelas tratan de conflictos. Y el mundo del novelista es un mundo de oposiciones esenciales de carácter, aspiraciones y demás. Sólo soy un maniqueo en el sentido más amplio, en el sentido de creer que la dualidad es la realidad última: la parte del pecado original no es en realidad una contradicción, aunque sí lleva a herejías deprimentemente francesas, como el jansenismo de Graham Greene, así como el albigensianismo (la religión de Juana de Arco), el catarismo y cosas así. Tengo derecho a una teología ecléctica como novelista, aunque no como ser humano».

CINCO

Dicho y hecho y escrito y *Poderes terrenales* es la manifestación terrena de esa «teología ecléctica» del Burgess novelista. Su Biblia privada y su credo artístico. Y, a

la vez, su sala de juegos y recreación donde mezclar y confundir (en un bendito minué endiablado) las figuras del escritor homosexual Kenneth Toomey (creado a partir de partes iguales de Somerset Maugham^[5] y Noël Coward con varias pizcas de Anthony Burgess^[6]) y de Carlo Campanati alias el Santo Padre Gregorio XVII (cuya vida y papado comparten algunos detalles con los de Paulo VI).

Y lo importante, lo original, lo —sí— «divertido» es que alcanzada la última de los varios cientos de páginas de la novela no estamos del todo seguros quién es el pecador y quién es el santo.

O —como expresa Lewis en su ya mencionada biografía— «en *Poderes terrenales* nadie es quien piensa que es».

Y, además, no hay que olvidar que el narrador no es alguien en cuya versión del asunto podamos confiar ciegamente: es un anciano, es vengativo, se sabe parte de la historia, pero no necesariamente histórico y, *last but not least*, es un personaje de Anthony Burgess^[7].

Así, el «dilema» religioso de la novela es, por lo tanto, un dilema novelístico donde dos planetas diferentes de un mismo sistema (Toomey y Campanati) orbitan alrededor de un sol tal vez muerto, tal vez perversamente equívoco al que a falta de mejor nombre denominamos Dios mientras sospechamos todo el tiempo que ha sido el Diablo quien ha puesto en funcionamiento todo eso de la Ley de Gravedad: aquello cuya ausencia puede elevarnos hacia nuestra perdición y su presencia nos precipita a la más terrena y acaso segura de las existencias.

¿Es Campanati un agente demoníaco? ¿Es Toomey un pecador por amor al arte? ¿Son los milagros algo cuya polaridad nunca está del todo clara? *Poderes terrenales* se ocupa de todo ello con una gracia divina y un desenfreno de minué pasado de revoluciones para terminar ofreciendo una de esas novelas cuya trama aparece proyectada contra la pantalla cinematográfica del siglo xx^[8].

Y otra cosa importante: *Poderes terrenales* es sacra y mefistofélica a la vez porque —a nivel formal— lo que intentó y consiguió en ella Burgess fue «jugar» con el ADN del *best-seller* dignificándolo sin por eso dejar de divertirse manipulando sus poleas y tensando sus resortes^[9].

En el segundo volumen de sus memorias o «confesiones». —*Ya viviste lo tuyo* (1990)— Burgess narra así la génesis, las intenciones y los efectos conseguidos y provocados por el libro: «En los grandes días de la novela, el sentido de los acontecimientos, su longitud y hasta su desorden aparecían impuestos por los procedimientos editoriales de la época. Las novelas de Dickens muestran una técnica de la acumulación esencialmente de tipo picaresco: la estructura no es lo importante. Escribir hoy una novela larga, digamos de unas 650 páginas, te obliga, en cambio, a erigir primero un andamio donde todo aparezca más o menos fijo y ordenado antes de siquiera sentarte a escribir la primera palabra^[10] (...) En mi caso, esta extensa estructura tendría su núcleo en una pequeña anécdota. Un Papa está a punto de ser

canonizado. El Vaticano necesita evidencia de su santidad. Un milagro, por ejemplo. Cuando fue un simple sacerdote, el futuro Papa curó a un niño de una meningitis terminal mediante el poder de la oración. El niño crece hasta convertirse en una especie de Jim Jones, el líder de una secta religiosa que lleva a sus fieles a un suicidio en masa. Dios, permitiendo el milagro, claramente autorizando a su beneficiario a que luego cometiera un acto de gran maldad. (...) ¿Cuál es el curioso juego al que juega Dios? Si Dios es también el Diablo, el príncipe de los poderes del aire, entonces es más que probable que el Mal resulte del Bien. Si nuestro siglo puede llegar a ser explicado de algún modo es en los términos de Dios convirtiéndose en su opuesto^[11]».

Y en un artículo para *The Washington Post*: «Cabe pensar que cuando Dios altera los procesos de la naturaleza tiene algún tipo de plan especial entre manos. Al enfrentarnos a esta intención particular nos medimos cara a cara con el gran misterio del Bien y el Mal. Y tal vez resulte demasiado fácil pensar en una perpetua batalla entre Dios y el Diablo: el universo no puede estar sostenido por una dicotomía tan simple. Tal vez, si Dios existe, esté más allá del Bien y del Mal y no sea otra cosa que un poder definitivo al que la humanidad le interesa poco y nada. Tal vez Dios no esté de parte de nadie».

Y aquí viene lo más interesante de todo: Burgess decidió tratar un tema tan profundo dentro de los lineamientos del *best-seller* entendiendo el *best-seller* como algo que puede llegar a ser noble y perfecto e iluminador^[12]. En la misma línea que novelas como *Ragtime*, de E. L. Doctorow, la *Trilogía de Deptford*, de Robertson Davies, *Monstruos de buenas esperanzas*, de Nicholas Mosley, el *Cuarteto de Pyat*, de Michael Moorcock, o *Criptonómico*, de Neal Stephenson, *Poderes terrenales* lleva su Tema y su Dilema más allá de sus argumento y parece preguntarse: ¿puede algo que se supone bajo y vulgar como un *best-seller* acabar engendrando algo mucho más cercano a la pura y dura novela de ideas? La respuesta es sí.

El mismo Burgess se refirió durante la salida del libro a su look de *american blockbuster*^[13] con portada rotunda y tipográfica y una foto del autor prolijamente despeinado —un «envase» donde cabía tanto la mafia como James Joyce, Hollywood y Mussolini— apuntando que era «más una parodia del género que la cosa verdadera» y señalaba ciertas dificultades que lo separaban de las novelas populares: ataque a la Iglesia, narrador homosexual y el Mal «no aparecía representado como una propiedad gloriosa al estilo de *El exorcista* o *El bebé de Rosemary*». Aun así, el libro se contó entre los más exitosos de Burgess, fue candidato en Inglaterra al *Booker Prize* (que ese año acabó ganando William Golding por su *Ritos de paso*), fue seleccionado en los Estados Unidos por el *Book of the Month Club* y estuvo en las listas de los más vendidos durante meses en Francia^[14] donde ganó el *Prix du Meilleur Livre Etranger* de 1981 con la bendición de Bernard Pivot desde su programa de televisión *Apostrophes*, donde calificó a Burgess como uno de los tres mejores novelistas europeos junto a Günther Grass y Alberto Moravia.

Colegas de prestigio no vacilaron en señalar sus méritos. Martin Amis explicó, ingenioso pero preciso, en las páginas del *New York Book Review*, que «hay dos clases de novela larga. Las novelas largas del primer tipo son novelas cortas que duran demasiado. Las novelas largas del segundo tipo son largas porque deben serlo, mereciéndose su amplitud por las exigencias que le hacen tanto al escritor como al lector. *Poderes terrenales* es una novela larga de la segunda clase, lo que la hace doblemente admirable... Una cruza entre Herman Wouk y Saul Bellow^[15]».

William Boyd —quien también definió, con afectuosa ironía, sus dos volúmenes de autobiografía como «entre las mejores novelas de Burgess»— la sintetizó como «su obra maestra, y es que cuesta discutir con su inmenso y confiado brío».

Malcolm Bradbury escribió que «se las arregla para amalgamar la historia literaria, social y moral del siglo con riqueza cómica y sabiduría enciclopédica».

George Steiner proclamó que «el mundo es un sitio más brillante con la llegada de *Poderes terrenales*, un festín de aliento imaginativo e inteligencia que eleva nuestra idea de la ficción».

Y la crítica no dudó en unirse a la fiesta señalándola como la obra más consistente y gratificante del autor hasta la fecha.

Burgess volvería al tema de la Fe y de la Historia en libros posteriores como *El fin de las noticias del mundo* (de 1983, que puede leerse como un depósito posmoderno de materiales y preocupaciones descartadas de *Poderes terrenales*), *El reino de los réprobos* (de 1985, repasando de manera poco reverente los turbulentos inicios del cristianismo) y *Cualquier hierro viejo* (1989, suerte de saga familiar condensada donde el objeto de adoración y culto es la mítica espada Excalibur del rey Arturo).

Pero, otra vez, lo del principio: nunca costó menos creer y nunca se cree tanto en Anthony Burgess como en *Poderes terrenales*.

SEIS

Y tratando este libro sobre la ambigua naturaleza de lo milagroso no estará mal cerrar con un último apunte sobre el milagro de la vida y obra de Burgess.

Porque —la historia es conocida— Burgess también fue víctima y beneficiario de un portento no del todo fácil de explicar.

Fue en Borneo, en 1958, donde Burgess perdió el sentido mientras impartía una clase de historia (el tema eran las consecuencias de la revolucionaria *Boston Tea*

Party) en un aula del Sultan Omar Ali Saifuddi College. Se le diagnosticó un tumor cerebral inoperable, se le dijo que le quedaba cuando mucho un año de vida. Por lo que Burgess se puso a escribir desenfrenadamente para poder dejarle algo —derechos de autor— como herencia a su esposa. Burgess sobrevivió; su esposa murió de cirrosis una década después y de ahí, a partir de entonces, la prolífica velocidad que ya nunca cesaría.

Los biógrafos de Burgess posteriormente afirmaron que el episodio nunca tuvo lugar (o que la debacle física se debió a agotamiento y demasiada bebida), que jamás se diagnosticó un tumor o se puso fecha alguna de vencimiento y que, una vez más, todo fue producto de la irrefrenable mitomanía de un hombre al que se le ocurrían demasiadas historias, todas buenas.

No importa, qué importa.

Lo que sí importa es que Anthony Burgess sobreviviera o viviera para escribir novelas como *Poderes terrenales*.

Si les debemos semejante placer y privilegio al Dios o al Diablo tampoco preocupa demasiado.

Sea quien fuera, bendito o maldito, a quien corresponda: muchas gracias por este milagro.

Rodrigo Fresán

Poderes Terrenales

Para Liana

1

Era la tarde de mi ochenta y un aniversario, y yo estaba en la cama con mi ganimedes, cuando anunció Alí que había venido a verme el arzobispo.

—Está bien, Alí —dije, en trémulo español, a través de la puerta cerrada del dormitorio principal—. Llévale al bar. Sírvale algo de beber.

—*Hay dos. Su capellán también.*

—Bien, bien, Alí. Sírvale también algo a su capellán.

Me retiré hace diez años de la profesión de novelista. No tendrá más remedio que admitir el lector, sin embargo, si es que conoce algo de mi obra y se toma la molestia de releer ahora esta primera frase, que nada he perdido de mi vieja astucia para maquinari lo que se llama *un impresionante principio*. Pero no hay, en realidad, ninguna maquinación en el asunto. La realidad juega a veces en las manos del arte. Que tenía ya ochenta y un años no podía dudar lo siquiera: a lo largo de toda la mañana habían estado llegando telegramas de felicitación ratificándolo. Geoffrey, que estaba poniéndose ya sus estrechos pantalones de verano, era, digamos, mi ganimedes o amante masculino, además de mi secretario. El arzobispo era, desde luego, un arzobispo auténtico. La hora, poco más de las cuatro de la tarde de un día de junio maltés... el 23 para ser exactos y para ahorrar a los verdaderamente interesados la molestia de consultar el *Who's Who*.

Geoffrey sudaba demasiado y estaba engordando muy deprisa (¿por qué digo *muy deprisa*? Geoffrey nunca hacía nada muy deprisa). La vida, creía yo, le resultaba demasiado fácil a aquel muchacho de treinta y cinco años. En fin, el momento de nuestra separación no podía demorarse mucho más, por la simple naturaleza de las cosas. Geoffrey no se sentiría muy complacido cuando asistiera a la lectura de mi testamento. «La vieja zorra, amigo, con lo que hice por él». Yo también lo haría por él, pero póstumamente, póstumamente.

Me quedé un ratito echado, desnudo, moteada la piel de manchas, cetrino, flaco, fumando un cigarrillo que debería haber sido poscoito, pero que no lo era. Geoffrey se puso las sandalias resollando, arrugando la barriga en tres masas de grasa al agacharse. Luego se puso la cazadora florida. Por último, se ocultó tras las gafas de sol, que eran del género insolente, de esas cuyas convexidades chispean metálicos espejos hacia el mundo. Contemplé en ellas con claridad mi cuello y rostro octogenarios, la anciana severidad famosa de quien ha vivido la vida muy intensamente, los tendones descarnados, lo mismo que cables, la clara anatomía de las quijadas, el cigarrillo Fribourg and Treyer en su boquilla Dunhill relacionándome con una época en que fumar era un acto que exigía elegancia. Contemplé sin rencor aquella doble imagen, mientras Geoffrey decía:

—¿Qué demonios andará buscando el arzobispo? Quizá venga a traer una bula de excomuni3n. Envuelta en un vistoso papel de regalo, por supuesto.

—Llega con sesenta años de retraso —dije yo.

Le pasé el cigarrillo a medio fumar para que lo apagase en uno de los ceniceros de ónice y advertí que refunfuñaba hasta por aquel pequeño servicio; salí de la cama desnudo, moteado, flaco, cetrino. Los pantalones de verano distaban mucho de quedarme ceñidos. La camisa de orquídeas y begonias resultaba ridícula a mi edad, pero les había quitado hacía mucho el veneno a las risillas de Geoffrey diciendo: «Chiquillo, he de habituarme a la perspectiva de la infloración reverencial». Esta frase databa de 1915. Yo la había oído en Lamb House, en Rye, pero era menos *echt* Henry James que Henry James con ironía *echt* Meredith. Él recordaba 1909 y a cierta dama que enviaba demasiadas flores a Meredith. «Infloración reverencial, jo, jo, jo», había dicho jocosamente James, partiéndose de risa.

—Las felicitaciones de los *fieles*, pues.

No hice el menor caso del énfasis que Geoffrey aplicó al término. Connotaba sexo y las infidelidades desvergonzadas del propio Geoffrey; era una palabra que yo había usado con él una vez llorando; para mí, implicaba una seriedad moral tradicional que para la generación de Geoffrey era sólo un chiste homosexual.

—Los *fieles* —enfaticé a mi vez— teóricamente no leen mis libros. Al menos aquí, en la isla sagrada de San Pablo. Aquí yo soy inmoral, y anárquico y agnóstico y racionalista. Creo que sé más o menos lo que quiere el arzobispo. Y lo quiere precisamente porque soy todo eso.

—Un diablo listo y viejo, eso es lo que eres, ¿no? —los cristales de sus gafas captaban la piedra dorada de la Triq Il-Kbira, es decir la Calle Mayor o calle principal, a la que daba la ventana abierta.

—Hay mucha correspondencia abandonada abajo, en lo que tú llamas tu oficina —le dije—. Como ya estaba harto de tu vagancia, me puse yo mismo a abrir unas cuantas cartas, aún calientes de manos del cartero, y una de ellas llevaba un sello del Vaticano.

—Bah, bah, no jodas —dijo Geoffrey, sonriendo, o pareciendo sonreír (no podía verle los ojos, claro); luego me remedó, exagerando mi leve ceceo—: Harto de tu vagancia. —Luego volvió a decir—: No jodas —esta vez malhumorado.

—Creo —dije, percibiendo irritado el seco temblequeo senil de mi voz— que sería mejor que durmiera solo en el futuro. Sería lo *propio* dada mi edad.

—¿Al fin afrontas los hechos, querido?

—¿Por qué —dije y temblequé en el gran espejo azul de pared, echándome hacia atrás el ralo tupé— has de procurar que todo parezca sucio y ruin? Cariño, sosiego, amor. ¿Acaso son palabras sucias? Amor, amor. ¿Eso es sucio?

—Cosas del *corazón* —dijo Geoffrey, y pareció volver a sonreír—. Hemos de vigilar esa bomba, que está ya muy gastada, sí. Bien, bien. A partir de ahora, camas separadas. Pero ¿quién va a oírte si lloras de noche?

Wer, wenn ich schrie... ¿Quién había dicho o escrito esto? Por supuesto, el pobre Rilke, claro, el ilustre y difunto Rilke. Que había llorado en mi presencia en una mísera cervecería de Trieste, no lejos del Acuario. Recuerdo que las lágrimas se le

caían de la nariz, sobre todo, y se las limpiaba con la manga.

—Tú siempre has conseguido dormir admirablemente, pese a mis angustias nocturnas —le dije—. Lo bastante para no percibir siquiera el ávido tantear de mi dedo.

Y luego, balbuciendo vergonzosamente, añadí:

—Los fieles, sí, los fieles.

Estuve a punto de llorar otra vez, tanta carga tenía aquella palabra. Recordé al pobre Winston Churchill, quien, más o menos a mi edad actual, lloraba por palabras como *grandeza*. Se llamaba a esto inestabilidad emotiva, una enfermedad de la edad senil.

Geoffrey ya no esbozaba la sonrisa, ni asentó la mandíbula en débil truculencia. La parte inferior de su rostro reflejaba algo así como compasión, la superior mi roto yo gemelo. Pobre *maricón viejo*, debía estar diciéndose, y, quizá más tarde, a algún amigo o adulador en el bar del Hotel Corinthia Palace, *pobre maricón viejo y senil, decrepito, solitario, impotente*. A mí me dijo, con cordial aspereza:

—A ver, querido. ¿Te has abrochado bien la bragueta? Bien, bien.

—No se vería nada. Inflorado como estoy.

—Espléndido. Ahora la máscara de distinguido escritor inmortal. Su Señoría el arzobispo espera.

Y abrió la pesada puerta que conducía directamente al ventilado salón superior. A mi edad, yo podía, puedo, aguantar cualquier dosis feroz de luz y calor, y estas dos características del sur penetraron aullando, como un *finale* estereofónico de Rossini, por las ventanas abiertas y sin contras. A la derecha, las azoteas y las multicolores coladas de Lija, un autobús pasando, niños peleándose; a la izquierda, de detrás del cristal y la estatuaria y la terraza superior, llegaban el bisbiseo y el ronroneo de la bomba que irrigaba mis naranjos y limoneros. En otras palabras, se oía allí el discurrir de la vida, y era un consuelo. Recorrimos fresco mármol, gruesa y blanca piel de oso, mármol, piel, mármol. Allí estaba el clavicordio de William Foster, que yo había comprado para mi antiguo amigo y secretario Ralph, un infiel, algunas de cuyas cuerdas medias había roto una noche Geoffrey en una pataleta beoda. En las paredes había cuadros de mis contemporáneos ilustres... de un valor fabuloso hoy, pero adquiridos todos ellos muy baratos, cuando, aunque todavía joven, había conseguido ya triunfar en mi carrera. Había *bibelots* u *objets d'art* de jade, marfil, cristal y metal. Hay que ver cómo los términos franceses, al admitir la trivialidad, parecen liberar de ella a esos objetos. Eran los frutos palpables del éxito. Aunque quedara por ganar la verdadera lucha, la lucha con la forma y la expresión.

Oh, Dios mío... ¿La *verdadera* lucha? Estaba pensando como escritor, no como ser humano, aunque senil. Como si importase algo dominar el lenguaje. Como si luego, al final, quedara algo más que lugares comunes. Fieles. Tú no has logrado ser fiel. Tú has caído, o te has hundido en la infidelidad. Yo creo que un hombre debería ser fiel a sus creencias. Oh, sí, venid todos vosotros, fieles. Eso aún podía evocar

lacrimsa nostalgia en Navidad. La reproducción en el consultorio de mi padre de aquel horror anecdótico... no, ¿quién era yo para decir que era un horror? Aquel soldado de ojos desorbitados en su puesto mientras caía Pompeya. Fiel hasta la muerte. Las felicitaciones de los jefes, sí. El mundo del homosexual tiene un lenguaje complejo, frágil, pero a veces angustiosamente preciso, estructurado con los tópicos del otro mundo. En fin, *cher maître*, ahí tienes los frutos tangibles de tu éxito.

Geoffrey iba a mi lado, ajustándose burlescamente a mi paso, como si con ello quisiera subrayar su papel, querido mío, de ayudante de *camp*. Hombro con hombro, paso a paso, con una pulcritud cómica, descendimos el primer tramo de escaleras de mármol. Llegamos a un espacioso rellano donde había un aparador jacobino en el que se guardaba cristalería exquisita (para utilizar, querido, para empinar realmente el codo con ella) y un tablero de ajedrez del siglo XVIII con sus piezas de obsidiana de México (sólo para enseñar, querido... a esa edad ya no *se juega*), luego, giramos a la derecha para enfilear la última catarata de mármol. Miré el dorado reloj maltés de la pared de la escalera. Marcaba casi las tres.

—No han venido a arreglarlo —dije, percibiendo en seguida mi petulancia—. Son ya tres días. No es que importe mucho, desde luego...

Estábamos a tres escalones del final. Geoffrey dio unos golpecitos al reloj, como si fuera un barómetro y luego, malévolamente, fingió darle un puñetazo.

—País de mierda —dijo—. Desprecio y detesto este país de mierda.

—Dale tiempo, Geoffrey.

—Podríamos haber ido a cualquier sitio. Hay otras islas, si quieres islas.

—Ya hablaremos luego —dije—. Tenemos visita.

—¿Por qué coño no pudimos quedarnos en Tánger? Podríamos haber engañado a aquellos cabrones.

—¿Podríamos? Eras tú, Geoffrey, quien tenía problemas. No yo.

—Podrías muy bien haber hecho algo. *Fiel*. No utilices esa maldita palabra *fiel* conmigo.

—Algo hice. Te saqué de Tánger.

—¿Y por qué me trajiste a este país de mierda? No hay más que curas y policías trabajando hombro con hombro.

—Hay dos *sacerdotes* precisamente esperando para vernos. Modera el tono.

—Qué coño. Si quieres morirte aquí, allá tú, yo no estoy dispuesto.

—La gente tiene que morirse en algún sitio, Geoffrey. Malta me parece una opción bastante razonable.

—¿Y por qué no puedes ir a morirte a Londres, por ejemplo?

—Los impuestos, Geoffrey. El de sucesión. El clima.

—Dios maldiga y destruya este jodido país de mierda.

Bajé melindrosamente los tres escalones hasta el vestíbulo, y él me siguió, maldiciendo, pero ya sólo entre dientes. A tres pasos de distancia, en una bandeja de plata, glorificada por un cuenco chino lleno de flores de la estación, había una entrega

reciente de felicitaciones traídas por los motoristas de telégrafos. El bar estaba al otro lado del vestíbulo, a la derecha, entre el desastre de una oficina donde Geoffrey menospreciaba su trabajo de secretario y mi propio estudio, melindrosamente limpio. En la pared, entre el bar y el estudio, el Georges Rouault: una fea bailarina garrapateada, impacientes y gruesos trazos negros, agrias pinceladas de acuarela. En París, en aquella época Maynard Keynes me había recomendado ardorosamente que lo comprara. Él sabía más que nadie de mercados.

Su Gracia estaba muy a gusto en el bar. Esperaba encontrarle sentado tamborileando en una de las mesas ante una naranjada intacta, pero estaba acodado en la barra en un taburete de piel de gamo, los pulcros piecillos en el travesaño, la pulcra manita gordezuela sosteniendo lo que parecía un *whisky* solo. Hablaba sonora y afablemente con Alí (que oficiaba de barman con chaquetilla blanca, detrás de la barra) en, ante mi asombro, la lengua de éste. ¿Era aquello un don del Paráclito pascual? Luego recordé que el árabe maltés y el marroquí eran dialectos hermanos. Su Gracia se dispuso a bajar del taburete nada más verme, sonriendo y saludándome en inglés:

—Por fin le conozco, señor Toomey. Es un privilegio y un placer. Sé que hablo por toda la comunidad, cuando le deseo, como hago ahora, un cumpleaños muy feliz.

Un joven moreno de atuendo clerical más simple que el de su superior, gritó desde un rincón lejano:

—Feliz cumpleaños, señor, sí. Es un honor poder decírselo en persona.

El bar era pequeño y no había necesidad de gritar, pero algunos malteses utilizan un tono de voz anormalmente alto, hasta cuando cuchichean. Había estado examinando las fotos que había enmarcadas en las paredes, en todas las cuales aparecía yo con algunos grandes: Chaplin en Los Ángeles, Thomas Mann en Princeton, Gertrude Lawrence al final de una de mis largas excursiones a Londres, H. G. Wells (con Odette Keun, por supuesto) en Lou Pidou, Ernest Hemingway en el *Pilar* junto a Cayo Oeste. Había también carteles enmarcados de mis éxitos escénicos: *Él pagó su parte*, *Los dioses en el jardín*, *Edipo Higgins*, *Rupturas* y otros. Los dos clérigos alzaron jubilosamente sus vasos en mi honor. Luego, Su Gracia posó el suyo en la barra y avanzó hacia mí con cierta timidez, la mano derecha alzada horizontalmente a una altura beso-en-el-anillo. Se la estreché.

—Mi capellán, el padre Azzopardi.

—Mi secretario, Geoffrey Enright.

El arzobispo era unos años más joven que yo y patentemente vigoroso, aunque bastante gordo. Al ser gordo, no se le veían muchas arrugas. Nos miramos con amistoso recelo, enfrentados por nuestras profesiones pero unidos por nuestra generación. Percibí, a mi modo frívolo, que los cuatro formábamos una razonable mano de póquer, dos parejas, descartado Alí. Así que le dije a éste, en español:

—Tónica con ginebra. Luego puedes irte.

Su Gracia se sentó en una de las tres mesas, vaciando primero su vaso y balanceándolo luego animadamente en la mano. Se sentía muy cómodo allí. Después de todo, era su archidiócesis.

—En realidad —dije— quizá sea un poco pronto para tomar alcohol. ¿Preferirían ustedes té?

—Oh, sí —exclamó el capellán, abandonando la contemplación de mi imagen y la de Mae West a la entrada del Teatro Chino de Grauman y volviéndose hacia mí con

avidez—, té estaría muy bien.

—Alcohol —proclamó el arzobispo.

Y le dijo a Alí en maltés-marroquí que le sirviese otra vez lo mismo. Luego, pareció decir, ya podía irse.

—Una casa magnífica —comentó—. Qué jardines y qué huertos tan hermosos. He venido muchas veces de visita. En la época de *sir* Edward Hubert Canning, cuando la difunta señora Tagliaferro. Sé que al padre Azzopardi le gustaría mucho ver toda la casa, todo, que le acompañe este señor, su joven amigo, el de los espejos en los ojos. Ay, los jóvenes, señor Toomey. Estos jóvenes. La casa data, esto quizá lo sepa usted o quizá no, data, sí, de 1798, de cuando nos invadió Bonaparte. Él fue quien expulsó a los caballeros. Intentó restringir o reducir los poderes del clero —Su Gracia emitió una áspera risilla—. No lo consiguió. Los malteses no lo aceptaron. Hubo incidentes. Hubo muertes.

Tomé la tónica con ginebra que me ofrecía Alí y la llevé a la mesa. Me senté frente al arzobispo, ya servido con un Claymore solo, largo.

—Bueno —le dije a Geoffrey—, ya sabes. Enséñale a su, ejem, reverencia, la casa y los jardines. Dale té.

El padre Azzopardi vació el vaso de lo que contuviese con nerviosa premura y rompió a toser. Geoffrey empezó a darle golpes en la espalda con excesiva energía, diciendo a cada porrazo:

—Por mi culpa, por mi culpa, por mi *grandísima* culpa.

—Geoffrey —dije con acritud—, eso no tiene gracia.

Geoffrey sacó la lengua y se llevó entre toses al padre Azzopardi. Su Gracia hizo un último chiste semítico para Alí, que también se fue, entre risas.

—Un buen chico —dijo Su Gracia—. Se le ve en la cara. Estos jóvenes —añadió, cabeceando hacia la voz de Geoffrey, que aún podía oírse, llena de inflexiones aspiradas, perdiéndose camino del verdor y de la luz del sol.

Luego, Su Gracia, dijo:

—Supongo que juega al *bridge* aquí. Es una estancia muy bien orientada para jugar al *bridge* —no apartaba la vista de las estanterías llenas de botellas—. Un pasatiempo inofensivo y civilizado.

Alzó la mano gorda en lo que parecía al tiempo bendición al juego y gesto de pesar por no poder aceptar de ningún modo una invitación para venir a jugar.

—Yo antes jugaba. Pero ya no. Demasiado trabajo. Su difunta Santidad jugaba también. Y luego también tuvo demasiado trabajo. Pero eso ya lo sabrá usted —su modesta sonrisa pretendía, supuse, atenuar la comparación.

Así pues, tal como me anunciaban en aquella carta del Vaticano, la visita se relacionaba con Su difunta Santidad.

—Cuando Carlo se vio tan encumbrado —dije— ya habían quedado atrás sus tiempos de *bridge*. Y demasiado trabajo, como dice usted, como decía él. Pero había sido un jugador soberbio... listo y concienzudo. Como la señora Battle, sabe usted.

Su Gracia no había oído hablar de aquella señora.

—Oh, sí, no lo dudo. Listo y concienzudo. Pero también humano, ¿o humanitario? Quizás ambas cosas. Pero también un santo —me miraba con cierto respeto involuntario. Yo había dicho *Carlo*.

Me disponía a bromear diciendo que no había santos en el *bridge*, pero me pareció vulgar e indigno, así que dije:

—Tengo ya noticia de la propuesta, naturalmente. Supongo que aún queda mucho por hacer.

Su Gracia hizo un gesto con la mano que no sostenía el vaso.

—Hablo, por supuesto, claro...

—¿Prolépticamente?

—Es usted un maestro de la lengua inglesa, señor Toomey. Para mí creo que será siempre una lengua extranjera. La lengua de los protestantes, y perdone. Que es usted un maestro es del dominio público. Yo, claro, tengo poco tiempo para leer. Pero me han dicho muchas veces que es usted un maestro de la lengua inglesa.

—Algo —dije— que la mayoría de los malteses debe contentarse con oír. Los interesados, quiero decir. Se les prohíbe comprobarlo por sí mismos.

—Bueno, uno o dos de sus libros están permitidos. Eso lo sé. Pero tenemos que proteger a nuestro pueblo, señor Toomey. Aunque creo que pronto se suavizará un poco esta censura. Hay una mentalidad nueva en el extranjero. Y aquí también, sí, cómo no. Ya pueden comprarse libremente las obras del ateo *monsieur* Voltaire, en francés, además.

—Deísta, no ateo —dije.

Sabía el porqué de su visita, pero decidí recurrir a una ignorancia fingida para aprovecharme de ello.

—Arzobispo —dije—, supongo que no ha venido por ninguna actividad, digamos, pastoral... Sabrá usted, me imagino, que aunque yo nací en la fe me propongo morir fuera de ella.

He vivido bastante tiempo ya fuera de ella. Debo dejar bien claro cuál es mi posición.

Y, sin embargo, la palabra se me atragantó.

—Eso es lo que usted se propone —dijo animosamente—. El hombre propone —añadió luego—. No, no, no, oh no. Una cosa que he aprendido, que todos aprendimos, Su difunta Santidad derrochó, ejem, mucha inteligencia y mucho ardor en la tarea de enseñarnos a todos, es que hay muchos caminos para la salvación. Pero permítame usted que se lo exponga de este modo, señor Toomey. Usted *conoce* a la Iglesia. Sea usted lo que sea, ahora no es protestante. Ciertas doctrinas, palabras, términos... tienen sentido para usted. Tengo razón, yo creo.

—Permítame que le sirva más *whisky* —dije, cogiendo el vaso y levantándome, rígidamente, un viejo—. Permítame que le ofrezca un puro. O un cigarrillo.

—Una actividad mortífera, la de fumar —dijo, sin ironía—. Fumar acorta la vida.

Sólo una gotita, eh.

Cogí para mí un cigarrillo de la caja de piel florentina de la barra. Había también un inmenso cuenco de madera del África Central lleno de cajas de cerillas, trofeo de hoteles y líneas aéreas de todo el mundo. En cierta ocasión había jugado con la idea de un libro de viajes estructurado según las cajas de cerillas que fueran saliendo al azar de aquel Cuenco, muy al estilo de la autobiografía de ese cerdo de Norman Douglas, basada en la toma al azar de tarjetas de visita. El proyecto no había cuajado hasta el momento. Es útil, sin embargo, disponer de un cuenco lleno con tales trofeos. Hay direcciones, números de teléfono, así como una especie de anales de viajes palpables, muy valiosos para suplementar la memoria de un viejo. Encendí mi cigarrillo con una cerilla de La Grande Scène, restaurante de la terraza del Kennedy Center de Washington, 833-8870. No recordaba haber estado allí jamás. Aspiré el humo y acorté mi vida. Luego entregué a Su Gracia su *whisky*. Lo cogió sin darme las gracias, con cierta familiaridad. Cuando volví a sentarme, dijo:

—La palabra milagro, por ejemplo. —Y me lanzó una mirada viva y penetrante.

—Ah, es eso. Sí, bueno, recibí una carta. Una nota, más bien. De un viejo compañero del *bridge*, de Monsignor O'Shaughnessy.

—Ah, el *bridge*, no sabía nada. Interesante.

—En ella mencionaba las virtudes del enfoque personal. Comprendo su punto de vista. Algunas cosas no quedan bien sobre el papel. Por todo eso, están preparando, al parecer, un enorme dossier de pruebas de santidad. El testimonio que pudiera aportar un apóstata conocido y un racionalista declarado, un agnóstico, sería mucho más valioso que el testimonio de una vieja campesina supersticiosa vestida de negro. Eso era lo que parecía insinuar la nota de Monsignor O'Shaughnessy.

Su Gracia se balanceó con bastante gracia sobre el trasero, haciendo chispear los anillos.

—Conmigo —dijo— habló cuando estuve en Roma. Es extraño, señor Toomey, tiene usted que admitirlo, insólito incluso, si es ésa la palabra... me refiero a usted. Al hecho de que un hombre que ha rechazado a Dios (eso es lo que dirían en los viejos tiempos, ahora somos más cuidadosos) tuviese, sin embargo, contactos tan íntimos con... quiero decir, usted podría escribir un libro, ¿no es verdad?

—¿Sobre Carlo? Vaya, ¿y cómo sabe Su Gracia que no lo he hecho ya? En cualquier caso, nunca habría entrado en Malta, no le parece... un libro de Kenneth Marchal Toomey sobre el difunto Papa. Tendría que ser forzosamente... en fin, muy poco hagiográfico.

—Monsignor O'Shaughnessy me mencionó que había escrito usted ya alguna cosita. La escribió usted cuando él aún vivía. Antes de que se convirtiera en lo que se convirtió al final.

—Escribí un relato corto —dije— sobre un sacerdote que... pero, en fin, usted mismo puede leerlo, señor arzobispo. Está en uno de mis tres volúmenes de relatos cortos. Mi secretario puede proporcionarle un ejemplar.

Me miró. ¿Pesar, vergüenza? Jamás debería decir uno que no tiene tiempo para leer. Significaba, en su caso, que no tenía tiempo para basura irreligiosa del tipo de la mía. Pero a veces hasta un dignatario eclesiástico debería estar dispuesto a hacer los deberes.

—Monsignor O’Shaughnessy —murmuró, con un estilo muy poco maltés— me telefoneó ayer, y me dijo que había leído en algún sitio que hoy era su cumpleaños. Era un buen día para venir a visitarle. Salió un artículo sobre usted, me dijo, en un periódico inglés.

—El *Observer* del domingo pasado. El artículo no lo ha leído nadie en Malta, al menos oficialmente. La página posterior incluía un largo artículo, profusamente ilustrado, sobre trajes de baño de señora. Los censores del aeropuerto de Luca lo arrancaron. Y cortaron también, claro, el articulito de cumpleaños sobre mí. Recibí un ejemplar no censurado a través de la representación británica. Pasó por valija, como dicen ellos.

—Sí, comprendo. Pero tenemos que proteger a nuestro pueblo. Algunos de esos hombres del aeropuerto no son demasiado civilizados con las tijeras. Pero así son las cosas, qué le vamos a hacer.

—Ya que hemos tocado el tema, he de decirle también que en la oficina de correos de La Valetta tuvieron la cortesía de permitirme coger, no sin ciertos problemas, amablemente, un ejemplar de los poemas de Thomas Campion que me enviaron, un ejemplar de una edición limitada, de cierto valor. Al final me dijeron que habían descubierto que Thomas Campion era un gran mártir inglés y que no había problema.

—Bueno, eso está bien, ¿no?

—No, no está bien. El gran mártir inglés fue Edmund, no Thomas. Thomas Campion escribió unas cancioncillas bastante licenciosas. También escribió cosas decentes, por supuesto, pero hay cosas suyas que son muy eróticas.

Cabeceó varias veces, no del todo satisfecho. Algo quedaba confirmado por mi propia boca (probablemente mi depravación agnóstica). No pareció avergonzarse lo más mínimo su ignorancia del martirologio inglés.

—Bueno, en fin, eso es sin duda muy interesante. Pero es el otro asunto lo que nos preocupa.

Tenía razón. La precisión conservadora del confesonario frente a la tendencia a divagar del escritor.

—Y, por supuesto, desearle a usted de nuevo un feliz cumpleaños —y brindó por mí, con una sonrisa obesa. Yo brindé también en mi honor, distraído.

—Según Monsignor O’Shaughnessy, se dice que usted dijo en una entrevista o en algún sitio que no había ninguna duda de lo del milagro. Que fue usted testigo del mismo. Así que quiero ofrecerle todas las facilidades para que pueda sentarse, escribir, hacer una pequeña...

—¿Deposición?

Tocó una concertina invisible durante dos segundos.

—Qué dominio tiene usted de la lengua. Canonización. Milagros. Lo habitual. Piense en su compatriota Tomás Moro, un hombre universal. Juana de Arco.

—¿Qué quiere decir con eso de que me va a ofrecer usted *todas las facilidades*? Tengo papel, pluma, un poco de memoria. Bueno, creo que ya sé lo que quiere decir. Que no debo posponerlo. Que hay que pincharme. La santificación es un asunto urgente.

—No, no, no. No. Debe tomarse usted todo el tiempo que necesite.

Le sonreí, contemplando mi angulosa severidad en el viejo y bello espejo que había sobre la barra, una verdadera antigüedad que anunciaba el *whisky* Sullivan.

—Así que yo, que no creo en los santos, he de colaborar en la fabricación de uno. Muy seductor. Extraño, para utilizar su propio término.

—Todo consiste, en realidad, en definir los hechos. No importa siquiera que utilice usted o no la palabra *milagro*. Basta con que diga que vio algo que no podía explicarse por medios normales.

Parecía que empezaba a aburrirle ya su misión, pero, de pronto, una chispa de interés profesional animó sus ojos castaños y burlones.

—Y sin embargo, no hay duda de que *milagro* es la única palabra posible para designar lo que se ve claramente que sucede pero no puede explicarse, salvo, salvo...

—... Por la intervención de una fuerza que está al margen del sentido común o de la ciencia.

—Sí, sí, ¿admite usted eso?

—En absoluto. El mundo fue en tiempos todo él un milagro. Luego, todo empezó a explicarse. Y con el tiempo, todo se explicará. Es sólo cuestión de esperar.

—Salvo eso. Fue en un hospital, ¿no? ¿Y los médicos habían desahuciado ya a aquel individuo? ¿No?

—Sucedió hace mucho tiempo —dije—. Y no sé si usted, si Su Gracia lo entenderá, pero los escritores suelen tener dificultades para definir lo que pasó realmente y lo que imaginaron que pasó. Ése es el motivo de que, en este triste oficio, nunca podamos ser realmente devotos o piadosos. Nos ganamos la vida mintiendo. Esto, como puede usted suponer, no nos hace buenos creyentes... nos hace crédulos, en realidad. Y eso nada tiene que ver con *la fe*.

No seguí; percibí que se me empezaba a quebrar la voz con aquella palabra.

—Aaaah —suspiró él—. Pero habrá otros testigos aparte de usted. Individuos que no se ganen la vida mintiendo.

Lo que pretendía ser mero eco de mis propias palabras adquiría en su voz un tono de pecado frívolo.

—Si puede usted conseguir testigos —continuó—, mucho mejor. Hay hombres duros, sabe, que deben fingir que no quieren la canonización. Se les llama los abogados del diablo.

Esto parecía también algo terrible.

—¿Testigos? —dije—. Dios santo, fue hace tanto tiempo. Creo honradamente que sería mucho mejor que recurriese usted a alguna campesina vieja de esas que visten de negro.

—No hay prisa —dijo él.

Vació su vaso, se levantó.

Me levanté también.

—No puede *obligársele*, claro. Debe usted considerarlo; considerarlo por lo menos. Eso es todo.

Luego, señaló con el anillo arzobispal la galería de fotos en que aparecía yo con los grandes.

—Veo —dijo— que él no está ahí.

Así que le había echado un vistazo, había hecho una parte de los deberes. De un modo chapucero, como cuando se hacen a toda prisa en el colegio mismo, justo antes de que entre en clase el profesor. Había estado buscando una foto en que apareciesen juntos Voltaire y Cristo, sonriendo, rodeados de artistas y actrices ateos.

—Eso —dije, con melindrosa precisión— es una galería de retratos *secular*. Aunque puede ver usted allí a Aldous Huxley.

Y señalé la foto en la que aparecíamos yo ceñudo y el mescalínico santo ojipirado muy sonriente.

—Sí, sí, ya.

Parecía no haberme oído. Contemplaba por el ventanal la escena del jardín: el padre Azzopardi y Geoffrey tomaban té en una mesita bajo un parasol blanco, Geoffrey hablaba y gesticulaba muy animado, el padre Azzopardi cabeceaba, tragándose todo.

—Estos jóvenes —dijo Su Gracia. Y luego, dándome con un dedo en las costillas con mucha familiaridad añadió—: Ya le digo, sin prisas. Pero aun así, por favor, considérelo un asunto urgente.

Una de esas contradicciones tan propias del pensamiento religioso, siendo como es Dios igual de grande que Walt Whitman.

3

Los jardineros le besaron el anillo, las criadas le besaron el anillo. Joey Grima, el cocinero, le besó el anillo. Allí no se lo besó, pero fue obsequiado con un cordialísimo apretón de manos y una última gracia semítica. Y cuando Geoffrey y yo escoltamos a Su Gracia hasta su Daimler (que estaba aparcado junto al garaje de Percius, pues la Triq Il-Kbira era estrecha y mi casa no poseía patios delanteros), muchos habitantes del lugar acudieron corriendo a besarle el anillo: las dos hermanas Borg de la tienda de ultramarinos de la esquina, todo el personal de la comisaría de policía de enfrente, un anciano regordete, ateo declarado, de gorra plana que, cubierto de polvo, parecía una especie de efigie recién exhumada del pasado paleolítico de Malta, atribulados niños forzados a ello por sus madres, hasta los conductores y cobradores de tres autobuses que convergían allí y cuyo paso había bloqueado el Daimler al salir. Después de aquello, se me respetaría mucho más en Lija e incluso en las vecinas Attard y Balzan. Al brigadier retirado del final de la calle que, según me había dicho Geoffrey, me despreciaba considerándome un individuo que se había hecho rico escribiendo cuentos indecentes, no le honraban con visitas arzobispales. Geoffrey estaba diciéndole, demasiado alto, al padre Azzopardi:

—Podríamos organizar una proyección privada para usted. Tenemos aquí todos los elementos necesarios. Nunca lo verá en los cines públicos, pero, por amor de Dios, no se lo diga al arzobispo.

El padre Azzopardi reía con un entusiasmo estremecedor. Su Gracia me dijo:

—En fin, me agradará mucho ver su deposición. Un maestro de la lengua inglesa. Feliz cumpleaños una vez más. Y, por favor, dígame a su joven amigo que tenga cuidado.

No se podía andar en bromas, pues: no se le escapaba ni un detalle. El padre Azzopardi subió al coche, delante, con el chófer. Su Gracia hizo un gesto de despedida y bendijo desde el mismo centro de los almohadones de atrás, y el coche sagrado partió silencioso hacia, supongo, Birkirkara.

—Pobre cerdito —dijo Geoffrey cuando volvimos a casa—. Le expliqué todo lo de los sacerdotes y las monjas copulando en pantaloncito corto en Estados Unidos. Es inocente como un corderillo. Bueno, ¿cuál era el motivo de la visita?

—Lo que había supuesto; he de colaborar en la canonización del difunto Papa.

—Ay, Dios mío, Dios mío, Dios Santo querido. ¿Tú? Dios nos asista.

—No seas imbécil, Geoffrey. Olvidas ciertos detalles de mi biografía, si es que alguna vez los conociste, cosa que más bien dudo.

—Vaya, ya estamos. Te enfadas, ¿eh?

—Su Gracia me pidió también que te dijera que tengas cuidado con lo que haces.

—¿De veras? ¿Te dijo eso? Vaya. Me siento muy honrado. Sus perros de presa han estado olisqueando por la calle Estrecha, ¿verdad? Oh, Jesús Lucifer Belcebú Todopoderoso, cómo desprecio y detesto esta maldita isla de mierda.

—Supongo que te refieres a que aquí no existe una tradición decente de pederastia islámica. Aquí todo está encaminado a la formación de buenas familias católicas. Además, podríamos decir que es un país con exceso de pechuga y caderamen. No hay chicos sucios, de cuerpos como navajas rectas y afiladas.

—Eres un maldito hipócrita —dicho sin malicia, y seguido de una risilla—. No hay nada de eso, ¿eh? Debías de acompañarme alguna vez al Pasaje, querido.

—¿El Pasaje?

—Lo que los marineros llaman la calle Estrecha.

—Entiendo, entiendo.

Salimos al jardín, con sus magníficos muros, anchos y altos, muros construidos por hombres habituados a los cercos.

—Creo que el arzobispo tenía razón al pedirme que te pidiese que mirases lo que hacías —dije.

—Maldito país de mierda.

Mientras bajábamos por un sendero en sombras, viendo cómo jugaban los tres gatos a las emboscadas, dije:

—Ya sabes, Geoffrey, si *realmente* no te sientes a gusto...

—Sí, sí, querido. Percy en las Bahamas estaría dispuesto a tenerme, y está Frank palpitando de afecto en Lausana. La vida vicariamente literaria de Geoff Enright, o de la almohada a la oficina de correos entre los *maestros* expatriados.

Apartó del camino de una patada una ramita caída y continuó:

—Pero en fin, creo que *he* sido un poco díscolo. El correo está muy atrasado, lo sé muy bien. Probablemente haya uno o dos cheques de derechos de autor sepultados bajo la basura. Pero mañana por la mañana, *temprano*, a las diez en punto, me levanto sin falta y me incorporo de nuevo a la tarea.

Yo sabía, por supuesto, perfectamente, por supuesto, que aquella vieja zorra no tenía mucho donde elegir y que además uno podía, querido mío, darse perfecta cuenta de ello.

—Porque, sabes, Kenneth —aspiró y nasalizó mi nombre haciéndolo afeminadamente ridículo—, yo soy, pese a mis travesuras a menudo totalmente involuntarias, y, en general, profundamente lamentadas, lo que tú has afirmado quizá con excesiva frecuencia que no soy. Quiero decir *fiel*.

Sentí de nuevo hormiguar las lágrimas con aquella palabra.

—Espiritualmente, quiero decir —continuó—; o al menos eso creo que quiero decir. En fin, ¿cómo le llamas tú cuando no es sólo físico? Lo otro no importa, en realidad, ¿no? Tú mismo has *sermoneado* claramente al respecto, ¿no es así? Y, corrígeme si me equivoco, pero ¿no proclamaste esta misma tarde que ese asunto estaba liquidado ya del todo? Para ti, quiero decir. Liquidado definitivamente.

Habíamos llegado ante un ancho muro defensivo cubierto de verde, así que hubimos de rodearlo, viendo entonces a los gatos emboscados desde otro ángulo. Los dos jardineros, el señor Borg y el señor Grima (éstos parecían ser casi los únicos dos

apellidos de Lija), aún seguían regando plácidamente.

—¿Por qué no echamos al menos un vistazo a las cartas más importantes después de cenar? —dije—. He procurado siempre, como sabes, ser...

—Caballeroso y cumplidor, sí, querido. Pero cenamos fuera. Y va a haber un pastel de cumpleaños, aunque imagino que no con ochenta y una velas.

—No me acordaba. No iré. No me siento capaz.

—No tienes más remedio, querido. Es el hombre del Consejo Británico, Ralph Ovington, y estará también el Poeta Laureado, nada menos.

—Oh, Dios mío. ¿Y quién de nosotros tiene preferencia según el protocolo?

—Un punto interesante, ¿verdad? Tú eres el más viejo, por supuesto. Pero él tiene la OM.

Sí, Dawson Wignall tenía la OM. Me contemplé de pronto en los espejos gemelos de Geoffrey: muy sereno, sin pesar alguno. Willie Maugham, pobre cabrón, siempre había sostenido que la Orden del Mérito era, en realidad, la Orden de la Moral. Tres años antes me habían nombrado, como a él, Caballero Honorífico y luego vi cerrarse ante mí bruscamente la puerta de la investidura honorífica oficial. La dignidad de CH es más o menos lo que un viejo marica como tú se merece, me dije. En cuanto al Nobel, ni escribía con la suficiente torpeza ni era lo bastante tendencioso. No estaba, como Boris Dyengizhdat, en cadenas políticas... que, estaba seguro, él rompería muy pronto, en cuanto los derechos de autor en dólares adquiriesen el monto suficiente. No pertenecía yo, como Chaim Manon o J. Raha Jaatinen, a una garbosa nacioncita que, al no poseer recursos estratégicos, había de tener la compensación de un gran escritor. Era yo, además, siempre lo habían dicho, cínico, nada dado a los sentimientos profundos o a los pensamientos elevados. Pero, aún así, mis obras se vendían muy bien. La oficina de Geoffrey estaba atestada de cartas de admiradores sin contestar. Mi cumpleaños se había recordado muy aceptablemente. Yo satisfacía una necesidad y, por alguna razón, esto era malo.

—No lo sabía —dijo hoscamente—. Nadie me lo dijo.

—Tuviste en tus propias manos la nota de Ralph Ovington, querido. Dijiste muy amable muy amable o una tontería parecida. Se te olvidó, comprendes; se te olvidan las cosas.

—Tengo derecho a algunos fallos.

—Mira querido —dijo Geoffrey—. Es un ejemplo *clásico* delicioso de psicomierdología de la vida cotidiana. ¿Es *Ralph*, verdad? ¿Se llama Ralph?

Le miré. Curiosamente, era verdad. Curiosamente, porque yo creía tener superado ya a Freud. Había llegado incluso a soñar interpretaciones freudianas de sueños recién soñados. Yo había estado expulsando, en fin, a puntapiés de la conciencia el nombre y la nota y la invitación de Ovington aprovechando una coincidencia onomástica.

—Ese negro cabrón —dijo Geoffrey sin malicia en el tono—. Esa zorra negra. Querido, creo que a tu avanzada edad debes exhibirte realmente lo más a menudo

posible. Oh, tú y yo sabemos que estás vivo y bien y, bueno, estupendo realmente, pero es buena cosa demostrárselo al Poeta Laureado, que es un cotilla consumado. Si no aparecieses, volvería contándolo, no te quepa duda, volvería contando que el viejo maricón está ya casi en el otro barrio, y los periódicos empezarán a preparar las notas necrológicas. Terrible cosa, eso.

Lancé un hondo suspiro.

—Muy bien. Descansaré un poco antes de vestirme. En el estudio. Dile a Alí que me traiga té fuerte y unas pastas.

—¿Te parece prudente, querido? —Era la vieja arpía en un coma final, rezumando empalago.

—Por supuesto que no es prudente. Nada de lo que haga será ya prudente.

En las paredes de mi estudio tenía yo una mujer hecha por Willem de Kooning, básicamente a la sanguina, y uno de los primeros bocetos que había hecho Picasso para *Les Demoiselles d'Avignon*, amén de una acuarela de unos feos amantes de Egon Schiele y una composición abstracta de Hans Hartung. Tenía dos sillas de club de buen cuero, en rojo oscuro, y un sofá a juego, anticuado y rechoncho. También libros en estuches de cristal, sobre todo de la variedad de los favoritos muy gastados; la biblioteca principal estaba junto al salón del piso de arriba. Junto a la edición original Quiller-Couch estaba, ni gastada, ni favorita, la edición revisada del *Oxford Book of English Verse*, con el cerdo de Val Wrigley como antólogo. La bajé y me tendí en el sofá con ella, buscando la inevitable selección de poemas de Dawson Wignall. No me importaba mucho lo que encontrase: insular, de un subjetivismo enfermizo, formalmente tradicional, productos de una mente atrofiada. Los temas de Wignall procedían de los servicios religiosos anglicanos de las fiestas de Navidad de su niñez, de su pubertad en un colegio privado, de las calles comerciales de zona residencial; de vez en cuando, surgían perversas veleidades de tipo fetichista, aunque sus bobadas sobre bicicletas de chica y túnicas de gimnasia y medias de lana negra quedaban atemperadas por ingeniosas extravagancias de dicción. Había sido honrado por el monarca por cosas de este cariz:

Así arrodillados al pie del altar
 Comimos la fina, y blanca Hostia del Verbo,
 Aquí mi castidad estará más segura,
 Aquí, pensaba yo, se aplacará el deseo.
 Pero luego vi que brotaba, tu lengua
 Para tomar la brizna de alimento de ángel.
 ¡Cielo santo! ¿Es posible que sienta lo que siento?
 Yo, mi traje de Eton; tú el vestido de fiesta,
 ¡Navidad, la penumbra, el cartero que llama a la puerta!

Coloqué de nuevo el libro en la estantería y bajé el *Wh'os Who* tambaleándome casi bajo su peso. Lo trasladé a lo que yo llamaba mi directorio-escritorio y lo coloqué sobre el portafolios. Allí estaba: Wignall, Percival Dawson... aún no OM, pero tintineando con otros premios. Su lista de logros literarios era bastante exigua, la escasa producción era el distintivo de un escritor aristócrata; pero la epopeya autobiográfica titulada *Tendidos en la hierba* probablemente fuese el equivalente deshidratado de diez de mis aguadas novelas. Busqué mi propio nombre y me entristecí orgullosamente al contemplar toda una columna de superproducciones. Además, Wignall era ex alumno de Harrow y Trinity College; yo lo era de la Thomas More Memorial School, y con eso quedaba todo dicho. Alí llamó a la puerta y le dije

adelante en español. Mientras él colocaba la bandeja del té en la mesita, devolví a su sitio el *Who's Who*, llevándolo casi a hombros. El aroma era de té Twinning de desayuno, que yo tomo a todas horas salvo a la del desayuno; para desayunar tomo Blue Mountain. Alí esperó mientras yo me servía.

—¿Sí? —le dije, en español.

Algo le atribulaba, pero le resultaba difícil explicarlo. Debía tratarse de algo metafísico, nada de cuestiones de salario o de mujeres o de condiciones de vida.

—Alá —dijo al fin.

—¿Alá, Alí?

—Este país —dijo en español— es católico, pero se dice Alá.

—Sí, Alí.

Las pastas eran Kunzel, importadas en elegantes paquetes de seis. Era un consuelo estar de nuevo en algo así como suelo británico.

—Ellos utilizan para decir Dios la misma palabra que vosotros —añadí—, pero significa la versión cristiana del Todopoderoso. No la musulmana.

Era evidente que esto le preocupaba. Dijo muy nervioso que no había más Dios que Alá, pero que a Alá no se le adoraba en las iglesias, sino en las mezquitas, y que desde luego a Alá no le administraban los arzobispos. En Tánger, dijo, la situación era perfectamente comprensible. Los cristianos hablaban de *Dios*. Él tenía entendido que los cristianos en sus iglesias hablaban de *Deus*... casi el mismo nombre. Pero allí en Malta, sin embargo, en sus iglesias (el arzobispo se lo había dicho allí en el bar, mientras empinaba el codo al modo de los cristianos) a Dios le llamaban Alá. Y él no entendía. No es que fuese, por supuesto, como yo bien sabía, lo que uno llamaría un hombre religioso. Pero la situación que veía allí le parecía muy rara. A él le habían enseñado de muchacho que no había más dios que Alá, y los cristianos de Tánger le habían dicho que no había más dios que *Dios* o *Deus*. Pero aquellos cristianos malteses decían (igual que los musulmanes) que no había más Dios que Alá. En las iglesias. Era una situación muy extraña. Además, era lo que podría llamarse una *mala* situación. Para que yo pudiera entender esto en la debida forma, Alí me proporcionó todos los modos posibles de expresarlo en español. *Mala* — *malvada* — *maligna* — *aciaga*.

Yo había tomado ya mi tercera pasta Kunzel; bastaba. Dije:

—En otros tiempos, Alí, en las iglesias católicas de todo el mundo utilizaban el nombre latino *Deus*. Pero ahora tienen lo que se llama la versión vernácula, pues la gente normal no sabe latín. En las mezquitas de todo el mundo dicen *Alá*, pero en las iglesias católicas de todo el mundo utilizan la palabra vernácula. En servocroata *Bog*, en finlandés *Jumala*, creo, y en swahili, y eso lo sé, *Mungu*. Ahora bien, aquí en Malta el idioma es una especie de árabe, aunque utilicen el alfabeto de los romanos. Y la palabra Dios es igual en árabe y en maltés: *Alá*. ¿Ha quedado moderadamente claro?

Estaba claro, dijo, pero parecía una cosa mala. Aun así, era de suponer que los

hombres importantes (arzobispos, etc.) sabían lo que estaban haciendo, pero de todos modos no parecía bien que los católicos estuvieran invocando a Alá en su iglesia. Luego, cambió de tema sacando del bolsillo de su chaqueta blanca un paquetito y entregándomelo tímidamente. Era un pequeño regalo de cumpleaños, dijo. Controlé mi inestabilidad emocional preguntándome por qué no me lo habría dado antes. Quizá porque sabía que Geoffrey haría algún comentario burlón al respecto y aquél era el primer momento del día en que me había encontrado solo.

—Gracias, Alí, muchísimas gracias —dije, desenvolviendo el paquete.

Era bastante horrible, desde luego, para los criterios de los burlones del mundo: un encendedor de metal barato con una cruz maltesa incrustada.

—Muy bonito —dije.

Alí esperó. Lo probé y funcionaba. Alí esperó. Saqué un cigarrillo y lo encendí.

—Maravilloso —dije, tras una profunda inspiración—. Le da un sabor especial al tabaco.

Éste era el tipo de reacción patentemente insincera que exigía la cultura de Alí. Satisfecho, cabeceó y se fue, diciendo algo con Alá en medio, quizás adecuado para un cumpleaños. En fin. Al parecer, no resultaría fácil librarse aquel día de Su difunta Santidad el Papa Gregorio XVII, es decir del gordo y pequeño don Carlo Campanati. Sus reformas estaban inquietando hasta a Alí.

Me tendí en el sofá y seguí acortando mi vida y sosteniendo el regalo de Alí como una prueba de fe; lo que no resultaba inadecuado, considerando la cruz maltesa. Pensé en mi hermano Tom, que había fumado tres cigarrillos en toda su vida y había muerto de cáncer de pulmón a los cuarenta y cuatro años. Tommy Toomey. Con un nombre así, estaba destinado a consagrarse como cómico profesional, y le había ido bastante bien, sobre todo en la radio inglesa de los años treinta. Pero la tos se convirtió en una traba cada vez mayor para su aguda, brillante y algo estridente actuación. Los cómicos de la vieja escuela demótica, como George Formby Sr., habían extraído capital cómico de una agonía audible («Hoy, tosemos aún mejor, amigos», etc.), pero Tom había elegido la vía del chiste rápido. Su especialidad había sido la remodelación surrealista de la literatura inglesa, lo cual suponía un público de cierta cultura. Este tipo de público estaba dejando de existir cuando las toses de Tom en escena o en el estudio empezaron a hacerse incontrolables. Había vivido lo mejor de su vida cuando le llegó la muerte, y lo sabía. Murió en la fe en un hospital cerca de Hendon, tras haber intentado bromear pocas horas antes, hablando de un lugar especial en el purgatorio para los cómicos católicos británicos. Murió con algo en la mano... cuentas de rosario, probablemente. Metí el regalo de Alí en un bolsillo del pantalón. Pensé que a Tom le resultaría más fácil salir del purgatorio (si la escatología de la Iglesia del gordo Carlo, ya muy menoscabada, aún admitía su existencia) con un santo más en la familia; o, debería decir más concretamente, si tenía a un santo por hermano del marido de su hermana. Luego, tras extinguir mi acortador de vida, saboreé una siesta de anciano.

La residencia del representante del Consejo Británico estaba en una zona de Lija más tranquila y quizá más patricia que la mía. Geoffrey, que, encorbatado y enchaquetado, iba sentado junto a Alí, que conducía, lo comentó, añadiendo que toda aquella isla de mierda era una mierda absoluta y que la odiaba. En cuanto llegamos, le dijimos a Alí que volviese al cabo de dos horas y luego Geoffrey llamó al timbre de la puerta y recompuso la expresión hosca de su rostro, que ya no adornaban espejos gemelos, en una resplandeciente vacuidad. Aparecieron el representante del Consejo Británico y su esposa. La señora Ovington era una mujer rubia y grande (con un vestido largo a rayas caramelo), la cara bronceada y arrugada. El bronceado y, en cierta medida, las arrugas, eran como una enseña de largos servicios en otros puestos más soleados e insulsos del mundo. Habían estado un par de años en Varsovia y allí les habían dicho que iban a enviarles a París; pero en vez de eso habían ido a sitios como Beirut y Bagdad. Las arrugas también podían atribuirse al prolongado hábito profesional de la falsa sonrisa. Ovington, a quien le caía sobre la frente un mechón sol-y-tabaco-descolorido de garañón, era también un sonreidor, aunque sólo con los dientes, de formas y colores diversos y, normalmente, como en aquel momento, con una sólida pipa Dunhill entre ellos. Me saludaron con risas y gritos de «Así que has venido» y «Qué alegría», pero sin felicitar me. No eran unos desconocidos para mí. Habían presidido la semana de los escritores que se me había pedido inaugurar, doce años atrás, en Sydney. Sydney se consideraba un verdadero chollo en el Consejo Británico, pero Ovington no había llegado a entenderse con los australianos. Habían ido a verme, además, cuando me establecí en Malta, con «Qué alegría» y un tarro de mermelada casera de limón y naranja aromatizada con coñac. Era una buena mermelada que aún no había acabado. Eran buena gente.

Ann Ovington se detuvo teatralmente arrugando la cara e hizo un aparte conmigo en el patio de entrada.

—Tenemos un problema horroroso —dijo rápidamente—. Pero sé que tú puedes entenderlo y él no. Me refiero a Sciberras, el poeta maltés. Teníamos que invitarle para presentarle a Dawson, y resulta que se equivocó de dirección al salir del retrete y fue a dar a la cocina y vio esa tarta condenada. Entonces dijo que qué amables y qué considerados y demás. Al parecer, hoy también es su cumpleaños, además del tuyo, y no sabe que es el tuyo, feliz cumpleaños, por cierto, y... en fin, supongo que te harás cargo de lo embarazoso que resulta esto. Yo ya se lo he advertido a todos los demás... bueno, a tu Geoffrey todavía no, por supuesto, pero se lo diré. No quiero dejarle eso a Ralph, tardaría toda la noche en explicárselo. En fin, sé que sabrás captar el aspecto cómico del asunto. Es material para un relato corto.

—Desde luego —dije.

Consideré el asunto, aunque con tristeza, realmente como material de cuento corto. Si hubiese sido mi época de escritor afanoso, me habían entrado deseos de irme

con aquella semillita de relato, dejando la fiesta, sabiendo que lo que inventase sería mucho más entretenido y, en cierto modo, más veraz que la realidad inminente.

—Y este señor...

—Sciberras.

—¿Me conoce? Quiero decir si conoce mi obra.

—No creo. Ya sabes cómo es esta gente.

—Una tarea del Consejo Británico.

—Qué razón tienes. No hay ninguna señora invitada, por cierto. Salvo la novia de John. Espero que no haya problemas por este lado.

—Por qué, cómo, qué...

—Tu Geoffrey dijo algo sobre reunión de gigantes de la literatura y nada de absurdos disparates de simetría sexual.

—Pero esto es absurdo. Y una insolencia, además. Yo jamás habría puesto semejante condición. Lo sabes de sobra.

—Me siento inclinada a dar la razón a tu Geoffrey. Sois todos solteros. Descubrí que había una señora Sciberras, pero es la madre del poeta. Sólo habla maltés y, en realidad, prefiere ver la televisión. Así que no hay problema.

—Ya tendré yo unas palabritas con ese condenado Geoffrey.

—Oh, vamos, no estropees la fiesta.

Arrugó la cara y me cogió del brazo y me instó a entrar. En el salón de abajo, que olía a moho, estaban los otros dos escritores de pie, bebiendo. Dawson Wignall OM decidió que nos habíamos conocido antes, lo cual no era cierto, y vino hacia mí con una mano extendida a la altura del hombro y tremolando un *whisky* con hielo en la otra como una campanita. (Por ti tintineo / Un feliz cumpleaños cordial y sincero).

—¿Qué? —dijo entre risas—. ¿Eh?

Fragmentos de preguntas, no preguntas: los saludos de la clase alta inglesa suelen parecer confirmaciones de algo. Le expresé mis cordiales felicitaciones sin especificar por qué, y él dijo, con burlaembarazo, serioburlón:

—En fin... ya sabes.

Luego, fue otra vez todo risa, como la ilustración de un libro infantil, la cabeza redonda y cubierta de pelusilla y los dientes de hámster de un benigno humanoide que detentaba el cargo que había detentado John Dryden. Luego me fue presentado Sciberras, el poeta maltés, o quizá fuera a la inversa. Me dieron una tónica con ginebra bien cargada en un vaso tan grande que casi no podía sostenerlo en la mano. Me dirigí primero a Sciberras con muchas felicidades y diciéndole que me perdonara por no conocer su obra, pues aún no había tenido tiempo de empezar a intentar aprender maltés.

—Bueno, también escribo en italiano —gritó él, en tono coloquial—. Debes empezar a aprender italiano.

—Entonces —dijo el Poeta Laureado, con una acritud que me hizo desear estimarle— podría leer a Dante, además de leerte a ti.

—Sé algo de italiano —dije—. En realidad, hemos tenido italianos en la familia.

—Ya lo sé —dijo con cierta irritación Dawson Wignall—. Cómo no iba a saberlo. Queriendo decir que los grandes hombres públicos no teníamos secretos entre nosotros.

—Se lo decía a él —dije—. Aquí el señor Scribemierdas.

—Y yo le decía también lo que le decía —dijo Dawson Wignall.

—Sí, sí —dije—. Comprendo... un *mot*.

Sciberras nos miraba a uno y a otro, sorbiendo una bebida fría como si fuera caliente.

—Un *mot* —repetí, dirigiéndome a él—. Que en francés significaba palabra. Pero bueno, quizás escriba usted también en francés.

—En maltés y en italiano —dijo Sciberras más estridentemente, como si yo no le hubiera entendido bien la primera vez—. En Malta sólo decimos en francés buenas noches. Los franceses no estuvieron mucho aquí. Los malteses les obligaron a irse.

—Sí —dije—. Eso me contó vuestro arzobispo. Los malteses se libraron de los franceses. Precisamente, uno de los antepasados de mi madre estuvo a punto de ser uno de los franceses de quienes se libraron los malteses. Se libraron de él, y no con muy buenos modos, los mamelucos, en Egipto. Fue la misma expedición.

Vi que Geoffrey vaciaba un gran vaso de *whisky* de un trago y que luego me hacía un guiño aparatoso. Le miré fríamente. Dios sabe cuánto habría bebido antes de salir de casa. Mejor que no hubiera mujeres, desde luego.

—Pero tú eres inglés —dijo Sciberras.

—Mi madre era francesa.

—Los malteses se libraron de los franceses —gritó Sciberras.

—Cuando se libraron ustedes de ellos —dijo Wignall—, ¿lo hicieron quizá de noche? Para poder decirles *bon soir*...

Empezaba a parecerme tolerable Wignall.

—Lo que decimos nosotros es *bonne nuit*. Y por el día decimos *buon giorno*. Eso es italiano.

—Así que os acostáis franceses —dijo Wignall— y os levantáis italianos. Lo mejor de ambos mundos. Y en medio sois malteses. Maravilloso.

Ann Ovington se colocó a nuestro lado, benigna, arrugando la cara. Reunión de literarios gigantes. Luego dijo:

—Bueno, tengo que ir a ver cómo van las cosas.

—Estoy deseando probar esa tarta —gritó picaronamente Sciberras, como si supiera ya que no iban a interesarle gran cosa los platos anteriores.

—Estupendo —dijo ella, arrugando la cara para él y dejándonos.

—Está deseando probar su tarta —dijo muy serio Wignall—. Y por cierto, hablando de tu familia, la señora Campaneiti te manda recuerdos.

—No se pronuncia así —proclamó Sciberras—. No se dice *neiti*, sino *nati*. Conozco el apellido. Es un apellido italiano.

—Y por eso lo conoces —dijo Wignall—. Pero en América lo pronuncian así.

—¿Hortense? —dije—. ¿Conoces a Hortense?

Pronuncié el nombre a la francesa, tal como nuestra madre había insistido siempre en pronunciarlo.

—Allí le llaman Hortenss —dijo él—. Recuerdo que había una canción que hablaba de la dulce Hortenss. Que no tenía dinero ni sentido. No se cumple en este caso, claro. Tiene muy buen aspecto. Pensé que te alegraría saberlo. Yo diría que tenía un aspecto muy moderno; es muy elegante y muy distinguida, sí. En fin, me dijo que te diera muchos recuerdos.

—¿Y qué estabas haciendo tú en Bronxville?

—Leyendo poemas, algunos míos. En casa de Sarah Lawrence. Ella estuvo en la fiestecita que hubo después. Bueno, en realidad no fue tan fiestecita. Fue una gran fiesta. Ella estaba deslumbrante.

Pero cabeceó con cierta tristeza.

—¿No estaba empinando el codo? —dije, con sinceridad senil—. ¿No estaba cocida o ciega o algo parecido?

—Estaba muy en su sitio, creo. Había bebido un poco, sí. No demasiado. Me pareció que estaba muy bien. Le dije que venía a Malta. Y me dijo que te deseara feliz cumpleaños. Es decir, cuando fuese el día de tu cumpleaños.

Wignall alzó el vaso hacia mí y bebió. Decidí que era un individuo muy tolerable. Como poeta, ya era otro asunto, pero ¿quién era yo, en realidad, para decir nada, después de todo?

Geoffrey estaba hablando con Ovington, junto a la mesa de las bebidas, e iba ya por el tercer vaso de *whisky*.

—Es probable que haya escrito —dije—. Aún no hemos tenido tiempo de mirar la correspondencia de los últimos días, ¿verdad, Geoffrey?

Él hizo una grosera pantomima de tambalearse contra las cuerdas. Lo presenté. Wignall dijo estupendo y Sciberras gritó algo cordial e ininteligible. Wignall dijo luego, lenta y claramente, dirigiéndose a Sciberras:

—El señor Toomey, además de ser quizás el escritor vivo más notable de la Commonwealth, estuvo también emparentado, por matrimonio, con su difunta Santidad el Papa Gregorio XVII.

Era el día del gordo y pequeño Carlo, no había duda.

—No lo sabía —dijo Sciberras.

Casi todo el mundo quedaba sobrecogido ante la revelación, pero Sciberras controló bien los sentimientos que pudiera causarle la noticia.

—Yo escribí un *sonetto* sobre él. Es una historia extraña, maravillosa también. Se me apareció en un sueño y me dijo que lo escribiera. Así que lo escribí.

Comenzó a recitarlo a voces:

Sempre ch'io veda nel bel cielo azzurro

*levarsi bianca vetta scintillante
quel radioso di Sua bontà gigante
il cuore mi rammenta in pio sussurro...*

Wignall y yo escuchamos con cierto embarazo, examinando detenidamente los cubitos de hielo de nuestras bebidas. Wignall no le dejaría concluirlo así por las buenas; después de todo, él era el Poeta Laureado.

—Muy profundo —dijo—. Pero exige una lectura detenida, desde luego. Una lectura meditada. Es una lástima desperdiciarlo soltándolo así sin más ni más. Un soneto excelente, puedo decir, sin embargo.

—Y después —gritó Sciberras— la asombrosa visita en sueños.

—Sí, ya me hago cargo. Un caso muy notable, si uno lo piensa.

El chico de los Ovington y su novia no nos habían saludado. Ella llevaba un vestido bastante sucio y tenía unos largos mechones de pelo color paja húmeda olvidados sobre los hombros. John Ovington no tenía el pelo olvidado: lo llevaba sujeto por una cinta en la que centelleaban cuentas de cristal de colores. Vestía lo que sólo puedo denominar atuendo de trampero, aunque los pies grandes y sucios desdeñasen los mocasines. En casa de vacaciones, ambos, supuse. Los dos jóvenes estaban sentados con las piernas cruzadas en un rincón lejano, en el suelo, y compartían un cigarrillo liado a mano que apestaba a hogueras otoñales de rastros. Geoffrey no hacía más que mirar burlescamente al chico, pero el chico no mostraba el menor interés. Geoffrey le decía a Ralph Ovington:

—No sé cómo aguantas en este país de mierda. A mí me saca de quicio, me pone los pelos de punta.

Siempre lograba ser más él mismo si no había señoras invitadas.

—Los hay peores —dijo Ovington, sonriendo, la pipa humeante, como si ya hubiésemos cenado—. Puedes adaptarte a cualquier sitio si tienes que estar allí. Si tienes que estar en un sitio, le buscas el lado bueno. El problema quizá sea que estás demasiado libre.

Volvió el rostro sonriente hacia el chico y la chica, que cuchicheaban, encadenados en el conformismo de los jóvenes.

—Si estás libre, nunca estás satisfecho. Yo nunca he estado libre.

—Oh, vamos, maldita sea. La llamada del deber y todas esas pijadas.

La palabra *deber* me producía un hormigueo en los ojos, lo mismo que la palabra *fe* y sus derivados. Había un verso de Walt Whitman que...

—Hay un verso de Walt Whitman —le dije a Wignall— que siempre me hace llorar. Es un verso que habla más o menos de «todos los capitanes y oficiales intrépidos, los que cayeron en el cumplimiento del deber».

Y, en fin, como para confirmar mis palabras, afluyeron a mis ojos las lágrimas.

—Una reacción sólida —dijo Wignall—. La Cambridge School inventó la frase, pero sólo en son de burla. Es una frase útil. Y no se puede hacer literatura sin una

reacción sólida.

Geoffrey me miraba con una risilla.

—Los que *cayeron* —dijo burlón—. El amigo Walt sabía mucho de caer y de tirarse al suelo.

—Cállate, Geoffrey —me sorprendí diciendo con aspereza de maestro de escuela primaria—. ¿Me has oído? Cállate.

—Perdona, querido. Pero tienes que admitir que es un poco cómico eso de caer en el cumplimiento del deber. Walt la enfermera. Cómo se lo debió de pasar en la guerra.

—No es para reírse —gritó Sciberras—. Nosotros cumplimos con nuestro deber. No nos echamos a tierra. Salvo cuando teníamos que meternos en el refugio por los ataques aéreos.

—Sí sí sí —dijo el Poeta Laureado, algo irritado, aunque ni la mitad que yo—. Todos estamos muy orgullosos de vosotros. Sí sí sí. La George Cross y todo eso. Una gente muy valerosa, vosotros los malteses.

—¿Quién es ese del que habláis? —dijo Geoffrey—. Ese George Cross, quiero decir.

—No es una persona sino una cosa —gritó Sciberras—. Por el valor que demostró este pueblo en la segunda guerra mundial, toda la isla. Yo escribí un *sonetto*...

—¿También en italiano? —dijo Wignall—. Fuiste muy generoso perdonando.

—¿No tiene ninguna relación con Doble Cross? —preguntó Geoffrey, sirviéndose el quinto o sexto vaso de *whisky*—. ¿El maricón aquel que se corría siempre dos veces? Ya que hablamos de personajes notables, ¿habéis oído hablar alguna vez de Felpa Alijo, el que tenía de terciopelo el...?

—Dije que te callaras, Geoffrey —intervine—. Deja *ya* de decir sandeces.

—¿Y de John Riñas, el que tenía los huevos como piñas?

—Ése nunca lo había oído —mintió Wignall—. Muy bueno.

—Esos nombres no me son familiares, no —dijo Sciberras.

—Oh maldito Jesús Belial Belcebú, señor de la bragueta abierta. ¿Dónde diablos está vuestro sentido del humor?

Ovington seguía sonriendo, la pipa bien asida. Llegó su mujer, arrugando la cara alegremente, y dijo:

—El rancho está listo, muchachos.

—Tráete eso —dijo Ovington a Geoffrey, sin quitarse la pipa de los dientes.

—No merece la pena, buen camarada —y liquidó lo que le quedaba en el vaso—. Ahora, pasemos a las cosechas selectas.

—Esta noche hay vinos malteses —dijo Ovington—. Tú dijiste que querías probarlos. Dawson. Últimamente han mejorado mucho.

Geoffrey se calmó cuando trajeron los filetes de bacalao importado, y esto tenía mucho que ver con el vino maltés. Durante el plato de aguacate, insultó a todo el mundo, y todos se tomaron los insultos con buen humor, salvo Sciberras y yo. Primero se burló del joven John Ovington, de su supuesta filosofía de la vida:

—En fin, no podemos ser todos unos parásitos de mierda, ¿verdad? Tiene que haber un anfitrión, ¿no? Para que haya parásitos, ¿no? Así que no servirá para todos, lo cual quiere decir que tiene que haber una élite parásita, lo cual no cambia gran cosa este cochino mundo, ¿verdad? Pues claro que no, amigo, claro que no.

A la chica del vestido holgado, que al parecer se llamaba Janie:

—Te sienta bien, de veras, ese pedazo de muselina sucia y mantecosa, pero, en fin, tú eres una de esas chicas que pueden ponerse cualquier cosa, aunque tengas una teta más grande que otra.

Ejecutó un cómico acto enofílico con la botella de Marsovin:

—Oh, yo diría con toda seguridad que esas pasas vinieron del patio trasero de Grima, no del Fenech, del lado norte, donde va siempre a mear ese gato diabético, ¿no creéis?

A Sciberras le dijo que el idioma maltés parecía el de alguien que estuviera vomitando, y no era extraño, no. Fue una impertinencia hacer tal comparación. Estaba diciéndole al Poeta Laureado que debía darles a los malteses y a los expatriados, si aparecía alguno de aquellos maricones, y no les reprocharía que no aparecieran, que debía darles un recital de «Grandes poemas obscenos», en vez de toda aquella mierda de olisquearles las bragas a las niñitas que probablemente se disponía a soltar, cuando de pronto cambió de color. Todo el mundo se dio cuenta, pero sólo Sciberras lo comentó.

—Te has puesto muy verde, amigo —gritó. No era nada tonto, pese a los *sonetti*, y a no entender nuestras alusiones. Geoffrey se levantó alicaído, sin decir palabra, y abandonó la mesa a toda prisa, aunque con dignidad.

—Ya sabes dónde es —dijo Ovington.

Y dirigiéndose a mí, que no había dicho nada, añadió:

—No tiene importancia, no te preocupes. Ya sé que es un buen chico. El exceso de trabajo, y quizás esté un poco sobreexcitado. A todos nos pasa de vez en cuando.

—Nos odia —proclamó Sciberras, con un poquito de bacalao en la lengua—. Es evidente. Odia a Malta y a los malteses. Piensa que somos una isla pequeña y un pueblo inferior.

—Lo sois, en realidad —dijo Wignall—. Una isla pequeña, quiero decir. De eso no hay duda.

—Pero eso no es motivo para despreciarnos y odiarnos... «Esta preciosa joya engastada en el mar».

—Muy bueno, una cita magnífica —dijo Wignall, dando fin a su pescado; luego,

añadió bruscamente, dirigiéndose a mí—: ¿Cuándo vuelves a casa?

Casa. Otra de aquellas malditas palabras emotivas. Tengo que dejar de ver gente, me dije, conteniendo las lágrimas. Últimamente, la vieja zorra sólo puede apoyarse ya en los seriales lacrimógenos. Se compadece de sí mismo, sabes.

—No sé si volveré a ver Inglaterra —dije—. Quizá deje dispuesto que me incineren allí. O en Francia. No sé. Supongo que debo ir tomando alguna decisión al respecto.

—La verdad es que a mí me parece que estás muy bien de salud —dijo Ann Ovington—. Por cierto, hablando de incineración...

Se refería a las chuletas de cerdo que en aquel momento traía a la mesa una bigotuda matrona maltesa, coronada cada una con una rebanada de pifia. Pero se dio cuenta de que el comentario podía resultar poco correcto. Wignall dijo, cabeceando hacia mí y sonriéndome:

—John Riñas, ¿eh? Ése no le había oído.

—Se cierne una especie de aura antropofágica —dije, sonriendo, casi involuntariamente.

—Sí, sí, sí. Que quizá signifique que la Presencia Real va en camino de convertirse en la Ausencia Real. Salvo para unos pocos como yo. Debe de ser porque está imponiéndose el canibalismo secular —dijo Wignall, encantado.

Sciberras miraba desconcertado, sin dejar por ello de ir liquidando su chuleta.

—Me refiero —le dijo Wignall— a la explosión demográfica y demás. Latas de *Mensch* en los supermercados.

Sciberras parecía aún más desconcertado.

—Kosher para los que lo quieran. No hay nada contra ello en el Levítico ni en el Deuteronomio, ¿verdad? O *Munch*, quizá... de masticar, sabes. O incluso *Manch*. Aunque eso suena a manchesteriano enlatado.

Wignall revelaba un talento sumergido en una vocación más noble.

—O toda una serie —continuó— de carnes aderezadas, presididas por la imagen de Ann Thropp. O la de Sara Lea, en fin, ya sabes —añadió dirigiéndose a Sciberras, que no sabía.

Advertí que los dos jóvenes sólo tomaban verdura. Y supuse que no se debía a que Wignall les hubiese quitado el apetito. Debía ser un aspecto de su estilo de vida, según la expresión de moda. La chica, Janie, que estaba a mi izquierda, dijo:

—Tú eres el Gran Escritor, ¿verdad? ¿Qué escribes?

—Ya estoy retirado. Soy muy viejo, como puedes ver.

—¿Y qué cosas escribías cuando escribías? —tenía unas uñas limpiísimas y un leve estrabismo venéreo, algo así como... No. Luego.

—Novelas, obras de teatro, relatos cortos. Se han hecho versiones cinematográficas de algunas de mis obras. ¿Has visto, por ejemplo, *Fiebre intermitente*, o *Cayó un mirlo*? o *¿Duelo o Terceto*?

No había visto ninguna. Y yo no podía reprochárselo, en realidad.

—¿Te gusta leer?

—Me gusta Hermann Hesse.

—Dios santo —dijo, sorprendido—. Aún hay esperanza para todos nosotros. Yo conocí a Hesse.

—¿*Le conociste?* —exclamó y abrió la boca mostrando verduras a medio masticar.

Luego, puso los ojos en blanco y gritó hacia el otro lado de la mesa:

—Johnny. *Conoció* a Hermann Hesse.

—¿Quién le conoció? —Johnny tenía su propia botella de Coca-Cola tamaño familiar para trasegar las verduras.

—Este de aquí. El señor...

Yo no era un ser perfecto y omnipotente, pero tenía bastante que ofrecer: a los católicos, un posible santo casi de la familia; a los jóvenes, un novelista alemán muy sobrevalorado, al que había conocido personalmente. Y estaba, además, mi propia obra, para los que se interesasen por cosas de tal género.

—Hesse es muy grande —proclamó John Ovington.

—¿Lo has leído en alemán? —preguntó socarrón Wignall.

—Está por encima del idioma —proclamó John Ovington.

—En eso, con todo respeto, debo discrepar —dijo Wignall—. Ningún escritor está por encima del idioma. Los escritores *son* idioma. Cada uno es su propio idioma.

Me sorprendió percibir un leve temblor de lo que me pareció convicción vocacional.

—Lo importante son las ideas —nos dijo el chico—. Lo que cuentan son las ideas, no las palabras.

—Y qué puedes decir de las ideas de Shakespeare, maldita sea. Shakespeare no tenía ideas que merezcan un comentario —temblando más, justificadamente.

—Quizá por eso no le leemos, no nos remueve —dijo el chico, trasegando directamente de su botella tamaño familiar.

—Querrás decir *conmueve*, querido —dijo su madre.

—No, no. Remueve, remueve —dijo el padre, que mascaba sonriente—, siguiendo el mandato del propio bardo. «Procura, buen amigo, por gracia de Jesús, no remover el polvo aquí encerrado».

Miró luego a su alrededor buscando aprobación y sólo obtuvo una vaga sonrisa mía. Sciberras pasaba desconcertado de una cara a otra, comiendo vorazmente, pese a todo.

—Polvo muerto y apolillado —dijo el chico.

Hizo luego ademán de disponerse a pasarle la botella a Janie por encima de la mesa, pero ella hizo un gesto negativo, agitando los rizos.

—Mejor no removerlo, sí —dijo su padre, con una sonrisa.

A Wignall le tembló la papada como si se dispusiera, olvidados sus deberes de invitado, al reproche, la ofensa, el disgusto, algo. Así que me apresuré a intervenir,

dirigiéndome a Sciberras, por educación.

—Era un viejo muy agradable, pero estaba triste cuando le vi por última vez. Debe hacer ya quince años por lo menos. Fue en Lausana o Ginebra, o un sitio parecido. Era ya tan viejo como yo ahora. Parecía que ya no le interesase gran cosa su obra. Decía que no sabía si había obrado correctamente al abandonar Alemania para concentrarse en el orientalismo falso y en los juegos espirituales.

—¿Qué juegos espirituales? —preguntó Janie, y, simultáneamente, John proclamó: «Estoy completamente seguro de que él no dijo *falso*».

—*Das Glasperlenspiel* —dije yo—. Por el que el dieron el Nobel. Y no, no dijo *falso*. Él dijo *ersatz*.

—Pero eso es imposible —dijo Sciberras, y entonces me di cuenta de que creía que me estaba refiriendo a Shakespeare.

—Ay, el Oriente, el Oriente —casi clamó Wignall, y temí que estuviera iniciando el recitado de un poema.

Pero luego dijo:

—Vosotros los jóvenes creéis que le habéis exprimido ya todo el jugo a Occidente, que Occidente está ya seco.

—Nos hemos exprimido a nosotros hasta dejarnos secos —dijo John satisfecho, con una sonrisilla.

—¿Qué sabéis vosotros del Oriente? —dije, irritado por la sonrisilla, sintiendo además el ácido mordisco azucarado del vino, asqueado por la conducta de Geoffrey y por un cumpleaños que iba a terminar de un modo patético, recordando demasiado tarde que el chico de Ovington había nacido en Kuala Lumpur y que ahora iban a decirme, sin duda, que la chica Janie, que sonreía bobaliconamente...

—Yo nací en Nueva Delhi.

—Oh, sí, los dos conocieron el Oriente del *sahib* —admitió Ovington—. Debería haberles dicho que el padre de Janie es el asesor del Alto Comisionado. Este orientalismo nuevo nada tiene que ver con el hecho de que sean hijos del Servicio Exterior. Yo creo que tienen razón en parte, creo que les hemos decepcionado...

—Oh Dios mío —dijo Wignall—. ¿Y quién no se ha sentido decepcionado? Pero no hay que pensar que es un sistema o una cultura o un estado o una persona el responsable de esa decepción. Son nuestras esperanzas las que nos decepcionan. La decepción empieza con el calor del claustro materno y el descubrimiento de que fuera hace frío. Pero el frío no tiene la culpa de que haga frío.

Tuve la certeza de que Wignall había escrito un poema o algo sobre aquel tema. Bueno, quizá toda su *oeuvre* estuviese edificada sobre él. Empezó a bullir en mí una cólera que no podía explicar bien. A punto estaba de decir, furioso, que a todos nos había decepcionado nuestro pasado, nuestra cultura, nuestra fe, pero Sciberras me salvó de llorar en público hablando muy quedo hacia su plato vacío. Dijo:

—Os diré algo. Y es lo siguiente. Que debemos buscar lo que queremos donde estamos, y no en otro sitio.

Me quedé boquiabierto ante el buen sentido que revelaban aquellas palabras, como si aquel maltés cómico se hubiera convertido en un oráculo. Luego le vi como un símbolo que, si yo aún siguiese escribiendo, habría tenido gran fuerza: todo el Mediterráneo encarnado... fenicio, árabeparlante, heredero de la filosofía griega, del estoicismo romano, un credo provinciano promulgado en arameo que había sabido construir un imperio.

—Y no debemos burlarnos de la fe y el sentido del deber que nos inculcaron en casa.

Oh, qué terrible trinidad emotiva. Si la fuerza de aquellas palabras no hubiese quedado amortiguada por el cómico acento mediterráneo, mis lágrimas, que asomaban ya, habrían inundado la salsa congelada del plato. Y luego, quedamos salvados todos, menos los chicos, que estaban por encima de la salvación, merced a la aparición del pastel de cumpleaños, que portaba la propia Ann Ovington, y que tenía forma de libro abierto, con sólo tres velas, supuse que por consideración a mi falta de fuelle. Sciberras, resplandeciente, tenía fuelle de sobra. Los chicos tararearon *Cumpleaños feliz*, John Ovington puntuando a base de cuchillo y botella, mientras Sciberras, orondo, sonriente y encantado, apagaba las velas y empezaba a cortar.

—¿Y qué es de tu amigo? —dijo—. Quizás esté ya menos verde.

—Creo —dije, empezando a levantarme— que será mejor que vaya y...

—Yo me ocupo de eso —dijo rápidamente Ovington.

Wignall cabeceaba y cabeceaba, llevándose a la boca migajas de pastel, sonriente, la vista baja, evocando quizás alguna fatídica fiesta infantil en Hampstead o en un Golders Green aún no corrompido. Me senté de nuevo y saqué a colación, pensando en proporcionar un placer a su autor, los versos que había leído aquella misma tarde:

Pero luego vi que brotaba tu lengua
Para tomar la brizna de alimento de ángel.
¡Cielos! ¡Cómo puedo sentir lo que siento!
La la la la la vestido de fiesta...

—Basta —exclamó. Lo del sentimiento era correcto—. Basta, basta, para ti no es más que un fragmento de... Ahora eran sus ojos los que se inundaban.

—Se acabó, todo eso se acabó. Lo siento —masculló hacia su anfitriona, que arrugó la cara pesarosa, aunque no sorprendida: había agasajado a muchos escritores en sus tiempos.

Luego, añadió para mí:

—Perdona. Pero es que... no es fácil hacerse viejo —explicó sonoramente para los chicos, que se habían dedicado a desmenuzar el pastel con lo que a mí me pareció un cierto embarazo—. Tenía dieciséis años menos que yo.

—Todo está destruido ya. Todo.

Entonces entró, seguido de Ovington, Geoffrey, pálido y con una gran mancha

húmeda en la chaqueta, donde, supuse, se había limpiado precipitadamente el vómito con una toallita. Ovington intentó llevarle al salón, le habló de tomar café, pero Geoffrey dijo:

—Ya veo que llego a punto para ese chisme. Pero no tomaré nada. Sólo quiero una jarra del asqueroso zumo de pasas de esta isla.

Y volvió a su sitio en la mesa, que había abandonado en el primer plato.

—¿Te parece prudente? —preguntó la anfitriona.

—Servirá para asentarme el estómago, o actuará como una, bueno, una purga definitiva —dijo Geoffrey, en lo que me pareció una parodia de mi tono de voz.

Luego, se sirvió él mismo.

—¿Cómo está mi niño bonito? —dijo, mirando burlón a John Ovington. Luego, bebió un trago.

—Basta ya, Geoffrey —dije, cansinamente.

Pero luego, algo sacudió aquel cansancio, algo que un hombre de mi edad no debería tener, a saber, la punzada de un dolor de muelas. Era el pastel, del que había tomado el trocito más pequeño posible. Resultaba injusto, en cierto modo; era como añadir la injuria al insulto.

—Sí, querido, claro, cómo no —dijo Geoffrey—. Me he portado mal, ¿verdad? Es esta isla de mierda, sabes. Esta cochina y asquerosa isla de mierda. Aun así, es tu cumpleaños, después de todo.

Oh Dios mío.

—Debería haberme portado mejor —continuó— en el puñetero cumpleaños del Ilustre Anciano.

Sciberras interrumpió la conmoción general con:

—Estás en un error. Es *mi* cumpleaños. Pero no creo que puedas entender nada a derechas. Tienes el entendimiento muy mal dispuesto.

—Indispuesto, querrás decir —dijo Geoffrey—. Tú no eres el único tipo del mundo, ni siquiera de esta puñetera isla de mierda, que cumple años hoy. Si supieras algo del mundo, sabrías perfectamente quién cumple años.

Y, dicho esto, alzó un vaso que había vuelto a llenar y añadió:

—Muchas felicidades, *cher maître*, y toda esa mierda —dijo mirándome burlón.

Había que convencer a Sciberras de que todo aquello era una broma de pésimo gusto.

—Una broma de muy mal gusto —gritó Wignall, con compañerismo de poeta—, pero aún así una broma. Es *tu* cumpleaños —añadió, dándole unas vigorosas palmadas en la espalda—. ¿Verdad que sí, Toomey?... El suyo y sólo el suyo, ¿verdad?

Yo había renunciado a muchas cosas en mis tiempos, pero aún no había tenido que negar el hecho más elemental de mi vida:

—El mío no, desde luego —dije. Y, gracias a Dios, oí lo que sólo podía ser nuestro coche que volvía a recogerlos.

Fui un estúpido por no irme directamente a la cama, iniciando el nuevo régimen de dormir solo, en vez de quedarme prolongada y peligrosamente levantado con Geoffrey. Éste se sentó en el salón de arriba ante el clavicordio desafinado, a puntear agrias armonías mientras yo intentaba hablar con él con calma, tratarle como a un personaje descarriado de mi propia obra. Pero estaba demasiado agitado interiormente para poder sentarme. Paseé torpe arriba y abajo por la piel y el mármol, con un vaso de *whisky* muy aguado temblándome en la garra.

—Fue algo deliberado, ¿verdad? Un intento, muy afortunado, de hacerme quedar como un imbécil. Lo que quiero saber es *por qué*. Aunque creo que lo sé. Éste es el castigo por hacerte dejar Tánger. Un castigo por velar por tus intereses y, además, por tu seguridad. Y, en lo que a eso se refiere, aún no has salido del lío, ni mucho menos. Pero, de todos modos, había que castigarme.

—Vaya, tiene cojones el asunto.

Y punteó una especie de acorde como si fuese un recital de ópera bufa. Tenía otra vez puestas las gafas de espejo, aunque la luz del salón era bastante tenue. Parecía habersele asentado el estómago, y hablaba sin dificultad.

—Deja ya eso. Estoy harto de ese ruido estúpido.

Punteó una pésima cadencia fortísima y se levantó. Se arrastró hasta el sofá de cuero y dijo, antes de desplomarse en él:

—Se descontroló un poco la cosa, nada más —se quedó tendido mirando lúgubrementemente hacia arriba, hacia la lámpara apagada—. Me tenía sin cuidado aquello. Era un ambiente hostil. Aquel poeta imbécil de mierda, además. Obligándote a regalarle tu cumpleaños de aquel modo. La fiesta era en tu honor, en realidad. Me cabreé, me emborraché.

—Bueno, es evidente que esto no puede seguir así, ¿verdad? Es evidente que no puedo permitirme que esto continúe.

—Necesitas paz en tus años de decadencia, la tranquila plenitud crepuscular y toda esa mierda. El honor y la puñetera dignidad. Quieres decir que tengo que irme.

—No estás contento aquí —empecé en un tono muy razonable—. Y yo no tengo intención de trasladarme otra vez. Ya fue bastante terrible el último traslado.

—Joder, y vas a decirme precisamente *a mí* que fue terrible. Bueno, así que tengo que largarme.

—Bueno, yo en realidad no quiero que te vayas, debes saberlo. Pero es cuestión de... es una cuestión de defensa propia.

—Palabras muy frías son éstas, señor, después de tantas cálidas promesas. Bien bien bien. En marcha. Empaquetó mis míseras pertenencias y me voy. Primero habré de ir a Londres, supongo, y luego habré de salir de allí. Percy en las Bahamas o aquel maricón epiléptico y gangoso de Lausana. Bueno bueno bueno. Necesitaré algo de dinero.

—Tres meses de sueldo. Es lo que me parece justo y razonable.

—Sí —dijo, quedamente.

Luego, se quitó las gafas y me miró con frialdad.

—Un cabrón justo y razonable, eso es lo que eres tú. Y ya que lo has soltado, también yo seré justo y razonable. Diez mil libras es lo que quiero, querido.

—Estás de broma.

—No, ni mucho menos. En realidad, tú previste todo esto. Lo escribiste todo en aquella puñetera mierda sentimental y estúpida, aquella novela titulada *Asuntos de hombres*, qué título estúpido y pretencioso. Ya sabes a lo que me refiero, aquel escritor cabrón, justo y razonable, que está haciéndose viejo pero tiene la OM y el Nobel y su mejor amigo se dedica al, el término es, si no recuerdo mal, chantaje póstumo. Y luego todo aquello de que cuando el escritor está ya muerto él no tiene nada que hacer y no importa ya un huevo de mono lo que escriban sobre él, así que toma por el culo tío, y publica lo que quieras y jódete. Entonces, él piensa que es un Gran Escritor y no quiere pasar a la historia como un Gran Cabrón, así que paga a cambio de una Promesa Solemne por Escrito de no escribir nada de ja ja Carácter Biográfico después de que el gran escritor maricón la haya diñado. Y la gran cuestión, la importante, sutil y maravillosa es que él sabe que nada podrá evitar la mierda de que un amigo íntimo vomite todo el pastel después de que él haya estirado la pata, pero al menos se irá a su tumba de la Abadía de Westminster convencido de que es injusto que al final se destape la mierda.

Se me derramaba el *whisky*. Me senté al borde del sillón e intenté beberlo, pero no podía. Podía ver a Geoffrey sonriendo con una indolencia de película de gánsteres ante el tremolar de dientes y vaso. Posé éste sobre la gastada mesa india, con cuidado y con dificultad.

—Cabrón —resoplé—. Cabrón cabrón.

—Un cabrón que ha leído tus libros —dijo—. Que, por cierto, son una puñetera colección de disparates cursis y trasnochados. Las cosas han cambiado, querido mío. Ahora, podemos decir las cosas claramente, tal y como son, no con aj aj *perífrasis elegantes* que es como creo que dices tú. Puede hablarse correctamente de un viejo asqueroso que intenta empalmarse y meterla y que llora porque no se corre. Y que gangosea diciendo muchacho querido oh qué éxtasis. Como tú, sí, justo y razonable cabrón, como tú.

—Vete —dije, levantándome—. Fuera. Vete ahora mismo. Antes de que te eche yo.

—¿Tú y el maldito ejército de quién?

—Te ordeno que te vayas, Geoffrey. Puedes pasar la noche en un hotel y decirles que me envíen la factura. Puedes hacer el equipaje mañana. Yo no estaré aquí. Tendrás un cheque esperando en la mesa del vestíbulo. Tres meses de sueldo y suficiente para el viaje en avión hasta Londres. Ahora vete.

Tuve que sentarme otra vez.

—Diez mil libras aquí y ahora, y emprenderé mi alegre camino. Por cierto, ¿no escribiste tú un espantoso disparate de mierda titulado *En nuestro alegre camino*? ¿O fue aquel jodido maricón de Beverley? Es igual.

Hizo una mueca y eructó penosamente.

—Dios santo, qué basura asquerosa nos dieron —añadió—. Alumbra y orina de gato. Tacaños de mierda.

—Sal de mi casa, vete.

—Tengo ya mucho hecho, querido. Siempre dijiste que mis cartas indicaban que podía tener *gusto* si me molestaba un poco. El asunto aquel de Rabat daría para un párrafo lindo de veras... ya sabes, cuando el pequeño y sarnoso Mahmud te cagó literalmente encima.

—Vete, vete —le dije, y luego me desmoroné en un lloriqueo—. Pensar todo lo que he hecho por ti... la fe, la confianza...

—Vaya, ya estamos: la fe y el deber y toda la mierda esa. Bujú ju ju. Lágrimas vanas lágrimas. Sabes hacerlo bien realmente, sí, sabes llorar muy bien. Inglaterra, la patria y el deber. Jesucristo en la cruz puñetera. Ouuuuu.

—Fuera de mi casa...

De pie otra vez, buscando a ciegas algo en qué apoyarme. Él allí, cómodamente tendido, contemplando a aquel maniquí temblón torpe patético encogido tambaleante.

—Hay una comisaría de policía enfrente. Puedo hacer que te echen.

—Me pondría a dar gritos de inmediato, querido. Les diría que intentabas forzarme. Aquí lo castigan con pena de muerte, creo.

Era hora ya de que viese claramente cuál podía ser la verdadera intención de Geoffrey. La cólera era un inquilino demasiado feroz. Sentí la inminencia del desmayo, pero pude controlarlo.

—Quieres que me muera —balbucí—. Eso, eso. Así será más fácil.

—Muy bonito, sí, morirte el día de tu cumpleaños. Como Shakespeare. Si es cierto lo de Shakespeare, claro. Luego, aquel maricón maltés podría escribir un *sonetto* sobre el asunto. Un homo generoso. Me regaló su cumpleaños, con tarta y todo.

—No. No es posible.

—Contrólate, querido. Se te han puesto los labios amoratados.

Y luego, en una parodia deliberadamente mala de mi voz dictando:

—Geoffrey yacía imperturbable en el ejem, sofá, mientras su anciano amigo mostraba todos los síntomas de un ejem espasmo ejem cardíaco inminente. En impecable *cockney* comentó: «Se te han puesto los labios...».

Y luego, levantándose preocupado, exclamó:

—Oh no, Dios santo.

—Dame las... no puedo... es el...

Un repugnante ramalazo de indigestión seguido de un suave dolor de muelas seguido de un calvario que se disparó desde la clavícula a la muñeca, todo en el lado

izquierdo, el derecho serenamente distante. Caí en la alfombra tan limpiamente como en una caída en escena, pero sin síncope.

—Bien bien, querido. Ya sé. Las blancas...

Geoffrey entró en el dormitorio, pasó al baño y oí el clic de la puerta del botiquín. Luego, me desmayé, volitivamente como si dijéramos. Recuperé el conocimiento, tras lo que me pareció no más de un segundo, pero estaba en pijama, en la cama, y el doctor Borg o Grima, tenía que ser uno de los dos, me tomaba el pulso. Cuando abrí los ojos, vi allí al lado de pie a Geoffrey. Me ofrendó una sonrisa dulce y amorosa. El doctor Borg o Grima también estaba en pijama, aunque llevaba encima una bata manchada de huevo. Debía de llevar varios días sin afeitarse y tenía un cigarrillo en la boca. Yo había visto una vez a un sacerdote andaluz celebrar un servicio fúnebre sin afeitar y con un cigarrillo en la boca. Esto quitaba seriedad al asunto.

Dejó caer mi muñeca y la suya, que lucía un reloj de pulsera.

—Tranquilidad —dijo—. Ochenta y un años es una buena edad; en fin, mi padre tiene noventa y cinco. Siempre le digo que no puede excitarse, pero los programas de la televisión le excitan demasiado. Los italianos, no los malteses. Hasta las chicas de los anuncios le excitan. Yo le doy sedantes normales.

Y se quitó el cigarrillo de la boca y lo apagó, posible signo de que había terminado la visita.

—Es que se excitó mucho, muchísimo —dijo Geoffrey—. Fue lo que podríamos llamar una excitación literaria. Pero ya procuraré yo que no se repita.

—Sí, y la próxima vez telefonéeme, por favor. Despertó usted a toda la familia con aquellos golpes.

—No puedo telefonar —dijo Geoffrey, con peligrosa dulzura— porque no tenemos teléfono. Nos dicen que hay una lista de espera muy larga para el teléfono. Dicen que tendremos que esperar dieciocho meses por lo menos, o más aún, para tener teléfono. De día, puedo telefonar si quiero. Voy a la tienda de la esquina, donde tienen teléfono y me dejan usarlo. Pero cuando la tienda está cerrada no puedo telefonar. Por eso no telefoneé.

—Siempre puede ir usted a la comisaría.

—Sí —dijo Geoffrey—, menudos cabrones están hechos esos.

Descubrí que no podía hablar.

—Bueno —dijo el médico—, estamos en Malta.

—Dice usted muy bien, sí, estamos en esta isla de mierda.

Descubrí que podía hablar.

—No, Geoffrey, por favor.

—Que no se excite —ordenó el médico.

—Ya le vigilaré —dijo Geoffrey.

Este propósito no se cumplió la noche aquella, sin embargo; pese a mi promesa de la tarde, no dormí solo. En realidad, no dormí mucho. Al cabo de una hora o así desperté ridículamente refrescado y, como si dijésemos, purgado; y ninguna de las características de la noche maltesa me inducía a reanudar el sueño. Los repelentes eléctricos de mosquitos zumbaban y resollaban y los relojes públicos de toda la isla proclamaban a un perfecto unísono las horas, los cuartos y las medias y, como un exordio de medias o cuartos, la hora ya completada. Era yo quien vigilaba a Geoffrey, no él a mí. Roncaba de modo irregular, vuelta la gorda espalda hacia mí, y, de cuando en cuando, se le olvidaba respirar y sólo volvía a recordarlo tras un espasmo que estremecía la cama. Al cabo de un rato, empezó a respirar tranquilo y luego dijo algo en latín. Era más o menos así: «*Solitam... Minotauro... pro caris corpus...*». Escuché con atención y sorpresa, pues siempre había creído que Geoffrey había ido a un colegio privado de segunda en que se despreciaban las lenguas clásicas y, en su lugar, se daba una especie de lingüística antropológica elemental.

Saqué un cigarrillo de la caja de plata, regalo del sultán de Kelantan, que estaba en la mesilla de noche y que se veía claramente a la intensa luz de la luna, y, ante mi vago asombro, pude encenderlo con el flamante regalo de Alí, que tenía al lado. Creía haberlo dejado abajo, en mi estudio. La gran llama pareció llegar a la conciencia dormida de Geoffrey, pues se agitó como contra ella y luego se volvió hacia mí. Tras una pausa, soltó un ronquido con un fantasmal aroma ni vinoso ni de vómito, sino más bien ferroso en su esencia básica, con armónicos indefinibles de putrefacción avanzada. Me desconcertó, más que asombrarme. Era remotamente familiar. La luz de la luna mostraba un copioso sudor sobre su desnudez, cuya excesiva proximidad me incomodaba. Yo había dudado si alentar o no, la primera vez que desperté, cierto vago deseo de tomar té y un emparedado, hasta que alcanzase tal firmeza que fuese preciso satisfacerlo: ahora ya estaba seguro del todo. Salí de la cama con piernas firmes y hallé las pantuflas y la bata. Ahora la cama era toda de Geoffrey. Ya no sentía hacia él el menosprecio amargo y vengativo que, pese a su posterior sumisión al deber, o al miedo, parecería lógico, en fin, que sintiese y que, en el fondo, esperaba sentir. Sólo sentía esa piedad despersonalizada que uno siente siempre por el desvalido prisionero del sueño, viendo en él a un desvalido prisionero de la vida. Nadie pide tener pesadillas, nadie pide ser malo. La obstinación no es voluntaria. Si esto encierra una contradicción, es porque el idioma humano predispone a la contradicción. Me dije, quizá sin razón, que conocía el mundo y que había aprendido a ser tolerante. Que era ya muy viejo para tomarme en serio las pasiones humanas, incluidas las mías. Pero recordé haber dicho algo parecido públicamente a los cuarenta y cinco. Paz en el presente, sea cual sea. Lo cual lógicamente significaba echar a Geoffrey. Y luego el desasosiego por mi falta de caridad, el convencimiento de que era, en realidad, una mierda temblona, un hipócrita, un producto ridículo de un

período malo, ridículo en mi sensualidad senil, todo lo que, en palabras directas y groseras, me había dicho Geoffrey. Dejémosle dormir, que todo duerma.

Bajé y entré en la gran cocina blanca, cuya identidad atestiguaban los fantasmas de las especias, suavemente, muy suavemente. La habitación de Alí quedaba justo detrás y éste era, la vida del desierto a sólo tres generaciones, un durmiente peso pluma. Herví agua con mucho cuidado, hice un bocadillo con los restos del pollo asado de la comida, escaldé el Twining. Luego porté silenciosamente mi pitanza hasta el estudio en una bandeja, logré accionar, a la luz de la luna, el interruptor de la lámpara de pie. No fue la urgencia sino la curiosidad, y una especie de desasosiego que sólo se aclararía más tarde, los que me hicieron querer ver de nuevo aquel relato del milagro sacerdotal. Mordisqueando el bocadillo busqué los tres volúmenes de mis relatos cortos, bellamente encuadernados en piel, fileteados, regalo de Navidad de hacía diez años de mi editor norteamericano. Sabía que estaba en el segundo volumen, pues el primero iba dedicado a relatos que se desarrollaban en Europa, el tercero era producto de mis viajes orientales y el segundo correspondía a las Américas. Recordaba que el relato se desarrollaba en Chicago en los años veinte, pero había olvidado el título. Resultó titularse *Imposición de manos* y ser su estilo aún más desaliñado de lo que yo recordaba. Un trabajo de mil dólares hecho precipitadamente para una revista mensual ilustrada hacía mucho desaparecida. Leí con vergüenza, bebiendo y masticando, intentando captar los tonos de una realidad por debajo del profesionalismo burdo.

El narrador sin nombre y sin rostro (perdonen los que conozcan ya la historia) es un periodista inglés que va a Chicago a escribir un artículo sobre el reverendo Elmer Williams, director de *Lightnin'*, publicación dedicada a denunciar el gangsterismo y la corrupción política. En el vestíbulo del Hotel Palmer House vuelve a encontrarse con un sacerdote, el padre Salvaggiani, al que había conocido hacía diez años en el frente italiano, donde el sacerdote era capellán y el periodista conductor de ambulancias. El sacerdote, un hombrecillo gordo y vulgar que huele a ajo y habla un inglés cómico, está muy afligido pues ha venido desde Italia a ver a un hermano suyo, que agoniza en el pabellón privado de un hospital por fracturas múltiples de cráneo y heridas de gancho para el hielo en el vientre. El narrador se da cuenta de que el hermano, Ed Salvaggiani, es un gángster conocido y, olfateando material para un relatillo interesante, acompaña al sacerdote al hospital. El padre Salvaggiani presta a su hermano los últimos auxilios de la Iglesia y, sabiendo que no puede durar ya mucho más, rompe a llorar.

Al pasar por un pabellón público del hospital oye los terribles gritos de un niño que se está muriendo de meningitis tuberculosa. No hay nada que hacer, dicen los médicos. Pero el padre Salvaggiani posa las manos sobre el niño y reza. Los gritos se aplacan, cesan por último, y el paciente cae en un sueño profundo. Para sorpresa de los médicos, se produce una progresiva mejora que se registra diariamente cuando el sacerdote llega a llorar por su hermano agonizante. El hermano muere, pero el niño se

salva. Los fieles que hay entre el personal del hospital no dudan de que se trata de un milagro. Pero el padre Salvaggiani, en su cómico inglés, habla de la voluntad terriblemente incomprensible de Dios. ¿Por qué no podía hacer nada por su hermano, a quien amaba, y ser, sin embargo, agente de la misericordia divina para un desconocido? Quizá quiera el Señor que este niño crezca y se convierta en instrumento de su propio objetivo redentor y haya utilizado al más humilde de sus siervos sacerdotales para derrotar a la naturaleza y propiciar la consecución de ese fin. El sacerdote piensa todo esto en voz alta en el funeral de su hermano, una gran ceremonia con flores, deudos sin afeitado. El narrador considera fútiles tales especulaciones. La vida es un misterio y Dios probablemente no exista.

Coloqué un cigarrillo en la boquilla y accioné el encendedor de Alí que, por alguna razón, había llevado conmigo en el bolsillo de la bata. Apenas si había mesa en la casa sin su caja de cigarrillos y sin el correspondiente y sólido Ronson y el correspondiente cenicero de plata Queen Anne o de sólido ónice. Alí podía sentirse satisfecho. Pensé en el relato y no me vi capaz de recordar todos los datos históricos en los que se basaba. Desde luego, había existido una revista llamada *Lightnin'*, cuyo editor había sido el reverendo Elmer William. El padre Salvaggiani era, en realidad Monsignor Campanati, por entonces una especie de director itinerante de la Asociación para la... ¿la Propagación de la Fe? Su hermano mayor, Raffaele, había muerto, sí, víctima de la violencia gangsteril de Chicago, pero como la voz, firme y molesta, de la decencia y de la política honrada. Yo había estado en Chicago, me había hospedado en el Palmer House, pero no para escribir sobre valerosos cruzados luchando contra pistoleros crueles. Había ido a ver la colección de cuadros de Manet, Monet y Renoir de una *grande dame* de Chicago, la señora de Potter Palmer, sólo recordaba esto. ¿Para escribir algo sobre la colección? ¿Para comprar algún cuadro? ¿Para vendérselo? Esto se había esfumado de la memoria. Aún veía con toda claridad el rostro agonizante de Raffaele, al que, aunque con ciertas matizaciones, había admirado, pero al que yo nunca había interesado gran cosa. Esto debido a mi homosexualidad, que, al modo de los latinos decentes, consideraba él un problema de elección libre de una pecaminosidad brutal. Carlo nunca adoptó una actitud tan reprobatoria. Él nunca *veta* mi homosexualidad en acción, como si dijésemos; no era dado a interesarse en las historias que sobre mí corrían. Los pecados de la libido que conocía él se limitaban estrictamente a la esfera heterosexual, y eran dos en número. Si los hombres deseaban a los jovencitos o se deseaban entre sí, era porque se veían privados de la compañía de las mujeres. O quizás, aunque raras veces, los demonios exorcizables de la mariconería tomasen posesión de ellos. En cuanto a los que tenían vocación religiosa y habían elegido la vida célibe, la gracia de Dios les sostenía como quinina, y no había más. De ellos es el reino de los cielos. Los Campanati eran una familia de elevada moral, salvo el chico más joven, Domenico, el que se casó con mi hermana. Luigia, la única hija, se convirtió en una madre superiora de lo más rígido y estricto.

¿En qué hospital había ocurrido todo? ¿Había sido realmente tan espectacular el milagro, si es que de un milagro se trataba? ¿Era la enfermedad del relato la auténtica? ¿No podría ser una enfermedad menos fatal e incurable, cuyo curso pudiera invertir la influencia de una poderosa voluntad benigna unida a la voluntad vacilante del paciente? Es evidente que yo no tenía ninguna necesidad real de resolver todo ese rompecabezas; no tenía obligación alguna de ayudar a que Carlo Campanati, hombre bueno pero codicioso, se convirtiera en santo. Pero estaba allí presente esa fútil cuestión de la verdad. El término *verdad* no me inundaba los ojos de lágrimas como *fe y deber y patria y casa* a veces, pero un hombre que sirve al idioma, aunque imperfectamente, debería servir siempre a la verdad y, aunque mis días al servicio del idioma habían terminado, no podía rechazar la otra fidelidad intemporal. Pero sentía menos interés por esa verdad más profunda, el atributo tradicional de Dios, a la que la literatura puede servir mejor contando mentiras, que por la verdad más superficial que llamamos realidad objetiva. ¿Qué había sucedido en Chicago? No estaba seguro.

Había pruebas documentales. Había habido testigos. Podían localizarse tales testigos, se les podía consultar, aunque resultase laborioso. Pero lo que a mí me preocupaba realmente era: ¿hasta qué punto podía yo pretender un conocimiento veraz de los hechos objetivos de mi propio pasado, frente al retoque artístico, es decir, la hábil falsificación? Mi memoria resultaba sospechosa en dos aspectos: era viejo y era escritor. Los escritores con el tiempo transfieren la mendacidad de su oficio a todos los sectores de su vida. En este sector trivial del anecdotario biográfico de bar es mucho más fácil y mucho más gratificante moldear, reordenar, imponer culminación y desenlace, aumentar aquí, disminuir allá, buscar el aplauso y la risa, que reseñar los sucesos mundos y rutinarios, tal como pasaron. Recuerdo muy bien (pero ¿qué quiero decir en realidad con eso de que recuerdo bien?) que llegó un momento en que Ernest Hemingway, pese a que prácticamente había dejado de escribir ficción, estaba dominado del todo por su costumbre de inventar. A mí me contó, y sólo tenía cincuenta y tantos años por entonces, pocos menos que yo, que se había acostado con la hermosa espía Mata Hari y que estaba «buena, aunque algo gruesa de muslos». Yo sabía, y había datos que lo confirmaban, que cuando ejecutaron a la Mata Hari, él no había hecho aún su primer viaje a Europa.

Es verdad que yo había tenido por costumbre llevar un archivo de datos, sobre todo durante los veinte primeros años de mi carrera como escritor profesional. El cuadernito en el bolsillo del chaleco, decía Samuel Butler, revela al verdadero escritor. Y así yo había anotado *mots*, ideas para relatos, descripciones de hojas, la pelusa de los brazos femeninos, los juegos de la luz en las botellas de ginebra, jerga, términos técnicos, puros datos objetivos de tiempo y lugar, los mejores para fijar alguna epifanía extraordinaria (por utilizar el término de Jim Joyce), y estos cuadernitos sobrevivían, aunque no en mi poder. Los cuadernos de notas de Kenneth Marchal Toomey estaban en los archivos de una universidad norteamericana, y serían

publicados después de mi muerte (probablemente con todos los aderezos de la erudición). Yo nada objetaba a que se abriese la chatarrería de mi cerebro una vez que éste hubiera dejado de ser mío y se hubiera convertido simplemente en parte de la economía del suelo, pero de momento prevalecían consideraciones de reserva e intimidad. ¿Cuál era la universidad? Había cartas de ella y dirigidas a ella en el archivo, y también datos sobre los pocos miles de dólares que me habían pagado por aquel tesoro tan dudoso; pero mis archivos, por el precipitado traslado desde Tánger, aunque también y sobre todo por la ineficacia de Geoffrey, estaban en un desorden absoluto. Yo no quería fomentar otro ataque cardíaco insistiendo en una mínima ordenación, pese a que pudiera recordarle a Geoffrey su renuente promesa de la tarde. ¿Qué tarde? ¿Qué día? ¿Podía hacerlo? Geoffrey vivía absolutamente en el presente; se había desprendido de la carga, y quizá fuese prudente en su caso, de sobrecargarse con el recuerdo. No, no es rigurosamente cierto: recordaba mucho más claro que yo lo que le convenía. Temblé de nuevo al recordar las cosas que había decidido recordar de mí.

Mejor dejar que Carlo logre la santidad con otros milagros más documentados. Pero luego, *fe* y *deber* trompetearon una amortiguada improvisación en dos partes en una de las cámaras de mi cerebro. San Gregorio, entronizado en cierta medida gracias al testimonio de K. M. Toomey, Caballero Honorario, reza por nosotros. Reza por mí, hipócrita, libidinoso, malgastador de semen en abrazos estériles. No sólo era la fe (ausente ya, desechada voluntariamente mucho tiempo atrás, pero, debido a una esterilidad nueva y definitiva, considerando ahora su vuelta). No sólo era el deber (servidor de la fe y menospreciado por tanto, pero relea esta última frase). Era el miedo, pues, cierto tipo de miedo.

Sabía muy bien lo que iba a encontrar en el despacho de Geoffrey. Un caos espectral de ficheros volcados, una nevada de cartas sin abrir, montones atados de lo mismo, libros, periódicos, recortes de prensa, voluntariosas tesis con títulos como *K. M. Toomey y el síndrome fanático*, archivadores por el suelo, caídos de lado como cuadrados perros muertos (*K. M. Toomey y la ineptitud figurativa*), botellas vacías, colillas apagadas con el talón, un escritorio cubierto de revistas «gay» con muchachos desnudos de sonrisa bobalicona y crudas escenas de pederastia, una silla pegajosa de lo que parecía semen. En fin, tomé varias bocanadas profundas de aire, y luego un poco de Peveril of the Peak con agua del grifo del lavabo contiguo. Luego, pasé silenciosamente al pasillo, crucé el bar y entré en el despacho de Geoffrey. Encendí la luz y su crudeza inundó la hedionda sonrisilla del caos. Esperaba asombrarme, pero no tanto como me asombré.

La carta me crujía en el bolsillo izquierdo de la bata y era como el crepitar del fuego. Pero mantenía bastante bien la calma. La carta, refresquemos un poco la metáfora, había encendido mi motor cerebral, que traqueteaba magníficamente. Creía tenerlo ya todo previsto. Cuando Alí se levantó al amanecer, me halló sentado a la mesa de la cocina, bebiendo Blue Mountain. Respetó, como siempre, mi preferencia por el silencio matutino total y se limitó a cabecear y dar los buenos días en español. No le sorprendió verme allí tan temprano. Conocía mi escasa necesidad de sueño. Seguí cabeceando mientras yo servía café en otra taza, añadía bastante azúcar, llenaba un vaso con zumo de naranja del refrigerador y ponía en la bandeja los dos «abreojos». Los ojos que había que abrir eran los de Geoffrey. Salí de la cocina, portando la bandeja en equilibrio con un admirable control de nervios (a mí me admiró), y subí al dormitorio principal.

Geoffrey dormía atravesado en la cama, la cabeza asomando por el borde como si bebiese en una charca. Posé la bandeja y le zarandé. Hizo ruidos extraños y al fin despertó, pestañeando hacia abajo, en dirección al suelo, como preguntándose qué era. Luego, se colocó laboriosamente boca arriba, en la postura de la crucifixión, gruñó, tosió, pestañeó rápidamente y luego cogió, casi a ciegas, el zumo de naranja, que yo le ofrecía. Lo bebió sin preámbulos, chasqueó la lengua, se estremeció, eructó, tembló, lanzó un suspiro profundo y devolvió el vaso vacío. Le di su café. Estaba ya medio despierto. Bebió un sorbo y murmuró:

—Orines de gato.

No hablaba del café.

—¡Tengo la boca como el sensorio de un luchador de lucha libre! Algo espantoso, queridito.

Persistí en mi silencio matutino.

—¿Hay algo más ahí? —dijo, pestañeando hacia la bandeja y, con gesto anhelante, hacia la posible cafetera. Le di un cigarrillo, que encendí con el encendedor de Alí.

Tosió de forma obscena y prolongada y luego dijo:

—Mejor, mucho mejor.

Volvió a tumbarse y fumó, girando hacia mí el blanco sucio de sus ojos.

—¿A qué debemos el, digamos, inestimable y puñetero honor? —dijo.

Carraspeé y pronuncié mis primeras palabras del día:

—Anoche me pediste diez mil libras.

—¿Sí? ¿De veras? Una inspiración nocturna, como suele decirse.

Y luego añadió:

—Oh, sí, claro, Dios mío, anoche. Creo recordar que me porté muy mal. Fue aquella maldita mezcla maltesa de vinagre y mermelada de pasas.

Y luego, recordó algo más:

—Sí, sí. Claro, claro.

Me miró escrutador. Yo estaba sentado al borde de la cama.

—Tienes buen aspecto, queridito. Al parecer, te sentó bien lo de ayer, el que se te quemasen los fusibles. Deberías hacerlo con frecuencia. ¿Qué es eso de las diez mil libras?

—Geoffrey —dije—. Escucha con toda atención y no me digas nada hasta que haya terminado. Primero, tendrás tus diez mil libras.

—Jesús Belcebú, ¿hablas en serio?

—Te dije que no me interrumpieras, ¿no? Ahora escucha, por favor, escucha atentamente.

—Me tiene usted pendiente de sus labios, caballero.

—A primera hora estuve en tu despacho que, debo decirlo, se hallaba y se halla aún en un estado de suciedad y desorden increíble. Y, por pura casualidad, encontré esta carta en el suelo, con una colilla aplastada encima, obra de tu talón, supongo.

Saqué el sobre sucio y de él saqué la carta.

—Es de Everard Huntley, desde Rabat.

—Ese mierda.

—Por favor, Geoffrey. No tienes idea de lo que me cuesta conservar la calma. No leeré la carta, que es para mí, aunque te afecte a ti. Te diré sólo lo que dice. Dice que un tal Abdulkakar acudió al Consulado Británico muy alterado y afligido. Habló de la muerte de su hijo, Mahmud.

Geoffrey se puso terriblemente pálido y murmuró:

—Oh, maldita sea.

—Sí, Geoffrey, las heridas que le hiciste en lo que denominabas *juegos* resultaron mortales. Esta carta, debo decírtelo, es de hace un mes, y no tengo noticia de lo sucedido después. Sin embargo, Abdulkakar convirtió rápidamente su aflicción en gritos y alaridos furiosos, exigiendo justicia. Espera que el representante consular de Su Majestad británica haga esa justicia. Pero primero se había dedicado a buscarte por Tánger, dando al fin con nuestra casa, de la que nos acabábamos de ir, y en la que estaba ya el pintor expatriado Withers.

—Oh, Dios santo, vete al grano de una vez.

—Eso fue cuando Mahmud, pobre muchacho, estaba aún vivo en el hospital, con ciertas posibilidades de recuperarse, tras la operación.

—¿Qué operación, por amor de Dios? Oh, Dios santo, sí...

—Abdulkakar sólo tiene una versión ininteligible de tu apellido. El mío encaja perfectamente en el árabe, como sabes. El narrador de cuentos Tumi dijo Withers, se había ido. Abdulkakar no tendrá grandes dificultades para descubrir dónde está ahora, aunque Huntley, amablemente, guardó silencio al respecto. Huntley dice que tú, Geoffrey, estás en grave peligro.

—Qué coño, yo no fui el único. También tú anduviste jugando con el sarnoso de Mahmud, tú, cabrón hipócrita.

—Por instinto, Abdulkakar no dejará que sea la ley quien se encargue de hacer justicia, pues, razonablemente si consideramos sus antecedentes, no confía en ella.

—Chulo de mierda. Chuleando a su propio hijo el muy cabrón.

—Es mucho más probable, según Huntley, que aplique, o intente aplicar o haya aplicado ya fiero justicia por su propia mano. Por supuesto, si se desespera porque no consigue dinero para venir a Malta, donde, por otra parte, no tendría ningún problema para encontrar la casa de Tumi, quizá recurra a la policía. No pueden acusarte de asesinato. Puede que ni siquiera de homicidio preterintencional, pero en la mayoría de los países se penan con bastante rigor las lesiones corporales graves que provocan la muerte. Concederían la extradición, sin lugar a dudas. ¿He hablado con claridad hasta ahora?

—Sí, sí, está bien, tengo que largarme.

—Yo en tu lugar, me lavaría, me afeitaría, me vestiría y haría el equipaje rápidamente. Es la despedida, Geoffrey. Abandonas este lugar que tanto detestas. Sale un avión para Londres a mediodía. Con un poco de suerte, podrías conseguir plaza en él. Debes ir primero a Sliema, la agencia de viajes de High Street. Te haré un cheque, en libras maltesas. Te daré otro cheque, para el National Westminster Bank, de Stanhope Gate, para cubrir los gastos en Londres hasta que dejes Londres y te traslades a Estados Unidos. Ese cheque incluirá también lo necesario para el viaje de vuelta, en clase turista, por supuesto, hasta Chicago vía Nueva York. Confío en que lo hayas entendido todo.

—¿Chicago? Chic... ¿a qué coño tengo yo que ir a Chicago? Viaje de vuelta, dices. ¿Tengo que volver aquí? ¿Para que me liquide ese maldito Abdulkakar?

—Tienes que hacer un trabajo para mí en Estados Unidos. Te daré otro cheque para el Chemical Bank de Nueva York, por cinco mil dólares. Quizá tengas que viajar un poco allí, todo depende de lo que descubras en Chicago. En cuanto al viaje de vuelta, quiero decir que has de volver a Londres. En Londres me entregarás tu informe, a mí en persona (Wignall me preguntó cuándo volvía *a casa*, y no sabía que volvería tan pronto) y, si compruebo que has trabajado diligentemente, te daré un último cheque. Éste será por esas diez mil libras que tanto anhelas anoche.

Geoffrey iba por el segundo cigarrillo y ya controlaba la situación, plácidamente arrellanado, y hasta sonreía lánguidamente.

—Me sorprende tanta honradez puñetera y, ejem, tanta caridad, un cambio de actitud tan colosal.

Como no iba a dormir más allí, apagó la colilla en la barnizada madera de cedro de la mesita de noche.

—Tengo dinero de sobra, Geoffrey. Tú sabes exactamente cuánto hay en la cuenta británica. Encontré el último balance bancario entre tus revistas pornográficas. Cosas emparentadas, supongo que dirás, una lectura igual de excitante o de indecente. Además tengo otras cuentas de las que tú no sabes nada. Pese a toda mi riqueza, creo que diez mil libras es una cantidad bastante generosa. Pero has de trabajar algo para

merecerla. No es un trabajo duro, pero para mí es un trabajo importante.

—¿Qué trabajo, querido?

—Te lo explicaré mientras desayunamos. Se relaciona con la visita que nos hizo ayer el arzobispo.

—Oh, Cristo puñetero. Muy bien, caballero. Me levantaré.

Y salió de la cama, desnudo, sin vello, engordaba deprisa. (¿Por qué *deprisa*? Geoffrey nunca hacía nada *deprisa*). Para él la vida había sido demasiado fácil.

Era la muela que había empezado a molestarme en la cena de los Ovington. Ahora el dolor era insoportable, y tenía la encía hinchada y blanda alrededor. La muela en sí estaba medio suelta. Una infección, probablemente. El coñac aplacó el dolor, y también una esencia de clavo que Alí compró a Grima o Borg, el farmacéutico, oportunamente al lado de mi casa. El dolor de muelas me parecía una especie de lujo en una persona de mi edad. Mi padre había sido dentista. Había adoctrinado a sus hijos sobre la importancia de una dentadura sana, al igual que otros hombres adoctrinan a los suyos sobre la importancia de medrar en el mundo y de ser discreto donde no se puede ser moral. Por todo esto, yo nunca me había preocupado gran cosa de mi dentadura, pese a lo cual tenía, a mis ochenta y dos años, veintiséis piezas, descoloridas pero eficaces y firmes, salvo aquel premolar rebelde. Creía que podría salvarse éste incluso, pero no podía arriesgarme a acudir a un dentista desconocido, la sala de espera llena de aromáticos malteses, en Birkirkara o en La Valetta. Necesitaba a mi dentista habitual, el doctor Pes, de la Plaza de Bolonia de Roma. Pes es un apellido sardo, menos adecuado quizá para un dentista que para un pediatra. Es natural que un caballero acaudalado de mi generación *tenga fe* en estos guardianes de su salud, su comodidad y sus necesidades prácticas, cuando ellos han demostrado ya su propia fe en la metafísica de la pericia y de la calidad. La distancia no era ningún problema. El dentista en Roma, las camisas de seda en Kuala Lumpur, los artículos de piel en Florencia, el té en Mincing Lane. Tenía que ir a Roma sin acompañantes.

El dolor y la perspectiva de tener que viajar para eliminar su causa habían llegado en el momento justo. Me sentía solo sin Geoffrey y ni siquiera su conducta en el aeropuerto, un número final espectacular, pudo borrar del todo mi amarga inclinación. Alí y yo le acompañamos con tiempo de sobra para coger el avión, y quizá fue un error. Primero, se enzarzó con el policía que quería estampar en su pasaporte el sello de salida, gritándole que no estaba dispuesto a permitir que los malditos malteses contaminaran nada suyo, y ¿qué harían si no lo permitía? ¿Meterle en la cárcel? Consiguió pasar con el pasaporte intacto, pero en el bar nos obsequió, a mí y a todos los presentes, con una escandalosa recapitulación más o menos basada en los visados y permisos de entrada de su pasaporte, de los hechos más escandalosos de nuestra vida en común.

—Nueva York, querido. Y aquel editor culomeado tuyo que intentaba impedir que yo fuera a aquella fiesta de mierda, peligroso, decía, un maricón mortífero y estúpido. Toronto, donde estuvimos a la vez con aquella cosita, no te acuerdas, una cosita encantadora con el pelo color aleña, medio indio, medio francés, sin una pizca de puñetera sangre anglosajona, recuerdas.

Se emborrachó muy aprisa, a base de Pernod solo.

—Aquel tipo de Canadá que se estaba tirando a un fantasma y, al borde del orgasmo ya, el pálido ectoplasma gritó «que me corro, que me corro, casi».

Pronto tuvimos el bar para nosotros solos.

—Ya está ahí tu avión, Geoffrey.

—Todavía tienen que descargarlo, ¿no? Qué coño. Pues claro que sí. Aún hay tiempo para otra ejem, ejem, imbibición.

—¿No has olvidado nada?

—Nada de nada, amigo —y dio varias palmadas a la vieja maleta Gucci que le había dado yo como regalo de despedida—. Todo está aquí deseando que lo carguen. Todo ese disparate del Papa culotonto.

Fue el último en subir al avión. Intentó obsequiar al personal del aeropuerto con una errática relación, sumamente retórica y muy escandalosa, de mis virtudes, resumiendo así mis vicios:

—Sentimentalismo y mojjigatería puñetera así como una puñetera hipocresía innata, producto de un mal período de sangre. Disculpa, señora, por ese *período de sangre*. No, qué coño, nada de disculpas. Buena suerte tiene Malta de tener a un escritor internacional tan grande en su suelo mojjigato. Y para Malta ahí va *esto*.

El pedo que soltó con la boca fue algo monstruoso. Apuntó al techo al mismo tiempo con dos dedos como los cuernos del diablo.

—Para todos, y que tengáis la máxima puñetera suerte británica. Cuidad bien a Toomey, so cabrones.

Por fin pudimos verle ya haciendo eses por la pista, mientras rugía el motor y el personal de tierra del aeropuerto se disponía a llevarse la escalerilla. Intentó hacer una especie de baile en ella, pero lograron que subiera a bordo de una vez. No envidié en absoluto a la azafata ni a sus compañeros de viaje.

Luego, el dolor de muelas. Ya que estaba allí, pensé que podría sacar el billete para Roma. Tendría que esperar no al día siguiente sino al otro, dijeron. Había dos expediciones de malteses que iban a recibir la bendición papal. Recogí el billete y pagué con un cheque. Cuando volví al coche, Alí y yo nos miramos. Ya sabía yo que Alí sentía un odio cordial hacia Geoffrey, aunque nunca me había indicado, ni de palabra ni por gestos, ni por un suspiro o una mirada su odio ni su rencor. Pero en aquel momento me miró, movió la cabeza mirándome a los ojos, aspiró una bocanada de aire y lo expulsó rápidamente. «A casa», dije en español. No había nada en la idea que hiciese afluir lágrimas a mis ojos. Cuando estábamos a medio camino, la muela mala cantó un compás de rabia. Era un rápido sustituto de Geoffrey. Una en punto. Veinticuatro de junio de 1971. Todo mi octogésimo segundo año se extendía ante mí.

—El asunto es, padre —dije—, que nunca tendré la menor esperanza de hacer un buen acto de contrición. Al menos, mientras no desaparezca el deseo, o la libido, como algunos le llaman. Y ¿por qué he de arrepentirme, en realidad, de ser como me hizo Dios?

El padre Frobisher, SJ, me sirvió otra copita de amontillado. Era una gran amabilidad de su parte, pues el jerez andaba escaso; andaba escaso todo, y cada día más. Estábamos sentados en un salón oscuro y feo de Farm Street. Mi asiento era un sillón Windsor de dureza penitencial, pero el suyo era grande y mullido como una cama, viejo, de muelles rechinantes, tapizado con una tela sucia de zaraza. Era justo antes de aquellas Navidades húmedas y sin nieve de 1916, en que se prometían cementerios enteros. Hacía un mes que había concluido la batalla del Somme, con casi medio millón de bajas inglesas, según los cálculos. La Navidad templada constituía una especie de expiación civil. El padre Frobisher dijo:

—¿Quién le envió a mí?

—Un hombre llamado Hueffer, o más bien Ford... se cambió el apellido por la guerra. Es editor, poeta, novelista.

El padre Frobisher frunció el ceño. Parecía no recordar al hombre.

—Ha habido una o dos, digamos, personalidades literarias que me vinieron a ver precisamente por este problema suyo —me dijo—. Siempre es esa gente la que tiene el problema. También los actores, aunque no los músicos. ¿Es usted escritor?

—Novelista, crítico, todo eso.

—Bueno, el problema es igual para los escritores que para los barrenderos, si es que los barrenderos tienen este problema alguna vez, cosa que dudo. El mucho ejercicio y la cerveza, señor Toomey, son notables remedios para para para.

Era un hombre corpulento y podría haber cargado cubos de basura sin problema. Tenía el cuero cabelludo casi mondo, pero las cejas lanzaban rígidos filamentos en todas direcciones. El negro clerical era de un tono sucio.

—La Sagrada Escritura —dijo— es muy clara respecto a *cómo nos hizo* Dios. Hembra y varón los creó. El deseo sexual se concibió con el propósito de poblar el cielo con almas humanas. Las aberraciones son obra del hombre, no de Dios. Dios nos da voluntad libre. Nosotros la utilizamos o abusamos de ella. Usted, por lo que me dice, ha estado abusando de ella.

—Se equivoca usted, padre. Con todo respeto. Yo no quise llegar a ser como soy. A partir de la pubertad, me vi desviado de lo que el mundo y la Iglesia llamarían la normalidad sexual.

—¿Y ha rezado?

—Claro que he rezado. Recé para que me atrajese lo que me parecía detestable. Recé incluso para sentir deseos de cometer los pecados carnales normales.

—No debe rezar nunca para caer en la tentación, señor Toomey.

Sacó una caja de rapé barato y me ofreció. Yo no sabía si representaba una alternativa al sexo o un tipo de tentación sexual.

Rechacé la oferta con un gesto. Introdujo un buen pellizco de lo que parecía polvo blanco, aunque olía a menta, en cada una de sus peludas fosas nasales. Luego se agitó y resolló y se estremeció gratamente. Sacó un pañuelo de sorprendente blancura de la manga y trompeteó en él. Luego, con la presunción de quien ha superado la carne, dijo:

—Creo que usted da demasiada importancia a la sexualidad. Es un defecto de su generación, de los artistas y poetas de su generación. ¿Ha leído usted los poemas de Rupert Brooke? Embarazosamente... físicos.

—En un sentido heterosexual. Pero ha pagado ya por todo eso, padre.

Había pagado, sí, en Scyros el año anterior.

—Quizá —dije— demos demasiada importancia a la sexualidad, como usted dice, porque hay demasiada muerte por todas partes. Bueno, ya sé lo que dirá usted... que mi tipo de sexualidad es estéril. Pero sólo existe un deseo único y básico. El *Alma Venus* y todo eso.

—¿Por qué no está usted en el Ejército? —dijo él, con la misma impertinencia que cualquier desconocida en un autobús.

—¿Quiere decir que un capellán castrense sabría más de mi problema? ¿O que una muerte prematura lo resolvería? El hecho es —dije— que los médicos militares no se fían mucho de mi corazón. Tiene un ritmo irregular. Indudablemente, si tenemos más desastres como el del Somme, considerarán que su música es perfectamente saludable. Pero ¿puedo volver al problema? ¿Qué dice la Iglesia?

—Primero —dijo con bastante aspereza el padre Frobisher, las manos en el regazo y los pulgares dando vueltas uno alrededor del otro—, toda fornicación es pecaminosa fuera del matrimonio. Así que está usted en ejem, la misma posición que cualquiera cualquiera cualquiera.

—Sí, pero una persona de sexualidad *normal* puede al menos casarse para no abrasarse. Yo no puedo casarme. En mi caso, el matrimonio sería una completa burla y un pecado. Sí, un pecado.

—Disculparé su ejem, ejem, metáfora. Pero no se sabe lo que podría lograr el amor, y sí, la ayuda de una mujer buena. Ha de rezar usted para que el señor le ilumine. No tiene derecho a suponer que su actual actual actual situación constituye un estado permanente e inalterable. La misericordia divina obra de formas extrañas. No sabe usted lo que le reserva el futuro. Es usted aún muy joven.

—Tengo veintiséis años, padre.

—Es usted aún muy joven. Aunque tiene edad suficiente, diría yo, para no esperar ya, no esperar...

Concluí la frase por él, impaciente.

—Esperar hallar excusas o escapatorias, cláusulas de exención y precedentes ilustres, y demás.

Justo detrás del padre Frobisher y, en apariencia, en su tranquilidad posrapé, como montada sobre la cúspide de su cuero cabelludo, había una oscura reproducción del *Juicio Final* de Miguel Ángel: un Cristo con hombros de luchador condenando a todo el mundo, indiferente a las súplicas de su bendita madre, con el propio pintor de pie en el primer plano de los bienaventurados, aunque como san Bartolomé, sosteniendo su piel desollada.

—¿Dónde está Miguel Ángel? —pregunté—. ¿En el Infierno? Tuvo tratos con hombres y escribió sonetos apasionados sobre el amor homosexual. Dios le hizo lo que fue, homosexual y artista. Es una de las glorias de la Iglesia. ¿No tengo derecho a suponer, pues, que la Iglesia se tomaba con menos seriedad los pecados de la carne, con un espíritu humanitario de irónica resignación? Hubo un obispo, cuyo nombre he olvidado, que habló de un hombre y una chica en un jardín una mañana de mayo, y de que si Dios no lo perdonaba, él sí lo perdonaría. Queriendo decir, creo yo, que Dios lo perdonaría, si es que a Dios le preocupaba todo eso, cosa que dudo.

El padre Frobisher habló ahora con firmeza:

—Dios *sí* se preocupaba de eso. El hombre lleva dentro de sí el milagro de la semilla que plantó en él el Creador. La capacidad de engendrar nuevas almas humanas para el reino de los cielos. El derramar lascivamente la semilla en el pecado de Onán, o en los abrazos pseudohelénicos de su su su.

Luego añadió:

—Nunca oí hablar de ese obispo, pero él se refería a un hombre y a una chica. Debe abandonar usted ese pecado horrible. Debe prometer no volver a cometerlo nunca. ¿Me ha oído?

—He prometido constantemente —dije con igual firmeza— abandonarlo. Me he confesado dócilmente una vez al mes, a veces más, y me he arrepentido de pensamientos impuros o actos impuros. Y luego he vuelto a caer irremisiblemente. Esto no puede seguir así.

—Claro que no. Claro.

—Así que tengo que tomar una decisión. No es fácil. Padre, ¿es usted católico desde la cuna?

—Eso no tiene nada que ver. Pero no, soy converso. Como lo fue Newman. Pero ése no es él.

—También mi padre es converso. Se hizo católico cuando se casó con mi madre, que es francesa. Pero por parte de mi madre debe haber mil años o más de firme devoción a la fe. Bueno, hubo las desviaciones extrañas: catarismo, jansenismo, si eso es una auténtica desviación. Yo me enfrento ahora a la perspectiva de darle un disgusto horrible a mi madre, de destrozarle el corazón, pues no puedo ser fiel a mi naturaleza tal como la hizo Dios y ser, al mismo tiempo, hijo devoto de la Iglesia. Porque aunque me consagrara como usted a una vida de celibato, ¿cómo iba a hallar una recompensa espiritual? Carezco de la vocación que tiene usted. Tengo otra vocación, al menos yo la considero tal, pero no puedo satisfacerla en ese

apartamiento eclesiástico de la vida de la carne. ¿A qué Dios he de oír: al que me hizo como soy o a aquél cuya voz se filtra en los edictos de la Iglesia?

—No hay diferencia, no debe decir eso. Eso es totalmente totalmente totalmente.

Le miré incrédulo un instante, oyendo la palabra horrible.

—Herético, blasfemo —cogió la botella de amontillado—. Se acabó —dijo, con el mismo tono que habría utilizado en Viernes Santo. Y añadió—: Vivimos unos tiempos terribles. Miles, millones de muertos en los campos de batalla de Europa, el bloqueo alemán, con el que se pretende rendirnos por hambre. Hay hombres que vuelven del frente mutilados, sin miembros, los pulmones deshechos por el gas, ciegos, paralíticos, condenados físicamente al celibato. ¿Quién es usted para hablar de una recompensa espiritual?

Suspiré y, sin pedir permiso, encendí un Gold Flake con un Swan Vesta. Él había tomado también tabaco, de una forma más sucia, además. Expulsé el humo, con el mismo placer que había mostrado él al ingerir el irritante. Una sustancia, dos formas.

—Tengo que dejarlo todo de lado —dije—. Fe, gracia, salvación. Quizá pueda volver a los sesenta años, si llego a esa edad, y si se ha apagado ya el deseo. ¿Cómo rezaba san Agustín...? ¿No pedía que Dios le hiciese puro pero todavía no?

—No es momento para la frivolidad ni el cinismo. Está usted en peligro mortal.

—Ya no creo eso, padre —dije, pero me temblaba la mano que sostenía el Gold Flake—. Gracias por su tiempo y por su ayuda. Porque me *ha* ayudado.

—Creo que sería mejor que volviera a verme. La semana que viene. Cuando haya rezado y meditado. Pida a la Santísima Virgen la gracia de la pureza. Ella le escuchará.

—Sería embarazoso, padre. Preferiría rezar a un santo que entendiera de estas cosas, la verdad. ¿No hay alguno? O quizás a Nuestro Señor mismo. Porque él, si es verdad lo que insinúa Rena...

—Sé lo que va a decir usted. No lo diga. Ya veo el camino que va a seguir. Dios le ayude. Por un acto perverso de la voluntad ha menospreciado la oportunidad de la gracia divina. ¡Qué deprisa pueden suceder estas cosas! Vamos, venga, arrodillémonos y recemos juntos ahora mismo.

Se levantó de su rechinante sillón e indicó la alfombra que había junto a la chimenea.

—No, padre. Demasiado tarde. O demasiado pronto. No será fácil, puedo asegurárselo, tendré siempre una especie de... —era el idioma de mi madre el que brotaba, aunque recordaba también el término inglés— *nostalgie*. Pero no puedo entrar en el redil. Aún no. Y no podré hacerlo en mucho tiempo.

Y salí de aquel lugar lo más deprisa que pude.

No debe tomarse lo anterior, claro está, como relación literal de lo ocurrido. No puedo recordar el nombre del sacerdote ni si los cigarrillos que fumaba por entonces eran Gold Flake ni si él o yo consumimos tabaco en aquel salón de Farm Street; una sustancia, dos formas. Pero lo esencial es cierto. Crucé tembloroso Mayfair, con la sensación de que mis pies pertenecían a otro, y con la cabeza dándome vueltas como si hubiese recibido el diagnóstico negativo de un médico. En Berkeley Street, el cartel del *Star* de un vendedor de periódicos decía nivelle sustituye a jofre. En fin, sí, había una guerra y allí estaba yo intentando conciliar los deseos sexuales con la fe religiosa, se reúne el gabinete de guerra de Lloyd George. Giré hacia Piccadilly. A la entrada de la estación de Green Park vendían acebo y crisantemos. Un organillo tocaba en una calle lateral *Mantén encendido el fuego del hogar*. Una mujer de mediana edad, de la clase dirigente, rígida y emballenada, el sombrero un espumarajo de plumas, me lanzó una mirada aviesa. Veía a un joven apto, gallardamente apto incluso, con un buen traje gris y un abrigo gris abierto, el sombrero de ala ancha de los «artistas» echado hacia la nuca como un halo. Compré un diario de la tarde en la estación y bajé la escalera a coger el tren, hacia Baron's Court. Tres soldados de permiso, borrachos, los cuellos del uniforme desabrochados, irrumpieron obligándome a pegarme a la barandilla. Uno de ellos empezó a cantar, y los otros se le unieron torpemente:

Tú estabas con las chicas
 Cuando nosotros estábamos en las trincheras
 Combatiendo al enemigo...

Quizá se refiriesen a mí, o quizá no.

Ya en el tren, abrí el periódico y leí:

Al entrar en el piso, el detenido encendió un fuego de gas, se sentó en una silla y luego cometió el delito denunciado.

El testigo no dijo nada pero intentó marcharse varias veces y el detenido se lo impidió. El detenido le besó y le dio un chelín, y también un destornillador, diciéndole que este último era un recuerdo suyo.

Se trataba de Norman Douglas, de la *English Review*, en la que yo colaboraba a veces. Douglas, que andaba ya por los cincuenta, dedicaba gran parte de su tiempo libre a buscar muchachitos. En esta ocasión, había tenido mala suerte. Yo no era un pederasta casual y creía que nunca me pondría en un peligro así; temblé, de todos modos. Había dicho adiós a una madre cálida y amorosa y había elegido la frialdad, la inseguridad, el pecado, el horror de los normales y respetables, sus garras, ocultas pero agudas.

Resultaba irónico que la pequeña reputación que me había forjado hubiera empezado con la publicación de una novela considerada heterosexualmente

afirmativa, audaz, además, escandalosa incluso. Era ésta, como quizá sepáis algunos, *Una vez muerto*, publicada por Martin Seeker (tres ediciones de 1500 ejemplares cada una, con cuatro mil juegos de hojas vendidos a Estados Unidos). El epígrafe era del *Omar Khayyam* de Fitzgerald («Ya sabes cuán poco hemos de estar...») y la novela trataba (*trata*, debería decir, pero no puedo evitar considerar el libro letra muerta) de un joven que va a morir de una enfermedad incurable, aunque no visiblemente repugnante, y que está decidido a apurar la copa hasta las heces antes de morir. Sus hazañas sexuales, con chicas de largas extremidades y firmes pechos bajo sus corazas de 1911, cuyo pelo se derramaba en aromática cascada al quitarse las innumerables horquillas, las describí con una capacidad de sugestión que muchos consideraron espantosa, y se solicitó con toda seriedad la intervención del fiscal en *John Bull*, creo que fue. Era un trabajo de aprendiz, publicado poco después de cumplir los veintidós, y lo había hecho como un ejercicio frío y deliberado de exposición de la pasión heterosexual. Muchos suponían, sobre todo las mujeres jóvenes que conocía en las fiestas, que reflejaba mis propios gustos y apetitos. A nadie dije que sólo podía conseguir elaborar las escenas más íntimas si las imaginaba como relaciones homosexuales, aunque resultaba difícil a veces con tantos torrentes de cabello aromático y tantos pechos balanceantes por en medio. Lo que intentaba demostrar era, claro está, que el campo del artista creador era ilimitado, y que su capacidad para imaginar sentimientos y situaciones superaba absolutamente su ámbito personal.

Aquel joven que estaba dispuesto, cínicamente, podrían pensar algunos, a imponer su nombre al público lector con una obra de un erotismo escandaloso (o que pasaba por serlo en el año de *Pigmalion*, del hundimiento del *Titanicyde* la última expedición de Scott) aún era un individuo profundamente religioso, que confesaba y comulgaba todas las semanas, oía misa en ocasiones en que la Iglesia no le obligaba a ello, examinaba escrupulosamente su conciencia todas las noches y estaba siempre en guardia contra el pecado. No tenía control alguno, claro está, sobre sus sueños, que tendían a lo homosexualmente extravagante, ni sobre las emisiones espontáneas de semen que ocasionaban. Los libros que escribía y que se proponía escribir podían justificarse, según él, como catarsis o avisos (el héroe de *Una vez muerto* moría, o muere, no de su enfermedad incurable sino apuñalado en un burdel de Madagascar). Mi segunda novela, *Antes de la cicuta*, trataba de Sócrates y Alcibíades y había entre bastidores abrazos de hombres desnudos, pero a Sócrates se le consideraba culpable de corromper a la juventud y se le condenaba a muerte. Mis novelas podían defenderse, en fin, en caso necesario, como instrumentos moralizantes. Y, sin embargo, supongo que eran en parte responsables de mi corrupción espiritual, de mi capacidad potencial de rechazar la fe con un acto de la voluntad. Sin embargo mi tendencia sexual era la verdadera instigadora de la apostasía. Dios me obligaba a rechazar a Dios.

Pero en mi época de fe yo era, y he de dejar muy claro esto, fiel hasta un grado muy poco frecuente en los países mediterráneos (que, según Norman Douglas, eran,

para honra suya, totalmente paganos). No es raro que los católicos del norte vivan la fe hasta extremos agobiantes. Una vez aceptada la premisa principal del fundamento divino de la Iglesia, deben, necesariamente, aceptar cuanto ésta enseña, desde el Limbo a las Témporas. Yo no tenía duda alguna de que, si perseveraba en las tendencias sexuales implantadas en mi camino inevitable, acabaría en el Infierno. Sabía lo que era el Infierno: era que te sacaran infinidad de muelas sin cocaína. Era un carbón al rojo cayéndome en los dedos a los seis años, cuando sacaba de la rejilla de la chimenea un balón de fútbol de celuloide hinchado. Pero, dado que Dios me había hecho homosexual, tenía que creer que había otro Dios que me prohibía serlo. He de decir, además, que tenía que creer que había dos Cristos: uno, el juez implacable del fresco de la Capilla Sixtina, el otro el amigo de dulces ojos del discípulo Juan. No te sorprenderá saber, imagino, que este segundo Cristo interpretaba a veces papeles destacados en mis sueños eróticos.

Sin embargo, y de todos modos, cuando subí la escalera de la estación de Baron's Court, lo hice con la alegría culpable de quien sabe que ha elegido el camino que tenía que seguir. Había hecho todo lo posible, eso difícilmente podía negarlo el Dios de la Iglesia. Él y el Dios de mis glándulas quizás estuviesen en aquel momento discutiendo mi caso. Tendrían que llegar a la conclusión de que debía dejármese en paz, para que siguiese aquella vocación (al servicio de un atributo divino) que era incompatible con el celibato, y que resultaba algo más que probable un arrepentimiento en el lecho de muerte. Así estaban las cosas, pues, *Deo gratias*.

En fin, lo cierto es que al entrar en aquella casa de apartamentos de Barón's Court Road, y mientras subía la escalera hasta la última planta, tenía ya libertad para pensar en otro tipo de fe o de fidelidad. Val Wrigley iba a pasar la noche conmigo, como hacía por lo menos una vez al mes. Éramos amigos, éramos amantes, pero él no tenía libertad para iniciar el equivalente homosexual del estado de matrimonio. Tenía diecinueve años y vivía con unos padres muy posesivos. Era poeta por vocación y trabajaba en la librería Willett's de Regent Street. Era rubio, delicado, muy bello. La piel suave y los pulmones débiles. Había leído un artículo que yo había publicado en la *English Review* sobre la poesía de Edward Thomas y me había escrito una carta diciendo que había creído ser el único admirador de la obra de Thomas y que se tomaba la libertad de enviarme tres poemitas muy del estilo, creía él, de Thomas. Uno de ellos, si no recuerdo mal, contenía estos versos:

No había pensado oír
Un tordo en el corazón de Ealing
Como un corazón palpitante, que abriese
Mis encerados oídos londinenses.

Nos encontramos para tomar té y pastas en un local de la Aerated Bread Company y luego fuimos al Queen's Hall, donde daban, creo, la primera

representación inglesa de *Le Sacre du Printemps*. Quizá me equivoque, pero asocio el movimiento final con su fresca mano acariciando la mía en un arrebató de emoción. Nos hicimos amantes casi de inmediato.

Podía pasar aquellas noches conmigo porque sus padres (vivía, por supuesto, en Ealing) creían que hacía servicio voluntario en el turno de té de la cantina para la tropa que tenía el Ejército de Salvación en la estación Euston, y que estaba abierta toda la noche. Compartía el turno, explicó a sus padres por consejo mío, con un individuo simpático e inofensivo, muy aficionado a los libros, llamado Toomey. No era una historia demasiado arriesgada: sus padres que no tenían derecho de acceso a la cantina, nunca podrían comprobarlo, y él podía hablar de mí y explicar mis opiniones sin miedo. En otras palabras, no tendría que mentir demasiado. «—Y dime, querido, ese señor Toomey... ¿está casado?». «—No sé, mamá, no se lo he preguntado». «—Has de decirle que venga alguna vez a tomar el té». Pero nunca fui a tomar el té a Ealing. Val dejaba mi piso temprano para ir a casa a desayunar con aire de agotamiento. El engaño funcionaba perfectamente.

Abrí la puerta de mi piso, entré y encendí la luz y el fuego de gas. La señora Pereira, mi casera portuguesa, había entrado ya a dejar el correo: un par de libros y una carta de mi madre desde Battle Sussex. La señora Pereira tenía el chismoso privilegio de entrar siempre que le apeteciera, pero prefería el pretexto de realizar un pequeño servicio. Me consideraba un buen inquilino: pagaba regularmente y nunca llevaba mujeres a casa.

Val llamó (tres llamadas cortas y una larga, sacadas del *scherzo* de la *Quinta* de Beethoven) y me apresuré a abrir.

—Tengo un hambre horrible. ¿Qué has preparado, viejo?

Eran menús de hornillo de gas.

—Una especie de *ragoût*. Una lata de carne de buey con cebollas y zanahorias. Y las sobras del Médoc.

—Estoy hambriento.

Val hablaba como yo, con un leve ceceo. Se lo había mencionado a Geoffrey hablándole de mi pasado. A Geoffrey le encantó e hizo una parodia excelente y cruel. «Qué éztazis». «Zí que lo fue, verdad que zí, mi dulzísimo niño». Val acomodó sus largas extremidades en el astroso sillón y se puso a leer el periódico. No le interesaban gran cosa las noticias de la guerra, salvo cuando aparecía en las columnas literarias información sobre la muerte de algún poeta. Aquel día estaba un poco distraído, irritable. Pasaba las páginas malhumorado, diciendo *bah* de vez en cuando.

Era como si esperase que le mencionaran en el periódico y, por ojeriza del director, no apareciese.

—¿Qué pasa, querido? ¿Ha sido malo el día en la librería?

—Bueno, lo de siempre, lo habitual. Los únicos libros que quiere comprar la gente son *Derrota a los hunos cultivando verduras* y *El Anuario de Wilfred y Pip Squeak*. Lo que me recuerda. ¿Qué vas a regalarme por Navidad?

—No lo había pensado. No hay mucho que comprar, ¿no crees?

—No lo habías pensado, no. Hay una o dos cosas. Si no quieres tomarte la molestia de recorrer tiendas, siempre puedes darme el dinero a mí, ya sabes.

—¿Qué te pasa esta noche, Val?

Puse el *ragoût* en la mesita redonda que había junto a la ventana. Pasó martilleando un tren de cercanías.

—Vaya, al parecer este amigo tuyo se ha metido en un lío.

Había encontrado lo de Norman Douglas. Vino hacia la mesa leyéndolo.

—No es amigo mío. Es, podríamos decir, un colega.

Serví la comida. El *ragoût* tenía un vago sabor metálico.

—No tuvo cuidado, ¿verdad? Este guiso huele como las latas de rancho del Ejército.

—La carne es del Ejército, sí. Pero las latas civiles son exactamente iguales.

—¿Por qué no podemos comer fuera de vez en cuando? En Soho o en algún otro sitio. No es agradable acostarse con este olor a carne de buey. Y a cebolla.

Metió el tenedor en el guiso, con desgana. Y había dicho que estaba hambriento.

—¿Qué te pasa, Val?

—No soy exactamente el muchacho encantador de siempre, ¿verdad? Bueno, estoy un poco deprimido. Por un asunto inconfesable. No es gran cosa esta vida, ¿verdad?

—Piensa en el amor, Val, el amor. Prueba esta sidra.

—Eso es palabrería. Está bien. Echa un poco. Ah, hoy escribí una cosa.

—Escucha. —Y sacó un papel del bolsillo.

Rechazad la vieja ley feroz,
Dejadme que devuelva, en senectud o en juventud:
Ojos infinitos por un solo ojo,
Dientes infinitos por un solo diente.

—Hay que pulirlo un poco, claro.

Sonreía; no para mí, sino satisfecho del recitado.

—Fusilas otra vez a Jesús —dije—. No me impresiona, la verdad. Además, eso no significa nada ya. Hoy he prescindido definitivamente de todo eso. Fui a Farm Street y lo solté todo. Tomé una decisión. No puedes horrorizarme más con tu ateísmo adolescente.

—Fergus me dijo en la librería que en el Ejército diferencian las distintas religiones diciendo los católicos a este lado, los presbiterianos a éste y los tipos raros inclasificables en medio. Así que tú y yo somos ahora tipos inclasificables —soltó una risilla—. Y has abandonado a Jesús por mí.

—Dejé la Iglesia porque no puedo evitar vivir en pecado. Si te gusta, puedes decir que lo hice por ti.

—Encantado, viejo. Me siento halagadísimo.

Metió el tenedor en el guiso con un mohín de niño mimado que le hacía estúpido y desagradable, y también deseable.

—Esto es una basura horrorosa. ¿Por qué no salimos a cenar por ahí? Para celebrar juntos que somos tipos raros inclasificables.

—Es cuestión de dinero, Val. Tengo en total dos chelines y nueve peniques exactamente.

—No da para mucho, ¿verdad?

—¿No decías que estabas muerto de hambre? A mí me parece bastante aceptable —comí un poco—. ¿Cuántos alemanes hambrientos darían las muelas por esto?

—No necesitarían muelas para comérselo, desde luego. Es pura papilla.

Alzó en la cuchara un poco de la salsa gris y suelta del *ragoût* y la derramó deliberada y lentamente por el mantel.

—No hagas eso. La lavandería cuesta. Qué estupidez.

—Yo no creo que los alemanes pasen hambre, la verdad. Creo que eso son mentiras del gobierno. Qué espanto de guerra. ¿Cuándo acabará de una vez?

—Mil novecientos diecinueve. Mil novecientos veintidós. ¿Qué más da? Tú no vas a participar en ella.

—Ni tú. En fin, tengo hambre, pero no como para comer esta basura. Lo mejor será volver a casa. Diré que me entró un dolor en el pecho y que me dieron la noche libre. Mamá consiguió una pierna de cordero magnífica. Papá logró encontrar un *whisky* de Navidad para el carnicero, diez años en la cuba, más o menos. Los novelistas no tienen con qué traficar, ¿verdad?

—Ni los poetas.

—Salvo con sus vidas, salvo con sus vidas, salvo con sus vidas. Si mueres en el Somme o en Gallípoli, alcanzarás fama poética eterna. Aun así, yo estoy en la tradición de Keats. Prefiero la tisis.

—No dices más que tonterías. Podrías tener pan y margarina y mermelada si quisieras. Y una buena taza de té.

Coloqué la mano persuasivamente en la suya. La apartó brusco.

—¿Qué te pasa, Val?

—No sé. No me maltrates. No me gusta que me maltraten.

—Val, Val.

Me levanté, me puse a su lado de rodillas. Cogí sus manos, bastante relajadas, besé una y otra, varias veces.

—Baboso. Me pones perdido de saliva.

—Algo andas cavilando. Algo ha pasado. Cuéntame.

—Me voy a casa.

Quiso levantarse, pero le obligué a seguir sentado, diciendo:

—No. No digas eso. No me destroces el corazón.

—Habla el novelista popular. «Y acto seguido intentó estrecharle en sus brazos,

llenándole de babas». No, eso no es material de novela popular, ¿verdad? Aún no.

(¿Diría *aún no* de verdad? Lo peligroso del recuerdo es que puede convertir a cualquiera en profeta. Estuve a punto de escribir unas líneas atrás «1918, noviembre, no recuerdo qué día, qué más da»).

—Sé sincero conmigo, Val, querido. Dime qué es lo que pasa.

—Siéntate entonces. Debes acostumbrarte a no arrodillarte.

—Hay cosas que sólo pueden hacerse de rodillas.

Era una vulgaridad decir aquello; era como la espuma desprendida de una inmensa ola de deseo. Él lo ignoró, aunque me miró con un mohín despectivo. Me acerqué al hornillo de gas y puse el té. No tenía café.

—Tú siempre tomas, nunca das —dijo.

—Te doy mi amor, mi devoción. Pero ya veo que has empezado a querer más.

—No se trata de *mí*. No es que quiera más. Estoy cansado de que mis poemas tengan sólo un testigo.

—Vaya. Ya entiendo. Así que permites que eso se interponga entre nosotros. He intentado colocarlos. Lo sabes muy bien. Te he enseñado las cartas de rechazo. Pero todos dicen que debes seguir escribiendo.

—Jack Ketteridge, ese amigo de Ezra Pound. Le han dado una prensa manual vieja. Es una persona amable y generosa.

—Yo te daría una prensa manual si la tuviera. Te daría cualquier cosa.

—Yo no pretendo eso, imbécil. Yo no quiero una prensa manual. Yo quiero que me impriman, no imprimir. Ketteridge va a llamar a su pequeña empresa Imprenta Esvástica. Al parecer, la esvástica es un símbolo solar hindú. Significa además buena suerte. Me hará mi libro por veinte libras. Doscientos ejemplares. Yo creo que es barato.

—Así que ése era el problema. Nunca te doy nada. Sabes que no puedo darte veinte libras. ¿Por qué no se las pides a tu padre?

—Prefiero acudir —dijo Val— a los que dicen que me *aman*. Y no me refiero a lo que mi padre llama amor, que es sólo autoritarismo y posesión.

—Conseguiré el dinero. Como sea. Quizá me den un anticipo a cuenta de derechos. Aunque aún no estoy en condiciones de empezar la próxima novela... Ésa de la que te he hablado, la de un Abelardo y una Eloísa modernos...

—Ya sé, la del tipo al que le deshacen los huevos en Bahía Suvla. Sé también que no te gusta cobrar dinero por adelantado. Ya me has explicado muchas veces que luego no puedes hacer el trabajo porque ya has gastado el dinero. Lo sé, lo sé, Ken. No tienes por qué molestarte. No te preocupes. Sólo quiero que conozcas mis motivos, nada más.

Mi corazón se hundía, borboteó alegremente el agua. Fe. Fidelidad. Yo había reprimido la idea en el mismo instante en que abrí la lata de carne: ¿qué derecho tenía a esperar fidelidad si yo mismo estaba negándola? La superstición sustituía a la fe. Y allí estaba ya, llegaba ya. Mi castigo. Los hombres tienen derecho a ser

supersticiosos. Nada dije de momento, seguí de espaldas a Val, preparando el té, un té flojo porque ya casi había acabado con el paquete de Lipton's Victory Blend. Por fin dije, con lo que en mis obras de aquellos tiempos («Y en tus épocas posteriores también, querido Geoffrey») habría denominado voz ahogada:

—¿Quién es?

—Quiero que lo entiendas bien, Ken. Vuélvete y mírame a los ojos. Quiero dinero, no para mí, sino para lo que considero importante. En fin, puede que sea un imbécil al considerarlo importante, pero es lo único que tengo.

—Me tienes a mí —miré el puchero para ver cómo iba el té—. Me tenías a mí.

—Eso es distinto, Ken, viejo estúpido. Sabes que es distinto. Todo por el arte; Bernard Shaw dijo más o menos que por el arte puedes hacer pasar hambre a tu mujer y a tus hijos, que el arte es lo primero.

—No, qué va, no lo es.

Serví dos tazas de té y puse en la mesa la leche de lata y el azúcar moreno de época de guerra. Luego dije:

—Lo primero es el amor, la fe, es decir la fidelidad. ¿Quién es? Quiero saber quién es.

—No le conoces. Viene a la librería, tiene una cuenta. Un gran buscador de primeras ediciones de Huysmans. Conoció a Wilde, o eso dice al menos. Es mayor que tú, claro.

—Y más rico. Prostituta —dije luego—. Puta. Tú no sabes lo que es el amor.

—Oh, sí que lo sé. Es comer guisado de carne de buey en lata, o no comer, y soportar calambres en una cama estrecha y respirar aroma de cebollas cuando despiertas al amanecer. Recuerda un poco aquella revista *Explosión*, ¿verdad? Es como la *Rapsodia* de una noche borrascosa. Bueno —añadió, mirándome lascivo, ladeada la cabeza—. ¿Te apetece un revolcón de despedida, querido?

—¿Por qué dices eso? ¿Por qué?

—Quizá —dijo solemnemente— para que te vuelvas contra mí. Este té tiene una pinta horrorosa. Pis de gato caliente. Una cosa, de todos modos. Se acabaron los revolcones del sábado por la tarde y la noche esporádica con las cebollas. Mis queridísimos padres no se han enterado de nada, no han sospechado nada. Cautela, Ken, ¿es correcto ser tan cauteloso? En fin, se acabó la cautela. Después de la pierna de cordero de esta noche (y será mejor que me vaya ya, porque si no tendré que comerla fría), les diré que me largo. Sí, me largo. Cenamos siempre tarde y luego mi padre se queda adormilado. Esto le despertará.

Durante lo anterior, yo me trasladé con la lentitud de un viejo cansado hasta la cama, con su cobertor arlequinado, y me senté al borde. El té humeaba intacto.

—¿Piensas decirles que vas a vivir con otro hombre?

—Sí, claro... son tan inocentes. Pensarán: «Bueno, al menos no va a vivir en pecado con una mujer». Diré que estoy harto de vivir en casa. Quiero volver de noche a la hora que me apetezca. Y si dicen que soy demasiado joven, les diré, sí, joven,

pero no tanto como algunos de los que mueren en Ypres o en el Somme. Les diré que estamos en la nueva era, en el mundo moderno. Dos hombres compartiendo un piso en Bloomsbury. Aunque, y quede entre tú y yo, mi Ken querido, no es un piso. Es una casita encantadora llena de libros y de *bibelots*.

—¿Quién es? Quiero saber quién es.

—Eso ya me lo has preguntado, exactamente con las mismas palabras. «Una cierta monotonía en la expresión». ¿Qué crítico imbécil dijo eso? Ah, sí, en el suplemento literario del *Times*, ¿verdad? Si no hay nombres, no hay castigo. Bueno, un último beso de amor y luego me largo. Me muero de hambre.

Y me dejó así a mí, muerto de hambre. Me eché en la cama, mojó la almohada. Luego, fumé un cigarrillo (estuve a punto de escribir: encendí un cigarrillo con el regalo de la cruz maltesa de Alí). No le había dado un último beso de amor, a aquella putilla. Me obsesionaba menos su perfidia que lo injusto de lo que yo habría denominado entonces, si tal término hubiese estado a mi disposición, el Orden Sexual Establecido. No había nada que mantuviese unidos a dos amantes masculinos; o femeninos, claro. No había vástagos, ni el sentimiento de perpetuar un apellido o un rostro familiar a lo largo del tiempo. Pero, por supuesto, yo no tenía nada que ofrecer a una esposa o a su sustituto: ni una casa, ni ingresos. Llegaron de fuera las grandes cadenas resonantes de Justicia, un tren de Picadilly Line suministró el dato básico fantaseable. Mis ojos lacrimosos buscaron refugio en una carta de mi madre, caligrafía francesa en tinta violeta en el sobre, sello postal de Battle sobre la decapitada cabeza de Jorge V. El hogar, el calor del hogar, pacientes sangrando que cruzan el vestíbulo, mi dulce padre con las manos manchadas de sangre, aquel inglés escueto de mi madre, con su acento de Lille. Yo había salido al mundo y el mundo me hacía sangrar.

Mi madre decía en su carta que iban arreglándose, pero que tenía el corazón destrozado por la tragedia de Francia. Tenían alimentos suficientes, una ventaja de vivir en una zona agrícola, y mi padre, muy al modo de los médicos rurales irlandeses, aceptaba de cuando en cuando honorarios en especie, en forma de huevos y mantequilla. Mi hermano Tom, que estaba en el cuerpo médico del Ejército, en Boyce, había terminado un curso de cabo de gas. Dios sabe qué era aquello. Mi hermana Hortense, a quien le habían puesto el nombre de mi madre, como a mí el de mi padre, había celebrado su decimosexto cumpleaños con una fiesta, tan buena como podía esperarse en tiempos tan amargos. El padre Callaghan, de St. Anthony's en St. Leonards, había recibido noticia de Dublín de que había sido rechazada la apelación en favor de su sobrino Patrick y que éste sería ahorcado por su participación en la insurrección fallida de la Pascua anterior. Esperaba que yo fuese feliz en Londres, y estaba muy contenta de que fuese a casa por Navidad. Ojalá Tom pudiera obtener también permiso, pero, al parecer, era mucho pedir. Todo esto estaba escrito en un limpio francés con tinta violeta, lo cual hacía que las noticias sobre el primo del padre Callaghan pareciesen un tanto novelescas y remotas, e incluso los huevos y la mantequilla, pertenecer a *Un Coeur Simple*.

Terminé la carta, y hundí la cabeza en la almohada para otro llanto apasionado, tan relacionado éste con la inocencia perdida y el marasmo del mundo como el abandono de Val. Luego, sequé las lágrimas, fumé otro Gold Flake y me levanté a mirarme los ojos en el espejo azul agrietado de la señora Pereira. Los lavé luego con agua caliente del puchero, empapando para ello una esquina de una servilletita de té, e hice varias inspiraciones profundas. Tenía que hacer unas reseñas de libros; podía hacerlas en Battle con más comodidad que allí, entre olor a cebolla y recuerdos de aromas y rumores de Val. Tenía dinero suficiente para el billete hasta Battle; había un tren que salía de Charing Cross poco después de las nueve.

Así que hice la maleta, me puse el sombrero de artista y el abrigo y salí a la oscuridad, coronada con luna de zepelín, camino de la estación de Baron's Court. Fui hasta Earl's Court, hice transbordo, llegué a Charing Cross. La estación bullía de soldados y marinos, muchos borrachos. Había putas de elegantes botas y boas, y también hoscas damas respetables dispuestas a mirar con acritud a los civiles jóvenes y aptos para el servicio. Durante un tiempo estas patriotas habían ido provistas de plumas blancas, pero habían entregado demasiadas veces este símbolo de cobardía a hombres que se habían quedado ciegos en Ypres y que no podían entender el significado del obsequio. Me miraron, pero nada más. Decidí, como hacía a veces, ir hasta el tren cojeando. Era un certificado de inmunidad tan seguro como el uniforme.

No había mucha gente en el tren de Hastings, y pude disponer de un compartimiento sólo para mí. Volvía con aquel viaje a mi juventud, por Tonbridge, Tunbridge Wells, Frant, Stonegate, Etchingham, Robertsbridge, abandonando a Val y

a dos muchachos a los que yo mismo había traicionado, el joven con el que me encontré en un andén que me había dirigido una mirada a la que había correspondido pero interpretándola mal y que se había puesto a gritar y me había hecho escurrirme furtivamente, abochornado y tembloroso. Volvía en aquel viaje al origen de todo, dando la espalda de momento (pues prefería perversamente sentarme de cara a la locomotora) a un futuro en el que no me molestaba en pensar.

A los catorce años me habían seducido, nada menos que en la ciudad en la que iban a ahorcar al primo del padre Callaghan. No en la Thomas More Memorial School, donde había suficientes sacerdotes voraces y un director irlandés que aprovechaba bien su cuota de cauto manoseo, sino en una ciudad muy honesta que solía exportar sus pervertidos sexuales a Londres y a París. Aquel mes de junio de mi catorce cumpleaños estábamos allí todos: mamá, papá, la pequeña Hortense y Tom, que estaba creciendo ya, yo, con mi chaqueta de punto de la escuela y los pantalones de franela y una gorra azul con la enseña TMMS en puntadas amarillas. Por la tarde me ponía un traje de adulto, más serio, cuyos pantalones empezaban a quedarme ya cortos. Nos habíamos instalado en el Hotel Dolphin. Mi padre cogió temprano sus vacaciones anuales aquel año porque no pudo encontrar ningún sustituto para julio o agosto. Además, Tom había tenido una bronquitis grave y le habían recomendado un par de semanas tranquilas junto al mar. Mi padre había disfrutado mucho una vez que había estado en Kingstown, que había pasado a llamarse Dun Laoghaire, y mi madre tenía mucha curiosidad por conocer una capital católica de habla inglesa. Además había leído *Les Voyages de Gulliver* y le había conmovido la semblanza biográfica de Swift que figuraba en la edición que ella había manejado. Creo recordar que estuvimos unos días en Wicklow y luego en Dublín, antes de partir hacia el norte, camino de Balbriggan.

Yo estaba ya harto del pobre Tom, que aún seguía tosiendo, y de mi escandalosa y meona hermanita. Mis padres propusieron una visita al Phoenix Park; decidí quedarme en el hotel, aunque hacía muy buen tiempo, y leer un tebeo viejo, encuadernado, que había comprado en un quiosco por dos peniques. Así que me senté en el vestíbulo del Dolphin y me puse a leer y a chupar un caramelo de limón. Estaba solo allí. Del bar llegaba una cordial algarabía, ya que Dublín era una ciudad de borrachos. Y, de pronto, había un hombre sentado tranquilamente a mi lado. Era un individuo de mediana edad (treinta y siete años, descubriría más tarde), de barba, vestido con una ropa extraña que, también después, descubriría que era de confección casera. Desprendía un olor bastante agradable a turba y menta envuelto en el aroma del *whisky* irlandés (yo ya conocía entonces la diferencia entre el *whisky* irlandés y el escocés) y parecía con ganas de hablar.

—Veo que estás leyendo —dijo—. Pero ¿no te parece una basura eso? —pues podía ver qué clase de tebeo era.

—Me gusta. Las historias son emocionantes.

—Sí, inculcan las virtudes imperiales, deportes, disciplina y baños fríos en una

fría madrugada. Y todos salvo los ingleses son ridículos; son muy cómicos, sí. Negros cómicos y franchutes cómicos, y cómicos irlandeses patateros, ¿verdad?

—Bueno, sí —tuve que sonreír. Lo que me decía, era un resumen válido aunque tendencioso de la ideología del tebeo que estaba leyendo.

—Pero tú eres joven, claro, y buscas emociones y no te preocupa gran cosa el mundo tal cual es. ¿Cuántos años tienes?

—Casi catorce ya. Los cumplo dentro de una semana.

—Una edad magnífica, amigo mío, tienes toda la vida por delante. Y habrá cambios en tu vida, ya verás.

La voz era agradable, suave, las consonantes un tanto confusas e imprecisas.

—Será algo muy distinto a ese mundo fijo e inalterable de esa mierda que lees. Pero no te preocupes, no te preocupes. En la juventud está el placer.

Buscaba algo en los bolsillos al tiempo que hablaba. Quizás una pipa o una caja de rapé; acabó sacando un dibujo de un cerdo delineado como un mapa con fronteras y regiones anotadas: corvejón, pernil, cuarto trasero, etc.

—El *Periódico del cerdo* le llaman a esta publicación que edito yo, que no se parece en nada a lo que estás leyendo tú. Nuestro amigo *sus scrofa*, el amigo de Irlanda, el señor que paga la renta. Tengo una necesidad ineludible de lavarme y acicalarme —dijo luego—. ¿Te hospedas en este hotel? ¿Tienes habitación propia? ¿Quién está contigo?

Le conté lo de la excursión al Phoenix Park.

—Hay baño arriba, ¿verdad? —dijo—. Yo no conozco las regiones superiores. Te agradecería mucho que me enseñases el camino.

Así que le llevé arriba y, para abreviar una larga historia, diré que entró en mi habitación a pedirme prestado el peine para peinarse la barba, y dijo, resplandeciente tras el lavado:

—Ahora tenemos tiempo justo para que te enseñe un poco de lucha irlandesa del condado de Meath, pues he de marcharme en seguida a las oficinas del *Homestead*. Para esto, tenemos que desnudarnos, cosa que no plantea ningún problema en un día caluroso como hoy. Así que a desnudarse, que te enseñaré algunas llaves.

Una de las llaves incluía lo que, según habría de saber más tarde, se llamaba, *fellatio*, término que no aparecía en el tebeo ni en ningún diccionario de la época, en realidad. No había, al parecer, término irlandés que designase tal acto, aunque el «hombre cerdo» utilizaba la palabra *blathach* para designar lo que se impulsa a brotar y fluir. Me dio un chelín antes de irse y dijo:

—Ya puedes reanudar la lectura de tu basura imperialista, aunque apuesto lo que sea a que te parecerá menos emocionante a partir de hoy.

Y se fue con una sonrisa muy cordial.

Jim Joyce dedicó toda una gran novela a describir el día en que yo fui seducido en Dublín. Nunca he podido tomármela en serio, y así se lo dije personalmente en París. Las cavilaciones interiores y los hechos externos de la obra me parecen todos

demasiado inocentes. No recuerdo ninguno de los actos públicos descritos o reseñados: la cabalgata del virrey (aunque creo recordar una banda militar atronando y pitando a lo lejos), los fuegos artificiales de la feria benéfica, la noticia del hundimiento del *General Slocum* en el East River y *Throwaway* ganando muy sorprendentemente la Copa de Oro de Ascot, ni la lluvia del atardecer ni el árbol-cielo de estrellas que parecía cargado luego de húmeda fruta azulnoche; mi madre se quedó aquella noche con los más pequeños; mi padre me llevó a ver un melodrama aburridísimo, titulado *Leah*.

En 1924, le dije a Joyce en un bar de París: «En fin, le diste a George Russell aquella tarde una coartada eterna e intachable. Pero él y yo sabemos muy bien que no estuvo en la Biblioteca nacional».

—No me gustaría llamarte mentiroso —dijo Joyce, los ojos tan nublados como el combinado fantasmal que ante sí tenía (absenta con kümmel en vez de agua)— pero yo siempre consideré a Russell más capaz de incurrir en sodomía con un cerdo que con un muchacho. Ah, el mundo está lleno de sorpresas.

Me caía bien Jim Joyce, pero no sus demenciales experimentos con el idioma. Creo que desperdició la ocasión de llegar a ser un gran novelista en la gran tradición de Stendhal. Siempre andaba intentando convertir la literatura en un sustituto de la religión. Pero compartíamos un área de *nostalgie*. Nora, su mujer, era una persona de cabeza firme y firme mandíbula que no aguantaría mucho los disparates de Jim. Recuerdo una vez que le llevé a casa borracho y Nora estaba esperándole furiosa. Nada más cerrarse la puerta, pude oír el principio de la paliza.

Fui caminando desde la estación de Battle hasta la residencia y consultorio de mi padre en High Street, que quedaba a tiro de piedra de la Abadía. Un empleado de los ferrocarriles que abandonaba el servicio iba unos doscientos metros detrás, cantando, con la música de *Pretty Redwing*.

Oh, cómo brilla la luna sobre Charlie Chaplin.
 Tiene las botas rotas,
 Le asoma el calcetín.
 Los pantalones viejos se los remendaremos
 Para cuando le manden a los Dardanelos.

Llegué. Del picaporte colgaba una corona de acebo. Llamé, sentí un agradable cosquilleo. Oí luego correr a mi hermana Hortense, que decía:

—¡Es él! Sé que es él.

A continuación me rodearon los olores y los brazos del hogar.

Los olores de entonces, el perfume de aquellos tiempos. Siempre he paladeado los olores de sitios y épocas. Singapur: estropajos calientes y orina de gato. Moscú: cal de albañil y retretes en que los fumadores de puros baratos no han tirado de la cadena. Dublín: café tostándose que resultaba cebada tostándose. El año 1916 tenía, en conjunto, un perfume variopinto de habitaciones sin ventilar, calcetines sucios, caqui ensangrentado, mohosa ropa de civil, las axilas pútridas de los vestidos femeninos, margarina, pitillos baratos de picadura de escoba, suelos fregados con hojas de té remojadas. Era un olor muy poco norteamericano, la verdad. El olor de mi casa paterna mezclaba, sin embargo, la neutralidad quirúrgica y lo doméstico anglofrancés. Al entrar me recibieron los aromas de la pierna de cordero de la cena, bien empapada en ajo y caramelo, flotando sobre los aromas vagos y neutros de la cocaína y el óxido nitroso. Los dos mundos se unían en el olor del aceite de clavo. Y luego, estaba mi madre, el olor familiar a vino tinto de su aliento (como el del sacerdote que se inclina con la hostia en la baranda del altar) y un delicado aroma de *eau de cologne*.

—Qué sorpresa, qué sorpresa tan estupenda —dijo Hortense, que me adoraba—. Dijiste que no vendrías hasta el día veintiuno.

—Recibí esta tarde la carta de mamá. Y pensé: «¿Por qué no ahora?». Nada me retenía en Londres.

Me hormiguearon los ojos.

—Es un sitio solitario, la ciudad, sí, muy solitario —dijo mi madre, con su voz profunda.

Mi padre, con la chaqueta de alpaca, cadena de reloj relumbrante sobre tripa creciente, sonreía con una especie de distanciamiento tímido. Estábamos en la sala, y

el fuego de madera de peral de la chimenea explicaba otro olor delicioso que no había sido capaz de identificar antes. Hortense, que había venido ya del colegio, había adornado la habitación con cadenitas de papel. Acebo, muérdago, yedra. Un árbol de Navidad en un rincón con peligrosas velitas que aún no había que encender.

—Feliz cumpleaños, aunque sea con retraso —le dije a Hortense. Saqué del maletín un paquete.

—Un libro, estoy segura —dijo, pero sin rencor—. Siempre un libro.

—Sólo soy rico en libros —dije—. Y son ejemplares para la crítica, además. Pero dicen que lo que cuenta es la intención.

El regalo de Hortense era una nueva edición de *El diario de un Don Nadie*. En aquellos tiempos, necesitábamos reír, aunque para ello tuviésemos que acudir a los Victorianos. Teníamos a W. W. Jacobs, a P. G. Wodehouse, pero su humor quedaba diluido por el tono culpable, parecían querer excusarse por proporcionarnos diversión.

—Debes de estar muerto de hambre —dijo mi padre.

Negué con un gesto; no confiaba en mí mismo lo suficiente para hablar.

—Quizá pudieras darle un poco de cordero frío —le dijo a mi madre.

Rechacé de nuevo con un gesto, y con cierta vehemencia. Mi madre me estudió con sus solemnes ojos castaños. Era mujer, veía más que mi padre. Ojalá pudiera yo verla claramente ahora, veo sólo un alargado figurín de moda de entonces: el vestido marrón y largo, bajo de cintura, sin frivolidades, deferencia a un período que necesitaba extraordinariamente frivolidad auténtica y no la horrenda despreocupación de los políticos del Estado Mayor, las perlas que habían sido de su tía Charlotte; el pelo castaño claro, que empezaba ya a encanecer, lo llevaba recogido en un moño alto.

—Creo que no eres nada feliz allí —dijo—. Te veo muy delgado y muy cansado. No tienes por qué estar en Londres para escribir. Eras mucho más feliz cuando trabajabas en el periódico de Hastings. Allí al menos venías a casa todas las noches y comías bien.

—Hay que estar donde está la vida literaria —dije yo. Por supuesto, era falso. Era por, en fin, por.

—Estamos muy orgullosos, claro —dijo mi padre, moviendo la cabeza—, pero no es una profesión. Hemos estado hablando de eso, tu madre y yo.

—Oh, vamos, papá —dije—, no puedes sacar un título universitario o una licenciatura e instalarte luego como escritor con una placa a la puerta, pero es una profesión tan honorable como sacar muelas.

—Por cierto, ¿qué tal tienes la dentadura?

—Perfectamente —dije, mostrándosela—. Madre —añadí, volviéndome a ella con airosa solemnidad—, tú respetas mucho a Flaubert y a Balzac y a Víctor Hugo. Quiero ser como ellos.

—Yo no leo novelas —dijo ella—. Leo las que tú escribes y eso, claro, es

distinto. La primera. La señora Hanson la sacó de la biblioteca y me dijo cosas terribles de ella. En fin, como soy francesa, cree que te he educado en la inmoralidad.

—La hermana Agnes —dijo Hortense, con su voz juvenil, clara y cándida— dijo que era muy artificiosa y que se veía claramente que la había escrito un hombre muy joven. Dijo que no resultaba creíble.

—La hermana Agnes es un crítico muy perspicaz —dije yo.

—Oh, sí, siempre está criticando.

—Pareces *extenué*, Kenneth —dijo mi madre—. Prepararé cacao para todos y luego nos iremos a dormir. Tu habitación está siempre preparada, pero te llevaré una botella de agua caliente. Tenemos todo el día de mañana para hablar.

—Y el siguiente, y el otro —dijo Hortense—. Oh, qué alegría tenerte en casa.

Hortense iba peinada de ese modo que Yeats llamaba terraplenes color miel hacia la oreja; prometía ser toda una belleza. Tenía un ligero estrabismo venéreo y nariz francesa firme y recta. Añadió:

—*Heimat*. Una palabra encantadora.

Mis padres se alteraron un poco.

—Preferiría que no hablaras alemán en casa, Hortense —dijo mamá.

—Vaya, hacéis como los otros padres —dijo Hortense—. La hermana Gertrude dice que acusar al idioma alemán de la guerra es como acusar de ella a las salchichas alemanas. En fin, aún seguimos tres haciendo alemán. Y estamos leyendo un libro de Hermann Hesse que es un pacifista alemán que está en Suiza o en un sitio parecido. ¿Qué mal hay en eso?

—Henry James dejó de pasear con su *dachshund* —dije yo—. Y hasta la familia real tuvo que cambiar el nombre. Eso son tonterías.

—Si fueses francés... —empezó mi madre.

—Soy medio francés.

—Eso me recuerda algo —dijo mi padre—. Lo del señor James, quiero decir; te llegó una cosa de Rye.

Se puso los anteojos y salió.

—Cacao —dijo mi madre—. Y una botella de agua caliente.

Y se fue también. Hortense me sonrió con su juvenil resplandor de doncella. Lo más demencial era que la única muchacha que podía atraerme era precisamente Hortense. Mi capacidad de amor estaba cercada por todos los edictos tenantes de Moisés.

—Oye, vas a ser muy guapa, de veras —le dije ridículamente—. En fin, no les dejes que te hagan engordar y ponerte rolliza. No dejes que te conviertan en capitana del equipo de hockey y demás, ya sabes.

Se ruborizó visiblemente.

—Perdona —le dije.

Ella dijo entonces, ruborizándose aún más (era como si el rubor que estuviese allí por un motivo, pudiera usarse también por otro):

—¿Tienes *aventuras* en Londres?

—Estoy metido en mi trabajo —dije—. Tal como están las cosas no puedo permitirme *aventuras*. Compréndelo, las aventuras empiezan con una cena y vino y velas encendidas, y siguen en cómodos apartamentos. Yo vivo en una habitación y duermo entre aromas de menús de hornillo de gas.

Se llevó los dedos a los labios; yo contuve las lágrimas; papá había vuelto, traía una carta.

—Estaban ordenando sus cosas —dijo—. Tenía, al parecer, muchísimas cartas escritas que no había echado al correo. Toma.

Era el Henry James, habitual, OM, retorcido, perifrástico, infinitamente cualificado. Había hecho su gran exposición magistral sobre la novela inglesa contemporánea (de la que, tras su nacionalización en 1915, había pasado a ser la gran luminaria, aunque retrospectiva) en un par de artículos publicados en el suplemento literario del *Times*. Yo le había hecho una crítica suave en una columna literaria del *Illustrated London News*, por estar enfermo, e imposibilitado para ello, el colaborador habitual: me habían parecido tan criticables sus imágenes como sus juicios. Hablaba del excelente juego de remo de Compton Mackenzie y de Hugh Walpole y colocaba a D. H. Lawrence cubriendo la polvorienta retaguardia. Había dado con un «persistente símil» de una naranja y había dicho que era «notablemente dulce» en manos de Walpole. No se podía permitir que el gran estilista dijese esto a la buena de Dios. Él me había contestado, pero se había retrasado en mandarme la carta, o tal vez, obsesionado por sus fantasías napoleónicas, se le había olvidado simplemente que me la había escrito. En fin, allí estaba: mi joven y querido amigo, y demás. Inclino la cabeza avergonzado ante su clara reprimenda (inclinarme es algo que hago con mucha facilidad, por desgracia, aunque por causas fisiológicas muy comprensibles en una persona a quien la mucha edad y la decadencia corporal consiguiente fuerzan cada vez más a mirar hacia tierra), pero alegraría como leve excusa las exigencias impuestas por jefes de redacción frenéticos, etc., etc.

Mi madre llegó con el cacao.

Fue un error ir a casa en Navidad. Para gran parte del resto del mundo, la fiesta era sentimentalmente pagana, y las lágrimas por el nacimiento del príncipe de la paz perfectamente compatibles con el odio al *huno*. Para mí, para la familia, había nacido el Redentor, y me enfrentaba a la tarea insoportable de guardar para mí mi decisión reciente de no creer que el Redentor hubiera nacido. Hacían los festejadores su ronda cantando «Oh venid todos vosotros los fieles», palabras que para ellos eran un medio de obtener unas monedas para un fondo destinado a comprar ropa interior a nuestros bravos jóvenes o un medio de conseguir que les invitasen a un ponche caliente y a unos pastelillos. Para mí, eran recordatorio de mi voluntaria pero inevitable exclusión del mundo de los fieles. El día de Nochebuena, mi madre dijo:

—Esta noche iremos en tren a St. Leonards a confesarnos. Tu padre cerrará temprano el consultorio. Y mañana por la mañana iremos todos juntos a comulgar.

—¿No podemos quedarnos en St. Leonards e ir al kinema y luego a la Misa del Gallo? —preguntó Hortense. «Kinema. Esas monjas pedantes», pensé yo.

—No habrá trenes luego —dijo mi madre—. No. Iremos a misa mañana muy temprano. Y luego, volveremos a tomar el desayuno especial de Navidad, y luego meteremos el pavo en el horno.

A mí se me encogía el corazón al oír todo esto. Y ya veo, sí, que vosotros, lectores, suspiráis porque se os encoge también el corazón por otra causa. Estamos en el territorio de Graham Green, ¿verdad? O, dado que se incluye traición a la madre, en el territorio de James Joyce. (*Retrato del artista adolescente* se había publicado aquel año, y se entendió mal, en general, aunque fue muy alabado como «swiftiano» por H. G. Wells). Algunas cosas, permitidme que os lo recuerde, son anteriores a la literatura. No las fabrica ella. La literatura que las trata está porque están ahí ellas. Graham Green inventó un tipo de catolicismo romano, pero no un tipo que pudiesen entender fácilmente los católicos de 1916.

—Yo no iré a confesar —dije.

—¿Tienes el alma limpia? —bromeó mi hermana—. ¿No te ha contaminado el pecaminoso Londres?

—¿Cuándo te confesaste por última vez? —preguntó mi madre.

—Mamá, podría decirte que eso es asunto de mi alma y mío —dije suavemente, sonriendo—. Pero, en fin, estuve hace muy poco en Farm Street.

—Bueno, está bien, si crees que sigues aún en estado de gracia...

—Me quedaré en casa y escribiré esa crítica.

Era una crítica larga de la *oeuvre* de Edén Philpotts: un escritor considerado entonces importante, sobre todo por Arnold Bennett, que le llamaba «maestro de la frase larga».

—Pero hace un tiempo magnífico, la temperatura es deliciosa, podemos pasear un rato por la orilla del mar.

—Tengo que pagar el alquiler, mamá, y me prometieron pagarme el artículo en cuanto lo recibieran.

—Está bien, está bien.

Me senté junto al fuego y me puse escribir el borrador en un cuaderno, sobre las rodillas, a lápiz, mordisqueando dátiles y bebiendo sorbitos de jerez. En casa de mi padre había casi de todo.

Aquella noche, en la cama, cavilé angustiado sobre las posibles vías de actuación. Si yo ya no *creía*, la Hostia no sería en mi lengua más que un trozo de pan, y la familia se sentiría feliz, pues comulgaríamos todos juntos por Navidad. Pero yo sabía muy bien que la Hostia era algo más que un trozo de pan y no podía tomarla cínicamente. Comunión sacrílega: frase terrible. Por la mañana, elevé una breve oración al Dios de mis glándulas; fortalece tú mi incredulidad. La incredulidad lleva su tiempo, lo sé, pero te lo suplico, abrévialo. Oía los rumores de la casa. Aún no había amanecido y ya estaba encendida la luz eléctrica en el descansillo. Entró mi padre, con espuma de afeitar en la cara.

—El tren sale dentro de media hora, hijo.

El Dios de mis glándulas respondía ya a mis oraciones.

—No tienes buen aspecto —me dijo mi padre.

Yo había encendido la lámpara de la mesita. Eso tenía que hacerme aparecer pálido y ojeroso.

—No me encuentro muy bien —le dije—. No sé, pero no creo que pueda... Tengo un poco revuelto el estómago. Se ve que no estoy acostumbrado a comer bien.

Entró mi madre, ya vestida y perfumada.

—¿Estás malo? Quizá no debieras haber comido tanto... —dijo el nombre del plato como entre comillas, un elemento de una cocina bárbara, incluido porque le gustaba a mi padre, más o menos admisible por el hecho de que el día de Navidad era para nosotros de vigilia, pese a la dispensa de época de guerra: pastel de pescado.

—Iré mañana. Mañana es San Esteban.

—Si te sientes mejor, puedes ir hoy a la última misa. Y bueno, sí, Saint-Etienne protomártir. Y el santo de tu pobre tío Etienne. Iremos todos juntos.

Entró Hortense, llena de energía matinal y de navideño resplandor de doncella.

—Felices Pascuas. Ya *sabía* yo que no vendrías. Londres tiene la culpa de eso. *Gottlose Stadt*, como dice la hermana Gertrude.

—Probablemente lo diga también el Kaiser Bill —advirtió mi padre, abotonándose el cuello duro.

—Niña, por favor. Nada de alemán. Y hoy menos aún.

—*Entschuldige. Je demande bien ton pardon*. Déjale que se pudra en su pecado, pues. Vamos, que perdemos el tren.

Se fueron y yo quedé pudriéndome allí un rato más mientras la casa, rechinando repulsa, dejaba entrar el suave amanecer y la luz más suave aún, de mi primera *Gottlose* Navidad. Tenía un hambre feroz. Me vestí (cuello duro y corbata, siempre

de etiqueta, aun para declarar el amor que no osaba decir su nombre) y bajé a la cocina, que ya estaba encendida y bien provista. Me preparé té fuerte y tostadas, y abrí la ventana luego para deshacerme de las migas y del olor a chamuscado. Luego, encendí el fuego en el comedor y en el salón. Después puse junto al árbol de Navidad mi regalo. *Mr. Britling sees it through* para mi padre, una nueva edición de *Tres hombres en un bote* para mi hermana, para mi madre una antología de homenaje —a-un-valeroso-aliado— titulada *La belle France*, con una parodia de Mallarmé por Beerbohm, una polémica sin tacto sobre los pecados de Francia de Bernard Shaw, un pastiche de Debussy por Cyril Scott. Quizá no fuera una buena elección; haría llorar, sin duda, a mi madre. Pelé muchísimas patatas. De pronto, sonó escandalosamente el timbre del consultorio. Había un hombre de mediana edad a la puerta, una especie de mozo de establo, a juzgar por el olor a avena. Tenía un dolor de muelas terrible. Necesitaba a mi padre.

—Se ha ido a St. Leonards, a la iglesia.

—Pero por qué. Quiero disfrutar de mi cena de Navidad como todo el mundo. No hay derecho a esto.

Le hice pasar al consultorio. El soldado de la pared contemplaba con terrible exoftalmia una Pompeya en llamas.

—Debería cuidarse usted más la dentadura —dije—. Debería revisársela antes de Navidad.

Busqué aceite de clavo y no encontré. Pero había fórceps, limpiamente alineados, brillando a la luz matinal navideña.

—Siéntese en el sillón —ordené—. Vamos a echar un vistazo.

—Un momento, yo quiero que me atienda el dentista. Usted no es dentista.

—Esto es como el bautismo —dije—. Puede hacerlo cualquiera en caso de emergencia. Abra la boca.

La abrió y soltó una bocanada de ron medicinal y de cerveza. La pieza dañada era un premolar. Lo toqué con el dedo y se movía.

—Me duele mucho, sabe, ¡huuy!

—No quiere usted anestesia, ¿verdad? Podría revolverle el estómago.

—Quiero algo que mate el dolor.

—Hay que pasar el fuego —dije— para llegar a la paz y al frescor y a la luz.

Así el fórceps más largo con la mano derecha, eché hacia atrás el sillón, inserté las pinzas y agarré bien la pieza, apretando fuerte para sujetarla. Él mantenía la boca bien abierta en un gesto de protesta y dolor, un uy, por cada uno. Moví la pieza hacia los lados, vi que estaba casi suelta y entonces rompí sus amarras y la saqué fuera.

—Escupa —le dije.

Escupió, aullando, la boca fruncida.

—Enjuáguese —dije.

Le di agua fría.

—Ya se siente mejor, ¿verdad?

Le enseñé aquel pútrido horror en el extremo de las pinzas. Cuando pudo hablar, dijo:

—Esto debería estar prohibido por la ley.

—No gruña, ande. No le cobro nada. Considérelo un regalo de Navidad.

Se fue sangrando y clamando contra los carniceros sanguinarios. Tiré el diente en la cocina y lavé los fórceps en el grifo. Tenía los dedos manchados de sangre pero no quise lavármelos de momento. Una obra de caridad corporal y aquello era la enseña. Si iba a ser bueno en mi existencia poscristiana, debía serlo sin la menor esperanza de recompensa.

Cuando volvió la familia a casa, no dije nada de lo que había hecho.

Sí, mejor, algo mejor, pero no podía tomar huevos, ni bacon ni salchichas. Me perdí la última misa del día de Navidad. Comí vorazmente en la cena, sin embargo. Mejor, mucho mejor. Por la noche hubo una fiestecita: el doctor Brown y su mujer y tres niños boquiflojos, Mackenzie el director de banco soltero, una viuda evacuada belga, a la que mi madre había ayudado. Me puse la corbata que me había regalado mi madre, fumé los cigarrillos turcos Muratti de mi hermana, llevaba en el bolsillo del pantalón los cinco billetes de libra de mi padre, Dios le bendiga. Pollo frío relleno, jamón, bizcocho, pastel de Navidad, pastelillos de fruta, un ponche de Borgoña y limonada espumosa para los niños. Beaune y Pouilly Fuisse para el resto, un brindis por el final de la guerra, por los amigos ausentes, por el ausente Tom. Mi madre contuvo las lágrimas. Me fui un poco achispado a la cama.

Mi madre entró en mi dormitorio, nada achispada, y encendió la luz principal. En aquellos tiempos, la luz eléctrica era, sin duda alguna, más suave, más rosada, más íntima, incluso cuando colgaba del techo. Mi madre llevaba su bata nueva, regalo de mi padre, azul aciano y volantes en las muñecas y en la solapa. Se sentó en el borde de la cama y me miró con ojos sobrios. No habló ni una palabra en inglés durante toda la conversación que sostuvimos.

—Ni confesión ni comunión. Ni siquiera misa. Es la primera vez que sucede esto en casa en Navidad. No creo que estuvieras enfermo, hijo mío.

—No me encontraba bien físicamente porque tampoco mi alma estaba bien.

La verdad es que agradecí el francés; distanciaba un poco, aunque no lo bastante. Al interpretar vocales y entonación, interpretaba también, en cierto modo, el contenido. Pero el francés era, literalmente, mi lengua materna, al mismo tiempo. Tenía el poder de derribar al inglés aparentemente sólido, el idioma de mi educación y de mis juegos callejeros, desvelando su solidez como un mero plano escénico. Tenía este poder porque había sonado y resonado a través de mis huesos fetales y había sazonado mi leche, me había inducido al sueño. Pero era aún así idioma del cerebro; sus términos para designarle y *deber* y *casa* y *patria* no me harían llorar nunca.

—Mentiste, además. Dijiste que te habías confesado en Londres. Quiero saber qué pasa.

—Dije la verdad escrupulosamente. Dije que había estado en Farm Street, donde los jesuitas. Hablé con un sacerdote.

—¿De qué hablasteis?

—Le expliqué que me veía obligado a abandonar la Iglesia.

—¿Obligado? ¿Obligado? —la palabra silbó como luz de gas.

Alcé un escudo de cartón.

—Es una necesidad de la que hablan muchos cristianos. Rezamos al mismo Dios que los alemanes. ¿Debe responder Dios sólo a las oraciones de los franceses y de los ingleses? ¿Se ofrece el sacrificio de la misa sólo para que se nos conceda la gracia a nosotros?

—Se trata de una guerra justa.

—Empezó como una guerra justa. Yo y muchos otros creemos que se está prolongando por razones que nada tienen que ver con la justicia.

—Nunca habías hablado de esto, ni conmigo ni con tu padre. Si estuvieras convencido de lo que dices, habría surgido, como tantas otras cosas de las que estabas convencido y que surgieron en tus visitas a casa. Hay algo más. ¿Acaso estás viviendo en pecado?

—Todos vivimos en pecado, madre.

—Muy inteligente, pero tú sabes muy bien a lo que me refiero. ¿Estás viviendo con alguna mujer?

—Ninguna mujer, madre. No hay ninguna mujer, no hay ninguna.

Y luego, surgió, como tenía que surgir, a borbotones. Ella escuchó, al principio con incredulidad, luego con embarazo. Yo hablaba poco francés entonces; quizá no me expresase bien del todo. Pero me expresaba demasiado bien. Luego su máquina no aceptó tocar ya mi disco. Arrojó el disco al suelo.

—Lo que dices no tiene sentido. Has bebido demasiado vino. Además tomaste tres copas de coñac después de la cena. Estás gastándome una broma muy tonta. Por la mañana hablarás con más sentido.

—Tú quieres saber la verdad, madre. Te la estoy diciendo. Algunos hombres están hechos así. Y también algunas mujeres, como he podido ver en Londres.

—Londres, sí. Puedo creer muchas cosas de Londres. Pero no creeré esto. De ti no.

—Madre, madre, no puedo evitarlo. Es como un fenómeno raro de la química de las glándulas. No soy el único al que le pasa, ni mucho menos, ha habido otros hombres así, grandes hombres, escritores, artistas, Miguel Ángel, Shakespeare, Oscar Wilde. Wilde padeció por ello, en la cárcel, no es algo que uno quiera elegir. Al menos, en un mundo como éste, que lo considera un horror.

No oyó la mitad última de esto. Se quedó con lo de los *grands hommes* y repitió la frase con acritud.

—Y, claro, como fueron así esos grandes hombres, también tienes que ser así tú.

Luego, con retraso, pasó a Oscar Wilde, pues recordaba bastante bien el

escándalo.

—Si él fue un gran hombre, sería mejor que tú ambicionaras ser muy pequeño. No lo puedo creer, no puedo meterme esto en la cabeza —dijo.

—Lo siento, mamá. No sé cuánto tiempo podría haberlo mantenido secreto contigo o con papá, pero yo quería que fuera un secreto. Ahora, me has preguntado, has insistido y te he dicho la verdad que buscabas.

Sus lágrimas eran señal de que empezaba a aceptar lo inaceptable.

—Tu padre —dijo— no debe saberlo.

Y apagó los sollozos en un pañuelo cuadrado de Holanda que olía a colonia, que sacó de la manga.

—Alguna vez se enterará —dije—, pero dejémosle en su ignorancia, por ahora. A veces no hay ni bondad ni belleza en la verdad.

Al oír esto, no pudo evitar llorar en voz alta.

—Pretendes ser muy listo, pretendes ser el *gran hombre*, como Oscar Wilde, y acabarás como él, porque te parecerá más inteligente ser lo que dices que eres. Oh Dios mío, qué he hecho yo, ¿por qué tiene que pasarme a mí esto?

—Mamá, estoy seguro de que Tom hará un buen matrimonio —dije, con la mayor frialdad— y te proporcionará nietos. Hortense también.

—Esa niña inocente. Si dices algo, si insinúas...

Me pareció tan vieja, de pronto.

—Pero se sabrá todo, tarde o temprano —continuó—. Habrá escándalo. La policía, los periódicos.

Luego añadió:

—Pobre Tom, él sirviendo a su patria, a sus dos patrias. Y tú el gran hombre con tus libros escandalosos en Londres.

—Madre, lamento que las autoridades me hayan considerado no apto para ir a que me degüellen. Tampoco puedo evitar eso. No puedo evitar que mi corazón sea como es, lo mismo que no puedo evitar lo otro. Se resolverían tantos problemas, tu hijo indigno y mal hecho, tu hijo mayor, muriendo por su patria o sus patrias. Aún puede suceder. Los médicos militares pueden ser más amables o menos con mi pobre corazón la próxima vez. El mes que viene, concretamente. He de presentarme otra vez el mes que viene. Espero que todo resulte según tus deseos.

—Ahora añades la maldad y la crueldad al otro pecado.

—Tienes razón, madre. Todo es culpa mía. Hay un verso de un poema que te copiaré para que lo pongas en un marco.

Se lo recité tal como era, en inglés:

—«Un poco puedes sumergirte, mas procura no hundirte».

Y luego volví al francés, y le dije:

—Tú me lo pediste. No te dije nada voluntariamente. Mañana es la fiesta del primer mártir, pero yo no iré a misa ni a comulgar. Volveré a la ciudad en el primer tren. Si deseas volver a verme, lo dejo a tu elección.

Oyó ruidos que yo no oía, se irguió para escuchar mejor.

—Los cañones —dijo—. Al otro lado del canal. Sólo ruinas y ruinas. Y las Navidades destruidas.

Se levantó y se miró la cara en el espejo del tocador.

—Mi cara en ruinas —también sonaba menos melodramático en francés—. Pido a Dios que tu padre se haya dormido ya. Soy muy mala actriz.

—Pero una buena madre, sin embargo —dije yo—. Una buena madre.

Salió sin darme las buenas noches ni un beso de despedida, y me obligó además a levantarme de la cama para apagar la luz.

Mil novecientos diecisiete fue, entre otras cosas, el año en que empecé a ganar dinero. El consejo médico en Hounslow, ante el que comparecí el 16 de enero, consideró mi corazón inaceptable aún y me condenó a seguir llevando la vida vergonzosa del civil. Uno de los oficiales médicos, un patriota con un olor a *whisky* congénito, proclamó insolentemente que yo debía hacer «verdadero trabajo de guerra», refiriéndose a la manufactura de armas y municiones, en vez de limitarme a intentar mantener viva la llama de la cultura inglesa. Le expliqué que me proponía ayudar a sostener la moral del país escribiendo algo divertido para la escena. Cabecearon todos con tristeza.

En mi habitación única de Baron's Court Road, con una vista a los ferrocarriles subterráneos que pasaban traqueteando por allí a nivel de superficie, me debatí con mi obra. Me sostenía como antes la carne en lata del Ejército que me vendía el chico de los recados de la *English Review*. Tenía un tío sargento de intendencia. Escribí con mucha sangre fría, sin sonreír ni siquiera una vez ante la inteligente ironía de mis frases, una especie de farsa francesa, que no era precisamente un tributo a la cultura del país natal de mi madre. Una mujer casada finge dejar París por unos días para ir a ver a su madre enferma en Lilla, pero en realidad pasa ese tiempo con su amante en un hotelito del Viejo Marais. Su marido, un cantante que tiene una pierna artificial y al que ella cree en Dijon, actuando en un concierto para recaudar fondos para los soldados, aparece en el mismo hotel con su amante. El encargado del hotel ha perdido la voz a consecuencia de la conmoción que le produjo oír el retumbar de la Gran Berta; su mujer es inmensa y dominante pero se vuelve suave y amorosa si uno sabe tocar el lugar adecuado de su amplio trasero y apretar con fuerza. El marido pecador se desmaya si ve un huevo porque le picó de niño una gallina. El amante no puede soportar que se mencionen las ratas. Basta decir «toda arca acaba llegando a su Ararat» para que se ponga a dar gritos. Al final de la obra, el marido canta una canción sobre las ratas y se sirven huevos hervidos de desayuno. El encargado del hotel recupera la voz cuando vuelve a sonar la Gran Berta. Hay cadencias epigramáticas que poco tienen que ver con la acción. Titulé esta obra, que consta de tres actos breves, *Jig a jig tray bon*. A Reg Hardy, del Comedy Theatre, le encantó la obra, pero el título le pareció vulgar y no le gustó nada. Así que se rebautizó *Parleyvoo*.

La terminé el 1 de febrero, el día que empezó la guerra submarina sin cuartel. El primer ensayo general se hizo el 11 de marzo, que fue el día que las tropas inglesas entraron en Bagdad. El estreno público fue el día de la rendición rusa, el 12 de marzo. Cuando Estados Unidos declararon la guerra a Alemania, el 6 de abril, se aplaudieron mucho los chistes pronorteamericanos especialmente añadidos. El 13 de abril, la búsqueda del punto flaco de la mujer del *patrón* se comparó más o menos con la batalla de Arras y con la toma de Vimy. Cuando empezó la tercera batalla de Ypres al

principio de un cálido mes de julio, parecía probable que la obra se mantuviese en cartel tanto como *The Bing Boys* e incluso como *Chu Chin Chow*. Estaba ganando dinero con ella y escribía ya otra nueva en un apartamento más cómodo, donde, como el señor Ivor Novello, servía cócteles ataviado con una bata de seda. Esto era en Albany Mansions. Tenía también un nuevo amante, Rodney Selkirk, que interpretaba el papel del marido cantante que, en cierto modo, había sido creado para él. En la vida real, también era marido y padre. Se había incorporado al Regimiento de los Artistas en agosto de 1914, había dirigido un concierto en Mauberge, había sufrido astillamiento de pelvis en Mons y había perdido la pierna izquierda en el Marne. Valerosamente, había hecho comedia de su nuevo paso rígido en una farsa de Grigson, *Teeny Weeny Winny*, que duró seis semanas en el Lyric en el otoño de 1916 y en la que vi actuar por primera vez al héroe retornado. Con su esposa fingía que una herida en la próstata le incapacitaba para el oficio marital. Me llevaba tres años, tenía talento e ingenio, era muy feo y muy entrañable. Pasamos juntos muchas noches de domingo; él le contaba a su mujer que tenía un concierto para los soldados en el norte o en el Midlands. La vida real, lo mismo que el teatro, apenas deja espacio para el pecado clandestino. ¿Pecado? Qué absurdo.

En el teatro inglés abundan los homosexuales y también los católicos. Y a veces, los dos campos de convicción parecen asociarse sin ninguno de los lúgubres recelos cartesianos que me habían llevado a mí a la apostasía. Albert Wiscomb, que interpretaba el papel del amante en mi farsa, llegó alegremente tarde a uno de los ensayos vespertinos con «lo siento, queridos. Fui a que me rasparan la cazuela y llevé mucho tiempo»... Dijo esta última frase con una sonrisilla bobalicona y sugiriendo escandalosamente una carga de pecados que aquel cuerpo pequeño y elegante parecía particularmente incapaz de soportar. Wiscomb era un pederasta feliz y afortunado, le volvían loco los monaguillos con ropitas de encaje. Hablé con él en su camerino, mientras se preparaba para el ensayo.

—Pero ¿tú lo confiesas?

—¿Los pecados de impureza, querido? Oh, sí. No especifico, claro, y me arrepiento siempre muchísimo. Quiero decir, tenemos que *intentarlo*, ¿no? Pero sólo intentarlo. No puede uno ir contra la naturaleza, ¿verdad?

—Pues a mí no me lo explicaron así.

—Sí, tú eres muy melindroso, para ti todo ha de estar medido y pesado, ¿no? Yo no soy melindroso, y no creo que el Todopoderoso lo sea.

Y se pintó cuidadosamente unas cejas negras. Yo no podía tomármelo con aquella tranquilidad.

Mi padre vino a ver la obra y tomó el último tren de vuelta para Battle nada más terminar la representación. Le pareció vulgar pero se rió. Mi madre no vino, pero me escribió en inglés justo antes de la Pascua:

He intentado con todas mis fuerzas ocultar el disgusto. Estoy segura de que tu padre no sospecha nada y cree que te vimos poco en Navidad y que no hablaste apenas porque estabas ocupado trabajando para hacerte famoso en la ciudad, grande y malvada. Debo advertirte que no digas a Hortense una palabra de lo que dices que eres, aunque temo que ya le hayas dicho algo, pues ella mencionó un libro de un hombre que ama a un muchacho en Venecia y antes no sabía nada de esas cosas. Es un libro alemán. Creo que debe dejar ese colegio, porque las monjas están de parte de los alemanes más de lo permisible. Aún sigues siendo mi hijo y te quiero con todo mi corazón de madre, pero creo que debes permanecer alejado de casa hasta que pueda superar el disgusto. Rezo porque sea sólo una cosa temporal, como suele pasar con los chicos de los colegios ingleses, y que acabe pronto. Tom ha tenido un breve permiso; fue un consuelo tenerle con nosotros. Dice que va a ser instructor de gas permanente en el cuartel de Boyce, en Aldershot. Estamos ya en Pascua y rezo para que se produzca el milagro y me digas que cambiarás y obedecerás a Dios y cumplirás con tu deber. Estamos todos bien, aunque yo tengo pequeños mareos que creo que se deben al disgusto. Todo mi amor. Rezo por ti.

La nueva obra que escribí tenía como escenario la sala de espera de un dentista. Había convertido ya al país de mi madre en lugar de fornicación y de intrigas tontas. Ahora, iba a hacer reír a la gente con la profesión de mi padre. La comedia era una adaptación libre de *Le Médecin Malgré Lui* de Molière, y su germen era mi propia obra de caridad con el mozo de establo de Battle. La dirigió Charles M. Brewster y se estrenó en el Criterion el 24 de octubre, el día que los austríacos aplastaron a los italianos en Caporetto. Fue un éxito. Pronto (el 7 de noviembre, en concreto, el día de la revolución bolchevique) el *Daily Mail* me honraría mencionando la nueva comedia en su editorial «Podemos asegurar al Kaiser que el principio de diente por diente se cumplirá al pie de la letra. Y no habrá ningún señor Toomey para endulzar con risas las extracciones». De hecho, la obra se titulaba *Diente por diente*, título que consideré lúgubre, e incluso blasfemo, pero en el que insistió Brewster, como director de actores.

Estaba trabajando en una nueva comedia cuando se acercaba la Navidad. Willie Maugham había tenido (en 1908) cuatro obras en cartel en Londres al mismo tiempo, provocando que Bernard Partridge le hiciera una caricatura en *Punch* en que mostraba a Will Shakespeare no demasiado feliz por el éxito de su homónimo. Yo no era tan ambicioso. Aún me consideraba un novelista que hacía teatro, un poco cínicamente, para ganar dinero, y, de momento al menos, bastaba con tres obras. El día que se firmó el armisticio ruso-alemán, estaba yo trabajando con la bata de seda puesta, fumando un cigarrillo tras otro y refrescándome con una hilera interminable de tazas de té verde. Eran las once de la mañana. Y ¿quién diríais que apareció a la

puerta? Mi hermana Hortense en persona.

Tenía diecisiete años y era muy bonita. Nos abrazamos cordialmente. Vestía como una señorita elegante y no como una colegiala. Traía equipaje.

—¿Te quedas? —pregunté.

—¿Puedo? Unos días, nada más. Luego podemos ir juntos a casa para las Navidades.

—Yo no voy a ir a casa por Navidad —dije—. Tengo que escribir una obra. Tengo que retocar dos obras con referencias actuales.

Se sentó en el canapé, amarillo con rayas blancas, y se balanceó en él para probar los muelles.

—Caramba, te va muy bien —dijo echando un vistazo a la estancia—. Las compensaciones de la literatura.

Pronunció esto con acento alemán, así que supuse que era una frase que utilizaba alguna de las monjas.

—No, queridísima Hortense —dije—. Los frutos de la prostitución, si es que conoces el término.

—Lo conozco muy bien.

Me miró resplandeciente. En su dulce, joven e inocente entendimiento evocaba imágenes de saludable libertad sexual y de elegancia femenina. Probablemente hubiera leído *La profesión de la señora Warren* sin entenderla.

—Es una impresión falsa —dije con dureza—. Quiero decir que estoy sacrificando mi talento al servicio de un arte muy dudoso, pero muy comercial.

—¿Me llevarás a ver tus obras?

—Claro, y también te llevaré a comer y a cenar a sitios elegantes. Y al Café Royal, si eres buena chica.

—No creo que las buenas chicas vayan al Café Royal —dijo ella, tal como yo esperaba.

—Dulcísima hermanita, ¿no se enojará mamá contigo por no ir directamente a casa? Y, además, ¿crees que le gustará que estés aquí con el hermano malo? Porque yo soy malo, ¿sabes? Celebro ahora mi primer año fuera de la Iglesia.

—Lo *sabía* —dijo ella—. Lo *supe* cuando dijiste que estabas enfermo las Navidades pasadas. La hermana Agathe dijo que había muchísimo ateísmo últimamente entre los jóvenes, y que todo se debía a la guerra. Pero lo superarán, según ella, cuando acabe la guerra.

—¿Y cuándo cree esa hermana Agathe tan bien informada que acabará la guerra?

—Bueno, ella dice que el verano que viene el ejército alemán intentará una gran ofensiva más y que será la última. Y que los ingleses y los franceses y los estadounidenses y los canadienses y los australianos quizá retrocedan o quizá no, y que todo dependerá de esa gran ofensiva; eso dice ella.

—¿Te apetece té o café con pastas o un poco de jerez o algo? —pregunté.

—Me gustaría que me enseñaras mi habitación y luego deshacer el equipaje,

bañarme y cambiarme. Y entonces ya será hora de comer.

Me parecía muy segura de sí misma, y hasta un poco descarada, y así se lo dije.

—*Minsk*, como dice la hermana Gertrude. Dice que así se dice desvergonzada en alemán. Caramba, todo esto es lujosísimo.

Se refería al dormitorio principal, cuya puerta estaba abierta y por el que habíamos de pasar para ir al dormitorio pequeño que estaba libre. Luego vio algo que habría sido mejor que lo viera, es decir, la pierna artificial de repuesto, la original en realidad, de Rodney, que estaba allí, al lado derecho de la cama, como para demostrar, como si fuese la pierna viva de los antiguos señores feudales, un *droit de seigneur*. Era más cómoda, decía Rodney, que la última, estaba mejor almohadillada donde se encontraba con el muñón carnoso, pero, le había quedado un poco corta, con el acoplamiento gradual de los tejidos de aquella parte. No solía guardarla allí en mi piso, sino en su casa. ¿Por qué estaba allí entonces y en aquel lugar concreto? ¿Estaba realmente allí o me engaña la memoria? Creo que sí, que estaba allí, aquella ingeniosa estructura de cintas, muelles y metal, con un elegante cojín de cuero rojo, un poco oscurecido del sudor, para el muñón del muslo. Atrajo de inmediato la atención de Hortense.

—Pertenece al actor principal de la farsa de estilo francés que te llevaré a ver esta noche —dije—. Es un actor excelente, y además un héroe de guerra mutilado en una de esas malditas batallas.

—¿Vive aquí contigo?

—No, vive con su mujer y sus hijos, pero su casa queda en Swiss Cottage y a veces le es más cómodo venir aquí, porque este piso está muy céntrico, a refrescarse un poco antes o después de una representación. ¿Responde eso a su pregunta, *madame*?

—Muy pomposo. A veces, no sé si bromeas o no. Pobre hombre. Aunque es más fácil para un hombre. La hermana Agathe dice que la falda se llevará corta después de la guerra, por la escasez de tela. Parece muy bien hecha, esa pierna; es una pierna artificial magnífica. Es la primera que veo en toda mi vida.

Y me miró con agudeza, como si más que medioadivinase lo que pasaba. Estuve a punto de decir *No pasa nada, sabes*.

Adivinó aún más aquella noche en el Comedy Theatre. Había disfrutado de una cena razonablemente buena en Frith's, donde solían tener un pastel de carne muy aceptable, sobre cuyos ingredientes no era muy prudente inquirir con demasiada insistencia. Había tomado también un vistoso postre que en realidad no era más que un budín de pan hábilmente disfrazado, y había compartido conmigo una botella de algo anguileso y con sabor a alumbre, norteafricano, con etiqueta de Pommard. Y luego, le había gustado muchísimo el primer acto de *Parleyvoo*, hasta los burdos chistes sobre la declaración Balfour y la caída de Jerusalén. En el primer descanso salió conmigo al vestíbulo, ruborosa y con los ojos chispeantes y orgullosa de su hermano. También yo estaba orgulloso de ella, con su elegante vestido de lentejuelas

sin cintura, el que se ponía para los bailes de fin de curso sólo de chicas de su colegio, en los que seguramente la hermana Agathe o Gertrude, hosca y eficiente, tocaba el *turkey-trot* al piano. Llevaba también una cinta a juego con los ojos, rodeándole el pelo color miel y una sombra muy leve de carmín en los labios. Alguien a quien no conocía, al que alguien había dicho que sabía que yo era él, el autor, me saludó con un gesto respetuoso. Y allí estaba uno de los que me conocían, y además muy bien: Val Wrigley, mi antiguo amante. No sentía rencor alguno hacia él. Parecía estar solo. No parecía estar muy bien de salud. Más delgado, el pecho hundido aún más hundido, las placas de las mejillas rojas.

—Bueno, Kenneth querido —Hortense no se perdía nada—. No es lo que tú y yo queríamos decir cuando hablábamos de la gloria de la literatura, ¿verdad?

Hice las presentaciones.

—¿Dónde está tu *amigo*? —pregunté.

—Oh, se ha ido. Se fue en cuanto soltaste aquel chistecito del asilo para los judíos. No le pareció divertido. Ni a mí.

—Bueno —dije—, pero tú te quedaste.

—Te vi entrar, amiguito. Con esta chica deliciosa del brazo. *Hortense*, ¿verdad? Siempre orgullosos de la sangre francesa, ¿verdad querido? —Hortense soltó una risilla—. Pensé que sería agradable renovar una vieja amistad.

—¿Publicaste tu librito?

—Ha habido algunas pequeñas dificultades, querido. Pero no dudo de que se superarán cuando Dios quiera.

El énfasis que ponía en el nombre sagrado indicaba una tiranía demasiado mortal.

—Vaya, vaya —dijo luego—, a quién tenemos aquí.

Me sentí sucio. Sentía la camisa tiznada ya por el sudor de embarazo culpable que al principio había sido un hormigueo, y que ahora surgía a borbotones. Allí estaba Linda Selkirk, muy bella, los ojos de un azul sobrenatural, el pelo negro, hermoso y abundante, recogido en un moño. La acompañaba Phil Kemble, cuyo padre había sido simplemente Watson, pero que había desenterrado el Kemble de la familia de su madre, invocando el nombre de una gran familia de actores para reforzar el motor de su propia carrera teatral. Sin embargo, yo había oído que el Kemble de su madre nada tenía que ver con Fanny y John Charles, que en realidad eran Campbells, dueños de una pequeña destilería con acento de Kelvinside. Phil era un buen actor, aunque resultaba difícil compaginar su aptitud para la tragedia y su cuerpo largo y cómico. Al verle con Linda, me asaltó como en un fogonazo la idea de que eran amantes. ¿Era intuición de artista o algo propiciado por mi remordimiento?

Val había reconocido a Kemble pese a no conocerle. Les presenté a todos. Phil hizo un aparte conmigo en un espacio que quedaba entre la taquilla y el letrero de no hay localidades.

—No me has contestado —me reprochó.

—Aún sigo pensándolo, Phil. No estoy seguro de que sea una cosa que puedo

hacer yo. Me doy cuenta de que un papel de ese tipo sería muy adecuado para ti, por supuesto...

Lo sería, desde luego. Phil podría hacer un William Pitt muy conmovedor, complejo e insólito. Se parecía a Pitt en la caricatura de Gillray, donde él y Boney trinchaban el salchichón del mundo.

—Está también lo de no ofender a los franceses —dije.

—La guerra terminará la primavera que viene —dijo Phil—. Podremos ofender a los franceses cuanto queramos, para eso son unos cabrones miserables. Una presentación en primavera, por ejemplo, la primera gran obra de la paz: patriótica, cómica, trágica. «Inglaterra se ha salvado por su propio esfuerzo».

Hizo surgir con la frase una especie de espectro de Pitt. La gente empezaba a mirarle. Me inquietaba el que Val hablase demasiado y que Hortense hablase demasiado, mientras Linda escuchaba, sonriendo. Se volvió, vio que yo miraba, dejó de sonreír. No me gustó. Phil siguió hablando del sencillo diálogo de John Drinkwater, un diálogo bueno y directo, sin tratamientos trasnochados, y de quién podía interpretar a Fox y quién a Jorge III, hasta que sonó el timbre.

—¿Es la primera vez que vienes a ver esto? —le dije.

—Sí. Una cosa espantosa, como serás el primero en admitir, amigo, pero ¿quién puede reprochártelo? Todos tenemos que comer, si se puede llamar comida a lo que corre en estos tiempos. Linda también es la primera vez que viene, ¿lo sabías? Tuve que traerla prácticamente a rastras. No van bien las cosas en esa casa, pero tú lo sabes mejor que yo, supongo. En fin, esperaremos a otro par de chistes o así y luego la llevaré a cenar.

Hizo un gesto amable de despedida y se fue a recoger a Linda. Val se fue, con un gesto de despedida triste. Yo entré con Hortense.

Después de la representación, cuando estábamos de vuelta en el apartamento, le serví a Hortense una taza grande de cacao con leche muy caliente. Estaba muy nerviosa, no se dormiría sin algo como aquello. Había recogido la última entrega de correspondencia de la tarde de la mesa de abajo.

—Tenemos noticias —dije, mientras ella tomaba el cacao descalza, sentada sobre los pies encogidos en el canapé a rayas—. Mi agente dice que Bourreau quiere hacerla en París. Como un típico ejemplo de farsa inglesa.

—Eso significa muchísimo más dinero —dijo ella.

—Queridísima Hortense —dije, posando la carta—, comprendo que he sido muy egoísta y desconsiderado. Lo único que te regalé de cumpleaños el año pasado fue un libro. Para Navidades igual. Y los libros ni siquiera me costaban dinero. Mañana saldremos y compraremos regalos espléndidos. Para ti. Y para papá y para mamá. Y para Tom. Pero ¿qué te gustaría *a ti*, a ver?

—No el modo que tienes tú de hacer regalos, desde luego —dijo ella—. Los regalos tienen que ser sorpresas. Sorpresas *bonitas*.

Y añadió:

—¿Por qué se mostró tan *desagradablemente* sorprendida aquella señora?

—¿Te refieres a la señora Selkirk? ¿A Linda Selkirk? Pero qué dices. ¿Por qué?

—Bueno, ya sabes, cuando te pones nerviosa sueltas cosas, quiero decir, en fin esa señora es un poco apabullante, los ojos azules y el pelo tan negro, es tan exótica, le dije unos cuantos cumplidos sobre la interpretación de su marido, aquel modo de caminar cojeando, bueno resultaba divertido. Y profundamente trágico. Ella dijo que era una pierna artificial y yo le dije que lo sabía y que había visto la de repuesto y creí que eso no tenía nada de malo pero ella se puso pálida. ¿Por qué? Y ese muchacho poeta, estoy segura de que está tísico, supongo que intenta parecerse a Keats, y se reía de un modo tan raro. Dijo que mejor despertar con aquello que con olor a cebolla. ¿Qué quería decir? ¿Intentaba ser moderno como el poeta favorito de la hermana Anastasia? Ya sabes, el que huele filetes en los pasillos...

Me di cuenta de que también yo había palidecido. Procuré respirar normalmente. Los ojos de Hortense, demasiado brillantes para aquella hora de la noche, se abrieron aún más. Dijo:

—Oh, Dios mío, santo cielo, no es posible, ¿verdad?

—¿El qué, Hortense? ¿Qué es lo que no es posible?

—El café Royal, Oscar y Bosie, ay Dios mío querido, ¿eres tú uno de esos?

—¿Uno de cuáles, Hortense?

—Ya sabes, ya sabes. Así que ese muchacho te abandonó porque no tenías dinero. Y ahora tú estás ganando dinero, y por eso él decía que era culpa suya que te apartases de la gran literatura y escribieses basura para el teatro. Oh, Dios santo, Dios santo, encaja todo.

—Tú —dije cuidadosamente— estás recibiendo una educación moderna. Papá y mamá... ellos nunca podrían... Demasiado tarde, quiero decir. Si les dijese que en los campos de prisioneros de guerra los hombres se ven forzados a tener relaciones entre sí por pura necesidad... Pero, aparte de eso, hay, y supongo que son relativamente raros, casos, en fin... Lo que quiero decir es que mamá lo sabe y que está afectadísima. Papá no lo sabe y, según tu madre, no debe saberlo. En cuanto a la posibilidad de corromper a la pobre e inocente Hortense, mamá dijo...

—Bueno —y ajustó más cómodamente los pies encogidos sobre los que estaba sentada—. Resulta un poco sorprendente, mi propio hermano, en fin. Bueno, no diré nada en casa. Fingiré no saberlo. Sé que pasa en los colegios. El hermano de Jill Lipton. Y con las chicas. A dos chicas de mi colegio las cogieron, eran de cuarto, inmaduras, inexpertas, es una estupidez dejarse coger.

—Yo me he dejado coger, ¿no?

Me miró con seriedad de adulto.

—No como Oscar. Bosie salió bien librado, verdad, era un lord. Oh, mi querido lord, has de tener cuidado.

Y luego, con una actitud de curiosidad científica que desmentían los ojos brillantes y las mejillas ruborosas, añadió:

—¿Qué es exactamente lo que *hacen* los hombres?

Viví una vida célibe de Navidad al martes de Carnaval. No fue por precaución. Lo que pasase de puertas adentro no era un asunto de nadie más que de los participantes conscientes. Pero Rodney había advertido ya que dejaría la obra en año nuevo, pasándole su papel a Fred Martins. Le habían invitado a una especie de representación experimental de *Heartbreak House* de Shaw, en Manchester, para un papel que la mayoría consideraba totalmente inadecuado, el de capitán Shotover... papel que le fascinaba, sin embargo, y que estaba decidido a ensayar. Val intentó hacer un patético regreso a mi vida, pues su amigo de entonces le parecía tiránico y mezquino, pero rechacé con firmeza sus insinuaciones. No estaba solo, ni mucho menos: tenía mi trabajo, tenía a mis amigos del teatro.

La nueva comedia me abrió un campo inesperado. Cuando le enseñé el borrador del primer acto a J. J. Mannering, éste me echó su crónico olor a puro y dijo:

—Muchacho, esto es una comedia musical.

—Ni hablar.

—Claro que sí. Mira; historias de amor paralelas, esa gente podría romper a cantar en un coro, este personaje de borracho es típico de la farsa cómica. Dios santo, hasta los parlamentos Sugieren letras de canciones. ¿Nunca has escrito letras de canciones?

—Bueno, escribí poesía en el colegio.

—En realidad la letra de las canciones de las comedias musicales es eso mismo, muchacho... la poesía que escribías en el colegio. Drury Lane, métete eso en el coco, un escenario grande, abierto, que respire la cosa, baile, canciones, ponte a trabajar en seguida. Dúos, diálogos cantados, coros. Empiezas con un coro y terminas con otro. Dos actos. El segundo acto en Montecarlo, en Biarritz, en algún sitio frívolo y extranjero. Tienes que hacer que las letras, tú conoces la expresión, tienes que combinar las letras con el libreto, tienen que surgir del libreto como, tú conoces la expresión...

—*Paripassu?*

—Sabía que la conocías. Joe Porson está deseando un papel. No fue culpa suya el que *Tilly Tulip* durase sólo un mes en cartel. Tres números buenos, por lo menos, él tiene el don, Joe, el toque de Jerome Kern, Irving Berlin, animado, ya hemos superado esa mierda de *Chu Chin Chow*. A trabajar, muchacho.

Estaban apartándome cada vez más de la literatura. Difícilmente podía llamarse literatura a una cosa como ésta:

Despierto y dormido
Da igual, es lo mismo.
Despierto y dormido,
Repito tu nombre.

Y lloro, dormido.
Y despierto suspiro,
Sabiendo que nadie responde

¿Qué habría dicho Henry James?

Recordé, o quizá lo recuerde ahora, que paseé con él por el jardín de Lamb House un otoño después de publicarse mi novela sobre Sócrates y que me dijo: «Apártese del pecho de roca del teatro, mi querido joven; es el consejo meditado de alguien que ha padecido el calvario y las angustias de los condenados desde el... Es como una desnudez, como una lluvia de azotes, una...». La emoción no le dejaba formular las palabras. Se estremeció, abrió y cerró la boca. Cogió a su dachshund *Max* y lo apretó contra su pecho, no de roca, como para protegerle también del teatro. Estaba recordando, me di cuenta, los abucheos y aullidos que provocó *Guy Domville*, cuando él mismo respondió inocente a la cruel llamada al «autor», y se plantó allí para que le abochornasen, allí abriendo y cerrando la boca. Oh, la calidez protectora de la novela, las tortuosas cavernas del estilo con que poder cubrirse. Desnudez era un término muy adecuado.

La comedia musical se tituló *Dilo, Cecil*, y se basaba en una idea bastante tonta. Un joven llamado Cecil ama a una joven llamada Cecilia, pero no puede formular su declaración de amor. En agosto de 1914, dice *te amo* a una chica e inmediatamente estalla la guerra. En Francia, dice *je t'aime* a una chica y el pueblo queda reducido a cenizas. Alguien le enseñó a decir *ya vas lublu* y esto trajo la revolución rusa. Cecilia cree que le quiere, pero no desea convencerse del todo hasta que le oiga pronunciar la fórmula inequívoca. El dice *ich liebe dich*, pese a los gruñidos de los patriotas, y esto produce el derrumbe de Alemania. Gran júbilo, pero aún no se atreve a decir *te amo*. Hay una canción con coros («Lo que yo quiero decir») y el coro la canta por él, pero esto no sirve aún. El problema se resuelve (me sonrojo, aún me sonrojo) mediante un truco en que se utilizan nombres de islas. *Island of* (es decir, *I love*). Man, *Island of Wight*, *Island of You* (es decir, *I love you*). No más desastres. Repetición final del coro «Oh, dilo, Cecil», pero ahora como «Lo has dicho, Cecil». ¿Puede imaginar el lector algo más tonto? Mientras lo escribía, me veía asediado por la imagen de la gran cabeza pétrea de Henry James, impassible, impávido, ojos y cejas reflejando reproche eterno. Terminé el coro final el domingo 24 de febrero:

Reímos, cantamos
Y sinceramente nos regocijamos
Ya puedes descansar
Tus problemas cesaron
Lo has dicho al fin, Cecil
Lo has dicho al fin.

Telón. Vergüenza, salvación ante la perspectiva de más dinero. Llamaron a la

puerta.

—Rodney, queridísimo. Qué deliciosa sorpresa.

Beso.

—Ángel mío, cuánto tiempo, ¿verdad?

Posó el maletín.

—Pero ¿por qué esa llamada tan tímida?

—No tengo llaves. Me desaparecieron todas justo antes de salir hacia el norte. Da igual. Tengo que beber algo, ángel mío. Estoy seco.

Y él mismo se preparó Haig con agua. Se hace raro pensar que no teníamos nevera en aquellos tiempos. Bebió y se sirvió más. Luego se sentó en el canapé a rayas, la pierna artificial grotescamente adelantada.

—Es uno de mis días malos, ángel. Este chisme maldito.

—Quítatela, Rodney. No vamos a salir, ¿verdad? Conseguí hacerme con una magnífica pieza de cordero. Y alcaparras. Y una coliflor prácticamente intacta. Tendremos una cena agradable.

Le miré con amor, limpio, sólido, con aquel tieso traje gris, cómicamente feo, bronceado como si hubiera estado veraneando en Blackpool, y no en Manchester.

—¿Qué tal han ido las cosas?

—Un lío desde el jueves. La amiga Mabel, la señora Hushabye, ya sabes. Recibió un telegrama del Ministerio de Guerra. Pobre zorra, yo había conocido a Frank, un buen muchacho. Ella se montó el número de la mujercita valerosa, la obra tiene que seguir, pero se le olvidaba el papel y se hundió, exasperante. Lo que piensa hoy Manchester lo pensará *mañana* Londres. Manchester dice fuera Shaw. Y no fue mi papel, en realidad, ni mucho menos. ¿Estás escribiendo algo para mí?

Vio el manuscrito encima de la mesa.

—Es una cosa de canto y baile. Quítate esa pierna, por favor.

—¿Tú? ¿Escribiendo cosas de canto y baile? Bueno, supongo que tenía que pasar. Yo puedo cantar, como sabes, bien mío. Una danza con pata de palo podría poner al público en pie. Pero no, tengo que trabajar para Bentinck en *Claudio*. Dios, qué sed tengo.

Le preparé otra bebida fresca.

—Empecé a tener escalofríos en el tren. Frío tren de la oscuridad que al alba precede. Tengo un poco de fiebre. Tócame la frente.

—Muy caliente. Acércate más al fuego. Es mejor que sudas.

Tenía un catarro fuerte, desde luego. No podría comer mucho. Le metí en la cama con una botella de agua caliente y un vaso de grog. Me eché a su lado. Se agitaba, murmuraba fragmentos de su papel del capitán Shotover.

—Sólo el choque del barco del capitán borracho contra las rocas, sus maderas podridas fragmentándose, las planchas oxidadas que se quiebran, los tripulantes que se ahogan, atrapados como ratas en una ratonera.

—Rodney, Rodney querido...

—El capitán en su litera, bebiendo agua de zanja embotellada y la tripulación jugando en el castillo de proa. El barco se estrellará, se hundirá, se hará pedazos. ¿Creéis que las leyes de Dios quedarán en suspenso en favor de Inglaterra porque vosotros nacisteis allí?

Sudaba a mares, empapando las sábanas; luego, despertó muerto de sed. Le di agua de cebada tibia.

—Gracias, ángel, creo que estoy un poco mejor. He sudado muchísimo. Dios mío, tendríamos que hacer algo con esta cama.

Le quité el pijama empapado y le hice sentarse, temblando ahora, envuelto en el cobertor, mientras daba la vuelta al colchón y mudaba la cama. Luego, desnudos los dos, volvimos a acostarnos y nos abrazamos y alivié el dolor de su pobre muñón acariciándolo. Abrazados así, nos dormimos al fin, acunados por las primeras flotas lecheras.

En plena luz-lluvia de mañana invernal soñé que se abría la puerta del dormitorio y que había gente plantada allí delante de nosotros. ¿Estaba enfermando también yo? No, no era un sueño. Había gente en la habitación. Tres personas: dos hombres y una mujer.

—Ya veo. Qué asco —dijo Linda Selkirk, de abrigo nuevo y toca negra.

Los dos hombres podrían haber sido hermanos, ambos con lúgubres patillas trasnochadas, parduscos abrigos de punto de espiga; uno, el más viejo, con bombín puesto y todo.

—Largo de aquí —les dije, sacando un brazo entumecido de debajo del dormido Rodney—. No tienen derecho a entrar así. Esto es allanamiento de morada, les denunciaré por ello.

Uno nunca acierta a decir lo que debe decir. Linda Selkirk agitó agriamente un manojo de llaves al extremo del índice de una mano derecha enguantada. Rodney empezó a roncar para competir con las voces.

—Allanamiento de morada —dijo ella—. Una esposa tiene derecho a estar con su marido. ¿Han visto ustedes suficiente, caballeros? —preguntó a sus acompañantes.

El mayor, el que tenía el sombrero puesto, dijo con un acento muy londinense:

—Hay ciertas diferencias, *madame*. Si ese caballero fuese una dama —y me señaló—, usted misma ve la diferencia, *madame*. Los soldados comparten una litera y eso no es adulterio.

—¿Quiénes son ustedes dos? —intenté gritar—. ¿Oficiales de policía? ¿Dónde está la orden judicial?

—Ah, esperaba usted que fuésemos oficiales de policía, ¿verdad? —dijo el otro—. ¿Y por qué habríamos de serlo, caballero?

—En cuanto a lo de entrar sin permiso —dijo el que aún seguía con el sombrero puesto—, esta señora tenía miedo a posibles violencias. Todo ciudadano tiene derecho a protección. Y ella tiene derecho a entrar aquí.

—Ustedes dos fíjense y recuerden —dijo Linda—. Dos hombres en la cama,

abrazados, repugnante. Se viene directamente aquí, ignorando a su mujer y a sus hijos; Viene a revolcarse en la inmundicia.

Estuve a punto de decir «cambiamos las sábanas».

—Este hombre que ven aquí está enfermo —dije.

Por desgracia, Rodney se había despertado ya y lamía audiblemente una boca reseca, mirando a su esposa con odio boquiabierto. No pareció sorprenderle su presencia allí; no parecía ver a los dos patilludos.

—Vino aquí enfermo. He pasado toda la noche cuidándole. Trabajo suyo —dije estúpidamente a Linda Selkirk.

—Él puede fingirse enfermo perfectamente —dijo ella—. Ya ha representado ese papel muchas veces, lo mismo que el papel de enamorado. Y no me digas cuál es mi trabajo, sodomita asqueroso.

—Moderación, *madame* —dijo el que no llevaba sombrero.

Rodney intentó incorporarse apoyándose en las almohadas. Allí estábamos, dos hombres en la cama, claramente desnudos de cintura hacia arriba. Cogí el batín de la silla que había junto a la cama, y me tapé los pechos como una solterona.

—Agencia Prothero, Wardour Street número 11 —dijo el del sombrero, haciendo ademán de disponerse a sacar una tarjeta de un bolsillo interior—. Nuestra tarea consiste en prestar testimonio de un acto de infidelidad.

—Quítese ese maldito sombrero en mi casa —grité.

—Desde luego, señor.

Y se lo quitó. Parecía haberse teñido el pelo tiempo atrás; el tinte estaba desapareciendo; había manchas de gris sucio y negro mortecino y un brillo de alheña residual.

—*Madame* —dijo—, ya puede usted alegar prueba. Quizá se lo hayan dicho ya.

Rodney parecía estar interpretando ahora a un hombre sano pero enloquecido.

—Zorra —dijo—, puedes irte con ese maldito que se hace llamar Kemble. Él tiene dos piernas y puede meterlas entre las tuyas. Déjanos en paz, estamos perfectamente como estamos.

—Te dejaré en paz, sí —dijo ella— y procuraré de que dejes tú en paz a los niños. ¿Han visto ustedes suficiente? —dijo a los dos testigos.

—El acto siempre es difícil de probar —dijo el más joven—. Eso es algo bien sabido en derecho. Todo es circunstancial.

—Ya oyeron ustedes lo que dijo con su propia boca sucia —añadió ella—. Lo de que les dejásemos solos.

—Sí —dijo Rodney, saliendo de la cama—. Largo, vamos. Puedes quedarte con Kemble, dejándome en ridículo por todo Londres.

—Eso quedará a discreción del tribunal —murmuró el testigo más joven.

Vio que Rodney salía de la cama desnudo y que le faltaba una pierna.

—Oh —dijo. El otro cabeceó con tristeza, como en un gesto de lástima, ante lo desesperado de nuestra situación; el que le faltase una pierna era como una

perversidad más. Rodney, mascullando «Zorra, zorra», dio un par de saltos, apoyándose en la cama, dispuesto a saltar y a apoyarse en ella mientras la estrangulaba. Luego cayó y no pudo levantarse ya.

—¿Supongo que admites que estás acostándote con mi marido, cerdo? —me dijo Linda.

—Nada de eso —dije.

Era como si la farsa se me hubiese metido ya en las venas. Luego, poniéndome la bata, acudí en ayuda del pobre Rodney. La bata no tenía cinturón. Era como si estuviera desnudo. Oí que uno de los dos hombres chistaba mientras yo cogía la pierna artificial de Rodney. La idea quizá fuese ponérsela y permitirle seguir, desnudo y con dos piernas, y estrangular a Linda.

—Me estoy poniendo mala —dijo Linda—. Me dan náuseas. Qué asco. Pretendiendo ser Oscar Wilde. Os hundiré, os arruinaré a los dos. Iréis los dos a la cárcel, asquerosos. Saldrá todo en los periódicos, todo.

—Ley de obscenidad —murmuró el más joven.

Cogí la pierna artificial a modo de garrote y la alcé para pegar, con el batín abierto, mostrando cuanto podía mostrar. Rodney gruñía en el suelo, intentando levantarse. Sus pobres brazos estaban tan débiles que ni siquiera podía incorporarse. Se desplomó de nuevo. Los dos testigos se colocaron estólidamente delante de la cliente de su agencia cuando avancé yo con timidez. Bajé la pierna y parecí ofrecerla como un vendedor de piernas, «aquí tiene, señora, esta pierna maravillosa, vea cómo funciona», como si ofreciese la pierna a modo defensa legal, toda la culpa es de la guerra. Linda enseñó los dientes furiosa.

—Ya me habéis oído —dijo—. Tendrás tu castigo. Puedes quedarte con él.

Y añadió.

—No puedes, ¿verdad? Os pondrán en celdas separadas, os mandarán a cárceles distintas.

Luego, escupió limpiamente, dio la vuelta y salió. Había sido una actriz de tercera categoría que no había tenido éxito y que había abandonado la escena por el matrimonio. Sus dos acompañantes se pusieron el sombrero, cabecearon, hicieron vacilantes gestos de despedida con las manos, todo ello con una sincronización muy cómica. Luego también se fueron. Yo los seguí, comprobando que salían de la casa. Ni siquiera se volvieron a mirar una vez. Volví junto a Rodney y le metí en la cama. Estaba ardiendo y tiritaba y sólo podía decir *zorra* y *zorra maldita*. Fui hasta la cocina y preparé té. La triste luz-lluvia de lunes no irradiaría lluvia; era un cielo de febrero crudo y estreñado. Hice una tostada y la unté con mantequilla auténtica, regalo de un admirador irlandés. Aún me negaba a pensar. Le llevé la bandeja a Rodney. No pudo comer nada, pero bebió sediento el té entibiado con leche.

Luego me tocó temblar a mí, pero de miedo.

—¿Qué crees tú que hará? —dije.

—Esa zorra, esa maldita zorra. Tengo que levantarme, tengo que ir a ver a

Bentinck.

Intentó levantarse, pero le obligué a echarse.

—Tenemos la lectura a las dos. ¿Dónde está mi maletín? Quiero mi *Hamlet*.

—Tú te quedas aquí —dije—. Yo llamaré a Bentinck por teléfono. Y llamaré también al médico.

—No quiero ningún médico.

—¿Qué crees que hará ella? —volví a preguntar.

—Puede hacer lo que le dé la gana. He terminado con ella. Dame más té, ángel.

Bebió otras tres tazas y luego se sumergió en un sueño inquieto. Le ardía la frente. Me vestí y bajé al teléfono del vestíbulo. No pude localizar a Bentinck, pero le dejé recado a su mujer. El doctor Chambers dijo que parecía un caso grave de gripe y que se acercaría en cuanto pudiera; había mucha gripe, así que yo debía tomar precauciones. Volví junto a Rodney. Dormía y sudaba, y tenía un ruido burbujeante en el pecho. Me parecía natural ya poner en orden mis asuntos. Estaba concluyendo una etapa de mi vida, quizá con un brutal escándalo público, risas de mis enemigos, lágrimas de la familia, latigazos del estado represor. Habían devorado a Wilde como si fuese un gran plato de carne. A mí, me despacharían como un desayuno europeo. Metí *Dilo*, *Cecil* en un sobre grande y puse las señas de J. J. Mannering; lo sellé y lo bajé a la mesa del vestíbulo para que el portero lo echase al correo. En la mesa estaba ya el correo de la mañana, pero no había nada para mí. Era como si ya estuviera imponiéndose un silencio premonitorio de violencia. Aún no llovía.

Me senté junto a Rodney y me puse a pensar. El pensamiento, como me pasa siempre, se expresaba en imágenes dramáticas. Dos sepultureros de largos gabanes y bombines llegaban con una orden judicial. «Si nos acompaña, usted por las buenas, señor, sin oposición, será mucho mejor para usted. No tiene objeto protestar, nosotros, señor, somos únicamente instrumentos imparciales de la ley». Uno de ellos tenía un tic en la mejilla izquierda. Si fuera sólo una cuestión de divorcio, habría una larga espera antes de que el proceso civil diese paso al penal. El escándalo. ¿Cómo lo reflejarían los periódicos? Los pacientes en la sala de espera de mi padre leyendo los periódicos, entrando luego, percibiendo el ligero temblor de mi padre, la mirada baja fija en los instrumentos, avergonzado. «Ni que decir tiene, señor Toomey, que lo sentimos muchísimo, mi esposa me dijo que se lo dijera, una cosa terrible quién iba a pensarlo, sí ése es el que me duele cuando como algo dulce». No, el mero acto de iniciar la acción de divorcio entrañaría el comunicar determinada información, si tal era el término. Sudé viéndome con un voluminoso equipaje en Dover o en Folkestone, subiendo furtivamente por la pasarela envuelto en una niebla misericordiosa. Cuando sonó el timbre al mediodía quedé inmovilizado. Llamaban con impaciencia a la puerta. Seguí inmovilizado. Era igual; ellos tenían derecho a forzar la puerta y entrar. Me acerqué a la puerta con piernas de trapo. Era, por supuesto, el doctor Chambers, que vestía al viejo estilo de los médicos, y llevaba un sombrero de copa que pedía a gritos un repaso.

—¿Vive aquí? —preguntó con dureza, examinando los ojos nebulosos de Rodney.

—No —dije, enrojeciendo—. Vino de visita. Llegó ayer. De Manchester.

—Hay mucha gripe allá arriba. Además de un tipo nuevo, muy peligrosa. No me gusta nada este ruido del pecho. La cara me resulta conocida.

—Es Rodney Selkirk. El actor. Actuó en una de mis obras.

—No he visto ninguna obra suya —la sensación de culpa aumentó—. Debí verle en alguna otra.

—Es muy probable. ¿Qué puede hacerse por él?

—Tendré que pedir cama.

—¿Qué tiene ésta?

Dios santo, una risa en cada línea. El señor Toomey se supera a sí mismo. Trescientas sesenta y cinco representaciones jocosas.

—Quiero decir en la clínica de Londres. Hace falta también una ambulancia. Es evidente que no puede andar.

—Sólo tiene una pierna. Fue en el Marne. Es un héroe de guerra, sabe.

—Vaya, héroe de guerra, ¿eh? —nada sonaba bien del todo—. Hay peligro de neumonía. Sería fatal. Necesita cuidados especiales. Aun así, no sé.

Hizo un gesto negativo con la cabeza. Se me hundió el corazón. Sentí los inicios del entusiasmo de una traidora libertad; muerto Rodney, no habría acción de divorcio ni proceso penal.

«Oh Dios mío, muerto Rodney, Rodney muerto».

—¿Puedo usar su teléfono?

—Abajo. No dirá eso en serio, ¿verdad?

—¿A qué se refiere?

—Lo de que la neumonía puede ser mortal.

—No olvide lo que le digo —contestó sonoramente apuntando con el índice—. Cuando llegue, si llega, será una paz muy amarga. Proporciones epidémicas, no lo olvide. Usted tampoco tiene buen aspecto.

Bajó con paso firme a llamar por teléfono.

Cuando se lo llevaron, Rodney deliraba demasiado para saber dónde estaba o quién era.

—Creéis que las leyes de Dios serán serán —y luego era el rey Claudio—. Quién, impotente e inmovilizado en el lecho, impotente e inmovilizado en el lecho qué coño viene después, rápido, maldita sea.

—Rodney, Rodney.

El camillero de atrás movía la canosa cabeza.

El conductor de la ambulancia bajó el maletín de Rodney, pero se me olvidó darle la pierna artificial. Le dije a Brett, el portero, que me iba por una temporada y le di cinco libras para que empaquetase mis libros y mis enseres domésticos en cajas y lo guardase todo en el sótano. Garrapateé una nota para el casero, dando el contrato de alquiler por rescindido. Servicio secreto de guerra, dije, franqueo urgente. Dios sabe

lo que fue de la pierna artificial del pobre Rodney.

Me inscribí en el Hotel Marmion de Bloomsbury con el nombre de Henry M. James. Descubrí después que el M., elegido al azar, hacía referencia al dachshund *Max*. Tuve una charla con Humbert Wolfe, poeta y funcionario, que me facilitó la obtención de un visado del Departamento Consular de la Embajada francesa. Después de todo, estábamos en guerra y sólo los condenados a muerte tenían libre acceso a los campos de Francia. Yo podía alegar una cierta misión en París; la farsa inglesa *Goddam*, adaptación libre de mi farsa francesa *Parleyvoo*, iba a representarse en París y se habían iniciado los ensayos en el Odéon con André Claudel como director y resultaba razonable que fuese a echar un vistazo, por lo menos, y a proteger los elementos de la obra original que considerara más valiosos. Conseguí el visado sin problema y luego me pregunté si debía arriesgarme o no a visitar al pobre Rodney para comunicarle mi fuga inminente. Pero la policía podía estar ya sentada junto a su cama, esperándome. Telefoneé y me enteré de que estaba «muy mal».

Leí la noticia de su muerte en el buque correo de Folkestone. El barco era, en realidad, una unidad de transporte del Ministerio de Guerra que llevaba personal diverso a la otra orilla, oficiales con especializaciones extrañas, periodistas, dos hombres del Ministerio de Guerra francés, monjas enfermeras, un pelotón de individuos larguiruchos con aspecto de intelectuales llamado Unidad Especial de Ataque, un dibujante de escenas de guerra barbudo pero uniformado que se dejó el *Evening Standard* en uno de los bancos de cubierta. Fue en este periódico donde leí las pocas líneas dedicadas al prematuro fallecimiento de un notable actor. Lloré en la oscuridad marina azotado por el viento; le había amado y creía que él me había amado también. A mis lectores más jóvenes debe resultarles difícil asimilar el hecho de que pudiera morir un hombre de una gripe. En aquellos tiempos teníamos electricidad, gas, automóviles, prensas rotativas, novelas de P. G. Wodehouse, alimentos enlatados, cigarrillos Gold Flake, destrucción masiva, aviones, pero no había antibióticos. Morirían millones de individuos de gripe antes de que terminara la guerra. Era la edad moderna en arte, la época de Eliot, Pound, Joyce, el surrealismo, la música atonal, pero de ciencia se sabía muy poco. Hasta nuestra guerra se emprendió partiendo del supuesto medieval de que el enemigo estaba encastillado en un cerro llamado Europa Central, y que había que tomar ese cerro laboriosamente, trinchera a trinchera. En cuanto al amor homosexual, era un pecado contra la sociedad. Yo no sabía si muerto el pobre Rodney, seguía en peligro por la posible acción de la señora Selkirk y de la justicia; pero ya no podía volverme atrás. Me había lanzado ya al exilio. No volvería jamás a Inglaterra, salvo en esporádicas visitas de negocios.

El viaje en tren desde Boulogne a París fue un viaje desdichado, lleno de paradas y sacudidas y gritos de ferroviarios en la noche. El dibujante de temas bélicos estaba sentado junto a mí, haciendo bocetos a carboncillo con aquella luz mortecina, una

especie de perfil general de una matanza. Un belga gordo que se sentaba enfrente tenía una reserva inexplicable de «delicia turca» desmigajada, que ofrecía en su palma pegajosa. Una señora anciana fumaba lo que parecía y olía a *papirosi* rusos. Cuando llegamos, me resultó difícil encontrar un taxi. Parecía haber sólo ambulancias de la Cruz Roja. El toque de queda era más estricto que en Londres. De los pocos porteros vestidos de azul, la mitad por lo menos llevaba bandas de luto negras. «Tengo que conseguirme una banda de ésas», me dije:

Al tullido taxista le costó mucho encontrar el pequeño Hotel Récamier, oculto en una esquina, cerca de la inmensa iglesia porticada de Saint-Sulpice. Había hecho la reserva por telégrafo, pero no habían recibido el telegrama. Pese a ello, tenían una habitación fría y pequeña para mí, y allí, en aquella mesa rechinante, coloqué el papel blanco, la pluma estilográfica, ansioso de iniciar un trabajo serio, de abandonar para siempre las farsas. Me desvestí tiritando y me dormí llorando.

El París ventoso y nublado del día siguiente no resultaba mejor que la triste ciudad vacía de la noche. Tras una taza de café-achicoria amargo y un rancio *croissant*, acudí al banco de la Rue de la Paix, al que mi banco de Londres había transferido casi todos mis fondos. Salí de allí con los bolsillos llenos de francos sucios, contemplando sin placer la interminable corriente de vehículos de la Cruz Roja, comprobando que habían convertido los grandes hoteles en hospitales y oyendo un estruendo atronador que sólo podía ser la Gran Berta.

—La Gran Berta —me dijo un inglés en un triste bar del Boulevard Saint-Germain—. Ayer vi explotar una bomba en la calle. No hay que correr a meterse en el metro. Esos pobres cabrones aterrados. Si viene por ti, dale la bienvenida. ¿Quién coño quiere seguir viviendo, en realidad?

Y vació melancólicamente un vasito de algo purpúreo. Luego, me miró fijamente, empujando el vaso hacia el camarero para otra ronda.

—Te conozco, ¿verdad? Tú estabas con Norman en aquel periodicucho literario... claro. Douglas, quiero decir, que se largó cuando le cogieron. Andaba abusando de los niños. Está aquí, viviendo a base de castañas podridas. ¿Tú también estás en un exilio necesario pero horrible? Por cierto, soy Wade-Browne.

Era flaco y alto, de pecho hundido.

—Muy inteligente esa novela verde tuya llena de tetas, que llevan a todos los tipos por el mal camino. Pero no a nosotros, los que sabemos, claro —soltó una risilla sucia y triste—. Toomey. Espera a ver si puedo recordar la quintilla jocosa de Norman. Sí.

Y recitó:

Toomey, famoso e ilustre maricón
Tiene demasiado grande el corazón
El no habla de tocar ni de montar
Habla sólo de amar

El diagnóstico es muy poco alentador.

Me tembló la mano al alzar el *bailón* de áspero *rouge*. Bebí un sorbo, me mojé la corbata. Aquel hombre no podía saber aún nada de mi problema. Pero su amigo Douglas tenía una idea correcta de mi carácter. Hasta los de mi propia inclinación carnal estaban dispuestos a considerar absurdo el *amor*. Aquellos tipos burlones, que tocaban y montaban donde podían, estaban condenados sin duda. Pero ¿por qué no también los perfumados casanovas baratos, que apuntaban como una conquista cada dependienta que seducían? Quizá también ellos, aunque no tan condenados como aquel Douglas persigueniños. Acababa de llegar a París y ya sabía que tenía que irme. Douglas lo profanaba, aunque estuviera profanado ya.

Wade-Browne me observaba burlón. Luego, con una triste risilla, volvió a su melancolía inicial.

—El problema es —dijo— convertir la espera fatalista y negativa en la positivamente suicida. Quiero decir, en una guerra la gente no utiliza las armas de fuego y los cuchillos contra sí misma. El porcentaje de suicidios es muy bajo en época de guerra. Es diferente el caso del accidente provocado. La automutilación en las trincheras indica un fortísimo deseo de sobrevivir. La verdad es que yo nunca me suicidaría. Al menos, mientras siga atronando de vez en cuando la Gran Berta. Pero colocarse en la trayectoria de los obuses es difícilísimo.

—¿Por qué quieres morir? —pregunté.

—Vaya, no te gusta el tema, eh, lo siento, hombre. Por qué, preguntas. Bien, dame una buena razón para vivir. Anda, dámela.

—Ciertas sensaciones físicas. La belleza de la tierra y del arte.

—Oh, Dios mío, todo eso es un cuento.

No dije nada más. No iba a mencionar el amor.

—La civilización occidental tiene toda la razón —dijo—. Lo mejor es saltar en pedazos.

La Gran Berta retumbó de nuevo, hacia el nordeste de donde estábamos. El camarero se santiguó. Luego, se encogió de hombros como diciendo: superstición heredada, simple reflejo. Disculpen.

Decidí que era mejor seguir hacia el sur. Era un hombre libre, ¿no? Tenía derecho a huir de la oscuridad y el peligro y las privaciones, hacia los bosques de mimosas. Tenía los bolsillos llenos de francos sucios. Podía abrir una cuenta en una sucursal de la Banque Nationale cuando llegara al lugar que eligiera. Iría a hacer el equipaje de inmediato. Hice un frío gesto a Wade-Browne y luego apuré el vaso. Me dijo algo obsceno y plañidero mientras me alejaba.

En la calle vi a Maynard Keynes con una cartera bajo el brazo. Le sonreía como un maníaco a un francés con pinta de funcionario que hablaba con mucha rapidez, aunque con respeto, como si aquel individuo grande, seguro y de aspecto inteligente ya hubiera sido nombrado *milord*. Era evidente que Keynes quería librarse de él. Me

hizo una seña como si yo fuera el hombre a quien hubiese venido a ver a París, y avanzó hacia mí, escupiendo fluido francés comercial con relincho de Cambridge hacia atrás, hacia el otro, un tipo engolado, que hizo una inclinación de despedida quitándose el sombrero. La Gran Berta retumbó al otro lado del río. Keynes y yo nos conocíamos, habíamos sido invitados ambos por lo menos a tres fiestas de Bloomsbury. Morgan Forster había sido amable conmigo y había hecho incluso gestos vacilantes en el sentido de la posibilidad de que quizá pudiéramos llegar a ser, en fin, *amigos*. Pero, aunque Morgan me caía bastante bien, no me resultaba precisamente muy atractivo su olor, que, increíblemente, considerando su agnosticismo, no era muy distinto al del agua bendita rancia de una pila de iglesia. Keynes estaba por entonces, como todo Bloomsbury sabía, intentando hacerse heterosexual con una bailarina de *ballet*. Me estrechó la mano y me miró con una sonrisilla, como si supiera por qué me había ido de Londres. Pareció considerar que su propia presencia exigía una explicación.

—Estoy comprando cuadros baratos para el gobierno. Los venden casi regalados, con todo este lío de la Gran Berta y este pánico. Podría conseguirte cosas interesantes —añadió—. Un Georges Rouault baratísimo, tirado.

—¿Por qué a mí?

—¿Y por qué no a ti?

Luego me examinó detenidamente, cerrando un ojo y ladeando la cabeza, cubierta con bombín, sin sonreír.

—Pareces triste y solo. Pareces exactamente el hombre que necesita contemplar un cuadro. Ven conmigo al Ritz y verás. Los precios son absolutamente increíbles.

No era posible, ni lo es, ignorar la masa porticada y cuadrada de la iglesia de Saint Sulpice. Mientras me aproximaba al Hotel Récamier con un Rouault bajo el brazo, dispuesto a hacer el equipaje, pagar, buscar un taxi y trasladarme a la Gare de Lyon, tenía la sensación de que en mi pecho explotaba una pequeña bomba. ¿Acaso no era libre yo no sólo en el vago sentido que transmiten imágenes esporádicas de uno mismo bebiendo en mesas de café bajo palmeras, sino también en el sentido concreto de verse liberado del deseo Carnal? Rodney había muerto y yo no quería ningún otro amante; al no desear ningún otro amante, no necesitaba abrazos físicos. Si el agujoneo de la carne me asaltaba alguna vez de un modo despersonalizado, bastaba que conjurase una imagen del sonriente Norman Douglas remanoseando chiquillos sucios para exorcizarlo. Magnetizado en parte por la solidez de la propia Iglesia, arrojado en parte a ella por la bomba tonante de la esperanza, subí la escalera y entré en la rancia penumbra religiosa animada por pecadores que acudían a confesar. Era sábado, día tradicional para limpiar la cacerola. Me uní a la sentada burguesía, la mitad por lo menos con bandas negras en los brazos que esperaba turno para confesar con el padre H. Chabrier. El hombre que estaba a mi lado, que olía a clavo, estaba leyendo abiertamente un ejemplar de *Le Rire*, o más bien absorto en el dibujo de una bailarina. Era como quien se aferra al último trago antes de la hora de cierre.

Confesar en francés era como confesar con mi madre. Sólo podía ver las manos del padre Chabrier detrás de la celosía, unas manos nudosas y pálidas que tamborileaban a veces al ritmo de sus palabras con un ejemplar enrollado de un periódico.

—... Hace casi dos años, no cumplí con mis deberes pascuales. Tampoco fui a misa los domingos y los días festivos, ni recé mis oraciones de la mañana y de la noche.

—*Oui, oui, oui* —se impacientaba, él quería pecados de comisión.

—Pecados de impureza, padre.

—*Avec des femmes?*

—Con hombres padre.

—Aaaah.

Tenía problemas con la palabra *amor*. En francés, en todas sus formas y derivados, parecía frívola o groseramente cínica o física.

—¿Se arrepiente sinceramente de esos pecados?

—En realidad no puedo arrepentirme del amor, *mon père*.

—Debe usted arrepentirse de eso, tiene que hacerlo.

—¿Cómo puedo arrepentirme de lo que Dios ordena que hagamos? *Agape, diligentia*. No diré *l'amour*. Amaba a un hombre y ha muerto. ¿Qué mal hay en eso?

—Hubo lo físico, como usted ha dicho. Eso fue un pecado mortal.

—Pero era ternura, era expresión del *agape*...

—No utilice esa palabra *agape* conmigo. *Agape* significa amor cristiano. Lo que dice es una blasfemia.

Suspiró, gruñó, luego golpeó la celosía varias veces con su batuta de periódico, irritado.

—Ha cometido usted un pecado mortal. ¿Se arrepiente sinceramente de ese pecado?

—Sea lo que sea o lo que fue, me propongo firmemente no volver a hacerlo. ¿Bastará con eso?

—Esa resolución es sólo una parte. Tiene que haber arrepentimiento. ¿Está usted sinceramente arrepentido?

—Me pide usted que me arrepienta del amor.

—*L'amour* expresamente prohibido, *l'amour* sucio y obsceno.

—Si ese amor fue verdaderamente sucio y obsceno, entonces me arrepiento de él. ¿Bastará eso?

No estaba dispuesto a dejarse engañar. Si tenía que haber algún tipo de casuismo, sería él, un sacerdote de la Iglesia, quien lo perpetrara. Así que dijo:

—Supongo que hay muchos esperando. No creo que se haya preparado usted bastante para la confesión. Debe hacer un examen de conciencia más detenido que el que ha hecho. Venga otra vez el lunes. Mi *horaire* está clavado en la puerta, podrá ver las horas a las que estoy aquí. Ahora váyase y rece para que Dios le conceda el arrepentimiento.

Y dio un último golpe de batuta, como su tocayo del último coro de... la *Marche joyeuse*, por ejemplo.

Así pues, me iba al sur y sin absolución. Nadie podía decir que no había puesto cuanto había podido de mi parte. Cuando abandoné el confesonario, los pecadores que hacían cola alzaron la vista hacia mí con vago interés. Quizás hubieran oído el golpeteo del periódico enrollado. Una chica vestida de negro alzó la vista con desasosiego y reproche: le *père* Chabrier estaba de mal humor, y todo por mi culpa.

Mientras iba caminando hacia el hotel, el Rouault también sin absolución, sentí que me tocaban con el dedo suavemente los sabios de la Ilustración. Tap, tap, me hacían. «Tienes que hacer algo más que escribir farsas y novelas sensacionalistas. Construye algo en lo que puedas creer. El amor y la belleza no bastan».

Como algunos de mis lectores ya sabrán, escribí un librito titulado *Hacia el sur*. En principio, había pensado titularlo *Austral*, una reacción austera y culta a abominaciones como *Jig a Jig Tray Bon*, pero el puerco de Norman Douglas se lo apropió un poco con su *Viento Sur*. Es en parte un libro de viajes, en parte autobiografía sumamente selectiva, en parte relación de lecturas *en route* y *en voyage*, en parte puro ensayo filosófico; y concluye con una *Afirmación de la Vida*, que significa sol, mar, vino y mala cocina campesina. Lo empecé en la Gare de Lyon, durante la larga espera hasta que salió el tren, y lo continué en Orleans, St. Etienne, en Toulouse, en Marsella.

Llegaba la primavera y la guerra rodaba destructora hacia su fin. La nueva batalla de Arras. La nueva ofensiva alemana. El ataque naval inglés a Zeebrugge y a Ostende. El nombramiento de Foch como comandante en jefe de los ejércitos aliados. El hundimiento del *Vindictive* en el puerto de Ostende. La última ofensiva alemana. El afortunado ataque de las fuerzas de los dominios británicos a Amiens. La liquidación del ejército turco en Megiddo. Por entonces, el verano había acabado y yo dormitaba en el otoño de Cagliari. Había conseguido un visado italiano en Niza, había pasado unas semanas en Florencia, había tomado un barco de Leghorn a Córcega, había saltado el pequeño estrecho de Bonifacio hasta Cerdeña y luego había viajado lentamente en tren costa oeste abajo hasta Cagliari. Los búlgaros firmaron un armisticio, se inició la última ofensiva general en el oeste, los alemanes aceptaron los Catorce Puntos del presidente Wilson, los italianos avanzaban irremisiblemente, los turcos se rendían, los austríacos aceptaron las condiciones de los italianos. Repicar de campanas y regocijo etílico en la Via Roma y yo sentado, sin amigos, casto, sin nadie que me amase, en una mesa de la terraza del café Roma, con una botella de vino local, tinto, frío. El 9 de noviembre, el día de la huida y la abdicación del Kaiser, yo estaba escribiendo en la habitación del hotel, que daba al Largo Carlo-Felice.

No quiero utilizar términos como bueno y malo. Si tales términos poseen un significado, ha de ser sólo en el contexto general de la teología. Correcto e incorrecto me servirán aunque su significado sea variable. Era correcto odiar a los alemanes; pronto lo será amarlos. Era incorrecto comer demasiado pan; pronto será incorrecto privar a los cerealistas de sus dorados beneficios. Sé que muchos se han dedicado a hablar de una guerra diabólica, como si Dios hubiera abdicado como el Kaiser Guillermo y el Diablo presidiese una revolución propia, pero ¿qué puede decirse sino que la guerra fue a un tiempo justa e injusta? Fue justo recurrir a las armas para la defensa de las naciones pequeñas, injusto condenar a tantos a la muerte y a la mutilación. Los hombres hacen lo que ha de hacerse para que se

cumpla plenamente un gran principio básico concreto del movimiento. La historia es movimiento y el movimiento es vida. ¿Quién, salvo Hegel o Marx, tendría la audacia de afirmar que el movimiento de la historia sigue la dirección de lo mejor y puede acabar con la entronización de lo correcto e inmutable? Sólo sabemos que los hombres se mueven, que los hombres cambian; y que los sufrimientos que soportan (y que desean soportar) son a la vez justos e injustos. En cuanto al bien, no me digáis que Dios es bueno. Dios, si existe, no se preocupa por los hombres; y si le son indiferentes, entonces es como si no existiera. Bueno es lo que encuentro en el sabor de una manzana, en las nubes que se arremolinan sobre el mar aquí en Cagliari, en la bendición del sol por la mañana, en el pan caliente, en el café, en la amistad, en el amor.

Oh, Dios mío, puedo decir ahora, y tiemblo.

El 11 de noviembre escribí las palabras finales:

Todos hemos sufrido, de un modo u otro, y ahora muchos esperarán sin motivo alguno una recompensa por haber resistido tan valerosamente. Hemos tomado nuestra medicina, y papá nos comprará caramelos. La verdad es que papá no nos comprará nada. La verdad es que papá no existe, ni como imprevisible Jehová ni como naturaleza benéfica ni como estado omnipotente. Los caramelos hemos de buscarlos nosotros y no decepcionarnos si resulta difícil encontrarlos. Porque en rigor nada nos merecemos. Quisimos esta guerra. Si no la hubiéramos querido, no habría habido guerra. Tendremos todo lo que deseemos, pero debemos calcular siempre si podemos permitirnos pagar el precio o no. Pide poco, espera menos: que éste sea el lema grabado a fuego sobre nuestros lechos en este día undécimo del undécimo mes de 1918. Lo poco y lo menos son suficientemente satisfactorios. Busca el bien.

Yo era joven, un hombre muy joven e inmaduro que consideraba ser escritor algo magnífico. Suficientemente satisfactorio, sin duda. Satisfactoriamente satisfactorio. Esas cosas son casi tan vergonzosas en la vejez como el pecado carnal o la mezquindad espiritual, y proceden del mismo defecto, que podemos denominar inconsciencia. Si era capaz de escribir una tautología tan evidente, podía escribir también sobre la bondad del mal o la maldad del bien, y puede que lo hiciese.

Había terminado mi librito, pues, y salí a celebrar un final doble. Clamaban y repiqueteaban las campanas, y hombres y mujeres con atuendos típicos y con prendas más vulgares que imitaban la moda burguesa de Milán, hacían muy felices la *passeggiata* vespertina o bebían en las mesas de las terrazas de los cafés, bajo el tibio

aire otoñal. Subí una calle serpenteante por la que bajaba patinando con retraso, un burro cargado, al que gritaba «so» un amo bigotudo, de feroz mirada de guerrero, con la gorra-caletín retorcida estilo frigio. Entré en una pequeña taberna y me dieron la bienvenida, en inglés, mi guerra había concluido sólo unos cuantos días después que la de ellos. Bebí demasiado de un licor incoloro que olía a perro ovejero viejo, y que trajo de una habitación trasera, entre guiños, el gordo propietario: algo fuerte, especial, reservado. Canté:

Tú llevabas un capote
Un sucio capote caqui
Mientras que yo llevaba la ropa de civil

Aunque allí nadie sabía inglés, pervertí los términos de la parodia hasta la verdad. Yo había sobrevivido y otros hombres mejores que yo habían muerto o habían quedado mutilados. Y allí estaba yo, hablando mal italiano en nombre de mi patria victoriosa. Mis compañeros de trago vestían las medias chillonas, los calzones remendados abombados hasta debajo de las rodillas, la gorra colgante y las tiasas chaquetas rojas de la Cerdeña rural, o los pantalones abolsados y las toscas botas de los obreros de la ciudad.

Como brilla la luna sobre Charlie Chaplin.
Tiene las botas rotas,
Le asoma el caletín.

Todos conocían a Charlie Chaplin. Yo estaba convencido de que los escritores eran gente magnífica y los legisladores del mundo y demás. Pero ya estaba irremisiblemente anticuado. El futuro pertenecía al ojo universal, saturación y engaño con crudas imágenes; no pertenecía a la imaginación. Lo último que recuerdo de aquella noche es un joven haciendo una imitación muy acertada de Charlie huyendo de los polis y frenando sobre un pie al doblar una esquina. Desperté en la habitación del hotel a las cuatro de la mañana, con náuseas y con la boca seca; había echada a mi lado una mujer desnuda.

En principio, al sentir carne cálida, pensé que era Rodney.

Luego mi mano palpó la protuberancia de un pecho femenino. Estaba en la cama con mi madre, Hortense estaba en la cama conmigo. Un momento, pero estaba en Cerdeña. La mujer roncaba. No entraba luz suficiente del exterior para ver qué o quién era, o si era joven o vieja. La campana de una iglesia dio las cuatro. Arreciaron las náuseas. Me levanté rápidamente de la cama. Yo también estaba desnudo. En la mesa tenía que haber agua mineral. Sabía que podía encontrarla en la oscuridad. Más náuseas. Tenía que llegar al *gabinetto* que quedaba en el pasillo, dos puertas más allá. Pero no podía ir desnudo. Tenía la bata colgada detrás de la puerta. Me la puse.

Volví temblando a beber la media botella de agua mineral que quedaba. Tiritaba.

Era una noche fría y aún faltaba mucho para el amanecer. Me quité la bata y volví a la cama. Mi compañera de lecho se agitó y murmuró algo sobre, o para, alguien llamado Pietro. Yo estaba a su derecha tendido bocarriba, ella me daba la espalda. Luego, de pronto, se volvió y me golpeó el pecho con la extensión de un duro antebrazo. La cama era estrecha. Lanzó luego un aislado y áspero ronquido que la despertó. Chasqueó los labios. Casi podía oírla girar los ojos, intentando taladrar la oscuridad mientras se preguntaba dónde estaba. Lejos, cacareó malévolamente un gallo, por alguna súbita luz que habían encendido en algún sitio. Debía de ser un gallo inmaduro con el quiquiriquí mal aprendido. Por fin supo dónde estaba. Luego, se puso sobre el costado derecho, respirando sobre mí. Podía oír el rumor de sus párpados. Esperaba ajo y las acumulaciones hediondas de la noche, pero olía a manzanas. Fingí dormir e imité la respiración pausada del sueño, adornándola de cuando en cuando con un ronquido. Puso la mano izquierda sobre mi pene. Me cosquilleó la nariz con la derecha. Representé el papel de un hombre que despierta.

—Eh, qué quién —y luego—: *Chi?*

—Francesca.

No podía recordar a ninguna Francesca, desde luego. Si uno se emborracha lo suficiente, puede llegar a cometer un asesinato y luego no recordar nada en absoluto. Recuerdo una vez que desperté en Londres, aflorando de algún sitio o de ninguno, y que vi de pronto en una habitación extraña llena de cordiales desconocidos, sentados en un diván-cama comiendo pacíficamente arenques ahumados. ¿Qué había sucedido en la pequeña taberna de la colina? ¿El inglés, miembro de una raza notoriamente tibia, jovialmente ridiculizado por su rigidez, o su falta de ella, obligado a demostrar su virilidad llevándose a una chica notoriamente licenciosa, sabiendo que la virilidad no tendría que probarse hasta la empuñadura? ¿O una prostituta recogida después en la Via Roma? Desgraciado, borracho, te traje a casa. Tanteé cautamente la cara de Francesca con dos dedos. Un rostro joven y terso con un marco de pelo rebelde que olía vagamente a chamuscado. Me cogió la mano y se la puso con firmeza en el clítoris.

Yo era técnicamente virgen. Había eyaculado en sueños o con otros varones, pero jamás con una mujer. Sabía lo que hacían los hombres con las mujeres, pero ahora, por primera vez (12 de noviembre de 1918) me veía forzado por el deber y no por el deseo, pues no existía deseo alguno, a ejecutar lo que había aprendido en urinarios escolares entre risillas y luego, un tanto modificado, en charlas de bar y en libros. Realicé fríamente y con repugnancia la estimulación sexual de un cuerpo femenino invisible, pero muy cálido y sólido. Procuraba convertirme en personaje de una de mis novelas, iniciando el acto con alegría, que los alemanes llamaban *Lust*, pero no podía. Me repugnaba la hipocresía a la que me obligaba el oficio, pues aún no había llegado el momento de la ficción homosexual y quizá no llegara nunca. Seguía escribiendo sobre varón y hembra en un frenesí de abrazos desfalleciendo de amor pero siempre sería para mí una mentira indecente, algo repugnante. No estaba

dispuesto a trasladar un tropismo simulado de la mesa, donde era imperativo, a la cama, donde no lo era. Retiré la mano, pero no prematuramente, al parecer. Entonces me asió el pene con la intención de guiarlo hacia ella, pero no había nada que guiar salvo una pulgada o así de indiferencia plácida. Se echó a reír. Le di la espalda y murmuré en la almohada: «*Via via, non posso. Via via via. Voglio dormire*». Ella se reía.

Parecía no necesitar luz. Quizá fuera campesina y no estuviera acostumbrada a otra luz que la que el Señor había creado. Oí un rumor y un repiqueteo de zapatos. Como un gato. Pero no dejaba de reírse. Hasta un gato se hubiese reído. *La tía de Carlos* se había apropiado de aquella consigna. No podía utilizarse en las comedias de Kenneth M. Toomey. «*Soldi?*» dije, aún para la almohada. También se rió de esto. Probablemente le hubiera pagado por adelantado. No recordaba nada. Antes de abrir la puerta, dijo algo rápido y despectivo, tal vez un proverbio sardo sobre los hombres que no son capaces de hacerlo. Luego se fue. Me sentí muy mal. Por suerte me marchaba. Ella me conocería perfectamente, el inglés que había cantado lo de Charlie Chaplin. Llevaría a sus amistades a verme. Yo estaría sentado en la mesa de un café y vería cómo me señalaban y se reían. Que hagan lo que les dé la gana. No iba a quedarme allí, pero me iría cuando me conviniese. Pero ¿adónde? A un sitio donde pudiera encontrar una mecanógrafa que escribiese en inglés y un servicio de correos que fuera de fiar. Tenía que enviar un libro a Inglaterra. ¿Le habría pasado aquello alguna vez a Norman Douglas? Él debía ser un cerdo omnijodiente capaz de hacerlo con cualquier cosa. «*Fíjate en esta tautología, Toomey. Eso es lo que significa omnijodiente. Lo importante es el estilo*».

Al día siguiente me puse a repasar el manuscrito con un lápiz grueso y despuntado sentado en la terraza de un café. Nadie se reía de mí, pero tenía la sensación de que me miraban de vez en cuando con hosco asombro: un homosexual inglés auténtico, fijaos. Quizá fuese, por supuesto, mi solitaria minuciosidad literaria... aquel cortar y tachar cosas. Las mesas estaban todas llenas salvo la mía, con dos sillas vacías. Nadie quería ocuparlas. Mi soledad era una propiedad visible. Luego una voluminosa sombra tapó el sol. Alcé la vista. Dios mío, me enviaban un sacerdote. Un sacerdote corpulento, la sotana negra y astrosa. Le acompañaba un seglar. Movié una hermosa boca hacia mí, indicó las sillas libres y dijo:

—*Possiamo?*

—*Si accomodino.*

Se sentaron, y el clérigo arrugó un poco el ceño ante mis vocales extranjeras. Hablaron quedamente entre sí en lo que me pareció dialecto milanés. Era un mediodía de mucho movimiento y les costó trabajo que el camarero les atendiera. El seglar chasqueaba y chasqueaba los dedos. Luego me sonrió, como lamentando aquel gesto vulgar pero necesario. Miró después directamente una página de mi manuscrito.

—¿Inglés? —preguntó.

—Sí, es inglés.

—No, no, usted. ¿Es usted inglés? ¿O norteamericano?

—Inglés, inglés. Británico, en realidad, *Britannico*.

Llegó el camarero, tieso, fiero, bigotudo; un guerrero. Anotó el pedido, vermut para ellos y para mí otra vez lo mismo. Café. Coñac. Intentaba curarme la resaca. El sacerdote bebió y dijo, con cómica acritud:

—Terminamos una larga guerra y lo celebramos bebiendo ajeno.

—Qué excelente inglés —dije.

No era necesario el halago. El acento era vagamente norteamericano. No se percibía la interpolación de la vocal de enlace que utilizan tantos italianos para aminorar la brusquedad de nuestras consonantes finales. Yo había supuesto que era un sacerdote rural sin ninguna distinción especial, aunque podría haberme preguntado qué hacía un milanés en Cagliari. El seglar se mostró muy dispuesto a contestar a todas las preguntas que yo aún no había formulado. Dijo:

—Nuestra madre nació en Estados Unidos, ¿comprende? En Nueva Jersey, aunque era italiana. Nuestro padre la conoció cuando fue a Norteamérica en viaje de negocios. Y la trajo a Milán, o cerca de Milán. La zona del famoso queso, gorgonzola. Ella insistió muchísimo en que aprendiéramos inglés. Es el idioma del futuro, decía. Yo he estado trabajando aquí en mi música. Mi hermano ha venido de vacaciones. Hemos estado los dos en la guerra, aunque él más tiempo que yo.

Quedaba así explicado todo; no había que seleccionar ni suponer ni reprimir, como con los conocidos de mesa ingleses.

—Yo soy un escritor inglés, o británico. He publicado algunos libros en Londres. Han representado varias comedias mías, bastante estúpidas. Acabo de terminar un librito. Y ahora estoy corrigiéndolo. No fui a la guerra. Dijeron que mi corazón no era de fiar.

—¿Sabía usted que esas comedias eran estúpidas cuando las escribía? —preguntó el sacerdote—. ¿O lo ha descubierto después? ¿O se lo han dicho otros?

—Cuando digo estúpidas, quiero decir que no alcanzan la máxima calidad artística. Las comedias se concibieron como un medio de hacer reír en una época mala. Y, eso sí, consiguieron hacer reír al público.

—Entonces, no debería haber dicho que eran estúpidas.

—¿Es usted un escritor famoso? —preguntó su hermano.

—Creo que no —dije—. Fuera de los círculos literarios y el mundo teatral de Londres. Me llamo Kenneth Toomey —dije humildemente.

Los dos probaron a pronunciar el nombre: *Tuuuuuumi*. Les gustaba, aunque no lo conocían. Se adaptaba muy bien a una boca italiana. El seglar dijo:

—Yo soy Domenico Campanati, compositor.

Esperó, con poca esperanza. No, yo no había oído hablar de él.

—Mi hermano es Don Carlo Campanati. No se esperaba que yo, ni nadie, hubiera oído hablar de él. Dije:

—Aún no he visto lo último que he escrito para el teatro. Dice usted que es

compositor. Creo que despreciaría usted la música de esa obra, que es una comedia musical. Aunque no he oído la música, desde luego —añadí.

Luego, miré a Don Carlo y esperé.

—Si la música es buena, ¿por qué habría de despreciarla? Si no ha oído usted la música, ¿cómo puede saber que no es buena?

Empezaba a disfrutar de aquel encuentro, aunque fuese un poco a regañadientes.

—El argumento es demasiado estúpido —dije.

Don Carlo cabeceó afablemente, como si yo fuese un alumno lento, pero digno de la perseverancia del profesor.

—El argumento trata de un joven —empecé— que no puede decir *Te amo*.

En fin, lo expliqué todo. Escucharon con atención, Domenico Campanati sonriendo, Don Carlo con seriedad estagirítica. Al fin, Domenico emitió un pequeño gorgoteo satisfecho, acorde con aquella trivialidad, pero Don Carlo dijo:

—No tiene nada de estúpido el argumento. Hay una verdad profunda dentro de un juego de palabras. Porque el amor es grande, y la confesión de amor no debe hacerse a la ligera.

Bajé la cabeza. Dije:

—Me sentiría muy honrado si aceptasen comer conmigo. En el *ristorante* de mi *albergo*.

Les invité un microsegundo o así antes de saber por qué. Era Domenico, desde luego; guapo, *simpático*, un artista. Mis glándulas olisqueaban. Los hermanos se miraron y Don Carlo fue el primero en decir que se sentirían muy honrados. Dijo también, mientras yo terminaba el café y luego el coñac:

—Supongo que tomará usted la comida al revés. Acabará, después de la sopa, con un vaso de ajenjo.

Nos levantamos y Don Carlo miró críticamente el dinero que yo había dejado en la mesa.

—Eso es demasiado. Una *mancia*, de dos liras. El camarero quedara insatisfecho con los que dejen una *mancia* más pequeña aunque más razonable.

—¿Desaprueba usted la generosidad? Quizá me llamen aquí Don Quijote *della Mancia*.

Ninguno de los dos lo encontró divertido. He utilizado con frecuencia este chiste con italianos, y nunca lo han considerado divertido. Salimos abriéndonos paso entre el gentío del mediodía, camino del Largo Carlo-Felice. La temperatura era aún suave, pero Don Carlo llevaba una capa negra gruesa. Con el manuscrito aleteando bajo el bazo movido por la brisa, fui mirando receloso por si encontraba chicas que se riesen de mí y me señalasen con el dedo. Ninguna lo hizo. Don Carlo dijo:

—No deja descansar usted los ojos. No está casado, ¿verdad?

Sus vivaces ojos negros tampoco se perdían nada. Los volvió hacia mí, junto con una nariz que era una complicada estructura de anchos y peludos agujeros, aletas grandes y firmes, una serie de altozanos sobre leves declives, cartílago nasal

zigzagueante. Esboqué una sonrisa culpable e hice un gesto negativo con la cabeza. Don Carlo estaba gordo y me llegaba a la barbilla; calculé que tendría unos cinco años más que yo. Su hermano era más joven que yo y casi de la misma estatura. Tenía lo que supuse los ojos de la familia, negros y muy separados, pero sin viveza; era un soñador, pertenecía a mi propia especie. Llevaba largo el pelo, negro y grasiento, como correspondía a un músico en aquella época. El traje era de un buen sastre milanés, azul oscuro sobrio, pero con solapas grandes y audaces como sus orejas, listas para captar cualquier sonido. Adiviné que había dinero en la familia. Sospeché que su música estaba subvencionándola el dinero de la familia. Dije, mientras caminábamos:

—¿Qué música está componiendo?

—Una ópera de un solo acto. La Scala necesita cosas así. ¿Por qué habría de tener que ir siempre *Cavalleria Rusticana con I Pagliacci*?

—Sí. Cavnpag decimos en Londres.

—¿Por qué ha de tener que hacerse todo el *Trittico* de Puccini cuando sólo quieren *Gianni Schicchi*?

—¿Tiene usted un buen libreto?

Alzó los hombros hasta las orejas, hundió los codos en las costillas, abaniqueó con los dedos.

—Es de Ruggero Ricciardelli. ¿Le conoce? No. Un poeta joven que adora a D'Annunzio. Hay demasiadas palabras. No pasan cosas suficientes. Hay demasiados personajes que no hacen nada. ¿Me comprende?

—¿Me permitiría echarle un vistazo? —pregunté.

—¿Le apetecería de veras?

Parecía a punto de abrazarme conmovido de gratitud.

—Dice que ha escrito para el teatro, ¿verdad? Comedia musical. Supongo que quiere decir una especie de opereta... bueno, ¿por qué no introducir en mi pequeña ópera cosas nuevas, muy americanas? Ragtime, jazz. Oigo y veo muy claramente un cuarteto mixto que está tomando cócteles y la música va haciéndose cada vez más *ubriaca*.

—Ebria, sí. ¿Por qué no?

Don Carlo masculló con voz grave «ebria» prolongando la vocal a la milanesa.

—No demasiado ebria, *fratello mio* —añadió.

—El arte y la moral tienen poco que decirse. No vamos al teatro o a la ópera a que nos enseñen lo que es malo y lo que es bueno —dije, dispuesto a que me derribaran de nuevo.

—No es eso lo que nos enseña la Iglesia, pero usted es inglés y no pertenece a la Iglesia.

—Mi familia es católica. Mi madre es francesa. Ella convirtió a mi padre.

—Sin embargo —dijo Don Carlo—, no creo que usted pertenezca a la Iglesia.

Quedó así la cosa. Habíamos llegado al hotel y entramos en el restaurante,

trattoria en realidad. Entró primero Don Carlo, hizo una inclinación, y abrió la marcha hacia la mesa como si la comida corriera a su cargo. El local no estaba lleno. Un viejo daba pacientemente la sopa a una muchachita. Había un grupo de jóvenes alborotadores, ya en el plato de queso, y cargados de vino. Nuestro mantel estaba limpio aunque deshilachado. Los vasos neblinosos, los tenedores doblados. Nos trajeron vino tinto frío en dos jarras de barro cocido. El camarero me miró con dureza, aunque sin malevolencia. Sabía. Sirvió Don Carlo.

—Bebamos —dijo— por la terminación de la guerra.

—¿Se refiere a todas las guerras? —dije—. ¿O sólo a ésa por la que ayer firmaron el armisticio?

Bebió abundantemente y se sirvió más.

—Siempre habrá guerra. Una guerra para acabar con la guerra, es, utilizando esa palabra, que tanto le gusta, una estupidez.

Esto no era justo en modo alguno; yo no había utilizado aquella palabra.

—Aquí mi hermano —continuó— se libró de ella rápidamente. No se concedió ninguna oportunidad de aprender ciertas cosas.

—¿Cómo lo hizo? —pregunté a Domenico.

Por mariconería en las trincheras. Rechacé aquel pensamiento indigno.

—Una afección nerviosa —dijo Domenico—, antes de Caporetto.

No dijo más.

Don Carlo continuó:

—Yo era capellán castrense. Proporcioné los consuelos de la Iglesia a los austríacos, además de a los italianos. Fue un anarquista italiano el que me disparó. Ahí tiene usted un detalle de humor.

No sonreía.

—¿Le disparó? ¿Le hirió?

—En una zona carnosa. No me hizo ningún daño. Ajá.

Llegó la sopa en una soperita grande y desportillada, blanca y con rayas azules. Apestaba a col, pero, como Don Carlo mostró en seguida, con un tanteante cucharón, contenía también pedacitos de apio, patatas (muy caras en Cagliari), brócoli y hasta carne correosa. Se sirvió y migó en el plato una rebanada de pan prieto, áspero, grisáceo. Empezó a comer ruidosamente, suspirando de satisfacción; luego, apuntándome con la cuchara goteante dijo:

—Aprendí más de la bondad de los hombres que de la maldad de la guerra.

No sé muy bien por qué, pero no esperaba esto. Miré a Domenico para ver si estaba de acuerdo. Domenico sorbía sopa delicadamente.

—Pero piense en los miles de millones de muertos y de mutilados —dije—. En el hambre, en las atrocidades, en los niños destrozados y las madres violadas.

—¿Dice usted que no estuvo en la guerra? —preguntó Domenico.

—Por el corazón. Como ya dije. No, no estuve.

Don Carlo resopló en la cuchara alzada llena de sopa. Dijo:

—Mi hermano estuvo en artillería. Sabe que lo que digo es verdad. La muerte del cuerpo. El hombre es un alma viviente y ha de ser probado en el sufrimiento y en la muerte. Él también vio la bondad de los hombres. Luego, abandonó aquello a toda prisa.

—Usted también —dije—. Usted no estuvo hasta el final.

—Me llamaron a Roma.

Me miró furioso, como si no fuese (no lo era) asunto mío.

—Había otras cosas —añadió—. Había muchos más capellanes a los que podían pegar un tiro.

—Algunos hombres fueron buenos —dijo con cautela Domenico—. Siempre puede uno encontrar hombres buenos. En la guerra había muchos hombres, así que claro, había muchos hombres buenos.

Mastiqué aquello con un poquito de col. Parecía bastante razonable. Don Carlo tomó más sopa, pan, vino. Dijo:

—*I fine e i mezzi*. La guerra ha sido un medio de hacer brotar la bondad del interior del hombre. Abnegación, valor, amor de camaradas.

—¿Debemos iniciar, pues, otra guerra en seguida?

Cabeceó con buen humor.

—No. El diablo tiene que hacer su trabajo. Dios le permite hacerlo. Pero usted no creerá en el diablo, claro.

El camarero trajo pescado en una mano e intentó llevarse la sopera con la otra. Don Carlo estiró sus gruesos brazos y la agarró por el borde. Aún quedaba un poco. El pescado era una especie de caballa hecha con cabeza y cola, que nadaba en grasa, adornada con rodajas de limón. Don Carlo comió la sopa deprisa, para que no le privasen de su justa porción de pescado.

Mientras se servía más de su justa porción, aunque nadie se lo reprochase, tuvo tiempo para decir:

—Todo está en su Biblia inglesa. En el Génesis. Al ángel caído, a Lucifer, se le permitió implantar el espíritu del mal en las almas de los hombres. ¿Dónde está el mal? No en la creación de Dios. Hay un gran misterio. Pero a veces el misterio resulta menos misterio. Porque el diablo trae la guerra, y de la guerra sale el bien. Debe usted creer en la bondad de los hombres, señor, señor...

—Tuuuuumi —dijo su hermano; y añadió—: Él es como yo, no tiene tiempo para la teología. Te dejamos a ti todo eso, Carlo. Nosotros trabajamos para nuestro arte.

No pude evitar ofrendarle una sonrisa de excesiva intimidad. Él me la devolvió. Don Carlo pareció satisfecho de que le concediesen una manumisión temporal en su tarea de instruir a los paganos. Terminó el pescado, rebañando la salsa con pan y pidió más pan cuando trajeron el plato principal. Consistía éste en un asado mixto de cabrito, pollo y algo que quizá fuese ternera. Acompañado de una gran coliflor hervida y aliñada con aceite, que Don Carlo, inmediatamente, como si realizase un sacrificio, partió en tres porciones desiguales. Y también una hogaza gris entera,

cortada en rebanadas gruesas. Don Carlo comía con una dentadura firme y potente. Mi padre habría admirado aquella dentadura. Mi pobre padre, ignorante de mis pecados. Apenas les había escrito. Estaba viajando por el extranjero, les había dicho, y estaría incomunicado durante algún tiempo. Ahora debía empezar a pensar en preparar unas pequeñas vacaciones en el cálido sur para mi hermana Hortense. Quizá también para mi hermano Tom cuando le licenciaran. No tenía deseo alguno de volver a casa, pero podía importar temporalmente fracciones del hogar al sitio donde estuviera, sin frío y con dinero. La estupidez musical estaba yendo bien, y lo sabía. Me proponía pasar el invierno en Niza. Según me habían dicho, Cerdeña, aunque muy azul, podría resultar bastante triste y desolada de diciembre a marzo.

Domenico estaba de acuerdo, sí, triste y desolado. Él había estado allí buscando tranquilidad, en casa de Guglielmi, entre Cagliari y Mandas. Guglielmi estaba ahora en Nápoles, tocando el violín. Yo nunca había oído hablar de Guglielmi.

—Tengo que estar en Catania para *Natale* —dijo Domenico—. Es decir, para Navidad. Habrá un concierto en el Teatro de la Ópera. Interpretarán mi pequeña partitura para cuerda. Había pensando terminar mi ópera en casa de Pasi, junto a Taormina. Tiene un Steinway.

Los músicos y los escritores, de un lado para otro siempre.

—Terminar —dijo, los grandes ojos negros fundiéndose como mermelada mientras me miraba—. ¿O empezar de nuevo? Dijo usted que leería el libreto.

—No soy ningún da Ponte —dije—. Sólo puedo trabajar en inglés.

—¿Y qué más da? —dijo, sus ojos reflejaron una nueva vista—. No había pensado en eso. ¿Por qué no en inglés?

—Ay, los hombres libres —dijo Don Carlo—. Libres para decir sí o no o para ir adonde quieren ir. Yo debo volver a Milán, no puedo decir ni sí ni no.

—¿Y el chico? —preguntó Domenico.

—El chico no tendrá ningún problema. Los demonios ya están expulsados.

—¿Qué es eso de los demonios? —pregunté.

Don Carlo siguió, como toda respuesta, con el trozo de *pecorino sardo* que tenía aspecto de haber sido mordisqueado, y es ese queso fuerte que, es de todos los quesos mediterráneos el que tiene un aroma más parecido al queso inglés. Trajeron otra jarra de vino tinto fresco. Me pregunté si sería oportuno plantear el problema teológico de la gula, pero comprendí cuál podría ser la respuesta. Comer hasta satisfacer la necesidad no era glotonería; era algo muy bueno, algo imprescindible incluso. Comer más era, sin duda, obra del diablo y provocaba una especie de purga junto con el malestar temporal, cosas saludables ambas.

—Milán, sí, pero por poco tiempo. Debo perfeccionar el francés para trasladarme a París. L'Institut Catholique de la Rue d'Assas. El Catho, le llaman. Historia de la Iglesia —dijo Don Carlo, apuntándome con su gruesa nariz a modo de arma—. Enseñaré Historia de la Iglesia.

El libreto, por lo que pude apreciar con mi escaso italiano, era farragoso pero sólido. Había muy pocos argumentos a disposición del libretista (o del novelista, en realidad) y el de Ricciardelli era ese que halla su mejor expresión en *Romeo y Julieta*. El título era pirandelliano: *I poveri ricchi*. Los Corvi son ricos y los Gufi pobres. Gianni Gufo ama a Rosalba Corvo. Los Corvi prohíben el matrimonio. El viejo Corvo pierde su fortuna y el viejo Gufo hereda una fortuna de un tío de América. Ahora son los Gufi los que se oponen al matrimonio. Pero el viejo Corvo se emborracha con el viejo Gufo y se hacen amigos. Corvo se ofrece a invertir debidamente la fortuna de Gufo. Gufo da el visto bueno. El plan de Corvo fracasa y las dos familias quedan en la miseria. El chico y la chica pueden casarse con la indiferente bendición de todos. Pero Gianni y Rosalba están tan acostumbrados a las relaciones clandestinas que pierden el interés en cuanto pueden besarse libremente delante de todos. Así que las dos familias (y esto se lo había robado a Rostand) fingen una gran enemistad que ya no sienten y los amantes vuelven a amarse. Llegan telegramas que hablan de fortunas restauradas para ambas familias. Abrazos, campanas, vino, telón. La historia tenía que durar setenta minutos, con la terraza de la casa de Corvo dominando una *piazza* llena de puestos del mercado, algo ideal para composiciones corales. Las letras de canciones y los recitales de Ricciardelli eran demasiado farragosos y con excesivas pinceladas poéticas: el color debía darlo la música. Domenico necesitaba mayor variedad de formas (tríos, cuartetos y quintetos, además de dúos) y necesitaba la concisión que difícilmente podía proporcionarle un admirador de D'Annunzio. En realidad, necesitaba lo que yo no era: un nuevo da Ponte.

No trabajé en Niza sino en Mónaco, en el Condamine, en la Rue Grimaldi. Alquilé un apartamento claro y ventilado en la última planta, por seis meses. Se lo alquilé a un tal Guizot que estaba visitando Valparaíso. En cuanto terminé el primer borrador, telegrafíé a Domenico, que estaba en Taormina, o cerca de allí. Vino. Alquilé un piano, un pequeño Gaveau. Se quedó. Terminamos con dos versiones (una en toscano y otra en una especie de inglés-americano) del libreto titulado *Los más ricos los más pobres*. Aprendí mucho italiano. Domenico aprendió algo de prosodia inglesa. Empezó a soñar con hacer algo popular para el mundo escénico de Nueva York. No tenía un estilo musical demasiado personal, pero podía imitar a cualquiera. En aquella ópera seguía básicamente el estilo del último Puccini, con asperezas robadas a Stravinsky. Tenía una secuencia de rag-time y un dúo de borrachos. Un cuarteto de ebrios no encajaría en la pauta narrativa, pero el *finale* era sonoro y etílico.

Mientras Domenico ensayaba acordes en el desvencijado Gaveau del alargado y desnudo salón, yo trabajaba en mi novela, a dos habitaciones de distancia. Se titulaba *los heridos*, y trataba de un hombre que volvía de la guerra sin una pierna (el pobre Rodney) e intentaba noblemente que su prometida se casase con otro, con un hombre

normal. Pero su prometida queda ciega en un accidente de automóvil y el hombre normal-que estaba dispuesto a casarse con ella deja de estarlo. Así que los dos lisiados se casan y viven felices y engendran hijos sanos y normales. Dicho así parece peor de lo que es en realidad, aunque, *pace* a Don Carlo Campanati, era de todos modos, bastante estúpido. Lo que yo intentaba hacer entonces era, en cierto modo, shakespeariano. Tomaba una historia de popularidad garantizada, sobre todo adaptada a la escena, como lo era en 1925 *Los heridos*, e intentaba elevarla mediante el ingenio, la alusión y la ironía, a algo así como el nivel del arte.

Durante todo este tiempo, viví una vida sin amor. Domenico, sin decírselo yo, adivinó en seguida qué y cómo era yo y lamentó no poder ayudarme. Cogía el tren para Ventimiglia una vez por semana, a veces dos, y volvía fresco y descansado. Yo, por mi parte, me masturbaba amargamente, viendo a veces, cuando se aproximaba la culminación, la imagen de Don Carlo sorbiendo la sopa y cabeceando con tristeza. Intenté purgar parte de la rabia de mi soledad haciendo tareas en la casa y cocinando, pero Domenico era mejor cocinero que yo y venía una vieja a limpiar tres veces por semana. Amigos; éramos amigos, decía él, además de hermanos en el arte, pero... en fin, aquel género de amor a él le parecía, si yo podía perdonar la expresión, algo abominable.

Cuando vino Don Carlo de París a pasar dos días con nosotros, yo le miraba culpable, como si su imagen hubiera sido una presencia real. Venía, dijo, tras hacer jadeando la larga ascensión hasta la última planta, a jugar a la ruleta.

—¿Está permitido? —pregunté, pasándole un *whisky* con un poco de agua—. Quiero decir a un sacerdote.

—Los primeros accionistas del casino fueron el obispo de Mónaco y el cardenal Pecci —dijo—. Y ya sabes quién fue el cardenal Pecci.

—El Papa León XIII —dijo Domenico.

—Tenemos que exorcizar al puritano que llevas dentro —dijo Don Carlo, balanceando socarronamente el *whisky* hacia mí sin derramar una gota—. Crees que hay algo irreligioso en el hecho de jugar. En realidad, no es más que el enfrentamiento de una voluntad libre con otra...

—Hablando de exorcismos —dije—. Domenico prometió que me contarías toda la historia. Sobre ese chico de Cerdeña poseído por el demonio o lo que fuese...

—Domenico no tiene derecho a prometer nada en nombre mío. Eso a ti no te interesa, y, de todos modos, no lo creerías.

—¿Qué derecho tienes a decir lo que yo creo y lo que no creo? —pregunté, y esto le hizo soltar un gruñidito, como si le hubiesen asestado un golpe leve en un hígado enfermo.

—Es algo que hago yo —dijo—. Cualquier sacerdote puede hacerlo, en realidad. Pero algunos lo hacen mejor que otros. Algunos corren un riesgo.

—¿Qué quieres decir... con un riesgo?

—Me llevas de nuevo a lo que intentaba decir. Una voluntad libre contra otra... la

del jugador, la de la bolita blanca en la rueda grande...

—Eso lo dices de modo figurativo, supongo. ¿O acaso crees que un objeto inanimado puede tener realmente voluntad libre? ¿Qué quieres decir en concreto?

—Veo que se me censura. Tienes que suavizar esa censura con más *whisky*.

Cogí su vaso vacío.

—Quiero decir —explicó, mientras le servía—, que lo que no puede predecirse es muy similar a la voluntad libre. No quiero decir más que eso.

Luego, dirigiéndose a su hermano, añadió:

—Necesito una corbata. Debo llevar ropa de laico. No debo escandalizar a los fieles. Ya es bastante malo escandalizar a los infieles —añadió, con una risilla.

—¿A mí? ¿Te refieres a mí? —dije, dándole el nuevo *whisky*.

—¿Por qué no a ti? Tú no perteneces a la Iglesia, no eres un fiel. En consecuencia, eres un infiel. ¿Te fastidia eso?

—Sería un fiel si pudiera —dije con tristeza—. Si la fe en sí fuese más razonable. Pertenece a ella. Sé todo lo que hay que saber de ella.

—Nadie sabe todo lo que hay que saber de la fe —dijo Don Carlo.

—Para ti es fácil —dije, levantando un poco la voz—. Has eliminado las necesidades de la carne. Quedaste capado por el amor de Dios.

—¿Capado? Una palabra rara, creo.

—Castrado, privado del uso de tus *coglioni*.

—Privado, no —dijo con voz nada castrada—. Nada de privado. Elegimos lo que queremos, pero nadie puede elegir la privación. Voy a darme un baño.

Se bañó, chapoteando escandalosamente, cantando lo que parecían canciones sumamente seculares en toscano dialecto. Daba voces en el mismo dialecto, que parecían quejas, porque no había una toalla de baño.

—Yo se la llevaré —le dije a Domenico, que marcaba lo que parecía una semicorchea para cuerda en la mesa redonda de centro. Cogí una toalla del armario del pasillo y se la llevé a Don Carlo. Estaba de pie en la pileta, quitándose una espinilla del mentón. Sus ojos relampaguearon desde el espejo cuando entré. Estaba desnudo, claro, la barriga grande, pero también grandes las bolas; brazos y hombros de picapedrero, muy peludo por todas partes. Cogió la toalla sin dar las gracias, empezó a secarse, las bolas y el vientre primero, y dijo:

—Si todo va bien, habrá cena en el Hotel de París. Pero es preciso que tomemos un pequeño refrigerio antes. Pan. Salami. Queso. Vino.

—Por supuesto, padre.

—¿Qué es tu padre? —preguntó con aspereza.

—Dentista.

—¿En Inglaterra?

—En el pueblo de Battle, en East Sussex. El nombre, que significa batalla, como sabes, conmemora el desastre de Senlac, cuando los anglosajones perdieron frente a los invasores normandos.

Se secó los hombros, exponiendo sin vergüenza alguna las bolas y lo que los romanos llamaban *dumpennente*.

—¿Y cuándo vuelves a casa?

—No tengo ninguna intención de hacerlo. Por ahora.

—Ahora los que invaden no son los normandos —dijo—. Es lo que llaman la visita intangible. ¿No has leído los periódicos?

—¿Te refieres a la gripe?

—Los anglosajones están sufriendo una de las peores invasiones. Es un país frío. Febrero es allí un mes frío. Termina una larga guerra y sigue un largo invierno. También París padece.

Yo perdí tres alumnos esta semana. Ojalá no tengas que volver a casa.

Me estremecí, como si allí, en el tibio y seguro Mónaco, aquel sacerdote desnudo estuviera conjurando la gripe.

—¿Por qué mencionaste a mi padre? —dije—. ¿Has tenido alguna visión oculta en la que él sucumbiese a la...?

—*Oculto* —gruñó él—. No utilices esa palabra conmigo.

Y me echó del baño.

—*Oculto* —grité yo a través de la puerta cerrada— sólo significa escondido. Sólo significa guardado.

Pero él cantaba ya de nuevo.

Me sentía irritado y vagamente temeroso mientras subíamos juntos por la carretera que separaba la Condamine del casino. Pero me alegraba también, malévolamente, de que Don Carlo jadease y resoplase subiendo la empinada cuesta. También el viento marino de febrero era fuerte, y tenía que sujetarse, gruñendo, el sombrero negro de paño, mientras que Domenico y yo llevábamos vistosas gorras que no nos quitaba el viento. Llevábamos ropa deportiva, aunque, por supuesto, cuello duro, mientras que Don Carlo vestía un traje de arrugada alpaca y una camisa de su hermano que le quedaba muy apretada, y una corbata cara pero ostentosa. Parecía un empresario de pompas fúnebres un poco cínico. Jadeaba ruidosamente cuando llegamos al casino, mientras que Domenico y yo, con fuelle de reserva para el crescendo, cantábamos un coro de nuestra ópera:

No lo es todo el dinero
Sólo es comida y cama,
Estar vivo, estar muerto
Es lo único que cuenta
(Eso es lo único cierto).

A Domenico le gustaba el ritmo acompasado de esta canción y lo había acentuado en la orquestación con triángulo y órgano de campana.

Pero los jadeos cesaron en cuanto Don Carlo empezó a jugar. Domenico y yo

apostamos nuestros escasos francos a la ruleta y los perdimos en seguida. Pero Don Carlo parecía extasiado con el milagro de ganar. Estábamos en la «cocina», claro, no en una de las *salles privées* para los ricos y distinguidos. Era la época de depresión de posguerra y no había mucha gente jugando. Nos habíamos enterado de que la Société des Bains de Mer se estaba salvando de la bancarrota gracias a que *sir* Basil Zaharoff había aportado miles de sus millones obtenidos con la venta de armas. Le habíamos visto con su amante española, la duquesa de Marquena y Villafranca, saliendo de un inmenso y resplandeciente automóvil delante del Hotel de París. Quería hacerse con el Principado y proclamarse monarca del mismo. Su gorda amante ansiaba llegar a ser princesa. Nunca entraba en los salones de juego: él no creía en el juego.

—*Messieurs, faites vos jeux.*

Y allí estaba Don Carlo jugando persistentemente *à cheval*, aguardando codicioso un beneficio de diecisiete veces la apuesta. Lo consiguió, por dos veces además. Las fichas se amontonaban. Luego, pasó a una antología de otros posibles puestos *en plein*, que le habrían proporcionado treinta y cinco veces su dinero, si hubiera ganado, *transversale* —creo que era 25, 26, 27— y allí ganó, once veces la apuesta. *Carré? Quatre premien?* Se encogió de hombros al ver que perdía. Sólo proporcionaba un beneficio óctuple. Volvió al caballo, apostando sobre la línea entre 19 y 22. Dios mío, le salió. Luego, puso trescientos francos al 16, *en plein*. Perdió. Murmurando entre dientes, intentó un *sixain*, poniendo la ficha en la línea que dividía 7, 8, 9 y 10, 11, 12. Salió cinco veces la apuesta. Se encogió de hombros. Volvió a aquel condenado e inasequible *en plein* —16—. Lo enfocó cautamente, con una apuesta de cincuenta francos. Perdió. «Basta, Carlo», dijo su hermano, Don Carlo frunció el ceño, gruñó, luego pareció maldecir *sotto voce*. Volvió para poner trescientos francos, el límite máximo de la «cocina», otra vez al 16. La maldición se debía a su timidez. El *croupier* hizo girar el *cylindre*.

—*Les jeux sont faits, rien ne va plus.*

Había unas diez personas alrededor de la mesa. Domenico y yo no nos atrevíamos ni a respirar, claro. Un individuo de mediana edad con sólo tres dedos en la mano izquierda y un parche negro en el ojo izquierdo, no apartaba su mirada singular de la cara de Don Carlo, como si analizara las reacciones de los jugadores ante los infiernos que ellos mismos se imponían. Una vieja bruja de pelo plateado, y labios amoratados, parecía a punto de sufrir un ataque cardíaco por culpa de Don Carlo. «Oh, Dios mío», ése fui yo. Don Carlo me miró con dureza por pronunciar el nombre de Dios en vano. Luego miró a la rueda, donde la bola se detenía justo en aquel momento. En el 16.

—Ah —dijo.

—La suerte del diablo —dije yo, infaustamente.

Pareció no haberme oído. Abrazó las fichas al pecho, luego tiró una para el *croupier* con el mismo ademán con que se balancea el hisopo en la misa mayor. El *croupier*, que jamás le había visto antes, que yo supiese, dijo:

—*Merci, mon père.*

Don Carlo esbozó una desenfadada bendición y se alejó de la mesa.

—Una retirada muy prudente —dije.

—Ahora el *trente-et-quarante* —dijo él.

—No, Carlo, no. *Basta.*

—En realidad la ruleta —dijo Don Carlo— es para niños. El *trente-et-quarante* es para hombres. Esta noche tengo la sensación de que me acompaña la suerte del diablo —y frunció el ceño burlón hacia mí.

En fin, le vimos sentarse a la mesa del *trente-et-quarante* con milaneses y genoveses de sospechoso aspecto que habían cruzado la frontera para el fin de semana. Charló con ellos en varios dialectos mientras rompían los sellos de los seis nuevos juegos de cartas. El *trente-et-quarante* es más sencillo que la ruleta, pues no trata con números concretos sino con *pair, impair, couleur e inverse*, pero las apuestas son dobles que las de la ruleta: es el juego del jugador serio. Don Carlo apostaba à *cheval* casi siempre. Parecía conocer el juego mejor que ninguno de los presentes, incluido el *chef de partie* y, colocando sus fichas de ganador en dos altos montones, pronunció una pequeña conferencia o sermón sobre las probabilidades matemáticas de las repeticiones: las hileras de cartas hasta el valor de cuarenta aparecían sólo cuatro veces, mientras que una hilera de treinta y uno aparece trece, etc. Tras rociar con propinas a los *croupiers*, se levantó suspirando muy satisfecho, como si acabara de saborear una opípara comida. Pero la opípara comida vendría después, nos la había prometido.

Antes de cambiar las fichas titubeó, mirando atrás, hacia el salón de juego, con indicios en la mirada de un ansia que aún no estaba segura de haber quedado satisfecha.

—Hay dos cosas que no he hecho —dijo—. Las *finales sept* y las *tiers du cylindre sud-est*. En ambos casos, *par cent*, creo. Creo que lo haré ahora.

—*Basta*, Carlo.

—Pero, por Dios...

—Utilizas muy despreocupadamente el santo nombre de Dios —me dijo—. *Los finales sept par cent* es cien francos sobre siete y 17 y 27. La otra, cien francos à *cheval* en los números del sector sureste de la ruleta...

—¿Dónde aprendiste todo eso? —pregunté—. ¿Forma parte de la formación teológica que se da en Italia?

—¿Has leído —preguntó él a su vez—... pero sé que no lo has leído, así que no tiene objeto preguntar... has leído los libros de Blaise Pascal?

—Conozco los *Pensées*. Hojeé las *Lettres provinciales*. No tienes ningún derecho a suponer... a suponer.

—El santo y culto Pascal fue el primero en utilizar la palabra *roulette*. Estaba muy interesado por los misterios del azar. Inventó también la máquina calculadora y el autobús público y el reloj de pulsera. El misterio de los números y del cielo

estrellado. ¿Quién eres tú para burlarte y reírte y reprender?

—Yo no me burlo ni me río... Yo sólo preguntaba...

—Sería mejor que pensases en la necesidad de un solaz inofensivo en un mundo lleno de tentaciones diabólicas. *No jugaré los finales y el tierce.*

Cambió hoscamente las fichas, como si el que se viese privado de más solaz inofensivo fuera culpa mía. Le dieron un montón de billetes grandes; se le cayeron algunos y Domenico los recogió. Luego, inició la marcha hacia la salida.

Domenico me miró y se encogió de hombros. Le seguimos.

Pese a las escaseces de posguerra, el ornamentado pero airoso restaurante del Hotel de París podía ofrecernos lo siguiente:

Saumon Fumé de Hollande
Velouté de Homard au Paprika
Tourte de Ris-de-Veau Brillat-Savarin
Selle d'Agneau de Lait Polignac
Pommes Dauphin, Petits Pois fine-Fleur
Sorbet au Clicquot
Poularde Soufflée Impériale
Salade Aida
Crêpes Flambées au Grand Marnier
Coffret de Friandises
Corbeille de Fruits, Café, Liqueurs.

Yo esperaba poco más que una variedad de versiones ornamentales de la carne de los pichones que, heridos por tiradores ineptos en el famoso tiro al pichón de Montecarlo, vagaban confiados picoteando por entre las mesas de la terraza del Café de París que quedaba enfrente, donde podía cogérselos con la misma facilidad que si fueran gatitos. Pero aquello era abundancia de Dios y así lo dije. Don Carlo, tras meditarlo dos segundos, aceptó el término. Costaba mucho, pero Don Carlo tenía dinero. Para beber, empezamos con cócteles de champán, seguimos con un buen Chablis y un excelente Chambertin, tomamos un refrescante Blanquette de Limoux con el postre y concluimos con un Armagnac bastante aceptable en copas alargadas y no panzudas. Don Carlo comió con sudorosa concentración, pero, cuando llegamos al sorbete, dedicó un rato a apreciar la encantadora decoración *belle époque*. Y le dije:

—Esta decoración de la *belle époque*, ¿te parece bonita?

Tal como esperaba, dijo:

—Hay una cierta vaguedad en esos términos. ¿Quién dice que esa época fue bella? La belleza es uno de los atributos de la divinidad. Y eso de bonita, no sé lo que se quiere decir con esa palabra.

—Atractivo. Bonito. Agradable. Visualmente seductor. Poco profundo pero sensualmente satisfactorio. Gustoso y delicado. Como la dama que está detrás de ti.

Gruñó, se volvió, comiendo del pan que aún quedaba en su panera, que había prohibido llevarse al camarero, para mirar a una alegre dama que llevaba un vestido bordado a punto de cadeneta de una gasa de seda pura, negra y muy delicada. No sintiéndose seducido visualmente, se volvió de nuevo hacia nosotros.

—Gente frívola —dijo.

—¿Los franceses? —dije, alegremente—. ¿Todos los franceses? ¿El francés que hay en mí? ¿Mi madre? ¿Y qué quieres decir con la palabra frívola?

Blandió hacia mí el trozo de pan.

—Recuerda —dijo— que el idioma es una de nuestras pruebas y aflicciones. Nos vemos forzados, por el carácter mismo del idioma, a generalizar. Si no generalizásemos, no tendríamos nada que decir, salvo cosas como —blandiéndolo aún— este pan es un trozo de pan.

—*Tautología* —dijo Domenico.

—¿Es de origen diabólico el idioma, entonces? —pregunté.

—No —dijo él, y esta vez masticó—. Lee el Génesis y verás que Dios hizo que Adán llamara a las cosas por sus nombres, y que ése fue el origen del idioma. Cuando Adán y Eva cayeron, el idioma se corrompió. Y por esa corrupción es por lo que digo que los franceses son gente frívola.

Tragó el pan que masticaba. No había más que comer en la mesa. Don Carlo pidió la cuenta. Era abultada. La mesa hormigueaba de billetes.

—Esta decoración de la *belle époque* —dije—, ¿no crees entonces que tiene cierto encanto, cierto embrujo?

Su respuesta fue inesperada. Con una voz sonora, que hizo volverse a muchos hacia nosotros, dijo:

—*Adiuro ergo te, draco nequissime, in nomine Agni immaculati...*

—*Basta, Carlo.*

Don Carlo me sonrió sin alegría, como esbozando una amenaza, acorde con las palabras del exorcismo que había pronunciado.

—Esto es excesivo —dijo—. Esto es demasiado. Me dirijo a un diablillo sólo, le llamaré un demonio de frivolidad. Pero lograremos sacarlo de ti. Te rescataremos antes de que sea demasiado tarde. Te tendremos otra vez *en casa*.

Y, por primera vez, me hormiguearon los ojos al oír esta palabra; la decoración encantadora se disolvió instantáneamente en agua coloreada.

—Ahora —dijo— preguntadme de nuevo sobre la decoración de la «bella época».

No dije nada, aunque mis labios y mi lengua formaron *¿Nosotros?* No tenía pan en la boca, pero tragué como si lo tuviera. Comprobaba que Don Carlo era formidable. Sacó de un bolsillo lateral de la chaqueta un gran reloj barato cuyo tic-tac oía desde el otro lado de la mesa.

—A las siete en punto hay misa en Sainte Dévote —dijo—. ¿Conoces al padre Rougier? —preguntó a su hermano.

—*Lo conosco.*

—Diré misa en mi mejor latín parisino —me dijo a mí.

Había olvidado que al día siguiente era domingo, pues hacía mucho que los días de la semana habían dejado de tener aromas individuales. Todos tenían un mismo gusto a la soledad y la frivolidad que yo denominaba trabajo. En fin, pasaba de las diez y hubimos de bajar caminando del Monte de Carlo al Alojamiento de Carlo para que pudiera acostarse y estar bien descansado para su misa matutina. En el vestíbulo del Hotel de París, sonrió a la estatua ecuestre de bronce de Luis XIV, y luego, sin malicia ni amenaza, me sonrió a mí. La efigie sólo llevaba allí unos doce años, pero la pata alzada del caballo había sido tocada tantas veces para que diese buena suerte, que resplandecía con un brillo dorado. Don Carlo la frotó afectuosamente. Luego, se volvió al oír una voz inglesa que le saludaba.

—El Don y el Monte. Sabía que os encontraríais los dos alguna vez. ¿Cómo estás, *caro Carlo, Carlo querido*?

—*Muy bien* —dijo Don Carlo en español y estrechó la mano de un sonriente inglés de pálido cabello y cuerpo de jugador de críquet, ataviado con uniforme de obispo anglicano, con polainas y todo. Presentó a Domenico. Y también mí.

—¿El escritor? ¿El dramaturgo? Vaya, me siento muy honrado. Vi una de sus cosas cuando estuve allá. Muy divertida.

Aquel individuo era el obispo de Gibraltar. Llevaba el cabello pálido peinado con raya a la derecha, que en aquellos tiempos se consideraba el lado de las chicas, y le caía un rizo seductoramente sobre el ojo izquierdo, muy azul. Al pensar ahora en él, le veo como una mezcla de los señores Auden e Isherwood, escritores homosexuales como yo. El obispo mostró la mayoría de sus firmes dientes marrones al estrechar varonilmente nuestras manos. La diócesis del obispo de Gibraltar se extendía hasta la Costa Azul, y uno de los primeros deberes episcopales había sido advertir a los ingleses que bajaban a tomar el sol de los peligros que entrañaba el juego para sus almas. Como pude comprobar casi de inmediato, aquellos tiempos ya habían pasado. Qué desconcertante y hasta sobrecogedora resultó para mí aquella amistad cordial entre un prelado anglicano y otro católico.

—Vi a tu hermano en la Ciudad del Viento —dijo el obispo a Don Carlo—. Estuvimos cenando. Jugamos.

—¿A los dados? —preguntó Don Carlo para mayor asombro mío.

—La variedad de Idaho.

—Qué excelente idea. ¿Tienes, ja, *i dadi*? —volvió a pasarla mano por la pata de bronce del caballo.

—¿Los dados? Cierto —contestó el obispo en español.

—Basta —Domenico estaba visiblemente cansado de la cena. Yo estaba cansado también, pero no me atrevía a protestar por miedo al exorcismo. Así que subimos todos a la *suite* episcopal, a la tercera planta y, en el gabinete, lleno de encanto *belle époque*, Su Señoría sirvió *whisky* y sacó los dados en un cubilete de cuero florentino. Don Carlo sacó su reloj barato y lo colocó en la mesa, donde tictaqueó

agresivamente.

—Ayuno desde medianoche, por supuesto —dijo el obispo—. El murmullo bendito del, como dice el poeta. Browning, ¿no? —me preguntó.

—Chicago —dije yo con un cabeceo—. ¿Por qué Chicago, si se me permite preguntarlo con descaro de escritor profesional?

—Cuestiones anglicanas —dijo el obispo, agitando los dados—. Una conferencia episcopal. No digo más. Vamos, siete, once.

Sacó un total de doce y luego nueve y luego siete y perdió. Don Carlo tiró jovialmente, murmurando una oración, consiguió once, quince a uno. Todo era entre los dos clérigos. Domenico y yo no sabíamos qué hacer. Pero, siempre el novelista inquisitivo, me quedé a beber y a escuchar. El obispo, que presidía un enclave africano al pie de una península fieramente católica, tenía una relación especial, social ya que no teológica, con ja, ja, los hijos de la Gran Ramera. Ocho, igualados. Luego: siete a uno. Señor, protege a tus pequeñuelos. Rodad daditos, aquello era una locura. Hablaban de colegas: los hombres de cuello invertido estaban todos en el mismo ramo, pese a la valla electrificada de la Reforma. El tercer hermano Campanati, Raffaele, se dedicaba a importar a Estados Unidos artículos alimenticios milaneses. Tenía problemas, había una especie de bandolerismo napolitano en Chicago, diferente al de otras ciudades norteamericanas, donde los sicilianos eran quienes controlaban el monopolio y la violencia, que ellos denominaban protección. Dados: siete a uno. El obispo dijo:

—Surgió la gran palabra, como puedes suponer.

—¿*Ecuménico*?

Gran Seis: igualados.

—Muy pronto —dijo el obispo. Yo no entendía. La palabra era nueva para mí, que había estudiado poco griego. Por alusiones fragmentarias empecé a comprender por qué se conocían Don Carlo y el obispo de Gibraltar, por qué eran, en realidad, algo así como amigos. No tenía nada que ver con la religión, pero sí con Roma. A Su Señoría le gustaban las vacaciones otoñales en Roma. Don Carlo, en Roma para una tarea de traducción de un documento muy intrincado para el propio Santo Padre (del inglés al italiano, sobre capital y trabajo, o algo así), coincidió jugando al *bridge* con Su Señoría, que, por entonces, sólo era deán. Bridge remate, por supuesto, pues aún no se había introducido el *bridge* contrato. El obispo propuso una sesión de contrato, sin embargo, para el día siguiente, una vez que hubiera predicado para los ingleses y de que Don Carlo hubiera tomado un prolongado desayuno tras su beatífico bisbiseo en Sainte Dévôte. El *bridge* contrato era la versión que estaba imponiéndose; suplantaría por completo al *bridge* remate; ¿había leído yo el artículo del *Times* del reverendo Causley DD? ¿Había jugado yo, concretamente, al *bridge* remate? Te será muy fácil entender el *bridge* contrato. No, dije, lo siento, tenía que escribir.

Cuando faltaba un minuto para la medianoche, Don Carlo se sirvió un *whisky* bien cargado. Lo terminó justo cuando sonaba la hora: todas las miradas en los relojes

sincronizados. Es como ir al combate, dijo el obispo. Ya es domingo, buena suerte.

—Es un combate, sí —dijo Don Carlo—. Todo es lucha.

Y me miró como si yo fuera un cobarde simulador que huía de la batalla. Estuve a punto de pedir excusas por mi corazón.

No mi padre sino mi madre. Leí y releí el telegrama, mientras el tren dominical se arrastraba hacia París. Don Carlo no estaba conmigo, él iba a tomar el último coche-cama. *Gravemente enferma ven inmediatamente*. No podía interpretar aquel lacónico llamamiento más que como una señal de que cuando yo llegase a Battle ella estaría muerta. Es un combate, *todo* un combate, traqueteaban las ruedas. Cené tarde en el restaurante de la Gare de Lyon, rodeado de encantadora decoración *belle époque*. Intenté tragarme el remordimiento con bolos de un pernil de cordero tibio e insípido, a pesar de la salsa de menta. Me temblaban las manos y me manché la corbata de café. La gripe asesina era una fuerza viva neutral que se ocupaba de sus propios asuntos, o también un agente del diablo de Don Carlo, o más probablemente un castigo del otro lado, por no habernos castigado nosotros lo suficiente con una guerra punitiva. No era, pues, culpa mía el que mi madre estuviera agonizando o muerta ya. La muerte no es nunca la cuestión. La cuestión es la placidez de la muerte. Mi madre se afligiría por mi apostasía, perversión que para ella pertenecía al terreno de la elección, el propio de un exilio que ella consideraría wildeiano, o, si conocía a aquel individuo espectral, douglasiano. Yo la había decepcionado. Habría un mensaje desde el lecho de muerte para mí, quizás una carta; una madre agonizante que suplicaba una promesa imposible. Tenía la esperanza, claro, de que ella hubiera muerto ya. No quería que unos ojos agónicos me mirasen horrorizados, suplicando, modulando un horror que yo debía colocar, como si dijésemos, sobre mi lecho pervertido.

Cogí un taxi para la Gare du Nord y luego el tren hasta Calais. En el compartimiento sólo iba conmigo un viejo indecentemente borracho que murmuraba incoherente sobre los pecados de los *intellectuels*. ¿Me consideraba yo un *intellectuel*? *Non, monsieur, je suis dentiste*. Dijo que los dentistas también eran una especie de intelectuales. La única esperanza estaba en la gente normal que no sabía curarse los dolores de muelas. Francia caería antes de veinte años, y sería por causa de la desertión de los *intellectuels*. Hogar, patria, lealtad; esos términos no debieran analizarse ni ponerse en entredicho. Fe irracional, eso era lo que se necesitaba. *Conspuez les intellectuels*.

El bar del vapor que cruzaba el canal estaba abierto. Bebí coñac para aliviar el rigor de los bufidos y vaivenes del canal de la Mancha en febrero. Había un hombre bebiendo cerveza que, según dijo, iba a escribir un librito sobre los animales domésticos de la gente famosa. No me dio su nombre ni le dije el mío, por temor a que no me conociera. Perros sobre todo, decía. *Boy*, del príncipe Roberto, por ejemplo, muerto en Marston Moor, cuya muerte celebraron con regocijo los cronwellianos, que le consideraban un espíritu diabólico. *Dash*, de Charles Lamb, que perteneció primero a Thomas Hood. *Math*, del rey Ricardo II, que abandonó a su amo en Flint Castle y se unió al usurpador Bolingbroke. *Flush*, el perro de aguas de la señora Browning, asustado por las grandes arañas que había bajo la cama de la sucia

habitación de su dueña.

No había medio de ir directamente de Dover a Hastings, así que tomé el tren hasta la estación Victoria. Alguien se había dejado en el compartimiento un periódico dominical, en el que había un chiste estúpido en una estúpida columna dominical de chismorreos sobre la Paz que abría la ventana y entraba volando la gripe. El número de víctimas de gripe alcanzaba cifras alarmantes. Bandas de *jazz* negro. El cerdo, base de nuestra economía, faldas cortas u la la para los clubes nocturnos. Un artículo sobre un tal Ernest Allworthy, gran jefe del movimiento obrero de Nueva Zelanda, E. A. controlaba N. Z., decía el artículo. La influencia de las *matinés* de época de guerra sobre la relación entre criadas y señoras en la posguerra. La influencia de la escasez de época de guerra en el ingenio culinario de posguerra. La influencia de Hugh Walpole sobre los novelistas más jóvenes de posguerra. *Dilo, Cecil* seguía en cartel.

El cielo negro lloraba amargamente sobre Londres. Yo había olvidado el clima inglés. Casi se me había olvidado llevar el impermeable. Llegué a Charing Cross y cogí un tren que salía al amanecer para Hastings, y que paraba en Battle. Me dormí y estuve a punto de pasarme de estación, pero la voz de un ferroviario gritó Battle entre la lluvia. Chapoteé en la oscuridad de aquel lunes, solo y empapado, camino del consultorio y casa de mi padre, mi antiguo hogar. En High Street tuve una sensación física muy extraña. Era como si en mis zapatos sólo hubiera aire, pero como si no hubiera nada en absoluto donde debería estar mi corazón. Me quedaba sin aire y no entraba aire nuevo para sustituirlo. Una rápida pluma escribió en fuego por mi brazo izquierdo abajo del hombro a la muñeca. Me tambaleé y me apoyé en el escaparate de una tienda cerrada, la del carnicero de la familia. Así que aquél era el problema cardíaco que me había mantenido al margen de la guerra. Iba a ser, podía apreciarlo a pesar de mi pánico, un útil disolvente de varios tipos de remordimientos. Mi corazón reanudó luego el vigoroso golpeteo que había interrumpido, como un tambor en una partitura orquestal, siguiendo las instrucciones de alguien. La dolorosa firma garrapateada del brazo izquierdo desapareció, como escrita con tinta simpática. Los zapatos volvieron a llenarse de carne y huesos y descubrieron de nuevo los dedos de los pies. El aire irrumpió de nuevo en los pulmones como en una lata cerrada al vacío que alguien perforase; gruñeron aliviados. Busqué tembloroso un cigarrillo, un Gold Flake del bar del barco, y lo encendí con un Swan Vesta. Aspiré aquel humo cordial, sintiendo enloquecido lo buena que había pasado a ser la vida. Tenía veintinueve años, era joven, era un escritor considerado, tenía toda la vida por delante. Seguí, pues, chapoteando gallardamente hacia la casa de mi padre.

Estaban las persianas bajadas y las cortinas corridas. Pero se veía luz por las rendijas. Había luz en el vestíbulo, en todas las habitaciones de fachada, en el consultorio. Llamé varias veces. Oyeron mi llamada, me di cuenta, pero la ignoraron de momento. Había algún asunto muy urgente que atender dentro de la casa. Ella estaba muriendo, era el momento justo de la muerte, y allí estaba yo esperando fuera, bajo la lluvia. Estaba interrumpiendo la muerte, llamando. A punto estuve de escapar

corriendo, de volver más tarde, en un momento más apropiado. Luego, pude oír los pasos de mi hermana, que pronunciaba gimiendo mi nombre. La puerta se abrió bruscamente y mi hermana se lanzó llorando a mis brazos mojados:

—Ken, oh Ken, fue ahora mismo, ella oyó la llamada y supo que eras tú; intentó vivir un minuto, pero no pudo. Oh, fue terrible.

—¿Fue justo ahora?

—Pobre, pobre madre, cuánto sufrió, Ken, fue terrible.

Así que todo había terminado. No, yo no quería verla, ella no estaba ya allí, era sólo un cuerpo. Oh Ken, Ken. Mi padre bajó la escalera abatido, los ojos secos, sólo me saludó con una amarga mirada, como a un hijo malo. Y allí estaba mi hermano Tom, licenciado, aún con el pelo corto, con un traje demasiado grande para él. Su dolor se expresó en un ataque de tos. Le abracé y le di al mismo tiempo unas palmaditas en la espalda. Estaban todos con ropa de diario arrugada. Habían estado levantados toda la noche. Ella había sufrido mucho. Le habían dado la Extremaunción a las siete de la tarde y había parecido (e incluso para restaurar la salud si Dios lo juzga conveniente) recobrar un poco. Pero luego, la caída final. Brown, el médico, había hecho todo lo posible. Se morían como moscas de gripe por toda Inglaterra. Había una tal señora Levenson a la vuelta de la esquina que hacía trabajos de limpieza. Tenía mucho trabajo aquella temporada. Era demasiado temprano para llamarla. Era demasiado temprano para todo, salvo para hacer un puchero de té. Nos sentamos todos en la mesa de la cocina, a tomarlo, Hortense y Tom y yo fumando mis Gold Flakes del barco. Tom tosía. Con la llegada de la lluviosa amanecida íbamos adaptándonos ya todos a un futuro sin madre o sin esposa. O eso creía yo. Había algo que debía preguntar.

—No, no escribió ninguna carta —dijo mi padre con aspereza—. Fue demasiado repentino, no pudo pensar en escribir cartas. Pero dejó muy claro lo que yo tengo que decirte.

—Mira, no podría, ni siquiera por ella. El alma de una persona. Es suya... no podría fingir y mentir, ni siquiera por ella.

—El alma de una persona. No es sólo el alma, ¿verdad?

—¿Qué quieres decir?

—No, ahora no. No con los niños delante. Y ella ahí arriba.

—Ella no está allá arriba —dijo Tom—. Ella está en el Purgatorio, o donde sea. Ya hemos sufrido bastante, no quieras hacernos sufrir más. Dios mío, ¿es que hay algo más que sufrimiento en este mundo?

—¿También tú? —pregunté.

—También él —dijo mi padre—. Al menos en lo que a eso se refiere. Creo que es la guerra, creo que pasará. Esperábamos la paz y mira lo que tenemos. Pero todo se resolverá.

Hortense se acercó al aparador a por pastas:

—Se odia mucho a Dios ahora —dijo, delgada, linda, el vestido verde claro hasta

los tobillos elegante, aunque arrugado, el cuello abarquillado distinguido, una mujer ya.

—No puedo creer que Dios sea tan estúpido como para dejarse sorprender. Pero mamá no odiaba, oh no.

Sollozó agresivamente y luego se metió media pasta Garibaldi en la boca.

—No hay que caer en la incredulidad —dijo Tom—. Tiene que haber un Dios, la razón lo exige. Es sólo odio. Pero lo superaremos. Como dice *él*.

El *él* tenía un tono hostil, claramente impropio de un hijo. Luego añadió:

—Niños, dice, sí. Un niño convertido en una especie de técnico en gas venenoso. La niña seducida por su profesor de arte.

—No, no —dijo Hortense—. Lo intentó, nada más. Es lo que ellos llaman una ironía —dijo, dirigiéndose a mí—. A mamá no le gustaban las monjas alemanas, así que me hizo ir al colegio francés de Bexhill. Pero eso ya ha terminado.

—En fin —dijo Tom—, los niños saben todo lo tuyo, Ken. Y no estamos asustados. Pertenece a la nueva generación que no se asusta de nada.

—Lo toleráis —dijo mi padre—. Sois una generación antinatural.

—Vuestra maldita generación *natural* fue la que empezó la guerra —dijo Tom.

—No te consiento que hables así, Tom.

—Oh, por amor de Dios —dije yo—. Éste no es modo de comportarse.

—Creo que debemos descansar un poco todos —dijo mi padre—. Creo que voy a echarme una hora o así.

—Oh, vamos, papá —dijo Hortense—, ¿por qué no le explicas a Ken lo de la señora Scott?

—Lydia Scott —dijo mi padre— ha sido una buena amiga.

—La señora Scott —dijo Hortense— va a ser la segunda señora Toomey.

—Yo nunca he dicho eso —dijo débilmente mi padre.

—¿Es una paciente? —pregunté; no esperé respuesta—. ¿Es verdad eso? Mamá aún está por enterrar y... No, nada de tópicos. Entiendo. Es algo que viene de atrás, ¿no?

—Un hombre necesita ciertas cosas —dijo Tom, y me di cuenta de que citaba a mi padre. Éste le miró furioso.

—La intimidación de un consultorio dental —dijo Hortense—. Ciertos problemitas con una muela del juicio incrustada.

—Cómo os atrevéis —mi padre temblaba—. No estoy dispuesto a que, se trata de...

—¿Una viuda? —pregunté.

—Una viuda de guerra —dijo Hortense, rodeando con ambas manos la taza de té—. Al gallardo comandante Scott le tocó la china pronto. En el Marne o en el Somme o en algún sitio así.

—No estoy dispuesto...

—Pero ¿por qué no, por qué no? —dije—. Hay hombres que necesitan casarse.

—Hay ciertas normas de decencia —dijo Tom con severidad.

—Oh, vamos, por amor de Dios, Tom —dije—. La vida tiene que seguir, que reanudarse, como quieras decir.

—Cualquiera sabe qué es la vida.

—Voy a echarme en la habitación libre —dijo mi padre.

Se levantó pesadamente, y corrigió, para mí:

—Tu habitación. La que *era*, tu habitación.

—Comprendo —dije—. Así que éste es el final de la familia.

—No he dicho eso —con irritación—. Hortense, será mejor que vayas a buscar a la señora Levenson. Tom, telefona a Brown. Hay que hacer el certificado de, de...

—Defunción, defunción, defunción —dijo Tom, con un tono que evocaba las campanas de Westminster.

—No tenéis corazón —dijo mi padre.

—Oh, claro, no tenemos corazón —gritó Hortense y prorrumpió en un llanto ruidoso.

Mi padre hizo un amago de abrazarla con brazos consoladores, pero luego movió la cabeza y salió de la cocina.

—Lo siento —dijo Hortense, enjugándose las lágrimas con una servilletita de té.

—Bueno —dije—. El no tendrá problema, ¿verdad?

—Un hombre necesita ciertas cosas —repitió Tom con amargura—. Eso fue lo que dijo cuando les cogí en plena función.

—¿Les *cogiste*?

—Bueno, les cogí besándose. Estoy seguro de que mamá estaba enterada de todo. No se encontraba bien, sabes. No fue sólo esta maldita epidemia.

—La sexualidad —dije— puede ser una molestia fastidiosa. Bien lo sé yo. Y seguiré sabiéndolo. ¿Y ahora qué?

—Yo no me quedo —dijo Hortense—. No quiero una madrastra. Conseguiré trabajo donde sea.

—Aún no eres mayor de edad —dije—. ¿Y qué clase de trabajo puedes hacer tú?

—Puedo hacer uno de esos cursos de seis meses de Pitman's y escribir a máquina. Oye —dijo luego—. ¿Necesitas una secretaria?

—Creo —dije— que lo mejor es que os vengáis los dos conmigo. Que salgáis de este ambiente. Para poder pensar las cosas con calma.

—Yo ya lo tengo todo pensado —dijo Tom—. Mi problema está resuelto. Ha sido algo casual, en cierto modo. Bueno, todo fue gracias a tu nombre. ¿Algún parentesco con el dramaturgo? Sí, dije yo. Veamos lo que puede hacer, me dijeron. Y me planté allí y solté todo lo que se me vino a la cabeza. Sobre Enrique VIII y sus esposas. Les pareció divertido.

—Pero ¿de qué me hablas?

—El programa se llama *Roba A Mansalva Camarada*. O *Corre Albert, que viene la matrona*. Uno puede ser una especie de continuación del otro. O pueden hacerse

los dos al mismo tiempo, con dos compañías distintas.

—Es lo que llaman la RAMC —dijo Hortense—. La Royal Army Medical...

—Mira, yo quizás haya sido un civil que ha escurrido el bulto...

—Como los Roosters —dijo Tom—. Y ese grupo australiano que se llama Les Girls. Saben que habrá muchos civiles que han escurrido el bulto que acudirán en masa a una fiesta musical del Ejército. Y también los antiguos soldados. Si la cosa tiene un nivel profesional, claro. El nivel ha de ser lo más alto posible. El hombre que tenemos, Jack Blades, que fue oficial de intendencia, estuvo metido en esas cosas antes de la guerra. Empezamos la gira el 21 de marzo. Tenemos muchos contratos en la costa para el verano.

—¿Y tú no haces más que salir allí y hablar?

—Bueno, hay piezas cortas. Coros. Y yo hago lo que se llama comedia ligera.

Sí, eso era. Le miré, delgado, rubio, frágil, la voz alegre y bien templada. Mi hermano Tom, el cómico ligero.

—¿Tom Toomey o Tommy Toomey, qué opinas? —preguntó.

—Oh, lo segundo, sin duda.

—Es lo que dicen todos.

—Bueno —dije, repartiendo otra ronda de Gold Flake—. ¿Quién iba a decirlo? Dos de nosotros en el teatro. Mamá deseaba algo más ilustre a la manera francesa. Yo siempre tuve la impresión de que no consideraba una verdadera vocación lo de sacar muelas. Quería que tú estudiaras medicina y yo derecho. Y ahora mira.

—El matrimonio —dijo Hortense—. Ésa es la idea francesa. Sabes que hay incluso una dote depositada en el Distric Bank, en High Street. Mamá nunca fue capaz de quitarse eso de la cabeza, lo de que tenía que haber dote. *Mademoiselle* Chaton decía que estamos en los tiempos del amor libre.

—¿En ese colegio de Bexhill?

—Pobre mamá. Ella creía que tenía que ser un colegio perfecto porque era francés. Y resulta que allí te decían que no había Dios y que todos teníamos que ser libres. ¿Has leído algo de D. H. Lawrence?

—El amor libre —dije con aire de autoridad— es imposible por imperativos biológicos. Me refiero, claro, al amor heterosexual.

—Y ahora —dijo Tom— explícanos lo que es el amor homosexual.

—¿Fue una sorpresa terrible?

—Por supuesto que lo fue. Y fue una sorpresa terrible también saber que aquí nuestra inocente hermana lo sabía ya y no estaba demasiado conmovida por ello.

Se oyó un gruñido arriba.

—Oh Dios mío —casi me cayó de los dedos el Gold Flake—. Ella está...

Y entonces recordé que quien estaba allí arriba era nuestro padre, que empezaba a desaparecer de nuestras vidas. Hortense dijo:

—Será mejor que vaya a buscar a la señora Levenson.

Ya dije antes que Tom fumó tres cigarrillos en toda su carrera. El primero en los

urinarios del colegio a los catorce años. Los otros dos fueron de mi paquete de Gold Flake del bar del barco, el día que murió nuestra madre y se deshizo la familia.

Hortense volvió conmigo a Mónaco. Hasta que el tren se acercaba ya a Niza y ella empezó a resplandecer de emoción ante su primera visión de la Costa Azul no empecé yo a preguntarme si sería adecuado instalarla en un apartamento donde un romántico artista italiano preparaba a veces desnudo nuestro café matutino y meaba de vez en cuando sin cerrar la puerta del retrete. Yo me había hecho a la idea de que vendrían juntos de visita Tom y Hortense y que habría dos hermanos protegiéndola de la posible lascivia meridional, no necesariamente la de Domenico. Además, Domenico estaba siempre a punto de irse a Milán a ver a Merlini por el asunto de la ópera *I poveri ricchi*. La partitura vocal estaba terminada y la había copiado un copista profesional de Cannes llamado Pécriaux con el texto en inglés y en toscano, en bella caligrafía de imprenta bajo las líneas vocales, con las ligaduras alternativas y las notas adicionales que exigía la edición bilingüe hechas a pluma con trazos finos y delicados. No había necesidad alguna de que él viviese en mi apartamento, a cuyo mantenimiento contribuía muy poco, para terminar la orquestación. Tendría que irse a Milán, decía continuamente, en uno o dos días. Pero aplazaba el viaje, quizá porque, como la mayoría de los artistas, temiese entregar su obra de arte a la frialdad de un simple empresario, y porque temiese también la posible confirmación de sus propias dudas respecto al valor de su obra, e incluso a su viabilidad, cuando quedase huérfana y desnuda frente al escrutinio de funcionarios desconocidos e inquisitivos. Estábamos los dos inquietos y recelosos, como madres en diferentes etapas del embarazo, nuestros hijos artísticos aún no preparados para afrontar la luz y el aire exterior. Él se distraía una vez por semana, dos en ocasiones, en un casino de Ventimiglia; pero cuando el tren entró en la estación de Montecarlo, pude prever con toda lucidez su reacción ante la presencia allí de una encantadora muchacha anglofrancesa de vacaciones, deseosa de diversión también.

Mis previsiones eran acertadas. Los grandes ojos enternecidos de admiración, prestos a humedecerse en cuanto supo de muestras malas nuevas (ha muerto, tu madre muerta, *O Dio mio*, para un italiano el enterarse de la muerte de la madre de otro significa una imagen terriblemente gráfica de la muerte de la suya propia. Dios no quiera que llegue ese día fatal) y luego las manos acariciando las sábanas sacadas del armario del pasillo para hacer la cama de la recién llegada, esta noche cenamos en el Vesubio, yo convidado, ha llegado el cheque de mi madre (*madre, madre, O Dio mio*), luego lasaña y filete a la pimienta, cassata Bardolino y grappa.

—Tu hermano —dijo, los ojos resplandecientes a la luz de las velas— es también hermano mío.

—Eso es maravilloso —dijo Hortense sonriente, encendida por el vino desde la frente estrecha y encantadora al vértice del escote en V del vestido—. Lo que la hermana Gertrude llama *Kunstsbruder*. Hermano de arte, sí. Trabajáis los dos juntos en vuestro arte.

Era sólo una muchacha, pero manifestaba ese desdén vivaz y afectuoso que suelen mostrar las mujeres, que dan a luz hijos reales, hacia los hombres que se ufanan de sus hijos sustitutos, libros lisiados y sonatas cojas.

—Mis hermanos auténticos —dijo Domenico— se ríen de mi música.

—¿Hay italianos que se ríen de la música? Caramba, yo pensaba que los italianos era el pueblo del mundo que más amaba la música.

—Casi todos los italianos —dijo Domenico— son insensibles a la música.

—Insensibles.

—Qué dije.

—Insensibles a la música, dijiste.

—Eso es sí, insensibles. Son incapaces de escuchar música si no es estridente y escandalosa. Sólo saben saborearla si es muy sexual.

En 1919 aquella palabra era atrevida, en un hombre que se dirigía a una chica a la que hacía sólo tres horas que conocía.

—Me refiero a los dúos de amor. *La Bohème*. *Butterfly* —añadió; y soltó, lastimosamente, unos compases de Pinkerton del final del Acto Primero.

—Los compositores no saben cantar —dijo ella—. Al parecer también son insensibles a la música. La hermana Agnes hacía una imitación de Beethoven cantando *Küsse gab sie uns und Reben, einen Freund geprüft im Tod*.

Pero ella lo cantó con mucha dulzura antes de hacer una versión áspera y monótona frunciendo el ceño y arrugando la boca.

—¡Tendrías que oír a Carlo cantar misa! —dijo Domenico—. Parece un perro.

Y miró a Hortense con una devoción canina, estratagema famosa que ella era demasiado joven para conocer, salvo que aquel profesor de arte... Tengo que preguntarle lo del profesor de arte.

—¿Sabes bailar? —preguntó Hortense.

—Bueno, conozco todos los últimos bailes —dijo Domenico con fingida presunción—. El *bunny hug* y el *turkey-trof* y el *castle walk*.

—Todo el mundo los baila —gorjeó Hortense con la misma dulzura que si se tratase de la *Oda a la alegría*.

—Todo el mundo, todo el mundo —gorjeó también Domenico—. *Addition, s'il vous plaît* —sacando un manajo de francos con el automatismo cansino del que paga siempre la cuenta, lo que no era cierto.

Había baile en el Lousiane, no lejos del casino.

—Ah, el famoso casino —dijo Hortense, cuando salíamos del taxi.

—Esa palabra —dijo Domenico, con un atisbo de sonrisilla— resultó un poco impropia en Italia. Un *casino* es una casita, comprendes.

—Una casita en Ventimiglia, por ejemplo —dije yo brutal, avisando quizá prematuramente, aunque la advertencia era por sí sola una especie de estímulo. Domenico reflejó también una advertencia por su cuenta como respuesta, aunque con burlona crudeza, al sentirse estimulado.

—Quieres decir un *bordel* —dijo Hortense con su voz clara de muchacha inocente; y, contemplando el despliegue rococó de la fachada, añadió—: Comprendo. Así que es eso en realidad. Leí, creo que fue en el *Illustrated London News*, sobre Mata-Hari y la otra, La Bella no recuerdo qué, cubierta de joyas y nada más. Así que el juego es sólo una cosa más, sólo parte del asunto.

—Un pretexto —dije yo—. No, no es verdad. Hay una diferencia entre el uso francés y el italiano.

—Mi santo hermano ha tenido mucha suerte ahí dentro —dijo Domenico—. El *casino* de tipo francés les está permitido a los eclesiásticos.

No me gustaba aquel tipo de conversación. Tenía que conseguir meter lo antes posible a Domenico en aquel maldito tren de Milán. Lo cual no complacería a Hortense, liberada de la fría Inglaterra para caer en aquella sonrisa de dientes meridionales, meridionalmente cortejada por un músico italiano de buen ver y de buena familia que tenía un hermano sacerdote, lo que significaba que no iría demasiado lejos; su propio hermano aguafiestas pretendiéndose lúgubre protector de su honra, siendo él en realidad homosexual, qué derecho tenía, etc. Bajamos al salón de baile del Louisiane.

—Fantástico —dijo Hortense—, un negro auténtico para que todo resulte auténtico.

Pero el negro de la orquestina era, por sus rasgos, sólo auténticamente senegalés; tocaba la corneta como un corneta del ejército colonial. Los que tocaban el saxo, el piano, el banjo y la batería, eran blancos. Tocaban con partitura, un ragtime comercial o diluido y sin nada auténtico ya. El del banjo cantaba, en norteamericano afrancesado, una vieja canción de W. C. Handy titulada *Los blues de San Luis*:

Me gusta esa chica, como le gusta al colegial su pastel,
Como al coronel de Kentucky la menta y el *whisky*
Y hasta el día que me muera la querré.

—Bailemos —dijo Hortense a Domenico, y yo quedé encargado de pedir tres cervezas. La decoración del local era en blanco y negro, como si el artista hubiese estudiado las ilustraciones del *Blast* de 1915 de Wyndham Lewis; el motivo parecía ser de estilizados rascacielos de Manhattan a punto de desplomarse. La Era Moderna, la Era del Jazz, en ella estábamos ya. Había un norteamericano escandaloso con dos chicas nativas, un tipo rollizo que se proclamaba a gritos de Cincinnati, Ohio, redondo en los bordes y ancho en el medio, probable resto de las Fuerzas Expedicionarias de su país, metido en algún chanchullo tal vez relacionado con víveres del Ejército, gastando a manos llenas. Gritó a la orquesta que tocasen *The Darktown Strutter's Ball* y lo hicieron. Rompió a cantar las primeras estrofas. Luego decidió meterse con Domenico y Hortense, pero Domenico no estaba dispuesto a consentirlo. Hortense dijo:

—Siéntese como un buen muchacho.

—Eso —dijo el hombre de Cincinnati—, buena chica.

—Bueno —dije—, ya está bien.

Estaba tres mesas más allá y fingió no haber entendido bien mis palabras. Remedó a un viejo sordo y, colocándose la mano rolliza a modo de pantalla en la oreja, dijo:

—¿Hizo usted algún comentario, amigo mío?

—Le pedí que nos dejase en paz.

—Eso me pareció que había dicho —dijo, y avanzó tambaleante hacia mí.

—Orina de puerco —dijo refiriéndose a las tres cervezas que había en la mesa, haciendo ademán de disponerse a tirarlas al suelo; luego dijo— *Garsong, whisky*, rápido, para este desagüe general.

El camarero no le hizo caso.

—Franchute —dijo dirigiéndose a mí, derribando una silla y sentándose en otra—. Derramas buena sangre roja por esos cabrones, echas a los alemanes de la cochina Franchutelândia y ¿cómo coño te lo pagan?

—Cuidado con lo que dice —dije—. Mi hermana no está acostumbrada a ese lenguaje.

—¿Hermana? ¿Tienes una hermana?

Se volvió en redondo para mirar a Hortense y luego se volvió hacia mí, logrando con cierta dificultad un beso de dedos unidos *maître d'hotel spécialité de la maison*.

—Claro que sí —dijo—. Y tiene un buen traserito, sí, y cómo lo menea, aaaaaoooo.

Lanzó un aullido de perro y prosiguió:

—¿Ingleses? Vosotros los ingleses os pasasteis mucho tiempo haciendo correr a los alemanes, sí, lo diré, diré la palabra, aaaaao, *garsong, whisky*, rápido.

Hizo una especie de molinete, con lo que tiró al suelo un vaso lleno de cerveza. Fue entonces cuando Domenico dejó a Hortense en la pista y se acercó sonriendo con su linda boca italiana. Y entonces mostró algo que yo no había sospechado en él, aunque sabía que era un aspecto del proteccionismo de banda italiano, es decir, una violencia limpia y profesional, musical, como si dijéramos. Quiero decir que, con un ritmo rápido, claro y económico, le hizo tres tajos al hombre de Ohio con el anillo de la mano derecha en la cara carnosa, en un solo compás de ritmo de mazurca un poco lento. Esto sorprendió al cincinnatiano (cuya ciudad debía su nombre a Lucius Quintus Cincinnatus, general romano de grandes y sencillas virtudes), que miró a Domenico boquiabierto, con una hache de rojo desbordante en las mejillas y en el labio de arriba.

—Ahora vámonos —dijo Domenico.

Y el calvo y bigotudo encargado vino, atribulado, a ver qué pasaba: *Ce monsieur américain va payer*. Luego, estábamos ya fuera y los ojos de Hortense resplandecían de satisfacción y de admiración por Domenico. Aquello era mejor que la aburrida y

fría Inglaterra, y sólo llevaba allí un poco más de medio día. Quería ir a bailar a otro sitio, donde quizás hubiera otros americanos groseros a quienes Domenico parase los pies, pero yo dije que no, que a casa. Luego, a la entrada de un bar llamado el Palac (que podía haber sido una palabra inglesa extrañamente apocopada o también Pulgar en servocroata) se me concedió mi oportunidad de poner coto a la brutalidad. Un individuo joven y rubio estaba devolviendo en la acera y dos policías monegascos le conminaban a que dejase de vomitar en público, diciéndole que si no tendrían que llevárselo a la cárcel, vomitase o no. El joven dijo, muy inglés:

—Ya he dicho que lo siento, maldita sea, demonios, estas cosas no pueden pararse así por las buenas, fue algo que comí, pescado o algo así, ay Dios mío, ya vuelve otra vez —y vomitó de nuevo.

Uno de los guardias le pegaba en el hombro mientras lo hacía y el otro se reía. Acudí de inmediato con mi buen francés materno, avergonzándoles. Cómo se atrevían, no sabían de quién se trataba, era amigo personal de Su Alteza Serenísima, etc.

—¿Dónde vives? —pregunté al joven.

—En un pueblo de Berkshire, quizá no lo conozca. En cuanto adónde estoy, aquí, quiero decir, me hospedo en ese hotel de allá arriba del cerro, el Inmoral, Balmoral quiero decir, un chistecillo; en realidad es un lugar muy moral. Oh, Dios mío, ya vuelve otra vez.

En fin, le sostuve la cabeza. Los policías hacían gestos indicando que ahora yo quedaba a cargo del problema, que le sacara de la calle, que mirara toda la basura con que estaba ensuciando el terreno de juego de los ricos, repugnante (hicieron una especie de pantomima de levantar una falda larga), eso no hace ningún bien al lugar; luego me saludaron y se fueron.

Siento muchísimo todo esto —dijo el joven—. Me llamo Curry —añadió, alzando la mano para estrechar la mía mientras, quizá por estímulo de su propio nombre, volvieron las náuseas, y luego, plaf, lo echó.

—Oye —dijo Hortense—, mientras haces de buen samaritano, ¿no podemos ir Domenico y yo a bailar a otro sitio y esperarte allí?

—Nos veremos en el bar del Hotel de París —dije.

No os mandaré a casa ahora, oh no, querida mía, no puedo dejar juntos y solos a esos dos y decirles que se vayan a casa. Oh no. En fin, el caso es que se fueron, cogidos del brazo. Una linda pareja, casi de la misma estatura.

—¿Mejor? —le dije al joven Curry—. ¿En condiciones de intentar subir la cuesta? Haz unas cuantas inspiraciones profundas, vamos, respira hondo.

—La verdad es que estás portándote asombrosamente bien. Fue aquel maldito pescado que comí, *loup* o algo parecido, que significa lobo, comerse un lobo, oh Dios mío.

Pero no parecía tener mucho más que arrojar. Se irguió y olisqueó el aire fresco del mar.

—Creo que ya me siento mejor. Pero el *loup* aún está ahí, volando por el ozono, lo huelo, un maldito hombre lobo, ¿cómo se dice en francés hombre lobo?

—*Loup garou*. Oye, esos policías siguen mirando. ¿Puedes caminar más o menos erguido?

Le cogí por el codo izquierdo y temblé. La primera carne masculina, o hueso, en realidad, que tocaba desde, oh Dios mío...

—Conmigo no le echas la culpa al *loup* porque no me lo creo —dije—. Has tomado algo más que *loup* esta noche.

—*Lou garouuu*. Me gusta, sí. Muy bien, giro a la derecha, rápido.

Y allá nos fuimos. De repente, dijo:

—Me llamo, no, mejor no decirlo, es un nombre condenado y desdichado a veces, no puedo soportar esa sustancia, esa basura india.

—La conozco. Se relaciona con comida.

—Ah, lo sabes, ¿sí? Interesante. Pero yo no sé cómo te llamas tú.

Era delicadamente guapo, muy rubio, delgado, flexible, elegante con su traje gris de sarga sin rastro de vómito, un vomitador limpio, no, como, por ejemplo, un glasgowés en Noche Vieja.

—Debería saberlo realmente —añadió. Se lo dije—. Vaya me gusta. Sugiere lúgubre, fúnebre. Se relaciona con tumbas ¿no? Tomby. Cementerio, sepultura, oh, Dios mío. —Tuvo una arcada pero no vomitó nada.

—Haz inspiraciones profundas. Mira, ya llegamos.

El pequeño vestíbulo de recepción estaba vacío. Se derrumbó agotado, exhausto, suave, flexible, comestible, sobre un blando diván. Me senté, más estirado, y dije:

—¿Estás solo aquí?

—Soy huérfano —dijo él—. Sólo tengo tías y cosas que no importan un rábano chino. Acabo de pasar los veintiuno, así que no tengo ningún problema respecto a la administración de las cosas.

Se llevó la mano a la punta de la nariz e hizo gestos de burla a alguien invisible.

—Yo también soy medio huérfano —dije—. Hace muy poco que enterré a mi madre. La gripe, sabes.

—La mía —dijo él muy ufano— desapareció en el segundo mes de guerra. Estaba en la VAD, era matrona. Cayó una bomba en el hospital de la base cerca de Mauberge. El viejo tuvo más suerte. Una suerte asombrosa hasta Amiens, hace menos de un año. *Sir James*. Eso me convierte en su humilde y sincero *sir Richard*.

Y se infló y luego volvió a desinflarse en inerte y agotada delgadez.

—Vaya, eres *baronet*.

—*Sir Dick, Bart*. Hay que añadirle un apodo. Puf, tengo la boca horrible. Como la jaula sucia de un papagayo. Debería tomar un poco de Perrier o de Evian, o algo. *Eau minerale* —dijo dirigiéndose al hombre solitario de la mesa, que escribía—. ¿Tienen algo de eso?

El individuo se encogió de hombros, señaló el reloj del vestíbulo, extendió un

brazo hacia un bar cerrado, armarios cerrados, y siguió escribiendo.

—Bueno, podemos subir a echar un trago —dijo *sir* Richard Curry Bart— en mi lúgubre y fúnebre habitación.

El ver a aquel hombre escribiendo y recordar mi nombre le hizo volverse con un leve vigor hacia mí y decir:

—Oye, dijiste Toomey. ¿Eres el Toomey que escribe cosas? ¿*Ese* Toomey?

—He escrito cosas, sí. Kenneth M. Toomey, dramaturgo, novelista, ese tipo de cosas, sí.

—Vaya, eres *ese* Toomey y no eres un intelectual estirado, eres el buen samaritano y todo eso, en fin, fuiste muy amable, no lo olvidaré.

—¿Vas a estar aquí mucho tiempo?

—Pensaba ir a Barcelona. Oye, leí una de tus cosas, en la que se hablaba mucho de cascadas de cabellos y grandes pechos y sus labios unidos en un, puaf, aún me repite ese maldito *luu garuu*.

—A mí también me produce el mismo efecto —dije—. Es lo que el público quiere. A algunos la ley no nos permite ser sinceros, no sé si sabes a qué me refiero.

Lo sabía perfectamente. Sus ojos verde claro, aunque algo enrojecidos, me valoraron tras un rubio mechón caído.

—Eso que no osa decir su nombre, no sé si sabes a lo que me refiero —oh, sí, lo sabía muy bien.

—¿Vives aquí? —dijo—. ¿Una villa a la orilla del mar y chófer y aperitivos en la terraza?

—Nada de eso. Ni mucho menos, aún no. Oye, ¿por qué no te acuestas y duermes y mañana nos vemos y charlamos un rato, si te apetece? Podemos comer juntos, si quieres. ¿Te dan bien de comer aquí?

—Es un poco lúgubre, el comedor está abajo. Pero es tranquilo. Podemos vernos hacia la una, si quieres. Y charlar un poco. Pero nada de *luu garuu*. ¿Cómo te llamo aparte de señor Toomey?

—Bueno, Ken servirá perfectamente. Todos me llaman Ken.

—Cuando un nuevo planeta irrumpe en su, vale, Ken está bien, Ken. Tengo una botellita de, arriba, no es buena idea, no, ya veo. Bedfordshire, señor, como solía decir mi viejo. Mi casa está en Berkshire, es una casa grande, muy grande, lúgubre, fúnebre, como una tumba, y no hace más que salir eso, verdad. Tomby, sí, no cabe duda. Mañana, pues.

Y se levantó. Nos dimos la mano, yo apretando la suya cálidamente, una mano entregada, inerte, sin huesos. Recordé entonces que Hortense y Domenico estaban esperándome en el bar del Hotel de París, y que él, experto en seducciones, estaría emborrachándola. Así que no acompañé a *sir* Dick hasta el ascensor.

Hortense tomaba *crème de menthe frappée* y reía demasiado. Domenico le estaba contando alguna historia que la hacía reír. Que yo supiera, Domenico no conocía ninguna historia divertida. Dejaron de mirarse cuando subí hasta donde estaban, allí

juntos en el asiento tapizado de terciopelo rojo, y me sonrieron con lo que yo habría calificado en aquellos tiempos de menosprecio afectuoso. O, si lo deseáis, el menosprecio de la heterosexualidad conspiratoria, dos jóvenes que se consideraban mutuamente atractivos... No, un momento, *ese jóvenes* es vago y peligroso: Hortense era una niña, Domenico un hombre no comprometido, en consecuencia y por definición, un Don Juan además latino, además no de mi tendencia... y se veían estimulados a la audacia por el conocimiento compartido de mi aberración sexual, un chiste sucio ambulante que se les imponía, no hay nada como un chiste sucio para estimular la intimidad. Y, por supuesto, yo me daba cuenta de lo que estaba haciendo y de por qué mi posición era desesperada: proponiendo una aventura en un dormitorio de hotel y restando así tiempo de guardia para proteger a Hortense de la posible impertinencia de Domenico, probable realmente, segura realmente.

—Haciendo de buen samaritano —dijo Hortense, groseramente.

Luego, hipó como un personaje de una revista cómica francesa: *hip*. Domenico aprovechó encantado la ocasión para darle palmadas en la espalda. Ella separó la espalda del asiento para facilitarle la tarea.

—No estás acostumbrada, Hortense —dije, amablemente—. Vámonos... —no podía decir *a casa*.

—Tú. El buen *hip* samaritano, *hip*. No hay nada como el baile. Hay que seguir bailando. Volvamos a *hip* a aquel sitio.

—Tú te vas a la cama, querida. Y yo también. Ha sido un día largo para los dos.

—El baile de las sábanas blancas, sí, *hip*. ¿Qué *hacen* los hombres juntos?

—Bueno, ya está bien, Hortense. Bébetelo que te queda y vámonos.

Y luego, como seguía hipando e hipando:

—Nueve tragos y contén la respiración.

Domenico contó muy serio nueve negras en italiano. «*Brava*», dijo cuando ella inspiró de nuevo, jadeante. Hinchía los pulmones más o menos al mismo ritmo que lo había hecho *sir* Richard Curry Bart.

—Bueno. Ya está. *Hip*. Maldita sea.

Pero se levantó para irse y también Domenico me obedeció con docilidad burlona, convirtiéndose en pariente y contemporáneo de Hortense, sumiso al ceñudo hermano mayor, lo cual aportaba al asunto cierto elemento incestuoso.

—*Hip*. Mierda puñetera.

—Hortense, corrección.

Bajamos, pues, la cuesta caminando, mientras las luces del mar parpadeaban a nuestra izquierda. *Hip*. Con la subida de tres pisos se recuperó. Mi dormitorio quedaba entre el de ella y el de Domenico, y estuve un rato despierto, atento a pisadas furtivas y posibles susurros. Pero sólo oí los leves ronquidos de Domenico y a Hortense gritar «*Maman*» en sueños una vez y luego sollozar.

Mis trasnochados temores inlocoparentales por la honra de Hortense eran, diréis desde ese futuro que es vuestro ilustrado presente, absurdas obsesiones hipócritas. Eran también, si debía considerarse a Domenico único candidato a la destrucción de aquella honra, patentemente, al menos de momento, creía yo, innecesarios, por la llegada de una carta de Merlini, de Milán. Una carta que le llevé con el café a la mañana siguiente, en que madrugué para reanudar mi vigilancia moral. Estúpido, considerando que me proponía abandonar la guardia en la ropa de paisano de mi propia lujuria en el período más peligroso del día. Sin embargo, Merlini quería urgentemente la partitura vocal por lo menos de *I poveri ricchi*. Se proyectaba inaugurar la temporada de otoño en el Teatro alla Scala con las dos primeras óperas pequeñas del *Trittico* de Puccini. Se había considerado muy en serio la posibilidad de incluir como pieza básica *Die Puppenfee* de Bayer, que se había representado por última vez el 9 de febrero de 1893 después de la *prima rappresentazione* del *Falstaff* de Verdi; pero un examen de la partitura había confirmado la leyenda de su mediocridad. Así, aunque no había ninguna promesa firme, allí podría estar la gran oportunidad de Domenico. La carta le hizo bailar un fandango por el apartamento con el pecho desnudo, y besar a Hortense en un arrebató de entusiasmo, y también, aunque con menos convicción, a mí. Recordó en determinado momento que yo era libretista en parte y se lanzó a una lacrimosa pantomima sobre lo que la embatada e inocente Hortense llamaba *Kuntsbruderschaft*. Pero pronto volvió a hacer el triunfo sólo suyo.

Hortense y yo fuimos con él a la estación justo antes del mediodía. Domenico volvería, se había dejado casi toda la ropa, y su equipaje se componía básicamente de partituras orquestales a medio terminar y partituras vocales ya terminadas, ya nos tendría al corriente. Nos besó de nuevo a ambos, con la misma graduación que en casa, antes de subir al tren de Ventimiglia. Extravagantes gestos toscanos de despedida por su parte, decorosos y anglofranceses por la nuestra. En cuanto se fue, Hortense y yo nos miramos. Ella dijo:

—Está bien, sabes. No soy una heroína de Henry James, ansiosa por que la seduzca el atractivo Sur.

—Comprendo. ¿En qué heroína concreta estabas pensando?

—Bueno, la del librito que me regalaste, Maisie o Tilly o algo parecido, es un viejo de lo más aburrido. El que tiene el garabato largo y cordial de tu, ay, temporalmente débil, pero aún fundamentalmente animoso amigo y maestro. ¿Es demasiado temprano para comer?

—Bueno, verás —dije—. Hoy tengo un compromiso. ¿Te importa muchísimo? Un joven actor que está aquí casualmente de vacaciones. Por qué no te preparas algo tú y ya cenamos juntos esta noche, y hablamos del futuro. En Eze, por ejemplo. El sitio donde estuvo Nietzsche. Allí escribió parte de *Así habló Zarathustra*.

—Y por eso sabe mejor la comida, ¿verdad? La hermana Gertrude andaba siempre hablando del *Uebermensch*. El *Menschkin* que conociste anoche, ¿verdad? Aquel rubio tan esbelto al que socorriste.

—¿Cómo has dicho?

—Al que ayudaste, al que asististe en su tormento, el que estaba vomitando y le sostuviste la cabeza.

—Le reconocí, sabes. Iba a participar en una de mis obras, pero luego no participó. Conocí también a su padre —añadí—. *Sir James Curry*. Murió. Es huérfano por partida doble, pobre muchacho.

—No tienes por qué contarme todo eso —dijo ella—. Ya me di cuenta de que te morías de ganas de estrechar su esbelto talle entre tus brazos. Está bien, haz lo que quieras. Pero, por favor, deja de ser conmigo el gran hermano mayor moralista y rígido. Uf. —Y luego—: ¿Qué *hacen* los hombres en la intimidad?

—Bueno, más o menos lo que los hombres y las mujeres. Salvo que hay una diferencia obvia. Un problema de equipamiento, podríamos decir.

—Y es malo, ¿verdad? Es lo que la hermana Magda llamaría un pecado contra la biología. Tiene que ser malo, y no es natural.

Bajábamos caminando por la Rue Grimaldi bajo el sol de marzo.

—A algunos —dije— lo natural nos parece antinatural.

—Y eso es sin duda malo, ¿no? Como una enfermedad, ¿no?

—Así que Miguel Ángel era un enfermo, ¿no?

Ya se lo había dicho antes. No, había sido a nuestra madre. Pero, por supuesto, *había* algo enfermo en la extravagante musculatura del *David* y del *Juicio Final* de la Sixtina.

—Algunos somos así, de ese modo —dije, como indudablemente ya había dicho—, estamos hechos así.

—No lo creo, nadie está hecho de ese modo. Dios no lo permitiría.

—Vaya, ya sacas otra vez a colación a Dios. Ya se ha superado el rechazo de Dios, al parecer.

—Deberías ir al psiquiatra —dijo ella.

—Creí que la Iglesia no admitía la cirugía anímica *amateur*.

—Tú no estás dentro de la Iglesia. Sólo pueden estar dentro de la Iglesia los biológicamente puros. Bueno, en fin, olvídalo.

Habíamos llegado a la puerta de entrada de la casa de apartamentos que quedaba enfrente de la Société Marseillaise de Crédit. En esta puerta había un picaporte que era la cabeza de un monje de sonrisa bobalicona con capucha, quizás una alusión irónica al nombre del principado. Le di las llaves.

—Volveré sobre las tres o las cuatro —le dije—. Hay jamón frío y ensalada y más cosas en esa especie de enfriadora.

Ella me miró malévolamente y luego sonrió con tristeza y dijo, la mano derecha en mi mejilla izquierda:

—Ay, pobre hermanito.

No hay por qué describir aquí lo ocurrido aquella tarde después de comer en el dormitorio individual del Inmoral o Amoral, como *sir* Dick Bart le llamaba alternativamente. Fue satisfactorio para las glándulas hambrientas y, sin duda alguna, para las emociones. Pero el término *amor*, pese a la advertencia implícita en aquellos sucios versillos del sucio Norman Douglas (al que Dick conocía por haberle manoseado beoda aunque brevemente en una ocasión, y al que llamaba Anormal Hambriento), amenazaba con no significar más que la simple concupiscencia y su gratificación. Te amo, chiquillo amable y encantador, indicando un deseo de poseer de un modo exclusivo y excluyente. (¿Quién es ese hombre con el que has cenado? ¿Quién era el que te sonrió en el Boulevard des Moulins? ¿Quiénes eran los que te invitaron a subir a su yate? Sí, sí, ya sé que yo me voy con mi hermana a Eze o a Antibes o a Cannes, pero no tengo más remedio, es un deber, no un placer. *Tengo* que *saber* dónde estás, etc). Sin embargo, Dick estuvo entretenido y como caprichosamente acomodaticio, aunque hizo demasiados chistes sobre su apellido. Cuando, al tercer día de nuestra relación, llegué al hotel, había esperándome una nota irritante: «Me voy con los Pettiman. La verga de toro en salsa picante no figura hoy en el menú». La cuarta tarde hizo un mohín y dijo: «Esperaba un regalito, sabes, algo lindo e inútil, sabes, de Cartier». Pero, aunque tenía para darle, nunca me pidió dinero, como la putilla de Val para la edición privada de sus poemas. Le sobraba el dinero y no escribía poemas. En realidad, no hacía nada. A principios del otoño, decía, pondría punto final a su vagabundeo por Europa y volvería a su *lúgubre* y *fúnebre* mansión de Berkshire, donde consideraría la posibilidad de poner en orden los invernaderos y, querido mío, de empezar a aprender algo, en serio, sabes, realmente en serio, sobre las orquídeas, encantadores chismes, boliformes.

Hortense empezó a adquirir hábitos propios como yo había ya medio previsto. No había verdaderos servicios para baños de mar en Mónaco, pese a que la organización que nos atendía se llamaba Société des Bains de Mer, así que se dedicó a viajar en tren por la costa, hasta Beaulieu o Mentón, donde además de rocas había arena, y comía fuera un *pan bagnat* y un *ballon blanc*, volviendo a jugar al tenis al Principado a última hora de la tarde con un grupo de ingleses amables e inofensivos (se ha salido del campo, vaya, creí que estaba jugando al criquet, ja, ja) que tenían un hijo de diecisiete años con muchos granos en la cara y de aficiones librescas, y siempre que yo podía cenaba conmigo por la noche, y a veces íbamos luego a ver una película en el Prince, Lon Chaney, Charlot.

—Me voy a Barcelona —dijo Dick, enseñándome las maletas a medio hacer—. Pararé en Aviñón de camino.

Hacía diez u once días que nos conocíamos.

—Dijiste que aún no te ibas. Dijiste que no te ibas hasta abril.

—Cambio de camisa, o acaso no puedo. Privilegio de caballero. Nada que te impida venir, ¿no? Prefiero tenerte a ti de compañero de viaje que a ese dentón

asqueroso de Boogie.

—¿Quién es ese tipo? ¿Qué es todo esto? ¿Qué es lo que ha pasado?

—Libre como los puros y lípidos, como dices tú siempre. Sin impedimentos ni trabas. Mi pluma y mi papel y mi, ajá, sagrado talento y una celda monástica con un dickvcionario encadenado. Vive en cualquier parte. Así que vayamos a Barcelona y a Aviñón de paso. *Sous les ponts de*. Podemos perseguirnos por el palacio papal.

—Pero está mi hermana, demonios.

—Sí, siempre estoy oyendo hablar de ella, me lo creeré cuando lo vea.

—Existe, maldita sea, y no puedo dejarla aquí sola.

—Pero bueno, ¿no está ese italiano de opereta del que me hablaste? Él puede cuidarla, ¿no? Puede cantarle, es muy zalamero según me dijiste.

—No está aquí; gracias a Dios que no está. Pero no puedo dejar sola a una chica de dieciocho años.

—Se aprovecharía de las circunstancias, ¿verdad?, rápido como el rayo. Hombre, mujer, perro, todos en una cama. Vale, no hay prisa por ir a Aviñón. Hoy me apetece un poco de jaleo. Niza, sabes, el puerto viejo. Como mi padre, sabes, después de cenar. Su viejo puerto, puerto, sí. El viejo puerto, podría ser agradable de veras. En fin, Niza podría ser agradable, mucho.

—¿Qué es todo esto? ¿Qué andas buscando? ¿Marineros? ¿Peleas? ¿Quieres que te zurren y te roben?

—Sumamente miedodramático. No, vamos a ver, a echar un vistazo sólo. Un botellazo que te derriba de la mesa, te equivocas al esquivar, en fin, no sé. Ropas andrajosas y lenguaje soez. Para variar.

—Me parece una idea horrible.

—Oh, escuchen al artista que transmuta la experiencia en palabras inmortales. Leí eso en algún sitio, pero no se referían a ti, querido. La señorita ratoncito, que escribe sobre lo que no hará, que vive por delegación.

—¿Se ha dedicado alguien a hablarte de mí?

—Oh, todo yo yo yo, como siempre. Mis *amigos* ni siquiera han oído hablar de ti, querido. Vamos, un taxi hasta la estación y puf puf, hacia Niza.

—Tengo que estar de vuelta a las siete. Hortense me espera.

—¿Hortense? Así que se llama así. Ah, claro, sois medio franchutes los dos. Tendrás una oportunidad de lucirte con la jerga franchute en el sitio donde acabemos. Una jerga muy rara. La habla usted como un nativo, *monsieur*, es verdaderamente formidable. Venga, vamos.

En fin, fui, pese a mi inquietud. En el puerto viejo tomamos coñac apaciblemente en dos cafés decorados con anclas y redes. Era mala hora para la diversión que Dick esperaba, era la hora en que dormía la gente tras una copiosa comida. Luego, en Le Crampon, se demostró, para satisfacción de Dick, que me equivocaba. Allí había marineros fanfarrones y escandalosos, y que no eran franceses además, sino ingleses, marineros ingleses auténticos, querido mío. Las gorras, echadas hacia atrás como

halos, decían hms bellerophon. El Rufián Fanfarrón, allí en el puerto. Crucero de primavera. Había un gramófono de cuerno en el mostrador, protegido por una mujer agria con cara de dogo y pelo rizado color jengibre y brazos pecosos, gruesos como muslos. Algunos de los marineros bailaban. Era una melodía de época de guerra, de *The Bing Boys*: Otro traguito otro traguito otro traguito no nos hará daño. El gramófono empezó a pararse, con gruñidos y gritos de los marineros.

Oootro traaa guiiiito. La patrona le dio cuerda a base de músculo. Un marinero de Liverpool, moreno como una nuez, el pelo negro y revuelto, empezó luego a manosearla, diciendo:

—Sé amable, cariño. Dame un poco de carne. No hay que beber sin comer.

Ella le apartó de un golpe, sin cólera. Había un fuerte hedor a vómito y orina y el agua que salía por debajo de la puerta del retrete indicaba que estaba atascado.

—*Ce monsieur-ci* —dijo Dick, con claridad de institutriz— *voudrait quelque chose à manger. Un petit sandwich, par exemple.*

La patrona soltó un áspero efluvio de Niçois.

—Sólo intentaba —dijo Dick sonriendo al marinero— conseguirte algo.

Apareció un hombre calvo y cansado de delantal sucio bostezando, enseñando oro y una lengua costrosa; acababa de terminar la siesta.

—*Deux absinthes* —pidió Dick.

—La mía con agua —dije yo.

—Eso es absurdo. Qué sacrilegio. La absenta ablanda el corazón —dijo Dick, sonriéndole presuntuosamente al marinero; la bebió de un trago y dijo—: Así, hay que cascársela así, de un golpe.

—Lo de cascársela lo hemos hecho todos —dijo el marinero—, aunque hay quien no lo confesaría. ¿Vosotros dos vivís aquí, amigos?

Había un solitario cabo de mar sentado con ojos vidriosos en una mesa empapada.

—Y tanto que se la casca el cabrón —dijo, varias veces.

—Baila con *él* —dijo otro marinero, empujado hacia nosotros por el violento giro de su compañero. Su compañero fue a chocar con la pared, bajo un cuadro de Pierrot y Pierrette todo espolvoreado de polvo de oro artificial. *Él* era Dick.

—Encantado —dijo Dick, y trasegó su tercera absenta.

—Cascársela, sí, eso está bien cuando no hay nada mejor.

—Cuidado, por favor —dije yo, aún con la primera absenta.

—Vieja histérica —y siguió bailando ágilmente en brazos del marinero, un joven de frente simiesca pero ojos sinceros. Habían dado la vuelta al disco. Si túúú fueses la única chica del muuundo.

—¿Vosotros dos vivís aquí, amigos?

—Y tanto que se la casca, el muy cabrón.

No me gusta recordar, ¿y por qué había de recordar cuando no puedo recordar un milagro? Pero debe hacer mucho ya que desconfías de mí. Dick, no puedo olvidarlo, insistió en preparar «Sangre de verdugo» con variantes en un orinal metálico, que

arrancó de su clavo de la pared, y que tenía pintada dentro la cabeza de un *sale Boche*, con una *sale bouche* que gritaba muda pidiendo que la enmudecieran cubriéndola de mierda. Coñac, *whisky* de Indochina con un plácido escocés de ojos rasgados en la etiqueta, ron blanco, sangre de Nelson auténtica, casi negra, ginebra, oporto, un poco de esa mierda pegajosa de ahí que parece zumo de ciruela, es imprescindible, además, una botella de Guinness, no importa, servirá un poco de esa agua de vómitos y orines.

—¿Es de verdad *sir* tu compañero, como dijo? —me preguntó un marinero llamado Tish echándome una tufonada de ron.

—Está muy suave —dijo el *sir*, distribuyéndolo en vasos—, no podréis negar que está muy suave.

El baile seguía aún, con un bailarín mordeándole delicadamente a su pareja en la garganta, oh, sí, sí, eso está muy bien.

Lúgubre aire marino fuera cuando abrió de pronto la puerta la brisa de tierra. Luego quedamos otra vez hundidos en abrigada y hedionda penumbra con bamboleantes y bulbosos portalámparas de papel. Oh, sí, suave, no hay duda, muy suave.

—El príncipe de Gales fuma eso, ¿lo sabías? —dijo el marinero al que llamaban Wet Nelly, uno de esos marineros belicosos que no se van a la cama un solo día sin una pelea—. Gané más de una apuesta con eso. Culo de Bebé se llama. Lo venden en todas partes.

La patrona quería saber quién iba a pagar. Pagará el *sir*. Dick soltó un puñado de billetes sobre el rebotante mostrador de pino.

—Por amor de Dios, ten cuidado.

Recogí la mayoría, los metí en el bolsillo derecho de mi chaqueta, discutí por el cambio.

—Queda mejor con un poco de absenta —dijo el tambaleante Dick—. Le da más fuerza. Hay que echarle la próxima vez. Queda suave, sin embargo.

—Absenta, ausente, ausente. ¿Quién está ausente cuando ella está en casa?

—*Sang de bourreau* —dijo Dick a la patrona y al encargado de delantal sucio que fumaba picadura liada—. Hay que incluirlo en la lista de auténticas *délices étrangers*.

—*Etrangères* —no pude evitar corregir, tonto pedante—. Femenino plural.

—¿Qué dices tú de femenino? ¿Eh, mamón?

Un marinero sin labios, de ojos lechosos, llevaba un tiempo observándome desde el recodo de la barra.

Se acercó entonces y me habló al oído con acerba sinceridad.

—Tú me parece que eres un cabrón que está pidiendo a gritos que le aticen, sí, tú, mamón.

Bebí nervioso.

—Atízale ya —dijo un muchacho rubio como un ángel a quien los otros llamaban Porky. La clase obrera siempre tiene mejor aspecto de uniforme.

—La clase obrera —empecé a decir.

Con rabia tranquila:

—Sí, está pidiéndolo, lo sé, conozco a los mamones como él, pero le voy a partir la cara.

Pensé que lo mejor era que nos largáramos.

—Vámonos.

—Es por su hermana —proclamó Dick—. Se tira a su hermana todos los días antes de cenar, le abre el apetito.

—No hay nada más indecente que eso —dijo Tish o algún otro—. El padre y la hija es distinto, es natural. Pero este cabrón se tira a su hermana, que es de su propia carne y de su propia sangre.

—Es una broma —dije—. Grosera, pero sólo una broma.

—No es ninguna broma, cabrón —gruñó el de los ojos lechosos, los músculos del cuello hinchados por la intensidad de la voz—. Por eso hay que zurrarte.

—Vamos, esto es absurdo, Dick —dije—. Nos vamos.

Y bebí un vaso al azar de entre varios. No era sed, era un gesto nervioso. Dick no oía, o no escuchaba. Bailaba con una especie de buey de rictus colérico al que llamaban Sparks, y este Sparks zarandeaba a Dick siguiendo el ritmo. Deja que este mundo enorme siga girando. Me pregunté si podría darme un ataque al corazón, pero el órgano palpitaba firme, bien aprovisionado con el carburante con que lo alimentaba. Pues yo sólo sé que te quiero a ti.

—Antes tenemos que darte una zurra, mamón.

—Oh, por amor de Dios —apreté con demasiada fuerza el vaso, que se rompió. Vi la sangre en los dedos. Maldita sea.

—Porky te chupará eso. Este Porky es un gran chupador de sangre, ya verás —dijo Tish. Pero Porky era un ángel sudoroso, se había puesto muy pálido.

—Maldita sea —me chupé la sangre yo mismo. El gramófono se paraba, nadie le daba cuerda. La zorra grande y gorda de pelo rizado me acosaba por el vaso roto. Eeeenccoontraaaaar aaa aalguieeen cooomooooo ttúúú.

—Quiero vomitar —balbució Porky—. Tengo que hacerlo.

—Ven, querido —dijo Dick—. Papá te sostendrá la cabeza.

Y rodeó tiernamente a Porky con un brazo. Porky vomitó saliva.

—Bueno, *madame*, tú, vaca gorda e insípida. Todo se pagará.

Y se dirigió tambaleante hacia la puerta con Porky.

—Qué es él —dijo Tish—. Parece un caballero. Parece verdaderamente un *sir*.

La puerta se abrió a un viento negro. Sparks la cerró con el culo. Dick y Porky quedaban fuera ya. Yo me disponía también a irme.

—Tú te quedas aquí, mamón —dijo el de los ojos lechosos—. Vamos a darte una zurra.

—¿Tú y la Marina de quién? —citó torpemente de una de mis estúpidas obras.

—¿Qué te pasa a ti? —dijo alguien, la cara congestionada a unos centímetros de

la mía—. ¿Con quién te crees que estás hablando?

—Yo me largo de aquí —y hasta yo me asomé cuando agarré lo que quedaba del vaso roto del resbaladizo mostrador de cinc y lo blandí hacia los tambaleantes marineros como una lámpara de *flash*.

—Vaya, jugando sucio. Está bien, ahí va.

Pero el prometido puño con su amor y deber tatuado con flores azules no pudo llegar, en realidad, a su destino, pues el alcohol había evaporado la fuerza del brazo que tenía detrás. La puerta se abrió de nuevo y de una oscuridad más ventosa llegaron dos auténticos marinos franceses los gorros de borla con la inscripción mazarin.

—*Parkyvooo wee wee. Jigajig traybon* —el título original de mi obra, por supuesto.

Dejé caer el vaso roto al suelo sucio y encharcado y, no sé muy bien por qué, lo aplasté gruñendo con el tacón, entre las colillas. Luego, salí de allí abriéndome paso a empujones.

—Dick —llamé en la calle.

Sólo había un farol, empañado, cerca de un cartel de Byrrh.

Corrí en dirección contraria al mar y llegué a una calleja. Oí gruñidos, luego un chapoteo. La delicada luna surgió iluminando a Dick, que sobrio y vigoroso sujetaba al doblado marinero asiéndole con firmes brazos por la cintura. El marinero tenía los pantalones bajados, trabándole los tobillos. Dick le violaba afanoso y alegre según el brutal estilo de Norman Douglas.

—Sólo un minuto, querido —dijo con una sonrisa—. Luego es todo tuyo. No está tan prieto, sorprendentemente. Debe ser el relajamiento de la náusea y demás.

Y continuó con su tarea. Luego, se estremeció, frunció los labios, como si hubiese probado un zumo de limón sin azúcar y echó la rociada.

—Ha sido delicioso. Tan insensato. Venga, vamos, cara de ángel, trágatelo todo por papá.

Las dos descargas fueron una. Yo tuve una erección. Estaba amargamente avergonzado. Luego, se oyeron voces llamando.

—Este jodido Porky. ¡Porky!

—Jodido Porky, sí, y bien jodido —dijo Dick, soltándole encima de su propio vómito—. Yo estoy listo, querido, es todo tuyo —añadió, mientras se abotonaba.

Y luego, echó a correr con largas y diestras zancadas, perdiéndose en la negrura de la calleja, mientras la luna se abotonaba también su bragueta de nube. Era como si conociese aquel lugar maldito a ojos cerrados. El muchacho yacía allí entre vómitos, terriblemente manchado, el trasero desnudo al aire. Un gran golpe de viento barrió los andrajos de nubes despejando de nuevo la luna. Y vi aparecer ante mí a los compañeros de Porky.

Lo importante, expliqué lo mejor que pude con la boca hinchada, era transmitir un mensaje a mi hermana. No, no teníamos teléfono. Un telegrama. Pero las oficinas de correos estaban cerradas y no había servicio telefónico nocturno. El sargento vestido de paisano que había junto a mi cama del Hôpital Saint-Roch dijo que podía enviarse un mensaje a la policía de Mónaco y que entonces podrían entregárselo personalmente a mi hermana. Por amor de Dios, por favor, que no se mencione lo que ha pasado. No quiero que la pobre, que es casi una niña y se ha quedado huérfana hace muy poco y es muy nerviosa, no quiero que se asuste, quiero decirle que me encontré por casualidad a mi editor y que he estado en su yate hablando de mi libro. Que volveré el sábado. La atenta hermana movió ceñuda la cabeza canosa ante lo de *samedi*. Ha de ser *lundi*. Vaya, dijo el sargento de paisano, así que *monsieur* es un hombre de letras además de visitante extranjero. Eso empeoraba aún más las cosas. Y qué hacía *monsieur* en aquel sitio concreto del puerto viejo, un lugar notoriamente vil y peligroso. Un sitio nada adecuado para visitantes extranjeros, sobre todo para gente culta e ilustrada. Bueno, dije, es muy propio de un hombre de letras hacer un estudio del espectro cultural o vivencial de la gran ciudad portuaria sureña. ¿*Monsieur* está escribiendo un reportaje sobre los bajos fondos de Niza? *Monsieur* está haciendo algo peligroso. Vea *monsieur* en lo que se ha metido. No, no, dije. Mi *métier* es de *romancier*, soy escritor de ficción. Ficción, proclamó el sargento, es algo que se escribe a base de imaginación, es invención, no exige mezclarse con el peligroso mundo exterior. El sargento era un hombre joven y grueso que olía a *ratatouille* con demasiado ajo, con un cuello duro demasiado apretado, que se estiraba con dedos nerviosos cuando no estaba tomando notas en su cuadernito. ¿Podía *monsieur* recordar más de lo que ya había recordado, que no era mucho, si se le permitía decirlo así? *Monsieur* no podía, dijo *monsieur*. Le habían asaltado de pronto unos ladrones, cuando investigaba un ruido que parecía el de un gato herido, nosotros los ingleses queremos mucho a los animales. Respondió al ataque y le pegaron brutalmente. Y también, recordó el sargento, le habían violado analmente, aunque no había sido una cosa grave, más bien una cosa simbólica. ¿Eran francófonos los agresores, *monsieur*? Oh sí, desde luego, francófonos, aunque con un fuerte acento argelino. Ah, *monsieur* conoce Argel. ¿Había estado realizando investigaciones similares sobre las desagradables *moeurs* de los bajos fondos de aquella ciudad? No, era una suposición, en realidad.

Contusiones, sobre todo, un diente flojo, pero el comportamiento del corazón no les había gustado gran cosa ni al doctor Durand, que le había examinado primero, ni al doctor Castelli, que había utilizado ya el estetoscopio. Me habían encontrado inconsciente junto a un charco de vómito, parcialmente desnudo, una lluvia ligera empezaba a picotear el cuerpo ya aterido. Una patrulla de la policía, atendiendo a gritos de dolor, no de *Monsieur*, le descubrió con una linterna. Había pruebas de

ingestión de alcohol, aunque no era fácilmente determinable si había habido exceso o no, en fin, eso era igual. La policía proseguiría las investigaciones. No hace falta, dije con demasiada solicitud, nunca les encontrarán, además, ya he aprendido la lección. Vaya, *monsieur* ha aprendido su lección, ¿eh? *Monsieur* debería procurar ser hombre de letras y no andar de juerga en antros piojosos del puerto viejo. Cierre del cuadernillo, último manoseo nervioso del cuello duro demasiado apretado, una especie de dogal, metáfora de los rigores del deber. Se enviaría inmediatamente un mensaje a la hermana de *monsieur*. Vuelvo *lundi prochain* si Dios quiere.

El corazón se había ajustado a regañadientes a un ritmo bastante firme el viernes por la tarde. Aunque magullado y dolorido, quería salir de allí. El pabellón estaba lleno de hombres viejos sobre todo, que querían tratarme como a un representante oficial de una Inglaterra que se había comportado aviesamente con Francia en la guerra recién ganada, *Il n'y a qu'un ennemi*, repetía un viejo cabeceante de pelo canoso. ¿Quiere decir, dije, que no quisimos aviesamente permitir que ustedes nos estafasen con toda impunidad en el forraje de los caballos y en el uso de sucios trenes de tropa para echar a los hunos de su territorio, no del nuestro? Los alemanes por lo menos son europeos, dijo otro viejo imbécil. Yo podía caminar, y estaba decidido a salir de allí. Resultó que el doctor Durand tenía su cuenta en la Banque Nationale de París, que era también mi banco. ¿Sería tan amable de venderme un cheque? ¿Tiene usted también cuenta en la BNP, *monsieur*? Me vendería dos cheques, uno para saldar mi cuenta allí; el coste de los cheques podía añadirse a la factura. Se me permitió enviar un mensaje a través de un enfermero regordete de pelo de esquimal, al director de la Banque Nationale de París de la Place Masséna, pidiéndole que telefonease a la sucursal de Montecarlo y, tras comprobar que mi cuenta tenía fondos, tuviera la bondad de meter el importe del cheque en un sobre cerrado y dárselo al portador. El portador me trajo el dinero y le di una propina generosa. Luego, le pedí que me comprase el impermeable más barato que hubiera en la tienda de ropa de caballero más próxima. Sí, ya sé que no llueve, pero esta ropa sucia y rota, mire, hay que ocultarla a la mirada de la gente.

Aquel sábado era 29 de marzo de 1919, día del eclipse total del sol predicho por Einstein. Recuerdo aún una súbita oscuridad y que no tuve sensación alguna de sorpresa, como si fuera lógico que el sol se velase por mi remordimiento y mi vergüenza. Tanto me abrumaban la vergüenza y el remordimiento que apenas podía pensar. ¿Dick? ¿Sir Richard Curry Bart? ¿Había existido en realidad aquel individuo? ¿Cómo se llamaba aquella cantina espectral? Tenía bastante claros en la memoria los puños agresivos y las uñas afiladas, los escupitajos y las palabras soeces, pero no el dolor en sí. No sentía rabia más que contra mí mismo. Pero ¿era justo o lógico esto, teniendo en cuenta que estaba hecho del modo que lo estaba? Mas ¿quién me había hecho como era, si, como había proclamado aquel alemán de Eze, no había ya Dios? ¿Me había hecho así yo mismo? ¿Cuándo y cómo? ¿Qué solución había, además, salvo castrarme? La frente magullada, el ojo izquierdo morado, los labios hinchados,

las manos en los bolsillos de aquel impermeable barato, fui renqueante hasta la estación de la Rue Grimaldi, ganándome miradas furtivas de curiosidad. Aún tenía las llaves, su cadena sujeta a la parte de arriba del pantalón; pero tenía poco más. Abrí la puerta de entrada y subí jadeando, cayéndome casi, hasta la última planta. Abrí la puerta del piso silenciosamente y en seguida me di cuenta de que había vuelto Domenico; su impermeable, nada barato, colgado del perchero. Supe, como sabe el lector, lo que pasaba.

Pero parecía haber pasado ya. Cuando abrí la puerta del dormitorio de Hortense, les encontré a los dos desnudos en la cama, sentados, fumando tranquilamente. Mi primera reacción fue arrancarles el cigarrillo de la mano a aquella muchacha perversa. Y lo que resultaba más intolerable era que fumase desnuda. Pero me quedé inmóvil, cabeceando, asumiendo yo toda la vergüenza. Oía ladrar agriamente a un perro en la calle. Le estaba atropellando un automóvil y yo también tenía la culpa. Los dos de la cama se quedaron en principio demasiado sobrecogidos por mi aparición como para avergonzarse de que les sorprendieran en situación flagrante de poscoito.

—¿Qué te han hecho? —exclamó Hortense.

—Qué ha hecho él —empecé, pero sabía la respuesta—. Cerdo asqueroso, cabrón, con mi hermana —le dije a Domenico.

—Muchas mujeres son hermanas de alguien —dijo Hortense, los pechos vivaces llameando aún desde la cama—. Salid los dos, quiero vestirme —ordenó.

—Vístete, sí —le dije a Domenico—. Te voy a pegar.

—Tú no podrías pegarle ni a una mosca —dijo ella—. ¿Quién te ha puesto así? ¿Tu inexistente editor o su inexistente yate? ¿O ese rubio guapito? Fuera, los dos.

Pasé al salón y me serví un *whisky*. Pronto me siguió Domenico, descalzo, en camisa y pantalones, como un hombre sorprendido en plena labor de seducción, que era lo que era.

—Me puse a llorar —dijo—. Ella me consoló.

—Lloraste para que ella pudiera consolarte, cerdo miserable.

—Fue por las malas noticias que traje de Milán. No van a hacer la ópera.

—Te está muy bien, cerdo asqueroso, pequeño Don Giovanni.

Parecía a punto de echarse otra vez a llorar ante esa referencia a una ópera que había sido representada a menudo y que volvería a representarse muchas veces, en Milán, además.

—Empaqueta tus cosas —le dije—. Fuera. No quiero volver a verte. Ni —añadí, aunque no venía en realidad al caso— a ese hipócrita de tu hermano, ese jugador empedernido. Me has ultrajado a mí y has ultrajado mi casa y a mi hermana. Fuera. Te echaría yo mismo a patadas si tuviera fuerza para ello, pero ya ves cómo estoy. El mundo está podrido.

—Y qué voy a hacer si se trata de amor, qué podía hacer yo si ella dijo amor y yo también lo dije. Y otra cosa, los que sois unos hipócritas sois los ingleses.

—No me vengas ahora con el amor —derramé el *whisky* con mi temblequeo—.

No quiero oír una palabra más, ¿entendido? No quiero saber nada de nadie y mucho menos de ti. Vamos, no te miraré siquiera. No existes más que como basura para la *poubelle* del mundo. Fuera de este piso cuya renta pago yo y sólo yo.

Entonces llegó Hortense, el pelo color miel recogido con una cinta azul, vestido de lana y seda con pliegues a los lados y mangas de obispo y guindas artificiales en la solapa izquierda.

—Yo también tomaré *whisky* —dijo.

Pero yo bloqueé la mesa de las bebidas como si fuera un ser inocente a quien ella pudiera profanar y dije:

—Oh, sí, claro, sexo y cigarrillos y *whisky*. La auténtica mujer caída. Y eres una muchacha ingenua de dieciocho años. Dios santo, qué vergüenza.

Pero todo era, y estaba cada vez más convencido, culpa mía.

—No estoy dispuesta —dijo ella, en un tono muy agudo, de institutriz— a oír sermones morales de una persona como tú. Tú no puedes juzgar a los demás. A los *normales*.

El novelista barato que había en mí deseaba, en cierto modo, olvidar los juicios de valor y preguntarle qué había significado para ella verse desflorada por un toscano ansioso: podría, además, obtener algunas ventajas profesionales de lo que era todo culpa mía, y, por supuesto, de la naturaleza heterosexual y de ellos, claro.

—Son una especie de celos —dijo Domenico— y resulta muy triste.

—Desflorador —mascullé vacilante—. *Defloratore*.

Esto sonaba demasiado suave. Domenico pareció pensar lo mismo.

—*Strupatore* —propuso.

Y luego, hermanos de arte, nos miramos con la promesa de una malhumorada cordialidad, trabajando de nuevo, días inocentes y felices, en la ópera que Milán no quería.

—Hombres malditos —proclamó la voz clara y dulce de la caída Hortense—, con vuestro maldito desfloramiento.

Se daba cuenta de que la imprecación era una adjetivación involuntaria en realidad, aunque redundante, de finalidad sólo descriptiva, y se ruborizó.

—Habláis del himen como si fuera una especie de mercancía. De cualquier modo, fue en el colegio francés donde pasó.

Yo me quedé desconcertado... ¿profesor de poesía? ¿De pintura? ¿De fenomenología?

—Mamá —añadió— no quería que estudiase con monjas alemanas y ése fue el resultado. Domenico, vete y vístete. Vístete *más*, quiero decir.

—¿Y luego me voy?

—Oh, sí, claro, puedes irte —dije—. Yo soy quien manda aquí.

—¿Y tú vienes conmigo? —dijo, mirándola cauteloso con ojos perrunos, con gesto tardío de contener las palabras, aquellas palabras que le habían colocado en una situación de semicompromiso totalmente involuntario, pero Hortense dijo en seguida:

—No, Domenico, yo *no* voy contigo. ¿Quieres que viva en pecado, como suele decirse? Teniendo como tienes un hermano sacerdote... ¿Me propones matrimonio? No, por supuesto que *no*, pequeño Don Giovanni presuntuoso...

—Exactamente lo que le llamé yo —mascullé inexactamente sobre el vaso de *whisky*.

—No, por supuesto —murmuró también Domenico—. No es el momento... Mi carrera artística...

—Vamos, cántalo —dije burlón—, como la ardiente Tosca.

—Te voy a pegar —gritó Domenico, cerrando los puños—. Ya estoy harto de tu hipocresía inglesa.

—Ay —dijo Hortense, con una especie de resignación—. Hipócritas son todos. También los franceses. Se dedican a discursar sobre las bellezas de Monet.

—Así que el profesor de arte llegó a eso... —dije, por culpa en parte del *whisky*, groseramente.

—Bicho asqueroso —bufó Hortense—. Fue un caballo. Fueron las carreras a caballo que nos obligaban a hacer. No hay gente más inglesa que algunos franceses. Un *cheval* —añadió—. No *ein Pferd*.

La hermana Gertrude habría hecho, me indujo a creer, una demostración sin ningún problema, hábito negro remangado, gritando como una valquiria.

—En cuanto al otro, sí y no. Se abrió la puerta, entiendes.

Y luego, sin que en mi opinión viniera a cuento, añadió:

—Eres un homosexual grosero y desagradable.

—Pobre madre —dije.

—¿Madre? —exclamó Domenico, que no había entendido bien, que quizá retuviese incluso la imagen de un caballo cubriendo a la pobre. Hortense—. Quieres decir que tú estás ya, que él...

—Nuestra madre, imbécil —gritó a su vez Hortense—. Los franceses no podían hacer nada malo. Sobre los italianos no tenía ninguna opinión.

Eso estaba bien dicho. Luego añadió:

—Vamos, vete, Domenico. Vete a dar una vuelta o a darte un baño o a seducir a alguien o a algo. Mi hermano y yo tenemos que hablar.

—Si quieres decir que va a volver —dije—, estás loca y además eres una mujer malvada. ¿Es que no he hablado con suficiente claridad? Fuera de aquí ahora mismo y para siempre. Y tenemos que hablar, sí, desde luego, tenemos mucho de qué hablar.

—Tengo el corazón destrozado —dijo Domenico, las manos flácidas a los lados. El tono sugería un aria, quizá del *Principe di Danamarca*, de Enrico Garitta, que yo no había visto.

—Me iré a un hotel. Vendré mañana a por mis cosas. Me encuentro tan mal que ahora no podría hacer las maletas.

—Llévatelo todo ahora mismo —dije.

Y luego, como no quería que Domenico convirtiese el asunto en una escena de

ópera, añadí:

—Está bien, mañana. A las nueve en punto. Hortense no estará aquí.

—Ah, así que me echas también a mí, ¿verdad? ¿He de volver a casa con papá y la segunda señora Toomey? De eso es de lo que tenemos que hablar.

—Quiero decir que no estarás disponible para que te vea. Que estarás encerrada y quizá también hasta. Uf.

—Terrible, verdad, un hombre y una mujer juntos... Al menos, a mí no me han pegado una paliza. Supongo que fueron unos marineros belicosos, amigos de ese tulipán rubio, y mira en qué estado tienes la ropa. Cámbiate ahora mismo. Tenemos que hablar en serio. Ha llegado una carta de papá.

—¿Para ti?

—Para ti.

—¿Cómo te atreves a abrir mi correspondencia? ¿Has abierto alguna carta más? No estoy dispuesto a consentirlo, Hortense, has llegado demasiado lejos, necesitas mano dura, cuanto antes...

¿Cuanto antes qué? ¿Cuanto antes vuelvas con las monjas alemanas? ¿Cuanto antes aprendas el oficio de seducible mecanógrafa londinense? ¿Cuanto antes te cases?

—Vamos, no digas tonterías. Llegó hace tres días. Sabía que tenía que ser urgente.

—¿Dónde está? Exijo que me la entregues.

—Puedes cogerla. Está en tu escritorio. De paso, quítate de una vez esos andrajos y vístete decentemente. Uf, estás lleno de sangre y de otras cosas.

—No voy a dejarte sola con ese sinvergüenza.

—No estoy dispuesto a consentir que me llames sinvergüenza, inglés hipócrita —dijo Domenico y se encaminó hacia la puerta, mascullando agravios imaginarios.

—¿Puedo tomar ahora ese *whisky*? —dijo Hortense tranquilamente, sentándose en el sillón, con todo el aplomo que su fragilidad le permitía. Pero no, las mujeres no son frágiles.

—¿*Whisky*? —dije casi humildemente—. ¿Qué dice el viejo?

Le pasé su *whisky*, sólo un dedito.

—Si es una carta desagradable —añadí—, no tengo especiales deseos de leerla.

—Entonces te hice un favor en realidad, ¿no? Gracias. —Bebió un sorbo y tosió; seguía siendo una niña—. La segunda señora Toomey no va a ser la que yo creía. Es otra paciente, Doris no sé qué. Y sólo tiene veinticinco años. Papá vende el consultorio. Se va al Canadá. Así que date cuenta de mi situación. Él también se da cuenta, a su manera pedante. Bueno, léela.

—Luego. Entiendo —me serví más *whisky* para mí—. Pero tiene que hacerse cargo de ti. Eres todavía menor de edad.

—Yo no quiero ir al Canadá. No quiero una madrastra que tenga pocos años más que yo. No quiero vivir contigo.

—Comprendo —dije— por qué no quieres vivir conmigo.

Aquí pasan cosas antinaturales. Y ando siempre a vueltas con la moral. Por otra parte, yo no tengo ninguna obligación respecto a ti, comprendes. Salvo lo que... lo que dicta el afecto familiar —no podía decir *amor*.

—Eres insoportable. Eres un hipócrita asqueroso.

Domenico debió oír esto y aprobarlo, según salía por el pasillo paralelo al salón, aunque no visible desde él. Canturreó un apagado «*Ciao, Ortensia*» al doblar a la izquierda, hacia el vestíbulo, visible desde la parte del salón donde ella y yo estábamos sentados por la arcada de retorcidas columnas, abrió la puerta del piso y salió silenciosamente. Pudimos oírle bajar la escalera de mármol con sonoras y tristes pisadas.

—Operístico —dijo Hortense— en todo. En la forma de hablar, en el estilo de vida. En lo sexual también. En la religión, por supuesto. Inglaterra nunca podría asimilarlo. Aun así —añadió—, voy a casarme con él.

—Voy a cambiarme —dije.

Desconecté pensamiento y sentimiento, aunque no podía desconectar el dolor físico, mientras que me quitaba mis ropas mancilladas y me ponía una camisa de tenis y unos pantalones de tenis. Así, vestido como para jugar una partida, volví a su lado y le pedí que me repitiese lo que había dicho.

—Lo repitió.

—¿Quieres decir que le amas? —dije queda y cansinamente—. ¿Que le dejaste hacer lo que hizo porque le amabas? Nunca oí una estupidez tan tonta, tan ruin y tan adolescente. Tú no sabes lo que es el amor. No sabes nada del mundo. Él es prácticamente el primer hombre con el que has tenido contacto. Social, me refiero, aparte del otro asunto vil y desdichado.

Ella ignoró todo esto, balanceando una pierna cruzada enfundada en una media de seda blanca.

—No merece la pena intentar explicarte las cosas a ti, sabes. Eres torpe además de homosexual. Matrimonio y amor son cosas distintas. Mamá me aclaró todo esto cuando tuvimos nuestras charlas. ¿Cómo puedes saber cuál es ese gran amor que dicen que te está destinado cuando hay tantos millones y millones del otro sexo en el mundo? Eso fue lo que me dijo ella, y me pareció muy razonable. No hay que andar buscando o esperando. El mundo es demasiado grande y tenemos poco tiempo. Si tienes ganas de casarte toma lo que puedas conseguir. Yo quiero algo que esté bien físicamente y con talento suficiente y dinero suficiente. Domenico me parece perfecto. Quiero decir, le he visto desnudo, por ejemplo.

—Esto es terrible.

—Oh sí, terrible. En esa familia hay dinero. Con el estímulo adecuado Domenico puede hacerse famoso. Esa especie de ópera que hicisteis los dos, me tocó parte en ese viejo piano podrido que hay ahí, llorando mientras tocaba. Luego me lo llevé a la cama.

Me senté frente a ella en la silla dura, las manos cogidas entre las rodillas, doblado hacia delante, contemplando la alfombra color limón entre cuyos mechones descansaba un diminuto cilindro intacto de ceniza de cigarrillo.

—Él llegó muy triste —dije inexpresivo—. Le habían rechazado su ópera, suya y mía también, dicho sea de pasada. Han rechazado esto esto, gemía, y se sentó al piano y te cantó una de sus brillantes arias. Entonces te dio pena de él y le besaste y te lo llevaste a la cama. Él estaba deseándolo, no lo dudo, pero yo diría que le sorprendió un poco también.

—Bueno, sí —dijo ella sonriendo con forzada admiración ante una reconstrucción tan exacta—. Fue así como dices. En fin, eres un novelista, claro. A veces se me olvida. Sueles ser tan tonto casi siempre.

—Convergiámos sobre ti los dos. Él y yo. Pero su tren llegó primero. Qué lástima.

—No, no no no. Él llegó anteayer. Me lo llevé a la cama entonces, pero después ha estado llevándome él a la cama a mí. Tanto monta, monta tamo.

—¿Cómo, cómo?

Tardé unos breves instantes en entender por qué me insultaba:

—Eres un vulgar y un asqueroso y un obsceno.

La miré desconcertado.

—Perdona —dijo—. Quizá no sea siempre justa contigo. Quizá piense demasiado que los hombres son groseros por naturaleza. Domenico no lo es, sin embargo. Resultará perfecto. Necesita que le manden y demás. Pondré su talento a trabajar. Conseguiré que dé frutos. Eso fue lo que mamá lamentó siempre, no haberse casado con un hombre de talento.

—Tenía talento como dentista —dije, y luego me estremecí y añadí—: No he oído en mi vida un disparate igual.

Ella ignoró eso, por supuesto.

—Yo no tengo dotes especiales —dijo—. Salvo quizá para elegir al padre más indicado para mis hijos. Ésa es ahora la principal obligación de las mujeres. Repoblar el mundo. Sólo con niños. Hay demasiadas mujeres en el mundo.

—Eso es muy anticuado. Y es estúpidamente biológico. Como si sólo concibieses el matrimonio por su su su...

—En términos de su función primaria —dijo ella brusca e impaciente—. Para criar hijos. ¿No has leído a Bernard Shaw?

—Volvemos al *Uebermensch* —dije con amarga ironía.

—La hermana Gertrude nos hizo leerlo en alemán. Dijo que era mejor en alemán. El inglés no era su verdadera lengua, decía.

—¿Y cuándo —añadí aún con amarga ironía— va a producirse esta *Ehe* o *Ehestand* o *Eheschliesstng*?

—La *Eheschliessung* —dijo ella— será en Italia, supongo. En ese sitio del queso. Oficiará la ceremonia su hermano. Y me entregará mi hermano mayor. En —con su

propia ironía amarga— ausencia del padre.

—Y cuando Domenico venga mañana por la mañana a recoger su ropa —dije yo— se le informará de que va a casarse contigo y a engendrar superhombres para la nueva era, y se entusiasmará, y hará piruetas en el aire y gritará *che miracolo o meraviglioso* o algo así.

—No —dijo ella, ignorando mi sarcasmo—, no exactamente eso. Pero será un alivio para él, verás. Siempre es un alivio para un hombre no tener que andar ya cazando mujeres. En fin, por un tiempo. Pero no tiene por qué saber aún lo que tendrá que hacer, claro. He de conservar la serenidad y mostrarme fría y sólo amistosa, como si no pasase nada, y entonces él se preguntará por qué y empezará a preocuparse y a ponerse nervioso, los hombres son así de tontos, y en seguida lo tendré de rodillas, ya lo verás, o más bien no.

—Sabes tan poco del mundo —dije yo—, tan poco.

—Sé —relampagueó ella— un millón de veces más de lo que podrás saber tú nunca de lo que pasa entre un hombre y una mujer.

Hizo un gesto grosero con los dedos, la niña grosera, una de la nueva carnada, endurecida por la guerra.

—Así que —añadió— mételo en tu pipa y chupa.

—Está bien —dije paciente—. Conozco ciertos datos biológicos aunque no por experiencia directa. Sé que cuando un macho y una hembra copulan, no sé si conoces el término...

—Tú y tus estupideces de mariquita. Por eso resultas tan diabólico tú y los de tu tendencia. Placer sin peligro de concepción o sin la alegría que la concepción puede significar. Sé qué es *vuestra* maldita copulación si eso es en realidad el asunto. Polución, así es cómo llamaba la hermana Berthe a todos los actos sexuales en que se derramaba fuera la semilla. Una cosa repugnante, el pecado de Onán. Cuando se trata de un hombre y de una mujer siempre se corren riesgos.

—Oh, no, no es eso, qué va, ni mucho menos. ¿Vas a decirme que tú corriste un riesgo con ese imbécil asqueroso de Domenico?

—Usé pasta de dientes por si te interesa. Una chica del colegio la usaba. Domenico, que es menos asqueroso que tú, que eres un marica, comentó el gusto a menta.

—Oh Dios mío, oh Dios mío querido, Jesús, Jesús, Padre Santo del Cielo...

—Hipócrita. Eres un hipócrita puñetero, tenía razón él, eso es lo que eres, un hipócrita puñetero, Ken Toomey.

—Oh, Dios mío querido.

Entonces sonó el timbre.

Nos miramos.

—Es el timbre —dije yo.

—Bueno, pues vete a abrir, es *tu* casa.

—¿Quién crees que puede ser?

—El príncipe de Gales, Charlie Chaplin y Horacio Bottomley. Imbécil.

Y se levantó briosamente y fue a abrir la puerta. Ella no tenía por qué temer a nadie, a un nuevo grupo de marineros vengadores o a la policía sexual de paisano. Oí que abría la puerta y luego la voz de alguien sorprendido pero repuesto rápidamente, pero soltando «Oh», dos veces. La otra voz era masculina y susurrante y suplicante y asustada. No no había pensado, no había llegado a ocurrírseme siquiera, sinceramente, que el asqueroso de Domenico fuese a volver tan pronto. Hortense entró en el salón muy decorosa y dijo:

—Ha recibido este telegrama.

Me lo entregó, Domenico aún seguía, supuse, agazapado junto a la puerta. El telegrama decía arrivo lunedì giorni cinque missione delicata nizza carlo. Típico de un condenado sacerdote, que suponía que las vidas de otras personas nunca podían estar tan desorganizadas como para que sus casas resultasen impropias para una condenada intrusión sacerdotal. Aun así, esto, en cierto modo. Era mejor.

—Tendremos que alojarle aquí —dije.

No percibí la menor acritud en mi voz, percibí más bien el efecto del incipiente extiendelabios de una sonrisa sobre las vocales. Así que Domenico había vuelto. Los ojos desorbitados y nerviosos, sudor en las mejillas, manos y brazos de lo más elocuentes, balbució un recitado: Estaba en el café de enfrente y el hombre de los telegramas me vio y dijo que era para mí, me conoce, en fin y dijo que se alegraba de no tener que subir la escalera con él. Estaba en el café o más bien en una mesa fuera tomando una copita de coñac por el disgusto cuando me lo dio. Él, este telegrama de mi hermano. Mi hermano Carlo tiene que resolver un asunto en Niza. *Missione delicata*, sé lo que quiere decir, fue lo mismo también aquella vez de Cerdeña. Así que espera poder instalarse aquí como la otra vez, así que ¿qué puedo hacer yo? Viene el lunes y mañana es domingo, así que ¿qué puedo hacer yo?

Por supuesto, no puedo permitir que se conozca este episodio, una imagen de su Santidad el Papa roncando como un bendito pero disolviendo, con su sacra presencia, los designios fornicatorios de su hermano. Era sólo el gordo Carlo el que iba a roncar, pero era un sacerdote y una entidad espiritual formidable, y yo sabía que Domenico le tenía miedo.

—No hay problema —dije—. Puedo dejarle mi dormitorio y dormir yo en este sofá de aquí. O puedo irme a un hotel. No hay problema.

Domenico y Hortense me miraron con cautela y recelo, como si no supiesen lo que me proponía.

—Domenico, Hortense —dije, moviendo dos dedos—, habéis sido unos niños díscolos. Pero a los ojos de Dios todos lo somos.

—Hipócrita —dijo Hortense, sin dramatismo. Domenico tragó saliva y le dirigió una mirada de reproche de lo más hipócrita.

—Aún sigues siendo mi hermano —dije—, aunque seas un hermano descarriado, lo mismo que Hortense sigue siendo mi hermana, aunque descarriada también. Don

Carlo, os lo prometo solemnemente, no sabrá nada de los actos reprobables que han sucedido aquí. Pero no podrá dejar de percibir, sin embargo, espero, que existe una cierta simpatía entre vosotros. No hay duda de que nos ayudará a todos.

—Oh, sí, simpatía —dijo Domenico, sin entenderme en realidad, y acercándose unos centímetros más a Hortense, que dijo, aún sin dramatismo, quizá con menos todavía:

—Maldito maldito maldito. Mojigato homosexual, que te las das de de de.

—Eso es una ruindad, Hortensia —dijo Domenico, arrojándose aún más a ella.

—Yo nunca prescribo castración —me decía el doctor Henry Havelock Ellis—. Pero, claro está, últimamente nunca prescribo nada. Me considero, como tú, un hombre de letras.

Esto fue un domingo, el 30 de marzo de 1919. El que haya admitido un recuerdo más bien vago de los acontecimientos del pasado, y sea capaz tan a menudo de asumir el papel de cronista exacto, no ha de desconcertar al lector que busque coherencia en el autor de este libro. Unos tres meses después de mi ochenta y un aniversario, llegaron de Estados Unidos fotocopias de mis diarios y cuadernos, y en ellos hallé días y semanas de mi vida fielmente reseñados, pese a que existan lagunas considerables. El que los acontecimientos vergonzosos que se iniciaron cuando regresé de Inglaterra a Mónaco con Hortense y culminaron el 29 de marzo de 1919, fueran como los he reflejado, es algo que el lector ha de aceptar sin discusión, aunque la fidelidad de los diálogos raras veces sea literal. Respecto a mi entrevista con Havelock Ellis en el Hotel de París al día siguiente, no estoy del todo seguro, pero fue sin lugar a dudas aquel año y casi con certeza en el Principado. La entrevista y las cosas que dijo vienen perfectamente a cuento con esta fase de mi narración, tal como la estoy desarrollando, por lo que espero que el lector amplíe su concepto de verdad, para acomodarse a lo que sigue.

Ellis tenía por entonces unos sesenta años, pelo blanco escaso, y una gran barba blanca, el profeta perfecto. Había ejercido como médico, pero había abandonado la medicina para dedicarse a la literatura. Éramos muchos los que le estábamos agradecidos por sus *Series Mermaid de Dramaturgos Isabelinos*, publicada a finales de la década de 1880. La primera vez que entré en contacto personal con él fue con motivo de una afirmación errónea que él había hecho sobre los orígenes de la división en actos isabelina. He olvidado dónde dio su conferencia sobre Sackville y Norton y los Inns of Court y *Gorboduc* y *Lochrine*, pero recuerdo con claridad una especie de fetidez proletaria (cerveza, tabaco negro y mugre imborrable) que impregnaba el lugar, así que supongo que sería una de aquellas series de conferencias de difusión cultural para obreros aplicados del consejo del condado de Londres. Ellis dijo que los dramaturgos isabelinos habían tomado su división de la obra en cinco actos de Séneca, junto con muchas otras cosas, y yo repliqué que lo habían tomado de Terencio y de Plauto, pues las tragedias breves irrepresentables de Séneca seguían el procedimiento griego de no admitir ninguna división en actos dramáticos. Ellis tuvo que admitir que no había estudiado con demasiada profundidad el asunto, y posteriormente pasó a darme la razón, pero la falacia que expuso en aquella ocasión la recogió T. S. Eliot y la eternizó en una de las críticas de revista que coleccionó luego y denominó ensayos. Yo corregí a Eliot en el salón del Hotel Russell, creo, a finales de la década de los treinta (él mientras tanto se alimentaba con migas de queso Wensleydale), pero el error sobrevivió a su muerte. Había mucho de diletante en

Eliot. El primer volumen de los *Estudios sobre psicología de la sexualidad* (1897-1910) de Ellis fue motivo de escándalo y persecución oficial, y para muchos de mi generación, Ellis era un héroe-mártir.

Había adquirido, según decía, cierta afición a la cerveza en Australia cuando había estado allí de profesor, y eso era lo que bebía en el bar del Hotel de París cuando me encontré con él aquel domingo al mediodía. Ellis tenía varios hábitos curiosos. Torcía la cara como para impedir el paso del aire por las narices, y al mismo tiempo roncaba leve y rápidamente; mostraba los dientes, que estaban en bastante mal estado, en una especie de exhibición de gruñidos inesperada e impertinente; se llenaba la boca de cerveza y la tragaba luego sonoramente; y se tironeaba la entrepierna como si pretendiese extraer música de ella.

—La homosexualidad —me decía—. Ese amigo mío de Roquebrune es homosexual desde hace mucho tiempo. Creo que es muy poco lo que se puede hacer al respecto, y no veo por qué ha de considerarse algo patológico. Lo que es patológico es la ley, pero la ley cambiará con el tiempo. ¿Cuál es tu problema?

—La etiología del fenómeno...

—En realidad, no puedes decir eso. El amigo Sigmund de Viena ha rechazado tajantemente el helmholzismo groseramente físico en que se educó a su generación. Según él, las neurosis y las histerias y lo que el mundo llama, si conoce el término, aberraciones e inversiones sexuales y demás, no tienen ninguna causa física, aunque puedan tener síntomas físicos. La supuesta aberración de la homosexualidad nada tiene que ver con una provisión irregular de hormonas o de lo que sea. Nadie nace homosexual. Nadie nace heterosexual tampoco, pero todo el mundo nace sexual. Esta sexualidad se fija primero, inevitablemente, en la madre, fuente de gratificaciones, orales y de otro tipo.

Era un discurso árido y frío y nada elizabethiano, y hablaba además demasiado alto. Había una familia inglesa compuesta de padre, madre y dos hijas vanidosas en una mesa próxima y estaban oyéndolo todo. Ellis soltó de pronto una sonora carcajada, extrajo un par de acordes de arpa de su arropada entrepierna y gritó:

—Freud, el científico judío, si no tiene cuidado, acabará siendo un científico cristiano. ¿Eh? ¿Eh? —luego, soltó un bufido escandaloso hacia el resto de la concurrencia, que era numerosa, pues estábamos en la hora del aperitivo y dijo—: La mayoría de la gente que hay aquí es heterosexual, pero, claro, debemos tener en cuenta al mismo tiempo que la Cote d'Azur es un refugio de los de la tendencia opuesta. Supongo que es la razón por la que estás aquí tú mismo, por ejemplo.

Luego miró, valorativamente, en apariencia, al camarero y dijo:

—*Encore un bock.*

—Perdona —dije—. Todo eso es de sumo interés, pero...

Se dio cuenta en seguida.

—Hablo demasiado alto, ¿eh? —dijo demasiado alto—. Sí, es un defecto estúpido. Es que me estoy quedando sordo.

Luego, empezó a cuchichear, pero el cuchicheo era tan audible como la declaración anterior.

—Como ya he dicho, todos nacen con sexualidad. Hay etapas de desarrollo infantil que conducen, en la mayoría de los casos, a una manifestación clara de tropismo heterosexual. Ahora bien, el homosexual nace de una situación edípica anómala. Pero su homosexualidad no es ni una neurosis ni una psicosis. Sólo su actitud hacia ella, es decir, su actitud ante la actitud de la sociedad hacia ella, puede engendrar una situación en la que se haga necesario hablar de una etiología. ¿Me expreso con suficiente claridad?

Demasiado claro, demasiado.

Vació el bock y dijo, para alivio mío:

—Vamos a dar un paseo. Parece que tenemos un día espléndido.

Paseamos sólo por la plaza del hotel, el casino, el Café de París y el jardincito. Era, desde luego, un día espléndido de primavera, un día para coqueteos heterosexuales de tradición literaria.

—Mi padre —dije—. Lo recuerdo como el hombre más suave y amable del mundo. Nunca le tuve miedo. Le despreciaba un poco, quizá, por no ser lo suficientemente firme conmigo, por dejarle todo eso a mi madre. Ahora le desprecio por otra cosa. Pero dejemos eso...

Luego, de pronto, me vino a la cabeza un recuerdo, preciso como la visión de la gaviota que volaba sobre el casino, un recuerdo de la niñez, en que yo estaba chillando, inmovilizado, sin poder escapar, mientras mi padre se acercaba lúgubre con los fórceps. No, no era su sillón de odontólogo. Yo estaba en la cama con mi madre, que me rodeaba con un brazo y mi padre entraba en el dormitorio sonriendo con (eso debía ser) burlona ferocidad con las tenazas de la cocina en la mano (imposible) y asida en las tenazas una muela marrón ensangrentada y monstruosa. «La más grande que he visto en mi vida», decía, y parecía sonreír burlonamente, apuntando con la muela hacia mis ocultos genitales. «Recuérdalo, muchacho, recuerda que tienes que cuidar la dentadura». Había fuego (¿por qué?) relumbrando en la chimenea del dormitorio, y mi padre abrió las tenazas y dejó caer la muela entre las llamas. Luego, blandió las tenazas hacia mí, haciendo un sordo castañeteo metálico y se fue canturreando. ¿Era aquello lo que llamaban la escena originaria, o algo parecido?

—¿Desprecio dices? —dijo Havelock Ellis—. No tiene nada que ver con eso. Oye. —Se cogió bruscamente las manos atrás, girando todo el cuerpo para tener mejor perspectiva—. Esa chica es de una belleza asombrosa.

La chica tenía unos dieciocho años, piel de un tono aceitunado suave, y salía de misa con su madre, con un misal blanco en la mano. Como si sólo hubiera hecho un homenaje convencional a su lascivia de viejo, rechazó su propia admiración y se volvió a mí, diciendo:

—Describámoslo así. Tu padre poseía a tu madre y estaba dispuesto a castrarte a

ti por ser su rival en el amor, y tú concebiste la terrible idea de que tu padre poseía a todas las mujeres. Eso es lo que enseña el amigo Sigmund. Puede servir igual que cualquier otra teoría. Como la falsa etnología, comprendes. Un ignorante explica que María reina de Escocia sentía verdadera pasión por la mermelada cuando estaba enferma, y por eso, llamaron a la mermelada así, por *marie est malade*. Un disparate, pero que llena una especie de vacío en el cerebro. Como la mitología freudiana. No tiene por qué ser racional, comprendes. En realidad, no puede serlo. Pero tu padre te hizo temer a todas las mujeres y por eso eres lo que dices que eres. Así que no te preocupes. Disfruta. La vida es muy corta.

Aunque resultábamos directamente visibles para un grupo de turistas, de Nueva Inglaterra por el acento, extrajo un nuevo acorde de la entrepiera.

—¿Y qué he de sentir, teóricamente, hacia mi hermana? —pregunté.

—Tienes una hermana, ¿eh? ¿Más joven que tú? Un asunto interesante eso de tener una hermana. Sigmund tuvo una trifulca tremenda con uno de sus discípulos descarriados, el que se estableció por su cuenta con una teoría, según la cual todo brotaba del trauma del nacimiento, Otto No Sé Qué, probablemente tenga algo de razón, una polémica sobre la homosexualidad y el incesto. Uno de ellos decía que la hermana, no sé si fue ese Otto o si fue el gran patriarca en persona, queda fuera de la red. El padre no la posee igual que posee a la madre. La hermana no es un objeto sexual, al menos durante esa fase, no sé si te das cuenta de lo que quería decir con eso, fuese lo que fuese... ¿leíste mi introducción a *Lástima que sea una puta*?

—Leí la obra en las *Series Mermaid*. No recuerdo la introducción.

—No importa. Ahora que me acuerdo no la escribí. Debí proponérmelo, quizá. Bueno, qué más da. En fin, el único medio de salir de la homosexualidad es el incesto.

—O la castración.

—Yo nunca prescribo la castración. Pero, claro está, ahora ya no prescribo nada. En fin, me considero, como tú, un hombre de letras.

Hizo una mueca terrible y esbozó una sonrisa irónica terrible.

—Incesto fraterno —proclamó.

Estábamos parados en las proximidades de la terraza del Café de París. Ellis contemplaba a los que tomaban el aperitivo como si fuese un zoo, luego, dijo, con toda claridad a un abrumado camarero:

—*L'inceste avec la soeur*.

El camarero se encogió de hombros, como diciendo que eso no figuraba en la lista.

—Eso centellea al nivel consciente, como un relámpago difuso en el horizonte marino. Como algo que hay que vigilar, para evitar la ocasión de la caída. Saltar de la sartén al fuego.

Aunque eso puede llevar a la búsqueda de sustitutos fraternos, hermanas sustitutas, etc. Interesante. Deberías escribir una obra sobre ese tema. Creo que ya lo

hizo Philip Massinger. Aunque quizá no. Una novela, una forma artística más amplia, en una obra de teatro no hay espacio en realidad para tratarlo.

Yo escribí una novela sobre ese tema en 1934. Bueno, en realidad sólo escribí la mitad. Pero me di cuenta de que no podría publicarla, era imposible en una época en que el editor James Douglas, que llamaba a Aldous Huxley el hombre que odia a dios, el pobre Aldous, el borracho de Dios, proclamaba que prefería dar a sus hijos ácido prúsico que dejarles leer *El pozo de la soledad*. Mi título provisional era *Ella no tiene pechos*.

—¿Cuál es el mayor pecado? —pregunté.

Estaba equivocándome de hombre. A quien tenía que hacer aquella pregunta era al individuo que llegaría de París al día siguiente. Probablemente, él negase la existencia de ambos, salvo como elementos de alguna hipotética lista elaborada *a priori* por el doctor Angélico, que estaba tan gordo que tuvieron que cortar un semicírculo en la mesa para que pudiera comer en ella. *Copulatio cum aure porcelli*, la copulación con una oreja de cerdo no debe considerarse distinta que el mismo acto realizado *in natibus equi* en el trasero de un caballo (A, 3, XVI), acto que constituía profanación y derroche ilegítimo de la semilla destinada a la procreación y a henchir el reino celestial de almas salvadas. En el incesto no se desperdiciaba la semilla, por lo que debía considerarse un pecado más leve, pero ver Ambrosio Fracastor, Bibelio, Virgilio Polidor Tuculo, etc., etc.

—¿Pecado? ¿Pecado? —gritaba Ellis a un perrito que pasaba—. Oh, Dios mío, pecado dice.

Lo recuerdo ahora muy claro, pero no puedo entender por qué había subido penosamente desde la Condamine a Montecarlo, dispuesto a mostrar mis magulladuras a extraños que pensarían: «Estuvo en un tabernucho del puerto con marineros borrachos, el muy maricón, le está bien empleado». ¿Había ido a buscar a aquel traidorzuelo de Curry al Balmoral? No, desde luego. En realidad, se había ido. Hortense y Domenico habían ido, los muy hipócritas, a misa a Sainte Dévote. ¿Por qué no me había quedado en aquella cama que debía ceder al día siguiente a Don Carlo, recuperando el sueño perdido durante una larga noche dedicada a escuchar rumores de cautelosos pies fornicatorios (escucha eso, Toomey, cuidado; oh, estoy harto ya de vigilar continuamente)? ¿Acaso había deseado que profanasen a mi hermana y deseaba ahora que se casara? ¿Era masoquismo, era identificación sexual con mi hermano de arte Domenico? ¿Deseaba que los dos se sintieran inquietos por mi manifiesto cambio de actitud? ¿Qué pasaba? Ay, he practicado la técnica de la ficción literaria muchos años, pero sé ahora menos que nunca de las tortuosidades del alma humana.

Havelock Ellis miró hacia la callecita que quedaba entre el casino y el Hotel de París y, al ver a un hombre que subía por ella, abrió ojos y boca desmesuradamente, lleno de gozo. Aquel individuo, de unos cincuenta años, que vestía lo que parecía un traje de alpaca que emitía un resplandor purpúreo bajo la intensa luz del sol, empezó

a trotar hacia Ellis, sonriendo de oreja a oreja. Ellis le recibió a mitad de camino, saliendo a su encuentro velozmente, aunque sin trotar.

—Querido, mío, querido mío.

Aquél debía ser el homosexual de Roquebrune. Luego, yo descubriría que la esposa de Ellis era lesbiana declarada y que el propio Ellis era absolutamente impotente. Allí estaban, sí; Ellis y aquel individuo, abrazados, el hombre diciendo: «¿Qué? ¿Qué? ¿Eh?» a la manera patricia. Luego entraron en el Hotel de París, cogidos del brazo. Ellis se había olvidado de mí, de aquel individuo tosco. Yo no existía. Y había sido él quien me había sacado a la plaza, dejándome allí plantado, desorientado, y sintiéndome un imbécil bajo el sol y las gaviotas.

Pero, ay, por allí suben, por la misma callecita, a comer conmigo en el Hotel de París, ellos. Hortense con un vestido blanquecino de algodón muy adecuado, con un lazo de flores a un lado, en la cintura, un cuello ancho y vuelto, un collar de cuentas de vidrio, un sombrero de copa alargada y ala estrecha con una cinta de seda blanca y Domenico con un traje gris muy aceptable, y un sombrero de paño de ala vuelta de los que prefería Puccini, uno de sus maestros. Salían de misa y tenían un aspecto sobrio y recatado, los pecadores. ¿Qué carácter preciso tenía aquella comida: era una celebración, una penitencia?

—La ceremonia —dije cuando ya estábamos tomando el café— se celebrará, supongo, en Gorgonzola.

A Domenico se le atragantó el café. No lo esperaba. Yo había evitado el asunto durante la comida, limitándome al tema de la pequeña ópera que ambos habíamos hecho. El que la rechazasen en Milán, dije, no era el fin del mundo. Aunque entre mis relaciones londinenses no había gente de la ópera, estaba convencido de que podría conseguir que mi representante entrase en contacto con *sir* Hilary Beauclerk del Covent Garden para estudiar su posible representación. Domenico se mostró receloso al principio, pero yo fui cordial y simpático, pese a mi ojo semicerrado y a mis magulladuras. Estaba comportándome como un *gentleman*, progenie sobre la que Domenico había leído y de la que quizás hubiese conocido incluso directamente algún espécimen.

—Me refiero a la ceremonia nupcial —amplí.

—Mira, Domenico —dijo Hortense—, eso no es lo que yo pienso. Lo sabes muy bien. Es cosa de él, que se pone pomposo y pesado *in loco parentis* y asquerosamente hipócrita.

—Y tu hermano oficiará la ceremonia —continué—. Supongo que Hortense tendrá que ir muy pronto contigo a conocer a la familia. Esto es algo que podemos hablar con Don Carlo cuando llegue mañana. Supongo que tu familia vive en la edad moderna, con todas sus libertades sociales, igual que tú. Supongo que no habrá disparates trasnochados como dote o capitulaciones matrimoniales. Os queréis y basta, ni más ni menos. Os queréis, ¿no? —dije, con súbita ferocidad.

—Eres un cerdo asqueroso y repugnante —dijo Hortense.

—Por Dios —gruñí—. Cómo te atreves a hablarme de ese modo. Aún no eres tan mayor como para que no pueda darte una bofetada. O una buena azotaina en el trasero.

En otra mesa, a unos cinco metros de distancia, el amigo de Ellis, el de Roquebrune, gorjeaba unos versos del siglo XVII que reconocí:

Bésame. Si luego alguna vez supieran
De nuestro tierno afecto, aunque quizá
Las leyes de conciencia y del uso civil
Nos acusaran justas, bastará que conozcan
Nuestro amor, que ese amor borrará su rigor,
Que en otros insectos sería detestado.

Luego soltó una risilla.

—Sí, sí —gruñó Ellis, demasiado alto; estaba algo achispado—. Metátesis vocal. La palabra asusta. Nunca olvidaré aquella vez, el muy imbécil. Aquello de «Buen Hamlet, quítate tu camisita de noche». Pero eso fue sólo en el ensayo, le salió espontáneamente.

—Esa obra. En inglés *whore* —le dije a Hortense; ella no parecía conocer la palabra clave del título, pese a todos sus aires de mujer de mundo, de refinamiento, queriendo decir con refinamiento, profanación—. Emparentada con el alemán *Hure*. Hurí. Quizá la hermana Gertrude haya utilizado la palabra en algún contexto exhortativo.

—Sí —dijo entonces Domenico, que ya se había tomado el café y se había limpiado meticulosamente los labios con la servilleta—. Nos queremos.

Y extendió su zarpa peluda hacia la fina muñeca de Hortense, que estaba sentada frente él.

El telegrama de Don Carlo decía que venía por cinco días, pero en realidad se quedó más de una semana. Me di cuenta de que se había labrado una reputación como exorcista, y había un trabajo difícil de este género a realizar en las proximidades de Niza. El obispo de Niza había solicitado sus servicios, y le habían concedido, por ello, una semana de permiso en el Catho de París. Un poco irregular, sin duda, pero Su Gracia había sido informado de que Don Carlo era el mejor hombre de Europa para combatir al diablo, y esto se decía en un sentido muy literal. Para algunos de aquellos eclesiásticos el diablo no era ninguna metáfora, sino una entidad palpable, o más bien un ejército bien estructurado de entidades (de ahí el nombre de Legión como la Legión Británica), con el Hijo de la Mañana como generalísimo al mando de Belial y Belcebú y Mefistófeles, así como un gran número de suboficiales y soldados rasos ansiosos de luchar por la causa del mal y de ascender. A mí por entonces, esto me parecía un montón de disparates, pero Don Carlo se disponía al combate armado con el *Rituale Romanum* y, a machacar, como si dijéramos, a aquellos diablos menores que se habían instalado en los cuerpos de los inocentes. Nunca había dudado del carácter externo del mal, y eso era lo que le hacía tan formidable. El hombre era creación de Dios, y, en consecuencia, perfecto. El diablo entró en el jardín del Edén y enseñó al hombre a ser malo, y aún seguía haciéndolo. ¿Por qué no aniquilaba Dios entonces al diablo con todas sus obras? Por el libre albedrío. Dios había permitido la Rebelión de los Ángeles por el libre albedrío. Una concesión divina que por ninguna clase de medios ni de ningún modo podía abolirse. Pero oigamos las palabras del propio Don Carlo. El duro proceso de exorcismo en el que laboraba diariamente (yo le imaginaba sin chaqueta y con las mangas de la camisa remangadas) había llegado a las columnas del *Nice-Matin*. La víctima de las atenciones de ciertos diablos menores pero tenaces que tenían, al parecer, nombres como Chouchou, Ranran y Piquemonsieur, era un niño de ocho años, hijo de un obrero ferroviario, que se lo explicó a un periodista en un bar. Don Carlo creía, no sin motivo, que la prensa podía obstaculizar su tarea y se negó a hablar con sus representantes. Se dirigió, sin embargo, al mundo en general, o tal como estaba representado en la misa de once del domingo siguiente en Sainte Dévote. Pronunció un sermón en un francés muy razonable, aunque con acento milanés, tomando como base el versículo noveno del capítulo quinto del Evangelio de San Marcos, el que dice lo de nuestro nombre es Legión y somos muchos. Don Carlo dijo:

—Hace sólo cinco meses llegó a su término una guerra devastadora, debilitante, inicua y absolutamente mala. Cuando utilizo la palabra *mala*, cuando hablo del *mal* no lo hago a la manera del político o del periodista. Ellos utilizan el concepto de modo impreciso y vago, como simple sinónimo de lo que es doloroso o no deseable. Todos hemos oído frases como «los males del capitalismo» o «los males de la especulación inmobiliaria» y hemos permitido que adquiriera un sentido puramente

secular. Pero lo *malo*, el *mal*, son términos que indican en realidad una fuerza absoluta que se desató en el mundo casi desde el día de su creación y que no quedará barrida definitivamente hasta el Día del Juicio. Esta fuerza, al ser absoluta, no puede ser obra del hombre. Es monopolio de unos seres espirituales, criaturas de Dios, siervos sublimes, majestuosos y bellos del Todopoderoso que, al mando de un caudillo, el más hermoso de todos ellos, el que tenía por nombre Portador de Luz, rechazaron la soberanía de Dios, fraguaron la rebelión, se negaron a someterse, y fueron arrojados todos ellos del empíreo a la extensión oscura y vacía del espacio. Y estos seres detuvieron lo que habría sido una caída infinita, pues el espacio no conoce límites, dando existencia con su voluntad a una nueva morada suya propia que llamamos Infierno, y sustituyendo el principio del bien eterno por el principio opuesto del mal eterno.

»Ahora bien, ¿cómo definimos este mal? Es muy simple. Como un principio, una esencia destinada a oponerse al bien de Dios y, a través de una serie de acciones de guerra, a derrotarlo al fin. Ángeles ciegos, descarnados en su pecaminosa soberbia, enfrentándose sin esperanza al Todopoderoso, su propio Creador, al que podía, con un simple aliento de su boca divina, apagar su ser como se apaga la llama de una vela. Pero a Dios se le concibe como el Creador, no como el Aniquilador, y no es propio de su naturaleza destruir lo que ha creado. ¿Por qué entonces, pueden decir los ignorantes, no sofocó aquel acto de rebelión en su chispa inicial, por qué no ahogó el propósito de desobediencia en la garganta misma del que la proclamó? Porque Dios otorgó a Sus criaturas la bendición sobrecogedora y misteriosa de la libertad de elección. Puede decirse que Dios, al ser omnisciente además de omnipotente, previó desde un principio que surgiría y cristalizaría ese acto de rebelión angélica y que este conocimiento previo constituye, inevitablemente, una negación de la libertad de la criatura. Pero esto es una imposición, vergonzosa y demasiado humana, que hacemos a la naturaleza de Dios, atribuyéndole una limitación que no tiene en cuenta la devoción infinita de su amor. Dios ama a Sus criaturas y les otorga además el don de Su propia esencia: libertad absoluta. El conocimiento previo implicaría la abrogación de ese don, pues lo que puede preverse está predestinado, y donde hay predestinación no hay libre arbitrio. No, Dios, en su amor terrible, se negó a Sí mismo ese conocimiento previo, se impuso una especie de ignorancia humana que debemos considerar la semilla misma de Su encarnación posterior en forma humana. Con el cataclismo espectral de la Caída de los ángeles Dios empieza ya a asumir las características del Redentor.

»¿Redentor de quién o de qué? No de Lucifer y de su iniquidad. No hay vuelta atrás en eso. Se ha elegido el mal y ya no puede rechazarse. Pero, por una necesidad divina misteriosa y terrible, Dios se ve impulsado a crear al hombre. Cuando hablo de la creación del hombre no os pido necesariamente que creáis en una elaboración literal de un ser de carne y hueso a partir del polvo. Prefiero dejar a los literalistas de América lo de negar la posibilidad de un largo proceso de creación que podemos

denominar, incluso, evolución. Consideremos, en fin, que, en determinado momento del largo discurrir del tiempo, surge la criatura llamada hombre, carne, sangre, hueso, en la que el Creador infunde un alma, y la esencia de este alma es la encarnación del libre arbitrio, la promesa de Su amor. ¿De qué naturaleza es este libre arbitrio? Es la posibilidad de elegir entre el reino del bien y el reino del mal. Podemos decir, en realidad, como han dicho ciertos Padres de la Iglesia, Teodosio entre ellos, que el mal es una necesidad, puesto que si sólo existiese el bien sólo podríamos elegir el bien, con lo que no habría libre elección. Por eso Dios crea al hombre y le otorga ese *Liberum arbitrium*, divino, y le ofrece dos reinos y que elija entre ellos, el reino luminoso y eterno creado por Él y el pozo repugnante y hediondo de aflicción y horror que es la morada del Enemigo de Dios.

»Permitidme que os aclare, hermanos, que lo mismo que el bien no puede ser obra del hombre, pues constituye una esencia eterna que se le revela para que pueda ejercitar su libre arbitrio, así el mal, el opuesto absoluto, queda también fuera de su capacidad de acción. Es obra de otro ser eterno, caudillo de la Legión de los perdidos y condenados, que desea aplastar al Todopoderoso aplastando Su obra más querida. Sólo podemos hablar de las malas obras del hombre por una suma imprecisión de concepto y de fraseología. Podríamos decir, por utilizar una imagen más clara, que el hombre toca en un teclado la melodía del mal, pero que no es Su compositor. No, hay tras él un genio mortífero, invisible pero que se manifiesta a través de sus obras, y estas obras tienen una característica común, una firma, una esencia identificable. Lo mismo que Dios es el Creador, así el Enemigo de Dios, y del hombre, es el Destructor. El mal es destrucción, pero debemos analizar ahora brevemente la naturaleza de esta destrucción.

»Destruir no es, como sabemos, en su aspecto humano, una acción que debamos lamentar o condenar necesariamente. A veces resulta necesario demoler hasta los cimientos un edificio que se desmorona para alzar en su lugar otro más bello. Puede derribarse un gobierno tiránico para que ocupe su lugar otro que garantice una era de libertad. Pero debéis tener en cuenta que estas formas de destrucción son de un género especial: destruyen lo que se considera ya destructivo. Ese edificio que se desmorona constituye un peligro para los que lo habitan y es, además, feo y desagradable a la vista. La fealdad es un atributo identificable del mal. El tirano es un destructor, y destruir al destructor y destruir sus obras es el primer paso para edificar una era en que impere el bien, uno de cuyos atributos identificables es la belleza. La destrucción diabólica tiene un carácter totalmente distinto. Pretende destruir lo bueno y lo bello, pues no ve en estos atributos sino reflejos de la divinidad. Quiere destruir también la verdad, el tercer atributo de la santa trinidad de Dios. Las obras diabólicas de destrucción pueden identificarse por su perversidad, por su carácter aparentemente gratuito. No parecen perseguir más fin que el de escupir en el rostro del Creador. Hemos visto, en esa guerra que terminó hace sólo cinco meses, un panorama de destrucción sin parangón, en la que se perdieron de un modo absurdo millones de

vidas, se desplegó la crueldad más inicua, se sembraron las semillas de la miseria y de la enfermedad, se destruyeron grandes ciudades, se envenenaron el aire y la tierra. Y hay algunos que hablan del derroche, la locura, la demencia humana, de esa persecución inexplicable por parte del hombre de su propia destrucción. Pero ¿podemos hablar de desperdicio y de derroche cuando tantos hombres, y tantas mujeres, se vieron empujados a actos de heroísmo, amor y abnegación que no habrían surgido de ningún modo en un período de paz y de letargo? ¿Podemos hablar de locura cuando el diablo manifiesta tanta astucia y cautela en la maquinación de las ocasiones de plasmación masiva del mal, haciendo que la causa del bien parezca la del mal? ¿Podemos hablar de lo inexplicable, cuando la Sagrada Escritura y las enseñanzas de la Santa Madre Iglesia nos dicen con toda claridad que el predominio del mal es uno de los hechos constantes de nuestras vidas, y que el otro es el predominio del bien?

»Queridos hermanos y hermanas en Cristo, he hablado de un gran mal y hablaré ahora brevemente de uno menor... aunque me gustaría subrayar, si tuviese tiempo, y si tuviese en realidad la capacidad expresiva y la elocuencia necesarias, que no podemos establecer en rigor juicios cuantitativos sobre las obras del diablo, puesto que todo acto que él perpetra, sea grande o pequeño, es abominable, es una tentativa de mancillar la bondad y la majestad de Dios. Si le dejásemos segar toda la flor de la humanidad del mundo, si le dejásemos penetrar en el ser de un niño inocente, tal hecho provocaría en nosotros un grito de protesta similar en nombre del Altísimo. A mí, el más humilde y frágil de los siervos de Dios, se me ha encomendado últimamente, una de las obligaciones regulares impuestas al sacerdocio, encomendada por Nuestro Señor Jesucristo a sus discípulos, me refiero a la expulsión de malos espíritus. Se me ha encomendado expulsar a pequeños y ruines agentes del Padre de la Mentira, criaturas hediondas pero formidables y sin embargo cobardes, que atacan en su cobardía a los inocentes y los indefensos. Y estos seres diabólicos se aposentaron, con la misma arbitrariedad que un enjambre de abejas, en la persona de un niño pequeño, hijo de una buena familia, humilde y católica, e intentaron, arrastrando a la locura a ese pobre niño, destruir una de las criaturas perfectas de Dios. Allí estaban, y sus voces eran muchas pero su tema el tema común de aullar blasfemias y obscenidades, responder con gruñidos al ministro de Dios, escupir sobre la Santa Cruz, intentar ahogar con aullidos las palabras sagradas del exorcismo. Pero al final huyeron aullando y, alabado sea Dios y su Hijo Bendito, el inocente recupero su inocencia, y en esa familia humilde habrá siempre una conciencia clara de la grandeza de Dios y de la impotencia final del mal.

»Os digo estas cosas, hermanos, para que toméis de nuevo conciencia de la lucha que Dios, en su Sabiduría Inefable, ha decretado que sea la suerte de nuestra época. La lucha adopta muchas formas, pero en el fondo hemos de identificar al enemigo único, a ese ejército cuyo nombre es Legión y cuyos Soldados son numerosos. Permitidme aclararos ahora el verdadero significado de una palabra terrible que

utilizáis y oís utilizar todos los días de vuestra vida, que os han gritado preladados como yo, pero que quizá no hayáis ponderado nunca lo suficiente. La palabra es *péché*, *peccato*, pecado. Os pido que diferenciéis muy cuidadosamente entre la palabra pecado y esa otra palabra, mal. Porque pecado es algo que las almas humanas pueden cometer, pero el mal es la entidad ya existente que, a través del acto que denominamos pecado, un alma humana puede abrazar voluntariamente. La Santa Iglesia nos enseña que la capacidad de pecar se deriva de ese primer pecado que nuestros primeros padres cometieron cuando atendieron a la voz seductora del Padre del Mal y comieron del fruto prohibido en el Paraíso Terrenal. Hemos heredado esta capacidad de pecar de ellos lo mismo que hemos heredado las otras características de la identidad adamita o humana. Ahora bien, podemos definir pecado como una transgresión que es posible en virtud de nuestra capacidad innata de confundir el bien verdadero o divino con lo que el Hijo de la Mañana caído nos pinta como un bien superior. No hay, claro está, ningún bien superior al bien de Dios, pero en nuestra ceguera, en la red carnal que exalta el mero apetito, en la credulidad de nuestro estado, consecuencia de la caída de nuestros primeros padres (un estado que debemos achacar al hecho de que el demonio había introducido ya el mal), podemos sucumbir con demasiada frecuencia a la habilidad y la astucia diabólicas, aceptando lo feo como hermoso, lo falso como verdadero y el mal como el bien. Pero yo os digo: no os quejéis de que esto haya de ser así, sino más bien regocijaos y aprestaos al combate y luchad por captar lo verdadero, lo hermoso, el bien, en ese gran don divino de la libertad para proseguir en esa lucha.

»Dios hizo al hombre según su propia imagen. Le hizo sin tacha, pero también le dio libertad para caer y pecar. Sin embargo, esas caídas no son irreversibles, siempre se puede volver a la perfección. Si nos llamamos a nosotros mismos, a veces con toda justicia, “miserables pecadores”, debemos recordar que nosotros mismos decidimos serlo libremente, que no se trata de un estado que nos ha impuesto el Creador, que es el resultado de una decisión libre. Pero ese libre albedrío que nos permite pecar es el don más glorioso del Padre Celestial. Hemos de aprender a unir esa voluntad a la Suya, no a la del Enemigo. Éste es, en una palabra, el sentido de nuestra existencia humana. El ansia de pecado está en nosotros, pero el pecado presupone la existencia previa del mal, y ese mal no está en nosotros sino en los Poderes de las Tinieblas que nos asedian. Regocijaos, porque Dios está en vosotros. Entregaos a ese combate que ordena Dios. “Nuestro nombre es Legión y somos muchos”. Sí, pero los ejércitos de la gracia divina son infinitamente mayores, sus armaduras relumbran un millón de veces más que el sol, blanden armas de inefable terror. No temáis. Hasta del mal más repugnante puede surgir el más radiante bien. Hemos combatido a la bestia en Éfeso y en otras partes, y volveremos a combatirla y combatiremos a toda su progenie, a los grandes y a los pequeños. Él no prevalecerá. Dios es bueno y así es su mundo y así son sus hijos. Regocijaos y alborzaos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Don Carlo, que ocupaba el dormitorio principal mientras yo (por mi propia insistencia y sin oposición de nadie) dormía en un sofá del salón, se consideraba al frente de la casa y con derecho a ordenarme asistir a la misa en la que se predicó este sermón. Y así, con una especie de agrio buen humor, asistí, junto con mi futuro cuñado. Hortense, a la que Don Carlo aprobaba encarecidamente, considerándola una chica buena, bella, inocente y católica, fue a misa más temprano, para poder prepararle a Don Carlo, que ayunaba, una gran cena de domingo a la inglesa, con *roast beef* y budín de Yorkshire con mostaza Colman's. Le salía bien el budín de Yorkshire, tenía buena mano para él: le subió bastante por un lado del molde y le quedó marrón y crujiente por fuera y liviano y dorado por dentro. Don Carlo comió con la fruición que debía haber desplegado exorcizando a Chouchou, Ranran y Piquemonsieur.

—No puede expresar sus sentimientos —dijo la signora Campanati—, pero sé que es feliz.

Se refería a su esposo, sentado en una silla de ruedas, que llevaba cinco años paralítico. Era el centro inmóvil de un animado banquete nupcial al aire libre.

Me he trasladado ahora al verano de 1919, y pronto acabaré con ese primer año de posguerra. En aquel verano, Alcocky Brown lograron el primer vuelo directo cruzando el Atlántico y la flota alemana confinada en Scapa Flow fue hundida por los propios alemanes. El día 29 de junio se firmó en Versalles un Tratado de Paz con Alemania y, al día siguiente, Don Carlo unió a Domenico y a mi hermana con los lazos del santo matrimonio, en la capilla de la mansión de la familia Campanati, situada en los alrededores de Gorgonzola, una pequeña ciudad situada al oeste de Milán. El padre de la novia y mío, al que se había tenido que solicitar permiso para el matrimonio, envió un breve telegrama desde Battle comunicando que no ponía ninguna objeción. Me dejó a mí la tarea de entregar a la novia.

Yo había dejado ya Mónaco y me había trasladado a París, donde tenía un apartamento en la Rue Bonaparte. Hortense y Domenico, más él que ella, hablaban de irse también a vivir a París después de una luna de miel en Roma y otra temporada en Gorgonzola, donde ya llevaban un par de semanas. Todos nosotros en París, pues, Carlo en el Catho, yo respirando el oxígeno del modernismo literario, Domenico, haciéndose un hombre, como decía él, con los nuevos sabores jazzísticos de *Les Six*, estudiando quizá con Nadia Boulanger o Martínú, sin duda, por la diversión y por el dinero, tocando *jazz* al piano con saxofonistas *nègres* en *boîtes* nocturnas. París era el único lugar posible, decía.

En cuanto a Gorgonzola, como el lector ya sabrá, es el lugar de origen de un queso famoso, y era la manufactura y la venta al extranjero del mismo lo que había hecho rica a la familia Campanati. Todo el mundo conoce el queso pero pocos la ciudad, así que pronunciar el nombre es evocar un oxímoron de gusto sabroso y fétido aroma más que indicar meramente una localidad. Viajé en *wagon-lit*, desde la Gare de Lyon a Milán, almorcé (*riso al burro*, *vitello*, una botella de Vighinzano) con Elio Spagnol, que había publicado dos de mis libros, pasé la noche en el Excelsior Gallia en la Piazza Duca d'Aosta y me encaminé a la mañana siguiente, en un coupé descapotable alquilado, a la Casa Campanati por la ruta de Cernusco sur Naviglio y Cassina de Pecchi. El chófer, que estaba harto de los campesinos y se burlaba de ellos, hablaba de las tribulaciones de la Italia de posguerra, que achacaba principalmente a los ingleses, y sólo veía esperanzas en una revolución comunista. Era un día espléndido, y las golondrinas, contra las que nadie disparaba, podían remontarse tranquilamente. El chófer tenía lo que se llama un rotacismo, pronunciaba débilmente el sonido erre, peculiaridad lingüística que no suele asociarse con los italianos, pero que es frecuente en Lombardía. «*Ivoluzione*». *Ibellione*. *Lo*

spi'ito'ivoluziona'io. Hacía correr carretones camino de la guillotina como si tuviesen las ruedas acolchadas. Era un hermoso día, lleno de aromas embriagadores de cedro y magnolio.

—Capitalistas —dijo cuando llegamos ante los altos muros de la Villa Campanati—. Esos muros caerán, ya lo verá.

En los pilares de la entrada, había esas inmensas bolas de piedra, a derecha e izquierda, que los ingleses llamaban *infangthief* y *outfangthief*.

—Aquí se colocarán sus cabezas —prometió el chófer.

Discutió acremente el precio del viaje. Era un hermoso día y la brisa que venía de la ciudad no traía ni el menor rastro de su especialidad.

—Pero sé que es feliz.

Mi silla estaba junto a la de ella en la gran mesa cuadrada abierta en el gran prado que rodeaba la casa. Ésta, que se alzaba detrás de nosotros, era una extraña mezcla arquitectónica. Era, en esencia, una pequeña mansión terminada, calculé, en el año en que los ingleses dejaron de tener en Bosworth Field gobernantes ingleses, y había sido propiedad antes de una rama segundona de la familia Borromeo. El excéntrico príncipe Dragone había renegado allí, acosado por la sífilis, hasta su violento suicidio en la década de 1880, y luego la propiedad se había puesto a la venta. La familia Campanati había adquirido la casa completa con algunos tesoros artísticos, entre ellos un *Venere e Cupido* de Annibale Carracci, una *Annunciazione* de Bernardino de Conti y una *Maddalena penitente* de Antonio Boltraffio. Se decía que había una biblioteca de libros eróticos raros emparedada en la bodega, pero a un obscuro sátiro de piedra, obra, creo, de Tallone, se le había permitido seguir cabrioleando entre los cipreses. La capilla de la familia, donde se había celebrado la boda de mi hermana, quedaba situada en la parte de atrás de la casa, cruzando un amplio patio, y tenía cuatro cuadros sacros de Lanzetti, así como un Cristo yacente (que sería reclamado por la familia Borromeo: puede verse en el Palazzo Borromeo, en Lago Maggiore) atribuido a Zenale. Los Campanati habían añadido dos alas bastante vulgares al edificio original, grandes cajas de estuco llenas de dormitorios tipo hotel, muy americano, que preludiaban en realidad el estilo Parador Turístico. En la planta baja del ala izquierda, o ala este, estaba la *suite* del cabeza de familia paralítico, con una especie de subsuite para la enfermera, una tal señorita Fordham, norteamericana.

—Feliz —dijo la signora Campanati, una dama de sesenta y pocos años, italonorteamericana, su familia era de Leghorn, con un leve estrabismo venéreo que hacía que Hortense, que, como el lector recordará, tenía la misma encantadora anomalía ocular, pareciese más su hija que su flamante nuera. Era elegante y esbelta a la manera norteamericana. En rigor, correspondía a la familia de la novia organizar la fiesta nupcial, pero, pese a mi oferta de encargarse de un banquete (tenía dinero suficiente, los derechos por mis libros habían sido sustanciosos aquel año), la familia Campanati había insistido en hacerse cargo de todo. Había una especie de sensación de alivio en el ambiente, incluso entre los criados, ante la perspectiva de

que Domenico sentase al fin la cabeza.

Hortense y él habían pasado un tiempo conmigo en París, ella para encargarse del vestido de novia y el ajuar. El vestido se lo hizo una casa que entonces empezaba a destacar, Worth, y era muy moderno, es decir, tenía un corpiño tubular, la cintura baja, una falda recogida que le cubría justo las rodillas, mangas camiseras, sobremangas acampanadas de encaje, cuello en U y un delicado velo de *chiffon* con los bordes de encaje. Fue en París, donde dijo, mientras Domenico se entrevistaba con el compositor Germaine Tailleferre no sé dónde, que nunca me perdonaría.

—¿Por qué? —pregunté, con asombro sincero.

Estábamos comiendo en un restaurante desaparecido hace ya mucho, el Pélleas et Mélisande de la Rue Buffon, al sur del Jardín des Plantes, y yo acababa de empezar mi *steak au poivre*.

—¿Por qué, cielo santo?

—Por tu vulgaridad. Fue grosero y vulgar lo que hiciste, lo de forzar las cosas de aquel modo. Me hizo sentirme sucia, y a Domenico también. No tenías por qué ponerte a decir cuándo va a ser y a acelerar las cosas, y tienes que cumplir con mi hermana, y sinvergüenza, y demás.

—Pero tú dijiste que querías casarte con él.

—Cuando me interesase. Era yo quien tenía que hacerle decidirse, y tuviste que intervenir tú con tu asquerosa hipocresía yo os bendigo, hijos míos, y todo el numerito.

—No comprendo, sinceramente. Yo sólo quería que quedases unida al hombre que decías amar y...

—Querías deshacerte de mí, yo era una carga, y seguir con tu vida repugnante de mariquita. Además, no estoy segura ya de si le quiero o no.

—Bueno, eso es muy frecuente, justo antes del matrimonio, al pensar en eso de hasta que la muerte nos separe y demás. Y —dije— no te permito que utilices expresiones como ésa para referirte a mi vida, como lo que has dicho. Mi vida es cosa mía.

—Y la mía, mía, o lo era hasta que tú decidiste intervenir.

—Tú eres una chica, eres menor de edad.

—Eso es sólo lo que dice la ley, y las leyes son disparates. Ahora me siento cazada y atrapada y confinada y ya sin libertad. Y toda la culpa la tienes tú.

—No es culpa mía. Tú le llevaste a la cama y luego dijiste que ibas a casarte con él y...

—Ésos de ahí son ingleses. Están escuchando. Habla más bajo.

—Todo esto lo empezaste tú. Mira —y posé cuchillo y tenedor—, no tienes por qué seguir, además. Hay muchos compromisos que se rompen hasta en el altar.

—No, apechugaré con ello. —Y picoteó su ensalada de endivias—. Y seré muy muy feliz —añadió agriamente.

—Esos sentimientos que tienes, o que crees tener. Es una reacción frecuente,

sabes.

—Tú lo sabes todo sobre el tema, claro.

—Yo sé un poco de la vida. A la fuerza. Soy escritor.

Hortense apartó a un lado la ensalada y juntó las manos como si se dispusiera a rezar la oración de gracias.

—Me asusta él —dijo.

—¿Domenico? Oh, eso es imp...

—Domenico, no. Carlo. Cuando me mira no sé qué hay en su mirada que se me pone la carne de gallina. Es como si pudiera ver lo que pienso. Me mira y luego sonrío y mueve la cabeza.

—Sí, ya me he fijado. Pero cabecea de satisfacción. Te aprueba plenamente. Domenico ha sido un poquillo tarambana, como sabes. Ahora, sentará la cabeza.

—Sí, no hay duda, a Domenico todo le irá bien, eso es lo que todos quieren, nadie piensa en mí. Y luego Carlo empieza a hablar de los hijos que tendremos, y parece verlos como si ya estuvieran aquí. Toda buena familia católica, dice, debe darle algún hijo a Dios. ¿Qué quiere decir? En fin, me siento encajonada, y no puedo escapar, no podré hacerlo nunca. Jamás te perdonaré esto.

—Qué disparate.

—No es ningún disparate y tú lo sabes. Piénsalo, ¿qué ha pasado con nosotros, con nuestra familia? Ya no existimos, y ahí están los Campanari, con la Iglesia tras ellos, floreciendo como una como una...

—¿Viña?

—No. Sí. Oh, sí, vivos, no desmoronándose, pese a que el viejo está medio muerto; y van a tragarme.

—Puedes escapar —dije—. Ahora.

—Sabes que no puedo. Ese maldito Carlo no me dejará. Oh, quizá sea un disparate.

—Más que quizá —dije, y seguí comiéndome el *steak au poivre*, aunque sin mucho apetito. Y, en fin, allí estaba luego con la signora Campanari a mi lado, comiendo de la tarta nupcial, un brillantísimo edificio rococó de varias plantas, infectado, como de moscas, por culigordos *putti* o querubines, diseñados y contruidos por arquitectónicos reposteros de Milán. Estaba bebiendo también una copa de Dom Perignon, para poder tragarlo. A la cabeza paralítica la alimentaba la enfermera Fordham con unas migajas del pastel. Hortense estaba un poco achispada, cosa normal, pero no tanto como Domenico, que mostraba una alegría extravagante, aunque había en ella una itálica mirada de reojo a tíos, tías, primos, compañeros de colegio, monsignori, empleados, obreros del *caseificio*, monjas. Entre las monjas, estaba la única hija de la familia, Luigia, Suor Umiltà, una chica grande y bigotuda de veintitantos años, que empinaba fervorosamente el codo sin disimulo ni efectos visibles. Carlo pronunció un largo y lúbrico discurso en dialecto y se bebió medio litro de champán de una sentada, hazaña por la que fue muy aplaudido. La sonrisa

forzada de la signora Campanati me indicó que no era ése el estilo de la familia; ellos eran gente seria consagrada a ganar dinero, que hablaban un idioma llamado italiano, indicando una neutralización para uso nacional del dialecto toscano, con todos sus matices de cultura y dominio, mientras que Carlo, como una especie de deber pastoral, ejecutaba el acto escénico de quien casa el idioma de la tierra con el del cielo. Otra cosa: Carlo era físicamente vulgar dentro de aquella familia pulida y elegante. Le vi de pronto, en un fogonazo, como a un impostor, un niño abandonado, recogido, una especie de duende, furtivamente introducido en el cochecito de los Campanati. No se parecía gran cosa, desde luego, a su hermano mayor, a Raffaele.

Raffaele no estaba en Italia por la boda sino porque, por aquella época del año, dejaba siempre Chicago y venía a casa. Parecía lo que era, un hombre de negocios internacional, pero había en él una aureola de refinamiento e incluso de piedad, como si los impulsos que habían convertido, respectivamente, a Carlo en sacerdote y a Domenico en músico, hubieran quedado contenidos y congelados en las intrigantes contradicciones de una personalidad férrea, a mi juicio, en la persecución del éxito comercial. Tenía treinta y ocho años y había enviudado ya. Su mujer, una católica anglosajona de San Luis, había muerto de septicemia tras su tercera y brutal tentativa de proporcionar un heredero a los Campanati. Raffaele no había vuelto a casarse y afirmaba que viviría y moriría viudo. La estirpe se prolongaría a través de Domenico y de mi hermana, de ahí la importancia del suceso.

—No puede expresar sus sentimientos —dijo la signora Campanati—, pero sé que es feliz.

Refiriéndose, de nuevo, a su marido, una parodia disecada de Raffaele, sordo, pasmado, pero obligado teóricamente a sentirse feliz por el hecho de que la familia no moriría.

—Nuestra felicidad —decía Raffaele en italiano a los invitados.

Tenía el pelo negro y el bigote tan tupido como King C. Gillette en la etiqueta de las cuchillas de afeitar. Y era tan guapo como él, al buen modo estirado de principios de siglo: escultural, duro, sin el menor asomo de galanteo o de frivolidad. Era casto por naturaleza, según me habían dicho, y comparado con Carlo, de apetitos muy frugales. Había comido poco y bebido aún menos. Su padre, él, y yo éramos los únicos varones totalmente sobrios de la reunión. *La nostra felicità*, decía, muy serio.

La feliz pareja salía para Roma en el tren de la noche. Podían cenar en el tren, si aún les quedaba apetito, y podían intentar consumir oficialmente el matrimonio en una de las estrechas literas. Pero habían previsto ya esto, los muy hipócritas, y probablemente esperasen a la tarde siguiente, con las contras cerradas aislando del intenso calor romano, en el Hotel Raphael en el Largo Febo, cerca de la Piazza Navona. No era un asunto mío ni de nadie.

Ni era yo, pensaba, tras haber cumplido mi deber, o el de mi padre, asunto de nadie más que mío. Yo, el escritor libre. Me proponía irme con los otros invitados y pasar otra noche en el Excelsior Gallia de Milán. Había dejado allí la maleta. Un tal

dottor Magnago parecía muy dispuesto a llevarme en su gran coche con chófer, no había problema, le pillaba de paso. Luego, al día siguiente, haría una breve excursión por las islas del Lago Maggiore, yendo de una a otra en vaporcitos de recreo, y cogería el tren de Lyon para Ascona. Pero fue Raffaele quien insistió en que se enfadarían todos muchísimos si no pasaba la noche en la Villa Campanati: había una habitación dispuesta en el ala oeste; bien provisto de artículos de aseo.

—Hemos de tratar —me dijo— un asunto.

—¿Qué asunto?

—Un asunto.

Estábamos todos abajo, junto al gran portón abierto y empezaba un anochecer delicioso con olor a limón y magnolias, y colgaba del cielo una luna color melocotón. Había llegado el coche que llevaría a la estación a la feliz pareja. Besé a la novia, que lucía su traje gris de viaje con tiras cruzadas en el cuello y en la cintura baja y chaqueta ligera de satén encima abierta al aire balsámico del anochecer.

—Todo irá bien, ya lo verás —murmuré—. Ya nos veremos en París. ¿Ya me has perdonado?

Por supuesto, no había nada que perdonar. Carlo la cogió de pronto y la abrazó hasta hacerla gritar, y luego tuve que besar, aunque en las mejillas, a un Domenico listo ya para el afeitado del día siguiente. Besos, gritos, bendiciones, y un rruiseñor en los cipreses. Al viejo Campanari le habían llevado en su silla de ruedas hasta la entrada. La enfermera asió el brazo derecho del paralítico, inerte como trozo de soga, y lo movió en un gesto de despedida a la pareja.

—Ya se marchan, querido —decía la enfermera. El viejo, como un perro al que se obliga a decir adiós con la pata, miraba hacia otro lado. La signora Campanari se enjugaba las lágrimas y agitaba al aire su pañuelo de Holanda alternativamente. Los coetáneos de Domenico le gritaban lúbricos consejos milaneses, y uno de ellos hizo un gesto grosero con el puño cerrado. Gestos de despedida y llantos y gritos y un par de frágiles chaparrones de pétalos de flores procedentes, para leve sorpresa mía, de las monjas.

—Buena suerte a los dos —dijo en inglés la hermana Humildad.

En Inglaterra o en Irlanda la fiesta nupcial se habría prolongado toda la noche y habría terminado, en Irlanda seguro, con una pelea. Allí terminó con la marcha de los novios. Hubo una cena familiar, fría, naturalmente. Una fuente con restos de carnes y una *insalata mista*. Vino tinto de la finca en botella sin etiqueta. Comimos Suor Umiltà, la signora Campanari, Carlo, Raffaele y yo en un comedor que era de una antigüedad agresiva y olía a humedad. Sobre el aparador había una *Ultima Cena* de Giulio Procaccini. La araña eléctrica tenía muchas bombillas fundidas. Carlo comió como si hubiese ayunado todo el día. Cuando trajeron el café pidió el licor de la finca, una *grappa* con potente hedor a perro ovejero sin lavar. Nada se dijo de la ausencia de la enfermera Fordham. Supuse que, tras alimentar a su enfermo con un biberón, se preparó algo norteamericano para ella en su propia cocina. Hablábamos

inglés todos. A ellos les resultaba tan fácil como el italiano. Raffaele me dijo:

—¿Dónde en París?

—¿Yo o ellos?

Me miró serio y silencioso. Yo adoptaba una actitud frívola según su criterio.

—Bueno —dije humildemente—, prometí ayudarles allí. Encontrar un estudio o algo. Y si Carlo se entera también de algo interesante...

Resultaba extraño, éramos ya, en cierto modo, parientes.

—Tengo un segundo dormitorio grande —proseguí— que pueden utilizar mientras buscan. Es decir, si no se ha encontrado nada aceptable cuando... Domenico dijo algo de un piano grande. Bueno, en realidad no hay demasiada urgencia, ¿verdad?

—Domenico —dijo su madre— está deseando empezar a ganar dinero. Con la música es difícil, como todos sabemos.

—Tampoco hay prisa en eso, ¿no? —dije, quizá con cierta insolencia—. Al menos —añadí, mientras ellos me miraban sin decir nada— tenía entendido que se enfocaba todo eso con una actitud comprensiva, la dificultad, me refiero, para que Domenico se gane la vida como compositor de música seria. Él dice que aún está aprendiendo el oficio. Habla de dar clases de orquestación. Habla también de tocar el piano en clubes nocturnos. Por la experiencia, claro. Él cree que el ragtime y el *jazz* y esas cosas tienen algo que aportar a la música seria. Ravel opina lo mismo y también Stravinsky —añadí desafiante.

—Pianista de *jazz* de un club nocturno —dijo Raffaele—. Casado con la hermana de un escritor de novelas. Cómo cambian las cosas, cómo cambia la vida.

—Haces que ambas cosas parezcan algo indecente —dije con audacia—. Perdona, ese tono despectivo no tiene sentido. Toda actividad que proporcione solaz inofensivo es una profesión respetable. Recuerda además, por favor, que Domenico y yo nos hicimos, bueno, amigos colaborando en una ópera que estaba destinada a La Scala. Supongo que no menospreciarás también La Scala.

—La Scala rechazó la ópera —dijo Raffaele, y su mirada parecía implicar que la culpa había sido del libreto, quizá porque hubiese algo indecente en él.

—Quizá no la rechacen en el Covent Garden.

—Allí es donde tenéis vuestra ópera inglesa. Ya lo sé.

Se encogió de hombros como solían hacer los alemanes y los italianos cuando se mencionaba al mismo tiempo música e Inglaterra.

—Un teatro rodeado de verduras —dijo Suor Umiltà. Aunque monja, conocía el gran mundo.

—Eso también parece despectivo —dije, me tocaba.

—Bah, bah, tonterías —intervino Carlo—, vamos, vamos, más alegría y menos tristeza.

Se refería a Raffaele, cuyos bellos ojos parecían divisar un melancólico futuro para alguien o para todos en el cuenco de naranjas colocadas sobre un lecho de sus

propias hojas que había en el centro de la mesa.

—Cambio —dijo Carlo—. Hablas del *cambio* como si cambiar no fuese un elemento básico de los seres vivos. ¿Qué habría sido de esta familia si no se hubiese abierto al mundo? ¿Acaso temes que el mundo del *jazz* y de las novelas y de los anglosajones nos trague a todos? No, seremos nosotros los que los traguemos a ellos ¿Temes que se pierda la dignidad de la familia? Nosotros nunca tuvimos dignidad, es decir, estuvimos siempre a favor del cambio y de la vida. Piensa en nuestro pobre padre... Sacó a nuestra madre querida como una naranja de East Nassau o de donde fuese...

—East Orange —dijo su madre, con sonrisa triste.

—Está bien, como una *nassau* de East Orange pues. Introdujo Norteamérica y con ello el idioma de Norteamérica. Y ahora añadimos sangre inglesa y sangre francesa. Si Raffaele se casase con una chica negra...

—Basta —dijo Raffaele—. Hay bromas que son inadmisibles.

—Digo sangre —continuó Carlo—, pero toda la sangre es la misma. Bueno, no, hay sangre caliente y sangre fría. Sangre fría como la de Kenneth, y sangre caliente como la de los mediterráneos...

Era la primera vez que utilizaba mi nombre de pila: yo pertenecía ya realmente a la familia.

—Bueno —añadió—, no, aquí todos somos septentrionales, todos somos un poco fríos. ¿Qué es mamá? Génova y el Alto Adige. Los más fríos de todos.

—Yo creía —dije— que todos los italonorteamericanos procedían del sur. Calabria o Sicilia. Yo había pensado en Sicilia.

—No queremos ninguna relación con Sicilia —dijo Raffaele—. Los sicilianos son los que están arruinando Estados Unidos. En Chicago hay sobre todo napolitanos que son bastante malos, pero al menos mantienen a raya a los sicilianos. Nueva York —dijo, y se estremeció.

—Cambio cambio —gritó Carlo—. Ahí estás tú, Raffaele, un auténtico hombre de Chicago, aunque sabes que por derecho y por tradición deberías estar aquí en el sitio del pobre papá. Pero el cambio te indicó que el futuro estaba en los grandes negocios de América...

—He pensado mucho en eso —dijo Raffaele—. Pero Zio Gianni se las arregla muy bien aquí. Además, nuestra producción está convirtiéndose en una parte muy pequeña del conjunto. *Pannatoni. Pomodori* en lata...

—¿Zio Gianni? —pregunté—. ¿Era el que cantaba aquella canción con un tartamudeo cómico?

—¿Tartamudeo? Oh, *balbuzie*. No, ése era el viejo Sambon —dijo Carlo—, el gerente. Tío Jack, como debería quizá llamarle, está enfermo del estómago y no pudo venir. Comió algo malo en Padova. No puede comer nada fuera de su región. Ya le verás mañana o pasado quizá.

—Yo me voy mañana —dije—, tengo que terminar un libro.

—Yo debo irme ahora —dijo Suor Umiltà—. Sólo tengo permiso hasta las diez. Su convento, según había oído, estaba en Melzo, a poca distancia.

—No, que nadie se levante —añadió.

Su inglés era menos expresivo que el de los demás. Besó a su madre y a sus hermanos y luego me besó a mí, diciendo:

—Le has dado una esposa a nuestro querido Domenico.

—Lo que no era estrictamente cierto. —Luego—: ¿Recuerdas dónde quedó mi bici? —Carlo lo recordaba.

Cuando se fue, Carlo dijo:

—¿Un libro? ¿Una novela?

—Sí. Aún me quedan unas veinte páginas o así. De una chica ciega y un hombre lisiado que se casan y tienen unos hijos preciosos —y añadió, imprudente—: No es muy buena, en realidad es una sarta de sandeces.

—Pues sí que estamos buenos —exclamó Carlo—. ¿Por qué haces esas cosas si son sólo sandeces?

—Empiezan siendo prometedoras y emocionantes incluso —dije—. Luego me doy cuenta de mi ineptitud, de que mi tendencia al sentimentalismo es insuperable, de la pobreza de estilo y de mi incapacidad para mejorarlo. Pero no puedo destruir lo que he hecho, porque eso sería destruir lo que para mí son, pese a todo, criaturas vivas. Además, tengo que ganarme la vida y tengo lectores menos exigentes que yo. Así que, desesperado y decepcionado, termino el libro, se lo envío al editor, intento olvidar y acaricio la esperanza de que lo haré mejor la próxima vez.

—¿Rezas también, quizá? —dijo su madre.

—En cierto modo —dije con cautela—. En cierto modo rezo, sí.

—Pero —dijo Raffaele—, si fuese un libro inmoral y que pudiese causar escándalo, ¿creerías aún que podrías rezar para escribir mejor el libro?

—Bueno —dije sonriendo—, yo no puedo aceptar que una obra de ficción sea inmoral o moral. Debería limitarse a mostrar el mundo tal como es y no tener ninguna tendencia moral. Le corresponde al lector ver en el libro cuál es el carácter de las motivaciones de los actos humanos y quizás aprender algo, también, de las motivaciones que hay tras las fuerzas sociales que juzgan esos actos y lo que, según creo, llamamos un sistema moral.

—Pero existe la moral divina —dijo Raffaele— y ésa es la única moral que tiene importancia.

Estaba entrando en el campo de Carlo, pero Carlo estaba muy ocupado chupando una naranja, lo mismo que podría chupar un cerebro una comadreja.

—Yo creo que hay libros —continuó Raffaele—, y que es un hecho nada insólito que niegan la moral divina y que es peligroso dejar esos libros en manos de la gente.

—Yo no creo que mis libros sean de ese tipo. Las novelas que he escrito son bastante convencionales desde el punto de vista moral. Es decir, reflejo la maldad pero la maldad siempre acaba castigada, de un modo bastante convencional. Nadie

hace el mal impunemente en ninguna de mis novelas. Eso a veces, me preocupa porque, claro, el mundo no es así. Es como la novela que escribe la señorita Prism en *La importancia de llamarse Ernesto*. Los buenos acaban bien, dice ella, y los malos mal. Por eso se le llama ficción.

—No conozco esa obra —dijo Raffaele—. ¿Quién la escribió?

—Oscar Wilde. Fue él, por cierto, el que dijo que sólo hay un tipo de inmoralidad en la ficción literaria, y es la de escribir mal.

—Eso es un disparate —dijo Carlo cogiendo otra naranja—. No puedes juzgar moralmente cosas, sólo los actos.

—Pero escribir es una especie de acto —dije yo—. ¿Harías un juicio moral sobre un carpintero que hiciese sillas malas?

—Sólo si las vendiese como sillas buenas.

—Oscar Wilde —dijo lúgubrementes Raffaele—. ¿Te considerarías un discípulo de Oscar Wilde?

—Oh, no —dije sonriendo—. Es un escritor muy de la era victoriana. Nosotros tenemos que escribir como escritores del siglo xx, y ahora como individuos que han vivido el cataclismo terrible de la guerra. No podemos volver atrás.

Carlo dejó de chupar y se levantó.

—Me llevaré —dijo— unas cuantas naranjas.

Cogió un puñado. Y añadió:

—Por si despierto de noche. Pero, en fin, ha sido un día muy ajetreado. Creo que voy a dormir como un perro.

—Sí, ha sido un día muy ajetreado —ratificó su madre levantándose también—. Pero ha sido un día feliz.

Besó a sus hijos y luego me besó a mí, cosa que no me sorprendió. Luego dijo:

—Tu habitación ya está dispuesta. Raffaele te indicará cuál es. Tu hermana es la chica más encantadora del mundo —añadió—. Soy muy feliz.

—Querías venir conmigo a la biblioteca un momento —me dijo Raffaele.

—Me miras como me miraba mi padre. Cuando tenía malas notas.

—Se relaciona con una nota.

—Querido querido querido, da mucha aprehensión lo que me dices.

La biblioteca resultaba notable por una serie de malos bustos de escritores italianos: Foscolo, Monti, Niccolini, Pindemonte, todos los cuales, ciegos y como si olfatearan hacia la luz, parecían intercambiables. Había libros encuadernados en piel, todos ilegibles, como en la biblioteca de una casa de campo inglesa; pero no había tantos, pues en realidad Italia no posee demasiada literatura. Había sin embargo un globo terráqueo o *mappamondo* florentino muy notable, a cuyo lado nos sentamos en sillas rectas; yo hice girar el globo hacia atrás, Raffaele sirvió *whisky* de una frasca que sacó abriendo con llave una licorera inglesa. Tomé yo la iniciativa de chocar los vasos.

—Por la feliz pareja —brindé.

—Eso espero. Espero que resulte bien. No conozco a tu hermana, sabes; ni conozco a tu familia, pero Domenico ha elegido.

—Y Hortense también ha elegido.

—Sí, sí, eso debería pensar. ¿Conoces a un hombre llamado Liveright?

—Bueno, sí, es mi editor neoyorquino. Nos escribimos, pero no le conozco personalmente.

—Yo pertenezco a un club de Chicago. El Mercury Club, para hombres de negocios, comprendes, Mercury, Mercurio el dios del comercio y de los comerciantes.

—También de los ladrones.

No le hizo gracia.

—Un hombre de negocios amigo mío invitó a ese editor Liveright al Mercury Club. Permíteme decirte que, pese a ser tu editor, no parece un hombre muy moral. Únicamente pretende ganar dinero. Está dispuesto a ganarlo como sea, a costa de escándalos o de la piedad o de la devoción o de la literatura seria. Esto es lo que él considera un buen hombre de negocios. *Bueno* no, como yo le dije. Próspero quizá, pero bueno no.

—Él tiene una formación calvinista. No creo que aprecie la diferencia.

—¿No? Le hablé de tu obra y pareció sorprenderle que yo la conociese. Le dije sólo que había visto un libro tuyo, aunque no lo había leído. Bueno, leí la primera página. Recordé el nombre de Liveright porque la primera página parecía ser una discusión sobre lo que uno de los personajes llamaba «buena vida».

—Eso debe ser de *Antes de la cicuta* —dije—. No, espera, en Norteamérica el título es distinto. *Apura esa copa*; no es un buen título. La que trata de Sócrates. Lamento que te resultara ilegible.

—No no no no, por favor. A mí me resultan ilegibles casi todas las novelas. Quizá no sea lo que tú llamarías un hombre de lectura. Pero conocía tu nombre, claro, por Domenico y por lo de su enamoramiento, según expresión de mi madre en su carta.

—Por el tono parece indicar que es falso. Están verdaderamente enamorados; pero, perdóname, vayamos a ese asunto.

—Liveright me envió amablemente una colección de artículos sobre tu obra. Había una sobre impureza y obscenidad y creo que la palabra era sensualidad. Tengo la carpeta en un cajón de esa mesa. Lo mejor será que la saque.

Pero parecía cansado, había sido un día muy completo.

—Eso debe ser de mi primera novela —dije—. *Después de muerto*. Creo que los norteamericanos la titularon *Sin retorno*. Es una lata esto de que haya que poner títulos distintos.

—Liveright explicó también que habías tenido que abandonar Inglaterra y que no te atrevías a volver. Por cierto escándalo. ¿Es verdad?

—Mira, Raffaele, si puedo llamarte así. Todo eso es asunto mío. Negar lo que dice Liveright sería admitir que es también asunto tuyo. Ya veo que tengo que

cambiar de editor en Norteamérica.

—Es asunto de la familia en la que ha ingresado tu hermana al casarse. Tú te conviertes en un pariente. Escúchame. Hay una cierta actriz británica en Broadway. Su nombre está en esa carpeta. Al parecer es viuda. Su marido murió de la gripe. Esa actriz decía que su marido había empezado a vivir de un modo irregular poco antes de morir. Hubo una fiesta a la que asistió Liveright. Iba a editar la obra en la que actuaba esa dama. Y esa dama se mostró ofensiva y violenta hablando del papel que, según ella, jugaste tú en la separación de su marido y ella. Habló de tus irregularidades sexuales. Cuando te pregunté si eras discípulo de Oscar Wilde no me refería sólo a lo literario. Nosotros eso lo consideramos una enfermedad y solemos llamarle la enfermedad inglesa. Pasé dos años en un colegio de Inglaterra, llamado Orpington School. Es en esos colegios donde suele aparecer por primera vez la enfermedad.

—El término es homosexualidad —dije—. No es una enfermedad. Lo que quizá sea patológico es la actitud del mundo, pero se trata de una condición muy generalizada y que suele ir unida al talento artístico. A veces, al genio artístico. Vuestro Miguel Ángel, por ejemplo.

—Miguel Ángel nunca dio motivo de escándalo.

—Y podrías añadir que no tenía ninguna hermana que pudiera casarse con un miembro de la familia Campanati.

—Llámesele enfermedad o elemento del temperamento artístico, de todos modos es un pecado.

—¿Te refieres al acto homosexual o a la condición homosexual?

—Ambas cosas van unidas, no veo diferencia.

—En tal caso, no tienes ningún derecho a hablar de pecado. Para que haya pecado tiene que haber voluntad libre. Tu hermano Carlo nos lo explicó con toda claridad en el sermón que pronunció en Sainte Dévotte, en Mónaco, esta primavera. Yo no elegí ser homosexual. El hecho de que la Iglesia condene, yo diría ilógicamente, la homosexualidad, me obliga a separarme de la Iglesia. Pero todo esto es asunto mío.

—No lo creo así. Estaba seriamente decidido a aconsejar a Domenico contra este matrimonio la semana pasada, cuando todo estaba dispuesto ya; pero comprendí que podría ser injusto. Además, Domenico tiene edad suficiente para decidir por sí mismo. Yo no podría prohibírselo, claro está. Aun así, hay que proteger a la familia. Yo soy ahora el cabeza de familia. Tengo el deber de pedirte que no traigas el escándalo a la familia.

Controlé mi furia.

—También tendrás el deber de pedirle a mi padre que mire bien lo que hace en Toronto, y poner también en entredicho su derecho, como viudo reciente, a casarse con una joven cuyos antecedentes ignoramos todos nosotros. Imagino que tendrás también el deber de ir al teatro en que esté actuando mi hermano Tom, y convencerle de que respete la decencia en sus actuaciones.

—Estás diciendo tonterías. Tú eres escritor y tienes posibilidad de incitar

públicamente al escándalo. Además, está el problema de tu vida privada. Se ha convertido en algo público en un lugar tan lejano como Nueva York.

Yo seguía conservando la calma hacia el exterior.

—Entonces, ¿qué quiere el jefe de la familia Campanati que haga? ¿Buscar otra profesión? ¿Ocultar mi verdadera naturaleza? ¿Ahogarme en el Lago Maggiore? — Luego, me desbordó la furia—. En mi vida he oído una impertinencia tan hipócrita. Soy un ser libre y haré lo que me dé la gana. Dentro —añadí, para no parecer totalmente anárquico y justificar así en parte la idea que de mí tenía— de los límites impuestos por mi propia naturaleza y por las leyes de la sociedad y de la ética literaria. La familia Campanati —añadí, burlón— *una familia castissima, religiosissima, purissima, santissima*. Con tu hermano Domenico cepillándose todo lo que se le ponía delante, y que probablemente siga haciéndolo, pese a su estado de santo matrimonio.

—Ignoro el sentido de esa palabra. Y creo que no debo seguir hablando contigo en estos términos.

—He de añadir que mi hermana deseaba hacer un hombre de tu hermano. Vio en él un talento que había que estimular. Oh, sí, también ella le quiere, signifique lo que signifique el *amor*. Él está decidido a ganarse la vida, o al menos eso dice, en vez de escribir música como una afición subvencionada por el queso, y tú arrugas el *naso raffinatissimo* ante la perspectiva de que se dedique a perder el tiempo aporreando un piano desvencijado. Tu santo hermano Carlo, contoneante muestra del pecado capital de la gula, es al menos caritativo y realista y no tiene tiempo para el primero de los pecados capitales. El orgullo de un corruptor de sólidos lácteos. Un orgullo hediondo como el producto mismo.

Bebió el *whisky* de un trago iracundo y se levantó.

—Quizá no sea éste el mejor momento para hablar. Ha sido un día muy largo. Puede que no te haya hablado con la discreción debida.

—La cosa está muy clara —dije, y también me levanté, pero sin terminar el *whisky*—. Clara como el agua. Esta noche dormiré en Milán.

—No no no no no. Tu habitación está dispuesta. Yo te acompañaré. Quizá necesites una buena noche de sueño. Te has alterado más de lo que yo esperaba. Pero no creo que hayas entendido mi postura. Piensa que estoy rodeado de corrupción e inmoralidad por todas partes. Chicago es una ciudad corrompida y lo será aún más. Soy especialmente sensible a estas cosas, llegan a convertirse en... una opresión física. Si te has enfadado, te ruego me disculpes.

—Creo que tendré que volver andando a Milán. Quizá pueda coger de camino algún muchachito sucio milanés. Que ponga el *culo* por un par de *centesimi*.

—No hay por qué ponerse desagradable.

—Claro que sí. Fariseo. Dios mío, te agradezco que me hayas hecho puro. Yo nunca me he metido con tu pútrida especialidad. Me voy de aquí.

Y eso hice; fui caminando hasta el pueblo bajo la luna color miel y encontré un

garaje con un Daimler que probablemente se habían dejado atrás los derrotados austríacos, con el capó abollado, y lo que parecían agujeros de bala en la puerta de atrás. El conductor tenía unos bigotes tipo Kaiser y acusaba a los ingleses de arrastrar a Italia a la guerra y provocar así sus angustias presentes. Aun así, me llevó hasta mi hotel, furioso y afligido, y me cobró una cantidad exorbitante. No existía metro en Milán por aquel entonces.

Al día siguiente, no hice el viaje que me había propuesto hacer al Lago Maggiore. Tenía que coger un taxi que me llevase del hotel a la Stazione Garibaldi, y allí coger un tren para Arona, que quedaba en la orilla occidental del lago. Pero había activistas obreros por la calle, con retratos de Lenin y consignas de libertad. Habían conseguido derribar entre cinco a un *carabiniere* y estaban rematando a patadas su cuerpo ensangrentado. Cuando mi taxi se aproximó a este mismo grupo, les pareció que yo debía ser un industrial milanés chupasangres y que había que sacarme del coche y aplicarme justicia revolucionaria rápida. Se les unieron algunos rompeescapates, burlones pero con las garras dispuestas. Buenos rostros norteños italianos, terriblemente desfigurados por la pasión política. Mi chófer no estaba de su parte. Pasó sin detenerse entre ellos atropellando repugnantemente el cuerpo de un *carabiniere*, y ellos gritaban, tropezaban entre sí y caían y se levantaban y nos perseguían. Me sentí al borde del ataque cardíaco, un ataque cardíaco como el de Battle, en High Street, bajo la lluvia, cuando me dirigía a afrontar la noticia de que mi madre se moría en el mismo instante en que llamaba yo a la puerta. El ataque erró su trayectoria, me pareció en mi momentáneo delirio, para destrozar la ventanilla que había detrás de mí. Pero lo que destrozó la ventanilla fue un trozo de cañería de plomo. El chófer me condujo tortuosamente hasta la estación principal del ferrocarril sin que yo se lo dijera. Sabía que era extranjero; quería que regresara al extranjero sin presenciar más la vergüenza de Italia. En la estación había soldados armados.

—Hipnotizados, eso es lo que están —dijo, mientras le pagaba—. Pero ¿qué se puede esperar? Están borrachos con lo que pasó en Rusia. El bolchevismo es la respuesta a todo este maldito berenjenal. Políticos cobardes y policía cobarde. Pero no ganarán. No pueden. Los patriotas del Trientino no les dejarán. Yo soy uno de ellos, por la madre de Jesucristo. ¿Ha oído usted hablar de los sansepulcristas? No, usted es extranjero. Se acordarán de la Piazza San Sepolcro, se lo aseguro, y de lo que allí se decidió. Fue en marzo pasado.

El 10 de marzo, para ser exactos. En una habitación alquilada por un judío milanés que daba a esa plaza del Santo Sepulcro. Tomaron prestadas las camisas negras de los *arditi* de D'Annunzio y se pusieron por nombre *fasci italiani di combattimento*. Ellos impedirían a los facinerosos rojos matar policías por las calles.

Robert jadeaba: «No te hará ningún daño, te gustará, ya lo verás». Y le desabrochó suavemente la camisa al muchacho y la alzó sobre los cabellos rizados y la dejó caer al suelo, donde quedó inerte como el propio cuerpo del muchacho. «Ralph, Ralph», murmuraba Robert mientras acariciaba la piel joven y cálida, pasando una y otra vez la mano por los brazos delgados pero musculosos con su delicada pelusa, recorriendo la suavidad del vientre tenso, la sedosidad de la espalda, los delicados y móviles contornos del pecho, donde las tetillas habían empezado a reaccionar al fervor húmedo de sus besos. Y mientras su boca tomaba la del muchacho en prolongación apasionada, desabrochó a ciegas los botones de los pantalones del muchacho. Susurraba: «Mira, Ralph, niño querido, hemos de estar igual, desnudos como el día en que nacimos, y ha de ser así precisamente, porque los dos renacemos en este momento. Parecerá que todo el mundo cambia, verás, es el principio de una nueva vida para ambos». El mundo exterior, el mundo ajeno de la repugnancia y el odio, se inmiscuía con el repiqueteo de la campana del Ángelus; pero sí, era la campana de la Anunciación, el Ángel del Señor, un milagro inminente. Su mano inquisitiva percibía la excitación creciente del muchacho, la funda sedosa alrededor de la turgencia férrea; acarició con mano temblorosa la majestad del cetro y las emparejadas esferas. Luego, balbució: «Ha de ser ahora, es el momento, no te muevas, Ralph, amor mío». Y así, nuevamente unidos en un beso, Robert halló el *antrum amoris* e irguió su cuerpo para enlazarlo con su propio y palpitante ariete, crecido ya y glorificado en maza de regia autoridad. El muchacho gimió y a Robert no le pareció un gemido de dolor, sino más bien una llamada o un gorjeo de aceptación. Alentado, Robert introdujo suavemente su carga palpitante en el tímido ardor de la santa hendidura, derramando palabras delicadas, palabras de amor, mientras fuera palpitaba y repicaba la campana angélica. Y luego, se anunció la promesa, la declaración del Ángel del Señor, y de las gargantas plateadas de todos los ángeles del cielo brotó un ritmo de tambores antiguos pulsados en gradaciones de aceleración imperceptibles en armonía coral, llenando el universo hasta sus lindes más remotas, donde acechaban, como tímidas bestias marinas, estrellas no bautizadas aún, galaxias no cartografiadas. Y luego, siguió la locura, la sequía de una aspereza demencial de encantamientos arcanos y temibles, la estridencia de inefables palabras, oraciones a dioses sepultados hacía mucho bajo la tierra o unidos ya al polvo de eones en remotas cavernas y sólo invocados por bocas también polvo hacía mucho, por las rencorosas hordas de los que enarbolaban las enseñas de Galilea y habían desbaratado y roto y aplastado el antiguo imperio de Faz y Jlaroz.

Y entonces, oh milagro de milagros, la sequía quedó ahogada por el estallido de la presa, por la inundación de toda la tierra desecada, y la voz de Robert se alzó como una trompeta en el éxtasis de su derroche. Un amor sin nombre, inexpresable, pronunció el nombre una y otra vez, «Ralph, Ralph, amado mío», y los labios que

eran ágape en muda oración de gratitud se cerraron entonces alrededor de la cabeza y la flor del bastón faraónico del muchacho, que tomó delicadamente en la boca como una uva para producir y dilatar al mismo tiempo su estallido, y Ralph se estremeció y gimió y pronunciaba palabras extrañas. «*Solitam... Minotauro... pro caris corpus...*». Latín, el recuerdo de una vieja lección, de algún antiguo intento de seducción en aquella biblioteca del colegio de jesuitas de la que había hablado: la suposición relampagueó en el cerebro de Robert, sereno ya. Luego, con la rapidez de la juventud incontinente, Ralph se liberó de su carga, dulce y acre y copiosa, y Robert sorbió ávidamente la leche del amor. Quedaron luego, un rato tendidos, ambos mudos, el atronar de los corazones apagándose, la cabeza de Robert recostada sobre los lomos del muchacho, la mano derecha de Ralph acariciando el pelo, revuelto y húmedo, de su amante.

Cuando bajaron al café de la esquina, no lo hicieron cogidos de la mano como amantes. Lo hicieron con discreción, convenientemente distanciados, como si hubieran de dejar espacio entre ellos para un tercero, silencioso, invisible, cuya presencia percibiesen, pero cuya identidad no pudieran definir con palabras. Se sentaron en la terraza, Robert con su absenta y su botellita de Perrier, Ralph con su zumo de cidro. El agosto parisino alentaba sopor alrededor. Pasó un barbudo franciscano, balanceando el breviario al ritmo de su paso gallardo.

—Pecado —sonrió Ralph—. Él le llamaría pecado.

—¿Te pareció pecado a ti?

—Fue lo bastante agradable como para llamarle pecado. No, agradable es una palabra estúpida. No se puede describir. Sólo puede repetirse.

—¿Qué te gustaría comer?

—Carne. Carne roja —y Ralph sonrió comprensivo. Extendió la mano pecosa, acarició la morena de Robert, delgada y sin pecas, y luego la retiró, sintiéndose culpable.

—Los Estados y las Iglesias —dijo Robert— tienen que prohibir el placer. El placer deja a quienes lo disfrutan indiferentes ante el poder de ambos. Me gustaría que vieras esto —dijo luego—. Es muy corto. Es una cosa que empecé a escribir.

Había sacado del bolsillo interior de la chaqueta una o dos páginas escritas con su pulcra caligrafía, con tinta color púrpura, las supresiones tachadas meticulosamente, los añadidos encerrados en delicados cuadrados con flechas precisas.

—Léemelo tú —dijo Ralph—. No hay nadie por aquí que hable inglés. Bueno, en realidad no hay nadie.

Robert leyó con lentitud y claridad:

En el principio creó Dios el cielo y la tierra. Y las luminarias del cielo y el mar atronador y los animales de la tierra y del aire y del agua. Y creó un hombre al que llamó Adán y le puso en un maravilloso jardín y le dijo:

«Adán, tú eres la corona de mi creación. Tienes para conmigo un deber, el de ser feliz, pero has de trabajar por tu felicidad, has de descubrir que es en el esfuerzo donde reside la felicidad. Tu trabajo será un trabajo deleitoso, habrás de cuidar este jardín donde hay toda suerte de frutos gustosos y raíces por mi mano divina plantados para tu satisfacción y tu sustento. Y cuidarás de la vida de los animales, de que ninguno devore a otro a su antojo. Pues la muerte no debe entrar en el jardín, ya que es un jardín en el que ha de florecer como una rosa la inmortalidad». Y Adán dijo: «No conozco esas palabras, muerte, inmortalidad. ¿Qué significan?». Y respondió Dios: «Inmortalidad significa que los días se sucedan unos a otros sin que ello tenga fin. Y muerte significa que ya no podrás decir: *esto lo haré mañana*; pues la existencia de la muerte significa la duda sobre la existencia de mañana. ¿Comprendes?». Adán, en su inocencia, dijo que no entendía; y Dios dijo que no importaba, que cuanto menos entendiese, mejor. «He plantado un árbol en medio del jardín —dijo Dios— y ese árbol se llama Árbol del Conocimiento. Comer de ese árbol es el medio más seguro de entender lo que significa muerte, pues su fruto da muerte. No lo toques. Tú sabes ya que está prohibido tocarlo, pero los animales no lo saben y no puedo hacerles comprender de ningún modo que comer de su fruto caído es cortejar a la muerte y a los instrumentos de la muerte. Tendrás también por trabajo impedir que los animales se acerquen al fruto del árbol; mas no tendrás en ello éxito completo, pues hay animales más astutos que Adán, y el más astuto de ellos es la serpiente, que se arrastra en el prado. Ninguna valla le impedirá llegar al árbol y a su fruto, pero yo, tu Dios y tu Hacedor, nada puedo hacer, pues yo mismo implanté la astucia en su cerebro. A trabajar, pues, que llega el día y cuando lleguen las tinieblas habrás de dejar tu tarea y comer del fruto no prohibido y beber del agua del cristalino arroyo que cruza el jardín, y entregarte luego al dulce reposo».

Así, pues, trabajó Adán y comió y bebió y durmió luego, y al día siguió la noche y a la noche el día y Adán estaba contento, salvo por una cosa: su soledad. Pues el Señor Dios le había otorgado el don bendito del habla, don del que carecían los animales. Aunque a veces, la serpiente, que se enroscaba al cuerpo de Adán en un gesto como de amor, parecía comprender sus palabras, aunque no podía contestarlas. Una noche, cuando se refrescaba Dios paseando por el jardín, Adán osó hablar y decirle: «Señor, me siento solo». Y dijo el Señor: «¿Solo? Cómo puedes sentirte solo tú que tienes mi amor, que fuiste creado para aliviar mi propia soledad, pues veo en ti mis propios rasgos y en tu voz oigo algo de mi propia voz». Y dijo Adán: «Señor, desearía que creaseis otro como yo, dotado como yo del habla, uno que cuidara conmigo el jardín. Y poder, al fin de la jornada, comer y beber y descansar en compañía, dos de la misma especie, el uno

igual al otro». Y díjole Dios: «Obré bien creándote, Adán, pues concibes cosas que yo no concibo, y te conviertes así en un brazo mío, del Señor que todo lo concibe y todo lo crea. Sea como pides. Come, bebe, retírate y descansa y cuando despiertes con el sol, hallarás a tu lado tendido uno como tú que será para ti compañero y será su nombre Yedid, que significa amigo».

Y fue como Dios dijo. Pues mientras dormía Adán, Dios tomó polvo de la tierra y le infundió vida, y cuando Adán despertó yacía a su lado uno como él, que hablaba su lengua y respondía al nombre de Yedid. Y Adán, loco de gozo, abrazó a su compañero con amor y besóle con beso de su boca. Y al ver esto Dios se asombró, pues Adán había aprendido aquella plenitud del corazón de alguien que no era él, el Señor Dios, aquella plenitud que sentía él por Adán pero que Adán, que percibía sin duda que su amor por Dios había de ser siempre el de la criatura por su creador, no podía concebir plenamente. Mas, pensó Dios, mediante el amor de Adán por Yedid y de Yedid por Adán, ambos podrían ser conducidos a un amor mayor por su Hacedor. Así pues, Dios se sentía contento. Les veía enlazarse en amor al fin de la jornada o al principio del día y les otorgaba todo el gozo posible en sus abrazos. Pues de la intimidad de su afecto encerrado, brotaba de los cuerpos de ambos una sustancia jubilosa, con borboteo de fuente, del color del ópalo, y allí donde caía nacían flores. Y también la serpiente había presenciado todo esto, y lo miraba con envidia, ella estaba sola y no tenía ningún otro de su especie para conversar o para el goce del amor. Y así, por esta envidia, la serpiente usó una mañana por primera vez de palabras, mientras Yedid yacía aún dormido pero Adán acababa de despertar. Y Adán oyó maravillado sus palabras.

Y sus palabras fueron éstas: «No podrías mantenerme de ningún modo alejada del fruto del árbol prohibido, caído o aún en la rama, pues soy astuta y ágil y no hay modo de impedirme el paso. Así que he comido del fruto y su sabor es deleitoso, pero lo más deleitoso es el fruto del fruto, pues es el fruto del conocimiento. Ve que hablo como tú, y recibí este don del primer mordisco del fruto, y el último diome un sabor muy amargo pero muy gustoso, pues vi que en otra boca el gusto sería sublime y me regocijé imaginando ese éxtasis. Y ese amargor era el gusto de mí misma, que puedo ver pero no hacer, que puedo concebir pero no crear, que puedo soñar con el poder pero no asirlo. El poder es para ti y para tu compañero Yedid, ¿por qué habéis de ser en este jardín simples jornaleros, que han de contentarse con comer y dormir y con los abrazos del amor, mientras Dios que os creó goza de infinito poder y de conocimiento? Ahí tenéis el conocimiento, podéis gustarlo, y con él, el poder y ¿qué amor es el de Dios que os niega un fruto que tenéis al alcance de la mano o que se mece al nivel tentador de

vuestros labios? Veis una cosa y, sin embargo, esa cosa se os niega. ¿Qué amor es éste? Yo he comido del fruto y estoy transformada y, aunque era astuta ya, lo soy mucho más. Come, pues, desayuna con ese fruto e invita a Yedid hacer otro tanto». Luego, la serpiente se alejó reptando y dejó a Adán con sus pensamientos, y, cuando Yedid despertó, se apresuró a compartirlos con él.

Y ambos tomaron así el fruto del árbol y lo comieron, y empezaron a tener de inmediato pensamientos, y medios de expresarlos, de modo que pudieron ver a Dios como una idea y, en consecuencia, como algo que no era Dios ya, sino su negación o su enemigo. Esto rebajó a sus ojos a su Señor y. Creador y dudaron de Su poder. Pero este poder les abatió. Dios, que todo lo sabe, supo de su desobediencia y se encolerizó, y fue terrible soportar y sentir y escuchar la expresión de su cólera. Pues se estremeció la Tierra, y las bestias de la Tierra corrieron desmandadas con gruñidos y alaridos de pánico, y estalló el cielo en relámpagos y truenos y torrentes de lluvia, de suerte que Adán y Yedid quedaron paralizados del terror, pero Yedid gritó, pues los truenos y temblores eran ensordecedores, en el oído de Adán y le dijo: «¿Se ha convertido Él en el otro? ¿Se ha convertido Él en aquel que es su opuesto? ¿Se ha transformado Él en el enemigo?».

Pero luego, apaciguóse el terror de cielo y tierra y aparecióse Dios envuelto en una tenue luz a Adán y a su amigo, con la apariencia de un anciano, y pronunció, aunque con el tono vacilante de un anciano, las palabras terribles: «Malditos seáis los dos —dijo—. Me arrepiento de haber creado al hombre». Pero Adán, con la audacia que le otorgaba haber comido del fruto del árbol del conocimiento, replicó: «El Creador no puede arrepentirse de su creación. El Creador no puede desear ser destructor». Y dijo Dios: «Cierto, pero puedo destruir al mismo tiempo que mantengo mi creación, pero de un modo que no pueda seros revelado ni siquiera comiendo del fruto del Árbol, pues aún eres un hombre y eres por tanto menos que Dios. A Adán y a Yedid les quitaré el don de la inmortalidad, pues ambos moriréis cuando lleguéis a tener esta apariencia que tengo yo ahora. Os haréis viejos y quedaréis tendidos en tierra sin vida, presas de las bestias feroces y de las aves del cielo, que aprenderán a alimentarse de carroña. Pero aunque Adán y Yedid hayan de morir, la raza del hombre pervivirá, y pervivirá a través del apareamiento de Adán y Yedid». Y Yedid, preguntó curioso: «¿Cómo será eso, Señor?».

El Señor no contestó con palabras sino por obra de su mano, pues tocó a Yedid y Yedid se transformó. Dejó de ser semejante a Adán, su compañero, se le hinchieron los pechos y se le ensancharon el vientre y las caderas, y el cetro orgulloso se redujo a la nada, así como las dos esferas gemelas de su virilidad, y gritó Yedid y se cubrió los lomos y exclamó: «He

sido destruido, me han hendido en dos», y Adán oyó su voz medrosa, y no era ya la voz que él conocía, era una voz más aguda, más parecida a los gorjeos de las aves del cielo que a los rugidos de las bestias del bosque. Y dijo el Señor Dios: «A partir de este instante, no eres ya hombre sino mujer, y tu nombre ya no será Yedid sino Hawwah, que significa vida, pues de tus lomos surgirá la vida y así pervivirá la progenie del hombre. Pues allá donde mi mano te ha tocado, brotará leche de pasión, y donde mi mano te hendió, surgirá nueva vida, pues la leche de tus abrazos sustentará la semilla de la generación, y de tus pechos manarán las aguas que sustentan, mas no consideres milagro esta transformación, sino un castigo. Pues tu amor será maldición, y con dolor parirás. Y ahora, salid ambos de aquí y tomad la carga de la vida que se convierte en muerte y abandonad el jardín de la inmortalidad. Y sabed que a los animales de la tierra y las aves del cielo y los peces de las profundidades de las aguas les tocará también vuestra maldición, pues la inmortalidad será a partir de ahora atributo del cielo, del espíritu, y el cuerpo se corromperá y volverá al polvo con el que fue formado».

Y así, Adán y Hawwah se fueron afligidos y la maldición pesa aún sobre las generaciones del hombre, salvo para los elegidos. Pues los elegidos reproducen en sus vidas la inocencia de Adán y de Yedid, y sus abrazos renuevan los gozos del Edén.

Ralph estuvo callado un rato y luego asintió con la cabeza, y dijo:

—¿Por qué no habría de ser esta historia tan cierta como la otra?

—Ésta se hace verdadera —dijo Robert— por el puro acto de escribirla. ¿Comemos algo ahora?

Después de una comida de carne roja y vino aún más rojo, los dos amantes volvieron a su Edén de la quinta planta del quince bis de la Rue St. André des Arts.

En medio de sus apasionados y cálidos abrazos, Ralph prosiguió:

—Así que los animales pasan a ser hermanos nuestros.

—¿Qué quieres decir?

—Esto.

Y el muchacho tomó a su amante como un animal, introduciendo su grandeza regia y purpurada en el antro sin ternura, sin los arrullos del amor, más bien con gruñidos y aullidos, haciendo brotar sangre con las uñas de su pecho y de su vientre, y se abrió para ambos el cielo, perfilando con brillo cegador los contornos de un numen benévolo.

—Numen benévolo mis cojones —proclamó Ford Madox Ford.

Y lanzó, con el humo de su Caporal, un aroma mefítico que agriaba el vino de los vasos. Pero esta halitosis debía excusarse, reverenciarse, incluso: era el equivalente olfativo de una extremidad perdida, pues el capitán Ford había respirado gas putrefacto, cuando era un soldado de infantería voluntario menospreciado por una parte del mundo literario londinense por su patriotismo, un buen soldado entre tráfugas despreciables.

—Bueno, *mis cojones*, no —dijo luego; y luego—: A mí me parece que no sirve.

—¿Te refieres al contenido o al estilo?

—No pueden separarse, deberías saberlo. El mar de Joe Conrad huele a diccionario, al Rogets Thesaurus, como le dije yo miles de veces. Pero no me hizo caso. Este acto tuyo de sodomía huele a cura sin sotana. O sin pantalones, si prefieres.

Exhaló otra andanada de pútrido fosgeno.

—Si por el contenido —prosiguió— quieres decir la materia temática general, seducir a un muchacho y luego justificarlo reescribiendo el libro del Génesis... En fin, es bastante asqueroso, pero ése es mi punto de vista como heterosexual, no como editor. Como editor, creo que tu estilo apesta a camisas sucias y calcetines sudados. Puede que te ganes la vida escribiendo libros, pero no puedes llamar a esos libros literatura.

—¿Y qué es literatura?

—Ay, amigo. Eso pregúntaselo a Ezra. Palabras cargadas de dignificado, te dirá. Haz que sea nuevo, te dirá.

Ezra Pound estaba bailando, creo, con Sylvia Beach, o quizá fuera Adrienne Monnier. Y por allí andaba también Ernest Hemingway haciendo sombra como un púgil por la periferia. Ford acababa de bailotear torpemente por la pista con una muchachita irlandesa de pelo castaño rojizo rizado que le llegaba sólo hasta el bolsillo del pecho, con lo que eludía la mayor parte de su sofocante efluvio. La chica irlandesa se decía pintora. La banda la componían un corneta negro llamado Truc Vanderbilt, un batería que tenía el brazo izquierdo artificial y venía de Marsella, un violinista tísico y mi cuñado Domenico. El local era el Bal Guizot del Boulevard des Capucines.

El pasaje de mi novela *Retorno al Edén*, que Ford había pretendido convencerme de que había leído (él no leía nada entero, nunca, a menos que fuera en francés, se limitaba a recoger el tropo accidental y no lo olvidaba nunca: *Ah, sí, numen benévolo Toomey*) y que el lector acaba de leer, puede parecer, por su emplazamiento aquí, que constituye una reacción feroz y resentida a la hipocresía de Raffaele, pero se escribió tres años después de aquel día de la boda y era más bien tentativa de aprovechar la nueva franqueza que los expatriados de París, sobre todo Jim Joyce, prodigaban en nombre del santo modernismo. Ford Madox Ford estaba preparando una revista

nueva llamada *trasatlantic review* (las iniciales en minúscula estaban de moda, eran la corbata Charvet del modernismo), y yo tenía el pasajero anhelo de que me tomasen en serio los *litterateurs* y no mis lectores de clase media baja de Camden Town. Casi me esperaba el veredicto de Ford, pero, de todos modos, me apabulló mucho. Dije:

—Pareces pensar que es algo malo ganarse la vida escribiendo libros. Yo llamo literatura a la comunicación verbal. Me comunico verbalmente con un público lector amplio. Tú darías todos los dientes que te quedan por ser capaz de hacer una cosa así.

—No al precio que uno tiene que pagar, mi querido amigo.

—¿El precio de la claridad, de la comprensión?

—El precio del cliché, de la semiverdad, del compromiso, de la timidez.

—No hay nada tímido en eso —dije, tomando de su mano inerte y rechoncha el manuscrito del capítulo 3 de *Retorno al Edén* y agitándolo ante él como una comunicación de embargo de sus bienes—. Esto no se ha hecho nunca. No te pongas a hablarme de compromiso. Tú no puedes dirigir una revista sin consultar a los que te apoyan financieramente. Y no hables de timidez. Tú eres el tímido, tú eres el que no tiene valor para publicarlo.

—Puedes llamar a mi falta de valor quisquillosidad estética. No tendría valor, desde luego, para publicar un borrador recientemente descubierto de un capítulo suprimido de *La cabaña del Tío Tom*. O una rapsodia de Manx de Hall Caine. Purpurada y regia grandeza, sí. Numen benévolo. Hombre, por Dios.

—¿Y qué me dices de lo de Newman? —La música había cesado y Ezra Pound volvía a la mesa. Hemingway estaba consagrado a otra sesión de sombra. La orquesta se levantaba para disfrutar de un descanso y Domenico recibía una regañina del corneta por algo, por no seguir el ritmo, probablemente. Pound frunció el ceño, un poeta barbudo pero malhumorado de mucha energía. Había sustituido su acento nativo de Idaho por una especie de inglés británico ecléctico con la erre arrastrada a la escocesa.

—Hay pocos prosistas tan buenos como Newman —dijo, y bebió un sorbo de vino.

—Mejor —dijo Ford fulminándome con el aliento—. Quizá sea eso lo que tú quieres decir. La purpurada grandeza regia de la prosa del cardenal benévolo.

Y lanzó lo que pretendía ser una carcajada.

—En realidad, tienes que pensar primero esas cosas —me dijo—. Armonías, ambigüedades buscadas. Date cuenta de lo absurdo que es poner a un virtuoso cardenal británico bendiciendo a un par de maricones.

No había señoras en la mesa. Sylvia Beach y Adrienne Monnier estaban de pie junto al estrado de la orquesta, discutiendo acaloradamente con Larbaud, creo. Me enfurruñé brevemente y luego volví a animarme. Era envidia, aquella gente me tenía envidia, hasta Pound me tenía envidia. Yo había ganado dinero con mis escritos; *frutos de la tormenta* iba por la séptima edición. En fin, Domenico había llegado a la mesa. Se sentó, muy a gusto entre literatos: su cuñado era un literato. Le trajeron

agua mineral: las bebidas más fuertes estaban prohibidas a los músicos hasta la hora del cierre. El *patrón* tenía vivos recuerdos de un trombón argelino borracho que había utilizado su instrumento como arma la noche que le despidieron. Domenico le dijo a Pound:

—¿Viste a Antheil?

—Dice que cabrá. Tiene la longitud adecuada.

Ford, que era un indecente, soltó un breve resoplido. Domenico resplandecía. Era una imagen típica del Barrio Latino de aquellos tiempos: delgado, astroso, sin esquilar, el músico de buhardilla recién salido de Murger. Él y Hortense tenían un apartamento de dos habitaciones que daba a un almacén de maderas en el Quartier des Gobelins. Eran jóvenes luchadores, no llegaba ya dinero de Gorgonzola, pero eso era lo que ella deseaba. Él tocaba el piano y copiaba con limpia caligrafía partituras orquestales. Hacía orquestaciones para Paul Trentini-Patetta, el hombre de la opereta. Seguía componiendo por su cuenta. Había escrito, que yo supiera, una fantasía para cuatro pianolas, seis gongs javaneses de distinto tono y una máquina de viento. Se trataba de una especie de futurismo retrasado, de Marinetti rancio, y tañía a coro, a su estilo de campanas rotas, con lo que el norteamericano George Antheil estaba poniendo de moda: sinfonías de aeroplanos y chaconas de fábrica y demás disparates bolcheviques. Aquellos dos, Ford y Pound, tenían en más estima a Domenico que a mí. Domenico era *moderno*. Tocaba *jazz* en una verdadera orquesta de *jazz* con un auténtico corneta negro. Esta fantasía suya, ávidamente disonante, iba a incluirse en un concierto que estaba organizando Antheil. Allí estarían los locos-hambrientos de dinero: Harry y Caresse Crosby, *Lady Gertrude* (Binky). Carfax, la principessa Cacciaguerra. Por eso estaba resplandeciente Domenico. Quedaban ya atrás los tiempos en que habíamos compuesto aquel divertimento pospucciniano de un solo acto, lleno de armonía e ingenio. No le deprimió en absoluto el que yo no lograra que se representara en Covent Garden. Ahora, estaba en la *avant garde*. ¿Lecciones de Nadia Boulanger? Nadia no podía enseñarle nada de las armonías del motor de combustión interna. ¿Martina? Había visto una armadura de una de las partituras de Martín, terriblemente *vieux jeu*. Domenico iba a escribir un concierto para locomotora y orquesta. La orquesta se situaría en camiones de carbón abiertos. Harry Crosby respaldaría el asunto. Luego, seguiría un cuarteto para trasatlánticos Cunard, sin respaldo de Nancy Cunard.

—Tengo que hablar contigo un momento —le dije—. En el bar.

Se levantó, encogiéndose de hombros. En el bar, había una pareja de *poules* aburridos. Aún era temprano. El local se llenaría de norteamericanos hacia las dos de la mañana. Estaba decorado con modelos de aluminio de vasos de martini clavados sobre un fondo azul acero sobre el que flotaban nubes de plumón de pato auténtico. Boris, el príncipe ruso, me sirvió un coñac.

—Ella dice —dije— que no va a volver. Hasta que reciba una carta de disculpas. Y si yo fuese tú añadiría unas flores.

—No tengo dinero para comprar flores, y tú lo sabes. Zorra.

—¿Te refieres a mí o a mi hermana? Si te refieres a ella, no te atrevas a utilizar otra vez esa expresión.

—Su sitio está al lado de su marido. Tengo mis derechos.

—También ella los tiene. Y entre ellos figura el de que no la abofeteen caprichosa, cruel, terca y repetidamente.

—Tú ya sabes por qué fue eso.

—Sé por qué fue. Y sé —dije, más amablemente— que volverá a suceder, a menos que ambos vayáis a ver a un médico, un especialista en estas cuestiones. Basta hacer unas pruebas muy simples. Y hay curas.

Domenico soltó un gruñido. Miró furtivamente alrededor. El *patrón* estaría en su oficina a aquella hora, comiendo una cena en bandeja traída de Les Hespérides, un restaurante de la Rue de Sèze.

—*Vite, Boris* —dijo. Boris le dio un coñac furtivo. Domenico lo bebió, devolvió la copa, que el otro lavó, y eso fue todo. El *patrón*, que quizás hubiese entrado alguna vez en la línea de fuego del capitán Ford, no andaba oliendo alientos. Advertí que Hemingway, que sudaba copiosamente, se había incorporado a la mesa de Ford y de Pound. También estaban allí Adrienne Monnier y Sylvia Beach. John Quinn, un sólido abogado norteamericano, vestido como para un juicio, entró y echó un vistazo con disgusto. Ford y Sylvia Beach le hicieron señas. Quinn se aproximó a ellos. Pound chasqueó frenéticamente los dedos llamando a un camarero. Me di cuenta de lo que pasaba. Quinn tenía dinero y era un gran comprador de ológrafos literarios. Iban a intentar emborracharle.

—No puedo ser yo —dijo Domenico—. Carlo dice que es imposible.

—Eso es porque no hay hombres estériles en la Biblia —dije—. Sólo mujeres estériles. ¿Piensa acaso rezar sobre Hortense para expulsar de ella los demonios de la esterilidad? Sería totalmente estéril. Id a un médico, los dos.

Pero yo sabía que Domenico no deseaba un descendiente, un hijo, por supuesto, por puro amor a la prole. Había mucho dinero de Gorgonzola complicado en la producción de un vástago.

—Te daré cincuenta francos —dije— para que compres unas flores. Con eso, tendrías que conseguir unas bastante buenas.

Frunció el ceño.

—Mira —le dije—. Yo te escribiré la carta de disculpa. Lo único que tendrás que hacer será firmarla.

Me sonrió, sólo con la boca.

—Estás de mi lado. ¿Por qué?

—Solidaridad masculina —mentí—. A ningún hombre le gusta que le acusen de estéril. Además, quiero que se vaya de mi casa. Maldita sea, no soy su madre, que en paz descansa. Soy una institución estrictamente masculina.

—¿Y qué está haciendo ella ahora?

—Está allí sentada, esperando la carta de disculpas.

Esto no era rigurosamente cierto. Ella aún estaba en la cama, gimiendo de resaca. Yo debería haber sido más firme y no debería haberle permitido ir la noche anterior al Baile de las Cuatro Artes, a la Porte d’Auteuil. Domenico, desde luego, no la habría dejado. Pero ¿qué podía hacer yo? Ya tenía veintiún años. Era una mujer casada y responsable. Harry y Caresse Crosby, músicos populares norteamericanos, ambos de hermosa piel apergaminada y bocas temblorosas, la habían visto comer conmigo el día anterior en L’Alouette en la Rue du Faubourg St. Antoine. Me conocían vagamente y me respetaban vagamente como escritor que ganaba dinero. No conocían mi obra, pero suponían, dado que vivía en París, que debía ser algo ininteligible, según la moda, salvo por las escenas sexuales. Alabaron mucho la belleza de Hortense, que era ya considerable. Qué piel, exclamaron. Qué pelo. *Tenía* que ir al Baile de las Cuatro Artes. Y cómo creía Harry Crosby, pregunté, que iban a admitirle: él no era estudiante. Las chicas era distinto, por supuesto. Conseguiría entrar sin ningún problema, dijo Harry Crosby. Posaría como si se tratase de un desnudo para el Prix de Rome. El motivo aquel año era romano y senatorial. Togas tipo sábana, cuerpos pintados de rojo con la sangre de César, fantásticos peinados de Medusa para las chicas. La idea no me gustaba nada. A Hortense, sí. Muchísimo. Abrió mucho los ojos, reflejando por partida doble a una mujer gorda que devoraba junto a nosotros fresas con *Chantilly*. ¿Qué podía hacer yo?

Luego, la habían dejado, al mediodía siguiente, a la entrada principal del edificio de mi apartamento, en la Rue Bonaparte, pintada de rojo y desnuda, salvo por una larga camisa de hombre azul claro, con una etiqueta colgada de un collar de perlas de Woolworth que llevaba al cuello: pour m. toumy. El conserje graznó larga y sonoramente muy disgustado. Yo subí a Hortense a mi piso y le di café bien cargado que no sólo no asimiló sino que, al encontrarse la ola negra con el rompeolas de su úvula, salió silbando intacto.

A las cinco en punto, la hora de mi té de China y mis *petits fours*, estaba ciega pero razonaba, aunque la aspirina le brincaba en puntos dolorosos como pelotitas de goma, con esporádicos calvarios de eructos cuando las sales efervescentes mordían el ácido. Primero una fiestecita con cena en el 19 de la Rue de Lille, donde vivían los Crosby. Tela de saco por las paredes, sillas y estantes de libros. «Desnudos y dispuestos como un destructor para la acción», había dicho Crosby. Ochenta invitados, estudiantes y chicas. Un ponche de champán compuesto de cuarenta botellas de *brut*, cinco de ginebra, cinco de *whisky* y cinco de Cointreau. Canapés de Rumpelmayer, la mayoría aplastados en la alfombra. Harry, Caresse, Mai de Geetere (¿quién?) todos juntos en el baño. Harry llevó un saco con diez serpientes vivas a la Porte d’Auteuil. Abrió el saco y las echó desde el palco de los juerguistas sobre las bailarinas desnudas. Gritos, pero al final del asunto, una chica negra y gorda andaba, al parecer, dándole de mamar a una de las serpientes. Hubo también unas cuantas palomas sacrificadas ritualmente con las frases iniciales de la misa a falta de un latín

pagano apropiado. Sangre real, aunque aguada, goteando sobre los cuerpos culebreantes de una pareja apareada. ¿Copulación? Oh, sí. ¿Qué hiciste tú? ¿Recuerdas algo más? Oh, Dios santo, recuerdo mucho, pero no lo recuerdo todo. Recordaba haber despertado aquella mañana en la cama de Crosby con otras cinco personas. Me despertó un gramófono. Lo accionaba un hombre al que al parecer nadie conocía, y que sólo llevaba puesta aquella camisa azul claro. Cuéntame más. *Quiero saber qué pasó.* Oh, Dios santo, déjame dormir.

—Esperando la carta de disculpas.

Domenico cabeceó y luego movió la cabeza como rechazando el cabeceo anterior, se alejó de la barra y volvió al estrado donde los músicos se disponían ya a reanudar su tarea. Domenico cabeceó a ritmo con el dos, tres, cuatro que lanzó el batería del brazo artificial. Luego hizo una introducción de cuatro compases y luego tocaron todos ya *The Darktown Strutters' Ball*. Esto me hizo retroceder un poco, hasta cuatro años atrás, y pensar en Domenico y Hortense y yo y luego en aquel maldito Curry. Desde entonces, yo había sido relativamente bueno. Creaba amantes sobre el papel. Compraba las nalgas esporádicas de algún senegalés complaciente. No quería compromisos, sólo hablaba de amor sobre el papel. Me sentía terriblemente solo, sólo mi arte me hacía compañía. Adrienne Monnier intentaba convencer a John Quinn para que bailase, pero él no quería o no sabía. Una mujer grande y alta de pelo dorado vestida de azul regio.

—*Son frère* —dijo Boris— *est prêtre.*

Dije que ya lo sabía.

Si Carlo hubiese hablado alguna vez a su hermano sobre el divino misterio de la paternidad, dudo que Domenico le hubiese escuchado o que de hacerlo, le creyera. Yo había estado una semana antes en el Catho (andaba pensando vagamente convertir a un sacerdote sin sotana en mi próximo héroe) para oír a Carlo impartir una conferencia muy lúcida sobre ciertas herejías que había tenido que combatir la Iglesia primitiva.

«Procrustes, Vario, Torcuato y otros, no podían aceptar plenamente la doctrina del nacimiento virginal. Discutían el verdadero sentido de la palabra *parthenos*, que, según ellos, no denotaba necesariamente una falta de experiencia sexual. San Vitelio —o algún otro, había tantos santos primitivos de éstos con nombres de senadores romanos— pronunció un sermón en Antioquía en el que dijo que había infinidad de madres pero un solo padre verdadero, nuestro Padre Celestial. El acto de la concepción es un acto creador, tan milagroso como la creación del firmamento: la semilla divina pasa de Dios a la mujer, pero Dios utiliza normalmente a un varón humano como inseminador intermediario. Dios no tiene ninguna necesidad de hacer esto, pero como prueba de su monopolio creador, fecundó directamente a la Virgen María (a través de la persona del Espíritu Santo, cuya función primaria es la de manifestación del Dios creador en la historia humana) para que el nacimiento de su Hijo Bendito proclamara la verdadera naturaleza de la paternidad. Las leyes humanas

reflejan sabiamente la verdad ontológica, pues subrayan la frívola impertinencia del individuo que reclama su derecho de paternidad, considerando ésta como un estado indemostrable de su naturaleza. La terrible verdad, como dijo sabiamente Tertuliano, se conserva, como tantas veces, en el lenguaje de la gente común. Sabio es el niño que conoce a su padre y, por supuesto, a la inversa. ¿Alguna pregunta?».

Tengo un claro recuerdo de mi salida del Bal Guizot (Hemingway haciéndome un agresivo gesto fabiano beodamente, o quizá fuera uno de Oak Park; Quinn estaba muy sobrio, y mantenía la cara apartada del aliento de Ford, como si estuviera confesándole) y de mi encuentro casi inmediato con Jim Joyce y Wyndham Lewis en la mesa de la terraza de un café próximo a la Rue Auber. A Joyce le gustaba beber a veces en vecindad onomástica con compositores de ópera de segunda fila. Pero estábamos a finales de junio, la época del Baile de las Cuatro Artes, año de 1923, y Joyce debería haber estado en Bognor Regis escuchando gritar a las gaviotas «¡Tres quarks para Muster Mark!». Este *quark* sería el nombre que se aplicaría posteriormente a cada una de tres hipotéticas partículas subatómicas con cargas eléctricas de una magnitud de uno o dos tercios la del electrón, propuestas como las unidades fundamentales de la materia. Nosotros los escritores, siempre haciendo más de lo que sabemos. Me guiaré por mi recuerdo desafiando el dato biográfico y diré que fui a sentarme en su mesa en aquella noche de junio cuya brisa traía el cosquilleo de la carga de una tormenta inminente. Joyce estaba borracho. Tenía en la mano un paquete vacío de Sweet Afton, los cigarrillos, virginales y desperdiciados, yacían en el suelo en una especie de tresbolillo. A Joyce las cosas tendían a quedarle estructuradas en figuras, pero no podía ver los cigarrillos caídos, no sólo por la borrachera, sino por su condición oftálmica defectuosa, consecuencia de desnutrición adolescente y de diversos tipos de excesos. Wyndham Lewis estaba sobrio y ataviado como para parecer un anarquista, aunque parecía más bien un empresario de pompas fúnebres. Dios santo, ¿estaba todo el mundo literario en París en aquella época? Saquemos a colación a Thomas Stearns Eliot para que pueda decirle (gracias a un descubrimiento que hice en los años treinta) que no tenía ningún derecho a ignorar, y, en consecuencia, a utilizar mal, en *La tierra baldía*, las normas del Tarot. Jamás se le habría permitido a un novelista semejante menosprecio del detalle. Pero no, yo en realidad no conocería a Eliot hasta la época de la Guerra Civil española. ¿Podría quizá decirle a Lewis que informase a Eliot que había sido una estupidez lo del Hombre con Tres Estacas, «auténtico miembro», sí? decía Joyce, con su voz quejumbrosa de tenor:

—¿Es Toomey?

No me había leído, pero había oído sin duda que yo era un simple novelista popular a quien no tenía que temer como rival literario. Creo que más bien me admiraba por haber hecho dinero con una actividad que él sólo podía proseguir con generosas subvenciones. Yo había representado obras teatrales con éxito, mientras que su *Exiles* había fracasado. Reconocía que el arte dramático era más destreza de

oficio que arte inspirado. Estimaba mi relato de cómo me había seducido George Russell en 1904, pero me había hecho jurar que no lo contaría: temía que debilitase la estructura de un libro al que se atribuía la virtud primaria de una adhesión rigurosa a la verdad histórica. Por último, creo que me envidiaba mi francés materno, y que pretendía a veces inducirme a consagrar el resto de mis días a dirigir el sínodo Joyce-traducido-al-francés.

—Es Toomey, sí. Tu servidor, Lewis.

Lewis rezongó algo en respuesta. Yo puse un cigarrillo en la boca de Joyce y sus labios lo asieron con la misma codicia que los de un diabético en coma un terrón de azúcar. Lo encendí, y aspiró el tabaco chamuscado como si sólo la sensación del calor en los labios pudiera indicarle que estaba fumando. Llegó un camarero. Pedí café y coñac. Lewis miró ceñudo al camarero y miró luego de reojo e indicó con el labio en dirección a Joyce para indicar que éste había tomado ya suficiente de la orina potable de la botella vacía que había frente a él. El manuscrito del capítulo tres de *Retorno al Edén*, aupado por el breve paseo, sobresalía de mi bolsillo. Lewis, como si supiera lo que había en él, pareció sonreír burlón. Bueno, qué demonios, pese a todas sus torpezas, era narrativa auténtica: pasaba algo, por lo menos, qué demonios. *Tarr* de Lewis, publicada hacía cinco años, era toda ella cuerpos sólidos que sólo podían moverse con una grúa; Joyce era todo flujo verbal. Sentía hacia ambos cierto desprecio. Dije:

—Un esquema argumental. En fin, un hombre y una mujer, jóvenes, casados, desean desesperadamente un hijo pero no consiguen tenerlos. ¿Quién es estéril, él o ella? Él, para quien la fertilidad es un aspecto de la debilidad, no acepta que ninguno de los dos se someta a una prueba médica. Es mejor evitar la verdad y atribuir la esterilidad a la esposa. Ella, más realista, resuelve el problema quedando embarazada de un desconocido en una fiesta en la oscuridad de la noche, una insólita corrupción de la virtud, motivada por el amor al marido. Nace un niño. El marido no se atreve a sospechar la verdad. Hay que continuar la historia a partir de este punto.

—Muy escabrosa —dijo Lewis—. Nos pides ayuda para escribir una de tus novelitas.

—Bah, Lewis, eres un cuatro ojos pretencioso —dijo torpemente Joyce—. ¿Cómo llamáis a la tijereta en tu parte del mundo? —dijo luego, dirigiéndose a mí.

—Tijerteta —dije.

—Buena tijerteta —dijo Joyce con humeante y ciega alegría—. Anótalo en este paquete de cigarrillos. Tijereteaba la tijereta con tijerteta la tijerteta. En fin, la verdad es que nunca se me ha dado bien continuar historias. Acaba donde dijiste, Toomey. Lo principal es conseguir que nazca un hijo.

Joyce, pese a todas sus obsesiones verbales, era con frecuencia muy directo, sobre todo respecto al dinero. Pero tenía una facilidad especial para el relato corto. Lo malo era que no le gustaba el movimiento si podía evitarlo, así que él y Lewis eran artísticamente más afines de lo que ambos admitían. Las novelas como naturaleza

muerta o como escultura en un caso, y como grandes arias con muchos adornos en el otro.

—Estilidad —dijo con sobria emoción—. Un esteriletico del fructifrutifero condóniño. Shaun. Anótalo, Lewis, he aquí un amigo querido.

Joyce no podía ver el súbito haz de relámpago. Pero, tras una cuenta, oyó el trueno.

—Dios —dijo—. Esto no hay cristiano que lo aguante. Consígueme un taxi, tengo que irme a casa. Oh, Jesús, María y José —añadió, mientras se renovaba el estruendo.

Empezó a agujonear la lluvia. Me levanté para buscar un taxi. Pobre y medroso Joyce.

—Oh, Sagrado Corazón de Jesús, protégenos de todo mal.

Decidí que conseguiría que Harry Crosby publicase *Retorno al Edén*. Siempre hablaba de que estaba a punto de iniciar la *Black Sun Press*. Tronitronó terrible un esteriletico y triple trueno.

—Oh Dios Santo perdónanos nuestros cochinos pecados. Llovía a mares. Resultó difícil encontrar un taxi.

Entré en el baño y allí estaba mi hermana Hortense tomando, muy razonablemente, un baño. Pero el caso es que allí estaba el inodoro y yo deseaba desesperadamente utilizarlo. Tenía un aspecto optimista y saludable, aunque un poco lánguido, y sus límpidos ojos marrones me asietaron mientras cogía una toalla para taparse los pechos.

—No seas ridícula —dije—. Eres mi hermana, yo creo.

—Deberías llamar.

—Y tú deberías cerrar la puerta. Además, este pudor tuyo es un disparate. *D’ailleurs, je veux pisser.*

—Salgo ya. No hay más agua caliente. Vamos, fuera.

Era un baño anticuado con zarpas de león en la bañera. Las cañerías procuraban ocultar su ineficacia con ruidos prosopopéyicos a la manera francesa. Me vi en el espejo del lavabo, escritor de treinta y tres años, con los mismos ojos de Hortense, los de nuestra madre, aunque los míos más juntos y recelosos, la frente un poco arrugada por el esfuerzo de tener que controlar una vejiga desbordante, el pelo pajizo untado de brillantina Clovis, el bigote en guardia.

—Vete, te he dicho que te vayas.

—¿Puedo hacerlo? Te daré la espalda —lancé mi chorro, diciendo sonoramente —: quiero saber lo que pasó anoche. Y esta mañana. Quiero saber quién te depositó en el portal en aquel estado vergonzoso.

—Date prisa. El agua está helada.

—Sal de ahí entonces, idiota. Cúbrete con una toalla. No pretendo ver tu desnudez. No tengo ningún propósito incestuoso.

Poco después estaba sentada, los pies rosados, con uno de mis pijamas negros de Charvet, tomando leche caliente. Esto era en el salón, en el sofá del siglo XVII, producto de Provenza, *garniture en tapisserie au point polychrome de l’époque*. Yo estaba sentado enfrente en un *fauteuil* a juego. Había alquilado el apartamento sin amueblar y le había dado un aire elegante, amueblándolo con una cómoda de patas arqueadas, marquetería de la *époque Régence*, ricamente ornamentada con bronce dorado. Una *crédence* de nogal del norte de Italia con cabezas de ángel, urnas floridas, rosas y otros detalles más. Mis cuadros del siglo XX estaban en el comedor. Allí no iban bien mis cuadros de la Escuela de Brabazon (Daubigny, Troyon y Veyrassat), pero había tiempo, tiempo de sobra, habría dinero de sobra.

—¿No te preocupa —pregunté— la posibilidad de que el fogoso Domenico se entere de tu participación en el Baile de las Cuatro Artes?

—No hables en ese tono pedante tan estúpido. Resérvalo para tus estúpidos lectores. Sólo se enterará si tú se lo cuentas. Además, no hice nada malo.

—Esta mañana llegaste aquí desnuda, en un estado tal que no te preocupaba que

te vieses desnuda o no. Por eso resulta tan hipócrita tu pudor de hace un momento.

—Estaba borracha. Todos podemos emborracharnos. Cuando desperté estaba sobria y entonces ellos se pusieron a preparar «Sangre de verdugo». Y volví a emborracharme otra vez. Y los Crosby, los dos, decían oh, qué muchachita tan encantadora, de dónde saliste, en fin, no se acordaban. Nadie sabía quién era yo. Luego dije que quería un taxi y ellos dijeron que para dónde y yo dije que para venir aquí. Toomey, dijeron, Toomey, creo que conocemos ese nombre, ah, sí, ese pederasta que fabrica basura para las dependientas.

—Eso te lo estás inventando.

—Oh, no. Eso lo recuerdo con toda claridad. De lo que no me acuerdo es de lo de anoche. Y si no lo recuerdo es que no sucedió, que es lo que yo digo. Así que no digas nada del asunto y mañana volveré con Domenico y me pondré a preparar *angelotti o capelli d'angeli* o lo que sea. Nunca había pensado que hubiese tantos tipos distintos de pasta, mierda puñetera.

—No me gusta que digas palabrotas, Hortense, y es inútil que pretendas que no sucedió si no te acuerdas. Imagínate que hayas matado a alguien y que no te acuerdas, el muerto estará muerto pese a todo.

Sonó el timbre de la puerta.

—Ay, Jesús, Domenico —empezó.

—Son sólo las once —dije yo—. Aún está tocando. Y si no hiciste nada malo y nadie se acuerda, ¿por qué te preocupas, niña tonta? Sé quién es.

Y me levanté a abrir la puerta. Era Carlo, acompañado del padre O'Shaughnessy y del père Leclercq, profesores temporales ambos del Catho, Ley Moral el uno, Sacramentos o algo así el otro. Habían venido a jugar al *bridge*.

—Una disputa matrimonial —Carlo cabeceó y, con burlón acento irlandés aprendido sin duda de O'Shaughnessy, añadió—: y tú pavoneándote con tu atuendo nocturno ante los santos sacerdotes de la Iglesia.

—No está mal —concedió O'Shaughnessy, un hombrecito nervudo de pelo rojizo de Athlone, destinado, a lo que parecía, a ser párroco de una taberna más que párroco de almas. Él y Carlo y Leclercq llevaban viniendo a mi casa una vez por semana los últimos tres meses. Nunca les había invitado. Carlo los había traído una noche sin que yo le hubiese invitado a él siquiera, les había servido *whisky* y había sacado del bolsillo de su impermeable clerical dos mazos de cartas nuevos. Él siempre asumía el mando y el control, del tiempo y del lugar. Al père Leclercq, que era del Midi, le gustaba la ginebra mezclada con un poco de vino de misa, *o alt*, como le llamaba O'Shaughnessy, y el propio Leclercq había aportado a mi mueble bar una botella de él, una especie de pseudoporto británico azucarado con un Jesucristo crucificado en la etiqueta; la ginebra la aportaba yo. Leclercq era demasiado guapo para ser un sacerdote francés; tenía el aspecto físico y el brillo celeste y dorado (¿como en el Midi?, ¿godos, visigodos, cruzados en tránsito?) acordes, por ejemplo, con el director del Departamento de Capellanes del Ejército británico. Si no hubiese sido por su fe

habría hecho un buen obispo de Gibraltar. Había sido muy aficionado a *le sport* en sus tiempos, *le tennis*, *le rugby*, *la boxe*. Aún no había empezado a engordar (¿por qué hemos de hacerlo?) pese a la ginebra y al vino de misa. Eran, los tres, magníficos jugadores de *bridge*.

—Con el tiempo acabaré enseñándole buen inglés —dijo O’Shaughnessy haciéndome un guiño de gnomo—. ¿Empezamos ya?

Y tras decir esto sacó la mesa de juego de tapete verde plegable de detrás de la cómoda *époque Régence*. Leclercq acercó sillas. Y Carlo le dijo a Hortense, moviendo un dedo grueso y jocosos:

—Ya está bien de riña, Ortensia. Tienes que llenar la casa de niños.

Tal como lo decía él resultaba extrañamente insulso. Hortense replicó:

—¿Hablas como hermano suyo o como un maldito sacerdote de la Iglesia?

Leclercq, que hablaba poco inglés, reaccionó al tono con débil desconcierto, humedeciendo mientras tanto un Montecristo que había cogido, sin que yo se lo ofreciese, por supuesto, del humificador. Pero O’Shaughnessy estaba encantado.

—Sólo hay un sistema, muchacha. Darle duro. Maldita sea.

Era buen psicólogo: Hortense se ruborizó. Carlo no perdió el buen humor. La verdad es que estaba terriblemente feo, más gordo que cuando le mostré la última vez, la nariz grande y complicada era una cornucopia de pelos sin cortar. Por otra parte, estaba quedándose calvo a ojos vista. Tenía el traje clerical arrugado y lleno de manchas. Resultaba formidable, sin embargo, formidable siempre.

—Mamá te manda recuerdos —dijo.

—¿Cómo andan las cosas por allí? —pregunté—. ¿Cómo reacciona la gente con Mussolini?

—Ahí tienes a un hombre al que no puedes llamarle maldito así por las buenas. Porque es un maldito *farabutto* ateo con sus malditas camisas negras. En fin, esas camisas al ser negras no muestran la suciedad. Lleno de demonios y quizá sea el mayor él mismo. Y sin nada dentro para poder combatirlos. El diablo toma posesión de la maldita Italia.

—Pero ya no tenéis nada que temer de ese condenado comunista ateo —dije yo.

—No hay que utilizar a Belcebú —clamó él— para expulsar a Belcebú. Recemos, quiero decir juguemos.

Luego añadió en tono más suave:

—Ortensia, pareces muy cansada, *cara*. Me parece que tu hermano te ha llevado al Baile de las Cuatro Artes.

Bromeaba pero yo tuve una súbita visión de novelista de Carlo disfrazado de saxofonista de una de las dos orquestas, viéndolo todo incluida la entrega de Hortense (¿de dónde salió ese detalle?) a un joven muy pulido con caídas alas de Ícaro.

Hortense dijo sin rubor:

—Tuve que ir a ver al doctor Belmont. En su *centre gynécologique*, una experiencia agotadora.

—¡Aaaaah! —dijo Carlo—. ¿Nos darás buenas noticias a todos?

Estaba ya acomodado en la mesa de juego, barajando un paquete nuevo de cartas con poderosos dedos de jugador. Tenía toda una colección de barajas, que le había regalado, por alguna oscura razón, un fabricante de ellas, Rouach et Fils. O puede que simplemente entrase allí y dijese: «Dame ésas».

—La vida es algo más que eso —dijo Hortense—. Una mujer no es una máquina de hacer hijos. Hay que vivir la vida. *Je vous quitte, messieurs* —graciosamente—. Les dejo con su diversión.

Y sin más despedida que «No olvidaré mis oraciones nocturnas», salió meneando sus piececitos rosados camino del dormitorio libre.

—Una chica encantadora y testaruda —dijo O'Shaughnessy— y muy próxima al Todopoderoso me parece. ¿Tenéis irlandés?

Le serví irlandés, cabeceando: *Un poco*. Ginebra y vino de misa. Escocés, escocés.

O'Shaughnessy alzó extravagantemente su irlandés hacia Carlo, inclinándose al mismo tiempo.

—A su salud, Monsignore.

—¿Monsignore? —dije yo.

—Aún no, aún no —refunfuñó Carlo, dando cartas.

Mil novecientos veintidós parecería luego, en el lejano futuro, un año decisivo para la literatura. Con obras como *Ulises* y *La tierra baldía*, aunque no, claro está, por mi *Frutos de la tormenta*. Para algunos era ya evidente que había sido un gran año en el campo de las representaciones públicas. Mussolini había hecho su marcha sobre Roma, o la habían hecho más bien sus secuaces, él había entrado en la Estación Termini en un *wagon-lit*. El Papa Benedicto xv, aquel notable y pacífico prelado al que no escucharían ni los alemanes ni los aliados, Giacomo della Chiesa, Jacobo de la Iglesia, abogado y diplomático, un caso perdido con el dinero, que con su prodigalidad en la ayuda a los menesterosos había situado en números rojos las finanzas del Vaticano, había muerto, y le había sucedido Pío XI, Achille Ratti de Desio, cerca de Milán, arzobispo de Milán durante un año y amigo, deduje, de la familia Campanati. «¿Monsignore?». Debería haber supuesto que habría algo para Carlo en el nuevo reparto.

—La supervisión de la difusión de la palabra divina —proclamó O'Shaughnessy como si fuese el título de un breve—. Para aportar eficacia a la tarea de la propagación de la fe. Tres diamantes. Puede que adelgace ahora.

—Cuatro picas —dijo Carlo—. Yo ya dije que la guerra parecería el recuerdo infantil de un *picnic* comparado con lo que vendría después. Pues bien, aquí está, las fuerzas diabólicas más poderosas que nunca. En fin, pensemos en el juego.

Pero no nos concentrábamos en él, principalmente porque yo jugaba como un tonto.

—Simplificas demasiado las cosas —dije, posando mis cartas—. Dios y el diablo.

Eso es pueril.

—Muy bien —gritó Carlo, abanicándose con sus cartas como si las llamas se apoderasen de mí—. Mira el año pasado. 1922. Stalin elegido secretario general del comité central del partido comunista y diciendo que la comisión de control central debe limpiar el país. Purgas, les llamó. Piensa —añadió dirigiéndose a O'Shaughnessy— en el Palacio de Justicia que han volado en Dublín, sembrando la muerte. En los griegos —se volvió a Leclercq por pura simetría— asesinados en masa por los turcos. Hablábamos, dicho sea de pasada, en francés, salvo determinados nombres propios.

—Mil novecientos veintitrés y los malvados bien aposentados, sonriendo. La maldad es muy simple, *caro* Kenneth. Y las armas que sirven para acabar con ella son también muy simples. Lo primero es impedir que las llamas se propaguen —me abanicó de nuevo—. Mi tarea es ésa.

—La ley Volstead —dijo Leclercq—. También eso es el mal.

—Mal que engendra más mal —concordó Carlo, y luego añadió dirigiéndose a mí—: Tengo una cosa para ti. De Raffaele.

Y sacó una cartera gruesa de piel alimentada, al modo de los jinetes tártaros, con dedos grasientos. Hurgó en ella mascullando. O'Shaughnessy estaba muy acalorado y agitaba un dedo nicotínico hacia Leclercq. Su francés se hacía muy irlandés:

—No se puede llamar malo a algo que puede ayudar a que sucedan menos cosas tan lamentables como la que le sucedió a mi hermana Eileen en Baltimore. Negros borrachos de cerveza barata molestando a mujeres blancas.

—Seguirán consiguiendo su cerveza barata —dijo Leclercq—. Ginebra o *whisky* o coñac que les dejará ciegos y paráliticos y que llegará a matarles.

—La ley de Volstead fue oportuna, era una ley necesaria.

—¿Una cosa de Raffaele para mí? ¿Otra regañina por escribir novelas indecentes?

—Leyó tu nuevo libro. Dice que es un libro muy sano y que no tiene nada de indecente. Habla de un cambio de actitud. *Ecco*.

Me entregó un recorte de periódico doblado.

—Sí —dijo Leclercq—. También sucede en Irlanda. Y aquí. Vaciamos esas botellas en el inodoro.

—En nuestro caso es distinto. Somos gente civilizada. Sabemos controlarnos. Una cosa como la que le sucedió a mi pobre hermana Eileen no habría pasado en Westmeath.

—Todos los hombres son iguales. Todos tienen los mismos derechos. A emborracharse. A molestar a las mujeres. A arrepentirse.

—Vino —gritó Carlo—, no entendéis el asunto. La falsificación de la doctrina. Andan diciendo que Cristo convirtió su sangre preciosa en zumo del fruto sin fermentar...

Leí. Era un breve artículo escrito por Raffaele y publicado en un periódico. Yo teóricamente tenía que leerlo, para que mi orgullo de escritor profesional se mitigase

ante la prueba de que cualquiera podía escribir si tenía algo sobre lo que escribir.

La ley es mala y no puede aplicarse en los grandes centros de población. El *whisky* escocés que se embarca para las islas inglesas de las Indias Occidentales y para las islas francesas de St. Pierre y Miquelon junto al territorio canadiense se introduce de contrabando en Estados Unidos por medio de lanchas rápidas de motor. Toda la costa Este de Estados Unidos es una zona imposible de controlar adecuadamente. La prevista rivalidad entre las bandas de traficantes que pretenden controlar los territorios urbanos se manifiesta ya en asesinatos que la policía no desea investigar porque está demasiado corrompida. Condeno esta ilegalidad y esta anarquía, pero condeno, en primer término, al gobierno de Estados Unidos y a todos los fanáticos de la Prohibición, que como el congresista Volstead...

—Sí —dije—, tiene razón, pero va a tener problemas. ¿Por qué querías que lo leyera?

—Escribe bien, ¿verdad?

—Bastante bien. Es correcto gramaticalmente, es claro. Pero ¿no entiendo...?

—Quiere que escribas sobre el tema. Tienes un nombre, dice, en Estados Unidos. Te conocen. Dice que quiere que escribas artículos. Tienes una idea clara del problema. Él tiene nombres y datos. Se ha puesto en contacto con el FBI, pero hasta ahora han hecho muy poco. Es necesario airear el asunto. Avergonzar al Congreso y al presidente y al pueblo norteamericanos. Artículos, relatos incluso, quizá. No correrás peligro, comprendes. Él, sin embargo, sí que lo corre. Le daba vergüenza escribirte directamente. Me pide a mí que te lo pida yo.

—Carlo —dije—, éste no es mi oficio. Yo practico un arte, como tal arte. No tengo habilidad para la propaganda. Además, parece ser que hay mucho miedo en Norteamérica. La tierra de la libertad de expresión y, sin embargo, según tengo entendido, las consecuencias de la libre expresión pueden ser fatales. Incendian las oficinas de los periódicos. Los directores acaban con un machetazo en la barriga. Puedo escribir, pero no hay ninguna garantía de que me vayan a publicar.

—Propaganda —Carlo se quedó un instante pensativo, adelantando su rojizo labio inferior—. ¿Qué es eso que he oído de que estabas escribiendo propaganda para los hijos de Sodoma? Domenico me contó que había visto una cosa tuya en ese escritorio de allí.

—Yo no escribo esas cosas —dije, ruborizándome un poco—. Yo escribo cuentos y relatos. Domenico no tiene ningún derecho a...

¿Cuándo podría haber sido aquello? Pero en fin, la publicación, el acto de hacer público un mensaje, empieza cuando pones el papel en la máquina de escribir. Yo había abandonado la pluma, un instrumento más privado. Domenico había venido una noche a decir que tenía una solución para uno de los problemas de Joyce. Joyce me había dicho algo sobre *insecto* e *incesto*. La palabra terrible no podía pronunciarse ni siquiera en sueños, de ahí la metátesis. Pero había en aquello algo superficial, caprichoso, una mera burla chistosa. Tenía que haber otra justificación. ¿Una

justificación musical? Eso había sugerido yo. Domenico me dijo que había una justificación musical posible. El héroe de Joyce HCE se convertía en un tema musical, pues la H era el equivalente alemán de sí natural. El SEC de *insecto* era, también en alemán, mi bemol mi natural. Los dos temas de tres notas se unían en perfecta armonía. CES no casaba. (A Joyce le había encantado).

Y yo me había ido al baño y Domenico había leído parte del capítulo 2.

—Todas las palabras son propaganda —dijo Carlo—. Hay que hacer propaganda de una causa buena. A los sodomitas siempre los tenemos ahí, felices con las iniquidades que han elegido —inocente, siempre—. Tú puedes hablar y ayudar a un hombre que se ha convertido en tu hermano. Él tiene que tener cuidado. Dice que la situación empeorará aún más. Le miré.

—¿Qué importa Raffaele además de mercancías generales? ¿Chianti, Strega, Sambuca, grappa?

—El comercio de bebidas alcohólicas ha sido liquidado. Pero ésa no es su preocupación básica. ¿Pensarás un poco lo que te dice?

—No hay nada malo en pensar —dije, pensando que las leyes estúpidas de Estados Unidos no eran asunto mío. El país había elegido la independencia siglo y medio atrás y ahora podía cocerse en su propio zumo de uva californiana. Yo tenía asuntos propios en que pensar.

—Vamos a echar unas cuantas manos de póquer —dijo Carlo—. No puedo concentrarme en el *bridge*. Aquel tipo raro del torneo de Juan-les-Pins —dijo súbitamente en inglés, dirigiéndose a O'Shaughnessy. Luego, continuó explicando rápidamente la defensa adecuada contra la puesta de siete corazones de Norte, si Oeste fallaba en la salida convencional de tréboles. Luego, se pasó y perdió su baza de triunfos. Era de esperar. Era un hombre formidable el nuevo Monsignore. «*Formidable*», dijo el *père* Leclercq, refiriéndose, por supuesto, a otra cosa, al aroma del Romeo y Julieta que acababa de encender yo. O a algo así. Tampoco puede pretenderse que me acuerde de todo.

El primer día de la primavera de 1924, mi hermana Hortense dio a luz, en la maternidad que regentaban las Petites Soeurs de la Passion, dos *jumeaux, gemelli*, gemelos. Alegría y asombro. Sobre todo, porque eran, como los de William y Anne Shakespeare, una chica y un chico. Dos niñas habrían parecido una especie de ofensa anglosajona deliberada a la familia Campanati. Dos chicos podrían haber provocado disputas sobre la primogenitura. Un chico y una chica era algo espléndido, los dos estaban bien, al igual que la madre, todo genéticamente artístico, tan limpio como una caja de regalo de Pascua de un rojo y un blanco de un mismo *cru*. A mí, los gemelos, cuando les vi, me parecieron aceptablemente anglo-franco-italianos. No había en ellos sangre negra ni amarilla, lo que fue un alivio. Hortense, incorporada en la cama bajo la luzllovía de principios de primavera, con su mañanita color turquesa, me miró a los ojos y yo la miré a los ojos también.

—No más —dijo.

—Creí que estabas decidida a repoblar el mundo.

—Con esto es suficiente.

—Llámales Hamnet y Judith. No, quizá mejor Harry y Caresse.

—Eres un cerdo asqueroso obsceno repugnante estéril.

—Mi fecundidad nunca ha sido, ni será, puesta a prueba. No me preocupa lo más mínimo. Yo no soy Domenico.

—Sal de aquí inmediatamente.

—Antes me querías, Hortense. Me admirabas, incluso. Hubo un tiempo en que podía decir honradamente que creía que me adorabas.

—No me hagas reír —dijo ceñuda—. Sal de aquí o les diré a las monjas que vengan a echarte.

Me pregunté si debía llevarme conmigo el gran ramo de mimosas que le había regalado y dárselo a la primera pobre vieja que viese en la Rue des Minimes. Pero Hortense era, pese a todo, mi hermana.

A los gemelos les bautizaron en la Madeleine, que era la iglesia parroquial de Hortense y Domenico, pues se habían trasladado ahora a la Rue Tronchet. Decidieron ponerles de nombre John y Ann, nombres sencillos que no perdían su identidad al traducirlos al francés e incluso al italiano: Giovanni se convertiría en seguida en Gianni, y eso sonaba parecido a Johnny en inglés americano. En realidad, el muchacho estaba destinado a ser Johnny Campanati en cuanto se lo llevaron a California. Aquellos pobres niños, pienso, desde aquí, después de tantos años, uno de ellos destinado a sufrir de un modo directo y terrible, el otro de modo vicario; pero no quiero adelantarme. He de ser como Dios, he de darles la ilusión de que poseen libre albedrío, permitiendo que su futuro en la primavera de 1924 quede tan aterciopeladamente en blanco como la blanca cuartilla que el escritor empezará, demasiado pronto, a profanar con su pluma.

Mil novecientos veinticuatro fue un buen año para Domenico. Cabalgó la ola del éxito de la *Rapsodia en azul* de George Gershwin, representada aquel año por vez primera, y el pianista Albert Poupon, que había oído su ridícula fantasía el octubre anterior, le había encargado componer un concierto de *jazz* con saxofones y trompetas guagua y demás disparates. Vladimir Jankelevitch (*Ravel*; Editions du Seuil, 1958) consideró que esta obra había ejercido una influencia secreta sobre Maurice Ravel, que haría, siete años después, su propio concierto de *jazz*. Aquel año se presentó *L'Enfant et les Sortilèges* de Ravel (libreto de Colette Willy, una mujer muy chismosa y de una considerable voracidad sensual), y se habló de precederla con *Les pauvres riches* de Domenico y mía, pero se eligió en su lugar una cosa de Ducrateron, amigo de Ravel, bastante intrascendente y olvidada hoy, *Le violon d'Ingres* (que trataba, en realidad, de Ingres y su violín, como si poner todos los huevos en un cesto significase literalmente eso). Domenico no se quejó por ello, pues, como ya he indicado, consideraba que había dejado muy atrás aquella basura primeriza, aunque pude apreciar que no hasta el punto de dejar de utilizar uno o dos de sus temas para su concierto de *jazz*. Él, Hortense e *i gemelli* vivían en un apartamento mucho mayor que el anterior, y él tenía un piano de cola Broadwood viejo comprado en la subasta de los efectos del pobre Edouard Hecquet.

El año empezó y continuó bien para mí también, aunque (y se me revuelve el estómago ante la perspectiva de tener que reseñarlo todo) terminó en un auténtico calvario. Fue el año de la exposición del Imperio Británico de Wembley. La presidió el príncipe de Gales (cuya efigie esculpida en mantequilla de Nueva Zelanda fue una de las atracciones de la exposición) y la inauguró su padre el día del aniversario del nacimiento de Shakespeare. Había Palacios del Arte y de la Industria y de la Ingeniería, y este último era seis veces mayor que Trafalgar Square. Había una maqueta de una mina de carbón y una fábrica de cigarrillos, imprentas, y pabellones dedicados a los progresos industriales en los dominios y en las colonias. Y también la Casa de Muñecas de la Reina, con libritos en la biblioteca, ológrafos de autores distinguidos, entre los cuales no figuraba yo por no ser aún lo bastante distinguido. Acudieron reyes y reinas a visitar la exposición. Y creo recordar que fue en junio cuando estuvieron allí el soberano nominal de Italia y su consorte, con lo que se hallaron fuera de Roma cuando se produjo el brutal asesinato, a manos de sicarios fascistas, de Giacomo Matteotti, destacado progresista y encarnizado adversario del nuevo y auténtico soberano de Italia. Este acto criminal, descarado y estúpido, podría haber significado el fin de Mussolini, pero Inglaterra, junto con otras naciones temerosas del bolchevismo, mostraron hacia él una cordialidad estúpida, y Austen Chamberlain estuvo en la Ciudad Santa a finales de aquel mismo año para honrar a aquel régimen espectral.

El 25 de mayo (día del derrocamiento de Jorge II, rey de los helenos, y de la proclamación de la república griega), se presentó en el Teatro Príncipe de Gales de Londres mi nueva obra: *Tumulto y griterío*. Era una pieza irónica y Jim Joyce hubiera

dado el ojo izquierdo (no le servía de gran cosa, de todos modos), por emular el éxito popular que obtuvo. Encajaba muy bien con el espíritu de entusiasmo imperial predominante y la vieron muchas personas que estaban en Londres con motivo de la exposición, pero el lector no podrá encontrarla en los tres volúmenes titulados *Teatro de Toomey*. La obra trataba de un joven agitador anarquista, hijo único de un oficial colonial retirado que padecía terriblemente de fiebre de simúlido, y que empezaba el primer acto vociferando contra la tiranía imperial británica y proclamando a gritos la necesidad de crear una República universal del hombre. Su padre, temblando en un arrebato febril muy eficaz desde el punto de vista dramático, le decía que abandonase la casa de campo suiza de la familia si pensaba de ese modo. Lo haré, lo haré. El joven abandonaba la casa con un portazo, y el tembloroso padre lamentaba su arrebato. El joven agitador peroraba un poco sobre la libertad humana en una asamblea pública y unos fascistas le daban una paliza (para estos fascistas seguí el modelo de los camisas negras italianos a quienes había visto en periódicos ilustrados europeos. Eran un anticipo de los muchachos de *sir Oswald Ernald Mosley* de siete años después). Le recoge, magullado y ensangrentado, un amable médico hindú, que le cuida y le cura y le instruye cordialmente en las virtudes del imperialismo británico y le explica que de él está surgiendo ya esa comunidad internacional que tanto desea. Se enamora, además, de una belleza morena, una cuarterona de Trinidad, a la que el médico hindú había adoptado, y proclama su deseo de casarse con ella. La muchacha concluye la obra con un discurso en el que expresa su pesar por el hecho de que aún no haya llegado la época de la mezcla de sangres, pese al precedente de sus propios padres, pero afirma que llegará algún día. Algún día, dice, la hermandad de todos los que viven bajo la bandera británica será algo más que una piadosa aspiración (hipócrita, en realidad). Pero, de momento, había que tener cierta condescendencia con los prejuicios de los no ilustrados, pensando concretamente en la cruz de estupidez e ignorancia que aún tenían que soportar los vástagos de una unión mixta, como ella. El agitador reformado asiente una y otra vez, adquiriendo la apariencia de un hombre más sabio, más viejo y más patriarcal, con un temblor de fiebre de simúlido, y besa a la sensible cuarterona delicadamente en la frente, mientras baja despacio el telón y empiezan los aplausos. Resulta extraño hoy que los dos papeles de individuos de color los representasen dos actores blancos pintados para la ocasión, que fueron Phil Kemble (que todavía deseaba, por cierto, interpretar a Pitt) y Rosemary Fanshawe. Hemos recorrido mucho camino desde entonces.

Rudyard Kipling vino al teatro la primera noche con su mandona esposa norteamericana. Después de todo, el título estaba tomado de una obra suya, *Recessional*, y tenía derecho a un par de entradas gratis y a un trago gratis en el primer descanso, en el despacho del director. Su esposa observaba atenta, mientras Ferguson, el director, servía *whisky* a Kipling.

—Mucha agua —dijo; y cuando Ferguson ofreció llenar el vaso de nuevo, dijo—: No, Ruddy.

Kipling empezó a cantar, inesperadamente, un fragmento de *Acis y Galatea*, de Gay y Handel: «Oh, más rojo que la cereza, oh, más dulce que la fresa».

—¿Ven por qué lo digo? —dijo la señora Kipling con firmeza, hacia una parte de la pared que quedaba entre su marido y yo.

Kipling me dijo:

—¡Ay!, ustedes los jóvenes, nunca ven las cosas que hay que ver. Se transparenta el artificio.

Su entonación tenía un tono que sugería un origen galés; uno no se atrevía a considerarlo lo que era: un viejo gesto de solidaridad con los hindúes anglófonos. Tenía el bigote gris, pero las cejas tupidas eran aún negras. Debía haber estado tomando el sol en Hastings y estaba más moreno de lo que debería estar un inglés. Llevaba unas gafas gruesas como culo de vaso, y le flotaban los ojos, fieros y desorbitados.

—Una obra muy mala —proclamó—. Hasta el momento. Pero no tiene por qué preocuparle eso. Yo no habría venido si no hubiera estado ya en la ciudad. Ese maldito *toque de retreta* —gritó.

—Calma, Ruddy.

—Usted no estuvo allí, ¿verdad, Toomey? —no—. La pantomima más grotesca que pueda imaginarse sobre mi poemita *Gunga Din*, con un *bishti* pintado con corcho chamuscado distribuyendo gotas de *pawnee* entre los heridos bajo el fuego enemigo y luego abatido por ululantes tribeños. Y se incorpora antes de morir y va y saluda. Los gritos de los *kuchnays*. Oh, Dios mío. Y la música. ¿De quién *era* la música? ¿De Carrie?

—De Nimrod —dijo Ferguson, que había leído las revistas—. Elgar. *Sir Edward*. De las *Variaciones del enigma*.

—Sí, claro, pobre Edward.

—¿Pobre? —exclamó la señora Kipling—. No deberías sentir ninguna simpatía por ese hombre, destrozó tus grandes vapores.

No entendí y así lo dije.

—¿Qué se ha hecho de todos tus grandes vapores? —aclaró la señora Kipling—. Era su escenario, y también el de Elgar. La música que él puso a las palabras.

—Estábamos en el palco real —me explicó Kipling— con George y Mary y el joven David fumando sus cigarrillos. Elgar en un extremo, la mujer y yo en el otro, separados por una gran cuña de la aristocracia.

—No sigas con eso, Ruddy.

—*Kuchnays* con coronitas. Intercambiamos miradas de vergüenza. Ambos habíamos dejado atrás hacía mucho aquel expansionismo trasnochado. Elgar y aquellas malditas palabras. Tierra de andar a tientes y de puterío.

—Ruddy, eso no es divertido.

—Tomaré otro chorrito de eso.

—Ha sonado ya el timbre, Ruddy. Tenemos que volver a nuestros asientos.

—¿De veras? ¿Tenemos que hacerlo? ¿Quiere usted que nos vayamos, Toomey? Ah, sí, bueno. Elgar —rió entre dientes—. La moda y el microscopio, y hay que abandonar la música porque no es rentable. ¿Y yo?

—Remordimiento, simbolismo y tecnología —dije, o quizá no lo dijera, en fin, lo digo ahora.

—No está mal —dijo Kipling—. ¿Hay por aquí cerca un retrete? No me funciona tan bien la vejiga como antes.

—Acompañe al señor Kipling a los servicios más próximos —me ordenó la señora Kipling.

Sonaba la segunda llamada cuando Kipling se disponía a orinar.

—Vi al otro Toomey —jadeó; parecía costarle mucho trabajo orinar—. ¿Algún parentesco?

—Somos hermanos.

El público aún no se había cansado de *Roba a mansalva, camarada* en el Cambridge, pero la gente de caqui estaba cediendo el puesto a la de paisano, y en el segundo acto todos los actores del reparto salían en traje de etiqueta. Había, además, chicas de veras en vez de travestis de piernas peludas. El título estaba adquiriendo un aire bolchevique y se cambió por *Amigos, sólo amigos* en la presentación siguiente. El papel de Toomy Toomey era bastante militar. Era un jocosos subalterno que daba a su pelotón una conferencia sobre el Imperio. De vez en cuando, tosía y decía: «Vaya, no tendré más remedio que dejarlo». Esta frase hecha cuajó en seguida entre el millón, más o menos, de raspadores de tiritas de carborundo inglés cuando Tom hizo este papel y otro durante la siguiente temporada en la radio. La utilizaría el príncipe de Gales cuando probó un cigarrillo argentino en la exposición británica de Buenos Aires. La frase dejó de ser divertida cuando se reveló que la tos de Tom era claramente involuntaria y no podía ya considerarse, utilizando la nueva jerga, un tropo prosódico suprasedgmentario. He ahí la triste ironía del asunto, como creo que ya he dicho. Pero le iba bastante bien y se hizo famoso en 1924. Resultaba muy divertida aquella historia en que mezclaba Clive de la India y el Agujero Negro de Calcuta (no, Jones, no no me refiero a las letrinas de la compañía B).

Era demasiado bueno para aquel tipo de espectáculo.

Cenamos una noche en Scott's, encima del Haymarket. Vino también su novia, una chica de pelo negroazulado, muy corto, y ojos pintados con *kohle*, se llamaba Estella no sé qué, actriz secundaria, modelo de pintor, lo que se ofreciese. Sabía exactamente lo que quería cuando tomamos asiento en el atestado restaurante lleno de humo: camarones en conserva, langostas Mornay, una jarra de Chablis de la casa. Cómo fumábamos todos en aquellos tiempos: Gold Flake, Black Cat, Three Castles, Crumbs of Confort. Todos salvo Tom, que se limitaba a toser. Él tomó *goujons frits*, yo *coulibiach* de salmón. Estella leía libros. Había leído uno o dos míos. No le parecían gran cosa. Sentimentales, dijo. Artificiosos. Pasados de moda.

—Bueno, Stell, basta —dijo Tom sonriente—. Esto es ni más ni menos que

morder la mano que te alimenta.

—¡Ah!, convida él. Bueno, quería decir comparados con los de Huxley. *Antic Hay*, un libro maravilloso, ¿verdad, Toomey? Maravilloso.

—Yo sólo leo los periódicos. Por los chistes, sabes —me dijo disculpándose—. Las cosas de interés local. Procuero que mi número esté al día. En fin, ya sabes que hicieron una estatua de Clive con *ghee*, pero no duró mucho.

—«Había un joven de Anglios cuyos lomos eran una verdadera maraña de ganglios». Eso es de *Antic Hay*, es maravilloso.

—Pero ¿a santo de qué viene eso de los ganglios? —preguntó Tom.

—A santo de nada —dije—. Exigencias de la rima. Un poema puede *empezarlo* cualquiera...

—Vaya, le tienes envidia —dijo ella, bebiendo un sorbo de Chablis y dejando una costra de masa blanca masticada en el borde—. Aldous es maravilloso.

—¿Le conoces?

—Todos le conocemos. Es nuestra voz. La desilusión de posguerra, sabes, maravilloso.

—Una espingarda con ojos vidriosos, que sueña con Nancy Cunard. Maravilloso, sí.

—Santo Dios —dijo ella, sin escuchar—, qué extraña coincidencia.

Acababan de entrar, riendo escandalosamente, un joven, muy estirado, de barba rubia recortada y, justo detrás suyo, una versión de Estella con más aire de furcia, muy pintada y astrosa, balanceándose en unos zapatos de tacón como zancos.

—Ahí está Heseltine —dijo Estella—. O Peter Warlock, su otro yo. Ha salido en dos libros, verdad que es maravilloso, en *Mujeres enamoradas* y en este de Aldous.

Parecía haber otros en compañía de Heseltine. Heseltine dio unas palmadas para pedir mesa. El local, como dije, estaba lleno. Tarareó jocosamente la coda del final de la primera sinfonía de Brahms. Había habido un concierto al aire libre de Henry Wood en el Queen's Hall. Todas las miradas estaban fijadas en él y él resplandecía. Entre los otros que le acompañaban estaba Val Wrigley, mi antiguo amante. Cuando le vi, estuve a punto de atragantarme con una espina. Lo que pueden hacer siete años. Se había convertido en lo que solía llamarse una *reina*, el pelo teñido con aleña y los gestos elegantemente petulantes. Para mi horrible conmoción, Estella le saludó animosamente, haciendo repiquetear las ajorcas de concha de tortuga del brazo.

—Val, Val, Val, aquí hay sitio.

—Oh, no —murmuramos Tom y yo al unísono.

Ella me dijo con mucha vehemencia:

—El poeta más maravilloso del mundo. Si no le conoces, debes conocerle. Presentaron su cosa esta noche. Hay que felicitarle.

—¿Qué cosa? —dije, frunciendo el ceño.

Y, sí, allí estaba Val, un poco achispado, los ojos algo desenfocados; me reconoció de inmediato e hizo una reverencia despectiva al *cher maître*. Ella dijo,

todo seguido:

—No pude ir Val aunque te dije que iría estoy segura de que fue maravilloso.

—Las palabras fueron inaudibles —dijo Val—. Fueron mero vehículo de sus chorros, torrentes y estampidos. Bueno, amiguito —a mí—, siento no poder quedarme. Floreces como una rosa, por lo que veo.

Siseaba ferozmente, despidiendo saliva en el aire humoso.

—Mi sitio está con —e hizo que el nombre resultara ridículo— *Bernard*.

—¿Qué es esto, qué pasa?

—Bernard van Dieren, ¿le ves? Esa cosa opaca de cara gris que viste terciopelo liso. *Amoretto dos*, ése es el título. La letra mía y los rasponazos y golpes y repiqueteos de ganchos de cocina y de tapas de cubos de basura todo *suyo*, queridito. Su hora de triunfo, contempla esa modestia maravillosamente asumida. Ven a verme, ¿lo harás, amigo?

—¿Dónde?

Estella hizo un mohín y se enfurruñó ante la evidencia de que Val y yo nos conocíamos, e hizo una seña al vetusto camarero que conducía renqueante el carrito del postre entre las mesas. Señaló con un dedo lo que deseaba, mientras con el correspondiente de la otra mano se enroscaba un negro rizo. El camarero murmuró con tono que parecía disgustado ante todo aquel empalago cromático que tenía a su cargo, y llenó el plato de Estella de crema de caramelo, bizcocho y *mousse* de chocolate con *Chantilly*, coronándolo todo por último con el albañalesco desbordamiento de un azucarado trasero de merengue.

—¡Oh, mañana por la noche estaré en el Neptuno! Bueno, allí estoy casi todas las noches. Es una especie de club. Dean Street. Tarde.

Una especie de club. Podía sospechar de qué género.

—Tarde, sí. Mañana por la noche tengo que ver a miembros de la *realeza* que vendrán al teatro. Los Clarence, sabes.

Val estaba consiguiendo sonrojarme. Las palabras me salían gangosas y engoladas, haciendo que todo resultase ridículo.

—Parece que subes en el mundo, ¿eh? ¿Te acuerdas de Baron's Court y el *ragoût* de buey? Era tan *gris* aquello. Exactamente igual que el amigo Bernard que está llamándome, y exactamente igual de intragable. Veo que ya me han encontrado *asiento*. Tengo que ir, a que me riñan.

Heseltine o Warlock, contaba a gritos algo obsceno relacionado con toqueteos. Val se fue, ondulante, las manos moldeando graciosamente gestos que simbolizaban pesar, contrariedad. Luego, se volvió deliberadamente para mirar a Estella, la nariz arrugada.

—No te conozco, ¿verdad? No, creo que no.

Y se fue, ondulante y demás. La pobre chica tonta se ruborizó como una fresa frente a su revoltillo empalagoso.

—Maravilloso poeta, ¿eh? —dije cruel—. Le descubrí yo. Aún recuerdo aquella

cosa sobre un tordo en el corazón de Ealing.

No iría. Sí, iría. Sentía curiosidad. Quería ver el mundo en el que, si no me hubiera exiliado, podría haber caído. Y deseaba fastidiar un poco a Val, por cuya deserción había llorado en otros tiempos.

—¿Aún le escribes? —le dije a Tom—. A papá, quiero decir. Yo dejé de hacerlo, y Hortense también. Bueno, le envié una nota explicándole que era abuelo por partida doble, porque Hortense no lo habría hecho. No contestó.

—Bueno, en realidad es a ella a quien escribe Doris, nuestra madrastra. La conocí, sabes. ¿Quién iba a pensarlo? Yo no, desde luego... en fin, lo que podría haber hecho si no hubiera sido tan *casto*.

Había una entonación estilo Val en aquella palabra, pero Tom era ahora, claro, un actor profesional.

—Me dijo que a papá no le había gustado gran cosa lo de ser abuelo, es como si Hortense lo hubiera hecho para fastidiarle. Dice que está bien, pero cansado, y sabemos cuál es la causa de ese cansancio, ¿no? Están muy adelantados, dice él, según ella, en odontología. Ha tenido que ponerse al día y eso resulta agotador también. Estilo norteamericano. Allí les llaman estomatólogos, o algo parecido, no veo la relación.

—Estomatólogos. De estoma. La boca. ¿No te acuerdas del padre Dwyer? Hay demasiada estomulía abierta aquí, muchachólogos.

—Se fue después de irte tú. Luego, ya no dieron griego.

—Quiero un café —dijo Estella con cierta truculencia— y una *crème de menthe*.

Warlock o Heseltine recitaba lo que parecía ser un poema de Lawrence con una voz aguda y clerical que podía oírse claramente desde donde yo estaba.

—Sois los dos —dijo Estella— católicos romanos, ¿verdad?

—John Milton —le dije— escribió no sé dónde que los católicos romanos eran una de las bulas del Papa. Particular-universal. ¿Comprendes? ¿Te apetecería quizás un café? ¿Con un licor? ¿Quizás una *crème de menthe* o algo así?

—Ya dije que quería precisamente esas dos cosas. A Milton ya no le lee nadie. Es *vieux jeu*.

—Qué terribles vocales francesas tienes —dije, sonriendo—. Y, por cierto, tienes también unos modales terribles. Podrías corregir ambas cosas, sabes.

—Ya está bien, Ken —dijo mi hermano—. Déjalo, por favor. No estropeemos la velada.

—La culpa de eso la tienen los sacerdotes, ¿verdad? —dijo Estella—. Hacen que tengas un miedo mortal a ir con una chica porque es pecado de fornicación, así que haces lo otro.

—¿Qué es lo otro? —aún seguía sonriendo.

—Por favor, Ken —dijo Tom—. Bueno, Stell, ya basta.

—O nada o lo otro. Tommy debería ser sacerdote también. Y lo que eres tú todos podemos verlo.

Miré a Tom, que se sonrojó ferozmente. Me pareció que toda nuestra familia estaba metida en una especie de barullo sexual. A Estella le dije:

—Eso le interesaría mucho al doctor Freud. Y a tu querido y gangliónico Aldous. Deberías escribir un artículo sobre este tema. Una nueva teoría de la homosexualidad.

—*Por favor, Ken* —y Tom empezó a toser. Tosía dolorosamente—. Maldito humo —jadeó, luego bebió un vaso de agua—. Pidamos la cuenta y salgamos de aquí.

—Yo quiero mi café —dijo Estella con claridad de institutriz—. Y —con un acento francés exageradamente correcto—: una *crème de menthe*.

—En otro sitio —Tom aún jadeaba—. En el Café Royal.

Puse en la mesa un par de billetes de libra.

—Tengo que volver al hotel. Tengo que corregir unas cosas. Rudyard Kipling me dijo que había cometido varios errores en los datos indios. Era mentira.

—¿Kipling? —dijo Estella y sacó la punta de una lengua blanca con un gesto como de vómito—. Oh, Dios mío. ¿Cuando has oído la llamada de Oriente? —añadió, con entonación barriobajera. Luego se retrepó en la silla, balanceó la cremosa cuchara como un péndulo, y añadió—: Florecitas de pensamientos para maripositas.

—¿Qué quiere decir?

—Oh, vamos, Ken, Dios santo.

Tom, pálido, hizo señas con mis dos billetes de libra a un camarero.

—Vamos —dije, y me fui.

Hube de pasar por delante de la mesa de Warlock-Heseltine. Éste, con lo que parecía puré de patata en la barba, ridiculizaba escandalosamente el principio de *El arco iris*:

—«Cielo y tierra bullían a su alrededor, ¿cómo parar aquello?». Fijaos, amigos, qué dominio de la gramática tiene ese minero de Nottinghamshire.

Val me hizo una seña con los dedos y moduló dulcemente «Mañana» y yo pensé de pronto que no tenía amigos.

Al día siguiente, fui a ver a mi agente literario, Jack Birkbeck, que tenía la oficina en Maddox Street. El tiempo se había hecho más desapacible y tenía encendido el fuego de gas.

—Te envidio —dijo—, escapas de todo esto. No tenemos un verano decente desde la guerra.

Conocía sus hábitos lingüísticos prolépticos y di por supuesto que quería decir algo distinto a mi regreso al mismo junio desapacible de París. Rondaba los treinta años y estaba total, podría decirse indecentemente, calvo; había alcanzado, según tenía entendido yo, ese estado a los veinte, cuando aún estaba en Cambridge y soñaba con llegar a ser un gran novelista. Tenía unos labios carnosos llenos de ampollas y un diastema pronunciado, con los incisivos superiores desviados a izquierda y derecha, consecuencia de chuparse el pulgar de niño. El vacío interdental era tan grande que podía encajar en él un cigarrillo como en una boquilla. Tendía luego, como en aquel momento, a olvidar que estaba allí, y soltaba rayos y truenos cuando se chamuscaba

los labios. Llevaba un traje marrón salpicado de puntos azules, muy propio para el campo. Esperé. Empezó a revolver papeles en la mesa.

—El famoso Lasky —dijo— de Paramount Pictures, sabes, quiere comprar *Los heridos*.

—Vaya. ¿Por cuánto?

—Bueno, mil o así, libras, claro. Para Gibson Gowland. ¿Le conoces? Está en Leicester Square, en uno de esos sitios. Lo que hay que hacer ahora es un libro de viajes. Resultará muy popular ahora que el mundo ha vuelto a ser accesible. Jeffreys, el de Scribners, estuvo aquí, comimos juntos, pagó él, claro, insistió mucho en ello. Eso sería excelente, estupendo, sí, decía. Insistió en llevarme al Lucullus, Wembley. El Imperio Británico, estaba muy emocionado con el Imperio Británico: la India, Ceilán, los Estados Malayos Federados. En fin, mi idea es ésta: puedes hacer eso y puedes hacer también una especie de relatos de viaje. *Memsahibs* que engañan a su marido, esposas de plantadores que asesinan a sus amantes chinos, funcionarios coloniales que acaban con *delirium tremens*.

—Una imagen bastante limitada del Imperio Británico.

—Bueno, el Oriente, sabes. La llamada de Oriente. ¿Conoces *Colliers*? No me refiero a esos sucios hombres poéticos de D. H. Lawrence. Me refiero a la revista. Creí que la conocías. Mil dólares relato. Hacen un contrato por veinte relatos. A medias en los derechos para el extranjero. Luego, quizás otros veinte si la cosa va muy bien. Muy cortos, eh, dos páginas y media con una ilustración grande. Ya sabes, la *memsahib* con su camisola amenazando a un sonriente y musculoso *coolie* con una botella de ginebra rota. En fin, son dos pájaros de un tiro. Luego tienes dos libros, uno que arroja una luz tropical sobre el otro. El Oriente de Toomey. *Maldita, sea*.

Esto era el cigarrillo.

—Mil quinientos dólares —dije—. Los relatos cortos son difíciles.

—Bueno, también tendrás el libro. Cuarenta relatos, unas noventa mil palabras en total, un buen tamaño. En fin. Haré lo que pueda. Así que consíguete un buen equipo tropical, que incluya dos lindas chaquetas blancas de esmoquin, moda norteamericana pero podrías introducirla en el Oriente, y no te molestes en buscar un salacot para el sol, porque están pasados de moda. Puedo conseguir dinero para gastos de Scribners. O quizá pudieran compartirlos ellos y Seeker. Invítame a comer, creo que me lo merezco.

Le llevé de nuevo al Claridges, que era donde estaba yo, y había filete y budín de riñón aquel día, muy agradable en el frío de junio, no hacía tiempo de ensalada. Una botella de Pommard púrpura. Flan de fresas con crema de Devonshire. Coñac y café y un plato de *friandises*, de todo lo cual comió Jack Birkbeck. Tenía muy buen apetito, como la mayoría de los agentes literarios.

—No me viene nadie hasta las cinco —dijo—. Deberíamos ir a ver esa película de Gibson Gowland. *Zasu Pitts*. La hizo Stroheim, un austríaco. Se titula *Codicia* —dijo, tomando las dos últimas *friandises*.

—Tengo que hacer la reverencia a los Clarence. Eso significa dormir un poco, darse un baño y vestirse despacio tomando un cóctel.

—Dormir, sí. Un poco pesado, ¿verdad? El budín... Bueno, de paso puedes ir acostumbRANDOTE también para la siesta tropical. Bueno, en fin, no hay película. Para rematar la comida quizá nos viniese bien ahora una Corona y un poco más de café y otra gota de Rémy Martin.

Y luego, mientras intentaba ajustar el puro en la boquilla interdental sin lograrlo, añadió:

—¿Por qué París?

—¿Qué quieres decir con por qué París?

—Eres el tipo de escritor que debería estar aquí. París es para la banda internacional que se ríe de las comas y escribe *joder* sin asteriscos, no para ti.

—Me da la impresión de que estás citando a alguien.

—Tú no lees las revistas, ¿verdad? No te lo reprocho, la verdad. En fin, no es que estuviese citando exactamente. Salió un artículo largo en el suplemento literario del *Times*. Digamos que lo parafraseaba.

—¿Hablaba de mí?

—Bueno, no exactamente. No eres el tipo. Hablaba sobre lo que denominaba la Escuela Expatriada de París. Iba sin firma, por supuesto, pero todo el mundo sabe que era de Robert Lynd, director literario del *News Chron*, o algún otro quédate-en-casa-y-no-salgas-de-tu-bolsita-de-té. Había una especie de coletilla irónica final sobre Toomey intentando patéticamente estar a la moda de París con su flujo de conciencia y todo un párrafo en caja alta sin puntuación.

—Bueno, de cualquier modo parece que ha leído *Frutos de tormenta*, ya es algo. Eso que menciona él pretendía ser una parodia, y no tiene gran importancia. El gran público no erudito no se quejó.

—Necesitas ese viaje. Necesitas que soplen sobre ti los grandes vientos. ¿Fuiste al funeral de Proust?

—No me invitaron.

—Material enfermizo, un gran berenjenal incestuoso. Eso es lo que ha dejado.

—¿Ganglios?

Una palabra extraña que puede significar un amasijo de nervios o una lesión enquistada como un tumor. Pero ser un amasijo de nervios era estar enfermo.

—Anglos o ganglios, elige, ¿eso es lo que quieres decir? Recuerda la herencia británica y no hurgues en la basura extranjera. Recorre el Imperio y vuelve a Londres y come en el club con Arnold Bennett. No sé lo que quiero, Jack.

—Tú quieres coger un vapor en Southampton. Yo llamaré a Cockspurt Street por ti si quieres. Cuanto antes mejor.

—Dame un día o dos para pensarlo.

Dormí más profundamente de lo que correspondía a una siesta. Soñé que estaba haciendo una nueva obra que se titulaba algo así como *Huele a ajo picante*. Había

follaje tropical auténtico en escena y yo estaba allí desnudo y me hacía el amor un africano negro grande y desnudo entre parajes cálidos y ríos. El público abucheaba y silbaba y yo parecía ver a la novia de Tom, a Estella, de pie en el patio de butacas, dirigiendo el abucheo. Estaba presente la realeza, en el palco real, y la realeza, disgustada, se levantaba y se iba. La pequeña orquesta empezaba a tocar el himno nacional. Desperté sudando y con la boca seca y pedí inmediatamente un té.

Tumulto y griterío fue bien aquella noche, y el duque y la duquesa de Clarence nos felicitaron graciosamente a todos, aunque el duque parecía creer que yo era Jerry Comrie, el que interpretaba al padre febril.

—Está muy bien —le dijo a Jerry—. Muy vigoroso, en algunas partes. Hay versos condenadamente buenos.

Luego, bajé por la Avenida Shaftesbury con frac y un abrigo ligero, giré por Dean Street y busqué, entre lo sucio y lo ruin, el club Neptuno. Estaba entre una agencia de noticias Continental y una tienda de condones en la que se exponían las *Obras* de Aristóteles (el monje obstétrico, no el Estagirita). El club tenía una fachada normal de tienda con el cristal de un malva opaco. Sonó una campanilla cuando abrí la puerta. Un portero me dijo: «¿Sí, querido?». «Soy un invitado del señor Wrigley». «¿Quién, querido? Ah, sí, claro, por supuesto».

El local era horrible por dentro. Había motivos marineros de redes y sogas en recortes de papel por todas las paredes, de un azul huevo-de-pato. La barra, presidida por un tipo musculoso con una especie de maquillaje de cadáver, el propietario del club, serio y duro, a quien llamaban Paul o Paulie o Paulbolas, tenía la forma de un esquife de un blanco opaco. Un muchacho de pelo negro y lacio tocaba sin parar el piano, mientras otro muchacho le abastecía de cigarrillos. *Lady be good. Felix kept on walking. Stardust*. No, no podía ser *Stardust* aquel año. Y allí estaba sentado Val, observando el baile. La tos de Tom la noche anterior me había recordado que Val era teóricamente un tuberculoso. Ya no lo parecía.

—¿Cómo estás últimamente? —pregunté.

Nos sirvieron cerveza.

—¿De dinero, te refieres? Extraño modo de decirlo. Ah, te refieres a lo otro. El *pecho*.

Se apretó el pecho con cinco dedos extendidos, intentando provocar la tos, pero sin lograrlo.

—Bueno, aquello era la moda keatsiana, más que nada, aunque a veces la cosa llegó a asustarme, luego, me mandaron a ese sitio de Suiza, Aargau, Argovie, ¿lo conoces? Muy caro, todo aquel aire frío y luminoso, lo bebes y te pones bueno.

—¿Quién lo pagó?

—Bueno, sabemos quién no lo pagó, ¿verdad, querido? Tú no tienes la culpa, desde luego. Aun así, hemos recorrido los dos un largo camino desde entonces.

—No sabía que la poesía diera dinero.

—Bueno, no lo da. Son los gajes. Las críticas, las reseñas de libros. Trabajé un

poco en lo de Nancy Cunard, *Marfil y ébano*, luego me echó de una patada y puso al cargo a un negro. Cuando ella lo dejó, no quedaba ya mucho marfil en el asunto. He hecho un par de libros para niños, sabes.

—No, no lo sabía. Así que ahora estás perfectamente, te va bien. Eres independiente y demás...

—Sí —silbó, mirándome sin demasiada cordialidad—. No me mantienen, si es eso lo que quieres decir. Me han felicitado por la virilidad autoritaria de mis versos. El buen Jack Squire, ese viejo culo tonto. Mira, fíjate, admira.

Vestía una especie de chaqueta de cazador furtivo con camisa de seda crema, un delicado pañuelo de cuello color púrpura y unos pantalones de franela verde guisante. De un gran bolsillo lateral sacó un libro delgado. Valentine Wrigley. *Faber and*. Muy prestigiosa. El título: *Fiesta de cenizas*.

—Esto no será por...

—No, no es por. No tiene *nada* que ver con *Cenicienta* y el *baile*. Mira, admira, fíjate.

Un vistazo o una ojeada de este peón viajero,
Alcatraz ladrón de la mente mentó,
Abarca las inmensidades del cielo marino,
Ocultas las negras puntas de las alas, mira tosca pinza pico
Pezpensamiento, trago, en un emperejileo espumaola.
Sobre roca descansa sin preguntarse en cuál.

—Queda muy lejos del tordo en el corazón de Ealing.

—Oh, *aquello*.

Había empezado a cantar un muchacho. *Si yo fuese la única chica del mundo y tú fueses el único...* y otros dos estaban estropeándole malévolamente la actuación.

—¿Qué hace *ella*?

—*Ella* está —pausa— *gorjeando*.

—¿Vas a quedarte mucho tiempo en Londres? —preguntó Val—. ¿Estás considerando la posibilidad de volver, digamos, a casa?

—Bueno —dije—, he de confesarte que a veces me pregunto por qué estoy en París. Pero si viviese en Londres tendría que preguntarme por qué estaba aquí.

—Es donde se habla tu lengua, querido. Tu lengua materna.

Mi lengua materna. Producía una sensación curiosa, zorrescamente física en labios de Val. Mamá sacando la lengua para un propósito que era, por alguna razón, obsceno.

—Mi lengua paterna —corregí—. Mi madre era francesa.

Y luego, la mención de mi madre llevándome de nuevo al pasado, a cuando me enjugaba las lágrimas por Val y cogía un tren para Battle.

—Supongo que no estarás sugiriendo...

—No estoy sugiriendo *nada*. Y desde luego, no estoy sugiriendo un *ménage*, si es eso lo que habías pensado. Me he convertido completamente en el pequeño Don Giovanni, sabes, tomo el placer donde lo encuentro, como dice nuestro terrible y querido viejo Ruddy Kipling. Vaya, mira, lo ha hecho realmente. Nunca creí que lo hiciera.

Al principio no podía creer lo que mis ojos veían. Había entrado en aquel club un arzobispo ridículamente joven, con atuendo arzobispal completo, el anillo relumbrando pomposamente y extendido para el beso, báculo auténtico en la mano. El pianista empezó a tocar *Whiter than the whitewash on the wall*. Los miembros del club se mostraban admirados y agresivos, pero no asombrados. Se arrodillaban amaneradamente y besaban el anillo. Un material encantador. Debe haber costado una fortuna. Oh, oíd mi confesión. ¿Cómo hemos de llamarte?

—Autocéfala —explicó Val—. No, sífilis no, Céfalos. Habrás oído hablar, sin duda, de iglesias autocéfalas. Al parecer, cualquiera puede fundar una. Como consecuencia de nuestra ruptura con Roma, o algo así.

La palabra Roma *grasseyé*, petulante, muy nasal. Yo dije, maravillado ante el falso y joven prelado, báculo en mano, botella de licor de cebada de Bass en la otra, sin vaso, que yo sencillamente no podía, que jamás había visto, que el mundo estaba lleno de sorpresas.

—Oh, sí, querido. Y no creas que él no cree, porque cree. El problema es que los que creen están impacientes por conseguir el atavío. No un vestuario de teatro, oh, no. La cosa de verdad, y entonces se convierte en la cabeza de su propia iglesia, y en la cola también, sin cuerpo en medio. Se habla de una conferencia eclesiástica autocéfala, creo que en Whitby.

—Tengo que mandarte algo —dije muy serio—. Una reelaboración de partes del libro del Génesis que hice. Puede que a Su Gracia le gustara.

—Si es una burla —dijo Val con severidad— *no le gustará*. Es muy devoto. Le gustaría convertir a todos estos muchachos malos de aquí a lo que él llama el camino, la verdad, la vida. No se burla de Dios. El que se ensalza será humillado.

El arzobispo alzó la botella de licor de cebada de Bass como una pequeña trompeta (por alguna razón parecía muy propio beber directamente de aquella botella con el triángulo rojo en la etiqueta. Un vaso habría sido groseramente profano) y el pianista, chupando un nuevo cigarrillo, empezó a tocar *Abide with me*. No podemos bailar con eso, Cyril. Toca otra vez *Félix*.

Félix

Siguió caminando siguió caminando aún

Con las manos atrás

Siempre le encontrarás

Entró un individuo con traje escocés completo, el Estuardo de tartán. Traía

consigo a tres marineros, borrachos ya. Oh, Dios mío, marineros. Eran todos de Liverpool y reaccionaron complicadamente ante la visión de un alto prelado con atuendo completo, bebiendo una botella en la barra. Uno de ellos, lleno de remordimiento por algo, intentó salir de allí, otro dijo voy a darle a ese cabrón lo que se merece por esta jodida burla. El arzobispo, preparado para las bofetadas del mundo, alzó el báculo amenazador. Terminada la botella, alzó dos dedos en un gesto de bendición general, luego se fue. Jodida burla. Pero si es verdad, Curly, no hay ninguna ley que diga que no puede tomarse un trago. Los tres marineros, intentando centrar la vista, miraban a su alrededor, y me vieron a mí con mi pajarita blanca. Ese petimetre de mierda, todo emperejilado con sus trapos elegantes.

—Ha sido muy agradable volver a verte, Val —dije—. Ahora, debo irme. Tengo que corregir unas cosas.

Mi propósito había sido disfrutar haciendo sufrir un poco a Val por su traición de ocho años, o casi. Estaba claro que no sufriría.

—Kipling, nada menos, encontró fallos en algunas de mis alusiones indias.

—¿Otra vez? —y me miró fríamente, por encima de su cerveza.

—¿Qué quieres decir con otra vez?

—Ésa fue la excusa para largarte anoche, según esa zorrita de Estella.

—A la que dijiste que no conocías.

—Oh, se lo merece, querido. No vale nada, toda mañas y sin ningún cerebro, sin sensibilidad artística, sin arte, y sin corazón, además, le leí una cosa de Felicia Dorothea Hemans y dijo que era de Tom Eliot, oh qué maravillooso, esa vaca tonta. Lo que me recuerda que tu hermano puede llegar a ser muy ingenioso. Cogió esa frase de Landor, ya sabes, Amo a la naturaleza y después de la naturaleza al arte, y arte, Arty, sabes, dijo Tommy, era el hijo del carnicero. Es así cómo hace las cosas, con mucho sentido de la oportunidad. Y, por otra parte, has de saber que él es un verdadero santo.

—¿Tom?

—Bueno, piensa en esa Estella, una auténtica furcia, a la que Augustus John estaba contagiándole la sífilis y la gonorrea y la blenorrea y Tommy la tiene viviendo con él en ese piso suyo de Earl's Court y la lleva al médico, en realidad no hay problema con ella, pero podría haberlo habido, y ni siquiera la toca, sabes. Naturalmente casto. Muy generoso, tu Tommy o Tom. *Tom* no me gusta mucho. Está bien, bueno, vete, pues. No has cambiado mucho. Iba a darte un ejemplar de mis poemas, firmado aquí y ahora, con letra delicada y fluida, pero no lo haré. Vaya, hay problemas.

Estaban causándolos los marineros. El hombre vestido de escocés intentaba controlarles. No parecía ser escocés. Tenía acento levantino: dejadlo ya, muchachos, no olvidéis que sois mis invitados, decía. Pues haz que ese cabrón deje de decir lo que acaba de decir de que tengo la nariz roja porque no estoy dispuesto a que ningún cabrón me toque la jodida nariz sin mi permiso. Paul o Paulibolas, salió de detrás de

la barra a proteger su piano de casa de campo, que dos de los marineros pretendían poner de lado. Alguien aplastaba un vaso contra la estera color coco. Casi todos los miembros del club contemplaban la escena con ojos resplandecientes, estaban en su elemento.

—Pronto tendremos aquí a la policía —dijo Val, muy satisfecho—. Siempre andan vigilando. En una ocasión, detuvieron al pobre amigo Paulkins cuando dirigía un club algo escandaloso. No aquí, junto a Edgware Road. Inocente como el día. Justo como éste. Siempre con marcha.

—Hablando de marchar —dije, levantándome, sin terminar la cerveza.

Val me agarró por la trabilla de la chaqueta y me obligó a sentarme de nuevo. En realidad, no había vía de escape libre de momento. Paulibolas tenía a los dos marineros del piano bien agarrados por los cuellos de marinero (previstos, en principio, claro está, para proteger la chaqueta de la coleta embreada) y les arrastraba hacia la puerta, diciéndole al levantino de la falda escocesa que podía considerarse expulsado del club. A la mierda cabrón. El otro marinero había soltado una harinosa espiral de vómito sobre el teclado del piano. El pianista y su proveedor de cigarrillos le atizaron por eso. Qué marranada.

—Sí, claro, te largas en cuanto hay problemas —dijo Val—. No habrá ninguna *Balada de la cárcel de Reading* para ti, amiguito. Escritor respetado vestido de etiqueta tiene un incidente embarazoso con la policía sexual. Toomey sorprendido con unos indecentes marineros. Eso no puede permitirse, ¿verdad, querido?

—¿Y tú me dices eso? —dije—. Tú que te largaste a por la carne gorda, tú que no tenías tiempo para un escritor pobre. Tú, zorrilla traidora. No es que me importe ya, por supuesto.

—Por supuesto. Lo mejor de ambos mundos, ¿verdad, querido? Tú no firmaste la petición. Oh, no, quinientos nombres, pero el tuyo no está. Te largaste como una rata, pero no estás dispuesto a enviar el precioso y limpio nombre de Toomey desde el otro lado del canal. Oh, no.

—¿De qué me hablas? No sé nada de ningún...

—Oh, vamos. Un policía disfrazado de chaperó y el pobre e inocente Kevin le lleva a casa y no hace más que darle un trago y aparece el otro cabrón. Oh, tú lo sabes, ¿quién si no? El pastel de la prensa popular sé-decente, ese perro de presa rollizo y poderoso. También *The Times*, hipócritas. Tú recibiste una carta, no lo niegues.

—Yo —dije— recibo muchísimas cartas, no las leo todas.

—¿Cómo vamos a conseguir cambiar todo esto? Tú te largaste, cagándote por los pantalones. Todos lo sabemos. En fin, de todos modos, ella ahora está en Australia.

—Eso fue hace mucho tiempo. Eso fue durante la guerra. Además, todos tenemos que cuidarnos. Tú te cuidaste muy pronto de tus intereses, dejándome destrozado...

Val lanzó un aullido cómico. Luego dijo en tono de maestra de escuela:

—Tenemos que ayudarnos unos a otros. Al menos, claro está, que seamos

prósperos novelistas en el exilio en lugares donde las leyes no son tan draconianas. Tiene que haber algunos mártires *reales*, no fingidos, como el pobrecito Kevin Rattigan, con el tartamudeo y la tos. Un mártir es un testigo.

—Estoy trabajando allí en eso —no me gustó nada el temblequeo culpable de la voz, pero no podía controlarlo—. He escrito lo que te dije. La primera vez que se escribe algo así en la literatura inglesa...

—Publicado en París, claro. En *Ojo del culo internacional Times*, o algún otro papelucho de una capillita. Con seudónimo, claro.

—Eso no es justo.

—Bah, me das asco. Vamos, lárgate ya. Diles a los polis que están vigilando en la acera de enfrente las porquerías que se hacen aquí. Muchachos bailando unos con otros, comisario. Entré allí por equivocación, oficial, creí que era otra cosa. Vengo precisamente de saludar a la realeza, sargento. Dramaturgo distinguido. Vayan a comprobar. Es un deber con el público sé-decente. Queda el recuerdo de un viejo sacrificio. Oh, vamos, *lárgate*.

Yo no era el único que viajaba a Oriente. También lo hacía Carlo, monsignor Campanati, comisario itinerante de la fe en tierras paganas. Pero su Oriente sería más amplio que el mío. Yo quería limitarme al Archipiélago Malayo y trozos, quizá, de Polinesia. La India era demasiado y Kipling había dicho, por el momento, todo lo necesario, aunque no, estaba Morgan Forster o estaría. Yo iba a ganar dinero con aquel viaje, mientras que Carlo iba, entre otras cosas, a explicar a remotos sacerdotes y monjas por qué no había dinero disponible en las arcas del Vaticano para seguir propagando la fe. Escuelas, hospitales y demás. Catecismos a penique. Mientras mecía a su sobrino, y mío, en su gorda rodilla, me explicó exasperado la situación de las finanzas vaticanas, mientras yo mecía a mi sobrina, y suya, en la mía huesuda. Esto era en el apartamento de Domenico y Hortense. Hortense estaba leyendo a André Gide o algún disparate similar y Domenico, partitura en el atril del piano, lápiz en los dientes como un alfanje, tocaba una y otra vez los tres mismos acordes de su movimiento lento. Era como menta azul y fuerte.

—Benedicto fue bastante malo —decía Carlo en francés (¿por qué francés? Probablemente porque estábamos en París)—, pero Pío es el mayor idiota del mundo en cuestiones de dinero. Te lo explicaré.

Me lo explicó punto por punto sobre la aterciopelada cabeza del niño, oreja con oreja, occipucio con frente, mientras el niño miraba como un borracho, contemplando la maravilla de sus propios dedos.

—Al día siguiente de tomar posesión dio, te lo diré en dólares norteamericanos, 26 000 a los cardenales alemanes por lo que perdieron con la devaluación del marco. Luego entregó 62 500 dólares para un sanatorio francés. Luego les dio 156 250 a los rusos. Luego 9375 para los pobres de Roma, que probablemente lo utilizaron para emborracharse. Luego 50 000 dólares para las víctimas de aquel incendio de Esmirna...

—¿Cómo recuerdas esas cifras? Con esa precisión quiero decir.

Me miró como si yo estuviese loco.

—Porque son las sumas que dio. Hasta los céntimos cuentan. Luego otros 81 250 dólares para los alemanes, 21 875 para los vieneses, 20 000 para el terremoto japonés. Hay que hacer algo. Hay que obligar a ese loco a ver las cosas.

—¿A Pío?

—No no no no no.

Estaba irritado aquel día, demasiadas ocupaciones, tenía que ir a Roma antes de ir a Oriente, no había buenas noticias de la familia. Dio un giro al pequeño John o Gianni y el niño frunció un instante el ceño como si recordase algo parecido en el útero.

—El hijo de un herrero ateo. Benito Juárez, Amilcare por Amilcare Cipriani, Andrea por Andrea Costa. Un revolucionario, un anarquista y un socialista. Los tres

demonios dentro.

Ahora, retrospectivamente, puedo ver todo el asunto lateranense tomando forma tras los ojos negros tinta de Carlo.

—Hay que poner a trabajar como el buey que es a ese animal sin Dios. Hay que sacar bien del mal. —Se volvió a Domenico, cuyos finos dientes apretaban el lápiz al borde del crujido mientras probaba, la oreja inclinada como la de un mecánico sobre el motor de un coche, la sonoridad oximorónica que producían sus dedos peludos.

—Para un momento —gritó Carlo, aún en francés.

Domenico interrumpió el acorde, pero sus armonías perduraron como el recuerdo de un dolor de muelas.

—¿Recibiste una carta de mamá?

—No, ninguna. Ya sabes que sólo te escribe a ti.

—Bueno, el caso es que dice que no queda ya mucho tiempo.

—*Povero babbo.*

—Dices pobre, pero lleva prácticamente muerto más de seis años. Cuando se muera de verdad su alma irá al purgatorio y luego irá con Dios. Ahora su alma clama en silencio por liberarse en los pasillos deshabitados de su cerebro.

Eso estaba bien dicho, quizá fuese algo que Carlo estaba preparando para un descarado panegírico.

—Sería mejor que te preparases —continuó— para ir allí y estar presente al final y arreglar las cosas del entierro.

—Yo soy el más pequeño. Tendría que ir Raffaele. No soy sacerdote. Deberías ir tú.

—Cuando quisiese llegar Raffaele ya habría terminado todo. Él no puede dejar su trabajo para morderse las uñas esperando. Y yo tengo que coger esta noche el tren para Roma y estar en Túnez dentro de una semana —luego me miró muy serio y me dijo—: ¿Kuala Lumpur?

—No, eso no está cerca de Túnez ni mucho menos. Está en los Estados Malayos Federados.

—Ya sé, ya sé. ¿Estarás en Kuala Lumpur?

—Supongo que sí. No sé cuándo en concreto, de momento. No he hecho ningún calendario. Tengo que vagabundear, observar, meditar, escribir cuando el espíritu inspire.

—El espíritu.

Carlo menospreció ciertas implicaciones teológicas y volvió a balancear al pequeño Johnny.

—Yo —dijo— celebraré la misa del gallo en la iglesia de San Francisco Javier de Kuala Lumpur. Es una promesa que le hice al padre Chang.

—Falta mucho para eso.

Era el 4 de agosto, décimo aniversario del estallido de la Guerra Mundial. El trabajo había retrasado mi partida, pero no tardaría mucho ya en embarcar. Londres,

luego Southampton, el transatlántico *Cathay*, un barco de pasajeros de 20 000 toneladas, Pand O, primera clase, Gibraltar, Port Said, Adén, Bombay, Colombo, Singapur. (¿Quién —y también Hong Kong para quien lo quisiera—, es el padre Chang?).

—Su nombre de pila es Anselm. Antes se llamaba Chang Li Po. Le conocí en Roma. Es un magnífico jugador de *bridge*. Lleva la columna de *bridge* en *The Straits Times*. Tengo entendido que utiliza como seudónimo Philip le Bel. El Gran Inquisidor de Francia.

Me miró como si yo, un jugador sin afición, hubiese de sentirme santamente torturado.

—Así que nos encontraremos —añadió—. Cálidas Navidades —en inglés.

—Cálidas Navidades también para ti.

Este maldito afán de bromear. Hacía demasiado calor en la fría Europa. Debíamos ambos, aunque independientemente, viajar hacia calores intensos de verdad; me preguntaba cómo le iría allí al gordo Carlo. Probablemente muy bien, sudaría a mares.

—Ya estás otra vez —dijo Hortense, apartando la vista disculpablemente de su Gide—. Con tus chistecitos tontos.

Sin embargo, era ya más amable conmigo, si no yo no habría estado allí meciendo a una sobrinita que observaba con interés cabezalenta el vuelo de una mosca.

—Yo no quiero ir a Gorgonzola —dijo Hortense a Domenico—. Sería horrible viajar con este calor con los *gemelli*.

—Ah, debes hacerlo —informó Carlo—, mamá aún no los ha visto. Será un consuelo, la vida sigue, por partida doble podríamos decir. La vida hace frente a la muerte y le hace el *marameo*.

Hizo muy serio una demostración de lo que era el *marameo* en la versión dos manos, manipulando peligrosamente en la rodilla al pequeño Gianni. Le cogió rápidamente cuando empezó a llorar. Su hermana empezó a llorar simultáneamente, en una demostración de gemelez. Estaban ensuciando los pañales. Hortense se acercó a cogerlos.

—Más —explicó Carlo entregando su gemelo y levantándose—, debes tener muchos más.

Yo entregué el mío y me levanté también. Vi que Carlo había estado sentado sobre un ejemplar de *Le Figaro*.

—Ah, no —dijo Hortense un gemelo aullando en cada pecho—. Bastó. Cumplí con mi deber.

Se los llevó. El aya, Sophie, estaba fuera de vacaciones, una semana.

—Una familia numerosa —dijo Carlo a su hermano que escribía negras en inglés—. Una familia numerosa. Todo un carcaj.

Le gustó la frase y la repitió: «Todo un carcaj.». Yo miraba el periódico que el peso de Carlo había convertido en una especie de cuenco de poco fondo.

—Dios mío, ha muerto Joseph Conrad —dije.

A ninguno de los Campanati le interesó la noticia. Tuve una imagen rápida y compleja de la austera agonía del alma de un hombre blanco en medio del calor, la humedad y la pululación.

—La India, Carlo, piensa en la India, Carlo. ¿Vas a hablar allí de las virtudes del crecer y multiplicarse? Un hijo al año y apenas qué comer. Una muchacha tamil empieza a los nueve años y sigue hasta que cae. Son viejas a los treinta y se multiplican como moscas o mueren en el parto por falta de higiene.

Yo había estado leyendo algo, no a Conrad. Un mundo lleno de niños aullantes con el trasero cagado y meado. Yo estaba al margen, pues no engendraba ni paría, era un heraldo de una nueva era racional en la que engendrar no sería ninguna virtud.

—Almas para el reino de los cielos —dijo Carlo—. Ya se cuidará Dios de la relación entre la población del mundo y la producción de alimentos. Hoy conmemoramos el décimo aniversario del estallido de una guerra que redujo en varios millones la población de Europa. Del mal sale el bien. Hambres, terremotos. Todo el mundo tiene derecho a nacer. Nadie tiene derecho a vivir.

—Eso es terrible —dije yo, yo que había sido hecho para optar por la esterilidad y que estaba, probablemente, contabilizado en la red de cheques y balances, guerras y terremotos de Carlo.

—¿Te parece terrible? Hay muchas cosas que son terribles según la gente. Suelen ser cosas decretadas por las leyes de la naturaleza que son leyes de Dios, o por las leyes de la Iglesia, que son también de Dios. Un hijo al año, dices. Dios lo prevé todo, y procura que no nazcan niños al mismo ritmo que gatos u hormigas o conejos. Hortense y Domenico tuvieron que esperar cinco años. Procuró que la espera fuese útil. Y ahora quizá no tengan que esperar ya tanto. La semilla fluye, bendita o no, pero el hombre debe dar siempre por supuesto que está bendita. Y si no fluyese, y estuviese retenida por el santo celibato, en el matrimonio o fuera de él, entonces el término *bendita o no bendita* no tiene ya explicación. ¿Comprendes?

—¿Por qué me dices todo esto a mí? No me parece, si me lo permites, que tenga nada que ver con mi situación.

—A veces me preocupa tu situación —dijo Carlo, moviendo la cabeza sobre una página de partitura de Domenico—. ¿Piensas meter de verdad ahí ese disminuyendo? —preguntó al compositor que se encogió de hombros y asintió al mismo tiempo.

Oh, Dios mío, había demasiado de todo salvo de sentido común, que no es lo mismo que lógica aristotélica, y de homosexualidad. Deberían, pensé ya entonces, convertir en santo a ese cabrón feo y codicioso.

—Muchas veces —dijo dirigiéndose a mí, mirando aún la partitura musical— me pregunto cuál es tu situación. ¿Tú no, Domenico?

Domenico dijo, con una especie de lealtad culpable:

—Él no se preocupa mucho de mujeres, matrimonio, hijos. Dios ha decretado que esté solo. Como tú, Carlo. En cierto modo. Tú y Kenneth sois, en cierto modo,

iguales.

Yo no era capaz de ver esto. No dije nada. Era un artista y sabía por ello que no debía burlarme, ni siquiera interiormente, de las intuiciones de otro artista.

—A veces me parece —dijo Carlo, moviendo hacia mí la partitura que creaba una pequeña y agradable brisa en el calor zumbante de moscas del apartamento— que no te tendremos otra vez en el redil hasta que estés dispuesto a comprometerte en la vida. Aunque sea comprometerte en el pecado. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Tengo que hablar un momento con Hortense —dije.

Ella estaba en el dormitorio en sombras donde un pequeño ventilador eléctrico canturreaba girando firmemente. Los gemelos manoteaban y pataleaban desnudos mientras les cambiaba de pañales.

—Traje la llave de reserva —dije—. Si tienes tiempo. En fin, ¿va todo bien?

Me miró fríamente pero no con hostilidad, con un imperdible entre los labios. Se lo quitó para decir:

—Todo va perfectamente. Salvo que he encontrado algo que hacer. He pensado en aprender a esculpir.

Cabeceé apoyando la idea.

—Al ser ya esposa y madre... comprendo. ¿Quién te enseñará?

—Sidonie Rosenthal.

—Ah.

La conocía, una rubia alta y delgada de treinta y muchos, gran fumadora, de manos diestras pero irritable, que tenía el estudio junto a la Rue de Babylone. Había entrado recientemente en una etapa metálica. Hombres altos y delgados contruidos con acero atornillado.

—Ten cuidado —dije—. Quiero decir... no te hagas daño.

—Y luego añadí, ante mi propio asombro:

—Tú, Hortense, eres la única persona a la que quiero. Recuérdalo, por favor. Ya sabes lo que quiero decir.

Y la besé en la mejilla, oliendo su agua de colonia leve y dulce, cuando se inclinaba a colocar un pañal. Luego se irguió otra vez, me puso las manos en los antebrazos, aquella joven alta y encantadora que era mi hermana, y me besó suavemente en los labios. Sentí que me refrescaba una benéfica corriente y, no sé por qué, capté una breve imagen cinematográfica de Moisés bajando con las tablas de la ley.

—Volveré en Año Nuevo —dije—. Si él intenta pegarte alguna vez interpón un gemelo.

Y, en fin, muy pronto, la partida. Plantadores y oficiales del gobierno y sus esposas que regresaban después de las vacaciones dejando apesadumbrados un verano europeo: el sol no sería allá ningún regalo envuelto en dos capas de frío sino un rutinario y fastidioso aspecto del deber. Niños gritando imperiosamente ¡*Ayah!* o ¡*Amah!* Kenneth M. Toomey en la mesa del capitán.

Siempre se servía un curry como primer plato de la comida en el comedor de primera clase. El pasajero que se sentaba tres o cuatro sillas más allá que yo, solía pedir el curry sin nada más que una jarra de leche y un poco de azúcar. El curry lo comía con pan y luego vertía la leche y el azúcar en el plato de arroz y lo tomaba como postre.

—*Sir* Albert Kenworthy —me explicó el camarero—. No hace falta que le diga lo que vale ese hombre. Siempre hace eso, siempre lo ha hecho.

La cuestión era: ¿podías hacer un relato corto de aquello? Probablemente, no. Yo había estado tomando notas desde que había embarcado en Southampton. Había estado escribiendo relatos incluso, directamente a máquina con mi Corona portátil en mi camarote en L. El primero era una fantasía libre, y estaba listo ya y podía enviarlo cuando llegásemos a Gibraltar; se basaba en la pareja de la cabina doble contigua. Él era un bebedor de cerveza gordo que plantaba té cerca de Jaffna, ella una rubia alta y delgada parecida a Sidonie Rosenthal aunque más seca y con una palidez tropical. Los ronquidos de él despertaban a todo el pasillo. Era de suponer que en la plantación tuviesen habitaciones separadas, bungalows separados incluso. Pero en el barco ella no podía dormir y no era la única persona que no podía hacerlo. Yo me pasaba la noche despierto analizando los ronquidos, cronometrando su periodicidad, diferenciando el resoplar del rechinar de dientes, del temblor de los labios, del ahogo, y del gruñido que surgía en espasmos irregulares. En mi relato la hacía levantarse a ella una noche de luna en el golfo de Vizcaya y apoyarse en la baranda de popa con su vestido de verano, a cavilar sobre su matrimonio, Philip era un hombre tan bueno si no fuese por aquellos ronquidos, y lo había intentado todo, las bobinas de algodón en la espalda, la tira de emplasto pegajoso en la boca para obligarle a respirar por la nariz, pero nada había servido. Luego ella conoce al pasajero de la cabina contigua, al que tampoco deja dormir el pobre Philip, y cometen adulterio en la estrecha litera de él, ella por primera vez pero todo es culpa de Philip y Philip ronca desacompañadamente mientras ellos se entregan a su frenesí. Cuando vuelven a Jaffha ella insiste en que compartan de nuevo la cama. Es un medio de pagar su culpa. Cree que debe sufrir; pero esta vez, cuando camina insomne en su *negligée* bajo la luna de Ceilán, comete adulterio con un tamil grande negroazulado que es el contable de la plantación. Abrumada de remordimientos, privada del sueño por decisión propia, previendo que su posición allí será insoportable, le dice a Philip que tiene que volver a Inglaterra, que no puede soportar más aquel clima. Él no vuelve a verla nunca. Introduce en su lecho, en un impulso fraternal, a la hermana del contable tamil que ronca más que él incluso, y viven felices a partir de entonces. Puede que el lector conozca el relato: *La guardia nocturna*. (*Enrique IV, parte segunda, IV, v 22*. Philip y Helen Biggin. Búsquelo cuando quiera el lector).

Había bastante fornicación a bordo, aunque yo no participase en ella. Bajo cubierta, según oí, había escandalosas fiestas de medianoche con fogoneros de etiqueta. El director de la orquesta del barco y el jefe de camareros eran, según pude

apreciar, homosexuales maduros. Las prohibiciones irracionales de tierra quedaban todas en suspenso en el mar. ¿Son los barcos, mercantes o de guerra, un producto cultural de inversión sexual? Yo andaba por allí sentado con mi ginebra rosa, el tomanotas. Mi máquina de escribir podía oírse durante las horas de la siesta. Algunos de los pasajeros sabían quién era yo. ¿Nos va a meter en su próximo libro, señor Toomey? Hablaban mejor de lo que sabían. La señora Killigrew, cuyo marido estaba siempre jugando al *bridge*, descubrió una pasión por un hombre que tenía la cara llena de verrugas. ¿Por qué razón? En un relato tenías que encontrar una razón, pero la vida real no necesitaba motivaciones, ni siquiera freudianas. Le pregunté a *sir* Albert Kenworthy por el asunto del arroz, excusándome, tenía que hacerlo, como escritor patológicamente curioso. Él estaba de buen humor fumando su gran cigarro puro, y me dijo que le gustaba el arroz cocinado de ese modo, con sal, sin azúcar, el azúcar se añadía después. El budín de arroz nunca le había gustado gran cosa. Así tienes el plato principal y el postre en un plato solo y al mismo tiempo, sin esperar. Puedes comer mucho más deprisa. ¿Por qué quería él comer tan deprisa? Esto no lo pregunté.

Tenía un ejemplar del *Diccionario inglés malayo* de R. O. Wimstedt, segunda edición, Singapur 1920, y procuraba aprender cinco palabras al día. Abría por una página cualquiera. Demonio. Espíritu sombrío de la tierra, *awang hitam, jin hitam, hantu hitam*. Demonios musulmanes. *Shaitan, iblis, afrit, ifrit, jin kafir*. No hay modo de aprender el idioma me explicó un minero del estaño de Ipoh. No puedes entrar en un bar y pedir un *hantu hitam* aunque quizá puedas con el tiempo. Buen nombre para un combinado, sí, señor.

En Gibraltar embarcó el obispo de Gibraltar. Estaba en el bar antes de la cena cuando nos alejábamos entre gritos y zumbidos del extremo del muelle, la gran roca a estribor bajo un cielo suntuoso de malva y butagamba y huevos escalfados, y el borde superior del sol incendiaba Willis's Farm. Estaba elegante en su traje de etiqueta episcopal, peso ligero, embotinado, las hebillas de plata de los zapatos relumbrantes.

—Toomey —saludó—; Fue en Monte, si no recuerdo mal, con Carlo. Dados, ¿verdad?

Un bebedor lego de ojos hinchados aún sudoroso de su viaje a tierra le miró, no muy seguro de si había oído bien.

—Me enteré de la alianza de vuestras familias —continuó el obispo—. Una buena cosa, sí. Necesitamos esas alianzas. ¿Qué tomas, ginebra y algo?

—¿Puedo brindar —dije cuando llegó mi ginebra rosa sola— por la nave y por la ocasión?

El bebedor de ojos hinchados movió la cabeza con tristeza mientras el obispo decía, risueño y pueril:

—Magnífico, sí. Quedáis trasladado: Bombay. Una diócesis que es como un infierno Pululación, ¿qué pensará Carlo cuando vea aquello? Un hombre notable. Llegaron noticias suyas vía Tánger. Las leyendas crecen en seguida a su alrededor.

Dicen que jugó al póquer con *sa majesté* y que pudo entregar diez mil francos para las carmelitas descalzas de Rabat o algún sitio así. Ganó concursos de comer cordero en Colomb Bechar. Yo no creo ninguna de esas historias, por supuesto.

Su Señoría era la vida y el alma de la mesa del capitán. Podía superar las historias de tifones del capitán Ferguson con horrores propios, tomados desvergonzadamente de Conrad. Habló de estofado de ratas en un carguero chino, estofado bastante delicioso si no sabías lo que era, como conejitos pequeños y eran unos bichos muy limpios, ¿saben? Sí, nada de esas ratas de alcantarilla, eran unos animales gordos y finos alimentados con grano del mejor. La noche antes de llegar a Port Said organizó un concierto en el barco y demostró su habilidad como cómico.

—Un pasajero —contó— a la primera noche de salir de Southampton le preguntó a un camarero hindú en el bar de primera dónde estaban los lavabos. El camarero contestó: Esa porta *sahib*. Válgame Dios, exclamó el pasajero, ¿dice usted Por Said?, ¿pero no paramos en Gibraltar? Ahora tengo el placer de llamar a Kenneth Toomey, famoso escritor y dramaturgo, para que nos cante *Une Petite Spécialité llamada L'Amour*.

No podía alegar que no conocía aquella canción, pues la letra la había escrito yo. Era de aquel horror de época de guerra titulado *Dilo, Cedí* y allí salí yo, la señorita Frisby seduciendo al público.

Todos los gorriones de la ciudad
Gorjean al sol,
Carros y puestos del mercado
Dicen que la mañana ha empezado.
Luz clara como arrope
Azucara el día
Mientras tomas tu café
Au lait.
Muerde tu *croissant*
Y sonrío a tu amor
Oye a las golondrinas en *passant*
Arriba.
París puede ser una ciudad malvada,
Pero hay algo puro...
Lo hacen todos los días
A la, manera propia de París:
Es una *p'tite spécialité*
Llamada *L'amour*.

Luego la señorita Pauline Higgins de las piernas moteadas como moteadas salchichas medio crudas bailó al compás de *Narcissus* y un oficial asmático hizo

juegos de cartas. Los aplausos con que me obsequiaron y el exceso de ginebra rosa me indujeron a pensar. Qué buena gente son todos, son los soportes coloradotes de un gran imperio y sus esposas, bebedores y cuentistas y hábiles jugadores de juegos de cubierta. Y este obispo imperial al que trasladan tres diagonales más allá del gran tablero del gran juego, es tan buen muchacho como todos ellos qué demonios.

Ay, qué miedo me da esta claridad innecesaria de la memoria. Veo con toda claridad la sala de juegos a las tres de la mañana. Su Señoría ataca con el nueve de tréboles y se descarta del seis de corazones. Collins, el plantador, echa entonces un ocho de corazones y yo desbloqueo el diez de diamantes. Su Señoría, que no está demasiado seguro de la posición de la reina de corazones, ataca con la reina de picas del muerto. Yo gano después con el rey de corazones y ataco con el ocho de diamantes. Su Señoría gana con el as de diamantes del muerto y sigue con picas. Yo gano con el as de picas y ataco con el siete de diamantes al nueve de Collins, forzando a Su Señoría a descartarse del palo mayor. Su Señoría sabía que Collins conservaba aún el nueve de picas así que tuvo que descartarse del nueve de corazones. Yo gané la jugada siguiente con el as de corazones, pero Su Señoría se apuntó la última baza con el valet de corazones del muerto. Un contrato magníficamente jugado, sí, señor.

En Port Said, cuando el calor empezaba de veras, subió un malabarista a bordo y realizó un truco mágico sacado del Antiguo Testamento. Tenía una serpiente drogada inmovilizada en un sueño de rigidez absoluta, de modo que parecía un bastón de color aceitunado con una cabeza de serpiente por mango. La tiró en la cubierta del salón y salió de su trance culebreando.

—Por lo que se refiere a los milagros —dijo el obispo aquella tarde mientras bebíamos cerveza Stella en un café junto al mar donde una rolliza bailarina griega bailaba la danza del vientre—, cuando lleguemos a la etapa a la que hemos de llegar algún día será lo primero que se descarte. Tiene que haber opciones para los supersticiosos, por supuesto. Un poco de superstición no hace ningún daño, como esa sustancia parecida a la sangre que se funde en Nápoles bajo los auspicios de san Januarius. La Eucaristía... Carlo y yo tuvimos una larga discusión sobre esto en Roma, sí, creo que fue en Roma. Ahí es donde Roma y Canterbury no están del todo de acuerdo; pero tiene que haber un medio de... La bailarina se escurrió hacia nuestra mesa, el ombligo copudo fruncido. El obispo de Gibraltar intentó muy serio insertar en él una moneda inglesa de seis peniques, pero ella la cogió y dijo: «*Efcharisto*».

—¿Qué está pasando exactamente? —pregunté—. ¿Una unificación de las iglesias cristianas?

—Llevará mucho tiempo —recuerdo que era a finales de agosto de 1925—. Muchísimo. Pero algunos de nosotros... quiero decir, fui yo quien propuso una especie de doctrina subterránea que pudiera llamarse sustanciación simple. No sé por qué te cuento todo esto. No eres un hombre muy religioso, ¿verdad?

—O es realmente la carne y la sangre, o bien no lo es —dije. La bailarina nos

daba ahora el trasero, en complicado movimiento, y encandilaba a una turbada mesa de carcajeantes coloradotes.

—Una especie de modificación —dijo él vagamente—. Metafísica, epistemológica. Habrá que desarrollarlo todo.

Al día siguiente, domingo, cruzábamos el canal de Suez, y el obispo de Gibraltar celebró un servicio matutino bastante concurrido en cubierta. El último himno que se cantó fue *Por los que están en peligro en el mar*, que se coreó sin ironía, ni sonrisas, aunque nuestro único peligro parecía ser el de rozar los diques del canal. Pude ver un reloj de pared a un lado y otro al otro, ambos con la misma hora. Cuando entramos en el mar Rojo, el calor era agobiante. El obispo, con chaleco y pantalones cortos de juegos de cubierta, sudaba bajo su pelo lacio, la pipa vacía entre los dientes amarillentos, y señalaba hacia los torvos pentateucos de rocas rojizas y los áridos textos de amargos polvos de flan del desierto. Se quitó la pipa de la boca y casi se le cae a cubierta de los dedos, torpes y sudorosos. Se la guardó en el bolsillo y señaló de nuevo hacia la temible aridez, bajo aquel calor aplastante y agobiante. Pasaban mujeres claramente agostadas, los tirantes de la ropa interior visibles bajo los vestidos que el sudor había hecho transparentes. Me muero de calor, querido. Pronto estaremos en Adén, amor, que será casi el paraíso.

—El Islam —dijo el obispo de Gebelal-Tarik—. Una fe del desierto, enemigo jurado del Cristianismo, aunque tuvieran a Jesús como profeta, Nabi Isa o Esa. El enemigo secular. Pero ¿podemos decir eso ahora que ha surgido un nuevo enemigo, el materialismo soviético? En otros tiempos, los cristianos combatían a los musulmanes; luego combatieron entre sí. La fe es difícil de mantener a menos que esté acosada o que sueñe el sueño imperial. ¿Qué combate hemos de librar ahora? ¿Deben unirse los que aceptan el predominio del espíritu, cristianos, musulmanes, budistas, hindúes, contra sus expoliadores? ¿Dios frente a Nodios? Tengo que ir a jugar mi partida de tejo.

A medio camino entre Adén y Bombay se celebró un baile, un baile de etiqueta, no de disfraces (éste se celebraría la noche antes de llegar a Singapur) y el obispo ejecutó entre aplausos una exhibición de tango, con una tal señora Foxe. Cuando tocaban *Felix kept on walking* estalló un tifón. Me vi de pronto subiendo ladera arriba con mi pareja, una chiquita que se llamaba Linda Nosequé, asombrado ante el comportamiento del candelabro que, con un tintineo de aviso, agitó todos sus tentáculos hacia estribor. Mientras yo subía ladera arriba, me cruzaba con gente que iba ladera abajo, resplandecientes sedas y esmoquins; una mujer cayó al suelo enseñando la ropa interior color melocotón. Luego, el suelo inclinado recuperó la horizontalidad y, silenciados al fin gritos y chillidos, los bailarines buscaron los mamparos enjoyados, el estrado de la orquesta, mesas, antes de que nos inclináramos hacia el otro lado. Una rociada y luego aporreantes latigazos de agua golpearon en las ventanas u ojos de buey como iracundos rebeldes en una mansión habitada por frívolos y ociosos. El obispo de Gibraltar logró asirse al estrado de los músicos y

ascendía, como si se tratase de una roca, hacia el gran piano fijo, gritando *Valor, valor* o algo parecido. El violinista-saxofonista y el batería recogían los instrumentos; el pianista bebía de una botella. El barco pareció avanzar un rato sin balancearse, y luego siguió un lento y breve movimiento rodante, luego se lanzó como una nutria al agua; emergió después, al parecer, sacudiéndose, y la pequeña Linda y yo nos sentamos al borde del estrado de los músicos, yo rodeando con un brazo una pata del piano, ella abrazada a mí. ¿Influiría lo que habíamos cantando (*Por los que están en peligro en el mar*), prolépticamente, como una especie de dinero ingresado en el banco musical para prever una eventualidad como aquélla? Los oficiales del barco que estaban bailando, dispuestos a dejar la disciplina y los consejos al servidor de Dios, pues se trataba de un acto de Dios, abrazaron a sus acompañantes temporales, algunas de ellas mujeres casadas, confortándolas. Luego, todo se calmó y el obispo, como en un gesto «sin manos» de niño ciclista, alzó los brazos en ademán de súplica o de alabanza al cielo. Bamboleóse el barco de nuevo, y el obispo fue a dar desagradablemente, embarazosamente borracho, contra el altar, pegando con la cabeza en el frente afilado del estrado de los músicos. Esto resultó muy desazonante; un alto funcionario de Dios golpeado por brutales agentes de su propio patrón. Quedó allí desmayado, sangrando, y el director de orquesta, que según pude ver tenía un Craven A entre los labios, se inclinó a inspeccionar el desastre.

Aparecieron en seguida marineros con sogas que anclaron a los pilares, hombres ásperos y audaces, ahumados como arenques, cuyos pies correosos y descalzos se asían como ventosas a cubierta, o al lujoso y elegante suelo del salón, salvo donde había cristales rotos que, con su propia sabiduría digital, evitaban sin necesidad de que sus propietarios se lo indicaran. Los asustados pasajeros fueron instados a levantarse y asirse a las sogas como si fuesen equipos jugando a tirar de la cuerda, y, en un breve intervalo de tranquilidad, pasaron a otras sogas y se trasladaron luego a sus camarotes. El médico del barco estaba muy ocupado en otro sitio, pero llegaron dos enfermeros con una camilla a llevarse al obispo de Gibraltar.

—Lleváoslo, sí —dijo el director de la orquesta a través del humo de su Craven A—. El pobre cabrón se ha desmayado.

A la mañana siguiente, cuando el océano Índico estaba ya de nuevo tan sereno como un cordero de vellones azules, fui a la enfermería, y el obispo de Gibraltar había recobrado el conocimiento tras un largo desmayo, aunque mostraba los síntomas clásicos de la conmoción: irritabilidad, tendencia al desconcierto súbito y pérdida de la memoria.

—¿Quién demonios eres? —me preguntó.

—Da igual. ¿Qué tal, cómo van a llevarte a puerto, qué tal controlas las extremidades?

—No puedo recordar el credo atanasiano. —Empezó a llorar.

—Empiezan con *Quicumque vult*, ¿no?

—Eso es latín, y ese maldito credo es en inglés, y no soy capaz de recordarlo; los

indios pensarán que soy tonto.

—¡Bah!, no lo has olvidado. Mañana por la mañana llegaremos a Bombay. Y recordarás perfectamente el credo atanasiano, ya verás. En un par de días, quedarás como lavado por la lluvia.

—¿Qué tiene que ver la lluvia con esto? ¿Estamos en la estación de las lluvias? ¿Han llegado las lluvias? La lluvia cae igual para el justo que para el impío. ¿Por qué me abatió el Señor de este modo?

—No fue Dios, fue la madre naturaleza.

—Dios cabalga en la tormenta. Hay un himno sobre eso, Isaac o no sé quién. En fin, tú no...

Ladeó la cabeza vendada y empezó a roncar. Pobre diablo. Su pobre iglesia. Juegos de cubierta y tangos. Cuando llegamos a Bombay envueltos en una gran humedad gris había un grupo de recepción, clérigos morenos, chicas con saris, escolanos cantando un himno inidentificable tanto en la letra como en la música, y un blanco viejo que vestía lustrosa alpaca y que parecía el obispo cesante. Guirnaldas de franchipañero que se marchitaban bajo el calor húmedo. El antiguo obispo de Gibraltar se tambaleaba un poco aún, pero estaba mucho mejor ya. Porteadores indios llevaron su equipaje a tierra, y en él se incluía, por lo que pude ver entre el gentío, un crucifijo de tamaño natural que quizás utilizase como perchero; el obispo lo examinaba todo, blandiendo un bastón. Un fotógrafo dravida avivó la grisura con los fogonazos de los *flashes*, y un eurasiático de salacot del *The Iridian Express* (Bombay) empezó a hacer preguntas. Pero el obispo, que aún parecía un *haji* con la cabeza vendada, habló dirigiéndose a todos con voz algo forzada de barítono profesional.

—La mano de Dios me ha golpeado —dijo—, pero me recuperaré rápidamente, aunque aún no puedo recordar el credo atanasiano; me siento feliz de estar con vosotros.

Risas y aplausos. «El buen obispo», dijo uno de los plantadores malayos.

—Avanzaremos juntos en nuestra lucha contra el materialismo corruptor —aplausos y risas—. Todos los que creemos en Dios, *quicumque vult*, formamos un solo cuerpo. Lo primero es lo primero. Ojalá los credos religiosos prescindamos de nuestras diferencias y nos unamos frente a la amenaza del enemigo común.

Esto era a primeros de septiembre de 1924 y era, según mi opinión, la primera declaración pública que se hacía en favor de un movimiento ecuménico. Dios actúa de modo misterioso para plasmar sus obras. El nosequéa sus pisadas en lo dicho y cabalga sobre la. Aquél debería haber sido un momento histórico. El obispo cesante acompañó a su sucesor a tierra en cuanto pudo. Risas y aplausos. Más tarde, para asegurar una presencia religiosa continua, subieron a bordo un par de monjes budistas de vestiduras color narciso; pero viajaban sólo hasta Colombo en tercera. Echamos de menos al obispo de Gibraltar, de Bombay ya.

De Colombo sólo recuerdo una cosa: la asociación local de madrigalistas dio un concierto en el Hotel Monte Lavinia, y un barítono local intercaló algunos solos,

entre los cuales figuraba esa aria de Gay y Handel *O ruddier than the cherry*. En vez de *Or kidlings bright and merry*, cantaba *Or kiplings*. Nadie se dio cuenta al parecer. Es posible que hubiera una d invertida en su copia. Quizás aceptase sin discusión que había una clase de cosas llamadas *kiplings*. Es algo que me ha obsesionado toda la vida. Colombo y la pesadilla colectiva de grajos en la gran *aintree* de encima del hotel y un aria de Handel con *kiplings*.

Y así surgió al fin del mar y de la noche Singapur, saludada por trasnochadores de fiesta. Baile de disfraces. Yo era, nada menos, Julio César, el barbero de a bordo me había eliminado por distracción el bigote al quedarme dormido mientras me afeitaba. Desembarco al mediodía del día siguiente. Qué calor, amigo. Era como vivir en un horno de fuego lento. Alguien había pintado con tiza a modo de bienvenida, una grosera caricatura de un acto de sodomía en la pared de uno de los almacenes del puerto. Singapur olía a paños de cocina hervidos y a orina de gato. Paré en el Hotel Raffles, que Willie Maugham, bajo el rótulo de su último papel de cartas, alabaría diciendo que transpiraba todo el misterio del fabuloso Oriente. El misterio quizás estuviera en la procedencia de la carne de los currys. El vestíbulo era tan grande y vacío como un estadio de fútbol, y resonaban en él las voces de irritados sedientos que gritaban «¡Camarero!». Los camareros o *boys* eran viejos chinos amargados que vagaban despreciados desesperadamente bajo los ventiladores o *kipas* del techo. Recogí una historia de un director de banco. Forbes, su joven ayudante, cruzaba todas las mañanas camino del trabajo los jardines botánicos, llenos de monos. Cogió la costumbre de llevar una hogaza de pan chino y tirarles trozos de pan a los monos, que saltaban y cotorreaban a su alrededor, tragándose el pan sin muestra alguna de gratitud. Los monos se acostumbraron a él y pronto consideraron el regalo de Forbes como cosa obligada. Una noche, se llevó a casa a una prostituta malaya del Parque de la Felicidad, estuvo con ella despierto casi hasta el amanecer y luego se durmió y se le pasó la hora de despertar. Así que no tuvo tiempo de comprar la hogaza para los monos. Y cuando éstos le vieron sin el pan le hicieron pedazos. Literalmente. Toda la población antropoide de los Jardines Botánicos acudió a destrozarle.

Puede que el lector conozca el relato que escribí de esta historia, *Una cuestión de gratitud*.

Cogí el tren nocturno para Kuala Lumpur, el cenagoso estuario, y pasé tres días en el hotel de la estación. Recogí los materiales para escribir *El Sikh humeante*, *La pequeña Eleanor* y *Sin corbata* (la historia de un hombre que intentaba entrar en el Club Selangor sin corbata). Luego, fui a Ipoh, la ciudad del estaño, capital del estado de Perak (nombre que significa plata o estaño), y allí me recomendaron visitar Kuala Kangsar, la ciudad real, que quedaba en la confluencia de los ríos Perak y Kangsar. Una ciudad pintoresca, me dijeron, con una magnífica mezquita y una *istana* donde yo debía hacer mi número, es decir, firmar el libro. Estaba también el Colegio Malayo, un colegio privado estilo inglés, para los hijos de la aristocracia malaya. Había también un tranquilo hostel, donde servían el mejor té de todos los Estados

Malayos Federados. A partir de ahora y durante un tiempo, mi relato parecerá un Cuento de Horror y de Fantasía; pero todo es cierto. En Kuala Kangsar, conocí, si se me permite la locución novelesca, a mi amor.

—*Full* —dije, mostrando los reyes y los tres nueves, y luego mi corazón actuó de un modo extraño. Saltó contra las costillas como si estuviera colgado, y en seguida se me llenaron los brazos de aire. El aire evidentemente salía de los pulmones. Jadeé, intenté levantarme y luego me caí. Vi el tejido de la silla de roten cayendo como una página misteriosa del código de los muertos y luego perdí el conocimiento. Estuve inconsciente, según me contó luego el plantador Fothergill, tres minutos justos y volví a sentirme bien aunque débil. Intenté levantarme, pero me dijeron que no me moviera. Greene, el plantador, dijo que iba a telefonar al doctor Shawcross. El *boy* chino dijo que era por mucho calor, muy mucho para el nuevo *titán*. Estaba, pues, en el suelo del club Idris, diciendo por lo menos traedme mi vaso que está allí, y, en fin, Booth el plantador me permitió beber un sorbo o dos de mi ginebra Booth's *pahit*, o *merah*, palabras que quieren decir amarga o rosa (roja, en realidad), sosteniéndome por los hombros como Hardy a Nelson. El *kipas* giraba sobre mí, pero el *boy*, Boo Eng, me abanicaba con un ejemplar atrasado de *The Illustrated London News*. Ya no hay problema, de veras. Tú esperar doctor *tuan*, él venir. Estás bien, ¿viejo? ¿Bien de verdad? Tienes que acostumbrarte a este clima. El problema es la humedad, no el calor. En fin, me dejaron sentarme. Te has recuperado del todo, pero me parece un mal asunto.

El doctor Shawcross me encontró bebiendo coñac y cerveza de jengibre.

—Bueno —dijo—, ¿qué es lo que me dicen?

Era un hombre joven, con camisa blanca y pantalones cortos blancos y medias largas blancas, muy moreno y pulido, según advertí, por el deber y el calor y un tipo de vida atlético o sin duda ascético, a diferencia de los plantadores, que eran todos barrigudos. El huevo tropical, le llamaban los franceses.

—¿Toomey? —dijo—. ¿Kenneth Toomey? Pero si le he leído a usted. Tengo en casa algunos de sus libros. Bien, bien, no podemos permitir que le suceda nada a Kenneth Toomey.

Lo decía con evidente sinceridad.

—Es el corazón —dije—. Me pasa muy de vez en cuando. La última vez creo que fue hace cinco años. Ahora ya estoy bien del todo.

—Hay que tener cuidado con la bebida. Debe fumar menos —sus ojos de médico se habían fijado en mi dedo índice amarillento—. No debe comer demasiado. Los primeros meses en los trópicos uno come como un caballo. Y luego llega la anorexia. No se sabe qué es peor. ¿Dónde se hospeda? ¿Cuánto tiempo va a quedarse?

—Estoy en el hostel. ¿Cuánto tiempo me voy a quedar? No lo sé. He estado escribiendo. Es una ciudad muy adecuada para escribir. Muy tranquila.

—¿Quiere beber algo, doctor? —ofreció Fothergill.

—Un *suku*. Con mucha agua.

Un *suku* era un cuarto de vaso de *whisky*; y un *stengah* medio vaso. El doctor

Shawcross tenía un rostro franco y honesto, la frente alta y estrecha, el pelo muy corto color trigo blanqueado por el sol. Los ojos eran de un azul moteado. No desprendía la menor vibración sexual. Un hombre frío, tan frío como su oficio. Unos veintinueve.

—Tendré que hacerle un pequeño reconocimiento, si no tiene inconveniente. Es un poco tosco nuestro hostel. Creí que estaría usted instalado con el OD.

Se refería al oficial del distrito, un iletrado que, según me habían dicho, tenía una vida sexual secreta que excluía la hospitalidad. Estaba casi al final de su período, decían, y no volvería.

—O con el sultán, en realidad. Pearce podría haberlo arreglado.

Pearce era un australiano muy viejo, casado con una de las princesas de Perak que, viudo ya, vivía en una especie de torre dentro del recinto de la *istana*.

—Bueno, ¿por qué no se viene a vivir conmigo? La casa del médico de Bukit Chandan —que quería decir Colina del Bosque de Sándalo— está concebida para un médico casado con familia numerosa. Pero da la casualidad de que este médico es soltero.

—Es usted muy amable.

—Es una gran idea, doctor —dijo Booth—. Puede bajar al club en un *trishaw*. Puede llegar a un acuerdo con un cabrón de éstos por dos billetes a la semana. A la misma hora todos los días.

Creo que les caía bien, o que querían que les metiese en un libro; aunque los despellejara, daba igual, la cosa era figurar en un libro.

—Pues vamos, si no tiene inconveniente. Mi *boy* puede encargarse de transportar su *barang* del hostel a mi casa. Ya debe estar casi listo el té.

—Es usted muy amable.

—Una buena idea, doctor —dijo Fothergill, un tipo flacucho de huesudas rodillas con una barriga que parecía síntoma de enfermedad, aunque era sólo cerveza Anchor por la noche y cerveza Tigger por la mañana.

—Es usted muy amable. Pero tengo que empaquetar algunas cosas. Tengo que pagar la factura.

—No se moleste por eso —dijo Greene, el plantador, que, muy adecuadamente, tenía la barbilla como de látex—. Todo eso puede arreglarse sin problema. Esos holgazanes del hostel pueden trabajar un poco, para variar, y no le birlarán nada, sólo en el precio de sus servicios. Así que váyase con el doctor y descanse un poco y quizás esta misma noche podamos echar una partida o dos a algo.

Todos aquellos plantadores estaban en Kuala Kangsar durante el día y la mayor parte de la noche, y volvían en coche a sus fincas, casi al amanecer, a Rambutan y a Pisang y a Gutta Percha, todos en la carretera principal de Ipoh.

—Es usted muy amable, se lo repito.

Así que me llevaron a Bukit Chandan. Me llevó el mismo doctor Shawcross en su pequeño Ford. Tenía un bungalow recién pintado, de verde y blanco, por el

Departamento de Obras Públicas, en un jardín vallado entre el frescor de la buganvilla, las higueras de Bengala, llamas del bosque y orquídeas silvestres. Tenía un gran árbol de la lluvia, una papaya y dos pomelos, así como tres pimenteras rojo chillón, y el jardinero (*orang kebun*) trabajaba con una azada o *chungkol* mientras un ave «martillo de cobre» se afanaba en su lejano traqueteo. El doctor Shawcross aparcó el Ford en el porche y nos dirigimos hacia la baranda orientados por el tintineo de las tazas de té. No, una taza de té y un plato, el azul oficial de la comunidad británica. Yusof el *kuki*, un malayo muy musculoso, de modales suaves, corrió muy solícito a por más cubiertos e hizo más emparedados (cecina picada con pimentón; el pimentón era un maravilloso estimulante a última hora de la tarde) y el doctor y yo nos sentamos en rechinantes sillas de roten. Las nubes color púrpura se arrastraban apresuradas, como manta que cubriese una púdica desnudez, por un cielo huevo-de-pato, y la vista del campo de golf, la mezquita, la *istana* y la selva distante era bella y lúgubre a un tiempo.

—A esta hora del día, justo a la del té —me dijo—, tenemos esta ducha.

Y empezó a caer una lluvia suave mientras el amable Yusof reaparecía con emparedados y mermelada de cerezas Tiptree.

—*Terima kaseh*, Yusof.

Lo que quería decir gracias, literalmente «recibido con amor». Luego, la lluvia amainó, cesó por fin, y los aromas de la selva se acercaron furtivos para gruñir al olor de césped refrescado: las nubes desaparecieron y se despejó de nuevo el cielo.

—Esto es todo lo que necesito —dije—. Espero que aceptes llamarme Kenneth o Ken.

—Yo me llamo Philip. Cuando un nuevo planeta entra en su... He leído mucha poesía. Los románticos, sabes. Este trabajo exige un poco de belleza. La fealdad, bueno... quizá mañana por la mañana quieras venir a dar una vuelta por el hospital. He de hacerte unos cuantos análisis. Presión sanguínea, esas cosas. Ya te enseñaré lo que quiero decir con fealdad, si no te importa acompañarme a verlo. Y si puedes soportarlo. Pero puedes; eres escritor, he leído cosas tuyas. Ya te lo dije, ¿no? Me sirvió más té y luego añadió:

—Podrías escribir aquí, ¿no? Esto es muy tranquilo.

Era realmente muy tranquilo, pues los pájaros de Malaya no cantan. Hay gorjeos el día de Navidad, pero proceden de los gorrioncillos de pico amarillo, y los otros cantos de pájaros son meros ruidos ideados en beneficio de los chinos, pues el ave martillo de cobre recuerda las virtudes del trabajo duro, y el pájaro de la fiebre les da algo con que jugar, pues uno nunca puede predecir si su cromática descendente sumará tres notas o cuatro. Mil dólares, según me dijeron, llegan a apostar por eso.

—Yusof —dijo Philip—, *minta jalan sama Mat kebun ka rest house dan bawa barang tuan ini kasini*.

Con lo que quería decir que Yusof y Mat el jardinero debían ir a recoger mis cosas al hostal.

—¿Te apetece echarte un rato? Yo tengo que volver al hospital. Bueno, de todos modos te enseñaré tu habitación.

La habitación quedaba en la parte de atrás de la casa y tenía una vista ininterrumpida de la selva. Sencillo mobiliario del Departamento de Obras Públicas. Una cama con el mosquitero recogido, un ventilador de techo, un baño que daba afuera.

—Es bastante horrible, como ves.

Había una sencilla mesa de pino y, ante ella, lista, una silla Windsor. Imaginé a Yusof entrando con bizcochitos o algo parecido en un tarro de mermelada.

—Le diré a Mas, el ama, que traiga sábanas. Un bonito nombre, verdad, Mas. Significa oro. Me han invitado a cenar esta noche; no saldré si quieres, podríamos pasar una velada tranquila en casa.

Casa. Sentí el anuncio del hormigueo de las lágrimas ante la palabra, sentimental, noble, nostálgica, anhelante. ¿Qué diablos importa?

—O quizá te apetezca acompañarme. Él lo consideraría un honor, dos blancos en vez de uno. Es un tamil. Se llama Mahalingam. Significa gran, ejem, órgano generador...

—Es algo más, ¿no?, una cosa religiosa, un símbolo sagrado de la vida. Bueno, sí, por qué no, gracias, estoy aquí para aprender. Cenar con un tamil. Creí que los tameses hacían aquí el trabajo pesado.

—No todos. Tengo uno en el laboratorio, un buen muchacho, licenciado en Madrás. Mahalingam es nuevo, está al cargo de la planta de agua potable. Le mandaron de Penang; en la última reunión del club estuvimos hablando de la posibilidad de invitarle a ingresar, pero es un club de blancos, salvo los malayos, claro. Y lo que caracteriza a un club es la exclusividad. En fin, a nosotros no nos dejan entrar en el club chino ni en el club indio. En realidad, resulta razonable. Bueno, ahora debo irme y hacer mi ronda de la noche.

—Quizá me siente un rato en la galería.

—Hazlo. Me alegra mucho tenerte aquí, ya lo sabes.

—Oh no, soy yo quien está encantado. De veras.

Así que me senté en la galería y no hice más que contemplar el campo de golf, lleno de obstáculos naturales, y la bulbosa mezquita y la *istana* color miel, mientras el sol hacía su cauta aproximación a la caída a plomo frente al torrente de estrellas y la zancada de la noche; encantado, muy en paz. Oí el rechinar de las ruedas de dos o tres *trishaws*, que traían mi *barang* y las voces suaves de Mat, el jardinero, y el cocinero Yusof. Luego, vino Yusof y dijo: «*Saya buka barang, tuan?*». E hizo el gesto de abrir las maletas. *Terima kaseh*, recibido con amor, y dos billetes de dólar que Yusof metió en la cintura de su sarong.

Me duché y me vestí, pantalones grises de franela, camisa de seda blanca y una corbata a rayas azul y oro. El salón era grande y tenía al fondo una especie de alcoba-comedor. Los sólidos sillones de bambú tenían cojines amarillos, los ventiladores del

techo giraban suavemente en su nivel inferior, había un estante de libros con fotografías. Las mujeres de su vida: una hermana sencilla y una madre bella. Su madre. Su padre, sin lugar a dudas, también era médico. Había una risueña instantánea suya con cartera negra entrando en un coche. Las armas de la universidad de Manchester en un tarro de tabaco: la serpiente de Virgilio *arduas adsolem*. Un grupo de estudiantes, Philip sonriendo incómodo en la última fila, con un hosco profesor impaciente en el centro, delante. Los libros muy vulgares, y no exceptúo de tal calificativo los dos o tres míos: RLS, *El libro de la selva*, Hall Caine, Marie Corelli, el Keats y Shelley en un volumen, edición de colegial, textos de medicina, entre ellos *Medicina tropical* de Manson-Barr. Un oficial médico colonial normal y decente, trabajador, pero agradable, no demasiado bien pagado, uno de los matasanos blancos chupasangres que serían vilipendiados más tarde por las fuerzas de la deslealtad, que vivía en un bungalow colonial modelo oficial que él llamaba casa.

Yusof encendió las luces y corrió las cortinas color crema y verde hoja y dijo: «*Tuan mahu minun?*». Sí, un trago no estaría mal. Me sirvió un *whisky* con soda, frío pero sin hielo. Fue recibido con amor. «*Tuan datang*», dijo, al oír el Ford antes que yo. Y luego, allí estaba un coñac con gaseosa de jengibre flojo para Philip, y nos sentamos en la deliciosa languidez del atardecer tropical.

—¿Te parece una vida solitaria la que llevas? —pregunté.

—Muchos pacientes, no tengo mucho tiempo para sentirme solo, en realidad. Los plantadores son gente agradable, de vez en cuando echas un trago con ellos, o vas a merendar. Las mujeres, en general, son una lata. ¿Fue Kipling quien dijo que el Imperio caería por las *memsahibs*?

—Da la sensación de que podría ser alguien de fuera, quizás un norteamericano. ¿Cuánto tiempo llevas aquí y por qué?

—Estoy terminando mi primera temporada aquí. Me iré después de Navidad. ¿Por qué? Bueno, en realidad no lo sé. La llamada del Oriente. La aventura —lo dijo en un tono irónico—. Leí un libro de Conrad. *Juventud*. Por ahí lo tengo.

—Conrad murió, ¿lo sabías?

—No, no lo sabía, aquí las noticias nos llegan con dos meses de retraso. Así que ha muerto... Yo solía tener un sueño, que me llamaban para salvar la vida de un gran hombre. Sólo he salvado a gente sin importancia, y no demasiada, la verdad. Supongo que vas a escribir sobre el Oriente ahora. Y que luego te leerán algunos estudiantes de medicina y dirán ¡Oh!, la aventura, e irán a que les entrevisten en Great Smith Street. Es una gran responsabilidad.

—¿Así que las cosas no son como las cuenta Conrad?

—Conrad se dejó las lombrices y la malaria y el *yaws*.

—¿Qué son los *yaws*?

—Él, no los. Ya lo verás mañana. Hay un pabellón especial para esta enfermedad. Lo de paraíso tropical es un disparate. A los bacilos y a las espiroquetas les gusta el calor húmedo. Hay unos mosquitos malignos, después están las mordeduras de

serpiente. Los malayos están locos. Cuando les muerde una serpiente no lo dicen. Son supersticiosos. Y mueren sonriendo. Piensan que la mordedura de serpiente trae buena suerte. Quizá vayan directos al paraíso. Helados y huríes para toda la eternidad. Luego está el *amok* y el *latah* y los chinos tienen esa enfermedad peculiar que llaman *shookjong*, los bugineses le llaman *koro*. El paraíso, sí. Y no podemos hacer nada por ellos, no podemos entrar en sus cabezas. Occidente nunca podrá penetrar en la mentalidad oriental; dicen que sólo Carlos Marx puede penetrar en la mentalidad oriental porque ha bajado hasta los cimientos, más arroz y matar a los jefes. No sé. No sé nada de nada.

—¿Qué son esas cosas, *mah jong* y las otras?

—*Shook*, no *mah*. El paciente tiene la obsesión de que el pene le está encogiéndose y se le está hundiendo en el abdomen. Se asusta mucho. Se lo ata a la pierna con una cuerda o intenta incluso clavarlo con un alfiler o un *li teng hok*, que es un cuchillo especial de dos filos que utilizan los joyeros. ¿Has oído alguna vez algo parecido? Luego muere de angustia. Y no puedes hacer nada. Todo se relaciona con la sexualidad, pero no sirve de nada recurrir a Freud. Luego está el *amok*, el ataque de locura homicida. Son casi siempre malayos. Tienen algún agravio y empiezan a cavilar sobre él, se vuelven taciturnos. Acaban matando al hombre que les agravió y a cualquier otro que esté cerca, el máximo número posible. Y luego la víctima del *amok* resulta muerta también, si tiene suerte. Luego el *latah*, en que el individuo se hace extrañamente sugestionable. Imitan cualquier cosa. Hubo una vieja en Taiping que oyó el timbre de una bicicleta y empezó a imitar a un ciclista pedaleando y sencillamente no pudo parar, murió de agotamiento. Si le dices a un *orang latah* que su colchón es su mujer empezará a intentar darle un hijo. Conrad se olvidó todo esto.

—Las tres enfermedades de la literatura moderna —dije yo—. D. L. Lawrence esa cosa del pene, el *latah* es James Joyce, el *amok* ese joven personaje de Hemingway. Bang bang, paf paf, pero en realidad es el ansia de muerte.

—No conozco a ninguno de esos tipos. Tendrás que indicarme lo que he de leer. Puedo pedir libros a Singapur, como hacen algunos. Mira, será mejor que vayamos pensando en irnos. Una ducha rápida y a cambiarse de ropa —él aún llevaba los pantalones cortos de trabajo—. Tú estás muy fresco y elegante, si se me permite decirlo. Me gusta la corbata. Estaré listo en un momento.

Salimos bajo una luna llena muy grande, mayor que la que se ve en el norte, camino del bungalow de Mahalingam, que quedaba por la carretera de Taiping, y era fácil de localizar y estaba en el recinto de las instalaciones de la planta de agua potable. Hacía mucho calor y había mucha humedad y me revolví para separar la camisa húmeda de la espalda húmeda. «¿Cómo te encuentras?», preguntó Philip. «Perfectamente», dije. «No comas demasiado de lo que nos ofrezca. Es todo grasa fría, comprendes. Cosas que parecen sapos en jarabe caliente. A veces te dan escalofríos. Nos ofrecerá mucho coñac Beehive, sólo para demostrar lo rico que es. Y se ofende si lo rechazas, hombre blanco que desprecia su hospitalidad, etc. Di que has

estado enfermo, que además no es ninguna mentira, pero que querías venir. Que conociste a unos tamiles muy agradables en Ceilán o en algún sitio. A veces esta gente es muy quisquillosa. Al principio de mi estancia aquí intenté ser cordial, sabes, sentarme a la mesa con ellos en los bares, a mascar grasa. Luego, un día uno de ellos me dijo, era bengalí, sabes, doctor Shawcross, le desprecio. Me sorprendió mucho, te lo aseguro, así que le pregunté por qué, y me dijo porque se rebaja usted bebiendo con gente como yo. ¡Ay!, Dios santo». Los escarabajos voladores chocaban constantemente contra el parabrisas, dejando un sedimento que era como un grumo de crema y mermelada. «Mira, un zorro volador». Un *burong hantu* o pájaro fantasma o búho blanco voló en picado hacia los faros, cogió con el pico algo verde y culebreante y se hundió luego en picado en la oscuridad. Luego cruzó la carretera de selva a selva lo que parecía un pequeño oso marrón. «Sí, se llama *beruang*. Se parece algo a *bruin*, la personificación del oso en inglés, una coincidencia, claro. Es una tierra maravillosa para la vida animal, pero también los animales enferman. Viejos tigres tiñosos, cadáveres de monos que caen de los cocoteros como cocos. Una gran pitón muerta, larga como una calle, tirada en una riera del monzón, con todo un zoo devorándola».

—¿Volverás después de las vacaciones?

—Oh, sí, volveré. Alguien tiene que hacer el trabajo. Ya hemos llegado.

Giró a la izquierda y atravesó unas puertas metálicas inmensas con enrejado de alambre, que estaban abiertas, iluminando con los faros un gran tablero que parecía una lección de idiomas, tres alfabetos y un pelotón de ideogramas chinos. *Pejabat Ayer*, Departamento de Aguas. Las instalaciones se extendían un poco más allá, iluminadas por la luna, grises como una cárcel. Luego los faros iluminaron un lujurioso jardín todo florido que parecía un anuncio publicitario sobre las virtudes del agua. Mahalingam, supuse que era él, estaba en el porche del bungalow, preparado para recibirnos. Debía haber oído el ruido del coche.

—Cuantos más haya más diversión, que dicen ustedes. Demasiados cocineros estropean el caldo, pero muchas manos alivian el trabajo.

Era como si una dicción empujase automáticamente a las otras y como si lo importante careciese de importancia.

—¿Repita el nombre por favor? Señor Toomey, da gusto pronunciarlo. ¿Escritor? La pluma es más poderosa que la espada, como dicen ustedes. Tiene que darme el título de su libro y lo buscaré en la biblioteca de la ciudad.

Estábamos ya en el salón de la casa que, como no era una residencia de primera clase, no tenía ventilador de techo. La atmósfera era densa y muy extraña.

—Siéntense, siéntense, estar sentado es tan barato como estar de pie.

El mobiliario oficial del Departamento de Obras Públicas era un vínculo con *casa*, con la *patria*; por lo demás me sentía a la deriva en un mundo que no sólo era exótico, sino despreocupadamente malévolo. Podía oler su exuberancia. La mesa de la alcoba estaba ya puesta para dos y había soperas azules que contenían guisos con

mucha salsa color jalea de parvulario. Junto a la mesa, haciendo constantes reverencias, había un joven que sonreía bobalicona e incesantemente. Iba descalzo y vestía camisa y *dhoti*.

—Es mi hijo mayor —dijo Mahalingam—. Un imbécil.

Y dio órdenes en tamil de que pusieran otro cubierto, pegándole al muchacho con ambas manos al mismo tiempo. El muchacho corrió hasta una puerta y la abrió y, del *purdah* de hierro forjado, nos llegó la algarabía selvática de las mujeres. Volvió corriendo con un plato y cubiertos, olvidándose de cerrar la puerta. Mahalingam la cerró con un golpe y luego dio otro golpe a su hijo. Al mismo tiempo le masculló lo que me pareció una cantidad desproporcionada de tamil.

Un humeante taxista *sikh* del bar de la Federación de Estados Malayos de Ipoh me había explicado la fábula, del origen de la lengua tamil. Un, día el Señor Dios creó todos los idiomas del mundo, tarea ardua y laboriosa. Una vez concluida su obra, el Señor Dios se quitó la ropa y se sumergió en un baño de agua fría que le había preparado su criado número uno. Cuando estaba lavándose sintió que le tocaban tímidamente en el hombro.

Era un pequeño tamil que se quejaba por señas de que a él no le había dado ninguna lengua. «No quedan lenguas ya —dijo el Señor Dios—. Lo mejor será que te quedes con esto». Y el Señor Dios soltó un pedo subacuático guorrabarrajotgoarrerborrel. Y, en fin, así nació el tamil.

Mahalingam debía de tener unos cuarenta y cinco años. En honor al visitante blanco se había vestido como para jugar al tenis, con una corbata blanca muy parecida a la mía. El atuendo hacía que su negrura resultase particularmente agresiva. Era, en realidad, un morado intenso con sombras de oro tostado bajo los ojos. Cuando uno llega a ser lo más negro posible, empieza a hacerse de otros colores. En cuanto a estructura se parecía bastante a Carlo Campanati, aunque más panzudo. Iba descalzo y tenía los pies prensiles: siempre parecían andar a sus cosas, intentando coger migas y borra y machacando delicadamente insectos despistados. De frente, la monotonía de su rostro borraba todos sus rasgos, salvo los ojos, que parecían no tener iris y las grandes piezas, unas cuarenta más o menos, de su dentadura que mascullaban tamil e inglés con la misma fruición. Bajo la luz de una lámpara de mesa o de perfil veías que sus rasgos eran totalmente arios aunque anchos, aplanados, grandes, las ventanillas de la nariz achatadas y las comisuras de los labios pugnando por llegar a las quijadas. Al pasarme un *whisky* emanó de él, con el sudor, un olor rancio, pero en cierto modo atractivo. Tenía un refrigerador y no una nevera vieja como Philip: lo tenía plantado allí como un pariente olvidado, con toda la puerta cubierta de fotos de familia pegadas. El aparato emitía ronroneos y gruñidos como si estuviese senil, pese a ser nuevo.

—Así es cómo le gusta a usted, señor Toomey, si ése es el nombre, si es esto lo que quiere, si no mucha bulla para nada...

—Si tuviese usted un poco de agua de soda...

Había dicho algo terrible. Mahalingam se volvió y empezó a pegarle al muchacho que se protegía con las manos y gemía. Luego le condujo hasta la puerta de la casa gritando furioso. Después de hacer salir al muchacho pareció, por el tintineo, que le tiraba dinero. Después, demasiado deprisa en mi opinión, oímos el ruido de un coche que se ponía en marcha y que salía, sin duda, a una velocidad imposible. Philip frunció el ceño.

—¿Tiene usted hijos, señor Toomey, o vive usted en un estado de feliz soltería? —no me dejó tiempo para contestar—. Así que ha escrito usted un libro, bueno, encontrará mucho que escribir por aquí, esto es un vivero de vicio, de intolerancia y de ignorancia, y también de superstición. Aquí el doctor le explicará a usted todo eso.

—Oh, vamos —dijo Philip—. La gente es muy parecida en todas partes. También en la India, sin duda —añadió con cautela.

—En la India, sí, y por eso la abandoné yo. ¿Qué es lo que busca usted en la vida, señor Toomey? Una pregunta muy directa.

—Disfrutarla. Fijar en palabras los fenómenos de la sociedad humana.

—Eso es muy interesante. ¿Cree usted que puede hacerse con palabras?

—Con las palabras justas, sí. Si uno es capaz de dar con las palabras justas.

—¿Cree usted en la vida después de la muerte, señor Toomey, o duda usted de ella como su compatriota el príncipe Hamlet, por el hecho de que la gente no vuelve de la región ignota?

—Yo no soy danés —dije—, pero dado que la condición de danés de Hamlet es más bien nominal, aceptaré lo que me dice... En fin, en realidad es una consideración superflua, y disculpe. Bueno, la verdad es que me educaron para creer en ella, pero en realidad ahora no estoy seguro.

—¿En su opinión, las personalidades de los muertos no sobreviven y no pueden hacerse volver al mundo de los vivos mediante conjuros específicos?

El ruido de un coche que aminoraba rápidamente la marcha y luego frenaba rechinante, ronroneó y gruñó con esta última frase.

—Imposible —dijo Philip.

Pero luego apareció el muchacho del *dhoti* con seis botellas de agua de soda, Frazer and Neave, Singapur, debajo del brazo y en las manos. Mahalingam asió una con rudeza, resoplando, la destapó con un golpe de un lado de la mano contra el brazo de su asiento, y luego la sirvió en mi vaso, como en un ademán insolente, como si estuviera meando en él, riñendo a su hijo al desbordarse el vaso con las burbujas y caer la soda al suelo. Tuve la sensación de que tenía que salir rápidamente de allí. Podría haber simulado un ataque cardíaco, pero el hijo de Mahalingam recibiría por ello un castigo horroroso. Este hijo dejó entrar de nuevo más rumor femenino selvático durante cinco segundos y luego se plantó junto a la mesa con un cuenco de lo que parecía arroz azafranado, sonriendo bobaliconamente, con ojos suplicantes y acongojados, pues le echarían la culpa si el arroz se enfriaba.

—En la mesa —dijo Mahalingam— continuaremos con conversaciones

interesantes.

Siempre es más fácil comer cosas si sabes cómo se llaman o, mejor aún, si sabes con qué están hechas. En la comida de Mahalingam no había ninguna estructura cosmológica, al menos ninguna que pudiese tener sentido para una mente occidental. Empezar con lo que parecían *rissoles* de vacuno en salsa negra y descubrir que eran unos pastelillos de miel de intenso dulzor resultaba desconcertante. Quiero decir que un banquete occidental es como una recapitulación de la historia de la Tierra desde el caldo primigenio a los animales marinos, los predadores terrestres y las criaturas voladoras, que acaba con muestras de la cultura humana como el queso y los artísticos budines. La cena de Mahalingam era toda sorpresas brutales. En cierto modo, fue una suerte que él no detallase nada, diciendo, por ejemplo: «Ese curry que está comiendo usted ahora, señor Toomey, creará usted que es de murciélago, ajá, no de la variedad grillo que ya hemos degustado, y casi tiene razón, pues el curry es de zorras voladoras cuidadosamente preparadas con nutritiva vida parásita colgando aún de su cuerpo». Cuando Philip o yo consumíamos una cucharada de arroz coloreado, allí estaba el infeliz muchacho con su cuenco para volver a llenar el plato, de forma que la tortura no terminara nunca. Sudábamos a mares, y, aunque la pérdida de líquido se compensaba sobradamente con coñac Beehive y agua, no así la pérdida de sal, pues ni un solo manjar de la comida tenía sal, ni había sal en la mesa.

—No hay muerte —decía Mahalingam— en el sentido de desaparecer para siempre. ¿No nos comemos a los muertos? Se convierten en parte de nosotros mismos y así siguen viviendo. Las almas de los muertos toman otras formas vivas, así mi pobre madre, que murió hace ya mucho en Madrás de fiebres terciarias puede estar en ese escarabajo volador de ahí, o puede habérsela comido hace mucho mi hijo en forma de carne de buey o de cordero o de cerdo.

—Usted acepta la transmigración —dije—, pero no es usted hinduista ni pertenece a ninguna otra ortodoxia conocida... —el coñac Beehive.

—Yo soy lo que soy, señor Toomey —dijo, como Dios—. Y he sido diligente estudioso de muchos misterios. Tomo lo que necesito allí donde lo encuentro, pero afirmo que en el fondo la religión es un conjunto de misterios y que esos misterios, por su propio carácter, no puede captarlos la gente ordinaria. Hay cosas muy sagradas que los hombres de inteligencia excepcional han de consagrar la vida entera a buscar y alcanzar. Puede usted decir que mi religión es personal y eléctrica.

—¿No querrá decir usted ecléctica?

—Quiero decir lo que quiero decir —dijo, alzando la voz—. No crea usted que por ser inglés tiene el monopolio del idioma.

—Le ruego me disculpe. Le interpreté mal. Ya comprendo lo que quiere decir. Creí que quizá quisiera usted decir ecléctica, del griego *ekiegein*, que significa elegir o escoger. Creí que había elegido usted cosas de las religiones de Oriente, o quizá de todas las religiones del mundo, los elementos que más le complacían. Le ruego sinceramente que me disculpe.

—Acepto sus disculpas —dijo generoso—. Lo que usted dice es un resumen aceptable de lo que cree. ¿Vive su madre, señor Toomey? —parecía una amenaza.

Me complació poder decir que estaba muerta, como la del propio Mahalingam, que de lo contrario podría haber despotricado contra la injusticia blanca.

—De gripe. Hubo una epidemia terrible al final de la guerra, como usted sabe.

—Se llevó a mi padre y a mi hermana —dijo Philip—. En la misma semana.

—Terrible, terrible —dijo Mahalingam sonriendo—. Las consecuencias de que los seres humanos intervengan en los procesos obligados de la naturaleza y alteren el delicado equilibrio del universo. Bueno, señor Toomey, dígame, ¿ve usted esa imagen que hay detrás de mí en la pared?; tiene que estar sobre mi cabeza, creo...

La veía. La había visto ya. Era una especie de mapa ilustrado enmarcado, con los colores de parvulario del propio banquete de Mahalingam, de una selección de castigos que se aplicaban a pecadores morenos y los aplicaban lo que me parecieron dioses con formas de seres multibraquiales, con cabeza de tigre y de elefante y calzoncillos rojos. Los castigados también llevaban calzoncillos rojos, y no parecían quejosos de que les serraran por la mitad, les decapitaran con tijeras y les metieran gruesas varas por la garganta. Era como una página de un suplemento de dibujos en color de un periódico dominical norteamericano aunque mucho más tosco. No parecían tener ninguna significación icónica en la decoración doméstica de Mahalingam, parecía algo comprado por un par de monedas y colocado en la pared porque había que hacer algo con ello, si derrochas ahora no tendrás mañana, los colores eran bonitos.

—¿Sí? —dije, y bajé la mirada hasta los sonrientes dientes de Mahalingam a tiempo para verle cambiar por una décima de segundo y convertirse en mi afligida madre y volver luego a ser él mismo. No me gustó nada esto. Miré el reloj.

—Está usted pensando, señor Toomey, que le gustaría volver a la agradable compañía de caballeros europeos, que ha pasado ya demasiado tiempo en casa de gente de raza y costumbres extrañas.

—Ni mucho menos —dije, sintiéndome culpable—. Es que el doctor Shawcross me dijo que debía acostarme temprano. He estado enfermo.

—Se desmayó esta tarde —confirmó Philip—. Una especie de ataque cardíaco. Mañana le haremos un examen completo. Pudo deberse al calor, claro, no está acostumbrado. Le dije que no viniera esta noche, pero insistió. ¿Verdad que sí, Ken?

—He disfrutado en fecha anterior de la deliciosa hospitalidad de unos caballeros del sur de la India —dije cauteloso—. Por eso quería venir. Me alegro de haberlo hecho. Creo que la velada ha sido de lo más refrescante.

Esa palabra, *refrescante*, con sus remotas connotaciones de agua corriente en general, pareció influir en mis tripas.

—Podría —dije— utilizar su...

Me levanté. Mahalingam hizo señas amenazadoras a su hijo, pues estaba demasiado lejos para pegarle, y el muchacho empezó a hacerme reverencias y a

indicarme que él me enseñaría, que me acompañaría, venga por favor, señor. Salí tras él de la estancia, y le seguí por un pasillo oscuro. Al final, abrió una puerta, me hizo una reverencia indicándome un retrete turco, un agujero horrible donde tendría que ponerme en cuclillas.

—¿Cómo te llamas? —pregunté—. ¿*Siapa nama*?

Pero él seguía haciendo reverencias y gestos, ahora por favor, mientras aún esté ahí, mi padre puede hacerlo desaparecer de pronto y echarme a mí la culpa. Me acuclillé; él parecía dispuesto a quedarse mirándome, así que le hice señas de que se fuera. Cerró la puerta, pero no oí rumor de pasos alejándose. En el retrete no había luz eléctrica, pero supuse que la luz que penetraba por la alta ventana procedía de una gran lámpara que quedaba en la periferia de la planta, y la reforzaba además la de la luna. Chorreé litros por el ano y encontré un rollo de papel higiénico marrón del Departamento de Obras Públicas. Y del cilindro de cartón interior cayó lo que parecía una vela sin mecha. Era de cera, pero también peluda. ¿No había algo en el *Libro de las Revelaciones*? La solté como si quemara. ¿Y la luna era como tela de saco peluda y a la luz de una vela no brillará más? Disparates.

—Bueno —dijo Mahalingam sonriendo en la puerta de la casa—. Espero anhelante que se corresponda a esta hospitalidad —queriendo decir que se invitaba él a su vez—. Las razas distintas deben mezclarse y aprender unas de otras. Eso también forma parte de mi religión excéntrica.

Sin motivo aparente volvió a pegarle a su hijo, que sonreía y sonreía y hacía reverencias incesantes.

—Fue realmente espantoso —dijo Philip cuando llevábamos recorrido ya un buen trecho de carretera—. Grasa de carnero rancio. Cosas amasadas con manazas sucias. ¿De dónde demonios sacaría el agua de soda? Tuvo que comprarla en algún sitio, pero ¿dónde? No hay un solo *kedai* en diez kilómetros a la redonda. Y fue y volvió como un murciélago del infierno. No recuerdo la palabra, pero ese muchacho me recuerda algo, uno de esos muertos desenterrados de las Antillas, que trabajan en las plantaciones, cómo se llama...

—Un zombi. Zumbi, una palabra congo, sale en Conrad creo —no mencioné que había visto convertirse brevemente a Mahalingam en mi madre—. ¿Has tratado ya profesionalmente a algún miembro de la familia?

—No, pero tendré que hacerlo. Procuraré sacarle todo lo posible al Departamento de Obras Públicas. Y más. Con toda esa horrible basura que nos dio no ha hecho más que pagar por adelantado.

—El *whisky* estaba bien. Y la soda.

—Mira allí —dijo, y aminoró la marcha.

En un claro que había al pie de Bukit Chandan, dos viejas malayas, que llevaban los sarongs anudados justo bajo las axilas, colocaban velas en candelabros de pared. Una encendió una cerilla. Las llamas de las velas no se movían. No había un soplo de viento. La otra mujer colocó con un gesto reverente un puñado de plátanos sobre un

montículo de tierra.

—Es un *keramat*, un lugar sagrado —dijo Philip—. Hace unos años desaparecieron cerca de allí un hermano y una hermana. Debieron escaparse de casa o someterles a esclavitud por deudas; un asunto muy desagradable, el padre no puede pagar las deudas y los hijos trabajan para los acreedores. Según la gente de aquí, ascendieron al cielo como el propio Profeta. Pero vuelven a por los plátanos y saborean el soplo de la súplica, podríamos decir. Los que se comen los plátanos son los monos, pero en eso nadie piensa nunca. Hay mucha superstición aquí.

—Colonialismo. La propagación imperativa del dominio de la razón —dije, sin convencimiento, por supuesto, tenían derecho a ser supersticiosos—. Pero ¿quién va a propagarla entre los colonizadores?

—Todavía tengo en la boca el sabor de aquella miel y aquella grasa rancia y aquella especie de verga de toro en rodajas. A casa, a casa —corriendo hacia ella, hacia aquel remanso de salud y cordura—. A casa.

El amanecer y el semidesnudo Yusof poniendo el té junto a la cama y un puñadito de *pisang mas*, plátanos dorados pequeños como un guante de criquet, alzando los brazos sin vello en las axilas, para enrollar el mosquitero, sonriendo. «*Selamat pagi, tuan*». El día tropical como una alegoría de vida, que se inicia en frescor y limpieza y belleza paradisíaca y continúa demasiado pronto con sudor y sensación de mugre y camisa y pantalones ya contaminados. Era muy breve, la inocente contemplación de sol elevándose sobre una tierra encantadoramente verde desde la baranda con tostadas y más té. Y luego, una orquesta Berlioz de calor metálico y una humedad en la que cabalgaban y danzaban esporas hostiles y la empresa colonial de intentar vanamente convertir la selva en jardín hasta la convalecencia del anochecer. Phil y yo estábamos en su hospital o *rumah sakit* (casa para los enfermos) a las ocho, y ya parecía mediodía. Me auscultó con el estetoscopio y me tomó el pulso y lo bloqueó luego con el brazalete neumático del esfigmomanómetro. Luego, dijo, mmm.

—Taquicardia —explicó al fin.

—Sí, ya he oído antes esa palabra. Exceso de actividad de la glándula tiroides o algo parecido. Pero eso no explica el desmayo, ¿verdad?

—No creo que sea grave. Tienes que adaptarte a eso. Lo mismo que tienes que adaptarte a la idea de que eres escritor. Puede que ambas cosas tengan que ver entre sí. No deberías fumar ni beber ni hacer el amor; pero, en fin, ya sé que lo harás. Esta afección no va a matarte. Si evitas la excitación excesiva, probablemente llegues a viejo.

—Está bien —dijo, con indiferencia.

—Ahora, vamos a echar un vistazo al *yaws*. Será mejor que te pongas una de esas chaquetas blancas. Serás un *tuan doktor* de visita.

Los casos de *yaws* estaban en un edificio largo tipo bungalow que quedaba al otro lado de una extensión de césped.

—A mí me pareció una especie de cosa moral —dijo Philip mientras caminábamos hacia allí—. En fin, es una espiroqueta, lo mismo que en la sífilis, pero no tienes por qué sentirte culpable de haber incurrido en actos sexuales sucios. El virus se aferra a la suciedad, cierto, pero suciedad hay en todas partes, en las paredes, en el suelo. En cuanto tengas una herida abierta, cualquier tipo de lesión en la piel, ya está. El nombre elegante es frambesia. Ya verás por qué.

—¿De frambuesa?

—Ya verás por qué. Aquí le llaman *purru*. Muy adecuado. Purulento. Es sólo coincidencia, claro.

Dos pequeñas enfermeras, una malaya, china la otra, seductoras con sus limpios y blancos uniformes, nos saludaron a la entrada del pabellón.

—*Tuan doktor Toomey* —dijo Philip.

—Oh, Dios mío.

—Precisamente. O más bien no precisamente. ¿Cómo puedes creer en Dios, contemplando a este grupo de inocentes?

Inocentes malayos la mayoría, la mayoría sonrientes, llevándose las manos al pecho en gesto de recibimiento cortés. *Tabke, tuan*. Del tobillo de un joven crecía una frambuesa monstruosa, que rezumaba y brillaba, un chancro primario. Un niño de seis o siete años tenía todo el cuerpo cubierto de verrugas que eran *yaws* secundarios. Ulceración terciaria en un antebrazo, *yaws* canceroso en unos pies chinos.

—Las mujeres —dijo Philip— están detrás de esa especie de cortina.

—Oh, Dios mío.

—Gangosa. Los tumores le han comido los ojos. También ha desaparecido el paladar duro. Lesiones óseas. Puedes tocar si quieres. Toda esa piel está sana. Es sólo la deformidad lo que te despista. Ya puede salir del hospital. No podemos hacer más por él. Pero nadie le quiere, está maldito, no tiene ojos. Gangosa o rinofaringitis ulcerosa. El olor era insoportable, pero eso ya ha pasado. Dios, en su misericordia infinita, le dejó ya. No tiene ojos ni paladar ni nariz. Por lo demás, está perfectamente.

—Creo que tendré que...

—Animo, caballero, es usted escritor, uno de los que reseñan sin miedo la obra de Dios. Éste no está mal, ¿verdad? Falanges deformadas, tumores periósticos de tibia, úlceras secas. Nadie se muere, sabes. No es como la gripe. Esto es pie de Madura. Micetoma blanco. En realidad, no debía estar aquí, pero no tenemos sitio para montar un pabellón independiente con los casos de hongos. He aquí una palabra larga y bella para ti: cromoblastomicosis. Es como un barco cubierto de percebes. Pero no afecta a la planta del pie, mira.

—De veras que creo que tendré que...

—No te lo reprocho. Ven, vamos a tomar un café. Con una gotita de Beehive, si quieres.

Fuera ya, en el césped, tuve una arcada seca.

—Creo que me he portado mal —dijo Philip—. No fue justo. Pero no podía permitir que volvieses farfullando sobre el paraíso. Cuéntaselo a Inglaterra, como suelen decir.

—¿Qué quieres decir con lo de que no afectaba al alma? —pregunté, ya de vuelta en su oficina.

—¿El qué? Ah, ya. No podemos sepultar nuestra esencia espiritual en la tierra, pero recurrimos a la solución más próxima a eso. La enterramos lo más profundo que podemos y vamos pisándola.

—Sí, claro, ya entiendo lo que quieres decir.

Y tragué aquel café chino dulce como jarabe que nos había traído un peón malayo. Había un puesto de café de propiedad privada en el recinto mismo del hospital, junto a las puertas de salida. Bollos de curry, *pao*, cigarrillos Rough Rider, esas sencillas delicias las había en todas partes, en los patios de las escuelas, en la

entrada de las mezquitas, probablemente en las cárceles.

—¿He visto lo peor?

—Hay cosas menos espectaculares. Disentería, lombrices, malaria y sus dolorosas consecuencias, los accesos provocados por la quinina, tripanosomiasis, granuloma ulcerante de las partes pudendas... ése es un lindo espectáculo, te apaña para siempre del acto del amor.

—¿Te ha producido a ti esos efectos? —pregunté.

—Te diré —dijo, con cierta fiereza—. No he estado con una mujer desde mis tiempos de estudiante en Manchester. Es un tópico, por supuesto, el que los médicos sean unos donjuanes impenitentes, individuos duros e implacables, machacahuesos, que asaltan a la enfermera cuando no mira la matrona, bailes en Shorrocks's y un ariete rápido en un portal oscuro. Yo tuve mi ración de todo esto, pero luego empecé a ver el acto sexual como una trampa, una red peluda, un truco de la esperanza, algo así. He llegado a tener miedo al cuerpo. Oh, no como un organismo enfermo que hay que curar, si es posible, sino como una trampa maldita. No me explico bien.

—Perfectamente. Lo que quieres decir es que todo eso te ha apartado del acto del amor. Quisicositis ulcerantes de las partes pudendas.

—Cuando me asedian los deseos, cosa poco frecuente, voy y echo un vistazo a las partes pudendas de Asma binte Ismail, con su hermanita allí moviendo un *kipas* de papel para alejar a las hormigas voladoras. Puedo prescindir de eso, tengo que hacerlo, además. Todo el Oriente maldito está cogido en esa trampa. Engendran hijos para que puedan tener *yaws*, frambuesas incomedibles. Lepra. Éste —dijo, cuando se abrió la puerta y entró un chino de chaqueta blanca— es el doctor Lim. Éste es el señor Toomey, escritor inglés disfrazado de médico. Ya puedes quitarte eso, Ken.

El doctor Lim y yo nos dimos la mano.

—Mi primo —dijo él— también se llama Ken, aunque prefiere el nombre completo, Kenneth. Yo me llamo John. Lo cual no fue una buena idea, porque para los blancos todos los chinos son John y es una especie de insulto. Pero los ingleses son John Bull, así que no veo el insulto. —Luego, se dirigió a Philip—: Acaban de ingresar un caso de meningitis. Una chica malaya.

—Oh, Dios santo, eso significa toda la familia. Vivirán todos amontonados en una cabaña de *attap*... sería mejor... ¿qué quieres hacer tú, Ken? ¿Has visto ya bastante?

—Si pudiera coger un *trishaw*, creo que me iría a casa.

—¿A casa? —pareció sorprendido—. Ah, quieres decir a la *rumah*. Vaya, me halaga que la consideres así. Podría mandar que te llevasen en una ambulancia, pero quizá se asustara muchísimo Yusof. Ahí fuera encontrarás muchas *trishaws*, si no te importa utilizar el medio de transporte pobre.

En fin, un par de piernas malayas, morenas y musculosas, me devolvieron pedaleando, por cincuenta centavos, a la casa de Bukit Chandan. Mas, el ama, estaba barriendo a la puerta de mi dormitorio, con la escoba sujeta en una mano, al estilo malayo; era una muchacha con varias mezclas de sangre, de uno cuarenta y cinco de

estatura, seductora, probablemente orgullosa de su incisivo de oro.

—Pronto estará lista —dijo en inglés—. Tengo que limpiar.

—Qué bien hablas.

—Poquito aquí, poquito allá. Malayos muchos idiomas.

Qué mal escribía yo. Saqué la página terminada de la máquina dos horas más tarde, la leí con disgusto, y luego tuve una imagen de todas las páginas mal escritas del mundo, desde el incendio de la biblioteca de Alejandría, todos los libros malos e inútiles atestando las estanterías del mundo, libros enfermos, libros con frambesia y con partes pudendas supurantes nacidos para embrollar y para atrapar, sin ofrecer más que una realidad irreal, mentiras. Había una realidad mejor y más simple en el puro acto de sentarse allí, fresco bajo el ventilador del techo, en una habitación despejada y barrida, las ventanas abiertas al sol y al verdor y a pájaros sin trinos, sabiendo que Philip estaría en casa pronto para merendar, y que *casa* era la mejor palabra del mundo, no había en ella trampa ni truco de la esperanza, era el elemento último que no se podía analizar, tan esencial como el aroma de una flor inglesa.

—*¿Tuam mahu minum?* —allí estaba Yusof, camisa deportiva y sarong.

—*Minta stengah, Yusof.*

Minta significa que yo quedaría agradecido, si él fuera tan amable de darme, te suplico que me hagas el favor de tener la bondad de concederme el placer de. Y luego: recibido con amor. *Whisky* con agua fresca y un cigarrillo. La página que había escrito era tolerable, y los lectores del mundo no pedían más. Ellos no se fijarían en la exactitud del lenguaje: *Mort* es la música del cuerno que anuncia la muerte del ciervo y *mortmain* es la propiedad de la tierra a perpetuidad, morfalisis y morfosis y mórula y la silla Morris. Entró en la estancia un chino, y eso fue suficiente, ojos rasgados y tez biliosa. Ellos no querían el chino exacto y único con gangosa o con un pie de Madura. No queremos asustar a nuestros vecinos con la exactitud. No queremos echarles de casa.

—¿Una mañana dura? —nos sentamos a la mesa bajo el rumor suave del ventilador. Sopa de tomate en lata y pollo frío y una ensalada de patatas, luego papaya en rodajas. Cerveza, café amargo.

—Normal. La chica malaya que tenía meningitis estaba en la etapa febril, y el *bomoh* o *pawang* local dijo que el cuerpo estaba escribiendo su propio lenguaje especial, todo puntos rojos, diciendo que no había por qué preocuparse. Morirá en el plazo de una semana. Ceguera, sordera y luego la muerte. No les importará mucho. La madre está embarazada de seis meses, y esta vez quizá sea niño. Alabado sea Alá.

—No te gusta mucho Dios, ¿verdad?

—Cuando utilizo el nombre, me refiero al otro cabrón, al demonio. Que no cayó, se alzó. Nuestra teología está escrita al revés. Toma más papaya de ésa. No es que sea muy sabrosa.

—Está deliciosa. ¿Podría tomarla con un poco de jerez?

—Claro.

Cogió la botella de amontillado del aparador y se echó a reír.

—El que estaba antes que yo, O’Toole, tenía un *kuki* chino. Bebía como un pez, sobre todo coñac. O’Toole tenía que tener las botellas bajo llave, salvo el jerez, que lo tenía en la nevera. En fin, el caso es que un día descubrió que el nivel del jerez bajaba un poquito cada día, así que pensó divertirse un poco con su *kuki*. Se dedicó a mear en la botella un poquito cada día, justo lo suficiente para reponer la pérdida. Pero la pérdida prosiguió, hasta que al fin cogió a su *kuki* y le acusó de darle a la botella. El *kuki* lo negó, dijo que a él no le gustaba el jerez, que era demasiado flojo, no era como el coñac. Bueno, dijo O’Toole, entonces ¿qué es lo que pasa? Bueno, dijo el *kuki*, es que le echo todos los días un poquito de jerez a la sopa.

Antes de que yo pudiera fabricar una risa cordial, añadió:

—¿Crees que deberíamos traer a cenar aquí a Mahalingam?

Esto me conmovió. Hablaba en plural, *deberíamos*.

—Tengo la sensación de que no deberíamos dejar a Mahalingam cruzar tu puerta. ¿Por qué no le invitamos a un restaurante chino o algún sitio así?

—No sería lo mismo. Eso sería eludir el deber de la hospitalidad recíproca. Tendremos que invitarle, pero todavía no. Lo aplazaremos un poco. La vida no es más que aplazar y aplazar. En fin, bueno, no del todo. Esta tarde tengo una operación, una apendicectomía. Tal vez te gustara verla... Es un poco fuerte, por supuesto. El bueno de John Lim con el paño de cloroformo y yo con los cuchillos y las pinzas y la aguja y el hilo.

—Gracias, pero creo que me quedaré a escribir. Aquí *puedo* escribir. Creo que te va a costar trabajo librarte de mí.

—Quédate todo el tiempo que quieras. Es agradable tener alguien con quien volver.

—Es agradable tener alguien que vuelva. Bueno, *alguien* no es el pronombre exacto, ¿no te parece?

—No, no lo es. ¿Qué te gustaría hacer esta noche? Mi *munshi* viene justo después de cenar, dos veces por semana, así son las normas, paga el gobierno. Pero es sólo una hora. Luego, podríamos ir al Royal Electric Cinema.

—¿Qué es un *munshi*?

—Un *gurú*, un profesor. Syed Osman me hace traducir el *Hikayat Abdullah*. Al inglés y luego otra vez al malayo, y luego comparamos. Son los exámenes, comprendes. Tenemos que pasar por esos exámenes, y si suspendemos convocan el tribunal de eficiencia. Eso significa que no hay aumento de sueldo. Pero me parece que voy a hacer trampa con el *Hikayat*. Hay una traducción de todo el texto en *The Journal of South East Asian Studies*. Cogí el número correspondiente en la biblioteca del club. Lo devolveré cuando acabe, por supuesto, si es que acabo alguna vez.

—¿Qué es eso? —me reconocí, con cierta tristeza, como un hombre de letras, a quien le cosquillean los oídos ante la mención de un libro desconocido en un idioma desconocido, cualquier libro, cualquier idioma. Forraje novelesco, forraje teatral.

—Es el *mumshi* que tenía *sir* Stamford Raffles. Escribió la historia de su vida, pero el libro trata sobre todo de Raffles. Un blanco que edificó un imperio, visto desde el punto de vista de un nativo.

Forraje novelesco. Sentí que me recorría una emoción conocida.

—Evocó el mundo del buen Raffles, y lo hizo muy bien, además. Raffles creó él solo Singapur.

—¿Puedo verlo? La traducción, quiero decir.

—Por supuesto.

Aquella tarde leí la breve autobiografía, tumbado en la cama bajo el suave ventilador. Me estremecí de entusiasmo pero cautamente. Una novela sobre Raffles, un empleado de la Compañía de las Indias Orientales, que arrancó Java de manos de los franceses durante las guerras napoleónicas, la gobernó como un ángel, luego se apoderó de Sumatra, luego negoció la compra de un pedazo de tierra pantanosa llamada Singapur. ¿Y qué sacó de todo ello? Sólo fiebres, naufragios y muerte prematura. Y contaba la historia un musulmán hipocondríaco, Abdullah. Pude ver ya la novela hecha, impresa, encuadernada, unas cien mil palabras, expuesta en las librerías, alabada con entusiasmo o atacada con furor. *El rey de la ciudad del león*, por Kenneth M. Toomey. No, *El hombre de los mares de Oriente*. Cogí mi novela con los dedos de la imaginación, pasé las hojas y leí: «La fiebre atacó con firmeza anoche. Las velas temblaban bajo el primer soplo anunciador del monzón. Le temblaba la mano al pasar el secante por la última página de su informe para la Compañía, para la central de Londres. Un lagarto casero subió piando por la pared». Dios mío, qué talento tenía yo entonces, estaba a punto de tener. Y, por supuesto, además, veía claramente que para escribir una novela sobre la vieja Malaya tenía que instalarme allí, de fijo. Viajes esporádicos a ciertos museos, Penang, Malaca... pero escribir tenía que hacerlo allí, en aquella estancia despejada, *tuan mahu minum*, un extraño caso de *proprio* esta mañana en la *rumah sakit*, casa. Relatos cortos podían escribirse prácticamente en cualquier sitio, pero una novela exigía una base de operaciones. No, *Llamas en el cielo de Oriente*. No, *Él construyó una isla*. «Yo, que me llamo Abdullah y soy por oficio un *munshi* o maestro de la lengua, estoy aquí sentado, pluma en mano, recordando. La tinta se seca en la punta de la pluma, pero las lágrimas la humedecen de nuevo. Estoy aquí recordando a mi antiguo amo, un *orang puteh*, un hombre blanco de una isla fría y lejana, que fue para mí padre y madre pero que me abandonó a una soledad que sólo el recuerdo puede aliviar». Santo Dios, lo haría. La novela por la mañana, relatos cortos por la tarde. Tengo que pagar a medias el alquiler y las provisiones. *La ciudad del león*, ése era el título. Vi la ilustración de la portada: un hombre apuesto y ajado con atuendo del siglo XIX, inclinado sobre los planos con un ayudante chino, un fondo de *coolies* talando los mangles. Dios santo, el libro estaba listo, sólo faltaba escribirlo. Me merecía una breve siesta hasta el regreso de Philip y la hora del té.

—El asunto es —dijo el oficial del distrito— que la gente anda hablando.

Estaba de pie en el rincón junto a la mesa de las revistas que habían arrimado a la pared para dejar más sitio a los bailarines. El ventilador del techo, que quedaba justo encima, girando a velocidad máxima, hacía pasar rápidamente las hojas de un *Tatler* atrasado. El gramófono tocaba un vals:

Qué haré yo
 Cuando tú
 Estés lejos
 Y yo triste
 ¿Qué haré yo?

Había un montón de discos inutilizables. El calor había convertido los no protegidos por la nevera en platos soperos de poco fondo. Se había echado la culpa acaloradamente al secretario del club por esto y el secretario había dimitido. Explicó que se había dado orden a Ah Wong, el *boy* número 1, pero las órdenes habían sido ignoradas o mal interpretadas. Aun así, había un tango, *La Paloma*, y un par de *onesteps*, entre los que se incluía *Félix*, y algunos valeses de Irving Berlín. Y Greene, el plantador, tocaba de cuando en cuando alguna melodía en el piano tropicalizado. Estaban allí todas las esposas con un corte de pelo uniforme obra de Fook Onn, la peluquera de la ciudad, ataviadas con vestidos nuevos y floreados de Whiteaway's, de Ipoh. Giraban en brazos de hombres sudorosos de corbata negra, uno de los cuales era el doctor Philip Shawcross, limpio, parco y serio. Me dirigió una parca sonrisa al pasar y el oficial del distrito frunció el ceño. El oficial del distrito no era hombre de bailes pero bebía lo suficiente para apagar la sed de un bailarín: Boo Eng acababa de entregarle su ginebra rosa sola número diez o así.

—¿Quién habla y qué es lo que se dice exactamente? —pregunté.

—Es raro como mínimo. Usted no debería estar aquí en realidad. Kuala Kangsar es un lugar para que vengan visitantes, pero, en fin, de visita. No quería hacerle venir a la oficina para esto. Usted no es un funcionario colonial, queda fuera de mi jurisdicción. Pero, de todos modos, está usted compartiendo una vivienda del gobierno con el médico oficial del distrito, y eso le convierte a usted, en cierto modo, un poco, en. Cuando digo que la gente anda hablando quiero decir que hacen comentarios maliciosos sobre el hecho de que dos hombres vivan juntos.

—Hay muchos casos similares, ¿no? Symes y Warrington en el Colegio Malayo, esos dos de Drains e Irrit Irrigation. Son solteros y comparten una vivienda, es un hecho muy frecuente.

—Bueno, si quiere usted que vayamos directamente al grano, está el problema de su reputación...

—¿Reputación literaria? —dije, tragando saliva.

—Bueno, mire, no sé mucho del ambiente en que vive usted en Inglaterra, sólo sé que es un poco, ya sabe, en fin, aquí somos bastante convencionales, tenemos que serlo. Dicen que es usted un escritor famoso, debe ser cierto, su nombre figura en el *Who's Who* y demás, lo siento pero no conozco cosas suyas, aquí no hay mucho tiempo para leer, pero, en fin, ese hombre que acaba de pasar, cómo se llama, el miembro del parlamento...

—¿Colin Garside?

—Ése, sí, dijo algo, mire, esto es muy embarazoso...

—Usted lo inició. ¿Qué es lo que tiene que decir?

Porson, el oficial del distrito, era un hombre de cincuenta años, sin el menor atractivo, con un solo ojo móvil, el otro debía ser de cristal, incisivos retorcidos y marrones que se clavaban en el labio inferior aun cuando tuviese la boca cerrada, y caspa en el cuello de la camisa.

—Ya lleva usted aquí bastante más de dos meses, que es muchísimo tiempo para un simple visitante ilustre. Lo que decimos es, ¿cuándo se va usted de aquí?

—Directo, sí, mucho. Estoy escribiendo una novela. Sobre *sir* Stamford Raffles. Malaya es el lugar obligado para escribirla. Philip Shawcross tuvo la amabilidad de proporcionarme un sitio tranquilo para trabajar. El hostel de aquí *no* es tranquilo. Pago mi manutención. Si usted quiere puedo escribir al secretario colonial, le conozco un poco, me dará un permiso oficial. El sultán está muy contento de tenerme aquí, o eso dice al menos. Una hija suya está en la Escuela de Economía de Londres. Vio una obra mía.

—¿Conoce usted la expresión malaya *kaum nabi* Loí?

—Sí. Y curiosamente la oí aplicada a usted. La tribu del profeta Lot. Debería designar, en realidad, a los que están *contra* la sodomía, pero el Corán probablemente lo interpretó mal. Creo que debería usted hablar del asunto con Philip Shawcross. El no tiene nada que perder. Ya ha terminado casi su temporada aquí. Le hará trizas con el escalpelo.

—Yo he dicho lo que tenía que decir —y luego dijo sonoramente—: *Boy, ginebra merah*.

—Ha hecho más que decirlo. Creo que ha formulado usted una acusación muy calumniosa. Envuelta en una frase perifrástica malaya.

—Creo —y su voz empezó a gorjear sordamente como con una gárgara de sangre — que ha hecho usted una cosa muy parecida al decir que oyó por primera vez esa expresión aplicada a mí.

—La calumnia no es mía, si es que es una calumnia. Lo dijo una chica en Taiping. En el *cabaret* Puertas del Cielo. Una chica de Kelantan, se llama Mek Hitam.

—Yo no hago más que decir lo que dice la gente. Lo mismo que usted. Así que sugiero que dejemos el asunto.

—Fue usted quien lo inició.

—No hice más que cumplir con mi deber.

Boo Eng le entregó su ginebra *merah* que fue recibida sin amor. Terminó el vals y los bailarines aplaudieron a la orquesta de baile grabada.

—No hago más que informarle del sentimiento general.

—Que ahora hará usted todo lo posible por exacerbar. Me hace sentirme sucio. Me hace desear marcharme. Con un libro inconcluso. Un libro que no irá ya dedicado a la hospitalaria comunidad de Kuala Kangsar. Debido a la actitud nada hospitalaria de su oficial de distrito.

Greene se sentó al piano recto tropicalizado entre palmaditas en la espalda y numerosos «bien, bien» y empezó a tocar *If You Were the Only*. Me acerqué a la señora Renshaw, esposa del director del Colegio Malayo, y la saqué a bailar. Tenía la espalda húmeda, nuestras manos unidas estaban húmedas. Aquellos bailes eran despliegues de «humedades». El polvo de jabón de sastre del suelo se había convertido en un tenue barro gris claro.

—¿Cuándo vendrá usted a cenar? —preguntó. Era una linda mujercita de *Black Country* con una verruga translúcida en la frente que su peinado húmedo no enmascaraba ya.

—Cuando nos invite usted.

—Son inseparables, ¿eh? Ya se lo he dicho a Phil Shawcross pero me dijo que estaba usted trabajando como una fiera.

—Así es. En una novela sobre Raffles.

El oficial del distrito estaba ahora en la barra hablando hoscamente con Grieves, instructor de educación física del colegio. Grieves me miraba. Algo se fraguaba. ¿Una serenata en Bukit Chandan, la palabra *homo* acompañada con el repicar de las campanas de Westminster? Un club de rugby zurrando a un visitante rico que estaba allí pagando menos de lo que debía, un miembro de la *kaum nabi Oscar*?

Los ojos de la mujer del director indicaban que su cerebro giraba pasando de un Raffles a otro, del ladrón de guante blanco al fundador de Singapur.

—Ah, ya entiendo, Raffles. Eso es retroceder un poco en el tiempo, ¿no? No saldremos ninguno de nosotros.

—¿Por qué no? Usted estaría maravillosa con un traje de baile de aquella época. Y tengo además un malayo muy malvado que se parece un poco al oficial del distrito.

—Oh, señor Toomey, ustedes los escritores son tremendos.

¿A cuántos habría conocido? Nuestro recorrido por el salón bailando nos había llevado hasta la puerta de la calle abierta por el calor. Había allí mucha gente del pueblo mascando *sireh* que contemplaba tolerante cómo nos divertíamos. Allí estaba Mahalingam, muy nervioso. Me tiró de la manga. *If You Were the Only* terminó con armonías corales del club de rugby. Palmas y vítores.

—Buenas noches, señor Mahalingam —dijo regiamente la señora Renshaw. El tono condescendiente era involuntario, siempre lo era, producto inconsciente de una larga herencia cultural que era imposible eliminar. Mahalingam pareció hacer un

ademán distraído de retirarse de la frente un mechón de pelo. Luego dijo:

—Es al doctor Shawcross al que busco. ¿Dónde está el doctor Shawcross?

Estaba al otro extremo del salón. Un plantador gordo le explicaba el calvario que era cierta enfermedad de las articulaciones. A la señora Renshaw la cogió Symes, el profesor de inglés, para bailar *Félix*.

—¿Algún problema, señor Mahalingam? —pregunté.

—Mi hijo. No despierta. Lo hemos intentado todo.

Me abrí paso entre los bailarines hasta donde estaba Philip. Cuando volvimos los dos, sorteando a las parejas, oí que alguien silbaba *Ahí viene la novia*.

—¿Su hijo? —dijo Philip—. ¿El que vimos? ¿El que decía usted que era tonto?

Era sólo una emanación desagradable pero muy natural de su posición de autoridad.

—Vamos —añadió.

—¿He de ir yo también? —pregunté.

—No podrás hacer nada. Nos veremos luego en casa. De todos modos, ya estoy harto de esto.

Fui, pues, hasta el bar. Bebería algo más y luego cogería un *trishaw*. El oficial del distrito ya no estaba, quizás hubiese salido a orinar su carga de ginebra *merah*, pero Grieves me saludó alegremente aunque con mirada furtiva.

—¿Aún dándole a la pluma? ¿Una obra inmortal nacida en los suburbios de K K? Toma algo.

—Toma algo tú también. Nada inmortal, sólo practicando el oficio. Y nada de pluma, utilizo una máquina de escribir. *Dua stengah* —pedí a Ah Wong.

—Vaya, hablas la jerga. Muy bien, hombre. No hay nada como conocer la jerga.

—Unas cuantas palabras sólo. Lo suficiente para arreglármelas. Salud.

—Zalud.

Aunque había cierta diferencia en nuestros acentos, era impropio de Grieves, que era al parecer de Liverpool, burlarse de la diferencia. Se giró en el taburete y sonrió ante la visión de la señora Hardcastle, cuyo marido estaba enfermo de la barriguita o algo así, cuchicheándole algo afanosamente a Warrington, el colega de Grieves, mientras cruzaban el salón con pasos desacompasados.

—Parece que Jack Warrington está consiguiendo algo —dijo—. Se ha retrasado un poco. Podría haberlo hecho hace un año.

—Esposas de funcionarios coloniales insatisfechas —dije—. Sí, he oído hablar del fenómeno.

—Has oído hablar de él, ¿eh? El espectador es el que ve más del partido. Pero eso, depende mucho del partido que juegues, claro.

Ignoré esto; sonreí cordialmente incluso. Apareció Fothergill el plantador. Se había quitado la chaqueta y también la corbata negra; se limpió la cara, el cuello y buena parte del pecho con un paño de secar los vasos que había detrás de la barra. Pidió una pinta de zumo de lima con una ginebra cuádruple, diciendo:

—Somos unos imbéciles puñeteros. Mazorcas sudorosas, como dicen en tu parte del mundo —a Grieves; a mí—: No se te ve mucho, ni siquiera me has dado la revancha.

—¿Revancha? Ah sí, el póquer. He estado trabajando. Las noches que he venido por aquí tú no estabas, simplemente.

—Está muy ocupado —dijo Grieves—, como ya te dije.

El oficial del distrito apareció procedente del patio de la parte trasera donde estaban los servicios *o jamban*, alzó los dedos en hosca y competente bendición a todos y luego desapareció.

—Lo ha hecho bien —dijo Grieves—. De un modo discreto.

—¿A qué te refieres? —dijo Fothergill—. Ah, sí, ya. No para, eh. Un billete por vez, cincuenta centavos a los niños. Un revolcón limpio y saludable antes de la cena, le abre el apetito.

—Como Norman Douglas —dije, quizás imprudentemente.

—No creo que le conozca —dijo Fothergill—. Si te refieres al viejo Patch Douglas, fue muy decente, tengo plena seguridad de ello.

Bebió la mitad de su ginebra rosa con lima con unos tragos que eran como las contracciones del parto.

—Un poquito de carne morena —dijo Grieves—. No hace mal a nadie si es una cosa discreta. Pero un tipo que establece casa y hogar con uno de su propio género. Eso es el colmo.

—Supongo —dije audazmente— que os referís a las relaciones homosexuales. Frente a, diría yo, episodios impersonales de sodomía.

—*Homo* —dijo Grieves— significa hombre. Hombre y hombre *Homo homo* sería en la gloriosa jerga malaya. Sí, algo parecido. Dos más de éstos —le dijo a Ah Wong—. *Dua stengah lagi*.

—Un error común —dije—. *Homo* no significa hombre. No es latín, es griego. Significa lo mismo. Relaciones sexuales entre miembros del mismo sexo —una intervención muy inadecuada.

—Bueno, no todos hemos tenido la suerte de recibir una educación en lenguas clásicas —dijo Grieves sonriéndome afablemente, y firmando a ciegas por dos *stengahs* en su libro del club—. Como Norman Douglas y los demás griegos. Toma esto en tu mano derecha, recordando el antiguo adagio griego de que un pájaro nunca vuela con un ala sola.

El gramófono estaba tocando de nuevo *What'll I do*, pero había pocos bailando ya. La gente se agotaba pronto: pálidas esposas víctimas de la anorexia y del descontento tropical arrastraban a sus maridos a casa, como le llamaban. Sorbí mi *stengah*, claramente el último, debía irme a casa también.

—¿Tú conoces a Norman Douglas?

—He estado en la isla de Capri, pese a lo ignorante que soy. En el último viaje que hice al Reino Unido cogí un barco macarroni en Suez. Toda una educación.

—Pero —dije—, la cuestión es que Douglas es hombre de un billete cada vez, exactamente igual que vuestro oficial de distrito.

—Mira —dijo Symes, el profesor de inglés del colegio malayo—, no me gusta que se hable de un hombre a sus espaldas.

Symes era gordo, pálido, sin cejas. Me di cuenta de que había mucha gente ahora en la barra, de que estaba rodeado.

—Sobre todo —añadió, poniendo claras las cosas— tratándose de huéspedes de la comunidad. Si —añadió, suavizándolo— no tienes graves objeciones a que lo diga así.

Probablemente había leído alguno de mis libros y no le gustaban mucho. Después de todo, enseñaba literatura inglesa.

—El señor Toomey —dijo Grieves— está proporcionándonos una formación clásica. Explicándonos la diferencia entre *hommo* y *oh, homo*.

—Bueno —dije. Terminé el vaso—. Sé cuándo no se me quiere.

—Pero qué dices —dijo Symes—. Si aquí se te quiere mucho, de veras. Nuestros alumnos se sentirían muy honrados si les diera una charlita sobre *El molino del Floss*. En términos sencillos, claro. George Eliot, maestro Victoriano, ¿o debería decir maestra? Tenía miedo a admitir su sexo. Eran malos tiempos para una mujer.

—Los escritores —dije— son todos como los infantes de marina de Kipling, una especie de condenados hermafroditas.

—Eso me gusta —dijo sinceramente Grieves—. Eso me gusta mucho.

Nadie atendía al gramófono. Se le acababa la cuerda.

Wokkle aaah dawww.

—Mitad soldados y mitad marineros, también —expliqué—. En fin, tengo que irme.

—Oh, vamos —dijo Fothergill—. Amarra el bote, ya que hablamos de marineros. *Satu empatjalan*.

—La espuela —tradujo Symes—. *Daftar dua bintang papan*. Escora dos a estribor. Ya que hablamos de marineros. *Stengah* para mí.

—Hablando de marineros —dijo Greene—, ¿qué hiciste tú en la guerra, Toomey?

—Afronté los terrores de Europa —dije alegremente.

—Con lo cual quieres decir —dijo Greene— que no estuviste retirado en el Oriente encantador mascando plátanos. Desagradable, muy desagradable.

—El corazón —dije—. Un trastorno cardíaco. Bueno, ya visteis.

—No tienes necesidad de defenderte —dijo suavemente Symes—. No estás ante un tribunal ni nada parecido, hombre.

—Como vimos —convino Greene—. Y el doctor Shawcross acudió a auxiliarte. En fin, brindemos por una bella amistad.

—¿Los médicos tienen que aprender griego? —preguntó Grieves con expresión de extravagante desconcierto—. ¿O sólo latín?

Luego, se encogió teatralmente de hombros, bebió. Bebieron otros, yo terminé mi

vaso. Firmé. Fuera.

—Gracias por esta agradable velada.

Pero no me dejaba pasar.

—Por favor —dije.

—Todas las damas han desaparecido —dijo Grieves con fingida sorpresa—. Todos los hombres juntos. Situación normal, más o menos. Tú —dijo para el plantador Booth— vas a ser nuestro nuevo secretario. ¿Hay alguna norma en el club que prohíba bajarle a alguien los pantalones?

—Corta ya —dijo Fothergill—, que no estamos en el colegio.

—No se puede —dijo Symes con melindre burlón— delante de los nativos. Al oficial del distrito —con menos burla— no le gustaría.

—Oh, vamos —gimoteó Grieves, con su acento de Liverpool—, tú no conoces al oficial del distrito como yo. Lo único que pasaría sería que el señor Toomey tendría que desfilarse en calzoncillos. Nada indecente.

Me alegró descubrir que sentía desprecio. Me alegró aún más que el desprecio se convirtiera en rabia.

—Tú y tus malditos juegos infantiles —le dije a Grieves.

Y me sorprendió también verme coger el vaso vacío de Fothergill. Dirigí la boca del vaso hacia Grieves. Pero, un momento, tenía que romperlo primero, tenía que amenazar con hacer correr sangre. La mano firme de plantador de Booth lo asió, y me lo arrancó antes de que pudiera romperlo en el borde de la barra. El *boy* número uno, Ah Wong, que debía tener unos setenta años, canturreó algo, el cumplimento de alguna profecía taoísta. Booth dijo:

—Las normas del club prohíben claramente la violencia y la tentativa de violencia entre, por o contra miembros del club, sean temporales o no. Creo que tenemos *quorum*. ¿Alguien quiere proponer la moción?

—¿Puedo irme, puedo? —dije, temblando de indignación.

—No sólo puedes —dijo Symes.

No pude encontrar un *trishaw*. Subí caminando para refrescarme, para recalentarme, hasta Bukit Chandan. Philip aún no había regresado. Yusof estaba en la cama. Me serví yo mismo coñac Beehive temblando de rabia. Cuando tomaba otro vaso para eliminar el temblor, apareció el Ford frente al porche.

—Ese club maldito —le dije a Philip en cuanto entró—. Esos malditos cabrones.

—¿Qué pasó? Dame un poco de eso. No, no tanto. Dios mío, estás temblando.

—Insinuaban cosas, se reían, el maldito oficial del distrito llegó incluso a decirlo. Deben creer que estamos sosteniendo una relación homosexual. Eso les proporciona una pomposa emocioncilla, sucios cabrones.

—Oh, no.

Se sentó en un sillón, yo paseé por la alfombra siamesa.

—Bueno —añadió—, supongo que tendrían que acabar pensándolo, tarde o temprano. No se me ocurrió, la verdad. Por lo que he oído del oficial del distrito, no

es que él pueda hablar demasiado sobre el tema. Una relación homosexual, eh. Bien, bien, bien. Puro como la nieve. Deberíamos haber importado a un par de *bints* del bazar, eso les habría hecho callar. Me parece que no me va a apetecer nada volver aquí.

—El problema es que. ¿Te acuerdas de aquel miembro del parlamento que vino aquella vez? Garside, que vino aquel día del cóctel en la *istana*. Pues se dedicó a darle a la lengua, escritor al parecer soltero, que vive en el extranjero, historias, actores, Oscar Wilde...

—¿Tú eres? —Philip me miró pálido—. ¿Tú has? Yo jamás. Ni se me pasó por. Dios santo, mi bendita inocencia.

—Nuestra, nuestra. Sea cual sea la palabra que utilices, probablemente resulte inadecuada. Sólo hemos estado aquí, juntos. No teníamos que expresarlo en palabras. Nunca en mi vida he sido tan feliz. Y no voy a dejarte. No estoy dispuesto a perderte.

—No —dijo Philip muy desconcertado—. No teníamos que expresarlo con palabras. Y nunca hablamos del futuro. ¿Qué vamos a hacer?

—¿Cuándo termina tu período?

—A principios de enero. Tengo tres meses de sueldo completo. Luego, he de volver aquí. Todo seguiría igual, Yusof también, con paga completa se cuidaría de todo. Lástima. Todo podía ir a pedir de boca. Había una tesis definitiva sobre la frambesia, mi idea era que en la próxima temporada podría crearse una clínica federal para tratar esta enfermedad. En fin, Ipoh, Penan, Kota Bharu sobre la Playa del Amor Apasionado, como le llaman —se echó a reír sin efusión—. Amor apasionado, sí, sí.

—Tenemos que estar juntos —dije—. Pero primero he de irme yo. Tengo que irme, de todos modos. Tengo que ver Malaca. Pensaba subir hasta Bangkok. Luego, a casa.

—¿Dónde es eso?

—Sabes perfectamente dónde es. Donde estará siempre. ¿Dónde pensabas pasar tus vacaciones?

—En una ciudad que nunca he visitado, Adelaide, en el sur de Australia. Allí viven mi madre y mi padrastro. Aún no conozco a mi padrastro. Es un hombre que tiene con otro, con un socio, una tienda grande de material deportivo, a los australianos les gusta mucho el deporte. Se apellida Black, que es un apellido simple y aceptable, práctico, inequívoco, nada descriptivo y que es el de mi madre ahora, mi madre, que es una mujer muy bella, muchísimo. Y, en fin, por qué no habría de casarse, por qué habría de marchitarse el resto de sus días en el luto de la viudez.

—¿No apruebas su matrimonio?

—Bueno, no me corresponde tener ninguna opinión al respecto. De cualquier modo, no hay ningún otro lugar a donde ir.

—Yo me propongo seguir la misma dirección general, aunque pienso seguir más allá. Yo tengo también una madrastra desconocida en el Imperio, en Canadá concretamente. Nadie puede planearlo todo. Hemos de pensar de momento en un

barco concreto que vaya en esa dirección...

—El transatlántico *Lord Howe*, de Singapur a Fremantle. Sale a principios de enero. Sí, podemos ir juntos. Ahora, podemos ir juntos a todas partes. Eso es sencillamente algo que sabemos, ¿no? Me pregunto si hay algo de malo en eso. ¿Estamos privando a posibles compañeros sexuales de su derecho a un gozo menos, cuál es el término platónico?

—No hay nada de malo en ello, desde ningún punto de vista. Esto lo sé. Puedo irme ahora, creo, sintiendo, sabes, por primera vez...

—Sí, sí, seguro, claro. Y eso debería asustarnos a los dos. Es peligroso sentirse seguro, con el sucio y poderoso Señor de la Inseguridad acechando. No vayas demasiado lejos. Sin mí, por lo menos. ¿Necesitas ir a Malaca para ese libro de Raffles?

—Necesito ver y sentir Malaca. Supongo que podría sacarlo todo de lecturas y de la imaginación. Pero creo que tengo que ver Malaca.

—Malaca, pues. Instálate en la residencia. Necesito saber exactamente dónde estás.

—Había pensado irme mañana.

—Mañana, no. Mañana viene a cenar Mahalingam.

—¿Por qué, por amor de Dios, por qué?

—Estaba desolado el pobre, no me extraña. El que está enfermo no es el hijo zombi, es el más pequeño, el de ocho años, el benjamín, Jaganathan, es como si le hubiera pasado por encima el carro de Siva, pobre infeliz.

Philip parecía borracho, era la borrachera de una emoción sobria que se articulaba por primera vez.

—Meningitis tuberculosa. Poca higiene, una mala alimentación, con un historial de sarampión y tos ferina. No han acudido a tiempo, intentaron curarle los vómitos con alguna maldita pócima india y el estreñimiento con aceite de castor. Ahora ya no puedo hacer gran cosa. Mahalingam dice que pagará lo que haya que pagar, lo que sea, que venderá a sus hijas como concubinas. En fin. Le dije que no podía hacer más de lo que hacía. Amigo mío, me dijo, mi queridísimo amigo. En fin, viene a cenar. Y ahora nosotros agotados, machacados, calumniados, difamados, jodidos en términos generales, nos vamos a la cama.

—¡De cualquier modo, sabemos!

—Sí, sí, ahora sabemos, gracias a Dios sabemos.

Mahalingam, corbata blanca y traje blancuzco, con el aspecto de un negativo fotográfico de un europeo, apareció con una hora de antelación. Le trajo el hijo zombi en el coche fantasma. Oímos increpante tamil y portazos metálicos antes de que el coche se alejara, demasiado deprisa para ser posible.

—Le he ordenado a ese imbécil —nos dijo Mahalingam— que vuelva a buscarme dentro de cuatro horas.

Oh Dios mío.

—Una vivienda muy linda —la admiró con envidia—, tiene ventiladores en el techo y adornos que supongo que son personales. Éste es su padre muerto, imagino, y una de estas dos damas europeas es su hermana muerta, la más pequeña, supongo, la otra es su madre y aún vive. Aún vive, ¿no? Ah, claro, sí, es *su* madre la que está muerta, señor Tombey.

Un principio de velada muy necrológico.

—Toomey.

—Eso dije. Y éste es usted, doctor Shawcross, plantado en la meta con el palo dispuesto para darle a la pelota. Está bien, está usted joven y sano y satisfecho de la vida.

—He cambiado un poco desde entonces.

—Morir —dijo Mahalingam—. Dormir, nada más.

Se sentó y aceptó un *whisky* con agua, se quitó los zapatos y dejó que sus largos dedos morados tecleasen la alfombra.

—Mi hijo querido tenía hoy mejor aspecto, parecía mucho menos afligido, usted sacó también la misma impresión, doctor Shawcross, lo sé. Ahora, podemos tener esperanzas.

—Siempre podemos tener esperanzas —dijo Philip.

—Si le pasa algo a él, si le pasa algo.

Esperamos.

—¿Sí, señor Mahalingam? —dijo Philip.

—No sé muy bien lo que haría. Porque es el más pequeño y el mejor, y además es el último, porque no habrá más, a menos que me libre de mi esposa actual y me case con otra más joven, lo cual está en desacuerdo con mi religión ecléctica. Se equivocaba usted, señor Toomey, al decir eléctrica, creo que estaba usted gastándose una broma. Y es que el hijo mediano no es inteligente, y el mayor es un perfecto imbécil. Y todas mis esperanzas están depositadas en el pequeño Jaganathan, así que hemos de tener esperanza. Y tenemos que rezar también —dijo ferozmente, dirigiéndose sólo a mí—. Rezar rezar.

—Le prometo que lo haré —dije—. Y no sólo por su hijo, sino por todos los niños que sufren o que están en peligro, incluida la hija del señor Lee, el tendero, que, al parecer, fue también ingresada anoche.

—¿Con qué enfermedad? —preguntó receloso Mahalingam a Philip.

—Un trastorno del intestino grueso. La prognosis es buena —dijo imprudentemente Philip.

—Intestinos —se burló Mahalingam—. Una chica. China. Una raza de individuos que se creen muy listos.

Vino Yusof de la cocina a la alcoba-comedor con una gran fuente de *sambals*, pues íbamos a tomar un curry de pollo.

—El criado —confirmó Mahalingam dirigiéndose a nosotros dos—. ¿Cuánto gana?

—Lo normal —dijo Philip—. Está muy bien tratado.

Mahalingam le dijo entonces con voz chillona a Yusof, en el malayo especial de los tameses, utilizando el morfema posesivo *punya*, por alguna razón, para enfatizar el sustantivo, que debía de ser un buen muchacho, fiel a su buen amo, que no debía emborracharse, que debía ser honesto y trabajador, que no debía llevar a la casa chicas sucias del bazar, porque si no él, Mahalingam, hijo de Sundralingam, *punya*, caería sobre él *punya* con apariciones *punya* de diversos malos espíritus, incluyendo el *bantu hitam* o fantasma negro *punya*. Yusof no dijo nada pero miró a Philip como para determinar hasta qué punto tenía que tomarse en serio todo aquello, y Philip le contestó encogiéndole levemente los hombros, en un gesto de disculpa.

—Son gente supersticiosa. Los fantasmas y espíritus con el intestino grueso flotando les asustan y les hacen trabajar. Son tan tontos que se creen que pueden verse esas cosas, cuando no pueden verse, pues un espíritu es, por su propia naturaleza espiritual, invisible. Es tema que merece un estudio serio, y no material para supersticiones.

—¿Sabe usted mucho de eso, señor Mahalingam? —pregunté.

—Es algo muy curioso, señor Toomey, y quizá diga mucho de la estructura básica del universo, el que los poderes invisibles raras veces puedan utilizarse para hacer cosas buenas. No podemos recurrir a los espíritus para curar a mi pobre hijito Jaganathan, eso hemos de dejarlo a merced de las habilidades humanas del doctor Shawcross, pero los espíritus de destrucción siempre están dispuestos a obedecer a la llamada de quien los convoque, aun de los menos habilidosos. Esto es un gran misterio.

—¿Quiere decir con eso que éste es un mundo maligno? —pregunté.

—No he dicho eso, señor Toomey. Yo hablé de misterios. En la mitología hindú, destrucción y creación van unidos, en Siva y en su esposa Kali. Mal y bien no son palabras que puedan utilizarse a la ligera. Cuando hablamos de cosas buenas queremos decir buenas para nosotros, lo cual puede no ser bueno para los seres eternos. Pero nosotros somos débiles e ignorantes, y hemos de vivir nuestras vidas humanas, y el amor a nuestra propia carne y a nuestra sangre puede ser estupidez y necedad en el mundo de los seres eternos, pero aun así, para nosotros, es real. Tiene, tiene —con violencia—, tiene que conseguir curarle, y dejarle sano y fuerte de nuevo.

—Ya sé —dijo Philip— que tiene usted una religión excéntrica que es ecléctica, en fin cómo sea, pero hay hindúes ortodoxos que dicen que toda vida es sagrada. Esto significa que la microbacteria de la tuberculosis y la espiroqueta son sagradas así como los gusanos e insectos que los peones indios de aquí retiran tan meticulosamente de sus palas. La medicina occidental pretende matar a esos organismos. ¿Es esto blasfemia?

—Hemos de trazar la línea de separación en alguna parte —dije.

Mahalingam movió la cabeza tristemente y mucho.

—Yo sólo puedo hablar de amor y pérdidas y sufrimientos humanos. Mi hijo

querido está en sus manos, doctor Shawcross. Me pregunto por qué, en este momento, estamos aquí sentados con nuestro *whisky*, esperando el aroma de un curry cuando nosotros, y quiero decir usted mi buen doctor, deberíamos estar pendientes de él con ojos de águila. Aunque reconozco que es necesario relajarse un poco y descansar del trabajo y la aflicción. Sí, sí, pero aun así me lo pregunto. En fin, lo cierto es que ahora estoy en su casa y eso es una bendición en sí. Es un equilibrio y un control de las cosas —añadió misteriosamente.

—El niño está dormido —dijo cansinamente Philip—. Telefoneé al doctor Lim hace un rato —mintió—. Duerme pacíficamente. El pulso es casi normal, aunque la temperatura sigue siendo alta. No podemos hacer nada más por el momento.

—Sí sí sí, lo comprendo. En mi casa, ustedes dos, caballeros, vieron muchas fotografías de amigos y colegas pegadas a la puerta de la nevera eléctrica y también, señor Toomey, excéntrica. Como ya sé ahora que usted es amigo, doctor Shawcross, le suplico me haga un favor pequeño, pequeño, y es el de darme una foto suya para pegarla allí también. Ésa en que está usted en la meta de críquet serviría perfectamente y le quedaría muy agradecido. Quiero sólo la foto, no el marco.

—Bueno —dijo Philip, con cierto embarazo—, es una petición que... En fin, supongo que. Si alguna vez quiero verme imagino que siempre puedo mirarme al espejo.

—*Makan sudah siap* —anunció Yusof. El curry y el arroz humeaban en la mesa.

—Debemos comer, sí, comer —dijo Mahalingam, con un suspiro, levantándose rápidamente, el primero—. Mis gracias más profundas —añadió, acercándose a las fotos y, con notable habilidad, y con unos dedos sorprendentemente ágiles en aquellas manos grandes como morcillas, liberó al críquetero Philip de las grapas de la parte posterior del marco. «Ahora sé que le tendré siempre conmigo». Era exactamente lo que yo debería haber hecho y dicho, teniendo por delante un período de ausencia de casa, pero Philip y yo éramos británicos y no demasiado dados, salvo con los animales, al sentimentalismo.

A la mañana siguiente, aún estábamos los dos exhaustos tras más de cuatro horas con Mahalingam. La angustia que éste sentía por la suerte de su benjamín, se había expresado en un gran apetito y en unos modales atávicos en la mesa, una sesión de llanto desvergonzado, una fase de dispepsia profunda y angustiada que Philip hubo de tratar con una solución de bicarbonato sódico, que provocó sonoras efusiones, una petición de que fuéramos todos a pasar la noche junto al lecho del pequeño Jaganathan, una cólera efímera por nuestra resistencia a hacerlo, la lacrimosa seguridad de que, pese a todo, siempre seríamos sus amigos a menos que le perjudicáramos, en cuyo caso demostraría que podía ser un cerdo de cuidado, un intento de amenazar por teléfono a las enfermeras y al personal del hospital con las más terribles consecuencias en caso de que el estado del paciente empeorase, una larga disquisición seudofilosófica sobre los gozos y pesares de la paternidad, un buen número de regurgitaciones de Shakespeare de escolar mal digerido, una cadencia de antiguos proverbios, una relación detallada de su carrera como funcionario público, una diatriba timoniana contra la ingrata Madrás, vitriólicas y breves semblanzas de amigos y colegas traidores y un catálogo embarazoso, y muy explícito, de posiciones de coito. No era raro, pues, que la imagen de Mahalingam hubiera quedado firmemente grabada en la mente de Philip. Lo primero que hizo al despertar fue telefonar al hospital y preguntar por el estado del benjamín. Al parecer, el carro de Siva se había desviado en su fatídico curso, pues Philip dijo «Bien», e incluso sonrió cansinamente.

—Llama al padre, ¿quieres? —dijo—. Sí, a la planta de agua potable. Gracias.

Y se sentó a tomar el té y las tostadas y pomelo en rodajas en el porche, diciendo:

—Parece ser que el diagnóstico no era correcto. Lim cree que es una especie de colitis, algo parecido a lo que tiene la chica de Lee. Estreñimiento y la madre va y le atiborra de laxante. Dolor y le administra láudano. No es raro que no pudieran hacerle despertar. Puede que últimamente haya estado un poco obsesionado con la meningitis. En fin, le ha bajado la fiebre y el pulso es casi normal. Bueno, un peso que me quito de encima. No me gusta la cara que tiene el tiempo.

Retorcidas nubes que parecían cargadas de aceite de máquina rodaban como aquejadas por un dolor lento. Casi podía exprimirse la humedad del aire.

—Llega la temporada del monzón, y es lógico que tengamos este tiempo. Cuando empiezan las lluvias hay desastres en toda la parte baja de la ciudad. El río se desborda y muchos tienen que subir las camas y los *kualis* y las sombrillas al techo. Les atacan los cocodrilos. Hace dos años me trajeron a un chino viejo al que le había comido el brazo hasta el codo un cocodrilo. Y las serpientes anidan en los árboles. El año pasado no fue demasiado malo. Quizá volvamos a tener suerte. Gracias a Dios estamos en un cerro.

Me miraba de un modo nuevo, que correspondía a aquella promesa recíproca que

Mahalingam había marginado temporalmente.

—Entonces, ¿qué? ¿Te vas hoy?

—Sí, cogeré el tren al mediodía para Kuala Lumpur. Luego Malaca.

—¿Cuánto tiempo crees?

—Bueno, vamos a ver. He escrito la novela muy bien hacia atrás, que es una forma de hacerlo. He hecho un par de capítulos en los que Raffles se lamenta de que el puerto de Malaca se haya llenado de cieno y de la decadencia general de la ciudad. Necesito algunas frases de portugués de Malaca. Quiero sentir la atmósfera del lugar. Una semana. Con eso basta.

—Cuidado con estas lluvias. Las líneas férreas se inundan.

Escupió unas semillas de pomelo y añadió:

—He de confesarte que siento un cierto alivio. Con lo del chico de Mahalingam, quiero decir.

—Sé lo que te preocupaba —dije—. Mahalingam podría ser un cliente muy desagradable. Desagradable de un modo muy oriental.

—Cinco dólares por un asesinato discreto. El *orang kapak kechil*, sabes, malayos con hachas pequeñas. Son capaces de hacer cualquier cosa sin preguntar nada. Mentiras y no hay testigos. Aunque lo más probable es que lo hiciese el mayor, el zombi. Estoy absolutamente seguro de que está siempre drogado con algo. El viejo de la Montaña y los comedores de hachís. *Assassinus*, asesinos. Los centros del lenguaje no funcionan, respuesta motriz aguda, gran velocidad. Podría ser algún otro narcótico, nunca llegaremos al fondo del maldito Oriente —vino Yusof a decir *telefon, tuan*—. Debe ser él, rebosando gratitud, babeando al teléfono hasta que se me unte el oído de baba.

Acudió al teléfono. Cuando terminé mi primer cigarrillo de la mañana, volvió haciendo muecas.

—Quiere obsequiarme con una gran cena. Va a llenar de flores todo el *rumah sakit*. Dice que está besando mi foto. Creo que no quiero que te vayas, Ken. Mis enemigos son sus enemigos, dice, y a quién me gustaría quitar primero de en medio.

—Al oficial del distrito.

—Oh, vamos, no bromees. Me asusta. Maldita sea. Intenté librarme de esa invitación, pero dijo que no era propio de un amigo rechazar la gratitud, o algo así.

—No me iré.

—Sabe que te vas, se lo dije. Piensa llevarte hasta la estación en un Daimler alquilado con la banda de la policía de KL tocando. Flores, flores y flores.

—No bromees.

—Cree que tu benigna presencia ha estimulado mucho mi habilidad científica. En fin, ya se aplacará a medida que avance el día. Quizá debiera dejarle uno de tus libros y decirle que le harás un examen oral sobre él cuando vuelvas. Quizás eso le tranquilizase un poco. Debes irte, claro. Puedo aplazar fácilmente esa cena hasta la semana que viene. Era sólo una broma.

A las doce menos veinte, Philip dejó el hospital para llevarme a la estación en coche. Mahalingam no había preparado ningún Daimler lleno de flores. Cuando llegó el tren de Kuala Lumpur, Philip y yo nos dimos cuenta de que no había ningún repertorio de gestos de despedida que se correspondiese con nuestra relación. No hubo apretones de manos, ni abrazos italianos a la manera de Domenico Campanati. Sólo banalidades amistosamente frías. No trabajes demasiado, tómatelo con calma, disfruta, volveré. Gestos de adiós con la mano al arrancar el tren, adiós, adiós. El cielo hervía y culebreaba sobre la selva. Un hedor selvático llegó flotando sin que lo transportase brisa ni viento apreciables. Toqué la campanilla del compartimiento hasta que llegó un chino de chaqueta blanca. Pedí *whisky* con agua. Un pasajero se había dejado un ejemplar del *Straits Times* del día anterior. Columna de *bridge* por Philip le Bel. ¿Quién era? Padre Chan, Chang. Falla y pierde su baza de triunfo. Establecer contacto por teléfono quizá, saludos anticipados para Carlo Campanati. Sin prisas. Había una historia curiosa de Negri Sembilan en las páginas centrales. Un malayo Mohamed Noor, se había enamorado de una tal Aminah binte Lot. Ella le rechaza por otro, por un tal Haji Redzwan. Mohamed Noor busca venganza a través de los servicios del *pawang* o hechicero local. Éste emplea magia simpática. Mohamed Noor hace un tosco dibujo del rostro de la muchacha. El dibujo se cuelga de una cuerda de tender la ropa en un claro. Se lanzan conjuros sobre el retrato y se tocan tambores, se queman yerbas nocivas, cuyo hedor espesa el aire bajo la imagen colgada. La chica enferma, se consume. Haji Redzwan descubre la hechicería, pero, pese al poder y la gracia (que es, según el informador, lo que significa su nombre) que le otorga al hecho de haber peregrinado a la Meca, se siente impotente frente a los hechizos paganos. Sin embargo, interviene durante la octava noche de hechicería, se apodera del retrato, y logra, mediante un heroico acto de la voluntad, que recaigan sobre él los encantamientos. La chica se recupera y él enferma y se consume. Su tío llama a la policía. No se puede hacer nada contra el *pawang* ni contra el amante desdeñado, pues no puede probarse delito alguno, según las prosaicas leyes que no aceptan la tentativa de homicidio por brujería. Cuando las autoridades musulmanas intervienen, toda una serie de testigos sobornados juran que el individuo no es un *pawang*, y que la chica no necesitaba más que un plato de extracto de pollo Iron Jelloids and Brand, clorosis, o algo parecido. Todo termina bien, Haji se recupera y se casa con su amada y viven en su *kampong*, siguiendo el sistema matriarcal de Negri Sembilan o *adat perpatuan*, y él enseña el Corán en la escuela del pueblo. Utilizaría aquella historia. La redactaría con los correspondientes adornos literarios cuando volviera con Philip. Un dinero fácil, muy fácil.

Solo en el Asentamiento de los Estrechos de Malaca (que, como Singapur y Penang, estaban por entonces bajo control directo de la Corona británica, mientras los otros estados, federados, gozaban de un simulacro de autonomía con gobernantes nativos asesorados por ingleses), vi claramente lo mucho que necesitaba a Philip, y me maravillé ante el misterio de que un amor no físico específico pareciese eliminar

el deseo físico genérico. La idea de abrazar a Philip era... algo abominable. Y yo había supuesto que la libido, como los movimientos intestinales y la sed, se agitaría de modo impersonal lo mismo que las células protegidas por la túnica albugínea producirían inexorablemente semen. Pero cuando, cada mañana, el apuesto y semidesnudo Yusof ejecutaba su número de *ballet* al alzar y recoger el mosquitero, yo no sentía la menor ansia neutra, no sentía elevarse ningún toque de alerta. Quizá me hubiese traumatizado contemplar aquellos casos de frambesia. Allí en Malaca la atmósfera de convalecencia prolongada tras la enfermedad de una historia turbulenta desembocaba en la persistencia de la tranquilidad sexual.

Y así, vagando por la ciudad, cruzando el puente sobre el río Malaca que separaba los sectores, o mitades, nativo y europeo, examinando las ruinas de su vieja catedral, leyendo en el cementerio hic jacet dominus petrus societatis jesu secundus episcopus japonensis obiit ad fretum singapurae mense februaris anno 1598, amodorrado en la modorra del malayo-portugués, me di cuenta de que, si Philip hubiese estado conmigo, no habría alumbrado nada ni por la viveza de su ingenio ni por su capacidad imaginativa. Ni su cerebro ni su conversación emitían brillo. No podía recordar ningún momento en Kuala Kangsar, sentado a la mesa cenando o después, vagabundeando por el bazar, paseando por la orilla del río, o en los viajes a Ipoh o Sungei Siput o Taiping, o aventurándome tímidamente en los suburbios de la selva, en que él fuese capaz de encerrar una imagen o un suceso dentro de la afiligranada jaula del temperamento o la visión individual. No había nada notable ni en el cuerpo ni en el cerebro de Philip; yo tenía que resucitar y desempolvar un concepto desechado hacía mucho por los humanistas a cuyas filas creía haberme incorporado, es decir el *spiritus* de los teólogos, esa entidad que sólo podías definir negativamente y que podías, sin embargo, amar positivamente, más aún, amar ardientemente, con y hasta el fuego final. Así, aunque a regañadientes, puede encaminarse un hombre de nuevo hacia Dios. No hay libre albedrío, hemos de aceptar, con amor, lo que es norma impuesta.

«Instálate en la residencia, necesito saber exactamente dónde estás». ¿Podía así ligarnos el teléfono, las torpes y rechinantes líneas telefónicas coloniales de la época, el sonsonete de la telefonista china de Kuala Kangsar llamando a su hermana de Ipoh, a su hermana de KL y luego a su hermana de la central de Malaca? En realidad no, pues no habría nada que decir salvo «te echo de menos», que nos habría hecho enrojecer a ambos de tan sentimental. A Philip le bastaba imaginarme en un lugar conocido, aunque él no lo hubiese visitado, pues todas las residencias coloniales eran iguales, té en tazas azules por la mañana, el mosquitero fantasmal lleno de zurcidos por la noche.

Y yo, siguiendo en el recuerdo su rutina diaria, podía verle más claro que él a mí. Pero una noche intenté llamarle a casa y el sonsonete cantarín de la telefonista me dijo que la línea estaba cortada cerca de Ipoh, vientos y lluvias torrenciales, que los obreros tenían dificultades para arreglar la avería, y que quizá tardasen dos días. El

propio monzón, que iba ya camino de Malaca, me castigaba por sentimental.

A los cinco días mi Stamford Raffles examinaba el puerto encenagado y soñaba con un puerto nuevo. Leyó la lápida del padre Pedro SJ, segundo obispo del Japón, muerto en los estrechos de Singapur en 1598, ¿qué era eso? Una isla de mangles que nadie quería. Observó, con su característico interés erudito, cómo los portugueses enseñaban a los malayos a numerar, no a nombrar, los días de la semana, salvo el domingo, *domingo, hari minggu*. Meditó sobre san Francisco Javier, que convirtió a musulmanes a medio hacer en católicos a medio hacer pero dirigió personalmente el fuego de la flota de los invasores achinenses. Lo que necesitaba la novela era un clima del pasado malayo, y estaba todo allí en la Malaca soñolienta que los millonarios chinos elegían para retirarse.

Desperté en mitad de la noche con las primeras lluvias torrenciales y supe que lo mejor era volver. Desperté a un amanecer lluvioso y una llamada sólo del corazón me hizo saltar en el colchón incómodo. Philip gritaba un nombre, *Ken*, mi nombre. Había problemas. Problemas muy graves. Antes de desayunar le pedí al *boy* número uno que me consiguiese el número de Kuala Kangsar. Lo intenté. No había nada que hacer. La línea seguía cortada. Hice el equipaje, irritado ante la perspectiva del largo viaje que me aguardaba, el cielo enfurecido, troncos de árbol bloqueando la línea férrea, la línea misma inundada. En el *jamban* de la residencia colonial percibí el aroma de algo que no eran los gases del último ocupante, algo peor que fecal, algo inorgánico y malévolos. Alguien había dibujado con un lápiz, recientemente, pues no lo había visto en mi última visita, en la pared encalada, un tosco dibujo de la cabeza de un animal de la que brotaban dedos humanos, dedos de los pies y de las manos. El efluvio ascendía hacia él. Sacudí la cabeza intentando despejarla de visiones. Un vivero de vicio, intolerancia e ignorancia, y de supersticiones. Aquí el doctor le contará. San Francisco Javier disparando los cañones de los barcos invasores achinenses. Le vi con su túnica blanca, rosario a la cintura, de altura sobrehumana, solo allí en la cúspide del monte de Ofir, los brazos extendidos como para bendecir pero dispuestos en realidad a dar la señal decidida de fuego.

Durante el viaje a Kuala Lumpur estuve casi todo el tiempo solo en mi compartimiento. En las breves paradas que recibían el nombre de ríos que a su vez recibían nombres de animales, gorjeantes chinos con patos en cestas, bengalíes de *dhotis* y cajas fuertes portátiles, malayos que entraban y salían, con sólo un puñado de *sireh*. Un intrépido inglés de veintitantos, funcionario bisoño por su desdeñosa actitud, compartió conmigo los últimos kilómetros sin decir nada, sin hacer ningún gesto de compañerismo en un país extraño, leyendo *Cuatro hombres justos* de Edgar Wallace. La lluvia azotaba implacable y el tren se balanceaba en la tempestad, pero se abrió paso hasta la capital federal hendiendo una sábana interminable de agua como un barco. En la estación de Kuala Lumpur pululaban todos los rostros del Oriente, pero siempre el mismo par de pies descalzos o con sandalias en cuantía múltiple, el andén una pétrea costa gris para aquellos cangrejos en fuga, su hedor húmedo

subiendo hasta el aroma quemado del empapado pelo color brea. Penetré en la alargada y atestada sala de espera de la estación, vaporosa y maloliente, y me abrí paso hasta la ventanilla. La lluvia, que caía sesgada al suroeste, repiqueteaba en el tejado, ensordecedora e implacable. El teléfono, las llamadas locales gratuitas, estaba al final del bar bajo el calendario de un comerciante en que aparecía una sonriente geisha, el año chino y el año islámico y sus ilegibles meses lunares y, sólido y dudoso como la razón, diciembre de 1924. Pedí un coñac y la guía de teléfonos. Dos plantadores cetrinos bebían cerveza Tiger y hablaban de críquet. Cuántos Changs en la guía. Busqué Iglesia San Francisco Javier, Batu Road. Había un número del presbiterio. Aguarde, por favor.

«¿Padre Chang?».

—Habla el padre Chang.

Nada chino había en la voz, que tenía el tono lánguido, desdeñoso y descendente de la de un párroco anglicano.

—Me llamo Toomey. Soy un amigo, bueno, más bien pariente en realidad, por matrimonio bueno, de.

—¿Cómo me dijo que se llamaba? Ay, esta lluvia deprime.

En el viaje hacia el norte fui solo en el tren hasta Kampar. Mi mensaje había purgado casi una aprensión de amante. Wordsworth cabalgando hacia Lucy. Saqué el manuscrito del primer tercio de *La ciudad del león* e hice correcciones y mejoras a tinta, aunque la baquelita de la pluma me resbalaba entre los dedos del sudor. Aquel banquete de Penang, las llamas de las velas temblando y apagándose a veces por el viento que levantaban *los punkahs*. Los labios pálidos de la señorita Drury enrojados por la salsa del curry. El arroyuelo de sudor que nace en la oreja izquierda de la señorita Denham y corre hacia el escote. Vestidos Directoire. Hice una verruga de tinta en la mejilla del jadeante Farguhar y le dibujé arrugas bajo los ojos a la señora Saunderson que sabía sánscrito. La luz de la vela ahogada en las copas de aguado clarete. Vive, cerdo, ven a la vida. «He sabido por el último *Times* que ha llegado y es asombroso lo que tarda en llegar hasta aquí, que Tom Moore, el amigo del señor Raffles, ha publicado un nuevo volumen». «¡Algún relato del fabuloso Oriente! ¡Oh, cómo me encantó *Lalla Rookh!*». En Kampar subió un ingeniero de minas escocés, muy locuaz. Más de veinte años en el país y no puedes llegar hasta el fondo de la mentalidad de esta gente. Tenía una hermosa calva morena Suavemente racional por un tiempo con sus motores calvinistas, terminó con el misterio de la sublimidad divina, la inescrutable voluntad de Dios. Ay, he visto aquí cosas que no se creería usted. Aquí perdí mi fe en el causa y efecto mecánico. Un mecánico malayo rezará primero al *semangat* o alma divina de motor averiado, le amenazará luego, y sólo como último recurso sacará la llave de tuercas. Lo primero es lo primero. En fin, aquí está Ipoh, pero nuestro verdadero emplazamiento es lluvia, la lluvia es la realidad, el resto sólo sombra. Buenas noches, fue muy agradable conversar con usted.

Kuala Kangsar era un lago que inundó el compartimiento cuando abrí la puerta, pero había una rehabilitación o remisión temporal en el cielo, las nubes no eran ya agobiantes y había una luna llena al fondo. Fui chapoteando hasta una barca de remos malaya y por un dólar de los Estrechos me llevaron hasta la tierra ascendente donde la quilla encalló en una costa nueva. No se veían *trishaws*, hube de subir sudando con los pies empapados hasta Bukit Chandan. El Ford de Philip estaba junto al porche, y di, necio, gracias a Dios. Salió Yusof, anudándose el *sarong*. *Tuan sakit, tuan. Tuan dirumah sakit*. Yo apenas podía respirar, mi corazón llamó tres veces para que le dejara salir. Yusof estaba serio y eso era un signo de esperanzas. La risa habría sido mucho peor, pues la risa es la sabia respuesta oriental a la inhumanidad de la muerte. Me cambié de calcetines, de zapatos y de pantalones, y, cuando volví al salón, Yusof me había servido un *whisky* con agua. Descansé y bebí y fumé un cigarrillo. Le di uno a Yusof y lo fumó con gracia. No sabía suficiente malayo para explicar algo parecido a una historia. *Anak orang Tamil mati?* Sí, *mati*, el hijo del tamil había muerto. *Tahi Adam*, dijo Yusof riéndose, envalentonado por el cigarrillo, pero volvió la cabeza rápidamente como si la obscenidad pudiese conjurar acaso al nombrado. La camisa de Adán, el hombre moreno que desprecia al negra ¿*Y tuan?* *Tuan*, por lo que pude deducir, estaba muy cansado y estaba durmiendo en el hospital. La muerte del niño le había afectado al *hati*, al hígado. Quizá las cosas no estuviesen tan mal después de todo. *Tuan* trabajando demasiado. *Tuan* un hombre bueno. Cierto, Yusof. Decidí ir caminando hasta el hospital.

Me derrumbé en el sillón de roten de la oficina de Philip. El doctor Lim, que dormitaba echado en el sofá, se despertó sobresaltado. Añadí la luz principal del techo a la tenue de la mesa y saqué el coñac del armario de los medicamentos, pues me sentía allí, por extensión, también en casa, y bebí un trago de la botella sentándome de nuevo.

—Nadie pudo ponerse en contacto con usted —dijo el doctor Lim—. Pregunté por usted hasta que ya no fue posible seguir preguntando. Se envió hoy un telegrama pero no creo que llegue. Sin embargo, aquí está usted a pesar de todo.

—Sabía que pasaba algo. El niño murió, tengo entendido.

—El niño estaba ya condenado. Lo que parecía mejora era rehabilitación, quiero decir remisión temporal. Sucede siempre al final de la enfermedad. Las enfermeras deberían haberse dado cuenta. Yo debería haberlo recordado. El señor Mahalingam se puso furioso e hizo amenazas. El doctor Shawcross le reprochó no haber traído mucho antes a su hijo. Hubo que echar del hospital al señor Mahalingam.

—¿Y Philip? —tragué saliva varias veces. Bebí más coñac.

—Se quedó muy deprimido. Se sentía ya cansado. Una hora de dispepsia muy dolorosa y también síntomas de cólico. Luego mucha diarrea. Luego el desmayo. La diarrea sigue en el coma. No podrá aguantar mucho así. No debe tener nada ya en los intestinos pero le he administrado un goteo de solución de glucosa por vía oral.

—Pero ¿qué están haciendo por salvarle? —apenas pude articular las palabras.

—Viene el doctor Howes de Ipoh. Es un coma. Lo único que podemos hacer es esperar que salga del coma. Pero yo nunca he visto nada igual. Lo más extraño es la cara.

—¿La cara?

—¿Quiere entrar y ver?

Las tres últimas palabras las pronunció con la entonación exacta del chino *lan i lan*, echar un vistazo. No sonaba a pregunta.

—*Debo*.

Pero no quería. Yo quería que Philip saliese allí, despeinado, bostezando, con aspecto de haber estado días durmiendo, sintiéndose mucho mejor ya, muchísimo mejor, aj, una notita de Mahalingam admitiendo su negligencia culpable. ¿Qué tal por Malaca, Ken?

Philip estaba en una habitación privada de funcionario de primera clase y le caía encima justo la luz del techo. Tenía puesto un sencillo pijama gris y yacía bajo una sola sábana con las manos inertes unidas encima sobre la entrepierna. Y una cánula conectada a la boca y unida a un tubo de goma y el tubo unido a una botella invertida de fluido incoloro con grapas a la cabecera de la cama.

—¿Ve?

—Oh, Dios mío.

Tenía el rostro crispado en un rictus risueño, sardónico, que equivalía al muequear del perro o al rictus agrio que sigue al paladeo de una planta astringente de Cerdeña, lo que los historiadores del arte llaman la sonrisa arcaica. Y que quiere decir que los labios expresaban alegría mientras los ojos estaban muy lejos de ella. Los tenía abiertos, los párpados de arriba bien alzados, pero no miraban a ninguna parte.

—Philip —llamé—. Phil. Soy yo, Ken, he vuelto.

No hubo respuesta.

—El pulso es muy lento pero muy regular —dijo el doctor Lim—. La temperatura muy inferior a la normal. La respiración es regular también pero débil.

Entró una enfermera china, a mí me mostró unos dientes tristes, al doctor Lim le habló en conciso *hokinés*.

—¿Qué piensa usted en realidad? —le pregunté al doctor Lim.

—No está al borde de la muerte, si es eso lo que quiere saber. No es más que un sueño muy profundo, pero esa cara resulta desquiciante. Nuestras enfermeras malayas no quieren acercarse a él. Si uno intenta recomponer la cara para que parezca...

—Algo más —dije amargamente— en consonancia con su condición de enfermo...

—Sí, más o menos eso. La cara no cambia. Aj —olisqueó el aire junto a Philip—, creo que ha vuelto a mover el vientre.

Le dijo algo en *hokinés* a la enfermera, relacionado sin duda con cambiarle la compresa, como si Philip fuese el pequeño John o la pequeña Ann.

—¿No le dejarán solo? —pregunté.

—No, no, siempre hay alguien cerca. Yo duermo en la oficina. Volvamos allí. De nada sirve que estemos aquí de pie junto a la cama.

—Quizás oiga mi voz, quizá reaccione.

—No hará ninguna de esas cosas. El doctor Howes es un médico de mucha experiencia. Es muy viejo. Sabrá cómo se llama esto. Sabrá lo que hay que hacer.

—¿Por qué no se va a casa, John, si me permite llamarle John? Parece agotado. Concédase una noche completa de sueño —aunque la noche quedaba ya lejos—. Me quedaré yo aquí, miraré cada media hora, pediré ayuda si hace falta. Puede confiar en mí. Philips es amigo mío.

—También lo es mío. —Y luego—: Demasiado escrupuloso, demasiado escrupuloso.

Esa palabra tan larga, tan poco china, le atacó como al invasor extranjero que era. «Escrupuloso». Volvimos a la oficina. Él se sentó en el diván y empezó a gemir secamente. El oriental inescrutable. Son los ingleses los inescrutables. Nadie podía determinar mis sentimientos. Tú, lector, no puedes determinarlos. Dije, sentándome también:

—Dígame, John. ¿Cree usted que esto es obra de Mahalingam?

Alzó la vista hacia mí, un mechón negro caído sobre el ojo como un ideograma de sus sentimientos.

—Sé lo que quiere usted decir. Yo nací en Penang. Soy un chino británico de los Asentamientos de los Estrechos. De niño me contaron muchas historias y vi también algunas cosas raras. Luego mi formación fue muy occidental. Me licencié en medicina en Escocia, en Edimburgo. Me quitaron estas cosas de la cabeza, sobre todo en Escocia. Me hablaron de causa y efecto, y de la enfermedad como trastorno que había que explicar y corregir. Hice un breve curso de psiquiatría y estudié las afecciones histéricas. Procuero pensar que el trastorno de Philip es eso y que se puede establecer contacto con su mente inconsciente. No quiero creer que sea posible lo que usted piensa. Pero quizá tenga que llegar a creerlo.

—Yo no estoy comprometido con la ciencia como usted —dije—. Soy un simple novelista. Puedo creer lo que sea. Si dejase de ver el mundo como algo lleno de misterio ya no querría escribir. Me han venido muchas cosas a la cabeza en este viaje. Leí una vez en un libro que había ciertos hombres a los que era mejor evitar. A los que no se les debe confiar nada nuestro. Ni siquiera se les debe permitir entrar en casa. Hasta darles un vaso de agua puede ser peligroso. Individuos que cogen pelos del peine o uñas cortadas si pueden. Intentan lograr un poder sobre ti. Yo antes pensaba que esto era muy emocionante y muy absurdo pero ahora no me parece absurdo ni emocionante. Tengo la sensación de que estoy entrando en un libro infantil y que me veo sometido a las leyes de una fantasía estrambótica. Puede que sea un castigo por haberme hecho famoso a costa de la fantasía. Pero ese castigo es un castigo indirecto y cometo un acto de egoísmo al mencionarlo. Porque yo no soy inocente y siempre son los inocentes los que pagan. Ese médico de Ipoh no servirá de

nada. Lo que necesita es un sacerdote.

El doctor Lim me miró fijamente, negros ojos chinos, iris y pupila unificados, el leve estrabismo del agotamiento, el de Hortense, la rama venérea más exagerada de ella, cuando lo tenía.

—Philip no es católico. No es nada. ¿Se refiere usted a la extremaunción?

—Usted y yo hemos estudiado el mismo catecismo. *E incluso para restaurar la salud si Dios lo juzga conveniente*. Yo recurriría también a eso, la verdad. Aunque eso no era lo que yo había pensado.

—Sé —dijo— lo que había pensado usted.

La carretera que unía Ipoh y Kuala Kangsar estaba casi toda inundada. Rompió a llover de nuevo; los libros de medicina de la oficina de Philips estaban cubiertos de un leve moho. Por fin llegó el doctor Howes, que nos habló furioso de un coche inmovilizado a ocho kilómetros de Ipoh, de que su *sais* había tenido que ir nadando hasta un puesto de la policía y conseguir una lancha de la policía, supongo que me han hecho venir aquí por una buena razón. El doctor tenía más de setenta años, la cara un mapa de ríos, delgado salvo por el huevo colonial, había demasiado trabajo en Ipoh, por qué demonios no podían arreglárselas solos en Kuala Kangsar, qué demonios en Ipoh tenemos enfermos *de verdad*. Pero le impresionó la máscara sardónica de Philip, el coma sin causa traumática, el movimiento continuado aunque escaso del vientre. Olisqueó una nuestra de heces.

—Dios mío —dijo—, ¿qué ha pasado aquí?

Lim y yo nos miramos reservándonos la etiología inadmisibles. Luego Howes dijo:

—¿Le ha hecho algo alguien?

—Quiere decir —dijo cautamente Lim— uno de los nativos...

—Mire, Lim, usted nació aquí. Sabe lo que pasa. Nosotros no lo sabemos en absoluto y nunca lo sabremos. Si los libros de medicina no pueden explicar el *antok* o el *latah* o esa otra cosa, lo del pene que encoge, no es probable que sean capaces de explicar una cosa así. Les asusta ponerlo en sus libros de mierda, es anticientífico. ¿Nunca se han preguntado por qué algunos de nosotros los expatriados no nos atrevemos en realidad a volver a Inglaterra? Yo sé que moriré aquí, sin jubilar. Empezamos a recordar y los dulces y sonrosados inocentes se llevan un dedo a la frente en cuanto damos la espalda. Le ha enloquecido el hechizo de la lejana Arabia, le han privado del juicio, como dice el poeta. ¿Qué ha pasado aquí? —dijo de nuevo.

Se lo expliqué. Me estudió de arriba abajo mientras le hablaba como si fuese un perro que me oliese, qué demonios era yo, qué demonios estaba haciendo en aquel agujero olvidado de Dios en aquel quinto infierno.

—En fin, tendremos que ir a hablar claro con él —dijo.

—¿Está usted loco? No lo admitirá, nunca lo admiten. Se reirá a carcajadas y luego se quejará de que le molestamos. Y voy a decirle a usted lo que va a pasar. Aquí nuestro joven amigo despertará mañana o pasado mañana pidiendo a gritos huevos con jamón y una buena rodaja de papaya helada. Habrá sido castigo

suficiente, saben. Este largo descanso no le hará ningún mal, mírenlo de ese modo. Sigán con la glucosa, ojo con la deshidratación. ¿Tienen algo más para mí aprovechando que estoy aquí?

Philip no despertó al día siguiente ni al otro, ni siquiera la semana siguiente o la otra. Las enfermeras chinas montaron en el vestíbulo del edificio principal del hospital un navideño despliegue de feroces hojas verdeoliva malévolamente punzantes, de bayas color sangre, remedo del acebo, rodeadas de velitas de cera, *lilin-lilin* como lindamente las llamaban. Se apagaban cuando se abría la puerta al monzón, pero las enfermeras, con paciencia oriental, volvían encenderlas en seguida. Furtivos y cojeantes pacientes fijaron en la puerta del demacrado y sonriente Philip extraños jeroglíficos y pictogramas garrapateados. El secretario del club me llamó para decirme siento aquel malentendido estúpido, todo el mundo estaba borracho ése fue el problema, bien venido de vuelta a la ciudad, todos desean que el señor Toomey pueda disfrazarse de Santa Claus para entretener a los chicos, fiestas de buena voluntad y cálida fecundidad. Los miembros del club están muy afligidos por lo del doctor Shawcross. Esperamos que su sucesor sea igual de bueno. Le suponían ya al borde de la muerte, un terrible espectro que se cernía sobre el bebercio navideño. Dos días antes de Navidad llegó monsignor Carlo Campanati.

Entró en la casa portando un maletín, vestido de un blanco tropical sucio con una banda negra al brazo. Oh, Dios mío, no, precognición diabólica, ha venido de allí con eso preparado en el maletín y se lo ha puesto en el *trishaw*. Se dio cuenta de que miraba espantado el brazalete.

—Mi padre —dijo—. Al fin. Un motivo de regocijo. Se libró de ese ridículo artilugio llamado cerebro humano y su alma ha iniciado el peregrinaje hacia el Altísimo.

Entró Yusof y miró boquiabierto a aquel hombre gordo de camisa blanca.

—*Ni hau ma?* —saludó Carlo—. Ah, no, es malayo. *Selamat pagi. Minta stengah.*

Yusof se dirigió boquiabierto adonde estaban las botellas, como un sonámbulo.

—¿Cómo te ha ido? Qué tal. Bueno, gracias a Dios que estás aquí...

—Tienes problemas, ¿no? Pareces enfermo, muy enfermo.

—No soy yo, no. Bueno, las carreteras están inundadas, los trenes han dejado de funcionar. Había perdido la esperanza.

—Desesperación y presunción —dijo Carlo, sentándose—. Dos pecados contra el Espíritu Santo. Es difícil navegar entre ellos, pero eso es la vida en realidad. Scila y Caribdis. He venido de Kuala Lumpur —dijo, con orgullo— y ésta es la primera vez que toco tierra. Cogí un vapor costero en Kapar y navegué hacia el norte hasta Teron y luego una lancha de la policía me trajo río abajo hasta aquí, o más bien siguiendo la conjunción de los dos ríos, ya que estáis en un estuario. Grandes vientos y olas devastadoras. Pero creo que escampará —dijo, como si hubiera organizado una fiesta parroquial.

Tornó el *stengah* de Yusof con un *terima kaseh* italianizante. Yusof le miraba incrédulo: era la primera vez, me di cuenta, que oía a un hombre blanco trinar la erre. *Siapa nama?*, preguntó Carlo. Yusof se lo dijo. *Nama yang chantek sakali*, dijo Carlo, un bonito nombre. *Nama bapa nabi Isa*. El nombre del padre del profeta Jesús, no del todo exacto pero aceptable, dijeron la sonrisa y el encogimiento de hombros de Carlo. Estaba más feo que nunca y parecía no haber adelgazado nada. Era evidente que se sentía mucho más en su casa en el Oriente británico que en Gorgonzola. Bebió su vaso y dijo:

—Dime para qué querías que viniese, aunque, por supuesto, no es que no me resulte muy agradable verte de nuevo, sean cuales sean las circunstancias.

Se lo dije.

—Comprendo —dijo él—. Vamos.

El coche de Philip aún estaba fuera. Yo no conducía, como el lector ya habrá adivinado. Pero Carlo puso a Yusof a darle a la manivela y cuando el motor se encendió y retumbó, arrancó con la seguridad que tienen siempre los sacerdotes, indicándole yo la ruta. Me senté a su lado cuidando el libro que me había entregada

Rituale Romanun Pauli V Pontificis Maximi Jussu Editum et a Benedicto XIV auctum et castigatum. Editado en *Ratisbonae, Neo Eboraci et Cincinnati*, MDCCCLXXXI. ¿Cincinnati? Años atrás, cuando Domenico sudaba tinta en un club nocturno. Todo enlaza, en último término. Firmas de realidad. Extraño ver Nueva York dibujado en la red de un imperio muerto, no, por supuesto, vivo. Fue la primera vez que me asaltó la idea de que el imperio romano aún estaba allí, organizado y regido desde la sede exorcizada y santificada de los mártires romanos. Allí estaba un funcionario del Imperio, dispuesto a destruir los ídolos paganos. Y, entonces, me desmoroné por vez primera, diciendo qué desgracia terrible, un hombre tan bueno, mi amigo querido, lo que le ha hecho ese canalla. Tienes que salvarle, debes. Y Carlo, la vista fija en la carretera colonial, decía valor valor valor.

Allí estaba John Lim que, sin saber muy bien el rango de Carlo, le cogió la mano y buscó anillo que besar, pero no lo encontró. Las enfermeras chinas delinearon delicadas genuflexiones, las malayas cruzaron los dedos furtivas.

—¿Dónde está? —preguntó Carlo.

Entonces le vio, y yo me tapé los ojos con las manos mientras John Lim me daba palmadas en el hombro de valor valor. Los delgados brazos de una enfermera china habían bastado para transportar a Philip a un lecho de agua. Se había lllagado en la espalda y en la rabadilla, según me dijeron, con llagas supurantes. Carlo vio el rictus sardónico y cabeceó ante él como ante un viejo conocido. Olfateó feroz el aire. Hizo un pase de exorcista sobre los ojos finos. Percibió un débil alentar entre los labios grises.

—¿Bautizado? —me preguntó.

—En la Iglesia de Inglaterra.

—Una comunidad cristiana auténtica, aunque extraviada —concedió Carlo—. ¿Qué tal es tu latín? ¿Fuiste alguna vez monaguillo? ¿Sabrás recitar estos responsos?

—Puedo intentarlo.

Hizo cruces por todas partes en el aire, leyendo en murmullos el *Rituale Romanum*, mientras John Lim y yo mirábamos, medio esperando que al menos se aflojase aquel rictus. Las olas de latín golpeaban aquel cuerpo, pero la pobre carne erosionada era para él roca.

—*Omnipotens Domine, Verborum Dei Patris, Christe Jesu, Deus et Dominus universae creaturae...*

Sabía que era inútil. ¿Qué demonios sabían aquellos espíritus orientales de Christe Jesu o qué podía preocuparles? Carlo pronunció su propio amén, luego me dio un codazo y recité mis versos sobre su hombro corpulento, oliendo su sudor y el mío. Hizo el signo de la cruz sobre la cabeza indiferente de Philip, diciendo con firmeza:

—*Ecce crucem Domini, fugite partes adversae.*

—*Vicit leo de tribu Juda* —dije yo—, *radix David.*

—*Domine, exaudi orationem meam.*

—*Et clamor* —dije, pensando: ellos no entienden latín, para ellos esto es jerigonza—, *at te venial*.

—*Dominus vobiscum*.

—*Et cum spiritu tuo*.

Luego Carlo dijo:

—Ahora déjame. Descansa. Estaré un rato.

Así que cerré la puerta suavemente, mientras él atronaba:

—*Exorcizo te, inmundissime spiritus, omnis incurisio adversarii, omne phantasma, omnis legio...*

Yo ya había oído antes estas palabras: en el restaurante del Hotel de París. Montecarlo. Una ganancia copiosa en el casino, luego cena copiosa, luego exorcismo: ¿cómo podía tomarlo yo en serio? John Lim y yo nos mirábamos, detrás de la puerta.

—No puede hacerle ningún daño —dijo él, encogiéndose de hombros.

La luz del sol era débil al final del día. No había llovido desde las doce. El crepúsculo acuoso, verde y naranja y magenta, enviaba una bendición burlona y parsifalesca.

—Tengo que irme a casa —dijo John Lim—. Llevo tres días sin ir. Telefonéeme si.

Carlo entró en la oficina dos horas después. Yo había estado dormitando en el sofá. Con la lámpara encendida. Carlo dijo, su vigor habitual íntegro:

—Tenemos que ver a ese hombre.

—¿Cómo está Philip?

—Igual, ningún cambio apreciable. Sólo se ven en él los efectos de la acción demoníaca. Aún tiene la cara crispada, está muy débil. Esta noche nos enfrentamos al demonio. ¿Cuál es el término inglés? Hechicero, brujo. ¿Warlock? —el restaurante de Scott's aquella noche, todo ya preparado—. Brujería —recalcó el término con satisfacción— Warlock, muy anglosajón. Parece que violentas la boca cuando lo pronuncias. *Stregoneria*. Tenemos que visitar al *stregone*.

—Es un... —estuve a punto de decir un juego, una broma infantil, una pieza de literatura gótica—. Fingirá ignorancia. Nos amenazará con la policía, nos echará. Será malvado con nosotros porque perdió a su hijo. No conseguirás doblegar esa malevolencia. Tendré que ofrecerme yo...

Pero aquellas palabras eran inadecuadas. Yo no era un malayo dispuesto a suplicar a un *paivang* de aldea que cambiase de blanco. Yo pertenecía al mundo de la razón. Aquel disparate mágico podía rechazarse como un caso de sugestión. Carlo no pertenecía al mundo de la razón. En realidad, no tenía ninguna fe en él.

—Llevo muchas horas sin comer —dijo—. ¿Hay algo de comer aquí?

—Fuera.

Fuera habían vuelto los puestecitos al aire libre, que vendían *mee* y *sateh* caliente. Ni siquiera durante los peores días del monzón habían renunciado; habían vendido *pau* frío y plátanos en las arcadas del hospital y en el garaje de las ambulancias.

Ahora, habían encendido sus fuegos bajo nubes y una luna acuosa. Sus mercancías sabían a humo y a aceite de lámpara. Carlo comió diez o doce pinchos morunos de carne de cabra empapada en salsa picante y, hábil con los palillos, un par de cuencos de *mee*, ayudándose a tragarlo todo con una botella de naranjada caliente.

—*Moliao hai yao ho chiafei* —le dijo al vendedor, pero el viejo sólo entendía hokinés. Su hijo, que estaba aprendiendo Kuoyü en la escuela, tradujo, y nos dieron café espeso y leche condensada.

—¿Cómo aprendiste todo eso?

—Hay que aprenderlo —dijo—. Tienes que poder hablar siempre con la gente. Hay gente que dice que fue una maldición de Dios confundir las lenguas de los hombres, pero no me lo parece. No es ninguna maldición el que haya muchos tipos distintos de flores, ¿por qué habría de serlo el que haya tantas lenguas? Termina eso y seguiremos.

Cuando nos acercábamos ya a las instalaciones de la planta hidráulica empecé a sentirme muy mal. La vida nocturna estaba en plena actividad, y se arrojaban contra el parabrisas grandes cuerpos voladores, dejando manchas de lodo y sangre marrón. Un *burong hantu* se posó durante un largo instante en el tapón del radiador con un culebreante murciélago en el pico. Carlo cruzaba audazmente los lagos superficiales o profundos del camino.

—Te domina la duda —dijo—. Estás corrompido por la tiranía de la razón. La razón, no debes olvidarlo, es un invento humano, y no estamos tratando ahora con cosas humanas. Para mí, todo es muy simple, pero eso no significa que crea que sea fácil la victoria. Tú has de entrar allí, sabes, con deferencia y humildad. Ya verás cómo sabrás lo que tienes que decir. Yo esperaré fuera. Dirás, entre otras cosas, que tienes un amigo italiano que quiere aclarar el significado de un escrito en tamil que le han dado. Me dejará entrar. O si no me dejase entrar, saldrá él y entonces entraré yo.

—Si me deja entrar a mí en primer término.

Pero la gran puerta de entrada a la planta de agua potable estaba abierta y las luces del interior de la casa estaban encendidas. Carlo paró el coche, pasada la puerta, en un charco, a un lado del camino. Bajamos ambos, Carlo armado con su *Rituale Romanum*, yo debilitado por la enfermedad y la duda. Me acerqué hasta la puerta y llamé. Oí en seguida pisadas acercándose, apresuradas, como si me esperasen. Me volví un instante para ver cómo el blanco sucio de Carlo se deslizaba tras la masa de un árbol de la lluvia. Se abrió la puerta y allí apareció, con inclinaciones y sonrisas, el hijo mayor.

—Tu padre —dije—. Quiero ver a tu.

Entonces apareció Mahalingam, negra y obesa desnuda hasta la cintura, sarong malayo anudado a ella. Dijo:

—Señor Toomey —lo dijo en un tono neutro, se limitaba a declarar quién era yo; y luego—: Supongo que querrá usted pasar.

—He estado fuera —balbucí, entrando en aquel aroma recordado de malevolencia

especiada—. Me impresionó mucho la noticia de la muerte de su hijo. Estoy seguro de que se hizo todo lo posible. Supongo que piensa usted lo mismo. Que nadie es culpable, que uno debe llorar y luego dejar de llorar y empezar a olvidar, que la vida debe seguir.

No me pidió que me sentase.

—¿Quién le envió? —dijo.

—No me envió nadie. Vine a verle yo después de comprobar las espantosas consecuencias de la desesperación del doctor Shawcross por su fracaso. Está muy enfermo. Quizá no lo supiera usted —él no decía nada—. Quizá se haya preguntado usted por qué no ha venido a verle el doctor Shawcross. En prueba de esa amistad que tanto parecía desear usted.

Me di cuenta de que el muchacho tonto se había colocado a mi espalda y respiraba por la boca con un leve murmullo.

—No hablemos de amistad —dijo Mahalingam—. El doctor Shawcross no me dijo nada amistoso cuando murió mi hijo. Me acusó de negligencia. Dijo que todo era culpa mía. No confesó que había sido culpa suya y de los suyos, que había sido estupidez y negligencia o algo peor. La niña de aquel chino ignorante mejoró y ahora está en casa. Y mi hijo murió, por estupidez o negligencia o por algo peor. El niño de un indio negro, nada más. La malvada llamada telefónica que me dio esperanzas, y toda esta casa estaba feliz, y luego el asesinato malévolamente de la felicidad y el alivio de un padre. No me hable de amistad, señor Toomey. Si no es feliz usted ahora, lo siento por usted, pues, que yo sepa, usted no hizo nada malo. Pero si su amigo está enfermo, es culpa suya. El que haya caído enfermo es una prueba de justicia y él sabía de justicia, y no hay más que decir.

—Morirá —dije—, y debo resignarme a ello. La vida debe seguir. Tengo que realizar algunos tristes deberes, deberes que me impone la amistad, comprende. Hay que enviar sus posesiones a su madre, que vive en Australia. Hay una foto suya jugando al críquet que le gustará —Carlo tenía razón al decir que sabría lo que habría de decir cuando llegara el momento—. Usted cogió esa foto como una prueba de amistad. Si esta amistad no existe, no necesita ya pruebas de ella. Me gustaría que me la diese, para poder mandársela a su madre con sus otros efectos.

—No tengo la foto —dijo Mahalingam—. La destruí en un arrebato de cólera.

—¿Cómo la destruyó? —pregunté, muy audaz ya, quizá demasiado—. O debería decir mejor: ¿cómo la está destruyendo?

El aliento del muchacho tonto pareció acercarse más detrás de mí.

—No comprendo lo que quiere decir. Si ha dicho ya cuanto quería comunicarme, es hora de que se vaya. Como comprenderá, no me siento obligado a concederle el honor de mi hospitalidad como antes.

—Comprendo —dije—. Pero quisiera pedirle un pequeño favor que puede hacerme. No tiene nada que ver conmigo ni con mi pobre amigo. Tengo un visitante italiano que quiere que le ayude usted con un pequeño problema relacionado con el

idioma tamil. Él fue precisamente quien me trajo aquí en coche esta noche. Está ahí fuera esperando. Pensé que, en su triste situación, quizá no se sintiesen en condiciones de hacerle este pequeño servicio que él solicita, que es la traducción al inglés de algunas palabras de tamil de una carta que ha recibido... pero tenga en cuenta que es un hombre bueno, a quien le gusta el pueblo tamil y que apreciaría mucho este servicio. La vida debe seguir —añadí.

—¿Un italiano? ¿Y qué hace un italiano en el estado malayo de Perak?

—Está trabajando en el ramo del caucho.

Mahalingam pareció vagamente divertido.

—Veamos pues a ese italiano del ramo del caucho. Dígale que puede entrar en casa.

Así pues, con el muchacho tonto detrás, fui hasta la puerta y llamé, y el blanco sucio de Carlo cruzó rápidamente la oscuridad y penetró en los cuadrados que lanzaba la luz.

—Carlo —dije, mientras él se acercaba sonriendo—, éste es el señor Mahalingam. Señor Mahalingam, éste es mi amigo, monsignor Campanati.

—Que no está en el ramo del caucho —dijo Mahalingam con una mueca.

—No, por supuesto —dijo Carlo contramuequeando. Y sacó...

Quiero que el lector entienda el problema que aquí se me plantea. Si esto fuera una obra de ficción, no habría obstáculo alguno para imponerle a usted una suspensión del juicio, pero no se trata de una obra de ficción y necesito de su fe. Y, sin embargo, en un sentido, todo recuerdo es ficción, aunque la creatividad de la memoria no esté al servicio del arte, que está, por su parte, al servicio de una verdad más profunda que la simple verdad objetiva. La memoria miente, pero nunca podremos saber seguro cuánto. Lo único que yo puedo hacer es transcribir lo que me dicta la memoria.

Sacó, pues, del pecho de su sotana a medio abotonar un crucifijo de metal de fina hechura, aunque de evidente solidez.

—Éste es mi ramo —dijo.

Mahalingam ladró algo al muchacho tonto. Carlo pareció esperar la reacción del muchacho, que fue una especie de bufido gatuno y un gatuno ataque contra la masa blancuzca de Carlo. Éste alzó la cruz y golpeó con ella de plano al muchacho en la cabeza y luego, en rápido revés, le asestó otro golpe lateral con el canto de la cruz justo bajo la oreja. Nunca había imaginado que pudiera utilizar así aquel bárbaro instrumento de castigo. Fue todo muy rápido y Mahalingam quedó muy sorprendido. Carlo utilizó luego la cruz para asestar un golpe bastante enérgico al muchacho en el cráneo. El muchacho cayó echando espuma roja y perdió el sentido.

—Ah —dijo Carlo, al ver al muchacho tendido.

Mahalingam se lanzó entonces contra Carlo, borboteando un tamil sucio y profundo.

—Si te pongo el crucifijo de plano en la frente —dijo Carlo—, te quemará la

frente y el fuego te entrará luego hasta el cerebro. Lo sabes muy bien.

Y, con el *Rituale Romanum* en una mano y la cruz en la otra, me dijo luego:

—En mi bolsillo, a la izquierda, encontrarás un recipiente de caucho. Lo del ramo del caucho no es mentira del todo. Hay en él agua bendita. Sácalo y rocíale un poco de agua bendita en la cara a este caballero, el agua bendita no puede hacerle ningún daño.

Seguí sus instrucciones y encontré un globo de goma, en forma de pera, lo saqué y rocié agua en los ojos de Mahalingam, tarea difícil, pues éste, rugiendo, había asido con sus gruesos brazos a Carlo, y Carlo le asestaba golpes con la cruz, de modo que tenía que bailotear a su alrededor para poder cumplir mi tarea. Cuando el líquido alcanzó el ojo izquierdo de Mahalingam, percibí que desprendía un aroma nada santo a amoníaco. Mahalingam lanzó un grito y se tapó los ojos y siguió gritando. Conseguí alcanzarle en el otro ojo. Gritó aún más fuerte, se lo tapó también. Tras la puerta de la cocina estaba, estoy convencido, todo el serrallo, pero la puerta no se abrió. Aquello era cosa de hombres, y el ruido quizá no fuera nada nuevo. Aquello no me parecía un exorcismo por lo que yo había leído al respecto, pero la técnica de Carlo parecía razonable: después de todo, tenía que conseguir que el sujeto le prestara un poco de atención. Carlo levantó mujerilmente la sotana y le asestó a Mahalingam una soberbia patada en el vientre. Rodó por el suelo Mahalingam. «Bien» dijo Carlo. Y luego dijo:

—Con quien tengo que tratar es con el chico.

Y abrió su libro por la página 366. Mientras se santiguaba una y otra vez con la mano derecha, sosteniendo el libro en la izquierda, iba mascullando la liturgia. «... *Audi ergo, et time, satana, inimice fidei, hostis generis humani, mortis adductor, vitae raptor, justitiae declinator, malorum radix, fornex vitiorum, seductor hominum, proditor gentium, incitator invidiae, origo avaritiae, causa discordiae, excitator dolorum...*».

No era, después de todo, tan extraño. El tamil tenía mucha influencia del sánscrito. El sánscrito era un hermano mayor del latín.

«*Quid stas, et resistis, cum scias, Christum Dominum vias tuas perdere?*».

Del cuerpo del muchacho brotó toda una sucesión de aromas aterradores: carne pútrida, durian demasiado maduro, desagües atascados. Abrió la boca y emitió un rechinar agudo como los frenos de un coche. Ventoseó a un ritmo lento y breve, luego emitió un sonido que era como si se le soltara el vientre.

—No es agradable —comentó Carlo.

El muchacho accionaba las extremidades como si fueran émbolos. Le salía de la boca rítmicamente un largo riachuelo de cierta sustancia parecida a las gachas.

«*Recede ergo in nomine Patris + et Filii + et Spiritus + Sancti...*».

Aquella sustancia empapaba la camisa del muchacho y el *dhoti* y se extendía diluyéndose.

—Eso habrá que quemarlo —dijo Carlo.

El muchacho yacía muy quieto, como si estuviera absolutamente exhausto.

—Ahora usted, caballero —dijo Carlo a Mahalingam.

Mahalingam intentaba incorporarse, gruñendo, ciego.

—Tú conoces perfectamente la situación —dijo Carlo—. No hablaremos de Jesucristo ni del demonio. Basta que digamos que tú y yo estamos en equipos distintos, como en un partido de fútbol, y tú eres quien ha estado dando todas las patadas, pero utilizando como balón un alma humana. Tienes que dejar de hacerlo. ¿Entiendes?

Para mantener a Mahalingam en el suelo, Carlo se alzó de nuevo mujerilmente la sotana y le asestó otra patada en el vientre. Mahalingam soltó un gruñido y se quedó donde estaba. Carlo alzó la vista y vio la imagen enmarcada de las penas del infierno hindú en colorines y dijo: «Muy tosco». Lo separó en parte de la pared con el pulgar y otro dedo por la esquina inferior derecha. Algo se deslizó de allí detrás y planeó hasta el suelo.

—Mira eso —me dijo Carlo—. Aunque quizá no quieras.

Era un trozo grande de papel de cartucho. En él había sido copiada, en meticulosa ampliación, la imagen de Philip jugando al críquet. Al menos, la postura era idéntica. Pero había cambios terribles: bajo la gorra de críquet, la cara de Philip tenía un rictus sardónico. Sus manos enguantadas asían su propio pene grotescamente agrandado, y le forzaban a rociar hacia abajo un líquido equívoco. Los pantalones de franela estaban abolsados alrededor de los tobillos, las piernas eran flacas y sin vello. Un negro humanoide le asía por los muslos y parecía estar sodomizándole.

—No intentes destruirlo —gritó Carlo—. Si necesitas pruebas...

Mahalingam gimió amargamente y empezó otra vez a maldecir, y se incorporó con lentitud y se sentó en una de las sillas oficiales del Departamento de Obras Públicas.

—¿Cuál es tu rango? —le preguntó Carlo.

—Maestro del templo. Oh. ¿Qué le has hecho a mi chico? ¿No te basta con haber matado al otro? —bizqueaba dolorosamente.

—Ahora no es el momento —dijo Carlo— de determinar exactamente la naturaleza de lo que tú llamas tu chico. Lo sabremos cuando despierte, si estamos aquí para saberlo. O si tú le dejas despertar. Aparta tus perros del otro, esto es un orden de las potencias superiores.

—*Uccidiamolo* —dije.

Carlo movió varias veces la cabeza muy triste.

—No podemos hacerlo. No es forma de combatir con él. Sólo podrá retirar a sus perros si está vivo.

Mahalingam se acercó tambaleante hasta el aparador que había junto a la mesa, cogió la botella de *whisky*, la descorchó tembloroso, bebió.

—Demasiado tarde, padre, que es como he de llamarte. La naturaleza seguirá su curso. Fuera de mi casa antes de que os haga daño a los dos.

—Tú no nos harás daño a ninguno de los dos —dijo Carlo dándole una precisa

patada en la barbilla; Mahalingam lanzó un aullido—. *Magister templi, magistrum verissimum cognosces.*

Y esgrimió la cruz hacia Mahalingam, que rápidamente escupió sobre ella. Esto pareció encantarle a Carlo.

—Bueno, por lo menos no hay hipocresía. No disimulas tu odio. Recuérdame. En formas distintas, tendremos otros encuentros. Ah.

El muchacho había despertado. Contempló con horror y asombro su inmundicia. Pestañeó mirándonos a uno tras otro desconcertado y, luego, se incorporó laboriosamente. Mahalingam le gritó en tamil. El muchacho pareció no entender. Mahalingam hizo movimientos amenazadores de vigor recobrado. El muchacho reaccionó con una especie de asombro animal. Luego, tomó conciencia del dolor físico. Se llevó la mano a la coronilla y la puso de nuevo ante los ojos para contemplar la sangre seca. No parecía saber dónde estaba.

—Dale el dinero que tengas —me dijo Carlo—. Recordará dónde tiene que ir. Vaya donde vaya, estará mejor que aquí.

Yo tenía en el bolsillo setenta y tantos dólares de los Estrechos, casi ochenta libras. El muchacho cogió los billetes a regañadientes, pero pareció darse cuenta de lo que eran.

—*Pergilah* —ordenó Carlo.

El muchacho, sin reverencias ni zalemas, salió de allí a toda prisa, el *dboti* vomitado. Mahalingam presenció todo esto ceñudo, pero sin decir nada.

—Un chico muy normal —dijo Carlo—. Quizá sea un buen muchacho.

—Respecto a Philip —dije; Carlo movió la cabeza, aunque no con tristeza—. ¿Vamos a permitir que lo mate este cabrón?

—No te consiento que me llames cabrón —gritó Mahalingam.

—No, nada de cabrón —aceptó Carlo—. Puede haber cabrones buenos. Llámale servidor del padre de la abominación, del que seduce hombres y traiciona naciones, del que crea discordia y crea dolor, y también suciedad, el que está cubierto de abominaciones, el que se goza en la inmundicia y en la enfermedad. Dejémosle hervir y arder en su maldad.

—¿No puedes hacer más?

—Si supieses dónde está su *gabinetto* —dijo Carlo—, podría echarse allí en tierra ese sucio dibujo que tienes entre los dedos y purificarse en las aguas. Las aguas no estarán corrompidas. Ha hecho las cosas lo peor que ha podido.

Empecé a sollozar. Mahalingam me miró con interés.

En el viaje de regreso, Carlo me dijo:

—Se va a morir y tú empezarás a echarme la culpa a mí porque no pude hacer un milagro. Nuestro amigo el *stregone* tenía razón cuando dijo que la naturaleza seguirá su curso, que es demasiado tarde. Yo tenía que haber venido antes, mucho antes. Culpemos a las circunstancias, al mal tiempo, no echemos la culpa a nadie.

—Él gana. Ese negro cabrón gana.

—¿Qué quieres decir con eso de *gana*? Es una guerra larga. Sabemos quién ganará al final. ¿Acaso esperabas que redujese al *stregone* a piel y hueso y le llenase luego del Espíritu Santo? Sería un combate largo, yo podría perderlo. Dios da libre albedrío a sus criaturas, a todas ellas. Esta noche has presenciado, sin duda, una pequeña victoria.

—Pero Philip se muere.

—Parece que quieres mucho a ese hombre. ¿Qué amas en él? Tú sabes cuál es la respuesta. Lo que tú amas en él no va a morir. Tienes un alma pura e inmaculada ahí, yo ya me he cuidado de él como de un hijo de la Iglesia. Lo que ahora digo de él es lo que he dicho de mi padre. Es mejor que muera y pase a la vida eterna. Tú crees perderle. No has perdido nada. Una presencia corporal, una voz, los gestos de la amistad.

Se miró el brazo derecho y se dio cuenta de que le había desaparecido el brazalete negro.

—Debí perderlo con tanta agitación —dijo—. No importa. Era un símbolo hipócrita. Escucha. Tienes que ir a la casa. Te llevaré hasta allí si puedes indicarme dónde es. Yo iré al hospital. No creo que falte mucho ya.

Emití murmullos y resuellos de rabia, odio, frustración, pesar.

—Basta ya —exclamó—. Alégrate. Por el amor de Dios, procura animarte.

El cementerio de Kuala Kangsar está casi lleno de tumbas de soldados británicos que cayeron en las guerras de Perak. Allí fue enterrado Philip, aunque no estuvimos presentes ni Carlo ni yo. Con el descenso de las aguas y el fin de las lluvias, Carlo se había vuelto en tren a Kuala Lumpur, llegando con dos días de retraso para una misa del gallo. Yo salí para Singapur, débil y aturdido, encomendando al departamento del oficial del distrito de la tarea de empaquetar los efectos de Philip. Siguiendo las instrucciones de Carlo, había decidido prescindir de los accesorios sentimentales de la vida mundana, libros, fotografías y el tarro de tabaco con las armas de la universidad de Manchester. La auténtica presencia estaba ahora en el Purgatorio, junto con otros con ignorancia invencible (aunque todo eso cambiaría, dijo Carlo, sólo había una comunión, cuando acabase adoctrinando al ignorante vencible). Yo en realidad amaba a un alma, me había repetido Carlo, incluso cuando nos despedimos en el tren, y si el alma no moría, tampoco moría el amor. Todo era para mejor, ya vería. Nunca llegué a verlo del todo.

Viajé con otros once pasajeros en el transatlántico *Archippus*, un navío mercante que hacía escala en innumerables puertos de las Indias Orientales holandesas y tenía su punto de destino en Darwin. Seguía trabajando en *La ciudad del león* en mi camarote, llegaba tarde a las comidas, y adoptaba la pose de hombre afligido como medio de protección. La población de Darwin era lastimosamente inculta, pero se correspondía con mi estado. La vida, con el trasero grande como un canguro, se concentraba en los territorios sureños; allá arriba en el norte, sólo la estación de telégrafos enviaba secos recordatorios de la existencia de un mundo de acción. Tecleaba, y yo también tecleaba en mi galería de aquella residencia que se autotitulaba hotel devolviendo los filetes grasientos sin apenas probarlos. Me bañé en la melaza tibia del mar de Arafura, por el que patrullaba una armada de medusas. En la costa, helechos arborescentes y palmeras pandáneas. En el interior, menhires de termitas de más de cinco metros de altura. Se decía que los maitines cazadores no se reían, porque no había nada allí que tuviera gracia. En Perth y en Adelaida rugían enloquecidos. No me quedaría en Adelaida: no quería desmoronarme en presencia de la esposa de un hombre que regentaba una tienda de artículos deportivos. Fui caminando por el sur de Darwin hasta los límites del bosque, viendo cicadáceas, boababs, un árbol lleno de brotes blancos y rosas. Me aproximé a él, e inmediatamente se quebró y chispeó y zumbó en más de un centenar de pájaros *galab*, el vientre blanco, la cresta anaranjada, las alas del calor de la rosa de té. La naturaleza, que se había llevado mucho, empezaba a dar otra vez.

Me enteré de que había un hombre llamado Ted Collins que iba a emigrar a Alice Springs. Había comprado una camioneta Ford vieja que iba a cargar principalmente con latas de gasolina. Conocí a este individuo y le dije que quería viajar hacia el sur, añadiendo para mí: aproximándose de nuevo cautamente a la vida. Iremos a medias

en el combustible y en las provisiones, dijo. Era un viaje de unos mil seiscientos kilómetros, nos llevaría, con suerte, una semana. Era un hombre taciturno y atezado; el trabajar como carpintero en Darwin le había amargado. Parecía prever luces brillantes en Alice. Se mostraría ásperamente diestro en encender hogueras en páramos desérticos, en el territorio de las termitas, con dehesas abandonadas, preparando pastosos bichos-a-la-brasa con té fuerte en un bote. Hablaba poco. Tres horas después de salir de Darwin, dijo:

—Todo esto parece como cortado a tijera, como si Dios hubiese estado recortando la tierra con un par de tijeras, sí, señor.

—Fue cortado hace doscientos millones de años —dije—. Mamíferos que ponen huevos. Marsupiales. No los encuentras en ningún otro sitio.

—Mira aquellos cabrones de allí —dijo.

Era un enjambre, como de langostas, de periquitos que volaban hacia el sur en busca de los brotes frescos de los bosques, tras haber comido cuanto habían podido en el norte. Viajaban a la misma velocidad que nosotros: unos cincuenta kilómetros por hora. Collins aceleró.

—Condenados pájaros —dijo—. Condenados animales saltando de un sitio a otro. Condenados aborígenes.

—Si no te gusta ¿por qué no te vas?

—Porque estoy anclado aquí, ¿comprendes? La culpa fue de mi abuelo. Australiano, eso soy. Tenemos que aceptar lo que se nos da. Está en esa Biblia de mierda, sabes.

—A la mierda esa Biblia de mierda.

Esto le sobrecogió un poco.

—No lo dirás en serio, ¿verdad? A un tío mío que dijo una cosa así le castigó Dios. Mira aquellos cabrones de allí.

Esta vez eran murciélagos furtivos en bandada, un escuadrón de angelillos de la muerte negra hacia los bosques de frutales del sur, en su ruta daba igual la distancia.

—¿Hay *algo* que te guste? —le pregunté cuando estábamos sentados ya en el crepúsculo junto a la camioneta que enfriaba y él vigilaba el bote que hervía al fuego. Me miró con recelo, vio que se lo preguntaba sinceramente y dijo:

—Me gusta lo que está bien hecho, lo que está bien encajado y bien terminado. Luego, esas malditas hormigas blancas llegan y lo devoran. Lo hacen desde dentro, así que por fuera todo parece perfecto hasta que le pones la mano encima. Lo que no puedo soportar es que se rían de mí.

Luego, me miró con cierta malicia y dijo:

—¿Y qué es lo que haces para ganarte la vida?

—¿No te lo dijo nadie en Darwin?

Inserté la lengüeta de una lata de carne de res en la ranura del abridor, tiré, oí morir al vacío con un leve suspiro, giré con más fuerza.

—Libros, señor Collins. Eso es lo que hago para ganarme la vida. Libros. Escribo

libros.

—¿Qué clase de libros? ¿De detectives? ¿Buffalobills? ¿*Dizabils*?

—¿Qué demonios es eso de *dizabils*?

—Dónde salen esas chicas con sus *dizabils* y él pone sus manos ardientes sobre ella temblando de pasión. Lo que podríamos llamar libros de porquerías.

—Mis libros son muy limpios, creo yo. Son historias buenas y decentes.

—¿Y vas a escribir una historia de ésas sobre el maldito Darwin? En Darwin no pasa nada, amigo. Ni decente ni indecente. Debes estar loco. Y dinero, ¿ganas dinero con eso? ¿Llevas dinero ahora?

—Tengo lo que se llama una carta de crédito. La presento en un banco y me dan dinero.

La cecina cayó en el plato de estaño y quedó allí aposentada, con su fino vestido de grasa.

—¿Por qué quiere usted saberlo, señor Collins? —pregunté.

—Sólo he cobrado la comida y el combustible para el camión. Y soy yo quien hace el trabajo de conducir hasta Alice.

—Lo harías de todos modos. ¿Quieres dinero? No tengo mucho en metálico. Tengo que llegar de Alice a Adelaida, no lo olvides. Además, no se habló de dinero cuando tratamos el asunto del viaje.

—Si escribes historias para ganarte la vida, tendrás que contármelas. Me parece lo más justo.

—¿Hablas en serio?

—Absolutamente en serio, amigo. A partir de mañana. Te doy tiempo para pensarlas.

—¿Historias de *dizabils*? —chispeó en el cielo el signo celeste de la Cruz del Sur.

—De todas. Detectives y Buffalobills. Y *dizabils* también.

Así pues, de Birdum a Daly Waters, le conté la historia de Beowulf y Grendel, que le pareció cosa de niños. De Daly a Newcastle Waters, le tocó *The Millers Tale*, y de Elliot a Powell Creek, ese cuento del *Decameron* en que se mete al diablo en el infierno. De Powell Creek a Tennant Creek, le conté *The Pardoner's Tale*. Le impresionó. «Les está bien a esos cabrones», manifestó, y me pidió que se lo contase otra vez. Todo esto, me era muy útil y muy satisfactorio. De Tennant Creek a Devil's Marbles, justo antes de Wauchope, le conté el argumento del *Doctor Fausto* y comentó que la historia demostraba que ningún tipo debía andar por ahí mariconeando con lo que va contra la naturaleza. De Wauchope a Barrow Creek le resumí *Hamlet* y dijo que le parecía un poco traído por los pelos todo aquello. De Barrow Creek a Tea Tree Well Store fue *El paraíso perdido*, pero manifestó dudas sobre mi autoría, diciendo que su padre le había contando algo parecido cuando era pequeño. De Tea Tree Well Store a Aileron, le conté *Robinson Crusoe*, pero entonces paró el camión en aquel calor sofocante para darme un aviso. Esa historia la había leído una vez en los periódicos, dijo, y había además un aborigen vagabundeando por

Arnhem Land al que un tipo había bautizado con el nombre de Viernes. Robar era robar, dijo, fuese cuentos o dinero, y yo podía engañar a un ignorante, pero había tipos a los que no se podía engañar, por mucha gramática parda que se supiese. En fin, de Aileron al inicio de la Macdonnell Ranges y al humo distante de Alice Springs, le apacigué con *The Turn of the Screw*. Cuando entrábamos ya en Alice, hizo un resumen valorativo de mis cualidades y defectos como cuentista, diciendo que un cuento era como una mesa, que era cuestión de ser buen carpintero, y que si seguía con cosas como aquellas de los tres tipos que morían debajo de un árbol, podían irme bien las cosas y ganar algo de fama. En fin, nos dimos la mano y nos separamos después de tomar una última pinta de *pigs ear*, después de un filete con un par de huevos fritos en la polvorienta Alice, y yo seguí la ruta de Port Augusta hasta Adelaida, un viaje infernal. Luego, fui en un tren muy lento hasta Melbourne, donde sólo se hablaba de la feroz sequía y del incendio que había estallado al norte de la ciudad, en que los eucaliptos se incendiaban como en una explosión en una fábrica de pastillas para la tos, y la cara vertical de un acantilado devolvía el viento ardiente hacia los árboles y los incendiaba en una combustión espontánea.

Lo más tranquilizante y lo más humillante al mismo tiempo, fue lo que vi en el aviario del profesor Hocksly de Nueva Gales del Sur, donde un ave del paraíso había construido un túnel de ramas a través del cual se proponía cazar a su posible pareja, decorando la estructura gaudiniana con flores azules y púrpura y plumas y bolsas azules de lavandería robadas, y vi incluso cómo pintaba aquel maldito chisme con una ramita cogida en el pico que sumergía en zumos de bayas azul y púrpura. En fin, pensemos en las pretensiones espirituales del arte. La semana que estuve instalado en el Hotel Phillip de King's Cross, en Sidney, engordé y me hice incluso con una pequeña tripa cervecisca. Fui capaz incluso de ir a ver un partido de críquet. Nada tenía de malo aquel aire azul e inmenso, pensaba, y, luego, leí en el *Bulletin* que un chiflado había irrumpido en el pequeño zoo de canguros y koalas de las afueras y había degollado a siete saltadores adultos y a tres crías. Fui en barco hasta Auckland y allí, en una librería, me reconocieron. Me convencieron para que diera una charla a las damas literatas del lugar sobre la vida del novelista y dije sí, es útil viajar, uno conoce gente, oye cosas, capta ideas. ¿Y su vida amorosa, señor Toomey?, preguntó una señora grande medio maorí. Fue entonces cuando tuve que marcharme.

De Auckland salí en el transatlántico *Celsus*, un barco de la Pacific Line, que iba hasta San Francisco, y que hacía escala en las Fiji, Tonga, las Marquesas, seguía luego hacia el norte sobre una extensión muerta humanizada con dos trópicos y un ecuador hasta Hawaii, y, tras dos días en Honolulu, el tirón final hasta el continente americano. Un día antes de llegar a Honolulu, terminé *La ciudad del león* y lo celebré nadando en el tibio jarabe de las aguas que vigila Diamond Head, tras una comida china, varias jarras de ron y piña y fruto de la pasión, mandando a paseo el sentimentalismo llorón. Haría que una mecanógrafa me copiase la novela a máquina, con dos copias, en San Francisco, y luego entregaría una a Joe Phelps, mi agente de

Madison Avenue. Tenía también una buena remesa de relatos cortos para *Collier's*. La vida seguía, justificación por las obras. En la pequeña biblioteca del barco hice un notable descubrimiento. Descubrí a un escritor austríaco llamado Jakob Strehler, en traducción, por supuesto. Allí estaba su novela en siete volúmenes con el título general de *Día del padre (Vatertag)*. Y mi emoción por este descubrimiento, mi convicción de que quizá fuera aquél el novelista más notable de la época, lo que me llevó no mucho después a comprar los libros en alemán, junto con el gran diccionario Cassell y la «chuleta» de la versión inglesa, pues ninguna traducción puede transmitir nunca toda la fuerza del original, y ganar así todo el conocimiento que poseo de lo que había menospreciado como un lenguaje que consideraba una especie de máquina de hacer salchichas, áspera, glótica, quejumbrosa y sentimental. Así, aunque ahora recuerde aquella primera lectura de la traducción un tanto pedestre de William Meldrum, lo que más fácilmente me viene a la memoria son los títulos alemanes de los volúmenes: *Dreimal Schweinekohl; Nur Töchter; Wir Sassen zu Dritt; Hinterden Bergen; Wie Er Sich Sah; Arbeit Geteilt; Woran Sie sich Nicht Erinnem Will*. ¿Por qué estaban aquellas novelas (*Tres raciones de cerdo y col, Tras las montañas y demás*) colocadas allí con la rígida encuadernación marrón de la empresa naviera, con un ancla dorada en la portada? Porque, según me explicó el mísero funcionario encargado del servicio de la biblioteca, la esposa del autor había hecho aquella ruta y, en San Francisco, había comprado la edición de Scribners de *El día del padre* y se la había regalado al barco como agradecimiento por un viaje agradable. Lo que no quedaba claro era qué había estado haciendo la esposa de un escritor vienés por aquella parte del mundo.

El lector conocerá al menos a Jakob Strehler, puesto que le concedieron el premio Nobel de literatura en 1935, y supongo que sentirá la tentación de sonreírse con aire suficiente de mi bobalicona emoción de casi diez años antes (esto era en marzo de 1925). Pero Strehler no era bien conocido en aquella época fuera de los círculos literarios de Viena y de Berlín, y la complicada originalidad de la estructura y del estilo de sus obras no le recomendaban al tipo de lector que elegía, por ejemplo, un Toomey con la esperanza de emociones fáciles, cronología normal y un idioma cómodamente flácido. Perdone el lector que resuma el contenido y las características de Strehler. El *Vater de Vatertag* es el emperador austro-húngaro que gobierna una Europa central antidemocrática e infestada de espías policiales pero que es también encantadora, cómica y fecunda. La familia Bürger vive y actúa en los arrabales de las artes (tocan el contrabajo en un club nocturno, cantan en un *cabaret*, hacen magia callejera, copian partituras, hacen apariciones sorpresa en óperas) y se extiende desde Viena a Trieste en su desesperada obsesión por ganarse la vida. Su astrosa bohemia se acomoda fácilmente a pequeñas actividades delictivas como vender artículos robados, falsificar, robar candelabros en iglesias y practicar la prostitución. Carece por completo de moral. Pero sobrevive de un modo chapucero y sin talento y disfruta de la vida. La familia llega a conocer a la mayoría de los grandes artistas del Imperio,

desde Metastasio a Ricardo Strauss, pero siempre por algún contacto oscuro. Oímos los rumores de la amenaza del desmoronamiento del desvencijado andamiaje de magiares, teutones y eslavos, pero el gran tema del advenimiento de la era moderna y el anacronismo del Imperio provoca una reacción cínica. Si la obra tiene una moraleja, podría ésta resumirse en *Déjennos en paz, por amor de Dios*. Niega la posibilidad de progreso. La vida del individuo es breve y hay que aprovecharla al máximo. El vino siempre es bueno, pero si el *Wienerschnitzel* está mal cocinado hay que tirárselo al camarero a la cara. La familia Bürger es escandalosa, pendenciera, siempre *sympatisch*. El tío Otto es un *Ueberfalstaff* y la pelinegra Gretel una sirena deslenguada capaz de hacer eyacular espontáneamente al propio emperador. El libro está dedicado a la mayor gloria de la vida. El narrador es un miembro de la familia, Fritz, un superviviente de la Gran Guerra (Strehler escribió los siete volúmenes en Hainburg an der Donau, entre 1915 y 1920) que ha encontrado una reserva secreta de vinos en un castillo abandonado cerca de Bratislava, o Pressburgo, y cuenta, en un estado de beodez creciente, la historia de la familia Bürger. Le falla la memoria; no tiene sentido alguno de la historia y permite que las épocas se fundan en ese día imperial al que llama el *Vatertag*. Para él, la gente es más sólida que las instituciones, e incluso que la arquitectura: si un miembro de la familia Bürger se apoya pesadamente en la pared de un museo, es muy probable que la pared se venga abajo. Los pueblos y ciudades son todos fluidos, como hechos de vino. Las fronteras, tanto temporales como espaciales, están trazadas vagamente como con un dedo untado en vino. Conocemos a Mozart y a Rilke en la presentación de un nuevo vals de Strauss (¿Johann, Joseph o Ricardo? No estoy seguro. La orquesta es, sin duda, ricardiana) en el Congreso de Viena. Mozart se desmaya con la tensión de las armonías de los instrumentos metálicos de viento. Sigmund Freud combate a caballo, el puro en una boca aún no cancerosa, en la batalla de Poysdorf. Todas las batallas son cómicas. El lenguaje del narrador está lleno de una jerga extraña y de préstamos eslavos y neologismos. Se trata de una gran obra maestra cómica, pero difícil, tan loca y tan cuerda como Rabelais, y se yergue en un vivo contraste frente a la delicada sencillez de las otras novelas de Strehler, cuentos de amor agridulces en pueblos austríacos, salvo la gran tetralogía *Moisés* (1930-35), que aplica la técnica de *Vatertag* a la historia judía. No diré nada más por el momento sobre Strehler, salvo que mi descubrimiento casual en el Pacífico fue un tónico potente que aceleró mi convalecencia. Ese gran impulsor de la vida me reconcilió de nuevo con el mundo.

Fue mientras estaba en la estación del funicular, no lejos de Fisherman's Wharf, donde había almorzado ostras, y cuando contemplaba la bahía de Alcatraz, cuando tuve una aparición de las que yo inventaba siempre para mis novelas y los editores solían convencerme de que las cortase, por ser demasiado toscas e ingenuas en su simbolismo y demasiado sentimentales en su efecto. Una mariposa se me posó un instante en la mano derecha y, aunque el aire era bastante húmedo, se puso a sorberme el sudor como si estuviésemos en el desierto australiano. Las alas, que

temblaban levemente agitadas por la brisa primaveral que venía del mar, estaban decoradas con la *fi* griega. Aquello me decía que todo estaba bien, que no había muerto y demás.

Hice el viaje transcontinental en tren desde San Francisco. Viajeros, puros de diez centavos, escupideras. Los negocios muy mal en el sur. Es cierto eso, bastante mal, ¿eh? Sí, no es difícil de creer. Este caballero dice que los negocios van muy mal en el sur. ¿De veras? El gran corazón del pródigo y voluntarioso continente pasaba ante mí y el espectro de Walt Whitman (aquellos que cayeron cumpliendo su deber) se posaba en mi mano disfrazado de insecto volador que un mascatagarninas cazaba entre sus zarpas y aplastaba definitivamente. Muy mal, sí, muy mal. Sí, *señor*. Tomamos todos el plato azul especial. Alcohol horrible en frascos de bolsillo, aceite de escaramujo.

En primavera, llegué a Manhattan y me alojé en el Plaza. Central Park una gloriosa escarcha de verdor, cullems y bryanes floridos, tanatopsis. Bum bum, hacía la ciudad y eran como cañonazos de asedio. Podías olfatear una prosperidad como piorrea junto con mal *whisky* y clavo. Había que llamar a mi padre a Toronto, pero no había prisa. En realidad, no había nada que decir. Fui a Madison Avenue a ver a Joe Phelps, un yanqui cortés y listo que se había licenciado en historia europea en Princeton, anglófilo, se hacía los trajes en Londres, había sido segundo o tercer ayudante de Pershing. Se peinaba con raya al medio y se fijaba el pelo con la misma brillantina que utilizaba Valentino. Tenía los ojos del color de la ginebra de endrinos. Jack Birkbeck en Londres y él compartían su comisión en unas condiciones que habían acordado ambos en secreto a su propio gusto. Jack me había conseguido el contrato de los relatos para *Collier's* en Londres a pesar de que *Collier's* era una revista de Nueva York; Joe guardaría la colección de los relatos en un cajón metálico e iría pasándoselos uno a uno al director de la sección literaria, como dinero para gastos de un niño o de un alcohólico. Le entregué entonces la caja de cartón que contenía *La ciudad del león* y él la sopesó en la palma de la mano como si mera un bloque de metal aún no valorado. No creía en el fondo que la gente *leyese* libros, aunque soliese recorrer con ojos vidriosos los relatos de las revistas hasta el punto en que decía *continúa en la página 176*. Por otra parte, la gente compraba libros si eran lo bastante extensos como para que pareciesen una buena inversión para el período de ocio de la jubilación. Había estudiado un poco de literatura y conocía sus limitaciones. Le interesaban más el teatro y el cine. Le interesaba sobre todo el dinero.

—¿Cuándo podrías tener lista una obra para los Keepers? —me dijo.

—¿Cuypers?

—Tim, Rod y Alice Keeper, el trío inaguantable.

—Ah, éstos.

Eran dos hermanos y una hermana auténticos, de una de las auténticas familias originarias de New Amsterdam, que se habían especializado en *dramas* triangulares o en comedias hechas por encargo para ellos. Noel Coward había escrito para ellos

Liberty Measles y Willie Maugham *A Pig in a Poke*. El hecho de que el público supiera que los Keepers eran hermanos auténticos hacía que sus cabriolas escénicas adúlteras resultasen más saludables y más alarmantes. En realidad, todo era teatro, no había ningún asunto raro entre bastidores, pero al mismo tiempo todo el montaje emitía un delicioso aroma a incesto.

—Curiosamente, tuve una idea. No pensaba concretamente en ellos, pero sí, lo pensaré.

—No lo pienses demasiado tiempo. Prometí, ya sabes cómo son las cosas, no se pueden hacer promesas a medias, que habría algo para ellos a finales de abril. No hace falta que seas tú, no podía localizarte, no sé dónde diablos te has metido desde Navidad. Da igual, ahora estas aquí, ponte a hacerlo. Los Keepers terminan en Chicago en mayo, *Cash on Demand*, de Londsedale, vete a verles, un éxito terrible. Haz algo con mucho estilo británico, ya sabes, con ingenio, no puedes perder. Hay mucho dinero ahí.

—Hablando de dinero —dije. Mis ganancias en Norteamérica estaban todas bajo la custodia de Joe. Yo no las había tocado aún. Investigó mi cuenta especial en su propio banco, donde iba aumentando débilmente, a razón de un cinco por ciento. Sospeché que él jugaba cautamente a la bolsa con mi dinero. Yo vivía bastante desahogadamente de mis derechos de Europa y del Imperio Británico. Por fin me dijo, sin tener que investigar demasiado:

—Sesenta y cinco mil trescientos noventa y dos dólares con cuarenta y un centavos. Qué vergüenza.

—¿El qué?

—Déjame que lo ponga todo en manos de Haigh Purdue. Es un viejo tigre como yo. Está en Wall Street, Gillespie Spurr and Purdue. Lo triplicará en un año. La radio, por ejemplo, la radio va a ser como una traca de fuegos artificiales, no han hecho más que encender la mecha.

—Los fuegos artificiales resultan un bonito espectáculo, pero duran poco. Joe, no me gusta cómo huele esta prosperidad vuestra. Es una cosa histórica, igual que la Prohibición. Prosperidad y alcohol ilegal, dos aspectos de la misma enfermedad. Además, las acciones de bolsa son una abstracción excesiva para mi inocente cerebro. Deja el dinero donde está.

—La propiedad inmobiliaria —dijo—. Ahí nunca puedes equivocarte. ¿Qué me dices de una pequeña propiedad aquí en Manhattan? Queda a tres minutos a pie desde aquí... Upper East Side, Calle 76. Veinte mil dólares.

—¿Un apartamento?

—Tres dormitorios, dos baños, un salón como una pista de patinaje, décima planta, vista espectacular. Es de Bernard Lamaria, sabes, el escritor, *Fiends and Friends* y lo otro. Se cambió el martes pasado. Aún no lo ha puesto en manos del agente de la propiedad. Aún están allí los muebles, muy buenos todos, que te costarían otros tres mil o así. Su mujer quiso trasladarse a Great Neck, Long Island,

su madre le dejó una casa, un poco clase media, pero bonita. Ahora todo el mundo está en Great Neck, Lillian Russell, George M. Cohan, el propio Fio Ziegfeld. Un buen sitio para grandes fiestas. No creo que salga de ahí gran literatura. En fin. Queda a media hora de Broadway con el *express* de Long Island. Pero no pretendo venderte Great Neck. No pretendo venderte nada. Lo único que digo es que te convendría tener un sitio para cuando vengas.

—No suelo venir —me preguntaba cuánto pediría realmente aquel Lamaria; la tierra del dinero rápido—. Me va muy bien el Plaza.

—Compra, siempre puedes vender, ¿por qué dejar el dinero parado? La propiedad inmobiliaria sube como la espuma. En fin, además tienes que escribir esa obra de teatro. Hay un pequeño bar en el apartamento, además, que lo hizo el propio Bernie, con sus propias manos. Madera de arce, cuero auténtico en los taburetes, he visto unas postales de boxeadores sin guantes en Stolz's, en la Calle 43, una docena, regaladas. Quedarían la mar de bien en la pared de detrás del bar. Puedo ponerte en contacto con un traficante de alcohol muy bueno, el mejor. Pude ver en los ojos color ginebra de endrinos de Joe que ya me imaginaba en aquel bar repleto de bebidas, instalado, borracho, escribiendo. Él creía, en su inocencia, que los escritores sólo podían escribir borrachos.

—Podría echarle un vistazo al menos.

—Claro que podrías. Ahora vamos a comer. A Baxter's, filete inglés auténtico y pastel de riñón, te sentirás como en casa. Luego, podemos ir a verlo, tengo las llaves. Y podemos arreglar la cosa legal con Max Lorimer, que está justo a la vuelta de la esquina. Será tuyo en diez minutos. Podrás instalarte allí mañana, no lo lamentarás, Ken, créeme.

¿Cuántos billetes significaba aquello para el bolsillo de Joe? Nunca era bastante.

No lo lamenté, desde luego. Iba a ser una tarea lenta librarse del olor de aquel Lamaria, el escritor: empapelado deslumbrante y chillón y antigüedades de imitación y alfombrado como un lago de harina de avena. El olor era más bien de su esposa, y literalmente además: terpineol y aldehído cinámico y cloroestirolo que persistieron firmemente tras la muerte del olor a flor sintética. Instalé allí la máquina de escribir y escribí la obra de teatro, alimentándome de jamón y huevos que yo mismo me preparaba y de ginebra Booth's auténtica, cigarrillos Chesterfield y vistas de la imponente ciudad. El lector podrá encontrar la obra en mi antología *Teatro de Toomey*, se titula *Double Bedlam*. Es la primera obra realmente experimental que escribí, pero las risas directas eran una salsa bastante sabrosa para que el público se tragase los trucos como si fueran ostras. Tres personajes y sólo tres: Richard y Marion Trelawney, marido y mujer, y el amoroso intruso John Strode. Cuatro escenas, dos actos. La escena uno isabelina, con el calvario de los cuernos. La escena dos estilo Restauración, con el cornudo, el engañado, que tramando un engaño más ambicioso, acepta complaciente. Largo intermedio. La escena tres es victoriana-shiwiana, con los personajes ya bien preparados para establecer un *ménage-à-trois*

sobre una base puramente racional, que, según acaban viendo, sólo es posible porque los tres han pasado a ser asexuados a través del racionalismo shawiano. En la escena final, Manhattan, 1925, están viviendo los tres juntos, pero la esposa está fuera temporalmente, al parecer, con su madre. Trelawney y Strode reciben un telegrama que dice que ella ha muerto en accidente de automóvil. Marido y amante lloran uno en el hombro del otro, unidos en una devoción común que, empiezan a comprender, siempre fue un poco convencional, falsa incluso. Descubren que, en realidad, se aman... no hay nada homosexual en ello, por supuesto, es pura cuestión de compatibilidad de caracteres y de gustos comunes, el gusto común por Marion quizá sea, después de tantos años, lo menos importante. El telegrama resulta ser un error: es otro coche, son otras personas, aunque sea el mismo accidente (un choque). Marion llega a casa perfectamente viva. Pero confiesa, conmovida, arrepentida tras haber escapado por poco a la muerte, que estaba con su amante, con quien mantenía relaciones desde hacía tres años. Nunca más, dice; será ya siempre fiel a Richard y a Jack. Pero ellos dicen: «Fuera, no queremos perdonar». Telón sobre hermandad de humo de pipa *a deux*.

Fue a finales de mayo cuando llevé mis cuatro ejemplares mecanografiados de la comedia en un primer borrador a Chicago. Había, como ya he dicho antes, una exposición de los Monets y Manets y Renoirs de la señora de Potter Palmer, pero yo no fui concretamente a verla. Me instalé, por cierto, en el Palmer House, un hotel que tenía un vestíbulo como una catedral aunque, al menos por entonces, no tenía licencia para que bebiese allí la gente, a diferencia de las catedrales. Allí estaban los Keepers, nos reunimos un domingo. Eran individuos muy vitales que parecían más jóvenes de lo que eran, asombrosamente parecidos entre sí, y con la sexualidad volcada, estaba casi seguro, en sí mismos, sangre holandesa, mucha sed del mejor *whisky* escocés de contrabando. Les leí la obra, y, con ciertas reservas, la aprobaron. Los ojos de Alice, azul de muñeca como los de sus hermanos, relumbraban en las cornisas de sus imágenes de comedia de salón de sí misma en una asombrosa variedad de *décolletages*. Pero Trelawney, bueno, no les gustaba mucho ese nombre. De Cornualles, ¿no? Era una nota de color regional innecesaria e involuntaria. Y, además, existía *Trelawney of the Wells*, ¿no? Tim Keeper recurrió a las últimas páginas del *Chicago Tribune*, las defunciones, los funerales, se piden oraciones por (los periódicos de Chicago estaban llenos de notas necrológicas en aquellos tiempos de gánsteres), buscando un nombre más aceptable.

—Allenby, Aubrey, Bertorelli, Bohème, Brancati, Bucer, Caliente, Campanati, Champion, Ciano. Qué tal Champion, suena bien, ¿eh?

—¿Dijiste Campanati? —pregunté.

—Champion. Poeta, sacerdote, músico, mártir, algo —buscando vehículos adecuados se habían convertido en una familia bastante ilustrada.

—Déjame ver.

Solicitamos vuestras oraciones por que se recupere del grave estado en que se

halla en el Hospital General Chisholm de la Avenida Michigan. Ahora, tras recordar tanto, con exactitud a menudo, aunque la memoria como facultad humana está sometida a las limitaciones humanas, estamos condenados a inventar gran parte del pasado, debo disponerme a recordar, con toda la exactitud humanamente posible, aquello que me pidió que recordase Su Gracia de Malta.

—¿Cómo te las arreglaste? —le pregunté a Carlo—. Quiero decir, estás aquí.

—También tú estás aquí.

Parecía el perfecto sacerdote norteamericano con su cuello duro de celuloide, la pechera negra de seda artificial, el traje clerical estilo San Luis. Estábamos en la sala privada del Chisholm, a ambos lados de la cama, con la mirada baja, contemplando con cólera y lástima al vendado e inconsciente Raffaele. Poco podía verse de su rostro o de su cuerpo. Apenas había signos de respiración perceptibles. Gracias al capitán Robertson y a los doctores Rous y Turner, se había estado bombeando en las arterias de Raffaele sangre en una solución de nitrato de sodio al 3,8 por ciento para impedir la coagulación: la Gran Guerra, como Carlo se apresuraba a decir siempre, había traído también sus bendiciones. Pero.

—Yo —dijo Carlo— estaba ya aquí. Bueno, en Nueva York.

Mala conciencia. Por primera vez, percibía en su voz un cierto tono de remordimiento.

—Quizás habría sido mejor que no hubiera estado en Norteamérica. Hablamos por teléfono. Yo dije algo que quizá no debiera haber dicho.

—¿Qué pasó?

Me daba cuenta de que había sucedido algo terrible. La cabeza, el pecho, el vientre, una pierna claramente más corta que la otra.

—¿Quién fue?

—La policía de Chicago dice que le colgaron en un almacén de carne congelada por la barbilla de un gancho de carne. Esto fue después de haberle golpeado varias veces en la cabeza y haberle hecho recuperar de nuevo el conocimiento. Le hirieron por el cuerpo con un hacha de las que utilizan para romper el hielo. Le cortaron el pie izquierdo y el tobillo con un hacha de otro tipo. Es más sangriento que lo que le sucedió a tu amigo de Malaca, pero son los mismos demonios. Como ves, no puedo hacer más por mi hermano de lo que pude hacer por tu amigo.

—Dios santo —dije, imaginándomelo todo. Compatriotas italianos. El idioma del desprecio italiano, aunque un dialecto del sur, napolitano, la lengua de los *guapi* o *wops*. Finos dientes y ojos de animal, músculos de inmigrantes sin cerebro, instrumentos de un cerebro situado arriba, la Gran Cabeza.

—Dices Dios mío, pero no lo sientes. Crees que tenemos un Dios malo, que permite que a los inocentes les sucedan cosas como éstas.

—¿Dónde le encontraron?

—En la esquina de una calle donde había un gran almacén de carne congelada. Hay muchos almacenes de carne congelada en esta ciudad. Viento y mataderos. Él hizo lo que creía justo. Tú no le ayudaste, y yo intenté convertirle en un héroe. Pero, de todos modos, esto habría sucedido.

—Yo no...

Por supuesto, yo no había utilizado mi habilidad de escritor ni mi autoridad de persona célebre para desenmascarar el mal, aunque fuese a una distancia segura. Había sido culpa del propio Raffaele el que yo no hubiera colaborado: su rectitud había encontrado en mí un blanco demasiado fácil: había olfateado demasiada hipocresía.

—Intentaste hacer de él...

—Oh, Raffaele dudaba si comunicar o no al Federal Bureau cierta información que tenía. Yo le dije que no debía tener miedo. Tiene que haber alguien en el Bureau que esté comprado por los gánsteres, no hay duda, pero será difícil descubrir quién es. Ha destruido esa información por dinero, ha dicho de dónde procedía. Era sobre la muerte de una madre y su hijo.

Hasta el corrupto Chicago y el corrupto Bureau deben tener en cuenta ese tipo de información, es de suponer, vamos. Raffaele estaba cenando con otro individuo en un restaurante. Le sacaron de allí a rastras, nadie lo impidió, supongo que seguirían todos comiendo. Me dan ganas de ir a la Gran Cabeza o al Pollo Castrado y lanzar las palabras conminatorias. Vaya yo o no, es difícil encontrarlo, le llegará el mensaje. Son todos muy supersticiosos.

—Eso no le servirá de nada a Raffaele —lo dije sin amargura, y Carlo pudo darse cuenta de que yo no pensaba en Raffaele—. ¿Qué dicen los médicos?

—Tiene una lesión cerebral. Tiene *cancrena*.

—¿Gangrena? —esta palabra me había parecido siempre la más espectral del idioma; connotaba insolentemente vida.

—No le dan mucho más tiempo. He rezado, ayer le di la extremaunción. Aún podemos rezar, pero ha de ser sólo por su alma.

Los corpulentos hombros de Carlo se movieron como si estuviese a punto de sollozar, pero había sequedad en sus ojos, tenían un brillo duro. El cuerpo parecía querer iniciar un acto humano que la cabeza rechazaba. Él no lloraría ante la desgracia; sólo se fortalecería en su lucha implacable contra los poderes de las tinieblas. Pero dijo:

—Pobre madre. En menos de seis meses. Primero papá, luego su hijo mayor. Tienes que ir a verla. Creo que ella tiene confianza en ti. Descubrirás cosas que decirle que a Domenico no se le ocurrirán porque es demasiado egoísta o demasiado estúpido. No es más que un músico.

Carlo era una continua fuente de sorpresas. Estaba introduciéndome confidencialmente en la familia. En realidad, ni siquiera había un término en las lenguas de Occidente que expresase mi relación con los Campanati. Yo era hermano político de nadie. Carlo estaba convirtiéndome en un hijo de su madre, un acto muy cristiano.

—Yo aún no puedo volver a Italia —dijo—. Hay cosas que hacer en América.

—¿Es que no has acabado aún tu vuelta al mundo?

—Bueno, todo es cuestión de dinero. Sin dinero no puedes propagar la fe. El

Vaticano tiene mucho que aprender del poder del dinero.

Le miré fijamente: ¿estaría acaso él, el jugador afortunado, jugando a la bolsa con los escasos fondos papales?

—Hay otras cosas, además —añadió—, otra cosa más. Tengo reuniones, aquí, en Boston, en San Luis. Algún día te enterarás.

No parecía preguntarse qué estaba haciendo yo allí en Chicago. Era sólo un aspecto de mi libertad de escritor. Dije:

—Vuelvo a Europa la semana que viene. He estado escribiendo una obra de teatro. Me pidieron que me quedara para discutir unos cambios. Creo que es mejor volver a París y mantenerme apartado de actores y productores. Una versión definitiva, o lo toman o lo dejan. *Quod scripsi scripsi*.

—¿Has caído alguna vez en la cuenta —me preguntó— de que Pilatos pronunció las frases que mejor recuerda la gente? Tienes que escribir alguna vez una obra sobre él. Todo lo que él dice y hace es para el teatro. Hay una secta de la Iglesia Oriental que cree que se convirtió al cristianismo y le reverencian como a un santo. Un personaje de sumo interés. No te olvides de ir a ver a mamá en cuanto llegues a Europa. Yo tendré que escribirle, pero no sé realmente cómo voy a hacerlo. Debes hablar con ella, contárselo todo. Pobre mamá. No sé si resistirá mucho tiempo en aquel caserón. Habría que desprenderse de muchas cosas. Tendré que ocuparme de ello.

Nuestras miradas apenas si se habían apartado durante esta charla del tendido y vendado Raffaele en su estrecha cama de metal esmaltado, el esmalte ausente aquí y allá en negror como raspado por dedos agónicos de ocupantes anteriores. Entró una enfermera, una chica maciza con aspecto de ser oriunda de las tierras trigueras de Illinois.

—Tiene que irse ya, padre. Hay que hacerle cosas al paciente.

—Ya nada puede hacer ninguno de ustedes, salvo luchar por su ciudad y su país para acabar con la locura. De nada vale ya que le limpien y le cambien la ropa. Pero gracias por todo lo que ha hecho.

—De nada. —¿Locura? ¿Ciudad? ¿País? La enfermera frunció el ceño, desconcertada.

—Esta noche —dijo él—. Volveremos esta noche.

Dejamos la pequeña habitación cuando la enfermera empezaba a destapar al ensabanado Raffaele. El oído de Carlo captó algo en cuanto abrimos la puerta.

—¿Oyes? —dijo—. Un grito de dolor. No hay que acusar a Dios de eso.

Estábamos en el solemne vestíbulo al que daban las puertas del pabellón público del que era un anexo la habitación de Raffaele. Abrió las puertas con la rodilla una enfermera que llevaba un recipiente tapado y que al mismo tiempo se retiraba el rubio pelo de los ojos a soplidos. El grito llegó más fuerte. Carlo irrumpió en el pabellón público con la nariz adelantada, como siguiendo el rastro del dolor. Le seguí, vacilante, a punto de decir: «Vámonos, Carlo, no es asunto nuestro». Los enfermos

anónimos que ocupaban el pabellón contemplaron al corpulento y ceñudo sacerdote y al elegante seglar de traje de verano gris perla que le seguía, sonriendo con embarazo y como disculpándose. Los miraban con la tenue esperanza de diversión o con leve temor (quizá se acercaba un final aún no notificado) o con vago resentimiento por nuestra salud o por nuestro aire oficial indefinido y sospechoso. Al fondo del pabellón había un biombo floreado. El grito brotó de nuevo penetrante tras él.

Carlo se abrió camino hasta el espacio que ocultaba el biombo, al final de la pared lateral. Yo le seguí a regañadientes, aunque viese que era un medio de ocultarme a los ojos de todo el pabellón.

El niño tenía unos seis años, era caucasiano, como decían allí. Tenía los ojos abiertos y las pupilas dilatadas, pero no parecía ver nada ni captar siquiera la luz que se filtraba por las rendijas que formaba la brisa a los lados de la cortina marrón de la persiana parcialmente abierta que había tras él. Giraba la cabeza, el pelo negro desgredado sobre una almohada empapada en sudor, y se cogía la cara con dedos inertes. Me di cuenta, recordando Kuala Kangsar, de que se hallaba en la etapa depresiva de la meningitis tuberculosa. El niño chilló de nuevo, pero el chillido no podía significar nada, pues en aquella fase de la enfermedad ya no había dolor. Los pulmones y la laringe aún recordaban, sin embargo, los anteriores paroxismos del insoportable dolor de cabeza y chillaban ante la certeza de que aquel dolor, aunque pasado ya, fuese posible. La tercera etapa traería convulsiones, ceguera y sordera, extenuación, muerte por un ataque o muerte de agotamiento pero muerte segura, «*Poverino*», murmuró Carlo y acarició la frente del niño. Luego le acarició las sienes una tras otra en una especie de movimiento rítmico acompasado con las palabras que, casi imperceptiblemente, murmuraban sus labios. El niño cerró los ojos con gran pesadez y los brazos le cayeron lentamente a los lados en la languidez inerte de la fatiga. Carlo mojó con saliva la frente del niño, el esternón, los hombros. Los gritos cesaron. Carlo me miró con ferocidad, pero dijo suavemente:

—Tenemos que hacer lo que podamos donde podamos —y luego repitió—: *Poverino*.

Yo fui el único testigo de este hecho. Que, de momento, nada significaba. Carlo parecía haber ayudado a dormirse a un niño enfermo en virtud del dulzor y la ferocidad de su presencia compasiva, siendo la propia compasión quizá sólo una reacción nerviosa y desesperada ante dos epifanías de impotencia sacerdotal, en las que no había podido expulsar a los demonios, en las que se había permitido que los demonios provocaran dos muertes de inocentes. Hemos de hacer lo que podamos donde podamos. Él había proporcionado sueño al insomne. Los gritos de dolor habían cesado.

Cuando salimos del espacio protegido por el biombo vimos que se aproximaba una hermana con síntomas de cólera culpable. El pabellón había quedado un rato sin vigilancia y ella lo sabía. Los pacientes habían dicho hay dos tipos ahí dentro, uno de ellos es un sacerdote, hermana, será mejor que suba a ver lo que pasa. Detrás de la

hermana venían traqueteando carritos de comida conducidos por auxiliares del pabellón, un par de enfermeras que iban comprobando hojas de dieta: esto explicaba el que no hubiese nadie. La hermana era una severa cincuentona de mejillas escandinavas y cuerpo fornido.

—¿Es usted pariente de ese paciente? —me dijo. Carlo no me dio posibilidad de contestar. Dijo:

—Yo soy, como ve usted, un sacerdote. He estado visitando a mi hermano el señor Campanati en la habitación de allá del fondo. Oí un grito de dolor. Vine a rezar una oración. Éste —añadió, simplificando excesivamente— es otro hermano. Nos íbamos ya.

La hermana fruncía el ceño ya menos pero lo fruncía aún, probablemente fuese luterana.

—No es usted pariente —dijo concentrándose en mí—. Ya me lo parecía. Ese pobre chico no tiene parientes. Está bien, supongo que una oración no le hará ningún mal, pero las normas son que no se puede hacer nada aquí sin permiso mío.

—Meningitis tuberculosa —dije a falta de otra cosa que decir.

La hermana me miró con ese leve resentimiento que muestran las enfermeras e incluso los médicos siempre que un lego da pruebas de saber algo de medicina.

—Segunda fase —añadí audazmente; y luego—: pobre niño.

—No se puede decir pobres padres en este caso —dijo ella—. Un triste consuelo. Es uno de los niños del orfanato de San Nicolás. Un santo. Supongo que una oración católica era válida, pues. Está bien, pero la próxima vez hablen conmigo, ¿de acuerdo?

—De acuerdo —dijo Carlo, haciendo que sonase como un amén.

Salimos a la Avenida Michigan. Viernes a mediodía, soleado pero, como es tan frecuente allí, ventoso.

—¿Qué te parece si vamos a comer pescado a algún sitio? —dije.

—Aquí el pescado de lago es bueno —dijo él—. Los indios llamaban a este lago Gitchee Gumee —mirándome como un sastre—. Tienes mejor aspecto. Has engordado un poco. No, tengo que comer hoy con otras personas. Comida de monjas, que nunca es demasiado buena. Pero esta noche cenaremos juntos y luego vendremos a presenciar el final del pobre Raffaele.

Tal como lo decía parecía que se tratase de una diversión, como ir al cine.

—Esos canallas —dijo, pero de un modo sacerdotal y no rencoroso—. Los muy, te tomaré la palabra prestada esta vez, cabrones. Pero ya verán cuando Dios quiera. ¿Dónde estás?

—En el Palmer House. Nos vemos en el vestíbulo a las siete.

—De acuerdo.

Y se alejó con la despreocupación del hombre que conoce su ciudad. Yo paré un taxi.

Dormí aquella tarde después de tomar un filete a la parrilla y agua helada, y

desperté temblando de una pesadilla. Estaba junto al lecho de muerte de Philip en el *rumah sakit* de Kuala Kangsar y Philip pestañeaba de pronto, luego salía del coma, me miraba luego burlón con una cara que no era la suya. *Aprovecha antes de que sea tarde*, dijo. Adiós, *queridito*. Luego su cara se asentó en una gárgola de horripilante astucia y murió riéndose de mí. Yo huía gritando de la inundación del monzón. La camisa y los calzoncillos con los que había dormido estaban llenos de sudor, y mis músculos civilizados hubieron de contener en el momento de despertar una descarga del vientre como después de comer chiles. Fui a vaciar y luego me bañé. Sabía que mi reacción a la muerte de Philip, largo tiempo aplazada, desbordaría pronto en una especie de desmoronamiento. Pensé en escribirlo todo a modo de purga, haciendo un libro o un relato o una confesión, una especie de sustituto de la enfermedad. Pero sabía que no podría hacerlo ni entonces, ni nunca. Mi destreza superficial como escritor no profundizaba lo suficiente.

Carlo llegó al Hotel Palmer House provisto de dos botellas de lo que, por la común etiqueta de Cristo en la Cruz, supuse vino de misa. Entró con ellas en el comedor y las colocó solemnemente en la mesa que nos asignaron. El *maître d'hotel* manifestó cierta inquietud. Parecía suizo-alemán por el acento.

—¿Hay bebidas alcohólicas en esas botellas, señor? La ley no lo permite.

—¿La ley —dijo Carlo— no le permite a un sacerdote poseer el vino que debe utilizar en el altar sagrado? Pues me parece una ley muy mala.

—Todo el mundo piensa que la ley es una locura, señor, pero hemos de respetarla. Puede que tenga usted derecho a poseer esas botellas, pero no puede beberías aquí. Esto es un hotel, no una iglesia. Aunque bien sé —añadió con triste ironía— que el vestíbulo parece una iglesia.

—Los sacerdotes hacen su labor donde deben hacerla. En la cima de un cerro o en un campo o incluso en las catacumbas. O incluso en la mesa de un restaurante. Si me propusiese decir misa ahora ¿iba a decirme usted que hay una norma en este hotel que lo prohíbe? Si existe esa norma, le ruego que me permita verla.

El *maître d'hotel* no sabía muy bien qué hacer y miró a su alrededor buscando al encargado, que no estaba allí. Era un hombre de mediana edad con una cresta de pelo color jengibre y demasiada sangre. Los otros comensales, que bebían Coca-Cola, zumo de frutas y, válgame Dios, sabrosa y hermosa leche de granja, miraban con interés a nuestra mesa. Carlo no se inmutó por ello y contó una de sus mentiras fáciles.

—Es sólo el zumo de la uva. Soy un ministro bautista. ¿Está prohibido también el zumo de la uva? Si no lo está, tenga la bondad de traernos un *tirebouchon* y de procurar que se nos sirva lo que hemos pedido.

Comimos, en fin, langosta y trucha de lago y torta de fresa. Y bebimos lo que, protegido por la imagen de Cristo crucificado, resultó ser un Chablais bastante bueno aunque calentorro. Carlo dijo durante la cena lo que yo mismo le había dicho, más concisamente, a mi agente.

—Un país que se niega el solaz del vino en la teoría, y que en la práctica está borracho. Sangre y licor de contrabando, como ellos dicen. La prosperidad es también muy notoria, pero eso no puede durar. Si estás comprando, compra rápido y vende rápido. Este país está poseído por el demonio.

Cuando nos trajeron el café, sacó de un bolsillo interior lo que parecía un misal pero resultó ser una botellita de licor. Sirvió desvergonzadamente coñac en nuestras copas. Luego, me ofreció una horrible tagarnina birmana, que yo rechacé. Entre nubes de humo le dijo al suizo-alemán que no dejaba de vigilarnos:

—¿También esto está prohibido? ¿Todos los placeres inofensivos están prohibidos por la ley? —luego, para mí—: Iremos a ver al pobre Raffaele.

Pero lo decía alegremente. En fin, allá nos fuimos.

Raffaele tenía la cara tapada con una sábana. Había allí un médico de bata blanca, con una enfermera, de aire hispano esta vez, y un enfermero que mascaba chicle. El médico, un anglosajón de aspecto decoroso, más o menos de mi edad, rellenaba un impreso grapado a una tablilla.

—¿Cuándo? —preguntó Carlo.

—Es usted. Aquí dice Monsig —leyó el médico— nore Campaneighty. Su hermano, claro. Hace unos quince minutos. Hicimos todo lo posible. Ahora, vamos a trasladarlo al depósito. Tendrán ustedes que inscribir la defunción en el ayuntamiento. La señorita Cavafy, de la oficina central, les dará una lista de nombres de empresarios de pompas fúnebres —fue ésta la primera vez que oí el término, cómodo y dignificado—. Mañana a las nueve.

—Tú puedes ocuparte de este asunto —me dijo Carlo.

Incliné la cabeza, indicando que aceptaba el castigo.

—Bien, Ted, ya está aquí Larry.

Acababa de entrar otro enfermero, que no mascaba chicle y con expresión de seriedad honesta. El médico le entregó un impreso y Larry, metiéndoselo en el bolsillo del pecho de la sucia bata blanca, hizo un gesto de asentimiento. Carlo dijo:

—Un momento.

Luego, murmuró unas oraciones sobre su hermano muerto y le bendijo. Yo incliné de nuevo la cabeza y permanecí con ella baja.

—Ahora ya pueden llevárselo —dijo Carlo cuando terminó.

Y, así, se llevaron la cama rodando y rechinando, la enfermera de aspecto hispano sosteniendo la puerta abierta. El fin de Raffaele, brutalmente asesinado por sicarios de la Camorra. Luego, Carlo dijo:

—El niño de la cama del fondo del pabellón largo.

—¿Qué le pasa a ese niño?

—El niño que tenía lo que aquí mi otro hermano dice que es meningitis.

—Ah, ¿es usted otro señor Campaneighty? Qué tal, señor, le acompañe en el sentimiento. Tenía usted razón. Meningitis tuberculosa. Vaya, ¿fueron ustedes los dos caballeros que estuvieron hoy allí? La hermana me dijo algo de un sacerdote. Bueno,

el niño está mejorando mucho. Toma alimento. Ve y oye. Le está desapareciendo la parálisis de las extremidades inferiores. Siempre hay un factor desconocido. La enfermedad sigue el curso que tiene marcado y nosotros damos por supuesto que va a llegar hasta el final de ese camino. Luego, hay algo que la hace desviarse. Sobre todo en el caso de los niños. Con los niños, nunca se puede saber. Perdónenme ahora, tengo que seguir con mi recorrido. Me alegro de haberles conocido, caballeros. Hicimos todo lo que pudimos, pero ya saben ustedes cómo son estas cosas. Tuvo suerte de que le trajeran vivo aquí. En fin, ya me entienden.

Y se fue cabeceando amablemente, dejándonos en una habitación totalmente vacía.

—Ves —dijo Carlo; yo no sabía qué era lo que tenía que ver—. Te preguntarás por qué ese niño. Un niño que no sé siquiera cómo se llama, ni quiero saberlo. Pero los misterios de la voluntad divina están fuera de nuestro alcance.

Ése fue, pues, el milagro. Raffaele Campanati, con quien no se había podido hacer ningún milagro, había sido un ciudadano de Chicago prominente y respetable, un católico devoto que merecía la misa de réquiem que se celebraría por su alma en la catedral el martes siguiente. La presidió el propio arzobispo, y Carlo pronunció lo que empezó como un panegírico y terminó como un anatema. Había mucho público y, concentrados atrás, un numeroso grupo de italianos sureños sin afeitar aquel día como muestra de duelo. Carlo mantuvo la mirada fija principalmente en ellos mientras tañía sonoras palabras en inglés. Su hermano, un hombre con una entrega ejemplar a la virtud y a la justicia, que los estúpidos y los malvados consideraban una especie de debilidad tonta, una incapacidad infantil para adaptarse al complicado mundo de los negocios. Como era un hombre justo, le habían considerado un loco quijotesco; como era virtuoso, le habían tomado por un eunuco; como era magnánimo, había que engañarle y escarnecerle. Por ser como Cristo, había que torturarlo brutalmente, había que mutilarlo, había que dejarle morir como a un perro en una zanja. Carlo dijo:

—Sin embargo, cuando llegue a calcularse el valor del capital que deja, el cúmulo de bienes muebles y de valores inmuebles, se verá que juntar una fortuna no es incompatible con la práctica de las virtudes cristianas. Hay hoy muchos aquí, en este gran templo moderno del Señor, que no han venido por un sentimiento de amistad ni por respeto, sino ateniéndose a formulismos repugnantes e hipócritas, y entre éstos hay algunos que están manchados, enfangados, que apestan a riqueza amasada injustamente, a una riqueza que es fruto de torturas y asesinatos y explotación de la debilidad humana, una riqueza precaria tan insustancial como el oro de las hadas, el oro del demonio más bien, que se convertirá en polvo cuando empiece a recuperar la salud y la virtud esta gran nación temporalmente enloquecida, una tierra angélica para sus inmigrantes que está ahora poseída por los demonios de la codicia, la estupidez y la locura. Hombres de esta ciudad que se consideran ahora poderosos y prósperos, se verán buscando migajas en el arroyo, pero la riqueza de Raffaele Campanati sobrevivirá, como justa recompensa a la justicia.

»Él acumuló esta riqueza en un país que amaba y en una ciudad que amaba, y persistió en su amor aunque tanto el país como la ciudad se hiciesen odiosos y detestables. Clamó pidiendo justicia cuando la justicia estaba aplastada bajo el talón de aquéllos cuyo deber era hacer justicia. Vio grandes injusticias e intentó sacarlas a la luz y que las vieran todos. Pero las fuerzas de la justicia cívica estaban intimidadas por las amenazas de golfos y bandidos convertidos en grandes nombres. La ley se convirtió en lo que es: una triste farsa, un chiste amargo del que sólo se ríe el demonio. Tenemos aquí una ciudad hecha de inmundicia y crueldad y corrupción. Tenemos un país que ignoró el mensaje de la nueva ley del Cristo que vino a salvar a los hombres y aceptó ciego las excéntricas normas de la secta de Rechab. Cristo nuestro Salvador se manifiesta en el vino, pero el vino se consideró maligno y los barriles fueron destrozados y el elixir del sol se vertió en los albañales. Pero no sólo la naturaleza aborrece el vacío sino que esto se cumple también en las leyes de los hombres, y el hombre sólo podía hallar de nuevo el solaz que Dios había considerado siempre un placer saludable y santo, desde el día en que Noé encalló con su arca en el monte Ararat, incumpliendo las leyes del Estado. Sin embargo, cuando incumples una ley del Estado porque puedes considerarla verdaderamente disparatada, te ves arrastrado sin remedio a incumplir otras, y esas otras pueden no ser disparatadas. Y entonces pasa a no haber ley ni derecho, sólo anarquía. Todos bebéis sangre en vuestro licor de contrabando.

»Las palabras que diré ahora las diré en un idioma que muchos de los presentes conocéis. No es mi idioma, aunque lo conozca. Se ha convertido en esta ciudad en el lenguaje del mal, de la violencia, de la corrupción, de la muerte. En ese lenguaje hay una maldición. Escuchad.

Pasó entonces Carlo a lo que identifiqué como el dialecto napolitano, idioma que se destaca por los sonidos que se forman en la parte posterior de la boca y que le hacen, parece, al oído inglés, vagamente aristocrático, aunque sea la lengua de la pobreza y del delito. Escuchando, oí los tonos de maldición y me pareció oír una letanía de nombres. Los que estaban al fondo, sin afeitarse, escuchaban entendiéndolo todo, pero no expresaban esa comprensión con ninguna reacción descifrable de vergüenza, miedo o rabia. Los pesados párpados caían sobre ojos negro tinta y luego se alzaban otra vez. Los propietarios de los nombres, si estaban presentes, no pestañearon por puro acto reflejo, cosa que hasta un perro dormido haría al oír su nombre. Luego, Carlo dijo en inglés:

—Se me ha concedido permiso arzobispal para terminar con la liturgia que exige a los demonios que asedian a los malvados que obedezcan la palabra del Señor y se alejen. Seleccione de esa liturgia lo siguiente.

Y luego, en latín, pero con lo que aún parecía acento napolitano, Carlo aulló las palabras que yo había oído ya en Kuala Kangsar, ordenando al espíritu más inmundo, a cada incursión del adversario, a cada fantasma, a cada legión, en el nombre de nuestro Señor Jesucristo, desarraigarse y abandonar el plasma de Dios.

—*Recede ergo in nomine Patris et Filii et Spiritus Sancti: da locum Spiritui*
Soneto —haciendo cruces y cruces y cruces en el aire. Tenía que haber una reacción en aquel grupo silencioso y hosco, entre aquellos hombres morenos, sin afeitar, tenía que haberla, y la hubo. Un hombre bajo y gordo, de hombros inmensos, se incorporó resollando, una mano en la garganta, otra alzada hacia el techo abovedado. Luego, ambas manos se consagraron a la tarea de abrir el cuello duro, de desnudar el pecho para respirar mejor. El resuello resultaba audible en todas partes, muchos se volvieron un tanto impresionados, para mirar. Los que estaban junto a él, como si temiesen el contagio, mantenían las manos quietas y las ancas pegadas a los bancos, los párpados bajando y subiendo lentamente a diversos ritmos sobre ojos negros e indiferentes. Luego, el hombre cayó de rodillas, chocando con estruendo en el reclinatorio de roble, y la parte superior del cuello le quedó apoyada sobre el respaldo del banco de delante, que estaba, en ese momento, convenientemente vacío. Era una postura de terrible penitencia, pero sólo significaba que estaba inconsciente. Un desmayo, después de todo, no era insólito en una misa larga como aquélla. Se lo llevaron cuatro acólitos con pinta de irlandeses, los ojos cerrados, boqueando, sediento de aire. Carlo terminó su latín, miró furioso a toda la congregación, hizo una última señal de la cruz, y luego bajó pesadamente. Y se reanudó la misa por el alma de Raffaele Campanati.

Estábamos sentados en el prado donde se había celebrado una fiesta nupcial, seis años antes. Una *ombrellone* contra el fiero sol agitaba lánguida sus flecos aunque la brisa era casi imperceptible. La varilla de la *ombrellone* estaba encajada en el centro de una mesa de hierro esmaltada de blanco y redonda en la que había sambuca, grappa y tazas de café vacías. La viuda Campanati, pálida pero sin aparentar sus sesenta y tantos años, estaba sentada, vestido de seda negra, en una silla a juego con la mesa. Y yo igual, con camisa de seda blanca y pantalones grises de franela. Ella había tomado un almuerzo, digamos, desafiadamente copioso. Lo que había desafiado con el almuerzo no era el dolor de la desgracia, sino las consecuencias emotivas de la visita de un trío de camisas negras. Habían llegado aquella mañana mientras yo estaba aún de camino en mi viaje desde Milán. Se habían enterado de que el profesor Gaetano Salvemini había estado alojado en la casa, y Salvemini era enemigo del régimen. Había escrito que Mussolini era una rana toro hinchada y que el único logro fascista había sido, hasta el momento, el invento de una cura brutal para el estreñimiento, y muchas cosas más en el mismo tono. Salvemini había visitado, desde luego, a la viuda Campanati la semana anterior, pero ya no estaba allí. Los camisas negras, sin orden de registro, habían insistido en registrar la casa para buscar documentos comprometedores. No habían encontrado nada pero se habían comportado de un modo insolente y uno de ellos había orinado ostentosamente contra la pared. La viuda Campanati quería irse de Italia. Se proponía comprar una casita en Chiasso, en Suiza, que quedaba a poca distancia en tren. Sería como estar en un pueblo italiano, pero sin camisas negras.

—Oye —le dije—, ¿cómo quieres que te llame?

—Concetta —dijo ella—. Es muy italiano, muy católico. No creo que exista equivalente en inglés. Los chicos me llamaban Connie, un nombre mucho más norteamericano.

Los tonos norteamericanos eran ahora más evidentes que cinco años atrás. También era más marcado el aire norteamericano. ¿Qué era o es ese aire norteamericano? La boca más generosa, menos cauta que en los europeos. También los ojos. Tenía el pelo blanco, cortado en forma escalonada, según la moda. La piel húmeda. Una dieta de leche, quizá. La barbilla firme.

—Concetta Auronzo, eso era yo. Eso dice aún mi pasaporte norteamericano. Lo conservé y seguiré renovándolo. Es ilegal, según el gobierno italiano. Pero no se enterarán nunca. Mi madre decía: «Concetta, hemos salido del Viejo Mundo y hemos venido al Nuevo. No hay que perder esa ventaja. No permitas que vuelva a tragarte el Viejo Mundo».

—¿Y qué puedes hacer tú en un sitio como Chiasso? —le pregunté.

—Vivir. Puedo viajar un poco. Visitar Estados Unidos y llevar flores a la tumba del pobre Raffaele.

Pero lo decía despreocupadamente, como si Raffaele hubiera sido un perro que hubiera conocido allá en Nueva Jersey. Aun así, como si percibiera el tono y quisiera corregirlo, añadió:

—Pobre chico. Con lo bueno que era. Tú no te llevabas muy bien con el pobre Raffaele. Pero me alegro de que estuvieras allí al final. Quizás él se diera cuenta.

—Yo le admiraba. El problema era que él no podía aceptar que un escritor como yo tuviera que meter la mano en el barro y mancharse. Escribir le parecía una actividad más bien pecaminosa. Era un hombre muy recto.

—Oh, sí, muy recto. Y mira a lo que le llevó, pobre muchacho.

A ella no le habían contado con detalle dónde le habían encontrado. Habían hecho que pareciese una muerte limpia.

—Tengo entendido que estaban allí todos, todos de negro, montañas de lirios. Qué hipocresía. Mis propios compatriotas, italoamericanos, católicos, buenos hijos de la Santa Iglesia Apostólica.

Lo decía con amargura y pareció encogerse ante alguna imagen interior, como de una gran araña negra que descendiese de una *ombrellone*.

—Carlo dijo que te apartarías de Dios por un tiempo —expliqué—. Dijo que eso era lo que podía esperarse. Habló de misterios divinos y demás.

—Misterios divinos, todo eso son tonterías —dijo ella—. Hay hombres malos y hombres buenos, así de sencillo. Codicia y malevolencia frente a moderación y decencia. Carlo anda siempre queriendo meter la teología en todo, le echa la culpa de todo al demonio.

—Ése es su oficio.

—Sí, su oficio. En su oficio es necesario que exista el demonio, que exista el mal. Si no existiese el mal, él no tendría nada que hacer. Así que, en fin, tengamos más mal.

Le di un Gold Flake y se lo encendí con el regalo de la cruz maltesa de Alí. No, con un Swan Vesta. Fumaba como una muchacha en un baile, con el pelo recién cardado, encantadoramente, sin tragarse el humo, mojando el extremo de modo que se le rompió el papel en los labios y tuvo que tirarlo tras dos chupadas. Lo aplastó en la hierba marrón con tacón alto y firme.

—Eso no puede impresionarte a ti —dijo—. Tu propio catolicismo... —añadió.

—¿Qué le pasa a mi catolicismo?

—Carlo dice que has perdido la fe y que él te hará volver al redil un día u otro. Cuando tenga tiempo para trabajar contigo. Está muy ocupado ganando dinero, al parecer, en este momento. Para la Santa Iglesia Apostólica etcétera.

—Para la propagación de la fe entre los hindúes y los musulmanes y los taoístas. Y los pobres negros de África sumidos en las tinieblas de la ignorancia. Carlo, como tú sabes mejor que nadie, es un hombre muy notable. Pero jamás conseguirá hacerme volver a la Iglesia. Quizá cuando seamos los dos viejos... Pero no *nel mezzo del cammin*.

Acababa de celebrar mi treinta y cinco aniversario. Una modesta cena en Fouquet's con Hortense y Domenico. Hortense tenía la mejilla izquierda muy maquillada para ocultar la marca purpúrea de un bofetón, Domenico y ella habían tenido una pelea terrible por algo.

—Hazme puro, Dios mío —citó Concetta—, *pero aún no*. San Agustín, apóstol de los napolitanos de Chicago.

Pude entender entonces por qué ella podía ser la clase de persona a quien podía querer visitar Gaetano Salvemini. Luego, añadió:

—Ojalá se pudran todos en el infierno —con un tono muy norteamericano—. Con las imágenes malditas y la ignorancia y la superstición y la violencia y la maldad. Se asustan de un trueno. La Iglesia Católica es capaz de adaptarse a lo que sea.

Era un ataque de amargura, como un pasaje, pero había en él algo de aria, el cumplimiento de algún formulismo obligado. Esperé a que pasara. Por fin dijo, con afecto ya y sólo una leve amargura:

—Carlo cree que el bien triunfa siempre. A la larga. En fin, es una larga demasiado larga —el tono seguía siendo muy norteamericano—. Lo que llaman un optimismo desesperado.

Y luego, con cierto tono de reto, por si yo no quisiese creerla:

—He leído libros, sabes, he procurado mantenerme a la altura de mis dos hijos religiosos. Sigo leyendo libros. He leído algunos tuyos. He cotejado incluso las traducciones italianas con el original. No son demasiado buenos en italiano.

—No son demasiado buenos tampoco en inglés. Pero sigo intentando mejorarlo.

—El grado de perfección que puedes lograr tiene un límite —dijo ella—. A pesar de lo que crea Carlo. Creo que lo que cree Carlo es posible que no sea del todo ortodoxo. Pero la ortodoxia puede ser cuestión de fuerza de voluntad. Carlo cree que puede uno desear cualquier cosa. En fin, con un poco de gracia divina y una oración como plato de acompañamiento. Evidentemente, no has querido ser Shakespeare —con un cierto tono importuno.

—Tampoco Shakespeare —dije yo—. Has ido a dar con la raíz del problema de mi fe. Debería irme contigo a Suiza. Donde el dinero engorda y tictaquean los relojes, y eso no tiene nada que ver con el libre albedrío. Yo fui predestinado a ser Kenneth M. Toomey, escritor indiferente y excesivamente pagado.

—¿Y predestinado a perder la fe? —sonreía—. Es un poco duro, diría yo. Dios deseando que tú no creas en Él.

—Bueno, yo creo verdaderamente en Él, sea lo que sea. El enigmático Jehová del Antiguo Testamento. No sé si es bueno o es malo, pero sé que está ahí. Haciéndonoslo pasar muy mal cuando se digna ocuparse de nosotros.

—Es algo relacionado con la sexualidad, ¿no? —y me miró directamente a los ojos—. Leí esa novela de Aldous Huxley. Lo mejor era la cita del... ¿cómo se llama?

—¿El epígrafe?

—Ésa es la palabra. *Creado enfermo, se le ordena ser sano*. Bueno, no quiero

decir que estás enfermo. El pobre Raffaele hablaba de enfermedad, pero el pobre Carlo no puede creer que exista realmente.

—Existe, no hay duda. Si sólo hay un tipo de salud, es indudable que debo estar enfermo. Pero no me siento enfermo. Este mundo de posguerra está aprendiendo a separar el acto sexual de la procreación. La Iglesia dice que es pecado. Pero es algo elegido deliberadamente, un acto sano de una voluntad libre perversa. Si es pecado, yo estoy predispuesto al pecado. La Iglesia y yo no podemos estar de acuerdo en esto. Así que estoy fuera de la Iglesia. Así de simple y así de injusto.

—¿Has hablado de esto con Carlo?

—Él sólo saca a colación el pecado de Sodoma. *Kaum nabi Lot*.

Entonces, llegaron las lágrimas. Las contuve en sus conductos.

—Carlo escribió sobre... No, no lo mencionaré. Amor entre hombres. Esto le parecía perfectamente. Eso es malayo o árabe o... eso que decías, ¿no? Sí, escribió sobre eso. Desgracia, desgracia. Qué mundo éste. ¿Quieres echar una siesta?

Contenidas, las lágrimas se rebelaban y lograban salir.

—Lo siento. Perdón, perdón, perdón.

Y me estremecí sollozante en aquella silla blanca de hierro, las manos en los ojos, mientras ella me daba palmadas en el hombro con seca simpatía. Después de todo, ella necesitaba simpatía y comprensión también. Dijo:

—La agencia de Milán se dio mucha prisa para localizar a alguien. Un importante profesor de arte de Filadelfia en lo que él llamó año sabático, queriendo decir un domingo de un año de duración. Tiene mujer y siete hijos y se instalará aquí a finales de mes. Luego, no sabemos qué hacer. ¿Vender la finca? Italia está llena de *palazzi* invendibles. ¿Hay algún cuadro que tú quieras negociarme en París? No logro decidirme a sacarlos todos a subasta. Supongo que el lugar más indicado sería Londres, Christie's o alguien así. Creo que tendré que esperar a que vuelva Carlo.

—Lo siento, lo siento muchísimo.

—No te preocupes, es mejor desahogar —me di cuenta de que mi llanto resultaba molesto para ella pero no podía reprochárselo—. Duerme esa siesta. Tengo que escribir unas cartas.

En mi fresca habitación con las persianas cerradas y los finos cuchillos de aire y luz que entraban a través de las lamas, lloré hasta dormirme en un arrebato quejumbroso y estridente. Oí brevemente un par de voces de criados en el pasillo, murmurando sobre ello, complacidos, sin duda, de oír alguna manifestación ruidosa de dolor, al menos, pues la *vedova* Campanati había mostrado una tranquilidad antinatural frente a las dos desgracias que se habían producido, además, casi simultáneamente. Tuve el sueño que podría esperarse: una fusión de Raffaele y Philip devorada por algo en los desiertos australianos. Desperté aterrado y vi con asombro que estaba grotescamente hinchado y derramando semen sobre la blanca sábana de arriba. Vi, en el instante previo al despertar, el letrero metálico del Hotel King's Cross en la fachada blanca, y oí una voz que decía *Oh, hombres de poca, fe*. Y luego, la

emisión de semen.

Fuimos sólo dos en la cena. *Zuppa di verdura*, filetes de ternera, un *zabaglione*, un *spumante* muy frío para beber.

—Éste, por ejemplo —dijo ella, refiriéndose al Tommaso Rodari que había sobre el aparador (¿estaba allí la última vez? Me pareció que no) de Lot y sus hijas. *Nabi Lot*, tras huir de los sodomitas incinerados, listo ya para convertirse en un borracho incestuoso. ¿Había en ello una sutil malicia? Me pareció que no, a juzgar por su mirada, seria pero no triste.

—O algún otro, elige el que quieras.

—Es una responsabilidad demasiado grande —dije—. Gracias, de todos modos. ¿No esperará tu profesor sabático estar rodeado de grandes obras del arte italiano, sin ningún cargo extra?

Luego, sobrecogido de nuevo, percibí una súbita hinchazón que se iniciaba, oculta de momento tras el damasco blanco: ¿qué demonios pasaba? Rápidamente, dije:

—El 17 de octubre. Ese día será el concierto de Domenico, un gran acontecimiento. ¿Vendrás a París? Podrías instalarte en mi casa, hay sitio de sobra.

—Ese concierto —dijo ella, el leve estrabismo venéreo chispeando, como con tanta frecuencia en su nuera, con leve ironía—. Interpuso ese concierto entre él y el funeral de su propio padre. Se dedica a borrar cosas y añadir y a pegarle a la pobre Hortense, el gran artista no puede abandonar su arte sublime ni siquiera por una muerte en la familia. ¿Es bueno ese concierto?

—Sólo he oído unos fragmentos. Además, no soy buen juez. ¿Vendrás? Estoy seguro de que disfrutarías.

Una sugerencia peligrosa con aquella hinchazón palpitante bajo el mantel. Pero entonces, apareció la vieja Rosetta, que no había entrado en el comedor hasta entonces, con el café y una áspera mirada para mí, descubierta ya quizá mi incontinencia de la siesta. La hinchazón, retrocedió turbada.

—De acuerdo, allí estaré. Aunque yo tampoco soy buen juez. No hay sensibilidad musical en ninguna de las ramas de la familia. Bueno, eso tampoco es cierto. Su padre frecuentaba muchísimo los camerinos de la Scala. Cuando había una ópera que tuviese *ballet*. Nunca le interesaron gran cosa ni Puccini ni Wagner, apenas había piernas.

No pude evitar una sonrisa ante aquella actitud: no correspondía ni a la viuda ni a la madre de acuerdo con la tradición mediterránea.

—Raffaele —dijo con firmeza—, me refiero a mi marido, no a mi hijo, se quedó parálítico como consecuencia de la sífilis.

—Dios santo, no tenía ni idea —derramé incluso el café.

—No tenía nada que ver con las *belle ballerine* de La Scala. Buenas chicas, limpias casi todas. Pero en Milán hay chicas de otra clase, chicas no tan buenas ni tan limpias, por no mencionar ya otras ciudades a las que los hombres de negocios

acuden en sus negocios. Raffaele tuvo el detalle de contraer esa afección casi ya al final de su vida, cuando no podía causar ningún daño en su casa. Iba a misa todos los domingos, por supuesto. No había cometido ningún pecado. Sólo había hecho lo natural en un buen hijo de la Iglesia. Quizá te estés preguntando por qué te explico todo esto.

—Supongo —dije, consciente ya de una flaccidez total— que querías contárselo a alguien algún día.

—Domenico se parece bastante a su padre en el carácter. Pero creo que ha mostrado más, cuál es la palabra, prudencia —sonrió, sin la menor amargura—. *Prudenza*. Por cierto, que así se llamaba una de las amantes que más le duraron a Raffaele. A mi marido, quiero decir, claro. Domenico por lo menos no ha engendrado *bastardini* en los pueblos de los alrededores. Bueno, que sepamos. Tu querida hermana —bebió el café sin el menor temblor— ha aceptado una buena carga. Pero me alegro de los gemelos. Los gemelos son adorables. Domenico parece no creerlo. Cree que Hortense debería regular sus llantos y gritos con más eficacia. Le interrumpen en la composición de sus *concerti* y demás. Los gemelos —añadió— tienen muchísimo de su madre, pero tienen poco de su padre. Quiero decir físicamente. Creo —y me miró directamente a los ojos— que Hortense es una chica muy buena pero una chica no demasiado buena.

—Creo que no sé muy bien lo que quieres decir —dije.

—Oh, vamos. Una chica con fuego y espíritu y quizá con talento. Tengo entendido que ahora se dedica al arte, a la escultura, me parece. No se dejará amilantar, supongo, por el gran músico Domenico. Creo que si él le pega, ella le responde. Todo esto le va muy bien a Domenico. ¿Quieres que salgamos a dar un paseo por el jardín? Hay una luna espléndida y quizás oigamos cantar a un ruiseñor.

Dio a esta última palabra la misma entonación levemente burlona que había dado a la palabra *concertar*, algo ostentoso y masculino y sexual y carente de cualidad nutricia en su sustancia básica. Oropel y burbujas, no pan. La charla sobre Hortense había resucitado, no vergonzosamente, pues era sin duda un trastorno patológico, la hinchazón. Pensé en agua helada y sentí una reducción suficiente. Conseguí levantarme de la mesa sin problema.

La luna era como una rodaja de mantequilla bretona con venas fromáticas y un ruiseñor derramaba ridículas cadencias. Las higueras exhibían lacios mitones y las adelfas desbordaban joyas sin corazón.

—¿Lamentarás dejar esto? —dije.

No me contestó. Dijo:

—Hortense lloró cuando habló de su madre. Lloró más cuando habló de su padre. Hablaba de traición, lo cual es una tontería. No puedes ser fiel a los muertos.

—Lo que la trastornó fue lo rápido que ocurrió todo. Antes que sus zapatos envejecieran. Las carnes asadas del funeral y demás. El muerto, en realidad, es él, imagino. Le telefoneé desde Nueva York. Parecía un extraño. No había nada que

decir. Pareció desilusionarle el que no fuese un posible cliente. Quizá la paternidad sea un disparate en el fondo.

—Salvo que sea —dijo ella, siempre dispuesta, como Carlo, a un pequeño ramalazo de sinceridad— una relación deseada. Me alegro de tener a Hortense por hija. No hay nada más estúpido que una relación de parentesco *político* impuesta. Es algo muy frío, es como alguien que te impone el Estado. Es mejor en italiano: *nuora*. Y tú, claro, deberías ser un hijo, dado que eres su hermano. Pero no creo que necesites a nadie.

—Yo necesito a alguien —dije, ferozmente, y luego—: Olvídalo. Te dará una imagen falsa —y luego—: Amiga. Eso tiene un delicado matiz neoclásico. Parece alguien que es más que familia, más que una relación sexual. Te acuerdas de Cyrano... justo antes de morir, lo que le dice a Roxane. No recuerdo cómo es en francés. *Sólo he tenido una amistad en mi vida y vestía ropa de seda* —y luego—: Considera, si quieres, mi casa de París como otra casa. Hay sitio de sobra. Y —añadí— no encontrarás pastorcitos thorwaldsenianos retozando y divirtiéndose, signifique eso lo que signifique. La gente no cree que los heterosexuales estén siempre en acción, ¿por qué habrían de estarlo los demás?

Sonrió mientras cruzábamos bajo el quercu bañado por la luna, o quizá fuese un ciprés. Yo dije, ferozmente como antes:

—Necesito a alguien. Encontré a alguien. Perdí a alguien. Nosotros somos lo mismo que los bendecidos por la Iglesia y por la biología, ¿lo comprendes? ¿Lo comprendes?

Y, como burlándose, el demonio empezó a retroceder al fondo de mi vientre.

—Carlo —dijo ella— me contó todo lo de Malaca. Tú esperabas que él hiciera un milagro, me dijo.

—¿Te lo contó todo?

—Sus cartas son como notas preparatorias de cartas. Decía algo de que Dios era quien tomaba las decisiones. Mencionaba a un niño desconocido de aquel hospital de Chicago. Yo no creo en los milagros. Ahora tendré ocio suficiente para determinar qué es exactamente lo que creo. Pero seguiré manteniendo la fachada. Tengo dos hijos muy santos —se volvió hacia la casa y yo hice lo mismo—. Aceptaré tu oferta —dijo—. Gracias. Chiasso puede resultar algo aburrido.

Envolví mi itifalo aquella noche en toallitas, advirtiéndole que las sábanas, ostentosamente remetidas en las esquinas, estilo hospital, habían sido cambiadas. Desperté seis veces para descubrir una efusión de semen en cada caso, no menos copiosa la sexta que la primera. Estremecido, pero no perceptiblemente más débil, fui a ver a un médico de Milán, Ennio Einaudi, primo carnal de mi editor italiano. He de decir aquí que no había ido a aquella parte del mundo sólo para ver a la viuda Campanati. Con las restricciones que habían impuesto los fascistas a la exportación de liras, tenía que recoger mis derechos de autor en metálico y gastarlos dentro de las fronteras del territorio italiano, ya que aún no se había creado el nuevo imperio. Fue

entonces cuando empecé a utilizar los servicios de un dentista romano, salvo, claro está, durante la guerra, que aún quedaba a catorce años de distancia. El doctor Einaudi, un hombre de barba de unos cincuenta y tantos, me dijo que padecía espermatorrea, un trastorno muy raro en Italia, relacionado, según los libros de texto, por lo menos, con el sentimiento de culpa, el exceso de trabajo, la depresión y, no quería que le interpretase mal, la soledad. Cuando el impulso sexual se manifestase, dijo, debía aprovecharlo. Él mismo, a juzgar por las voces múltiples y estridentes de niños que llegaban con un aroma a queso de *riso al burro* cuando se abría la puerta de su sector de vivienda, era un hombre que siempre había aprovechado tales impulsos. Yo no dije nada de mi homosexualidad pero, siguiendo su prescripción, recogí a un emigrante siciliano solícito, moreno y flaco a la sombra del Duomo, que me condujo a un albergue complaciente y sucio por la tarde. Así es que volví de nuevo a las pulgas, el sudor, las tripas sueltas y la penetración brutal. No me visitó ninguna visión reprobatoria de Carlo o Raffaele, del joven, o del pobre y bienamado Philip, aunque mi madre atisbó brevemente por la ventana sin parecer reconocermé. Fue un acto terapéutico, realizado en un medio que distaba mucho de ser aséptico. El trastorno empezó a desaparecer y desapareció aún más en París, aliviado con argelinos o enfriado con sus recuerdos, los de algunos de ellos. Eludí así el derrumbe esperado.

17 de octubre, en la Salle Gareau. Buen público, que había acudido sobre todo a oír Albert Poupon, pero Hortense y yo y Concetta Campanati estábamos en compañía de Antheil y Pound y, Dios sabe por qué, las señoritas Stein y Toldas, dispuestos todos a tranquilizar y alentar al sudoroso Domenico. La Orquesta del Conservatorio dirigida por Gabriel Pierné (al que se recuerda ahora más por su obrita de faunos) empezó con dos *Nocturnes* de Debussy (*Nuages y Fêtes*, *Sirènes* exigía un coro femenino que siempre era una lata en los ensayos y que subía, además, los costes) y luego, Poupon salió a recibir unos aplausos claramente excesivos.

Era como un próspero tendero provinciano cuyo pasatiempo fuese el baile, calvo, con un trasnochado bigote de morsa, clavel cabeceante en el ojal. Pasó dos minutos insoportables ajustando el asiento del piano, restalló todos los dedos de un modo que parecía indicar que estaba contando el tiempo para Pierné, luego lanzó los dos compases del solo de apertura. La orquesta, máquina de viento y címbalo siseante y xilófono y todo, resonó y chilló y gritó cinco temas simultáneos en cinco claves distintas, cada uno de ellos, separadamente considerado, tan trivial como los demás. Allí estaba, pues, el concierto de piano de Domenico, primer movimiento, *allegro con anima*, politonalmente al día y, sin embargo, extrañamente anticuado, con sus riffs de jazz sentimentales en trompetas gua-gua y trombones deslizantes. Domenico observaba y escuchaba con una especie de sobrecogimiento incrédulo: Dios santo, qué genio tan terrible e inesperado poseía. El segundo tema sobre un solo de piano con acompañamiento de secciones de cuerda independientes con sordina lanzando acordes como una representación de sufrimiento valeroso era una especie de melodía de blues con tercera y séptima aplanadas: yo estaba seguro de que Domenico jamás

podría haber vendido aquello en Tin Pan Alley. El desarrollo era breve porque Domenico no sabía desarrollar, y la coda, cuando llegó al fin, guardaba una embarazosa semejanza con *Adelante soldados de Cristo*, aunque bien aderezada con disonancias. El movimiento lento parecía el arreglo de alguno de los temas puccinianos de *I poveri ricchi* pero era notable por sus arabescos de mano izquierda grotescamente burlones, era evidente que Domenico se avergonzaba de un don lírico romántico pasado de moda que era en realidad lo único que tenía. El *moto perpetuo* final era todo trucos y ruegos de artificio, pedos y gritos, y un fugato que Domenico no tenía suficiente destreza en el contrapunto para convertir en algo más que una burla insulsa de alguien insuficientemente habilidoso con el contrapunto. Batacazos, bramidos, una melodía como *Some Of These Days*, un crescendo de tambor supletorio, deslizamientos contrarios sobre claves blancas y negras, discordancia aguda con trompetas y cuernos tremolando, la escala cromática interpretada en un cortísimo sincrónico, y eso fue todo. Aclamación (*c'est de la musique moderne, mon pote*), Poupon señalando gentilmente a Domenico entre el público, haciéndole levantarse, inclinarse, sudar, parecer modesto, sonreír bobaliconamente, sentarse luego. Aplaudimos todos muchísimo salvo la madre de Domenico, que tamborileó suavemente en la palma derecha con tres dedos de la mano izquierda. Intermedio. La segunda mitad iba a consistir en la *Séptima* de Beethoven. Los amigos de Domenico, que no querían que se pusiese en duda su lealtad, no pensaban quedarse a oírla. He de decir de nuevo lo que he puesto ya en mis labios como personaje, es decir que yo no era, no soy, un buen juez musical. Por otra parte, estaba convencido de que Domenico tenía un futuro en la música, pero aún no era posible adivinar qué dirección seguiría, estábamos aún en 1925.

—En fin, ya lo hemos presenciado —le dije a Concetta mientras tomábamos una última copa de coñac con soda bajo la bendición de mis lámparas de pie color rosa—. El triunfo de Domenico. Tú deberías estar también muy orgullosa.

—No te burles —estaba elegante con su traje de lana negro de Worth con perlas—. Deja las burlas para Domenico. ¿Te ha hablado de su próximo proyecto?

—No me ha dicho nada.

—El dinero que le dejó Raffaele. Dice que va a utilizar una parte de él para disponer de tiempo para escribir un Réquiem. In memoriam de su *caro fratello*. Espirituales negros, no sé muy bien por qué. Un *Dies Irae* con silbatos de la policía y mecanógrafas de Chicago como dice él.

—¿Dijo él eso?

—Dijo que la pieza ha de combinar lo extravagantemente moderno y lo austeramente tradicional. Una gran orquesta con saxofones. Coros dobles y niños en el estrado del órgano. Procura quitarle eso de la cabeza, por el amor de Dios.

—El nombre más adecuado para eso es Carlo. Combina en una sola persona todos los tipos precisos de autoridad: espiritual, familiar, artística. Además es muy enérgico. Pero no creo que tengamos que preocuparnos. Domenico no es ningún

Verdi. Todo el vigor de la obra de esta noche me pareció artificioso. Más ruido que vigor.

—Es una lástima que le alabasen tanto. Ese hombre estrambótico... Cómo se llama, ¿Anthill?

—George Antheil. Él mismo se llama el chico malo de la música.

—Y esa mujer judía gorda. Y esa especie de satélite que lleva siempre al rabo. Temo por la pobre Hortense cuando se acuesten esta noche. Si muestra la menor tibieza, él utilizará también los puños, estoy segura.

—Ella siempre puede romperle la crisma con su busto de André Gide. La escultura es un arte muy sólido.

—No sabía —dijo Concetta cogiendo del suelo, junto a su silla, un ejemplar de *Woran Sie Sich Nicht Erhmern Will*— que leyese en alemán.

—Estoy aprendiendo. Tengo que aprender. Strehler es absolutamente increíble. He hecho algo que nunca habría soñado que haría (bueno, desde mis tiempos de Henry James): le he enviado una carta efusiva de colegiala, en inglés por supuesto. Aún no he recibido respuesta. Quizá le envíen miles. ¿Tú conoces su obra? Si no, debes conocerla. Es absolutamente...

—*Doch ais uns der Fliegenpilz seine Wirkung entzog, als kein Glück mehrnacbdämmern wollte* —leyó, con un acento leve y ágil que no evocaba nada del norte teutónico—, *als wir uns...*

—Pero —dije, asombrado— realmente, nunca dejo de...

—Mi herencia del Alto Adige —dijo ella—. Esto parece bueno.

Estábamos en 1928, y los dos, y únicos, hijos de Hortense eran ya seres humanos parlanchines, que declamaban para su tío o *tonton* o *zio* Ken el tipo de términos macarrónicos que podía esperarse en niños trilingües, que utilizaban *strap* para decir rasgón, llamaban a la luna la *lun* y a los grifos de agua *robinettes*. Les habían impuesto las diferencias sexuales convencionales en el vestido y en el peinado; por lo demás, cuando no estaban en el baño eran el mismo niño por duplicado. «*Soyez sages*», les advertía Hortense, vestida para el viaje, el taxi, como nos había enseñado a decir Eliot, esperando ya vibrante. Ella y yo íbamos a ir a Londres a la boda de nuestro hermano Tom. Se casaba con la chica a la que el lector ha conocido ya fugazmente, aquella estúpida que había sido tan grosera conmigo cuatro años atrás en Scott's, la que se llamaba Estella. El aya de los gemelos, un aya nueva de Gattières del Var, cuarenta y tantos, desilusión en la mirada y el color del barro del Var, cetrina, medias siempre arrugadas en rústicos tobillos, gran chupadora de cachú, desdichadamente bautizada con el nombre de Désirée, aseguró a su señora que los niños serían *sages*. Domenico sería *sage*, también al menos en su propio hogar. Parecía lamentar sinceramente que Hortense hubiera de irse, aunque sólo fuese por unos días. Tenía los ojos húmedos cuando la abrazó. Estaba guapo como siempre, aunque empezaba a encanecer de ese modo que se considera distinguido, pero la gordura empezaba a desbordarle, al modo italiano. También yo estaba encaneciendo pero me mantenía delgado como si me devorasen continuamente los gusanos de varios tipos de remordimientos: mi aberración sexual, mi prosa mediocre y mercenaria, el hundimiento de mi fe. Hortense, que se aproximaba ya a los treinta, nunca había sido tan hermosa y tan elegante. Llevaba un traje de lino verde pálido de falda corta con adornos haciendo contraste en verde más oscuro y en blanco, dobladillos horizontales en la falda acampanada y en las mangas de la chaqueta, chaleco abotonado hasta la cintura, sombrero de ala ancha con cinta de seda moteada y flecos en los extremos, abrigo de lana suave con cuello de piel, mangas con los puños también de piel y acampanadas. Los tacones altos le daban una estatura casi igual a la mía. Me sentía, como siempre, orgulloso de que me vieses con ella.

Domenico no había compuesto, claro está, aquel Réquiem amenazador. Había ganado dinero con unas series graduadas de ejercicios de piano para los jóvenes al estilo de *Mikrokosmos* de Bártok, que llevaban el airoso título de *C'est Notre Monde, les enfants!* Había escrito otras cosas además. Estaba trabajando en una serie de cuartetos politonales para varias combinaciones. Le fastidiaba haber alcanzado el límite de la disonancia. Un acorde extraído de toda la escala cromática era, en realidad, lo máximo a lo que uno podía llegar si no utilizaba los microtonos de Haba, ya esbozados en una canción de Gerard Manley Hopkins. Poco sabía él que iba a abrirsele muy pronto su verdadero mundo.

«*Tesoro, tesoro!*». El busto de Domenico que había esculpido Hortense y que

mostraba la verdadera hosquedad bajo el encanto milanés contempló con hoscos y ciegos ojos la partida. Nos fuimos entre las voces de los gemelos que pedían *cadeaux* de Londres, fuese esto lo que fuese. Fuimos hasta Orly y allí abordamos el biplano de Imperial Airways que salía una vez al día para Croydon. Aquéllos eran los buenos tiempos de la aviación, con la tierra y el canal casi palpables debajo, el frescor natural del aire más abajo, las incómodas sillas de caña que rechinaban antifónicamente con el estruendo del motor, y el café en termos. Un autobús de la compañía nos llevó de Croydon a la central de West End, y luego hicimos un corto trayecto en taxi hasta el Claridges. Cuando Hortense y yo nos sentamos en el salón de nuestra *suite* a tomar unos martinis secos y contemplamos las fachadas holandesas de Brook Street, nos vino a la memoria una época anterior, el Londres de época de guerra, mi primer éxito en el teatro, el cacao de la hora de acostarse, una pierna artificial, una radiante colegiala fascinada en su inocencia por el gran libro prohibido del sexo. Y, hablando de libros prohibidos, allí estaba todo en el *Evening Standard*: el proceso contra *The Well of Loneliness* de Radclyffe Hall. Hortense leyó en voz alta las palabras del primer magistrado:

—«Lo más grave del libro es que no indica que los que tienen las horribles tendencias que en él se describen sean en modo alguno dignos de reproche. Se presenta a los personajes como personas agradables y dignas de admiración». —Alzó los ojos y me miró—. Dice que hay cuarenta testigos, y que se niega a escucharlos. ¿Por qué no eres tú uno de los testigos, Ken?

—Si él se niega a escuchar, no tendría mucho sentido, ¿no crees? —frunció el ceño—. Lo siento. Me lo pidieron. Se lo han pedido a muchos escritores. Pero la verdad es que no fui capaz de leer ese maldito libro. Está muy mal escrito. ¿Lo has leído tú?

—Había un ejemplar por el estudio. No sabía de qué trataba, pero, de haberlo sabido, lo habría leído.

—Trata de lesbianismo.

—Ahora me entero, qué tonta soy. ¿Y qué es lo que *hacen*?

No pude evitar una sonrisa. Me había hecho la misma pregunta muchos años atrás, en una sala de estar de Londres no muy distinta a aquella, aunque entonces sobre los hermanos en desviación, no las hermanas.

—Al parecer, no hacen gran cosa, salvo enamorarse unas de otras. No hay descripciones apasionadas de cunnilingus o de uso de consoladores, si es eso lo que esperas.

—¿Por qué haces que todo parezca tan frío, tan horrible? —y luego—: Hay una mujer que se llama Rebecca West aquí. ¿La conoces?

—Una escritora muy buena. Fue amante de H. G. Wells.

Ése no es su verdadero nombre. Es el nombre de un personaje de Ibsen. Fue también actriz, sabes. ¿Qué es lo que dice?

—«Todo el que conoce a la señorita Radclyffe Hall está dispuesto a apoyarla.

Pero no les resulta nada fácil defender *The Well of Loneliness* por la simple razón de que no es, y en un sentido que resulta particularmente molesto en las circunstancias actuales, un libro demasiado bueno».

—Eso es exactamente lo que habría dicho yo. Pero me pareció mejor no decir nada.

—¿Y si un hombre hubiera escrito un libro malo sobre hombres haciéndolo habrías considerado que era mejor callarte?

—La única defensa que puedes alegar ante un tribunal es el valor literario que, para ellos, erróneamente, claro, es casi sinónimo de valor moral. Ya sabes, como *El paraíso perdido*. Me parece un error fingir que un libro es bueno cuando no lo es.

—Pero ésa no es la cuestión, ¿no? La cuestión es sin duda que la gente debería poder escribir lo que quisiera. Lo mismo que debería poder esculpir lo que quisiera. Suponte que quiero esculpir lo que tú a tu manera fría y desagradable llamarías los órganos sexuales masculinos...

—Nada te impide hacerlo, siempre que no lo exhibas públicamente. Pero mi modesta opinión es que habría cosas mucho más bonitas que esculpir. Mira, no entiendo por qué hay que presentar hipócritamente a los malos artistas como buenos (me refiero a los artistas que son claramente incompetentes, como lo es Radclyffe Hall), sólo porque se diga que están ensanchando las fronteras de la libertad de expresión, o, ya sabes lo que quiero decir, demostrando que no debería haber límite alguno en cuanto a la materia temática. No quise ponerme en una posición falsa, como tampoco quiso hacerlo Rebecca West.

—Creo que has sido un cobarde asqueroso.

—Hortense, no debes hablarme así, de verdad.

—Porque podrían haber dicho en el tribunal: «¿Es usted homosexual, señor Toomey, como la autora de este libro?».

—No se atreven a hacer preguntas de ese tipo. Una pregunta así quedaría eliminada del proceso. La sexualidad de un individuo es una cuestión personal.

—No, no lo es según la ley, como muy bien sabes. Qué harías si alguien escribiera una gran obra maestra, una obra maestra, una obra grandiosa sobre un homosexual varón e interviniera la ley calificándola de abominable y horrible y demás...

—Defendería con todas mis fuerzas el derecho a publicarla. Y lo harían muchos otros también. Independientemente de sus tendencias sexuales. Y entonces, habría un clamor tal en la prensa y en el Parlamento que se introducirían cambios en las leyes.

—Pero no dirías: «Yo también soy homosexual y puedo por ello confirmar o afirmar o lo que sea que es verdadera la descripción que hace este escritor de la homosexualidad».

—No lo haría dado el estado actual de la opinión pública.

—¿Quieres decir que tienes un bonito público de clase media y que te asustaría perderlo?

—Lo que un hombre, o una mujer en realidad, debe estar dispuesto a soportar, ha de tener un límite.

—Oh, Dios mío, eso es repugnante. Realmente repugnante. ¿Acaso pensó Jesucristo que había un límite?

—Jesucristo era excepcional en todos los sentidos, Hortense, tu cuñado Carlo diría que eso es blasfemia.

—Bah, al diablo Carlo, ese cerdo gordo, más gordo que nunca desde que está viviendo en la gorda Roma, gordo engulleespaguetis. No veo la diferencia entre defender tu fe en el derecho a hacer el amor a quien desees y lo otro.

—¿Qué es lo otro?

—Ser el Hijo de Dios y traer el reino de los cielos y todo lo demás. Aquellos judíos viejos del Hedrom, o cómo se llamase, también lo consideraban algo blasfemo e indecente.

—El Sanedrín. Cristo predicaba una doctrina sobrenatural. Al homosexual se le considera infranatural.

—De acuerdo, eso significa que ambos van contra la naturaleza, sea ésta lo que sea. Estás rondando ya los cuarenta, Ken Toomey, y has sabido situarte muy bien. Deberías estar en las calles de Londres defendiendo los derechos de los antinaturales.

Percibió el aspecto cómico de aquello y no pudo evitar sonreír. Yo dije:

—He hecho un libro, tú lo sabes, un libro corto. Quería que lo publicase Ford. Con seudónimo, claro.

—Oh, sí, claro. No debemos perder a esos buenos lectores de clase media, ¿verdad? Sírveme otro de éstos.

Me levanté y llevé los vasos hasta la jarra mate que había en el aparador.

—Lo que cuenta es el tema, no el nombre del autor. Se editará el año que viene, se imprimirá en una imprenta privada. Una parte de él, en realidad. Tus amigos los Crosby...

—No son amigos míos. Ni me conocen ni les conozco.

—Está bien, no son amigos tuyos. Pero son los que lo van a hacer. Es un principio. Será un material impreso sobre el que no podrán lanzarse los magistrados. Así que no sigas diciéndome lo de que sólo escribo para ese público de clase media.

—Sí, en la impúdica ciudad de París todo es posible. Pero no te atreverías a arriesgarte aquí en Londres publicándolo con tu nombre.

—No quiero correr ese riesgo. Todavía. Ya llegará el momento —y luego, devolviéndole el vaso con ginebra y un toque de vermut, dije—: El adulterio, por ejemplo. ¿Apoyarías tú un libro sobre los placeres del adulterio?

Tomó el vaso y bebió.

—Adulterio —dijo— es sólo acostarse con alguien con quien no estás casado. Puede ser malo, pero no es antinatural. ¿Por qué sales ahora con eso? ¿Qué ronda por tu mente fría y ruin?

—Bueno, nada, nada en realidad. Simplemente pensaba en ello. Como

mencionaste a los Crosby, me vino eso a la cabeza.

—Te digo que no conozco a los Crosby. O más bien que los conocí unas horas, y que estaban borrachos y que eran desagradables. Lo que en realidad quieres saber es cómo van las cosas entre Domenico y yo. Y yo digo que eso no es de tu incumbencia, Ken Toomey.

—Perdona. Mero interés fraternal, nada más —y luego—: ¿Va todo bien? ¿Realmente bien? Quiero decir, aparte de ese carácter horrible que tiene y que disculpa con lo del temperamento artístico, el muy imbécil, y de su tendencia a actuar violentamente con su propia esposa y a andar por ahí acostándose con otras sin la menor, discreción.

Hortense frunció los labios y me miró malévolamente, sujetando el vaso como si se dispusiera a tirarme a la cara su contenido. No quedaba mucho líquido, así que, muy razonablemente, prefirió bebérselo. Luego, se levantó e intentó llenar de nuevo el vaso. Se lo cogí como antes y repartí entre los dos lo que quedaba. Entonces dijo, muy razonablemente:

—La mayoría de los matrimonios son lo mismo. Todo es cuestión de saber a qué cierras los ojos.

—¿Los dos, quieres decir?

—Yo —dijo, con adorable frialdad— he sido fiel. Durante los últimos cinco años he sido absoluta y totalmente fiel. Fidelidad, fidelidad marital, por si no conoces la frase.

—Pero hace cinco años no fuiste fiel.

—Y tú sabes por qué, y además no es asunto tuyo.

—Comprendo. ¿Lo del Baile de las Artes no fue el único desliz?

—Desliz, ¿qué quieres decir con eso? Desliz... Aquello fue una especie de, había un nombre para eso...

—Saturnalia. Licencia ritual. Comprendo. Pero ¿las otras cosas fueron sobrias, deliberadas, se perpetraron con plena conciencia?

—Me resultas odioso cuando hablas así, eres un hipócrita, lo mismo que ese juez o que un maldito jesuita. Todo eso se acabó ya, además.

—¿Aún no sospecha Domenico que su semilla es estéril?

—Haces que todo parezca horrible. Claro que no, imbécil. Hemos llegado al acuerdo de que no queremos más hijos, y que el gordo Carlo se vaya al diablo. Cree que me han colocado una cosa.

—Domenico es tonto de remate.

—Sea lo que sea, es concretamente el hombre con quien me casé. Y ésa es la cuestión. Pero dejemos de hablar de él. Ya te he dicho más de lo que debía. Dejemos el tema, ¿quieres? Quiero cenar, luego tendremos que ver esa película estúpida.

—No tienes que verla. Y en realidad yo tampoco.

—No digas tonterías. *Tengo* que verla. Tengo que comprobar lo mala que es.

—¿Cómo sabes que es mala?

—El libro es malo, ¿no?

Suspiré.

—Pobre muchachita, rodeada de arte mediocre. Mis libros, la música de Domenico...

—Deja ya de hablar de Domenico.

La película, la tercera basada en un libro mío, era una adaptación de la novela *Wasting in Despair*. La había hecho una empresa alemana, Universum-Film-Aktiengesellschaft, UFA, una de las versiones recortadas menos siniestras de aquéllas en que pronto se especializaría horriblemente la lengua del Estado alemán. El director era Arnold Fanck e interpretaba el primer papel femenino Leni (Helene Bertha Amalie). Riefenstahl, que sería posteriormente la Egeria de Adolfo Hitler. A Fanck le volvía loco la montaña e hizo muchas películas de montaña, con la esporádica colaboración de Pabst. Leni Riefenstahl era mejor bailarina que actriz. Mi novela trataba de un joven que se enamoraba de una bailarina, y, rechazado por ella, se iba a los Alpes suizos a esquiar y a olvidar. Quizá la trama fuera, sea, absurda, con la aparición de la bailarina con su grupo de danza en Zurich, un encuentro, un último alegato del enamorado galán, su intención expresa de salir a esquiar con una gran ventisca, o algo así, y con la esperanza de morir. Ella, enternecida, alarmada, le sigue y demuestra ser una esquiadora experta. Tormentas de nieve, avalanchas, amor en un saliente helado, final feliz. Creo que en alemán se titulaba *Bergensliebe*, y en inglés, de eso estoy seguro, *Una montaña de amor*. Fue una de las últimas películas mudas. Cuando Hortense y yo íbamos en taxi hacia Leicester Square, vimos carteles de Al Jolson en *El cantante de jazz*, un estúpido rostro ennegrecido de picaros ojos y dilatadas aletas nasales y bobalicona sonrisa de labios blancos. Músicos de cine habían estado formando piquetes ante el local donde se exhibía: el disco de sonido Vitaphone apenas si contenía conversación, pero tenía mucha música.

Cuando los nazis controlaron el cine alemán, *Bergensliebe* se convirtió en película sonora, tarea no demasiado difícil: había poca conversación en la película. Las secuencias de *ballet* exigían música exactamente sincronizada con la coreografía, y las escenas de montaña algo wagneriano, no una pareja de violines tremolando con aporreo de piano, que fue todo lo que conseguimos en Leicester Square. *Una montaña de amor* no era, y hasta Hortense tuvo que admitirlo, una película tonta del todo. Era tosca desde el punto de vista psicológico, pero muy buena técnicamente, y había una fascinación peculiar con los restos del expresionismo que daba un tono cáustico a un relato vulgar y pretencioso y hacía que sugiriese que podía ser una alegoría de otra cosa, como de la enfermedad, digamos, de la República de Weimar. El maquillaje era blanco mortecino, los gestos como varillas de pistón reduciendo marcha, había un camarero jefe que acechaba como un ceñudo Wotan, había una pesadilla de Fritz Lang con la palabra *schicksal* en letra gótica en un marco *art nouveau*. Tuve en todo momento clara conciencia de lo impropio del acompañamiento musical, que los nazis mejorarían notablemente: siempre aquel

Pizzicato de Délibes para el baile, que empezaba y terminaba demasiado tarde; la obertura de *El sueño de una noche de verano* para las montañas; *Salud d'Amour*, de Elgar para *die Liebe*. Y luego, claro, sabía dónde estaba el *Schicksal* musical de Domenico. ¿Cómo conseguir que llegase a abarcarlo? Ya iba siendo hora.

Cuando terminó todo, Hortense y yo tomamos una copa en un *pub* de Leicester Square, coñac y soda sin hielo; el hielo era entonces una cosa exótica en el mundo tabernario inglés.

—Ahí es donde está el destino musical de Domenico —dije—. En hacer música para el sonoro.

Me miró detenidamente a la cara, como si buscara espinillas de sarcasmo. Debió encontrar un rastro de burla en las comisuras de mis labios, pues dijo:

—De acuerdo, rebájale al nivel de los hermanos Toomey. Novelas para dependientas y monólogos de club nocturno y música para el sonoro.

—Puedo ver más allá que tú, Hortense —dije, o me hizo decir mi intuición—. El nuevo arte está en pañales. *El cantante de jazz* no es nada.

La habíamos visto, aunque no juntos, en los Campos Elíseos. En mi opinión la partitura orquestal estaba bien adaptada a la acción, pero era un pupurri nada original de melodías de ópera populares, sobre todo de *I Pagliacci*. Pronto se necesitaría un tipo de música compuesto especialmente para el cine, una música plástica, anónima, el humilde mobiliario de la acción. El pobre Erik Satie había compuesto lo que él llamaba *musique d'ameublement*, un despreciable ruido de fondo para charlar en una fiesta matutina con champán. Los invitados dejaban de hablar para escuchar al empezar la música. Satie empezó a bailotear entre ellos, gritando «*Parlez, parlez*». Aquel hombre apuesto sin ropa interior, que vivía en una sucia buhardilla, fue el padre de muchas cosas modernas y futuras.

—Los grandes compositores trabajarán de mil amores para el cine, ya lo verás. Gaumont o Pathé o alguien por el estilo está ya haciendo la primera película sonora francesa. Hay que meter a Domenico en eso.

—Le parecerá una profanación.

—Tenéis que tener menos humos los dos. Los artistas deben servir cuanto puedan al gran público. ¿Qué tiene de malo lo que está haciendo Tom? Hace reír a la gente. Yo daría cualquier cosa por ser capaz de hacer reír a la gente.

—A mí tus libros me hacen reír —dijo acremente.

La boda de Tom se celebró el día siguiente por la tarde en una iglesia de Soho frecuentada por actores y artistas católicos. Sarah Bernhardt había ido allí a oír misa durante una fase supersticiosa, y Coquelin había tomado la hostia en la lengua teatralmente. La última misa del domingo se celebraba al mediodía, pues los biciequilibristas, tragasables y actores católicos necesitaban un largo sueño tras los rigores de la noche del sábado. En Inglaterra había muchos actores y artistas de familia católica: las familias que no habían cedido a la Reforma habían sido, cuando no quemadas, ahorcadas o decapitadas, las habían privado de las posibilidades de

progreso económico y social, que quedaron reservadas a los protestantes. Como no podían hacerse abogados, cirujanos o profesores de griego, muchos viejos católicos habían elegido la única profesión en la que no se exigían cualificaciones documentales y habían creado tradiciones escénicas familiares, sobre todo en el norte hostil. Los católicos ya estaban emancipados, aunque la jerarquía no estuviera representada en la Cámara de los Lores; pero la tradición persistía. Quizás aún hubiera algo en la sangre católica trasvasada. Esto explicaría que Tom y yo, pues en realidad yo también escribía de cuando en cuando para la escena, trabajáramos para el teatro. A mí me parecía que casi todos los homosexuales del ambiente teatral eran de la Iglesia Reformada.

No fui yo el padrino. Esa función había sido asignada a un colega de Tom, Ernie Callaghan, que se sintió, como todos pudimos ver, muy tentado a montar el número donde-está-el-maldito-anillo-aquí-no-dónde-lo-metí ante el altar. Reconocí entre los asistentes muchos rostros moderadamente famosos y alguien llevó un par de perros artistas muy bien educados. El sacerdote parecía hecho a la medida para aquel papel: según me contaron luego, había descubierto una tardía vocación clerical después de asesinar su tercer papel teatral. Las preguntas y respuestas de la ceremonia se oyeron claramente, todo funcionó según lo previsto. Estella llevaba un traje de novia de falda corta con mangas camiseras y sobremangas de encaje acampanadas, escote amplio en U, con velo de chifón bordado alrededor y zapatos de cabritilla con tiras sobre el empeine. Hacia el final de la ceremonia, llegaron Augustus John y Peter Warlock (o Philip Heseltine) borrachos, pero fueron expulsados por dos hombres corpulentos identificados más tarde, jocosamente, para mí, como Tos y Escupitajo, los Gemelos Flamencos.

A Warlock se le oyó gritar que quería interpretar al órgano una vieja saloma titulada *Rumbelow*. Sólo hubo tiempo para un poco de champán en una de las habitaciones superiores del Wheatsheaf, alquilada. Tom y algunos otros actuaban aquella misma noche. La verdadera fiesta se celebraría en el escenario del Palladium después de la segunda representación. Tom salía al final de la primera mitad.

Estella, nuestra cuñada, se sentó con Hortense y conmigo en uno de los palcos de la izquierda del escenario.

—Son *espléndidos* —nos dijo, refiriéndose al juego de café de plata Framboise, regalo mío, y al regalo de Hortense, unas grandes fuentes de Sèvres auténtico.

En aquella época, se podían enviar cosas desde París sin peligro alguno de que se rompieran o de que te las birlasen.

—Esas cosas *me encantan* —decía Estella.

Parecía haberme olvidado; a Hortense, claro, no la conocía. Había transferido su viejo entusiasmo artístico a la Iglesia Católica, para ingresar en la cual había pasado por una larga preparación, precisamente a cargo de aquel Fr. Frobisher de Farm Street que me había condenado. Quería que ahora la llamasen Stella Maris, era devota de la Little Flower, comulgaba los primeros viernes, rezaba a san Antonio de Padua para

encontrar cosas perdidas, le *encantaba* ayunar, era excelente para conservar la línea, y ayunaba, cuando se terciaba, independientemente de las normas de la Iglesia. Cuando la orquesta del Palladium atronó con excesivo ruido e inició rápidamente *The Entry of the Gladiator*, sacó del bolso un rosario y, con una leve sonrisa de superioridad, empezó a rezar un misterio. Yo ya había oído hablar de Joe Framley, el director cervecesco. La orquesta había empezado a ensayar aquella pieza con un buen *tempo* muy vivo, pero él había dado un golpe de batuta y había gritado: «Esto no es una marcha fúnebre». De ahí el tono estridente y jaranero de lo que estábamos oyendo.

Cuando tras el decimoquinto misterio de Estella apareció en escena Tommy Toomey, pulcro y delicado, con su frac, el público le dedicó una afectuosa ovación. Sabían que se había casado aquella tarde, pues salía una foto y una breve reseña en el *Evening Standard*, la novia encantadora y recatada. En vez de entregarse en seguida a los placeres del matrimonio, había ido a reunirse con su público. Fidelidad. Deber. Tommy estaba bien, sonriente. Había engordado un poco, apenas si se apreciaba la vieja tos, fruto de una debilidad bronquial congénita, exacerbada por el hecho de haber sido cabo de gas en Boyces Barracks. Aquella voz clara, habilidosamente exagerada, llenó el auditorio finamente vulgar con los tonos del habla patricia burlona. Los noticiarios habían hablado mucho de un acuerdo comercial entre Gran Bretaña y Dinamarca, así que Tom recompuso la historia de *Hamlet* en términos de exportaciones alimentarias. Hamlet, dijo, se llamaba en realidad Ham Omelette, tortilla de jamón. Y así sucesivamente. Una cosa infantil, sin duda, propia de colegiales; pero Tom parecía reconocerlo con su actitud. No podías ridiculizar aquellos chistes tan evidentemente pobres porque lo primero que añoraba era el ridículo del propio Tom. Al final, cantó, y yo recibí una pequeña ovación como hermano y letrista, mi vieja canción sobre París y el amor:

Busca una buena *table*
Dentro de un *restaurant*
Un sitio *formidable*
Estaréis *très contents*.
Convence a tu lindo amor
De que sólo a ella ves,
Obséquiala con Pernaud
Con una copa o dos o tres.
Mira cómo parte el bogavante,
Y lo desnuda hasta la piel,
Ruda como un gángster
Cuando se enfurece.
Haz que corra el vino sin parar
Y así disfrutarás

De *une petite spécialité* llamada *l'amour*.

Prolongando *l'amour* del final, hizo una cortés indicación, tras la cual cayó sobre la novia la luz rosada y acariciadora de un foco pequeño: ella, regia como la Estrella del Mar, se levantó a recibir los aplausos, el rosario bien sujeto. Luego, cayó el telón entre los compases de la música de presentación de Tom (*Es Tommy estoy Tommy aquello...* el buen Rud Kipling y *sir* Charles Villiers Stanford); se encendieron las luces y el público salió a un malhumorado forcejeo en el bar.

La fiesta que se celebró después del espectáculo fue, por una vez, el mejor tipo de fiesta que cabía imaginar. Espolvorearon el escenario vacío con jaboncillo de sastre, la orquesta salió a escena y tocó los charlestones y foxtrots más recientes. Figuró también el Black Bottom:

Dicen que cuando el fondo del río se cubre de fango
Empiezan a culebrear
Bailan las parejas y ese ritmo siguen
Igual que un gusano...

El baile se animó mucho porque había muchos bailarines profesionales, como las chicas del coro del Palladium, probablemente mucho más seductoras con sus faldas cortas y sus ligas de fantasía que en su anterior y rutilante semidesnudez. Los cómicos recitaban cosas de *Otelo* y *Medida por medida*; un viejo actor dantescamente ajado interpretó un *cakewalk*. Había cerveza embotellada además de *whisky* y champán, y pastelillos de cerdo sabrosos y vulgares con una costra oscura y gruesa. Ernie Callaghan recitó *Anita la huerfanita*, haciendo llorar a la huerfanita Estella. Pero ésta se recuperó para cantar el *Ave María* de Bach-Gounod, muy mal por cierto, aunque la concurrencia aplaudió con esa admirable hipocresía de la gente del teatro. Tom nos ofrendó, conmovedoramente, las estrofas finales del *Epitalamio* de Spenser. Dick Bradshaw me cogió en un rincón junto al tablero de las luces y me dijo que era el momento de hacer una gran obra musical patriótica. El país necesitaba confianza en su propio *Schicksal*, y qué me parecía la huelga general aún muy presente en el recuerdo y los problemas económicos debidos a la competencia desleal de los japoneses. Había muchísimo desempleo en el ramo y las cosas se iban a poner todavía peor: podía llenarse un escenario de gente a treinta chelines por cabeza y contentos encima con ese dinero. La historia del primer cuarto de siglo con canciones, risas y unas cuantas lágrimas. Díselo a Noel Coward, le dije; pídeselo a él.

A la hora de cortar la tarta (el Palladium en azúcar con una pareja abrazada en azúcar en la cúspide), apareció mi antiguo amante, Val.

Val era ya el poeta borracho favorito de Soho y estaba engordando. Traía consigo a un joven guapísimo de atuendo regio al que presentó como el rey exiliado de Bohemia. El individuo llevaba una espada teatral en una vaina teatral y, por cinco chelines o un *whisky* triple, se mostraba dispuesto a nombrar a quien fuese caballero o

dama. Val era ya un *sir* Valentine múltiple. Reconoció a Hortense de inmediato.

—Durante todo ese tiempo, querida —dijo—, durante aquella guerra *destruktiva*, cuando todos estábamos combatiendo por nuestro honor, pensaba para mí, ah, hay *auténtica* belleza que crecerá y florecerá, y *no me equivocaba*. Pensar —dijo, mirándome de reojo— que tú y esta mala hierba hayáis brotado de la misma tierra...

Y se puso a mordisquear la tarta.

—Deberías haber traído también a tu amigo el arzobispo —dije—. Los reyes exiliados andan a diez por penique. Mordisqueé la capa de azúcar.

—Conozco tu cinismo, querido —dijo Val salpicándome de saliva—. El sentimental burlón se hace pusilánime. Mi amigo el *arzobispo*, como dices despectivamente, *ha muerto*. Le derribaron a patadas y luego le aplastaron la cabeza a pisotones en un charco. Podría añadir que fueron irlandeses borrachos una noche de sábado. Le rompieron una costilla. Cogió neumonía allí tirado. No se recuperó. — Tragó tarta.

—Así que hay una iglesia autocéfala menos —dije—. Quedan muchas más, supongo. Hay muchos sastres de teatro en Charing Cross Road.

—Es un puerco, ¿verdad? —le dijo a Hortense, mirándome con ojos entrecerrados y malévolos—. Toda esa basura sentimental de la superficie y por debajo frialdad pétrea.

—Hablas de mi hermano —dijo Hortense.

—Sí —continuó Val, ensanchando cómicamente las narices y con un relampagueo maniaco—, de él es de quien estoy hablando, querida. La muerte del amor y Toomey es su tumba.

—No me vengas con eso de la muerte del amor —dije.

—Cecina y baboseo —dijo Val con impecable memoria—; Callos y cebollas. Vaya, aquí está Jenny.

Una mujer como de uno treinta y cinco de estatura de traje color hígado y sombrero acampanado embutido hasta los ojos como la visera de un guardia, un poco jorobada, de mi edad más o menos, pero con unas arrugas como canales desbordados para conducir la grasa de la boca a la barbilla, estaba allí plantada mirándome, y tomando sorbos de lo que supuse *whisky* solo.

—Éste —dijo Val— es el gran Toomey. Ésta es su exquisita hermana.

—Oh, sí, exquisita —dijo ella ávidamente—. Jenny Tarleton —añadió, apresando la mano de Hortense y reteniéndola—, agente literaria —aclaró—. Aquí Val, es mío.

Ella no comía tarta.

—¿Quieres decir —dije— que vendes versos de Val al mejor postor? Las cosas van mejorando.

—El verso vuelve al teatro —dijo ella, soltando de mala gana la mano de Hortense—. Se acabó la obra bien hecha.

—¿Así que tendremos obras mal hechas? —dije—. Tarleton es un nombre muy teatral. Dick Tarleton, caudillo cirrótico de los hombres de la reina. Hay un cuadro de

él en algún sitio, con su pequeño tambor, dando saltos. ¿Algún parentesco?

—Nunca he oído hablar de él. No te presentaste en el juzgado en el caso de *The Well of Loneliness*.

—Un libro malo.

—¿Qué tiene que ver la calidad del libro con el caso?

—Exactamente lo que dije —intervino Hortense—. Lo que se discute es el derecho a decir lo que quieras decir, dígaselo bien o mal.

—No estoy de acuerdo —dijo, y a Val—: Obras en verso, ¿eh? Vuelta a la gloria de Stephen Philips y a los prolijos y trasnochados vos y tus. ¿Qué tenéis pensado, pues? ¿Empédocles? ¿Ciro el Grande? ¿Tintinábulo el Tirano?

Palatalicé afectadamente la te.

—Sí, sí, qué bien lo has expresado —estaba diciéndole Jenny Tarleton a Hortense—. El derecho, como dices, a decir, a hacer. Sí, lo has dicho muy bien.

—¿O qué te parece una buena falsificación de la historia inglesa? —dijo, inspirado—. Un arzobispo martirizado por su iglesia homocéfala, cuatro rudos caballeros atizándole.

—Eres tan espantoso —dijo Val, indulgentemente— que no se te puede tomar en serio. Sólo un bromista, *así*, pasado de moda en todo. No sabes nada de Brecht, por ejemplo. Allí metido en París, donde todo está acabado. Berlín es la ciudad del futuro, viejo pedo. Brecht. Wystan Auden y yo nos quedamos extasiados.

—¿Quién es?

—Ya estás, ¿qué te dije? Siempre olfateando entre los cúmulos rosa caramelo de tu pasmosa fantasía, nunca en el suelo, nunca.

—Creí que lo que había que tener era oído y no nariz. Perdón —dijo a dos bailarines que tropezaron con mi espalda.

—Por lo menos ser honrado —estaba diciendo Hortense.

—Estoy totalmente de acuerdo contigo. ¿Adónde iríamos a parar sin honradez? Tenemos que dar la cara por las cosas dignas de defender.

Capté la voz de Estalla diciéndole ginebrescamente a alguien:

—Ojalá hubiera descubierto la virginidad, sabes, mientras aún era virgen. Pero nosotros somos castos, sabes, vamos a tener castidad a montones. Me *encanta* la castidad.

—Será una buena esposa —dijo Val—. No andará haciendo tonterías por ahí, al menos mientras no se saque del organismo toda esa mierda.

—¿Qué sabes *tú* de buenas esposas —dijo—, aparte de Louisa M. Alcott? ¿Qué sabes tú de la maldita castidad? —asomaron a mis ojos las lágrimas y luego se fueron.

—Podrías haber defendido a esa mujercita agradable y *sincera* —Val empezaba a burlarse—. *Aún* podrías hacerlo. Ahí tienes a Bascombe, del *Evening Standard*. Dile algo *ahora*, que aún puede ver bien. Él es muy exacto. Pobre querida Radclyffe.

Evidentemente, no la conocía. Nadie que la conociese la llamaría por ese nombre.

—Bueno —continuó—. Vamos a luchar, vamos a presionar. Y podemos hacerlo sin la ayuda del gran Toomey.

—¿Qué es esto? ¿De qué hablas?

—Aquí Hortense —dijo Jenny Tarleton—, si puedo llamarla Hortense, estoy segura de que sí, un nombre delicioso, *sabía* que había sangre francesa en cuanto te vi. Es algo que tiene relación con la forma de las muñecas y, sí, los tobillos, a Hortense le encantará ir allí, ¿verdad que sí, angelito?

—¿Adónde? —preguntó Hortense, no demasiado feliz ya con el derecho a la autoexpresión lésbica.

—A Westminster —silbó Jenny Tarleton, como si se tratase de un nido de serpientes—, donde teóricamente debería velarse por nuestras libertades, aunque no se hace nada. Es el momento oportuno. Mañana a las dos con nuestras pancartas.

—¿Y qué se va a transcribir en esas pancartas? —pregunté.

—Ya se ha *transcrito*, como tú dices —dijo Val—, con tu cerebritito utilitario. Seremos por lo menos trescientos. Londres verá los términos *gayboy* y *gaygirl*. Se convertirán en parte del vocabulario de todos.

—Dios santo —dije—, ésas son palabras de cárcel.

—Sí —dijo Val—, precisamente. Y las otras palabras pertenecen a la terminología de gente como Krafft-Ebing. Tenemos que elegir.

—Martirio masivo —dije—. Los nuevos mártires ingleses.

—No pueden martirizarnos a todos —dijo Jenny Tarleton—. Ni pueden rechazar nuestra petición. Hay quinientas firmas.

—¿Qué es lo que pedís en concreto? —preguntó Hortense.

—Bueno —dijo Jenny Tarleton, frustrada en su búsqueda de las manos de Hortense, ambas a la espalda ya, alzando la voz por encima de *The Post Horn Gallop* y de las trompas y gritos de caza—, pedimos *todas* las libertades: asociación, acción, expresión. *No* somos delincuentes.

—¿Cómo empezó el cristianismo? —dijo Val—. Nosotros ya hemos tenido nuestras crucifixiones y tenemos nuestros santos.

—No es lo mismo —dije.

—¿No? ¿Acaso no estamos proclamando —gritó Val— una nueva visión de Dios? Dios nos hizo lo que somos, y tenía sus razones. No veo la diferencia.

Sonreí a Hortense, aunque sin el menor asomo de triunfo.

—Tú —dije— decías algo similar esta misma tarde.

—Estoy segura de que sí —gorjeó Jenny Tarleton—. Tiene una mente armónica. Pude sentir sus exquisitas vibraciones nada más verla. Estarás allí, ángel, ¿verdad? Habrá gente de sobra, para cuidar de ti.

—Volveremos a Francia mañana, ¿no, Ken?

—Pasado mañana —dije—. He de ver a unas personas mañana. ¿Me perdonáis ahora? Tengo que hablar un momento con mi hermano.

Había ya tangos de los casi sobrios y giros estilo derviche de los borrachos. Tom

rodeaba con un brazo a su flamante esposa; ambos estaban apoyados contra la columna llena de prominencias y volutas del arco del proscenio de la derecha del escenario. Tom cabeceaba y Estella miraba al vacío, mientras una mujer vieja vestida de negro, seguramente ayuda de cámara de alguien, les decía algo.

—Lo único que deseaba ella era un poco de afecto y de amor, pero a él había que llevarle a rastras a la cama, las noches que venía a casa. En eso hay un aviso para todos.

Al verme llegar, repitió «para todos» y fue a por más bebida.

—Muchas felicidades otra vez, mi querido hermano —dije, en tono teatral—. Querida Estella —añadí.

—Creo que no nos han presentado.

—Oh, basta ya, Stell. Si ella puede soportar esta vida —dijo Tom—. En fin, ya lo ha hecho. Manchester la próxima semana, el viejo Palace. No es gran cosa como luna de miel, ¿verdad, Stell?

—Tienes buen aspecto —dije—. Esa tos parece haberse ido.

—Stell me encontró una medicina para los tos muy buena, Dr. Gregg's. Me administró una botella entera cuando estaba muriéndome de bronquitis. Estuve tres días ido, unos sueños maravillosos; cuando desperté, estaba sano como una manzana. Una chica asombrosa, ¿verdad que sí? ¿Quién es esa mujer que intenta abrazar a Hortense? Vaya, eso la ha parado.

Hortense había reaccionado con violencia. Jenny Tarleton parecía muy sorprendida. Ernie Callaghan cogió a Hortense y se puso a bailar un tango con ella con largos pasos piesplanescos. La orquesta interpretaba *Jealousy*.

—Hortense se dedica a la escultura —dije.

—¿Por qué dices eso? —dijo Estella—. No veo la relación.

—Los músculos —dije—. Maneja muy bien el martillo y el cincel.

—Creo que te conozco —dijo Estella—. Eres amigo de Peter Warlock.

—Muchas felicidades —dije de nuevo—. No puedo decir mucho más, en realidad, ¿eh? Me alegro de que os hayáis aventurado.

—Qué comentario más horrible —dijo Estella—. ¿Hace esculturas religiosas y cosas así?

—Dice que está haciendo una Virgen con Niño.

—¿Tú crees en la castidad? Yo creo que la castidad es maravillosa.

—No una castidad excesiva —dijo Tom.

—Toda la posible —dije, sinceramente.

El rey de Bohemia zigzagueaba hacia nosotros, la espada lista para el espaldarazo.

—Bueno —le dije a Hortense, cuando tomábamos el último té en nuestro salón, pues ambos habíamos bebido demasiado y teníamos sed—. ¿Vamos a apoyar la manifestación?

—Oh, aquella mujercita horrible. Tuve que pegarle, sabes. No paraba de

manosear y de pellizcar. De todos modos, no puedo evitar sentir un poco de lástima por ella.

—Dicen —dije, extendiendo las piernas sobre un puff verde lima— que las lesbianas son mucho más hábiles dando satisfacción sexual que los hombres. Tienen paciencia, por una parte. No tienen prisa por completar el asunto. Como Domenico —aventuré.

—Tienes el don innato de hacer que todo parezca horrible. ¿Qué sabes tú de Domenico?

—Los hombres son así. Con las mujeres, quiero decir. Pobre Tom. No creo que tenga muchas apetencias sexuales el pobre. Es lo que se llama un matrimonio blanco. ¿Vamos mañana?

—Me pones en una posición embarazosa, en fin, con lo de la libertad y todo eso. Tú debes ir, por supuesto. Tú debes estar en primera fila y olvidarte de las consecuencias.

—Que pueden ser un porrazo o el casco de un caballo de la policía. No estoy de acuerdo, Hortense —dije, levantándome con viveza para servirme más té—. En realidad, no creo que sea correcto ser como somos, los que somos así, quiero decir. No me parece nada glorioso. No es correcto y va contra la naturaleza. Es una maldición. Aquella imbécil parlotando sobre la castidad. Yo no siento ninguna frustración con la castidad, es una salida.

—Ya estoy enterada de todo eso, de lo que pasó en los Estados Malayos Federados —pronunció malayos con la y griega convertida en dos íes y subrayando la primera sílaba—. Eso me pareció antinatural a mí.

—¿Como Jesucristo? ¿Como los sacerdotes?

—Ahora el blasfemo eres tú. Llama por teléfono al Vaticano o a donde esté el gordo de Carlo. Él te dirá lo que tienes que hacer. Te hablará del libre albedrío y de que tienes que apoyar a tus hermanos en la adversidad.

—Te hablará del libre albedrío utilizado malévolamente, como sabes de sobra. De lo que yo hablo es de predestinación y de que a uno no le guste aquello a lo que ha sido predestinado. Pero estoy de acuerdo en una cosa: es algo que nada tiene que ver con el Estado ni con las leyes civiles. Maldita sea. Iremos los dos. Pero si hay problemas, saldremos corriendo. Lo del martirio es un disparate.

—Salir corriendo, oh no, ni hablar.

—Salir corriendo o acabar sin un ojo, o que te quiten de un porrazo la corona de gloria junto con el cuero cabelludo. Ambos tenemos deberes en otras partes.

—Yo sí. Pero tú...

—Quizás algún día escriba un buen libro —dije—. Quizá toda la bazofia que estoy haciendo sea una preparación para eso. *Schicksal*.

—La hermana Gertrude, siempre habla del *Schicksal*. Sé todo lo que hay que saber sobre el *Schicksal*. Es absurdo. Y ahora, me voy a la cama.

Y se fue, sin dar un beso de buenas noches a su hermano mayor, cerrando la

puerta del dormitorio con un sonoro clic del cerrojo. Muchacha estúpida, ¿qué esperaba? ¿Que yo corriese a atisbar para ver si la veía desnuda? ¿Una violación incestuosa en estado de sonambulismo?

Los sueños han sido con demasiada frecuencia mi sustituto de la experiencia. Me quedé dormido antes de poder acabar el último cigarrillo. Casi inmediatamente oí a las trece toneladas del Big Ben dar las dos y luego darlas otra vez, y luego otra, una especie de cloqueante chirrido entre los repetidos mensajes, algo estropeado en la maquinaria. Yo estaba de pie y desnudo frente a la entrada pública del patio del Palacio Viejo: la puerta estaba abierta pero no había nadie dentro. La piedra caliza color magnesio de Yorkshire de las cámaras del Parlamento estaba corroyéndose visiblemente bajo la lluvia ácida de Londres: protuberancias y fragmentos de negro material pétreo caían y resonaban chapoteantes y débiles en los charcos. «Ahora — grité, y me volví. Frente a mí, había una horda de aberrantes sexuales de lo peor, silbando, gesticulando, sonriendo bobaliconamente, pero no se veía a Val por parte alguna—. Oh, traed a los policías, los queridos policías. Como hacemos queremos que se haga». Cogían trozos de piedra corroída y me los tiraban, pero débilmente, como si fueran chicas. Hortense salió del edificio en ropa interior, cruzó el Porche Normando y bajó la escalera con repiqueteo de tacones. Domenico, vestido de fascista, gritó *Disgraziata* y lanzó un voluminoso proyectil, plomo gris torturado dentro de una pelota de críquet. El proyectil alcanzó a Hortense en el ojo derecho. Brotó la sangre y luego el propio ojo brotó muerto colgando del tallo. Hubo vítores. Eso destrozaría su belleza, zorrita desgraciada. El grito de Hortense parecía un grito del estado de vigilia y no del sueño. Me despertó como si ella estuviese en mi cama. Me incorporé rápidamente, tembloroso y sudando. Llovía a mares, y Brook Street estaba llena de ahogadas y temblorosas farolas. Volví a encender el cigarrillo desechado.

Y entonces, como sucedía con tanta frecuencia, mi cerebro enfebrecido aprovechó el dato del sueño y lo enriqueció y amplió. Norman Douglas hablaba pedantescamente en defensa de los maricones: «Tenemos este derecho, comprendéis, el derecho a meterla. En una carretera de Capri, encontré a un cartero que se había caído de la bici, estaba inconsciente, ligeramente conmocionado. Yacía exactamente en la posición correcta. Le sodomice con rapidez atlética: se corrió y no le pasó nada malo por eso».

El ministro del Interior asentía comprensivo mientras caía sobre él la lluvia en el patio del Palacio Viejo.

«Me refiero concretamente a los menores. En fin, de poco nos serviría si se limitara el acto a los varones de más de, digamos, dieciocho, que consintiesen. Los muchachos son tan dóciles, tan exquisitamente sodomizables. Usted lo comprende, no, viejo...». El ministro del Interior asentía, como diciendo: «Por supuesto, yo también he ido a un colegio privado, hombre». Vi un montón de caras conocidas, Pearson, Tyrwit, Lewis, Charlton, James, todos muy razonables, reclamando el

derecho legal a pegar y chupar y sodomizar. Yo me incorporé al grupo y dije, también muy razonablemente, que la ley no tenía por qué intervenir en el asunto. Que aún quedaban la ética y la teología. Lo que teníamos derecho a desear era amor, y a que nada obstaculizara tal derecho. Oh, absurdo, ese pelma. En cuanto a teología, ¿no existía acaso aquel libro apócrifo de la Biblia, en el que se identificaba la heterosexualidad como el pecado original?

Eso era invención mía, y aparecería al año siguiente en un panfletito soberbiamente editado de la *Black Sun Press*. ¿Debo yo ahora, sabiendo lo que sucedió con esta publicación, sabiendo que se usa actualmente como texto litúrgico en los matrimonios homosexuales, haciéndolo pasar como falso eco de una pretendida profecía? Ya he declarado mi autoría al reproducir ese texto en páginas anteriores de estas memorias, y es la primera vez que sale impreso. He proporcionado una especie de justificación teológica para los homosexuales a los que no les basta el instinto. ¿Por qué lo hice? En parte, como reacción a los reproches hipócritas de Raffaele Campanati. Para desahogar una furia provocada por una lujuria no satisfecha; para ejercer el derecho que hasta los malos artistas tienen de ver lo lejos que puede llevarles la imaginación; para someterme a un demonio racional. Shakespeare podría haberlo hecho, y mejor, si se lo hubieran pedido. Escribidme, oh escritor, una justificación de la persecución de los judíos y de los campos de muerte: ponedlo en la boca inventada de un fanático inventado: hacedlo convincente. El orgullo del artista: tiene que comprobar si es capaz de lograrlo. ¿Cuál es el objeto de la dialéctica de la ficción o el drama, a menos que el mal sea tan convincente como el bien?

«Existe la cuestión —dijo Norman Douglas, con acento escocés— de la semilla estéril. Su vertido en el *vas naturale mulieris* es polución en la misma medida en que lo es el derramarlo en bocas de varones y entre muslos o nalgas masculinas. Quiero decir, claro, si te atienes al estricto criterio aristotélico. Sí, ya sé, si sabes que eres estéril, lo cual quizá sea una buena razón para no querer saber. Dices la verdad en ese remedo bíblico tuyo: la función primigenia de la eyaculación era expresar alegría, y así sigue siendo. ¿Por qué vamos a estar encadenados como animales a la biología?».

Aún caía firme la lluvia cuando Hortense y yo nos sentamos frente a frente ante el desayuno que nos trajeron a nuestra *suite*: salmón ahumado, riñones, huevos, tostadas, té Claridges fuerte. Yo dije:

—No irán. No son gente capaz de enfrentarse a la lluvia.

—Escampará —dijo ella—. Llueve demasiado para que no pare.

Sus ojos me miraban fríos y firmes: aquel sueño no había sido una melodramatización del hecho de que ella hubiera podido coger un catarro ocular por una corriente o haberse dado un golpe en la ceja en una expedición a oscuras al baño. Pero la lluvia continuaba cuando salimos al West End a nuestras diferentes misiones: ella a comprar juguetes para los gemelos, yo a visitar a mi agente diastemático. No afrontarían la lluvia, que estuvo lloriqueando sin cesar todo el día. El *Evening*

Standard se equivocó. Una procesión de hombres, jóvenes y no tan jóvenes, con pancartas medio borradas por la lluvia (*Somos como Dios nos hizo; Justicia para los gays*) se mezclaron en Bridge Street con más o menos un centenar de desempleados del norte, siendo el destino de ambos grupos la Cámara de los Comunes. Los parados, irritados por la frivolidad y, sí, la indecencia de los otros manifestantes, iniciaron una violencia a la que algunos de los otros respondieron, aunque muchos escaparon corriendo. Parece ser que la policía se dedicó a observar los incidentes durante un rato, antes de intervenir. No hubo ningún herido grave, salvo un joven que quedó ciego del ojo izquierdo de una pedrada. Se permitió a representantes de ambos grupos, con una escolta policial, presentar peticiones firmadas, una al representante de Warrington, Lancs, la otra al ministro del Interior. Tras entregar su documento, el jefe de la manifestación de homosexuales, un poeta bien conocido en Soho, Valentine Wrigley, lanzó gritos obscenos en los pasillos exteriores de la Cámara de los Comunes. La policía le reconvino amablemente, pero él le asestó un golpe a un policía, tirándole el casco protector de la cabeza. Tuvieron que llevárselo.

—En realidad —le dije a Hortense mientras tomábamos el té—, no quieren la gran gesta. En realidad no quieren un cambio. Quieren ser desobedientes y díscolos y quieren que les hagan caso, nada más. Para ellos, el que sus actividades estén prohibidas por la ley es lo que les da más atractivo. Y se consideran como los primeros cristianos. Quieren la emoción de la maldad reconocida. No se menciona que haya asistido ninguna mujer. Así que fíate de tu señorita Tarleton.

—No es mía.

The Well of Loneliness no se reeditaría en Gran Bretaña hasta veintiún años después. Siguió siendo un mal libro, y sigue siéndolo. En el juicio que hubo en Estados Unidos en 1929, el juez de Nueva York emitió el mismo veredicto que el magistrado de Londres. Pero el suyo fue rechazado de modo unánime por un tribunal superior. Ya no se podía proscribir un libro sólo por el tema. Nunca hubo mucho activismo moral en Gran Bretaña: siempre fue cuestión de esperar a que se movieran los norteamericanos. Las colonias aún trabajaban para la vieja zorra madre.

Una década termina en cero, no en nueve, y el siglo xx aún seguirá su marcha (o, si este libro sobrevive a su época, aún seguía su marcha) aunque muy gastado ya, en el año dos mil. Aun así, el cambio de década es dramático y parece un principio. En 1929 estábamos a diez años de una nueva guerra y a once del final de una vieja. Se iniciaba una era, en cierto modo; en otro, terminaba de un modo espectacular. Se hizo, por ejemplo, el Tratado de Letrán, que monsignor Carlo Campanati, colaborando entre bastidores con Pietro, el cardenal Gasparri, tanto hizo por convertir en realidad práctica.

Era el 11 de febrero, llovía en Roma, y el ángelus repiqueteaba y resonaba. El cañón de mediodía disparó desde el Gianicolo cuando el cardenal Gasparri, acompañado por monsignor Campanati, entró en su coche en la *Piazza Laterana*. En el *palazzio* Laterano entró Benito Mussolini con sus ayudantes. En una larga mesa, que había regalado al Papa el pueblo filipino, esperaban los documentos, junto con resplandecientes tinteros de plata, secantes limpios como el alma de un recién bautizado, una hermosa pluma de oro. El cardenal Gasparri dijo como saludo al Duce:

—Hoy es la fiesta de Nuestra Señora de Lourdes. Buen auspicio, buena suerte.

—¿Esa Nuestra señora de Lourdes no es igual que todas las otras Nuestras Señoras? —croó la rana atea.

—Eso es indigno —dijo monsignor Campanati.

—Ya estoy harto de usted —dijo hoscamente el Duce—. Estoy deseando que acabe todo esto.

—También es —dijo el cardenal Gasparri— el séptimo aniversario de la coronación de Su Santidad.

—Sí, sí —dijo el Duce—. Esa coronación se convierte, mediante un acto retroactivo, en ceremonia puramente espiritual. Por eso es por lo que está pagando el Estado italiano.

—El otro día estuve leyendo —dijo monsignor Campanati— ese folleto suyo titulado *Dios no existe*. ¿Aún sigue siendo ése su punto de vista?

—Ese comentario no viene el caso —dijo el Duce ceñudo—. Repito que estoy harto de usted. Quiero que se largue usted a América o a cualquier otro sitio. Eminencia —dijo, dirigiéndose al cardenal Gasparri—, aquí su ayudante sabe de sobra que me he casado por la Iglesia y que he bautizado a mis hijos. Sabe que he reparado sus iglesias dañadas por la guerra, he decretado que se pongan crucifijos en las escuelas y en las oficinas públicas. Ya estoy harto de que ese subordinado me falte al respeto, pese a la consideración debida a su dignidad sagrada. Tenga la bondad de recordarle que soy el jefe secular del Estado italiano.

—No debe usted intimidar al jefe secular del Estado italiano —dijo suavemente el

cardenal Gasparri a monseñor Campanati.

—Mis disculpas —dijo humildemente monsignor Campanati—. Era y es sólo la intimidación afectuosa de un padre. Me complace mucho que el Duce, como se hace llamar, haya aparentado al menos haber visto la luz, aunque frente a Dios tengo el deber de seguir poniendo en entredicho su sinceridad. Tengo entendido que aún habla de un pueblo dominado por el clero y de un matrimonio de conveniencia entre Iglesia y Estado. Pero mirad dónde ha puesto la mano izquierda: eso es superstición diabólica. No pretendemos debilitar sus fuerzas a través de la magia.

El Duce retiró apresuradamente la mano izquierda de la bragueta y la embutió en la pechera de la levita. Había estado haciendo instintivamente el gesto apotropaico contra el mal de ojo sacerdotal.

—Acabemos de una vez con esto —gruñó—. ¿Dónde tengo que firmar?

—Aquí —dijo el cardenal Gasparri, señalando con un dedo adornado de grueso anillo—. Y aquí. Y aquí.

El Duce se lanzó sobre los documentos como si fuesen el enemigo y asestó su firma en ellos. Luego, se levantó y dijo:

—¿Hay más?

—Ninguno más. Alabado sea Dios, ya está concluido el Tratado de Letrán.

—Sería más propio decir que se ha iniciado —dijo monsignor Campanati—. ¿No dirá también el Duce *alabado sea Dios*?

—Diré que se acabó, gracias a Dios —dijo el Duce—. Escúcheme, Monsignore. Ahora quiero que se me deje en paz. Haré lo que me parezca. No quiero que me anden esgrimiendo el catecismo ni quiero espías que se dediquen a informar de si voy a misa o no. El alma de un hombre es asunto suyo.

—De Dios —dijo monsignor Campanati—. De Dios. Aun así, habla usted al menos del alma, y eso ya es algo.

—¿Se servirá champán? —preguntó el cardenal Gasparri—. Está bien, nada de champán. No, no, esa pluma es suya. Es toda de oro puro. Regalo de Su Santidad.

El Duce, ceñudo aún, le pasó la pluma a un ayudante. El ayudante limpió la pluma en la esquina de un secante y se la guardó en el bolsillo del pecho.

—No lo olviden nunca —dijo el Duce—. Díganle a Su Santidad que no lo olvide; la idea fue mía. Díganles a sus fieles que fue mía. No queremos que se tergiverse la Historia.

—Yo —dijo monsignor Campanati— fui quien primero planteó la idea a Moscón, y Moscón habló de ello con Dragone, y luego la cosa fue subiendo la larga escalerilla hasta usted. Como bien dice, no debe tergiversarse la Historia.

—Bien, bien —dijo el Duce.

—Bien, bien —dijo el cardenal Gasparri, y extendió la mano.

El Duce se la estrechó. No dio la mano a monsignor Campanati, pues éste no se la ofreció. El Duce dio vuelta luego y salió, seguido de sus ayudantes. Monsignor Campanati y el cardenal Gasparri se miraron. Monsignor Campanati dijo:

—Es demasiado tonto para haberse dado cuenta ya de lo que significará esto para él. Quedará consagrado. Le convertirán en un pequeño dios. Considerarán hasta sus moqueros reliquia santa. Las mujeres se le ofrecerán como vírgenes propiciatorias. Su imagen estará en todas partes. La Iglesia, Dios nos ampare, ha santificado su aceite de castor y sus porras de goma.

—Eres tú quien anda siempre diciendo que el bien puede utilizar al mal. Yo también lo creo. El asunto es que él no durará. Nosotros sí. Vamos a comer.

He reconstruido todo lo anterior a base de lo que me contaría Carlo más tarde. El significado de este acontecimiento que se produjo en Roma un lluvioso día de febrero quizás exija aclaración. Durante el *Risorgimento*, los estados papales, que eran ricos territorios seculares que abarcaban unas diecisiete mil millas cuadradas, que incluían toda la ciudad de Roma, mucho terreno al norte del Tíber, mucho al sur del Po, campiña, río y poblaciones que se extendían del mar Tirreno al Adriático, siendo el número de súbditos papales de más de tres millones, fueron arrebatados al Santo Padre violentamente por las fuerzas de la reforma. El nuevo régimen de Mussolini, que necesitaba, si no el apoyo explícito de la Iglesia, al menos un silencio que pudiera considerarse complicidad, ofreció las condiciones para un acuerdo que compensase la pérdida del poder temporal de la Iglesia. El Acuerdo Lateranense, con el reconocimiento previo de la Ciudad del Vaticano como un estado soberano independiente. Tres basílicas (San Giovanni Laterano, Santa Maria Maggiore y San Paolo) y todos sus edificios subsidiarios, se declararon extraterritoriales y quedaron exentos de tasas del Estado. Lo mismo se aplicó a la residencia de verano del Papa en Castel Gandolfo, así como a una serie de edificios situados dentro de la ciudad de Roma. El Vaticano reconoció a cambio la existencia del Estado italiano y la ocupación secular permanente de lo que aún se denominaba, impropiamente, la Ciudad Santa. Pero el acuerdo insistía en que, aunque el Estado no interviniese en los asuntos de la Iglesia, el derecho canónico de ésta prevalecía, en algunos casos, sobre la ley civil. Así, el Estado no podía conceder el divorcio, y si te casabas por la Iglesia nada te exigían ya las autoridades civiles.

Hubo, en realidad, tres acuerdos independientes unificados en el Tratado de Letrán. El Pacto de Letrán, que creó el nuevo estado de la Ciudad del Vaticano; luego, el Acuerdo Financiero, conforme al cual Italia daba al Vaticano el equivalente a unos noventa millones de dólares (parte en metálico, parte en bonos del Estado) y se comprometía a pagar los estipendios de los párrocos. Y luego, el Concordato, que eximía al clero del pago de impuestos y daba control financiero al Vaticano sobre una serie de empresas supuestamente eclesiásticas de toda Italia.

El Concordato prohibía la Biblia protestante y la celebración de reuniones evangélicas, incluso en los domicilios privados. El catolicismo era la religión oficial del Estado italiano. Se enseñaría religión en las escuelas y las instituciones educativas con dirección católica tenían preferencia sobre las instituciones laicas o estatales. El 11 de febrero, día de la firma del Acuerdo, se convirtió en fiesta nacional. El 7 de

junio de 1929, día en que se ratificó el Tratado, el Papa creó una Administración Especial de la Santa Sede y puso a su cargo a Bernardine Nogara, que estaba emparentado con el arzobispo de Udino. A Carlo nunca llegó a satisfacerle esto: estaba convencido de que él podría haber manejado muchísimo mejor todos aquellos millones. Decía que Nogara no era un hombre piadoso. Que era un mentiroso y un hipócrita. Siendo como era laico, carecía de los necesarios escrúpulos eclesiásticos. Cayó en la trampa de permitir que el dinero del Vaticano sirviese para dudosas empresas seculares.

—El dinero es el dinero —le dije yo—. Da igual quien lo maneje. No es sucio ni limpio. Hasta el dinero de Judas quedó exento de la mancha ignominiosa de la traición. El dinero es como un animal. Y, como a un animal, hay que permitirle procrear y multiplicarse. Ésa es la ley de la naturaleza.

Nogara multiplicó el dinero con Italgas, que compró a Rimido Panzarasa cuando su conglomerado se iba a pique. Pronto Italgas, con el Vaticano como principal accionista, silbó y ardió en las casas de treinta y seis ciudades italianas. Burdeles incluidos. El Vaticano se tragó La Società Italiana della Viscosa, La Supertessile, La Società Meridionale Industrie Tessili y La Cisaraión, y puso todas ellas, como Cisa-Viscosa, bajo el control de otro individuo laico, el barón Francesco Maria Odesso. Pero el cerebro era Nogara, que fue lo bastante habilidoso para convencer al Duce, que ni sabía nada de economía ni, en realidad, de casi nada, salvo de su oratoria y de la administración del delito (aunque había escrito una novela tan buena, por lo menos, como la mejor de las mías, *La amante del cardenal*), de que un banco propiedad del Vaticano era, en realidad una especie de Iglesia, sus transacciones bendecidas por el Paráclito, y que era una de las empresas eclesiásticas a las que, de acuerdo con lo previsto en las cláusulas 29, 30 y 31 del Concordato, debían concedérseles exenciones fiscales. Nogara logró incluso, tras el desastre económico de fines de 1929, que Mussolini aceptase la transferencia de valores muy depreciados de tres bancos en los que el Vaticano había invertido profusamente (el Banco di Roma, el Banco dello Spirito Santo y el Sardinian Land Credit) a la compañía de valores del gobierno para empresas deficitarias, el Istituto di Ricostruzione Industriale, no al precio que imperaba en el mercado sino de acuerdo con el valor original de las acciones. El Vaticano obtuvo en esta operación 632 millones de dólares y el Tesoro italiano asumió la pérdida.

Pero Carlo tenía razón, en cierto modo. En 1935, Italia invadió Etiopía y una fábrica de municiones controlada por Nogara suministró armas a los invasores. Después de todo, el dinero podía ensuciarse. Aun así, en conjunto, considerando el asunto de modo general, sin demasiados matices, la preocupación inicial de Carlo por un Vaticano empobrecido que no podía subvencionar la propagación del Evangelio, había sido la cerilla que, tras un lento humear, había alzado una gran hoguera de riqueza. La rapidez con que el Vaticano se enriqueció, resultaba claramente indecente y obscena, tan antinatural como un documental en movimiento rápido sobre la

naturaleza que mostrase una semilla de mostaza convirtiéndose en árbol, con pájaros instalándose en las ramas. Carlo había querido que el dinero llevase la luz a los paganos y lo había conseguido sin duda. Él no estaba ya personalmente al cuidado de la mecánica o el mantenimiento de la propagación de la fe. Las palabras de Mussolini, su comentario de que quería verle pronto lejos de Italia, en América, aunque no tuvieran mucho peso en el Vaticano, dieron fruto quizá sólo por el hecho de haberse formulado. La Santa Sede tenía que enviar embajadores al extranjero, como cualquier otro Estado independiente y, aunque Carlo aún no estaba en condiciones de organizar una legación, se consideró que podría ser muy útil como asesor en un país cuyo idioma hablaba, literalmente, como su lengua madre. Así pues, con treinta y pocos años, le enviaron a Londres bajo las órdenes de un arzobispo que hablaba norteamericano como un organillero de la calle. (A Carlo le llamaban a veces, hostilmente, su mono).

Pero, mientras permaneció en Italia, Carlo no dejó en paz a Mussolini, y su enemistad no se correspondía con la afabilidad del Vaticano. El sector más ingenuo del clero llegó a considerar a Mussolini un enviado de Dios. Su Santidad llegó a decir incluso, una vez que bajó la guardia de la lengua, que el Duce tenía un origen divino. Carlo, monsignor Campanati, como aún seguía siendo y como seguiría siendo mucho tiempo, jamás perdió ocasión de atacar al ateo pícnico, como él le llamaba. El Tratado de Letrán se había firmado y no podía (ni lo haría el Duce, un santo ya, pues no le convenía) revocarse. La Iglesia estaba segura frente a los fascistas, y Carlo pertenecía a la Iglesia. Era intocable, aunque me entregó un documento que sólo debía abrirse en caso de muerte súbita, y en el que decía que, si su muerte se debía a neumonía doble o a exceso de comida, había que acusar de ella sin dudarlo a los camisas negras.

Recuerdo que en una de mis visitas al dentista de Roma fui a cenar con él una noche al Da Piperno, un restaurante judío que quedaba cerca de la casa de los Cenci, famoso por sus alcachofas y por un postre llamado huevos de abuelo. Había dos fascistas de mediano rango cerca de nuestra mesa que reconocieron a Carlo. Los fascistas iban mucho al Da Piperno. Los alemanes no les habían enseñado aún que había que perseguir a los judíos. En realidad, había fascistas entre los judíos. Los judíos habían matado a Cristo y habían hecho dinero, pero llevaban más tiempo que los cristianos en Italia. Toleraban al Papa por romano, pero Cristo era una especie de extranjero. En el Gianicolo, los vendedores judíos vendían reproducciones en metal de la Iglesia de San Pedro y de Rómulo y Remo y cuadros y fotos del Duce, el mentón prominente y poderoso. No había problema con ellos y Da Piperno era uno de los mejores restaurantes de Roma. Uno de aquellos fascistas de rango medio miró burlón a Carlo y dijo:

—Tú, será mejor que te andes con cuidado.

—¿Hemos sido presentados? —dijo Carlo, posando el esqueleto de un lenguado al horno del que había estado chupando la carne, y volviéndose muy amistosamente

hacia ellos.

—Basta de bromas. Sabes quiénes somos y sabemos quién eres. Sabemos lo que has estado diciendo y te avisamos de que te andes con cuidado.

—¿Lo que he dicho sobre el Duce y su apestoso régimen? Permitidme que, como vuestro padre en Dios, os advierta que no debéis meteros en asuntos que no podéis entender porque os faltan conocimientos para ello. Es posible que sepáis mucho de porras y de aceite de castor (que es un buen laxante, desde luego, si se toma con moderación) pero no sabéis nada de teología. ¿Puedo seguir cenando?

Y volvió a la espina de lenguado. El que no había hablado agarró a Carlo con brusquedad por el hombro para que se volviera y oyera sus insultos. Carlo lanzó un suspiro, posó los restos del lenguado, se limpió los dedos en la servilleta y luego, con una agilidad sorprendente, dada su gordura, se giró de modo que quedó libre de la mano del fascista. Luego le asió la muñeca y se la apretó hasta que el otro lanzó un gemido de dolor. Entonces le soltó.

—Yo estimo a Benito Mussolini probablemente más que vosotros —les dijo—. En realidad vosotros le cortaríais el cuello mañana si os diesen por ello mil liras. Yo le quiero porque es un alma humana, y lamento que su humanidad pura, producto de la mano de un Dios en que no cree, esté enfangada por obra de los demonios de la codicia y el poder que le poseen. Me gustaría liberarle de esos demonios, pero él, en su perversidad, está muy satisfecho de esa diabólica posesión.

—Diablos, sí —se burló el que había hablado, un hombre apuesto de pelo grasiento y de mediana edad—. Vuelve a tus libros polvorientos, cura, y deja en paz al mundo moderno. Diablos, sí. Ya estamos hartos de supersticiones.

Y el otro, que tenía una mancha de vino en la camisa negra, soltó una carcajada estúpida.

Carlo fingió una expresión de asombro.

—¿Sí? ¿Llamáis supersticiones a las enseñanzas de la Iglesia? ¿Vosotros que como vuestro jefe estáis ansiosos por poneros del lado de la Iglesia y colgar crucifijos hasta en las salas de tortura? Pero claro, es posible que no estéis de acuerdo con todos los secretos del Duce —esto último lo dijo en voz más alta.

Un hombre que tenía puesto un babero interrumpió el avance del tenedor para mirar a los dos fascistas. El más joven de los dos, el que había cogido a Carlo por el hombro, dijo:

—*Mussolini ha sempre ragione.*

Era una de las confortantes consignas del régimen. A Carlo le encantó que dijera aquello.

—Sí —dijo—, por ejemplo, cuando paga los salarios de los sacerdotes de la Iglesia para que puedan cumplir con sus deberes sacerdotales. Y uno de esos deberes es, precisamente, el de expulsar demonios.

—*Mussolini ha sempre ragione* —el del pelo grasiento chasqueó los dedos pidiendo la cuenta—. No queremos oír más disparates clericales.

—Sois unos ignorantes —dijo Carlo con lástima—. Os ocultáis tras las consignas del partido para eludir el deber humano de pensar por vosotros mismos. Vuestro sucio régimen es una desgracia para este gran país, cuna del arte y de la inteligencia. Vamos, venga, respondedme a esto. No basta con decir que Mussolini tiene razón siempre.

—Oye —le dije en inglés—, vamos a meternos en un lío. Déjalo ya, Carlo, ya basta.

Los italianos, bajo cualquier régimen, es un aspecto de una sabiduría natural que nunca han podido borrar del todo las palabras grandilocuentes como patriotismo y deber, siempre procuran eludir los conflictos. Pero Carlo no era del todo italiano. Así que el del pelo aceitoso se limitó a reír de nuevo y dijo:

—Quizá prefirieses que mandaran aquí los bolcheviques. Ésos pronto te obligarían a dejar de decir tonterías sobre los demonios.

—Bueno —dijo Carlo, muy razonablemente—. Marx tiene bastante más sentido que Mussolini. Por lo menos elaboró un cuerpo doctrinal más sólido. Y el proceso dialéctico implica movimiento y progreso hacia un objetivo ideal, que con un poco de caridad podría interpretarse como una forma de pensamiento cristiano. No me entendéis, ¿verdad? No entendéis ni palabra.

Los dos se habían levantado ya, tras pagar la cuenta, y su negro seglar quedaba eclipsado un tanto por el espiritual de Carlo. Negro, pensé: no se ve la suciedad.

—En fin, claro, todos debemos regocijarnos teóricamente con el objetivo imperial —dijo Carlo—. La resurrección del Imperio Romano, que se traduce en sacar el jugo a un montón de pobres africanos inocentes. Una farsa, como todas las demás cosas que ha inventado esa rana hipócrita y atea que tenéis por jefe. Y ahora largaos y dejadme seguir con la comida.

—Esto no quedará así —masculló el del pelo grasiento.

—Eso espero —dijo Carlo.

Entonces el otro, antes de irse, empujó con la cadera nuestra mesa e hizo tambalearse la segunda botella de Acidrezza. Me lancé a salvarla pero se volcó y el vino cayó por el suelo. La botella estaba casi llena: era un buen vino y nada barato. Dije, a mi modo inglés:

—Oh, caramba... *Rovinoso* —añadí— *è molto scortese*.

—*Non mi frega un cazzo*.

Y se fueron con un pedo vocal cada uno y un saludo burlón. Carlo los miraba amigablemente mientras se iban y luego dijo:

—Un momento —se levantó.

—No hagas tonterías —le avisé.

—Un momento.

Salió. La placita que los clientes que iban en coche utilizaban como aparcamiento quedaba cerrada además de por el restaurante por la fachada de la estigmatizada casa de los Cenci y su desacralizada capilla. Salí y vi al fascista de pelo aceitoso doblado

como consecuencia, supuse, de una patada en los testículos de Carlo. Y además estaba pegándole de firme al otro con los puños. El otro era un hombrecillo débil cuyo valor residía sólo en la camisa. Cuando vio que salía otro hombre, un inglés que parecía bastante ágil y al cual le había derramado el vino, echó a correr calle abajo excretando tacos. El otro, el que estaba doblado, lanzaba sombrías amenazas desde lo que parecía una posición devota frente al hábito de Carlo. Luego, doblado aún, las manos una jaula del escroto, siguió, maldiciendo, a su amigo.

—No harán nada —dijo Carlo—. Nadie creerá que les atacó un prelado. Y si hicieran algo las consecuencias serían terribles.

Entonces comprendí por qué Mussolini se había protegido los testículos en presencia de los sacerdotes.

—Ahora volvamos adentro —dijo oportunamente Carlo— a comer huevos de abuelo.

Se trataba de un postre: una masa ligera rellena de crema y sumergida brevemente en aceite; parecían pequeños bulbos de orquídea con mermelada de ciruela. Dada la actitud de Carlo, era evidente que le iría mucho mejor en Norteamérica.

Y el caso es que todos estábamos destinados a ir a Norteamérica. Domenico, tal como había previsto yo, encontraría su verdadero campo en la composición musical de partituras para el cine sonoro, y el cine sonoro acabaría arrastrándome también a mí como guionista. Ambos éramos artistas menores, y aquél era arte menor in excelsis o en mediocre. En 1929, París parecía inundado de películas norteamericanas. Llenas de diálogos, canciones y bailes, anunciadas en carteles en los que aparecían estilizados bailarines de chistera, refrescados por el extraño sorbete de una representación directa marcadamente nasal (aquellas primitivas técnicas sónicas parecían propiciar el quejido nasal). Pero la representación directa siempre exigía una pieza temática, aunque fuese imposible ponerle letra: los discos fonográficos eran una publicidad auxiliadora, y las películas ayudaban también a vender discos: la simbiosis empezó pronto. Así, apareció *Half an Hour* de J. M. Barrie convertido en *The Doctor's Secret* con Ruth Chatterton («Yo era la mujer en cuestión», «Ah, palabra de mamá, señora mía»), y la música sin letra se llamaba *Half and Hour*. Por entonces la película musical con canción se consideraba la fórmula básica. Ni a los dramaturgos ni a los novelistas les tentaba, aún, un medio esencialmente frívolo.

En los Campos Elíseos, en otoño, justo antes de hundirse Wall Street, ponían *The Fox Movietone Follies of 1929* casi al lado de la película de Pathé *La Fille du Pendu*, con Jean-Luc Carel y Claudine Pellegrin, dirigida por Georges Legras, con música de Domenico Campanati. No recuerdo casi nada de ella, pero pervive en mí una imagen residual de la calidad de la música: confusa, distorsionada en el *tutti*, demasiado saxofón oleaginoso (obligatorio en la época). Yo había recomendado a Domenico para el trabajo, y, tras ciertas objeciones iniciales, él había disfrutado con las brutales exigencias que imponía a la partitura la labor del cortador. Todo ritmo tenía que complementarse con los otros: toda frase musical tenía que tener un sentido, aunque

la truncasen las tijeras. Podías hacer disonancias a lo Stravinski y sensiblerías románticas *post*-Puccini. En realidad, servía cualquier cosa con tal de que ajustase, más o menos. El tema musical de la película (un film bastante lúgubre sobre una chica destrozada por la ejecución de su padre por asesinato) era una canción que se cantaba en un *cabaret* y que se iba repitiendo luego en contextos irónicos. Se titulaba *Il était une fois*, letra de Roger Le Coq, y proporcionó a Domenico muchísimo dinero.

Recuerdo la vecina norteamericana de esta película bastante bien, al menos las canciones. *Ruptura*, por ejemplo:

Escribe una notita
Con los dedos del pie
No olvides el punto de la i
Mira luego lo escrito
Míralo bien
Tan fácil como una y una
Dos
Ahora la Ruptura
Acércate y menéate...

Y así sucesivamente. ¿Por qué será tan extraña la memoria de los seres humanos, que puede recordar semejantes simplezas y olvidar los maravillosos versos de Goethe?

Poco diré del hundimiento de Wall Street, que Carlo, que había estado jugando a la bolsa en beneficio de la Iglesia, utilizando al mismo tiempo, en su bondad, parte de la fortuna del pobre Raffaele, había previsto inteligentemente. Se debió al exceso de confianza, a la falta de previsión y a la estupidez. Los expatriados norteamericanos de París, sostenidos por dividendos norteamericanos, tuvieron que reunir como pudieron lo suficiente para volver a su país. La luz de la experimentación literaria se apagó, salvo en el caso de Jim Joyce, que siguió laborando en su obra en proceso demencial. Los quejumbrosos norteamericanos, que ahora gorreaban por los bares en los que antes habían exhibido dólares generosos, pasaron a ser una especie de plaga. Franklin Dowd se pegó un tiro en una habitación del Georges V que no podía pagar. Hastin Newson, el del pelo plateado, que había vendido su banco para vivir como Riley (Dios sabe quién era, probablemente se hundiese también con Wall Street), se tiró del último piso de la torre Eiffel. La policía llegó incluso a establecer allí arriba una red de vigilancia para localizar acentos norteamericanos. Tal como yo había sospechado, se descubrió que Joe, mi agente de Nueva York, se dedicaba a utilizar el dinero de sus clientes en sus especulaciones financieras. Lo perdió todo, en especial por sus inversiones en la radio. Dejó su oficina a mediodía, las mecanógrafas tecleando aún, y se largó a Nuevo Laredo, México. Por consejo de Carlo, yo había retirado mis ganancias norteamericanas de Nueva York y las había transferido a París, con lo cual

evité mi propio hundimiento sectorial y perdí sólo unos quince mil dólares. Harry Crosby, que había publicado mi pastiche bíblico en febrero, con el título de *Caída para Amantes, auctor ignotus*, se suicidó, y mató también a su novia Josephine en la habitación de un hotel de Boston el 10 de diciembre, identificando así su charra extravagancia sin talento con la época, alumbrando así la obra de arte que sabía, pese a tantas pruebas en contrario, que había en él. E. E. Cummings escribió una elegía:

2 Muñecas
boston; hallados
con
Agujeros en el uno al otro
's nana, y
otro nana, listo na Intacto Indómito
NanananaNa el Ella-en-él con
el Él-en-ella (&
ambos todos cargados bien) lindamente
luego lo que allí
yacía
abajo, honradamente
ahora quién va (BANG(BANG

Todo se desmoronaba, menos las películas sonoras. Domenico escribió una partitura muy bien hecha para *Bourrée Italienne*, con muchas mandolinas y tenores y tarantellas, e impresionó muchísimo a Wouk y a Heilbutt de la MGM, que vieron la película en Montreal. En los años siguientes, se hicieron muchísimas películas desesperadamente alegres, algunas en el marco de la soleada It, como la denominaba Wouk, país al que se tenía siempre por desesperadamente alegre y optimista. Domenico firmó un contrato con la empresa y sus dos primeras partituras fueron para *El chico de Nápoles*, película con marco romano, y *Mamma mia*, que trataba de una familia pobre de Mulberry Street, Nueva York, a la que le tocaba la lotería y regresaba a la soleada It, a presumir con su flamante fortuna. Yo, por mi parte, continué instalado en un París que, al carecer ya de expatriados norteamericanos, era mucho más aburrido que antes. Luego, me llamaron a Hollywood para que escribiera el guión de *Singapur*, una adaptación de mi novela sobre la vida de *sir* Standford Raffles.

El océano Pacífico y el océano Índico y el mar de la China se consideraban también escenarios agradables y divertidos; y *Clive de la India*, con Ronald Colman, había dado un dineral.

—Es como una blasfemia —dijo Carlo—. No entiendo cómo lo permiten los musulmanes.

—Aquí no hay musulmanes —dije—, sólo judíos.

—¿Les gustaría que se llamase el Jardín de Jehová?

Carlo se refería al hotel de Sunset Boulevard en que me hospedaba. Había sido en tiempos la residencia de Alá Nazimova, la actriz de cine, como le expliqué, de ahí el nombre, pues el acento final era una adición legítima para gente que pensaba que el dios de Mahoma era un detalle más de decoración oriental, como el sorbete.

—Esa piscina de ahí —dijo Carlo—, me recuerda algo.

—Tiene la forma del mar Negro. Alá Nazimova vino de Yalta.

Carlo movió la cabeza, razonablemente, ante la locura imperante. Quedaba muy lejos de Washington todo aquello, pues en Washington la locura, al ser política, resultaba excusable. Se aposentó con mucho cuidado en una silla anatómica de caña como si creyese que podía ser una ilusión. El hotel estaba dividido en bungalows y los bungalows en apartamentos. En el apartamento contiguo al mío estaba un antiguo humorista del New Yorker, que se pasaba casi toda la noche riendo amargamente. Yo ganaba 1500 dólares a la semana por escribir guiones lo más despacio posible. Hacían las películas deprisa, pero fuera del plató imperaba una gran indolencia. Carlo abrió la cartera, que ostentaba en oro estampado las llaves y la tiara de la Ciudad del Vaticano, y sacó lo que en principio parecía, por el condicionamiento de Hollywood, el guión cinematográfico más largo de la historia.

—No —dije—. No es posible.

Y luego, lo tuve en mis manos y vi lo que era.

—No lo leas ahora —me dijo—. Espera a tener tiempo suficiente. Es el resultado de largos años de trabajos y discusiones. En un sentido, está terminado; en otro, es un mero borrador de vergonzosa simplicidad. Lo que hay que hacer es sembrar las ideas. Así cuando llegue el momento de convertirlas en acción, el mundo de los creyentes ya estará preparado.

Vi la página del título: *La verdadera reforma: un proyecto para la reorganización del cristianismo institucional, con algunas notas sobre técnicas de asociación con credos relacionados.*

—Lo he pasado a máquina yo mismo —dijo Carlo—. No era algo que pudiera confiarse a ninguna de nuestras mecanógrafas de Washington. Se habría puesto a hablar, y no conviene que se hable demasiado del asunto. No debe relacionárseme con ello, ni a ningún otro de los que colaboraron en su elaboración. Es sumo secreto.

—¿Y a pesar de eso me lo traes a mí?

—Tú eres distinto. No tienes con quién hablar de esto. O, más bien, no sacarías nada en limpio haciéndolo —parecía haberse encariñado con la palabra—. Chismorrear sobre religión no es lo tuyo. ¿Qué tienes de beber?

Lo sabía, pues todas las botellas estaban a la vista en la pequeña barra, aunque para él pocas de las etiquetas significaban algo. Southern Comfort, Old Grandd, Malone's Sour Mash. Me había aficionado a las bebidas norteamericanas. Ya no había, por supuesto, prohibición: tantas muertes en vano, incluida la de Raffaele. Carlo dio con una botella de Old Mortality, un buen escocés, y se sirvió un trago.

—El hielo está en la heladera —dije, pleonásticamente; él tomaba el Old Mortality sin agua—. En realidad, esto no es mi «taza de té», ¿comprendes? —dije hojeando el manuscrito.

Carlo había olvidado la expresión, o quizá sencillamente no la conociese. Me miró un instante como si me hubiese quedado empapado de *Alicia en el país de las maravillas* después de trabajar en una versión cinematográfica de la obra. Luego, se dio cuenta.

—Hay que publicarlo —dijo—. Tiene que ser una publicación laica, anónima o pseudoanónima. No hay que plantearse siquiera el *nihil obstat* o el *imprimatur*. Quizá pudieras publicarlo tú con tu nombre. El nombre no importa. Tú tienes un nombre conocido y tu editor lo publicará. Puedes quedarte con el dinero o dárselo a los pobres. Lo importante es sembrar las ideas. Podrías incluso hacer una especie de novela, gente sentada alrededor de una mesa en un jardín, hablando de religión. No me importa lo que hagas con ello, siempre que se propaguen las ideas. Sentados alrededor de una mesa, tomando una taza de té —añadió—, con lo que sería más «tu taza de té».

Puse la tetera. Eran casi las cinco.

—Litros y litros de té —dije, hojeando las páginas: deben ser, calculé, unas ciento cincuenta mil palabras. Estaba escrito a un solo espacio, en contra de la práctica profesional. Y encuadernado, muy a la manera de los guiones cinematográficos, con tapas azules sin lomo, tres sujetapapeles, yo jamás los había visto tan grandes, ahorquillados estiletes dorados, quizás una especialidad de la Santa Sede, respetando los márgenes. Eché unas cucharadas de Orange Pekoe en el agua caliente.

—El obispo de Bombay, antes de Gibraltar, lo apoyaría.

—Se ha hecho un tanto imprevisible. Te hablo en confianza. Está obsesionado con la interpretación del Credo atanasiano, un aspecto de su anglicanismo. Pero ahí hay algo de su terminología. El doctor MacKendrick, un calvinista a quien, ahora que me acuerdo, le gustaba tomar el té muy cargado, y sin azúcar, ni limón, ayudó a estructurar la obra. Casi como un ingeniero. Colaboró mucha gente. Ninguno de ellos se dedicará a chismorrear. Dado el estado actual de la cuestión, no se atreverán. Tendrían problemas con sus dirigentes. Con, digamos, sus Duci.

Su mirada se suavizó como con nostalgia del combate.

—¿Con mi nombre?

—No dañaría tu reputación en absoluto. Te ganarías una nueva reputación de seriedad. Puedes empezar a leerlo esta noche. Yo pasaré la velada tranquilamente con Domenico y Hortense y mis, nuestros, queridos sobrino y sobrina. Están creciendo,

aunque no ya en las mismas proporciones, por el sexo. Hay un programa de radio que me gustaría oír sobre dos negros llamados Amos y Andy. No son negros, en realidad, pero se ponen un maquillaje negro incluso para su programa de radio. Eso es una prueba de seriedad.

—¿Has ido ya por allí? —yo me refería al 151 South Doheny Drive de Beverly Hills, donde vivían Domenico, Hortense y los gemelos—. Porque esta noche hay esa fiesta en Bel Air, y vamos todos, puede que te gustase...

El té estaba listo. Me serví. Carlo frunció el ceño para indicar que prefería el *whisky*.

—No estaban en casa. Los niños estaban en clase de equitación y los padres trabajando.

Hortense había conseguido el encargo de hacer un busto en versión múltiple, o más bien en fases progresivas de terminación, para la nueva película de Marlene Dietrich, que trataba de un escultor que se enamoraba de su modelo.

—Estaba ese criado negro que tienen, que es baptista. Dejé mi maletín allí. ¿Una fiesta? ¿Qué clase de fiesta? ¿Estrellas de cine?

Carlo había visto películas de Hollywood sobre fiestas de Hollywood. Aquel incesto había empezado pronto. ¿Era el narcisismo una especie de incesto?

—Oh sí, muchísimas estrellas. Es el cumpleaños de Daisy Apfelbaum, a la que conocerás mejor por Astrid Storm.

—Ah —se pasó la lengua por los labios húmedos— trabajó en *Ocean Bear*.

—Le encantan todas las religiones. Puedes hablar con ella de religión —tomé un sorbo de té y suspiré; en cuanto al otro asunto...—. En cuanto al otro asunto —dije—, sabes que me pides lo imposible.

—Bah —replicó él—, nunca me ha parecido que lo imposible fuese mucho problema en el fondo. Empiezas con lo imposible y resulta que es como una hoja en blanco en la que puedes escribir lo posible. Cuando la gente dice que las cosas son fáciles o incluso difíciles, entonces es cuando hay problemas. Esto es tan imposible que lo harás.

—¿Con mi nombre? —dije, de nuevo.

—Con cualquier nombre. Con ninguno. Lo que cuenta es el libro en sí —como mi muestra de mariconería bíblica—. Pero si no hay nombre, los lectores empezarán a preguntarse. Mi propio Duce de Washington puede empezar a pensar que he sido yo el autor. Un seudónimo, como el de esa estrella de cine que vamos a ver esta noche... por cierto que no sabía nada de eso, aunque quizá la gente empezase a preguntarse también... quizá lo mejor sería que lo publicases con tu nombre, siempre podrías incluir un prólogo en que dijese que dado el estado actual del mundo, te habías visto forzado a pensar en esas cuestiones y que, humildemente, como laico, expones los resultados provisionales de tu meditación. Algo así. *La verdadera reforma*, por Kenneth M. Toomey. Ya estoy viéndolo —dijo, viéndolo. Otro corrompido inocuamente por Norteamérica— en la lista de libros más vendidos. Quizá se le

podiera poner una cruz ardiendo en la portada.

—¿Cómo la del Ku Klux Klan? No, mejor una mujercita ceñuda con un gran escote, podría servirnos Daisy Apfelbaum, y como título, algo así como *Dadme a Dios. O Dios nos valga*.

—Vamos, eso es ir demasiado lejos. En fin, ya sé que bromeas. Pero veo que estás pensando ya en ello. ¿A qué hora es esa fiesta de cumpleaños?

—A cualquiera a partir de las ocho.

—¿Voy como estoy? No traje otra ropa.

Examiné a Carlo, que se había acercado al bar para servirse más Old Mortality solo. Llevaba, según me pareció, el mismo traje clerical que vestía en la época de la muerte de su hermano. Lleno de bolsas y de arrugas, de manchas, espantoso, un triunfo del equipo de deformación del Departamento de Guardarropa. Hacía juego con su fealdad, que sería especialmente apreciada allí en Hollywood y alrededores. Aquello era cinematográficamente gótico, un trabajo primoroso de especialistas en maquillaje con experiencia en el oficio.

—Estás impecable —dije.

Asintió, se sentó, se retrepó, bebió un trago de *whisky* solo sin una mueca, luego pareció preocupado. Dijo:

—Mamá.

—¿Cómo dices?

—¿Has tenido noticias de nuestra madre?

No había duda de que en el *nuestra* estaba yo incluido.

—He recibido un par de postales —dije—. Una de Salzburgo. Otra de Chiasso, para decirme que había vuelto allí de París. Considera cada vez más mi apartamento de París como su casa, pero parece que se siente culpable de que París le resulte tan divertido. Chiasso es su penitencia.

—Claro, tiene dinero —dijo Carlo con una tranquila melancolía—. Allí está Cartier. Está Maxim. Los antros de Egipto. Desde Chiasso va a ver a Luigia. Es un viaje muy corto en tren. Luigia me escribe con su estilo incisivo, pronto estará al cargo del convento, ya verás. Esa madre nuestra está perdiendo la fe.

—Sí.

—Tiene esa idea de que los fascistas son realmente católicos. Ha leído no sé dónde que ese Hitler es un católico austríaco que persigue a los luteranos, además de perseguir a los judíos. Dice que el cristianismo es una especie de herejía judía. Se ha hecho muy amiga del director de su banco de Chiasso, y él es judío. Está leyendo el Antiguo Testamento.

—¿Qué tiene eso de malo?

—Dice que la realidad de la relación entre Dios y el hombre hay que buscarla en el Antiguo Testamento. Y que el Nuevo Testamento es una lectura muy aburrida. Desde luego, no cabe duda de que no debería permitirse nunca a los laicos leer las Sagradas Escrituras. Así empezaron todos los problemas, dejando a gentes sin juicio

bien formado leer la Biblia.

—Tu madre tiene el juicio muy bien formado, yo no me preocuparía por ella.

—Yo rezo. Rezo por ti también —terminó su Old Mortality—. Rezo por todo este mundo condenado. ¿Puedo echarme en algún sitio?

—¿Rezas echado?

—Rezo en todas las posturas. A Dios no le interesan nuestras posturas físicas. Es que quiero dormir una hora o así. ¿Dónde?

—Allí.

Le indiqué el segundo dormitorio. Fue hacia él con paso inseguro. Cerró la puerta. Oí caer su masa sobre la cama. Luego, empezaron los ronquidos, como un sofá.

Yo llevaba ya lo menos dos meses trabajando, con la ayuda innecesaria de un joven guionista llamado Al Greenfield, en el guión de *Singapur*. Había llegado a una fase de estancamiento onomástico con el productor y el director de los estudios. Querían que cambiase el nombre del fundador de Singapur. Y esto debido a que había otro Raffles mucho más conocido, una especie de bandido generoso, y unos estudios rivales estaban preparando una película sobre ese Raffles. ¿Por qué no *sir* Thomas Stamford? Pero, por Dios, hombre, dije yo, no podemos falsificar así la Historia. Sería como, no sé, como cambiar el nombre de Jefferson o el de Ben Franklin porque ha aparecido en las noticias un Franklin o un Jefferson como raptor o como fornicador. No, no es verdad lo que dices Ken, es el mismo tipo sólo que se le acorta el nombre. Pero hombre, por Dios. No estaba dispuesto a ceder. Riffles valdría, suena un poco a inglés en realidad, dijo un hombre brutal con un puro embutido en la boca. Reffle Roffle Riffold. Riffold Schmiffold, no hay nada que hacer. Raffles o nada. El proyecto tuvo que archivarse una temporada, no importaba, en realidad, pues Loretta Young aún no estaba disponible para interpretar el papel de *lady* Raffles, Riffles, qué coño. Yo me daba cuenta de que la cosa acabaría yéndoseme de las manos, que no tendría la autoría del guión, pero qué coño, aquél no era mi oficio, podía comprar y vender a cualquiera de aquellos cabrones. Me pusieron a trabajar con el rey Arturo y sus caballeros. Mis patrones no se definían mucho sobre el tema, sabían que era un asunto bueno para una obra histórica. Pero yo iba a causarles problemas de nuevo, porque no quería recurrir a la basura de Lancelot y Ginebra, quería un *dux* celta cristiano en pie de guerra, defendiendo en vano la fe contra los brutales invasores teutónicos. Quería que se rodase en Inglaterra, con el aroma de verdes prados húmedos. En el oeste. Fe. Deber. Por entonces, empezaban ya a picarme los ojos al oír estas palabras: el guión, preveía, estaría lleno de ellas. Estaba leyendo a Geoffrey de Monmouth en la biblioteca pública de Los Ángeles, no *Idilios del rey*. Aquel día no estaba en el Edificio de los Escritores; no estaba escribiendo, aunque me habían dicho muy solemnemente que mi trabajo era escribir, gastar un lápiz entero cada día, hasta cinco, ¿vale? Había estado estructurando todo el argumento en la sala de proyección de mi cabeza, viéndolo, oyendo *fe y deber*.

Pero el cuerno de carnero de los ronquidos de Carlo me arrastró a ojear al menos su manuscrito, que no dejaba de tener cierta relación con el trabajo por el que me estaban pagando, el cristianismo militante. Parecía una obra curiosa que, pretendiéndose impersonal, estaba, sin embargo, llena de voces diversas, como si se tratase de un cuerpo poseído por demonios cuyo nombre fuese Legión. Había un teólogo alemán que hablaba de la *Abendmahl*, o ágape vespertino, un cómodo nombre alemán para designar la Eucaristía. El obispo de Bombay, antes de Gibraltar, barajaba términos como sustanciación, consustanciación, insustanciación. Había un agrio forcejeo con el libre albedrío y la predestinación, en que el propio Carlo se enfrentaba a un escocés o suizo. Lo que a mí me parecía por entonces lo rebelde, heterodoxo y sorprendente, nadie más fácil de sorprender que un renegado, habría de convertirse en lo ortodoxo y blando. Allí estaba la terrible estrategia ecuménica expuesta en torpe mecanografía a un solo espacio; y yo, que pensaba que había perdido la fe, me quedé asombrado.

El Papa de Roma era, en este esquema, más un hermano mayor que un padre, el amistoso presidente del comité interconfesional de la fe, que desempeñaba este cargo por derecho histórico, pero que no esgrimía ninguna autoridad divina. La fe debía ampliarse y hacerse más flexible, y parecía proponerse una técnica de lo que yo sólo podría denominar superchería semántica por la que podían unirse diversidades fundamentales de creencias consagradas por los siglos. La doctrina de la *Abendmahl* o Cena del Señor o Eucaristía, por ejemplo, en la que algunos creían que se daba la Presencia Real, otros una especie de presencia relativa, otros un mero acto de conmemoración. Recordad, decía una u otra vez, que Cristo, Hijo del Padre, no está obligado a descender para tomar posesión del pan y el vino en el momento de la consagración, a pesar de la promesa que hizo la víspera de su ejecución, y pese al hecho de que el sacerdote que consagra haya asumido místicamente el oficio del propio Cristo. La libre voluntad de Dios es imprevisible, por ser libre. Además, ¿de qué modo está en realidad presente Cristo, según las creencias de la Iglesia no Reformada, en los accidentes de la ceremonia? No en el sentido de que quepa un análisis físico que lo demuestre, ni en el sentido de una incorporación espacial y temporal. La ceremonia de la Eucaristía, en cualquiera de sus interpretaciones diversas, consiste en conjurar la presencia de Cristo en un contexto esencialmente material, siendo el pan y el vino, como dones sencillos y humildes del dios de la naturaleza, elementos físicos que servirían perfectamente como una analogía de la carne y la sangre humanas, como indicó implícitamente el ordenador del sacramento, cuando, siguiendo su práctica de formulación poética divina, nos habla no de analogía sino de identidad. Un contacto personal con la esencia divinamente humana del Señor se realiza cuando se unen ciertas entidades: el sacerdote oficiante, el adorador y los elementos físicos que los unen. Al formular las palabras «Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre», el receptor de esos elementos pasa por una experiencia de un género demasiado sublime para que pueda ser más que temporal, y quizá

meramente instantánea: una comunión imaginativa, y, en consecuencia, espiritualmente válida, con la personalidad de Cristo. De ahí que este sacramento se considere excelente y quizá necesario para la salvación.

La ceremonia de la Cena con el Señor es el meollo de una ceremonia mayor (así lo interpreto yo), pero una ceremonia que tiene poco sentido si no está allí ese meollo básico. Lo que los católicos llaman la Misa y otros el servicio de comunión, es un ritual que puede ampliarse o reducirse según los gustos estéticos o devocionales: el núcleo sacramental del ritual mantiene su esencia irreductible. Los elementos exteriores, o decorativos, no deberían seguir ninguna ordenación obligatoria general y deberían ser, en realidad, un desarrollo libre a partir de las tradiciones culturales, o estar al servicio de las necesidades culturales de la comunidad de los fieles. Es por tanto defendible, como ejemplo, y probablemente mucho más agradable para el Señor, el uso del canto y el baile que la imposición de improvisaciones al órgano o himnos occidentales.

Las conferencias de la Verdadera Iglesia Reformada deberían ser, continuaba el texto, más acordes con las necesidades del pueblo de lo que habían permitido hasta el presente formas hieráticas elaboradas e impuestas a un alto nivel de autoridad. No hacía falta decir que la lengua vernácula debía sustituir al latín, y, además, no sólo a nivel de idioma nacional sino más aún, en la medida en que fuera factible, a nivel de idioma o dialecto regional. La forma de la Misa o del sacramento de la consagración sería un tema a decidir a nivel diocesano, donde fuese posible, e incluso a nivel parroquial, salvo ese meollo esencial y sagrado, como emanación auténtica de la cultura local y de la voluntad del pueblo.

Y así sucesivamente; no había índice, pero hojeé el manuscrito buscando la concepción que tenía la Iglesia Verdadera Reformada del pecado. Parecía insistirse más en lo correcto o bueno o santo que en lo malo. El gran lema era el amor o la caridad. ¿Amor homosexual? Tonterías. El amor estaba por encima del sexo. ¿El matrimonio y los hijos? El acto sexual, cuando estaba santificado por el matrimonio y los hijos. El acto sexual, cuando estaba santificado por el matrimonio, era lo que había sido siempre, una fuente de placer santificada por su objetivo: poblar el reino de Dios con almas. En esto todos parecían de acuerdo; al parecer, no había ninguna resolución de compromiso para zanjar discrepancias sectarias. ¿Control de la natalidad? ¿Aborto? El aborto era un asesinato, aunque había casos muy excepcionales en que podían tomarse decisiones al respecto, tras un profundo examen de conciencia y muchas oraciones, a nivel episcopal o equivalente. El control de la natalidad, dado que desviaba el acto de la cópula de su objetivo biológico y espiritual, era siempre rechazable. La intención al emitir el semen debe ser siempre el acto de la concepción, aunque el que no se lograra tal propósito por azares de la naturaleza era algo que quedaba fuera del alcance de la voluntad humana, y, en consecuencia, fuera de la esfera de los juicios morales. El derroche de semen por el puro placer era abominable.

En el momento en que yo leía esto, Carlo emitió un ronquido particularmente vigoroso. Miré irritado su puerta cerrada.

Pese a las duras prohibiciones, el tratado subrayaba una y otra vez el principio del *liberum arbitrium*. Lo que definía al hombre era su capacidad de elección moral, y el que existiese el mal como algo opuesto al bien era una garantía de la capacidad de libre elección. Pero si el bien, como uno de los atributos del Creador, era algo innato al hombre como obra máxima del Creador, el mal era esencialmente externo. El hombre cayó en el pecado cuando, por los ardides de una fuerza destructora que era razonable personificar como el Diablo, un ser eterno al que Dios sólo podía destruir a expensas de negar el derecho de todas sus criaturas a actuar con voluntad libre (pues, tras el rechazo de la herejía maniquea, debía aceptarse al Diablo como una creación divina), el mal se presentaba, como siempre, como bien. La responsabilidad del pecado no podía descargarse totalmente sobre los hombros del pecador humano, y Dios, sabedor de la fuerza de su enemigo, era infinitamente misericordioso con las víctimas de ese enemigo, pero no por ello dejaba el hombre de estar obligado a cultivar su buen juicio, su capacidad para identificar el mal, aunque se enmascarase como el sumo bien. ¿Por qué permitía Dios que existiera el mal? Era una pregunta que no había que formular siquiera. Sin el mal, no podría haber libertad de elección. Pero tan persuasivo es ese bien original que puede incluso estar dentro del mal como una consecuencia posible. Palabras peligrosas, peligrosas, peligrosas.

Era peligroso, sí, este rechazo del pecado original, aunque no se formulase con estas palabras concretas. Podías considerarte responsable de una falta de juicio moral, pero no de la dinámica que animaba tus actos malos. El pecado original era debilidad original, era no ser lo bastante listo, o divino, para percibir las maquinaciones del enemigo. Me sorprendió encontrar, en uno de los numerosos apéndices, una rehabilitación del hereje Pelagio.

Alguien, probablemente el propio Carlo, experto en historia eclesiástica, exponía todo el asunto. Pelagio, monje británico que estaba en Roma a principios del siglo v, se alteró muchísimo cuando oyó citar a un obispo este párrafo de las *Confesiones* de Agustín: «Tú ordenaste continencia; concede lo que mandaste y manda lo que deseas». A Pelagio esto le pareció negar la responsabilidad moral. Al mismo tiempo, un comentarista de las *Epístolas* de san Pablo, al que suele llamarse Ambrosiaster, afirmaba al parecer que la transmisión del pecado de Adán se efectuaba biológicamente, pues las almas humanas se derivaban, como los cuerpos, de los padres. «En Adán pecamos todos como en un racimo». Pelagio, inquieto por esto, escribió su propio comentario paulino, en el que afirmaba que no había transmisión hereditaria del pecado, pues eso sería negar el libre arbitrio. El hombre pecaba al decidir imitar el pecado de Adán, no por un fallo intrínseco de la naturaleza humana. En todo pecado, decía Pelagio, tenía que haber una aceptación personal. La consecuencia del pecado de Adán era sólo un mal ejemplo que seguían voluntariamente sus sucesores. Había que bautizar a los niños en la fe, pero el

bautismo no era un instrumento de absolución de un pecado heredado. Todo esto causó un gran escándalo. Jerónimo llamó a Pelagio perro gordo ahitó de gachas escocesas, con el cerebro espeso y enturbiado, un estúpido más que un pecaminoso negador de verdades elementales: la necesidad del bautismo infantil para borrar el pecado hereditario, el poder salvador de la gracia de Dios, la impotencia relativa del hombre como agente libre que se cree capaz por sí solo, sin esa gracia, de abrazar voluntariamente el bien. Como era de esperar, Agustín puso el grito en el cielo.

Herejía, dijo el Papa Inocencio I. Agustín quedó muy satisfecho. Luego vino el Papa Zósimo (417-19). Zósimo le complacieron mucho las ideas que expuso Pelagio en un nuevo libro sobre el libre albedrío, así como su elevada concepción de la moral y de la autoridad papal. Y comunicó a Agustín y a los demás africanos que debía considerarse ortodoxo a Pelagio. Agustín puso el grito en el cielo como era de esperar. Pero Pelagio había escrito, en Sicilia (cómo viajaba aquella gente), un panfleto socialista en que denunciaba la irresponsabilidad de los ricos con los pobres y el pecaminoso mantenimiento del poder del Estado por medio de torturas y de ejecuciones despiadadas. Agustín llamó la atención del emperador, que estaba en Rávena, sobre esta prédica de la revolución social. El 30 de abril del 418, un edicto imperial expulsaba a Pelagio y a sus seguidores de Roma considerándoles una amenaza para la paz. Zósimo tuvo que plegarse a la máxima autoridad secular. Condenó oficialmente a Pelagio como heresiarca; la Iglesia había apoyado siempre esa condena. Pero Carlo (tenía que ser Carlo) parecía decir que la condena, realizada bajo presión, carecía de validez auténtica y había base suficiente para aceptar (aquí era discreto y cauto) la tesis pelagiana como más en consonancia con la premisa de la Iglesia Auténtica Reformada de la bondad y la dignidad del hombre que la doctrina agustiniana de su *depravación* innata.

Había llegado a lo de depravación cuando Carlo soltó un ronquido que parecía ideado por su inconsciente para despertarle. Salió al cabo de un minuto en camisa, arrugado pero claramente refrescado, chasqueando los labios, los ojos brillantes, listo para la acción. Cerré el manuscrito. Ya lo seguiría leyendo más tarde, pero me sentí obligado a decirle ya que no, que no podía, que era mejor que se lo diese a otro, que no era mi «taza de té». Carlo asintió tranquilamente, destapó la tetera para ver si aún quedaba té, que quedaba, aunque frío, y bebió el amargo líquido ámbar directamente de la tetera. Dijo con labios húmedos:

—No hay prisa. No tomes una decisión precipitada. Léelo con calma.

—Creo que es un documento muy peligroso —me atreví a decir.

Esto le encantó.

—*Exactamente*. La religión es la cosa más peligrosa del mundo. No es cosa de niñas con vestido de primera comunión e imágenes sagradas bobaliconas e Hijas de María. Es —dijo— sumamente explosivo, dinamita; es —sonrió ante la idea—, la desintegración del átomo.

Yo no conducía, nunca había conducido. En Los Ángeles, utilizaba un coche de los estudios cinematográficos para ir a Culver City y volver, y taxis para las excursiones de placer. Carlo y yo fuimos aquel día en taxi a la fiesta y, debido a la locuacidad del taxista, no pudimos hablar más por el momento de aquel proyecto santo o *non sancto*.

—Cogí a ese tío, inglés, ese Cary Grant, qué tacaño, oigan, me dio veinticinco cochinos centavos en un viaje de cinco dólares. Pero Ginger Rogers, ésa sí es una dama, sí, señor. Ése no es su verdadero nombre, ¿lo sabían? —y luego—: ¿Ustedes también trabajan en el cine? —y así sucesivamente.

Carlo contemplaba el mundo del hombre caído, los suburbios interminables que pasaban por ciudad, una casa de comidas en forma de esfinge (la entrada entre las patas delanteras), otra, donde servían leche de malta en vasos gigantescos, tan espesa que era imposible tomarla con paja, con la forma de un elefante acuclillado como por orden de su cornaca, templos de fantasía de diversos credos, los tejaditos de paja de los puestos de pastelillos con columnas corintias, préstamos préstamos préstamos, tiendas atestadas de radios a bajo precio, una donutería, casas como chalets suizos, como castillos bávaros, Blenheims en miniatura, Strawberry Hills, Taj Mahals, un banco que tenía la forma de un transatlántico pequeño, árboles polvorientos en los bulevares (palmeras datileras, naranjos, adelfas), bares con botellas de neón manando incansables, escuelas para malabaristas, especialistas de belleza, empresarios de pompas fúnebres, licenciaturas en majoretismo. Era mejor de noche, pese a la luz repugnante de las farolas: la exposición quirúrgica al sol californiano hacía que te hormigueasen los ojos de vergüenza y de lástima. Llegamos a un selecto mundo residencial de templos aztecas, partenones, castillos del Loira. Di al taxista un dólar de propina. Cogí a aquel tío, inglés, qué tacaño, oiga, me dio un dólar miserable.

La residencia de Storm tenía un camino de coches largo con aparcamientos de suelo de grava que iban llenándose ya rápidamente a ambos lados, un camino de coches guardados por patriarcas de piedra o yeso con túnicas y bocas abiertas que emitían una música de órgano muy suave. Conducía a una fachada que imitaba toscamente el Borromini's (ja). San Carlo alle Quattro Fontane. Dentro, como yo ya sabía, el vestíbulo era una miniatura de la iglesia de peregrinos de Vierzehnheiligen de Balthasar Neumann, en la que podía hacerse descender sobre la pared del fondo del altar una pantalla de cine. Ascensores ocultos subían y bajaban a habitaciones de estilo chino o bizantino o español colonial o regencia. Si veías la mansión desde la parte de atrás, te encontrabas con algo parecido a la SS Vincenzo ed Anastasio de Martino Lunghi el Joven. Aquella noche estaba todo iluminado desde los espaciosos prados donde se celebraba la fiesta, aunque había juego de cartas, ruleta, una película nueva y fornicación de puertas adentro. Brillaban sobre los prados siete lunas artificiales; la luna real, más difusa, se elevaba sobre los cerros lejanos. Una orquesta de baile tocaba sobre un estrado bajo el techo estriado de Pier Luigi Nervi. Un

cantante cantaba al micrófono:

La luna romperé
Y la cuchara llenaré
De precioso polvo lunar
Tan alto volaré
Que alcanzaré
El ojo celestial
E incluso moriré
Si hay que...

Por entonces, las canciones populares estaban atravesando una breve fase de alfabetización. Los invitados bebían ya, giraban, reían, remugaban, comían: los hombres con esmóquines plata y oro; las mujeres con vestidos color llama, púrpura regia, con vestidos de tono cerúleo, falso blanco virgen, pechos aupados y dientes nevados; muchos eran famosos, todos eran vulgares. El ambiente olía a carne chamuscada, jengibre y salsa de soja. Hubo un instantáneo relampagueo de fuego cuando echaron coñac sobre un asado de puerco a la hawaiana. La pista de baile era un pulido disco plateado junto a la acorazonada piscina. Las luces de los focos jugaban como dedos gordos y lascivos sobre chicas enloquecidas que se tiraban de cabeza al agua y la surcaban; se elevaba del agua un denso aroma a pachulí. Loreleianamente, estas chicas de dientes perfectos tentaban a hombres gordos, calvos y vestidos, a lanzarse al agua como ellas. Carlo parecía sobrecogido con todo esto. Rostros que él sólo había conocido en una ampliación antinatural, quedaban ahora reducidos a nivel accesible: era como una inversión del cielo. Aun así, murmuraba:

—Ésa debe de ser sin duda Joan Blondell. Y aquél, Clark Gable. Y allí está Norma Shearer. Fíjate en el leve estrabismo venéreo. Y allí estaba Domenico. Pero ¿dónde está Hortense?

Al principio no se podía saludar a la anfitriona. No se podía encontrar a la anfitriona. Fuimos al bar donde estaba Domenico, que llevaba ahora corsé en las veladas ceremoniales, bebiendo, por lo que indicaban las salpicaduras blancas de las comisuras de los labios, una gaseosa Ramos. Aún era guapo, y la calvicie incipiente quedaba disimulada con un cuidadoso tupé. No tenía canas, y el pelo le resplandecía bajo la luz de las lunas artificiales como un filete al horno. Bebía con él una pequeña actriz mexicana que se llamaba, creo, Rita Morelos, cabello como tinta, ni una sola línea recta en la figura, vestido escarlata con una sutil abertura hasta el muslo, ojos picaros y labios húmedos y fruncidos. Domenico, que ahora se hacía llamar Nicky, no pareció alegrarse mucho de ver a su hermano.

—No había pensado —dijo—. Quiero decir, un sacerdote...

—¿Hay alguna ley? —dijo Carlo ceñudo—. ¿Dónde está tu esposa?

—Hortense —dijo Domenico, pronunciando el nombre muy a la americana—,

está cuidando a Johnny. Se cayó de un poni. Se torció el tobillo. Tiene algunos dolores, poca cosa. Despertó llorando. Se ha quedado con él. En fin, a ella no le gustan mucho las fiestas.

—A ti sí, ya lo veo, a ti sí. ¿Qué bebida es ésa, hija mía? —dijo amablemente a Rita Morelos. Ésta sostenía un vaso tan largo como una botella sobre cuya espuma había una sombrilla en miniatura. Era un Mai-Tai. Carlo pidió *whisky*.

Haría lo que fuese
Con mucho gusto
Para demostrar el amor
Que te tengo.
Cualquier cosa
Cualquiera:
Sólo tienes que pedir,
Está hecho...

Provisto de un buen vaso de *whisky* escocés, Carlo estaba ya en condiciones de que le presentase a los grandes del cine. Mi situación en Hollywood era bastante cómoda. Me alegraba poder sacarle dinero a la industria, aunque, en realidad, no lo necesitaba. No tenía que bajar la cabeza ni humillarme. Había allí por ejemplo, me di cuenta, un escritor cuya suerte decaía: Godfrey (God). Thurston intentando congraciarse con un par de ricachos de pétreo rostro. Yo era Kenneth M. Toomey, distinguido novelista inglés, aire distinguido, mediana edad, cara conocida de las solapas de los libros, cuyas tendencias sexuales no eran del dominio público (aunque se suponía maricas a todos los ingleses: envidia por nuestros acentos patricios y nuestra elegancia europea), que era conocido por tantos como conocía y que además le importaba un comino. Así que, tranquilamente, fui llevando a Carlo de grupo en grupo, presentándole, por comodidad, como cuñado mío, alto funcionario de la Delegación Apostólica de la Santa Sede en Estados Unidos. Algunos creían que esto era una nueva secta religiosa y un cómico bocazas llamado Joe E. Brown juró que conocía a un tipo que había ingresado en ella: nada de chicas, nada de alcohol, nada muerto debe entrar en el organismo, ¿verdad? Pero Edward G. Robinson, un actor más o menos de la estatura de Carlo aunque no tan feo, estaba perfectamente enterado de todo y pudo enumerar de memoria los tesoros artísticos del Vaticano e hizo, como un *bonne bouche*, un resumen preciso de la herejía sabeliana. Por fin encontramos a nuestra anfitriona. Dígase lo que se diga sobre el cínico arte de la fabricación de estrellas, tenía que haber una *donnée* y Astrid Storm poseía realmente un encanto que absorbió a Carlo como un atrapamoscas. Traspasado por aquellos grandes ojos color violeta, pese a que no le miraban directamente, se quedó sin habla y dijo que sí a todos los disparates que ella expuso sobre la necesidad de que las iglesias cristianas se espiritualizasen, sabes, a través de las técnicas de la respiración umbilical maya.

Al cabo de una hora yo ya estaba harto. Alguien dijo a Domenico:

—Nick, muchacho, me encantó tu última partitura, es magnífica.

Y Domenico, que parecía tener prisa por hacer algo en otro sitio, dijo:

—Vaya, gracias, Dave.

Había una mujer de belleza ultraterrena que sólo le decía a su interlocutor «Sí. Ya. Ya». Un joven rubio de majestuoso físico que no podía ocultar el esmoquin, claramente desesperado por conseguir de nuevo trabajo, se tiró de cabeza desde el trampolín más alto totalmente vestido y entró en el agua sin alzar ni una ola. Nadie pareció fijarse. Un chistoso pagado pasó insultando a la gente. Carlo me dijo:

—Me han dicho que ahí dentro están jugando al póquer —señalando con el pulgar a SS Vincenzo ed Anastasio.

—Son apuestas muy altas, Carlo. ¿Puedes permitírtelo?

—Ninguna de estas personas parecen jugadores de cartas serios. Vamos a entrar y tú me dirás cuándo crees que debemos dejarlo.

—Pero tú vas a volver con Domenico.

—Lo he pensando mejor y no. Creo que debemos discutir el asunto del libro.

—Pero, Carlo, yo tengo que ir a trabajar mañana por la mañana.

—Cuatro o cinco horas de discusión y luego a dormir. Lo discutiremos mejor todo después de esta pequeña distracción. Nuestra anfitriona es una mujer encantadora. Lamento —dijo picaronamente— mi voto de castidad.

—Se ha divorciado cuatro veces.

—El divorcio norteamericano —dijo— es poligamia sucesiva. El Jardín de Alá —y se alejó.

Yo volví al bar. Un hombre de cabeza alargada y sin nuca me miró fijamente y dijo:

—¿Tú dices llamarte Toomey?

—Ése es mi nombre, sí.

—No, no lo es. Me lo robaste a mí, cabrón.

—Ah, ¿también tú te llamas Toomey? No hay muchos. ¿De dónde proviene tu familia?

—Sólo hay un jodido Toomey y ése soy yo. Tú eres un inglés marica y ladrón, so cabrón.

Y cogió una botella de Southern Comfort del bar dispuesto a pegarme. Qué fastidio. Dos tipos ceñudos de esmóquines negros, pechos de 1,50 debajo, se levantaron como exhalaciones de la hierba seca y se llevaron a aquel otro Toomey o seudotoomey con sus maldiciones e insultos y con su botella de Southern Comfort. Luego atrajo mi atención aquel estrado de los músicos de Pier Luigi Nervi. La orquesta había empezado a tocar *Cumpleaños feliz*, y la cantaba el vocalista, un esbelto joven afeminado con un rizo de estopa sobre el ojo derecho. «Cumpleaños feliz Astrid querida». Las luces iluminaron a la querida Astrid. Ésta sonreía como un *concertó* de piano, no de Domenico.

Las trompetas saludaron con una fanfarria la entrada de una inmensa tarta sobre ruedas, autotripulada, al parecer, y que iba dejando un humo azulenco. Era demasiado hermosa para destrozarla con un cuchillo, pero *chefs* con gorros cayeron sobre ella como si fuese una ballena blanca. Se sirvió champán de matusalenes y se brindó por la belleza y la juventud de nuestra querida Astrid, incólumes ambas por otro año más. Se pasaron pequeños fragmentos de tarta. Se interpretó *Cumpleaños feliz* como un cremoso vals, y los hombres se alinearon para girar con Astrid en unos cuantos pasos simbólicos cada uno. Todo muy correcto y saludable, pero en oscuros rincones de arbustos y matorrales se concertaban citas en voz baja, se fraguaban peleas. Los dientes resplandecían más en gruñidos que en sonrisas. Pero una muchacha desconocida y feliz se arrojó de cabeza al agua con su traje *directoire* y surgió de ella con la tela pegada a un cuerpo succulento, y un bailarín de zapateado se apoderó de la pista de baile e hizo una exhibición: era un individuo admirablemente estilizado y de sonrisa fija, y bailó al ritmo de *Sweet Sue*.

Y de pronto, de la fachada de SS Vincenzo ed Anastasio salió lo que muchos creyeron en principio un dúo cómico. Era Carlo llevando a rastras a Domenico y los dos insultándose en el milanés de la calle, una lengua desconocida para los gorilas sicilianos de esmoquin que, con un hormigueo en las orejas de lo que debería haber sido identificable pero no lo era, se disponían a avanzar hacia allí. Pero el gordo que arrastraba al otro era, claramente, un sacerdote, y por tanto una persona que tenía que saber lo que hacía. Domenico tenía deshecho el peinado y se le veían claramente las entradas. Llevaba calcetines pero no zapatos, y bajo el esmoquin resollaba un pecho velludo. El término era *in flagrante*. Carlo, la cara congestionada de vergüenza y de cólera, no se despedía de nadie. Arrastraba y pegaba de vez en cuando a Domenico por las espaciosas extensiones de césped camino de la salida de la casa. Yo, aunque discretamente, tuve que seguirles hacia el aparcamiento. Conocía el coche de Domenico, un Studebaker color lima y manzana, pero sabía que Domenico fingiría no conocerlo. Llevado literalmente a rastras a casa por su hermano sacerdote y sólo (suponía yo, ¿qué otra cosa cabía suponer?) había incurrido en fornicación obligatoria.

—Allí está —dije, señalando—, lo que supongo que estáis buscando pero ¿qué ha pasado, por amor de Dios?

Domenico se volvió a escupirme y Carlo utilizó la mano libre para intentar abrir la puerta del lado del volante. En aquel apaleamiento particular, con sus auxiliares negros, probablemente armados, no se cerraba el coche. Y se dejaba la llave de contacto puesta para que los auxiliares pudiesen reordenarlos en caso necesario y facilitar la salida. Como en aquel caso. Para dejar paso al Studebaker hubo que retirar un Plymouth grande como una roca.

—Entrad ahí atrás —ordenó Carlo—. Los dos.

Y empujó a Domenico al interior y a mí tras él.

—Oye —protesté—, yo no he hecho nada malo. Estoy tan impoluto como la

nieve pelagiana.

Eso no le hizo gracia a Carlo.

—Maldita sea —dije—, yo no tengo nada que ver con esto. Yo me vuelvo a la fiesta.

Pero Carlo había cerrado ya de un portazo y se acomodaba tras el volante.

—Supongo que estarías haciendo alguna diablura —le dije a Domenico.

—Vete y dile eso a la puta de tu hermana —gruñó Domenico. Yo no podía sentirme dolido por aquella expresión: un marido tenía más derechos que un hermano. La nuca de Carlo dijo:

—Tú, Kenneth, recuérdame el camino. Tenemos que volver al Jardín de Alá. Tú, *fratello*, no digas nada más. Quiero ver cómo dices lo que tienes que decir. Necesito mirar tu rostro insolente y adúltero.

Aquello era muy italiano. Los italianos, como las mujeres, tenían que ver el verdadero sentido detrás de las palabras dichas. O escritas. Los italianos no escribían cartas porque las cartas son algo sin rostro.

—No fue adulterio —dijo Domenico con hosca pedantería—. Ella no está casada.

—Esa *putanna* mexicana —corrigió Carlo— es una mujer casada. Yo sigo esas cosas. Dirás que se ha divorciado. Eso del divorcio no existe. No tengo ni que decírtelo. Ahora, silencio. Ya tendrás tiempo sobrado de hablar. No sobre tu fornicación, de la que no hay nada más que decir. Sobre lo que dijiste y luego dijiste que no dijiste. *Stai zitto!* —gritó, aunque Domenico no hacía más que tomar aliento para respirar.

Hubo, en fin, una especie de ceñudo silencio, mientras pasamos ante mansiones jocosas y figones grandilocuentes, ante cuya visión Carlo gruñía como si se tratase de una larga firma garrapateada de depravación humana.

—A la izquierda por aquí —dije.

Obedeció, muy diestro con el coche de otro, de cualquiera.

Llegamos. *La ilaha illa'lah*, se burló Carlo. Aparcó junto al Mar Negro, entre Constanta y Cetatea. Salimos y Carlo tuvo de nuevo libertad para empujar brutalmente a Domenico hacia mi apartamento. Abrí la puerta y encendí las luces. Los dos ceñudos hermanos quedaron entonces plenamente iluminados, sudor, arrugas, todo.

—¿Os preparo un trago? —dije.

—A mí sí, a él nada —dijo Carlo—. Ahora —invitó con truculencia—, lo que dijiste.

—Sólo dije que no tenías derecho —todo esto, por cierto, lo decían en inglés—. Tú lo llamas pecado y yo digo que lo hace todo el mundo. Así son las cosas aquí. Y digo que digas tú lo que digas, un hombre es libre de hacer lo que quiera. Tú no tienes ningún derecho. Me pusiste en ridículo, me dejaste como un imbécil.

—Parecías un imbécil y un animal además allí tumbado encima de aquella mujer. *Desnudo* —como si eso fuera más pecado que la fornicación—. Meneando ese

estúpido *culo* que tienes.

Carlo cogió su vaso de Old Mortality solo sin dar las gracias y remedó hoscamente el movimiento.

—Tú no tenías ningún derecho a irrumpir allí. Sabías que no era el *gabinetto*. Iba ya a *correrme*, maldita sea, iba a *correrme*, y aún tienes la desfachatez de hablar de pecado.

Soltó luego unas cuantas obscenidades en italiano. Carlo bebía con una mano e intentó abofetearle, sin lograrlo, con la otra.

—Un afortunado accidente, hermanito, el que estuvieseis allí tú y esa *puttana* y no fuese el *gabinetto*. Te cogí en pecado y puede que tu vergüenza conduzca a un sincero arrepentimiento. Quiero saber qué fue lo que dijiste.

—Dije que no tenías ningún derecho.

—¿Ningún derecho como qué? ¿Como sacerdote de tu Iglesia? ¿O como tu hermano?

—Dije que no tenías ningún derecho.

—Yo pregunto —dije— con qué derecho llamas puta a mi hermana.

—Eso —dijo Carlo— es otro asunto. Cada cosa a su tiempo.

—Dije que no tenías ningún derecho.

—¿Por qué es mi hermana una puta? —le pregunté alzando la voz.

—No diré nada más mientras no tenga un *whisky* como este sacerdote borracho.

Por supuesto, al oír esto, Carlo intentó pegarle, pero Domenico le esquivó. Serví un *whisky* más barato en un vaso y se lo pasé a Domenico. Éste bebió ávidamente sin dejar de esquivar los golpes que le lanzaba Carlo, que intentaba quitarle el vaso del puño.

—Escucharás.

Domenico jadeaba menos de emoción que del trago rápido y único. Carlo ya no podría quitarle aquel trago. Siguió asiendo firmemente el vaso, se le blanquearon los nudillos; si volvía a intentar pegarle le respondería con aquello.

—No tengo por costumbre —dijo— fornicar y cometer adulterio. No soy como la gente de aquí.

Carlo combinó un grito y un bufido.

—Si quieres escuchar, escucha —dijo Domenico—. Si no, me voy a casa.

—A casa, eh —replicó Carlo—. No dormirás en tu cama, ni en la misma habitación siquiera. Sólo con estar allí mancillas su pureza. Te mantendrás apartado de ella hasta que recibas la absolución y cumplas la penitencia. Y te juro por Dios —prometió ferozmente— que será una penitencia larga y dura. Muchos muchos misterios del rosario. Nunca acabarás de rezarlos todos.

—No tienes ningún derecho. Yo puedo ir al sacerdote que quiera, a mi propio confesor.

—Conozco a ese hombre, se lo contaré todo. Le diré la penitencia que tiene que ponerte.

—No tienes ningún derecho y lo sabes —y de repente, Domenico se echó también a reír—. Pureza. Castidad. Fidelidad. Esas grandes palabras que no significan nada. Lo que yo digo ahora es: ¿de quién son esos niños? ¿Quién es el padre de esos niños que me llaman papá? —ah—. Fue por las *orecchioni*, por lo que llegué a saber la verdad.

—¿*Orecchioni*? —No conocía la palabra; Carlo y Domenico remedaron distraídamente grandes orejas y grandes mejillas—. ¿Glándulas hinchadas? Ah, las paperas.

Recordé entonces que Johnny y Ann habían tenido paperas. Y se las habían contagiado a Domenico. Era una enfermedad dolorosa pero inofensiva. Pero había un cierto peligro, si la contraían los varones adultos. También la había contraído Hortense, pero para las hembras no había peligro.

—Fui a ver al médico de los estudios —dijo Domenico— porque no me gustaba que se me encogieran los huevos. Lo que con su palabrería él llama atrofia parcial de los testículos. A él ni le gusta ni le disgusta eso. Dijo que sucedía en el treinta por ciento de los casos. Le dije que no eran sus huevos y que por eso ni le gustaba ni le disgustaba. Le dije son mis huevos, y a mí no me gusta. Me dijo que le diese una muestra de semen. Así que me metí en otra habitación para sacar un poco. No resultó fácil. Tuvo que darme un libro de fotos indecentes y eso ayudó.

—Sucio —exclamó Carlo—. Polución. Masturbación.

—Ah, *cazzo* —gritó Domenico con irritación—. Tú no sabes nada de nada, sacerdote estúpido —muy fascista—. Así que cogió la muestra de semen y la puso en el microscopio. Aquella misma tarde me dio los resultados. Dijo que no había nada. Dijo —*crescendo*— que allí no había nada. Me dijo que era el ejemplo más perfecto de esterilidad que había visto en su vida. Ésa fue la palabra que utilizó: *perfecto*. Dijo otra cosa. Dijo que era muy muy muy improbable que la enfermedad de las *orecchioni* hiciese estéril a un hombre. Dijo que era casi seguro que hubiera nacido así. Le dije entonces que tenía dos hijos gemelos, y entonces, rápidamente él dijo, *demasiado* rápidamente, entonces, evidentemente, la causa tuvieron que ser las *orecchioni*, es muy raro, pero a veces pasa. Pero me di cuenta de que lo decía para tranquilizarme. Pero no estoy tranquilo, ni mucho menos. En fin, ahora podréis entender las dudas que me asaltan.

—No tiene que haber ninguna duda —bramó Carlo; el humorista de Manhattan del apartamento contiguo se echó a reír—. Un hombre jamás debe dudar de su esposa, sobre todo si su esposa es una mujer como Hortense. ¡Cómo te atreves a preguntar quién es el padre de tus hijos!

—Pasaba la noche en tu casa —dijo Domenico mirándome ceñudo—. ¿Cómo sé yo dónde pasaba la noche? ¿Cómo sé yo adónde iba cuando decía que pasaba la tarde en el Louvre? La he visto sonreír a otros hombres en París. Tú eres su hermano, e imagino que la protegerás.

—No hay nada que proteger —dije, con fiereza—. Hortense ha sido una esposa

buena y fiel y muy provocada, además, si te he de ser sincero. Conoces tus terribles arrebatos, que tú llamarías temperamento como si fueses Verdi o Puccini, y tu cobardía, que te hace pegar a una mujer.

—Sí, sí, ahora la que pega es ella —gritó Domenico— cuando le hablo del médico y de su microscopio maldito y de que dijo que no había ningún espermatozoide nadando allí. Y hablo razonablemente, dispuesto a perdonar y ella ha obrado mal, porque después de todo, fue hace mucho tiempo. Y ella me dijo cómo te atreves, cómo te atreves, gritando aún más que Carlo. Sé sincera, le dije, Ortensia querida, sé sincera, te perdonaré, quiero a esos niños, sea quién sea el padre o sean quiénes sean los padres, y va y me repite cómo te atreves y empieza a darme puñetazos, y luego me dice que me vaya y me dice pregúntale a tu hermano Carlo cuál es el objetivo del acto del matrimonio, el acto del matrimonio es para engendrar hijos, cuántos hijos puedes engendrar tú ahora, bastardo estéril, no vuelvas a acercarte a mí.

—Ella está equivocada —dijo Carlo, aunque débilmente—. La Iglesia no castiga a nadie por un fallo de la naturaleza. Cuando se aborda el sacramento del matrimonio de buena fe, los placeres del matrimonio son legítimos.

—Sí, claro —dijo Domenico—, pero ella quiere otros placeres. Nosotros los italianos somos todos unos tontos inocentes, no como los franceses y los ingleses. No me gusta nada esa amistad que tiene con mi *fagotto*. Fagot, si prefieres —me dijo a mí—. De la orquesta de los estudios. Tanta amistad y tanto qué tal querida y besitos cuando se encuentran.

—¿Es varón el fagot?

—No, no, no, no, no, no *stolto*, es una mujer —como si evidentemente fuese una actividad femenina el soplar aquel chisme largo y pesado—. Se llama Fran Lilienthal, un nombre ridículo, pero es una buena *fagottista*, puede hacer el *mi bemolle* agudo, mi bemol, si prefieres. Ésa no es la cuestión —con ferocidad, como si otro le hubiese desviado de ella—. Hortense me dijo varias veces que los hombres no saben nada de hacer el amor a una mujer. Y menos los italianos. Le pregunté qué sabía ella de otros hombres, y dijo que hablaba suficiente con otras mujeres y que había aprendido mucho de ellas, y que también leía libros. Dice que sólo una mujer puede entender a otra mujer. Así que empecé a pensar. Es algo que se da con mucha frecuencia entre las mujeres de Hollywood.

Aún estábamos los tres de pie; pero entonces Carlo se sentó. El *whisky* de su vaso intentó seguir donde estaba y se derramó por su chaqueta negra. Ignoró tal hecho y siguió mirando ceñudo a su hermano.

—Tú conoces la palabra —me dijo Domenico—. Creo que hay algo raro en tu familia.

—Me parece estúpido y cruel que digas eso —con mucha vehemencia—. Retráctate de esas palabras o te las haré tragar. Junto con tus malditos dientes empastados de amante latino fornicador.

El humorista de al lado batió palmas y lanzó un hurra.

—Estás diciendo tonterías —dijo Carlo—, como sueles hacer. No estás siendo sincero e incurres en pecado como haces tan a menudo. Deseas cometer adulterio, o por lo menos fornicar, y por eso buscas cuantas excusas puedes. Tu mujer te rechaza, o eso te conviene pensar, y entonces tú imaginas esa abominable perversidad. Las mujeres —proclamó sabiamente— no son lo mismo que los hombres. Se besan y se abrazan, hasta las monjas jóvenes lo hacen, las novicias. Es amistad, sólo eso. Las mujeres son más emotivas y más efusivas que los hombres, es su carácter. No pueden, por su naturaleza física, cometer el pecado de Onán. Y tú vas y te inventas esa calumnia indecente y, debido a un amor frustrado y amargamente roto de Kenneth, del que tú estás perfectamente enterado, perfectamente, dices cosas que él tiene derecho a querer hacerte tragar. Intentas justificar tu pecado de esta noche. Y seguirás intentando justificar pecados similares. Conozco tu carácter. Ahora, ponte de rodillas. Vamos, *de rodillas* —señaló un punto adecuado en la rala y rojiza alfombra—. Pide perdón a Dios. *Venga*.

—Ah, *merda* —dijo Domenico, sin arrodillarse—. Tú no sabes nada del mundo real ni de la sexualidad, ni de los distintos tipos de sexualidad, ni de lo que eso significa para la gente. Pero lo que sabes ahora es por qué hice lo que hice esta noche. Y me paraste. Maldita sea, me paraste. El peor crimen del mundo, el peor pecado, peor que el asesinato. Cuando un hombre está casi corriéndose —se estremeció, sinceramente horrorizado—. Parar a un hombre en ese momento es un pecado terrible. Eres tú quien debería estar de rodillas.

—No me digas a mí lo que es pecado y lo que no lo es —dijo Carlo, levantándose de nuevo—. Y no digas palabras indecentes delante de mí, un sacerdote y un Monsignore. Así que tenemos tu pecado pecado pecado, me oyes, y tenemos tus débiles razones.

Se parecía un poco en el tono al jefe del Departamento de Guiones de la MGM.

—Pero —continuó Carlo— no has repetido lo que te pedí que repitieses, lo que dijiste cuando te obligué a ponerte los pantalones en aquella habitación repugnante en que estabas con la puttana desnuda riéndose y enseñándote su desvergonzado cuerpo. Quiero oírlo otra vez. Podré soportarlo. Es terrible decir una cosa así a un hermano. Fue un rechazo. Pero podré soportarlo.

—Dije que no tenías ningún derecho.

—¿Ningún derecho como sacerdote o ningún derecho como hermano mayor?

—Ningún derecho como ninguna de las dos cosas. Siempre has dicho que los seres humanos tienen voluntad libre y derecho a elegir la conducta que quieran.

—Sí, y tenemos derecho a impedirle a un hombre que elija hacerse daño. Tenemos ese derecho y yo lo utilicé. ¿Qué fue lo que dijiste?

—Fuiste tú —dijo Domenico acusadoramente— quien dijo que yo debía ir a ver morir a mi padre y cuidarme de organizar todo lo del entierro. Tú tenías asuntos importantes de la Iglesia y Raffaele tenía que quedarse en Chicago para que Al

Capone le asesinara.

—No está bien que digas eso. Habla como una persona razonable.

—Todo eso es verdad. Yo tenía que ir a ver morir a mi padre y luego tenía que arreglar todo lo de mi madre. Hablaste muchísimo sobre mis deberes de hijo.

—¿Qué posesividad extraña es ésta? *Nuestro* padre. *Nuestra* madre. Si no estuve allí no fue por culpa mía. Tú cumpliste todos los deberes por nosotros, muy bien, gracias, fuiste un buen hijo y un buen hermano y todo lo que quieras. ¿Qué tiene esto que ver con lo que hablamos?

—Tuve que revisar documentos, quemar alguno, la mayoría, conservar otros, leerlos todos. Mamá me dejó a mí esa tarea, ella no quiso participar. Déjame con mi dolor, dijo, aunque no parecía muy afectada. Ésa es una historia distinta. Mi historia ahora es que descubrí un viejo *certificato di adozione*.

Carlo se puso bruscamente alerta, como si le hubieran dado un palo en la rodilla. Dijo, bajando la voz:

—¿Tú?

—No, tú.

Nunca había visto a Carlo ni, creo que nadie pudiera haberle visto nunca, tan encogido, tan desnudo. Él, el formidable, siempre lleno de sorpresas, había tenido que afrontar una sorpresa de gravedad tan monumental que significaba más que todo su arsenal de fe y sabiduría y confianza sobrehumana para tratar con el mundo. Hablaron los dos en italiano, no milanés. Carlo dijo:

—¿Lo tienes? ¿Lo tiene mama? ¿Aún sigue allí?

—Fue una de las cosas que quemé. Ella me dijo que debía haberlo quemado hacía mucho. No sabía que siguiera aún entre los papeles de la familia. Dijo que no debíamos decírtelo nunca. Se alteró mucho por el hecho de que yo lo hubiera visto.

—No me extraña... no me extraña, pero tenías que contármelo algún día, aunque tuvieras que esperar cien años. Esperaste diez. Más. Pero tenías que contármelo. Ella tenía razón al alterarse tanto.

El humorista del piso contiguo volvió a reírse. Carlo aporreó la pared con terrible vehemencia. El humorista lanzó una débil risa de caballo y luego se quedó callado, probablemente se fue a la cama. Domenico dijo:

—Te lo conté porque estaba furioso. No hay cosa que enfurezca más a un hombre que el que le hagan algo así. Si no, no te lo habría dicho. No habría sido capaz. En fin, ahora olvidémoslo todo. Hay cosas a las que no tienes derecho. Pero aún sigues siendo mi hermano mayor.

—¿Qué se sabe? ¿Quién soy yo? Una pregunta terrible, la pregunta de Edipo.

Domenico dijo:

—Eres Carlo Campanati. El certificado de adopción decía que tus padres son desconocidos. Mamá me dijo que todo pasó cuando Italia estaba conquistando Etiopía. El hombre estaba en el ejército y no volvió. La mujer estaba en la finca contratada para pisar uvas. Te tuvo y luego se fue. Mi padre, nuestro padre, tuvo un

sueño. Despertó del sueño y entonces llamó al abogado para que se encargase de tramitar la adopción. Dijo que tenías que ser de la familia. Según explicó madre fue después de que le dijese los médicos que no era prudente que tuviera más hijos, pues lo había pasado muy mal con Raffaele. Pero, por supuesto, conmigo no tuvo ninguna dificultad. Mamá dijo que tú eras un regalo de Dios.

Carlo soltó un terrible gruñido. Yo me aventuré a decir, en inglés:

—No veo que haya que preocuparse por nada de lo que se ha dicho. Ni que haya que ocultar este hecho. Ni que tenga que provocar tristeza y pesadumbre.

—Tú conociste a tu madre —masculló Carlo—. Todos los hombres conocen a sus madres, hasta Jesucristo la conoció. No conocer a tu madre. No conocer a tu padre no es tan importante. Es un disgusto terrible; muy profundo.

—Tú quizás estuvieses destinado —dijo Domenico con su estupidez característica— a elegir a tu madre, cosa que pocos hombres pueden hacer. Me refiero a tu madre la Iglesia, pero nuestra madre sigue siendo tu madre.

—No es lo mismo —dijo huecamente Carlo—. No salí de su vientre. No soy carne de su carne. Ahora siempre estaré pensando en mi madre real, a la que jamás conoceré. Tus dos hijos conocen a su madre, eso es lo único importante para ellos. Y tú me vienes con tus dudas pecaminosas sobre tu paternidad, como si eso importase. No tengo madre —gimió de nuevo.

—La Iglesia —dijo Domenico—, la Iglesia. Tienes a tu madre la Iglesia.

—La verdad es buena —dije, consoladora y vagamente—, sea cual sea. Es bueno —aclaré— saber la verdad. Tú eres lo que eres, tú no has cambiado. ¿Tus dones? Vienen de Dios, y el canal de transmisión carece de importancia.

—Kenneth tiene razón —dijo Domenico—, es como mis propios dones. Ni mi padre ni mi madre los tuvieron. Vienen de lo desconocido. No diré de Dios, porque no estoy seguro de que exista. El talento o el genio es un gran misterio.

—¿Qué quieres decir con eso de que no estás seguro de la existencia de Dios? —preguntó Carlo, alzando el hocico ante el rumor de una oveja extraviada, pese a ser un perro pastor enfermo como era—. Esta noche parece dedicada a que tú no estés seguro de nada. Salvo de que yo no tengo madre. ¿Qué quieres decir con eso de que no estás seguro?

—Háblales a los *mafiosi* de Dios —dijo Domenico, audazmente—. Ellos son los que controlan el trabajo en los estudios. Son los que dicen quién figurará en mi orquesta y quién no. Me sacaste a rastras de una cama en la que sólo estaba cometiendo fornicación, pero esa gente mata. ¿Por qué todos los católicos son tan malos, explícamelo? Hace seis meses que no voy a misa. Yo me encargo de resolver mis cosas por mi cuenta. Es tu madre, no la mía.

—Si yo fuese realmente tu hermano mayor —dijo Carlo, cabeceando—, no dirías eso.

—Lo sé desde hace diez años —dijo Domenico.

—Sí, pero hasta esta noche no lo supiste *de verdad*. Esta noche lo dijiste. Vamos,

vete. Te veré mañana.

—No me verás mañana. Tengo que grabar todo el día. Si me dejan los *mafiosi*. En fin, creo que volveré a terminar lo que tú interrumpiste.

Y se fue, insolentemente, sin un buenas noches. Carlo dijo:

—Se ha terminado la botella. ¿Qué otro *whisky* tienes?

—Escocés, quieres decir. White Label, Haig, Claymore...

—Muy bien. Hace muchos, muchos años que no hago esto.

Cogió un vaso de cerveza, lo llenó hasta la mitad de Claymore y me miró trágicamente antes de beber.

—Tienes que acompañarme —dijo—. Un hombre no puede beber solo.

Se oyó ruidosamente al Studebaker salir zumbando del Mar Negro.

—En fin, hay que dejarle —comentó—. Que se condene.

Que le devoren los demonios del orgullo y la lujuria y la estupidez. Siempre fue un imbécil. Vamos, bebe conmigo.

—Vodka —dije.

Quería estar bien despejado a la mañana siguiente: a las diez tenía una reunión para hablar del guión. En la nevera guardaba varias botellas de licor llenas de agua. Fui hasta allí y elegí una de Kavkaz. Luego, me senté con Carlo, dispuesto a acompañarle en el farfulleo y el babeo, haciendo un mohín agrio simulado mientras tomaba sorbos de aquel agua fresca, bendita y neutra.

Carlo tardó una hora en terminar el Claymore. Estuvo la mitad de ese tiempo sin decir nada, aunque emitía gruñidos de aflicción y maldecía de cuando en cuando en dialecto. Por fin dijo:

—¿Es cierto lo que sospecha Domenico?

—Eso —dije— es confesión. ¿Entendido?

No entendió de momento; luego, al fin entendió y asintió.

—De acuerdo —dijo—. De acuerdo, de acuerdo.

—Se puede cometer un pecado por amor. Si mi hermana pecó fue por Domenico. ¿Comprendes? Puso en peligro su alma para proteger el orgullo de él. Recuerda, sin embargo, que tú le habías dicho a Domenico que la esterilidad siempre es cosa de la mujer. Una de las tonterías del Antiguo Testamento. Hortense se vio empujada a ello. No hay nada de qué arrepentirse. ¿Va a ir ella al infierno por eso?

—Hortense —dijo él con firmeza— no irá al infierno. Si ella fuera al infierno, allí desearía ir yo. Quiero mucho a Hortense. Es demasiado buena para ese imbécil al que consideraba hermano mío.

—Dime, ¿cómo te las arreglas? —dije—. Quiero decir, con tu voto de castidad. Me refiero al amor. *Eros*, no *ágape*.

—Me las arreglo —dijo en su inocencia— igual que tú. Tú hallaste amor con castidad, el mejor. Lo perdiste. Yo hice todo lo posible. El mal del mundo, el mal. Yo no tengo a nadie. Hasta Cristo tenía a Juan. Yo sufro el acicate de la lujuria —dijo—. Soy un hombre como cualquier otro, salvo tú quizás. A algunas personas la castidad

les resulta fácil. A mí no. A veces, me pregunto si cuando llegue el momento no será aconsejable permitir que los sacerdotes se casen. Mejor casarse que abrasarse, que tomar bromuro, quinina, que ladrarle a la carne para que se meta en su perrera.

—¿Cuándo llegará ese momento?

—Cuando se rehaga la Iglesia.

Luego, Carlo se entregó seriamente a la bebida. Cuando llegó la hora de abrir la botella de Haig, empezó a maldecir y a escupir blasfemias. Al parecer, veía al demonio en un rincón del cuarto, como Lutero, aunque, dado que no tenía tintero, prefirió no desperdiciar buen *whisky* con él. El demonio asumió la forma de una rata grande, cuya piel lisa y cuyos dientes brillantes Carlo admiró extravagantemente en varios idiomas, incluido, creo yo, el arameo. En el tono de un inglés de clase alta, dijo:

—Por el momento, estás en ascenso, muchacho, en fin, veremos. Veo tus largos colmillos resplandecientes, te ríes de mi fracaso temporal. *Salut, mon prince, votre* condenada *altesse*. Tú y yo somos iguales en una cosa, muchacho: ninguno de los dos tenemos madre. Hasta Dios se impuso condición filial. Pero la voluntad acaba prevaleciendo, amigo. Yo nunca he tenido miedo a las serpientes, ¿no lo sabías? La experiencia colonial, digamos, *mon brave*. Pero tú más que nada me aburres, me cansas, sabes. Lo indicado en este momento es echar una cabezada ¿no crees? Sí, más bien.

Era hora ya, desde luego. Terminó lo que le quedaba en el vaso y lo tiró al rincón. No se rompió. Luego, me hizo un gesto con la cabeza, completamente sobrio, y se fue a la cama, esbozando una bendición. Pronto estaba roncando. A la mañana siguiente se levantó antes que yo. De hecho, fue el olor del café que él estaba preparando lo que me despertó. Lo recordaba todo, en especial su nueva soledad estoica.

El rey Arturo y *sir* Bedivere guardaron el Santo Grial en lugar seguro, bajo los escombros de la capilla en ruinas del bosque y, con él, la lanza oxidada que había atravesado el costado de Cristo. Luego, cabalgaron apesadumbrados hasta el cerro donde se agrupaban los restos de su destrozado ejército para la última batalla. El cielo hervía y bullía en rizos de nubes que el viento arrastraba hacia el este, el estandarte del dragón tremolaba, andrajoso, dedos en débil *marameo*, hacia el enemigo que se aproximaba. Arturo habló a sus guerreros, y su cansancio era evidente por la languidez de sus cuerdas vocales, pero el viento arrastraba las palabras hasta los jóvenes de la retaguardia, con lo que quedaba del convoy de bagajes; y todos escuchaban sus palabras sin esperanza ya.

—Nosotros, redimidos por la sangre de Cristo, nosotros que glorificamos los dones civilizadores de los romanos con la buena nueva de Galilea, nosotros los antiguos celtas, a los que se nos otorgó el don de mantener viva la fe entre los pueblos del norte tenebroso, nos enfrentamos ahora a la aniquilación a manos de un enemigo despiadado y sin Dios. Sin embargo, aunque todos pereciésemos, la fe no perecerá. Nuestra sangre subirá hacia el sol hecha humo, y será como incienso para el padre de todo. De la tierra que vamos a nutrir con nuestra sangre brotará una nueva raza de cristianos. Tened buen ánimo, que la fe no puede morir. Cumplid, hombres, vuestro deber como lo cumplió Cristo Nuestro Señor. ¿No oís ya el rumor de las hordas sajonas que se acercan, de esos paganos implacables que se ceban en la carne y la sangre de los cristianos? Hacedles frente sin temor, sostenidos por la visión de la Cruz santa, por la esperanza celestial. Cristo murió y resucitó y no puede volver a morir. Aprestémonos, pues, a combatir por la fe y el deber. Trompeta, dad la señal de ataque.

Y, con un solo grito, el maltrecho y desdichado ejército alzó sus lanzas y alabó a Dios y al rey Arturo.

Al Birnbaum no pareció muy complacido con esto. Ni tampoco Joe Svenson. Como a ellos no les gustaba, tampoco podía gustarle a Chuck Gottlieb ni a Dick Rothenstein ni a Ed Kingfish. Estábamos todos reunidos para tratar del guión, en la oficina de Al Birnbaum. Estábamos sentados a una mesa de caoba grande, bella, vacía, sólo desfigurada por jarras de café. En las paredes había fotos firmadas de grandes estrellas, todas esclavas contractuales de la empresa, sin embargo. Y sus sonrisillas desdeñosas eran los contrapuntos celestiales de la clara desilusión del askenazí y el mohín nórdico de Joe Svenson.

—Ya os dije —dije— que no iba a utilizar esas tonterías de Lancelot y Ginebra. En realidad, la leyenda consiste en esto.

No veían nada interesante en la leyenda, los hijos de la Diáspora, el luterano descarriado de Minnesota. Al Birnbaum dijo:

—Eso es material de catequesis —¿qué podría saber él de catequesis?—.

Demasiada palabrería sobre religión. Queremos una historia humana. Ese rey Arturo parece un predicador.

—Justo lo que yo iba a decir, Al —dijo Ed Kingfish.

—¿Cuándo sucede todo eso? —preguntó Joe Svenson—. ¿En la época de Shakespeare?

—Mucho antes de Shakespeare —dije—. Antes incluso de la Edad Media. Es el principio de los siglos oscuros. Unos quinientos años después de Cristo. El cristianismo celta luchaba por sobrevivir frente a los anglosajones. Los anglosajones —expliqué— son lo que vosotros llamaríais los ingleses. Aunque, en realidad, los ingleses son celtas. El rey Arturo fue el último de los soberanos celtas de Britania. Luego, se impusieron los anglosajones.

Nadie parecía entenderlo. Aquel rollo de los celtas. Ellos no querían ilustrar a nadie, ellos querían una historia humana. Dick Rothenstein dijo:

—He repasado todas las películas que he podido sobre el rey Arturo. No es como lo que tú dices, Ken. Es ese tío, *sir* No-sé-cuántos, que se lía con la reina y entonces el rey Arturo dice *sir* No-sé-cuántos, te jodiste a mi mujer.

—¿Decían joder en aquella época? —preguntó Joe Svenson.

—Es una palabra muy antigua —dije—. El término anglosajón está emparentado con el alemán. Supongo que en yiddish será igual.

Esta hipótesis no me favoreció gran cosa. Todos me miraron con recelo y como con menos confianza incluso que antes. Al Birnbaum apartó el humo del puro con mi guión, como si sólo sirviera para eso.

—Mi contrato termina dentro de una quincena —dije.

—¿Cómo? —dijo Chuck Gottlieb.

—En dos semanas. Me parece que hemos estado hablando todo este tiempo sin entendernos. Es desperdiciar el tiempo y el dinero, creo yo.

—Por Dios, Ken, no digas eso —dijo con vehemencia Al Birnbaum—. No se ha desperdiciado nada. Tú has hecho un trabajo magnífico. El único problema es que no podemos utilizarlo. Todavía. Aún no ha llegado el momento. Algún día dirán, al diablo, y lo pasarán también. Y devorarán todo ese rollo religioso. Pero ahora lo que necesitamos son historias humanas y hay que pensar en la Hays Office y en la Liga Moral Católica. Tomaremos más café, Lydia —le dijo a la fea secretaria que su esposa le había elegido.

—En fin —dije—, no veo que tenga mucho sentido que siga trabajando esta quincena o estas dos semanas que faltan. Quincena quiere decir, por cierto, quince días, noches incluidas, claro. No os cobraré ningún extra por la información.

Todos asintieron, apreciando mi generosidad. Joe Svenson dijo:

—Como en Shakespeare, sí.

—Arregla eso con el Departamento de Contratos, Ken, no hay problema. Creo que encontrarás una cláusula sobre indemnizaciones o algo así, sanciones por incumplimiento de contrato, ya te lo explicará Rob Schoenheit. Pero no sé por qué

tienes tanta prisa, dale otro repaso al asunto, elimina el rollo religioso, eso no lo necesitamos.

—Para nada —confirmó Ed Kingfish.

—Me han invitado a ir a Alemania —dije—. A un festival cinematográfico. Le han puesto banda sonora a una película basada en uno de mis libros. Además tengo que recoger dinero de derechos de autor. En fin, no sé por qué os cuento todo esto —añadí.

—¿No queman tus libros? —dijo Dick Rothenstein—. ¿No van a parar al montón de los que desaparecen en la quema de libros?

Me sentí avergonzado. No quemaban mis libros. Mis libros eran más bien populares en la Alemania nazi. Había una buena cantidad de marcos no exportables que tenía que recoger y gastar en *lederhosen* y *alpenstocks* y cosas así.

—Bueno —dije humildemente—. El próximo martes. Tengo pasaje en el *Hindenburg*. Saldré de Lakehurst, Nueva Jersey. Así que incumpliré el contrato. Supongo que uno debería leerse siempre los contratos.

—Hay que leer siempre los contratos —dijo Joe Svenson—. Si no lees la letra pequeña te pueden hacer la puñeta de verdad.

—Hay que tener cuidado con esos dirigibles —dijo Ed Kingfish—. Eso sí que puede hacerte la puñeta, esos sacos de gas. Como el *Shenandoah* y el *Akron*. Una prima de mi mujer se casó con un oficial de la Marina, y el tipo estaba en el *Akron* cuando cayó. Perdió gas por el mal tiempo. Como le pasó a aquel inglés, el R no sé qué. Es un mal asunto ése, no es que quiera ofenderte, Ken. Chocó con una iglesia francesa.

Nos habían traído más café; Al Birnbaum sorbió ruidosamente de su taza. Chuck Gottlieb dijo:

—Eso serviría estupendamente para una película, un dirigible en llamas en medio del Atlántico, miles de personas que se ahogan en el mar.

—Sólo llevan un centenar de pasajeros —dije.

—Un choque —dijo Chuck Gottlieb, que empezaba a verlo todo ya—. Un choque múltiple.

—En fin, caballeros —dije—, repito que lamento que las cosas no hayan ido como podrían haber ido. Choque múltiple de opiniones sin que hayan podido resolverse las discrepancias. Así que, con vuestro permiso...

—Sólo la taquilla tiene opiniones —dijo Joe Svenson—. No olvides eso, Ken. El resto es sólo para los bobos.

—Para la papelera, Ken, sí —dijo Al Birnbaum—. Vete a ver a Rob Schoenheit, él te explicará lo de la letra pequeña.

Dejé el edificio administrativo y crucé dos pradillos cuyos irrigadores giratorios me mojaron el dobladillo de los pantalones.

—Salga usted de ahí, hombre —me gritó un viejo de gorra visera. Fui caminando, bajo el estridente sol de Culver City, hasta el estudio de grabación, donde estaría

Domenico adaptando música de fondo a una película. Había una luz azul sobre el letrero de prohibido el paso pero pronto se apagó y entré. Los músicos estaban haciendo su descanso obligatorio, cinco minutos cada hora para fumar un cigarrillo. Trompetas y violines descansaban. Un papudo supervisor, sindicalista o mafioso, mascaba una cerilla, sentado allí, vigilante, traje azul ceñido. Domenico, en mangas de camisa, anotaba algo en una partitura orquestal. Un hombrecillo con los dedos deformados del copista profesional corregía una pieza de trompeta. El productor de la película, vestido como para la playa de Waikiki, daba vueltas por allí.

—¿No hay ningún cambio? —pregunté a Domenico.

Anotó *pp cresc f* y dijo:

—¿Por qué iba a haber cambios? Hemos intentado cambiar. No habrá problema con el asunto económico, ella ya lo sabe. No soy lo que ella me llama, sea lo que sea.

—Es una vergüenza terrible.

—Hay muchísimas cosas vergonzosas. Lo que tenga que pasar pasará.

—Será una vergüenza terrible, piensa en la carrera de Carlo, ¿no has pensado en eso? A su hermano mayor lo matan los gánsteres de Chicago. Su hermano pequeño quiere divorciarse. Su madre ha desaparecido.

Hacía ya más de tres meses de la noche de la fiesta de cumpleaños de Astrid Storm.

—Por otra parte, es un expósito —añadí.

—¿Un qué?

—Como Tom Jones. Un bastardo al que abandonan junto a una puerta. Todo esto no gustará mucho en el Vaticano.

—Cada cual tiene que vivir su vida —dijo Domenico.

El productor dijo:

—Bien, sigamos.

Los músicos apagaron las colillas y se agruparon de nuevo. Se apagaron las luces salvo los gusanos de luz de las mesas. En la pantalla de cine apareció un océano y en él una barca llena de hombres sin afeitar en situación desesperada. Era un amanecer grisáceo, pero luego empezó a brillar el sol. Apareció una gaviota aleteando que provocó un lento aflujo de desconcierto primero y luego de alegría en la cara sin afeitar de Clark Gable, más rápido en captar el mensaje que sus compañeros de desgracia. De repente, cruzó la pantalla una barra vertical, relacionada con el cronometraje. Era un trozo de película ondulada. «¿Tierra?», dijo Gable. Luego empezó de nuevo la secuencia. Domenico acababa de ver la primera exposición. En la segunda alzó la batuta. Ondularon las cuerdas. La disconcordancia más apagada de los instrumentos metálicos simboliza la situación de los hombres de la barca. Al elevarse el sol, tres apagadas trompetas y dos oboes esbozaron un floreo despectivo. Al aletear la gaviota una flauta ejecutó un arabesco, con una fracción de segundo de retraso, y la culpa del retraso correspondía, claro está, al compositor. Domenico dijo: «Merda». Se encendieron las luces. Se pararon los cronómetros. La flauta debía

ignorar el momento indicado de entrada y atenerse sólo a la batuta.

—Tenemos que hacer algo, Nick —dijo el productor—, para ese movimiento de brazos.

Se refería a uno de los hombres agotados de la barca que dejaba caer la mano derecha del cuello en un gesto definitivo de agotamiento. Ante todo, ¿por qué está esa mano en el cuello? Cree que se está ahogando, Nick. Hubo otro descanso para fumar un cigarrillo y Domenico hubo de incluir un pasaje descendente de clarinete y un golpe suave de bombo.

—¿Un último mensaje? —dije.

—Nada —dijo él ceñudo, anotando las semicorcheas.

—Bueno —dije—, entonces será mejor que me despida yo también.

Extendí la mano. Domenico me la estrechó fláccidamente, como distraído. Sin embargo, estaba bastante firme allí en el estrado, de eso no había duda.

—Ya nos veremos —dijo—. El mundo es pequeño.

—A veces demasiado.

Y luego, con un democrático gesto de despedida no muy distinto del saludo del ejército norteamericano, *Addio*.

Pensé que no volvería a verle nunca. Le dejé con su música de plástico y sus naufragos y salí a buscar el coche del estudio para volver al Jardín de Alá.

Hortense, los gemelos y yo cogimos el avión en Los Ángeles unos días después, camino de Nueva York. Todo había terminado entre ellos, después de unos quince años de matrimonio, lo cual no estaba mal, para Hollywood. Hiciese lo que hiciese Domenico para conseguir un divorcio basándose en una incompatibilidad plenamente admitida por Hortense, ésta seguiría casada. Seguía aferrada a su fe, igual que a su pasaporte británico. Pero Domenico y los gemelos eran ya norteamericanos, y los gemelos parecían verdaderamente norteamericanos. Iban sentados al otro lado del pasillo que Hortense y yo, riñendo como suelen reñir los niños, haciendo un rompecabezas que les había dado la azafata. No, ésa, estúpido. Aquí, tonta. ¿A quién le llamas tonta tú, estúpido? Aquella azafata, una majestuosa rubia californiana sin cerebro, nos había servido de cena pollo estofado y alubias de lata con una ensalada de rodajas de tomate completamente insípidas, pero anchas como salseras. Yo llevaba conmigo una botella de Mumm y fuimos tomándola, melancólicamente, en vasos de papel mientras volábamos a través de la noche sobre Nuevo México. El transporte aéreo transcontinental era nuevo y lento, y no llegaríamos a Nueva York hasta la mañana. Hortense y los gemelos se instalarían en mi apartamento de Manhattan. Hortense pensaba alquilar un estudio en Greenwich Village, donde los alquileres eran baratos, y seguir con la escultura. Los gemelos irían a un colegio muy selecto de Park Avenue, fundado por un teórico de la pedagogía que había escrito un libro titulado *Thou Eye Among the Blind*. Aceptaba la doctrina del Menón de Platón. Los gemelos no aprenderían mucho. ¿Terminasteis ya ese rompecabezas? Caramba, qué listos sois. Sí, queremos otro.

—Bueno —le dije a Hortense.

—¿Bueno qué? —estaba más encantadora que nunca a sus treintaitantos, muy elegante con su traje color canela, falda de pliegues acuchillados por delante, pliegues acuchillados más cortos por detrás, cuello ancho vuelto, cinturón sobrepuesto de la misma tela, blusa con lazo, un pequeño hongo estilizado con el ala vuelta y con cinta. Apenas tenía acento norteamericano. Ella nunca podría encajar allí, mientras que Domenico, Nick Campaneighty, se había convertido en el californiano perfectamente aclimatado. Hortense creía que quizá pudiese abrirse camino en Nueva York una ciudad llena de arte y de galerías para exponerlo. Trabajarían mucho con los artefactos metálicos Sidonie Rosenthal que había introducido en París. ¿Relaciones sexuales? La castidad impuesta por el matrimonio, seguiría siendo, aunque se hubiera roto, un sacramento inquebrantable. No discutí eso con ella. Si, como creía posible, había descubierto los placeres lésbicos, en ellos no se desperdiciaba la semilla y el pecado, si es que lo era, sería venial. Aunque el Estado inglés hubiera prohibido su expresión artística, no parecía nada ofensivo en la realidad, a menos que lo practicase alguien como la espectral Tarleton. La idea de dos mujeres hermosas desnudas divirtiéndose más bien me excitaba.

—Nada nada —dije.

En realidad, Carlo, aunque borracho, había afirmado que Hortense jamás iría al infierno, y, en este momento de evocación, yo pretendo confirmar la santidad de Carlo. Un santo tenía que saber.

Hortense sonrió vagamente. Volvíamos al absurdo del parvulario. Los gemelos jugaban a pegarse. Uno alzaba un dedo, y el otro, u otra, tenía que pegarle con un dedo si podía. Velocidad de reflejos, ése era al asunto. Pero sus reacciones iban haciéndose más lentas. Se estaban quedando adormilados.

—Enséñame otra vez esa carta —me dijo Hortense.

Se la enseñé. En el sobre había un sello postal del Tercer Reich, sin remite. Era una carta breve y decía que como la enfermedad se consideraba incurable había decidido, si era preciso, utilizar su muerte para ayudar a otros. El asunto era que ya no tenía por qué asustarse de nada y utilizaría el tiempo que le quedase, a pesar de que se sentía cada vez más cansada, para ayudar donde más falta hiciese. Nadie debía preocuparse por ella. Ya había vivido su vida.

—Muy valiente —dijo Hortense, húmedos los ojos encantadores—. Tiene toda la razón. Pero debe estar sufriendo mucho.

—A Carlo le comenté en una carta algo sobre un recto artificial. Eso detiene la irritación del tumor. Carlo no le dijo nada sobre aquella cuestión de la *adozione*. En realidad, no hay por qué sacarlo ya a colación. Madre querida, tu hijo que te quiere. ¿Has pensado que cuando ella muera Carlo sólo nos tendrá a nosotros?

—Tiene a su hermana. Que seguirá creyendo que es realmente hermana suya.

—Bueno, ella es una hermana auténtica. No, ahora es madre superiora. Carlo está en el mundo y nosotros estamos en el mundo con él. No nos tiene más que a nosotros

en realidad. Eso es lo que pasa con el matrimonio, forma nuevas constelaciones. Y cuando el matrimonio termina las constelaciones permanecen.

—La verdad es que no acaba de gustarme demasiado Carlo.

—¿Aunque recomendase esta separación? A ti no quiso imponerte ni santidad ni deber. Todo lo contrario. Carlo tiene un concepto magnífico de ti.

—Hablas de Carlo como si Carlo importase.

¿Poder de penetración? No lo creo. Dije:

—Carlo va a transformar el cristianismo.

—¿Y tú crees que eso importa?

—Les importa a quienes son capaces de creer en él. Millones y millones. Hasta podría importarme a mí.

—¿Si qué?

—Si los dos dioses pudiesen fundirse. El que me creó enfermo y el otro que me ordena ser sano.

Tuve una clara imagen de Concetta Campanati aquel día en el jardín, cerca del pueblo dedicado a la corrupción de los sólidos lácteos.

—El Dios de mi naturaleza y el Dios de la moral ortodoxa —añadí—. Y si Dios, cualquiera de los dos o ambos, pudiese mostrar que va a derrotar realmente al príncipe rata.

—¿Al qué?

—El padre de la falsedad. Carlo le vio como una rata en un rincón del Jardín de Alá. Se dirigió a él llamándole *mon prince*. Y también compañero de orfandad.

—Yo no creo en él.

—No tienes por qué. Yo le vi. En otro Jardín de Alá.

La soberbia, diosa californiana sin cerebro, se inclinó hacia nosotros con una sonrisa de un encanto exquisito e insensato y dijo:

—¿No van a dormirse un poco estas dos aves nocturnas?

Comprendí que pensaba que Hortense y yo éramos marido y mujer. Nuestros niños se habían dormido ya. Debíamos estar por entonces aproximándonos al extremo nordeste de Kansas. Casi todos dormían: los dos ejecutivos calvos de United Artists, el viejo sordo y bromista, el nuevo galán joven que, con la boca abierta, parecía subnormal, visiblemente en celo bajo la manta, los otros difusos y en penumbra. Hortense devolvió la sonrisa, significativamente, y dijo:

—Es usted una chica encantadora.

—Vaya, sí, gracias, ¿son ustedes dos cazadores de talentos? —e hizo un cómico gesto de emperejilarse.

Las norteamericanas no podían confiar en su propia belleza. Habían ayudado a crear una cultura en la que había que explotarlo todo. Su belleza era como la caja de muestras que había sobre las rodillas del viajante que roncaba a nuestro lado. Nos dio mantas como si representase el papel de una azafata dando mantas. Hortense murmuró las oraciones de la noche que nos había enseñado nuestra madre en la niñez,

pidiendo *protection de Dieu* y de su *ange gardien*, y cerró los ojos. Qué parecidos eran entonces, ella y los dormidos gemelos, largas pestañas tiznadas, el tostado leve de la piel, que era don de un clima húmedo y templado, el pelo color miel. Yo no podía dormirme aún. Tenía conmigo a Dante, y abrí por el *Inferno*, Canto Dieciséis. Guido Guerra, Tegghiaio Aldobrandi, Jacopo Rusticucci ardiendo por el pecado de sodomía. No era precisamente un buen somnífero. Cerré el libro y los ojos y dejé que me inundase una ola de nostalgia: las oraciones nocturnas de Hortense, la versión rechazada de la leyenda del rey Arturo, la lucha seguía, con el huérfano Carlo en medio, y yo había sido empujado, por voluntad, por mis dones, hasta el borde del campo que era el universo entero. Quería luchar, pero no tenía causa. Y, sin embargo, quizá por piedad del huérfano, había adoptado el blasón de su causa: aquel libro sobre la reforma del Cristianismo saldría en la siguiente primavera con mi nombre y mi título: *Nuevas vías hacia Dios*, por Kenneth M. Toomey (Scribners), con un prólogo en el que prescindía parcialmente de su autoría:

Se exponen aquí las ideas de muchos cristianos que pretenden buscar una fe universal, una definición del bien divino que pueda oponerse al crecimiento del mal en nuestra época. Podéis llamarme muchas cosas (testigo, escribano, compilador), pero no me consideréis el creador de este proyecto provisional. Sólo diré que tengo clara conciencia del poder del mal y de que es necesaria una nueva definición del bien. Y, con la esperanza de que este libro pueda aclarar las ideas de tantos hombres y mujeres de buena voluntad desorientados, que desean una fe pero no son capaces de hallarla, me quito provisionalmente los andrajos de novelista y me pongo la túnica del teólogo.

Ernest Hemingway había estado en la oficina de Scribners para pegarle a un maldito piojoso que había dicho que sus cajones eran protésicos en la época en que entregué a Perkins el manuscrito. Lleno de España y del barroco, converso autoconfeso al catolicismo en el Milán de la guerra, se ofreció a garrapatear unas líneas de apoyo sin leer siquiera, sin embargo, una sola página del manuscrito. «Este libro es importante. Si creemos en el hombre, hemos de creer también en Dios. Este libro indica cómo creer en Dios. Es un libro maravilloso, qué coño».

Tuvo que omitirse la última frase, pues ya la había utilizado con el *Ulises* de Jim Joyce.

Lo que pasaba por mi pensamiento mientras esperaba el sueño y los motores atronaban su nana ineficaz, era el capítulo, un capítulo breve, sobre los judíos. Los cristianos, decía este capítulo, eran, en un sentido, también judíos, pues compartían un mismo libro de origen divino con ellos, consideraban a Abraham un padre, reverenciaban a los profetas, se emocionaban con el heroísmo de los guerreros judíos,

veían en Moisés al fundador de la Alianza, admitían que las doctrinas de Cristo se basaban en los dogmas de la Torah, etc. El que los cristianos hubieran pasado a aceptar que el Mesías había descendido a una oscura provincia romana, y los judíos lo negaran, no invalidaba en modo alguno sus antiguas creencias. Los cristianos, responsables de una larga y vergonzosa persecución de los judíos, debían aprender a admitir que éstos tenían derecho a subsistir como islas exóticas en una comunidad cristiana, que tenían talentos especiales y un don divino y que su aislamiento, a veces provocado, lo justificaba una historia que también era nuestra. En una época de pogromos sacrílegos, había que cerrar filas y, a ser posible, los cristianos debían estar dispuestos a luchar por y con los hijos de Israel y morir con y por ellos. Las sencillas palabras, y, en la medida en que podía juzgar yo por sus cartas, los actos concretos de Concetta Campanati apoyaban esto. Pero ¿qué iba a hacer yo, que no estaba comprometido con nada, que era un espectador situado al margen, ante la degradación, expropiación, esclavización y aniquilación de los judíos?

Iba a olvidar, si podía, que lo que estaba pasando en Alemania no había conmovido lo más mínimo a mis patronos de Culver City. La Hays Office y la Liga Moral Católica no permitirían la explotación cinematográfica del tratamiento que dispensaban los nazis a los judíos en toda su indecencia. Debía olvidar también que Ed Kingfish y Chuck Gottlieb y Al Birnbaum y los demás habían rechazado mi versión de la lucha desesperada del cristianismo celta tras la invasión del reino de Arturo por las hordas paganas. Debía olvidar que Rob Schoenheit había sido muy poco flexible respecto a una rescisión del contrato que era una simple anticipación inofensiva de su terminación y me había cargado 10 000 dólares por lo que en realidad era una penalización sin fundamento. Eran los judíos los que leían la letra pequeña; el leer lo escrito en la pared era estrictamente para los babilonios. Un pensamiento indigno, del que escapé hacia el sueño.

Todos despertamos incómodos y arrugados al zumo de naranja y al café y al amanecer de principios de otoño sobre las torres de Manhattan.

—Soñé con papá —dijo la pequeña Ann; no era un principio auspicioso del día.

—Yo soñé con caballos —dijo Johnny.

—Yo no soñé nada —dijo su madre.

—¿Qué soñaste tú, tío Ken?

Torres hechas todas de masa de helado multicolor; y el sol era la lengua de Dios que las lamía.

—Soñé —dije— con pavos que hablaban. Y lo que decían era gable geble gible goble guble.

Y, con esto, los niños se pusieron a hablar entre sí. Qué majestuosa aquella ciudad, a la que a veces llamaban Jew York, Judía York, en vez de New York, hecha para que la contemplase el ojo de Dios. La adorada Jerusalén, Babilonia la Grande. El avión descendió hacia el pequeño campo en el que corrían las liebres.

—Mira, Johnny, un conejo.

Pronto estábamos en el gran coche negro de las líneas aéreas cruzando el Holland Tunnel, todo azulejos blancos. Luego, un taxi a cuadros hasta mi apartamento, que iba a ser la casa de mi hermana.

—Es perfecto —dijo Hortense, deambulando por él—. Hay que limpiar un poco el polvo.

Tío Ken, ¿qué edificio es aquél? ¿Por qué no podemos ver el Empire State? Niños, estáis viviendo ahora en el Empire State. ¿Eh? Niños, podéis llamaros ya neoyorquinos. Estáis mejor aquí que en California, que es un lugar lleno de indolencia y naranjos y con una industria dedicada a la mediocridad. Éste es el centro del mundo y el bastión de la libre empresa. Mañana subiremos a la cima de la Estatua de la Libertad.

Y luego, me dije:

Éstos son mis seres queridos, éstos son todo lo que tengo. Aquí están seguros, les he dado un hogar.

Se mezclaron en mis ojos lágrimas de diversos orígenes.

Nadie me esperaba en Frankfurt; pero en Berlín un joven de chaqueta cruzada y sin sombrero estaba esperando a la salida con una tarjeta que decía *herr toomey!* El signo de admiración ofrecía una serie de matices posibles: había llegado realmente allí, era *Herr*, no míster ni señor, era importante. Se presentó como Toni Quadflieg, de la *Reichsfilmkammer* o cámara nacional de cine, y hablaba un inglés no demasiado bueno. Le encantó mi alemán. ¿Dónde había aprendido a hablar tan bien el alemán? Leyendo las novelas de Jakob Strehler, el gran escritor austríaco y reciente ganador del premio Nobel. Toni Quadflieg se mostró vacilante en su respuesta. Judío, dije, y, en consecuencia, consignado sin duda a las llamas por su régimen antijudío, pero, a pesar de ello, gran escritor. ¿Quizás el alemán que hablo esté mancillado por el hecho de que lo aprendiera de un escritor judío? No, no, es un buen alemán aprendiéndolo con quien lo aprendiera. Hay un coche que le llevará al Hotel Adlon.

No había duda alguna de que, sobre todo con aquel sol otoñal como miel de manzana, Berlín tenía muy buen aspecto bajo sus amos nazis. Tan limpio, tan bien alimentado, hasta los mozos de la estación de ferrocarril parecían complacidos de su prosperidad asindical. Los silbatos de plata de los *Schutzpolizei* brillaban, y el pelo dorado de los *echt* arios, de los que vi pocos, parecía recién lavado con champú por mi llegada. La resplandeciente carrocería del Daimler que me esperaba reflejaba con jovial rotundidad a los ciudadanos que entraban y salían de la Bahnhof. El chófer saludó con una puntillosidad militar que subrayaba el ajustado y pulcro uniforme. Toni Quadflieg y yo entramos. Él dijo:

—¿Tuvo usted un vuelo bueno?

—Excelente. Puedo recomendar encarecidamente el *Hindenburg*. No hay mejor modo de volar. ¿Ha volado usted en el *Hindenburg*? Es una obra maestra de la ingeniería aeronáutica alemana.

—Por desgracia, he yo en el *Hindenburg* no aún volado. Tiene quince estructuras transversales principales, cada una de las cuales un polígono regular de 36 lados es. Su sección de pasajeros está en dos cubiertas dentro de la envoltura exterior organizada. Un carro de control y cuatro góndolas de motor están externamente montadas. La estructura exterior es con cellon con polvo de aluminio en el exterior mezclado la reflexión calórica aumentar disminuida. La parte inferior está la ventilación porosa de la estructura que ayuda.

—Cuántos conocimientos. Estoy abrumado.

En ninguna parte de aquellas calles, tan limpias que podías comer en el suelo, vi yo desdichados con la estrella amarilla de David que fueran transportados en camiones. Eso debía hacerse todo por el patio de atrás. Vi tres individuos muy afables, de negro, con brazaletes con la cruz gamada, charlando con dos lindas chicas, una de las cuales empujaba un cochecito con un nuevo regalo para el Führer. Los carteles proclamaban que un caramelo llamado till: era asombrosamente bueno;

confirmaba esta afirmación la imagen de un muchacho rubio sonriendo con mejilla distendida.

—Yo soy de todos los tipos de máquina apasionado —dijo Toni Quadflieg—. Por eso es que en películas estoy. Cámara y sonido y luces. Yo estoy a la perfección técnica firmemente dedicado.

—Pueden hacerse buenas películas —dije indiscretamente— con recursos técnicos muy mediocres. ¿No cree usted que depende mucho de la sinceridad, el sentimiento, la originalidad del punto de vista?

—Algo depende, sí.

—¿Cuál es el programa?

—El programa, bueno. Mañana habrá visitas al estudio de la UFA, a Tempelhof, a los estudios de Tobis, Johannisthal y Grünewald, a las instalaciones de Neubabelsberg, a los estudios Froelich. Luego, por la tarde, pasarán *Hitlerjunge Quex* en el Astoria UFA-Palast en Windmühlenstrasse. Esto será el verdadero comienzo del festival. Luego, los días siguientes, habrá muchas películas, con un día dedicado a todas las películas de montaña, de las cuales la suya es una.

—¿Y qué he de hacer? ¿Verlo todo?

—Habrá mucho material impreso aguardándole en el hotel que le dirá cuanto necesita usted saber. Lo que se solicita en realidad es su presencia.

—¿Y esta noche?

—Esta noche una recepción en el Ministerio de Propaganda. Comida y bebida y unas palabras del Reichsminister doctor Goebbels. Este coche pasará a recogerle a las siete en punto.

En el salón de mi *suite* del Adlon había ya periodistas reunidos bebiendo. Eran del *Volkische Beobachter*, *Film-Kurier* y *Jugendfilm*. *Der Stürmer* no estaba representado, creo. Había una intérprete de la oficina de prensa, muy guapa, que vestía una chaqueta abierta de color rojizo, con un adorno de piel, chaleco cruzado, mangas largas y ceñidas, con puños de piel, falda a cuadros, sombrero rojizo de fieltro con adornos en el ala y zapatos rojizos con calados de lona abotonados. Pero yo podía contestar a las preguntas en alemán. ¿Dónde había aprendido un alemán tan bueno? Se lo expliqué. Hubo un breve silencio que la intérprete, *Fräulein Dahlke*, rompió con un interesante comentario. Las doctrinas no podían imponerse, por la propia naturaleza de las cosas, de modo retrospectivo. Ella, por ejemplo, había aprendido a tocar el piano con Canciones sin palabras de Mendelssohn. ¿Iba a olvidar por el hecho de haberlo aprendido con la *Frühlingslied*?

¿Qué pensaba yo de los triunfos del cine del Tercer Reich? Sabía muy poco de ellos, no parecían exportarse muy bien. ¿Qué opinaba de los productos de Hollywood? Los consideraba mediocres. Había estado trabajando allí, ¿en qué había estado trabajando? En una versión de la leyenda del rey Arturo, rechazada por los estudios; los señores Birnbaum, Gottlieb, Rothenstein, Kingfish y Svenson no habían querido ofrecer la esencia trágica de la leyenda sino que querían concentrarse en el

amor y el adulterio. ¿Consideraba decadente el cine norteamericano? Oh, no, para alcanzar la decadencia primero había que estar civilizado, aunque Oscar Wilde había compuesto un epigrama... Dios me perdone, estaba dándoles exactamente lo que querían... ¿Qué impresión me había producido la nueva Alemania? Limpia, eficiente, ingeniosa. El ingenio lo había visto únicamente aplicado, hasta entonces, a las cajas de cerillas que había en la mesa junto con una lata obsequio de cigarrillos *Wahnfreud*. Para ahorrar madera, las cerillas consistían únicamente en cabezas de fósforo que había que coger con unas pinzas pequeñas: *streich*, pero no *holz*. ¿En qué nuevo libro estaba trabajando? Un libro que saldría en Inglaterra y en Norteamérica en primavera y que trataba de la necesidad de hallar la fe en una era de gran maldad. ¿La maldad del bolchevismo? Sí, esa maldad y otras. Los periodistas parecían muy satisfechos de la entrevista.

El coche vino a recogerme exactamente a las siete: de hecho, puse en hora mi reloj a su llegada. Con corbata blanca y frac, salí hacia el Propagandaministerium cruzando calles nocturnas iluminadas. Gallardetes con cruces gamadas ondeaban suavemente en el aire quieto, iluminados. El problema con la maldita cruz gamada era que resultaba un símbolo muy satisfactorio y, además, era muy antigua. La esvástica. *Svasti* significa buena suerte en sánscrito. Kipling hacía imprimir la esvástica en la página del título de todos sus libros. Los amanuenses medievales llenaban espacios con ella. Aprobase uno o no el régimen que representaba, se te ensanchaba inevitablemente el corazón al contemplar su arrogancia en el horizonte de Berlín.

Había arrogancia dentro, también, pero no desagradable. El inmenso vestíbulo celebraba, en estatuas y bajorrelieves, las artes nazis: clásicos nazis desnudos y sin ojos con liras y trompeta; de Bach, un Cicerón nazi de túnica, o quizá Demóstenes proclamando la verdad nazi, atenienses nazis congelados en una zarabanda nazi. Y las esvásticas parecían girar al revés en todas partes. Me incorporé a invitados enlevitados y endiamantados subiendo la escalera de delicada curva hasta el *piano nobile*, contemplado, menos desdeñosa que distraídamente, desde arriba, los ojos perdidos en el mundo del *Dingan sich*, por un retrato del Führer inundado de luz. En la cima de las escaleras estaba esperando para recibirnos el doctor Joseph Paul Goebbels, *Reichsleiter* y presidente de la *Reichskulturkammer*, él de frac, su esposa de blanco y enjoyada. Recordé que nos habíamos visto antes, aunque evidentemente ella no lo recordaba. Fue cuando ella aún era la esposa de un tal *Herr Friedländer*, un judío rico a quien el partido había obligado a dotarla en su nuevo matrimonio con medio millón de marcos, y también a dar a su nuevo marido como regalo de boda el *Schloss* de Friedländer en Schwannwerder.

Goebbels me saludó con acento del Rin. Yo sabía que había escrito obras de teatro que habían sido un fracaso y que acusaba del fracaso a los judíos. Él sabía que yo había escrito obras de mucho éxito.

—¿Estará presente su Führer en el festival?

—No, por desgracia.

—Siendo como es un gran amante del cine.

—Prefiere las proyecciones privadas. *El motín del Bounty* y *El perro de Baskerville* —dijo los títulos con acento del Rin—. Ésos siguen siendo sus títulos favoritos.

—Hay que modificar sus gustos.

—Se modificarán.

Luego, anunciaron al doctor Veit Harian. Pasé a la inmensa sala de recepción, brillantemente iluminada. Los únicos uniformes eran los de los miembros de la *Hitlerjunge*, deliciosos muchachos de pelo planchado, probables intérpretes de *Hitlerjunge Quex*. Eran los que repartían los canapés; otros individuos mayores, enguantados y de blanco, trajeron un Sekt muy frío, vino que siempre he preferido al champán. Una dama de las que estaban comiendo, me dijo:

—¿*Monsieur Toumy*?

—*Madame Durand*, ¿verdad? ¿Qué está haciendo usted, si me permite la pregunta, en esta galera?

Recordaba que la dama tenía alguna relación con Gaumont.

—Ay, cuánto aprendemos —tenía una figura soberbia y un pelo rubio de brillo metálico—. Y no sólo en el marco del cine.

—¿Simpatiza usted con este régimen?

—¿Cómo no iba a simpatizar? Estos jóvenes, fíjese, tan esbelto, tan apuestos. Es Wagner hecho vida —me miró con una coquetería insolente—. Y además, los gustos de usted, según tengo entendido, no serían muy contrarios a la perspectiva de los musculosos abrazos que sugieren.

Sentí repugnancia. Aún tenía en la mano derecha un poco de vol au vent de algo y no había ningún sitio donde dejarlo. Se lo puse audazmente en la boca a la señora Durand. Ella hizo un gesto estúpido de satisfacción. Yo dije:

—Mis gustos son cuestión mía. Pero, si desea saberlo, se satisfacen mejor en el mundo de la oscuridad.

Que me aspen si recuerdo de qué idioma puedo estar traduciendo esto. Tengo la loca fantasía de un alemán afrancesado o un francés teutonizado. Luego, solté desenfrenado:

—Los mediterráneos. Judíos, árabes, fenicios, sicilianos, Vino y ajo y aceitunas. Toda la civilización nace allí. ¿Qué intentan hacer esos nórdicos? ¿Qué han hecho siempre más que aplastar las civilizaciones del Mar Meridional?

Debí hablar en voz muy alta. Un hombre alto de pelo gris con raya a la derecha, escandinavo por el quejumbroso francés, me dijo:

—Ya es la hora del Norte. La hora del Norte ha llegado.

Un norteamericano de exquisita y, por lo tanto, peligrosa cultura, intervino con:

—Toomey, ¿verdad? Por supuesto —hablaba el inglés de la Filadelfia patricia—. Divisiones, divisiones. Tengo una imagen de rizos púbicos negros como alquitrán y

relumbrantes de sudor como alquitrán.

Era, por su aspecto, de los *deutsch* filadelfianos, lo que ello; llamaban origen Dutch.

—Y luego —continuó— lomos de escueta esbeltez bajo un sol que no existe en el norte, la cabellera como pan de oro.

—¿Qué demonios estamos diciendo?

¿Me habían echado disimuladamente una HP en el vino? ¿Tenía aquel Sekt graduación insólita?

Uno de los camareros de chaquetilla blanca me sirvió más. Bebí. La señora Durand, que hablaba poco inglés, reía entre dientes.

—¿Estamos aquí para celebrar la muerte del Mediterráneo?

—Nuestros amigos italianos de allá —dijo el de Filadelfia— no pensarían eso. ¿No es más bien para glorificar un espíritu nuevo para lo que estamos aquí, una Europa recién hecha, Alberico hundido bajo tierra y Sigfrido fálicamente rampante?

Estaba borracho, desde luego.

—¿Qué demonios tiene usted que ver con Europa?

—Mañana —dijo él—, el mundo.

La señora Durand rió entre dientes. Yo dije:

—*Gaumont Gauleiterin* —y luego—: *Ou bien Pathé pathologue.*

—*Dingue, dingue* —tintineó ella; tras lo cual, uno de los camareros de blanco, gorra de chef, trajo grandes fuentes humeantes—. *Goulache* —dijo ella, acercándose a las fuentes.

Y no sólo *gulash*, sino una especie de delicioso rancho con temblorosas salchichas, costillas de cerdo, setas y rábanos, carne de vacuno en salsa de ajea y especias, bamboleantes pirámides rosadas de flan azafranado, una tarta de crema en forma de esvástica, una torre de Babel de chocolate que apeataba a ron como una barbería, fresas de los bosques alemanes, queso con tonos de limón o de lepra y, como preludio de los heroicos tiempos que se avecinaban, rebanadas de áspero pan negro. No comí nada, pero bebí copiosamente del excelente Sekt, mientras los otros doscientos invitados, más o menos, le daban ávidamente a la cuchara, algunos de ellos sudando y todo. Una deidad de paisano que no dudé pertenecía al grupo especial de la SS, en el que ni siquiera era aceptable una muela empastada, me dijo, muy certeramente:

—Usted no come.

—No, no como, no. Pero bebo —y bebí, dispuesto a llenar de nuevo la copa—. *Danke sehr.*

—Yo bebo también.

—Eso está bien. Beber es muy bueno. ¿De sangre aún no se ha emborrachado?

—Es un inglés raro el que usted habla. De sangre, no. Son los judíos los que comen sangre seca. Está en sus comidas religiosas mezclada.

Parecía hablar en serio. Pasé al alemán y dije:

—Dicen que con el microscopio se puede apreciar la diferencia entre la estructura de la sangre judía y la gentil.

—La sangre aria, sí.

—El término ario tiene un sentido puramente filológico. Sólo puede aplicarse a las lenguas. En realidad, no hay ninguna diferencia entre la sangre judía y otra sangre. Lo sé muy bien. A ustedes les está prohibido saberlo.

—Se equivoca usted.

—¿En lo que digo de que les está prohibido saberlo?

—En lo que dice de la sangre. Cállese ahora. Va a hablar el *Reichsminister*.

Goebbels, que no había estado presente durante el festín, hizo entonces una aplaudida aparición. No era hombre que improvisase una palabra o dos de bienvenida. Tenía sus hojas mecanografiadas, de las cuales se habían entregado ya, sin duda, copias a la prensa. Nos dio la bienvenida con su acento renano aún no expurgado de tonos campesinos. Nos llamó amigos en un doble sentido: del arte del cine, de la nueva Alemania. Pero alguna gracia interior ordenó a sus hundidos ojos simiescos reflejar una duda instantánea sobre la coherencia lógica de aquella conclusión. Habló luego del cine como voz popular del Estado, que llegaba a un público aún no educado en la comprensión de las artes tradicionales. Parecía considerar que los invitados de la *Reichsfilmkammer* tenían que pagar por aquella invitación alabando en sus propios países las excelencias de los productos del cine alemán que iban a ver. Debían, además, persuadir a los distribuidores cinematográficos de sus países respectivos de que debían exhibir aquellos productos, que eran un medio de purificar el mercado cinematográfico mundial, gracias a su honradez y perfección, de las lamentables heces decadentes que excretaba la judería internacional. El Tercer Reich expresaba y defendía la salud y la cordura en todas partes. La filosofía nacionalsocialista había purificado y fortalecido a una Alemania corrompida durante mucho tiempo por los excretos internacionales de inmundicia; Alemania acabaría salvando al mundo con su ejemplo.

Yo ya me había sentido mal antes y me había salvado el Sekt. Ahora, empezaba a sentirme mal precisamente por el Sekt. No tardaría mucho, lo sabía, en tener que vomitar. El *Reichminister* parecía tener que leer aún tres o cuatro cuartillas de líneas apretadas. Empecé a desplazarme hacia una de las ventanas abiertas. Los objetivos de la política artística enunciada por la Cámara Nacional de Cine podrían agruparse, decía Goebbels, en siete apartados. Oh Dios mío. Primero, la articulación del sentimiento de orgullo racial, que podría expresarse, sin arrogancia censurable, como un sentimiento justo de superioridad racial. Justo, pensé yo, desplazándome hacia el frescor de la oscuridad otoñal, como los judíos, justo como los. Esto significaba, continuó Goebbels, no mezquina patriotería alemana sino el orgullo de pertenecer a la gran raza aria primigenia, que había dominado en tiempos la tierra patria y volvería a dominarla. El destino de la raza aria estaba encerrado en los mitos arios inmemoriales, preservados en su forma más pura sin duda en la vieja lengua de la

patria. Segundo. Pero, por entonces, ya había llegado yo a la ventana abierta. El Sekt que me bullía dentro ascendía ya con alivio hacia la boca en oleadas de peristalsis invertida. Bajo mí ondeaba suave, agitada por la brisa nocturna, una gran bandera con una cruz gamada. No me elevó el espíritu en aquel momento. No era mi espíritu lo que se elevaba. Vomité, la boca una gárgola, más o menos un litro de Sekt sin digerir. Y luego, unos hilillos de saliva. Quizá no fuese tan bueno como mear la bandera, pero, visto desde aquí, adquiere un leve tono de desafío emblemático. Cuando volví a escuchar a Goebbels, ya iba éste por el punto séptimo, que no parecía muy distinto del primero.

Dormí profundamente aquella noche, desperté, con mucho ardor de estómago, hacia las siete y media. Decidí no ir aquel día a visitar los estudios de Tobis y Johannisthal y Grünewald y Froelich y Neubabelsberg. Si querían que pagase el viaje y la manutención y la estancia, lo haría, un *Mensch* libre. Iría a ver a Fritz Kalbus a Wehmayr Verlag, recogería el dinero de mis derechos de autor y volvería a París. Llamé al timbre y pedí bicarbonato y una latita de moka y una tostada. Cuando eructaba vigorosamente me llamaron para decir que había abajo una dama que preguntaba por mí. Supuse que sería alguna acompañante con coche que habría enviado Toni Quadflieg, y dije que lo lamentaba, pero que estaba demasiado enfermo para participar en el programa del día. No no, la dama que estaba abajo quería subir a verme, era una amiga mía y se llamaba *Fräulein* Auronzo. Auronzo no me sonaba en principio a nada, pero luego, redobló en mi interior todo un campanario. Por supuesto. Claro. Dígale que suba, por favor.

Concetta Campanati, cuyo apellido de soltera era Auronzo, estaba muy delgada y parecía muy vieja pero estaba fuerte. Era un vigor de la voluntad, no del cuerpo, pues el de éste lo monopolizaba, por lo que pude entrever, aquel tumor maligno que estaba devorándola. Nos dimos un beso. ¿Café? Tomaría un poco, sí. Se sentó, no ya elegante, sino vestida como para trabajar de firme, traje de mezclilla color mostaza y medias escocesas.

—Creí que estarías en Berlín —le dije.

—Llevo aquí una semana sólo. Dresde, Leipzig, Magdeburgo. Fui primero a Munich y luego seguí viaje hacia el norte. Y ésta será la última etapa, creo.

—¿Y cómo te enteraste...?

—Por el *Volkische Beobachter*. ¿Aún no lo has visto? —lo sacó, enrollado como un bastón, de un primoroso bolso color chocolate—. Habla de una entrevista que te hicieron cuando llegaste. Al parecer, has atacado a los judíos norteamericanos. No lo creo, claro. Lo deforman todo. Mira, lee.

—No, no voy a leerlo. Ya estoy bastante asqueado.

—¿De veras? Pues no has visto nada todavía. Nada de nada.

—¿Qué estás haciendo tú aquí exactamente? Supongo que te darás cuenta de que nos tienes a todos muy preocupados. En fin, te fuiste así por las buenas, sin dejar dirección, todo tan vago. No es que no queramos que. En fin, quiero decir, valor. Eso

fue lo último que me dijo Hortense, casi exactamente, cuando la dejé en Nueva York. Por cierto, se ha separado de Domenico. Ya estaba harta. Ni siquiera Carlo habló de los sagrados vínculos del matrimonio. Pero no hablemos de eso. ¿Qué has estado haciendo exactamente?

Tomó un poco de café. El café era por entonces café de verdad en su mayor parte, con sólo un tufillo a bellotas molidas.

—Es como si todos quedasen lejos, muy lejos. No te olvides de darles a todos un abrazo de mi parte. Incluso al tonto de Domenico. No es malo. Sólo tonto.

Luego añadió:

—No hay tiempo para explicarte toda la historia. Empezó en Chiasso, con mi asesor bancario, un judío. Con una discusión sobre inversiones. Nos hicimos amigos, él es viudo. Dijo que no era momento para hablar de dinero *seguro*, tal como estaban las cosas. Si había algo de dinero disponible, dijo, debería utilizarse para sacar a los judíos de Alemania. A los judíos importantes, escritores, científicos. Los nazis les confiscaban los bienes y luego, amablemente, dejaban en libertad a algunos. Pero sólo con la condición de que pagaran impuestos especiales al Estado. Es monstruoso, una especie de burla indecente. En fin, los pagaron. Luego, tuvieron que encontrar más dinero para otros impuestos que fueron inventándose. Son impuestos con nombres espantosos, muy largos. Nombres como una burla cruel. Así surge el *Davidsbündler*.

—El... —el nombre me resultaba familiar.

Tuve una imagen de Domenico tocando algo en su piano de París. Eso era, sí, Schumann. La Marcha de las tropas de David contra los filisteos. Pero eso era sólo arte.

—Sí, sí, comprendo. ¿Operando desde Suiza?

—El problema es que tienen que tener un sitio a donde ir. Y nadie los quiere. A menos que sean muy, muy importantes. O tengan familia en algún sitio. Parece que nadie quiere a los judíos. Hay quien dice que lo único que hace Hitler es poner en práctica lo que otras personas hablan de hacer y no hacen. Me gustaría hacer arrastrarse a los judíos, dice alguien. Y la cosa no pasa de ahí. Pero Hitler lo lleva realmente a la práctica, sólo que no se limita a hacerles humillarse y arrastrarse. Están también esos campos de trabajos forzados y cosas peores. Camiones que llegan a hogares judíos decentes y respetables en plena noche y se llevan a toda la familia. De eso no sale nada en los periódicos. Nadie se interesa por ello. Para los judíos no hay justicia, es decir, están literalmente fuera de la ley. Y las cosas se pondrán aún peor. Vi cabezas de judíos destrozadas en Dresde. ¿Qué podemos hacer por los judíos normales que no tienen reputación internacional, el pequeño empleado, los oficinistas, los dependientes, los que arreglan relojes?

Su rostro se crispó un instante, como dominado por un dolor. Pero, por supuesto, era un dolor interno suyo. Hurgó en el bolso y sacó un tubo de cristal con pastillas.

—¿Puedes darme un poco de agua?

—Por supuesto —le llevé un vaso y le dije—: ¿Qué tal, quiero decir, como estás tú?

—Pronto llegará el momento de poner fin a todo —dijo, después de tomar la pastilla—. No, no —continuó, al ver que la miraba sorprendido—. Aún soy una buena hija de la Iglesia. No querría —con su vieja ironía— poner en peligro mi alma inmortal. No voy a morir —añadió, como si rechazase una propuesta mía— en uno de esos campos de trabajo que en realidad son campos de muerte. No tiene nada de malo morir de un modo espectacular. Cristo lo hizo.

—Nadie —dije— puede tocarte por nada. Supongo que sigues protegida por tu pasaporte norteamericano. Diste tu apellido de soltera. Además, eres italiana y eso también te protege. El apellido Campanati tiene que significar algo. ¿Qué quieres decir... morir de un modo espectacular...?

—Campanati —dijo ella— no es un apellido demasiado popular en las nuevas tierras luminosas de la opresión. Carlo, según tengo entendido, ha sido lo que ellos llaman indiscreto.

—Carlo —dije, y estuve casi a punto de añadir: *que ya, lo sabe todo*— ha dicho lo que le ha parecido justo, nada más. Según él, es su deber como sacerdote, y es su opinión personal, no la postura oficial de la Santa Sede. Pero también el Papa ha hablado.

—El Papa habla de un modo muy vago, dice generalidades. Pero Carlo le ha puesto carne y hueso al asunto y se ha dedicado a hablar de que hay que expulsar al demonio.

—¿Cómo te enteraste de todo eso?

—En los consulados se pueden leer periódicos norteamericanos. El *Washington Post* informaba de una de esas charlas radiofónicas. ¿Las has oído?

—Estuvo muy bien. Actuaba como invitado en ese programa semanal que dirige el padre No-sé-qué. Pero no fue un invitado mucho tiempo. Le arrebató el cetro a ese padre MacNo-sé-cuántos. Oye —añadí—, no me gusta ese comentario que hiciste sobre la muerte.

—Está muriendo mucha gente. Vi a una chica judía de diez años con la cabeza aplastada. Cerca de Leipzig. Esta gente son asesinos. Y, en realidad, aún no han empezado.

—No son sólo los judíos, ¿verdad?

—Oh, no. No son sólo los judíos. ¿Has oído hablar de las Casas de Color? No, claro. Hedemannstrasse y Papenstrasse, el Ulap. Dios santo, qué hipocresía. El doctor Goebbels hablando en el Congreso Internacional de Instituciones Penitenciarias de la rehabilitación humana... aquí en Berlín...

—Pareces muy bien informada, Concetta.

—Lo estoy. Y tú vas a estar también muy bien informado. E informarás a todos los que estén dispuestos a escuchar. Tú eres el escritor de la familia.

Gruñí para mis adentros.

—Le fallé al pobre Raffaele, ¿verdad? Me dediqué a escribir mis novelitas para dependientas, en vez de atacar a los gánsteres. Pero ¿qué podría haber hecho?

—La gente no quiere enterarse. Hay que obligarles a enterarse. El que luego actúen en consecuencia o no, ya es cosa suya, pero tiene que saberlo.

Sonó el teléfono. Era un ruido discreto allí en el Adlon, Venusberg no Valquiria. Toni Quadflieg, más bien quejoso. Mensaje sobre mi indisposición recibido. Pero se esperaba, dijo, en la gira por los estudios, yo presente. Quise soltar unos cuantos tacos, pero me dominé. Indispuesto, dije, indispuesto indispuesto. ¿Estará usted repuesto para *Hitlerjunge Quex* hoy noche? Indispuesto indispuesto, y colgué ruidosamente. Concetta dijo:

—¿Por qué viniste?

—Invitado. Todo pagado. Una película basada en un libro mío. Tenía que recoger dinero de derechos de autor y gastarlo. La curiosidad, también.

—¿A quién has visto?

—A Goebbels. A admiradores franceses, americanos y vikingos del régimen. Gente del cine. La señora Goebbels.

—En ese estreno de *Horst Wessel* —dijo cabeceando— habrá mucha gente importante.

Se levantó laboriosamente y se acercó al escritorio, donde estaba el teléfono. Junto al teléfono había una voluminosa carpeta que tenía en la cubierta un proyector de cine que proyectaba una cruz gamada sobre una pantalla. El programa. Personalidades del cine. Resúmenes, cuadro de intérpretes. Todo muy meticuloso y concienzudo. Volvió con la carpeta a la silla: estar de pie parecía resultarle muy penoso.

—Aquí está. Martes por la noche. A las ocho. Dios mío, qué indecencia.

Die Fahne hoch! Die Reihen dicht geschlossen

S. A. marschirt mit mutigfestem Schritt.

—Un chulo y un golfo y cuando muere grita «*Deutschland!*». Ken, no vayas a ver esa abominación.

—Tengo que ver lo peor, ¿no?

—No vayas. Deja este lugar. Pero llévate esto.

Abrió la carpeta en la alfombra roja, y dejó desparramarse su satinado contenido. A lo que se refería era a lo que pasó a sacar del bolso, un sobre amarillo, sólido y cuadrado, del tamaño de un manuscrito de ochenta mil palabras listo para facturar por correo.

—Aquí está todo —dijo.

—¿Qué es lo que hay aquí?

Lo cogí.

—El destino de todos mis bienes —dijo vagamente—. Domenico se quedará muy

decepcionado, no hay dinero para él, hay una pequeña cantidad en fideicomiso para los gemelos, muy poco. El *Davidsbündler* se lleva la mayor parte de la fortuna, el doctor Nussbaum de Chiasso lo tiene ya todo previsto. En cuanto a lo demás, son testimonios y datos. Unas cuantas fotos, historias personales. Y si aún te sientes mal, espera a tener tiempo y léelas. No lo abras hasta que estés de vuelta e instalado. ¿Dónde, por cierto?

—En París. Pero no mucho tiempo. He pensado instalarme en Albany. ¿Qué es todo esto?

—Sea lo que sea, tienes que publicarlo. Soy lo bastante egoísta para desear que me recuerden. Otros nombres... En realidad, no hay otros nombres, sólo unos cuantos que ayudan, pero muy pocos. Tienen que seguir viviendo. Estoy segura de que puedo confiar en ti.

—¡Concetta! ¿Cómo puedes dudarle? —me sentía muy herido.

—Bueno, en realidad se trata de tu oficio. Tratas demasiado con cosas irreales. No quiero que conviertas todo esto en una novela.

—Las novelas pueden ser más reales que...

—Éstos son malos tiempos, muy malos. Estamos en el peor siglo de la historia del mundo. Y aún no hemos recorrido más que un tercio. Tendrá que haber mártires y tendrá que haber también testigos.

—Son la misma cosa, sabes.

—Tú ya sabes lo que quiero decir —dijo con afecto—. A lo que me refiero es a una cierta tendencia a la frivolidad. Ya sé que mártir significa testigo. Estás demasiado acostumbrado a trabajar con las palabras.

Se estremeció y me di cuenta por primera vez de los males de aquel dolor: aquel rostro, lindo aún, pese a la edad y la enfermedad, había dejado de serlo.

—Tengo que utilizar tu... quizá tarde un poco... Ay, Dios...

Estremecido, le ayudé a llegar al *Abort*. Era evidente que ya no controlaba sus músculos.

Si se me permite adelantarme un poco, diré que hice lo que tenía que hacer con el material de Concetta en 1937, en Londres, tras pasar a ocupar el apartamento E2 que tenían Aldous y María Huxley en Albany, Piccadilly. Ellos, con su hijo Matthew y con Gerald Heard, embarcaron camino del exilio norteamericano aquel año, el 7 de abril, en el *Normandie*. Yo había terminado con París, que estaba animado por pleitos políticos y por el aroma de diversos tipos de corrupción. El gran sobre amarillo de Concetta contenía fotos de hombres y mujeres recién salidos de lugares de tortura y de interrogatorios en Hedemannstrasse y Papenstrasse y otras instituciones correctivas, algunos datos sobre Buchenwald, cerca de Weimar, un campo de concentración fundado ya en 1934, y otras pruebas bien atestiguadas de atrocidades cometidas principalmente por la *Schutzstaffel* o SS, como la denominaban afectuosamente sus miembros. Comparadas con lo que se descubriría posteriormente, las revelaciones de Concetta sobre la perversidad nazi eran más bien suaves, aunque, como me diría Carlo, el mal nunca debe medirse cuantitativamente: hundirle a un rabino la cara en sus propios excrementos hasta ahogarle era bastante malo. Los millones de los que tendríamos noticia más tarde, judíos y eslavos y gitanos y desertores arios, aún forman una masa de espectros demasiado numerosa para producir un horror palpable a la imaginación, y una de las fotografías que había obtenido Concetta siguió y sigue siendo para mí testimonio suficiente del faustismo alemán, o venta del alma a cambio del poder secular. En la fotografía aparece la cara de una maestra, una teutona pura de Bitterfeld que había enseñado una doctrina humanista tradicional que pasó a declararse heterodoxa, y que, traicionada por miembros de la *Hitlerjugend* de su propia clase, había sido sometida a un breve curso de rehabilitación. En aquel rostro faltaba prácticamente la boca. Aquella pulpa desdentada y negra bajo la nariz rota, ya no podría recitar a Goethe. Le faltaba un ojo y le habían cortado una oreja. Aquello era sólo algo que había sido una cara. La fotografía no podía hablar del cuerpo.

Concetta sabía que la persecución de los judíos por parte de los nazis era sólo un aspecto de la infame filosofía del satánico régimen, pero tuvo la previsión de vislumbrar aquello como el más espectacular de sus triunfos. La Noche de los Cristales o la de la destrucción, que inauguró postfactum el pogromo masivo oficial, no se produjo hasta el 9 de noviembre de 1938 (dos días después de que Herschel Grynszpan matase a un funcionario de la embajada alemana de París), y la eliminación en tres etapas de los judíos (una, expropiación; dos, explotación como esclavos; tres, ejecución, descuartizamiento y aprovechamiento de los restos) aún no se había expuesto como fórmula, ni había empezado a chocar con la pródiga Solución Final con la que ya andaba soñando Heinrich Himmler (Dios me perdone; espere el lector al capítulo siguiente). Concetta, como aria, para utilizar su repugnante jerga pseudocientífica, y como cristiana, estaba ya lo suficientemente cualificada para

identificarse con millones que estaban en oposición puramente ideológica al régimen, conflicto que se resolvió con suma rapidez, pero decidió que la considerasen judía y trabajar por los judíos como hermana o madre adoptiva.

Su tentativa de que la aceptaran como judía los mismos funcionarios que estaban persiguiendo a los judíos, era, según el diario que constituía una parte notable del material que me confió, más cómica que heroica. En Hanover, a fuerza de enérgico alemán, de esgrimir su pasaporte italiano y amenazar con mensajes urgentes de Roma, había convencido a los subalternos del cuartel general de la SS de que la llevaran a presencia de un tal Oberbannführer Hummel. Hummel, convenientemente cortés, en principio, con quien parecía presentarse como importante funcionario de un grupo hermano de villanos, se quedó boquiabierto al oír lo que le pareció una especie de locura o, más probablemente, una trampa peligrosa enmascarada de locura. Lo que le dijo fue que el judaísmo no era cuestión de razas, pues no había indicios fisonómicos o flemáticos que pudieran distinguir a los judíos de los alemanes, por ejemplo. El judaísmo era cuestión de fe; y ella, aunque católica italoamericana de origen, había decidido abrazar la fe de Abraham y Moisés. ¿Qué se proponía hacer él, el Oberbannführer, ante eso? Nada, dijo él: de momento, no tenía autoridad para perseguir a individuos de nacionalidad extranjera de religión judía. Ah, replicó ella, así que sólo los judíos alemanes habían pecado contra la luz... No no, los etnólogos nazis admitían que los judíos de toda la diáspora mundial formaban un cuerpo homogéneo infinitamente peligroso para la causa de la civilización aria, pero Alemania reconocía las desdichadas limitaciones de su propia autoridad purificadora o punitiva. Limitaciones, dijo ella, que no durarán eternamente, supongo... No no, tenían la esperanza de que no. Así pues, Alemania acabaría declarando, a su tiempo, la guerra a los judíos de los otros países, lo cual significaba, claro está, a la totalidad de aquellos países, puesto que en las naciones más civilizadas sería inconcebible diferenciar y segregar a judíos de gentiles... ¿Puedo explicar entonces a mis amigos de Norteamérica que Alemania está ya preparando la guerra? No no (era un Oberbannführer muy estúpido). Bueno, dijo ella, en tal caso, habré de informar de su deficiente antisemitismo en Berlín a las autoridades correspondientes. No no no. Está bien, entonces persígame. Como judía, exijo que me persiga. Me sentaré ahí fuera en ese pasillo que huele a ácido fénico de la SS y esperaré. Ya he informado, claro está, a los corresponsales en Berlín de los principales periódicos norteamericanos, de mi conversión. Les interesará mucho dar noticia de lo que ustedes decidan hacer. No echaron a Concetta violentamente de allí, pero la convencieron de que se fuera, con amenazas de acusarla de allanar una propiedad privada, o de la SS.

Resultaba triste descubrir que Concetta no había recibido de los judíos con quienes entró en contacto en la Alemania Oriental la cooperación que tenía derecho a esperar en su condición de auxiliadora voluntaria. Muchos judíos desconfiaban de su conversión, y algunos la consideraban una blasfemia frívola. Como los propios teóricos nazis, consideraban que los judíos eran una raza distinta a las demás y una

raza muy especial, una raza elegida, a la que Dios había impuesto el sufrimiento para mostrarle su afecto exclusivo. A veces, a Concetta le parecía que, en cierto modo, nazis y judíos estaban hechos unos para otros: la nuez exige el cascanueces, y el cascanueces la nuez. Concetta, una anciana insignificante cuyo equipaje era demasiado inocente para que lo inspeccionasen, cuando cruzó la frontera en Basilea, había tenido la suficiente suerte para que el Zoll abriese su maleta sólo dos veces, ocasiones ambas en las que no llevaba armas. Lo cierto es que introdujo en Alemania desde Suiza algo así como treinta Webley-Wilkinsons y Smith and Wessons ligeras, con la correspondiente munición. Ella consideraba que cuando los miembros de la SS, borrachos y eufóricos, intentasen irrumpir un sábado por la noche en los honrados hogares judíos, los judíos debían resistir a tiros y que así pronto los frenarían. Esa actitud violenta resultaba abominable para los judíos de edad, pero algunos de los más jóvenes llegaron incluso a herir y a matar a algunos de sus opresores (un Sturmbannführer apareció muerto de un tiro sobre un montón de basura en Finsterwalde); las represalias fueron terribles. Los otros planes de Concetta incluían la importación de uniformes de la SS, con insignias de elevado rango (hechos por un sastre de Zug), que debían utilizar jóvenes judíos valerosos que habían de fingirse jerifaltes de visita y frustrar los actos de persecución alegando supuestos cambios de política en Berlín. Por desgracia todo esto era puro juego; y un juego peligroso además. Y también eran totalmente inofensivos, patéticamente, diría yo, los panfletitos que había hecho redactar (uno de ellos escrito, y con muy poca gracia, por Hesse, que llevaba mucho tiempo exiliado) e impreso en Ginebra, sobre los ancestros judíos de Hitler, con un árbol genealógico, una súplica a la madre judía agonizante de Himmler para que pusiera fin a aquel absurdo, una carta al mundo, de una niña judía agonizante. Concetta hizo mucho bien con dinero, dado que el dinero sabe doblegar hasta la ideología más perversa. Quizás aún acabe siendo el dinero lo que salve al mundo. Pero ningún hombre ni mujer individual podía detener entonces un proceso que parecía tan deseado por las víctimas como por los verdugos.

Yo compuse un librito titulado *Una heroína de nuestro tiempo*, que explicaba quién fue Concetta (no revelé el secreto que Domenico había desvelado aquella noche en el Jardín de Alá), lo que hizo y cómo murió. Mis editores de ambos lados del Atlántico pusieron reparos cuando recibieron el manuscrito y las fotos adjuntas. ¿A qué demonios pretendía jugar un novelista y dramaturgo popular como yo? Había hecho ya un grueso libro sobre religión y ahora salía con una obra hagiográfica que satisfaría a pocos e irritaría a muchos. Alemania era un país amigo, nada de lo que se alegaba en el libro podía demostrarse, las fotografías (que podían ser trucos y montajes, en realidad, y que, de cualquier modo, no podía demostrarse que tuvieran el origen que se les atribuía) eran indecentes e impublicables. Como recordará el lector, el gobierno británico no tuvo el valor de publicar, a través de la Stationery Office de Su Majestad, su informe sobre el tratamiento que dispensaban los nazis a ciudadanos alemanes, hasta que estalló la guerra. Por entonces, se consideró que ya era

demasiado tarde para sacar mi libro sobre Concetta; además, no había papel disponible, pues todo se había destinado a imprimir partidas de defunción para toda la nación inglesa, que pronto quedaría destruida, salvo, quizá, sus demócratas, por obra de la Luftwaffe. Hice imprimir unos cincuenta ejemplares de *Una heroína de nuestro tiempo*, corriendo yo con los gastos, en una empresa de Loughborough. Ahora es, como tal vez sepa el lector ya, pieza de coleccionista.

El libro teológico, por otra parte, causó poco revuelo y se vendió poco. Se mencionó parcamente en el *Tablet* y el *Church Times*, y en el pueblo de Branchville, Carolina del Sur, lo quemaron públicamente como libro impío. Pero *non importa*, dijo Carlo: se ha sembrado la semilla; en el futuro nadie podrá decir que el mundo cristiano no recibió un aviso. Este comentario hacía que el mensaje de salvación resultara extrañamente amenazador.

Llegué tarde, pero llegué. Un muchacho llamado Heini estaba repartiendo folletos (título en primer plano: *Hunger und Not in Sowjetrussland*). Corte a un café con un joven comunista, de mirada feroz, leyendo el último ejemplar de *Vorwärts*. Corte a una calle: unos comunistas, entre ellos el de mirada feroz, han cogido los folletos de Heini y los tiran a un canal. Corte a otra calle: comunistas arrancando carteles nazis. Luego, empieza la secuencia de caza. Heini es capturado por los comunistas, dirigidos por el de mirada feroz. Se refugia en un parque de atracciones en el que resuena música de feria. Busca un lugar donde ocultarse, lo encuentra detrás del palpitante generador. Los comunistas le encuentran y le patean y aporrean hasta matarle como si fueran nazis, mientras al fondo sigue resonando la música de fiesta. El de mirada feroz es el que le asesta con su bota el *coup de grâce*. Antes de morir, Heini murmura el primer verso de la *Marsch der Hitlerjugend*: un coro celestial lo eleva, en crescendo. Montaje de cierre de nazis desfilando, banderas con cruces gamadas, Hitler gruñendo, la canción que prosigue:

*Unsre Fahne flattert uns voran
In die Zukunft zieh'n Mann für Mann.
Wir marschieren für Hitler durch Nacht und durch Rot,
Mit der Fahne der Jugend für Freiheit und Brot...*

Salí *schnell* antes de que apareciera el ende y el público empezase a vitorear. Una sandez sucia, tendenciosa y repugnante. Fanáticos contra fanáticos. Necesitaba beber algo con urgencia.

Justo al doblar la esquina de la Windmühlenstrasse, en, si no recuerdo mal, la Korngoldstrasse, había un letrero de luz roja de un *cabaret*: *Die Rote Gans*. Un pato rojo de neón caminaba incesante sobre patas de ruedas. Bajé las escaleras hacia el ambiente sofocante y el *jazz* germánico, Weillian, algo cargado ya de *Heimweh*. Un camarero triste y mayor me indicó una mesa y pedí cerveza y aguardiente. El lugar aún no había empezado a llenarse. Un hombrecito no muy distinto a Goebbels cantaba *Wenn die Elisabeth nicht so schöne Seine hätt...* Mientras yo tomaba mi consumición, entraron unos cuantos hombres uniformados, miembros de la SS, de negro, que quizá hubieran visto a la vez que yo aquella película detestable. El encargado encendió las caleidoscópicas luces giratorias y fue como si todos entráramos en un sueño de Fritz Lang, aunque en color. Pensé en Concetta, preocupado. Aquella mañana, cuando había salido del cuarto de baño, agotada, sólo piel y huesos, tambaleante, no me había dejado telefonar al médico del hotel, ni pedir una ambulancia, no me había dejado hacer nada. Un buen trago de coñac y se fue. Podía pedir un taxi. Pero ¿dónde se hospedaba ella? Tenía que saberlo, por supuesto. Pero no me lo diría. Dije brutalmente: «Alguien tendrá que saber alguna

vez dónde estás. Alguien tendrá que llevarte». Pero ni aun después de decirle esto quiso informarme: era como si lo tuviese todo preparado para que, llegado el momento, no hubiera problema para localizarla. No me gustó. Y, a decir verdad, no deseaba verme mezclado en el asunto. Me había enredado ya demasiado en los asunto de la familia Campanati. Tenía que vivir mi propia vida. Tenía que escribir libros. Contemplé atribulado la pequeña pista de baile. La orquesta tocaba *Eine kleine Reise im Frühling*. Tres parejas bailaban rígidamente el foxtrot. Los SS pedían a voces que saliese Willi. «Willi, Willi», decían.

Al final del foxtrot, apareció Willi, que fue recibido con aplausos. Era aquel hombrecito no muy distinto de Goebbels, vestido ahora de monja. Inició un número trivial en dialecto berlinés de *falsetto*, en el que aparentaba contener a un sacerdote lujurioso. En él explicaba con mucho remilgo que lo que el sacerdote pretendía era *Blutschande* o incesto, pues él ella era una hermana y el sacerdote un padre. Por último, cantó *Auf Wiedersehn*:

*Und wenn du einsam bist,
Einsam und alleine,
O siisse denk' an mich,
Dass ich auch einsam bin und weine...*

Y luego dio la espalda al público, revelando un hábito de monja rasgado al medio que dejaba el culo al aire, al tiempo que el trombón soltaba una ventosidad sonora. Apagón y arrebató de los SS. Entonces comprendí con quién tenía que ponerme en contacto. Pero lo dejaría para la mañana siguiente, pues en Melzo todos estarían acostados ya.

Desperté bastante bien y pedí café y huevos hervidos, que aparecieron vertidos en un vaso. Con los ojos cerrados, me dirigí tambaleante con aquella asquerosidad al water y allí la vacié. Bastante más tarde, tiré por el mismo sitio el ejemplar del *Der Stürmer* que me habían enviado con una nota adjunta de la oficina del director (*Dritte Seite!*). En la tercera página había una estúpida caricatura en la que aparecían judíos de Hollywood que intentaban apartar a un rey Arturo parsifaliano de una visión del Santo Grial y llevarle a la cama con una puta judía claramente sifilítica. Debajo se citaban en letra gótica mis palabras sobre la decadencia de la industria cinematográfica norteamericana. Respiré profundamente durante varios minutos y luego inicié el proceso de ponerme en contacto con Suor Umiltà, o Luigia Campanati, que era ya *Madre Superiore* del convento de Melzo. Sabía que el convento tenía teléfono, pero no sabía el número. Era cuestión de hablar con un subordinado de la oficina del arzobispo de Milán. Tardó mucho tiempo en escudriñar el elenco telefónico sagrado local; pero que al fin apareció con un número. Luego, me consagré a la tediosísima tarea de intentar conseguir la comunicación telefónica. Al fin, pude hablar con Sor Humildad. No me conocía, al principio. Luego, descendió del plano de

la administración conventual, con santidad suplementaria y escuchó y lanzó pías exclamaciones.

—En fin —dije—. Creo que debes venir enseguida. Creo que sería prudente que vinieses, como decís vosotros, *vestiti laici*.

Con la representación de Willi aún en el pensamiento, pensaba que como monja podría ser profanada por aquel régimen impío, que podían rasgarle la espalda con tijeras.

—Pero ¿dónde está ella?

—No lo sé, pero tengo la sensación de que muy pronto saldremos de dudas sobre ese punto y respecto a los arreglos que han de hacerse para llevarla de nuevo a Italia.

—Quieres decir no viva —dijo ella.

—Quiero decir no muy viva. Si hay problema de dinero para el viaje...

—No habrá problema. El problema es conseguir permiso.

—Se trata de tu propia madre, maldita sea, tu propia madre.

—Si puedes encargarte tú de buscarme alojamiento en un hotel...

—Pararás aquí, en el Adlon. Anota este nombre. Buscaré ahora mismo habitación para ti.

—Debo ir —dijo ella con firmeza— como lo que soy. No fingiré ser lo que no soy. Pero quizá no pueda salir de aquí hasta dentro de dos o tres días.

—Mientras vengas... Eres la única de la familia a quien puedo llamar.

Y luego, tras recíprocas bendiciones de Dios, dimos por concluida la charla. Creo que hablamos en italiano.

Estaba seguro de que Concetta tenía pensada alguna estratagema para interrumpir el estreno de la película *Horst Wesel* en el cine Capitole. ¿Una bomba? Me había advertido que no fuese, pero lo había dicho por razones genéricas, por razones más morales que materiales. Abominaciones, abandonar aquel país repugnante. Evidentemente no quería mi martirio, pues me había confiado los materiales de su testimonio contra el régimen hitleriano. Por tanto, lo más probable era que no hubiese bomba. Pero no podía haber bomba de ninguna manera, puesto que, estando como estaba anunciada la asistencia de muchos nazis destacados (no Hitler, que sin duda iría a ver *Mutiny on the Bounty* con galletas de crema y té en su nido de águila, o si no, con lo mismo y en el mismo lugar, *The Hound of the Baskervilles*), tomarían rigurosas medidas de seguridad y se registraría meticulosamente todo el local. ¿Entonces qué? ¿El grito desmayado de las consignas hostiles de una anciana ridícula? ¿Un incendio? ¿Judíos con armas? Comprendí que tendría que ir a ver aquella cosa abominable como decía ella, pese a no haberla visto. Tenía que ser abominable.

Ya se había hecho en 1933 un *Urfilm* sobre Horst Wessel que, a la semana del estreno, al que había asistido Goering, Wilhelm Furtwängler, miembros de la *Sturmabteilung* y gran parte del cuerpo diplomático, había sido prohibido como ambiguo e ideológicamente impropio. Ambiguo, al parecer, porque el enemigo

comunista, cuando le atizaban con la bota en los dientes, despertaba cierta simpatía. Ideológicamente impropia porque el héroe era de cabello oscuro y de estatura mediana. Se sospechaba que la película en realidad no serviría cuando pasase a la fase de montaje para la distribución, y se le había cambiado el nombre al héroe, que pasaba a llamarse Hans Westmar, con lo que no se planteaba ningún problema real de postsincronización. Pero todo el mundo suponía, viendo la película, lo que quería decir Horst Wessel, de ahí la prohibición. Tres semanas después de esta prohibición, una nota publicada en el *Hannoverische Volkszeitung*, probablemente escrita por el propio Goebbels, afirmaba que la película no podía causar ningún daño si se entendía claramente que Hans Westmar no era Horst Wessel sino un hombre completamente distinto llamado Hans Westmar. Aun así, se consideró la película un producto inferior y Goebbels había decidido patrocinar una obra maestra que celebraba al autor del himno oficial nazi. Y allí estaba. Esta vez no había ninguna duda. La película se titulaba *Horst Wessel*.

Sabía que no sería capaz de tragarme toda la obra maestra, así que aparecí por el Capitole lo más tarde que permitía el decoro. Estaba patrullado como una fortaleza por *Schutzpolizei* armados y *Schutzstaffel*; *Schutz*, que suena como una ráfaga de balas, significaba protección. Había por allí algunos individuos inofensivos, que esperaban claramente la salida de los grandes; pero Concetta no estaba entre ellos. Yo llevaba traje gris de calle, pues Toni Quadflieg me había dicho que era, como si dijésemos, una película de combate, y que no sería apropiado ir de etiqueta. Las autoridades irían de uniforme. El doctor Goebbels había sugerido que quizá yo quisiera que me prestaran un uniforme y fotografiarme después con él puesto. Ah, no. Ah, no y no de nuevo. Por supuesto que no. Nada de uniformes. Ropa de calle. Mostré mi tarjeta en la entrada, entré y un hombrecito que me ofreció una pastilla de menta me buscó sitio amablemente en la parte de atrás. *Danke sehr*. Cuando la pantalla se quebró en violencia callejera iluminada por el sol, pude ver un rostro honrado y sencillo con quevedos y debajo un uniforme de la SS. Me sonrió con mucha educación. *Noch ein Stück Pfefferminze? Danke, nein*.

La película parecía una especie de versión adulta expurgada de *Hitlerjunge Quex*. Es decir, expurgada en el sentido de que no había vacilación peligrosa alguna: todos los alemanes eran altos, rubios, guapos y caballerosos; y todos los comunistas bajos, morenos y violentos. Horst Wessel, brutalmente golpeado por los facinerosos, yace en la cama en un hospital. Corte a cuartel general del partido comunista, donde se plantea la ruin y lúgubre propuesta de ir al hospital y liquidar violentamente a Horst Wessel. Corte a cuartel general de la SA, donde se recibe una carta de aviso. Corte a hospital, con comunistas morenos y bajitos irrumpiendo y nazis rubios y altos esperándoles. Los nazis despachan heroicamente a los comunistas. Dos SA hacen guardia a la puerta de la habitación de Horst, que duerme. Su madre está sentada junto a la cama, orgullosa y triste. Horst abre los ojos y dice: «Ha llegado el momento». Entran los SA, se diría que algo prematuramente, con flores. Más tarde, el

héroe muere, sólo con su madre. La última palabra que pronuncia es «Deutschland!». Nada de fin. Silenciosa procesión de camaradas sollozantes en el pasillo del hospital. Cortejo fúnebre con bandera nazi sobre el ataúd. Protesta de la policía (después de todo, es el año 1929): «*Diese Fahne ist verboten!*». La bandera permanece donde está. Ceremonia fúnebre. Choque violento entre la policía y la multitud. Oración fúnebre: «¡Alzad vuestras banderas! ¡Por el Reich alemán!». Horst Wessel se recorta sobre un cielo nublado y oscuro alzando obediente su bandera. Noche, procesión con antorchas. *La Internacional* resuena sonora, luego desvaída, aplastada por la *Horst Wessel Lied*:

*Zum letzten Mal wird nun Appell geblasen,
Zum Kampfe steh'wir alle schon bereit.
Bald flattern Hitlerfahnen über allen Strassen.
Die Knechtschaft dauert nur noch kurze Zeit!*

Obreros que alzan puños cerrados; mas, por un milagro de Horst Wessel, en el cielo ya, los abren y extienden los brazos en el saludo nazi. El padrastro de la prometida de Horst, Agnes, que se parece mucho a Stalin, extiende también el brazo en el saludo nazi. Grandes vítores de la multitud. Fin. El hombre que estaba a mi lado me ofreció otra pastilla de menta. *Danke sehr, nein.*

Fuera, en el vestíbulo vi, supongo, a casi todos los que contaban en el partido nazi. Las felicitaciones llovían sobre Goebbels; pero no se veía por ninguna parte al director de la película. Hess, Heydrich, Streicher. El gordo Goering. El actor, Paul Hörbiger, que había encarnado a Horst Wessel, y que me pareció claramente homosexual: chispearon vibraciones entre nosotros en aquel charro vestíbulo flanqueado de cruces gamadas y salpicado de colonia. ¿Le gustó nuestra película?, preguntó el hombre de la pastilla de menta y los quevedos. El nivel técnico es alto, pero, como inglés, no puedo sentir las cosas igual que ustedes. Qué bien usted habla nuestro idioma. Lo aprendí leyendo las novelas de Strehler. Él conozco yo no. Es judío. Ah, entonces, él conozco yo no, pero debería conocerle ya. Salíamos hacia el aire libre. Fuera, esperaban alineadas resplandecientes limusinas. Se iba a celebrar una especie de recepción del partido en una de las habitaciones superiores del Hotel Friedrich Schiller, todo muy sencillo, pero con bebida abundante. Los SS y los Schupos contenían a la multitud (*Weisst du was ein Schupo ist? Ein Schupo ist ein Polizist?* Un verso infantil de una obra de Strehler que vitoreaba y heilhitlereaba a autoridades que salían del local). La luna brillaba sobre ellos como una vez sobre Charlie Chaplin, pero las luces de los focos desafiaban su pálida dignidad. Luego, vi a Concetta Campanati como un ser pequeño, inofensivo, muy enfermo y, sin embargo, heroico, que estaba allí para honrar a los dirigentes del país, una anciana en la primera fila a mi derecha, enmarcada por dos corpulentos SS. Llevaba bolso, lo alzó a la altura del pecho; de la boca del bolso brotaba el cañón de una pistola

demasiado grande para ella, con la cual apuntó al hombrecillo simpático, tímido y bajo de las pastillas de menta, cuyos ojos detrás de los quevedos estaban fijos en la vitoreante multitud situada a su izquierda y a la mía. «*Achtung!*», grité y le empujé. Perdónales, padre, porque no saben lo que hacen. Allá se fue contra la espalda del pequeño Goebbels que, a su vez, fue a dar con la de Goering, demasiado pesado para caer como una ficha de dominó. Goering se volvió y aulló. Ladró Goebbels. El proyectil, si lo había, no dio a nada ni a nadie. Estoy casi seguro que no había proyectil. Pero no hay medio de confirmar si lo había o no. Explosión sí hubo. Como un petardo. La ancianita se apartó sonriendo del resto de la multitud, gritando como un coro de Schoenberg, en *Sprechgesang*, apuntando con su arma a los Schupos y SS, haciendo un movimiento de barrido de lo más patético, como si manejase una ametralladora. Un bravo muchacho de la SS que podría haber sido su nieto, alzó el máuser y la abatió de un tiro. En aquel máuser había una bala, de eso no había duda. Luego brotó otra y luego otra, todo muy ruidoso. Hubo humo y hedor a *Speck* friéndose. Ella cayó; como sonriente. Me aparté de su cuerpo, no tenía ya nada que ver con él, aquel cuerpo era ya para el depósito de cadáveres de la SS. Heinrich Himmler, el hombrecillo de las pastillas de menta y los quevedos, comenzó lentamente a darse cuenta de que debía la vida a alguien, no a un camarada uniformado sino a un visitante inglés que vestía traje de calle. Un SS se echó al hombro fácilmente sin tambalearse siquiera, el cuerpo de Concetta Campanari y se lo llevó. Otro cogió su bolso. Encontrarían allí pasaportes de dos gobiernos, ambos amigos. Habría que ponerse en contacto con dos embajadas. También con Suor Umiltà. Yo no haría más. Me iría. Después de tal servicio al Estado, el *Reichsfilmkammer* no sería tan mezquino como para exigir reembolso. El cáncer, pensé, viendo cómo se llevaban el cadáver a un coche de la policía, seguiría devorando tranquilamente aunque quizás un poco desconcertado por su progresiva pérdida de apetito y por un cambio en la calidad del alimento. Tenía náuseas, me sentía muy mal. «*Wie kann ich*», decía Heinrich Himmler, las manos en mis codos, atufándome agradecido con pestazo a menta, «*meine Dankbarkeit aussprechen?*». O algo parecido: sólo recuerdo la desviación del infinitivo hacia el final. Kenneth M. Toomey, novelista inglés y salvador del Reichsführer Heinrich Himmler. Tendría que arreglármelas para que no lo pregonaran a los cuatro vientos.

La ciudad de Moneta está en Lombardía, no muy lejos de la frontera suiza ni de la tridentina. Mira hacia el norte, hacia los Alpes Rhatianos: St. Moritz queda a corta distancia en tren. Cuando la visité, un año antes de la guerra, tenía una población de unos 70 000 habitantes, unos ocupados en la comercialización de los productos de la agricultura y la viticultura, otros en industrias ligeras como la fabricación de corsés quirúrgicos. Había también fundiciones de hierro y cerámica. La parte principal de la ciudad se encuentra al oeste del torrente Melaro, que salvan tres firmes puentes que llevan los nombres de Garibaldi, Cavour y Cesare Battisti, puentes que dan por la parte este del río al magnífico Viale Milano y a la Via de Guicciardi, con la Piazzale Mottalini entre ellos. Hay una noble preffettura y el mejor Ospedale Civile de la región. Sólo hay un restaurante de primera clase, el Oca d'Oro, pero hay magníficas *trattorias*, y la cocina regional que despachan en ella es característica, sobre todo, del invierno, en que bajan acuchillando de los montes vientos torturantes: alubias espesas, callos con *gnocchi*, gordas salchichas a la parrilla y vino tinto, un vino que es el orgullo de Moneta. La ciudad es sede episcopal, y el Duomo y el Palacio del Obispo están entre la Via Trieste y la Via Trente, ambas emplazadas en líneas geográficas exactas de latitud. Los cimientos del Duomo datan del 1397 y su estilo es gótico, pero varias interrupciones, como una guerra civil, una invasión, el hambre y la peste, demoraron la terminación de la obra hasta 1530, más o menos. Jacopo della Quercia vino de Siena, por soborno o chantaje, y decoró el pórtico central con un San Ambrosio que ofrece al mundo, brazos abiertos de maestro de ceremonias, la agonía final de Cristo. Las columnas de la entrada tienen bajorrelieves de la historia del cristianismo desde Adán y Eva hasta la conversión de san Agustín por san Ambrosio. En el interior, hay frescos de Giovanni da Modena (*San Lorenzo en la parrilla*) y (*La Virgen amamantando*) de Lorenzo Costa. El palacio del obispo es obra renacentista y frío en invierno. Cené allí con Carlo al principio de la primavera, cuando el frío iba disminuyendo ya. Carlo era, por supuesto, obispo de Moneta.

—¿Echas de menos Washington? —pregunté, ante la fuente de pescaditos fritos.

No vestía atuendo episcopal, ni mucho menos. Aún sentía frío después de la calefacción central de Washington, y llevaba un grueso jersey de pescador. En la chimenea, con su ornado proscenio (damas desnudas tendiendo los brazos hacia el foco o *fuoco*) escupían unos troncos verdes y la resina que había en ellos gruñía, como malhumorada. Carlo frunció el ceño contemplando el frío esplendor de la estancia, con sus frescos desconchados de caza y persecución.

—Sabía que no duraría —dijo—. Con aquel bastardo que me tenía envidia por mi inglés.

Se refería al nuncio apostólico de la Santa Sede en Estados Unidos de Norteamérica.

—Cuando el gordo Bertoli murió de un ataque, sabía que pasaría esto —se refería

al anterior ocupante de aquella diócesis—. Es mejor mandarle a casa, dijeron. Que tenga un poco de experiencia pastoral. No es que me importe —añadió—. Si quiero llegar a Papa, tengo que estar aquí.

Hablaba en un tono muy norteamericano. Era la primera vez que mencionaba aquella ambición, aunque siempre había estado implícita en sus insinuaciones sobre reuniones secretas para cambiar el cristianismo, que se habían articulado al fin el día en que me entregó aquel manuscrito en el Jardín de Alá.

—Si soy Papa —dijo— no tendré que preocuparme por el nombre que me dieron. Podré elegir uno yo mismo.

—No te refieres al Carlo, supongo, sino al Campanati.

Frunció el ceño, mientras Mario, su mayordomo, se llevaba la fuente de pescado.

—No conocer a tu madre. Lo intenté. Anduve indagando. El padre no importa. El padre siempre es Dios. Pero no saber quién es o quién era tu madre. Era. Era. Tiene que haber muerto.

—Bueno, fue mejor que pasasen las cosas como pasaron —dije—. Pudiste estudiar y adquirir una cultura. Pudiste tener el inglés como lengua materna. Eso será importante, cuando llegue el momento.

—Algunos de esos bastardos no creen que haya católicos fuera de Italia.

—¿Por qué dices continuamente bastardo?

—¿Eh?

Mario trajo carne de ternera y la sirvió.

Era un hombre viejo, muy encorvado, que esnifaba habilidosamente inminentes gotas de rocío. También él sentía el frío.

—Bueno, es que lo dicen muchos en Washington, sobre todo los políticos. Es una palabra neutra, en realidad. Además, yo también soy un bastardo, en el sentido literal, quiero decir.

—Eso no puedes saberlo.

—Lo sé. Eso fue lo único que pude descubrir cuando anduve olisqueando por Gorgonzola.

La expresión resultaba muy propia. Hasta él se dio cuenta de ello.

—Las garrapatas de la murmuración, el moho verde del escándalo —continuó—. Sobornaron a algunas viejas para que olvidaran todos aquellos años. Pero algunas recordaban. Pero no recordaban apellidos. Los apellidos son una especie de lujo moderno en algunas partes del mundo.

Y luego, masticando sin complacencia, añadió:

—¿Recuerdas aquellos versos de *Edipo Rey*?

Sabía a qué versos se refería. Y no se refería al original sino a mi propia traducción, realizada con la ayuda de la de Loeb. Ernest Milton me la había encargado, más como una adaptación que como una traducción, al modo del nuevo drama poético que habían estado introduciendo Auden y Eliot (aquella zorra de Tarleton había acertado) que al viejo modo de Gilbert Murray. Carlo le había visto en

Nueva York, sentado al lado del ex obispo de Bombay, ahora arzobispo de Nueva York, que se había acercado hasta allí desde Toronto, donde había estado visitando a su hermana y donde había recibido, dicho sea de pasada, tratamiento odontológico de emergencia de un anciano tembloroso llamado Toomey. Le recité los versos.

Debo abrir esta última puerta que da a la última estancia
donde estoy encerrado yo mismo. Debo contemplarme.
En el peor de los casos, seré el hijo de la diosa Fortuna.
¿Quién no aceptaría una madre así? Soy
pariente de las estaciones: de la cuadrúpeda primavera,
del bípedo verano, erguido en su orgullo, del tembloroso invierno,
y me alzo y caigo con el
alzarse y caer y alzarse del año. Ésa es mi estirpe.
No pido otra.

—Eso es —dijo—. Pero ¿por qué tanto alzarse y caer?

—El enigma de la esfinge —expliqué— integrado en las imágenes. Cuatro piernas, dos piernas, tres piernas, el hombre con un bastón. Cuatro, dos, tres... una pauta de regreso, circular. ¿Comprendes?

—Yo —dijo con palpable superficialidad— no creo en la tragedia. No es un concepto cristiano.

—No puedes reprochar a Sófocles el que no fuera cristiano.

—Qué horrible *vitello* —dijo—. Voy a tener que introducir algunos cambios en este lugar. Lo único bueno es el vino.

—El vino es bueno —alzamos los vasos lúgubrementemente.

—La víctima trágica —dijo—. Utilizan el término con mucha imprecisión. Sobre todo en los periódicos. Trágica víctima de un accidente de automóvil. Víctima propiciatoria. Cristo es eso, pero él es también el triunfador. Ésa es la gran diferencia entre *Edipo* y la misa. Las víctimas cristianas tienen que salir también triunfantes.

Junto a su plato había una gran campanilla de bronce. Tenía el león de San Marcos enroscado alrededor como un dragón chino. Carlo la alzó en el aire como un pregonero y repiqueteó con vigor. Cuando entró Mario esnifando como, me pareció, una personificación del invierno, Carlo le preguntó qué más había para comer. *Pollo alla diavola. Patate arrosto*. Tráelo y llévate esta basura. Luego, dirigiéndose a mí, dijo:

—No me gustan los fracasados.

—Todos somos fracasados.

—Eso es un disparate. Tú no lo eres —qué poco me conocía, en realidad—. Ni yo. Estoy contento de no pertenecer a esa familia, sabes. Son todos fracasados.

—Tu hermana —dije, sorprendido—, es una especie de santa Teresa. Tu hermano Raffaele murió por la causa de la honradez cívica y de la justicia. Tu madre defendió

a las víctimas de la persecución nazi. Domenico —dije, y me callé.

—Domenico es un imbécil. Un estúpido fornicador ateo que sólo sirve para fabricar música tonta para películas tontas. Bueno, no todas tan tontas, quizás. Aquella de Astrid Storm, *La pasión y la piedad*, no lo era, pero casi la destrozó la música estúpida de Domenico. Y, en cuanto a mi padre adoptivo, conozco toda su historia. Otro fornicador, y además sifilítico, que dejó la dirección de un negocio quesero ancestral a su hermano, el que decía ser mi tío Gianni. Luigia se hizo monja porque es fría sexualmente, no podía soportar la idea de que la tocara un hombre, en fin, una vocación negativa. Y la mujer a la que yo llamaba madre, se suicidó.

—Oye, yo estaba allí...

—Fue como una de esas víctimas del amok de Malaya. Matar para que te maten. Ella ni siquiera mató.

—Eso fue culpa mía, en realidad —dije, contrito.

—¿Dónde está su triunfo? Los SS la convirtieron en una cucharada de cenizas, que Luigia se trajo a casa en un tarro. La sacaron de la historia aplastándola de un pisotón, como si jamás hubiera existido.

—Piensa en el libro que estoy escribiendo.

—Que nadie leerá —dijo, con exactitud profética—. Raffaele se deja despedazar por los criminales de Chicago. Otro fracasado.

—Entonces, ¿todos los mártires cristianos fueron fracasados?

—Eso es distinto. Fueron al martirio cantando, maldita sea. Hicieron tambalearse el Imperio Romano. Maldita sea, a Raffaele le mataron católicos, sólo dio testimonio de una fe secular vacilante que ni siquiera tuvo la elocuencia necesaria para estructurar. Fue un imbécil por juzgarse tan negativamente como lo hizo. Tú podías haber sido su voz.

—*Mea culpa, mea, máxima, culpa.*

—No te burles —gritó al tiempo que llegaban el pollo chamuscado y las patatas—. La mujer a la que yo llamé mi madre, decía que era judía, pero los judíos no la querían. Sabía que iba a matarla el cáncer y le engañó, y, evidentemente, ésa no era la intención de Dios.

—Comprendo. ¿Así que el cáncer fue idea de Dios?

—Ah, no. Ah, no. Eso viene del otro lado. Pero tienes que soportarlo hasta el final. Cristo podría haberse lanzado contra los soldados en Getsemaní y haber conseguido que le mataran. Pero no lo hizo. No hizo trampas. Aguantó hasta el límite, como tenemos que hacer todos los demás. Y alcanzó el triunfo.

—Concetta y Raffaele tendrán también su triunfo. Tendrán un gran premio en el cielo.

—Ah, no —arrancó un trozo de piel quemada del pollo *alla diavola* y dijo—: Suerte tendrán si consiguen entrar. Los dos se suicidaron.

—Te has vuelto muy duro. Antes eras muy compasivo.

—Desbordo compasión —añadió, masticando y desbordando grasa—. Siento una

gran pena por ellos. Pero mi compasión no significa nada. Lo que cuenta es la compasión de Dios. Este pollo está asqueroso.

Pinchó con el tenedor un cuadradito de patata, dorado por cuatro caras y negro por las otras dos.

—Ya sé lo que piensas, ya —añadió—. Piensas que también yo soy un suicida.

—Nada de eso. Ya no te metes con los fascistas.

—Digo lo que pienso, pero no soy político. No condeno su inmundicia como inmundicia política. Sólo digo que ese sapo debía recordar mejor sus deberes cristianos. Y lo mismo todos los demás criminales. En eso, no hay nada político.

—¿Y la guerra de España?

—Hay error por ambos bandos. Os dejo a vosotros, los ingleses, lo de llamar a Franco caballero cristiano. La Iglesia de España se equivoca al alinearse con los falangistas sólo porque hacen a la Virgen María capitana general de su maldito ejército asesino. La Iglesia debería seguir con su tarea, que implica su persecución. La Iglesia nunca es una víctima, recuérdalo. La Iglesia sobrevive. Y yo —masticando tranquilamente— pienso sobrevivir. ¿Crees sinceramente que podría permitirme morir antes que ese ateo pícnico? Viviré para verles ahorcados a todos o para verles morir aullando en sus lechos culpables, como Herodes el Grande. Yo —enseñó unos dientes grandes y delicados al atacar la carne— no seré una víctima.

Su fealdad iba adquiriendo una especie de belleza a medida que se adentraba en la mediana edad. Su gordura era solidez, no flaccidez. No tenía nada de víctima.

—Cuidado con la arrogancia —dije.

Escupió un huesecillo y con él la arrogancia.

—No estoy oponiéndome a Dios. Dios conoce a sus siervos. Escucha —dijo—. Respeto a la familia Campanati. Tal vez la necesite; o tal vez no. Depende de la atmósfera general cuando llegue el momento.

—¿Y cuándo será?

—Después del próximo; probablemente Pacelli. No creo que a Ratti le quede mucha cuerda ya. Pacelli ha estado haciendo por él gran parte de su trabajo... *Mit brennender Sorge* es suya, estoy seguro. Y quizá *Divini Redemptoris*. Un puño para los nazis y el otro para los rusos. Pero yo creo que hay un medio de derrotar a los comunistas en su propio campo. Intentarán hacerse con el poder aquí cuando se le corte el cuello a Mussolini. Yo estaré preparado para ello.

—He leído todo eso. Maldita sea, todo eso está en ese libro al que estúpidamente puse mi nombre. ¿Qué quieres decir con lo de atmósfera general?

—¿Eh? Ah, ya. Podría ser interesante tener una madre que combatió por los judíos y murió abatida por los SS. Y un hermano que demostró su idealismo al servicio del bien público en Chicago. Y una hermana que es Madre Superiora.

—Y otro hermano, fornicador, no va a misa, quiere divorciarse.

—Meteré en vereda a ese bastardo si hace falta —dijo—. Si es necesario, le obligaré a volver con la pobre Hortense, la luz de Dios iluminará a un pecador

arrepentido.

—¿Y si la pobre Hortense no quiere aceptarle?

—El matrimonio es un sacramento indisoluble.

—El bastardo eres tú, Carlo. Eres un oportunista asqueroso, ni más ni menos.

Esto le gustó. Resplandeció grasientamente y se limpió luego grasa y resplandor con la servilleta.

—O quizá sea mejor ser como Edipo —dijo—. Hijo de la diosa Fortuna. Todo depende de cómo estén las cosas en ese momento.

—Y pregunto de nuevo, ¿cuándo será?

—Después de Pacelli. Te apuesto mil dólares a que Pacelli se pondrá por nombre Pío XII. Creo que habrá Pacelli hasta, bueno, más o menos mediados de los años cincuenta.

—¿Y luego tú serás Pío XIII?

—Oh, no, el trece trae mala suerte. Seré otra cosa.

—¿Qué?

—Ah —mientras, Mario, que se había olvidado de quitar antes los platos de carne, traía los quesos, entre los que no había ningún gorgonzola pero sí casi todos los demás, una hedionda antología de quesificación italiana—, eso debe mantenerse en secreto.

Y luego, cortándose un trozo de podredumbre láctea, dijo solemnemente:

—Muerte.

—Huele a muerte, sí. El cadáver de la leche, como solía decir Jim Joyce.

—No no no, quiero decir que estamos pasando por un período de muerte. La muerte cabalga, el jinete cadavérico. Debemos vigilar todos la salud... tú, Hortense, yo. Tenemos que sobrevivir a esta época mala. Tú y Hortense sois mi familia. Lo sabes muy bien.

—Sí, lo sé —y luego—: Pobre Tom.

—Lo siento —dijo Carlo quejosamente—. No llegué a conocerle. Pero no creo que hubiésemos...

—¿Congeniado?

—Tú me contaste aquellos chistes suyos, pero nunca me parecieron gran cosa. Lo de que Hamlet era, en realidad, una tortilla y demás.

—Tom —dije— era un santo.

Lo había dicho Val Wrigley, pero había acertado.

—¿Qué quieres decir con lo de un santo?

—Tom fue un hombre que no hizo mal a nadie, que proporcionó mucho placer inocente a mucha gente, que fue casto y caritativo, que padeció dolores sin quejarse, que murió diciendo hágase la voluntad de Dios.

—¿Eso dijo?

—No. Hizo chistes. Hizo reír a los médicos y llorar a las enfermeras con su valor. Insistió en morir sin calmantes. Dijo que quería presentarse ante Dios como solía

hacerlo ante su público: sonriendo, pero muerto de miedo. Quizá fuese demasiado bueno. Por eso le dejó su mujer. Las mujeres no pueden soportar la bondad. Algunas personas dijeron que la santa era ella. Siempre en misa y confesándose y siempre con su maldito rosario a las vueltas. Hablando de los placeres de la castidad. Y luego se largó con un comiquillo de baja estofa.

Carlo frunció el ceño ante el tecnicismo.

—Sí, Tom trabajaba en lo que se llama la comedia ligera. Pero sin nariz roja. Sin suciedades. No como George Robey que pela un plátano y luego lo contempla y dice: «Oh, qué glande, qué enolme».

El rostro inexpresivo de Carlo me recordó el abismo temperamental y cultural que nos separaba. No sería un pontífice con sentido del humor.

—Un santo —dijo— es algo distinto de lo que parece pensar. He conocido gatos y perros que serían santos según tu definición. Un santo —dijo— tiene que modificar el mundo, de modo que tome mayor conciencia de la presencia de Dios en él.

—Alimentar una ilusión —dije, con cierta amargura—. El propio Dios está apartado del mundo. Como veremos. Como veremos cada vez más.

Mario trajo un *zabaglione* en una cacerola ennegrecida en una mano y dos platos y dos cucharas en la otra. Esnifó ruidosamente una efusión de rocío. Carlo gritó: ¡No! Mario lo posó todo y salió rápidamente. Luego, con más suavidad, dijo:

—Aún no estás preparado. Pero quizás estés preparado para la *noche oscura*. ¿Has leído a san Juan de la Cruz?

—Todos estamos preparados para la *noche oscura*.

Y entonces, consideré que era el momento de sacar a la luz todo el asunto, mientras iba sirviéndome a cucharadas el *zabaglione*.

—Carlo —dije—, por alguna razón, te niegas a entender mi situación. Cómo soy. En el sentido sexual.

—Nunca he visto pruebas de lo que dices, pese a los comentarios que he oído. No te comportas como un *finocchio*, no se te van los ojos tras los muchachos seductores. Conozco a los sodomitas, esos locos pecadores pervertidos. Sólo he visto en ti algo que me parece cristiano: el impulso de amar a otro hombre y de elevarse así a esa esfera más alta de amor que está por encima del intercambio natural. Un impulso tan santo que el diablo tenía que frustrarlo. Reconozco mi fracaso allí y lo lamento, pero no puede reprochárseme. Quizás el camino que lleva a ese tipo de amor hubiese de estar lleno de tentaciones físicas, pero en modo alguno puedo considerarlas las pecaminosas voluptuosidades elegidas de la ciudad de Sodoma. Creo que encontrarás de nuevo ese amor. No creo —raspando los últimos restos de *zabaglione* de la cacerola— que tú y yo lo encontremos juntos. Nuestra relación es una relación fraternal, muy distinta. Debes decir siempre a la gente, sin vacilar, que ésa es nuestra relación. El obispo de Moneta es mi hermano; el arzobispo de Milán es hermano mío; el Santo Padre de todos los creyentes es hermano mío —lo tenía todo pensado—. Es posible que el amor que buscas sólo pueda satisfacerse en la persona de Cristo. Quizá

seas tú el que esté destinado a la santidad.

Dejó que la cuchara repiquetease en la cacerola como una promesa de posibles campanas. Se limpió los dedos en el jersey de pescador.

—Carlo —dije, con cierta pesadez—, *fratello*, Dios me hizo de modo que desease verter semilla en lugares prohibidos. Dios me hizo incapaz de los anhelos filoprogenitores normales del hombre.

—Dios no te hizo así. Nosotros dejamos ese género de implantación al demonio. No es algo con lo que nazcamos, ni siquiera el doctor Freud lo dice; un nombre que, por cierto, habría sido un teólogo judío muy bueno si no se hubiera dedicado a inventar términos como *id* y demás. Si el diablo te ha hecho esto, entonces es como dije, tu deber y tu gloria, convertir el deseo de la carne de tu propio sexo en deseo puramente espiritual. No debes ceder.

—No tengo tu sentido de la vocación. Necesito el alivio y el consuelo de la carne. Yo creía que el libro que publiqué a petición tuya... qué irónico resulta, yo patrocinando algo que mi naturaleza me impide realizar... Tendrás que cambiar ese dogma un día de éstos. Hay demasiada semilla en el mundo, demasiada. Onán en realidad no cometió ningún pecado. Lo único que hizo fue adelantarse a su época.

—El diablo, ves —sonrió— meneando el rabo como un gato. El reino de Dios se creó para un número infinito de almas. Dios siente un amor insaciable por las almas humanas individuales. Al desperdiciar la semilla, cometes el pecado mortal de frustrar la satisfacción de esa apetencia divina.

—Moloc, Moloc —gruñí—. Alimentadle con los recién nacidos en una tierra en que no hay pan ni agua y apenas si saliva suficiente para el esporádico rito del bautizo. No no no, Carlo, no resultará. Según tu razonamiento, monjas y sacerdotes deberían emprender los primeros la ruta de la copulación descondonada.

—Nosotros —dijo él, no sin complacencia— somos distintos. Nosotros damos testimonio de la paradoja divina. Nosotros somos estériles sólo para ser fértiles. Nosotros proclamamos la realidad primaria del mundo del espíritu que tiene un número infinito de mansiones para un número infinito de almas humanas. Y tú también eres distinto. Tu destino es de un género muy extraño. Vivirás para proclamar el amor de Cristo por el hombre y del hombre por Cristo en una imagen de amor terrenal.

Retórica de predicador; habría quedado mejor en italiano, una lengua en la que tanto abundan las intrascendencias melodiosas. Con la misma pesadez que antes, le dije:

—Mi destino es vivir en un estado de deseo que tanto el Estado como la Iglesia condenan y enriquecerme tristemente suministrando una mercancía envilecida. Acabo de terminar una novela que, después de leer el manuscrito, realmente me revuelve el estómago. Y, sin embargo, es lo que la gente quiere: la evocación de un pasado feliz en el que no había Mussolini ni Franco ni Hitler, en que los bienes se pagaban con soberanos. La sinfonía n.º 1 en la bemol de Elgar trompeteaba nobilmente una

inmensa esperanza en el futuro, y el amor romántico entre una dependienta y un benjamín de la aristocracia auguraba una inflexión saludable, y no una destrucción, del sistema social heredado. Cómicos siervos e imperiosas duquesas. Cabriolés antiguos y carreras de Ascot. Les encantará a los fascistas y les encantará a los demócratas. Mi destino es crear un género de subliteratura en la que no hay el menor rastro de material subversivo.

—No te subestimes —dijo Carlo.

Entró Mario con el café, y una caja de Partagás. Carlo le habló un rato en el dialecto milanés (bastante próximo, aprecié, al de Moneta), diciéndole que la cena que acabábamos de tomar sólo servía para echarla al *gabinetto* y que les arrancaría los huevos a mordiscos a todos si no se producía una rápida mejora en la *encina*, y muchas otras cosas del mismo tenor.

—Yo —me dijo Carlo cuando se fue Mario, pasándome la caja de puros y *fiammiferi* de cera— soy capaz de ser como un campesino si hace falta y cuando hace falta. Puedo ser cualquier cosa que quiera ser.

Aquella noche, me acosté tarde en mi lecho frío. Tenía que coger el tren para Ginebra muy temprano. Iba a abrir una cuenta bancaria allí, pues no me gustaban nada las perspectivas del resto de Europa en la primavera de 1938. Hitler acababa de invadir Austria (tuvo sus problemas: todo el transporte a motor se había estropeado en la carretera de Viena) y en Linz, su pueblo natal, fue recibido con frutas y flores. Pero Carlo miraba más allá de Hitler y de los otros bastardos predadores.

El Papa Pío XI murió el 10 de febrero de 1939, y Eugeni Pacelli cumplió la profecía de Carlo, siendo coronado, un mes más tarde, como el Papa Pío XII. Parecía haber ya una vaga sensación cerniéndose como humo de cigarrillo en Fleet Street de que yo estaba relacionado de algún modo con el Vaticano, y el *Daily Mail* me pidió que cubriese informativamente las exequias, la espera de la correspondiente señal de humo y la coronación. Me negué: no quería andar por Roma con *sir* Hug Walpole, que estaba haciendo la misma tarea para la organización Hearst, y que me arrastrase a perseguir a los pedicables el tiempo que tardase el cónclave en decidir sobre las candidaturas de los diversos *papabili*. Pese al pronóstico de Carlo, las cosas no le resultaron tan fáciles a Pacelli, ni mucho menos.

Me quedé en casa y vi cómo Inglaterra reconocía el gobierno del general Franco, cómo se anexionaba Hitler Bohemia y Moravia y proclamaba un protectorado alemán, cómo Lituania cedía Memel al Reich, cómo Italia se apoderaba de Albania una semana después de acabar la Guerra Civil española. Pocos imaginaban entonces que fuese a estallar una segunda guerra mundial. Habíamos tenido nuestro susto en septiembre del año anterior y ahora Chamberlain y Daladier repetirían la misma pauta de los Sudetes respecto al Pasillo Polaco, y la última exigencia territorial de Hitler. Estábamos aprendiendo todos a convivir con la vergüenza, un aspecto de la condición humana.

El mismo día que Inglaterra firmaba un acuerdo de defensa con Turquía, yo estaba sentado en mi salón del E2, Albany, estudiando la foto de estudio que me había hecho Kirsch. Una cuidadosa disposición de los focos y los correspondientes retoques me hacían parecer más joven de lo que era. Por las mañanas, al enfrentarme al espejo para afeitarme, veía a un hombre de cuarenta y ocho años indudables, inquieto, rechazado por todos salvo por sus lectores, cansado, marcado por la buena vida, la barbilla fofa, el pelo canoso y cada vez más ralo, pero soberbiamente esculpido por mi peluquero habitual de Trumper's de Mayfair. La criatura de la fotografía era «su novelista popular», sin una arruga y con los ojos soñadores de la juventud pero sabio, con una sabiduría duramente adquirida: un hombre en el que podías confiar, pero no demasiado; viajado, gustos precisos en las artes; no demasiado intelectual, pero muy leído; y tan listo, penetrante o compasivo como exigiese la ocasión cuando explicaba a los medios de difusión sus puntos de vista sobre la mujer moderna, las intenciones de los dictadores, la amistad, la importancia de la Fe, la posición de William Somerset Maugham, la decadencia de lo francés, las bellezas de la Inglaterra rural. El retrato quizá sirviera para otra década en la promoción de mis libros. Mi agente procuraría que llegase a la Norteamérica aislacionista, a la España falangista, a la Alemania nazi, a la Italia fascista, al Japón imperialista y a otros países en los que yo alimentaba un apetito de ficción sedante. Mi libro más sedante, hasta la fecha, y quiero decir con ello interesante sin rastro de

nada subversivo, saldría muy pronto: *Época de manzanas*. Ya le había explicado a Carlo de qué trataba.

Dejé el retrato suspirando y leí la carta de la segunda esposa de mi padre. Mi padre estaba muy enfermo, decía. Enfermedades propias de la vejez, tenía ya casi ochenta años, y estas enfermedades eran congestión pulmonar, obstrucción de próstata, cataratas, lo que parecía la enfermedad de Burger o tromboangitis, úlceras en la boca, dispepsia crónica, síntomas de debilidad mental. Su segundo matrimonio no se había visto bendecido por la fecundidad y él hablaba o divagaba mucho ahora sobre aquellos hijos que no había visto desde el final de una guerra mundial y que no volvería a ver, salvo que todos nosotros (¡todos!) hiciéramos un viaje rápido a Toronto, ante la inminencia de otra. Parecía no haber aceptado la muerte de Tom. Tenía la vaga idea de que alguien le había convertido en abuelo; tenía dos o tres libros míos y la idea de que yo vivía con mi editor inglés. No sabía que su hija vivía a la distancia de un corto vuelo y que estaba haciéndose famosa como escultora.

—No —dije en voz alta, dirigiéndome a mis libros y cuadros y cacharros y alfombras de Bujara.

—No —repetí, dirigiéndome al sol del mayo inglés y al ronroneo confortante y lejano del tráfico de Londres.

Carlo me había enseñado que la paternidad era una ficción y que la piedad filial sólo era debida a Dios y a la bendita madre de uno, si uno sabía quién era; Carlo quizá tuviera razón, pues iba a ser el próximo Papa. Padres e hijos: absurdo. Y entonces, sonó discretamente el timbre del apartamento y Jack, un viejo portero verrugoso, hizo entrar al hijo de un padre muy distinguido.

Este hijo hizo una inclinación y taconeó burlonamente y dijo: «*Ein Brief für Sie*», posando maletas y raquetas de tenis. Sacó la carta de bolsillo interior de la chaqueta con la mano izquierda y me la entregó, con el brazo estirado y el cuerpo inclinado hacia delante como en una burlona posición militar de alerta. La carta era de Jacob Strehler y el membrete impreso decía: Albrechtsgasse 21, Wien. Estaba en alemán y escrita a pluma en una especie de burla de la caligrafía de la escuela primaria. La burla, pues, estaba en la sangre.

—Siéntese, por favor —le dije, en inglés, al hijo, y se sentó en burlona posición militar de alerta, en uno de los sillones Luis XV. Me senté frente a él en una poltrona, y leí.

El gran Strehler me llamaba querido amigo y decía que no debía considerarle un desagradecido por mis frecuentes expresiones de admiración, tanto en las críticas que había tenido a bien enviarle, y que había recibido puntualmente, y que, como muy bien sabía, nunca había agradecido, como en mis cartas, aunque no hubiera dado siquiera acuse de recibo de ellas. Lo lamentaba, pero no era un escritor de cartas. Él sólo escribía para conseguir fama y dinero. Sobre todo dinero. La situación en Austria, que había pasado a ser una simple provincia del Tercer Reich, era desde luego peligrosa para un individuo como él, judío, supuesto intelectual, demócrata,

que creía en la libertad de expresión; sin embargo, se proponía seguir allí, más o menos oculto, ayudado por la reputación internacional (aunque no el dinero, desgraciadamente ya gastado) que «la generosidad de Suecia», como decía Yeats, le había otorgado, y ayudado también por su relativa indiferencia personal respecto al futuro. Su esposa, como quizá ya supiese, había regresado a su Nueva Zelanda natal unos años atrás, llevándose con ella a su hija, pero dejando a su hijo a su torpe cuidado. Por él temía Strehler, y por eso lo había encomendado al cuidado que alguien como yo, Toomey, pudiera dedicarle. Se disculpaba por el regalo no pedido de un hijo, pero estaba seguro de que yo haría honor a la tradicional hospitalidad de los ingleses con los refugiados que huían de la opresión. Decía que le hubiese gustado leer algunos de mis libros, pero probablemente fuera ya demasiado tarde. Además, no solía leer a sus contemporáneos.

Heinz, que así se llamaba el muchacho, tenía pocos talentos salvo para el placer, que incluía el bondadoso, o quizá, puestos a ser cínicos, calculador deseo de proporcionar placer a otros siempre que no costase nada. Y por los buenos oficios de uno al que había proporcionado tal placer, un alto cargo del partido nazi austríaco, había conseguido precisamente Heinz salir del Reich, una entidad ávida de judíos (*Judenshungrige Einrichtung*). Tenía que hacer con él, por favor, lo que mejor me pareciese. Tenía que explicarle al mundo literario anglosajón que no debía preocuparse por el destino de Jacob Strehler. Sus obras sobrevivirían al Reich de los mil años. *Es ist*, como afirmaba Bach en un coro prestado para un concierto de violín, por Berg, el amigo de Strehler, *genug*. Debía recibir a Heinz como una pieza de un padre roto y prueba de aprecio de pasada bondad. *Ich danke ihnen herzlich*. Jacob Strehler.

Cogí la carta reverentemente y la coloqué en un cajón del escritorio, sobre otra carta alemana de agradecimiento, aunque ésta breve como un ladrido, del Reichsführer Heinrich Himmler. Luego, me volví y miré lúgubrementemente aquel regalo.

—Bien venido, Heinz —dije—. ¿Qué edad tienes?

—Veintitrés años.

—¿Qué te propones hacer aquí en Inglaterra?

—Ah.

Sonrió voluptuoso mientras salía a gran velocidad de su burlona rigidez, cruzaba las piernas con la misma deshuesada flexibilidad de Jim Joyce, se retrepaba en pose de odalisca y buscaba cigarrillos por los bolsos. Sacó una cajetilla de Chesterfield con varios, por último, y se lanzó uno volando a los labios, con un golpe de uña en la base del paquete.

—Dame mego —dijo.

Le di fuego con mi encendedor Dunhill de oro y durante el proceso de encendido él apoyó, levemente, la mano en mi muñeca. El cigarrillo, demasiado nitrato en el papel, chisporroteó. Él dijo, morseando humo por la nariz:

—Haré lo que tú quieras que haga.

Me inquietó. Era tan patente, tan mercantilmente casi, afeminado. Y era guapo, mucho, pese a los labios delgados y mezquinos. No es fácil decir cómo es un judío, pero Heinz habría servido perfectamente como elemento principal en alguna *Ausstellung* de belleza nórdica masculina. Probablemente fuese su sangre neozelandesa, pero podría también deberse a una reversión atávica a sangre de cruzado, pues los salvadores de los santos lugares habían sido muy generosos con su semen norteño en Palestina. Encendí un cigarrillo de los míos y me senté frente a él, y allí estuvimos frente a frente echándonos humo con signos inequívocos. Aquel muchacho era una puta, no había duda. Yo chisporroteaba, como su Chesterfield, con un deseo convencional teñido de un augurio de asco. Tenía ganas de decirle que cogiera sus cosas, raquetas de tenis incluidas, y se largara. Pero tenía un deber con un gran hombre.

—Tu padre es un gran hombre —dije—. Él debe abandonar Austria también. ¿Qué planes se han hecho? ¿Qué amigos tiene? Sigmund Freud ya está en Londres, pero llevó tiempo arreglar lo del pago del *Reichsfluchsteuer* y los demás impuestos ridículos. No puedo creer que tu padre quiera quedarse allí. Por favor, dime cuál es la situación actual exacta de tu padre.

Le hablé en alemán; su inglés resultaba atroz para una persona de sangre medio anglófona. Me explicó en alemán que su padre había tenido suerte con lo del premio Nobel, pero que esa suerte no duraría. Al día siguiente de *die Kristallnacht* de noviembre último, su padre había encargado una placa metálica y la había fijado en la fachada del edificio de apartamentos, un poco por encima del alcance de las manos de los SA que pintaban *Jude*; la placa decía: «Jacob Strehler, novelista austríaco, honrado en nombre del mundo por la Academia Sueca que le concedió el Premio Nobel de Literatura». El Reich no quería ofender a Suecia ni estaba del todo convencido aún de que Jacob Strehler fuese un *echt* judío. Strehler no era un apellido judío. Estaba, además, la prueba de su propio hijo, y, al decir esto, Heinz se estiró y sonrió muy satisfecho, un verdadero ejemplar de virilidad aria, que contradice esas torpes acusaciones. Pero llegaría el momento, y a Heinz no parecía preocuparle demasiado.

—Déjame enseñarte tu habitación —dije.

—*Bitte?*

—Tu inglés no es muy bueno. Quizá no hayas tenido con quién hablarlo.

—Un poco con mi padre. Antes lo hablaba bueno.

—Lo hablabas bien. Quieres decir bien.

—Antes lo hablaba muy bien.

—Bien. Eso está muy bien.

Llevé sus maletas, cosa que parecía esperar, pero le dejé las raquetas a él. Se examinó a sí mismo, antes de examinar la habitación. Nada más entrar había un espejo móvil de cuerpo entero, un magnífico ejemplar con manchas que había adquirido en la subasta de los bienes de *lady* Huntingdon. Luego, probó la cama, que

tenía las sábanas recién cambiadas tras de la visita de Jack Rappaport, el productor norteamericano, saltando en ella sentado para comprobar su elasticidad.

—Bien —dijo—. Muy bien. Así que aquí yo duermo.

Por lo menos no me miró provocativamente en aquella posición. Prefirió contemplarse él de nuevo en el espejo del tocador, admirando cómo le quedaba la chaqueta de ante de corte centroeuropeo y la corbata azul de espantoso estampado de liebres dotadas saltando.

—Iremos al Café Royal y tomaremos el vermut y luego comeremos y hablaremos de tu futuro.

—*Bitte?* ¿Cómo?

—*Deine Zukunft.*

Sonrió bobaliconamente ante mi uso irreflexivo de la forma familiar. Luego, se levantó de un salto, abrió una de las maletas y empezó a cambiarse de ropa. Sin ninguna *pudeur*, por supuesto, ningún *Schamhaftigkeit*. Se esperaba que mirase, así que miré. Me animó a comprobar que no estaba circuncidado. El resto del cuerpo era de un dorado firme, casi de libro de texto, un modelo de belleza masculina aria. Se puso lo que debía considerar su traje inglés: gris oscuro, pero también escaso. Mientras se cambiaba, tarareó *Trink, trink, Brüderkin, trink*. La canción había sido una de las favoritas de los SA en la época de la matanza de 1934.

En el bar de arriba del Café Royal nos miraron significativamente. El maduro Toomey, cuyas inclinaciones se sospechaban, las manifestaba ahora públicamente. Heinz bebió tres martinis chasqueando los labios después de beber. Le bajé a comer y devoró unos entremeses abundantes, rodaballo escalfado, carne asada con rábanos picantes, Stilton, y una ración doble de mousse de chocolate. «*Dasschmecktgut*», decía cada poco; y en una ocasión, dijo: «*Diegute englische Kochkunst*». Tomamos dos botellas de Wachauer Schluck muy frío en recuerdo de la difunta Austria. Hablamos. Mi padre dijo que tú te cuidarías de todo. Dijo que tú te convertirías en mi *Pflegevater* y también habló de documentos ingleses de *Annahme* o *Adopción*. ¿Acaso está loco tu padre? Es muy posible, a mí siempre me ha parecido que lo estaba. ¿Te gusta tu padre? Me gusta cuando está fuera, en la casa que tenemos cerca de Gerasdorf y yo estoy en Viena o cuando él está en Viena y yo estoy en la casa de Gerasdorf, aunque no me gusta la casa de Gerasdorf. Está lejos de Gerasdorf y además allí no hay nada que hacer, ni siquiera en Gerasdorf. Me gustaría tener otro padre. Oh, Dios mío. No, yo no puedo ser tu padre. Si puedes conseguir trabajo en Inglaterra, se podrá solicitar un permiso de trabajo y podrás vivir por tu cuenta. Eso puedo arreglártelo, pero tú no puedes, Dios nos asista, pensar que yo voy a asumir un compromiso tan grave y de tanta responsabilidad como la adopción. Por respeto a la obra de tu padre, haré todo lo posible por ti. Pero has de comprender que hay límite. Parecía considerar el respeto a la obra de su padre una flaqueza demencial, no menos demencial por estar muy extendida y por haber sido santificada por los suecos. Él consideraba la obra de su padre anticuada, aburrida y pretenciosa. Él, por su parte,

prefería un buen Jack London o un *Kriminalroman*. O el cine, le volvía loco el cine. ¿Cuántos cines había en Londres?

Entró entonces un sodomita notorio, James Agate, crítico de teatro, y miró fijamente a Heinz, haciendo señales con la brasa ardiente y humeante del puro, Heinz le lanzó un parpadeo y movió los hombros. Le expliqué que la situación en lo relativo al trabajo podría mejorar pronto para los judíos que llegaban exiliados, pues los sindicatos estaban dispuestos a facilitar las cosas. ¿Judíos? ¿Judíos? Heinz dijo que él no tenía tiempo para los judíos, una raza avarienta y engreída. Pero demonios, hombre, tú también eres judío. Ah, no, no lo soy, porque mi madre no lo era, eso me lo explicó muy bien un rabino judío al que visitó mi padre. Pero los nazis no siempre comprenden lo que es ser judío. Por Dios, hombre, tu padre es judío, y un judío muy famoso. ¿No basta eso para hacerte judío a ti? ¿Y el hecho de que puedan perseguirte por ser judío no basta para que te sientas solidario con esa raza acosada? ¡Ni mucho menos! A mí no me perseguían; a mí querían sacarme en un cartel para convencer a los jóvenes de que entraran en el Ejército y sirvieran a la patria. Los judíos están recibiendo ahora lo que se estaba preparando desde hace mucho tiempo. Oh, Dios mío.

¿Qué trabajos has hecho, qué actividad o profesión te enseñaron? He hecho muchas cosas, pero ninguna me gustaba. Trabajé, una vez, en una oficina de seguros, pero me echaron, acusándome sin motivo de malversación. Toqué la batería una semana en la orquesta del *cabaret Gestiefelte Kater*. Actué como soldado silencioso en una obra de Schiller o Schilling o algo así. He tenido amigos, masculinos y femeninos, que han velado por mí, pero siempre pusieron fin a la relación con actitudes irracionales. Mi padre me daba dinero a veces, a veces no. Me dio dinero para este viaje, pero no suficiente. Gasté mucho en París, y lo que me quedaba lo gasté en Dover, donde estuve anoche. No había muchos sitios en que gastar el dinero en Dover, pero lo gasté. Creo que un hombre me robó algo en una Bierstube, pero no lo recuerdo bien. La cosa es que ahora no tengo nada de dinero.

Tomamos café y coñac. Heinz pidió crema batida con el café, un viejo capricho vienes, edípico, según decía Freud en su autobiografía, y cuando saqué la cartera para pagar la cuenta, emitió silbidos e hizo gestos de *ven aquí, ven aquí* como a un perro. Quería decir que necesitaba algunos billetes de aquella cartera. Suspiré y le di cinco libras. Su avidez por salir de allí a gastarlas era del género angustioso del que sencillamente está ansioso por gastar un penique. ¿Me darás también la llave? Ah no, ah no, nada de llave. Tú llamas al timbre como todo el mundo. Hizo un *mou o schiefes Gesicht*. Salí con él entre las miradas fijas de los lúbricos y le vi alejarse corriendo hacia Picadilly Circus.

Tenía que escribir un artículo para el *Daily Express* sobre las mujeres que se pintan las uñas de los pies y lo que esto significaba como indicio de la decadencia de nuestra civilización. Salí a cenar con John Boynton Priestley, el novelista de Yorkshire. Cuando volví a Albany, poco después de las diez, Heinz aún no había

regresado, me puse el pijama y la bata y esperé. Intenté leer los ensayos literarios de su notable padre y vi por primera vez que su pomposidad era una burla de la pomposidad. No debo ser pomposo con el joven Heinz.

Regresó bien pasada la medianoche, no demasiado borracho, aunque sin corbata. Llegaron con él dos chicas muy risueñas, deslenguadas y ordinarias, pero no prostitutas, al menos todavía no. Habían llegado aquella noche a King's Cross procedentes del condado de Jack Priestley. Habían conocido a Heinz, al que ellas llamaban Judías al Horno, en una taberna de Leicester Square, y él las había convidado a oporto y limones y les había dicho que no tenían por qué preocuparse de dónde iban a pasar la noche, ellas le entendieron perfectamente, aunque hablaba raro, pero hablaba raro porque era extranjero. Él tenía un amigo mayor, que tenía sitio de sobra en su elegante apartamento. Yo soy Elsie y ésta es Doreen, encantadas de conocerle. Llevaban vestidos de verano escotados y medias de seda artificial, un torpe maquillaje (una costra de polvo y un carmín de labios grasientos) y tenían bustos excesivos. Fuera, dije. Fuera fuera fuera, señoritas, esto no es una casa de huéspedes. Yo era un miserable, eso era. Dónde iban a ir aquellas pobres chicas a aquellas horas de la noche, y Heinz dijo que eran sus amigas, que habían empezado a darle clases de inglés. Así es, dijo Elsie, o Doreen. Tomamos salchichas y patatas fritas en uno de esos bares que hacen esquina y él dijo que quería que le enseñásemos a hablar bien. Fuera, las dos, y me deslicé con dureza hacia el teléfono. Bueno, está bien, si ha de ser así, pero eres un miserable. Y Doreen, o Elsie, hicieron ademán de golpearme en los huevos mientras las echaba a empujones. Adiós, Judías al Horno, hasta mañana. Luego, me enfrenté a Heinz, que me murmuraba cosas con *Scheiss* en medio.

Lo que parecía querer hacer, al ver mi furia, era incrementar esa furia y convertirla en lascivia. Le tomaría por la fuerza, algo a lo que me di cuenta que estaba acostumbrado. Necesitaba, en realidad, una buena sodomización punitiva, pero no iba a conseguirla de mí; al menos aún no. Le ordené que se fuera a su habitación, pero me dijo que quería salir a un club nocturno y que si le daba más *Pinke*. Ya se había gastado las cinco libras, que era muchísimo dinero entonces. A la cama, caballero. Y por la mañana, hablaremos en serio. Soltó un bufido y masculló más *Scheisses*. Durante la noche, me medio desperté para encontrármelo allí al lado proponiendo meterse en la cama conmigo, caliente y desnudo. Le eché a bofetadas y él dijo palabras que no pude entender, algo que debía haber sido alto alemán primitivo, pero que se había convertido ahora en basura callejera. Volvió a su cuarto maldiciendo, y le oí aporrear la cama como si fuera un enemigo, antes de meterse en ella. Aquello no podía ser.

Al día siguiente no se levantó hasta después de las once. Apareció desgreñado y bostezando, casi desnudo, en mi estudio y dijo que quería el desayuno. Háztelo tú: allá está la cocina. Y luego: Oh no, déjame hacerlo a mí, me destrozarías la vajilla. Así que se sentó con café y huevos fritos, la camisa y los pantalones puestos pero

descalzo, mientras le amonestaba con dureza. Tenía que aprender a comportarse. Aquellos apartamentos, que en tiempos habían sido una sola mansión propiedad del duque de York, cuyo segundo título era Albany, habían sido convertidos en apartamentos para solteros a finales del siglo XVIII, y se habían alojado allí grandes hombres como Lord Byron, Macaulay, George Canning y Bulwer Lytton. Eran muy quisquillosos en cuanto a la gente que vivía allí, y había normas muy estrictas de decoro, a las que había que atenerse. ¿Entendía? *Ja, ja*. No debía traer a casa pelanduscas a las tantas de la noche, tenía que aprender a comportarse como un caballero. *Ja, ja, ja*. Le enviaría, dije, a la Berlitz School a aprender inglés. Luego, procuraría encontrarle trabajo en algún sitio. Hizo un mohín. Nos quedaba poco tiempo a todos, dijo proféticamente. Era preciso vivir un poco antes de que cayesen las bombas y empezasen a circular los gases asfixiantes. Eso es un disparate, le dije, no habrá ninguna guerra. Aquí tienes un billete de diez chelines. Es muchísimo dinero. Te dará para pagarte la comida y la cena. Hoy yo como y ceno con amigos. Vete a contemplar las maravillas de la National Gallery y del Museo Británico, coge una embarcación y vete a Greenwich. Diviértete de un modo tranquilo y comedido. Y no vuelvas a casa más tarde de las once esta noche. Además, ven solo.

No volvió solo a casa. Vino, algo apesadumbrado, en compañía de dos hombres de paisano, los dos de bigote.

—Ésta es la dirección que nos dio, señor —dijo el de rango superior—. El nombre que dio es éste, señor. ¿Es correcto? ¿Es el suyo este nombre, señor?

Tenía un trozo de papel con esa información escrita.

—Será mejor que se sienten —dije—. Imagino que están ustedes de servicio, pero supongo que no le dirán que no a un poquito de *whisky*. Yo, desde luego, voy a tomarlo.

Empecé a servir *whisky* de inmediato y generosamente en los vasos Heinrich Wilhelm Stiegel que había traído de Norteamérica.

—Para él con soda, para mí solo —dijo el de más rango, mientras se sentaban—. ¿He de suponer que sabe usted lo que estaba haciendo, señor?

—Puedo imaginarlo. Pero no hagan más preguntas, de momento. Déjenme explicarles antes todo el asunto. Se lo expliqué.

—Pues a mí no me parece judío, señor —dijo el de rango inferior—. Más bien parece un auténtico nazi. Uno de esos nazis uniformados que se ven en los noticiarios.

—¿Así fue? —dijo el otro—. ¿Le cayó encima de pronto, así por las buenas?

—Nos van a caer encima así por las buenas muchos refugiados —dije—. Hitler liquidará a todos los judíos que pueda agarrar. Tendremos que adaptarnos un poco. Moralmente, socialmente, en todo.

—El hecho es, señor —dijo el de rango superior—, que le cogimos en Goodge Street ofreciéndose descaradamente a los transeúntes, como una prostituta. La ley es la ley. Y no podemos adaptarnos, utilizando sus propias palabras, a los que no

conocen la ley. Tienen que aprenderla. Y eso quiere decir que puede tener que aprenderla por las malas. Para él esto quizá signifique la deportación, señor. Si lo intenta otra vez, quiero decir. Y, por el tipo, me parece que lo hará.

Heinz estaba retrepado en un sillón, fumando hosca y sonoramente una marca espectral de cigarrillos que había descubierto en algún sitio y que olían como una fogata de hierbas mexicanas.

—Quiere decir que le enviaremos de nuevo al Tercer Reich y a los campos de concentración.

—Tenemos que mantener nuestras calles limpias, señor —dijo el de rango inferior.

—Ésa es también la idea de Hitler.

—No podemos hablar por él, señor —dijo el superior—, aunque quizá tenga razón en algunas cosas que está haciendo. Sólo podemos hablar de nuestro trabajo, que es velar porque se respete la ley. Échele usted un buen rapapolvo en su propia jerga, que dice que habla usted como un nativo. ¿Cómo puede ser eso, señor?

—Le parece sospechoso, ¿verdad? ¿Hay alguna ley que prohíba que un inglés compre una gramática alemana y trabaje firmemente con ella?

—No se ofenda, señor, era sólo curiosidad. Creí que podría haber alguna conexión de la que no nos hubiera hablado.

—Le he descrito la situación con la mayor claridad posible. Supongo que no han oído hablar ustedes de Strehler, que ganó el Premio Nobel de Literatura. Supongo que no han oído hablar de mí.

—Nosotros no tenemos mucho tiempo para leer, señor —luego, dirigiéndose a Heinz, añadió—: Esta noche has tenido suerte, jovencito. La próxima vez no tendrás tanta. Dígaselo en su idioma, ¿lo hará, señor?

Se lo dije. Los dos escucharon con toda atención, como si fueran especialistas en fonética.

—Lo ha dicho usted muy bien, señor, si me permite decírselo, y no es que yo entienda un carajo del asunto...

—Gracias por su paciencia y su discreción. Velaré para que no vuelva a suceder esto. ¿Otro *whisky*?

—Un poquito para el camino, señor, la espuela. El suyo con mucha soda.

No parecía tener objeto amonestar a Heinz aquella noche. Además, ya estaba bastante alterado ante la perspectiva de que le envasen de nuevo con los nazis con una etiqueta que dijera Jude. A la mañana siguiente, le llevé a Harrod's y, en el departamento correspondiente, le compré una mochila con armazón de acero, pantalones cortos, botas, saco de dormir y una tarjeta para la red de albergues juveniles. Iba a convertirle en todo un Wandervogel. En el departamento de viajes de Harrod's le compré un billete de segunda clase, de ida, para Glasgow. Había un tren directo y sin paradas que salía de King's Cross a las siete a la mañana siguiente. Podría contemplar las bellezas de la encantadora Escocia y dormir en el campo y

coger un buen catarro y morirse. Le di de comer en el restaurante de Harrod's (filete y budín de riñones, y pastel de ciruelas, comida lo suficientemente embotadora) y compré provisiones de fiambre para la cena en el Departamento de Alimentos: un pollo asado, medio jamón, ensalada de patatas, pastel de cerezas Mrs. Goodber, auténticos *Schlagobers* vieneses para el café. Le llevé a casa y le supervisé mientras hacía el equipaje. Seguía dócil. Dijo incluso que estaba deseando contemplar las bellezas de *Schottland* y ¿cuánto dinero le iba a dar? Diez libras, le dije, diez cochinas libras y nada más, y a ver lo que podía aguantar con aquellas diez libras. Si le duraban seis semanas, le daría otras cinco libras de recompensa. Le hice acostarse a las diez y cerré discretamente la puerta de su cuarto después de asegurarme de que había evacuado su cuerpo lo suficiente. Puse el despertador a las seis y cuarto y le saqué a rastras de la cama, le metí en un taxi y le llevé a la estación. Tenía un aspecto encantador de rubio *Wandervogel* enmochilado. Le metí en el tren y me despedí lleno de alegría. *Gute Reise*.

Hubo paz una semana, una paz tan pura que parecía casi palpable. Luego, recibí una llamada telefónica de Falkirk. Era la voz de un inspector de policía presbiteriano, inteligible pese al acento, y muy serio. Un joven llamado Strayler había sido sorprendido intentado robar una bicicleta. Dio su nombre y dirección, señor. De momento, está detenido. Habrá de comparecer ante el juez por la mañana. No tiene medios de manutención visibles. Dice que le robaron todo, dinero, mochila, incluso, como es evidente por su aspecto, la navaja de afeitar. Mañana saldrá con una fianza, pues ésta parece ser su primera infracción y es un extranjero ignorante. Pero ¿qué se propone usted hacer respecto a él, señor? Dije que enviaría dinero por giro telegráfico para el billete de vuelta a Londres, y que, entretanto, le tuvieran en una celda y no le dieran más que pan y agua. Péguenle si se porta mal. Si se porta mal, sí. ¿No le oye usted ahora? Oí gritos teutónicos y golpes a lo lejos. Aunque nos gustaría administrar un poco de castigo corporal, señor, esto es Escocia, no la Alemania nazi. Me dio la dirección de la comisaría de policía.

La situación era angustiosa. ¿Qué iba a hacer con él? La única solución era conseguir que Strehler abandonase su decisión de permanecer en la Alemania nazi, indiferente al futuro, dispuesto a afrontar lo peor. Dios santo, no imaginábamos entonces, en nuestra inocencia, qué era lo peor. Si aún no habían esposado y remitido a puntapiés a Strehler a un campo de concentración, era porque no había prisa: había judíos anónimos de sobra a mano a los que perseguir antes de ofender a la Academia Sueca. Me pareció que aquello era la única solución: reunir a padre e hijo en suelo libre, pero lejos de Albany. ¿Debía asumir yo, pues, la carga de preparar el asilo político de Strehler? En el correo de la mañana había una carta de un tal profesor Waldheim de la universidad estatal de Colorado, invitándome a dar allí una serie de conferencias y seminarios sobre novela europea contemporánea. ¿Quién mejor cualificado para dar tales conferencias y seminarios que el novelista europeo contemporáneo más distinguido? Escribiría a Waldheim. No habría dificultad para

conseguir asilo temporal a Strehler en Inglaterra, aunque el calvario de arreglar el asunto del pago del *Reichsfluchtsteuer* y de otros impuestos punitivos y el de lograr que el propio Strehler se diera cuenta de que su futuro estaba con su hijo, sería muy duro: un calvario que mejor sería compartir. Debía pedir ayuda al PEN Club y también al editor inglés de Strehler.

Fui a ver a Charlie Evans en Messrs William Heinemann y analicé con él la situación. Me dijo, mientras tomaba un vaso de amontillado tibio, que, por supuesto, Strehler era un escritor muy prestigioso y que Heinemann se sentía muy honrado de tenerle en la lista, pero que, por desgracia, sus obras no se vendían tan bien, ni mucho menos, como las de Willie Maugham y Jack Priestley. Debía tener en su cuenta de derechos de autor unas 3 5 libras más o menos. Fui a ver al secretario del PEN Club, que, mientras tomábamos un vaso de tibio jerez sudafricano (el jerez español quedaba descartado, definitivamente, hedía a sangre republicana), me habló de su admiración por la obra de Strehler y dijo que sería una buenísima idea sacarle de la horrible Alemania fascista, que Hitler no era mejor que Franco, malditos sean ambos, y que en la próxima asamblea general del PEN estudiarían lo que se podía hacer. Volví a Albany y a la clara certeza de que tendría que hacerlo todo yo. Heinz volvió derrotado, con la camisa y los pantalones cortos sucios y una pelusilla dorada por la barbilla. Los porteros de Albany movieron la cabeza cuando le vieron. Movieron la cabeza cuando me vieron a mí: no seguiría mucho tiempo allí, de eso no había duda. Después de todo, pese a Lord Byron, aquélla era una casa seria y de respetabilidad tradicional. Heinz se animó un poco en el baño, cantando, con un leve acento escocés, *The Umbrella Man*:

*¿Toora lumma lumma
Toora lumma lumma
Tooraleye eh*

Algún paraguas
Algún paraguas
para arreglar?

Salió afeitado, trajeado y hambriento.

—¿Cómo demonios te las arreglaste para gastar tanto dinero tan deprisa? —dije.

Le habían robado unos individuos que él creía que eran buenos y decentes.

—¿Por qué intentaste robar una bicicleta?

Era la única forma de volver a Londres. Jugueteeé delirantemente con la idea de comprarle una bicicleta y mandarle en ella al fin del mundo. Estaba entusiasmado por el hecho de verse de nuevo en Londres conmigo, dijo. Deseaba desesperadamente ver *Blancanieves y los siete enanitos* de Walt Disney. Le llevé cansinamente aquella tarde. Tuvimos que hacer una larga cola. Dos o tres sitios delante de nosotros estaba Val Wrigley con un muchacho indescriptible. Val chasqueó los dedos y vino hasta

nosotros, diciendo primero al muchacho:

—No pierdas el dinero, Charles. Tienes que pedir *dos* entradas. No te preocupes que *no* te abandono.

Luego, dirigiéndose a mí:

—Vaya, a quién tenemos aquí, qué hermosura, es tonificante como un baño con esencia de piña, de veras, recién salido, imagino, de algún saludable y alegre campamento entre coníferas.

Val era siempre muy agudo e ingenioso. Pudo incluso apreciar, por algo en los ojos y en la boca y en las orejas indiferentes, que probablemente Heinz no entendía mucho inglés.

—Muy atractivo —añadió—. He de confesarlo.

—Es el hijo de gran Jacob Strehler. *Heinz, darf ich einen grossen Dichter vorstellen...* Valentine Wrigley.

Y luego, con la esperanza y la astucia empezando a bullir en mi interior, añadí:

—Mira, Val, aquí tienes tu oportunidad de hacer algo en favor de los oprimidos.

—Judío, ¿verdad? No se me había ocurrido la posibilidad de que lo fuera. Es deliciosamente ario.

Aquella maldita palabra mal utilizada.

—No soy judío.

—Claro, querido, nadie te *obliga* —dijo Val.

Y luego, dirigiéndose a mí, añadió:

—Conozco muy bien tu hipocresía, Kenneth Toomey. No he olvidado. Con que en favor de los oprimidos, eh. No hay ni un gramo de altruismo en esa osamenta envejecida. Hace mucho que te conozco.

—Pues tu propia osamenta no tiene un aspecto demasiado bueno, la verdad.

—¿No? Bello es quien obra bellamente. ¿Le dirás, por favor, esto a él en alemán? Por cierto, que se está convirtiendo en un idioma muy siniestro. Me dan escalofríos cada vez que lo oigo.

La cola iba avanzando. Heinz parecía muy conmovido por aquella admiración sin inhibiciones de Val. *Ein grossen Dichter*. Era bello quien obraba bellamente. Dije ásperamente:

—Ileso, te lo aseguro. Estoy muy bien enseñado y sé hacer todas mis cositas fuera de casa.

—¿Muerte de la libido? Mi querido amigo, he de decirte que vi a Sigmund Freud con su hija en un bar, ¿verdad que resulta increíble? Tiene una boca espantosa. Se quedó muy impresionado al oír hablar a uno del complejo de Edipo. Habla un inglés maravilloso, muy coloquial. Estamos recibiendo algunos ejemplares de refugiados verdaderamente espléndidos, ¿no te parece?

Y, tras decir esto, le dio un codazo a Heinz y le miró con un parpadeo.

Me libré brevemente de Heinz dándole la dirección de Val y enviándole allí con sus maletas y sus raquetas. Antes de esto, le di dinero todos los días, para que

consumiese la mayor parte de su tiempo con *Blancanieves y los siete enanitos*, película que le entusiasmaba. La vio unas diecisiete veces y gracias a ella mejoró notablemente su inglés.

—Espejito, espejito —recitaba frente al espejo móvil de cuerpo entero que había a la entrada de su habitación—, ¿quién es la más guapa de todas?

Heinz conocía muy bien la respuesta. Podía repetir de memoria los nombres de los enanos sin la menor vacilación. Cantaba en falsetto *Con una sonrisa y una canción*. Walt Disney no le domesticó del todo, pero le tranquilizó. Provisionalmente.

Hasta la tercera semana de agosto no se me reveló, por sí solo, el procedimiento para sacar a Jacob Strehler de la Austria nazi. No asquearé al lector con un relato del *ménage* que tuvimos Heinz y yo en una casa alquilada de las afueras de Herne Bay durante el mes de julio. Durante ese período, Heinz fue complaciente aunque, a menudo, petulante, pero le suavizó la admiración de las chicas de la playa. Además, iba a un salón de baile por las noches. Sólo cayó en manos de la policía dos veces y fue por broncas de borracho. No se oía hablar mucho por entonces de deportar a los refugiados delincuentes, y el Ministerio del Interior procuraba adaptarse al constante flujo de perseguidos que llegaban al país. Heinz parecía ir entendiendo ya el sistema de vida inglés y adaptarse un poco. Val Wrigley, reacio durante todo un mes a admitir frente a mí que era incapaz de controlar a aquel huésped impuesto, le facturó para que fuera huésped en otro lugar. Heinz fue incluso, durante un tiempo, una especie de prisionero en una especie de campo de concentración. Se llamaba una *Ferienstlager* y estaba dirigida por las *Freie Deutsche Jugend*; estaba situada cerca de Scunthorpe, e imponían sus placeres por métodos draconianos. Estaba llena de judíos, Heinz se estremecía al decirlo. Los guardias de las puertas eran judíos muy duros. Pegaban a los que intentaban salir sin permiso. Tenían que aguantar todos dentro y aprender fortaleza con ánimo alegre. Heinz intentó en una ocasión escapar del campo nadando, pero corpulentos salvavidas judíos le arrastraron de nuevo a la costa.

Durante las dos primeras semanas de agosto, que pasamos en la casa de Albany (yo había empezado otra novela), Heinz se portaba bien, pero se mostraba esquivo y yo me temía lo peor. No me pedía dinero. Se quedaba en casa toda la mañana y leía tebeos para niños tipo *Rainbow* y *Chick's Own*, en que las palabras bisílabas estaban divididas con guiones, para mayor facilidad. Le compré un gramófono portátil y lecciones de inglés en disco, pero él prefería escuchar canciones populares y aprender la letra. Cantaba en el baño:

Dos personas muy escurridizas
 Al rayar el día
 Ríe que te ríe
 Tanto se reían
 Que ni buenas noches decir podían

Cantaba también *Blue Orchids* y *Skylark* y *Stay in my Arms Cinderella*. Solíamos comer bastante amigablemente los dos juntos, y luego se iba a la calle. ¿Adónde? A Hampton Court, por el río. Al cine. Salchichas y patatas yo comeré en una Lyon's Corner Haus. ¿Has acabado ya el dinero que te di? No, me queda un poco, gracias, quizá mañana tú me darás. Solía volver, algo furtivo pero tranquilo y no demasiado beodo, más o menos hacia las once.

La señora Ollerenschaw, que me limpiaba el apartamento, me dijo:

—¿Está usted seguro de que está bien que no limpie su habitación, señor Toomey?

—¿Que no limpie su...?

—Dice que él siempre limpiaba su habitación y cambiaba las sábanas también cuando vivía donde vivía antes. Al menos, eso es lo que yo creo que dice. No habla el inglés como lo hablamos usted y yo.

—Perdone, no he estado pendiente de eso. He estado concentrado en esto... Ahora está cerrado, ¿verdad?

—Siempre está cerrado, señor Toomey. Una nunca sabe lo que pueden hacer los jóvenes. Conocí a uno que tenía ratones blancos en el dormitorio y que no dejaba entrar a nadie. Si tiene usted una llave del cuarto, quizá pudiéramos echar un vistazo para ver qué tiene ahí.

—No tengo llave. Sólo hay una llave, la que estaba siempre en la puerta.

—Pues ahora está en su bolsillo, estoy segura.

La señora Ollerenschaw tenía tres o cuatro nudosas verrugas en la cara, de las que brotaban filamentos grises. Era una mujer honrada y trabajadora, gris, polvorienta, satisfecha de la ropa usada que le daba para su marido parado.

—Ya hablaré con él cuando vuelva, señora Ollerenschaw.

No regresó aquel día. Recibí una llamada telefónica de la comisaría de policía de Savile Row. Le habían cogido intentado robar un reloj de pulsera en una joyería de Regent Street. Acudí allí muy furioso y me encontré a Heinz entregado a un escandaloso y plañidero *Sprechgesang* que nadie entendía, aunque el joyero, que hablaba yiddish, cogía algunas palabras.

—Es el acento —decía—, no entiendo el acento.

Hablé con el sargento de guardia.

—Debe comprender usted —le dije— que no tengo ninguna responsabilidad legal. Se trata de un refugiado que me ha enviado un judío austríaco al que ni siquiera conozco. He hecho todo lo posible por él por pura caridad, pero mi caridad acaba aquí. La ley debe seguir su curso.

—No llegó a robarlo, señor. Sólo le pondrán una multa o le amonestarán. Si se ha responsabilizado usted por él, tendrá que seguir haciéndolo. A algunos de estos refugiados que vienen de Alemania y de sitios así, se les ocurren de pronto ideas raras. Es la sensación de sentirse libres. Lamenta mucho lo que ha hecho, eso es evidente. Nadie quiere ser demasiado duro con él. Puede que el señor Goldfarb esté dispuesto a olvidar todo el asunto.

—Esto —dije sordamente— no volverá a suceder.

—Sucedió antes, ¿verdad, señor?

—Bueno —dije, con un gesto—, casi casi.

—Como dice el sargento —dijo el señor Goldfarb, un hombre bondadoso y astuto de nariz tan ganchuda como una caricatura de *Stürmer*— lo olvidaremos todo. Pero

no lo olvidaremos todo hasta mañana por la mañana. Mañana por la mañana es posible que yo telefonee para retirar la acusación. Dejémosle pasar la noche pensando en lo que está pasando nuestro pueblo allí y dando gracias a Dios porque el pueblo inglés sea un pueblo honrado y decente.

—Él también es judío —dije.

—Los hay de todas clases —dijo el señor Goldfarb.

A Heinz le habían vaciado los bolsillos y su contenido estaba sobre el escritorio. Había, entre las monedas, el pañuelo y un Durex, una llave. La cogí.

—Creo que eso es lo mejor —le dije al sargento—. Asustarle un poco. Muchas voces y pan y agua.

—Esto no es la Alemania nazi, señor.

La habitación de Heinz era un caos increíble. Las ventanas estaban herméticamente cerradas, sin duda para proteger la estancia del venenoso aire fresco; el hedor de varias marcas de cigarrillos resultaba nauseabundo, la cama estaba deshecha y las sábanas sucias. La habitación estaba llena de objetos robados. No sé cómo había conseguido meter todas aquellas cosas en la habitación sin que le viese, pues no todas cabían en el bolsillo. Por ejemplo, había dos maletas y un cartapacio, un reloj de bronce dorado, una radio portátil y una tarta de boda parcialmente consumida. En uno de los cajones había dinero meticulosamente apilado (no lo conté: me habría llevado mucho tiempo) y en otro, resonaban relojes Ingersoll, a todos los cuales debía haberles dado cuerda puntual y regularmente. En otro cajón, había tres pasaportes ingleses. Me senté pesadamente en la cama sucia y los examiné. Y fue entonces cuando surgió la loca idea. Heinz había dado con el único medio de sacar a su padre de Austria. Por desgracia, todos los pasaportes habían sido robados con bolsos de mano de señora... supuse que en la Estación Victoria: señora Hilda Riceyman; señorita Flora Alberta Stokes; doctora Julia Manning-Brown; doctor... el gran título epiceno, el doctor Manning-Brown era una médico nacida en Leicester el 9 de abril de 1881, medía uno sesenta y cinco, ojos color castaño, ninguna peculiaridad especial. Me miró con toda la amabilidad que permitía su fotografía de pasaporte: una mujer sencilla, aunque de nariz noble, la barbilla alzada como si estuviera orgullosa de su profesión o quizá, de su sexo. El pasaporte lo había extendido el cónsul general de Su Majestad en Niza. El sello oficial estaba descuidadamente estampado en la parte inferior de la foto: el borde entraba en la fotografía como el sol en su primera luz. Jacob Strehler tenía, lo sabía muy bien, sesenta y pocos años: había engendrado con bastante retraso a Heinrich Mordecai Strehler, como el propio documento de viaje de aquel villano, escondido también allí, le denominaba... Un documento rebotante de águilas y cruces gamadas y larguísimas palabras compuestas. Era como si hubiera tenido que haber un pausado filtraje en el conducto seminal de la depravación familiar que, en el caso del padre, se había podido purificar únicamente a través de la imaginación creadora. Yo no sabía qué estatura tendría Jacob Strehler, pero el Reich era tierra de metros y ningún inquisitivo

funcionario se tomaría la molestia de buscar un cuadro de equivalencias. ¿Ojos castaños? Todos los ojos eran castaños, salvo los de mi querida hermana Hortense. La castaña era un fruto, no un color. El nuevo nombre de Strehler sería Julian Manning Brown: había espacio justo para añadir la letra. El problema sería conseguir una foto.

Yo había escrito relatos en que se sacaba a gente de lugares nefandos. Todo escritor de ficción se ve obligado, una vez en la vida, a llevar a la práctica algo que ha estructurado con la imaginación. Iba a intentar una hazaña que quedaría muy bien en mi biografía. Además, me libraría del maldito Heinz. Miré mi reloj: 5.05. Todos los Ingersolls robados de Heinz decían lo mismo. La oficina de William Heinemann Ltd. aún estaría abierta. Decidí ir a consultar a su Departamento de Publicidad.

Todas las fotos de Strehler que Fred Holden pudo enseñarme mientras tomábamos un Tío Pepe tibio, le hacían parecer escandalosamente el profeta bíblico. Los nazis no serían lo bastante sutiles para apreciar la burla. Decidí confiar en Fred Holden. Dios mío, eso es muy arriesgado, dijo. Y yo le dije: ¿Qué otra cosa puede uno hacer, francamente, para rescatar a un gran hombre cuya hora peligrosa se acerca si, y entonces jamás nos lo perdonaremos, no ha llegado ya? Cuando vuelvas con él, no se lo digas a la prensa, dijo Fred Holden: quiero tener yo primero la noticia. Ahora, veamos. Y buscó entre las fotografías que se habían sacado en Estocolmo en 1935. Vaya, ésta serviría, con un poco de suerte. Strehler en una fotografía de grupo con otros premiados: C. von Ossjetzky (Paz), H. Spemann (Medicina y Fisiología), F. Joliot y su esposa Irene Curie (Química). Strehler miraba lúgubrementemente a la lente de la cámara, con una copa grande en la mano. Prueba el tamaño. Abrí el pasaporte de la pobre doctora Manning-Brown. Fred Holden llamó a su ayudante Christine, una chica que se sentía en su elemento con el pegamento y las tijeras. Peló la foto del legítimo propietario. Formó una plantilla para sacar con cuchilla la imagen de Strehler. ¿Esto no es ilegal?, dijo Christine con una risilla. Sí, dije yo; pero es muy muy moral. Tenemos el problema de este trozo de arco del sello del Ministerio de Asuntos Exteriores, dijo Fred Holden. Veamos. Sobre el retrato superpuesto de Strehler aplicó los bordes de varios vasitos de licor para ver si el arco coincidía: el Departamento de Publicidad tenía una generosa asignación para gastos de hospitalidad. El problema es que estos vasos son redondos, y este maldito sello es ovalado. Christine salió a la caja de los plomos del pasillo y volvió con lo que resolvió el problema. Benditas seas, chica, eres un genio. Terminamos estampando, con la presión del tacón del zapato de Fred, un centímetro de grueso cable. El pasaporte quizá no pasase la inspección de un funcionario inglés de inmigración, pero lo que me interesaba era la emigración. Poder meterle en un avión de la Lufthansa, Wien-Milán. A partir de allí, no habría problema. A la mañana siguiente, hacia las once, apareció furtivamente Heinz, encogido, los brazos listos para defender su belleza de mis golpes. Le asustó encontrarme en un sillón con *The Times*, tranquilo y amistoso.

—Siéntate, hijo mío —le dije—. Ponte cómodo. Escúchame atentamente.

Me pidió permiso con toda humildad para fumar.

—Fuma uno de los míos —dije, y saqué mi encendedor de oro Dunhill. Y pensé que era una suerte el que aún lo conservara.

Tras una breve pausa, dije:

—Te vas a pasar una temporadita en el Hotel Marmion, en Coventry Street. He llamado por teléfono y está todo arreglado. La factura me la enviarán a mí. También he arreglado otras cosas. La próxima vez que sientas la tentación de realizar actividades delictivas de cualquier género, te enviarán inmediatamente de vuelta al Reich, donde mi amigo Heinrich Himmler, Reichsführer y jefe de la SS y de la Gestapo, tendrá, con eficacia teutónica, todo dispuesto para tu recepción. ¿Comprendido?

—*Ja, ich versteh.*

—Yo, por mi parte, tengo que irme por una semana o así, y cerraré este apartamento. Estaré de vuelta a principios de septiembre. Te traeré un regalo.

No concreté, por supuesto, cuál sería el regalo. Era muy posible que Heinz, al enterarse de que mi propósito era sacar a su padre de Austria, corriese a la Embajada alemana a denunciarlo. Y luego, con astucia de novelista, añadió:

—Quizás estés aburriéndote aquí... Quizá te gustara más estar en un sitio como aquel del que me hablaste, aquel que quedaba cerca de Viena, ¿cómo se llamaba?

¿Gerasdorf? ¿Estaba loco o le tomaba el pelo? Gerasdorf era tan divertido como un dolor en el *Arsch*: Londres era un lugar magnífico, aunque lleno de tentaciones. Pero Gerasdorf... Además, la casa de campo de su padre quedaba a varios kilómetros de Gerasdorf, era una linda trampa en medio del bosque.

—¿No tendrás, por casualidad, fotografías de la casa de tu padre y tuyas ante ella? Conociendo como conoces mi vieja admiración por tu padre y de mi más reciente admiración por su hijo, supongo que comprenderás lo mucho que aprecio esas pruebas de una época de felicidad para él y para ti.

¿Felicidad? *Scheiss*. Pero tengo fotografías de esas en mi habitación. Se dirigió hacia ella, palpándose los bolsillos en busca de la llave, y recordando luego que yo la había cogido. Me miró con horror primero y luego con truculencia. Mi habitación era mía, no tienes ningún derecho...

—Está bien, Heinz. Lo sé todo. Te felicito por ese espléndido botín. No te preocupes. No hablaré. Algún día te sacaré en un libro. Admiro sinceramente tus habilidades como delincuente. Y aquel jovencito tonto esbozó una mueca que se convirtió en una bobalicona sonrisa de complicidad que no carecía de fundamento. ¿No era la sodomía, después de todo, un pecado más grave que el robo?

—Esas fotos, Heinz.

La mayoría de sus instantáneas Kodak eran de él mismo en poses narcisistas, pero había una o dos en las que aparecía columpiándose resplandeciente en la rama de un manzano o saltando una valla a unos kilómetros de Gerasdorf con la casa detrás. Aprendí de memoria rápidamente los rasgos más destacados de la casa: tres frontones, con un porche delantero techado cónicamente y una valla de madera, una

pared baja y almenada en el jardín, un nogal, matas de grosellas.

—Un lugar encantador —dije—. Pacífico. ¿Queda al sur de Gerasdorf? ¿No queda muy lejos de Viena?

No, no quedaba al nordeste de Gerasdorf, a mitad de camino de Seyring, otro pueblucho miserable.

—Vaya, vaya, algún día volverás a verla y quizá, quién sabe, pueda verla yo contigo.

No querría ver aquel lugar asqueroso en toda su vida. Era un gran muchacho.

Unos días antes de poder salir para Viena, vía París y Berlín, los alemanes firmaron un pacto de no agresión con la Unión Soviética. No era un pacto de amistad. Stalin diría más tarde: «El gobierno soviético no podía presentar de pronto al público seguridades de amistad (*druzhba*) germano-soviética, después de que el gobierno nazi se había pasado seis años arrojando sobre el pueblo ruso cubos de basura». No era mala cosa, según me aseguró un conocido de Asuntos Exteriores con quien tomé un Pernod rápido en Orly: limitaba la actividad alemana en Polonia, que era una esfera de influencia rusa. ¿Guerra? No habrá guerra. El gobierno inglés no podía tomarse en serio una alianza con un país que quedaba tan al este y que, al quedar tan aislado por mar, resultaba menos accesible que China. Las cosas se irían arreglando poco a poco. Chamberlain hablaba de formar una comisión internacional especial para analizar el problema del Pasillo Polaco. Habría otro Munich, era la única forma. Puedes estar tranquilo. Tienes buen tiempo, será un buen vuelo.

Saqué unas cuantas fotos del nuboso paisaje por una ventanilla de babor del avión de la Lufthansa cuando nos aproximábamos a Viena. Había tomado prestada una Kodak pequeña del amplio surtido de cámaras robadas que Heinz me había mostrado orgullosamente en su guardarropa. En el aeropuerto de Viena había amistosos oficiales de la SS que ayudaban a amenizar el proceso, normalmente tedioso, de pasar por el control de inmigración. Señor Toomey, señor Toomey, me suena su nombre. ¿Con qué objeto visita usted el Reich, señor Toomey? Soy escritor y va a salir un nuevo libro mío, que se titula, según creo, *Es Herbstet*. Qué excelente alemán habla usted, señor Toomey. Claro, conocía su nombre, claro, sí. Un escritor. ¿Y en qué hotel de Viena se instalará? Aún no estoy seguro: pensaba respirar un poco de aire del campo en un mesón que quede a un breve paseo en tren de Viena, quizás en Bad Vosläu. ¿Y cuánto tiempo estará usted con nosotros, señor Toomey? Tampoco estoy seguro. Mi viejo amigo el *Reichsführer* Himmler dijo que quizá viniese a Viena y combinásemos unas cuantas veladas festivas con un riguroso examen de la Schützstaffel local. Perdone, señor Toomey, tendría la bondad de repetirlo. Quizá no sea tan bueno su alemán, en realidad. Saqué, condenado imbécil, siempre yendo demasiado lejos, mi preciada carta de Himmler y se la pasé. La leyeron codos sobrecogidos: hubo un bloqueo temporal de la maquinaria de inmigración. El oficial de la SS me devolvió la carta con respeto y un cierto temor. Era un apuesto joven moreno, con la extraña característica de tener iris de distinto color. Sólo uno era

castaño. Tenía un rostro compasivo. Lo sería mientras supervisara la liquidación humana: esto me liquida a mí más que a ti. Fui heilhitlereado y, entre taconazos, se me dio acceso a la libertad de la embanderada Viena. Y como algo más que un condenado imbécil, yo heilhitlereé maquinalmente en respuesta.

Era demasiado tarde para ir a Gerasdorf aquel día. Fui en taxi al Hotel Messepalast, en la Mariahilferstrasse y me inscribí allí por aquella noche. Antes de cenar subí por la Neubaugasse, doblé por la Burggasse, luego, por la Thaliastrasse, localicé la Albrechtsgasse. En la fachada del número 21 había un letrero garrapateado en rojo, medio borrado ya, que decía *Jude*, pero ninguna placa ostentosa ya por encima del nivel al que podía alcanzar el puño de la SS. De las dos plantas superiores, de las ventanas, colgaban apáticas banderas con cruces gamadas en el anochecer cálido y quieto. La planta baja, que supuse que había sido la vivienda de Strehler, tenía las ventanas rotas y, por lo que pude ver saltando torpemente dos o tres veces, estaba abandonada. Un gato salió delicado entre los vidrios rotos y se quedó plantado en el alféizar mirándome atónito con ojos granate. Volví al hotel y, en su restaurante casi vacío, comí un poco de *Bouillon mit Ei* y *Tafelspitz* con pastelitos de fruta, seguido de Sachertorte y café, que olía a cebada quemada y sabía a Ovaltine agriado. Luego, fui caminando hasta un café al aire libre, que había en la Michaelerplatz y bebí *Gösser Bier*. Una orquesta interpretó piezas de Waldteufel. Tocó también, en honor del nuevo pacto, la *Canción de los bateleros del Volga*. Los risueños bebedores, lindas mujeres y sólidos burgueses y hombres enjutos de uniforme, relajados, civilizados, algunos de ellos uniéndose jocosamente al coro, parecían una seguridad de que allí no habría ninguna guerra. *Luminoso es el río fluyendo siempre*. Subía del Danubio una brisa fresca.

A la mañana siguiente, cogí un taxi para ir a Gerasdorf. El taxista, un individuo furtivo y flaco y demasiado curioso, se fijó en mi maleta y quiso saber dónde pensaba alojarme en Gerasdorf. Allí no había hoteles. ¿Está usted seguro de que en realidad no quiere ir a Gänserndorf? Como es usted extranjero (¿inglés?), quizá le suenen igual los dos nombres. Hay bastante camino hasta Gänserndorf, pero le llevaré. Lléveme usted a Gerasdorf, tengo que hacer fotografías allí. ¿Por qué allí? Eso es asunto mío, demonios. Está bien, no tiene por qué enfadarse, yo sólo intentaba ayudarlo. Era un final de verano maravilloso, todo ciruelas y manzanas y campos de judías, y niños saludando con ramitas verdes. Déjeme aquí, dije. Había una *Stüberl* con un emparrado sobre el dintel. Le pagué, me dio unas gracias hoscas. Fue también lento en la tarea de dar la vuelta al vehículo y enfilarse de nuevo la carretera de regreso. Me observó mientras me sentaba en la mesa que había fuera. Era como si deseara ver si me parecía satisfactorio el primer trago de vino local. Le hice un gesto de despedida. Él correspondió con otro y se fue al fin.

El dueño de la *Stüberl* quiso saber qué andaba yo buscando por aquella región. Era un hombre robusto, la tripa tensa como una col blanca y la dentadura destrozada. Quería tomar fotografías, dije, dando unas palmadas a mi maleta. Tengo aquí dentro

todos mis aparatos. Las maravillas de la Austria rural. Me habían aconsejado que fuera a Gerasdorf. Ah, dijo el hombre, puede empezar fotografiándonos a mí y a mi mujer debajo de la parra; acto seguido gritó Lise Lise, o un nombre parecido. Salió una mujer gorda, de excelente dentadura. *Küss' die Hand, mein Herr*. Les hice una foto. Volveré a tomar más vino de éste tan estupendo cuando haya hecho un pequeño recorrido por ahí. Quedó mirando cómo me alejaba, moviendo la cabeza. Un cartero que llevaba un cuerno sostenido por una larga cuerda y una pequeña saca postal serpeaba hacia la *Stüberl* en su bicicleta. Ambos me observaban.

Seguí el camino del norte hacia Seyring. Detrás de un seto, apareció un tonto del pueblo que empezó a gruñirme mientras se quitaba espinas de unos sucios pantalones. Tras poco más de un kilómetro de campos vacíos, llegué a un bosque que quedaba a mi izquierda. Entré en su penumbra moteada de oscuridad y sol súbito y caminé tropezando con troncos y ramitas crujientes, mientras me caían, de cuando en cuando, en los hombros, avellanas: tímidas bienvenidas de la Austria rural. Había un nido de cuervo en lo alto de un árbol y un cuervo graznó *cuidado, cuidado*. Saltaban las ardillas y un lagarto que había sobre un tronco caído se infló y me bufó. Libre del bosque y sudando copiosamente, salí a una extensión de rastrojo. Allá al fondo, detrás de tres olmos, estaba la casa: tres frontones y un cono y un muro bajo almenado. El verla me sorprendió, además de aliviarme: hasta las fotografías de Heinz podrían haber sido fraudulentas. Crucé el rastrojo restallante durante más de un kilómetro. La casa necesitaba encalado y pintura. La puerta, que se balanceaba sobre un gozne, gimió al empujarla. Un par de manzanas, magníficas para asar, cayeron ruidosamente de su árbol. Cuando extendí la mano hacia el descolorido picaporte, que parecía ser la cabeza del emperador Franz Josef, se abrió la puerta. Strehler me había oído llegar.

Llevaba un rifle.

—*Ja?*

Se parecía a la foto de Estocolmo. Medía uno cincuenta de estatura, más o menos, pero quizás estuviera muy encorvado. Llevaba unos pantalones rotos y arrugados, una camisa de franela con manchas de comida, un chaleco al que le faltaban dos botones; zapatillas de fieltro.

—Toomey —dije, en inglés—, el escritor británico a quien usted envió a su hijo. Me contestó en inglés.

—No debería estar usted aquí. Debería estar cuidando del pobre Heinz.

—Usted y Heinz tienen que reunirse. ¿Puedo entrar?

—¿Reunimos? Está usted loco. Pero entre.

El pasillo recorría la casa de un lado a otro. Estaba atestado de baúles viejos, maletas, había un caballo de balancín de niño, libros, libros, gabanes colgados de cualquier manera, polvo bailando a la luz de la puerta de entrada, que inmediatamente él cerró y trancó. Me llevó hasta una habitación de la derecha. Dentro de ésta, junto a la pared del fondo, subía en espiral una escalera de hierro que conducía a la planta

siguiente. Un enorme ventanal cuarteado mostraba campos y cielo y golondrinas que ensayaban su éxodo. Frente a la ventana había una mesa grande de teca, cubierta de libros grandes y papeles. Strehler estaba trabajando en algo. Su estudio, pues, lleno de la basura de los viajes en marfil y ébano, polvo encrespándose en las superficies lisas, como grises limaduras de hierro. En las paredes fotos enmarcadas: una mujer sonriente de sombrero acampanado en un parque con kiwis, el joven Strehler recibiendo la fama, Heinz de niño cogiendo por el rabo a un gato, Sigmund Freud, Hermann Hesse, Stefan Zweig, Rainer Maria Rilke.

—Rilke —dije—. La última vez que le vi fue en un café en Trieste. Lloraba.

—Lloraba con mucha frecuencia. Pero nadie le oyó entre las órdenes angélicas. Siéntese en esa silla. Creo que no se desplomará.

Se sentó a la mesa-escritorio y me miró ceñudo.

—¿Cuál fue la palabra que utilizó... reunirse?

—Tengo medios de llevarle a usted a Inglaterra sin grave problema. Tengo un pasaporte para usted. Gracias a Dios habla usted inglés. Viajará como médico inglés.

—¿Por qué médico?

—Porque el pasaporte más adecuado de los que robó su hijo Heinz pertenecía a un médico. Así de simple.

—¿Ha estado robando mucho?

—Oh, sí. Y también haciendo la calle. Pero aún no está en la cárcel. Salvo alguna noche esporádica entre rejas, ha vivido una vida muy libre y despreocupada. Un joven muy notable. Supongo que le alegrará a usted mucho poder verle de nuevo.

Sonrió.

—Quizá debiese haber leído uno o dos de sus libros, después de todo. Tiene usted esa cualidad tan inglesa... ¿cómo podemos llamarle? Sentido del humor, tolerancia, paciencia. Debe haber una sola palabra, pero no la conozco. No me alegrará nada volver a verle, por supuesto. Creía que a estas alturas ya le habría facturado usted para Nueva Zelanda con su madre.

—Aunque parezca extraño, ni se me había ocurrido siquiera. Sólo se me ocurrió la idea de reunir a padre e hijo. Estoy deseando presenciar los primeros abrazos. Las primeras lágrimas del *Gott sei dank*.

—No habrá abrazos ni lágrimas. Me quedo aquí. Hasta que vengan a buscarme. Pero antes mataré a alguno.

Y acarició el cerrojo de su rifle: austríaco, un Mannlicher-Schoenauer, de calibre 6,5 mm, como él mismo me explicaría más tarde.

—Comprendo. ¿Y cuándo cree usted que vendrán?

—Pronto, pronto. ¿Ha oído usted hablar de un mequetrefe llamado Johannes Braunthal, un hombrecillo de letras muy reaccionario? No, claro que no, cómo iba a conocerle usted. Es una especie de crítico y una especie de novelista. Ha encontrado su auténtica... *Beruf*... ¿cómo dicen ustedes?

—Vocación, *métier*. Por cierto, habla usted un inglés excelente.

—Gracias. En la SS. Un hombrecillo cruel, como tantos críticos literarios. Procurará por todos los medios que me hagan pasar por ese lavabo purificador o lo que hagan a los intelectuales judíos en esos campos suyos.

—Creo —dije— que subestima usted las intenciones de esa gente en lo que respecta a los judíos. Tengo entendido que en Berlín se habla seriamente de exterminar a toda la raza.

—También en Viena han hablado mucho de eso. Siempre lo hacen. El odio a los judíos no es monopolio de los nazis. Aun así, pese a lo mucho que le agradezco las molestias que parece haberse tomado por mí, creo que debo quedarme aquí y esperar que llegue lo peor. Pero primero mataré a Johannes Braunthal. Siempre quise hacerlo, en realidad.

—Él probablemente lo sepa. Y, por tanto, no vendrá en persona. Además, esa gente suele llegar en mitad de la noche. Irrumpirán en su cuarto apuntándole con sus armas.

—Les oiré entrar. Y, además, yo duermo casi siempre en la habitación de entrada, en un sillón, frente a la ventana, con el rifle amartillado, ¿es ésa la palabra? y listo.

—¿Saben ellos dónde está usted?

—Bueno, lo descubrirán. Quizá yo mismo les avise. Usted sería un emisario muy, ja, ja, muy útil. Veá, estoy terminando un trabajo. También en eso podría ser útil. Llévelo al mundo libre.

—¿De qué se trata?

—Una cosa curiosa. ¿Ha oído hablar usted de un autor latino llamado Frambosio? No, claro, es un escritor de segunda fila, como Braunthal, y, además, austríaco, ese nombre es un Deckname o seudónimo. En realidad, se llamaba Wilhelm Fahlrot de Klagenfurt. Murió en 1427, escribía en latín. Mire, éste es su libro. Puede verlo usted mismo.

Y me entregó, con la misma reverencia con que el oficial de la SS me había devuelto mi carta de Himmler, un pardo librito de tapas deshilachadas, en dozavo, supuse, con las páginas manchadas como de ictericia, y que contenía un poema de unos mil versos, hexámetros latinos, titulado *Vindobona*.

—¿*Vindobona*?

—Significa Viena. No sé cuánto latín sabe usted. El mío ha mejorado, inevitablemente, desde que empecé a traducirlo al alemán. En versos rimados. Se trata de una profecía muy curiosa. Una horda de ratas humanizadas irrumpe en Austria procedente de las tierras del norte y asienta su gobierno y su cultura en la capital. La cocina selecta es basura, la música chirridos. El principal pasatiempo es saltar sobre los mansos o los débiles y destrozarles el cuello a dentelladas. Tienen una bandera de cuatro piernas estilizadas sobre un fondo negro. Los que se dejen patillas y se peguen largas colas y caminen como animales son aceptados en la comunidad de las ratas. La rata rey se llama Adolphus.

—Santo Dios.

—Me quedan unos cien versos. He escrito ya una larga introducción. Creo que podré terminarlo antes de que vengan a buscarme Braunthal y sus sicarios.

—Puede terminarlo en Londres. En mi estudio. Creo que debe tomar una decisión rápida al respecto. No estoy dispuesto a regresar sin usted.

—Vaya —y sonrió—. ¿Cómo se las arreglaré para llevarme si no quiero ir? Tengo un arma, y creo que usted no. Pero haré un trato con usted. Quédese aquí disfrutando del aire sano del campo y déjeme terminar mi obra. Tengo vino en la bodega y *whisky* en esa licorera, mire, la que tiene puesto ese tricornio viejo de terciopelo. El agua del pozo es igual que vino. Tengo un saco de judías secas y una cacerola llena de judías en remojo. Hay dos jamones, uno de Westfalia. He aprendido a hacer pan, que es más satisfactorio que hacer novelas. Hay una cama para usted, subiendo por esa escalera, y hay mantas. Deme tres o cuatro días. Entonces, podremos volver a hablar. Pero tiene que comprender que ya me he hecho a la idea, no sé si es ésta la expresión correcta, de matar a Johannes Braunthal.

El estrecho mundo del escritor, la pequeñez de sus enemistades. La *Anschluss* significaba para Strehler poco más que la satisfacción de matar a un crítico.

—Hay críticos ingleses y norteamericanos —dije— a los que me gustaría matar también. Pero es un lujo excesivo. Lo imprescindible, lo urgente ahora, es salir de aquí. Siento una responsabilidad con la literatura, aunque esto pueda parecer pretencioso...

—Y está deseando librarse del pobre Heinz. No puedo reprochárselo. Mándele usted a Christchurch, a Nueva Zelanda, una ciudad austera, que aplacará su exuberancia. Ahora, vamos a la cocina a hacernos un poco de café. Tengo café de verdad que me regaló un admirador brasileño. ¿Por casualidad ha traído usted un poco de té inglés auténtico? ¿Twinings? ¿O de Jackson's de Piccadilly? Comprando té allí conocí a Amelia, la que sería mi esposa. Estaba intentando hacer amistad con John Middleton Murry y con Katherine Mansfield, su compatriota. Ella me enseñó todo el inglés que sé.

—Lamentablemente sólo he traído un pasaporte. Quiero decir que no tenía más que un objetivo, creí que mañana saldríamos en avión hacia Milán, salir del Reich a toda velocidad. Quizás esta noche incluso...

—No, no debemos precipitar las cosas.

Había, sí, un matiz oceánico en su inglés. La voz era áspera y, sin embargo, tenía un sonsonete *wienerisch*. De cuando en cuando, carraspeaba y tragaba. Tenía los ojos negros y audaces y furtivos. El pelo, gris sucio, irradiaba o abanicaba. La piel la tenía rojiza, la nariz inmensa, la boca llena de dientes oscuros irregulares. Tenía una pipa Sherlock Holmes en la mesa. La encendió, babeando. Olía a yerba de jardín quemada.

—Prepare café y bocadillos de jamón —babeó—. Y déjeme seguir con mi trabajo. La rata rey, Adolphus, está imponiendo la enseñanza del lenguaje de las ratas en las escuelas humanas. Tiene un vocabulario muy limitado.

Se encendió la luz roja, justo como en Broadcasting House, Portland Place, W. I, y el agradable y joven oficial del Ministerio de Propaganda, dijo:

—Bienvenido al Tercer Reich, señor Toomey.

—Tal como lo dice usted, es como si fuera mi primera visita.

—Oh, no, sabemos que no lo es, por supuesto. Sabemos que es usted un viejo amigo y, además, un escritor cuyos libros son muy estimados por el pueblo alemán. Ha sido una lástima, verdad, este malentendido entre nuestras dos grandes naciones.

—Los malentendidos siempre son una lástima, sobre todo si se convierten en una guerra.

El lector ya habrá adivinado lo que pasó. Pasé la primera semana de septiembre, relajado y estimulado al mismo tiempo, en la casa y en el jardín de Jacob Strehler. El tiempo era espléndido, caían las manzanas, estábamos completamente al margen de los terribles acontecimientos del mundo exterior. Yo tenía cuanto necesitaba salvo cigarrillos de las Galerías Burlington. Pero Strehler tenía una libra de tabaco rubio de liar, así como librillos de papel *Pferd*, e incluso me demostró que dominaba la técnica de liar cigarrillos con una sola mano. Yo no había conocido hasta entonces más que a un hombre, películas de vaqueros aparte, que supiese hacerlo, y ese hombre era el joven Eric Blair, al que vi hacerlo en una reunión del PEN. Pero, por alguna razón, perdió esta habilidad cuando se hizo famoso con el nombre de George Orwell. Strehler realizó la proeza distraídamente mientras examinaba lo que acababa de escribir. Como la mayoría de los fumadores de pipa consideraba los cigarrillos limpiapaladares entre pipa y pipa.

Estaba casi terminando su traducción de *Vindobona* cuando llegó él y alentó sobre mí suavemente café y jamón, moviéndome con suavidad y diciendo:

—Vienen hombres por el bosque.

Desperté de inmediato. Consideradamente, me lió un cigarrillo. Dije:

—Recuerde quién es, por amor de Dios. ¿Tiene el pasaporte en el bolsillo?

—No resultará.

—Resultará y debe resultar. Dos ingleses que están en la casa de campo de Strehler. Strehler se ha ido. No sabemos dónde está. Será fácil.

—Esa gente me conocerá. Braunthal no parece estar entre ellos, por desgracia. Debo exigir que haga la detención Braunthal. Lo tengo todo, o más bien una cosa, preparada para Braunthal.

Tosí con el cigarrillo mientras me ponía los pantalones. Había dormido en camisa y calzoncillos. Enfundé, tosiendo, los pies descalzos en unos zapatones.

—Servirá y debe servir. Déjeme hablar a mí. Ya le dije que debíamos haber cogido el avión días atrás.

—Usted perdió las ganas de irse.

—Me hizo usted perderlas. Somos un par de imbéciles. Pero, aún así, saldrá todo

bien.

Estábamos ya en la planta baja. Fuimos a la habitación de entrada y vimos por la ventana seis hombres que se acercaban ya haciendo restallar rastrojo.

—Ve —dijo Strehler—. Braunthal no está. Insisto en que venga Braunthal.

—Deje de hablar de Braunthal.

Eran dos corpulentos civiles con sombreros de paño e impermeables, dos Schupos con revólver y un *Unteroffizier* y un soldado de la Wehrmacht, los dos con fusiles.

—La SS parece que no está representada.

—Creo que conozco a aquel de allí, el de las manos en los bolsillos. Le vi en el sitio de la Gestapo cuando estuve intentando arreglar las cosas para el pobre Heinz. Él me conoce. *Verflucht* y *Scheiss* y demás. Será mejor que abra la puerta. Quizá quieran tomar café.

El pequeño grupo pareció desconcertado cuando se abrió la puerta y aparecimos Strehler y yo y salimos a la mañana fría a esperarles. Era como si les hubieran invitado a desayunar y llegaran tarde. Strehler sacó el reloj del bolsillo del chaleco. Las 7.51 de la mañana. La parte uniformada del grupo inició un paso ligero. Se detuvieron y esperaron a que llegaran los civiles.

—Pasen, pasen —dijo Strehler.

A partir de entonces, todo fue en alemán. Ante mi sorpresa, era a mí a quien venían a detener. Ni Strehler ni yo sabíamos que Inglaterra y Francia habían declarado la guerra a Alemania el domingo anterior. Había pasado ya una semana, pues era domingo. La guerra había empezado ya oficialmente. Nos enteramos de todo esto mientras tomábamos café en la cocina. La noticia de que había por los alrededores un inglés con una cámara fotográfica había tardado en llegar a la policía de Viena, pero ahora estaba detenido. Y Strehler también, claro. Tanto a la policía como a los militares, les encantaba disponer de aquella prueba tan patente de deslealtad de Strehler al Reich, dando cobijo a un enemigo extranjero con una cámara fotográfica. Además, era judío, claro. Debía estar hacía mucho en un campo de trabajo, pero a los judíos se les llevaba en montón, en camiones, se les metía en camiones en los guetos, no se hacían viajes expreso por ellos a remotas residencias rurales.

—Creí que os había enviado Braunthal a por mí —dijo Strehler.

—Bueno —le dije a Strehler en alemán—, siento muchísimo todo esto. Ahora no tendrá usted tiempo para terminar ese maldito poema.

Los dos hombres de la Gestapo estaban sentados en el borde de la mesa de la cocina sorbiendo buen café brasileño. El *Unteroffizier* y el soldado nos apuntaban con los rifles. Los Schupos estaban muy tranquilos, de pie, las pistoleras aún cerradas. El hombre de la Gestapo al que Strehler conocía y que le conocía a él, que era el de mayor rango de los dos, intentó infundirse una justa cólera de patriotismo filosófico, gruñendo después de terminar tranquilamente el café:

—Judíos de mierda, los únicos cabrones de todo el Reich que pueden conseguir

café de verdad mientras los demás tenemos que beber esa basura de bellotas.

—Eso —dijo amablemente Strehler— se debe a que queréis armas en vez de café. No podéis tener armas y café de verdad, según parece. Como yo no quiero armas, tengo derecho a tener café de verdad. En justicia, deberíais meteros los dedos en la garganta y vomitar ese café, porque es un veneno antipatriótico.

—Puerco judío de mierda —dijo el de la Gestapo—. Cierra esa boca indecente antes de que te la cerremos nosotros.

Era un hombre de aspecto muy vulgar, lustroso como un panecillo glaseado. Debía haberse afeitado muy temprano y con mala luz, pues tenía salpicada la cara de motitas de sangre seca. Su compañero tenía un rostro grisáceo, debía tener úlcera; había pestañado con el café caliente, pero había bebido hasta la última gota. Ninguno de los dos se había quitado el sombrero. Yo dije:

—¿Y qué es lo que va a pasarme?

—Te fusilaremos como espía y a este judío cabrón también le fusilaremos. Y otra cosa, no hay derecho a que un puerco inglés hable el alemán tan bien como usted.

—Tiene que hablar buen alemán para ser espía —dijo el otro.

—Aprendí el alemán —dije yo— leyendo la obra de *Herr Doktor Strehler*, el mejor novelista del mundo. Y no soy un espía, nada de eso. Vine de vacaciones y perdí la noción del tiempo. ¿Cómo va esa guerra, si es que es cierto que hay guerra?

—Londres es ya un montón de mierda de gato, debido a los bombardeos. Y claro que hay guerra, y pronto lo veréis. El Führer estará en Piccadilly Platz antes de Navidad. Vamos, es hora de que nos pongamos en marcha.

—Exijo ver a mi viejo enemigo Braunthal —dijo Strehler—. Si no puedo matarle, por lo menos podré escupirle en su feo rostro.

Utilizó la frase de Fausto primera parte: *shreckliches Gesicht*.

—Cierra ese puerco agujero —gritó el segundo hombre de la Gestapo con crispación dispéptica—. Tú serás el escupido, y cosas peores.

—Es Piccadilly Circus —dije—. No Platz.

Y, de pronto, pensé que podría no volver a ver nunca Piccadilly.

Se me permitió vestirme adecuadamente y hacer la maleta, frente a un fusil del Ejército y una pistola policial. Dejaron a Strehler usar el retrete, pero con la puerta abierta. Estuvo allí sentado mucho tiempo, leyendo uno de los ejemplares viejos de *Punch*, que tenía en pilas para animar un poco la estreñida espera. El de la Gestapo le gruñía y seguía llamándole mierda judía, pero él le dijo con mucha cortesía que era precisamente eso lo que no podía conjurar. Luego, me hizo un guiño y me di cuenta de que estaba escondiendo el pasaporte británico dentro del número 20 de julio de 1934: por lo menos eso no se incluiría en la acusación o acusaciones que hicieran contra nosotros. Cruzamos campo y bosque con un soldado, un Schupo y un hombre de la Gestapo cada uno, yo con los de más rango de las tres armas, pero el grupo de Strehler iba bien por delante. Me sentía muy animado. Suele pasar eso cuando te imponen el abandono de la responsabilidad personal: ni la inocencia errónea ni la

culpa justa empañan apenas la sensación de libertad que uno tiene. Que Strehler estaba también de buen humor pude apreciarlo en que iba tarareando la vieja canción del archipoeta (*Mihi est propositum*) que llegaba de la apátrida Edad Media, cuando Alemania era el Sacro Imperio Romano. No volvería a verle. Había creado una gran obra que sobreviviría a los nazis; tenía todo el derecho a estar contento, pese a los aguijoneos y las maldiciones. Tenía incluso *Vindobona* en su cartera, aunque yo dudaba que le permitieran terminar la traducción. En cuanto a mí, había utilizado el talento que tenía al servicio del entretenimiento público; había comido y bebido bien; había intentado realizar un acto meritorio, aunque lo había hecho chapucestamente. Si me fusilaban, quizá me erigiesen una estatua en alguna plaza de Londres, como a Edith Cavell.

En la carretera había una camioneta Opel tipo S y una *Kübel* Porsche y unos cuantos aldeanos curiosos a quienes mantenían a rayas tres o cuatro soldados bajo un *Feldwebel*. Todo esto me pareció excesivo e inútil, pero probablemente ellos supieran más que yo. Yo, como era un peligroso espía inglés, fui introducido en la camioneta abierta, rodeado de soldados con fusiles, mientras que a Strehler le metieron en la parte de atrás del *Kübel*. Tanto los de la Gestapo como los dos Schupos, viajaban por cortesía del Ejército: había una fluidez, o reduplicación, de autoridad en el sistema nazi, que nunca he entendido bien. Strehler y yo nos despedimos con un gesto, y fue la última vez que le vi. Se incorporó, supongo, a la fuerza judía anónima que iba a ser explotada hasta un límite brutal y luego, en una Alemania purificada, a fertilizar aquellos blancos y grandes espárragos que se venden aún en mayo en los dos Berlines. Pero Strehler está vivo, como Heine y Mendelssohn, y los nazis sólo son material para las películas de la televisión.

Strehler se olvidó de mencionar al separarnos al pobre Heinz, que, a partir de aquel momento, quedaría huérfano de padre legítimo y de padre adoptivo. No le mencioné yo tampoco, y, sin embargo, estaba muy presente en mi pensamiento como causante de todo aquel lío. De hecho, estaba rodeado de una especie de Heines en aquella camioneta Opel, todos con prepucios y bayonetas caladas, pero sin que hubiera en sus posturas de alerta militar la menor burla.

Para resumir, un comité de autoridades diversas de Viena descubrió, muy eficientemente, que yo no era un espía. Sacaron la película de mi cámara fotográfica y vieron que estaba en blanco salvo un retrato de un mesonero de dentadura asquerosa y su mujer. Abwehr y los SS y un individuo de aire profesoral, más bien amable, que fumaba en cadena y llevaba una túnica gris paloma cruzada, y al que todos mostraron mucho respeto, mecanografiaron y archivaron y comunicaron a Berlín mi situación. Yo era Kenneth M. Toomey, un novelista inglés famoso que, creyendo que no habría guerra, había acudido con toda inocencia a pasar unas vacaciones a la Austria rural y me había alojado en casa, con toda inocencia, de otro novelista aún más famoso, cuya delictiva condición de judío no había sabido yo apreciar, como no lo había sabido hacer tampoco la Academia Sueca. No había delito

alguno. Lamentablemente, tendrían que enviarme a un campo provisional para desventurados extranjeros enemigos de parecida inocencia. Entretanto, permanecería bajo guardia en lo que antes había sido un pequeño sanatorio para epilépticos, en la Stromstrasse.

Entre mis compañeros de internamiento había dos polacos que, enterados más o menos de la doctrina nazi sobre la tangibilidad de los eslavos, temían por sus vidas en mal alemán. Había también un equipo de un noticiario francés, al que habían confiscado la cámara, y al que habían capturado completo en los Alpes de Zillertaler. Me reprocharon abundantemente pertenecer a una nación indigna de confianza que había arrastrado a Francia a una guerra inútil. Su expoliado cámara era musculoso y agresivo. No había nadie de mi país que me apoyara, salvo un anciano constructor de juguetes de Lancaster que había trabajado toda la vida en Graz y creía, erróneamente, que era austríaco nacionalizado.

—Esos malditos gabachos —dijo—. No pudimos confiar en estos maricones en el último lío, y ahora pasará otro tanto. El único francés bueno es el francés muerto.

Al cabo de dos semanas, uno de los guardias me dijo sonoramente que tenía que hacer el equipaje en seguida porque me trasladaban. Era una mañana lluviosa; en el salón, los franceses discutían escandalosos jugando al póquer. Me vitorearon e hicieron el gesto de cortar el cuello.

—Malditos franchutes —dijo el juguetero—. Ten cuidado, amigo. No hagas tonterías.

Me llevaron a las oficinas centrales de Viena del Reichspropagandaministerium y, en un despacho encerado, con cruces gamadas y un parsifaliano retrato del Führer, me presentaron al doktor Franz Eggenberger. Era un hombre pequeño y moreno, con vello en el dorso de las manos, como un boceto de guantes de piel, que hablaba un excelente inglés, con ritmos y entonaciones captados a nivel de escuela preparatoria. Había estudiado, me dijo, en un lugar llamado Hyderabad House, cerca de Bridport, en Dorset, pues su padre tenía gran fe en el sistema educativo de la clase rectora inglesa, baños fríos, dieta frugal y latín.

—Vaya, vaya, amigo —dijo, pasándome una caja de cigarrillos *Stolz*—. Leí uno o dos de sus libros. Me gustaron bastante. Acabo de hablar con el gran Joe Goebbels.

—Ah.

—Al parecer, tiene un gran concepto de usted. Creo que ya supone usted qué es lo que pretende. Una entrevista radiofónica de dos minutos. En inglés, claro; puesto que se emitirá para oyentes ingleses. No pedimos ninguna traición, desde su punto de vista, quiero decir. Nada demasiado repugnante desde el nuestro. Yo le llamaría un trato.

—¿Quiere decir usted que me dejarán marcharme?

—La idea es que todo el mundo vuelve de pronto la espalda. Un permiso especial de salida a un país neutral. Se propuso un viaje de avión a Milán y luego lo que usted decida. A mí me parece una idea muy civilizada.

—En teoría, no se debe hacer un trato con el enemigo, ¿no?

—Nadie le obliga, por supuesto.

—La cuestión es: ¿qué dirán en Inglaterra?

—Bueno, en realidad, no puede pretender usted que nosotros, desde nuestro lado, nos preocupemos demasiado por eso, ¿verdad? Quiero decir con esto que debe ser razonable. Estamos en guerra, comprende.

—Lo haré, Dios me asista.

—Bravo, muchacho, sabía que lo haría. Joe Goebbels se pondrá muy contento.

Así que me llevaron al Josefstadt de Lederergasse y me mandaron a aquel oficial joven tan agradable para que me preparara para la entrevista. Me dijo que no le gustaba mi obra y se disculpó por ello: había tenido por tutor un año en Cambridge al doctor L. G. Knights y le había inculcado una visión bastante seria y rigurosa de la literatura. Y así, en aquella tarde lluviosa del 29 de septiembre, me encontré de pronto diciendo:

—Un malentendido siempre es algo muy lamentable; sobre todo cuando desemboca en una guerra.

—¿Cómo define usted, señor Toomey, el término *nación*? —Bueno, como creo que ya he dicho en alguna de nuestras conversaciones privadas, lo concibo en función de una cierta continuidad de cultura... literatura, principalmente, por supuesto...

—La literatura es básicamente un idioma, ¿no?

—Bueno, sí. En cierto modo, podríamos decir que Inglaterra es la lengua inglesa y Alemania la alemana. Se puede decir, sin duda, que Lutero fue el creador de Alemania, pues fue el creador del alemán moderno.

—Y Alemania es el territorio donde se habla el alemán, sea Austria o Dantzig o los Sudetes...

—Cabría decir eso, sí.

—¿Se sorprendió al enterarse en su visita de vacaciones aquí al Reich, que había estallado la guerra entre nuestros dos países?

—Me sorprendió el que después de la aceptación de la *Anschluss* y del asunto de Checoslovaquia, Inglaterra y Francia adoptasen una actitud tan firme respecto a Polonia, un país que no están en situación de auxiliar ni animar...

—Cuando dice usted Inglaterra y Francia, señor Toomey, supongo que se refiere a sus dirigentes políticos...

—Sí, claro. Por lealtad al sistema democrático, ya que no a los dirigentes elegidos que están ahora en el poder, me siento obligado a emitir un voto de muy poca confianza en el señor Chamberlain. Esto, debo insistir en ello, no es deslealtad. A diferencia de su pueblo, nosotros los ingleses tenemos el privilegio de poder cambiar a nuestros dirigentes.

—Eso quizá se deba a que no tienen ningún dirigente de verdad, señor Toomey. Si tuvieran uno, no hablarían de cambiarlo.

—Puede que tenga usted cierta razón en lo que dice. La democracia tiene su

precio. Y también la dictadura, claro está.

—¿Lamenta usted entonces esta guerra, señor Toomey?

—Lamento todas las guerras con su derroche inútil de vidas jóvenes. Sangre joven y sangre superior, como dijo Ezra Pound; hermosas mejillas y cuerpos hermosos. Por una vieja zorra desdentada...

—Por una civilización podrida. Conozco el poema. Se utilizó de texto en un comentario práctico cuando estuve en Cambridge. Usted dice en su libro sobre religión, señor Toomey: «Algo penetra en el hombre, una fuerza que él no puede controlar; algo que debemos denominar diabólico y aprender a rechazar...». ¿Aún cree usted en eso?

—Sí, creo. Creo que pueden superarse esas fuerzas destructivas si nos esforzamos lo suficiente. *Exorcizo te, immundissime spiritus, omnis incursio adversarii, omne phantasma, omnis legio...*

—¿Qué es esa cita, señor Toomey? Resulta muy impresionante.

—Oh, es el viejo *Rituale Romanum*. Estaba pensando en mi amigo, casi hermano, monsignor Campanati, obispo de Moneta, Italia. Ha sostenido siempre, firmemente, que el hombre fue creado bueno y que el mal procede del diablo. Le vi actuar una vez, expulsando demonios. Confío en que está trabajando también ahora, exorcizando los demonios de la guerra que infestan este mundo nuestro. Entre tanto, los demás al menos podemos rezar para que vuelva pronto la paz.

—Decimos amén a eso, señor Toomey. Si me permite una pregunta general, ¿qué cree usted que es lo mejor de la vida?

—Marco Aurelio lo expresó muy bien, creo yo. Dijo: «Para nosotras, criaturas, el conocimiento de que existe el cielo, beatifica la vida...».

—Muy hermoso, señor Toomey.

—«... O abre vías que engendran acciones nobles. El cielo inspira santidad».

—¿Tiene usted algún mensaje para los pueblos alemán e inglés?

—Sí. Ojalá todos vuestros corazones recorran largas eras inexorablemente enseñando inocencia, no odio. Todos... *todos y cada uno...*

—¿Sí, señor Toomey?

—Aprendan amor.

—Gracias, señor Toomey.

Se apagó la luz roja.

A la mañana siguiente, el doctor Eggenberger me acompañó al aeropuerto en un resplandeciente Daimler.

—Un tiempo espléndido —dijo—. Inglaterra debe estar maravillosa en este momento.

En la zona de salida, habló con voz áspera a oficiales de la Lufthansa en lo que parecía un alemán muy teatral. Actuaba como podría haberlo hecho un engolado prusiano de cartón piedra en una comedia de fin de curso en Hyderabad House, junto a Bridport. Casi esperaba verle hacerme un guiño para indicarme que aquellos

sonoros ladridos sólo eran comedia. No pestañeó. Lo que era comedia era su inglés.

—¿Lo tiene todo? ¿Pasaporte, dinero, cheques de viaje?

—Todo. Gracias por todo.

—Bueno —dijo—, ya puede abandonar, pues, el Reich.

Y, con terrible vehemencia, dio un elegante paso atrás, alzó el brazo derecho en el antiguo saludo europeo, y gritó: «¡Heil Hitler!». Bridport quedaba muy lejos.

En el avión, me senté junto a un periodista norteamericano.

—Europa —dijo, entre risas— está jugando otra vez sus juegucitos mortíferos. Esta vez vais a quedar definitivamente K.O.

Yo tenía que ser un europeo, puesto que no era norteamericano, pero no manifestó curiosidad por saber qué clase concreta de europeo era... islandés, letón, ático o espartano, para él todo era uno.

—Europa no es una entidad. Ése es un error que siempre cometéis los norteamericanos. Y seguirá resistiéndose a serlo. Por eso, Hitler no ganará la guerra.

—Nosotros intervendremos al final, como la última vez, para ayudaros a salvar el pellejo.

Luego, se enfrascó en un ejemplar del *Times* que tenía en la portada a un senador norteamericano, desconocido en Europa. George F. Schlitz o algo por el estilo, de Idaho. Vi abajo altas montañas que parecían pasteles estropeados. Aterrizamos en Graz, luego en la lacustre Klagenfurt. Allí se fue el norteamericano.

—Ya nos veremos, amigo. O quizá no.

Luego, cruzamos la frontera en Tarvisio y me sentí ya seguro. Lo celebré con un sueñecito que duró hasta que llegamos a Milán.

Una vez, en los Estados Malayos Federados, visitando a un paciente chino viejo y postrado en cama con Philip, cuando pasábamos por la parte trasera del taller del joyero sobre el cual vivía aquel pobre anciano, vi en una estantería, vacía por lo demás, un ejemplar de *The Cloud of Unknowing*. *Bagaimana kitab ini datang disini?* Pregunté a los jugadores de *mah-jong*: ¿Cómo demonios llegó esto aquí? Ni lo sabían, ni les interesaba. Pues ese día, en el taxi que me llevó del aeropuerto milanés a la estación de ferrocarril milanesa encontré, igualmente desconcertante, un ejemplar del *Leviatán* de Hobbes. Además, era la edición Molesworth de 1839-45, la única edición completa de Hobbes que, antes de que el profesor Howard Warrender se pusiera a trabajar, muy recientemente, era, según me dijeron hace poco, la única asequible. Pregunté al taxista qué hacía aquello allí. Él se encogió de hombros y dijo: *Ta'tahu*, quiero decir *Non lo so*. Abrí el libro, muy gastado, con notas escritas a lápiz, comprado en Brentano's, Nueva York, aunque en la guarda no indicaba por quién, y me vi, de pronto, leyendo en la parte IV: *Sobre el reino de las tinieblas*. Decía así:

Junto a estos poderes soberanos, el *divino* y el *humano*, de los que hasta ahora he tratado, mencionan las Escrituras otro poder, a saber, *el de los*

soberanos de las tinieblas de este mundo, el reino de Satán, y el principado de Belcebú sobre los demonios, es decir, sobre los fantasmas que se forman en el aire: y ésta es la causa de que se llame también a Satán el príncipe del poder del aire; y (dado que rige y gobierna las tinieblas de este mundo). El príncipe de este mundo. Y, en consecuencia, por todo ello, los que están bajo su dominio, en oposición a los fieles (que son los Hijos de la Luz) reciben el nombre de Hijos de las Tinieblas...

Y luego hablaba de:

Una Alianza de impostores, que para conseguir dominar a los hombres en este mundo presente, procuran mediante tenebrosas y erróneas doctrinas extinguir en ellos la luz, tanto de la naturaleza como del Evangelio; y apartarlos así del reino de Dios que ha de venir

Alzando la vista del libro, cuando nos aproximábamos a la estación, vi un cartel anunciando Bombillas Mercurio. El dios Mercurio, desnudo, con un yelmo o una especie de sombrero hongo de combate, alas en los talones, surcaba el azul con una fulgurante bombilla en la mano alimentada, según parecía, por su propio cuerpo. ¿Había sido forjada la imagen cristiana del demonio con una mezcla de Hermes y de su empuñado hijo Pan? El Príncipe del Poder del Aire... ¡qué título tan noble! Lucifer, el que porta la luz. Los soberanos del aire no podían ser también los de la oscuridad. Del aire era de donde descendía la claridad. (Sí, Toomey, oscureciéndolo). Era Dios quien estaba sentado en las tinieblas, hurgándose la barba, el viejo y sucio trapero de todos. (Indigno, Toomey: una luz superior a la luz que a las almas humanas parece oscuridad). Ni siquiera pudo proteger a su primer elegido. Vamos, Toomey, recurramos a William Blake: el infierno como energía y la energía como delicia eterna; John Milton, del bando del diablo, sin saberlo. Quién pudiera vaciar de contenido ciertas palabras... palabras como, por ejemplo, *Inglaterra, hogar, deber*.

Tenía miedo, claro, a volver a Inglaterra. No había cumplido mi deber con ella. Tendría que haber esperado a que se encendiese la luz roja y haber gritado entonces: *Caiga sobre Alemania la maldición de Dios*. Me habrían sacado de allí y me habrían tenido encarcelado toda la guerra. Héroe, patriota, escritor que ya vendía bien sus obras y que las vendería mejor ahora. Salí del taxi estremecido delante de la estación de Milán: iba a ver a mi *fratello*, al palacio episcopal de Moneta. El taxista no puso ninguna objeción a que me llevase un libro que no era propiedad suya y que, además, estaba escrito en un idioma ininteligible.

Abrí la maleta y guardé a Hobbes. Di al taxista una propina extravagante.

Saqué billete para Moneta y, en el tren, tranquilicé mis temblores, meditando sobre la mística o la metafísica o la teología de la guerra. ¿Era la guerra un producto

natural de errores históricos o era una alegoría de alguna oposición eterna? Me parecía que el bien y el mal probablemente fueran tan indefinibles como lo justo o lo injusto o lo verdadero y lo falso, y que la única realidad era la emoción de la oposición. Alfa frente a Omega, y las dos en pacífica quietud en un creador que decía ser ambas. Él era el Creador del Príncipe del Poder del Aire, pero también tenía que ser el creador de un príncipe opuesto, al que nosotros blasfemamente llamábamos Dios. Estábamos condenados a tomar partido, pero ¿acaso importaba algo cuál tomásemos? Y entonces, las palabras *hogar* y *deber* llegaron a mí en los gritos de un niño del compartimiento contiguo.

Le conté a Carlo toda mi historia, sentados ambos frente a una frasca de vino de la tierra, en su salón. Primero hube de ser admitido por el husmeante Mario y esperar mientras Carlo (formidable y hasta bellamente horrible, con una sotana negra con manchas de grasa) hablaba con aspereza a dos individuos de mediana edad, con uniformes fascistas. Al parecer, Carlo había dicho en un sermón algo que no les había gustado mucho a los representantes locales del régimen. Algo sobre la guerra y la necesidad de que Italia no participara en ella y de que se iniciase, al menos en el alma italiana, una lucha por la libertad.

—Ahí tenemos a un inglés —atronó Carlo al entrar yo en el gran vestíbulo lleno de pinturas piadosas— que es como si fuera mi hermano. Pero cumplan su deber con la causa del fascismo. Ese inglés representa la democracia, una oposición libre, una prensa libre y libertad de expresión. Láncense sobre él, háganle pedazos. O traigan a sus sicarios para que lo hagan: estaremos esperándoles.

Me miró con ojos furibundos, haciéndome, al mismo tiempo, vagos gestos de bienvenida. Mario sostenía la puerta abierta, resoplando. Salieron entre gruñidos y saludos que más parecían comunistas que fascistas.

—¿Qué haces tú aquí? —me dijo Carlo—. Me contaron que Inglaterra te ha cerrado sus puertas.

Escuchó mi historia.

—Hiciste lo que tenías que hacer —dijo—. Hiciéranlo lo que te hicieran, no hay duda de que tu conciencia está limpia.

Luego, añadió:

—En comparación con Domenico, estás tan puro como la nieve.

—¿Qué ha hecho Domenico?

—Domenico ha obtenido un divorcio civil en Reno o en algún sitio parecido y ha vuelto a casarse. Ha pasado por una especie de ceremonia matrimonial con una estrella cinematográfica de la que nunca he oído hablar. Es una simple noticia de pasada en una carta que recibí de nuestro sobrino. Un muchacho de quince años mancillado y avergonzado por la deserción y la sucia lujuria de Domenico. Y su hermana también. Y Hortense teniendo que recurrir a los abogados para obtener lo que llaman pensión de divorcio. El apellido Campanati me huele a grasa rancia.

—Lo mismo debe pasarle a Hortense.

—Con la fe, en la fe, fieles hasta la muerte.

Y lo vi: la imagen del romano con ojos muy abiertos y atentos, mientras caía Pompeya, el consultorio de mi padre, yo sacando una muela la mañana de Navidad.

—Los niños se mantendrán firmes en la fe, gracias a Dios, pero necesitan un padre y no pueden tenerlo. Te necesitan a ti.

Solté un sordo gruñido, al recordar que Heinz me estaba esperando en Londres, su *Pflegevater*. Y empecé a maldecir a los nazis, suavemente, pero sin inhibiciones. Carlo escuchaba comprensivo y asentía. Al fin, dijo:

—Ésta será, creo, la última vez que nos veamos, en algunos años. Cuanto antes vuelvas a Inglaterra, mejor. Haz tu paz. Utiliza tu talento para la propaganda. Hay rufianes más poderosos en Chicago ahora que nunca. Te diré lo que creo que va a pasar: los franceses cederán frente a los alemanes y los alemanes dominarán Europa. Mussolini entrará en la guerra y obtendrá todas las migajas que pueda de la mesa de Hitler. Y luego, Italia se derrumbará, Inglaterra invadirá Italia y Alemania se apoderará de este desdichado país. Norteamérica intervendrá al final como hizo en la última guerra. Pero antes pasaremos un período terrible.

Las profecías de Carlo siempre eran bastante acertadas. Continuó:

—Quizá yo no sobreviva. No soy, por carácter, una persona discreta. Aunque he intentado practicar la discreción. ¿Recuerdas aquella vez, en el Jardín de Alá, qué nombre ridículamente blasfemo, que nos emborrachamos? Esta noche tenemos que volver a emborracharnos juntos, pero con vino. Mañana necesitarás tiempo para recuperarte, aunque yo no. Luego, al día siguiente, podrás coger el tren de Milán a Ventimiglia y luego el tren de Ventimiglia a París. Y luego, podrás cruzar el canal. Aún podemos disfrutar de las delicias de la paz, aunque no por mucho tiempo. Tardaremos bastante en volver a vernos, si es que volvemos a vernos.

El grupo de individuos hoscos que me esperaban en la austera habitación de Ebury Street, no eran exactamente un tribunal ni exactamente una comisión investigadora. Vestían todos de civil, pero sus ademanes eran militares, salvo uno, cuyos gestos y ademanes eran de policía. Estaban representados, supuse, la Rama Especial de Scotland Yard, una de las secciones del Servicio Secreto del Ejército y, probablemente, el Ministerio del Interior. Al que presidía el grupo le llamaban mayor De la Warr y tenía unos rasgos menudos asentados en amplios márgenes carnosos, además dos barbillas y, además, una voz mantecosa. Había una marca de jamón enlatado, que se llamaba Plumrose, y cuando le recuerdo suele venirme al pensamiento la imagen de la lata en forma de ataúd, con un cebón rosado dibujado en ella. La voz era, dicho de otro modo, melosa y cerduna al mismo tiempo. Todos tenían lo que supuse copia de mi expediente, o, más bien, una versión resumida del mismo, pues uno de ellos, cuyo rango supuse que era de superintendente, parecía tener ante sí la versión definitiva completa. Ésta, según pude apreciar, contenía recortes de periódicos e incluso fotos.

—Tardó usted mucho en volver —dijo el mayor De la Warr.

—Fue una suerte que pudiera hacerlo.

—Ya hablaremos más tarde de eso. ¿Qué estuvo haciendo usted en Italia?

—Visitando a Monsignor Campanati, obispo de Moneta. Está emparentado conmigo.

Todo el mundo lo sabía ya, o debería haberlo sabido; pero no le gustó a nadie. Un hombrecillo de cuello duro y corbata negra tomaba rápidas notas.

—Sí —dijo el mayor De la Warr—. Todo ese latín. Aquellas tonterías sobre la expulsión de demonios.

—Sí, puede que parezcan tonterías —dije—, pero ciertos prelados de la Iglesia no piensan lo mismo.

—La Iglesia de Roma.

—A la que yo pertenezco.

Esto sólo era verdad cuando me enfrentaba a la Iglesia de Inglaterra. El mayor De la Warr dijo.

—¿Y qué estuvo haciendo usted en París?

—Visitando a James Joyce. El escritor irlandés —me dirigía a todos ellos—. Mantuvo una postura firme de neutralidad en la última guerra, pese a su pasaporte británico. Se educó en los jesuitas. Es el autor de *Ulises*, libro que ha estado prohibido mucho tiempo por inmoral. Me había prometido un ejemplar de *Finnegans Wake*. Dedicado. Una gran obra maestra experimental. Las aduanas de Su Majestad lo han confiscado para realizar una investigación. Les aseguré que no estaba en clave. Los editores son Faber & Faber, qué caramba.

Todos tomaban notas.

—¿Qué estaba usted haciendo en Austria, en primer lugar? —preguntó el hombrecillo.

—Ya he aclarado perfectamente por escrito que estaba intentando preparar la salida de Austria de Jacob Strehler. El escritor. El que ganó el premio Nobel.

Al parecer, nadie había oído hablar de él. Esto me enfureció y dije:

—Me hago cargo de que la literatura no entra en su especialidad, caballeros; pero creo que el nombre de Jacob Strehler no debería resultarles del todo desconocido. Estaba intentando cumplir un deber para con la literatura universal.

—¿Por qué no intentó sacarle de allí antes? —cacareó un hombrecito que daba vueltas a sus gafas en la mano izquierda, con la que sujetaba una patilla—. Después de todo, estábamos al borde de la guerra.

—Me envió a su hijo. Decidí que el hijo necesitaba a su padre.

—Así que —aún dando vueltas a las gafas— no fue sólo por devoción a lo que llama usted literatura universal —muy astuto, muy repugnante—. Y, ¿cómo se proponía sacar de Austria a ese tal Strehler?

—Tenía preparado un pasaporte falso para él.

—¿Inglés? —preguntó el mayor De la Warr.

—Sí, lo siento. En fin, no había otra manera.

—¿Dónde está el pasaporte? —intervino el hombre de cuello duro.

—Escondido, supongo, entre una pila de números atrasados de *Punch* que Strehler tenía en el retrete de su casa.

—¿Así que se ha quedado allí para que lo pueda utilizar un agente nazi? Bien, bien —el mismo hombre—. ¿Y cómo obtuvo ese pasaporte que luego falsificó?

—Robado. Por el hijo de Strehler. Él robaba. Necesitaba urgentemente el control paterno.

Se lanzaron a escribir afanosamente. Un hombre que sonreía con el lado izquierdo de la boca y había hecho una jaula con los dedos, dijo:

—¿Dónde está ese *Herr* Strehler ahora? Me refiero al hijo...

—Creo que internado. Le dejé en un hotel cuando me fui a buscar a su padre. Se metió en un lío muy poco claro. Los dos hombres que vinieron a comunicármelo no se mostraron muy comunicativos. Pero, gracias a Dios, me he librado de él.

—Tenemos —dijo el mayor De la Warr— copias de la transcripción de su, ejem, entrevista. Fue transmitida por lo que se denomina insolentemente Radio Inglesa Libre. Desde Berlín. Y, sin embargo, dice usted que estaba en Viena.

—Estaba en Viena, desde luego. Línea de tierra, línea de tierra.

No supe bien, ni lo sé ahora, por qué lo convertí en una especie de cantinela. Siguieron tomando nota.

—¿Se da usted cuenta de lo grave que es el hecho de alentar al enemigo? —dijo el mayor De la Warr—. Les dio usted muchos ánimos. Todo muy cordial. Un viejo amigo del régimen. Atacó usted, ejem, al primer ministro. Lamentó usted el que hubiera estallado la guerra. Habló de la necesidad de, ejem, ejem, amor.

—Es evidente que sus inquisidores no supieron captar dos acrósticos hábilmente tramados —dije—. Examinen sus transcripciones. Uno de ellos, que encajó en un supuesto aforismo de Marco Aurelio, dice a la mierda los malditos nazis. El otro, va en la declaración final, la que comienza «Ojalá todos vuestros corazones» y concluye «aprendan amor». Les dejo a ustedes, caballeros, la tarea de reconstruirlos.

Los reconstruyeron. Terminó el primero el policía del expediente abultado:

—Ojalá Hitler se pudra en el infierno.

—Amén —dije.

El comité o tribunal, probablemente todos ellos hombres que empezaban el día con un crucigrama de *The Times*, no pudieron por menos de sonreír levemente ante mi ingenio.

—Yo diría que los nazis también lo han descubierto. No son tan tontos como ustedes, caballeros —no debería haber dicho esto—. Dicen que alenté al enemigo.

—Lo cierto es —dijo un hombre calvo, de aspecto brutal, con voz exquisita— que dijo usted indecencias. Podría haber expresado usted su, ejem ejem ejem ejem, arcano odio a los nazis sin utilizar el lenguaje del arroyo.

—Sólo ahora han podido ver ustedes —dije— que era el lenguaje del arroyo. De cualquier modo, es el único lenguaje adecuado con los nazis.

—Yo pienso —dijo el hombre calvo— que alguna mujer inglesa decente pudo escuchar su entrevista y captar el mensaje en clave y sentirse ultrajada en su pudor.

Hablaba en serio, total, absolutamente en serio. El policía dijo:

—Ésta no fue su primera visita a la Alemania nazi.

—Como sin duda sabrán, estuve en Berlín, en un festival cinematográfico, en el que se presentó una película basada en una novela mía.

—Y le salvó usted la vida a Heinrich Himmler, según uno de nuestros informes.

Hubo un revuelo de hosco respeto, no de horror.

—De la bala de un asesino frustrado.

—Se trataba, en realidad, de la suegra de mi hermana. Padecía un cáncer incurable y quería morir. Quiso llevarse por delante a Heinrich Himmler. Actué de modo instintivo, y no creo que tenga que disculparme por ello. Entonces, considerábamos a Alemania una nación amiga.

—¿Qué dijo de su suegra? —preguntó incrédulo el hombrecillo del cuello duro.

—Se trata, en realidad, de la madre de monsignor Campanati, obispo de Moneta —todos se irguieron y me miraron atentamente—. Hizo mucho bien y una tarea peligrosa en beneficio de los judíos alemanes.

—Ese Ezra Pound —dijo el policía— que habla por la radio desde Roma a favor de Mussolini. Dice muchas cosas sobre la maldad de la Gran Bretaña. Usted le citó.

—Se le considera un gran poeta. Escribió el poema que cité, al acabar la Gran Guerra.

—¿Piensa usted —preguntó el mayor De la Warr— que Gran Bretaña es una, ejem, vieja zorra desdentada? ¿Que esto es una, ejem ejem, civilización podrida?

—En cierta medida sí. Si Inglaterra hubiera tenido dientes que mostrar a Hitler se los habría mostrado antes. Y sí, nuestra civilización no es nada de lo que podamos enorgullecer. Iotas negros y morenos, un abismo infranqueable entre gobernantes y gobernados; podemos decir, sin duda, que unas civilizaciones están más podridas que otras. La nuestra está podrida, pero otras lo están más. Pensemos en nuestra aliada Francia, por ejemplo...

—No queremos saber nada de Francia —dijo el calvo—. Realmente —mirando a sus colegas— no creo que queramos saber nada más de este asunto.

Algunos gruñeron.

—No he hecho más que contestar a preguntas —dije—. ¿Puedo hacer yo ahora una pregunta? ¿Qué se proponen hacer conmigo?

—Tengo entendido —dijo el mayor De la Warr— que se apresuró usted a solicitar el ingreso en varios organismos oficiales para colaborar en el esfuerzo bélico del modo que le sea posible. ¿De qué modo podría ayudar usted? —preguntó.

—Creo que no estoy en condiciones de incorporarme a las fuerzas armadas. No lo estaba en el conflicto anterior, un trastorno cardíaco. Ahora, tengo ya casi cincuenta años. Pero puedo escribir. Tengo cierta experiencia cinematográfica. Sé levantarme y decir unas cuantas cosas con sentido.

—Le hemos oído —dijo el hombre que daba vueltas a las gafas, aunque ya había dejado de hacerlo y se las había puesto— decir unas cuantas cosas con sentido.

—¿Se considera usted digno de confianza? —preguntó el mayor De la Warr—. ¿No se permitiría usted acrósticos o anagramas subversivos, o algo así?

—Parece usted insinuar —con vehemencia— que podría intentar alentar al enemigo. Con eso, me acusa usted de traición. Creo que debo exigirle una disculpa.

—No es usted un traidor —dijo el calvo de aspecto brutal—. No tiene usted madera de traidor, eso lo veo claramente. Pero es usted ingenuo y los auténticos traidores podrían utilizarle. Además, pensó más en salvar el pellejo que en cumplir su deber para con su país.

—¿Así que debería haberme negado a hacer la entrevista —acaloradamente— y pasarme el resto de la guerra encarcelado? Cinco años, diez años, lo que dure... ¿Qué habrían hecho ustedes?

—No nos habríamos puesto en esa situación, en primer término —dijo el del cuello duro. Los otros gruñeron.

—No, ustedes no tienen ningún deber para con la literatura universal. ¿Qué se proponen hacer conmigo? ¿Internarme no como traidor sino como ingenuo peligroso? ¿Cortarme la cabeza en Tower Hill y quitarme de en medio?

El hombre que habló entonces, de una belleza notable, aunque un tanto inútil, parecía ser el representante del Ministerio del Interior.

—Aún no hemos tomado medidas para el internamiento de ciudadanos británicos. Esas cosas llevan tiempo. La otra sugerencia es, como sabe usted muy bien, frívola e irresponsable. Sin embargo, es usted lo bastante inteligente para comprender el daño

que ha hecho.

—¿Por un acto de audacia que no tuvo éxito? ¿Porque hice un trato absolutamente inofensivo con el Ministerio de Propaganda nazi?

—Ningún trato con el enemigo es inofensivo —dijo el mayor De la Warr.

—Una cuestión de tipo general de su historial —dijo el hombre del Ministerio del Interior—. No entiendo bien por qué tiene que tener usted esos parientes italianos.

Le miré largo rato, boquiabierto. Luego dije:

—Soy de familia católica. La Iglesia católica, a diferencia de la Iglesia de Inglaterra, es una institución internacional. No es insólito que los matrimonios católicos trasciendan las barreras nacionales. Además, Italia es neutral.

—No lo será mucho tiempo —dijo el mayor De la Warr—. Ni siquiera ahora es neutral del todo. Hay otro asunto, ¿verdad, Fletcher?

Se dirigía al policía que tenía el expediente completo.

—Se refiere usted a lo de... Sí. Bueno, eso puede pasarse por alto. No tiene ningún antecedente policial por eso. En conjunto, ha sido bastante discreto en ese campo. No habríamos tenido ninguna información de no haber sido por esa revelación espontánea. No es infrecuente en el mundo del arte y de los libros y demás. El único problema es que lleguen a saberlo quienes puedan presionarle. En fin, él ya sabe cuál es su deber en ese campo.

Le miré sobrecogido y luego miré al que antes daba vueltas a las gafas, que me dijo:

—Ya sabe, la posibilidad de un chantaje. El montaje de situaciones, ya sabe.

—Oh Dios mío —dije—. ¿Qué tiene mi...? ¿Cómo consiguieron...? Exijo ver esas fotos.

—No son tuyas —dijo el policía.

—Se trata —dijo el mayor De la Warr— de estudiar su posible utilidad en el esfuerzo bélico. No creo que podamos utilizarle. Tendríamos que vetarle en cualquier departamento al que solicitase incorporarse. Haría mejor en seguir como está, aunque tendrá dificultades por la escasez de papel. Entretener al público, supongo que podría decirse así, ayudar a mantener la moral del país. En cuanto a lo de su situación con las fuerzas de seguridad, en fin, es conveniente que la policía sepa dónde está usted. Si piensa cambiarse de domicilio, informe de ello. Si se va, aunque sólo sea una semana o así, informe en la comisaría de la zona. Se le retirará el pasaporte, claro, mientras duren las hostilidades. Y quizá durante un tiempo más.

—Ya veo. Creen ustedes que puedo largarme a Berlín vía Dublín y alentar allí al enemigo.

—Cosas más extrañas han sucedido —dijo el hombre de cuello duro; luego se corrigió: la guerra había empezado hacía sólo un par de meses—. Sucederán. Irlanda es teóricamente neutral, pero es una neutralidad muy dudosa.

Luego, con bastante cordialidad, añadió:

—Sentimos muchísimo todo esto, naturalmente, Toomey. Mi esposa lee sus libros

y, al parecer, le gustan. Creo que ahora los han retirado de la biblioteca del barrio. El artículo de ese poeta del *Daily Express* no favoreció nada su reputación.

—Le contesté. Yo mismo demostré mi inocencia.

—Sí, ya lo sé, pero siempre es mejor no verse obligado a tener que defenderse. Le aconsejo que escriba usted obras de teatro. Algo que nos haga olvidar nuestras preocupaciones. Háganos reír un poco.

—Esto no tenía por qué haber pasado, Toomey —dijo el mayor De la Warr con similar cordialidad—. Fue usted indiscreto, nada más; pero la indiscreción en época de guerra puede ser tan dañina como la traición descarada. El Primer Ministro puede decírselo ahora, y confidencialmente, quedó muy afectado por sus ataques. No creo que esté con nosotros mucho más.

—¿Cree usted que el que yo expresara democráticamente mi falta de confianza en su administración va a matarle?

—Bueno, no es que sea tan grave la cosa. Pero oír algo así, viniendo de Alemania, en las primeras semanas de guerra, y dicho por un escritor al que admiraba...

—¿Chamberlain admira mi obra?

—No, ya no, amigo mío —dijo un hombre simiesco con tres anchos mechones de pelo negro teñido; no había abierto la boca hasta entonces, pero había tomado abundantes notas—. Ha perdido usted muchos admiradores. Claro que si es discreto, no dice nada, y sigue con su trabajo, los recuperará. Lo principal es no meterse en más líos.

—¿Tiene algo que añadir alguien? —preguntó el mayor De la Warr. Nadie. Cerraron las carpetas; pero el expediente, naturalmente, seguía abierto. Tenía ya libertad para irme, así que lo hice. Volví a Albany entre tinieblas y bajo los focos, dispuesto a mantenerme al margen de la guerra, avergonzado. Desde entonces hasta el final de las hostilidades tendría permanentemente la sensación de que me seguían y me observaban. El hombre del impermeable que sorbía un discreto bitter al fondo de la barra. El hombre de la mesa contigua en el Café Royal que tomaba un caldo y un panecillo y nos escuchaba a mí y a mi agente literario. El celibato hubo de ser, por fuerza, absoluto: si recogía a un marinero achispado, podía ser un agente enemigo. Pero la horrible maquinaria de las fuerzas de seguridad no podía abolir mi derecho personal al patriotismo. No pudieron impedirme escribir la obra de teatro más popular de 1942: *Tres Cruces*; cada cruz un corazón: los corazones respectivos de tres hermanas, una novia, una esposa y una madre afligidas, una por un novio aviador; otra, por un marido marino y otra por un hijo en Infantería; pero la totalidad tennysoniana resistía las olas del tiempo y de la aflicción que golpeaban en vano la roca del valor inglés. Esta obra, desvergonzadamente esquemática, brutalmente sentimental, era lo que el público quería. El público quería también reírse un poco, así que les di *Los dioses del jardín*, que trataba de unas estatuas de divinidades griegas que cobraban vida durante un ataque aéreo e intervenían en los asuntos de una familia

patricia; y la grosera comedia militar *Ven*. Alejado como estaba de las realidades de la vida del soldado, tenía que asegurar la plausibilidad de mis situaciones y diálogos escuchando a soldados en bares y tabernas, anotando a veces frases prometedoras como «Echa otro guisante a la olla y al diablo el gasto» y «Ven, muerte, y veamos qué tal son los ángeles» y «El Ejército puede joderte, pero no puede darte un hijo; y aunque pueda, no puede hacer que le quieras».

Una noche, estaba tomando tranquilamente notas en el Fitzroy, era sábado, y me interrumpió una pareja de individuos con impermeables y sombreros de paño. En la calle a oscuras, me preguntaron quedamente qué hacía. Tomando notas para una obra que estoy escribiendo. ¿Podemos ver esas notas, señor Toomey? Veo que saben mi nombre. Sí, señor, sabemos su nombre. Me dijeron por fin, tras examinar las notas a la luz casi invisible de una débil linterna, que aquello parecía correcto, pero tenga cuidado, señor. ¿Cuidado con qué?

Eran ellos, los de las fuerzas de seguridad, los que estaban vigilándome. Su rigor no se debilitó jamás. En 1941, me necesitaban en Los Ángeles para escribir sobre el escenario de una película sobre la Batalla de Inglaterra, en la que intervenía Errol Flynn, pero no hubo la menor posibilidad de que me dieran, ni siquiera temporalmente, el pasaporte. Cuando en 1943 publiqué mi antología anotada *Respirando aire inglés*, de la que el general Horrocks dijo que debería estar en el bolsillo de todos los soldados cultos, la BBC consideró que podía dar una pequeña charla patriótica después de las noticias de las nueve, los domingos; pero seguía estando excomulgado y la tarea se encomendó a Jack Priestley. Hasta Val Wrigley, que había enarbolado la bandera de la homosexualidad ante la Madre de los Parlamentos y había estado en la cárcel por pegarle a un policía, que había maldecido públicamente a Inglaterra por sus leyes sexuales, afirmando repetidamente que ningún homosexual podía ser un verdadero patriota, hasta él, consiguió un trabajo en el Ministerio de Información, algo relacionado con folletos sobre la fauna inglesa. Era él, claro quien había publicado el artículo del *Daily Express*. Que decía así:

¿Qué habría hecho usted si se hubiera encontrado pasando unas pequeñas vacaciones en la Alemania nazi y, desconectado de los acontecimientos mundiales por su devoción a la naturaleza, descubriera de pronto que se encontraba en medio de una guerra entre Alemania y su amada patria?

Su primera y clara reacción sería: No debía haber sido tan imbécil como para meterme en esta situación. Pero ¿qué habría hecho, suponiendo que hubiera sido tan imbécil?

La respuesta evidente en tal caso sería: *Podría* hacer poca cosa. Me internarían, ¿no? Me encerrarían en un campo de concentración hasta que terminara la guerra; y allí estaría soñando con la lejana Inglaterra. Qué mala

suerte.

Pero, ah, lector querido, si fuese usted un novelista famoso, como Kenneth Toomey, las cosas rodarían de un modo muy distinto. Como rodaron realmente para el señor Toomey. Los nazis le trataron como a un príncipe. Fueron asombrosamente amables. Incluso le permitieron volver a Inglaterra.

Primero, claro, tuvo que hacerles un pequeño favor. Habló en la emisora de radio nazi, o más bien en la infame emisora de propaganda, repugnantemente llamada Radio Inglesa Libre. Las palabras del señor Toomey se oyeron con toda claridad en su asediada tierra natal en pie de guerra.

¿Qué dijo el señor Toomey? Dijo que la guerra era un hecho lamentable. Que alemanes e ingleses deberían aprender a quererse, y que el señor Chamberlain es un poco tonto. Lenguaje patriótico, ¿verdad? Luego, los nazis pusieron al señor Toomey en un avión con destino a algún sitio, y luego, he aquí que el señor Toomey aparece en su tierra natal, animoso y alegre, nada afectado por su experiencia. Y, desde luego, nada arrepentido.

Un ciudadano británico verdaderamente patriota habría dicho: «Al infierno todos, asesinos de judíos, torturadores de monjas y sacerdotes, quemadores de libros. Haced lo que os plazca, no aceptaré ningún trato indecente con vosotros. La mano que me ofrecéis está manchada de sangre inocente. No la estrecharé».

Pero el señor Toomey es un escritor al que la Alemania nazi ha admirado mucho, y tenía que pensar en su heilhitlerante público, además de pensar en su pellejo.

Pues bien, si tiene al público alemán, que se las arregle sin el inglés. Que sus libros sean barridos de las estanterías de nuestras bibliotecas públicas y que los consuman las fogatas de otoño. Que los ingleses patriotas reaccionen ante sus obras como ante sus acciones: con el desprecio y el silencio.

Señor Kenneth Toomey, novelista de éxito, ha estrechado usted manos ensangrentadas. Ha regresado usted trayendo consigo el hedor nazi. Las propias cubiertas de sus obras despreciables han de parecer ahora pegajosas por la sangre de los inocentes degollados.

Usted y yo, querido lector, podemos pasar sin Toomey, el traidor. Tenemos, a Dios gracias, mejores escritores que nos alienten en nuestra justa lucha, poetas más conmovedores. Sepultemos las obras de Toomey. Y sin ningún honor.

Se titulaba el hedor de toomey y estaba ilustrado con una caricatura en que yo

daba la mano al doctor Goebbels.

En 1940, cuando los alemanes capturaron a Plum Wodehouse en su villa francesa y le convencieron para que hablara muy libre e indiscretamente, aunque también humorísticamente, en radio Berlín, el público, aunque no los servicios secretos británicos, empezó a olvidar mi caso. George Orwell rehabilitó a Plum como un auténtico inocente político, pero, durante un tiempo, imperó la mojigatería más indecorosa, como en el caso del *New Statesman*, en el que se convocó una especie de concurso para ver quién podía nazificar mejor el tono literario de Wodehouse. Val Wrigley publicó los siguientes versos en el *Spectator*:

El género de risa que Wodehouse imparte es
sumamente popular entre los nazis
en sus portadas estampemos (¿seré acaso demasiado cáustico?).
un buñuelo, un huevo, una judía y una esvástica.

Estúpido. Val Wrigley se apartó de mi camino, muy prudentemente; pero parecía buscar un nuevo público filisteo. Publicaba versos muy simples y tendenciosos e incluso tenía una sección poética fija en el *Sunday Pictorial*. El poema que publicó en *The Times* (*Wir Danken Unserem Führer*) era lo que se consideraba que debía escribir el Poeta Laureado:

Sombreado la tierra nuestra Cruz Gamada
Habrá dicho primavera y fin de la historia al ávido oyente:
La primera sangre de la tierra nuestra, nuestros muchos títulos:
Gracias damos al Führer.

Lo de la cruz gamada se lo había dado yo ya en 1935. Esos cuatro últimos versos indican la clase de poema que era: amargo, aunque solemnemente irónico. La Radio Inglesa Libre de Goebbels, sin embargo, utilizó su sarcástica alabanza del Führer como afirmación nazi y dio una pomposa retransmisión del poema. Esto, más que perjudicar, benefició a Val Wrigley: había demostrado que los nazis además de ser unos diablos manchados de sangre eran tontos de remate.

Estoy seguro de que mi condición de indigno de confianza quedó corroborada a los ojos de los servicios secretos ingleses, con la incorporación de William Joyce, conocido como Lord Ejem Ejem, al campo de la propaganda radiofónica nazi. Se dio por supuesto que el apellido Joyce connotaba traición, y era sabido que yo había mantenido amistad con un Joyce que tenía dos o tres tipos de mala reputación. Las ridículas retransmisiones de Ezra Pound desde Roma también encajaban perfectamente en el esquema. Por otra parte, en los sectores intelectuales empezaron a considerarme una especie de héroe fracasado: contribuyó a ello el largo ensayo de Herzog en *Horizon* sobre la grandeza de Strehler (al que se suponía ya muerto). Podía ir a tabernas como el Yorkminster y la Fitzroy Tavern y se me permitía pagar medias

pintas a hombres de sucios impermeables con los bolsillos abultados de libros que habían eludido el reclutamiento. Estuve en Londres durante toda la guerra, vigilando los fuegos de los bombardeos, aportando desechos a las subastas de la Cruz Roja (me fueron muy útiles aquí los robos de Heinz), comiendo porquerías en restaurantes de Soho, corriendo algunas veces peligro, aunque no con demasiada frecuencia. Tenía a mi disposición el campo, mucho más seguro, pero no estaba dispuesto a presentarme en las comisarías de policía como un delincuente en libertad vigilada o un extranjero enemigo. Prefería las bombas y el refugio de Albany. Hortense me envió dos paquetes con alimentos, y los dos desaparecieron en tránsito. También me envió el *catalogue raisonné* de la exposición que hizo en Nueva York en 1943: algunas esculturas de piedra, otras en bronce, mucho aluminio cortado y torturado. Ninguna de sus obras parecía exaltar la vida. En 1944, me enteré de que mi sobrino Johnny estaba en Italia con el Quinto Ejército, que era cámara de una unidad cinematográfica. En 1945, mi sobrina Ann se casó con un profesor de Literatura Comparada de la Universidad de Columbia. Empezaba a tener la sensación de que me hacía viejo.

Curiosamente, quien más me consoló en mi soledad fue mi hermano Tom, cuya voz sobrevivía en discos de gramófono, la voz de un hombre honrado que afrontó los horrores del mundo con un humor sencillo. Su presencia era para mí muy real cuando escuchaba sus monólogos (Columbia, etiqueta morada), y lloraba siempre que me veía frente al heroísmo de *Sácalo de tu pecho*, que, describiendo a un hombre que no puede ir a trabajar porque tiene catarro, transformaba el dolor en comedia. Sabía que tenía que haber un cielo, aunque sólo fuera para albergar a gente como Tom. Lo mismo se ha dicho, lo sé, de los asnos agobiados y subalimentados del norte de África.

Me repugna en este momento mi propia voz. Así que, cederé la palabra a Howard Tucker, autor de uno de los primeros libros sobre Carlo. Tenga su permiso para reproducir el capítulo siguiente. Hemos acordado una compensación económica y la recibirá.

El 26 de abril, la ciudad de Verona, tradicional y románticamente asociada a Romeo y Julieta, cayó en manos de los norteamericanos. No había nada romántico en la ciudad por entonces: muchos de sus edificios históricos habían sido destruidos por el bombardeo aliado, y los alemanes aumentaron el caos volando los siete puentes sobre el Adigio antes de que pudieran llegar los norteamericanos. Los testimonios filmados que tenemos del lamentable estado de esta hermosa ciudad, se deben a la intrépida tarea de filmación del cabo Johnny Campanati y sus colegas. Por desgracia, no pudieron estar en Génova el 27 de abril para filmar la triunfal ocupación norteamericana de este grande y antiguo puerto, ocupación preparada por los heroicos partisanos italianos, que ya se habían hecho con el control de gran parte de la ciudad. Ni llegaron a tiempo para presenciar y filmar para la posteridad el final ignominioso de Benito Mussolini. El Jeep de la unidad de filmación, conducido por el estólido mascador de chicle Frank Schlitz, de Brooklyn, tripulado por el hosco Johnny, el teniente Meyer (de la familia cinematográfica, sector final de la MGM) y el sargento McCreery (ningún parentesco con el enérgico y vigoroso comandante del Octavo Ejército), avanzaba junto con los blindados del Quinto Ejército por la Via Emilia en la toma de Piacenza, a medio camino entre Parma y Milán.

Mussolini había sido detenido en Lecco, en las escabrosas montañas que dominan Como, cuando intentaba fugarse a Suiza. Al día siguiente de su detención, el antiguo Duce, fue ejecutado sumariamente por *partigiani* italianos, junto con doce miembros de su gabinete fascista, y los cadáveres fueron trasladados rápidamente a Milán, justo antes de que entrase en la gran ciudad industrial, con su Duomo justamente famoso, el Quinto Ejército, el 29 de abril. Los cadáveres de Mussolini y de su amante fueron colgados por los talones como pollos, si bien un ciudadano bienpensante fijó primero la falda de la desdichada amante para que la decencia pública no se viese ofendida. Fue esto en una *piazza* en la que el año anterior habían sido fusilados quince partisanos. Johnny Campanati, manejando su máquina entre los jubilados milaneses, quizá pensase con una sonrisa juvenil que era un momento especial de triunfo para su reverendo tío monsignor Carlo Campanati, obispo de Moneta. Pero la suposición habría sido errónea e impropia la sonrisa, pues Carlo Campanati jamás se habría sentido satisfecho por la muerte sin arrepentimiento de un enemigo de la fe. Nada le habría complacido más que ver a Benito Mussolini perdonado por aquéllos a quienes había perjudicado, sinceramente afligido por sus pecados, de nuevo en el seno de la Iglesia, muriendo en su cama tras una vejez tranquila, con la perspectiva del cielo ante sí. Para Carlo sólo había un enemigo: el enemigo de la humanidad y del Creador de la humanidad. Para Carlo, el hombre es esencialmente bueno porque es esencialmente criatura de Dios: el mal es algo impuesto por las fuerzas de los ángeles caídos. Ya he dicho esto antes y lo diré de nuevo, pues no me cansaré de repetirlo.

Los ejércitos aliados siguieron hacia el norte, con las cámaras de las unidades de

filmación rodando con ellos. Tropas de la cincuentaseisava división (Londres) entraron en Venecia el 29 de abril, mientras un bello crepúsculo doraba las históricas lagunas y las palomas de la Piazza de San Marco, inconscientes todas de los memorables acontecimientos que se desarrollaban a su alrededor, marchaban en bandadas a su lugar de descanso. El avance barrió rápidamente las llanuras norteñas, y en Bérgamo, Brescia, Vicenza y Padua repicaron campanas dando la bienvenida a los libertadores. El Quinto y el Octavo Ejércitos se lanzaron sobre la línea del Adigio, formidablemente fortificada por el enemigo, obligando a los agobiados alemanes a retroceder hacia la orilla oriental del Brena. La fuerza expedicionaria brasileña obligó a rendirse a toda una división de infantería alemana. A finales de abril, ya estaba casi completada la liberación de Italia. Las fuerzas alemanas quedaron quebrantadas y desorganizadas. Veinticinco divisiones, lo mejor del ejército alemán, habían sido desbaratadas y ya no podían ofrecer resistencia. Esta destrucción devastadora había sido obra de semanas, no de meses. El Octavo Ejército había logrado completar su misión en veinte días, el Quinto, sólo en quince. Johnny se aproximaba rápidamente en su Jeep al límite norte de la península: llegaba a una Moneta liberada ya por intrépidos partisanos bajo la inspiración de su tío. Tío y sobrino se encontrarían muy pronto bajo el redoble triunfal de las campanas de la antigua catedral.

¿Quién y qué era este joven, de sólo veintiún años en este año de victoria, en apariencia un suboficial norteamericano cordial, valeroso y bien dispuesto, pero poco más? Era el hijo de Domenico Campanati, hermano menor de Carlo, famoso compositor musical. Todo el mundo conocía la música de Domenico, aunque no siempre supiera quién la había compuesto. El gran público cinematográfico presta poca atención a la lista de colaboradores de las películas. Más de una gran película había sido ennoblecida por una partitura de Campanati, y Domenico recibiría unos años después de la guerra, el supremo espaldarazo de un Oscar por la música de *Los hermanos Karamazov*, de Otto Preminger, que llevó a la escena una famosa novela de Dostoievski. En los años cincuenta, Domenico volvería a su primer amor, la ópera, y podría satisfacer una ambición juvenil: la de ver y oír una obra suya representada en la gran Scala de Milán. La madre de Johnny era la famosa escultora Hortense Campanati, mujer de gran belleza, desgraciadamente desfigurada en un accidente, separada lamentablemente de Domenico cuando Johnny era un niño, y que llevaba una vida activa y productiva en Nueva York. La señora Campanati era hermana de Kenneth Marchal Toomey, famoso novelista inglés. El joven Johnny llevaba mezclados en su sangre los corpúsculos de tres naciones, pues los Toomey son medio franceses, y esta sangre era ilustre tanto por el lado masculino como por el femenino. Según opinión general había heredado las facciones de su madre. En 1945, aún no estaba claro en qué dirección encauzaría su talento. Tenía que luchar en la guerra y aún no podía pensar en el futuro.

Johnny había estudiado en un distinguido colegio privado de Park Avenue,

Manhattan, y, posteriormente, en la famosa Choate School de Connecticut. Se presentó voluntario para el servicio militar poco después de Pearl Harbour, pasó un año de instrucción en infantería, durante el cual mostró poca aptitud en el cumplimiento de las órdenes y una cierta torpeza en el manejo de las armas, y fue uno de los primeros en pasar a una unidad de filmación cuando los más altos niveles del mando reconocieron que era preciso registrar en película el desarrollo de la guerra. Había crecido en la capital cinematográfica del mundo y la carrera de su padre en la industria del cine se consideró, sin razón alguna, una ventaja a su favor. Y así, siguió al Quinto Ejército en su marcha triunfal, soportando las privaciones y peligros normales de un soldado de primera línea, fijando en película para la posteridad los horrores y los triunfos, y la victoria final, de la campaña italiana. En cierto modo, esta experiencia le llevaba al hogar, le llevaba de nuevo a su herencia latina, y lo más notable de los días memorables de la liberación italiana fue para él, sin duda, su encuentro, por primera vez en su vida adulta, con el gran prelado que estaba destinado a convertirse en el Soberano Pontífice más destacado de nuestra época.

El tío se encontró con su sobrino a la sombra de la catedral en un maravilloso día de primavera. El propio sargento de Johnny filmó el acontecimiento, y yo he presenciado con emoción la proyección de la granulosa secuencia en blanco y negro: el obispo, rotundo e imponente, en su vigorosa madurez, abrazando al fornido y rubio sobrino de metro ochenta. Lo que la película no pudo captar, y lo que no puede entresacarse de los archivos oficiales, es la asombrosa actuación bajo la ocupación nazi del siervo de Dios que sólo temía a Dios, para quien los fascistas desesperados y los intrusos alemanes eran pobres almas extraviadas que se habían permitido caer bajo el poder del Padre de la Mentira.

Carlo Campanati nunca mostró muchos deseos de hablar sobre el ambiguo papel que jugó el Papa Pío XII en la segunda guerra mundial. Fue un pontífice que, en diciembre de 1939, denunció la «agresión premeditada» y el «desprecio por la libertad y la vida humana del que derivaron actos que claman pidiendo a Dios venganza». Pío XII procuró utilizar toda su autoridad papal y sus dotes personales de persuasión para impedir que Mussolini arrastrase a Italia al conflicto europeo. Y, sin embargo, la actuación del Vaticano respecto a la persecución de los judíos por el régimen nazi sigue siendo vergonzosa. Pío XII no sólo no ayudó, al parecer, a las víctimas, sino que toleró activamente el tratamiento infernal que recibieron los hijos y las hijas de Israel. La actitud de Carlo a este respecto fue completamente distinta y claramente heroica. Él fue quien organizó la vía de salvación que llevó a los judíos italianos a la seguridad de Suiza, gracias a la cual, por lo menos trescientos, lograron huir de la región industrial norteña, y protegió las vidas de los judíos que se quedaron mediante el uso de los santuarios del monasterio franciscano próximo a Borimo y del convento de las Carmelitas Descalzas de Sondrio. La cripta de la catedral de Moneta se utilizó durante un tiempo como arsenal partisano. Las autoridades nazis de la ciudad sospechaban que Carlo trabajaba activamente en favor de las fuerzas

subversivas. Sus sermones dominicales proporcionaban, mediante paralelismos bíblicos fáciles de comprender, noticias del desarrollo de la guerra procedentes de intachables fuerzas aliadas que los nazis intentaban ocultar al pueblo. Cuando el dirigente de los partisanos, Gianfranco de Bosio, fue sacado de la celda de la Gestapo de la Prefectura de la Via de Guicciardi con ayuda de granadas partisanas, fue Carlo Campanati quien hubo de acudir para someterse a un interrogatorio. Podemos, sin la ayuda del propio Carlo Campanati, que siempre se mostró reacio a hablar del asunto, reconstruir esta difícil prueba que hubo de soportar, y de la que salió vencedor.

Un sótano brillantemente iluminado, encalado, muy frío, que olía a tierra húmeda. Era precisamente el día de Navidad. El obispo de Moneta, que no podía cantar la misa mayor ni pronunciar su sermón navideño de esperanza y amor, estaba sentado en una silla. Frente a él, un destartado sillón de dentista. Taladros y pinzas dispuestos sobre un banco de carnicero ensangrentado. El interrogador, bien abrigado, con prendas de piel robadas. Un fornido ayudante en mangas de camisa, que no parecía sentir el frío. El interrogador hablaba un italiano gutural pero fluido.

—¿De Bosio está de nuevo con el grupo Fedele?

—Yo no sé nada de eso.

—¿Dónde está el Emplazamiento B-5?

—No sé.

—Mire, Monsignore, tenemos nuestras propias fuentes de información. Lo único que le pedimos es una simple confirmación que ahorrará a su pueblo muchos problemas y aflicciones.

—Si conociera esa información, podrían sacármela. Tengo incluso un hábito, fruto de largo adiestramiento: no mentir, decir la verdad siempre que me preguntan. No le oculto nada. No lo sé, sinceramente.

—Tiene usted una dentadura excelente, Monsignore.

—Ah, ya veo. Se propone usted extraerme las muelas sin anestesia. Para hacerme hablar. No me gusta el dolor, y menos el dolor inútil. Extraiga, o empiece a extraer, y le diré que pare y le daré el primer nombre que me venga a la cabeza. Perderá usted el tiempo comprobando y luego volverá a empezar. Esta técnica que utilizan ustedes es sin duda brutal. También es anticuada y lenta e improductiva.

—No extraeremos *sus* muelas, Monsignore.

El interrogador hizo un gesto al ayudante que estaba en mangas de camisa. Éste se acercó a la puerta, la abrió e hizo pasar a un colega que empujaba a una muchacha llorosa y aterrada. Carlo la conocía: Annamaria Garzanti, catorce años, hija de un panadero de la Via Leopardi. La muchacha se puso a gritar cuando la obligaron a sentarse en el sillón. El sillón tenía mugrientas correas de cuero y los dos ayudantes empezaron a sujetar con ellas el cuerpo y los brazos de aquella pobre inocente. Carlo dijo:

—Muy bien. El Emplazamiento B-5 está en las montañas que hay sobre Olivone.

—Eso es ridículo, Monsignore, y usted lo sabe.

—Tiene razón. Le diré la verdad, pues. El grupo está reorganizándose en Cevio. Pregunte allí por un electricista llamado Belluomo.

El interrogador suspiró pesadamente e indicó a los ayudantes que iniciaran su tarea. Abrieron la boca a la chica y le introdujeron una cuña de madera que, por las manchas de sangre, había sido utilizada antes para el mismo fin. El que iba en mangas de camisa cogió el taladro dental. Se operaba con un pedal. Colocó sobre él la tosca bota y empezó a accionarlo. El taladro aulló.

—Un momento —dijo Carlo Campanati; se detuvieron—. Annamaria —dijo—, tienes que comprender lo que sucede. Esta gente quiere que les dé una información. No tengo esa información. En consecuencia, tú tienes que padecer. El sufrimiento será terrible, pero no morirás. Ofrece el sufrimiento a Dios. Recuerda que Cristo sufrió y tu sufrimiento te acercará a él. Siento no poder hacer nada por ayudarte más que rezar para que el demonio salga de estos pobres infelices. Compadéceles si puedes, tienes más suerte que ellos.

—¿Qué nos llamó? —preguntó el interrogador.

—Pobres infelices —dijo Carlo—. *Arme Leute*. Están asediados por las fuerzas del mal. Esto tiene que ser evidente para ustedes. ¿Qué podría llevar a dos hombres a querer torturar a una niña inocente? ¿El amor a la patria? ¿A una abstracción llamada Adolfo Hitler? No. El demonio se ha apoderado de toda su nación. Tiene que ser eso.

—Empezad ya —ordenó el interrogador.

El operador obedeció. El taladro resbaló e hizo brotar sangre del labio de la chica. Luego, asentó en el diente y ahondó en el nervio. Punzó el nervio. La chica gritó. Carlo rezó en voz alta, pero no por ella.

—«Oh Dios misericordioso, ilumina a estos tres siervos tuyos, esclavos de una fe diabólica. Expulsa de ellos al demonio, reinstaura su humanidad perdida. Perdónales, porque no saben lo que hacen».

—Basta —dijo el interrogador.

El taladro fue descendiendo por la escala y puso fin a su melodía espectral. La muchacha lloraba y gemía.

—Ahora hable —le dijo a Carlo—. Es usted quien tiene dentro al diablo. Usted es la verdadera causa del sufrimiento de esta chica.

—Escuche —dijo Carlo—. Le repito que no tengo nada que decir. Decir que perderá el tiempo si reanuda la tortura no sería verdad del todo. Está obligado a entregarles a la brutalidad como un fin en sí misma, aunque pueda racionalizarlo como una técnica de interrogatorio o como muestra de la frustración de una potencia ocupante que se enfrenta inevitablemente con la oposición de los hijos de la luz. La brutalidad insensata es la marca del diablo. Los gritos de esta pobre niña serán los gritos de nervios torturados. Pero su alma está intacta. Repito que ella está mejor que ustedes.

—Las tenazas —dijo el interrogador—. Sácale un diente. Un incisivo.

—Pobres infelices —gimió Carlo—. Pobres, pobres. Oh, Dios mío, auxíliales.

Apártales del mal.

Vio las tenazas asir el diente blanco como la leche de la chica, cuyo esplendoroso cabello, negro como ala de cuervo, estaba ya apelmazado por el sudor del sufrimiento.

—Tendrás que soportarlo, Annamaria —le dijo—. No puedo decirles lo que quieren saber. Sé valerosa como lo fue Cristo.

Carlo oyó el rechinar del diente en su cavidad cuando las tenazas lo retorcieron, pues la niña se había desmayado y venturosamente no se oía ya ningún grito de dolor. El diente salió con un borboteo de sangre; cayó al suelo de piedra, donde tintineó sorda y levemente; rodó una vez y quedó quieto. Carlo dijo al hombre de las tenazas:

—¿Cómo te llamas, hijo mío?

El hombre miró al interrogador, que se encogió levemente de hombros. Por fin, el hombre dijo:

—Lenbach.

—No, no ¿cómo te llama tu madre?

—Hans.

Carlo Campanati alzó los ojos hacia el techo húmedo y descolorido y rezó:

—«Oh, Dios, ten piedad de tu siervo Hans. Es un hombre bueno, descarriado por la maldad del enemigo. No le gusta hacer lo que hace. Se da cuenta de que esta niña inocente podría ser su propia hija. No logra entender en qué puede ayudar a la causa de su país el sufrimiento que le está causando. Ten misericordia de él, oh Dios, purifica su alma y haz que vuelva a la fraternidad del género humano».

El interrogador dijo entonces:

—Trae un cubo de agua fría. Despierta a la chica.

Y Hans Lenbach dijo:

—*Es ist genug.*

El interrogador no podía dar crédito a sus oídos. Por fin dijo:

—¿Qué es esto? ¿Qué ha dicho?

—Que ya estoy harto. No entiendo qué tiene que ver esto con luchar en una guerra.

Y dejó caer las tenazas ensangrentadas sobre la mesa de carnicero. Su compañero, el otro ayudante, le miró boquiabierto.

—Como dice este sacerdote, esta pobre chica no ha hecho nada malo. Ya estoy harto.

—¿Se da usted cuenta de lo que está diciendo, Lenbach?

—Sí. He dicho que *basta ya*. Sé lo que digo. ¿Me comprende? Me parece que no. Búsquese otro para este trabajo.

Y, con paso corto, salió de allí. Al abrirse la puerta, Carlo pudo ver un soldado con casco y un largo capote gris, que, con un fusil en la mano, pisaba sonoramente las piedras del pasillo, echando aliento como humo. La puerta se cerró de golpe. El interrogador no ordenó que detuvieran a Lenbach. Miró vesánicamente a Carlo. Dijo:

—¿Se da cuenta de lo que podemos hacerle?

—Oh, sí, claro —dijo Carlo—. Torturarme, matarme, clavarme en la puerta de la catedral como las noventa y dos tesis de Lutero. Adelante, adelante, el demonio no puede ganar. Lutero lo sabía, aunque fuera cismático. Pero su *arme Lente* ha olvidado a Lutero, lo mismo que han olvidado a Goethe y a Schiller y a Juan Sebastián Bach y a los demás alemanes verdaderos. Dios santo, ¿qué han dejado? ¿Por qué están luchando, Dios santo? Esto, creo, si se dijo, debió decirse en perfecto y vigoroso alemán. La chica volvió en sí, miró a su alrededor con ojos desorbitados por el desconcierto; luego, se pintó en ellos el miedo; escupió sangre y rompió a llorar. Carlo se levantó y acudió a confortarla, desatándola del sillón, y apartando rudamente a codazos al sicario que la había atado.

—*Stimmt* —dijo el interrogador—. Decimos *genug* hasta la tarde. Le daremos tiempo, Monsignore, para que piense y recuerde.

—*Mittagessen* ahora —dijo Carlo—. Una comida especial para la *Herrenvolk*, pues hoy es la fiesta de la natividad de un judío subversivo y famoso. No cabe duda de que Adolfo es un sustituto bastante mísero de Cristo. Dios os ampare; que Él en su infinita misericordia os devuelva a la comunidad de los vivos.

Y rodeó con sus brazos a la chica, temblorosa y sollozante.

—Ya ves —le dijo el interrogador— lo que ha hecho por ti tu santo obispo. La culpa del dolor que sufriste y del que aún has de padecer es de Jesucristo y de su santo obispo. Cuando hayamos acabado contigo, estarás tan desdentada como tu abuela.

—Yo conozco a sus dos abuelas —dijo Carlo— y las dos puede roer huesos hasta el tuétano.

Y, luego, le soltó un gruñido al ayudante para que le abriese la puerta, rodeando a la chica con un brazo, para darle calor, un calor que la frialdad del sótano no había logrado disipar. Luego, se volvió al interrogador y le sonrió. Y dijo a Annamaria:

—Di que le perdonas por lo que ha hecho y por lo que va a hacer. Vamos, díselo, niña.

Y la chica, todo lo bien que pudo con la encía destrozada y un labio hinchado, dijo, recordando alguna lección del Evangelio, *I vostri peccati vi saranno perdonan*. Sería maravilloso cerrar el incidente con el ayudante rompiendo a llorar con gruesas lágrimas teutónicas y el interrogador de la Gestapo abandonando su tarea. Pero todo lo que sabemos es que la dulce voz de una niña con la boca destrozada habló de perdón en una gélida cámara de tortura nazi el día de Navidad. Esto debemos considerarlo un triunfo.

Carlo sabía perfectamente dónde estaban Gianfranco de Bosio y el grupo Fedele.

Un episodio más complicado de la actuación del obispo de Moneta durante la guerra es el relacionado con el *Gruppenführer* de la SS, al que el *Reichsführer* Himmler había encomendado la tarea de supervisar el traslado al Reich y la eliminación, a través de trabajos forzados y posterior liquidación, de la población

judía del norte de Italia. Este funcionario se llamaba Helmut Liebeneiner, y era un antiguo maestro de escuela de Westfalia, delgado, insensible, y dispéptico. Había trabajado durante un tiempo como comandante de campo en Oranienburg, se le atribuía la invención de una forma más maligna de *Stahlruten* que la SA, sus primeros manipuladores, habían utilizado, y estaba propuesto para un ascenso. Era hombre muy activo y pretendía que su estancia en Moneta fuese breve y productiva. Toda la potencia humana del ejército alemán debía consagrarse no sólo a capturar judíos sino también a humillar públicamente, antes de su emigración forzosa a los campos de trabajo del Reich, a sacerdotes, monjas y frailes. Al desnudar a los frailes franciscanos de cierto monasterio en una gélida *piazza* (a principios de enero) obtendrían pruebas de circuncisión ritual. Aún no se sabía con certeza lo que habría que hacer con el obispo de Moneta. En varias ocasiones que se había ahorcado a prisioneros como represalia por actos de terrorismo, el obispo se había ofrecido como víctima, pero no se había aceptado su ofrecimiento. Podría aceptarse pronto.

Los bombardeos aliados habían dañado gravemente la línea férrea de Trento a Moneta, y el Gruppenführer Liebeneiner se vio obligado a viajar de una ciudad a otra en un sedán Opel. No le gustaba viajar en coche pues era de constitución delicada y se mareaba en seguida. Al salir de Mezzolombardo se vio obligado a decir al conductor que parara un momento para vomitar al borde de la carretera. Cuando aún seguía con arcadas, pese a tener ya el estómago vacío, le capturaron unos partisanos del grupo Fedele. Al conductor le dieron varias puñaladas y le dejaron tirado en una zanja, aunque primero le quitaron el uniforme. Este uniforme y el del Gruppenführer Liebeneiner les sentaban bastante bien a dos partisanos de Bolzano, cuya lengua materna era el alemán. Al caer la noche, un sedán Opel paró delante del palacio del obispo de Moneta. Un hombre ensangrentado que vestía ropa interior gris fue sacado a patadas del coche e introducido en el palacio arzobispal entre ásperos gritos en alemán. Le esperaban. El falso Gruppenführer Liebeneiner se dirigió después al cuartel general de la SS en la ciudad, mostró su documentación, dijo que no había planes inmediatos para la captura de los *Judenscheiss* de Moneta; luego hailhitlereó y se fue. Por una ironía del destino, el falso Gruppenführer y su chófer perecieron en la carretera, víctimas de las granadas del grupo Diligenza, cerca de Campolasta. Los documentos de Liebeneiner fueron hallados en el cadáver, por lo demás inidentificable, dándose por muerto al Gruppenführer. Hubo sangrientas represalias, pero los inocentes de Moneta no padecieron.

El verdadero Liebeneiner estaba encerrado en una cámara de los desolados sótanos excavados en roca del *palazzo* episcopal. No pasaba frío. Llevaba seis mudas de ropa interior de lana norteamericana del obispo, varios pares de gruesos calcetines alpinos, botas forradas de piel y un abrigo de castor con gorro del mismo material. Tenía un colchón y ocho mantas. Tenía un cubo para hacer sus necesidades, una palangana y toallas. Tenía luz eléctrica y una selecta biblioteca de libros en alemán, que se limitaba a algunos de los autores más distinguidos proscritos por los nazis. Allí

estaban los poemas de Heine, y también las novelas de un austríaco famoso, Jacob Strehler, Premio Nobel de literatura en 1935. Liebeneiner no disponía de estufa de gas ni eléctrica pues podría utilizarlas como arma contra sus visitantes o contra sí mismo, pero Carlo siempre llevaba una estufa eléctrica y solía visitarle durante unas tres horas al día para charlar con él. Carlo también solía estar presente en las comidas de Liebeneiner, que eran todo lo buenas que aquellos tiempos de privación permitían: sopa de verdura espesa, asado de jabalí o guisado de conejo p liebre, el vino estimulante de la tierra, *grappa*. No le daban café, porque no lo había. Tenemos que imaginar sus conversaciones, aunque es fácil suponer cuál era el propósito de Carlo: quería convertir a un nazi convencido en un ser humano libre.

Esta empresa le resultó más difícil de lo que había imaginado. Al parecer, la Alemania nazi había conseguido producir un tipo nuevo de ser humano, un ser humano que había abdicado de los derechos y deberes de la libertad de elección moral, que era capaz de poner por delante de las realidades de la vida humana la abstracción de un sistema político, un ser humano capaz de obedecer sin vacilación, capaz, si se le ordenaba, de perpetrar las atrocidades más terribles sin el menor remordimiento, un ser humano cuyas satisfacciones eran vicarias o colectivas, cuyo credo era místico e inaccesible a cualquier análisis racional. Y, sin embargo, había que considerar a aquel hombre, a Liebeneiner, que después de todo había enseñado lengua inglesa y analizado poemas de Shelley y oraciones de Shakespeare, que amaba la música y había llorado por la muerte de su perro Bruno, que tenía una esposa y una hija a las que decía adorar y añorar amargamente, había que considerarle, repito, una criatura de Dios, capaz de redención cristiana. Carlo y él hablaban en inglés.

—Dice usted que ama a su esposa.

—Sí. La adoro.

—Si se demostrara que su esposa pertenecía a lo que se llama la raza judía, ¿seguiría amándola y adorándola?

—Claro que no.

—¿Así que todo un profundo entramado de emociones humanas, que hasta usted estaría dispuesto a considerar un estado espiritual del ser, puede quedar borrado de inmediato en virtud de una ortodoxia espúrea?

—No comprendo todas sus palabras. Habla usted demasiado deprisa.

—Hay un verso de Shakespeare que debe conocer usted: «No es amor el amor que muda por mudanza». ¿Cree usted que es verdad?

—Yo amo a mi esposa. Ella no es judía. Nunca podría demostrarse que lo es. Así que siempre la querré.

—¿Qué significa... *ser judío*?

—Pertener a una raza que se considera elegida por su dios tribal para situarse por encima de los demás pueblos. Es una raza con cualidades físicas y mentales especiales. Su sangre es distinta de la sangre aria. Ha declarado la guerra a la cultura aria. Y, en consecuencia, debe ser destruida.

—Muchos etnólogos, etnólogos libres, estudiosos que no están adscritos a ninguna ortodoxia política concreta, afirman que las diferencias raciales son muy superficiales. No existe, por ejemplo, una sangre judía. Al microscopio, todas las sangres parecen iguales.

—No es así.

—¿Ha tenido usted pruebas visuales de ello?

—La etnología del partido dice que no es así.

—¿El partido nunca se equivoca?

—Nunca.

Y así sucesivamente. Y, periódicamente, la pregunta de Liebeneiner: ¿Qué van a hacer conmigo, cuándo me van a entregar a los partisanos para que me despedacen mientras grito «Heil Hitler»? ¿Por qué no ponen fin a mi sufrimiento de una vez, qué es lo que se propone el obispo?

—Nada malo. Creo que la humanidad está por encima de la ideología política. Quiero que se una usted al resto de los seres humanos, que son sus hermanos. No tiene nada que temer. La guerra acabará pronto. Alemania quedará destruida, pero de sus ruinas surgirá una Alemania nueva. Será usted ciudadano de un Estado libre que no se basará ya en una doctrina falsa. Pero su carrera como funcionario nazi ha terminado. Los nazis están liquidados. Pero, Dios santo, hombre, ¿cómo va a estar todo el mundo equivocado salvo el Reich de Hitler? ¿No es por lo menos admisible que un sistema basado en la supresión del pensamiento libre y de la libre expresión, basado en el racismo y en el genocidio y en el culto al poder, sea insostenible? ¿Es que no puede usted aceptar al menos la posibilidad?

—Habla usted demasiado deprisa, pero creo que le entiendo. ¿Puede usted aceptar que su Iglesia cristiana puede equivocarse?

—Afronto todos los días esa posibilidad. Todos los días rezo pidiendo fe.

—También yo tengo fe. Y no tengo que rezar por ella.

—La fe que yo represento ha durado más que la suya. Es además la fe en una esencia espiritual, no en un caudillo mortal.

—Adolfo Hitler es tan inmortal como cree usted que es su Cristo. Cuando muera, en la carne, como murió su Cristo, vivirá en el espíritu. Si ustedes los cristianos destruyen Alemania, sólo destruirán tierra y campos y ciudades, y personas. Pero Alemania como la gran verdad del mundo no puede morir. La verdad aria no puede morir.

Y etcétera etcétera etcétera. *Und so weiter*. Entretanto, había llegado a la región el sustituto de Helmut Liebeneiner, un tal Ernst Lamprecht. Lamprecht sabía muy bien cómo iba la guerra y actuó de modo protocolario en su detención de judíos y cenobitas. Moneta estaba haciéndose muy famosa por el terrorismo. Los partisanos habían liquidado a tiros al alcalde fascista. Habían lanzado una bomba en el cuarto de guardia de un cuartel ocupado por los restos de un batallón de la Wehrmacht, matando a un sargento, dos cabos y tres soldados. Un pelotón de fusilamiento de la

SS, que se dirigía a su destino con las víctimas inocentes de la represalia de la Piazza Clementi, fue ametrallado desde una villa bombardeada. Los partisanos empezaban a hacerse con el control de la situación. Se necesitaban refuerzos para fortalecer la vacilante Línea Gótica, que quedaba más al sur. Las tropas de ocupación, una guarnición, oyeron rumores de una evacuación alemana total de Moneta y de su distrito. Se vieron centellear las embetunadas botas de Lamprecht que corría hacia su Opel para dirigirse hacia el noroeste. Quería irse. Lo mismo que todos los alemanes. Todos se fueron, salvo uno, que quedó encerrado, seguro, caliente, bien alimentado...

—No sé qué hacer con usted, francamente —le dijo Carlo con toda sinceridad.

Liebeneiner soltó una risilla apagada, pero triunfal.

—Pero —dijo Carlo— hay algo de verdad en eso que dice de que sólo cuando un hombre se ve frente a un peligro grave o a un dolor insoportable puede salir su mente del torpor de una fe ciega. ¿Ha participado usted alguna vez, hijo mío, en la administración de tortura?

—La he ordenado, la he presenciado.

—¿Y también de matanzas, o liquidaciones, o eliminación masiva, o como le llamen ustedes?

—Era un deber.

—¿No sintió usted horror ni compasión ni remordimientos?

—Era un deber.

—Vaya, en fin, Dios me perdone, pero yo también debo cumplir con mi deber.

Esta vez, Liebeneiner no soltó ninguna risilla.

—Sabía que acabaría llegando a esto. Usted predica mucha misericordia y bondad y tolerancia, y las demás virtudes cristianas, pero se encuentra con que al final tiene que utilizar la crueldad. Ésa es la historia de su Iglesia, con la Inquisición española y la noche de San Bartolomé y millones de mártires quemados en la hoguera en nombre de su Cristo.

Dijo esto en alemán. También Carlo habló en alemán. Dijo:

—Bueno, debería usted aprobarlo. Es el sistema nazi.

—Es válido cuando se aplica a los enemigos del Reich. No lo es cuando lo utilizan razas inferiores contra la raza superior.

—¿Pretende usted decir que yo pertenezco a una raza inferior a la suya? —dijo Carlo—. Hablo una lengua indoeuropea, o una lengua aria como usted dice, más antigua. Tengo más razones históricas para pertenecer a una civilización superior que usted. Pertenezco al pueblo de Virgilio, Horacio y Lucrecio. De Dante Alighieri y de Leonardo y de Miguel Ángel y... ¿hace falta que siga?

—El cristianismo ha corrompido su civilización.

—Mi civilización es producto del cristianismo. Ustedes los nazis no tienen más que aullidos, ladridos y marchas militares... Lo que tenían como miembros del Sacro Imperio lo han destruido estúpidamente. Pero de nada sirve apelar a su razón. Lo que busco es su alma.

Para llegar al alma de Liebeneiner, Carlo Campanati solicitó la ayuda de un par de partisanos, uno de los cuales, Giuseppe Chinol, había trabajado en un matadero de reses, y el otro, Enrico Tramontana, había hecho ataúdes. Eran hombres corpulentos pero no inclinados, por naturaleza, a la crueldad. Carlo dijo a Liebeneiner:

—Todo esto será muy simple. Le retorcerán el brazo casi hasta rompérselo por detrás, por la espalda. Cuando el dolor le resulte intolerable, le ruego que insulte, maldiga y rechace su credo nazi y a los monstruos que lo representan. Entonces cesará el dolor. Yo sabré y usted sabrá que no cree realmente en lo que diga, o, más bien chille. Será sólo un modo de paralizar el dolor. Pero resultará muy notable oír esas palabras de repudio. Tanto para usted como para mí. Será la primera vez que usted las pronuncie.

—No las pronunciaré. Es usted imbécil.

—Claro que las pronunciará.

Y así fue. Mientras vomitaba el desayuno en el cubo, sudando de dolor y humillación, Liebeneiner parecía mascullar alguna antigua oración alemana de perdón. Carlo escuchaba amablemente, con interés.

—Así que reza usted —dijo—. ¿A quién? ¿A Adolfo Hitler? ¿A una de las deidades de Wagner? No conozco ningún dios árbol teutónico que se llame *Scheiss*. Pero no me sorprendería que hubiera uno.

Los nazis habían tenido muy poca experiencia de martirio. Al cuarto día de su tratamiento de recuperación, con Giuseppe Chinol dispuesto a la manipulación inocua pero dolorosa de su brazo, Liebeneiner dijo que la tortura era innecesaria: estaba dispuesto a vilipendiar su propio credo y a la raza y a los jefes y caudillos sin tortura. Era la fórmula de apostasía lo que en realidad deseaba el obispo, no el dolor. Desear causar dolor al prójimo era contrario a su condición de cristiano. Carlo cabeceó con tristeza y dijo:

—Si se administra el dolor con regularidad, como se hará mientras lo juzgue necesario, descubrirá usted cada vez más que necesita identificarse con alguna imagen, real o mítica, que haya sufrido un dolor aún mayor que el suyo. Esta identificación siempre ha sido necesaria en la larga historia de la persecución religiosa. Sublima el sufrimiento y, al mismo tiempo, lo dulcifica. Por desgracia, ustedes los nazis no tienen una verdadera mitología de la persecución. ¿Horst Wessel? Eso no es nada. ¿Facinerosos aporreados en luchas callejeras entre nazis y comunistas? ¿Hitler en la cárcel? No. Frente al dolor, el nazi se halla en una situación para la que su credo no le ha preparado. Ya ve usted claramente cuál es su problema. *Bene, Giuseppe. Adesso comincia la tortura.*

Liebeneiner soltó un grito.

—Odio a Hitler, el credo nazi es inhumano, los alemanes no son la raza superior, pare por amor de Dios.

Giuseppe Chinol paró.

—¿Qué decía usted? —preguntó Carlo.

—Cabrón. Cerdo asqueroso, salvaje. Cabrón, asqueroso, salvaje, decadente.

—Son palabras —dijo Carlo— que debe haber oído usted a los adversarios torturados por su propio régimen. Ya ve que es posible aprender hasta de las personas a las que se desprecia. Veo que en su arrebató pronunció usted el nombre de Dios.

—Fue sólo un sonido. Nada más. Tengo que vomitar.

—Vomite, hijo mío, vomite.

Y mientras Liebeneiner vomitaba, Carlo examinaba con repugnancia una serie de satinadas fotografías de tamaño grande. Eran parte del archivo de la infamia nazi en los campos de muerte y de trabajo. Los propios nazis habían recopilado aquel archivo. Su filosofía les decía que no había en ello infamia alguna. Que así perezcan todos los enemigos de las benéficas tinieblas. Aquellas fotografías se las habían dejado en la casa de la Via Giuseppe Verdi que había servido como cuartel general de la SS. Era un documento espiritual. Por eso lo habían puesto en manos del caudillo espiritual de la comunidad, que chupaba ahora uno de los últimos puros toscanos que le quedaban.

—Le dejaré esto para que lo examine —dijo Carlo cuando el sudoroso y pálido Liebeneiner volvió a sentarse al borde de su catre—. Sentirá usted algo que no ha sentido hasta ahora: una cierta camaradería, una cierta afinidad con algunas de esas víctimas. Los sufrimientos de usted no han sido nada, claro, si los comparamos con los de ellos. La guerra, por cierto, está prácticamente terminada. El Quinto Ejército norteamericano ha entrado ya en Milán. Los rusos están a las puertas de Berlín. Tal vez no quiera creerme. Pero si le dejase libre ahora, le harían pedazos algunos ciudadanos italianos que han conseguido liberarse de su nefando yugo. ¿Debo dejarle libre? Vaya, así que me cree. Considérese afortunado por estar a mi cargo. Le aseguro que no saldrá usted de aquí hasta que se haya convertido en un hombre distinto. Esta tarde volveré a verle. Y traeré conmigo al buen Enrico. Un buen chico, un chico fuerte, que normalmente no desearía hacer daño a una mosca. Ay, las cosas que nos han obligado ustedes a hacer.

O palabras parecidas. Y sólo tras un mes de benéfica tortura, empezó Liebeneiner a ver que su sitio estaba con las víctimas, y que una filosofía de jefatura brutal de nada le servía en sus padecimientos. ¿Tuvo una visión de Adolfo Hitler crucificado: desnudo, la tripilla como un bollito de crema, el copete de pelo y el bigotillo intactos, gritando *Eli, Eli, lama sabacthani*? La imagen era, por supuesto, absurda. Hitler no era, por definición, uno de los crucificables. Sin embargo, él, Liebeneiner, fiel servidor del Führer, no disponía de ninguna defensa metafísica o teológica contra los padecimientos del cuerpo y las humillaciones del alma. El Führer le había abandonado. El buen Giuseppe Chinol le rompió el brazo al final, por puro accidente. Liebeneiner se desmayó. El obispo quedó muy afectado por este hecho. Se avisó al doctor Praz para que le recompusiera el brazo y se lo vendara. Durante un tiempo, cesaron las torturas. Carlo esperaba pacientemente a que Liebeneiner experimentase un sueño liberador. Sabía que un cambio de ánimo solía venir precedido de una serie

de pesadillas que culminaban, con frecuencia, en una visión onírica del infierno que acaba siendo una revelación de la luz. El problema que planteaba el alma de Liebeneiner era que se trataba de un alma muy poco notable. Un alma hecha para una filosofía simplista como la nazi. Y, sin embargo, era un alma humana que había salido de las manos del Señor. Dios amaba a sus criaturas. El Señor amaba a Liebeneiner. Lo único que pedía de Liebeneiner era todo el amor recíproco (y en su apellido había *amor*) como era capaz de dar Él, gratitud por el don de la libertad moral, una mínima caridad con los demás, humildad. Carlo acudía todas las mañanas con el desayuno de Liebeneiner (leche de cabra, agua mineral, pan, mermelada) y le preguntaba por sus sueños. Una mañana, Liebeneiner dijo que había soñado que estaba muerto.

—Bueno. Lo está usted, desde luego, está usted oficialmente muerto.

—Vi mi cadáver. Estaba en un gran campo de batalla. Contemplé mi cuerpo y miles de cadáveres. Lloré.

—¿Y lloró usted por su propio cuerpo o por todos los cuerpos?

—No sé. Lloré. Los cuerpos eran los de mis camaradas muertos en el combate.

—No podía usted ver si eran sus camaradas o no. Eran sólo cuerpos de hombres muertos. Y, sin embargo, *eran* sus camaradas.

—Había mujeres también. Desnudas. Todo el mundo estaba desnudo. Y yo no podía dejar de llorar. Cuando me desperté, tenía los ojos llenos de lágrimas.

Carlo le miraba bondadosamente.

A Liebeneiner no se le había permitido afeitarse desde su ingreso en los sótanos episcopales. Ni le habían cortado el pelo. Le habían dado regularmente agua caliente para lavarse y no oler mal, aunque despedía una especie de hedor espiritual que, según Carlo, emanaba de todos los nazis que había conocido, aunque estuviesen meticulosamente bañados y perfumados. El mal y la estupidez tenían sus aromas distintivos, pero a veces resultaba difícil diferenciar uno de otro. Liebeneiner ya no olía demasiado mal. Con el pelo sin cortar y con la barba, que era de un gris oscuro amarronado, podría haber representado perfectamente la imagen nazi de un intelectual judío.

—Pronto estará usted en casa —dijo Carlo—. O iniciará el viaje hacia allí. Hay mucho camino hasta Münster. Y no queda mucho de Münster, la verdad. Pido a Dios que su esposa y su hija sigan aún con vida. Piense qué alegría se llevarán cuando vean que su marido y padre ha resucitado de la tumba.

—¿Ha terminado ya la guerra?

—Casi, casi. Su Hitler no fue muy buen profeta. ¿No le parece? Un Reich de mil años, sí, sí. Fue un sueño tonto. ¿Qué otros sueños tiene usted que contarme?

—Soñé que era Navidad y que yo era un niño. Y el Niño Jesús estaba en el pesebre.

—Ay, ustedes los alemanes, sentimentales condenados. Crueldad y sentimentalismo y nada entre ambas cosas. Con el tiempo que costó cristianizarles a ustedes y aún no entienden de qué va la cosa.

*Mit blankem Eis und weissem Schnee
Weihnachten kommt juchhe! juchhe!*

»Es hora de otra lección. Traeré aquí abajo mi gato negro y le cortaré la garganta con un cuchillo de cocina. Es un gato malvado, anda siempre comiendo pájaros. Disfrutará viendo correr la sangre, ¿verdad que sí?

—No no no no no.

—Ay, malditos alemanes. ¿Quiere que le traiga un judío, entonces? Eso no estaría tan mal, ¿verdad? Un judío con una barba como la que tiene usted, y le meteríamos la cabeza en el cubo de los excrementos, le dejaríamos ahogarse en excrementos nazis, limpios y saludables. Será mejor que se prepare para el gran mundo exterior, *Herr Liebeneiner*. La verdad es que ya estoy muy harto de usted.

Liebeneiner parecía muy nervioso. Su rostro había ido adquiriendo gradualmente, durante su benigna prisión, las características zorrunas de la suspicacia y el recelo: su rostro se había convertido en el rostro de un preso, en un rostro casi humano.

—Saldré, sí —dijo—, cuando haya seguridad en el exterior. Pero no antes.

—Sí —dijo Carlo—, claro que sí. Lo que usted quiere, es seguir aquí abajo acurrucado, en su madriguera, con sus mantas y sus tres comidas al día. Es más o menos como estar dentro del partido nazi, ¿verdad? No tiene que enfrentarse a ese mundo sucio y grande donde los vientos han derribado todos los postes indicadores. Un mundo en el que hay que tomar decisiones morales. Mire, yo no tengo ningún deseo concreto de convertirle a usted en un cristiano. Sólo quiero recordarle lo que es sentirse miembro del género humano, de la raza humana, la única raza que existe, porque no hay ninguna raza superior, nunca la ha habido. El demonio se posesionó de su pueblo, del pueblo alemán, y no estoy utilizando una metáfora. Una fuerza diabólica colosal cayó sobre ustedes, demasiado estúpidos para identificarla como lo que en realidad era. Su Adolfo Hitler era un gran hombre, de eso no hay duda. Y digo *era* porque es prácticamente seguro que está muerto. Fue una auténtica encarnación del mal, algo muy raro en la historia del mundo. Si hubiera podido tenerle a él aquí abajo encerrado, como le he tenido a usted, me habría visto obligado a realizar un fatigoso programa de exorcismos. Quizá no hubiera ganado, desde luego, pero habría tenido que intentarlo. Y muy bien podría haber acabado yo en el infierno a causa de ese intento. En cuanto a usted, no hay nada en realidad en lo que trabajar. Por lo menos, no hay mucho, *Herr Liebeneiner*. Usted siempre fue una especie de vacío que el partido nazi se encargó amablemente de llenar por usted. Me habría complacido muchísimo más que hubiera tenido usted convicciones auténticas y no un simple repertorio de consignas. Pero, Dios santo, ha debido hacer usted muchísimo mal en su vida. Mañana por la mañana, quiero que me lo cuente todo punto por punto. Creo que será una especie de purga. Luego, dejaré que le corten el pelo, pero si yo fuera usted no me afeitaría la barba. No parece una característica del *Herrenvolk*. Le proporcionaré prendas de ropa viejas y unas botas del Ejército. Luego iniciará usted

el camino hacia su casa. A pie. Tendrá que tomar muchísimas decisiones interesantes en el camino. Tendrá que decidir si va a robar o no, y a quién, si va a ayudar a los vagabundos menos afortunados que usted. Tendrá que decidir qué mentiras va a contar a los diversos soldados aliados con que se encuentre. Tendrá usted la oportunidad de convertirse en un ser humano. Luego, más tarde, quizá sea capaz de escribirme una carta, la verdad es que tengo verdadero interés por tener noticias tuyas. Liebeneiner frunció el ceño.

—Así que fuimos todos engañados.

—Alabado sea Dios, parece que empieza usted a entender de una vez.

—La próxima vez no nos engañarán.

—Por los clavos de Cristo, no hay nada que hacer con ustedes. No es pecado, no, es pura estupidez. Ay, Dios mío querido.

—Ojalá su Dios —dijo Liebeneiner— encierre a Adolfo Hitler en un infierno profundo y eterno. Caiga la maldición de Dios sobre todos ellos. Y no tiene que retorcerme el brazo ya para obligarme a decir esto. Son los judíos los que han ganado, ¿no? Y los bolcheviques. Los capitalistas internacionales y los comunistas internacionales y los liberales y los librepensadores internacionales decadentes.

Carlo pensó entonces que se había precipitado un poco al clamar contra la estupidez nazi.

—Lo que puede decir usted —dijo— es que su filosofía del poder y de la intolerancia no ha triunfado. Ha sido derrotada. En consecuencia, era errónea. Si ustedes los alemanes quieren ser la gran raza superior, tendrán que pensar en otra cosa. Han asesinado a un gran sector del pueblo judío. Quizá tengan que llenar ese vacío. Los alemanes tendrán que convertirse ellos mismos en los nuevos judíos. Fortaleza a través del sufrimiento. *Kraft druch Leid*. Le veré mañana.

Al día siguiente, Carlo Campanati oyó la confesión completa de Liebeneiner. Confesión sin absolución. Pero fue algo tan estadístico, tan abstracto. No había orgullo alguno en la matanza y, desde luego, no había ningún remordimiento. Había, sí, cierta autocompasión, pues la compasión está enraizada en la psique humana y ha de encontrar algún objeto en que centrarse: la presión de la disciplina, los problemas de organización, los gritos y hedores que ofendían la delicada sensibilidad de Liebeneiner. Por fin, los despojos. En mitad de la noche siguiente Liebeneiner, bien calzado, con buena ropa de abrigo, con un traje viejo, obsequio del capellán de Carlo, sin dinero y sin documentos de identificación, fue puesto en libertad. Pasó a utilizar sólo el apellido de su madre, que era Waschneck. Dos años después, Carlo Campanati recibió una carta, en inglés, de Helmut Waschneck. Daba clases en un instituto de enseñanza media de Lippstadt, en la zona británica. Su esposa, su hija y él estaban bien. Asistían con regularidad a los servicios de la iglesia luterana de la localidad. Había un gran alemán, Martín Lutero. Había otro gran alemán, Johann Sebastian Bach. Los alemanes tenían un gran destino, y ese destino era civilizar al mundo. El comunismo seguía siendo el gran enemigo. Sólo podía combatirse con el ejemplo de

la libertad democrática. Dios santo, el mundo aún vería que su única esperanza estaba en la democracia sistemática y en la libre elección moral sistemática. Alemania se lo demostraría al mundo entero. *Deutschland über alles*. Lo único que necesitaba Alemania era un caudillo.

El lector sensible habrá percibido la mano de Toomey en lo anterior. La fatiga de la intervención es menos ardua que el esfuerzo de copiar palabra por palabra. Quizá yo sea un mal escritor, pero soy mejor que Howard Tucker a la hora de inventar o mentir. Al no estar comprometido con hechos verificables, como lo está el escritor de su género, puedo entregarme a la libre imaginación que a menudo resulta ser lo más ajustado a la verdad. La cuestión es, en mi crónica, que Carlo luchó por una causa justa y yo no.

El que yo no hubiese luchado, y no hubiera hecho algo para expiar, no exactamente una traición pero sí ciertamente una conducta vergonzosamente antipatriótica, se menospreció oficialmente cuando desde la oficina del Primer Ministro me ordenaron que me incorporase a la delegación de parlamentarios que visitó Buchenwald el 21 de abril de 1945. ¿Podía, en realidad, dar una orden de este tipo el jefe del ejecutivo? Probablemente sí: aún estábamos en guerra; todos estábamos sometidos, por tanto, a sus órdenes. El porqué de que diera tal orden nuestro Gran Caudillo Bélico, como a menudo se le llamaba, me lo aclaró Brandan Bracken, ministro de Información, un expansivo joven pelirrojo de dentadura pésima, al que se creía hijo natural de Winston Churchill. Me telefoneó el 18 de abril para decirme que el Primer Ministro había comentado en una conversación privada en un banquete que la infamia de los campos nazis, como les llamaba, debía reseñarse en un libro, y que quizá fuese el deber de un escritor como Kenneth M. Toomey, que se había hecho rico a costa de la literatura popular, pero que no parecía muy inclinado a agradecerse al público británico que le leía sirviendo a su patria, escribir un libro sobre los campos que publicaría el propio gobierno de Su Majestad. Bracken dijo que iba a enviarme toda la documentación disponible, junto con fotografías que me revolverían el estómago, y que debía volar a Weimar en un avión de transporte de la RAF junto con ciertos miembros del Parlamento, para contemplar las pruebas de la infamia nazi antes de que los norteamericanos lo eliminasen todo. El general Eisenhower, podía añadir, añadió, consideraba, lo mismo que el Primer Ministro, que este trabajo era tarea de un escritor y que probablemente yo fuera el más indicado para ello.

—No pueden ordenarme que escriba un libro —dije.

—Por Dios, amigo, eso por descontado —dijo Bracken—. Pero la opinión general es que, en realidad, le gustaría a usted hacerlo. Usted no huele precisamente a rosas, la verdad. De todos modos, ésa es la opinión del Primer Ministro. Le enviaré ese material. Alguien se pondrá en contacto con usted para indicarle los horarios y el lugar de encuentro y demás. Que tenga buen viaje.

No conocía a ninguno de los miembros del Parlamento que volaban conmigo. En el comedor de oficiales del ejército norteamericano de Weimar, nos dieron de comer *Spam* caliente y mermelada de fruta y toda una variedad de refrescos. Mientras

comíamos, un oficial médico del ejército norteamericano nos fue proporcionando unas estadísticas que no contribuyeron precisamente a despertar el apetito. El campo había empezado a funcionar en 1934. Estaba planeado para albergar a unos cien mil internados. El 1 de abril de 1945 había 800.813. Justo antes de la llegada de las fuerzas norteamericanas, el 11 de abril, los alemanes trasladaron a unos 20 000 para que las cosas no pareciesen tan mal. Los internados eran en principio prisioneros políticos alemanes y judíos; más tarde, cuando el Reich se expandió, en todas direcciones, había gente de todo tipo, pero principalmente judíos, de Checoslovaquia, Polonia, etc. El campo estaba mal planeado y mal atendido. Toscas cabañas de madera con suelo de tierra y sin ventanas, sin ningún servicio higiénico. El número total de exterminados hasta el 1 de abril de 1945 era de 51.572. Los nazis se habían dejado atrás unos archivos perfectamente detallados, en los que estaban registrados todos los nombres. La suciedad y el hedor eran aún asfixiantes, pese a que estaba en marcha el enérgico plan de limpieza norteamericano. En cuanto al resto, podríamos verlo por nosotros mismos. Lo vimos. Y también un grupo de civiles alemanes de la región de Weimar. Era norma llevar a un grupo de civiles todos los días. Los miembros de aquel grupo vestían ropa de abrigo aceptable, aunque monótona y gris, ninguno parecía mal alimentado. Ninguno parecía muy distinto al hombre o a la mujer que podías encontrarte en el autobús número 57. Decían *schrecklich* y *entsetzlich* y *grauenhaft* y demás, gente normal y decente reaccionando ante las pruebas de pasados horrores perpetrados por otros. Una mujer vomitó en el pañuelo. Seguían a un sargento primero que mascaba algo medicinal y hablaba en alemán de Milwaukee con esporádicas interpolaciones en inglés, como «vosotros krauts malditos» y «vosotros cabrones asesinos», etc. Entre los parlamentarios había un tory sobrealimentado, muy grande, un antiguo jugador de rugby de la universidad, que decía continuamente «Dios santo» como si estuvieran forzándole a beber un oporto de mala calidad. No había mucho más que decir, la verdad.

—Esto —dijo el coronel que nos hacía de guía— fue un burdel para prisioneros no semitas de alto rango. Cuando llegamos, encontramos aquí mujeres. Se prometía a las prisioneras de los campos de mujeres mejor tratamiento si aceptaban la tarea. Tuvieron suerte de que no las matasen, mataron a todos los demás. Ahora estamos utilizándolo como hospital provisional para los casos realmente graves de desnutrición. Como éstos.

El tory soltó un *Dios santo*. Eran todos niños, ojos desorbitados, grandes dientes, extremidades como palitos de cerillas.

—Aún hay unos ochocientos niños en el campo —dijo el coronel—. Ya los verán.

Les vimos. Vimos las cabañas dormitorio, donde seis hombres habían tenido que intentar lo imposible, dormir todos en una especie de estantería de madera de uno ochenta de profundidad, uno veinte de anchura y sesenta centímetros de altura. La cabaña hospital, de 24 metros de longitud, destinada a los que padecían tuberculosis y disentería, albergaba a una población habitual de unos 1300 prisioneros. Se habían

realizado operaciones sin anestesia y a la vista de los demás pacientes. Los cadáveres se arrojaban al fondo de la cabaña y luego se recogían con carretillas, por la mañana, unos para los crematorios, otros para los laboratorios de patología. En un laboratorio vimos estanterías y estanterías, atestadas de polvorientos tarros de cristal con hígados, bazos, riñones, testículos, ojos.

—En este lugar —dijo el coronel—, los médicos inoculaban a los judíos tifus para conseguir suero. Experimentaban nuevas técnicas de esterilización. Llegaron a la conclusión de que la castración era el mejor sistema. Esto era en la época relativamente humanitaria que precedió a la política de exterminio. Veán cómo las paredes están decoradas con mascarillas mortuorias. Parece ser que intentaban clasificar fisonomías judías.

Apenas si me atreví a examinar aquellos nobles rostros martirizados; temía hallar entre ellos el de Strehler. Luego, vimos la trampilla y el conducto que daba al sótano del bloque mortuorio. Por allí abajo tiraban a los rebeldes y a los enfermos incurables, para su ejecución inmediata. Vimos los cuarenta patíbulos con sus cuarenta garfios. Había un hercúleo garrote manchado de sangre para rematar a los que no morían con suficiente rapidez. Hornos crematorios. Costillas, cráneos, columnas vertebrales, todo calcinado.

—Esto —dijo el coronel en la oficina central de Koch, al comandante del campo, que ahoraapestaba a glorioso Lysol, y estaba llena de tecleantes oficinistas— es una pantalla de lámpara. Parece una pantalla normal. La encontramos en la lámpara de la mesita de noche de *Frau Koch*. Es de piel humana auténtica.

Resultaba aún más grotesco con el acento sureño del coronel. El coronel prosiguió:

—La buena de *Frau Koch* tenía muchos artículos domésticos hechos con piel humana.

Un delegado socialista, miembro del Parlamento por Coventry South, salió a vomitar.

Yo estaba preparado para soportarlo todo, y más. Hasta un olor penetrante que los equipos de desinfección aún no habían podido eliminar. ¿Qué olor era aquél? Un olor demasiado humano, no efluvios de fuerzas diabólicas. Una mezcla de orina rancia, heces enfermas, grasa rancia, trapos viejos, encías enfermas, queso. Queso gorgonzola. Podía captarlo todo. Era mi propio olor, el de toda la humanidad. ¿Qué palabras podía encontrar, qué palabras podría haber encontrado el doctor Samuel Johnson para expresar aquello? Johnson, cuando pasaba una vez por delante de una pescadería de Fleet Street, vio que estaban desollando viva una anguila y oyó maldecir al desollador porque la anguila no se estaba quieta. Yo vi claramente la anguila: tenía la cabeza de Oliver Goldsmith. Y pude captar otra visión, la de suaves profesores con ropaje académico, nazis todos, todos confirmando cultamente que el hombre había nacido, como enseñó un padre de la Iglesia (¿Tertuliano? ¿Orígenes?) *inter urinam et faeces*. Uno de mis zapatos, que no me ajustaba bien del todo, quedó

atrapado en un barro que era como cola roja; salté, zapato en mano, a un sector de suelo seco, junto a una pared de madera. Habían encendido allí fuego y había un trozo de papel impreso medio quemado. Me apoyé en la pared y me limpié el zapato. El papel parecía haber sido arrancado de algún texto latino. Leí: *Solitam... Minotauro... pro caris corpus...* Tiré el papel. Podía oír detrás de mí la voz sureña del coronel emitiendo algún juicio que los delegados parlamentarios tenían competencia suficiente para emitir por sí mismos: degradación, el nivel más bajo de la historia humana. Y, añadió el coronel, este campo sólo era uno de muchos y no el peor, ni mucho menos. Contemplé el cielo, lavado por la lluvia, puro, y vi una alargada nube rosa como un ángel de Picasso con trompeta. El Príncipe del Poder del Aire. No. Aquello no era trabajo de Lucifer. El intelectual rebelde contra Dios no podía rebajarse a aquello. Aquello era puramente humano, puramente yo. Pasó un enano jorobado con la cabeza afeitada, vestido con un ropón gris informe, murmurando. Era Dahlke, al que ya nos habían presentado, un comunista que había estado diez años en el campo y al que habían adjudicado la delicada tarea de encender los hornos. Tenía que esperar ahora que le llegase el turno de un destino para el mundo de los vivos, un mundo en el que podría encender hornos al servicio de alguna otra ortodoxia. Era más hombre él que el *David* de Miguel Ángel (un judío eliminable, después de todo). Él me dio una pauta para una imagen del hombre como algo muy pequeño y contrahecho y grotesco, gimiendo cancioncillas entre dientes, mientras pisaba basura anónima. El hombre no había sido corrompido desde fuera por el Príncipe del Poder del Aire. El mal estaba en él, no había para el hombre esperanza de redención. ¿Había alimentado yo, en mi reciente soledad, fantasías de amor varonil puro, liberado de apremios biológicos? No, más bien de cuerpos manipulables, a menudo sin rostro, para utilizar en despreocupados espasmos. Y a veces, cuando el espasmo era difícil de alcanzar, el cuerpo tenía que ser desgarrado, el *antrum amoris* estallaba y descargaba su basura almacenada.

Todos caminábamos o nos quedábamos encogidos con una cuña ensangrentada en el cerebro.

Yo no tendría necesidad de repasar las fotos del paquete del Ministerio de Información, que ni siquiera había abierto. No había ningún horror perpetrado en el mundo real que no conociese ya el hombre por sus sueños. Cristo en la cruz con un agujero en el costado y el agujero utilizado *penetrationis causa membrorum virilium centurionum Romanorum*. El vientre aplastado y la sucia consigna escrita en fragmentos de entrañas. Ningún límite. Semen en el cráneo. El aparato sexual arrancado de raíz e introducido jocosamente por el ano. En una edad cuantitativa, los nazis habían explotado el horror del exceso: ése era su único logro, su única innovación. Pero, entretanto, y yo no lo sabía aún, aunque nuestro Gran Dirigente Bélico lo sabía, ya estaba engrasando las armas para ponerlas en manos de niños y matar a los rusos que regresaban en los barcos; víctimas de Yalta, les llamarían luego. La carne humana no valía gran cosa, había mucha más en el mismo sitio de donde

procedía aquélla. Hombres con mascarillas en tractores lo voltearían todo y lo utilizarían para nutrir la tierra. Era como un *ballet* de súplica ciega cuando los flacos miembros se animaban por obra de los motores impetuosos, y se hundían luego en la pausada economía de la naturaleza. Sentí deseos de que estuviese allí conmigo Carlo, para que oliese el rancio gorgonzola de maldad humana innata y se atreviera a decir que la humanidad era creación divina y por tanto buena. Bueno, así soy Señor, el demonio me obligó a hacerlo. El hombre no era creación de Dios, de eso no cabía duda. Sólo Dios sabía de qué montón de estiércol primordial supurante había surgido el hombre.

El pasaporte que me habían quitado había expirado ya por entonces, y yo lo sabía. Y, poco después del día de la victoria en Europa, tuve que salir para Nueva York. Había recibido una carta de mi sobrina Ann que contenía noticias terribles. Y yo, humildemente, desdeñando contactar con gente importante, telefoneé a la oficina de pasaportes, Petty France, y me puse en comunicación con un funcionario de segunda fila, una mujer con acento de Middlesex. Quiso saber adónde quería viajar y por qué. Se lo dije.

—Se trata de mi hermana. Está muy enferma. Ha tenido un accidente espantoso.

—¿Ha tenido usted pasaporte antes?

—Sí, pero quedó destruido en un bombardeo aéreo. Junto con otros documentos y posesiones personales.

—¿Informó usted de esto en su momento?

—Bueno, no, no me pareció necesario. Había otras cosas en qué pensar, además. ¿Qué tengo que hacer? ¿Rellenar un impreso? ¿Puedo acercarme a verla?

—Tiene usted que informar siempre que pierda el pasaporte. El pasaporte es propiedad del gobierno de Su Majestad. Es un documento valioso.

—¿Comprende usted la urgencia del caso? Se trata de mi hermana. He recibido una carta de mi sobrina. Se la leeré si quiere.

—Aunque le diésemos un pasaporte, tendría que conseguir además un permiso especial para viajar. Los servicios del gobierno tienen controlado todo el transporte. Únicamente puede viajar usted, en principio, por asuntos oficiales muy urgentes.

—Estoy dedicado también a asuntos oficiales. Estoy escribiendo un libro para el gobierno de Su Majestad. Por orden del Primer Ministro.

—¿Sobre qué?

—Sobre los campos de concentración nazis.

—En Norteamérica no hay campos de concentración —dijo con toda razón—. Al menos, que yo sepa.

—¿Qué me dice del pasaporte?

—No puede usted utilizar un pasaporte todavía. Ha habido guerra, sabe. Y aún hay guerra con los japoneses.

—Ya lo sé, señorita, por Dios. También yo leo los periódicos.

—No tiene por qué gritarme. Por favor, recuerde que está hablando usted con un funcionario.

—Bueno, maldita sea, ¿no se pondría usted también a gritar en una situación como ésta? Mi hermana ha tenido un terrible accidente. Puede estar muriéndose, Dios mío.

—Sería mejor que escribiera usted una carta pidiendo un impreso oficial de solicitud. Luego, la solicitud seguiría los cauces reglamentarios. Y se le informaría a usted a su debido tiempo.

—Gracias por nada.

—De nada le vale ponerse ofensivo.

Telefoneé al Ministerio de Asuntos Exteriores dando mi nombre y explicando que me habían retenido el pasaporte mientras durasen las hostilidades; que las hostilidades parecían haber terminado y... me pasaron con una mujer que tenía acento de Middlesex. No se molestó. Telefoneé a Brendan Bracken comunicándole que era preciso y urgente que entrevistase a ciertos refugiados alemanes distinguidos en Estados Unidos. Para el libro. Está bien, pues, una conferencia para los norteamericanos que no habían salido de su país, sobre los horrores de Buchenwald. No hay nada que hacer, amigo. Diciendo que mi apellido era Marchal, acudí al Departamento Consular de la embajada francesa y, con mi exquisito francés, dije que lamentablemente no tenía pasaporte, pues había cruzado el canal en una pequeña embarcación en 1940, para unirme a la Resistencia y... Debía hacer una solicitud escrita que aportase testimonios de alto nivel que permitiesen mi identificación. Acudí a la Embajada norteamericana, practicando por el camino una especie de acento de Boston, pero la sección consular estaba atestada de mujeres inglesas casadas con soldados norteamericanos buscando visados. Lloré.

En mi calvario, me senté en la cama fría de lo que había sido la habitación de Heinz, con los pasaportes de la señora Hilda Riceyman y de la señorita Flora Alberta Stokes temblando en mis manos. No había modo de masculinizar aquellos nombres. Además, ambos pasaportes habían caducado. Hacia finales de julio, tuve visita. Toda la unidad cinematográfica de mi sobrino John o Gianni. Probablemente con el Jeep aparcado fuera. Jake Schlitz, el sargento McCreery, el teniente Mayer, cargado con regalos de las tiendas del Ejército norteamericano. Y el cabo Campanati, rubio y fornido, con un metro ochenta de estatura. Caramba, qué bien.

—John, oh Dios mío, John, ¿te enteraste de lo de tu madre?

—Me llegó la noticia, sí. Una noticia ya vieja. Había un montón de correspondencia amontonada en Génova. ¿Qué más noticias tienes tú?

Cogí de mi escritorio mi última carta de Ann.

—Tuvieron que sacarle el ojo. Suerte que no le afectó al cerebro. Oh, Dios mío. Parecerá un pirata. Pero, en fin, por lo menos está viva. Eso es lo que importa. Está viva.

Y era cierto, por supuesto. La cuestión era sobrevivir. Y ni siquiera era una víctima de guerra, además. Este equipo debe haber filmado mucha muerte. Me gustaba el aspecto de aquellos muchachos, norteamericanos honrados, torpes y efusivos con el próspero aroma de una tierra generosa, modales sencillos y suaves: Schlitz era bastante moreno, mascaba chicle en movimiento rotativo; McCreery, pelirrojo y huesudo, tenía unas manos grandes e inquietantes que precisaban siempre alguna ocupación, como tallar, para no hacer travesuras; Mayer, delgado y cetrino, ojos castaños, cálidos y húmedos, tras unas gafas de montura de acero del ejército. No tenía nada que darles, pero ellos habían traído botellas de Haig y Beefeater. Saqué

hielo y los mejores vasos. Se tumbaron por allí, con sus flexibles extremidades norteamericanas, relajados, sintiéndose plenamente en casa. Un bonito piso este que tienes. El teniente Mayer dijo:

—Le vi a usted en la Metro, señor Toomey. Salía usted del edificio de los escritores. Iba como murmurando. Yo estaba con mi papá, y él dijo ése es Toomey, el gran escritor inglés. Yo sólo era un niño, claro, no sabía quién era usted.

—No me siento particularmente grande —dije—. Me siento apabullado; inmovilizado aquí, bajo las bombas, sin nada que hacer, despreciado y rechazado.

—Mamá me contó aquella historia —dijo John—. El tío Ken —explicó a los otros— fue a la Alemania nazi a sacar a un gran escritor judío antes de que lo convirtieran en jabón para lavarle el culo a Hitler. Estalló la guerra y sólo pudo salir de allí hablando por la radio nazi. Entonces, Churchill; o no sé quién, se enfadó porque había hablado para el enemigo, así que ha estado como caído en desgracia.

Los otros parecían considerar aquello una gran historia. El sargento McCreery dijo:

—Filmamos un rato al tipo aquel que era un traidor de verdad. Estaba en una especie de jaula junto a aquella plaza de la torre que está inclinada como si estuviera borracha.

—Estaba allí achicharrado —dijo John—. Decía que Roosevelt había traicionado a la civilización y que se alegraba de que hubiera muerto.

—Hay muchos que se alegran de eso —dijo McCreery.

—¿Y qué me contáis vosotros? —pregunté.

—Bueno —dijo el teniente Mayer—, conseguimos este breve permiso. Cogimos una bañera destartalada, un barco francés, en Gibraltar, lleno de ratas y con una tripulación china. Nos daban estofado de rata todos los días.

—Ellos decían que era conejo —dijo John.

—Eran demasiado pequeños para ser conejos. Eran ratas limpias, gordas, además.

—Y —dijo John—, zarpamos para Nueva York, Manhattan, Calle 42, en el *Queen Mary*. El jueves salimos de Southampton.

—Podrás estar con ella —dije, con amargura—. Yo no puedo salir de aquí. No tengo pasaporte, no tengo permiso para viajar. Mi propia hermana. Un hermano tendría que tener ese derecho.

—Son los gobiernos —masculló Schlitz—. Todos son una mierda.

—Véngase con nosotros —dijo McCreery, estrangulando un cojín de terciopelo—. El *Queen Mary* es un buque inglés, ¿no? Es grande, hay sitio de sobra. Sólo tiene que entrar de uniforme y hablar con acento norteamericano. El uniforme se lo puede dar aquí el teniente. Quizá tuviera que ser de mayor graduación, coronel iría bien para un tipo de su edad. Es usted algo viejo. Eso se arregla rápido. No hay nada que no pueda arreglarse.

Aquello era norteamericano puro, un ramalazo de aire fresco que entraba de pronto, como si las ventanas estuvieran abiertas.

—No resultaría —dijo, con un leve acento de Nueva Inglaterra—. No es mala idea, pero no podría hacerlo.

—Otro sistema —dijo McCreery—. Podría ser yo, ¿no? Me gustaría dar una vuelta por el país, pierdo el barco, qué demonios, la guerra ha terminado, tengo parientes en el condado de Wicklow. No tengo nada que hacer en Estados Unidos, de momento. La guerra ha terminado, no pueden impedírmelo.

—Te degradarían a soldado raso —dijo Mayer—. Te mandarían a liquidar japoneses.

—Qué coño, esa guerra ya está acabada —dijo McCreery—. Bueno, está bien, ya hablaremos de eso más tarde. ¿Qué os parece si nos inscribimos en algún hotel y luego vamos a ver las brillantes luces de Piccadilly Square?

—Os quedáis aquí —dije—. Hay una cama grande libre y sitio de sobra en el suelo.

—No queríamos molestarle —masculló Schlitz.

—Aquí durmió Lord Byron —dije, con relativa exactitud—. Es un lugar histórico.

—Bueno, entonces vale. Nunca he dormido donde durmió un lord. Podré contárselo a la gente de Flatbush.

—Dormiste donde durmió un duque —dijo John—. En aquel *palazzo* que queda al salir de Moneta.

—Sí, pero era sólo un duque macarroni. Aquí durmió un auténtico lord, como dice tu tío.

—¿Moneta? —dije.

—Sí —dijo John—. Vi a mi otro tío. Estaba muy bien. Me dio recuerdos para ti. Le van a hacer pronto arzobispo, según dice. El arzobispo de Milán ha tenido ya el tercer ataque cardíaco. Se lo comunicaron por teléfono estando allí nosotros. El tío Carlo es el primero de la lista para el puesto. Eso —dijo a Schlitz— es más que ser lord. Si le hacen cardenal será príncipe.

Londres era una especie de territorio norteamericano. Los norteamericanos tenían el dinero, el atractivo, las medias de nailon, los cartones de Lucky, la goma de mascar para los críos, las tarifas triples listas para los taxis. No querían que saliese con ellos aquella noche, aunque eran demasiado corteses para decírmelo. Pero cuando estábamos en la calle buscando taxi, John dijo:

—Mirad, muchachos, el tío Ken y yo tenemos cosas de familia que hablar, ¿de acuerdo? Así que vosotros haced lo que os parezca, ya nos veremos más tarde.

Quedaron cortésmente aliviados al ver que yo, que era un poco viejo, no estaría. Chicas. Andaban buscando chicas. No necesitaban un taxi: qué demonios, cogeremos un taxi, a qué andar si se puede ir en coche. Ahí hay uno. Acaba de dejar a esa señora de las pieles y el perrito. Schlitz silbó como una bomba. Parecía que el teniente Mayer, como respirando ya el aire de una sociedad que mantenía separados a los que mandaban y a los mandados, consideraba que debía andar por su cuenta, club de

oficiales, señoras de clase alta, en fin, algo así. A pesar de ello, entraron todos juntos en el taxi. Les despedimos como si se tratase de una boda.

Era hora de cenar. Me habían traído una lata inmensa de carne *Spam*, una especie de harina de trigo sarraceno para tortitas, chocolatinas, Chesterfield, un paquete de latitas de cacahuets salados. Puse la carne a calentar y reconstituí un huevo deshidratado. John comió cacahuets a generosos puñados, cabalgando una silla de cocina. ¿Qué sabía él de mí en su condición de adulto y de soldado? La última vez que le había visto, era un niño educado, reservado, inglesizado por Choate. ¿Le habría dicho Hortense que su tío inglés, a diferencia de su tío italiano, era un mariquita declarado? Fui yo quien hice la mayoría de las preguntas.

—¿Y ahora qué, John?

—Antropología.

—¿Antro...?

Curiosamente, yo había entendido *antropofagia* y me preguntaba si no estaría haciendo un amargo chiste, tras enterarse en Europa de la última barbaridad de los abandonados y los hambrientos, viendo la carne rosada y fofa como algún artefacto desesperado y definitivo de origen inmencionable, aunque porcino.

—Pología pología. Es curioso cómo puede parecer que algo entra por un oído y sale por el otro, cuando está todo el tiempo fijándose y creciendo, en silencio, ocultamente. Tuvimos un profesor que vino a Choate y nos dio una charla sobre el tema. Por eso quiero hacerlo.

—¿Quieres estudiar antropología? ¿Dónde?

—Pensé que podría hacerlo en Liverpool, ahí fue donde empezó todo. Frazer, que escribió *La rama dorada*, daba clases allí; pero se está trabajando más en Estados Unidos. Chicago, quizás.

Posé en la mesa de la cocina aquella comida falsa. Aún tenía un par de botellas de Montrachet y abrí una. John, a la manera norteamericana, trasegó su primer vaso sin ceremonias y con un vago brillo de desilusión: el vino, celebrado en la literatura y en la liturgia, debía ser mágico, pero nunca lo era. Los dos comimos con el tenedor en la mano derecha también, a la manera norteamericana. Aquello no precisaba cuchillo: no alcanzaba la dignidad de la carne verdadera.

—¿Y Columbia no? La Universidad de Nueva York...

—Si lo que quieres decir es que debería vivir con mamá, ella está perfectamente. Supongo. En fin, no sabemos cómo está ahora, claro. Quizá debiera telefonar a Ann.

—Te costará horas hablar con ella. Si es que lo consigues. Prioridades estrictas y demás, ya sabes.

—Pero la guerra ha terminado, demonios. Quiero decir, la guerra de Hitler.

—A veces, John, tengo la sensación de que no terminará nunca. Hitler no hizo más que mostrarnos el camino del futuro. Mostrarnos lo lejos que pueden llegar los gobiernos con absoluta impunidad. Apenas si hemos empezado a darnos cuenta de lo que ha significado esta guerra.

—Bueno —dijo John—, ¿no es ésa una buena razón para estudiar antropología?

—¿No psicología?

—Demonios, eso sólo es la mente individual. Los individuos no hacen la guerra. Tenemos que desentrañar los principios básicos de la sociedad humana. Por qué hacen la guerra las sociedades. Y hacer otras cosas. Yo no sé nada de eso. Por eso tengo que aprender.

—Consigues el título, y luego, ¿qué?

—Bueno, supongo que una vez que esté en el mundo académico o como se llame, simplemente tendré que seguir allí, si me dejan. Los estudios más importantes del mundo y no sirven para nada en la práctica. Quiero decir, la General Motors no pide antropólogos con experiencia. Es sólo para estudiosos, para eruditos. Pero no es un trabajo de biblioteca. Ya no lo es.

—*La rama dorada* es material de biblioteca. Alguien dio datos para los libros y Frazer los recopiló. Te dedicas a recopilar datos y a devorar teorías sobre magia y religión y demás, en una biblioteca. ¿No es eso?

—Ya no. Ahora se hace trabajo de campo. Profesores picados por mosquitos, hablando lenguas primitivas.

—Tienes buena base para el aprendizaje de idiomas.

—No para los primitivos. En fin, la cosa es que lo que quiero hacer es eso. Me convencí de ello viajando por Italia. Allí tenías la gloria del conocimiento y la fe y el arte —aquella erre encogida norteamericana de arte hacía que el término pareciera despectivo— y, ¿qué demonios significaba todo eso? Acabas intentando escalar montañas y cruzar ríos sólo para matar. No es que yo matase. Sólo hacíamos filmación absolutamente inofensiva. Pero ya me entiendes... lo que quiero es hallar las pautas ocultas que hay tras el Vaticano y los Uffizi y el Ponte Vecchio y toda esa mierda. Lo que hace que la sociedad funcione.

—¿Le explicaste al tío Carlo que el Vaticano era pura mierda? —pregunté, sonriendo.

—No, le dije que había que estudiar la religión como un fenómeno social. Todas las religiones. Él, claro está, dijo que sólo había una, y luego sacó la tinta.

—¿Tinta?

—El vino local. Al parecer quería ver cómo me comportaba borracho. *Toga virilis*, esas cosas. Todo es antropología.

—Así —dije— que tendremos un académico en la familia. Supongo que ya es hora.

Y brindé porque John lograra lo que se proponía con lo que quedaba del Montrachet.

—Demasiadas dotes y una erudición insuficiente, ése es nuestro problema.

—Y eso incluye al tío Carlo —dijo John—. Chamán y *showman*. Si los investigadores demostrasen que Cristo no había resucitado de entre los muertos, el tío Carlo les haría encerrar en los sótanos, como al tipo aquel de la SS.

—¿Qué es eso? No sé nada de ese asunto.

—Él te lo contará. Es una buena historia. O los haría fusilar tranquilamente. La fe y la erudición no combinan bien.

—¿Significa eso que has perdido la fe, John?

—No en público —dijo, sonriendo, mientras encendía un chisporroteante Lucky Strike—. Digamos que la creo necesaria. No existiría si no lo fuese. Pero creo que es peligrosa también. Los nazis creían en el gran destino alemán.

—¿Acaso es peligroso tu tío Carlo?

—Peligroso para los que no creen lo que cree él. ¿Por qué no le cae bien a mamá?

—Es algo que nunca he comprendido. La considera un ángel.

—Un ángel tuerto. Oh Dios santo. Qué estúpido. Qué estupidez absurda he dicho. Debería pegarme ahora mismo una patada en los huevos —y luego—: No sé si él lo sabrá. No es que importe mucho. No acudiría corriendo, desde luego. Nuevas responsabilidades. Finges que el pasado nunca ha existido o que, si existió, fue todo malo. No debería haber dicho lo de la patada en los huevos. Lo siento. Son cosas del Ejército.

—¿Le viste? —pregunté—. ¿Antes de salir de Estados Unidos?

—Puedo arreglármelas sin él —dijo.

Su personalidad lo confirmaba. Nada de Domenico había aflorado en ella, ni con veintitantos años de posible gestión. Descarada torpeza anglosajona, franqueza, ninguna aceitada armadura de simpatía, nada de disparates artificiosos sobre arte (¿cómo podía haber arte en él con aquella primera a prolongada y aquella erre gutural y retroflexa, fonemas de campesino pionero?). Y una musculatura flexible y suelta, totalmente norteamericana, rubio, anefébrico, las orejas de Hortense, barbilla y nariz inidentificables, los ojos de Hortense.

—Tío Carlo dijo algo de que Dios era el único padre. Esto tiene sentido. ¿Qué es Dios? Dios es el padre de todo. Eso tiene muchísimo sentido —y luego—: Pensé en cambiarme el apellido.

—¿Por Champion?

Se quedó atónito.

—¿Cómo lo sabías? ¿Acaso mamá...?

Lo que había recordado había sido la lectura en voz alta de la necrológica periodística en una habitación de hotel de Chicago.

—Es el nombre más parecido. Buen apellido. *Lycbnis coronaria*, las hojas con que coronaban a los campeones. Un mártir jesuita inglés y un poeta inglés, y un músico inglés. Me pregunto si Thomas vería a Edmund ahorcado... John Champion. Cuadra... Tú no pareces un Campanati.

—¿Qué significa Campanati?

—Nunca lo he pensado. Algo relacionado con campanas, diría yo.

—Eso cuadra. Mamá aún es la señora Campanati y dice que lo será siempre. Dice que con el matrimonio cristiano no se puede jugar. Lleva el nombre como un cepo.

—¿Dijo ella eso?

—Sí, lo dijo. Yo espero que se encuentre bien. Esa Dotty o Dorothy cuidará de ella si aún sigue allí.

—¿Quién es esa Dotty o Dorothy?

—Una señora negra. Antes cantaba en un club nocturno. Una señora negra muy guapa. Un día dijo, qué demonios, necesito educarme. Había ahorrado dinero, así que fue a la Universidad. Le hacía ilusión estudiar francés, sabe Dios por qué. Ahora lee a Anatole France y a Flaubert. Una señora negra muy escéptica.

—Hablando de matrimonio cristiano... —dije.

—No he pensado en ello —dijo John—, si es a eso a lo que te refieres. No es que no haya tenido... —se ruborizó—. Quiero decir, es lógico. ¿Qué crees tú que están haciendo ahora los otros si no intentar ligar con chicas...?

Me caía muy bien el muchacho. Le dije:

—En cuanto al dinero. No tiene sentido que esperes a que me muera. Si necesitas dinero. Vosotros tres sois todo lo que tengo. No lo dudes.

—Oh, está la ley de derechos de los soldados. Pero gracias —bostezó—. Perdona. No bostezaba por eso. Pero es que yo necesito dormir mucho. Los otros se ríen de mí. No hace falta que les esperes levantado. Son buenos chicos. Mayer es un pijotero, pero lo sabe. A Tim McCreery le sale el cine por las orejas. Quería hacer tomas de fantasía, tomas artísticas; pero Mayer dijo que teníamos que limitarnos a registrar la historia para la posteridad. Un poco pomposo. McCreery me enseñó todo lo que sé de cámara —bostezó de nuevo—. Perdona. Algún día haremos una película antropológica clásica. Circuncisión femenina en el alto Wangtarara. Cosas más extrañas han pasado. Nada se ha perdido.

Le mandé a la cama.

A la mañana siguiente desperté a las ocho, oyendo considerados susurros y rumor de calcetinescas pisadas. Me llegó un olor inconfundible: huevos frescos y jamón friéndose, y café. Me puse el batín dorado de dragones y fui a la cocina, donde Mayer, McCreery y Schlitz, vestidos, pero sin afeitarse y con la ropa arrugada, servían el desayuno. Caramba, dijeron, al ver el batín. John aún dormía. A ese muchacho es mejor dejarle dormir. El rancho está listo, señor Toomey. McCreery me dio un vigoroso informe, mientras comía con la mano derecha, reduciendo a migas un trozo de tostada con la inquieta izquierda. Me encontré con ese tipo en una taberna, es coronel de las fuerzas aéreas norteamericanas y mañana volverá a Estados Unidos con un bombardero. Vale, me dijo, no tiene más que subir a bordo. Hay sitio de sobra. Despegamos a las seis, la base está en Orford, que queda en el condado de Suffolk, basta con que pregunte por Jake Lyman y no habrá ningún problema.

—Hay muchas posibilidades. ¿Quiere pasaportes? McCreery sacó tres del bolsillo, de colores que yo no había visto nunca.

—¿Dónde los conseguiste, si no te importa decírmelo?

—Éste es del Estado Libre de Irlanda, lo conseguí en una pelea con aquel irlandés

grande de aquella calleja que había junto a ese bar. ¿Dónde fue eso, Frank?

—Yo no estaba —dijo Schlitz, sin dejar de masticar—. Fue cuando yo salí con aquella señora que decía que era polaca libre.

—Polaca, sí, ésta era polaca, no había manera de pronunciar su nombre, demonios. Fue aquel tipo que dijo que era diplomático o algo así. Al otro nunca le había visto antes, debe ser de alguna república bananera. Elija el que quiera, señor Toomey. La señora con la que estuve, en Baron's Caught o algún sitio parecido, se oían pasar trenes toda la noche, ella decía que era el subterráneo, demonios dije yo, eso no es ningún subterráneo, quería decir el metro, decía que estaba casada con un soldado norteamericano, que estaba esperando dinero para el pasaje, y tenía este pasaporte inglés en el cajón, con el visado norteamericano puesto, pero pensé, demonios, esto va a traer demasiados problemas y no merece la pena, pero vea, señor, elija.

—Sois muy amables, en serio —dije—. Pero creo que tendré que hacer las cosas de un modo más normal. No tengo vuestra juventud. Ni vuestra libertad. Pero no penséis que no os lo agradezco. Supongo que habréis pasado todos una noche razonable por ahí.

—Irracional —corrigió el teniente Mayer, que era una especie de intelectual—. Fiesta de la sinrazón. Fuimos cada cual por su lado y al amanecer nos encontramos en un café.

—El café era infame —dijo Schlitz—. No como este de aquí.

—Londres está muy bien —dijo sagazmente McCreery— si sabes por dónde andas. Hay de todo en cantidad. Estos huevos, aquel jamón. Nos lo proporcionó aquel tipo bajito y moreno, dijo que era lituano, nos llevó a un garaje, no sé dónde. Estaba atestado. Un tipo muy hambriento de dólares. Le aseguro que se puede conseguir cualquier cosa.

—Una tal *lady* Bloomfield —dijo Mayer—. ¿Ha oído hablar alguna vez de una tal *lady* Bloomfield, señor Toomey? Menuda chica.

Y entonces entró John, desgredado y a punto de partirse la quijada de un bostezo. Sólo llevaba puesta la camisa del ejército. Tomó el café como si fuera el beso de la vida, sin decir palabra. John Champion, mártir predestinado.

No pude salir para Nueva York hasta el día siguiente al de la victoria sobre los japoneses. Warner Brothers, de Burbank, utilizando como portavoz a un individuo llamado Buzz Dragon, propuso la idea de tres o cuatro películitas basadas en relatos cortos que yo había escrito, unidos en un conjunto llamado *Troika* o *Cuadrado* o algo por el estilo, según el número, y yo mismo debía hacer no sólo el guión sino también la conexión de todos los elementos con unas cuantas palabras de presentación bien elegidas. Había habido un cambio de gobierno en Inglaterra. La vieja pandilla, dirigida por Churchill, quedaba marginada. El nuevo mundo era para los trabajadores, y yo, como había proclamado sonoramente en los pasillos de la burocracia, era uno de ellos. Tenía derecho a salir de allí camino de Estados Unidos y empezar a ganar dólares, uniéndome al impulso exportador. El nuevo mundo era también el mundo de la bomba atómica, y la perspectiva de que todo volase hecho pedazos pareció tener pronto un efecto tranquilizador sobre las fuerzas oficiales que podrían, de otro modo, en principio, haberse opuesto a que yo tuviera un nuevo pasaporte y un visado norteamericano y un pasaje en el *Aquitania*, que salía de Liverpool, rumbo a Nueva York.

Había muchísimas flamantes esposas de soldados norteamericanos. Y allí estaba también el arzobispo de York, antiguo obispo de Gibraltar y luego de Bombay. No había cambiado mucho. Delgado y juvenil, el pelo plateado y tupido parecía una policromía de tonos rubios más que grises. Me saludó alegremente en el bar y dijo:

—Supongo que sería usted uno de los primeros en enterarse...

—¿De qué?

—Milán tiene nuevo arzobispo.

—Ah.

—Lo dijeron esta mañana por la radio. La tenían puesta en el salón de desayunos de aquel hotel mugriento. ¿Por qué es todo tan mugriento aquí? Mire esa monstruosidad de Liver Building. En las noticias, sí, no es una cosa tan importante como contabilizar las víctimas de Hiroshima y Nagasaki y, naturalmente, lo animaron un poco. El obispo Campanati, corpulento luchador en pro de la causa de la libertad, gran fumador de puros, escupió a los fascistas y se burló de los nazis. Una elección muy popular, supongo. Imagino que en el próximo consistorio le darán el gorro rojo.

—Será mejor que vaya a la sala de radio. Le enviaré un telegrama de felicitación. ¿Cómo está usted, por cierto?

—¿Cómo estoy?

—¿Aún le cuesta trabajo recordar el credo atanasiano?

—Qué memoria tiene usted, Toomey. De eso debe hacer ya veinte años. Han pasado muchas cosas desde entonces. Oh, sí. Lindas muchachitas, ¿verdad?

Se refería a las hermandades de flamantes esposas de soldados norteamericanos, con su chicle y sus medias de nailon.

—Es una de las funciones de la guerra, promover la exogamia. La biología actúa de modos misteriosos. ¿Va usted a Estados Unidos a dar conferencias, a hacer cine?

—Cine.

—Yo voy a una conferencia internacional que se celebra en Washington. Sobre el control de la natalidad. Y esas criaturillas tan deliciosamente vulgares de ahí, viajan al servicio del crecimiento natural. Sus vientres están ya trabajando en la fabricación de la generación de la posguerra. Fíjese, aquélla está lo menos de seis meses. Muy inoportuna esa conferencia, si consideramos la dureza con que ha estado actuando el principal freno malthusiano estos últimos años. Millones de muertos, Toomey. Muchos millones.

Estaba resplandeciente.

Yo tenía en el bolsillo de mi chaqueta de mezclilla una edición de bolsillo del *Walden* de Thoreau. Lo saqué y busqué.

—Escuche —dije, y leí:

Había un caballo muerto en el agujero que había junto al camino de mi casa, que me obligaba a veces a desviarme, especialmente de noche, cuando el aire estaba enrarecido, pero la seguridad que me daba el vigoroso apetito y la invulnerable salud de la naturaleza compensaba sobradamente todo esto. Me encanta ver que la naturaleza está tan llena de vida que pueden sacrificarse miles de seres y matarse mutuamente; que las organizaciones más débiles pueden desaparecer tranquilamente de la existencia como si fueran pulpa... los renacuajos que se tragan las cigüeñas, las tortugas y sapos atropellados en la carretera; y el que a veces haya llovido carne y sangre.

El arzobispo ya no resplandecía.

—Llover carne y sangre, ¿eh? Vigoroso apetito y salud... no recuerdo. Hmm. Quizá demasiado eupéptico para mi gusto, Thoreau. Hablando de lo de llover carne y sangre, he oído ciertos comentarios a alto nivel, dicen que estaba usted escribiendo el gran libro definitivo sobre los campos de concentración.

—Fue una idea de Churchill. Pero ya no tengo que preocuparme. Ese viejo cabrón ya no manda.

—Me han dicho que no hace más que quejarse por la ingratitud del pueblo inglés. Fragilidad emotiva, Toomey, muy embarazoso.

—A partir de ahora —dije, con una súbita cólera que me sorprendió— escribiré libros sólo para mí. ¿Recuerda usted aquel libro que me obligaron a editar sobre el nuevo cristianismo? Usted figuraba allí, vox y nada más, como el ruiseñor, y Carlo respondiéndole, croando como una rana.

—La gran síntesis —dijo él, con gran sinceridad—, vamos camino de ella,

Toomey.

Contemplaba cordialmente de nuevo a aquellas lindas muchachas de clase baja que, cuando el barco lanzó el primer aviso de partida, se disponían ya a entrar en la urbanidad sin clases del nuevo mundo. Tenían unos eclécticos acentos norteamericanos de película: una parecía creer que el ceceo de Bogan formaba parte del inventario fonemático general; otra se había convertido en una pelandusca sureña a lo Bette Davis. Se las arreglarían muy bien.

—Tenemos que pensar —dijo el arzobispo— en la generación que ellas y sus coetáneas de todo el mundo occidental van a engendrar. Los adolescentes de principios de los años sesenta. Para ellos será la nueva fe.

Yo no sabía entonces que mi sobrina Ann, en su apartamento de West End Avenue, llevaba ya en el vientre a uno de aquellos adolescentes.

Cuando llegamos a Nueva York, fui, nada más pasar por aduana, al Hotel Algonquin. No exigiría una habitación en mi propio piso, pues Hortense debía considerarlo ya como suyo. Tras un par de combinados agrios de *whisky* en el Blue Bar subí caminando por la Quinta Avenida. El calor de septiembre era intenso y el aire era todo camisas de lana hirviendo. La ciudad estaba llena de filetes colosales y de helados, las tiendas pedían que comprásemos artilugios inútiles. Aquello no era Europa. Aquello distaba mucho de ser Europa. La victoria en Europa y en Asia confirmaba la excelencia del sistema de vida norteamericano. Vigoroso apetito y salud invulnerable. El sol de la tarde subía allí más alto que en cualquier ciudad de Europa, obligado por los rascacielos. La ciudad parecía rebosante de vida. Mientras esperaba a cruzar, observando grandes coches repletos de gasolina barata que corrían hacia el East o el Hudson, me asaltó de repente el dilema: ¿dónde iba a vivir yo? En Inglaterra, no. Nunca más. Ya hemos soportado bastante. El mundo se me ofrecía y yo retrocedía ante su gigantesca bandeja de ricas confituras. Tenía cincuenta y cinco años. No era demasiado viejo, y ante mí se extendía una razonable vida de trabajo, pero me sentía tímido, mohoso, fracasado, nadie me amaba, no amaba a nadie. Y, de repente, cuando entré en el edificio de apartamentos y le dije al conserje uniformado que iba a ver a la señora Campanati, empecé a temblar.

—¿Señora Camper Neighty? Sí, *señor*. Décima planta. Número uno, ejem, cinco.

Toqué el timbre, temblando aún más; abrió la puerta una mujer negra que irradiaba calidez como una estufa.

—¿Dorothy? —dije cautamente—. ¿Dotty? Soy su hermano.

—No tienes ni que decírmelo, Ken. Qué alegría verte, qué alegría. Pasa, pasa.

Era una mujer muy agradable, que rondaba los cuarenta, y vestía un traje de seda escarlata chillón que habría descolorido a una mujer blanca como a una ternera desangrada. Tenía el cabello estirado pero enlacado, de modo que constituía todo un complejo de olas, volutas y mechones. Negro no es ningún color, es sólo una abstracción político-racista brutal y lo que primero me impresionó de su piel, antes que su tono indefinible, fue la textura o, más bien, ambas cosas. Eran inseparables,

uno se daba cuenta de que el placer de su visión sólo podía complementarse acariciando delicadamente: como si la miel y el satén fuera una sola sustancia y ambos estuviesen vivos y esculpidos, sin embargo, en el más rico oro. Hortense, me di cuenta, debería dedicarse a pintar y consagrar su vida a reproducir exactamente la belleza de tan maravillosa criatura. Y, de repente, en el salón que ya no era el salón que recordaba yo de antes de la guerra, vi a Hortense.

Vestía con gran sencillez, un traje beige de falda acampanada hasta las rodillas, chaqueta larga hasta la cadera de mangas tres cuartos, cinturón de hebilla dorada, bolsos ribeteados, cuello y solapas sastre. Las esbeltas piernas enfundadas en nailon bronceado. Me atreví a mirarle a la cara. Era el ojo izquierdo el que había perdido. Llevaba sobre el hueco un parche a juego con el traje y también una maravillosa peluca con un bucle que le caía sobre el pómulo. Extendí los brazos, los ojos llenos de lágrimas. La cogí, la abracé, besé sus labios fríos, gemí, querida, querida.

—Os dejo solos un rato —dijo Dorothy—. Os traeré un té auténtico al estilo inglés fuerte y caliente en, pongamos, diez minutos, ¿de acuerdo?

Vale, sí, muy bien. Hortense no parecía abrazarme con mucho entusiasmo. Olía a pachulí, pero también a ginebra.

—Intenté venir cuando recibí la carta de Ann. Seguí intentándolo. Aprovecharon la excusa de que había terminado la guerra para no dejarme salir. Mi queridísima y dulcísima niña, ¿qué te han hecho?

—¿Qué quieres decir con eso? Me lo hice yo, ¿no? Tú siempre tan empalagoso, Ken Toomey.

Y no sólo soportó mi abrazo, sino que me abrazó también con viveza. Experimenté así la primera reacción sexual sólida en muchos años a un estímulo no meramente imaginado. Me llevó hasta un sofá largo de color rojizo, lleno de cojines revueltos. Nos sentamos juntos, mi brazo rodeando su cintura. Capté distraídamente el tupido enmoquetado verde yerba, las esculturas móviles de Calder girando lentamente impulsadas por el soplo del aire acondicionado, las esculturas de metal de la propia Hortense, suavizados cuerpos epícenos. Caía sobre ella la áspera luz vespertina de Manhattan, no era ya una mujer joven, tenía cuarenta y tantos años, la barbilla encantadoramente abultada, la piel arrugada bajo y sobre el parche. Estaba herida, envejeciendo, necesitaba protección, me decían mis glándulas.

—¿Qué te han hecho *a ti*? Estás tan gris —dijo.

—La preocupación por ti.

Distraídamente, fotografías de John de uniforme con un piano blanco de media cola, probablemente de Dorothy. Ruido de tazas en la cocina. Ginebra Beefeater en el bar.

—Dios mío, eres todo lo que tengo.

Sentí un deseo ruin de ver el horror inerte bajo el parche, los párpados arrugados que se cerraban sobre el vacío. Mis glándulas expresaban este deseo. Judíos en los hornos de Europa, cadáveres de esqueléticos miembros para abonar la tierra; y ahora

esto. Eran cosas parecidas, provocaban la misma cólera desesperada.

—Mi ángel querido. Y aún no sé cómo sucedió. Las cartas de Ann eran muy vagas, sólo hablaban de un accidente.

Sentí un escalofrío bajo mi mano.

—No tiene sentido hablar de ello. Pasó y pasó. A otros les han sucedido cosas mucho peores. Podemos considerarlo mi contribución a la guerra.

La voz era más áspera que la que yo había conocido, y no sólo en pétrea reacción a largos torrentes de autocompasión totalmente justa, sino también endurecida por la ginebra y el tabaco, quizá también adaptada a la dureza de Nueva York, la aspereza de una cultura, además de la del dolor. Ya no había en ella suavidad alguna; rechazó mi brazo. Se inclinó sobre la pitillera de ónice que había en la mesita del café, una placa de mármol asentada sobre gruesas placas apiladas de cristal negro. Encendí su Chesterfield con mi Rocher de oro.

—Tengo que saber. Tú sabes que tengo que saber.

—Fue en el estudio —dijo, y tosió.

Luego, se quitó una hebra de tabaco del labio inferior y prosiguió:

—En el Village. Estaba cortando aluminio, lo que aquí llaman aluminio. Iba a hacer un león heráldico, un encargo. Entonces, la chica que trabajaba conmigo irrumpió en la habitación. Tenía el piso sin agua caliente, el de arriba. Había salido a comer y se encontró con el chico de telégrafos en la calle. Entró corriendo y gritando: «Ha muerto, John ha muerto». Entonces, se me escapó la mano. No sentí dolor, sólo sangre. Y antes de desmayarme, comprendí que se trataba de su marido, no de mi hijo.

Dorothy o Dotty entró tintineante y radiante, con una bandeja de té que posó con maravillosa gracia sobre la mesa de mármol.

—Dorothy —dije—, acepta el efusivo agradecimiento de un hermano.

—Escúchale, Dot —gimió Hortense—. Habla como Shakespeare. Lástima que no escriba igual. Efusivo agradecimiento de un hermano, *en verdad, ciertamente*, o cómo sea.

—Es agradable que le llamen a una Dorothy de nuevo —dijo Dorothy—. Ya estoy harta de ser Dotty o Dot. Son nombres que no me cuadran bien. Espero que sea así como te gusta, Ken.

Y sirvió té negro en tazas grandes, nada de delicados disparates de porcelana. Había hecho emparedados, pequeños, a la manera inglesa; había un plato del pastel llamado «Comida del diablo».

—Magnífico, perfecto —después de haber bebido—. Aunque lo haya expresado torpemente, he sido sincero en lo que dije.

Dorothy se había sentado en la alfombra detrás del mármol, revelando unas piernas largas y desnudas, de formas sólidas pero delicadas.

—Hortense —dijo— me ayudó en la época mala. Y sigue haciéndolo en esta época buena.

Y disparó amor hacia mi hermana, de modo tan directo que habría sido imposible en una mujer blanca educada en la tortuosidad de la larga tradición europea. Sus labios púrpura, que brillaban del té, destellaban tanto amor como sus grandes ojos, y ese amor ensanchaba también las amplias y delicadas aletas nasales. Sentí un cosquilleo de emociones confusas. Era evidente que se acostaban juntas. Las vi un instante culebrear enroscadas sobre sábanas de color carmesí y sentí un profundo goce estético, como el goce de imaginar un incesto. Toda belleza lleva en sí un algo extraño, o un elemento de lo prohibido. En cierto modo, mi propio amor, más que fraternal, a Hortense, quedaba santificado con la visión. Y, por supuesto, una de las emociones eran los celos. Había también cólera y frustración, aunque amortiguadas o muy apagadas. Dorothy dijo:

—Hay una habitación preparada para ti, Ken. Espero que te quedes mucho tiempo.

—Desgraciadamente, tengo que salir para Los Ángeles en avión pasado mañana. Y, bueno, en fin, no quería molestar. Ya he cogido habitación en el Algonquin.

—Pero ¿por qué? —Dorothy parecía operísticamente ofendida, prolongando operísticamente la vocal—. Ésta es tu casa.

—Vuestra, vuestra. ¿Dónde puedo llevaros a cenar?

—No salimos a cenar fuera —dijo Hortense rápidamente.

Sí, claro. Borrachos estúpidos diciendo jo, jo, jo, por el parche pirata.

—Además, tienes que ver a Ann. Señora Breslow. Y al profesor. Dot compró un pavo grande. Con todo lo necesario. Como si fuese el Día de Acción de Gracias.

Dijo esto entrecortadamente y Dorothy intervino en seguida con:

—Bueno, hay muchos motivos para dar gracias, ¿no? Ha terminado la guerra, estamos todos vivos y la familia ya no está separada. Día de Acción de Gracias, ¿por qué no?

—Creo que me gustaría beber algo ahora —dijo Hortense.

—Oh no, cariño.

Pude darme cuenta de que se trataba de una exclamación de inquietud habitual, casi ritual.

—¿No es el té una bebida buena, fuerte, cálida y llena de estimulante tanino?

Era una parodia desesperada de alguna untuosa voz de los anuncios radiofónicos.

—Espera una hora, ¿de acuerdo? En cuanto ponga el pavo en el horno, nos sentaremos todos en el bar y tomaremos un combinado fresco, largo y delicioso, ¿de acuerdo?

—Ni demasiado largo ni demasiado fresco —dijo Hortense—. Cántanos algo, Dot. Ken nunca te ha oído cantar.

—Bien, cantaré, cómo no.

Y Dorothy me miró de un modo que parecía significar: no la dejes acercarse al bar mientras estoy al piano de espaldas a ella, porque es tan astuta que se tomará una copa antes de que te des cuenta. En fin, se levantó con maravillosa gracia y se sentó

al piano y pulsó unos cuantos acordes tristes y empezó a cantar:

*Ich nehm' ein'Zigarette'
Und ich fühl' du liebst mich nicht mehr
Und ich weiss es ist aus
Und da macht mein Herz so schwer.*

Hizo una pausa para sonreírme, esperando algún comentario.

Yo conocía la canción: la había oído en Berlín en 1935.

Dije:

—Dónde demonios... quiero decir, un acento alemán tan perfecto.

Una voz de terracota tan rica, además, como un extracto de carne que fuera también afrodisíaco.

—He dado muchas vueltas por ahí —dijo Dorothy—. Éste es mi estilo Dietrich. Ahora lo traduciré. Y lo hizo, hasta el final:

Sin embargo
con un cigarrillo
aunque no doy más de lo que tomo
no hay ningún suspiro de pesar
cuando lo acabo de fumar.

Mientras oíamos la canción, Hortense hizo ademán de levantarse, pero la mantuve bien sujeta por la mano. Dije a Dorothy:

—Despiertas en mí el deseo de volver otra vez al escenario musical. Hace mucho que no hago libretos ni letras. Dios mío —y lo vi: Cleopatra—. Cleopatra, y tú como primera estrella.

—Cleopatra era blanca, ¿no? Griega. Yo soy negra, hermano, toda negra.

—Cleopatra era lo que tú. Al diablo los datos históricos.

—Empezaré a preparar ese pavo —dijo Dorothy—. Como una buena *Hausfrau*, que es lo que soy, ¿no, Hortense, cariño? Con un poco de literatura francesa de añadido.

—Eres maravillosa —dije—. ¿Qué trabajos escénicos has hecho?

Respondió a mi cumplido con una reverencia burlona o auténtica, no lo sé muy bien, diciendo:

—Hice *Porgy and Bess* en Atlanta, pero en realidad no es mi estilo. Soy una chica que debe trabajar sola, yo y mi pequeño piano. Trabajé en clubes nocturnos. Ahora no salgo de noche. Voy a ver si empiezo a preparar esa cena.

Y, con muy buen humor, se fue, bailando, hacia la cocina, haciendo otra reverencia en la puerta. Aplaudí.

—Tomaré ahora esa copa —dijo Hortense.

—No, escucha. Tomaremos todos un combinado fresco, largo y delicioso.

—Quiero una copa rápida de ginebra sola. Y la quiero ahora.

Se levantó muy rápido. Fui lo bastante rápido yo también para cogerla y detenerla a medio camino.

—Déjame en paz, maldito Ken Toomey.

—¿Cuánto estás bebiendo?

—Eso no es asunto tuyo.

Estábamos allí plantados en la postura convencional de la mujer que pugna por rechazar y el hombre que importuna.

—No, pero al parecer es asunto de Dorothy. Considera que sólo la estoy reemplazando.

Se relajó y dejó de ofrecer resistencia. La dejé. Probablemente hubiera otra razón de que no salieran de noche: el consumo que hacía Hortense de alcohol no resultaría fácil de controlar en público, la gente veía de inmediato por qué bebía y decía pobre zorra, no es de extrañar.

—Quizá debiéramos ir a ayudarla a meter ese pavo en el horno —dije.

Mi sobrina Ann, a quien su marido llamaba Annie o Annikins o Roo por Little Annie Rooney, se había convertido en una joven más bien estúpida, aunque, indudablemente, voluptuosa. La habían conducido al lecho marital, de eso no había duda, demasiado pronto. Los húmedos y cálidos ojos castaños del profesor Michael Breslow no se apartaban de ella, ni siquiera en la mesa. Debía llevarle unos diez años. Se habían conocido en un medio que nada tenía que ver con la enseñanza superior, salvo que se aplicase tal término a las lecturas que hacían escritores distinguidos en el Centro Poético de la Avenida Lexington. A Ann le había llevado una amiga a oír balbucir versos ininteligibles a un poeta norteamericano muy borracho del grupo de Black Mountain y, cuando tomaban café después, había conocido al profesor Breslow. Breslow la había llevado a los cines próximos a la Universidad de Columbia especializados en películas clásicas, norteamericanas o extranjeras. Como Samuel Taylor Coleridge, había buscado los contornos del deseo gratificado en una presunta esposa más que la perspectiva de una camaradería intelectual. Por otra parte, la pequeña Ann Campanati estaba muy bien relacionada en el mundo artístico. Breslow conocía mi nombre, e incluso algunas obras mías, aunque no utilizaba ninguna en sus cursos de literatura comparada. Conocía los artefactos de la madre de Ann, y había oído subliminalmente los canturreos y estampidos inventados por su padre para películas que a veces proyectaban en el cine Thalia. Tenía entendido que existía un parentesco con un eclesiástico muy distinguido de la Iglesia católica, pero eso quedaba muy lejos y no estaba en su línea de intereses. Era un librepensador y desechaba, en la medida que le era posible, su ascendencia askenasí, aunque había sufrido vicariamente con las víctimas de Hitler. Sin embargo, no había servido personalmente en las fuerzas armadas contra los asesinos de judíos: tenía una serie de pequeños trastornos físicos descalificadores de tipo no bien conocido o, si conocido, de los que se tomaban en Europa con la adecuada seriedad clínica. Se había graduado en la universidad de la ciudad de Nueva York, pero se había doctorado en Columbia. El tema de su tesis doctoral había sido «Símbolos de decadencia en *Bleak Home*».

El que Ann era hermana gemela de John se apreciaba palpablemente en el cutis, en la admirable figura (ahora deformada por el embarazo) y en la forma de la nariz y la barbilla, imperiosas ambas. Pero la cara carecía de la seriedad de la de John: no empleaba bien sus rasgos en el discurso. Torcía la boca encantadora en gestos cómicos aprendidos en películas de Abbott y Costello y torcía y hacía girar los ojos. Lanzó un sonoro silbido ante el vestido de noche color morado oscuro de Dorothy. Ejecutó un doble chasquido de lengua zulú de satisfacción al ver el flan de fresas que había de postre. Había heredado el leve estrabismo venéreo que su pobre madre ya había perdido, aunque en ella no resultaba algo positivo sino un defecto. Utilizaba grotescas expresiones de entusiasmo. Al saludarme, después de tantos años, me había dicho sólo: «Hola, qué hay». Quería un niño. Su marido una niña. Ejecutaron hasta la

saciedad una ceremonia de enumeración de nombres posibles. Ann era rubia, pero con vetas, como si hubiera intentado tímidamente teñirse el pelo y a poco de empezar hubiera perdido el ánimo y el valor. Había estudiado en la Bodmer School de Connecticut, donde los profesores varones no se habían tomado en serio a sus alumnas, salvo cuando alcanzaban la fase de seducibles. Había hecho cursos de brujería y astrología. Le habían enseñado algunas obras de Shakespeare en versiones modernizadas ideadas por un tal Con Roebuck, un joven profesor de barba tupida que por entonces se encontraba, según explicaron, en la cárcel, aunque no por convertir el monólogo medido de Hamlet en «Vivir o mirar... ésa es la elección, creo yo» y el resto por el estilo. La inteligencia de una chica se había medido en privado en función de su capacidad para eludir las maniobras de seducción de los profesores o, si no para eludirlas, sí al menos para utilizar luego la seducción para chantaje o matrimonio. Por su habilidad en la primera alternativa, Ann había sido considerada lista. Había sido su única prueba de inteligencia. Durante la cena, hubo chistes sobre los pavos crudos y sus patatas chamuscadas. El banquete de Dorothy fue, como era de esperar, delicioso. Ann, antes de su matrimonio prematuro, había colaborado en el esfuerzo bélico haciendo lo que podía esperarse de una chica de su edad y logros académicos: darle a la cafetera en una cantina del Ejército, después de que la expulsaran de una factoría aeronáutica como un auténtico peligro, pues empaquetaba los paracaídas con una gran capacidad mortífera potencial, pronto detectada, por suerte, por el supervisor. Era una chica feliz. Su marido también lo era. Me dijo mientras tomábamos el pavo, junto con las salchichas y el relleno de castañas y arándanos:

—He oído hablar de lo que hizo usted, señor, por Jacob Strehler. Hemos empezado con Strehler por primera vez este semestre. Acabamos de empezar. El curso Mann Strehler Hesse. Lo que usted hizo fue heroico.

—Mi gesto no fue muy apreciado por las autoridades inglesas —dije—. Le doy las gracias más cordiales por su comentario.

—«En verdad» —dijo burlona Hortense.

—Quizá le agrada saber, señor, que su nombre se mencionó como posible candidato para un curso de literatura inglesa contemporánea. Junto con Somerset Maugham y Compton Mackenzie.

—Fuimos rechazados los tres, imagino.

—Bueno, sí, señor. No es cuestión de legibilidad o diversión, según dijo el profesor Eckhart, que es el jefe del departamento, sino que es cuestión de elegir algo en lo que puedas meter el diente crítico.

—Grandeza defectuosa, quiere decir...

—Bueno, sí señor, son sólo los grandes los que tienen fallos interesantes, ésas son casi literalmente las palabras de Eckhart.

—Bueno, yo nunca he tenido pretensiones de grandeza.

—Leí uno de tus libros, tío Ken —dijo Ann; tenía en el labio un arándano que parecía una ampolla—. Y me pareció sencillamente estupendo. Es aquel de la chica

que se enamora de un hombre mayor.

—Hay muchos sobre ese tema —dije—. El síndrome papaíto piernas largas.

—¿Más pavo, Ken? —dijo Dorothy. Le pasé mi plato; dije:

—No es un mero halago, querida mía. Debe hacer seis años que no disfruto de una comida como ésta. Dios bendiga a Norteamérica. Dios os bendiga.

—Dios nos bendiga a todos —añadió Hortense.

Vestía de azul medianoche, parche azul medianoche en el ojo. Llevaba ya botella y media de Chambertin ella sola. Había comido poco.

—Tiny Tom —dijo Ann.

—Tim —corrigió Breslow, al cual, como especialista en Dickens, dejamos la corrección—. Tom sería un nombre demasiado rotundo. Tim es como más pequeño.

—Timothy Breslow —Ann saboreó el nombre.

—Felicia Breslow.

—Nathaniel Breslow.

—Penelope Antigone Persephone Breslow.

—Oh, basta ya —dijo Hortense—. Parece que estéis contando pollitos. Pedid a Dios que os dé un crío que no tenga que asfixiar al médico al nacer. En Hiroshima, los de la próxima generación van a tener tres piernas y cuatro brazos, o ninguno. Eso dice la revista *Time*. Críos con un ojo en mitad de la frente. Igual que pequeños ciclomes, o como se llamaran.

—Cíclopes —dijo el profesor—. Creo que muchas especulaciones de éstas son exageradas.

—Ciertamente —dijo burlona Hortense, y luego—: Por amor de Dios, Ann, quítate eso que tienes en el labio. No, al otro lado. Así, eso es.

—Estás un poco gruñona, mamá.

—Traeré el postre —dijo Dorothy, levantándose—. Es el postre favorito de Annie. Se levantó y salió.

—Oh, mmm. Ya sé lo que es.

—Eres una niña glotona —dijo Hortense—. Estás comiendo por dos o tres. He estado observándote, es algo horroroso.

—Una alocución muy británica —dijo Breslow.

—Bueno, y ¿qué tiene de malo? Yo soy inglesa. Puedo enseñarte el pasaporte, si quieres.

Entró Dorothy con el flan de fresas. Ann lanzó su doble chasquido de lengua zulú.

—Vaya vaya —dijo reverentemente su marido.

Hortense sopló el humo del cigarrillo sobre el postre.

—Eso es una cochinado, mamá, no se hace —dijo Ann.

Olí algo más que el humo del cigarrillo de Hortense.

Hortense dijo:

—Tomaré ahora ese coñac. A mi horrorosa hija aún le queda mucho que comer.

—Oh, cariño —gimió Dorothy.

Pero no hizo ninguna otra protesta cuando Hortense se deslizó hacia el bar para servirse en su vaso de vino una respetable cantidad de Martell Cordon Bleu. Ann y su marido empezaron a hablar a la vez. Oí la palabra *Hollywood*, a Breslow, y dije con gran rapidez:

—Van a hacer una especie de película antológica con unos cuantos relatos míos. Tendré que decir unas palabras para relacionarlos. Puede resultar muy divertido.

—Muy divertido —parodió Hortense, que volvía a la mesa derramando coñac. Echó más humo al postre y añadió—: Una cochinada, mamá. Vamos, trágatelo ya, glotona. Lo más probable es que des a luz un pastel de crema de Boston.

—Eso no está bien. Es muy mala idea. Estás portándote como una gruñona, mamá. No es justo, piensa en el tío Ken.

Y, con evidente renuencia, apartó su plato, aún medio lleno.

—Oh querida, vamos, tómalo —exclamó Dorothy—. No hagas caso a tu madre. Ya sabes que sólo está bromeando un poco.

—Estoy cansada de sus bromitas, Dotty. No es culpa mía si... —se detuvo y tragó, y luego volvió a coger el plato rápidamente.

—¿Si qué, Ann? —dijo tranquilamente Hortense.

—Bueno, mamá, ya sabes —dijo Ann, y siguió comiendo, mohína.

—Quieres decir que si aquel telegrama hubiera tenido un nombre distinto no habría sucedido cierto acontecimiento —se volvió luego a mí y dijo—: Ciertamente. ¿O debería decir «en verdad»?

—Ciertamente —explicó Breslow— es, en realidad, lo mismo que «en verdad». Aunque en este caso sería más adecuado, creo, lo primero.

—Hortense —dije—, por favor.

Y entonces, me sucedió algo que hacía mucho que no me pasaba. Tuve la súbita conciencia de mi corazón como algo vacío. La sensación me vació luego los pies y el brazo izquierdo. Me incliné involuntariamente como para rezar, y luego me di cuenta de la comedia de mi rostro aproximándose a la porción casi intacta de flan de fresa que tenía delante. Me desmayé antes de aplastar el flan. Volví en mí oyendo voces preocupadas, pero vi que Hortense bebía coñac. Dorothy estaba limpiándome de flan con una servilleta.

—Estoy perfectamente —dije—, de veras que estoy bien.

Pero Dorothy y Ann, con Breslow acechando con ineptitud profesoral, me llevaban a la cama.

—Pasa a veces —protesté—. Es como si te quemara un fusible. Después, me siento siempre perfectamente.

Pero me estaban llevando a la cama. Capté el perfume empalagoso de Ann y el refinado y parisino de Dorothy. Hortense estaba en el bar sirviéndose más Cordon Bleu.

El dormitorio era, supuse, el de John. Tenía la austeridad de un joven práctico y

eficiente. Arriba de un salto y a masticar.

—En esa cama —ordenó Dorothy, y empezó a desnudarme hasta que quedé en camisa y calzoncillos—. Son las secuelas, lo sé. La guerra. Un montón de cosas.

—Te quiero mucho, Dorothy querida —dije—. Pero en realidad estoy perfectamente. Y además, tengo habitación reservada en el Algonquin.

Se enfadó al oír esto.

—Métete en la cama. Las sábanas están limpias.

Eran de un amarillo rojizo y olían a espliego.

—Me acercaré yo misma y traeré tus cosas. Te quedas aquí, Ken, en casa. Supongo que conoces la palabra.

—Te quiero mucho, Dorothy —dije, y luego volví a desmayarme.

Volví en mí saludablemente cansado.

—Dormiré un poco —dije.

Podría estar igual en la cama que en cualquier otro sitio. Dormir igual que hacer cualquier otra cosa. Dorothy me besó en la frente con labios secos y fríos, pero generosos. Ann, después de una cierta vacilación, posó en mi mejilla sus labios, finos y húmedos. El aire acondicionado tardó en secar la marca. Perdí de nuevo el conocimiento.

Cuando desperté, había una tenue lámpara encendida en la mesita, donde estaban los libros de John, sostenidos por la testuz de un bisonte de caoba. La lámpara tenía una austera pantalla que era un cilindro de pergamino sobre el cual estaban dispuestas las letras *j o h n* en orden arbitrario y en tamaños diversos. Hortense estaba sentada junto a la cama. Vestía una bata color cereza, fumaba un cigarrillo y me miraba.

—Oh, Dios mío —dije—. Te lo has quitado.

—Dijiste que querías verlo.

El humo se rizaba alrededor de la vacuidad lisa y cerrada y las cicatrices, y luego lo aspiraba la unidad de aire acondicionado. Hortense no llevaba peluca: llevaba su pelo color miel, que empezaba ya a encanecer, corto aún por el rapado preoperatorio. La deformidad era clara pero quedaba en sombras. Aproximó más la cabeza a la lámpara.

—Horrible, ¿verdad?

Se sentó al borde de la cama.

—Vamos, echa un vistazo, míralo bien.

Desbordado de piedad y de amor, me incorporé y la besé allí. La rodeé con mis brazos, ella soportó rígida el abrazo. Posé los labios sobre el hueco deshabitado, los dejé allí. No hubo aleteo de pestañas.

—Échate conmigo —dije—. Sólo un ratito.

Hablaba a la mejilla cortada y cosida.

—Échate. Déjame abrazarte.

—¿Qué es esto? —le divertía, pero hablaba con aspereza—. ¿Intentas hacerte normal? Mediante un tipo distinto de anormalidad... Dot se quedaría muy

impresionada.

—Ciertamente —dije—. Puesto que el marco podría considerarse jacobeo. Dame uno de tus cigarrillos.

La atmósfera de ternura no se había roto, en realidad. Me dio un Player inglés del paquete arrugado que tenía en el bolsillo de la bata; me lo encendió ella incluso, con un Zippo plano y gastado.

—¿De qué demonios hablas?

—Oh, mi pensamiento volvió a Montecarlo y a los años veinte y al gran hombre sexualmente impotente llamado Havelock Ellis. Él dijo algo sobre los orígenes de la homosexualidad. Y luego, habló en la mesa contigua en el Hotel de París sobre aquella obra de John Ford sobre el incesto. ¿Recuerdas aquel día? Fue cuando se acordó tu boda.

—No me acuerdo.

—No debe ser algo que quieras recordar. Yo entonces estaba preocupado por mi homosexualidad. Todos queríamos ser como el resto del mundo. Y luego estaba la Iglesia y la pobre mamá. Y luego, descubrí lo que creía que era una forma de trascendencia. En Malaya. Carlo dijo que me estaba arrastrando el amor de Cristo. Una familia de santos. No me cabe duda de que Tom fue un santo. Carlo cree que tú eres un ángel.

—¿Por qué no podemos hablar nunca sin que salga a colación el maldito Carlo?

—¿Por qué le odias?

—Significa daño.

—¿Como príncipe de la Iglesia y estentóreo portador de sus múltiples mensajes? Échate aquí a mi lado. Cuando yo tenía quince y tú tenías seis, solías hacerlo.

—Entonces, era inocente.

—Y ahora tienes los ojos abiertos. Oh, Dios, mío, qué estúpido soy, que ser inepto y brutal...

—Bueno, bueno, bueno. Dot dijo ayer algo de que yo no quería abrir los ojos a algo. No se dio cuenta siquiera. Carlo significa daño, te lo aseguro. Carlo apoya la inocencia. Sería capaz de meter a un niño de seis años en la cama con un maníaco sexual y jurar que la manía sexual no existe. Ya no hay nadie que pueda permitirse ser inocente. Su Iglesia no es la mía.

—¿Cuál es tu Iglesia?

—Una cosa que explica por qué tenemos que sufrir. No hay un Jesucristo triunfante. Cristo no resucitó de entre los muertos.

—Eso significa que no eres cristiana. La resurrección de entre los muertos es la base de todo. Me da la sensación de que has estado leyendo algo. O hablando con alguien.

—Con Dot. El padre de Dot era predicador. En Georgia, no sé exactamente en qué parte. Uno de los viejos tragabiblias. Y le metió la Biblia entera en la cabeza a Dot. Y a Ralph, su hermano pequeño, al que estuvo a punto de volver loco. Dot ha

llegado a ser muy sensible respecto a la religión. Muy escéptica sobre los premios en el cielo. Está de acuerdo conmigo. O quizá yo esté de acuerdo con ella, supongo. Todo se relaciona con el sufrimiento.

—No me parece que Dorothy haya sufrido mucho —y luego, me di cuenta de que me equivocaba—. No, claro, sufre por ti.

—Dejaré la bebida, la dejaré de verdad. Éstas son sólo las secuelas —me dijo—. Ella sufre por otras cosas. ¿Quién demonios puede no sufrir en estos tiempos? No ha hecho más que empezar el sufrimiento. Los alemanes intentaron liquidar a toda una raza. Y ahora, nosotros hemos encontrado un medio más rápido de hacerlo que los hornos de gas. ¿Quién es el enemigo? No hay más enemigo que el gran Padre malo del que no puedes vengarte. Cristo fue su hijo, de acuerdo. Eso se ve claro por el modo de tratarlo. La Tierra Prometida al otro lado del Jordán. El padre de Dot que hubo de enfrentarse a los jinetes nocturnos encapuchados, creía en eso aún más cuando le azotaban. Si sufrimos aquí lo suficiente, se nos permitirá caritativamente dormir. Cristo consiguió esto, al menos, del Padre.

—Lo que dices no tiene mucho sentido, querida.

—Tiene más sentido que lo que dice Carlo. Es una cosa espantosa verse arrojado en manos del Dios vivo. O palabras que signifiquen más o menos eso. Carlo le estrecha la mano a Dios. La inocencia de un niño que intenta acariciar a un tigre. Apuesto a que creo en lo que sucede en el altar más de lo que lo cree Carlo. Yo recibo a Cristo perfectamente, gimiendo en mi boca, pero diciendo, bueno, está bien, estoy contigo. El inventor del amor.

—¿Dorothy va a misa contigo?

—Oh, no, para ella la Iglesia de Roma aún es la Ramera de Babilonia. Ella es anabaptista hasta la médula. Amor y sufrimiento. El gran solaz que siempre temiste perder. Nosotros tenemos eso, creo. Sería mejor que volviese con ella. Estira la mano dormida y si no estoy, se despierta y llora. Cree que me he ido para siempre. Pero cuando vuelvo todo vuelve a marchar bien. Créaslo o no, me levanté para tomar un Alka Seltzer. La bebida me da ardor de estómago. Y luego, sentí remordimiento y entré a ver a mi hermano. Después de todo, tuvo lo que parecía un ataque al corazón durante la cena, y lo único que hice yo fue seguir allí sentada bebiendo.

—¿Duermes sin esa cosa puesta?

—Sí. Así Dot lo besa mejor. Tampoco a ella le da repugnancia. ¿No hubo un santo que se dedicaba a besar llagas?

Y luego:

—Amas a quien quieres y cómo quieres. Dios es el gran profesor de biología. Cristo sólo predicó amor.

Y luego:

—¿Estás unido a alguien en este momento?

—Estoy solo en un mar inmenso.

—Me gustaría que hicieras algo por Ralph. Ya sabes, el hermano de Dot. Es sólo

un crío, producto de lomos envejecidos, en verdad ciertamente. Como Juan el Bautista. Con una educación anabaptista, como Dot. Biblia en todas las comidas; no es que comieran mucho, por otra parte. Tiene unos veinticinco años. Lee. Pretende escribir. Quiere ser el gran T. S. Eliot negro, pero no tiene talento. No es tan estúpido como para decir que todo eso es culpa del opresor blanco. Haría un secretario y acompañante muy aceptable. Le encantaría viajar.

—¿Habla mucho de los opresores blancos?

—Es discutible cuál es la minoría verdaderamente oprimida. Sus amigos de adversidad han sido negros, morenos, blancos, amarillos, color heliotropo, que yo sepa. Los policías te dicen marica de mierda antes de decirte negro de mierda. Ya sabes lo que quiero decir.

—¿Y dónde está ahora?

—Acaba de dejar de intentar dirigir lo que llama un teatro de minoría en Brownsville. Eso está en Brooklyn, el sucio y apestoso ojo del culo del distrito, como le llaman. Allí hay un almacén abandonado que intentó adaptar como teatro. No hay mucho público dispuesto a ver obras sobre los sufrimientos de los negros y los morenos y los de color heliotropo. Lo que quiere la gente es ginebra. Algunos hasta quieren trabajo. Ahora, Ralph está alojado provisionalmente con un amigo en un piso alquilado, intentando escribir una especie de *La tierra baldía* marica. Es buen chico. Los sábados viene a cenar y le damos un banquete.

—Lo pensaré. Si tiene algunas de las cualidades de Dorothy, tiene que ser perfecto.

—Dot cogió un taxi y fue a buscar tus maletas. Las deshizo y colocó la ropa tan silenciosamente como un ratoncito. Todo está en ese armario. Tus cosas de afeitar están en el baño. Dot es así.

—Me encantaría quedarme.

—Vuelve con nosotras cuando hayas acabado ese estúpido trabajo de Hollywood.

—¿Lo dices en serio?

—Y entérate de cómo le va a Domenico con su cuarta o quinta esposa. Curiosidad femenina. Oh, ya sé que ando fastidiando a la gente, pero es sólo fachada. En realidad, no le echo la culpa a nadie de nada. Toda la culpa del mundo se centra en un lugar.

—¿Así que ninguno de nosotros somos libres?

—La hermana Gertrude solía citarnos en el colegio *Die Meistersinger*. Ya sabes, Hans Sachs: *Wir sind ein wenig frei*. Un poquillo libres. Ahora tengo libertad para volver a la cama y encontrar allí a Dot. Pero creo capaz al gran cerdo eterno de arrebatársela de la cama y hacerla disolverse en aire.

Se inclinó y me dio un beso pleno en los labios. Luego se fue. Yo no podía dormir. Tenía que hacer tiempo hasta el amanecer. Encontré un libro de Anatole France entre los escasos de John. Tenía en la guarda un nombre, Dorothy Alethea Pembroke... aristocrático, como tenían que ser todos los nombres de esclavos. El

relato era el de san Nicolás y la resurrección de los tres jóvenes del tonel de escabeche del mesonero. Él los adoptó y los educó santamente, pero todos se comportaron del modo más ruin. Uno de ellos llegó incluso a denunciarle al Vaticano por falsos pecados de todo género. San Nicolás reconocía la grandeza de Dios, pero le resultaba difícil creer en su bondad. Jesucristo era, por supuesto, una proposición muy distinta.

Fue un año antes, más o menos, de que Ralph Pembroke entrase a mi servicio, o yo al suyo, o ambos al nuestro. Cuando digo ahora que recuerdo bien estar echado con él en la cama un domingo por la mañana en nuestra *suite* del Hotel Beverly Wilshire, me asalta la duda inmediata de si esto fue casi al principio o al final de nuestra relación. Como todas las relaciones, o las pocas, que tuve en mi mediana edad y en mi vejez con hombres más jóvenes que estaban, nominalmente o no, contratados como secretarios, la sombra de la ruptura estaba presente hasta en los entusiasmos primeros y más ardientes. Me veo ahora como un hombre bronceado de sesenta y tantos, bien conservado, pero con algunas huellas de los años. El impulso sexual, como ya sabrán mis coetáneos, no muere con la edad: se hace simplemente intermitente, perdiendo poca de su prístina ferocidad en los momentos en que resurge. Necesita, sin embargo, el estímulo de la juventud y la belleza, lo cual implica cierta unilateralidad en la pasión, pues, ¿cómo va a sentirse estimulada la juventud y la belleza por las arrugas y las canas salvo en casos de perversión gerontofílica? Ciertamente, al aproximarme a mis últimos achaques, era compañía más que relaciones sexuales lo que necesitaba, pero no era, como en el matrimonio, la compañía de alguien de mi misma generación. Quería una compañía que tuviese las connotaciones de la excitación amorosa, es decir, la emoción del tacto, del entrelazamiento, del cariño verbal, la tranquilidad nocturna de un cuerpo, siempre que fuese joven y hermoso, respirando junto al mío. Agradecía el don complementario de la inteligencia aderezado por una relativa falta de experiencia mundana. Digamos que, aquella mañana de mayo en California, el final de la relación estaba más próximo que el principio, pero permitidme que reseñe palabras más propias del fin que del principio. Yo llevaba el pijama heliotropo, Ralph estaba desnudo. Era bello como sólo puede serlo uno de su raza, sobre todo si le nutren los beneficios de la civilización norteamericana, pero la serenidad de aquellos músculos relajados y el suntuoso brillo de una piel exquisita no se correspondían en absoluto con la expresión facial, que habían adquirido la hosquedad propia del hombre blanco, aquella frente tan a menudo fruncida, el gesto malhumorado de la boca, los ojos inquietos, nerviosos, tristes; como ahora. Yo dije:

—Me niego a decir lo que no es, queridísimo Ralph.

Ambos compartíamos un tropo swiftiano. A Ralph le entusiasmaban los caballos, veía en ello una nobleza que creía vinculada a su propio pueblo en su hábitat nativo. Yo, unos años antes, en una escuela de equitación cerca de Sitges, había disfrutado viéndole adquirir destreza ecuestre. Él y el caballo se hacían uno, se centaurizaban de un modo increíble, ni siquiera en las exhibiciones ecuestres he visto algo parecido. Ralph llama a los caballos Houyhnhnmos y hablaba con ellos en relinchos y resoplidos. En la época que habíamos pasado en Hollywood, cuando yo trabajaba escenificando una versión en dibujos animados de *El alimento de los dioses*, de H. G.

Wells, de Max Fleischer, había podido utilizar su habilidad hípica en una película del Oeste. Reemplazaba al jefe de una banda de jinetes vengadores, aunque, debido a su incongruente condición de negro, sólo en planos muy largos. Los Houyhnhnmos, como recordará el lector, no tienen ningún término para expresar la idea de *mentira*.

—Lo importante es el tema que trata —dijo Ralph—. Muy bien, entonces qué más da que quede cojo y los ritmos sean confusos y sea lo que tú llamas derivativo.

La vibración de su voz se transmitía por la cama, como una sensación corporal, puede que debido a los muelles del colchón. Hablaba de un modo tan conmovedor como el modo de cantar de su hermana. El lenguaje de los negros cultos puede que sea el sonido más delicado que se encuentre en Norteamérica.

—No, queridísimo Ralph, no y no. Si quieres escribir panfletos, de un carácter rigurosamente polémico, hazlo. Habla al mundo de los sufrimientos de los norteamericanos de color, pero no intentes convertirlo en arte. Porque no se puede, ¿comprendes?

—No nos gusta la expresión «de color». Preferimos la palabra «negro».

—¿Quiénes?

—Los negros.

—Es decir, los descendientes de los esclavos africanos de la costa oeste, que ahora son ciudadanos plenos de estos Estados Unidos pero vigorosamente conscientes de injusticias continuas. Hay otros pueblos negros, sabes.

Vi brillar un instante la sonrisa de aquel mago de piel morada y me estremecí.

—Los malditos tamiles, por ejemplo —continué—. Lo único que quiero decir, querido Ralph, sobre tu poema, es que intentar hacer al mismo tiempo arte y propaganda es fracasar en ambas cosas. Y dudo que sea posible expresar sentimientos sectoriales a través del arte poética. Es decir, el color de Otelo no importa, en realidad. Lo que cuentan son los celos. En Malaya, en un instituto de enseñanza media, vi una adaptación muy interesante de *Otelo*. Sólo había un muchacho blanco en el instituto, así que le convirtieron en un celoso funcionario de policía irlandés llamado O'Tallow. Eee Ah Goh era chino, Desdémona era tamil, negra como el betún, y Cassio eurasiático. Y quedaba bien.

—Qué coño —dijo Ralph—. Yo creo que está muy bien. Lo mandaré a *Wakati*.

(*Wakati* —que significa tiempo en swahili— era una revista literalmente negra, la tipografía era blanca como en un negativo fotográfico, estaba financiada en parte por la organización *Time-Life*).

—No dudo de que te lo publiquen —dije—. Pero no por eso será bueno. Otra cosa. Tu nueva militancia negra... ¿está sustituyendo tu antigua militancia en el tropismo sexual que tú y yo compartimos, o estás buscando el modo de combinar dos injusticias sociales muy distintas? Quiero decir, suponiendo que los negros gobernaran en Estados Unidos en vez de los blancos, ¿mejoraría automáticamente la situación de un homosexual blanco?

—Las minorías se entienden mejor entre sí —dijo Ralph frunciendo el ceño.

—En fin, deberías estar buscando ya símbolos poéticos para expresar esa observación, ¿no crees? Aunque no creo que pudieses. Y lo sabes de sobra. Voy a levantarme y a pedir el desayuno y luego me daré un baño. ¿Qué desayunarás? ¿Algo negro? ¿Gachas de maíz y menudillos y sandía?

—No, estoy corrompido por la cultura blanca. Quiero un filete no muy hecho y dos huevos fritos sólo por un lado. Escucha, esto tiene que ser bueno:

Me senté en las gradas sin color
entre los sin color.
Contemplé afligido su juego,
y la nube negra extendió avisadora,
la mano y tapó el sol.
Pero todos miraban las pelotas golpeadas,
negras pelotas, negras cabezas,
sin ver que el juego no pararía la lluvia negra.
Y no habrá devolución de entradas si llueve
no se repetirá el partido. No se repetirá, no, nunca más.

—No, Ralph, amor mío —dije—. No, no.

—¿Y quién demonios eres tú para decir que no?

Se había levantado de la cama, desnudo, salvo el reloj Longines y la hoja de papel mecanografiada que blandía. La belleza estaba toda en él, jamás podría crearla: Dios, o lo que sea, nunca la da en ambas direcciones.

—Nunca has escrito nada que tuviera pretensión siquiera de ser arte.

—Lo de pretensión es correcto. Nunca he tenido pretensiones. Pero conozco el arte en cuanto lo veo. Lloro y me avergüenzo cuando veo arte de verdad. Y ahora no estoy llorando.

—Eres un cabrón. Un *blanco* cabrón.

—Vaya, así que ahora soy blanco, ¿eh? Cuidado, Ralph. Acabarás diciendo que sólo los negros tienen auténticos valores morales y políticos y espirituales y estéticos. Eso es ni más ni menos la filosofía nazi maquillada de negro.

—Mírate —dijo burlón, mientras me quitaba el pijama; esto, por supuesto, pudo haber sido en otro lugar o en otra ocasión—. Esa pollita color rosa y esas piernecillas arrugadas y la barriguita. Y hablas de valores estéticos...

—Polla azulada —corregí—. Morada. Pequeña, lo admito. Y los demás atributos, los secos frutos de la senectud. En cuanto a la barriguita... ¿acaso no se puede decir que es menos abultada que muchas? No es, en modo alguno, una prueba de excesos falstaffianos. Acabamos teniéndola todos. Albert Einstein la tenía, sabes. Yo mismo se la vi cuando le visité en Princeton.

Me resulta difícil creer que estuviera allí tan tranquilo charlando, desnudo, soportando las burlas de aquel muchacho tan bello y distinguido. Muchas cosas del

pasado resultan increíbles.

—Pide tú el desayuno —dije—. Para mí, una tostada y mermelada Oxford. Zumo de naranja y café.

Y fui a bañarme.

Ralph y yo estábamos por entonces más o menos domiciliados en Barcelona, en un piso amplio, no muy lejos del Barrio Gótico. ¿Por qué España, o más bien Cataluña, que no es del todo España? Porque, por entonces, a mí me parecía mejor el fascismo suave que el socialismo confiscatorio. Por la arquitectura de Gaudí y la cocina de Los Caracoles. Ralph, que al principio mascullaba e incluso discutía porque le tomaban por moro, se enorgullecía cuando le identificaban como primariamente norteamericana. Aprendió catalán con la fruición con que posteriormente aprendería el dialecto oma, del África oriental. Pero la verdad es que estábamos más tiempo fuera de Cataluña que en ella. Me llamaban de ciudades como Helsinki y Estocolmo y Río de Janeiro para conferencias literarias en las que había más política que literatura.

Yo estaba cediendo a la tentación de ser el Escritor como Figura Internacional, es decir, alguien que habla más que escribe. Me alimentaba de mis reservas de grasa literaria de la preguerra. No tenía gran urgencia de producir nuevos libros o nuevas obras de teatro. Contaba con el vehículo de la televisión para la fácil proyección de ideas rudimentarias y una personalidad bastante bien formada. Al público de la televisión le agradaba mi personalidad. Sus rasgos eran identificables y caricaturizables: el cigarrillo en su boquilla Dunhill esgrimido con la misma gracia que un abanico Reina Ana, los trajes de Savile Row cuya elegancia conservadora tenía de contrapeso la contradicción de las camisas de seda desabotonadas en el cuello de Kuala Lumpur o los jerseys de polo color crema, el perfil agudo y ajado que tanto complacía a los cámaras, el leve ceceo, las opiniones dogmáticas sobre las costumbres del mundo de posguerra, las actitudes de ferocidad que asumía de vez en cuando. Para la televisión francesa, era un anglófono. Podía modificar la imagen inglesa deliberadamente melindrosa con gestos de las manos y *patois*. Pronto me verían los alemanes en sus pantallas y me oirían ladrar.

Además, en Hollywood había trabajo de sobra para mí. *El alimento de los dioses* no llegó nunca a plasmarse definitivamente en película, ni tampoco el proyectado musical sobre la vida de Shakespeare titulado *Will!*, ni el colosal *Middlemarch*, ni otros proyectos diversos en los que participé; pero me pagaron, con exceso, y me acomodaron con mi compañero y secretario en *suites* del Regency con innumerables teléfonos. Aquella mañana de domingo de Beverly Wilshire, tuve la satisfacción de saber que mi trabajo sobre *El alimento de los dioses* estaba prácticamente terminado. Había sido divertido pensar en imágenes de dibujos animados muy al estilo inglés Victoriano, y reducir el diálogo de Wells a unos cuantos puntos esenciales. Al día siguiente, lunes, tenía que trasladarme en avión de Los Ángeles a Indiana, a dar una conferencia en una universidad, mientras los redactores y revisores roían y

atormentaban mi versión definitiva del guión. En esa universidad, que recibía el nombre de su fundador Oswald Wisbech, era profesor de un Departamento de Antropología en expansión mi sobrino John Champion.

—Me voy —dijo Ralph cuando terminó el filete, los huevos fritos y el café. Yo estaba sentado, con mi bata lima y oro, fumando y mirándole afablemente. Él vestía traje gris de corte vagamente militar, zapatos Gucci tostados, una camisa de seda azul abotonada hasta el cuello y adornada con una mano de plata de Fatma que colgaba de una cadena de plata. Le pagaba un salario que no se ganaba, le vestía, le protegía, le daba mi afecto.

—Hay muchísimas cartas que mirar —dije—. Cuando vuelvas tarde esta noche de tu sesión con Nat Fergana *Junior* y sus amigos, estarás demasiado cansado para mirarlas. Mañana y pasado mañana no estaré aquí para mandarte trabajar. No es que me queje. Sólo quiero decirte que hay mucho trabajo pendiente.

—Sí, claro que sí —dijo Ralph, remedándose—. Pero hasta los esclavos tenían derecho al domingo libre.

—Otra cosa. Y por favor, no creas que esto es, en modo alguno, una acusación. Quiero decir que no te estoy acusando. Quizá no haga más que acusarme a mí por mi despreocupación, o quizá mi estupidez inicial por ser tan descuidado. Siempre me dices que no lleve tanto dinero encima, pero no puedo evitarlo. Nací en una época en la que se llevaba dinero y se utilizaba para pagar en efectivo en el acto.

—Oh, vamos, Ken, ¿de qué se trata? —y miró su Longines.

—Tenía mil dólares en billetes de cien. Estaban en el bolsillo inferior de la chaqueta de mi traje de ante. Miré después de bañarme y ya no estaban. De nada serviría quejarse a la dirección del hotel. Tiene un cartel avisando que es peligroso tener cosas de valor en la habitación. Y si acusase a los empleados mexicanos, despertaría con un cuchillo clavado en la barriga. Tengo la esperanza de que cogieras el dinero tú para protegerme o para darme una lección o algo bienintencionado por el estilo. Creo que puedo permitirme perder ese dinero. Pero me fastidia que me roben. Dime si no me han robado.

—Te han robado, sí, viejo, te han robado. Yo no tengo tus mil dólares. Lo sabes de sobra. Eres generoso hasta el exceso, como suele decirse, y no tengo que andar cogiendo dinero a escondidas. Pero me fastidia que digas eso. Porque eso crea un clima muy poco agradable entre nosotros.

—Sólo quería saber, Ralph. Nada más. Digamos que he aprendido una lección, que no he de ser tan descuidado con el dinero, y en el futuro utilizaré cheques o tarjetas de crédito o algo. Habrá rostros mexicanos mirándome sonrientes desde las habitaciones en que trabajan cada vez que pase por el pasillo; pero da igual. De todos modos, no vamos a estar mucho más tiempo aquí.

—Oh, no, no es tan simple el asunto —dijo él, sin parodiarme ya—. En algún rincón de tu cabeza, seguirán representándose escenitas. Ya sabes, Ralph, ese sucio negro, necesitaba una cantidad mayor de la habitual para pagar un chantaje o deuda

de juego o para ayudar a algún muchachito apurado que ha conocido en el bar de Nat Fergaria. Y en un rinconcito de mi cabecita estarás tú sentado como ante un pequeño escenario, presenciando una representación de ese género. Sospechaba que pasaría esto.

—Ralph, querido, no se trata de eso. Yo ya he olvidado el asunto. Los estudios me están pagando cantidades absurdas y puedo permitirme perfectamente perder mil dólares en favor de una pobre familia mexicana. Olvida lo que te dije, por favor.

—Sí, claro, tenías que decirlo. Esto tenía que salir tarde o temprano. ¿Has mirado bien en los otros bolsillos, debajo de la alfombra, debajo del colchón? Si quieres, puedes registrar mi dormitorio. Puedes registrarme ahora mismo, si quieres. No tengo tus mil dólares. Pero ya veo que estás deseando que mi carota de negro se abra en una gran sonrisa dentona y saque el dinero y diga: Aprende la lección, amiguito, y no pongas la tentación en el camino de los pobres sin escrúpulos. Pero eso no va a suceder. No, señor. No, amito, no. ¿Puedo irme?

—¿Qué hacéis exactamente en casa de Nat Fergana *Junior*? —pregunté—. ¿Baila para vosotros u os proyecta sus viejas películas? ¿O se trata de un buen ágape, negro y sólido?

—Nada de ágape —dijo Ralph—. Mira alguna vez en tu diccionario la palabra ágape. Juegos y alegría, muchacho, nada espiritual. Pero negro, sí, toooodo negro. Mientras yo esté fuera, dedica un poco de tiempo a buscar ese dinero perdido. Ah, y un buen pedo negro en la cara para Nick Campanati.

Que venía a comer conmigo. Sonó el teléfono, quiero decir todos los teléfonos. Contesté yo, que estaba más próximo al más próximo. Era una joven que se llamaba algo así como Randy Reinhart, del equipo de la sección de libros del *Los Ángeles Times*, sorprendentemente trabajando o, al menos, pensando trabajar, en un domingo californiano. Quería una entrevista. No hoy, no, algún día de la semana. Me mostré vago, observando cómo se iba Ralph entre grandes gestos de reverencia y servidumbre, extendiendo los brazos con las muñecas juntas, como si tuviera grilletes. ¿Jueves, a la hora del cóctel, aquí? Eso estaría bien, sí. Ralph salió de nuestro inmenso gabinete al vestíbulo, que quedaba contiguo a mi dormitorio y luego pareció llevarle veinte segundos lo menos salir del vestíbulo al pasillo, cerrando la puerta audiblemente, y desapareciendo a continuación.

Era lo que yo había supuesto que sería. Encontré el paquete de billetes de cien dólares sujeto con un elástico en el suelo oscuro del armario de la ropa de mi dormitorio. Oí también cómo se llenaba la cisterna del retrete. No podía acusar a Ralph de nada, Ralph no era como Heinz. Me había encontrado otra vez con Heinz unos años antes, trabajaba en un bar de la playa de Sitges. Era un bar que llevaba un inglés llamado Bill Gay, y se llamaba SS, iniciales que significaban, si necesitaban significar algo, *Sweet Sixteen*, o *Stars and Stripes*, o cualquier otra cosa que la despreocupada imaginación de Gay sugiriese al preguntarle. Gay había sido agente secreto torturado, como el Conejo Blanco, por la Gestapo de París. El brazalete con la

cruz gamada y las porras de acero que decoraban su bar debían considerarse trofeos más que símbolos de perversión. Un día que estábamos Ralph y yo allí, un cliente inglés borracho gritó: «Córrete acá, Gay». Y Gay replicó muy frivolonamente: «*Ich habe ein Handel zu mein Name, ¿no es así, Heinz, cariño?*». Y entonces, un joven rubio, excesivamente bronceado, se apartó de la diana de dardos y resultó ser Heinz. Había estado trabajando en el campo, en el norte de Inglaterra, y hablaba un inglés dialectal muy fluido. Él y Ralph, comprobé más tarde con una punzada, formaban una pareja encantadora, alegres y animosos. Heinz parecía haber superado su racismo. Ralph aún tenía que empezar.

Nick, o Domenico, ya tenía por entonces unos sesenta años, los aparentaba. Tenía papada y barriga y era aún lo bastante italiano como para no importarle. Él no comía queso fresco y lechuga. Desde la habitación, pedí espagueti y albondiguillas, con un filete grande después, *pêche melba* luego, una botella de Valpolicella para pasarlo todo. Eso era para Domenico. Yo tomé queso fresco y lechuga. Tomamos martinis muy secos mientras esperábamos la comida. Domenico desenrolló una revista con la que había estado golpeteando el cristal de la mesa como si se tratase de una inquieta batuta.

—¿Ves esto? —dijo.

Cogí la revista. Era un ejemplar de *Life* con un retrato de Carlo Campanati en la portada. Iba vestido de cardenal y bendecía sardónicamente al posible lector, dando su gran espalda al Duomo de Milán. El pie decía milagros en milán. Esto, según pude advertir, no se refería a milagros reales, como el del hospital de Chicago: significaba que Carlo estaba demostrando la importancia del cristianismo para los truculentos trabajadores industriales milaneses. Había participado activamente en la resolución de las huelgas. La Iglesia, decía, pese a la evidencia de la historia pasada, había sido fundada por obreros, no por patronos. Carlo había llenado el Duomo de obreros y les había enseñado el mensaje católico del marxismo.

—Conseguiré un ejemplar en el quiosco de abajo —dije.

—Quédate éste, quédatelo, quédatelo. Yo para nada lo quiero.

—Aún estás enfadado, Domenico. Aún recuerdas aquel orgasmo interrumpido. Debes haber tenido muchos sin interrupciones desde entonces, para compensar.

—Estoy harto ya de las mujeres. ¿Sabes que Sindy se fue con aquel cabrón de mexicano?

Sindy era Cynthia, Forkner de soltera, una actriz de segunda fila de Carolina del Norte y la tercera esposa de Domenico. Quizá quisiese hijos.

—No, no lo sabía. ¿Debo decir que lo siento?

—Ha llegado el momento —dijo Domenico— de cortar con muchas cosas. Estoy harto de Hollywood. Estoy harto de palear mierda auditiva en bandas sonoras. Quiero escribir otra vez auténtica música.

Aquel *otra vez* quizá no fuera muy adecuado.

Dije:

—Ganaste un Oscar por aquella película de Dostoievski. Has hecho cosas que son de la mejor música que se ha hecho para el cine. ¿Qué quieres hacer ahora? ¿Una sinfonía?

—No. Una ópera, ¿qué otra cosa podría hacer? Carlo ha conquistado Milán. Es hora de que lo conquiste yo. Y el libreto lo haces tú.

No hice comentarios, de momento. Abrí la puerta al camarero lituano, que entró con una mesa llena de platos y fuentes tapados. No dije nada mientras él colocaba

todo y acercaba las sillas a la mesa. Firmé la factura, le di dos dólares.

—Dizfruten zu komida, kaballeroz —dijo, y se fue.

Domenico empezó de inmediato a alimentarse ferozmente. En la cabeza calva y morena afloró un sudor que indicaba su concentración.

—Ya hice un libreto en otra ocasión —dije, picoteando con el tenedor—, y resultó una enorme pérdida de tiempo. Supongo que tienes pensado hacer alguna gran *ópera seria*, tres actos, etcétera. Algo de pomposidad archiepiscopal.

—Aquello fue un juego, entonces éramos los dos jóvenes. Ahora será una cosa segura. Vi en Nueva York a Giulio Orecchia, en el Met, hace seis o siete semanas. Me dijo que sí, que sí, empieza ayer. Así que dime qué ideas tienes. Quiero un libreto para principios de otoño lo más tarde.

—¿Visitaste alguna vez a la familia cuando estuviste en Nueva York? ¿Viste a tu nieta, por ejemplo?

Una nieta llamada Eve, una linda mocosuela rubia que me llamaba dio, en vez de tío.

—Mira, Ken, tengo tres familias y procuro mantenerme alejado de las tres. Es la única manera de vivir.

—Esta familia es un poco distinta, Domenico. Es la primera. La Iglesia diría que la única. Así que no fuiste a ver a Hortense...

—No fui a ver a Hortense. Lamento lo que le pasó, pero no fui a verla. Ha terminado todo entre nosotros.

—Ella sigue llamándose señora Campanati. Y con ese nombre está terminando su propia obra magistral de arte para Milán. Estuvo bien que Carlo le consiguiese ese encargo. Lo necesitaba, así pudo salir de su apatía.

—Pero ¿qué dices? —dijo Domenico mirándome con temor y recelo; los labios, indiferentes, seguían sorbiendo espagueti—. ¿Qué es lo que está haciendo?

—Se trata de un bajorrelieve en que se representa la vida de san Ambrosio, santo patrón de Milán y distinguido antecesor de Carlo en su cargo. Trabaja en él en su nuevo estudio, un estudio grande que tiene en el Village. Promete ser una obra monumental e impresionante. Se ve a Ambrosio de niño con abejas revoloteándole en los labios, y se le ve ya de obispo excomulgando al emperador Teodosio, luego machacando a los arríanos, Ambrosio, una imagen grande, musculosa, desnuda...

—¿Desnuda?

—Desnudo, sí, más o menos. Creo recordar una mitra y un báculo, además de la desnudez musculosa. Me parece lo mejor que ha hecho Hortense. El apellido Campanati va a ser un apellido importante en Milán. Un gran arzobispo, una gran escultora, y luego tú. Si eres capaz de lograrlo.

—Mi nombre está por delante del de ellos. Dios santo, ¿qué pretenden hacerme? ¿Cuándo estará eso listo? ¿Ese maldito chisme blasfemo de esa *puttana* que se dice esposa mía?

—¿Cómo sabes tú que es blasfemo? ¿Y por qué adoptas esa actitud moral tú,

especialista en la poligamia sucesiva?

—Ella está viviendo con esa zorra negra, ¿no? ¿Cuándo está previsto que termine?

—La inauguración está prevista para la festividad de San Ambrosio de aquí dos años. El 7 de diciembre, si no recuerdo mal, al día siguiente de la fiesta de San Nicolás. Tendrán que embarcar la escultura, luego instalarla. Dios santo —añadí, pues acababa de pensar en el tema para un libreto—. ¿Qué idea absurda tienes en la cabeza, Domenico? ¿Acaso te propones entrar en Milán antes que tu antigua esposa, aún tu mujer, por otra parte, pero dejemos eso, irrumpiendo con una llamarada de música en la Scala, mientras San Ambrosio está aún en alta mar, camino de Génova? Ya sabes que se tarda mucho en montar una ópera.

—Hay atajos. Regreso con ese chico, con Vern Clapp...

—¿Quién?

—Vern Clapp.

—¿Se llama de verdad así? —Vern es de Vernon. Puede ayudar con la orquestación. Domenico estaba ya con el *pêche melba*, comiendo a toda velocidad, para no perder tiempo.

—Regresas, dices. ¿Dejas Estados Unidos?

—Claro que dejo Estados Unidos. Ya he sacado de Estados Unidos todo lo que Estados Unidos podía darme, fundamentalmente dinero. Me voy a Mentón o a Niza o a cualquier otro sitio, a trabajar en paz. Ahora dime, ¿qué hay de ese libreto?

—San Nicolás —dije.

Me miró fijamente unos segundos, sin dejar de masticar.

—¿Quieres decir una ópera sobre un santo? No hay óperas de santos. Los santos son para oratorios. Como Mendelssohn y Handel y toda esa mierda.

Tragó un grumo de helado como si fuera algo caliente y amargo. Le expliqué. Escuchó.

—Mira —dije—, podríamos convertir la leyenda de la resurrección de los tres jóvenes en un tonel de salmuera en una especie de prólogo muy estilizado. Luego, realismo para la historia real. El primero de los hijos adoptados intenta convertir la casa de Nicolás en un burdel, y Nicolás cede a las tentaciones de la carne. Tras ello, claro, se flagela y se santifica y se prepara para el concilio de Nicea con el fin de denunciar la herejía arriana.

—Oh, Jesús.

—Jesús, el Padre y el Espíritu Santo, para ser exactos. El rechazo de la doctrina de la Trinidad. Arrio dijo que el Hijo no era coeterno con el Padre.

—No se puede poner todo eso en una ópera. Pero, dime, ¿de dónde sacaste toda esa mierda?

—La idea básica está en un relato de Anatole France. El segundo hijo adoptivo falsifica documentos para demostrar que Nicolás es más hereje que Arrio. Y el acto termina con una gran denuncia coral. Nicolás inicia el tercer acto con tela de saco y

cenizas, comprendes, un arrepentimiento forzado. Recupera su obispado, pero el tercer hijo adoptivo se ha hecho caudillo militar y va a degollar mujeres y niños en nombre de Dios. El enemigo son los arríanos, y Nicolás es partidario, al parecer, de exterminarlos; pero al final, se introduce en escena el cadáver destrozado de un niño. Con el niño en brazos, alza los ojos al Dios invisible y dice: «¿Qué significa todo esto? ¿Qué pasa? ¿Por qué me dejaste devolver la vida a esos cabrones, si sabías lo que iban a hacer?». Y luego telón, o, para apoyarnos en terreno seguro, un epílogo: estilizado como el prólogo, en el que Dios dice, esto podría hacerse a la manera de las ilustraciones de Blake para el libro de Job, todo esto fue la tentación que correspondía a un hombre destinado a ser un santo, y Nicolás pasa la prueba sin maldecir a Dios. Apoteosis.

—¿Qué significa esa palabra?

—Nicolás sube al cielo. Eso es sólo un esbozo muy tosco, claro, ¿qué te parece?

Domenico sirvió café de la gran cafetera de peltre en su taza y en la mía y se retrepó en la silla de modo que pudiera acariciarse cómodamente la barriga. Advertí que estaba pensando musicalmente, en conjuntos sónicos más que en trama y psicología y las aburridas realidades que se dejan para los simples manejadoras de palabras.

—No hay ningún papel para una gran soprano —proclamó.

—Pero hay uno excelente de gran tenor.

—Hay demasiados hombres.

—Puedes meter putas y madres llorando. Ángeles también, si quieres.

—¿Por qué no puede ser mujer uno de esos tres? Se ha disfrazado de hombre y los otros dos podrían ser monjes escapados de un monasterio y que se la han llevado a ella que ha escapado de un convento con ellos. Nicolás no lo descubre hasta el primer acto, después del prólogo. Ella podría ser una gran zorra. Podría incluso ser una zorra negra.

—No hay duda de que sirves para esto, Domenico. ¿Qué me dices, pues?

—Inténtalo. Pásame un borrador.

—¿Quién paga?

—Oh, Dios mío, sabes perfectamente cómo funciona el negocio del espectáculo. El que paga es el público. No demasiadas palabras, recuerda. Números. Solos, cuartetos, coros. Empieza a hacerlo en seguida.

—Tú puedes empezar el prólogo ya. No tiene letra. Es como una pequeña *suite* de *ballet*. Podrías tener eso listo en el Hollywood Bowl en una semana o así. Frío y prerrafaelista como el primer Debussy. Ya estoy oyéndolo.

Domenico se limpió la boca y luego la cara, y, por último, la frente, con la servilleta. Se levantó como si realmente se dispusiera a empezar.

—¿Cómo lo titularemos? —dijo.

—El milagro del bendito san Nicolás.

—Parece lo que no es.

—Tiene un sentido irónico.

—Empieza, Ken. Gracias por la comida.

—Da las gracias a mis patronos.

Aquella tarde, leí el largo artículo sobre Carlo de *Life*. Estaba escrito por alguien que tenía un apellido mañoso, Turiddu Genovese, y estaba repleto de citas que indicaban el ingenio y la sabiduría del arzobispo de Milán. Tuve la impresión de que Carlo no conseguiría ya llegar a ser Papa. *Life* le estaba convirtiendo en un personaje mundial antes de que su estatus lo permitiese: al fin y al cabo, no era más que un prelado provincial. Estaría olvidado, como las noticias, cuando llegase la siguiente elección papal. Su valor periodístico estaba agotándose, en ese sentido, demasiado prematuramente. Sus compañeros de cardenalato no se dejarían impresionar gran cosa por aquella elevación estelar. Si le celebraba *Life*, *Stern* y *Paris Match* y *Hosbi* y *Kochav* debían estar también disponiéndose a poner a aquel tipo gordo y feo bendiciendo en sus portadas a los posibles lectores, si es que no lo habían hecho ya. Aunque la primera parte del artículo hablaba mucho del papel que Carlo había jugado en 1929, cuando el Vaticano se había convertido en gran instrumento del capitalismo, los capitalistas actuales de Turín y de Milán no podían tomarse tan bondadosamente su apoyo a los obreros en los conflictos industriales. He aquí lo que Carlo decía sobre Carlos Marx:

Casi todos los que se llaman marxistas no han leído las obras de ese notable reformador. Yo he dedicado mucho tiempo a sus libros, que he leído en su versión original en alemán, y no he hallado nada de ese materialismo ateo que tan estúpidamente se ha proclamado. Los dirigentes políticos de la Unión Soviética y, sobre todo, José Stalin, han tergiversado a Marx. Porque Marx fue un hombre que, cuando volvía con su mujer y sus hijos a su casa de Soho tras una excursión a Hampstead Heath, recitaba canto tras canto del Divino Dante, hallando en él la verdad última que alimenta las almas de los hombres, mientras que las reformas económicas y las revoluciones sociales benefician sus cuerpos. Marx sabía muy bien que el hombre no sólo vive de pan.

Marx deseaba que la generalidad de los seres humanos, los trabajadores, no los capitalistas, adquiriesen poder moral, obtuviesen la justicia social. Ésta ha sido siempre la aspiración de la Iglesia de Cristo, que nos dice que antes entrará un camello por el ojo de una aguja, etc., etc.

Marx enseñó el principio dinámico del cambio social, la larga y necesaria lucha para mejorar la situación material de los pueblos y concederles el ocio necesario para pensar en cosas más elevadas que la mera subsistencia. La Iglesia nos enseña que el lento operar de la gracia divina es como una levadura que actúa en la masa inmensa de una historia

humana que en su mayoría ha resultado difícil de tragar. Y, sobre todo, Marx subrayó la honradez básica del hombre, una honradez oscurecida con demasiada frecuencia por la desdichada circunstancia de la necesidad de sobrevivir que impuso el capitalismo. La Iglesia nos dice que el hombre es una creación de Dios y, por tanto, perfecto, que sus imperfecciones son obra del enemigo de Dios. En cuanto a la sociedad sin clases, la veo como algo análogo a la Comunión de los Santos. Rusia blasfema suponiéndose la Iglesia Triunfante. Avancemos lentamente hacia el triunfo, pero no está al alcance de los mortales lograrlo.

Los apotegmas que se atribuían a Carlo eran equívocos, material para el *Reader's Digest*. Decía: «Cristo consideró el alcohol tan necesario como el pan. Él mismo se convirtió en ambos, y aún lo hace». Y «El *whisky* y Dios tienen mucho en común: ambos son espíritus». Y «El acto sexual se completa en un milagro de nueve meses, no en un estremecimiento y un jadeo de dos segundos». Y (hablando de las diosas cinematográficas italianas): «Dios hizo el pecho de la mujer. Hizo también el sol del cielo. Debemos mirar ambos con los ojos cerrados». Y «Hollywood y Belsen proclaman ambos la baratura de la carne humana» (¿eso no lo había dicho yo?) y «Un hombre necesita una buena comida para poder escuchar un mal sermón» y «La vida sencilla es demasiado sencilla. Nadie pierde el aliento por bajar al piso de abajo» y «Una buena comida es Dios Padre. Un buen vino es Dios Hijo. Un buen puro es el Espíritu Santo. En las comidas, como en todo lo demás, yo creo en la Santísima Trinidad» y «Hay gente que cuando me mira me ve vestido de rojo. Yo estaba destinado a ser cardenal» y «El bien y el mal tienen olores propios. El bien huele como el cuerpo de un niño; el mal como sus pañales» y «El mal procede de la falta de atención más que de la intención. Los alemanes cerraron los ojos un momento y se les coló Hitler». Y «Al Otoño del hombre, a su Caída siguió el Invierno del hombre. Ha sido largo. Pero creo que debe estar empezando ya, más o menos, el mes de marzo». Y «El primer deber de todo gobierno no es gobernar, sino existir. Lo mismo puede decirse de la ameba». Y «Necesitamos sacerdotes, por desgracia. Necesitamos basureros, por desgracia. Ambas cosas son consecuencias de la Caída». Y «La gente pregunta por qué nació el Redentor en Palestina durante el reinado de César Augusto. Si hubiera nacido en Wisconsin bajo el reinado del presidente Truman, seguirían preguntando por qué. Yo pregunto, ¿por qué no?». Y «Un judío no es más que un cristiano sin Cristo» y así sucesivamente. Estos pequeños y pobres epigramas iban colocados en cuadraditos a intervalos a lo largo del artículo.

Había un párrafo sobre la familia de Carlo: la madre, que había muerto intentando matar a Himmler (ninguna referencia a mi vergonzosa actuación en el asunto); el hermano asesinado por los gánsteres de Chicago; el hermano que era un compositor de Hollywood galardonado con un Oscar y, como flácido añadido, la hermana

Madre Superiora. Demasiada gloria junta.

Luego, la caridad práctica de Carlo: tres cuartas partes del palacio arzobispal estaban destinadas a albergar menesterosos. Nada de aquello serviría; era sacar el revólver antes de tiempo. Era como si Carlo, imposible, por supuesto, hubiera contratado a un agente de prensa. Pero de lo que no cabía duda era de que algo nuevo estaba pasando en la Iglesia, y lo nuevo es la esencia de las nuevas.

No conocía yo por entonces la palabra, pero la palabra era el *aggiornamento*.

Me acosté temprano después de un filete y una mala botella de Cold Duck. Ralph volvió muy tarde y me despertó meneándome con cólera negra. Me parecía oler a una variedad de semen de otros hombres, así como el humo de alguna yerba empalagosa.

—Cabrón —gritaba. Luego, mediante una fácil transición—: Cabrones. Nos privasteis de una historia. ¿Te das cuenta? No tuvimos ni una jodida historia.

Su lenguaje se había vulgarizado mucho por el contacto con sus amistades dominicales, incluido el gran cantante y bailarín negro Nat Fergana *Junior*.

—Vosotros, cabrones de mierda, nos lo quitasteis todo, incluida nuestra maldita y jodida historia. Los esclavos no tienen historia, ¿has pensado alguna vez en eso, cabrón?

—Ralph —dije, cansinamente—, me niego a asumir la responsabilidad de las injusticias perpetradas por unos cuantos propietarios de esclavos anglosajones. Los hombres a quienes deberías reprocharles eso descansan en paz en tumbas lujosas. Déjame ahora descansar en paz a mí también. Métete en la cama y duerme.

—Esta noche duermo en mi cama, blanco de mierda, cabrón. Sólo de ver tu piel blanca me dan ya ganas de vomitar.

—Haz lo que te parezca, queridísimo Ralph, pero, por favor, recuerda que mañana por la mañana muy temprano, tengo que coger el avión —y añadí—: Haz algo sobre ese asunto de la correspondencia sin contestar. ¿De acuerdo? He garrapateado respuestas esquemáticas. Lo único que tienes que hacer es ampliarlas un poco, utilizando un inglés frío y correcto.

—Inglés de mierda. Nos habéis robado hasta nuestro idioma. Contestaré esas cartas cuando a mí me dé la gana, blanco de mierda, asqueroso, y les diré a todos que se vayan a tomar por el culo.

—Por cierto, gracias por devolverme los mil, ejem, dólares. Fue un gesto honrado, aunque furtivo.

Bailó, pero no con la buena voluntad dentona de Nat Fergana *Junior*.

—Cabrón, cabrón, cabrón. Yo no he tocado siquiera tu maldito dinero, blanco repugnante. Escúchame, blanquito, me largo de aquí. Ya estoy harto. Contesta tú mismo tu maldita correspondencia.

—¿Quieres decir que deseas dejar tu empleo?

—Jo, jo, jo, amiguito, y demás mierdas, eso es precisamente lo que quiero hacer y lo que voy a hacer, blanco cabrón hijo-puta, moribundo, estéril, decadente...

Ya se había dado antes este género de ofensa franca y de rebelión insincera de

Ralph, y volvería a darse. Le dije cansinamente que se acostara y que no fuera imbécil; pero, tras lanzar mi cepillo del pelo contra la unidad del aire acondicionado, de rociar la alfombra con mi loción para el cabello, y de arrancarme las sábanas, salió gritando de la habitación. Oí caer una lámpara del gabinete.

Luego, lo que tuviera que gritar desde su habitación quedaba demasiado lejos ya para resultar audible.

El muchacho petulante que había puesto objeciones a hacer el amor con un leve aroma de carne de lata y cebolla en el aire en Baron's Court, se había convertido en una especie de Walt Whitman, todo barba y pelo gris alborotados. Estaba sentado en la primera fila del auditorio Agnes Watson y dijo, cuando entré por una puerta lateral con el profesor Korzeniowski:

—Hola, amiguito —exactamente con el tono de los tiempos de la primera guerra mundial.

Le miré fijamente y fruncí el ceño, deteniéndome en mi avance.

—Val Wrigley —dijo—. Poeta residente. Sube ahí y suéltalo, y, por amor de Dios, no nos aburras.

Lo mismo que Jesucristo tuvo que nacer en algún sitio, Val Wrigley tenía que vivir en algún sitio, y ¿por qué no, pues, en el campus de Wisbech College, Indiana? Aun así, fue una sorpresa.

—No he olvidado —dije— tu vil traición.

—Oh, vamos, sube ahí.

En fin, subí y esperé con el profesor Korzeniowski, hasta que el carillón de la facultad, instalado sobre el auditorio Agnes Watson, celebró la hora cuarta con la esencia de *My country Tis of Thee*, cabeceando en un espeso *ragoût* de armonías. Contemplé a los quinientos estudiantes y al cuerpo docente. Tiendo a ver a los estudiantes en el recuerdo con vaqueros y pelo afro, pero esto fue en los años cincuenta y vestían como señoritos y señoritas elegantes. El profesor Korzeniowski, que era especialista en Spenser, el único hombre que yo conocía que hubiese leído entero *The Faerie Queene*, no tenía calificación visible para presidir mi conferencia. Él no leía novelas, como pronto pude saber. Por supuesto, yo era, al igual que Spenser, un escritor inglés. Quizá Val Wrigley hubiese sugerido una fantástica relación entre el título de Spenser y mi propia condición. En fin, lo cierto es que el calvo Korzeniowski me presentó, con el acento del medio oeste norteamericano, como un distinguido escritor inglés que hablaría de lo que era ser novelista, aquí le tienen pues, Kenneth Marchal Toomey.

Hablé de modo informal sobre la literatura como un oficio más que como un arte. ¿Compromiso político? ¿Compromiso social?

—Recuerdo que esas expresiones surgieron en presencia de Ernest Hemingway cuando estaba yo en aquella destartada casa suya de su propia vaporosa jungla privada de Cayo West. El único compromiso en que debe pensar el escritor, decía a su modo franco y directo, es el de la culera de sus pantalones en el asiento de la silla. Thomas Mann, esto fue en Hollywood, dijo que un escritor era básicamente una criatura que plasmaba palabras sin estar demasiado seguro de su significado. Lo único que escribe el escritor es una alegoría de otra cosa, y la tarea de los críticos es dilucidar qué es esa otra cosa. Aquellos de ustedes que aspiren a ser novelistas,

recuerden, por favor, que la mecánica del oficio es más importante que andar pescando a toda costa verdades profundas o cambiando el mundo. Si sus obras cambian el mundo, tanto mejor, pero no será porque ustedes se lo hayan propuesto. En cuanto a la verdad, Poncio Pilatos formuló una pregunta muy buena al respecto, aunque su elección del momento y el lugar no fuera afortunada. Recuerdo que el actual arzobispo de Milán dijo algo sobre eso en Chicago, si no recuerdo mal.

Fui soltando libremente nombres y añadiendo sutilezas personales destinadas a recordar a mis oyentes que los escritores eran, por encima de todo, seres humanos falibles e imperfectos. T. S. Eliot guardaba trozos de queso en los cajones de su escritorio de Faber & Faber's, Russell Square. H. G. Wells era un sátiro maníaco. James Joyce llamaba a cierto vino blanco orina de archiduquesa. Hablé hasta que el carillón martilleó un *Yankee Doodle* triste pero adornado con los brillantes de tonos parciales superiores y dio las cinco de la tarde. ¿Alguna pregunta?

—¿Qué fue lo que ese tipo, Poncho no sé qué, dijo sobre la verdad? —era una chica alta, de cabello crespo color jengibre que estaba en las primeras filas.

—Santo Dios —dije yo—. ¿No conoce usted el Nuevo Testamento?

—¿Nuevo qué?

—No importa. Que alguien se lo explique, por favor. Tras una pausa, alguien se lo explicó. Una joven que parecía melanesia, se levantó y dijo:

—No estoy de acuerdo con lo que dijo usted, señor. Me refiero a eso que dijo de que el escritor no sabe lo que está escribiendo. Los escritores importantes dicen cosas importantes y saben que son importantes, si no no las escribirían. Como God Manning.

—¿Como quién?

Hubo risas y cierta irritación ante mi ignorancia en el sector del centro, derecha, del público. Vanas voces jóvenes repitieron el nombre. Una chica gorda y cetrina con un vestido violeta que le sentaba muy mal, se levantó para informarme:

—Escribió *Llámame y te contestaré*. Godfrey Manning. Pero le llaman God para abreviar.

—Comprendo —dije, desconcertado—. Supongo que es un teólogo. Proclama su especialidad con su diminutivo. Lo siento, la teología no es mi campo.

—El camino y la verdad son asunto de todos —dijo la chica—. Yo no he leído sus libros, pero me parece usted lo que yo llamaría una especie de frívolo.

—Quizá —dije, sonriendo con irritación— eso sea porque soy un *poco viejo*. Les dejo la seriedad a los jóvenes.

—Eso —dijo ella— es un comentario frívolo.

—Sigamos con la novela —pidió razonablemente mi presentador. Un miembro del cuerpo docente se levantó, las gafas relampagueando con luz eléctrica, y dijo:

—¿Tiene usted alguna información sobre la suerte que corrió Jacob Strehler?

—Strehler —dije— es uno más de los millones de judíos muertos. Le vi cuando le llevaban detenido y no me cabe duda que acabó en la cámara de gas. Pero le vi irse

bastante animado. Sabía que había terminado su obra. Sabía que su obra sobreviviría a los carniceros nazis —sentí brotar en mí una alegría hosca—. Intenté sacar a Strehler del Reich. Él mostró cierta resistencia a salir de Austria. Los dos quedamos aislados de las noticias del mundo y de los terribles acontecimientos que estaban produciéndose, y no nos enteramos de que había estallado la guerra hasta que las fuerzas del Estado llegaron a detenerle a él como judío y a mí como enemigo inglés. Hablé por la radio nazi para que me permitieran salir del Reich. No dije nada antipatriótico. Su poeta residente, aquí mi viejo amigo Valentine Wrigley, tachó en la prensa británica mi razonable actuación de acto de traición. Me alegro de tener esta oportunidad de retractarse de aquel malévolo ataque, impropio de un amigo.

Hubo un revuelo entre el público: inesperado, una propina, la intrusión del escándalo. Val siguió sentado, sonriendo tras su gran barba canosa de poeta, los brazos cruzados sobre la barriga. Sin levantarse, dijo claramente:

—Yo nunca me retracto. El señor Toomey debería haber desafiado al enemigo y haber arrostrado animosamente la prisión. El señor Toomey, viejo amigo o quizá debiera decir un antiguo amigo, mostró en aquella ocasión los rasgos que han deslucido tanto su vida como su oficio... no diré arte, no, para darle el crédito debido, porque no lo merece. Quiero decir que eligió la salida fácil, la vía del compromiso.

—¿Acaso tu carrera ha sido muy distinta? —dije, burlón, comprendiendo demasiado tarde que no debería haber provocado aquella situación, allí, en presencia de quinientos extraños.

—Yo —dijo Val— he practicado un arte riguroso con un mínimo de ganancias económicas. He escrito lo que quería escribir, no lo que quería el público. Me he opuesto al despotismo del Estado, a la opresión de los puntos de vista minoritarios y de las prácticas minoritarias. Pasé un tiempo, breve, desde luego, en la cárcel, por ser lo que soy y no lo que los dioses de la ley querían que fuese. El señor Toomey se ha hecho rico vendiendo y vendiéndose. Uno de nuestros estudiantes ha dado con la palabra justa: *frívolo*. Yo no habría dicho nada de todo esto si el señor Toomey no me hubiera invitado expresamente a hablar. Quería que me retractase. Creo que puedo decir muy justificadamente por qué me es imposible retractarme.

Algunos estudiantes aplaudieron. Sentí el terrible estremecimiento que conoce todo orador cuando percibe que su público se vuelve contra él. Tenía que izar las velas de la retórica.

—He dedicado mi vida —grité— a la producción de objetos destinados a complacer, a enaltecer la vida, a aliviar el dolor. ¿Es algo tan terrible, acaso, desear entretener? ¿Es una compensación tan terrible ver que las obras que uno escribe se leen, que la gente las estima, las estima profundamente, como ha sucedido con las mías? Yo he sido un leal servidor del público. He dado al público, durante cuarenta años, diversión, solaz y, creo que puedo decirlo, alegría. Aunque percibía que no se me había otorgado alcanzar las más excelsas cumbres del arte, sabía al menos dónde

estaba la verdadera excelencia y arriesgué mucho por salvar la vida de uno de los ejemplos más notables de excelencia literaria. Y fui denigrado por ello, denigrado por un camarada y un compañero de trabajo en esas laboriosas minas donde se extrae la verdad del lenguaje...

—¿Qué es la verdad? —dijo alguien, alguien que por la resonancia de su voz debía ser miembro del cuerpo docente. Val se levantó y gritó, y me resultó extraño, a mí, que nunca le había visto dar muestras de conocer las obras de Shakespeare, oír de sus labios, barbados o no, palabras de Shakespeare.

»Esto ante todo: ser fiel a sí mismo.

Y se alejó, terrible como un profeta, por el pasillo, aplaudido, vitoreado incluso.

—Nosotros saldremos por la parte de atrás —dijo el profesor Korzeniowski.

Y eso hicimos, salimos por un lado del escenario.

—Esto no ha terminado —dijo el profesor—, en fin, no como nosotros hubiéramos querido.

Percibí la música spenseriana de las semivocales.

—Wrigley —añadió, mientras sorteábamos cables eléctricos en la casi oscuridad de aquella salida— ha acabado ya casi su temporada aquí. Como no tiene interés en seguir, no le importa nada escandalizar. Ha escandalizado ya y seguirá haciéndolo hasta que se vaya. La serie de poemas que está escribiendo y lee en voz alta a su clase de escritura de creación, es algo escandaloso. Lo mismo que lo que ha hecho hoy. Es muy popular entre los estudiantes, claro. La popularidad es una sirena que canta en una roca. Nunca es algo que debemos buscar, al menos eso opino yo.

Y luego, cuando salíamos por una puerta a la luz del día, me pareció muchas cosas: confuso, exculpatorio, turbado, reprobatorio. Yo había afirmado que era popular y ahora eso era mi pecado. Era Val, el impopular, el que era popular. Al profesor Korzeniowski le habían sacado a rastras de la Enramada de la Beatitud para presidir mi impopularidad. Estaba deseando librarse de mí.

—Encontrará usted a su sobrino —dijo, y señaló— en el edificio Wilmore Wertmueller. Él no es impopular.

Tras los montoncitos de bloques pequeños que componían el recinto universitario, tomaba el sol el interminable y liso paisaje de Indiana. Había un leve aroma de catchup de tomate en la suave brisa de mayo. A kilómetro y medio, había una planta de procesado de tomates.

Un individuo deforme, de gafas y ávida boca abierta, llegó hasta nosotros cojeando. Llevaba bajo el brazo a Sapir y Bloomfield, los otros.

—Perdóneme, señor —dijo—, tenía interés en aclarar una especie de sigmatismo que demostraron usted y el profesor Wrigley. Es un ceceo en que ambos incurren. ¿Es típico del inglés británico culto?

—Lárguese —dije, con un tono claramente sibilante; no entendió la expresión; esto me aplacó un poco—. Lea usted al profesor Lárguese, que habla de ese fenómeno.

Me dio las gracias.

John, el profesor John Champion, daba clase a un pequeño grupo sobre lo que me parecieron ciertos aspectos de la antropología lingüística o de la lingüística antropológica.

—Al especialista en lingüística —dijo—, le asusta el elemento semántico de su especialidad. Los fonemas y los morfemas no le plantean ningún problema, pero cuando uno empieza a estudiar el significado, pasa al campo de la cultura. ¿Y qué es la cultura? A. L. Kroeber dijo que era «el conjunto más amplio que es propiedad común de todos los grupos de hombres y que diferencia claramente al género humano del resto de los animales». Esto es lo que estudia la antropología. Los lingüistas, dice Kroeber, equiparan la cultura con el elemento léxico de su especialidad, pero, como dice el profesor Borghese, prefieren el estudio de las formas porque, en cuanto dejan que penetre el significado, la puerta del laboratorio salta de sus goznes hecha pedazos y la vida penetra avasalladora como una pandilla de facinerosos.

»Sólo podemos abordar el problema del significado si lo abordamos en un marco antropológico. Consideremos lo que dijo recientemente el profesor Eugene A. Nida en su obra sobre lingüística y etnología, donde analiza las traducciones de los misioneros, tradicionalmente los pioneros en el campo de la investigación antropológica. Había un problema concreto con que se enfrentaba un misionero que quería traducir la frase libelo de repudio, que aparece en el Evangelio de san Marcos, 10:4, al idioma de los totonacas de México. Cuando los totonacas quieren divorciarse, pagan al secretario del pueblo para que borre sus nombres del registro civil. Si el divorcio es de mutuo acuerdo, el precio es pequeño; si el divorcio lo quiere sólo una de las partes, el precio es mucho mayor. Pero todo ello se considera legal, y la palabra totonaca para repudio o *divorcio* tiene, como significado básico, el de *borrar el nombre*. Si traducimos libelo de repudio literalmente como *documento que dice que un hombre deja a su esposa...* en fin, los totonacas sentirían repugnancia ante la idea de una religión que permitiese semejante abominación. Cuando se leyó a los totonacas otro pasaje de san Marcos (14:13), aquél en que aparece un hombre que lleva una vasija de agua, en fin, les pareció cómico y rechazable al mismo tiempo. Para ellos, transportar agua es trabajo de mujeres y, citando a Nida, “se quedaron atónitos ante la ignorancia que demostraba aquel hombre de lo que era decoroso y propio”. Con algunas lenguas africanas, los problemas son espeluznantes. Un individuo tradujo a un dialecto del África oriental el término *Espíritu Santo* con una palabra que significaba algo así como (cito) “un espíritu, probablemente uno maligno, que ha adquirido un tabú por contacto con algún otro espíritu indudablemente maligno”.

»No es sólo cuestión de léxico. Las estructuras lingüísticas nos dicen mucho sobre lo que se denomina ridículamente la mente primitiva, que suele resultar menos primitiva que la de muchos norteamericanos normales y corrientes. Me alegra mucho poder dar la bienvenida aquí a mi tío, el distinguido novelista Kenneth Toomey...

Todos se volvieron a mirar, con cordialidad y asombro: ninguno había estado presente, a Dios gracias, en mi conferencia.

—... Él, que pasó algún tiempo en Malaya, confirmará la existencia en el idioma malayo, como también en el chino, de una característica denominada el coeficiente numérico. El término malayo para uno es *satu*, la palabra malaya equivalente a casa es *rumah*, pero *una casa*, no puede traducirse por *satu rumah*. Tiene que ser *sa-buah rumah*, donde *buah* significa literalmente un fruto, pero aquí se utiliza para indicar algo voluminoso. *Biji* significa literalmente semilla, pero *un huevo* se traduce como *sa-biji telur*, donde *biji* significa el coeficiente numérico adecuado para un objeto pequeño y suave. Según Benjamin Lee Whorf, los indios navajos tienen un sistema de clasificación aún más sutil. El mundo navajo de los objetos inanimados se divide en cosas alargadas y cosas redondas, y esto afecta a las raíces verbales del idioma. Hace falta una raíz verbal para una cosa redonda y otra distinta para una cosa alargada.

»Luego está la cuestión de los juegos que se hacen con la estructura lingüística según el ritual y otras tradiciones culturales. Como tengo ya aquí a un tío en esta aula, me parece adecuado invocar el espíritu de otro, por desgracia ya muerto, para demostrar cómo hasta en el inglés británico, el elemento lúdico, como podríamos denominarlo, puede utilizarse con un propósito absolutamente serio.

Yo no me había fijado en la caja negra que, entonces lo advertí, contenía un tocadiscos que John puso en marcha. Colocó un disco y del altavoz situado sobre el encerado, llegó chirriante la voz de mi hermano Tom hablando en jerga, en lenguaje invertido. Recordaba perfectamente aquello: Tom hacía de astuto tendero desaprensivo, y pedía a su ayudante un poco de *nocab oicnar* para la *ajeiv acav* y le decía que le *arabor ne le osep el racuza adamarred*. Fue un momento extraño, se me saltaban las lágrimas. John explicó:

—Tenemos aquí una inversión de letras, más que de fonemas, deliberadamente equívoca, pero sólo para el cliente de una tienda al que los dependientes quieren engañar. El *nocab oicnar* es bacon rancio, *ajeiv acav* es la vieja vaca. Hay que robarle en el peso el azúcar derramada. Está claro el sistema. Consideremos ahora lo que sucede en el sur de Mindoro, en Filipinas. Allí, los habitantes de la selva, llamados hanunoos, tienen que aprender la sustitución fonemática como una habilidad prescrita para el cortejo. Si el cortejador pertenece a un determinado nivel social, hay cierta relajación del tabú de la endogamia. La cortejada está estrechamente emparentada con el cortejador, pero tiene que fingir que no lo sabe. Hay, en consecuencia, un sistema de disfraz: una manta sobre la cabeza, un modo insólito de hablar. *Barang* se convierte en *rabang* y *katagbuq* se deforma en *kabugtaq*.

Y así sucesivamente. Estaba bien hecho. Era un joven inteligente, rubio y alto, con una actitud informal pero controlando rigurosamente la materia que explicaba, la belleza, en la que yo veía tanto de Hortense, sólo ligeramente matizada por la demencia desorbitada del académico. Tras dar la lección, fuimos juntos al despacho

que compartía con un tal profesor Bucolo, especialista africano que tenía aquel día libre. Tomamos café entre las estanterías atestadas de libros y los pequeños trofeos de exploración antropológica. John aún no había ido lejos: había estado un tiempo en una reserva de Nipissing y había examinado algunas costumbres populares en el istmo de Tehuantepec. El puesto que desempeñaba allí era provisional, aún tardaría un tiempo en obtener la plaza en propiedad, aún estaba trabajando en la tesis doctoral.

—Resultaba extraño y conmovedor —dije— oír la voz del pobre Tom, no sólo aquí en Indiana, sino en el curso de una conferencia académica.

—Oh, ya sabes cómo son en Choate. Muy anglófilos. Un miembro del cuerpo docente tenía una colección completa de los discos de Tommy Toomey. Al parecer, representa una gran cultura muerta.

—Sí —dije—. Comedia sin crueldad. Los tonos de una especie de cordialidad desvalida. Un imperio perdido. El cabrón de Val Wrigley dijo en una ocasión que Tom era un santo. ¿Por qué no me advertiste que estaba aquí Wrigley?

—No tenía ni idea de que os conocierais. ¿Por qué es un cabrón?

—Me acusó de falta de lealtad a varias cosas. Después de mi charla, quiero decir. Los estudiantes aplaudieron. Creo —dije— que no asistiré esta noche a esa fiesta que dan en mi honor.

—No hagas eso, por favor, hallarían un medio de echarme la culpa a mí. Fui yo quien te propuso para la conferencia en memoria de Berger de este año.

—Nepotismo al revés. ¿Hay un término para eso?

Así que fui. Hubo bebida y un bufet en casa del rector, el doctor Ovid F. Pargeter. Era una casa extraordinariamente nueva y extraordinariamente limpia. Grabados de antigüedades griegas sobre paredes rosa salmón a distancias exactamente determinadas unos de otros. Mobiliario escandinavo. Tras las ventanas abiertas al cálido aire vespertino, se extendía por todas partes la extraordinariamente plana Indiana. Tengo el recuerdo de cristal relampagueando, en manos y en narices. Las esposas de los miembros del cuerpo de profesores conocían casi todas mis obras: sus vasos chispeaban coqueta admiración. Yo era lo bastante viejo para ser una especie de clásico, aunque no del tipo del doctor Ovid F. Pargeter. Existía un término para el tipo de celo que lleva más o menos directamente de la pila bautismal a una vida adulta de estrecha especialización. Al doctor Pargeter le había puesto el nombre el tocólogo que había dirigido su difícil alumbramiento en Dayton, Ohio. El *père* de Pargeter nunca había oído hablar de Publio Ovidio Nasón (43 a. C.-17 d. C.), y ahora, allí estaba su hijo, elevado a alturas académicas en virtud de su famosa edición de los *Amores*.

—¿Cuál sería la palabra? —le pregunté—. ¿Epónimo?

—Yo diría, señor Toomey, que ese nombre alude más propiamente a la derivación de nombres de lugares de nombres personales.

Mi sobrino John trajo al profesor Bucolo para presentármelo. Era un hombrecito moreno que había subido también: en su caso, de la calle Mulberry de Manhattan al

estudio de tabúes africanos primitivos. Llevaba dos libros. Uno era mío: *¿Nuevos caminos hacia Dios?* Quería que se lo dedicara.

—Dios mío —dije—. Creí que esto estaba muerto y enterrado hacía mucho.

—Aún hay ejemplares por ahí —dijo el profesor Bucolo—. Gracias —cuando se lo firmé—. No tengo nada de talla comparable que ofrecerle a cambio, pero espero que aceptará esta prueba de mi estima.

Y me entregó, ya floridamente empurpurado con su firma, un folletito titulado *Idioma y cultura entre los omas: notas para una investigación*.

—¿Quiénes son los omas? —pregunté.

—Un día de éstos —dijo el profesor— espero establecer un contacto más directo y prolongado de lo que ha sido posible hasta ahora. Existe el problema de una dotación adecuada. Esto se basa principalmente en lo que pude estudiar en una breve visita a Kilwa Kivinje. Había cinco miembros de las tribus omas recuperándose de una enfermedad parecida a la frambesia en el hospital de misioneros que dirigía un tal padre Alessandri, francés, pese a su nombre. Quizá pudiera encontrar usted aquí —dijo con astuta penetración— cosas útiles para sus obras. Como el hecho de que el pueblo oma sólo pueda contar hasta dos. *Ok, fa, rup*. Uno, dos, muchos.

—Nosotros hacemos lo mismo —dijo John— cuando contamos en latín. Unilateral, bilateral, multilateral.

—Este libro suyo —dijo el profesor Bucolo, sopesándolo en la mano derecha— tiene un capítulo muy interesante sobre la adaptación del cristianismo a las necesidades de los llamados pueblos primitivos. Yo, por mi parte, considero las ideas que expone un tanto inadmisibles. El cristianismo no puede adaptarse sin peligro de que pierda sus principios esenciales.

—Como ya digo en la introducción —dije—, esas ideas no son mías. Me presento como una especie de divulgador.

Un miembro del cuerpo docente que estaba bebiendo, bajó el vaso y relampagueó sus gafas en mi dirección al oír aquello de *divulgador*: Me alegró comprobar que Val Wrigley no estaba por allí. Supuse que estaría dirigiendo una sesión de lectura poética informal y cervecesca en sus habitaciones.

—Pero las ideas que se propugnaban fueron formuladas por auténticos eclesiásticos cristianos.

—Incluyendo, principalmente —dijo John—, al tío Carlo. Puedo oír su voz. ¿Viste la revista *Life*?

—La vi.

—Cuando vi al tío Carlo —dijo John—, hace ya tantos años, me metió en la cabeza la idea de un libro. Parece bueno para esas cosas.

—Su madre, tu abuela, también hacía bien eso, Dios la tenga en su gloria. ¿Qué libro?

—Cuando le dije que quería estudiar antropología, dijo que debía hacer un gran libro sobre el impulso religioso que fuera la obra de mi vida. ¿Una especie de *Rama*

dorada?, dije yo. Igual de bien escrito, dijo él. Me sorprendí tontamente, no creía que un obispo lo hubiera leído, pero desde luego que lo había leído. Sabía todo lo del dios ahorcado y Atis y Osiris. La idea era que yo debía mostrar la desvalidez universal del hombre sin un redentor. ¿Antropología como propaganda cristiana?, dije. Entonces, se puso a gritar, ya sabes cómo es. Buscar la verdad y nada más, me gritó. Y luego, sacó un garrafón de tres galones de vino de la tierra. La búsqueda de un hombre que fue realmente Dios, gritaba.

—¿Quién es God Manning? —pregunté.

—Una pobre criatura, un predicador ambulante demente —dijo el profesor Bucolo—. Aborda a los estudiantes en los cafés y les vende un folleto demencial del que es autor, sobre el camino y otras cosas. Algunos de los chicos tienen absoluta fe en él durante un tiempo. Luego, aparece un yogui itinerante o un falso budista calvo y se olvidan de él. El impulso religioso puede ser muy peligroso. Daña, a veces de modo permanente. Pero la mayoría de estos chicos son sanos y jóvenes y paganos. John miró su reloj. Bucolo sonrió.

—Llega tarde —dijo John.

—¿Quién? —pregunté.

—La encantadora Laura —dijo Bucolo, burlón—. Tiene un grupo de escritura de relatos.

John se ruborizó encantadoramente. Esto me gustó. Había heredado la normalidad, no sé de dónde. Un criado filipino de chaquetilla blanca, no de la tribu de los hanunoos, supuse, sonrió a la señorita Gloria Pargeter desde el arco de la alcoba-comedor. Se nos rogó a todos que nos incorporásemos a la cola del rancho. La chica, Laura, irrumpió de pronto, cuando yo estaba tomando *asperges en vinaigrette*. Besó a John, que se ruborizó de nuevo. Encantadora, sí, comprobé cuando me la presentaron. Cuerpo norteamericano, largo y encantador; vestido naranja de lana de *crêpe* de manga corta, corpiño ajustado, falda larga. El pelo de un negro azulado y sin la tortura de ninguna moda: lo llevaba con raya al medio, estilo *madonna*, y le caía copioso sobre los hombros. Tenía los ojos azulhielo pero cálidos. Debía de tener sangre irlandesa. Estaba encantada de conocerme. Dijo:

—¿Sabía usted que es el único maestro vivo del relato corto? Estuvimos analizando un relato suyo esta noche en su honor.

Vaya. Allí era quizá donde estaba la maestría; en las cosas que uno suelta descuidadamente para ganar dólares rápidos.

—Me siento muy honrado. ¿Cuál?

—Ese de la monja que está en el convento intentando dormir y las obsesiones sexuales se lo impiden. Entonces, se concentra en la crucifixión y se encuentra con que el cuerpo musculoso y firme de un centurión se entromete. *Hijos de Eva*.

Lo había olvidado totalmente.

—Es un honor —repetí.

—¿Podría venir mañana y hablar a mi grupo?

—Sería un honor. Siempre que fuera por la mañana. Tengo que coger el avión después de comer.

—Es por la mañana, Johnny podría pasar a recogerle. Qué maravilla —dijo—. Caramba, los chicos se alegrarán muchísimo. Un millón de gracias, señor Toomey.

Sentía una sensación muy cordial hacia ambos. Parecían sinceramente enamorados. Cuando se incorporaron los dos juntos a la fila, paleando comida con apetito joven, las muñecas de las paleantes manos se rozaban continuamente, la cadera delicada y plena de ella se balanceaba para chocar con la huesuda de él. El bufet quedó ennoblecido hasta el nivel de lo amoroso y sacramental: el guisado de carne con especias humeaba hacia el cielo, el cordero era por la cena del cordero, el *syllabub* estival («especialidad de Gloria», dijo el profesor Bucolo) era ricamente frutal. No había ni rastro del hedor a catchup de tomate en el aire nocturno. Sabía que se casarían; había que ayudarles. ¿Por qué había de estar mi dinero inmovilizado acumulándose grotescamente para un fin estéril? Laura me besó húmedamente en la mejilla cuando me fui.

Cuando volví a la residencia de invitados del rector, descubrí que el estudiante graduado que se alojaba arriba y tenía encomendada la tarea de atender a las necesidades menores de los conferenciantes de visita, había instalado en la mesa de la cocina un recipiente con leche, azúcar, una jarra ratón Mickey y un tarro grande de algo llamado Moho: tenía en la etiqueta una luna risueña y dormida en cuarto creciente. Había también una nota que decía: «Esto le ayudará a dormir. Hay que mezclarlo con leche. Puede beberlo frío, pero es mejor caliente. Hay cerillas junto al hornillo de gas. El profesor Wrigley vino por aquí y dejó este sobre. Espero que duerma bien. Cordialmente suyo, Jed Bezwada». El sobre contenía unas hojas fotocopiadas de lo que parecían versos. Había una página con el título, que decía: *Las canciones de amor de J. Cristo*. Oh, Dios mío, vuelve loca a la gente, sí, a veces de modo permanente. Vi: «Tu lanza estaba en mí, no en mi costado». Oh, Dios mío. Una nota garrapateada, decía: «Siempre tenemos otra oportunidad. Veremos lo que haces esta vez. Val».

—Ahora estás —le dije a Ralph— en África.

Nasalicé la A melindrosamente, sobrecargando la sílaba e introduciéndola con un cómico jadeo jamesiano. Todo ello con el fin de reducir a África a lo diminuto y absurdo.

—Esa bombilla grande que arde allá arriba en lo alto de ese techo azul es el sol africano.

Íbamos caminando sudorosos del avión de las líneas aéreas marroquíes a la terminal del aeropuerto de Marraqués.

—Esto no es África. No es la verdadera África.

—Quieres decir que no ves a nadie de tu propio color. Sin embargo, éste es el continente sobre el que siempre estás fantaseando. La gran madre de cuyo pecho te arrancó el hombre blanco llorando. Con la ayuda de codiciosos empresarios negros. Es un sitio endemoniadamente grande, querido Ralph. Mira, fíjate, ¿ves aquello de allí? Es la cordillera del Gran Atlas. Tras ella, inicia sus primeras bestias experimentales el corazón de las tinieblas. Pero aquí tenemos Islam y un viejo imperio que se edificó sobre la esclavitud. Como todos los demás imperios. También los hombres blancos fueron esclavos. Mi colega, el novelista Cervantes, por ejemplo.

En el edificio central del aeropuerto, había un mapa de África que cubría toda una pared.

—Fíjate en el tamaño de este maldito lugar.

Se fijó. Dijo:

—¿Cómo se va a Nairobi desde aquí?

—¿Por qué Nairobi? Tu hogar ancestral es la costa oeste.

—Yo quiero ir a Nairobi.

—La mejor forma, Ralph, es partir de otro sitio. Por ejemplo de Roma. Puedes ir andando, desde luego. No hay ningún maldito océano cortándote el camino. Aunque hay desierto, selva, desagradables hombrecillos con lanzas.

Ralph se estremeció, como un europeo.

Fuera de la terminal, sus paredes bajas estriadas con señales de orina beber, nos asaltó el poderoso aroma de la yerbabuena silvestre. Hojas de tizra y de palmito reconocían la cansina presencia de una brisa que venía del oeste. Un taxista moro de camisa sucia dijo:

—¿Dónde vas, Charlie?

—Al Hotel Moghrab.

—¿Tú mericano, Charlie?

—*Ce monsieur* —dije—. *Cent per cent. Moi, je suis ce que je suis. On y va.*

Colocó nuestras maletas en el maletero. En el taxi, Ralph olisqueó con recelo los efluvios del conductor: sudor rancio y kif dulzón (del árabe *kayf*, que significa placer), hedor a orina caprina. Se interpuso en nuestro camino un burro cargado. El

conductor se volvió; relampagueaba en sus ojos un brillo duro:

—¿Quieres muchacho, Charlie? Te encuentro muchos muchachos.

—Cada cosa a su tiempo.

Ralph salió con nuestras maletas frente al hotel, dirigido por franceses.

—Ahora —dije—, llévame a la Villa el Filfil. Junto a la Djemaa el Fna.

Pronto costeábamos por la periferia del gran mercado. Había encantadores de serpientes y narradores de cuentos practicando sus artes. Un muchachito saltó hacia el cielo de un trampolín. Zumbaba una especie de chirimía y se oía retumbar de tambores lánguidamente golpeados. Moros de sucia vestimenta deambulaban, llenos de pústulas, morenos, escupiendo secamente. El taxista no era capaz de localizar la Villa el Filfil, llamada así por los pimenteros de su jardín. Creí oír el estruendo de un acorde de piano enmudecido por hojas de cedro, higuera y albaricoque.

—Allá —dije—. Aquí.

Le di demasiados dirhams y, luego, crucé la entrada abierta a través de verde vegetación desbordada llena de lagartijas y penetré en el ruido pleno del piano de Domenico.

Domenico había ido allí desde Mentón, soñando con calor seco. Su ayudante, Vern Clapp, un cigarrillo de kif en la comisura de los labios, estaba de pie ante un escritorio alto ordenando barras en un papel de partitura.

—Hola —dije.

Domenico estaba sentado a su piano alquilado, cantando mis letras:

Tú, de quien los pescadores de Myra creen
Que sobre el mal tienes poder
Reconoce un poder tan viejo como Adán:
¡El gran poder de Venus, diosa del mar!

Y luego, añadiendo necesariamente notas, la traducción de Bevilacqua:

*O tu che a Mira, ogni pescatore
Venera pel potere che hai sul mare
Conoscer devi la potenza arcana
Di Vener, dea del mar, me, sovrumana.*

—En inglés es mejor —dije.

Era una gran habitación vacía, con las contras cerradas por el sol, pero abierta a la claridad luminosa del fondo del jardín. El mobiliario era estrictamente funcional: mesas, piano, escritorio, papel pautado. No había pederastia allí: más bien había un vago aroma de mujer mora que hubiera estado allí hacía muy poco.

—¿Terminado? —dijo Domenico.

Parecía un italiano de clase baja, sin afeitar, la peluda barriga palpitante, la camisa desabotonada, sandalias en los pies.

—¿Quieres un trago?

—*Whisky y Vittel. Hielo.*

Domenico fue personalmente hacia un espacio oscuro que había tras un arco.

—No hay criados —dijo—. Son todos unos malditos ladrones.

—¿Está aquí Bevilacqua? —le pregunté a Vern Clapp.

—Está en la cama con cagalera. Por comer fruta sin lavarla bien antes.

Ahora estaba tomando notas a lápiz, ceñudo, con la vista fija en la partitura corta de Domenico.

—Sí dije —cuando Domenico me entregó un vaso alto, sucio, tintineante y rebosante—. Está todo terminado. Epílogo incluido. Apoteosis del venerable y architentado Nick.

—No vamos a hacer eso —dijo el otro Nick—. Vamos a acabar con él sosteniendo en brazos al niño muerto, maldiciendo a Dios y llamándole cabrón cruel.

—No podéis hacerlo.

—Es la única forma. Fuera se oye el estruendo de la guerra y él clama a Dios por encima del estruendo, y el telón cae mientras él sigue gritando. Un escándalo.

—Será un escándalo, desde luego. Proclamarás, en la archidiócesis de tu propio hermano, que Dios es un cabrón cruel.

—Exactamente lo que dije. Además, es un cabrón cruel.

Lancé un suspiro profundo.

—Recuerda, Nicolás es un santo. Esto es una ópera sobre un santo, no sobre un individuo que termina gritando que Dios es un cabrón.

—Como dije, lo que es. Todos esos judíos muertos, y la bomba atómica. Este último acto lo diría todo si lo hubieses escrito como es debido.

—El epílogo —dije— debía durar unos diez minutos. Tendrá que ser una escena independiente. Los ruidos de la guerra se apagan y hay una música ultraterrena y un coro angélico. Un sutil cambio de luces, se oye la voz amplificada de Dios, *basso profundo*, cae un halo de luz sobre Nicolás, se arrodilla. Voces angélicas en *crescendo*. Acorde en do mayor. Telón.

—¿Y qué pasa con el niño muerto que tiene en brazos?

—Lo deposita en algún sitio. Se lo llevan manos angélicas, no, sigue con él en brazos. Pero el niño ya no está muerto. Nicolás, santo patrón de los niños. La luz les inunda a ambos.

—Y la orquesta —dijo Vern Clapp— toca *Jingle bells*.

—No servirá —dijo Domenico.

—Oh, claro que sí —dijo Vern Clapp tras el humo de kif—. Ken tiene razón. Podría haber finales diversos, claro, uno para Moscú, otro para Milán.

—Lo pensaremos —dijo Domenico ceñudo—. ¿Quieres escuchar todo lo de la primera escena?

—¿Cantarás tú todos los papeles?

—Así te harás una idea global.

—No —dije—. Gracias, de todos modos. Sólo estoy cumpliendo lo acordado. Aquí tienes el material. Tal como es.

Saqué del delgado portafolio Gucci las pocas cuartillas que alimentarían una hora de música de Domenico y las coloqué en el polvo de la tapa vuelta del piano.

—Tengo que ir al hotel y cerciorarme de que los mercaderes de esclavos marroquíes no raptan a Ralph. Quizá pudiéramos cenar juntos en algún sitio.

—¿Aún sigue contigo ese negro cabrón? —preguntó Domenico con un ceño aún más marcado—. Los dos hermanos seguís la misma pauta, ¿no? Hortense salió en una revista, no sé en cuál. Con esa chapuza que está haciendo del obispo con las pelotas al aire. Y esa zorra negra grabó lo que llaman un álbum.

—Tenemos todos mucho talento —dije—. Salvo Ralph. No tiene ningún talento, el pobre muchacho, y se resiste a aceptarlo. ¿Digamos el bar del Maimunia, a las siete...?

—¿Es ese sitio en el que hay cuadros de Winston Churchill por todas las paredes? —preguntó Vern Clapp.

—El sitio donde él y tu difunto presidente —dije— decidieron enviar a la muerte a los cosacos. ¿O fue en Yalta?

—Está bien —dijo Domenico—. Bevilacqua necesita levantarse de la cama y tomar un poco de sémola o arroz, meterse algo en las tripas. El muy imbécil se puso a comer albaricoques que cogió ahí mismo en la puerta. Le llevaremos a rastras.

—¿Un solo de oboe aquí? —preguntó Vern Clapp—. ¿O con flauta una octava más alta?

Domenico se acercó a mirar. Yo me fui. Cogí un *petit taxi* cerca de un puesto en el que vendían unas bebidas amarillentas de cálido aspecto y fui al hotel. En el bar de éste encontré a Ralph en una mesita sorbiendo un Pernod. En otra mesa, había un viejo que parecía Frederick Delius, con ceguera y todo. Llevaba una camisa de seda de cuello abierto y traje blanco. Era el antiguo arzobispo de York, ya retirado, o abdicado, o lo que hiciesen los dignatarios episcopales cuando les fallaba la salud.

—Toomey —dije, tomando la mano larga fina fría ya sin anillo.

—Vaya, Toomey, ¿usted aquí? Ahora estaba explicándole a este joven norteamericano lo mal que su raza trata a la gente de color.

Ciego, ciego como un murciélago.

—Él prefiere que le llamen negro.

—Prefiera lo que prefiera, él y los suyos tratan a la población de color vergonzosamente. Así que también está usted aquí, Toomey. No puedo verle, lo siento, ahora tengo que apoyarme en la luz interior. Glaucoma, sabe usted. ¿Todo bien, pues? Tuve una visita del amigo Carlo. Fue un consuelo. Sigue conservando esa salud magnífica. Sentí sus radiaciones.

—¿Aquí?

—En Roma, en Roma, la cuna de la fe. No, en realidad no si uno se para a pensarlo. ¿Jerusalén? ¿La Meca? Hay un solo Dios, Toomey.

—Nunca lo he puesto en duda.

—¿Ha pensado usted alguna vez que nuestros amigos musulmanes se han aproximado mucho más a una denominación razonable de la deidad que los cristianos o los judíos? Dios es Alá, pero la raíz es sólo la consonante L. Un sonido misterioso, Toomey, una especie de canto. Fluye a través de la mañana africana desde los minaretes, muy emocionante. Gibbon dijo, sabe, que si los musulmanes hubieran llegado un poco más lejos, si hubieran pasado del Loira al Támesis, el ejem, déjeme ver si puedo recordar la frase exacta, a ver. Sí: «Quizá la interpretación del Corán se enseñara ahora en las aulas de Oxford, y sus pulpitos quizá proclamasen a unos fieles circuncidados la santidad y la veracidad de la revelación de Mahoma». Está expresado con gran elegancia, Toomey. Este caballero —le dijo a Ralph— es el señor Toomey, el famoso escritor inglés. Somos viejos amigos. Toomey, a mi edad, y con todo este ocio obligado, me encuentro en una situación interesante. He entregado mi vida a la Iglesia de Inglaterra, y he dedicado muchos pensamientos necesariamente clandestinos, como ya sabe usted, al sueño de nuestro querido Carlo, el sueño de una cristiandad reunificada. Y ahora, después de seis meses oyendo las invocaciones a Alá de la mezquita de Sidi Bel Abbas, me veo arrastrado a la cimitarresca sencillez del antiguo enemigo de la cristiandad. Creo que debe haber en todo inglés un toque de sangre islámica. Doughty, Burton, Lawrence no son más que unos cuantos nombres que prueban esa conexión. Piénselo, Toomey: el Dios único y el profeta sin rostro, la dieta limpia, las cinco oraciones diarias, el auténtico Ayuno del Ramadán.

Ralph sacó del bolsillo de su chaqueta color ante *moygashel* el librito sobre los omas y su lengua que le había dejado. Se distanció de los dos viejos maricas blancos y recitó entre dientes palabras primitivas.

—Así que —le dije al prelado en situación de retiro— la última vía lleva a La Meca.

—Ay, Toomey, las cosas no ruedan en esa dirección, ni mucho menos. La dirección definitiva es la que lleva otra vez a la mentalidad sin deformar de la infancia. Fe y lealtad y deber. La iglesia en la colina y los nombres conocidos en el cementerio. Nuestro querido Carlo está equivocado. La fe no puede llevarnos a nuevas lealtades y deberes. Si Carlo puede lograrlo, es excepcional en su soledad —muy agudo, mucho—. Sólo somos leales a nuestras madres. Pugnamos por ir hacia lo nuevo, pero no podemos alcanzarlo. Viajamos en círculo. Queremos volver atrás.

—¿Volver a qué? —preguntó de pronto Ralph.

—Vaya, mi amigo norteamericano, ¿aún sigue usted ahí? En su caso, significa volver a Boston o a Milwaukee o al lugar de donde proceda. Nunca se me han dado bien los acentos norteamericanos, todos me suenan igual, volver a su infancia allí y todo lo que heredó esa infancia.

—Mi gente eran esclavos.

—¿Esclavos? ¿De veras? ¿Su gente? Entonces, debe ser usted un norteamericano de color. No se me había ocurrido.

—Mi gente prefiere *negro*. Yo heredé una cultura blanca y ya no la quiero. Hasta dónde he de retroceder buscando fe y lealtad y toda esa...

Estaba a punto de decir mierda, pero se trataba de un clérigo, después de todo, igual que su padre, que nunca había permitido que se pronunciaran palabras indecorosas en la cabaña de la familia.

—... ¿y todos esos disparates?

—Eso depende de hasta qué punto se sienta un individuo de color. Perdone, negro.

También esto era agudo.

—Lo bastante negro para querer apartarme de los blancos.

—No puede hacerlo, sabe. Ha absorbido usted demasiado de ellos. Podría hacerse musulmán, claro, pero eso sería, desde su punto de vista, únicamente cambiar una abominación exótica por otra. Haga usted lo que haga, muchacho, no intente perseguir un fetiche enterrado ya hace mucho. Y no se amargue usted por la esclavitud. Toda raza ha sido esclavizada, en un momento u otro, por otra. La esclavitud es una forma de transmisión cultural.

—No me llame *muchacho*. Y guárdese toda esa palabrería altisonante.

Se le había escapado sin pensarlo, pero al ex arzobispo le encantó.

—Los dados —dijo—. ¿Se acuerda usted, Toomey? El niño quiere unos zapatos nuevos, daditos. Vamos, siete once. Ah, sí. De todos modos, he oído que hay barajas Braille. En cuanto a usted, señor —dijo con firmeza a Ralph—: puede complacerse en sueños románticos y rousseauianos de salvajismo racional, pero permítame que le advierta de sus peligros. Tendrá que desechar adelantos duros de conseguir, sobre todo en la lengua. De joven, fui sacerdote en África, no en esta parte, claro, y vi lo que era el salvajismo. Eso sería retroceder *demasiado*. Usted, como nuestro amigo eclesiástico Carlo, no suyo, por supuesto, mío y de Toomey, está obligado a ir hacia delante. No hay nostalgia posible para ninguno de ustedes. Luego, añadió, con petulancia:

—¿Dónde está mi acompañante, como debo llamarle? Está deshojando un sueño, como dice Virgilio, la flor de la siesta. Quiero ir a mi habitación. Si pudiera usted telefonarle, Toomey. El número de su habitación es el 81. Se llama Gordon. Es un joven escocés. Prefiere que le llamen Scot. Ay, todos esos tabúes.

—Yo le llevaré —dije.

—¿Lo haría, lo hará, Toomey? Un acto muy cristiano. Oh, qué estúpido, qué torpe, mi bastón de ciego no sé dónde está.

Ralph, que era de vez en cuando muy capaz de sentir piedad por otras personas además de por sí mismo, tomó el brazo derecho del ex arzobispo, mientras yo tomaba el izquierdo. Le llevamos a su habitación a través de varios arcos morunos y siguiendo amplios y frescos pasillos, con escudos de bronce en las paredes y nos encontramos cerca de nuestras dos habitaciones contiguas. Yo deseaba tener a Ralph desnudo en mis brazos un rato: aquel ambiente laxo y conocido y cálido invitaba a

ello, pero Ralph se mostró hosco y me rechazó. Muy bien, pues. Tenía cosas que decirle a Ralph, y no eran directamente de amor. Dije, mientras estaba tendido sobre el tosco cobertor moruno de mi cama bajo el ventilador del techo y él retrepado y ceñudo en una butaca de mimbre.

—Ralph, me temo que tendremos que dejar Barcelona. Definitivamente.

—¿Y venimos aquí? —era bastante rápido cuando quería.

—Aquí, esta ciudad, creo que no, pero tenía muchas ganas de conocerla. Quizá Tánger, que es una ciudad que conozco bastante bien y que me resulta agradable. El hecho es que recibí una visita del jefe de policía mientras tú estabas, según tú, pasando el día en el Museo de Arte Catalán.

—No me dijiste nada, ¿por qué?

—Porque podrías haber reaccionado ante lo que te dijera con un comportamiento indecoroso y quizá delictivo. Eres lo que se llama una persona *non grata*, querido Ralph. No tiene nada que ver con tu raza, te lo aseguro, aunque eso te hace más notorio. Es sólo por la forma de comportarte cuando no estabas bajo mi influencia moderadora. En realidad, la policía ha sido muy tolerante. Pero se te ha oído decir, en siete bares, cosas despectivas sobre el general Franco. Y se dice que una vez intentaste orinar sobre su retrato... Cosa difícil, pues estaba colgado en la pared, bastante alto. Hay más cosas. Celebraste una fiesta muy ruidosa en nuestro apartamento mientras yo estaba en Madrid viendo a Gómez. Tocaste *jazz* con el clavicordio que te compré y luego intentaste tirar el instrumento por la escalera. Había marinos norteamericanos negros presentes. Dos de ellos hicieron una pantomima de sodomía en el descansillo, en presencia del doctor Borges. Cuando los vecinos avisaron a la policía y la policía se presentó en la casa, te mostraste grosero y ofensivo, lo cual resultó más notorio porque dijiste esas cosas ofensivas y groseras en un fluido catalán. Todo esto ha ido acumulándose. El jefe de policía y su ayudante conocen mi obra y mi reputación. No quieren un escándalo. Pero opinan que podríamos ser mucho más felices en otro lugar.

Ralph se quedó pensativo al oír todo esto.

—Sólo yo, ¿verdad? —dijo al fin—. Tú eres un discreto caballero inglés, el maricón silencioso, que que. Muy bien, quédate tú y me iré yo.

—Tenemos que estar juntos, querido Ralph. Yo creo en la antigua virtud de la lealtad. Quería volver a Marruecos a ver cómo estaban las cosas. Marraqués parece un poco aburrido y destartalado. En Tánger hay escritores expatriados como yo. Hay mucha tolerancia para, en fin, para las aberraciones. Pobreza, también, esclavitud incluso, en cierto modo, muchos ladrones. Podría depositar en algún otro sitio mis posesiones más valiosas. Llevo demasiado tiempo cuidando de ellas. Podríamos alquilar una casita y tener risueños criados moros. Y un jardinero, también. Luego están los encantos del zoco. Podríamos probar, al menos.

—No —dijo Ralph—. Me trajiste a esta África falsa. Ahora quiero ver la real. Quizás encuentre algo que hacer, incluso, en el África negra.

—¿Quieres *retornar*? Ya oíste lo que dijo el ex arzobispo de York. El sueño romántico rousseauiano. El Douanier y Jean-Jacques juntos. Lo que dices no es razonable.

—De acuerdo. Fuiste tú quien dijo que el fracaso en el arte sólo puede compensarse con una vida de acción.

—¿Yo dije eso? Creo que no. Probablemente dijese que gente como Hitler y Goebbels y Mussolini se enfurecieron al ver frustradas sus tendencias artísticas y sólo pudieron hallar salida en la política revolucionaria. Tú, querido Ralph, no tienes capacidad para escribir, pero puedes hacer otras cosas. Interpretabas muy bien a Mozart hasta que decidiste que era un marica esclavista, reaccionario y blanco. Puedes dirigir teatro. Por amor de Dios. No empieces a creer que tienes un puesto en uno de esos malditos movimientos revolucionarios que se están fomentando en el África poscolonial. Quédate conmigo. No te conviene alejarte demasiado del Atlántico o del Mediterráneo. Empezaremos a buscar casa en Tánger. Pasado mañana, si quieres.

Ralph me miró malhumorado y ceñudo. Sentía ganas de arrancarle la ropa furioso.

—No empieces a pensar que vamos a estar los dos instalados en Tánger. Ha llegado el momento de que tú te instales. De eso me doy cuenta. Pero mi caso es distinto.

—Ralph —dije, sintiendo que se me cerraba la glotis—, ¿es que no tienes amor ni lealtad? ¿Ha de partir todo de mí?

—Me pagas un sueldo. Soy una especie de empleado. Esas dos cosas no tienen nada que ver con eso.

—Sí —empezaban a aflorar las lágrimas—, y si no fuese por mi amor y mi lealtad, diría que has sido un empleado malísimo.

—¿Quieres decir que no pongo el culo en buen ángulo?

—Es una crueldad decir eso. Me refiero a la carta que le mandaste a mi editor inglés, que decía *váyase usted a tomar por el culo* y que firmaste falsificando mi firma, y que tomaron por mía. Y me refiero a otras cosas. Me refiero a que mi amor por ti, que clama por una expresión física que tú toleras toscamente, provoca en mí una ceguedad que me impide ver tu ineficacia y tu mala conducta. No quiero considerarte un empleado. Se te da todo el dinero que necesitas, y es mucho más de lo que le daría a un empleado. Quiero considerarte mi amigo amado.

—Oh, Dios santo —se burló Ralph—. Amigos amados. Como ese relato tuyo sobre el otro jodido Ralph. *Déjame que te baje los pantalones, querido*.

—También eso es cruel. Si fueras un *auténtico* escritor en vez de un aficionado chapucero, sabrías que los nombres de la propia ficción pueden adquirir una especie de magia, pueden alcanzar algo así como un tinte profético, una tensión, en fin. He de confesar que, cuando mi hermana te indicó como posible secretario y acompañante, tu nombre decía mucho en tu favor. Ahora, ten la bondad, procuremos no ponernos

desagradables. Quizá pudiéramos preparar un viajecito los dos al África Oriental. El Consejo Británico ha propuesto varias veces exhibirme en su ejem, circuito africano.

—Oh, carajo —continuó Ralph, aquel muchacho tan guapo y tan sinvergüenza—. Sigues echándolo de menos, ¿verdad? Universidades Tío Tom, yo quiero ver de dónde procedo.

—Como te he dicho varias veces, procedes de la costa oeste, donde un pueblo pacífico y de gran sensibilidad artística se dejó explotar por predadores de colores diversos. En la costa este verás africanos auténticamente negros, así como árabes y asiáticos, pero no tendrán nada que decirte, ni tú tendrás nada que decirles a ellos. Éste es el peor género de romanticismo ignorante.

—Escucha —silbó Ralph—. En Estados Unidos los negros tienen las mismas posibilidades que un cubito de hielo en el infierno. Lo que la historia se propuso con la esclavitud de los negros fue equipar a todo un continente con los recursos ideológicos y técnicos de Occidente para que se elevase en poder y dignidad y autoridad e hiciese temblar a todo el jodido Occidente. Y tú con tu jodido Consejo Británico.

—Eso lo has leído en algún sitio —dije—. No me refiero precisamente al librito ese de los omas que sólo sabían contar hasta dos. Has estado leyendo la vacua retórica de algunos de los nuevos políticos africanos. No me gusta esto, Ralph.

—Muy bien, si no te gusta, que no te guste. Pero no vuelvas a hablarme de visitas turísticas. La vida es breve. Y yo tengo hambre.

—¿Hambre de qué?

—Hambre de comida. Dios mío, olvídate ya de esa mierda. Lo que nos dieron de comer en ese Sopa con Camello fue como un tentempié para un canario. Salgamos a comer a algún sitio.

—Vamos a reunimos con el contingente operístico de aquí a una hora, o así. Entonces comeremos.

—Escucha, yo no como con Nick Campanati. Llámale y cancelalo.

—Tenemos que hablar de cosas de trabajo, Ralph querido. Vine aquí, en principio, por cosas de trabajo.

—Entonces dame dinero. Me trajiste a lo que tú llamas África. Muy bien. Iré a ver lo que ofrece. Dinero, dinero.

—Ya te di dinero.

—Lo gasté en aquellas camisas del aeropuerto. Dinero, venga.

Suspiré y suspiré.

—En el bolsillo interior de mi chaqueta encontrarás suministro de lo que ellos llaman dirhams. Coge lo que quieras, pero déjame lo suficiente para pagar la cena.

Un chico muy antipático. Cené con Domenico y sus colegas de origen, no en el Maimunia, donde sólo bebimos, sino en un restaurante oscuro que olía a ajoaceite, más napolitano que marroquí, aunque se llamase el Shiwa, nombre sardónico, sin duda, pues no había carne asada en el menú. Bevilacqua, que estaba pálido y tiritaba,

devoró un montículo de arroz rociado sólo con zumo de limón. Los demás tomamos un alcuzcuz blando que animamos un poco con harissa. Domenico ya había llegado a la etapa de oír voces dentro del cráneo.

—Mazzotta —dijo— para Nick. Gregoretti para Venere.

Habíamos decidido que uno de los tres desescabechados y revivificados por el santo no sólo debería ser una mujer sino una personificación de la diosa del amor. Y que el Acto Primero Escena Primera sería una especie de Venusberg.

—La Gregoretti vale —dijo Vern Clapp—. Pero es débil en los registros agudos. ¿Retienes el arroz? —le preguntó a Bevilacqua.

—Mejor, sí. Creo que lo retendré.

—*Controllo muscolare* —dijo Domenico— *e quello il segreto*. Y luego, dirigiéndose a mí, añadió:

—Creo que lo terminaremos como yo dije. El niño muerto en sus brazos, Hiroshima, los campos de exterminio...

—Marruecos —dijo Vern Clapp—. El Bronx. Cualquier jodido sitio que te guste.

—Aunque hablemos de control muscular —dije—, no creáis nunca que el arte puede relajarse en propaganda.

—No es propaganda —dijo Domenico—. Es que las cosas son así. A Dios le importan los hombres un carajo, y las mujeres, y los niños.

—No puedes escribir esta ópera de ese modo.

—Ken tiene razón, como yo dije —dijo Vern Clapp—. Acabemos con ese coro celestial.

—La cuestión es —dije— que la responsabilidad de la música os corresponde a vosotros. El texto es mío. Y de él —añadí, indicando con un gesto al ceñudo Bevilacqua, que seguía atracándose de arroz—. Tomemos un poco más de vino de la tierra.

—Sabe a catarro —dijo Vern Clapp.

—Que va a coger asco al arroz Renato —amonestó Domenico; y luego, añadió, dirigiéndose a mí—: En la ópera, es la música quien habla, siempre ha sido así. El texto es sólo una especie de, cuál es la palabra...

—¿Excusa? ¿Pretexto? ¿Subterfugio? Yo no estoy de acuerdo con eso.

—Tú me entregas el texto a mí —dijo Domenico— y yo hago con él lo que haya que hacer.

—Eso —dijo Vern Clapp con toda justicia— es porque has estado obedeciendo órdenes demasiado tiempo. Danos un sonido que signifique que Gary Grant tiene indigestión. Danos una melodía que exprese en sonido el aspecto que tiene Lauren Bacall. Ahora reaccionas de forma exagerada, Nick, muchacho, Ken tiene razón. La historia es suya, no nuestra.

—Quizá no quieras que haya música —dijo Domenico, encendido como la harissa—, quizá quieras una bonita obra de teatro sobre Dios cagándote encima, pero que sigue siendo, a pesar de todo, el Dios grande y bueno. Eso satisfaría mucho a

nuestro gordo y buen cardenal.

—Estás metiendo en todo esto cosas de familia —dije—. No, Domenico. Arte, arte, arte. Arte de la composición. Wagner no puso primero la música.

—Pero porque fue él quien escribió también la letra —dijo Domenico.

—Bueno, inténtalo —dije—. Escribe el texto. Así tendrás lo que quieres. ¿Quieres que retire mi libreto?

—¿Después de que he hecho la primera escena y voy por la mitad de la segunda? Tú estás loco. Y es una marranada que digas eso, Ken. Eso es propio de una *prima donna*.

—*Devo per forza* —dijo Bevilacqua— *tornare a casa, non mi fido dei gabinetti di qua*.

—¿Qué dice?

—Dice —dijo Domenico— que tiene que volver. No quiere utilizar el retrete de aquí. Bueno, ¿quién paga? ¿Tú, Ken?, ¿de acuerdo? De todos modos, una comida bastante piojosa. En fin, lo haremos a tu manera y luego veremos lo que dice la crítica. Siempre se puede suprimir ese trozo.

—Siempre que suprimas mi nombre del reparto.

—Veremos. Primero hay que hacer el segundo acto. Luego se piensa.

—Ken tiene razón —dijo Vern Clapp.

—*Devo andare*. Subito.

Se fueron en un *petit taxi* y me dejaron pasear un rato al tibio aire de marzo. Un moro viejo y perfumado intentó primero venderme kif y luego a un muchacho. También tenía una cabra, dijo, hembra si mis gustos coincidían con la normalidad al estilo norteamericano. Volví al hotel y a Ralph. Ralph estaba en su habitación, sollozando.

—Ralph querido, ángel, pero qué pasó...

Dejó de sollozar y se levantó, mostrándome una cara empapada de lágrimas. Se enjugó las lágrimas con la manga de la camisa.

—Está bien —dijo—. Bien bien bien. Quiero irme a casa.

La vocal de *casa* amenazó con convertirse en aullido, pero se interrumpió, con más facilidad de la normal debido a que las lágrimas habían desnasalizado su dicción.

—¿Qué te ha pasado? ¿Dónde fue? ¿Qué te han hecho?

—A casa, donde los liberales blancos son amables con los de color, siempre que no exijan sus derechos. Coca-Cola y hamburguesas. A casa.

—Quiero saber lo que te ha pasado.

—Ha pasado lo que debía haber supuesto que podía pasar. Andaba rondando por una de esas callejas oscuras y de pronto se oyó el rumor de una mujer gimiendo una de esas canciones árabes, y yo me acerqué hasta la puerta, que estaba abierta, creí que era una especie de club nocturno moro, y entonces aparecieron aquellos cuatro tipos negros y se lanzaron sobre mí y me tiraron al suelo. Negros, amigo, eran unos tipos negros. El reloj, el dinero, se lo llevaron todo.

—Un americano rico, Ralph, eso es lo único que eres para ellos. ¿Negros, dices? Debían ser bereberes.

—Y luego, encima, intentaron bajarme los pantalones y darme por el culo.

—Oh, no.

—Quiero irme de aquí. Quiero irme a casa.

—Tu casa está conmigo, Ralph. Mi único deseo en la vida es cuidar de ti. Oh, Dios mío, cómo pudieron hacerte eso.

—Lo intentaron. Pero no llegaron a hacérmelo. Apareció un coche de la policía y salieron pitando. Los de la policía se pusieron a hablarme en francés y yo les dije en español, y me dijeron en español que no anduviera por sitios como aquél, no son para turistas, vuelva a su hotel elegante, norteamericano mamón. No quisieron traerme en coche. De acuerdo, esto es Marraqués. Esto es Marruecos.

—Tánger es muy distinto, ya lo verás. Violación en grupo, oh, Dios santo.

—A la mierda Tánger. Quiero irme a Nueva York.

—Acuéstate, Ralph. Lloro un poco y te dormirás. A partir de ahora, no te dejaré solo ni un minuto. Me encargaré de cuidarte. Esas cosas nos suceden a todos alguna vez.

—Una burla, nada más. Una humillación, ¿sabes tú lo que significa esa palabra tan pomposa?

—Prácticamente la inventé.

—Una burla maldita.

—Impropio —dijo el hombre gordo blanco, lord Algo—, y digo poco.

—Le pondrán en la picota.

—¿Cómo se *atreveron*?

Así que adiós a Barcelona con la iglesia de la Sagrada Familia, de Gaudí, casi comestible, crujientes y doradas *baguettes* aspirando al cielo, y su Pare Güell de decadencia mágica, y los quioscos de las Ramblas y los vientos del Tibidabo. Las cenas de calamares en su tinta a las diez en punto. Decir que pasé la siguiente década y media de mi vida en Tánger, no sería rigurosamente cierto, pues mis sesenta y setenta años fueron tan inquietos como los cincuenta y sesenta del siglo, viajé en reactor por el globo como una personalidad, pasé seis meses en Australasia, un año en Nueva York, dos años viajando por Latinoamérica para un posible libro, esporádicas temporadas en capitales europeas. Sin embargo, la calle Mozart 21, no lejos del Teatro Lope de Vega, se convirtió en mi residencia oficial hasta mi huida a Malta. La casa, construida en los años treinta, era de dos plantas, una estructura cuadrada poco elegante aunque cómoda y amplia, rodeada de un jardín con un par de cedros y un nogal y naranjos y limoneros, rodeado de un muro alto y grueso coronado de *chevaux de frise* de botellas rotas. Mientras Ralph, taciturno pero enmendado por una temporada, siguió conmigo, logré trabajar bien con una nueva novela larga titulada *Walter Dunnett*, un tanto autobiográfica, salvo por la heterosexualidad del héroe. Desde el punto de vista técnico, habría parecido muy poco notable cuando Arnold Bennett era un muchacho, con su trama firme y su diálogo indigesto, así como sus escenas de amor no explícitas. Yo aún tenía mi público, numeroso aunque ya envejeciendo, pero escolásticos norteamericanos empezaban a hallar en mi obra elementos irónicos y pautas simbólicas que, que yo supiera, no estaban presentes en ella, en rigor. Entretanto, una nueva generación de escritores creaba en Francia el *nouveau roman*, basado en el rechazo de la trama y de los personajes y, en realidad, en todo aquello que yo siempre había defendido. Y los profesores de literatura, quizá con alivio encubierto, admirando tales elementos, se llevaron mis obras a la cama y como les resultaron agradables, hubieron de racionalizar su complacencia explicando que yo, conscientemente, en una especie de rebelión contra el posmodernismo, término ridículo, volvía a una tradición anterior. Yo no estaba, claro, volviendo a nada.

—Sé por qué se *atreveron*. Quieren convertirlo en un caso ejemplar. Ya era hora, además.

Yo estaba tomando jerez con Ralph en Al-Djenina, un bar que quedaba cerca del Hotel Rif, y había allí un grupo de escritores expatriados, todos ellos con su joven tangerino elegantemente trajeado y con cartera, discutiendo sobre *Las canciones de amor de J. Cristo* de Valentine Wrigley.

Lo había publicado hacía poco en Londres Macduff and Tannenbaum.

—El juicio está ya a punto de empezar —dije.

—¿Usted lo ha leído, Toomey?

El que me preguntaba esto era un individuo de mediana edad, muy conocido por su biografía amorosa de lord Alfred Douglas.

—Leí el manuscrito —dije—. En Estados Unidos. Y acabo de recibir una petición de los abogados de los editores para que me presente en el juicio como perito cuando llegue el momento. Y el momento ya llega. El fiscal general se ha visto obligado a intervenir.

—¿Irá usted? —preguntó el lord, un vizconde, para ser exactos, un joven que, gracias a los giros de la familia, chapoteaba en el peor género de mierda pederasta mora.

—Creo que tendré que hacerlo. Gracias a Dios, la ley me impide emitir un juicio estético del libro.

El patio del bar estaba lleno de pájaros amaestrados, vistosos pero sin canciones, que comenzaban, piando y con nervioso emperejileo, a aposentarse en sus varales para pasar la noche.

—Será el juzgado de instrucción —dijo el tal Alfred Douglas, que tenía un aire ascético, parecía incluso un clérigo de la Iglesia anglicana—. Marlborough Street. Recuerdo el caso de *The Well of Loneliness*. Estuve presente. Un libro terriblemente mal escrito. Pero uno tenía que hablar, saben, en la medida en que podía. Nunca me han interesado mucho las lesbianas, aunque quizá no sea ésta una actitud razonable por mi parte. Nunca me interesó Tiggy Hall.

—¿Se llamaba así? Creí que se llamaba Boopsy o algo parecido.

Quien decía esto era un hombre pestañeante que lograba vivir allí haciendo dos novelas al año y vendiéndolas a un precio de tres mil cada una: sin impuestos, puros baratitos. Mascaba uno.

—Me hicieron sentirme culpable —dije— por no intervenir en ese caso.

Parecía como si mi hermano Tom, la estúpida y temporalmente descreída Estella atisbando por encima del hombro, me mirase con triste reproche retrospectivo. Así es cómo funciona el cerebro.

—Supongo que esto significa que estoy enmendándome.

—En realidad, no se trata de un juicio en esta etapa —dijo el tal Bosie—. El magistrado considera a Marie Corelli como una escritora atrevida y para él Hall Caine es un pornógrafo y tienen un consejero que se limita a hacer preguntas de lo más correcto. En realidad, están intentando descubrir si hay defensa posible. Se trata más o menos de eso. Un tribunal de investigación.

—El asunto es —dije— que, según creo, los editores quieren llegar a una especie de acuerdo con los jueces... Pagaron mucho por esa novela grande del compatriota de Ralph...

—Querido Ralph —dijo un hombrecillo llamado Pissy que parecía no tener ningún otro nombre, pestañeando y encogiendo la parte superior del tronco en un

gesto pretendidamente seductor.

—Hablan ustedes de Foulds —dijo con amarga envidia el individuo de las dos novelas al año—. *El llanto de las nubes*. Un libro bastante indecente. Largo, además, como *Guerra y paz*. En el Miramar había un norteamericano que tenía un ejemplar. En Estados Unidos publican cualquier cosa.

—Vean la situación —dije—. Este libro de Val Wrigley lo prohíben, no seguirán inmediatamente con otro proceso. Si dicen, como tal vez hagan, que se trata de un libro de seudopoemas sólo con un público limitado, no hagamos nada contra él, entonces tenemos una gran victoria de la libre expresión y demás. Prácticamente fueron ellos los que lo pusieron en manos de la justicia.

—Negro ¿verdad? —dijo el vizconde—. Vi una fotografía de él no sé dónde.

—Sí, es negro —masculló Ralph—. Todo negro, amigo. ¿Tiene usted algo que objetar a lo de ser negro?

—Qué quisquillosos son ustedes —dijo el tal Bosie—. Amamos sus cuerpos negros aterciopelados y ondulantes y usted lo sabe muy bien.

—Pero no nuestras mentes negras aterciopeladas y ondulantes.

—Ya está bien, Ralph —dije, terminando mi amontillado—. No empecemos a discutir.

—Foulds os desenmascara, literatos de mierda —dijo Ralph—. Es un gran libro, sí, y le ha dado mucho dinero. Pero se llevó el dinero a casa, ¿no?

—El África Oriental *no* es su casa —dije—, lo mismo que no es la tuya, querido Ralph. Tú y yo nos vamos a ir ahora a nuestra casa *auténtica*. Ya sabes que Alí se irrita si llegamos tarde a cenar.

El cielo marino era todo morado y manzana y miel con un toque de ciruela claudia. Hubo trasnochadas despedidas de los otros, que no parecían proponerse ir a casa, al menos hasta que sus muchachos moros les llevarsen. «Tutti frutti» y «sé buena, vieja puta» y demás. Ralph y yo fuimos andando a casa, yo jadeando poco más que él al subir la breve cuesta de la colina. Alí, al que el lector ya ha conocido, sonrió al ver que no llegábamos tarde. Nos sirvió aguacate seguido de *coq au vin*, queso y un flan de albaricoque comprado de final. Comimos en una habitación sin más adornos que su mobiliario monástico de comedor y alfombras morunas en el suelo de *parquet* y en las paredes. Después de cenar Ralph bajó para hacer un poco de práctica seria con el clavicordio: se hablaba de que interpretaría a Mozart en un pequeño concierto que estaba preparando para finales de diciembre Gus Jameson, un compositor escocés expatriado. Yo me fui a mi estudio y, suspirando, numeré una nueva cuartilla (140), desperté a algunos de mis personajes de su breve sueño, y los puse a hablar. Empezaron a hablar, ante mi sorpresa, sobre la novela que les contenía, muy al estilo de esas películas de dibujos animados en las que animales antropomórficos se salen de la trama y empiezan a insultar a su creador.

—Un novelista amigo mío —decía Diana Cartwright— afirmaba que para ser una novela aceptable debería ser una impostura patente, con la que el lector pudiese

regular a voluntad su nivel de credulidad.

—Una impostura, ¿eh? —dijo Walter Dunnett—. ¿Aunque haya en ella personajes históricos verificables, como Havelock Ellis y Percy Wyndahm Lewis y Jimmy Joyce?

—No son lo mismo que serían en la vida real. Todo es una impostura. También nosotros lo somos. Estamos diciendo lo que él quiere que digamos. Ese Degas de allí por ejemplo. Él podría convertirlo en un Monet, con un golpe de pluma. Podría reducir el número de naranjas de ese cuenco de ocho a tres. Podría hacerme morir ahora de un ataque al corazón.

Estuve a punto de escribir: *y se murió inmediatamente de un paro cardíaco.*

Aquello no conducía a nada. Me levanté y empecé a pasear por el estudio. Me veía obligado por primera vez a comprender lo frágil que era mi arte, tal cual era. El influjo de la edad, sin duda, la vejez, en la que la suspensión del escepticismo se iba abandonando lentamente. El arte estaba hecho para los jóvenes, sin duda. Me senté tembloroso en la mesita donde Ralph, cuando tenía ganas de trabajar, mecanografiaba mis cartas y, a veces, mis manuscritos. A la izquierda de su máquina de escribir, había un montoncito de revistas, entre ellas cinco o seis números semanales sucesivos de la nueva *Nywele*, una publicación internacional dedicada al denominado Movimiento Negro Internacional y publicada en Kampala. Como suele suceder en la vida, aunque no en la ficción literaria, el ejemplar que cogí se abrió por un artículo, en inglés, sobre el novelista negro Randolph Foulds, acompañado de ceñuda y cuelligorda foto. Había ganado varios millones de dólares con *El llanto de las nubes* y los había invertido en fortalecer el régimen militar de Abubakar Mansanga, que estaba edificando un Estado moderno en Rukwa y conviniendo una amalgama tribal en una unidad totalitaria. Pretendía ser un Estado africano modelo en el que no se permitiría ya que los técnicos especialistas blancos importados y los comerciantes asiáticos diluyesen la *echt* negritud de un territorio cuyas fronteras eran imprecisas aún. Allí se estaba imponiendo ya el Futuro Africano. Oí repetir a Ralph en el clavicordio un recorrido de la escala con la mano derecha, elegante y rococó, y me estremecí. Volví a mi novela, arrugué la hoja que había empezado y obligué a los personajes a someterse de nuevo al imperio absoluto de mi voluntad. Una especie de esclavos sólo con una ilusión de libertad. Como todos nosotros. La forma novelística no era impostura, no.

La carta que recibí de Lightbody and Creek de Essex Court, Strad, me informaba de que el juicio empezaría el 5 de diciembre en Marlborough Street, y se me pedía que estuviera presente a las nueve de aquel mismo día. Era una molestia. La ópera *Una Leggenda su San Nicola* se presentaría en La Scala el día de la festividad de su protagonista, el 6 de diciembre, y yo quería estar presente en el ensayo general. Los lectores que estén al tanto del calendario operístico de Milán se darán cuenta de que la temporada no empieza normalmente hasta el día siguiente, festividad de San Ambrosio (es un sector sólidamente santo del invierno milanés, con la fiesta de la

Inmaculada Concepción el 8 de diciembre), pero se había hecho un arreglo, tras varias reuniones conjuntas, por un renuente sentido de la corrección festiva. En fin, todo se amontonaba, como en una novela bien o mecánicamente entramada, puesto que me había llegado noticia de Hortense (que no estaría en Milán) desde Nueva York de que el *bassorilievo* había llegado ya a Génova en el *Michelangelo* el 11 de diciembre. Le dije a Ralph:

—Ralph, tengo que irme a Londres el día cuatro. Para el juicio de *J. Cristo*. ¿Piensas venir conmigo?

—Estaré muy a gusto aquí.

—¿Estás seguro de que estarás bien aquí? ¿Estás seguro de que no te meterás en líos en la casba o en algún otro sitio?

—Quiero ir a Rabat a ver los caballos. Son caballos árabes, amigo. Y podría ver, de paso, las tumbas de los sultanes marmitas y toda esa mierda. Me las arreglaré perfectamente.

—¿Piensas ir conmigo a Milán para la presentación?

—¿La presentación de qué?

—Ralph, estás terriblemente distraído últimamente. Ya sabes lo que quiero decir.

—Ah, te refieres a eso. Ya oiré luego los discos.

—Bueno, está bien. Yo iré en avión de Londres a Milán y luego volveré aquí, Dios mediante, el ocho o el nueve. Me agrada, desde luego, que quieras ir a Rabat. Puedo darte una carta de presentación para el caballero de la casa real, si quieres.

—Lo único que quiero es que me des dinero.

—Te veo muy taciturno últimamente, Ralph. Preferiría con mucho tus escándalos y tu mal humor de antes. No, no, sólo bromeaba. Tendrás tu dinero.

Fui en un avión de las Líneas Aéreas Marroquíes hasta Gibraltar y esperé dos horas en el bar del aeropuerto bajo la acechante cara norte del Peñón al vuelo de la BEA para Londres. Era el único pasajero de primera clase, y la azafata no hacía más que llevarme regalitos de la compañía: botellitas de licores, loción para después del afeitado, un estuche de muestras de quesos ingleses, por último un frasquito de perfume Givenchy «para mi esposa». En el aeropuerto de Londres, encontré un recado en la estantería que había junto a la cinta móvil de los equipajes. No, encontré dos, pero el primero no era para mí: te espero en casa, TOM. Era para una tal señora Timpson. Para Toomey había un breve aviso firmado Wrigley: no vuelvas a desertar como siempre. Cogí un taxi y fui hasta el Claridges.

El juzgado de Marlborough Street era, a la lluviosa mañana siguiente de Londres, pesado, oscuro, dickensiano, pero, o y, un tanto festivo. Había pederastas vestidos de brillantes colores así como muchos vulgares periodistas que esperaban diversión. El pasillo contiguo a la pequeña sala de pino de teca estaba cubierto de una película de barro y salpicado de colillas aplastadas con el tacón que se habían abierto como flores. Me coloqué aparte, junto a una ventana abierta y sucia que daba a un espacio demasiado pequeño para ser un patio, inaccesible, además, salvo por aquella ventana.

Estaba salpicado de detritus de décadas sórdidas: una botella rota que había contenido cerveza destilada por los sucesores de Thrale, el amigo de Johnson, un fragmento ennegrecido de una *Police Gazette*, que posiblemente anunciase la detención de Charles Peace, colillas de Crumbs of Comfort y Mermaid Whiffs, condones incluso. Me quedé allí mirando, fumando, sin querer unirme a los buscadores de basura, a los literatos estúpidos, a los periodistas. Todos sabían quién era yo. De pronto, las luces se encendieron y hubo una algarabía. Vi, tras una especie de silencio, que entraba *sir* Arnold Wetherby, el magistrado. Le acompañaba un individuo bronceado de pelo crespo, de apostura forense, el famoso abogado George Pyle. *Sir* Arnold tenía una pipa Dunhill curvada que extinguía a su conveniencia pero que mantenía asida como una especie de mallo. Entraban riéndose los dos.

Cuando me llamaron, tuve que hacer el juramento y me ofrecieron una selección de Biblias. Elegí la versión Douay.

Luego, hubo una sesión muy afable e informal, con descansos para fumar un cigarrillo cada quince minutos.

—No creo que tenga que presentarle, ¿verdad? Es usted el señor Kenneth M. Toomey, novelista, dramaturgo, que vive actualmente en el extranjero. El tribunal, creo que puedo decirlo, tiene plena conciencia de las molestias que se ha tomado voluntariamente para estar aquí, y le da las gracias.

Sir Arnold dijo que ratificaba lo que había dicho Pyle y añadió:

—Me alegro de verle aquí, Toomey. Tuvo usted muy mal tiempo para el viaje, pero en fin, qué le vamos a hacer. He leído muchos de sus libros. Y la mayoría me gustaron. No como esto, ¿eh? Y esgrimió en mi dirección un ejemplar del libro de Val. Era un libro delgado, con el título, sobre un fondo blanco puro, ensanchado en una especie de letra celta.

—No, Señoría.

—¿Qué significa —preguntó Pyle— la inicial M de su nombre?

—Marchal. Es francés. El apellido de mi madre. Mi madre era francesa.

—En lo suyo hay muchísima influencia de Guy de Maupassant —dijo *sir* Arnold—. Una especie de Maupassant purificado. No es que yo haya leído mucho a Maupassant. ¿Está usted de acuerdo?

—¿En que no ha leído usted mucho a Maupassant, Señoría?

Esto provocó una carcajada. ¿Qué masoquismo, qué irreverencia fundamentalmente cínica hacia las instituciones y los principios será esa que nos induce a los ingleses a, hacer comentarios cómicos y a lanzarnos pullas en ocasiones en que la burla resulta absolutamente impropia? Ha habido juicios por asesinato que se convirtieron en auténticas orgías de hilaridad.

—Ruego a su Señoría que me disculpe. Su otro comentario, sí. Me parece un juicio literario muy astuto.

—Bien, bien —dijo *sir* Arnold.

—Como usted sabe, señor Toomey —dijo Pyle—, este volumen de supuestos

versos... ¿está presente el autor? No, ya veo que no está. Dije lo de *supuestos* sin menosprecio, está publicado como un libro de versos, pero el contenido parece prosa desmenuzada...

—*Vers libre* —dijo *sir* Arnold, y me miró buscando mi aprobación. Asentí.

—Este volumen se juzga aquí en función de su capacidad de corrupción moral. ¿Usted lo ha leído?

—Naturalmente.

—Lo ha leído usted, naturalmente. ¿Qué ha encontrado en él?

—¿Se refiere usted al contenido?

—Sí, digamos, su contenido. Explíquese lo al tribunal, por favor.

—Se trata de una serie de doce poemas largos, todos ellos al estilo de *Canción de amor, de J. Alfred Prufrock* del señor T. S. Eliot, cuyo título probablemente se propuso evocar el autor. Eso explicaría el *J. Cristo*. No en sí mismo, sino visto en el contexto de Eliot, como algo que no tiene en realidad ninguna intención blasfema.

—*Vers libre*.

—Exactamente, Señoría. Jesucristo parece escribir una carta a cada uno de sus doce discípulos después de su muerte, resurrección y desaparición final. Afirma su constante amor hacia ellos, incluso hacia Judas, el traidor. Como el vehículo es la poesía, un vehículo profundamente sensual, expresa el amor en términos sensuales.

—Términos homosexuales —dijo Pyle—, para ser exactos.

—Necesariamente, dado que los discípulos son hombres. El autor destaca el amor físico como un medio de expresar afecto en primer término, como una imagen del intenso amor que siente Dios hacia la humanidad, y no como un medio de procreación. Está próximo el fin del mundo y ya no tiene valor para la vida humana el objetivo biológico de la sexualidad. Históricamente, si puedo decirlo, había judíos en Palestina durante los reinados de Augusto y Tiberio que creían que se aproximaba el fin del mundo, y que había que entender la importancia del amor al prójimo antes del Juicio Final. De ahí la urgencia del mensaje de Juan el Bautista y luego del de Cristo.

—No veo —dijo Pyle—, por usar su propia expresión, la pertinencia de todo eso respecto al asunto que nos ocupa. Cristo aparece en el libro como homosexual. El cristiano medio ha de considerarlo blasfemo. ¿No está usted de acuerdo?

—Estoy de acuerdo, sí —dije—, pero el cristiano medio muy bien puede equivocarse. Lo mismo que el fariseo palestino medio se equivocó, al parecer, al considerar blasfema la doctrina de Cristo. Quizá sea tarea de un determinado tipo de escritores conseguir que el cristiano medio vea a Cristo con ojos nuevos. Cristo era en parte divino y en parte humano, según nos han enseñado. El aspecto humano debería abarcar la sexualidad. A mí me parece muy probable que Cristo no fuese estrictamente célibe. Quiero decir que su celibato no era más esencial para su misión de lo que lo es para el clero de la Iglesia de Inglaterra. ¿Se consideraría blasfemo el que se presentara a Cristo escribiendo una carta de amor a, por ejemplo, María Magdalena?

—Somos nosotros quienes hemos de hacer las preguntas, Toomey —dijo *sir* Arnold—. Lo siento, amigo mío.

—Lo comprendo, Señoría, pero imagino que, en realidad, formulaba esa pregunta para poder orientarme. D. H. Lawrence escribió un relato sobre Cristo resucitado que se titulaba *El hombre que murió*. En él, hace a Cristo admitir la importancia de la sexualidad. Hubo muchos que consideraron el relato como una obra extremadamente reverente. No se prohibió, creo.

—Habría sido mucho trabajo —dijo *sir* Arnold— prohibir todos los libros de ese individuo. Pero hay uno prohibido, y probablemente siga prohibido. El que se titula *Lady Chatterley*. La ley, trátase de sexualidad normal o de la otra, permite llegar hasta ahí y no más allá. Este poeta que nos ocupa, incluye suficientes descripciones de ejem ejem carácter sexual como para justificar la prohibición. Quiero decir, ¿querría Thackeray escribir algo así? ¿O Dickens? ¿O usted mismo, Toomey?

—Agradezco que agrupe mi nombre con éstos, tan distinguidos, Señoría. Si no lo he hecho quizá se deba a una indigna limitación de carácter. Soy, por naturaleza, tímido en la descripción sexual concreta y explícita. Pero suelo aplaudir la concreción cuando la veo en otros. Joyce y Henry Miller, por ejemplo. Me parecen una prueba de coraje literario.

—Estos poemas —dijo Pyle—, si puedo llamarles así, pretenden indicar una relación homosexual entre Jesucristo y cada uno de los doce discípulos. La relación se expresa a veces en términos que supongo que el autor consideraría ingeniosamente adecuados a las personas aludidas. El sonido que oye Judas en su ejem éxtasis, se compara al tintineo de treinta monedas de plata. Se felicita a san Pedro por su vigorosa «caña» de pescador.

Hubo un animado murmullo y un periodista lanzó una grosera carcajada, inmediatamente enmudecida. El propio *sir* Arnold sonrió y luego se llevó a la boca la pipa apagada para convertir la exhibición de dientes amarillos en rictus muerdeboquilla.

—Evidentemente —dije—, estos símbolos no carecen de ingenio. El ingenio se consideró en tiempos elemento legítimo incluso en la literatura religiosa más devota. Quiero decir, Donne, Crashaw, Jeremy Taylor. Crashaw, refiriéndose al Niño Jesús amamantado por la Virgen María, menciona otra teta que se le dará. Una sangrienta, dice, y añade: «La madre debe entonces mamar al hijo». Esto es ingenio en el sentido de ironía. No se busca con ello la risa. Puede considerarse una perversión sexual. Pero es rigurosamente serio y el propósito es devoto. Yo sostengo que estos poemas de Wrigley tienen algo de ese carácter. El señor Eliot, hombre notoriamente religioso, capillero del vicario incluso, ayudó a la poesía inglesa a recuperar esta cualidad. Otra cosa, las imágenes sexuales, perversas o no, han sido características de un gran sector de la poesía religiosa y nunca, que yo sepa, han entrado en conflicto con las autoridades seculares. Los poemas de san Juan de la Cruz, que describen el matrimonio del alma con Cristo su esposo, son ferozmente eróticos. La escultura de

santa Teresa de Vernini, si se me permite cambiar a otra actividad artística, muestra a la santa experimentando lo que es claramente una especie de orgasmo. La misma Biblia, en el Cantar de los cantares, nos proporciona la poesía más sensual del mundo, pero los cristianos la interpretan como una alegoría del amor de Cristo por su Iglesia. Estos poemas de Wrigley deben abordarse en el contexto de una tradición artística antigua y noble.

—La cuestión es —dijo Pyle— que esos poemas son homosexuales, y, utilizando de nuevo sus propios términos, lo son de modo explícito. Retratar a Cristo como un homosexual activo constituye, sin duda, una burla muy ofensiva y escandalosa de otra tradición: la que suscriben todos los cristianos decentes.

—Pero —dije yo— no es nada nuevo presentar a Cristo como homosexual. Christopher Marlowe, nuestro más notable dramaturgo después de Shakespeare, dijo que Jesucristo era *nought* de Juan, el discípulo amado...

—¿El qué? —preguntó *sir* Arnold—. ¿Qué es lo que ha dicho?

—*Nought* —dije—, Señoría. Un término isabelino que significaba amante o querido. En realidad, este término se representaba con un círculo, que significa el órgano de ingreso. Era de uso muy común. Puedo añadir que en *La vida de Cristo* de Renan...

—Está bien, Toomey —dijo *sir* Arnold—. Estamos llegando al punto más interesante, según creo. Esto es poesía homosexual para homosexuales. Un punto de vista homosexual profundamente ofensivo para la gente normal. ¿No es así?

—Los homosexuales quizá estén en minoría, Señoría. Aunque yo afirmo que hay menos heterosexualidad rigurosa en la comunidad de lo que querría hacernos creer la ortodoxia. De todos modos, los homosexuales tienen derecho a expresar su visión de la vida y del amor. Nuestra literatura se ha visto gravemente perjudicada por la supresión de este derecho. Y también, sin duda, la sociedad en general. Ningún hombre ni mujer puede evitar ser homosexual. Yo mismo no puedo evitarlo.

Estaba dicho, o casi casi. La declaración estaba hecha, prácticamente. *Sir* Arnold dijo:

—No tenía por qué haber dicho eso, Toomey, usted sabe.

—Ya que lo he dicho, Señoría, será mejor decirlo claro y en voz alta. Mi propia obra como creador de literatura de ficción se ha visto gravemente perjudicada por el tabú que existe sobre la descripción del acto de amor homosexual. He tenido que pasarme la vida en el exilio principalmente por el draconiano rechazo inglés de la sensibilidad homosexual como atributo legítimo. Como homosexual, hablo ahora por otros homosexuales. Y por el arte homosexual. Este libro de poemas es una expresión sincera de una imagen de Cristo muy consoladora para los homosexuales, pero totalmente prohibida por una iglesia cristiana hostil, a veces de modo hipócrita, a lo que considera una aberración voluntaria. No es una aberración voluntaria. Es una tendencia tan natural como la otra.

Murmullos de aprobación e incluso algunos tímidos aplausos acallados

rápidamente por el mallo-pipa de *sir* Arnold.

—Bueno —dijo—, ha hablado usted claro, Toomey. Gracias por su ejemplo de colaboración. ¿Algo más, señor Pyle?

—Nada más, señoría.

—Muy bien, haremos un descanso, ¿no les parece?

No pude conseguir vuelo para Milán aquel mismo día, al menos no el pasaje de primera clase al que parecían darme derecho mi edad, mi relativa riqueza y podría añadir ya mi valor moral. Supuse que una serie de comisiones comerciales inglesas distintas e independientes habían ocupado todos los asientos de primera clase de todos los vuelos a Milán. En fin, a mí me bastaría con estar presente en la representación y al diablo los cambios del último minuto en el texto. Alitalia me ofreció una cabina casi vacía a la mañana siguiente, a las 9.50. Así pues, cenando solo en mi *suite*, endivias al horno y una *assiette anglaise*, pude leer tranquilamente las informaciones sobre el primer día del juicio preliminar de *J. Cristo*. Yo y mi confesión recibíamos la principal atención de los periodistas: la homosexualidad de un escritor famoso se había convertido en titular de los periódicos. Los testigos que me habían seguido, a algunos de los cuales me quedé a oír, parecían extraer sus argumentos del mío, pero ninguno de ellos había hecho una declaración similar. ¿Qué habría hecho la justicia si todo el estamento literario inglés se hubiera declarado, cosa no imposible, ni mucho menos, homosexual? Mi corazón se dispuso a animarse cuando ocupó el estrado Jack Priestley, pero éste se limitó a hablar con acritud de la sagrada tradición de libertad de expresión y citó *Areopagítica*. Hubo unos cuantos poetastros bobalicones, de la escuela de Wrigley, que no hicieron ningún bien a la causa. La causa, según mi opinión, era una causa perdida.

Y, en fin, que allí estaba yo, que me había confesado amante de la carne masculina de toda la vida, recibiendo peticiones telefónicas de entrevistas y diciendo no, ya he dicho todo lo que tenía que decir. Dormí bastante pacíficamente, salvo por dos sueños breves: uno con mi hermano Tom, al que sacaban goteante de un pozo profundo. El otro de Carlo atronando en latín o tamil ininteligible: parecía, por sus gestos, que deploraba la falta de cerdas de una escobilla.

Allí fui de nuevo, pues, a la mañana siguiente, una mañana cruda y neblinosa, con lo que se retrasaron todos los vuelos. Me senté en el vestíbulo de salida de Heathrow y leí lo que decían de mí *The Times* y *Daily Telegraph*. El *Daily Mirror* había desenterrado una fotografía: yo llevaba en ella una camisa de flores y gesticulaba con un relampagueo de anillo. Estaba seguro de que muchos de los que había en la sala de espera sabían quién era yo. Mira, Mildred, allí está, no le da vergüenza que le llamen mariquita. De pronto, advertí que iba camino de la ciudad de Carlo y que Carlo se enteraría en seguida de aquella declaración y no precisamente con placer. Más, yo había defendido públicamente una patente blasfemia. No era que en realidad me importara. Llevaba sin contacto con Carlo salvo por un breve encuentro en Roma en una de mis visitas al dentista y un par de cartas sobre la pobre Hortense y aquella escultura que le había encargado y a la que no habían dejado de oponerse algunos patriotas italianos (¿qué puede hacer Norteamérica que no pueda hacer la patria de Miguel Ángel?). Por supuesto, no tenía sensación alguna de falta de contacto. Si la

ascensión de Carlo le había situado fuera del alcance de la relación social e incluso familiar, aún seguía siendo muy visible y muy audible. No tenía sentido que me preguntase qué estaba haciendo el buen Carlo por entonces. Estaba defendiendo las huelgas y haciéndose enemigos entre los capitalistas de Turín y de Milán. Estaba haciendo sermones sobre textos de Carlos Marx. Pío XII estaba enfermo cada poco y los periódicos seculares no italianos no tenían duda alguna de quién sería su sucesor. El problema era, y Carlo debía saberlo, sin duda, que la voz de la prensa popular no era la voz del Espíritu Santo.

Fui en taxi del aeropuerto de Linate al Hotel Excelsior y, una vez instalado con un vaso de ginebra delante, telefoneé a La Scala para cerciorarme de que tenía a mi disposición una entrada de paraíso esperándome en la taquilla. Prefería ver la ópera moderna desde arriba: el verdadero drama se desarrollaba a menudo en el foso de la orquesta, que no se veía desde el patio de butacas. De pronto, me asaltó una duda. ¿Debía tener por lo menos el detalle cortés de informar al arzobispo de que estaba allí? Pero sabía que me separaba de él toda una pantalla de capellanes y ayudantes. Por último, decidí llamar a Luigia Campanati, Madre Superiora del convento de Melzo. Tuve pocas dificultades para establecer contacto con ella. Al principio, no se acordaba de mí. Era una voz áspera y vieja.

—Kenneth. Kenneth Toomey. Hermano de Hortense, que se casó con tu hermano Domenico.

Le hablé en inglés.

—Kenneth, sí. Ah, sí, Kenneth. ¿Qué estás haciendo aquí?

—He venido por una ópera. Esta noche es el estreno. Un día de San Nicolás muy feliz para ti y para los tuyos.

—Rezo todos los días por Domenico. Nos ha destrozado el corazón a todos. Me enteré de lo de su ópera de San Nicolás. Confío en que signifique que ha visto de nuevo la luz de Dios. Yo no iré, no. Nosotras no vamos a los teatros.

—¿Cómo está, cómo está, ejem, el cardenal?

—no va tampoco a los teatros. ¿Le verás?

—¿Es difícil verle?

—Muy difícil. Mañana es nuestro gran día.

—San Ambrosio, sí.

—¿Irás a misa a la Basílica? ¿Irás a ver la inauguración de la nueva estatua?

—No es una estatua. Es un *bassorilievo*. Es obra de mi hermana Hortense. Al fin la Iglesia reconoce las dotes artísticas de sus hijas. Gracias, si es que puedo decirlo así, a Dios.

—No saldrá nada bueno de eso. Los cambios son todos para peor. Siempre hay problemas. No vine a traer la paz sino la guerra. Hemos de prepararnos para grandes manifestaciones del mal. Dile a Domenico que no tengo ningún deseo de verle.

—¿Se ha puesto ya en contacto contigo?

—No, no lo ha hecho. Quizá le dé vergüenza. Esperemos que sea eso. Carlo dijo

que tu hermana era una santa. He intentado verla en visiones. Son tiempos difíciles, te lo aseguro, los que nos aguardan. No me encuentro bien. Tengo dolores. Tengo que estar en la cama. Hágase la voluntad de Dios.

—¿Cuál es el problema? ¿Qué trastornos tienes? ¿Puedo ir a verte?

—De nada serviría. Reza por mí. Reza por Carlo. Reza por mi madre y mi hermano que deben estar en el purgatorio. Por mi padre creo que es inútil rezar. Reza por el mundo entero.

Y después de decir esto, colgó.

Virtud enclaustrada, que ni John Milton ni Jack Priestley estimaban, Su recompensa, vejez y enfermedad. Carlo nunca había aprobado los conventos de monjas de clausura. Él quería mujeres consagradas a Dios que afrontasen el mundo por el que ella me pedía que rezase, falda corta, hábiles, diestras, sin temor a la violación. Ella había hablado en cierta ocasión de ir a África, pero al final se quedó donde estaba, energía erótica pervertida por la histeria de las visiones, autoridad sádica, una austeridad imposible, una vida desperdiciada. Pero ¿quién era yo para hablar?

Presa de una cierta melancolía, hice una cena liviana y acudí al gran teatro histórico con tiempo de sobra. *In prima mondiale*, decían los carteles y los programas. Los nombres: Campanati, Bevilacqua, Lanuzza, Cechetti, Focchi, Perlini, Nascimbeni, Sudasassi, Sancristoforo, Castelli, Castaldi, Giuffrida, Mangana, Pautasso, Ronfana, Kristeva, Verdiglione y demás, con un único y exótico Toomey. Único y solo me vi también allí de pie, por el *ridotto* inferior, mientras el Milán elegante desplegaba joyas y barrigas. No me conocían allí. Tomé en el bar un cóctel de champán. Solo, triste, rezando por el mundo entero. Sonó el timbre y subí a mi asiento de *galleria*. Mi compañero fue una flaca columna estructural. Detrás tenía a una mujer de pelo veteado que tarareaba ya arias genéricas. Llevábamos treinta y cinco minutos de retraso, pero era pronto, para criterios italianos. El local estaba casi lleno y aún seguía llenándose cuando se apagaron las luces. Domenico, un punto lima sobre la calvicie, chaqué con el cuello abierto por comodidad, entró y avanzó torpe hacia el estrado, la batuta firmemente asida, como un arma ofensiva. Le aplaudieron, pero no hubo vítores. Examinó su orquesta, que tenía una sección de percusión hinchada, incluyendo vibráfono y tambores de bongo: la *sonorità di Hollywood* se mofó cruelmente un individuo que estaba cerca de mí. Brillaron candilejas. Brillaron las luces de los músicos. Domenico alzó la batuta. Coros pianísimos sobre trompetas apagadas y trombones y un flojo redoble del timbal más grave. Cuartas consecutivas debussinianas en oboes y clarinetes. Se alzó el telón.

Verdiglione, productor y diseñador escénico, había hecho bien su trabajo. El escenario, que representaba el interior de una taberna antigua, se alejaba del realismo: aquello era una fábula. Con pasos casi de *ballet*, entraron tres personas con ropones y capuchas. Las saludó con un gesto un tabernero gordinflón, al que los cobres orquestales calificaron de malo. Se sentaron a una mesa, un bastidor con trincheros

pintados, no en escorzo, como en un lienzo primitivo antes de que se hubiera descubierto la perspectiva. En un movimiento estilizado, los recién llegados fueron derribados a golpes, sacos de supuesta plata extraídos por la mujer del tabernero. Ni una palabra cantada. Se introdujo en escena un bastidor de un barril de escabeche con ruedas. Los tres cadáveres, que ayudaban visiblemente al que les arrastraba, fueron arrastrados y colocados detrás de los bastidores. La música de Domenico intentó describir la acción del líquido de escabeche. Hubo risillas entre el público: aquello no era una ópera, aquello era el ratón Mickey. Las luces descendieron brevemente sobre las tres cabezas escabechadas y encapuchadas, e inclinadas, las manos cruzadas sobre el pecho. Una llamada a la puerta, tres golpes, sobre bloque chino que la madera orquestal convirtió en un tema. Las luces se centran en la entrada de Nicolás, vestido con ropa de viaje, pero con un báculo en la mano. Era Mario Cechetti: le aplaudieron mientras la orquesta interpretaba *una fermata*. Empezó el canto. Nicolás quería carne. ¿Pollo? No. ¿Buey? No. ¿Ternera? No. Tomaría carne de un barril de escabeche que estaba seguro que había detrás de aquella cortina. Abrió la cortina. Hizo gestos de bendición cuando aparecieron los tres cadáveres encapuchados. El tabernero y su mujer caen de rodillas asustados. Coros ocultos cantan aleluya en antifonía al realizarse el milagro de la resurrección: Nicolás y dos de los resucitados. El del medio, por supuesto, era la coloratura Julia Kristeva, conocida como la Salomé más voluptuosa del gremio. Aún no había llegado el momento de la revelación de su sexo y misión.

Eso no llegaría hasta el primer acto propiamente dicho, que siguió sin interrupción al prólogo. Cambió el decorado a la vista del público. Se convirtió, con un alzarse y descender franco de los bastidores, en el interior del palacio de Nicolás. La música se hizo grisácea y devota. Nicolás y los tres resucitados no se habían movido de sus posiciones anteriores. Se inició un aria de Nicolás que explicaba sus intenciones, y los tres inspeccionaron, como gatos olisqueantes, su nueva casa. Luego, quedaron de pie ante tres atriles, para empezar a estudiar las Escrituras. Nicolás pasó al proscenio para un *prie-dieu*. Dando la espalda al trío, se arrodilló y dio gracias a Dios por el milagro y rezó porque sus hijos adoptivos (fra Marco, fra Matteo, fra Giovanni) se mostrasen dignos de él. Mientras tanto, los tres mostraron su origen diabólico haciendo brotar fuego de una Septuaginta. Marco y Giovanni sonrieron diabólicamente a Matteo y luego se fueron en silencio. Nicolás, volviéndose, vio que Matteo se rasgaba el hábito, y resultaba ser una mujer de gran atractivo, casi desnuda: la propia Venere. La música empezó a crecer como el acompañamiento de un amanecer cinemático en el desierto. No no no, Domenico no tenía madera. La mujer que había detrás de mí empezó a tararear el tema como si ella, y en cierto modo así era, lo conociera ya. Julia Kristeva de la costa dálmata, desprendía un jarabe afrodisíaco que agitó hasta mi escroto. La tentación de los sentidos de Nicolás empezó: le debía algo a *Tentation de Saint Antoine* de Flaubert e incluía imágenes fantasmagóricas de vino, comida y copulación. Nicolás invocó

desesperadamente la imagen de Cristo doliente. Apareció Cristo, pero para mostrarse como el dios Pan desnudo. *Ballet* de hetairas y huríes, coreografía de Ítalo Castaldi. Caída de Nicolás. Gran dueto de amor o sexo entre él y Venere. La música remedó el coito. Una mujer que estaba a mi derecha gritó basta ya ruidosamente. El coito se interrumpió a medio acorde. ¿Era que Domenico recordaba aquel terrible acontecimiento de la fiesta de Hollywood de tantos años atrás? En un *Tannhäuser* actualizado de descenso de cuerdas se desvaneció la escena dejando a un semidesnudo Nicolás arrepentido, que se fustigaba con ramas de abedul de sauna. Los tres, recatados con ropaje de monje, vuelven a sus posiciones anteriores ante los atriles, cantando un trío santo, la parte de Venero o fra Matteo muy por debajo del pentagrama. Nicolás desconcertado. ¿Había pasado de verdad o había sido sólo un sueño pecaminoso? Dios Dios, ¿qué me sucede?

Final de la escena, pero no del acto. El público murmura durante el intermedio de contrapunto eclesiástico en cobres. Me asaltó, por primera vez, la idea de que no había consultado a los albaceas del testamento de Anatole François Thibault, o Anatole France, solicitando permiso para adaptar su relato a la escena. Sentí un estremecimiento de peligro inminente por ese lado. En realidad, el relato estaba allí prácticamente íntegro. Cuando se alzó el telón, el decorado había cambiado a columnas clásicas, un paisaje de palmeras y asientos y tronos para los obispos reunidos en el Primer Concilio Ecuménico de Nicea. Gianni Pellicani, un romano bajo profundo, era Atanasio; Arrio, el hereje, un viejo según la historia, lo interpretaba el joven y atractivo tenor Tito Sudasassi. Nicolás, con su atavío episcopal de gala. Al fondo, un humilde portador de documentos, fra Marco. Sudasassi proclamó desafiante su herejía. El Hijo no era coeterno con el Padre. El Hijo era un ser creado, aunque sobrepasase con mucho a todas las demás criaturas. Decidle al mundo que Padre e Hijo son de la misma sustancia, y le empujaréis a creer en dos dioses. *Homoousis homoousis*, entonaron los obispos, consubstancial consubstancial. Demasiados conjuntos masculinos, pensé, pensaría todo el mundo. Hace falta la luz amarilla y clara de las voces femeninas. Domenico debió pensarlo también, pues en ese momento irrumpió en la asamblea un coro de mujeres y novias de pescadores, implorando a Nicolás, que, como una especie de Poseidón cristiano, aplacara las olas turbulentas del Mediterráneo. Habían visto la nave que volvía tripulada por sus hombres corcovear y agitarse a lo lejos, arrastrada hacia el temible peñón de Macheri. Fuera fuera mujeres, gritaron los obispos: estamos realizando una tarea santa e importante; estamos sofocando una herejía que destruirá más que un simple peñón. Nicolás estaba de acuerdo, pero, para poner fin a la cuestión y poder realizar su misión salvadora, se lanza a una *cabaletta* que resume el argumento contra Arrio y luego, encendido, asesta un golpe decisivo al heresiarca. Consternación, condena de actos impropios de un obispo. Fra Marco, con su tenor agudo, pasó a dominar el cónclave. El verdadero heresiarca era Nicolás; allí había documentos que lo demostraban. Él había proclamado que la única divinidad auténtica era Venus, lo

había proclamado en un arrebato de pasión sexual. Nicolás no puede pronunciar una sola palabra desmintiéndolo. Se ahoga, jadea, cae de hinojos. Dedos episcopales que tiemblan de horror señalando. La voz de Atanasio preside todas las demás. Arrio, recobrándose del golpe, se levanta y añade su desafiante voz de tenor al conjunto. Aparecen de nuevo las mujeres de los marineros, esta vez en un coro fúnebre: demasiado tarde, demasiado tarde, el barco ha naufragado. Nicolás ha decepcionado a todos. Telón. Fin del primer acto. Largo intermedio.

En fin, había algo mío en aquella escena turbulenta, pero mucho más de Bevilacqua. Que Bevilacqua recibiese los golpes, si llegaban, de los herederos de Anatole France. Nada de aquello era malo desde el punto de vista dramático, pero la música era de las que proporcionaban un Oscar. Me encontré con Vern Clapp en el bar de arriba.

—Bueno —dijo, y apuró una ginebra Bosford's sola—. No es Wagner. Ni Puccini. Ni Alban Berg.

—He visto que han reescrito mi libreto en varias partes. Es como Hollywood.

—Encontrarás aún más modificaciones en el segundo acto —dijo—. Ese Bevilacqua es de cuidado. Deberías haber estado más pendiente. Para proteger tu propiedad.

—Es que he estado ocupado en varias cosas.

—Sí, leí sobre una de ellas. En el *Daily American* de hoy. Se ocupan mucho del asunto. El día de la justicia para los desviados alborea. Vaya, eso quedaría bien con música.

Oí al que tomé por un crítico musical detrás de mí pronunciando palabras como *banalità*. Oí una voz femenina gritando *bestemmia*.

—No encuentro —dije— la Voz de Dios en el programa.

—La hace un coro masculino —dijo vagamente Vern Clapp.

Sonó el timbre.

El segundo y último acto empezó con Nicolás vistiendo tela de saco y haciendo penitencia. De Roma llegó el mensaje de que se le devolvían todas sus funciones y privilegios episcopales. El Papa estaba muy satisfecho del tratado que había escrito Nicolás sobre la Santísima Trinidad y de su elocuente ataque a Arrio. Por desgracia, un gran número de tribus germánicas habían sido cristianizadas por arrianos y la herejía estaba profundamente enraizada entre ellas. Apareció fra Giovanni para anunciar que le habían dado un poder imperial especial para extirpar a sangre y fuego la herejía diabólica. ¿A ti? Sí, a mí. Y el fraile se quita el hábito y muestra bajo él la armadura. Matadles a todos. Torturadles antes de matarles. Purificadles con fuego antes de acuchillarles. No, no, no, nuestra fe es la fe del amor, exclama Nicolás. ¿Así amamos a los necios herejes que creen que Cristo no es coeterno con el Padre? Disparate. Guerra. La decoración vagamente eclesial, pilares y montantes, subió hacia las bambalinas, y la escena se convirtió en una especie de páramo desolado en el que Nicolás grita como Lear contra el estruendo de la tempestad, y la tempestad es

una batalla dirigida en la orquesta según los sanos principios de Hollywood, básicamente un plagio de *Marte* de Holst. El productor, ayudado, supuse, por Bevilacqua, e instigado por Domenico, había intercalado episodios de interrogatorios estilo nazi en escenas de matanza, Nicolás protestaba o contemplaba la escena impotente. «*Dove sono i carri armati?*» preguntó un hombre detrás de mí, y le respondieron fragmentos de película de guerra moderna, proyectada sobre el ciclorama. En determinado momento, Nicolás implora al cielo que haga descender Amor, y aparece la propia Venere como diosa de los prostíbulos para los soldados. Madres descalzas suplican un milagro a Nicolás. Una de ellas coloca el cuerpo ensangrentado de un hijo en sus brazos. Y luego Nicolás se queda solo con el niño, los ojos alzados de nuevo al cielo. El ruido de la guerra se amortigua para permitirle preguntar a Dios por qué por qué por qué. No hay respuesta. «Eres un dios de odio — grita Nicolás—, un dios que asesina inocentes. ¿Por qué permitiste ese milagro? ¿Ves lo que está haciendo ese milagro al mundo? Dime por qué pusiste aquel poder en mis manos». Esperé que el alboroto se modulase en coros más suaves de cuerdas agudas, que las nubes rosadas se agruparan y cernieran, que el páramo desolado se convirtiese en paisaje edénico, angélicas voces entonan un himno, la voz de Dios dice que esto fue una tentación para que Nicolás maldijese a su Creador, y, ved, había pasado por ella sin caer: preparaos, para la santidad. Pero lo único que pasó fue que Nicolás lanzó *Maledico maledico* en un si bemol agudo y, mientras el telón bajaba lentamente, su grito fue acallado por el renovado estruendo de la guerra, el niño aún inerte e inmóvil en sus brazos.

Hubo bastantes aplausos, pero también hubo abucheos. Los espectadores de nuestra galería empezaron a bajar hasta las barandillas para mirar lo que estaba pasando en el patio de butacas, pues el estruendo de la batalla parecía haber pasado del escenario a allí. Músicos conservadores denunciaban la obra como una desgracia para La Scala y se acusaban entre sí de no ser lo bastante conservadores o algo parecido. Los jóvenes vitoreaban: el dios al que Nicolás se dirigía, en realidad, eran las clases rectoras italianas. Los menos jóvenes lanzaban golpes a los jóvenes. Y los jóvenes replicaban con golpes a los menos jóvenes. Los cantantes se despidieron y predominaron los bravos. Continuaron en el patio, de butacas pequeñas luchas localizadas. Se inició una reyerta de torpes golpes no lejos de donde yo estaba. Apareció Domenico en el escenario con los cantantes y le abucheaban y le aclamaban. Yo me fui.

El bajorrelieve que representaba el nacimiento, la vida y la muerte de san Ambrosio, patrón de Milán, pudo verse, hasta que el sucesor de Carlo lo sacó de allí, en el Duomo di María Nascente, fijado a un trozo de pared cerca del altar de mármol obra de Mirtino Bassi, con la estatua de San Ambrosio de Giulio Cesare Procaccini no lejos de él. El lugar apropiado, si los milaneses necesitasen un monumento moderno al santo, habría sido la basílica de San Ambrosio, pero ésta siempre ha sido un templo casi autónomo, con su propio rito (ambrosiano) y con confianza en sus propios principios del arte sacro, que no incluyen lo moderno y exótico. El mármol que había tallado Hortense era buena piedra del estado de Nueva York, tan sólida y bella como la de Carrara y mucho mejor que la de Sanpietro. Había esculpido en ella la cabeza de Ambrosio niño, con abejas revoloteando alrededor de sus labios en señal de favor del cielo; el joven Ambrosio entogado como prefecto de Milán; Ambrosio desnudo, desprendiéndose de sus vestiduras además de hacerlo de sus riquezas; Ambrosio con atavío completo de obispo de la cintura para arriba, todo bolas y músculos de la cintura para abajo, maldiciendo a Arrio; Ambrosio alzando una cabeza de piedra de Zeus para destruirla, maldiciendo a Aurelio Símaco; Ambrosio desnudo en su lecho de muerte cantando uno de sus himnos. El estilo, que era mezcla de Eric Gill y de Epstein, no fue apreciado por los italianos y hubo enérgicas protestas por la masculinidad explícita de Ambrosio. Se comparó el bajorrelieve con una tira cómica del *Daily American*: sólo necesitaba *fumetti* con zowie y eeeek. Un crítico lo llamó supersanto. Carlo lo defendió firmemente como un tributo del Nuevo Mundo Católico al Viejo; los milaneses tenían que empezar a aprender lo que significaba el término católico.

Yo no asistí el 7 de septiembre a la inauguración de la obra (por la que Hortense recibió cinco mil dólares). En vez de ello, tras escribir una carta a Domenico deplorando las alteraciones de mi libreto, sobre todo el recorte blasfemo, y exigiendo que se borrara mi nombre de programas y carteles, volví en avión, vía Roma y Madrid, a Tánger. Estaba furioso, pero mi furia no se aplacó precisamente con las noticias de los periódicos italianos. El crítico del *Corriere della Sera* decía que la ópera era una afrenta al cardenal, al santo y a todos los verdaderos creyentes, pero podría haberse soportado su tergiversación de la verdad hagiográfica si hubiera habido abundantes temas musicales con, ya que no originalidad, sí al menos carácter, para poder tragarla. *La Stampa* de Turín calificaba la obra de musical de Broadway sin melodías e insinuaba una *vendetta* dentro de la familia Campana ti. *Il Messaggero* decía que la auténtica blasfemia no era la tergiversación cínica de una leyenda sacra sino la profanación de un noble templo del arte con una pócima que era puro Hollywood. Los periódicos comunistas, por otra parte, alababan la obra como un bofetón a las fuerzas reaccionarias, pero no hablaban de la música.

Cuando regresé a la casa de la calle Mozart, me encontré con que Ralph aún

seguía en Rabat. Alí dijo, con todo el respeto del mundo, que me había olvidado de pagarle los salarios debidos a finales de noviembre: el *señor* tiene muchas cosas en la cabeza, sin duda, un asunto tan insignificante como el salario se olvida fácilmente, pero si el *señor* fuese tan amable.

Me disculpé y acudí a la sucursal del Banque du Maroc de la rue Spinoza: no tenía un céntimo, después del viaje. Extendí un cheque y el empleado se lo llevó. Volvió desconcertado, disculpándose. Dijo que había retirado todo lo que tenía en la cuenta corriente, salvo unos cuantos dirhams, el 5 de diciembre. Imposible, yo estaba en Londres por esas fechas. Trajo el cheque. La suma sacada era un millón cuatro mil doscientos cincuenta dirhams. La fecha era la que él decía. La firma era mía. La firma no era mía, era una falsificación de mi firma obra de Ralph. Ya antes había demostrado aquel talento secundario, en cartas ofensivas a editores y a otros con el objeto de que parecieran escritas por mí.

—*Mon secrétaire?* —dije—. *Le monsieur américain?*

—*Oui, le monsieur nègre.*

Ralph había ido varias veces con cheques firmados por mí para sacar dinero, aunque nunca a por una suma tan grande. Conservé la calma ante aquellos empleados que me miraban con grandes ojos interrogantes. Sonreí incluso. Maldije suavemente mi despiste para ellos. Pondría un telegrama a Génova y haría que me transfiriesen fondos. Entretanto, necesitaba dinero en metálico. *Bien sûr, monsieur.*

Fui a casa, pagué a Alí su salario y le di dinero para hacer la compra. Luego, examiné la habitación de Ralph. Había desaparecido todo, pero no había ningún mensaje de despedida. No hace falta que transcriba mis sentimientos. En realidad, los sentimientos siempre son algo muy difícil de transcribir. Me enfurecí me desquicié me torturé, etc., como Polifemo en *Acis y Galatea*. Y, sin embargo, era algo que podía haber esperado siempre, que siempre había estado incluido en el carácter de la relación y de toda relación de aquel género. Ese conocimiento previo había formado parte del mobiliario. Aun así, me sentía vilipendiado, ofendido, terriblemente afrentado. Todo ha terminado, libre al fin, olvídale. Pero no podía olvidarle. Las selváticas exhalaciones de su piel estaban impresas en mi epitelio; veía sus dedos recorriendo el teclado del clavicordio, veía sus dientes manchados de zumo de higo; oía las resonancias de una voz sombreada como su cuerpo.

Pasé a estar pendiente del correo, lo estuve durante todo un mes, esperando una carta en la que me dijese lloroso que estaba empantanado en Mombasa o en la isla de Alderabán, desengañado, desesperado, suplicando que le ayudase a volver. Yo estaba seguro de que se había ido al África Oriental, creyendo que regresaba a su auténtica patria. Estoy aquí en Mogadiscio y es infernal, amigo. Queridísimo Ken, coge por favor un avión y ven a Arushia, a buscarme, pues ya he aprendido la lección. Y luego, en febrero, cuando yo había experimentado las primeras dulces punzadas de la certeza de que podría arreglármelas sin él, recibí una carta, la dirección escrita a máquina, el sello vistoso y agresivo de un nuevo Estado africano, con la palabra

rukwa coronando un perfil mussoliniano negro, coloreada flora selvática detrás.

«Querido Ken», leí.

Sé que consideraste lo del dinero como el más insignificante de todos mis delitos. Una de las cosas buenas que tenías era que no te preocupaba demasiado el dinero. Si quieres el dinero puedo mandártelo, aunque no resultaría fácil porque hay una severa limitación a la salida legal de dinero de Rukwa. Como ves por el membrete, estoy trabajando en el Departamento de Información. La lengua oficial es el inglés, actualmente, y será la segunda cuando el rukwayi se haya modernizado y asentado adecuadamente, lo cual será una tarea larga. Sabía que tenía razón en lo de venir a África. Aquí está Randy Foulds, con el título oficial de ministro de Educación, pero dedica casi todo su tiempo a un libro nuevo que dice que será la primera novela realmente africana. La gran tarea es la africanización total. No quiere uno aceptar que para hacer tortillas hay que romper huevos, pero algunos corazones asiáticos habrá que romperlos. Todo el comercio de Tukung, que está convirtiéndose en una capital moderna, ha estado en manos de los asiáticos desde tiempo inmemorial, pero ahora tendrá que haber expropiación y repatriación forzosa y demás. Esto también reza para los blancos, incluidos los misioneros que dirigen los hospitales y los técnicos que llegaron cuando gobernaba el difunto y nada llorado Hossan Zambolu. Otra de nuestras consignas es unificación pacífica, lo que significa modificar la mentalidad tribal, como dice el jefe, e inculcar la idea de un patriotismo más amplio. Nada de violencia, nada de métodos de Estado policial. Mis escasos conocimientos de oma sorprendieron al jefe y le demostraron que mi propósito era serio. Tengo muchísimo trabajo.

Pero soy feliz, muy feliz. Por primera vez. Puede que no me reconocieses ahora, con mi túnica roja tejida a mano. Firmo como siempre, pero tengo que considerarme Kasam Ekuri. Créaslo o no, aquí existe el apellido Kentumi, aunque yo les digo que sólo hay un Ken Toomey.

Había más, pero no mucho. Mi corazón se hundía más y más a cada línea que leía. La inocencia del muchacho, su ingenuidad política, su maldito optimismo. Con esto hizo que me resultara más fácil borrarlo de mi pensamiento. Ralph ya no existía. Había un funcionario negro en un nuevo Estado que pronto aprendería a ser represivo. Vestía una túnica roja y se llamaba Kasam Ekuri. No conocía a aquel hombre.

El mismo día que recibí esta carta apareció aquel terrible número de *La Domenica Ambrosiana*, que, bajo el título *Peccati Cardinali* y firmado por Massimo Fioroni,

dedicaba varias páginas a atacar a aquel otro inocente Carlo Campanati. Yo no lo leí hasta unos quince días después de que se publicara. Estaba tomando un lúgubre cóctel en el bar del Ritz y vi a un turista italiano bostezando ante la revista. Allí estaba Carlo en la portada, captado por una cámara en una postura desdichada: *alzando* un vaso de lo que podría haber sido sangre, un toscano en la boca, el humo copioso como vapor en la noche en una rejilla callejera de Manhattan. Le pregunté si me la dejaba. Me dijo que podía quedármela, que él ya la había leído. Pero, refiriéndose a la fotografía de la portada, enseñó unos dientes delicados y malévolos e hizo un gesto con el pulgar hacia abajo. Eso era un justo *précis* del artículo. Leí: *I membri del regno si possono riconoscere sempre: dai loro frutti...* Leí:

Los que pertenecen al reino son fáciles de reconocer: por sus frutos los conoceréis. Podemos preguntar: ¿Qué reino? Podemos añadir también a las obras el follaje que las rodea. Dada la frágil salud del Santo Padre surge inevitablemente la cuestión de su sucesor, y entre el número de *papabili* el nombre de Carlo Campanati, arzobispo cardenal de Milán, ha estado brillando, sobre todo en la prensa del arroyo, con un halo proléptico de elección. Es hora de considerar no sólo los frutos de su reinado en la archidiócesis de Milán, sino también el aroma que desprenden sus familiares y parientes. Lamento que esto pueda tener a veces un tono exagerado. Se traduce mal el periodismo pomposo italiano. La estirpe Campanati produce una extraña fascinación al estudioso de los antecedentes familiares de los prelados italianos. Su sector comercial comenzó bastante humildemente con la producción y distribución nacional de uno de nuestros quesos más famosos y, sin duda alguna, el más fragante. Más tarde, se ramificó y surgió una rama norteamericana. El padre del actual arzobispo-cardenal de Milán se casó con una dama norteamericana de orígenes italianos, del norte, mezclados, con la que tuvo tres hijos italonorteamericanos y una hija italonorteamericana, antes de apartarse del comercio y de la sociedad para aguardar el fatal desenlace de una enfermedad cuya nefanda naturaleza puede suponerse, ya que no nombrarse, por consideraciones de decencia. La hija ingresó en la orden contemplativa de San Juan el Divino y alcanzó el cargo venerable de Madre Superiora. El hijo más pequeño se convirtió en músico de mediocre talento que halló su vocación en la composición de música mediocre para mediocres películas de Hollywood. El hijo mayor emigró a Chicago como director de una organización dedicada a la importación a Estados Unidos de productos alimenticios italianos. En cuanto al tercer hijo, ya sabemos en lo que se convirtió.

Antes de examinar la carrera de este hijo, vamos a explicar lo que les

sucedió a los miembros de la familia que permanecieron en el mundo secular: la madre se entregó valerosamente a la defensa de los judíos perseguidos durante el régimen nazi, contrajo una enfermedad mortal y buscó una salida a su sufrimiento a través de una acción que podría considerarse técnicamente suicidio, pero que, con un poco de caridad, podría conceptuarse como un martirio voluntario. Cuando intentaba asesinar a Heinrich Himmler a la salida de un cine en Berlín, se lo impidió la rápida actuación de un acompañante del Reichsführer y tuvo una muerte rápida a manos de pistoleros de la SS. El hijo mayor, un tiempo antes, se vio envuelto en un conflicto con gánsteres de Chicago, Mal pertrechado, al parecer, para combatir a Al Capone y a sus mirmidones con las armas legales y morales adecuadas, y absolutamente incapaz, desde luego, para enfrentarse a él con armamento más contundente, encontró la mutilación y la muerte en las sórdidas circunstancias propias de una guerra de bandas de Chicago que la mayoría de mis lectores conocerán sólo por su explotación embellecida en las pantallas cinematográficas.

Esto nos lleva al hijo pequeño, cuya relación con esas mismas pantallas cinematográficas se inició en los primeros tiempos del cine sonoro y no ha terminado hasta fechas muy recientes, con una desdichada incursión en un campo del arte que queda muy por encima de los esfuerzos más ambiciosos de su talento. Compositor de música de películas y ciudadano de la capital cinematográfica del mundo, sucumbió a la atmósfera inmoral de una cultura dedicada al dinero y al placer, abandonando flagrantemente la fe de sus padres y sumiéndose en los goces musulmanes de la poligamia sucesiva que permiten las leyes del divorcio norteamericanas. Hemos de añadir que había contraído matrimonio católico con la hija de una familia británica, pero, sospechando, con justicia, como se sabría posteriormente, que los dos hijos del matrimonio no eran suyos, inició una separación que se convertiría posteriormente en divorcio civil.

Había emparentado, por ese matrimonio, con la familia Toomey, cuyo miembro más distinguido es Kenneth Toomey, novelista y dramaturgo, cuyas obras son bien conocidas en Italia como el tipo de diversión superficial que, aunque aceptable en cuanto tal, no debe confundirse con la verdadera literatura. Kenneth Toomey proclamó recientemente en la prensa inglesa, con más temeridad que valor, que es de tendencias homosexuales. Su hermana, en una entrevista aparecida en la prensa norteamericana, poco antes de la declaración de Kenneth Toomey, admitió, cuando se lo preguntaron, que estaba viviendo en una relación clara deseudomatrimonio lésbico con una negra. Tanto Kenneth Toomey como su hermana, que aún se atiene a las normas nominales del matrimonio católico haciéndose llamar señora Campanati, irrumpieron recientemente en la órbita milanesa, con lo

que sin duda ambos considerarán aportaciones valiosas a la cultura italiana. La tira cómica escultórica de la señora Campanati sobre la vida del santo patrón de Milán se instaló con toda solemnidad en el Duomo. Podemos preguntarnos legítimamente qué motivos indujeron a Su Eminencia el cardenal a encargarse de esa obra, pagando por ella, pese a la oposición eclesiástica, que su autoridad fácilmente doblegó, varios millones de liras de los fondos de la archidiócesis. La obra es, sin duda alguna, incompetente, y hasta blasfema, e insulta al arte italiano verdaderamente devoto, ese arte que glorifica el Duomo. Su Eminencia ha defendido la obra de su cuñada calificándola de elevada y santa, y habló incluso de la vida de santidad de esta supuesta artista. No hay duda de que se trata de una interpretación un tanto heterodoxa de un *ménage* lésbico. La mediocridad de la escultura quizá pudiera excusarse teniendo en cuenta las limitaciones de la visión monocular, dado que la dama quedó convertida, en circunstancias un poco confusas, aunque quizá bastante románticas, en un cíclope femenino.

La aportación de Kenneth Toomey al arte de Milán fue el libreto de la ópera *Una Leggenda su San Nicola*, que se presentó en La Scala el pasado 6 de diciembre, pero que se retiró tras pocas representaciones de las programadas. Está más o menos basada en un relato de Anatole France (sin el permiso de los que detentan los derechos de autor, según se ha sabido), y utiliza una versión travestida de una leyenda del gran santo para transmitir, con tosca letra y música aún más tosca, la interesante tesis de que Dios es malo, y de que hasta los milagros divinos pueden ser medios de propagar el mal en el mundo. Ciertamente, no hubo ninguna consulta, ni del libretista homosexual ni del renegado y archidivorciado compositor, a la máxima autoridad religiosa de la ciudad, en cuanto a la legitimidad del proyecto, y el propio gran prelado se ha lavado las manos, a la manera del buen Pilatos, eximiéndose de cualquier responsabilidad por las actividades seculares de su archidiócesis, aunque podría suponer que el título de la obra, muy anunciado previamente, despertaría el interés de Su Eminencia, sobre todo siendo el compositor su propio hermano y siendo amigo suyo el libretista.

La amistad entre Kenneth Toomey y el clérigo que empezó como Don Carlo y se convirtió en Monsignore y, si sus admiradores logran bloquear la acción del Espíritu Santo, quizás llegue aún a ser un candidato al trono de San Pedro, data de hace mucho tiempo. Tuvo su coronación práctica en un extraño acto de colaboración que, en la época en que se perpetró, causó poco revuelo. Kenneth Toomey se presenta misteriosamente, en un libro titulado en italiano *Cerchiamo Iddio* y publicado por Einaudi, como el portavoz secular de varias voces religiosas, queriendo con esto decir que ha asumido la responsabilidad de presentar en un tono divulgativo, e incluso

entretenido, las deliberaciones de una serie de teólogos y pastores progresistas sobre el futuro que debería seguir el cristianismo evangélico en su ámbito colectivo. Algunas propuestas son sorprendentes. La gran palabra es *ecuménico*. La visión final parece ser de un deísmo unificado, en el que se modifican dogmas cristianos tradicionalmente firmes dándoles una vaguedad adecuada cuando no eliminándolos por completo. La vaguedad es particularmente útil para el tipo de mentalidad incoherente que puede conciliar el cristianismo con el materialismo marxista. Los oyentes atentos de los sermones de Su Eminencia en el Duomo, así como de sus frecuentes homilías de fin de semana en la Radiotelevisione Italiana, los lectores atentos de las epístolas pastorales de Su Eminencia, habrán visto ya expuestas, aunque desde luego en una forma más retórica que racional, algunas de las extrañas y nuevas doctrinas de las que Kenneth Toomey aceptó ser promotor nominal. Hemos de advertir que, aunque parezca extraño, el libro no aborda en ningún momento la conciliación de las prácticas homosexuales con la doctrina de la Iglesia, incluso las más laxas y oníricas, en una obra que, sean los que sean los otros colaboradores anónimos, revela el firme sello personal de Su, aún no alcanzada, Eminencia.

Pero el gran prelado aún no está tan loco como para patrocinar la perversión sexual. Eso le quedó reservado a Kenneth Toomey que, precisamente, en una ocasión tan palpablemente pública como en el curso de un proceso penal contra uno de sus amigos, un notorio poeta homosexual inglés, acompañó la declaración de sus propias tendencias sexuales con una enérgica defensa de un libro, publicado por ese mismo poeta, en el que Nuestro Señor y Redentor aparece como un pervertido de su propia especie. Las palabras no alcanzan a expresar la conmoción, el horror y la náusea literalmente física que inevitablemente provoca, hasta la articulación más genérica de tal concepción blasfema, incluso en el alma de un no creyente. Al auténtico creyente le resultará difícil creer que una sucia mezcolanza como la que constituye ese libro pueda llegar al público, por muy bajo que sea el concepto en que tenga la capacidad de una cultura protestante. El hecho de que el libro fuese prohibido sólo tras largo debate, y que la decisión de un tribunal pueda muy bien ser anulada por otro, indica suficientemente la peligrosa condición de esa cultura.

El arzobispo-cardenal tiene extraños amigos. Tiene también una familia extraña. Tiene concepciones extrañas de la doctrina cristiana. Hace ya años proclamó su rechazo del dogma más fundamental de la fe: la doctrina del pecado original que, mucho antes de que el Verbo se hiciese carne y habitase entre nosotros, imponía la necesidad de la redención divina. El hombre es una creación de Dios, predica Su Eminencia y, por tanto, es

bueno. El mal es totalmente externo; es sólo un monopolio diabólico. El mal puede exorcizarse. Pese a la evidencia de la depravación humana, los años desdichados de una historia vergonzosa que han padecido los hombres, aunque, terrible paradoja humana, también deseado, él se aferra firmemente a una creencia errónea en una inocencia espiritual que, como enseña la Santa Iglesia, fue otorgada por Dios únicamente a una criatura humana: a su propia madre.

En la esfera secular, Su Eminencia muestra una excentricidad parecida. Según él, el espíritu del hombre de nuestra época alcanza su más noble manifestación en el proletariado. Las aspiraciones de este proletariado, tal como las expresan los sindicatos, son, en su opinión, totalmente conciliables con la visión agustiniana de la Ciudad de Dios. Lo que quería Marx también lo quiere Dios. Su Eminencia, siguiendo su tortuoso razonamiento, sitúa el equivalente secular del mal teológico sólo en el capitalismo y no puede hallar rastro de lo moralmente reprehensible ni siquiera en los actos más irresponsables del sindicalismo. Si emplazamos el fundamento de su teología pervertida sobre el esquema de su filosofía anárquica, hallaremos al Padre de la Mentira cómodamente emplazado en los bastiones del mundo capitalista.

He dicho suficiente, por el momento, y hablo sólo con la autoridad de la sinceridad, la razón y la ortodoxia. ¿Puede haber quien dude que es necesario que se eleven voces en que vibre una autoridad más fuerte, incluso podría decir una autoridad petrina? El Vaticano guarda silencio sobre el tema de las extravagancias de uno de sus príncipes. Es un silencio, cabe suponer, de prolongada y patológica conmoción más que de complicidad. Esperamos oír ahora las censuras del Piloto del Mar de Galilea, y el repiqueteo de las llaves omnipotentes.

En fin. «*Il tintinnio delle chiavi onnipotente*». Esto de *tintinnio* era un poco estúpido, sonaba como el tintineo de las llaves del coche. El resto era muy sonoro. ¿Podría iniciarse un proceso? Me parecía dudoso. En mi carrera como novelista, había aprendido bastante sobre las normas relacionadas con el libelo. Aunque el artículo fuese avieso y malintencionado, no era delictivo. Aquel periodista, cuyo nombre me resultaba desconocido, se había cuidado de comprobar minuciosamente los datos. Tras él, había oficinas de prensa extranjeras. Tras él había, más concretamente, dinero. Era al capital, mucho más que a la fe, a quien Carlo había ofendido. Soñé durante un tiempo con encargarse a uno de los mercenarios de la casba que fuera a Milán a asesinar a aquel Massimo Fioroni para vengar a Hortense y a sus hijos. Pero era sin duda tarea de Carlo aplastar a aquel canalla pusilánime con bramidos más terribles que dagas mercenarias.

Fuese cual fuese la respuesta que Carlo se propusiera dar a aquélla, el caso es que nunca llegó a darla. Cuando subió al púlpito de su catedral el segundo día de Cuaresma, emitió un súbito bramido como el de un toro que siente las tijeras del capador, y se desmayó. La mano de Dios le había golpeado, decían algunos; otro decían que la pezuña del diablo. Un paro cardíaco, supusieron los más racionales. Mientras yacía allí boca arriba, soltó una serie de ronquidos falstaffianos. Habrían hecho estremecerse, como un tubo de órganos de diez metros, cualquier edificio sagrado menos sólido. Hicieron falta seis personas para sacarle de allí.

Yo tenía asuntos personales que atender. Sin embargo, escribí una larga carta conmisericordiosa a Carlo, a quien enviaron a descansar a un sanatorio regido por monjas a Bellagio, en el lago de Como. No recibí respuesta. Me dediqué a viajar, un hombre ya de edad que, aunque todo el mundo supiese que era homosexual, volvía, por las circunstancias, a su habitual soledad. A principios de octubre de 1958, Carlo, que había vuelto a reanudar sus tareas, muy reducidas, me envió un telegrama. Me ordenaba en él pasar un día laborable en su compañía en el Hotel de París, Monteélmismo. Su secretario lo había preparado todo. Yo estaba decidido a desobedecer la orden, pues ya me había invitado Su Majestad el rey de Marruecos a asistir a un banquete y a una recepción en honor del secretario de Estado norteamericano en Rabat. Pero acabaron prevaleciendo la curiosidad, la vergüenza e incluso el afecto. Volé a Barcelona y luego a Niza. Fui en un taxi siguiendo la Corniche. El mar estaba tranquilo, el cielo claro. El aire tibio. En el hotel, me informaron de que ya había llegado Su Eminencia. Me indicaron mi habitación y luego me llevaron a su *suite*.

Carlo tenía ya setenta años, era noblemente gordo, maravillosamente feo y parecía estar recuperado. Vestía el atuendo totalmente rojo de su rango. Había ido, según pude deducir, solo. Me ofreció *whisky*, el poco conocido Old Mortality.

—Me dijeron —dijo— que el casino estaba reservado para unos jeques petroleros de visita. No lo acepté. ¿Cómo es posible anteponer un infiel a un príncipe de su propia Iglesia? Luego telefonearon para decirme que Su Alteza Hussain ibn Al-Haji Yusof o algo parecido, se consideraría muy honrado si me unía a la fiesta. En fin. Primero jugamos. Luego cenamos. ¿Te parece bien?

—¿Cuántos años hace ya que hicimos eso mismo? ¿Cuarenta?

—Cuarenta. Entonces éramos tres.

—Sí, éramos tres.

Percibí que había un tabú que impedía mencionar el tercero por su nombre.

—¿Qué tal estás, Carlo?

—Bastante bien. ¿Te das cuenta de que llega ya la hora de la verdad?

—¿Te refieres a que es inminente la muerte de cierta persona en Roma?

—Sí sí sí. No sé si recuerdas que antes de la guerra, en Moneta, analizamos cierta tragedia griega. No soy capaz de recordar si surgió la palabra *hubris*.

—No creo que surgiese.

—Toma un poco más de *whisky*.

Me miró valorativamente desde su mullido sillón.

—Sírrete tú —añadió—. Estás delgado. Pareces viejo. ¿Qué edad tienes ya?

—Sesenta y ocho.

—Viejo, y aún no has pasado por lo que yo dije —toda esta charla era muy críptica—. No se ha producido la revelación.

—Revelaciones de la depravación humana. Abundantes.

—Deprecación humana —dijo, con súbita jocosidad—. Depravación de dragón. ¿Sabes por qué me puse malo?

—Supuse que...

—Muchos lo supusieron. En realidad, fue el agotamiento por la lucha más dura de toda mi carrera.

Su acento inglés era más británico de lo que yo recordaba: se aproximaba bastante, en longitud vocálica y entonación, al del ex arzobispo de York, pero no había aflautamiento, la resonancia brotaba aún del vientre.

—Había un niño de una familia pobre de Novara, agujereado como un queso de presencias infernales. Ahogabas o aplastabas una, no sé muy bien cuál sería la palabra, y ocupaba su lugar otra. Los nombrecitos estúpidos habituales: Popo y Cazzo y Stronzetto. Las pequeñas blasfemias estúpidas de siempre. Luego, un día, todos se quedaron en silencio, como si estuvieran esperando a un maestro tiránico y oyesen ya sus pisadas por el pasillo. Yo también esperé, y entonces, llegaron las tonalidades auténticas del maestro. Bien ilustrado en muchas lenguas, cortés. Mencionó aquel condenado artículo con gran precisión. Hizo truquitos conjuratorios más bien aburridos. Cortó la electricidad y la hizo volver de nuevo, proyectó en el techo una especie de película de mi vida anterior, produjo olores repugnantes por los que se disculpó y que sustituyó por los aromas de nuestro jardín de Gorgonzola. Recitó el ordinario de la misa con mucha devoción, pero, al mismo tiempo, devoró el cuerpo del niño, en cuyo rostro esbozó una especie de mueca cómica.

—¿Devoró?

—Las extremidades enflaquecieron visiblemente, pero el vientre creció como un globo y me di cuenta de que iba a estallar como el de un perro envenenado. Me sentí impotente. Conocía el *Rituale Romanum* mucho mejor que yo. La tensión se debilitó palpablemente, sobre todo porque estaba ayunando. Muchos días de ayuno y sólo unas horas de descanso. No utilicé la forma prescrita de exorcismo. Recé y recé y fracasé. Él dijo *vale sancte pater* y le rompió el cuello al niño. Se lo rompió como podría romperle el cuello a un conejo. Todo había terminado y yo había fracasado. No es raro que enfermara.

—¿Y hablaba latín?

—Latín. Y luego el cuello de aquel pobre niño se quebró, y después se hizo el silencio.

—Sólo hay un hombre al que pueda llamarse santo padre. ¿Puede decir la verdad el diablo?

—¿El Padre de la Mentira? —se encogió teatralmente de hombros—. Si miente continuamente puede estar diciendo la verdad. Pero no miente siempre, y por eso es un gran mentiroso.

Y luego, dijo:

—*Hubris, hubris*. ¿Vamos ya a jugar?

En el vestíbulo del hotel, Carlo fue objeto de reverencias y dispensó bendiciones. Uno o dos norteamericanos despechugados se limitaron a mirar bobaliconamente, y uno dijo: «Sabes, es un reverendo comunista». Pero Carlo no le oyó. Se había acercado a la estatua de Luis XIV y acariciaba la pata delantera alzada del caballo. Tras los cuarenta años transcurridos, brillaba con un dorado aún más intenso.

—No es —dijo— la clase de suerte que tú crees lo que estoy pidiendo, no es que esté pidiendo nada —aún críptico.

Salimos al tibio atardecer y cruzamos hacia el casino, Carlo bendiciendo, bendiciendo sin tregua.

El pequeño principado del juego, tras una época de depresión económica en que había visto cómo Niza, Antibes y Cannes lo eclipsaban en popularidad, se recuperaba ya, gracias principalmente a su soberano. Su reciente matrimonio con una dama de buena familia de Filadelfia, que había alcanzado fama mundial como actriz de cine; la relación, rota más tarde, con un millonario naviero griego, vulgar pero afortunado, que había intentado añadir Mónaco a su flota; la promoción de la oceanografía y el fomento del arte... todo esto estaba dando al pequeño Estado, cuya prosperidad e independencia no eran muy bien vistas por la gran vecina Francia, nueva fama y un atractivo nuevo. El casino, normalmente atestado, tenía aquella noche la tranquilidad de una iglesia o una mezquita. Los visitantes árabes habían insistido, al parecer, por alguna razón de seguridad o de otro género, o por una pura exhibición de riqueza insolente, en que se cerrasen todas las salas salvo la única *salle privée* reservada a ellos. Nos introdujeron entre reverencias a aquella capilla rococó del juego. El príncipe, con su cordial sabiduría, había restaurado la vieja costumbre de proporcionar refresco gratis a los jugadores serios, y Carlo aceptó ávidamente la empañada copa de Mumm que le ofrecieron reverentemente. Allí, sorbiendo zumo de naranja, estaban los magnates del desierto, con sus túnicas blancas, en número de unos diez. Tres de ellos llevaban gafas oscuras para protegerse de la luz bastante suave de los candelabros, y éstos fueron presentados a Carlo y a mí por un bienhablado funcionario de traje de Savile Row y corbata Old Etonian. Sus altezas los jeques Fazal ibn Sayed, Mohamed ibn Al-Marhum Yusof, Abdul Jadir ibn al-Haji Yunus Redzwan. Este último nombre, según pude recordar de Malaya, significaba lo mismo que el de la princesa de Mónaco. Y allí estaba ella en un cuadro de la pared suavemente iluminado. Brotó en mi cabeza un tema romántico banal del pobre Domenico: él había compuesto la partitura de *No way out*, en la que había actuado ella, en su encarnación anterior, con Cary Grant. Carlo extendió, con una pluma de oro, un cheque del Banco del Espíritu Santo y recibió, entre reverencias, fichas de gran valor.

—¿Ruleta?

Esta propuesta la hacía Su Alteza el jeque Abdul Jadir. El príncipe de la Santa Iglesia Católica Apostólica y Romana contestó:

—*D'accord, pour commencer.*

Teníamos esperando el número necesario de *croupiers*, pese a la exigüidad del grupo: uno en cada extremo de la mesa, dos muy juntos en cada uno de sus entrantes curvados, el *chef de partie* en su trono elevado.

—*Messieurs, faites vos jeux* —y la rueda giró, traqueteó la bolita de marfil en el cuenco de madera, rodando en dirección contraria al giro de la rueda. Carlo se desprendió de tres fichas y pidió *finales sept par dix*. El *croupier* colocó obedientemente las fichas en el siete, el diecisiete y el veintisiete. Los príncipes apostaron el máximo, sesenta mil francos viejos cada uno, *en plein, à cheval, carré*. Yo elegí una humilde *chance simple* e hice un gesto autodespectivo: yo no había ido allí, en realidad, para jugar. «*Les jeux son faits, rien ne va plus*». La bolita perdió velocidad, golpeó los adornos metálicos diamantiformes del cuenco, inició un movimiento beodo y arbitrario, llegó a la rueda, pugnó con los bordes metálicos alzados de los compartimientos numerados, y por fin se detuvo. El *croupier* anunció: «*Dix-sept, noir, impair et manque*». Las fichas fueron empujadas hacia Carlo; pero Carlo no parecía muy entusiasmado.

Tampoco pareció entusiasmarse demasiado cuando, probando todas las *chances multiples (transversale, carré, à cheval, quatre premiers, sixain, colonne, douzaine)* ganó bastante más de lo que perdió. Uno de los príncipes menores, cuyo nombre no sabíamos, dijo en excelente inglés:

—¿El dinero será para los pobres, Eminencia?

Carlo contestó de modo críptico, como hizo durante toda aquella noche:

—A los pobres siempre les tenemos con nosotros.

—*Trente-et-quarante?* —propuso el jeque Fazal ibn Sayed. Y pasamos al *trente-et-quarante*, el juego de los ricos. Nos trasladamos a la mesa que tenía forma de escudo, sencillamente blasonada con su diamante *noir y rouge*, su flecha de *couleur* y su *chevron* para *inverse*. Dos de los *croupiers* se retiraron a por refrescos: ya no hacían falta allí. El *tailleur* sacó sus seis mazos de cartas y rompió los sellos. Barajó cada mazo independientemente y luego los seis juntos. Invitó a Carlo a cortar con una especie de genuflexión. Carlo cortó. Las cartas fueron introducidas en el *sabot*. «*Messieurs, faites vos jeux*». Se apostaron grandes sumas a *rouge y noir; couleur y inverse* quedaron de momento ignorados. El *tailleur* extendió sus dos hileras, la superior *noir*, la inferior *rouge*. Nosotros observábamos todo esto con aburrida impasibilidad. Carlo fumaba un Romeo y Julieta. La hilera superior llegó a 37, la inferior a 32. «*Rouge gagne*». Había ganado Carlo. Siguió ganando Carlo. *Noir-couleur, noir-inverse, rouge-couleur, rouge-inverse*. Perdió un poco, pero las fichas se amontonaban ya. El jeque Fazal dijo:

—Una suerte diabólica, como decimos en nuestra lengua.

—Sólo el diablo tiene suerte —dijo Carlo, añadiendo un adagio más a su colección—, Dios no la necesita. ¿Hacemos un pequeño descanso para un refresco?

Lo hicimos.

Tomamos champán y comimos unos canapés de aspecto exquisito, pero muy poco

nutritivos. El jeque Abdul Jadir contó, en francés, un chiste de Moisés que se equivocaba de ruta en el desierto y perdía el petróleo.

—¿Hay alguna relación mística —preguntó Carlo— entre el petróleo y Alá?

Era una ofensa expresada con la mayor cordialidad. El *chef de partie*, que había estado contando las fichas de Carlo, se acercó a él y le comunicó al oído el monto de sus ganancias. Carlo asintió y dijo:

—Las ganancias mal conseguidas de la Iglesia se enfrentan a las de los hijos del Profeta. Estoy dispuesto a apostar todo a una sola carta. ¿Querría jugar alguno de ustedes conmigo, caballeros?

—¿Cuál es la suma en cuestión? —dijo el jeque Fazal.

Carlo se la dijo.

—Es grande —dijo el jeque—, muy grande. Pero no demasiado. La riqueza del suelo que bendice Alá no tiene límites. Su Iglesia se fundó sobre una roca, no rica en depósitos minerales.

—*Tu es Petrus* —citó Carlo—, *non petroleum*. Puede usted apostar contra mi pequeña suma una cantidad diez o veinte veces mayor. Si yo gano, el dinero será para los pobres.

—Los pobres cristianos —dijo el jeque Fazal.

—O los pobres musulmanes, si usted quiere. La pobreza es en sí una religión.

—Muy bien. ¿Ahora?

Carlo apuró la copa y eructó suavemente.

—Aquí el señor Toomey puede presidir la ceremonia.

—Él es cristiano.

—No demasiado.

Y Carlo me lanzó una mirada con lo que parecía una malicia leve.

—Que sea, en vez de él, *monsieur le chef de partie*. Él tiene su propia religión. Debemos respetar, además, el *métier* de cada uno.

—Bueno.

Se acercaron a una mesa con tapete y con una lámpara de pantalla encima. Carlo se sentó. El jeque Fazal se sentó. El *chef* hizo una reverencia y se sentó con ellos. Un *croupier* trajo, con una inclinación, un nuevo mazo de cartas. El *chef* rasgó ceremonialmente el sello.

—Yo apuesto —dijo Carlo— la suma de un millón seiscientos setenta y cinco mil francos.

—Para hacer números redondos, yo respondo con veintiséis millones. ¿La carta más alta el as?

—De acuerdo.

Se barajaron y cortaron las cartas. Nosotros no respirábamos; todos salvo Carlo, que seguía fumando. El jeque Fazal sacó primero: el diez de tréboles. Carlo contestó con la reina de corazones.

—Le felicito, Eminencia. Bebamos por los pobres.

—Un momento —dijo Carlo—. A la mejor de tres. ¿Acepta?

—Si usted lo dice.

Carlo sacó el tres de espadas, el jeque el siete de tréboles. Volvieron a barajarse las cartas. El jeque sacó el rey de corazones. Carlo, el ocho del mismo palo. «*Deo gratias*», susurró. Y luego, en voz alta:

—¿Podemos beber aún por los pobres?

—Como dijo usted antes, Eminencia, a los pobres siempre les tenemos con nosotros.

Reverencias y reverencias y reverencias. Mientras cruzábamos la calle de nuevo hacia el Hotel de París, dije:

—Rechazo la superstición. Una posible creencia en *Schicksal*, o *qismat*, como le llaman los árabes. ¿Qué significó eso?

—Significa que he jugado por última vez. En cuanto a lo otro, no. Somos libres.

—He dejado de creerlo. No somos libres. Estamos condenados.

—No de modo agobiante, como dije. Un cristiano, claro. Vamos a cenar.

Reverencias y reverencias y reverencias. Cristal y luz. No tantas damas elegantes como había habido cuarenta años atrás. Una mujer normal de pelo jengibre masticaba con la boca abierta. Había una mesa servida con Coca-Cola en un bello cubo de plata empañado. Todos los ojos se fijaron, durante un rato, en Carlo. Tenía hambre, y no ocultaba su apetito. Era como si representase el papel tradicional del prelado glotón. Su gran anillo relampagueaba con los candelabros *belle époque* mientras bebía sus vinos como con el alivio del adiós. Dom Perignon con el pescado, un Corton Bressandes con la carne, Blanquette de Limoux con el postre.

—Como el alivio del adiós —dije—. Tienes por delante un funeral y un cónclave luego. ¿Qué noticias hay?

—Mañana estará ya muerto. Voy de un funeral a otro.

Una docena de *praires farcies*, luego *rougets barbets*, luego, continuando el apetito marino, *barbues à L'oseille*. Yo tomé mi sexta y última ostra.

—¿De quién?

—Mi hermana. No te enteraste. Por supuesto, hemos estado desvinculados. Mi hermana, digo. Murió convencida de que los dos éramos de la misma sangre. Ahora, se acabaron los engaños.

—Hablé con ella por teléfono. El día de aquel estreno infernal. Sus últimas palabras aquel día fueron sobre Domenico, dijo que ojalá viera al fin la luz. No tuve ninguna culpa de aquello, créeme.

—Se acabaron los engaños. Desvarió mucho antes de morir. La Madre Superiora hablaba al techo sobre los pecados de la carne. Lloraba.

—Ella no cometió ningún pecado de la carne.

—Quizá llorase por eso. No comes nada.

—He perdido casi todos mis apetitos. Tengo entendido que en esos cónclaves se sirve una comida de lo más horrible. Que la prolongación o la brevedad del cónclave

es un indicio de la calidad de la cocina.

Rognons de veau entiers flambés. Carlo contempló cordialmente el relumbrar de las llamas del coñac.

—En el infierno —dijo— comemos. En el cielo, nos comen. ¿Quién dijo eso?

—No lo sé. Me parece un aforismo sumamente estúpido. Asintió con un cabeceo, como si lo eliminase de su libro de aforismos.

—¿Crees que serás tú? —dije.

—El elegido —dijo él mascando riñones— ha de mostrar una gran humildad y proclamarse indigno de la sagrada carga. Elige el Espíritu Santo. Pero elige a través de hombres falibles. Yo quizá sea indigno del cargo, pero tengo cosas que hacer. ¿Es eso *hubris*?

—Quieres decir que deseas desencadenar un gran viento que recorra la Iglesia. El Espíritu Santo aparece como un viento, ¿no es así? Hombres falibles. Tienes enemigos.

—Bueno, uno siempre los tiene. Por suerte, los enemigos lo son por una diversidad de razones. No son fuerzas de choque enemigas que actúen al unísono. Tengo enemigos capitalistas, pero también tengo enemigos marxistas. La espiritualización del *Manifiesto comunista*... en fin, inconcebible. La unificación de las Iglesias. El uso de las lenguas vernáculas en la liturgia. Los que desapruban las innovaciones en unos campos, las aceptan en otros. Los enemigos se compensan entre sí. Lo mejor quizá sea no tener amigos.

—¿Qué quieres decir?

No dijo nada hasta que aparecieron las *prunes a L'eau de vie* con un *glace meringue Chantilly* de acompañamiento. No contestó a mi pregunta.

—Queda ya muy poco tiempo —dijo, por el contrario—. A los médicos no les gusta nada el estado de mis arterias. Tengo que vigilar la dieta. Si pudiera tener cinco años, cuatro incluso...

—¿Qué es eso que dices de no tener amigos?

—No tener amigos. Ni hermanos ni hermanas ni padre ni madre. Como *Edipo*, ¿te acuerdas?

Escupió un hueso de ciruela en la cuchara, luego dijo:

—Si Dios puede aceptar la soledad, también su siervo puede aceptarla. No quiero nada de vosotros.

—Repite eso.

—No os quiero. Sois un obstáculo. ¿Puedes entenderlo? Elijo la soledad. Pase lo que pase, yo ya no volveré a Milán. Si el Espíritu Santo me rechaza, entraré en una casa de contemplación. Si no al nivel más alto, al más bajo. Pero, pase lo que pase, soledad.

—Entonces, esto es una comida de despedida, supongo. Una ceremonia de rechazo. Hubo un tiempo en que me llamabas *fratello*.

—Dios me proteja de los hermanos.

—¿Y de las hermanas?

—No os quiero. A ninguno de vosotros. Le miré desconsoladamente mientras seguía paleando su *Chantilly*. Le dejaba una leve espuma blanca alrededor de la boca.

—Bueno, entonces —dije estúpidamente—, *nunc dimittis*. Puedo desearte... no, suerte no es adecuado, ¿verdad? Eso es algo que sólo sirve para el casino.

Doblé la servilleta meticulosamente. Me levanté y dije.

—*Vale, sancte pater*.

Pareció reírse, o puede que fuese sólo un ruido de la masticación. Luego me fui al bar, dejándole la factura a él.

Conociendo, como en la otra ocasión anterior, mi relación con la Iglesia italiana, pero ahora una relación aún más particular con uno de sus *papabili*, la prensa de Londres me instó a ir a Roma para informar sobre el funeral, el cónclave, la elección. Hubo incluso una llamada de *The Times* a la mañana siguiente cuando yo me iba ya del hotel. No, no hay nada que hacer. Estaba viejo, estaba cansado, no tenía interés.

Y, sin embargo, ya de vuelta en Tánger, seguí en los periódicos de cuatro idiomas los reportajes vacuos, todo color, ninguna noticia, que aparecieron los días de espera por la columna de humo blanco. Más tarde, en libros como *Renacimiento de una Iglesia* de Peter Hebblethwaite y *Mañana en sus ojos*, de Conor Cruise O'Brien, se nos explicó toda la historia del cónclave de 1958. «Comenzó con la reunión de ciento veinte cardenales en la capilla Paulina, con sus frescos del gran homosexual de San Pedro viendo el fin del mundo cabeza abajo y San Pablo estupefacto en el camino de Damasco».

Sotana roja, birrete y muceta, níveo en la sobrepelliza, los dirigió Monsignor Pierluigi Bocca, maestro papal de ceremonias, y cruzaron la Sala Ducale y entraron en la Capilla Sixtina, cuyo coro había empezado ya a cantar *Veni Creator Spiritu*. Había dos mesas largas y estrechas una frente a otra, con sillas muy incómodas de respaldo recto, cínicamente disfrazadas con terciopelo rojo. Los cardenales gruñían, gemían y bizqueaban buscando las tarjetas que indicaban su puesto. Hubo oraciones, y luego Monsignor Bocca gritó: *Extra omnes*. Coro, criados, obreros salieron. Las entradas se bloquearon con planchas dobles de madera dura. Luego, los reunidos juraron atenerse a la constitución apostólica, cabecearon asintiendo a lo largo de un prolongado y torpe discurso del chambelán, cardenal Percini, y fueron a comer una pitanza mala aunque atóxica, en la sala Borgia. Tras ello, se retiraron a sus celdas, que eran en muchos casos gabinetes renacentistas de doce metros de luz, atestados de sofás y *chiffoniers*, con el interruptor de la luz separado de la cama por una larga carrera de obstáculos. Allí rezó Carlo, posiblemente, por llegar a ser Papa.

A la mañana siguiente, en el desayuno, el cardenal Casorati, el anciano Patriarca de Venecia (todos eran viejos pero él más que ninguno), parecía enfermo. Se recuperó tras un trago de caldo de coñac (*con il gusto morbido*) y todos se dirigieron a la Capilla Sixtina para la primera votación. En las mesas había papeles con la fórmula impresa. *Eligo in Summum Pontificem*. Los cardenales anotaron los nombres de su elección, disimulando la letra lo mejor posible para que nadie supiera oficialmente quién estaba votando a quién, y con el papel doblado en dos, acudieron uno tras otro al altar, se arrodillaron en oración y dijeron: «Pongo por testigo a Cristo Nuestro Señor que será mi juez de que doy mi voto a aquél al que considero ante Dios que debería salir elegido». El terrible y musculoso Cristo de *El Juicio Final* miraba cómo iban cayendo los papeles en el cáliz. Los papeles fueron mezclados todos y luego examinados por los tres inspectores. Se leyeron los nombres y los cardenales hicieron

su propio escrutinio. Manfredini 25. Casorati 23. Campanati 21. Giustolisi 10. Schneider 8. Parenti 6. De Neuter-Strickmann 4. Trione 2. Geblesco 2. Todos los demás eran votos únicos para apellidos como Chin, Ngoloma, Sacharov, Lang, Prado, Willoughby, Rasy y (impropio pero imposible). Papa. Que el Papa debía ser italiano era algo que, por entonces, se daba por descontado. Manfredini, un florentino con sede en Florencia, favorito del difunto Papa, anémicamente santo, desesperadamente conservador, encabezaba la lista como un simple gesto de respeto y afecto. Tenía menos posibilidades que un gato en el infierno de lograr los dos tercios de votos necesarios. Ése fue el motivo de que, en la segunda votación, bajase a diez. Pero Giustolisi, que había sido encumbrado por una facción de la Curia, subió a 30, con Casorati siguiéndole con 28. Campanati había bajado a 19. La tercera votación, que se hizo después de comer y que probablemente fuese resultado de acalorados debates entre bastidores, puso a Casorati muy por delante, con 56, mientras Giustolisi bajaba a 27. Campanati subió a 31. Al final del día, un foco del Gianiculum iluminó humos negros en la chimenea. Otro intento. Y otro.

A la mañana siguiente, el francés Chassagny recibió, tras sólo Dios sabe qué presiones nocturnas, cinco votos. El arzobispo cardenal de Chicago, F. X. Murphy, logró dos sorprendentes votos. Casorati tuvo, quizá porque tenía de nuevo aspecto de enfermo en el desayuno, sólo 50. Campanati había subido a 33. Campanati y Casorati subían y bajaban, bajaban y subían, a medida que el cálido día de octubre se arrastraba hacia su fin y hacia la cena. 55, 27, 51, 33, 57, 34. Nadie era capaz de llegar a los 80 necesarios. Humo negro de nuevo.

Fue al tercer día cuando ocurrió el acontecimiento que alimentó muchas fantásticas hipótesis de género terrorífico e inspiró incluso un relato detectivesco titulado *Asesinato en el Cónclave*. A primera hora de la tarde, el recuento dio 91 votos a Casorati. Hubo murmullos de *Deo gratias*. Y luego, el venerable patriarca se levantó de su asiento, extendió un brazo, gritó «no no» y se desmayó sobre la alfombra de fieltro velludo color ciervo. Le había dado un ataque cardíaco mortal. El secreto prohibía comunicar la noticia al exterior, e incluso importar un médico. Los cardenales más jóvenes y aptos trasladaron con ciertas dificultades el cadáver a la celda más próxima, que no quedaba lejos de la sala Borgia. Se rezaron oraciones y se reanudó la elección. El resultado de la nueva votación fue definitivo. Carlo Campanati obtuvo sus propios votos y casi todos los del patriarca muerto. Fue un paseo.

Era el momento adecuado del día para que saliese la columna de humo blanco. La gente volvía a casa del trabajo. Había habido un ligero chaparrón en la ciudad más o menos a la hora del colapso del patriarca. Pero ahora, el sol lucía radiante antes de acostarse en nubes salpicadas de todos los colores con que han hecho siempre los fondos de sus cuadros, suspirantes, hoscos o triunfales, los pintores italianos. *La piazza* estaba llena, las cámaras se movían o esperaban inmóviles el clic. Los 140 santos (tópico periodístico) permanecían arriba y esperando. El cardenal Focchi

apareció en el balcón central de San Pedro y dijo por el micrófono: *Annuncio vobis gaudium magnum. Habemus Papam, eminestissimum et reverendissimum Dominum Carolum, sanctae Romanae ecclesiae cardinalem Campanati, qui sibi nomen imposuit Gregorium Septimum Decimum.* La multitud gaudió magnamente: ancianas de negro que lloraban, brillaron dientes en rostros sin afeitado, desconocidos que se daban la mano cordiales, los niños saltaban como si pronto fuera a salir el ratón Mickey, las bocinas de los coches romanos se sumaron quejumbrosamente. Y luego, entre gritos, apareció Carlo, casquete ladeado, todo de blanco, gordo, encantador, papi de todo el mundo. Acalló los gritos con sus brazos gordos y dijo:

—*Ho scerto er nome Gregorio...*

La explosión de risa fue inmensa y afectuosa. Hablaba el dialecto romano con una voz de bajo profundo. Luego, como para recordar que aquello sólo era adecuado en un contexto parroquial, importante para un obispo de Roma pero no para el padre de todos los creyentes, cambió al sencillo italiano de los presentadores de televisión y explicó brevemente a la multitud por qué había elegido el nombre de Gregorio. Era, en primer término, por Gregorio el Grande, que había reformado la Iglesia y propagado el Evangelio. Había, además, otros Gregorios, no todos grandes: Gregorio VI compró el pontificado a Benedicto XI; Gregorio XII se metió en líos y fue expulsado a Nápoles. Los anales de los Gregorios incluían todas las vergüenzas y triunfos de que el hombre era capaz, y él, Gregorio XVII, era sólo un hombre sin pretensiones de grandeza. Pero mantendría constantemente ante sus ojos la imagen resplandeciente de aquel que fue Grande. Luego dijo:

—Alabado sea Jesucristo.

—Ahora y siempre —gritó la multitud.

—Queridos hermanos, queridas hermanas, mis hermanos cardenales han elegido un nuevo obispo para Roma. Estamos tristes por la muerte de nuestro amado Papa Pío XII. Estamos tristes por otra noticia triste aún más reciente. Ese mismo día, cuando Dios le llamó, a él y no a mí, al trono de Pedro, nuestro amadísimo hermano Giampaolo, Patriarca de Venecia, sufrió un colapso y murió.

Murmullos entre la multitud. Algunos se santiguaban; muchos hombres se protegían furtivamente los testículos contra el mal con los dedos cornudos.

—Los caminos de Dios son misteriosos. El tiempo de Dios no es el nuestro. En el momento de la elección, nuestro hermano fue elevado a la beatitud por efecto de otra elección. *Requiescat in pace.*

—Amén.

—Vengo a vosotros, pues, como el segundo. Vengo con humildad. No vengo ni con la santidad ni con la fortaleza ni con la sabiduría ni con las dotes pastorales de nuestro hermano tan llorado. Sin embargo, aceptadme como lo que soy. Dejadme ahora divulgar una verdad que ha sido secreto mucho tiempo: vengo a vosotros como huérfano. Vengo como alguien que no ha conocido ni padre ni madre ni hermano ni hermana. El apellido mismo que llevaba no era mío. Hoy he renacido, con un nombre

nuevo. A través del misterio de la voluntad de Dios y de la bendición de su amor, aún más misterioso, quedo convertido en padre y hermano. Vosotros sois ahora mi familia. Aceptad mi amor. Dadme el vuestro. Dios os bendiga.

Y luego, los brazos gordos bendijeron *urbem et orbem* y la multitud lloró y aulló de alegría y de piedad y afecto. Yo me lo imaginé entrando y diciendo a sus hermanos los cardenales: «Parece que no ha salido nada mal».

Los vaticanólogos han deliberado mucho sobre las circunstancias de la elección del Papa Gregorio XVII. Es indudable que los italianos no le querían; ni los franceses. Los cardenales anglófonos, por otra parte, le consideraban uno de los suyos. Los cardenales de lo que ahora se llama el Tercer Mundo apreciaban el dinamismo de su filosofía social. El sabor excitante de un rumoreado escándalo era, en cierto modo, una buena recomendación en Norteamérica, la cuna del culto a la personalidad. Pero nunca habría llegado a ser Papa si el cónclave no se hubiese hundido en temerosa confusión por una muerte que fue para muchos una señal del cielo que indicaba que, pese a las dotes del candidato fallecido, se había elegido mal. El Espíritu Santo parecía haber amedrentado a los enemigos de Carlo Campanati indicándoles, en un relampagueo de revelación, que harían mejor en no ser sus enemigos. En cuanto a la teoría de que Carlo había deseado la muerte del patriarca de Venecia, o incluso envenenado su café, es una suposición indigna. No hay duda posible de la santidad del Papa Gregorio XVII. ¿No era yo acaso uno de los agentes de su canonización?

En aquel atardecer de principios de octubre de 1958, Carlo Campanati salió de mi vida y sus amplias carnes se derramaron de los confines del recuerdo al circo de la Historia. El lector sabe ya tanto del Papa Gregorio XVII como yo. A partir de entonces, yo ya no le vi más que bendiciendo gordamente en los medios de difusión, besando los pies de los pobres, llorando con viudas de terremotos, siguiendo el *Via Crucis*, abrazando a criminales y dirigentes comunistas, inaugurando el Concilio Vaticano que, bajo su dirección, su acicate, sus dotes persuasivas y sus presiones, había de modernizar la Iglesia y aproximarla a las necesidades de las gentes. Estuvo, como sabe el lector, en todas partes: en Montevideo y Santiago y Caracas, proclamando los derechos inviolables del hombre frente a regímenes corruptos y despóticos. En Kampala, alentando la creación de una Iglesia africana. En Canterbury, abrazando fraternalmente a un arzobispo que presidía la herencia morgánica de un uxoricida; en Sidney, entre gritos de *Good on ya*. Hubo tiras cómicas en las que él era el héroe. Muchachos de vaqueros y camisetas de manga corta cantaron canciones que hablaban de él.

Papa Gregorio, Papa Gregorio.

No nos dejes pecar

Saca al mundo de este purgatorio

Y que la luz pueda brillar.

Uno de los nuevos cantos gregorianos. Había hablado el Espíritu Santo.

Estuvo en Estados Unidos al mismo tiempo que yo. Yo intentaba aliviar mi soledad, no voluntariamente elegida como la suya, con una gira de conferencias bastante prolongada por las universidades. Mis agentes eran ACM (American Circuit Management), Avenida de las Américas 666, Ciudad de Nueva York. Se llevaban una comisión del 30 por ciento y se encargaban de los actos, los viajes y los hoteles. Los hoteles eran principalmente Holiday Inns: la misma habitación de dos camas de Florida a Maine, con un perenne aroma a tabaco rancio y a maquinaria de aire acondicionado, un retrete higienizado y un televisor. El Papa había ido allí para bendecir al pueblo norteamericano, cuya lengua hablaba tan bien, a hablar en las Naciones Unidas, a celebrar misa con inmensas congregaciones en estadios de fútbol y campos de béisbol. Yo presencié una de estas ceremonias en televisión, en Prescott, Arizona, si no recuerdo mal, tumbado en la cama, la tarde antes de una conferencia, lata de Coca-Cola en mano. Había varios miles de fieles en el estadio de Newark, y las palabras santas atronaban y retumbaban raj raj raj por una multitud de altavoces. Celebró la misa en inglés, un inglés directo y mercantil más que arcano y misterioso. Sin ninguna nobleza, lo cual era lógico, pero había una cierta ineptitud de fraseo. A «el Señor sea con vosotros» había que contestar «y contigo», pero la necesidad de subrayar este final, producía una especie de chillido petulante. Había artilugios para que participasen los fieles como el beso de paz. El altar había adquirido el aspecto de la mesa de un delicado nigromante o incluso de la de un carnicero. Pero podías ver el rostro redondo y pleno de Carlo, con aquella nariz inmensa y complicada y los ojos astutos empañados de piedad, trasegar el cáliz descaradamente a la vista de todos, en vez de su amplia espalda ampliada por la cruz. Repartió la comunión con toda una hueste de ayudantes. Pensé en el montón de trigo gastado. Quedé profundamente conmovido.

En Boise, Idaho, la noche antes de mi conferencia, vi y oí a Carlo en una primera charla en directo por la televisión. Sudando patentemente bajo las luces del estudio, el blanco papal ligeramente sucio, el birrete ladeado, contestó a las preguntas de los incrédulos. Una chica pecosa de vaqueros quiso saber qué prueba había de que existiese un Dios. Carlo dijo:

—Podría darle a usted las famosas cinco pruebas tradicionales. Pero será mejor que le pregunte primero qué entiende usted por Dios. ¿Qué entiende usted?

—Como alguien allá arriba que lo ha hecho todo, en fin, y sabe lo que hacemos y se opone, ya sabe, al pecado, y manda a la gente al cielo o al otro sitio.

—El universo existe —dijo Carlo— y alguien tuvo que hacerlo. ¿Acepta eso?

—Podría haberse hecho él mismo.

—¿Puede hacerse por sí solo un reloj, o un televisor, o un libro, o una pieza musical?

—Eso es distinto.

—Se aplican las mismas reglas. Las constelaciones y los sistemas planetarios son mucho más complejos que un reloj o una radio. Tiene que haber un Creador. Este Creador lo creó todo, incluidos nosotros. Usted quiere saber qué tiene que ver el crear el universo con la virtud y el pecado y el cielo y el infierno...

—Exactamente.

—Todo el complejo movimiento del universo representa un orden. El Creador ama el orden y odia el caos. La virtud es orden. El pecado, caos. Virtud es creación y mantenimiento de la creación. Pecado es destrucción. El pecador no suele darse cuenta de hasta qué punto destruye el orden. Tiene que descubrirlo. Por eso tenemos la doctrina del infierno. El alma consagrada al orden se incorpora al orden divino definitivo.

—¿Qué entiende usted por un alma? —preguntó un hombre de aire deportivo con postizo.

—Lo que queda de todo el complejo humano cuando se va el cuerpo. La parte de la totalidad humana interesada no por el problema de la vida en el mundo, sino por valores... esas esencias que llamamos verdad, belleza y bondad.

—¿Cómo sabe usted que sigue existiendo después de la muerte? Nadie vuelve de entre los muertos. Salvo en los relatos de fantasmas.

—No mencionaré la resurrección de Cristo, que es la piedra angular de la fe cristiana —dijo Carlo—. Ni la resurrección de Lázaro. Permítanme decir, en vez de eso, que hay cosas que *sabemos* que siguen existiendo después de la muerte del cuerpo. Ciertas verdades, por ejemplo, como que a más a es igual a $2a$. Si ninguna orquesta interpretase la *Quinta sinfonía* de Beethoven y todas las copias impresas y manuscritas de la música se quemasen... no podríamos decir que la obra ya no existe. Si las ideas, si las obras bellas y veraces existen fuera de la carne mortal, tienen que existir en una especie de inteligencia perteneciente a una especie de observador. ¿Comprende usted ahora lo que quiero decir con la palabra alma?

—De acuerdo —dijo una mujer de almenado tocado capilar—, pero ¿qué quiere decir con lo de un alma en el infierno?

—Un alma consciente al fin de que verdad y belleza y gloria, tal como se expresan en lo que podemos llamar la personalidad de Dios, siguen existiendo, pero que no tiene posibilidad alguna de llegar a ellas. El alma condenada sabe lo que quiere, pero no puede tener lo que quiere. Eso es el infierno.

—Pero —dijo la misma mujer—, ¿puede usted aceptar realmente que un Dios que es amor y misericordia envía las almas a él?

—El infierno es una emanación de la justicia de Dios. Pero nosotros creemos que su amor es mayor que su justicia. El infierno tiene que existir (es una proposición lógica), pero quizá no haya nadie en él. Recuerde que el hombre y la mujer fueron hechos perfectos porque los hizo Dios. Pero se hacen malos, es decir, ciegos a la virtud, por una fuerza que también hizo Dios y que no puede deshacer.

—¿No puede? —croó un hombre de barba moteada y jersey turquesa (¿turquesa?)

¿estoy inventando esto, o estaba viendo, en 1959, un televisor en color?)—. ¿No puede? ¿Siendo Dios según la doctrina cristiana omnipotente?

—Sí, claro —dijo Carlo—. Hay ciertas cosas que Dios no puede hacer. No puede no ser Dios, por ejemplo. Como Creador, no tiene ningún poder de destrucción. No puede destruir siquiera una alma humana. Sólo puede hacerla sufrir eternamente. Él creó al ángel que creó el mal, no puede descrearlo.

—Pero —dijo el hombre turquesa (veo claramente el turquesa)— tuvo que saber que habría mal. Él lo sabe todo, ¿no? Si lo sabía, ¿por qué permitió que sucediera?

—Esto es un misterio enorme y sobrecogedor —Carlo resplandecía—. Dios dio a sus criaturas el don más extraordinario de todos, lo más parecido a su esencia... me refiero al libre albedrío. Si sabe por adelantado lo que van a hacer sus criaturas, les niega la libertad. Así que bloquea deliberadamente la presciencia. Dios podría saber, si quisiese, pero, por respeto y amor a sus criaturas, se niega a saber. ¿Puede usted imaginar un don más inmenso que éste, el que Dios se niegue a sí mismo por puro amor?

Esto era por la cadena NBC. Más sobrecogedor que la proclamación de Carlo del amor de Dios es mi recuerdo de las interrupciones de los anuncios publicitarios. No hubo tantos como normalmente: uno cada treinta minutos. Estoy bastante seguro de que vi entonces a una radiante familia negra proclamar las delicias del pollo frito desgrasado, el puré de tomate italiano, una pócima para el catarro llamada Nyquil. A Carlo no le ofendía la intrusión del consumismo en la apologética elemental: así tenía tiempo para un trago de coñac de la botellita que llevaba su ordenanza o familiar. Luego, volvió y alguien le preguntaba bien, lo de Dios, bueno, pero ¿por qué Jesucristo? ¿Están equivocados los judíos y los indios y los sí chinos y los japoneses?

—Que todos los que creen en Dios —dijo con vehemencia Carlo— permanezcan unidos en la fraternidad de tal creencia. Pero dentro de esa fraternidad, hay otra hermandad, la de los que aceptan que Dios se hizo hombre en un determinado lugar y en un tiempo determinado: que entró, en una palabra, en la historia humana. Me refiero a la fraternidad cristiana. Dentro de ella, hasta fechas recientes, se consideraba que la fraternidad de la que es cabeza el obispo de Roma constituía, arrogante en su pretensión de legitimidad exclusiva, la única sede de la autoridad cristiana. Creo que esa concepción está muriendo ya. Creo que yo y mis hermanos estamos ayudándola a morir. Digo, pues, que el cristianismo es la capilla anabaptista de hojalata de Arkansas tanto como la basílica de San Pedro de Roma. Pero volviendo a su pregunta: ¿Por qué Jesucristo? La respuesta la tenemos en varios lugares. La tenemos, antes de lo que la Historia nos dice sobre la Encarnación, en la lógica. Hemos hablado de un Dios omnipotente. Un Dios omnipotente que ama al hombre. ¿Qué cosa más lógica que el que se mostrase Él mismo entre los hombres? Hemos hablado de pecado. El que el hombre no comprenda adecuadamente la naturaleza del pecado, en virtud del poder cegador del diablo, no mitiga en modo alguno el horror del efecto del pecado sobre la radiación pura de Dios. El pecado que comete el

hombre debe borrarse, hay que pagar por él. No a través de la condenación sino a través del sacrificio. Ningún sacrificio puramente humano podría borrar el horror del pecado. De ahí el sacrificio divino.

—Muy bien —dijo un ama de casa llena de abalorios—, pero ¿por qué Roma pensó siempre que tenía derecho a proclamarse la única ejem ejem autoridad religiosa? Quiero decir, usted es el Papa, ¿verdad?

—Verdad —dijo el Papa, veraz.

—Quiero decir, ¿por qué tuvieron que equivocarse Lutero y ejem ejem Calvino y Enrique VII no VIII y ejem ejem Billy Graham y los Holy Rollers y William Penn?

—La Iglesia de Roma representa la autoridad histórica primordial —dijo Carlo—. Hay una línea de sucesión ininterrumpida desde San Pedro, crucificado en Roma en el lugar donde ahora se alza el Vaticano, hasta mí, que soy, como usted ha dicho acertadamente, Papa. Ningún católico razonable niega ya que en el siglo XVI, y después, era necesaria una reforma en su Iglesia. Lamenta que tal reforma tomase la forma de nuevas fundaciones de protesta. Pero lo importante hoy es el conjunto de la fraternidad cristiana. De ella puedo yo hoy proclamar que si bien no soy la cabeza, sí soy el ministro coordinador. Tal pretensión es razonable, pues se basa en una tradición histórica. Roma es el símbolo de la unidad cristiana, nada más. Ya no debemos hablar de católicos y protestantes. Sólo de cristianos.

Apagué el televisor. Ya era suficiente. Conocía todos los argumentos, que podría haber esgrimido sin duda cualquier seminarista con experiencia. Pero si el presidente de Estados Unidos se sometía a la democracia de la pequeña pantalla, ¿por qué no el Padre de Todos los Fieles? Si quieres la droga, vete al jefe. El jefe había estado sentado en los cuartos de estar de millones de norteamericanos, distribuyendo la verdad cristiana, a domicilio. Droga era, quizá, la palabra. Nuevas confortadoras.

Fui a la cama con un ejemplar de bolsillo de la novela titulada *África!* de Randolph Foulds, alias Ngolo Basatu. Setecientas cincuenta páginas. Seis millones de ejemplares vendidos en la edición en rústica. Pronto se haría una gran película. Lo había comprado abajo, en el quiosquito de regalos del Holiday Inn. No había leído *El llanto de las nubes*, pero suponía que se parecía bastante a aquello: sexo y violencia en negro. Se había vendido bien en Inglaterra, donde, pese al clamor exigiendo su prohibición, la ley no había actuado. La ley se había tragado *Las canciones de amor de J. Cristo* y estaba satisfecha de momento. Leí unas cuantas páginas de la última obra, pero me resultó difícil seguir. Toda África parecía convertirse en una cama en la que un personaje fornido y musculoso llamado Bmuti hundía su feroz verga en todo el mundo. Bmuti representaba al nuevo negro prevalente. Podría haber sido el Pantagrúel de ébano o el Los del Níger, pero carecía de humor y de poesía. Era un robot de los medios de difusión, con tres o cuatro expresiones faciales computadorizadas. En la página 23, parecía estar puliendo su arma para clavarla en un personaje llamado Bowana, cuyo modelo pudiera bien haber sido Ralph: un negro norteamericano culto, que no conocía el mejor medio de africanizarse. Voy a joderte a

base de bien, amigo, ése es el mejor medio.

—El año que viene —dijo mi sobrino John—, ¡África!

Me pareció oírlo en bastardilla con signos de admiración.

—¿Tú y el profesor Bucolo?

Estaba de nuevo en Wisbech College, Indiana. Val Wrigley ya no estaba allí para asediarme con frivolidad e irresponsabilidad: además, ahora no habría tenido motivos para hacerlo. Val Wrigley, según supe, estaba entonces en el país de Christopher Isherwood, en Santa Mónica o algún sitio parecido. Yo había dado una conferencia titulada «¿Qué perspectivas tiene ahora la novela?» y me había alimentado y abrevado copiosamente un comité de estudiantes. Estaba en la casa de John y Laura, en el recinto universitario, tomando un *whisky* antes de irme a la cama. Llevaban casados unos dieciocho meses, y la boda había sido una sólida ceremonia católica a la vieja usanza, en la ciudad natal de Laura, San Luis. John había hecho el doctorado con una tesis sobre la cultura matriarcal de una población india mexicana próxima a Zacatecas. Ahora tenía ya su plaza de profesor en propiedad. Wisbech College era famoso por la íntima relación de trabajo existente entre el Departamento de Antropología y el Departamento de Lingüística. John estaba trabajando en analogías de estructura familiar en la estructura del lenguaje.

—Sí, Jimmy Bucolo. Él consiguió la subvención. Bastante miserable, pero bastará. Uno de esos vuelos charter hasta Marsella. Luego, un vapor destartado hasta Port Said. Luego un viaje de Hawaa Masir hasta Jibuti. Luego, la Frinnmore Line para cruzar el golfo de Adén. Y luego... Como puedes ver, demasiado tiempo de viaje. Si pudiéramos coger los dos un año sabático, claro... Cuatro meses de vacaciones no dan muchas posibilidades de ver...

—¿Qué es lo que esperas ver?

—Bueno...

Un afanoso investigador, fornido y apuesto, con tanto de su madre en la cara, sentado al borde de aquel sofá rojo rechoncho, con las manos unidas como si rezase.

—He estado reuniendo mucho material de este lado del Atlántico sobre una costumbre marital concreta. Entre los akanyis, los ptopunis, los zoloares, una tribu de cerca de Tegucigalpa... los nombres no significarán mucho para ti...

—Nada en absoluto.

—Bueno, lo que pasa cuando una chica se casa es una especie de ritual de incesto sin fecundación. Es el tío de la chica, o incluso su tío abuelo, el que pasa una semana con ella... en parte, iniciación sexual, en parte una especie de reminiscencia de endogamia. A veces es una semana, otras veces más, menos... de todos modos, siempre más de dos días. Lo que sucede con el idioma que habla todo el grupo durante ese período es de sumo interés. Se invierten las frases, y si alguien se olvida de invertirlas, hay un castigo. No muy severo. Es más bien una especie de humillación cómica. Y hay aproximadamente una docena de palabras del léxico... a

veces más, a veces menos... 9.05 de media hasta ahora... que pasan a ser tabú. Todas las palabras pertenecen a la misma área semántica... quiero decir, todas tienen que ver con destapar cosas... taparrabos, párpados, la palma de la mano, oscuridad, la piel de un animal... supongo que captas la idea general. Si se utilizan las palabras, hay un castigo. Las palabras sustitutas son como una especie de complemento de las que son tabú, se puede hablar de lo cubierto, pero no de lo que cubre, se puede utilizar incluso el término que designa los genitales, que normalmente es tabú en muchos de los grupos que estudié, pero sólo durante este período.

—Fascinante.

—¿De veras te lo parece? ¿Crees realmente que lo es? Ahora bien, en el continente americano no puede desecharse la posibilidad de una transmisión cultural, pero Jimmy está seguro de que sucede exactamente lo mismo en África. ¿Te acuerdas del pueblo oma? Él te dio aquel librito, ¿no? Pues bien, él no podía entender por qué la palabra ojo era *oro* y la palabra párpado también era *oro*. Debe haber estado, según cree, en contacto con alguien que había ingresado en el hospital de la misión mientras operaba un tabú de ese tipo. Y aquel individuo acariciaba al gato del hospital y le llamaba su piel, sus riñones, que es el término genérico para las entrañas de un animal.

—Fascinante.

—Así que puede ser que haya algo que es inherente a lo que llamamos ridículamente mente primitiva... ¿entiendes lo que quiero decir?

—¿Laura irá contigo?

—¿Bromeas? ¿Con una subvención de esa cuantía?

—John —dije—. Te he dicho otras veces que no debías tener miedo a pedirme dinero. El dinero que tengo es un dinero ganado con la venta de una basura de...

—No digas eso. Mucho de lo que has hecho es muy bueno.

—En virtud de mi reputación como proveedor de esa basura, me han pagado dos mil dólares por una sola conferencia en tu propia universidad. ¿Cuánto necesitarás para poder ir los tres al África Oriental con moderada comodidad y a una velocidad razonable? Y volver, por supuesto. ¿Diez mil? ¿Bastaría eso?

—Tío Ken, eres demasiado bueno.

—No, estoy compensando una vida desperdiciada. Me enorgullece poder aportar esa subvención.

—Bueno, sabes, no sé qué decirte. Salvo gracias.

—Te haré un cheque por la mañana. Tengo el talonario con el equipaje en la residencia de invitados.

—Gracias, y gracias de nuevo. ¿Cuándo te vas y adónde?

—Tengo que dar una conferencia el lunes en la universidad de Oklahoma. Mañana por la noche estaré en Nueva York. Hay un vuelo pasado mañana después de comer.

—Estupendo. Mañana por la mañana podrás ver la película que mandó el

hermano de Dotty. Pero si tú le conoces, claro, se me había olvidado. Las glorias de Rukwa, una cosa muy propagandística. Quieren técnicos negros norteamericanos. Quieren crear un Estado africano moderno. Por lo menos ya sé el aspecto que tiene aquello.

—¿Es allí adonde vais a ir? No se me había ocurrido.

—Al parecer, hay un buen número de tribus no asimiladas en las fronteras. Incluidos los omas.

Y luego añadió:

—Dotty no está nada bien.

—Eso me han dicho. El gran asesino del siglo xx. El mal hecho carne. No carne, más bien anticarne. Vaya —por Laura, que acababa de volver de una visita a una vecina, la esposa del profesor Szasz, inmovilizada por una enfermedad de la columna. Qué muchacha encantadora, derramando salud, con aquellos ojos azulhielo cálidos y sorprendentes enmarcados por un pelo negro azulado lustroso y bien cepillado, el cuerpo, flexible y limpio, envuelto en un vestido de lana de color canela.

—¿Qué tal está mi escritor preferido? —dijo.

—Laura querida, tu tarea es mejorar el gusto literario no estragarlo. Tienes que dejar de sentir tanto entusiasmo por mi obra, de veras.

—Vale, los relatos son magníficos, las novelas asquerosas, ¿vale así? —y sonrió exhibiendo dos hoyuelos y un relampagueo de prietas y níveas gemas.

—Laura, vendrás a África. Tío Ken pone el dinero.

—Repite eso.

—África. No iremos sólo Jimmy y yo. Tú también irás. Y además, nada de barcos bananeros.

—Oh, Dios santo —dijo ella, sentándose grácilmente en el segundo de los rechonchos sillones rojizos, el primero lo ocupaba yo—. ¿Lo dices en serio? El país de Hemingway. Oh, Dios santo.

—No el país de Hemingway —dijo John—. No Safarilandia. Un poco duro, una parte, pero yo te protegeré de la fauna más peligrosa. Sería mejor que arreglases la cámara de filmar.

—Querido tío Ken —dijo ella, y se acercó a mí y se sentó en mi regazo y me besó.

Luego, se levantó ágilmente y puso el televisor.

—Está tu otro tío en la televisión, John. Quiero oír lo que dice sobre el control de la natalidad. Perdona, tío Ken. Tengo que saberlo. Tenemos que saberlo los dos. Pero gracias y gracias y gracias. Apenas si puedo creerlo.

John dijo, los ojos achicados, mientras ella giraba el mando del televisor y ponía el canal de la NBC y un borrón gordo de blanco papal bendecidor:

—Él no es mi tío. Es el padre y el hermano de todos, pero no es tío de nadie. Todos le hemos desilusionado. Nos ha repudiado a todos.

—Oh, vamos, Johnny, escuchemos.

Escuchamos. Carlo estaba muy a gusto entre un numeroso grupo de mujeres militantes. El nuevo tribunal parecía ser una sala para conferencias de prensabas mujeres, por su dureza y astucia, periodistas.

—Sacerdotes ordenados —decía una de ellas. Carlo contestó:

—En cuanto otorguen ustedes a los hombres el poder de tener hijos, su sexo tendrá poderosas razones para exigir el derecho a la ordenación sacerdotal. Mientras tanto, no. Recuerden que todas las mujeres son, de hecho o en potencia, receptáculos del misterio del nacimiento. Permitan, señoras, amablemente, que unos cuantos hombres se encarguen de los misterios de la labor sacerdotal. Otra cosa, el sacerdote es el heredero de la misión de Jesucristo. Dios en su misteriosa sabiduría se encarnó como criatura humana del sexo masculino. Otorgó, como Dios Hijo, el derecho de propagar el Evangelio a misioneros varones, no a sus esposas. Las cosas pueden cambiar, las cosas *cambiarán*, pero no mientras yo ocupe la sede de San Pedro.

—¿Por qué no pueden casarse los sacerdotes?

—No hay ninguna razón doctrinal por la que no debiesen hacerlo, pero hay todas las razones posibles de sentido común para que permanezcan célibes. Se cuenta la historia de un ministro anglicano y un sacerdote católico que compartían amistosamente unas cervezas en Londres en la época de la Batalla de Inglaterra. De pronto, se inició un ataque aéreo. El anglicano dijo: «Debo ir a casa con mi mujer y mis hijos». El católico dijo: «Debo ir a cuidar de mi rebaño». La familia de un sacerdote de la fe es su congregación. Y una relación especial más personal sería un obstáculo que le impediría ser imparcial en su amor y en su dedicación. En cuanto a la sexualidad, no creo que algunos de nosotros no hayamos conocido, y aún conozcamos, las angustias de la frustración sexual. ¿Debe un sacerdote, privado de esposa, ir a un burdel? La abstinencia sexual es una cruz que el sacerdote debe llevar. Y también el Papa. Es un sacrificio carnal que ofrece a Dios, día a día, hora a hora.

—¿Por qué no permite la Iglesia el control de la natalidad? —preguntó una mujer de grandes gafas azules de abuelita y evidente preñez.

—Ah, esa cuestión —dijo Carlo, sonriendo—. Me acosará hasta el final de mi ministerio. La simiente humana, conteniendo como contiene la capacidad misteriosa de engendrar nueva vida, no debe considerarse como mero subproducto del espasmo sexual... permitiéndosele amablemente unas veces que realice su misión biológica y considerándola otras un estorbo engorroso. Si el señor y la señora Shakespeare hubieran recurrido al control de la natalidad, no habría existido quizás un William Shakespeare. Lo mismo podemos decir de los padres de san Pablo, Abraham Lincoln, del presidente Eisenhower. Y lo mismo, si se me permite decirlo, de mis propios padres, fuesen quienes fuesen...

—El celibato definitivo —dijo John—. Se elimina el pasado además del futuro.

—Cállate, John.

—... Tenemos que pensar en la inmensa potencialidad de la simiente humana y la torpeza absurda que significa desperdiciarla. Bien, bien, puedo prever las objeciones

que harán ustedes a estas palabras, que no son, recuerden, palabras que pronuncio con un rigor despreocupado. Son palabras de la Iglesia que heredo, no de la Iglesia que aún está por hacer. La tradición dice que la función principal de una mujer es producir nuevas almas para gloria de Dios. Nuestra propia época dice que una mujer tiene deberes para con su propia alma, que no debe condenársela a una vida de dolores de paño. Pues bien, el control de la natalidad depende de la voluntad tanto del hombre como de la mujer: su voluntad de abstenerse de la unión sexual. Esto puede ser difícil, pero también es bueno, santo incluso. Pero recuerden... —su tono se hizo más feroz, estiró el mentón al modo del Duce, la nariz apuntando a su público como un arma peligrosa— que debemos cuidarnos mucho de aceptar esa terrible herejía de que la vida sólo es sagrada cuando cruza el umbral del claustro materno... que, cuando aún es informe, cuando no tiene nombre aún, es eliminable. Porque de eso sólo hay un breve paso a la legalización del aborto, que es sólo una forma de infanticidio.

Hubo gritos coléricos de aquellas mujeres duras y emancipadas. La gran voz de Carlo se alzó sobre ellos como el rugido de un león.

—El amor —gritó—, el amor es superior al apareo animal. El amor del hombre y la mujer es imagen del amor de Dios a la humanidad. ¿Hemos de ser sólo bestias que aúllan en celo perpetuo? ¿No podemos entender acaso ese amor del espíritu que trasciende la lujuria de la carne? Amor, amor, tengamos amor.

La cólera hubo de aplacarse, porque parecía ya dirigida contra el amor. Carlo habló con más suavidad. Sonrió incluso cuando dijo:

—Vuestro Padre celestial no es una personificación de la biología. Él conoce vuestros problemas. Él llora contemplando el espectáculo de un mundo hambriento. No le acuséis a él de su propia hambre, que es un hambre de almas humanas.

—Baal —dijo John—. Moloc.

—John.

—El cielo no tiene límites. No está confinado como lo está nuestro mundo. Sus cosechas no fallan, ningún hambre lo agobia. Sin embargo, dice el Señor, esta morada ha de llenarse. Ha de llenarse con un número infinito de almas, cada una de las cuales debe deleitarse en su carácter único y divino.

—¿Y los mongólicos? —gritó alguien—. ¿Y las víctimas de la talidomida?

—Almas, almas, yo hablo de almas. Y hablo y hablaré siempre de amor. Dejadme terminar con este comentario. El amor de Dios es lo bastante grande para perdonar nuestra debilidad. Nos pide sólo que hagamos lo que podamos para poblar su reino. No nos pide lo imposible.

—Apaga de una vez —dijo John.

—Sí, apagaré —dijo ella, obedeciendo.

Y volvió a sentarse, y nos miramos. Ella era una buena ama de casa, además de ser, por lo que yo deducía, una magnífica profesora y, eso era evidente, una chica encantadora. Aquel saloncito estaba bastante convencionalmente amueblado con

mobiliario de regalos de boda, y la mecedora y la mesita de café con un álbum de Tiépolo típico de mesita de café, pero había también toques personales de vegetación (helecho y sangría), así como un despliegue bien desempolvado de baratijas (tótems y objetos de arte primitivo de John, piezas de cristal colonial y porcelana suyas) y cuadros de flores en las paredes fresa y crema... Amor en la indolencia, amor en una bruma, amor que yace sangrando. Era, tenía pruebas de ello, una buena cocinera, ducha en preparar costillas con alcaravea, jamón glaseado con naranja y piña, asado a la sureña, pastel escarchado, *dad's denvers*. Me afluían las lágrimas a los ojos cuando la contemplaba: lo que yo había echado de menos, lo que había sido predestinado a echar de menos. Desbordaban las lágrimas y hube de retenerlas como pude mientras les contemplaba a ambos cariñosamente. Los veía juntos en la cama, desnudos, consagrados ambos a darse gozo uno al otro, no dedicados a la manufactura de un nuevo William Shakespeare, mientras Carlo miraba ceñudo desde el techo.

—¿Otro *whisky*? —dijo John.

—La espuela, sí. Para asustar a los leones.

—Disculpad nuestra debilidad —dijo Laura—. ¿Qué quería decir?

—Quería decir, creo —dije—, que la simiente que contenga un nuevo Abraham Lincoln debe fluir, pero que no debe incomodarse demasiado si halla obstáculos. Siempre que no sepa de antemano que va a hallarlos. Si supiese esto, mejor haría en no fluir.

—No tengo la impresión de que quisiera decir eso.

—Espera. A medida que prosiga su viaje por el continente americano, hablará más de amor y menos de dogma. Irá dejando en un rincón cada vez más las cuestiones difíciles. Hablará de amor porque quiere que le amen. Gregorio el Bienamado. John me sirvió la espuela.

—¿Esperabas tú? —empezó—. En fin, quizá no debiera preguntarlo. Quiero decir que...

—¿Si esperabas que la nueva Iglesia perdonase mi debilidad concreta? No, no lo esperaba. No es que me afecte ya, a mí, quiero decir. El fuego se ha apagado. Soy viejo. Podría volver a la Iglesia mañana, si quisiera.

—¿Quieres? —preguntó Laura.

—Me ha ido bastante bien de racionalista cínico.

—Oh, vamos —dijo ella—. Lo que escribes no tiene nada que ver con eso.

—Sentimentalismo —dije—. Ésa es la otra cara de la moneda.

Apuré el vaso y me levanté rígidamente, un viejo, como había dicho.

—¿Podrás recogerme? —le pregunté a John.

—¿Es demasiado pronto las diez?

—Es una hora excelente.

—Gracias de nuevo —dijo Laura—. Un millón de gracias.

Y se levantó para darme el beso de buenas noches. Y luego, los ojos encantadores resplandecientes, exclamó:

—¡África!

La película se titulaba *Rukwa renace*. El propio John me la proyectó en el proyector de 16 mm de su departamento. Reconocí la voz del comentarista: la de Ralph. Sus vibraciones estremecieron mis glándulas y desmintieron lo que había dicho sobre el fuego apagado. Y apareció, además, el propio Ralph en la pantalla, con una vestimenta chillona, chacó de piel de tigre, botas de montar de cuero, sobre un caballo árabe blanco, acaudillando una especie de destacamento de caballería nativa por una herbosa llanura. Vimos instalaciones petroleras y afanosos técnicos negros con casco metálico examinando planos, un dedo negro señalando, una cabeza negra asintiendo. Había una facultad técnica negra para estudiantes negros de níveas camisas y pantalones de buen corte, que examinaban la resplandeciente maqueta de una planta eléctrica. Se adoctrinaba amablemente a tribus atrasadas, cuyos miembros se sentaban en la hierba con sus taparrabos ante una pizarra y un profesor negro con gafas, que les explicaba que era necesario que se integrasen en el nuevo Estado progresista. Un público negro se moría de risa viendo una película cómica negra en color. Allí estaba la capital con sus edificios comerciales blancos y cuadrados, su estadio de fútbol, el Hotel Mansanga, de diez plantas.

—Da la impresión de que están haciendo las cosas muy bien —dijo John. El comentario de Ralph, más grandilocuente, decía lo mismo.

Hablaba también de libertad de cultos, mientras un muezín negro llamaba a los cielos azules y los escolares negros, dirigidos por una monja negra vestida de blanco, se dirigían en hilera hacia una pequeña iglesia de repiqueteante campana. Ralph admitía que el Estado tenía problemas: amenazas en las fronteras, ningún acceso directo al océano Indico, cuantiosos impuestos por realizar su comercio a través del puerto de Kilwa. Pero todos los problemas tenían solución con buena voluntad, con el auténtico espíritu panafricano. El autor de *¡África!* aparecía también sonriente, musculoso, posible candidato al Premio Nobel. Y, por último, allí estaba el gran Mansanga en persona, vitoreado por un pueblo agradecido de excelente dentadura, o provocando la risa y el alborozo general en la Cámara del Consejo o revisando las tropas desde la silla de un caballo árabe blanco. Música vistosa, débil en la melodía pero rica de polirritmia, flautas y una multitud de tambores. La película había terminado.

—Sí —dije, sin convicción—. Da la impresión de que lo están haciendo bien. Mientras dure el petróleo.

—Entretanto —dijo John—, las tribus se descomponen y pierden a sus dioses en favor del dios de la uniformidad.

Luego, añadió:

—El hermano de Dotty parece estar haciendo también muy bien las cosas. El poeta como hombre de acción.

—Nunca ha tenido mucho de poeta.

—Dale recuerdos de mi parte a Dotty. Y, por supuesto, a mamá.

Dorothy estaba, según pude ver, bastante mal. Estaba en la cama, inerte, su pelo, majestuoso antes, encanecía y parecía marchito y sin vida; el tono negro púrpura suntuoso de su piel adquiriría ahora la textura y el tono de una piel de elefante, sus ojos maravillosos estaban a merced de unos conductos lacrimales que nunca se secaban. La besé con compasión y afecto. Ella me echó amorosamente los brazos flacos desnudos al cuello.

—¿Cómo van las cosas? —pregunté.

—Van, van. Acabamos de ver al cuñado de Hortense en la televisión, diciendo que tenemos que ofrecer nuestro dolor a Dios.

Al fondo de la cama doble había un pequeño televisor, apagado ya. Hortense estaba sentada en la cama, rodeaba con un brazo a su amiga. Su ojo cansado fijo en mí.

—Estás viejo, Ken —dijo.

—No lo niego. Viejo y solo.

Ella, por su parte, no parecía vieja, salvo por las arrugas que se le formaban en el cuello. Llevaba un vestido azul de lino, falda acampanada, cuello abarquillado, corbata, chaqueta corta con bordes postizos, medias bronceadas. Se había quitado los zapatos, de tacón alto y afilado. El parche del ojo era un claro adorno, atractivo en sí mismo: un racimo de rosas azules en miniatura sobre fondo verde. El cabello, en virtud de astucias cosméticas, conservaba el color de cuando era colegiala: las rosas azules atisbaban a través de un torrente de miel.

—Quédate con nosotras —dijo Dorothy—. Para siempre, quiero decir.

Y luego, sus ojos desbordaron.

—No, no sería justo. No querrías ver... oh, Dios santo.

Hortense la abrazó. Luego me dijo:

—Quería decirte, antes de que se me olvide, que llamó tu agente. Para algo relacionado con la filmación de uno de tus libros. Él creía que estarías antes aquí. Se ha ido a Martha's Vineyard, ya no podrás localizarle hasta el lunes.

—¿Qué libro?

—El que escribiste cuando yo estaba aún en el colegio. Aquel que trataba de Sócrates. Yo ya lo había olvidado. Luego, cuando él me lo mencionó, me vinieron de pronto todos los recuerdos.

—Sócrates en la pantalla. En fin, parece que las cosas mejoran.

—Tuve también otra llamada. De uno de los hermanos Campanati.

—¡Vaya! ¿Así que Su Santidad se ha dignado...?

—No no. Del otro.

—Por amor de Dios, condenado Domenico.

—Me encanta ese *condenado* —dijo Dorothy, intentando sonreír; le faltaban dientes—. Es el aliento de la vieja Inglaterra.

—¿Y dónde está?

—En Mentón, o en algún sitio parecido. Debió acordarse de algún día feliz que

pasamos allí los dos juntos. Hace ya tantos años. Quiere volver conmigo. Dice que ha fracasado en todo. ¿No podríamos, cuál es la frase del señor Eliot, intentar *un nuevo comienzo*? Me dio la sensación de que estaba borracho. Lágrimas sensibleras y beodas por cable transatlántico. Demasiado tarde, le dije, las palabras más tristes del idioma.

Abrazó a Dorothy con más fuerza.

—Pobre Domenico —dije—. Lo último que sé de él es que había emprendido el camino que emprenden todos los músicos sin esperanza. Los ruidos. Un sintetizador Moog. Y cantos de pájaros como fondo.

—Oh, Dios mío —soltó de pronto Dorothy—. Perdón, perdón, perdón. Es lo inesperado de... Oh, Dios mío.

El sudor del dolor resultaba terrible por lo copioso. Hortense se lo enjugó con ternura utilizando una de las muchas toallas que había en arrugado desorden en la mesa de junto a la cama. Una cama doble, que supuse compartían aún.

—Vete, Ken —jadeó Dorothy—. No querrás... Dios mío, no es...

Decoroso, quería decir. Tenía razón. Luego, pasó el espasmo. Se quedó quieta, muy cansada, y dijo, sonriendo débilmente:

—Cicuta. *Cigüe*. ¿Recuerdas aquel *Socrate* de Satie? Dicen que van a grabarlo.

—Estaré al tanto —dije— y te lo mandaré.

—No me refería a eso, querido —sonriendo crispada a Hortense—. Es sólo las punzadas agudas cuando no lo esperas, es la sorpresa.

Recordé, con una aguda punzada, aquel día del hospital de Chicago, treinta años atrás. Carlo estaba ahora, lo sabía, por la Quinta Avenida, la gente le vitoreaba, le lanzaban serpentinas, papeles, mientras él avanzaba bendiciendo en su coche. Los papeles se amontonaban bajo las ruedas santas, como palmas. Yo había tenido dificultades taxísticas para llegar hasta allí. Me había encontrado con calles cerradas al tráfico, con bocineantes atascos. *De Pope*, había explicado el taxista a través de su tagarnina ensalivada y mordida. Ven, por favor, y haz otro milagro. La amiga y amante de la mujer que dijiste que era una santa. No, ya no se podían pedir más favores. El poder, lo había visto, caía donde caía, indiferente como la gracia, imprevisible, como la bondad. Nada de favores a amigos. Nada de amigos ya.

—Volveré antes de la hora de acostarse —dije—. Prometí pasar la velada con mi sobrina. Y... ¿debería decir sobrina nieta o nieta sobrina? Nunca lo he sabido muy bien. En fin, la verdad es que ambos nombres parecen títulos ridículos.

—Tan ridículos como la chica —dijo Hortense.

—Oh, querida, es buena chica. Es como los demás, exactamente.

—Sí —dijo Hortense en un tono *echt* americano, o realmente (*gea*) *echt* Alfredo el Grande—. Uno de los herederos.

—En realidad, deberías decir, creo, la heredera —dije.

—Querido Ken. Condenado y querido Ken. Escribes pésimamente y, sin embargo, eres endiabladamente pedante. Tengo que hacerte un busto.

No entendí la relación.

Mi sobrina Ann preparó un plato llamado resopón de Nueva Inglaterra, que no sabía más que a esponjas y agua salada. Le siguió un pastel de plátano Sara Lea, insuficientemente descongelado, y café descafeinado: en aquella casa nadie podía tolerar la cafeína. Cuando me disponía a encender un Romeo y Julieta, Ann dijo:

—No fumes, por favor, tío Ken. Eve es alérgica al humo.

Y Eve dijo:

—Dame un poco más de eso, mami, y luego Tune puede fumar todo lo que quiera. Bob va a llevarme al cine.

—¿Qué vais a ver, cariño?

—*On the Beach*. En el Symphony. Es de Gregory Peck y Ava Gardner. Sobre el fin del mundo en 1972.

El padre y marido estaba fuera, en Denver, Colorado. Tenía una conferencia de literatura comparada de fin de semana, y había preparado para ella un trabajo sobre la deuda de Strehler con Kafka. Recuerdo perfectamente que Strehler me contó, el día antes de que llegase la Gestapo, que no había leído a Kafka o, más bien, que había empezado a leer *Der Schloss*, pero que se había quedado tan sobrecogido por la calidad del alemán que había sido incapaz de seguir. Aun así, yo no tenía duda alguna de que el profesor Michael Breslow demostraría, o habría demostrado ya, la autenticidad de la supuesta deuda. En la crítica y la erudición literaria se podía demostrar cualquier cosa. En fin, alguien había leído no sé dónde un trabajo sobre mi deuda con *sir* Hugh Walpole.

Así que tomé un café descafeinado no mitigado por el humo, mientras Eve, mi sobrina nieta o nieta sobrina de catorce años, atacaba su segunda porción de pastel de plátano. Oía sus dienteillos triturar el hielo fino de la superficie. ¿Qué puedo decir de ella salvo que estaba condenada? Tenía la belleza vacía de su madre, con un pechito firme enaltecido por un sostén *Maidenform*. Iba ataviada con un vestido tirolés de confección, pues no todos los jóvenes de la época llevaban vaqueros, y las largas piernas norteamericanas iban cubiertas con medias de lana color lila. En los lindos piecillos llevaba zapatillas negras de *ballet*. El pelo, de un limpio chillón, iba cogido justo tras la coronilla con una cinta elástica y se balanceaba detrás en cola de caballo. Tenía unas delicadas orejitas rosadas y una nariz encantadora de cerdito. El cerebro lo tenía abastecido con toda la basura que los ávidos promotores de los valores, las comodidades y los estimulantes norteamericanos podían proporcionar. Era realmente uno de los herederos o herederas. Mientras reponían en el Symphony Cinema de Broadway la visión de Nevil Shute del fin llegando al sur de Australia, el otro tío abuelo de Eve hablaba, en Madison Square Garden, de que llegaba un nuevo principio para todos. Eve era la heredera de una alegría y una desesperación que en cierto modo estaban emparentadas.

Mientras rebañaba el final de su Sara Lea, el timbre de la puerta lanzó una

garbosa algarabía y, un segundo después, hizo pom pom:

—Es Bob —dijo la muchacha. Y corrió, masticando, hacia la puerta e hizo pasar a Bob. Bob era otro de los herederos. Medía uno noventa y cinco, pero aún no había reunido la carne madura que necesitaba su esqueleto. Andaba con torpeza. Llevaba gafas. Mi vagaroso cerebro se preguntó durante un instante por qué los varones norteamericanos de los tebeos habían llevado siempre gafas. Jamás había existido una raza con vista más vigorosa. Tenía algo que ver con la filosofía del consumo, quizá. Si había un espacio, lo llenaban. Pangloss había alabado a Dios por proporcionar narices y orejas con que sostener las gafas. Carlo, hombre de muchas voces, probablemente aprobase la actitud de Pangloss. Yo nunca le había preguntado si había leído a Voltaire, y era demasiado tarde para realizar una comunicación más urgente. Aquella tarde le había enviado una nota a través del arzobispo de Nueva York: el lector ya sabe, sin duda, lo que había en esa nota. Yo no tenía esperanza alguna de respuesta.

—Éste es Tune —dijo Eve—, el señor Toomey, el gran escritor. Éste es Bob.

Se disparó un brazo largo delgado cordial.

—Hola, señor Toomey. ¿Qué tipo de cosas escribe usted?

Llevaba unos pantalones color ante interminablemente largos y un anorak verde ácido. En aquella cara joven había todo un continente de benevolencia inocente.

—Novelas. Como Nevil Shute. Bueno, no precisamente igual que Nevil Shute. Él es un ingeniero, sabes. Él colaboró en la construcción de la Ríoi.

—¿Ah, sí? —nunca había oído hablar de Nevil Shute—. No leo mucho, señor Toomey. Eve y yo vamos mucho al cine. Tarde o temprano, tienes todos los libros en película. Es sólo cuestión de esperar.

—*On the Beach* es de Nevil Shute.

—¿De veras? Bueno, lo que digo, lo único que tienes que hacer es esperar —con una entonación absolutamente encantadora—. ¿Estás ya, Evie?

Y allá se fueron, herederos de cines con máquinas de palomitas de maíz y Coca-Cola en el vestíbulo. Y también, aunque en algún otro sitio, nubes funginosas y muerte por hambre. Ahora se me permitía ya fumar. Ann dejó los platos para más tarde. Nos sentamos en un par de mecedoras del largo salón que era, en realidad, la biblioteca de literatura comparada del profesor Breslow. Era una noche de primavera magnífica. La ventana daba a la calle 91 Oeste y, si la abrías y sacabas la cabeza y mirabas hacia la izquierda, veías Riverside Drive y un magnífico crepúsculo químico sobre el Hudson. Aquella familia estaba bien instalada en el mundo, podía esperar un futuro magnífico. Mi sobrina Ann, de treinta y tantos por entonces, era tan dulce y poco nutritiva como una chocolatina Hershey.

Buenos dientes, cutis radiante, figura floreciente y bien contenida.

—Acabo de pensar —dije— que esos dos chicos prefieren ir y ver el fin del mundo por el desplazamiento hacia el sur de polvo atómico tóxico que oír la nueva palabra del Señor en Madison Square Garden.

—Bob es anabaptista —dijo ella—. Eve no se preocupa demasiado por la religión. Pero no le digas eso a mamá.

¿Mamá? Oh, sí, claro, mamá era Hortense.

—Mike tenía esta idea —continuó— de que los chicos deben elegir lo que prefieran creer cuando tengan edad suficiente para entender de qué se trata. No quería una repetición de su propia niñez.

—Qué ironía. Hay otro tío abuelo o abuelo tío de Eve que es cabeza de la Iglesia y ella prefiere ir a ver lo del polvo atómico.

—Yo a Mike le decía que teníamos que empezar a formarla pronto. Él insistía en que fuese a colegios donde no enseñasen religión. Si nunca lo ha tenido, no lo echará de menos. Yo le expliqué lo de nuestro Señor que murió en la cruz y ella dijo «Pobre chico. ¿Y le dolió mucho?». Ya se planteará eso cuando lo necesite.

Y luego, añadió:

—En realidad, no hay un verdadero parentesco, sabes. Yo apenas si me acuerdo de papá. Y luego, se marchó y dijo que no éramos hijos suyos. Y mamá no decía nada.

—Legalmente —dije—. Legalmente.

Luego, añadí:

—Tu madre recibió una llamada telefónica de tu padre legal. ¿Te lo dijo?

—Nunca me dice nada. No la veo mucho. No le caigo bien. Nunca le caí bien. Siempre era John, John, John. ¿Y qué le dijo?

—Quiere volver con ella. La ley católica y el remordimiento católico le están torturando en la vejez. Lazos indisolubles. Ella no le quiere, por supuesto. Es muy probable que se lance a beber hasta matarse.

—¿Te apetece una limonada casera?

—Preferiría coñac.

Se dirigió a un vasar que había bajo estanterías llenas de literatura comparada y una fotografía de Thomas Mann como un desdeñoso industrial de Hamburgo. Tenía las piernas elegantes de su madre. Sacó una botella de Christian Brothers. Dijo, sirviendo, por mi parte dije *basta* muy pronto:

—Tuviste tiempo para charlar un poco con Eve. ¿Qué te parece?

—Demasiado pronto para decir nada. Una chica encantadora, pero, Dios santo, ¿qué les enseñan en estos tiempos? Su mitología es el programa de televisión de dibujos animados del domingo por la tarde. Empezó a leer *El guardián en el centeno*, pero no pudo entrar en él, le resultaba muy duro. Es difícil para una persona de mi generación charlar sobre Supermán y el Pato Donald y Debbie Reynolds. Dios santo, tú te educaste en francés y en italiano, pero ella no conoce ningún idioma. Leen veinte versos de Virgilio en clase, en mala prosa inglesa. Vio una película sobre Helena de Troya. El pasado está muerto y el mundo de fuera de Estados Unidos no existe. ¿La has llevado alguna vez a Europa?

—Fuimos a Francia, pero no podía soportar la comida.

—Temo —dije proféticamente— el gran vacío. Es posible llenarlo durante un tiempo con Walt Disney, pero va a soplar un gran viento que se va a llevar toda esa borra. Calmantes más fuertes. Me contó que uno de sus profesores estaba metido con las drogas. Había leído un libro de un tipo, dijo ella, que quizá yo conociese, y resultó ser mi viejo amigo Aldous Huxley. Todo sobre visiones y realidad y conseguir la verdad por la vía fácil, como encender el televisor.

—Sí, ése fue un profesor que se llamaba Perrin. Tuvieron que echarle.

—Bueno —dije yo—, es tu hija. Y son los Estados Unidos. Pero, hablando como europeo decadente, yo diría que necesita alimentarse con algo sólido. No caramelo hilado y guau e incoherencias.

—No es más que una adolescente sana, normal y buena —dijo ella, a la defensiva.

—Con alergia al humo de puro. Y, según ella cuenta, a las pieles de tomate. Y a la vara de san José y la estación de la vara de san José. Y le dan picores cuando toca un gato. Todo eso son sustitutos del remordimiento europeo.

—Sexualmente es normal, por otra parte —dijo Ann.

Esto parecía una indirecta contra mí. Por supuesto, también contra su madre.

—Doy gracias a Dios por ello —añadió.

—¿Quieres decir que ya se ha acostado con ese joven larguirucho que la lleva al cine? ¿Y que tuvo las reacciones físicas correctas?

—Es una marranada decir eso, tío Ken, y lo sabes. Quiero decir que le gustan los chicos, y puntuó 85 en aquel cuestionario sexual que salió en *Mademoiselle*. Es normal. Y es buena —luego se ruborizó—. Empezó a leer un artículo en una de esas revistas literarias de Mike. Era sobre lo que llamaban la veta homosexual de la novela inglesa. Vio allí tu nombre y dijo: «Aquí dice algo de Tune, no sabía que hablaran de él en las revistas». Y luego dijo: «¿Qué significa homosexual?». Fíjate si es inocente.

—¿Y tú o Mike, la ilustrasteis?

—Mike fue muy bueno. Dijo que a los homosexuales les gustaban los hombres, que eso es lo que significa, homo, hombre. Y ella dijo: «Bueno, entonces yo soy homosexual».

—Esa etimología es falsa. En fin, así que su Tune es una especie de influencia corruptora. Y Supermán y Gregory Peck y el senador McCarthy son influencias magníficas. Será mejor que me vaya. Quiero charlar un poco con tu madre antes de acostarme.

—No le digas lo que te he dicho de que Eve no va a la iglesia. Ni le expliques lo que hemos hablado.

—No tiene un gran interés especial por Eve. Tiene bastantes preocupaciones personales en este momento.

—Mira, tío Ken, yo no quería que te ofendieses, sabes. Quiero decir, sé que no puedes evitar ser como eres...

—Como era, Ann. Ahora soy lo que tu hija cree que soy... todo eso quedó en el

pasado, sabes, fue hace cien años ya. Gracias por la cena.

Y besé secamente su frente estrecha.

Hortense estaba en el bar, vestía una bata de casa de estampado de tigre. Estaba agotada, me di cuenta en seguida, y bebía *whisky* solo con mucho hielo.

—¿Está dormida? —pregunté.

—Se quedó dormida hace una media hora. Le puse una inyección de PT6, las inyecciones tienen que ser cada vez mayores. Volvió a hablar de la cicuta, y luego dijo perdón perdón. Creo que tiene razón ella en lo de la cicuta.

Yo tomé una copa de coñac no bendecida por hermanos cristianos. Sentí, mientras me la servía, un leve simulacro del dolor que estaba padeciendo Dorothy. El cáncer estaba localizado en el intestino delgado. Inoperable.

—¿Cuál es la versión moderna de la cicuta?

—Diría que una botella de *whisky* y unas cien aspirinas.

—Eso es engorroso y molesto. Y Carlo no lo aprobaría. ¿Has sabido, por un casual, algo de Carlo?

—¿Quieres decir por la televisión? Estuvo unos quince minutos hablándole al mundo del amor. Luego dijo Dot por qué no vemos una película. Así que vimos a Bette Davis en *Dark Victory*. No es que hubiese mucho donde elegir.

—Me refiero a algo personal. Un mensaje personal o algo parecido. Siempre tuvo una gran opinión de ti.

—Eso cambió cuando los milaneses descubrieron que san Ambrosio tenía huevos. No, no hay ninguna noticia de él, ni la espero. Que permanezca al margen de mi vida. Le agradecí aquella vez lo del encargo de la escultura, pero se lo habría agradecido a cualquiera. Y no tardaré mucho en estar agradecida a esa gente de Bronxville.

—¿Qué gente?

—Los del Wheeler College. Les gustaría que diese historia del arte. Les di una vez una charla sobre la técnica de la escultura. Resultó muy bien. Voy a necesitar un trabajo. No por el dinero, claro.

—Pobre Dorothy, pobre. ¿Cuánto más podrá aguantar?

—¿Cuánto más podré aguantar yo? Cristo ayuda un poco. Pero no creo que la crucifixión fuera tan mala como el cáncer.

—¿Crees que Dorothy querrá... bueno, que lo pide en serio?

—Grita muy en serio. Y considero que eso es pedirlo muy en serio.

—Yo he tenido problemas para dormir. En Marruecos, los médicos no se plantean problemas para firmar recetas. Tengo en la maleta unas cien pastillas marrones. Sé que eso servirá. El pobre Jack Tallis zarpó hacia el otro mundo desde Tánger a los treinta y cinco. No fue cáncer, fue amor contrariado. Te las dejaré. Si las tienes, resulta más fácil postergarlo y postergarlo y postergarlo hasta que no puedes postergarlo más. ¿Por qué no duermes un poco? No necesitarás ninguna pastilla.

—Ella despertará de aquí a una hora. O antes. Tengo que estar pendiente. Dormí esta mañana, cuando vino la enfermera a hacer su turno de dos horas. Dormiré

mañana otra vez. No necesito dormir mucho. Dormiré mientras repican las campanas y Carlo proclama por las cámaras de televisión amor y paz.

—Siento lo de Ralph —añadió luego.

—A Ralph le va muy bien.

—No; quería decir lo de Ralph y tú. Fue idea mía, en realidad.

—Bueno, la cosa funcionó bien durante un tiempo. Pero yo estoy viejo y flaco y tengo, además, el color de los condenados. No podía durar. Estas cosas mías no duran nunca.

—Un buen título —dijo ella—. *El color de los condenados*, para James Baldwin o Ralph Ellison o el otro colega de Ralph de allá de África. Pasó algo muy desagradable en Central Park. Cogieron a un chico blanco y le metieron entre los matorrales, junto a la estatua de Hans Andersen, y le cortaron los huevos. Había ido a mear, y su madre empezó a preocuparse porque tardaba tanto. Y ese maldito Carlo se pone a predicar sobre una nueva era de amor y tolerancia. Vete a la cama, Ken. Sueña con amor y tolerancia.

A la mañana siguiente, abracé a la pobre Dorothy por, estaba convencido, última vez. También ella estaba convencida, pues lloraba y se aferraba a mí. Una última cosa más a liquidar: último viaje a los cines, última comida en aquel restaurante belga de la calle 44 Oeste, última contemplación de los azafranes de Central Park, última comida preparada en su cocina, última visión de Ken Toomey, viejo, seco, pero horrorosamente sano. Abracé a Hortense con amor y dolor, dejé, sin ningún comentario, mi frasco de barbitúricos en la mesa del comedor, luego bajé y cogí un taxi camino de La Guardia. Allí cogí el vuelo de mediodía para Oklahoma City.

He confundido recuerdos sobre mis visitas a la universidad que se me amontonan todos y se me congelan en la memoria como una única visita genérica, y sobre la misión norteamericana de Carlo según lo que leí en los periódicos y vi distraídamente en el televisor del motel. No sé si estoy siendo justo con la época o con las posibilidades de su *aggiornamento* cuando digo que asocio esta gira continental (que no fue, en realidad, la última que hice) con la más extraña de las innovaciones, rituales o doctrinales, que bendijeron sus brazos fuertes y rechonchos. La cosa sucedió en Kansas City, en el Rockhurst College: una misa cuya liturgia se derivaba de *An Angel in the House?* de Coventry Patmore. Fue en un pueblo de Pennsylvania equívocamente llamado California (por un yacimiento de mineral agotado hace mucho) donde vi un poco de una misa de rock, con guitarras y baterías y un kirie que decía:

Señor ten piedad de nosotros sí

Cristo haz lo mismo sí

Y si tienes piedad de nosotros sí

Nosotros bendeciremos tu nombre sí

¿Bendeciremos seguro tu nombre?

No vi la misa *ballet* que se representó en Chicago, con el sacerdote ataviado con traje de malla (el bajorrelieve orquidélico de Hortense era, pues, profético), pero me invitaron, en Iowa City, a una misa popular con hogazas recién sacadas del horno y aguardiente de manzana servido a la congregación como sangre de Cristo (¿era esto en realidad un desafío al Concilio de Trento? ¿Importaba ya algo acaso el Concilio de Trento?). En Bowling Green, Ohio, o bien Kalamazoo, Michigan, hubo una sesión de confesiones al aire libre con un sacerdote ataviado con vistosa ropa de paisano y una corbata que parecía dos huevos fritos por un solo lado balanceándose sobre el pecho, engalanado con una camisa roja. Estas cosas puede creerse razonablemente que sucedan en Norteamérica, donde existe una larga tradición de folclorismo religioso. ¿Estaban pasando cosas similares en México, Perú, Guatemala? Un sacerdote de mediana edad de sotana negra trasnochadamente deslustrada me dijo, en un bar de Minneapolis, que no sabía ya dónde demonios estaba ya.

—Como lo de Dios —dijo—. Antes yo tenía una idea muy clara de Dios. Ahora tenemos a todos esos nuevos teólogos que dicen que Dios está aquí dentro no allá arriba o que es una noosfera impersonal y que la imagen antropomórfica no tiene sentido. Tres nopersonas en una noosfera anantropomórfica. Nada nuestra que estés en la nada, nada sea tu nada.

—Un lugar limpio y bien iluminado —dije—. Eso es lo que él quiere. A lo que se está oponiendo usted es a la Gran Apertura.

—Abrir es aflojar. Santo Padre, dijo el arzobispo de Boston, yo lo he olvidado todo salvo mi catecismo de escolar. Yo he olvidado hasta eso, dijo Su Santidad. Olvidémoslo todo salvo el amor, ven a mis brazos, hermanito. Eso no se contradice, en realidad, con esa porquería de la noosfera.

E indicó irritado a la pechugona y minifaldesca camarera que quería otro amargo de *whisky* solo. Un sacerdote borrachín aquel.

—Tenemos ya monjas vestidas así —dijo—. Tenemos sacerdotes *sexy*, Dios nos ampare. Gracias a Dios yo no soy *sexy*.

—La Iglesia —dije— se aproxima al pueblo.

—El burdel —dijo él— sale a por los clientes.

Aquello estaba yendo, pensaba yo, demasiado lejos. Cristo hablaba en la lengua de sus oyentes. Como el capellán de la cárcel del condado de Erie, Nueva York, que vertió el salmo 23 como «el Jefe es como mi oficial de libertad vigilada. Me hace montármelo bien y sentirme bien por dentro. Me enseña cuál es la mejor forma de agenciarse un buen expediente y él se agenciará uno bueno así también». Yo oí eso. Al ras del suelo, sin duda, sí, Dios es una cosa que funciona, hombre. Aquellos chicos no sabían qué demonios era un pastor. Un lord era una cosa de las películas antiguas.

Carlo habló a los negros de Harlem. No utilizó su lenguaje, pero le entendieron perfectamente. Habló bajo una rala luz de primavera en una calle de casuchas roídas por las ratas no lejos de la calle 125.

—Primero —dijo— dejadme que os explique lo que soy. Soy un italiano de Italia,

no de Mulberry Street. De la Gran Italia, no de la pequeña. No tengo nada que ver con la Mafia. Soy blanco, de acuerdo, y eso va contra mí. No puedo evitar ser blanco. Eso es cuestión de suerte, buena o mala. Acusad de ello a mis padres, si podéis descubrir quiénes fueron. Yo no les conocí. Quedé huérfano de muy pequeño y me adoptaron. Ahora soy el Papa, lo que significa que soy la cabeza de la Iglesia cristiana. Pero no quiero que penséis que el Papa tiene que ser siempre un blanco. No tiene por qué serlo. San Pedro fue el primer Papa, y era un judío moreno, un pescador sin un centavo para un café cuando Jesús le llamó. Jesús también era muy moreno, no negro, pero tostado por el sol. Mi Iglesia no es una Iglesia del hombre blanco. Y si ahora la preside un hombre blanco, en fin, es sólo un accidente. La próxima vez, quién sabe, podemos tener un Papa negro, o un Papa amarillo. El color no importa mucho, en realidad. Salvo el color del alma. Y no hablemos de almas negras y almas blancas. Hablemos más bien de almas sucias, repugnantes y apestosas y de otras almas resplandecientes, limpias, relumbrantes. De carretones de basura y de Cadillacs, si queréis. Si nuestras almas se ensucian, ¿a quién hemos de echar la culpa? Vosotros sabéis a quién. Ahora, escuchadme. El demonio tiene más oportunidades entre los ignorantes, los pobres, los que no tienen casa ni trabajo. Por eso, no podemos tener verdadera religión hasta que eliminemos la miseria y el hambre y el paro. Yo estoy aquí en Norteamérica por varias cosas. Pero lo más importante es pedir un cambio de corazón. Vuestro pueblo ha padecido esclavitud. Vosotros, los hijos de los esclavos, padecéis por falta de justicia. Habéis sufrido demasiado tiempo. Todo esto tiene que cambiar. Continuáis aún en la tierra de Egipto, azotados por el faraón. Yo hablo aquí ahora con la voz de Moisés. No grito «Dejad marchar a mi pueblo» sino «Dejad vivir a mi pueblo».

Carlo salió del aeropuerto Dulles, tras animar Washington con sermones radicales o reaccionarios, según el medio. Las palabras, en realidad, tenían cada vez menos importancia. Carlo comunicaba con su sonrisa, sus brazos paternales, su corpulenta y mundana solidez. Nadie puso en duda nunca su bondad. Luego, se trasladó a los países oprimidos de Latinoamérica a difundir más allá esta bondad. No era una bondad que pareciese poder cambiar apreciablemente el mundo, al menos aún no. El progreso tecnológico de aquel año de viaje papal no guardaba relación alguna con los movimientos del corazón. El *Pioneer IV* se puso en órbita alrededor del sol; se aisló la molécula básica de la penicilina; el puente Rajendra cruzó el Ganges; Jodrell Bank lanzó un mensaje a Estados Unidos desde la Luna. Se inauguró el puente del puerto de Auckland; el avión de pasajeros turbopropulsado *Vanguard* de Vickers voló dos mil quinientas millas en cinco horas y media. Rusia lanzó el *Lunik III* y fotografió el glorioso trasero de la Luna; el rompehielos atómico *Lenin* se abrió paso por el Báltico; la señora Eisenhower botó el primer barco mercante nuclear, el *Savannah*; comenzó a funcionar en Ginebra el sincrotón protónico de la CERN; el primer ministro francés inauguró el oleoducto del Sahara, de cuatrocientas millas; un piloto de las Fuerzas Aéreas norteamericanas estableció una nueva marca de velocidad

mundial de 1520 millas hora.

Tampoco la naturaleza atendió el mensaje de que el amor podía resolver todos los problemas de los seres humanos. La población del mundo, que era ya de 2800 millones, aumentó otros 45 millones... el resultado del amor, o de algo así. La América del Sur a la que voló Carlo, padeció la inundación más desastrosa del siglo; un tifón mató en el oeste del Japón a cinco mil personas y dejó sin hogar a un millón. La humanidad en conjunto, o a través de las acciones abstractas de la política, siguió incorregible, no se regeneró. Se declaró el estado de excepción en Rhodesia del Sur y también en Niasalandia; las guerrillas comunistas de Vietnam del Sur, que pronto se conocerían como el Vietcong, crearon su Frente Nacional de Liberación; hubo un levantamiento en Lhasa contra el dominio chino y el Dalai Lama huyó a la India; estallaron revueltas desesperadas que destrozaron ciudades en Durban; fue asesinado el primer ministro de Ceilán; Rusia miraba colérica a Occidente, y Occidente respondía también con una mirada colérica; el Oriente miraba furioso a todos. La tecnología y la política de poder se unieron para instalar en todas partes ingenios nucleares que eclipsaban en terror potencial a las simples inundaciones y a los terremotos. Las calles de las grandes ciudades empezaron a resultar inseguras de noche. Un cambio de corazón era, sin embargo, la respuesta al creciente desbarajuste mundial; el cultivo de la técnica del amor. ¿Podía decir alguien honradamente que esto fuese en realidad erróneo? El Papa de Roma quizá no hubiera sido demasiado realista, pero lo era más que los hombres de Estado seculares.

Por supuesto, era un consuelo saber que el hombre no era malo en realidad, y que todo podía achacarse a una especie de virus moral que había aterrizado en el Edén en una nave espacial. Si los ilustrados no podían oír hablar del poder diabólico sin esbozar una sonrisa, los jóvenes estaban muy dispuestos a creer en él. Había muchos casos de delincuencia juvenil, incluyendo *actes gratuits* de violación, tortura y asesinato, que los abogados defensores abandonaban a la puerta del diablo. El diablo se convirtió en una realidad tan tangible como Cristo para los chicos, o el Gran Jesús Negro: sus cuernos y sus ojos adornaban más de una batería de grupos de rock; se le invocaba en sesiones de drogas y aparecía estampado en las camisetas. Si Carlo hubiese convencido a un sector de la población cristiana de que existía una malevolencia palpable y generalizada que no tenía nada que ver con el Pecado Original, habría triunfado en parte en su misión.

De cualquier modo, él estaba allí. Aún me resulta difícil aceptar que aquel clérigo corpulento y glotón al que había convidado a comer en Cerdeña al final de la guerra, para celebrar el final de la guerra, se hubiera convertido en padre de los fieles y en mito poderoso. Habría sido propio del hombre que en otro tiempo fuera hermano suyo, celebrar esta ascensión con algún *Te Deum* berlioziano para instrumental cuádruple de viento de madera, diez cuernos, seis trompetas, lo mismo de trombones, tres tubas, voluminoso departamento de cocina, cien cuerdas, órgano y voces voces. El *Te Deum* habría tenido que ser, claro está, vernaculizado. Pero Domenico,

tras haber hecho su beoda súplica de reconciliación matrimonial y de haber sido, hasta el momento, rechazado, seguía con su *whisky* y su sintetizador Moog en Mentón, sin haber engendrado ni hijos ni gran música, cavilando en su soledad. Yo también estaba solo, y lo mismo Hortense, después de haber administrado su cicuta a la pobre Dorothy. Veo que esta relación habrá de convertirse ya no sólo en una crónica de soledad sino también de muerte, pero es lógico en un cronista que está también muriéndose ya. Sin embargo, el mensaje del solitario Carlo, que había de morir cinco años después de su coronación, era realmente vida.

Laura Campion me envió, como gesto de agradecimiento por mi regalo de su viaje al África Oriental, cartas y postales casi a diario. Las fotografías de las postales mostraban anchas y soleadas calles no muy distintas de las del sur de Estados Unidos, salvo por las estatuas públicas de grandes negros anónimos. Me decía en una carta.

Yo había creído que sería sumergirse en el *Corazón de las Tinieblas*, pero, por supuesto, sólo estamos tanteando una costa en la que sirios y árabes parecen controlar las cosas, y que no parece en modo alguno el África negra. En cuanto a las investigaciones antropológicas de John, todo es cuestión de consultar a otros antropólogos... estoy sorprendida de los muchos que hay, es como si todo el mundo intentara agarrar lo que puede del África tribal o primitiva antes de que la Gran África, quiero decir el conjunto, la totalidad, el continente entero, que no existe, es demasiado grande, no puede abarcarlo el intelecto. En fin, mañana empezaremos a viajar por el interior, cogeremos el tren de Dar-es-Salaam a Dodoma, luego seguiremos por carretera a Rungwe... a partir de ahí, aún no sé. Johnny ha descubierto, de segunda mano, pero parece ser la única manera, que existe una relación entre estructuras lingüísticas y constelaciones familiares, y que cuando algo como el incesto se cuele, el lenguaje se trastoca... así que parece que su teoría de que la cosa es universal tiene bases firmes. Creo que hasta ahora es magnífico, lo que he visto y también lo que he comido... pájaros asados no puedo nombrar, y grandes frutos peludos que son suaves y deliciosos por dentro, y leche de coco fermentada que huele como papel ardiendo, pero que te pone la mar de bien.

Del estado de Rukwa me decía:

Ésta es una república muy pequeña que empezó con un asentamiento alrededor del lago Rukwa y se expandió hacia el sur hasta el lago Niasa. Es un Estado muy progresista, aunque algo dictatorial. Hay elementos de disidencia que practican el terrorismo, lo que explica las poderosas fuerzas policiales y lo que denominan normas de excepción, e incidentes en las fronteras, que pueden o no ser provocados por los Grandes Muchachos del Norte. La riqueza aquí es el petróleo, petróleo, petróleo, pero no admiten técnicos blancos y todo el servicio técnico es estrictamente negro. Hay muchos técnicos norteamericanos negros, a los que los nativos no estiman gran cosa... les llaman *uruwe yanki*, o cerdos yanquis, o a veces, *tumbo cocacola*. Tu viejo amigo y hermano de la pobre Dorothy es ayudante del

Jefe, que como supongo supondrás es grande y corpulento y carismático y nada tonto, por otra parte. Creo sinceramente que persigue el bienestar de su pueblo, cosa insólita en los dirigentes africanos y los norteamericanos, en realidad. Kasam Ekuri, que antes se llamaba Ralph, trabajó en el Departamento de Información del gobierno y luego pasó su cargo a un negro de Carolina del Norte que se llamaba Jack Anderson y que ahora es Garapa Mubu; ahora el pomposo título de Ralph es coronel del *gays bisan*. Estos soldados de caballería, los que vimos en aquella película, son más que nada un elemento decorativo, pero quedan muy bien cabalgando por la llanura al sol, *flash flash*. Los omas, de los que Jimmy Bucolo sabe un poquillo, están ahora todos en lo que se llama una *kijijipya* o nueva aldea, cerca de la frontera norte. Son pacíficos y un poco simples (¿demasiada endogamia?) y eran víctimas de las incursiones de los kwangas hasta que instalaron allí una guarnición protectora. Los kwangas están por la zona de la frontera, pero no saben, claro, lo que son las fronteras nacionales, lo mismo que no sabían los pieles rojas lo que era el paralelo 49. A los omas los cristianizaron los jesuitas, pero ya no hay misioneros blancos. Me encanta todo esto y no sé cómo agradecerme...

Yo tuve que ir a Cannes como miembro del jurado del festival cinematográfico anual, con lo que las tarjetas y cartas de Laura fueron cayendo durante unas semanas en el buzón de una casa sorda. Los organizadores del festival me pagaban la habitación y la *table d'hôte* en el Carlton, pero yo pagué por mi cuenta un suplemento para disponer de una *suite* y elegir *à la carte*. Tenía como compañeros de jurado a Rayne Waters, la encarnación, y no se trata de ningún tópico, del atractivo estúpido; al director italiano Gabriele Bottiglieri; al actor y cantante israelí Alon Schemen; a Kiyoshi Arai, el epígono de Federico Fellini en Tokio; al actor Carlos Corees, hidalgo español, un diablo con las jovencitas, a la vieja y gorda Sonya Lazurkina, que estaba allí sólo para votar a la película soviética. Y una serie de periodistas cinematográficos franceses, grises todos ellos, que exclamaban *genial* en casi todas las malas películas experimentales que nos proyectaron. El plan de proyecciones era bastante arduo: dos películas largas al día y una serie de cortos, con una rubia alta y bronceada de gran elegancia y de gran fealdad encargada de apuntar nuestros nombres en cada sesión. Rayne Waters me dijo una noche echándome encima un aliento de pachulí: «Cariño, mañana tengo que pasar el día en el yate de Ari, ¿puedes firmar por mí, cielo?». Pero la rubia alta dijo:

—*Mais non*. De eso nada, *héhé*.

Si te perdías una proyección matinal, tenías que acudir a la *tenue de soirée* y luchar con gendarmes, fotógrafos y público en general, para verla por la noche. Las sesiones preliminares de votación fueron irritantes y patrioterías. La película soviética era una epopeya bélica de tres horas de duración, con efectos estereofónicos, minas

estallándote debajo de la butaca, crescendos de aviones bombardeando de la cabina de proyección a la pantalla, y su objetivo era demostrar, al parecer, que los rusos habían derrotado a los alemanes ellos solos.

—Eso es propaganda —dije yo—, no arte. Yo voto porque se elimine como indigna de una consideración seria.

—*Mais* —dijo la camarada Lazurkina— *c'est évidemment le meilleur film, on ne peut pas douter sa supériorité aux autres.*

Quería decir que la mandarían a las minas de sal si no transmitía mensaje de victoria.

—El arte tiene que ser veraz —dije—. Y esto no lo es. También los norteamericanos participaron en esa guerra, y los ingleses. Y padecemos, sabe, Londres quedó casi destruido, no sólo fue Leningrado, nos enfrentamos solos a Hitler.

—Pero si usted habló por la radio nazi —dijo Brochier, el periodista—. No me parece admisible que hable usted sobre este tema en relación con esta película.

Era un marxista; la camarada Lazurkina podía estar segura de su voto; y, evidentemente, había hecho, además, los deberes con sus compañeros de jurado.

—Yo hago un juicio estético. Mi biografía personal no tiene nada que ver con esto.

Había que traducirle la conversación a Rayne Waters. Ella asentía, sin entender nada, diciendo:

—Claro, claro.

Una aullante ópera rock sobre Cristo y Judas, Judas un héroe de ideas políticas progresistas aunque simplistas, se consideró *génial*. Yo la taché de blasfema y vulgar, porque se insinuaba que Jesús y su discípulo traidor mantenía una relación homosexual amor/odio... Brochier esgrimió de nuevo su informe:

—No le pareció a usted blasfemo defender los poemas de su amigo en Londres. Su homosexualidad, por usted mismo proclamada, es algo del dominio público en todo el mundo. Usa usted lo que se llama doble rasero.

Pudo oírse a Rayne Waters susurrando sonoramente a su traductora:

—¿Un marica? ¿Quién es marica? ¿es marica? Dios Dios.

No disfruté, pues, en aquellas sesiones. Ni disfruté entrando en el vestíbulo del Carlton después de ella sudoroso y cansado, para verme asaltado por carteles y puestos en los que se aceptaban pedidos de pornografía comercial. Alón Schemen y yo escapábamos a bares pequeños y discretos a compartir una botella de vino fresco de la tierra. Alon era un hombre de una belleza obesa, de unos cuarenta años, pero no era un mujeriego, sino que estaba consagrado a una esposa, poco atractiva y a unos hijos, que vivían en los suburbios de Tel Aviv. Había adquirido fama mundial en una película musical sobre *dybbuks*, basada en un relato de Isaac Bashevis Singer, un escritor yiddish muy quisquilloso a quien yo había conocido en Nueva York. Se parecía un poco a mi idea de...

—Leopold Bloom —me dijo una tarde en un bar de la Croisette—. Acaban de

ofrecérmelo.

—Dios santo —dije yo—, es asombroso. Yo estaba pensando precisamente... ¿una película basada en el *Ulises*? Sam Goldwyn quería hacerlo, sabes. Joyce quería que el papel se lo diesen a George Arliss. Pero sí, tú... No daría dinero —añadí.

—No conozco el libro, aunque he oído hablar de él. No, se trata de una comedia musical tipo Broadway titulada *Los Bloom de Dublín*. Creí entender Lublín, pero no, es Dublín. Tengo que practicar el acento irlandés.

—¿Una comedia musical?

—Dicen que *The Cohens and the Kellys* y *Abie's Irish Rose* fueron grandes éxitos. Creen que esto podría resultar igual. Será agradable volver al escenario. Creo que tú conoces al que va a escribir la música. Fui a Mentón a verle el domingo pasado por la noche. Me tocó una o dos piezas. ¿Qué tal te suena esto? A ver si me acuerdo de la letra...

Se puso a cantar, tamborileando un ritmo Bon da rará en la mesa:

Hoy
es 16 de junio hoy
y desde la mañana a la noche las
horas futuras
formarán un aburrido
día de
vera
no...

—¿Te refieres a Campanati?

—Sí. ¿Te parece bien el acento?

—Así que ha dejado su Moog y sus cantos de pájaros de fondo. Está bien. Salvará la vida. No es que valga gran cosa.

—El puente es

Abundante exposición carnosa
los cogotes y las fresas rojos son
carnosos albaricoques en un cesto
corriendo en Ascot
en el recinto regio
Ted

—La letra no siempre es fácil de cantar. Está escribiéndola un joven de Nueva York, Sid Tarnhelm. ¿Está bien el acento?

—El acento está muy bien. Ahora tenemos que ir a ver ese espanto peruano.

En el vestíbulo del Palais vi a mi agente de la costa oeste, recién llegado, camisa color magenta con estampado de héroes griegos de perfil. Sus ojos agudos de agente

se protegían de la Cote d'Azur con unas gafas oscuras que tenían, además, los nuevos espejos dorados insolentes que serían también favoritos de aquel que pronto entraría en mi vida. El pico de loro quedaba mal entre los mofletes. Se llamaba, resulta difícil de aceptar incluso ahora, Lev Trapeza. Me dijo, extendiendo los brazos:

—Ken. Chaval. Qué guapo estás.

—Que viejo —dije.

—Sí, pero sólo los viejos son guapos. Piénsalo, chica —dijo a la no entidad pelirroja de piernas exquisitas y pantalones cortos de lino que estaba a su lado; luego, me dijo a mí—: Se quedaron con la opción final de aquella cosa de Heracles.

—¿Sófocles?

—Ese ése. En otoño empieza la fotografía principal. El guión lo ha hecho un tipo llamado Wrigley.

—Oh, Dios santo.

—El papel principal va a hacerlo ese tipo griego que se llama Liliputopis o una mierda parecida, tienen unos nombres tan raros. Hay un dinero muy misterioso en el asunto, Ken, chaval, pero el cheque que me dieron venía sin condón, como suele decirse. ¿Vas a entrar ahí?

—No tengo más remedio. *C'est le boulot*.

—Pedofilia Productions, le llaman ahora. ¿Filadelfia? —les pregunté—. Entonces me lo deletrearon. ¿Dónde está eso? —les pregunté.

—Oh, Dios santo.

—¿Qué película es la que pasan ahora? ¿Es una en que sale la Bardot desnuda con las focas amaestradas?

—Ésta es peruana. Los peruanos y las focas tienen algo en común. Piensa en eso. Lev. Hasta luego.

A la mañana siguiente, vimos la película de Quebec, *Et Patati et Patata*. Los jurados franceses protestaban diciendo que no podían entender ni el diálogo en francocanadiense ni los subtítulos ingleses. Yo me enfurecí con ellos y dije: Por Dios, si sólo es normando del siglo XVIII. Se interrumpió la proyección, para buscar un traductor simultáneo. Por último, yo mismo hice esa tarea. Con la boca seca y batacazos en el cráneo, entré tambaleante en el vestíbulo del Carlton a la hora de comer: los carteles (¡ahora de verdad! ¡por primera y última vez!) me hacían daño en los ojos. Una mano flácida me tocó en el brazo. La cara parecía conocida. Le miré ceñudo.

—Bucolo —dijo—. Jimmy Bucolo. Profesor Bucolo. Usted me conoce.

—Pero usted —dije— tenía que estar en África.

—¿Podríamos hablar? ¿Está solo?

Llevaba un traje tropical beige sucio y tenía la cara y la cabeza tan empapadas de sudor que era como si hubiera estado remojándolas para quitarse la resaca.

—Solo —dijo—. Como yo, solo. Volví solo, ya lo ve usted. Nairobi, Casablanca vía El Obeid Murzuq y Tuggurt. Telefoneé desde Casablanca y me dijeron dónde

encontrarle. Ha sido un viaje largo, pero tenía dinero, usted lo dio. Saqué billete de ida para los tres, podría haber sabido.

Todo esto delirantemente. Los que pasaban a nuestro lado nos miraban ceñudos o sonreían ante el aspirante a actor ejecutando un papel: aquél no era el sitio, allí era estrictamente para tratos comerciales, no para arte. De pronto sentí frío y me desapareció la jaqueca. Conduje a Bucolo hacia el ascensor.

—Tengo esas maletas —dijo—. Un montón de equipaje.

Señalé la mesa de recepción.

Arriba en el gabinete de mi *suite* le serví un *whisky*. Él se sentó abatido y flaco y enfermo y demacrado. No podía con el *whisky*. Se le crispó la cara, se levantó, se tambaleó, buscando un sitio donde vomitar. Le indiqué y corrió hacia allí torpemente. Yo me quedé sentado intentando asimilar la noticia. Las pruebas que había colocado él sobre la cubierta de cristal de la mesa redonda parecían contradecirse con todo lo que yo pudiese, es decir, desease, ser capaz o quizás incapaz de creer. Dos certificados titulados republik rukwani con un leopardo agazapado, el subtítulo *Sertifikit Kifo*, los dos nombres y los números de dos pasaportes, como para el control de inmigración del otro mundo, una tarjeta de crédito del Bank of America; el cuaderno de John. Bucolo volvió y se desmoronó en el sofá frente a mí. Estaba al borde del derrumbe total.

—No tiene por qué mirarme así —dijo.

—¿Cómo estoy mirando?

—Como si debiese haberme ido con ellos. Pero yo abandoné la fe, sabe. Fue una reacción por mi hermano, mi padre y mi madre le preferían a mí, se hizo sacerdote. No es insólito en la familia, ya sabe usted. No voy a misa ya. Además, yo había tenido que ir a Morogo, sabe, a ver la ceremonia de la serpiente. Era una ruta muy segura, comprende, todos lo decían. Era sólo cuestión de unos cuantos kilómetros en el Land Rover. Una carretera asfaltada de verdad, sabe, y terreno despejado, unos cuantos poblados de chozas abandonados y un poco de maleza antes de llegar a la nueva aldea. Y todos decían que los terroristas estaban controlados, comprende. Shinya había sido ejecutado públicamente. Por un pelotón de fusilamiento. Pacificación casi total.

De pronto rompió a reír a carcajadas.

—Deje de reír, deje de reír ya por amor de Dios. ¿Qué terroristas, de qué me habla usted?

Pero siguió riéndose, enseñando unos dientes marrones. Le abofeteé. Dejó de reír.

—Gracias. Muchísimas gracias. Se lo agradezco mucho, ha hecho usted lo que tenía que hacer, gracias. Eran del partido de Mbolo en realidad, pero metieron a Mbolo en la cárcel y ellos quieren que le suelten. Pueden matar a cualquiera, pero los blancos son mucho mejor, África para los africanos, comprende. Aún siguen matando pero no hacen más que hablar de pacificación total. Represión, comprende usted.

—Pero qué pasó, dígame, usted vio...

—Les vi, tuve que identificar, comprende usted. Vi las caras, los cuerpos estaban tapados, no querían que yo viese los cuerpos. *Damu damu* decía aquel hombre en swahili, que significa sangre. Se lo robaron todo, ropa, relojes, dinero, todo. Menos los pasaportes, los pasaportes no los quisieron. Hay un hombre que representa a Estados Unidos, que vino desde Kipila, un cónsul honorífico, comprende; negro, claro. Él cogió los pasaportes. Se les hizo un entierro como es debido, se les llevó al cementerio cristiano de Kilwa Kivinje, que queda fuera del territorio, sabe. Hubo un sacerdote católico negro que presidió la ceremonia, comprende.

—Déjeme usted aclarar esto —dije—. Fueron a misa y encontraron un control de carretera cerca de un pueblo de chozas y luego les cogieron los terroristas. ¿Fue a plena luz del día?

—No, de noche, de noche, ¿comprende? Ellos iban a una misa nocturna, siempre hacen misa de noche. Si no hubieran ido a misa, si hubieran perdido la fe como yo... ¿se da usted cuenta?

—John la había perdido del todo. La recuperó a través de Laura. Oh, Dios santo, yo mandé a Laura allí.

—Usted nos mandó a todos. Pero no tiene por qué sentirse responsable, la culpa no es suya, la culpa es de la maldad de esos cabrones, nada más. Podría haber sucedido en cualquier momento y en cualquier lugar. Es sólo lo de Laura, sí, ella no habría ido si no hubiera sido por, pero podría haber sucedido en otro lugar en cualquier otro momento.

—Negros cabrones —dije—. Sucios negros cabrones: y qué hizo ese bicho asqueroso de Ralph, eh, África para los asquerosos africanos, hay que cortarles los huevos a los blancos. No vio usted los cuerpos, no, ya lo ha dicho, ya ha dicho que no los vio.

—No me dejaron verlos, sólo me dejaron ver las caras, comprende. Creo que los cuerpos tenían que estar mutilados. No tienen armas, tienen el *kisu* y el *sikkin*. ¿Puedo tomar un poco de té caliente con menta? Es lo único que me calma el estómago. Se lo agradecería mucho.

—Puede tomar té, pero menta no. No estamos en África del Norte. Los franceses no son partidarios de la menta. Pediré algo para usted. Luego tengo que irme. Tengo que ver una película.

—¿Tiene usted qué? ¿Tiene usted *qué*? Quiere decir que después de lo que yo, quiere decir que podría. —Era un ultraje para las convenciones de Mulberry Street—. Dios santo, a ver una *película*.

Telefoneé pidiendo su té.

—El trabajo sigue —dije—. Dije que lo haría y lo estoy haciendo. ¿Qué se propone hacer *usted*?

—Descansaré aquí, si usted me lo permite. Me quedaré esta noche, si no le molesta. Luego, puedo intentar volver a casa desde Niza. Le dejaré a usted sus cosas. Aquí están —indicó con las manos dos de las maletas—. En cuanto llegue, bajaré a

telefonar a San Luis. Puede usted darle la noticia a la madre de John.

—¿Por qué yo? ¿Y para qué quiero yo este equipaje muerto?

Se quedó boquiabierto ante la aspereza de mi tono.

—Usted es su tío. Su pariente más próximo. Quiero decir, el más próximo en el espacio. En fin, está en el mismo continente, aunque esté usted en Europa ahora, claro. Quiero decir, ¿qué coño puedo hacer yo, mandar un telegrama diciendo «John ha muerto»?

—Va usted a volver a Nueva York en avión. Dele la noticia personalmente.

—No puedo no puedo no puedo.

—Está bien —dije, suspirando—; Me he olvidado de la comida. Tengo que coger un emparedado o algo así. Abajo en el bar. Usted quédese aquí. Descanse. ¿Quiere usted una pastilla para dormir?

—Ya tengo. Pero sólo me provocan pesadillas. No puedo dormir. Si no le importa, me quedaré aquí tumbado, simplemente. Oh, Dios mío, mi estómago —pero era el vientre lo que se agarraba.

La película que tuve que ver aquella tarde fue un film brasileño mal hecho, titulado *Os Cidadãos*, que trataba de los bajos fondos de Río, con un tono de violencia gratuita en charros colores psitacínicos. Oí decir a los periodistas franceses «*génial*» siempre que aparecía un tópico cinematográfico particularmente tosco. Vi el asesinato violento de John y Laura muy claramente en mi propia sala de proyección interna. Se hizo parte de alguna otra película llena de atrocidades en marcos exóticos, medio depurada de su mala calidad artística, era una ayuda, se convertiría con el tiempo en una abominación que me había visto obligado a contemplar como jurado en Cannes, título y trama olvidados, aquella escena representada con una convicción aterradora pero aun así un tópico. *Genial*. Cuando salimos tambaleantes a la inmensa claridad marina tras la recogida oscuridad salpicada de gritos y de cuerpos desnudos, supe lo que tenía que hacer.

Volví a mi *suite* del Carlton y me encontré a Bucolo garrapateando como un loco en el escritorio. Me miró con un brillo demente y me dijo:

—Estoy haciéndolo. Estoy escribiendo cartas. Estoy contándoselo todo.

—¿También a la madre de John?

—Tengo que hacerlo. Es mi deber. Yo era el jefe del equipo.

—No. Yo me encargo de eso ahora.

Busqué Domenico en la guía telefónica de los Alpes Marítimos (Boulevard Caravan 22) y luego pedí un taxi para ir a Mentón.

—Voy a ver al padre de John —dije.

—¿Quiere decir su padre auténtico? ¿Ha encontrado usted a su padre auténtico?

—¿Qué demonios quiere decir con eso de padre auténtico? No hay padres auténticos. Sólo hay padres legales. Las madres es distinto. Las madres son todas absolutamente auténticas.

—¿No tengo que escribir, entonces?

—Más tarde, mucho más tarde.

Hacía una tarde espléndida, ideal para darse una vuelta por la costa. El chófer uniformado era hablador, y movía mucho los anchos hombros, y el cuello, corto y ancho. Era un devoto del cine. Al festival de Cannes le importaba un carajo el arte, sólo el comercio de la carne, aquellas aspirantes a *vedettes* exhibiendo sus vientres desnudos ante el mundo, entregándose a gordos judíos árabes. Cruzamos rápidamente Mónaco, que él reprobó como un principado que se enriquecía a costa de la debilidad humana, conocía yo el libro de Dostoievski sobre el calvario de un jugador... eso sí que sería una gran película. Por fin me dejó en el Boulevard Caravan de Menton, población que, me explicó, los italianos llamaban Mentone y reclamaban como propia. ¿Debía esperar? Sí, tenía que esperar.

Podría haber encontrado el apartamento de tercera planta de Domenico con los ojos vendados. Todo era cuestión de escalar hasta una composición sonora formada por cantos de pájaros, descensos y ostinati electrónicos y luego, llamar. Ante mi llamada, cesó el ruido. Abrió Domenico. Tenía un aspecto horrible. Estaba viejo, aunque era unos años más joven que yo, pero se había hundido en la decrepitud. Vestía un traje blanco sucio como uno de esos personajes de Conrad que se desmoronan en los Trópicos, la barriga era inmensa, estaba totalmente calvo, se apoyaba pesadamente en dos gruesos bastones. Yo no le había visto desde el lamentable suceso de La Scala. Parecía dispuesto a impedirme el paso con el bastón de la mano derecha.

—Vamos, vamos, Domenico —dije—. Vengo en son de paz.

—Me dijeron que estabas en Tánger —gruñó—. ¿Qué andas haciendo por aquí?

—Cannes, Cannes, Cannes. Donde me hablaron de ese *Ulises* en versión musical. Felicidades. Estoy seguro de que será algo sonado.

Vivía casi monásticamente en tres habitaciones, aunque la mayor parecía, prescindiendo del piano vertical, equipada con maquinaria apta para propulsar un submarino nuclear. Aquello debía ser el aparato sintetizador. En otra habitación había sólo una cama muy cursi y papel de música. El salón tenía una butaca y dos sillas de lienzo, de las que utilizaban los directores de cine en exteriores; no tenía alfombra, había una mesa de cocina de patas metálicas y cubierta plástica con tres cuencos de café sucios. Tuve una fugaz visión de lo que parecía la cocina de un submarino, demasiado pequeña para que cupiese aquella mesa, una cocina sucia con café derramado y salsa de tomate. La espléndida luz del atardecer luchaba por traspasar las ventanas sucias. Domenico se aposentó torpemente, con un respingo, en el sillón. El sillón estaba viejo y rechinó.

—¿Qué te pasa en las piernas? —pregunté.

—Se me bloquean las arterias. Es un calvario casi continuo. A veces, se va. Pero no por mucho tiempo.

—Ya sé, ya. Cojera intermitente. Pero ¿por qué vives aquí? Tienes que recibir mucho dinero de derechos de autor.

—Piensa en las pensiones de divorcio. El dinero no sirve de nada si no puedes contratar servicio. Y, en estos tiempos, no puedes tener servicio.

—Me alegro de que hayas vuelto a componer música de verdad —dije.

La verdad es que no confiaba gran cosa en la silla en que estaba sentado. Me levanté y me senté en el borde de la mesa de cocina.

—Melodías y cosas así, quiero decir.

—Conseguí un premio en el Festival de Música Electrónica de Venecia —dijo lúgubrementemente.

—Pero ¿es que andas detrás del gran mundo de los que no tienen oído?

—Ese *Ulises* se considera un gran libro. Recuerdo que en París todo el mundo decía que era el libro del siglo. Y me acuerdo de Joyce, aquel hombre flaco y ciego y borracho. Trabajé en una ocasión con Irving Hamelin. Fue idea suya lo de que yo hiciera la música. Me has cogido de casualidad, porque voy a salir ya para Nueva York.

—Debe resultarte muy penoso viajar.

—Tienen sillas de ruedas en todos los aeropuertos.

—Necesitas alguien que te cuide. Una mujer, por ejemplo.

—Tú ya sabes todo lo que hay que saber sobre ese asunto. Sabes que lo intenté. Le telefoneé de rodillas, maldita sea...

—¿Era menos doloroso que de pie? —el único mueble del vestíbulo era un teléfono de pared—. Escúchame, Domenico, escúchame con atención. Quiero hablarte de tu hijo John o Gianni.

—No es mi hijo.

—Mira, no vamos a volver otra vez a discutir eso. La paternidad es una ficción. La ley dice que eres su padre.

—¿Cómo puede decir eso cuando dice que su madre no es mi mujer?

Era un razonamiento complejo para Domenico, un tema de doce tonos con un par de *appoggiature*.

—Tú sabes muy bien lo que dice la Iglesia, y al diablo con las leyes civiles de América. Te casaste una vez y sólo una. Aún sigues casado. Y eres padre legal de dos hijos. Tienes que cumplir cierto deber.

—Prueba hablarle a Ortensia del deber. Yo estoy dispuesto a volver. Pero no como padre de esos dos niños.

—Eres un cabezota, ¿es que no puedes entender lo que te digo? La Iglesia dice que tú eres el padre, y la Iglesia tiene razón. Y el deber que tienes que cumplir es decirle a tu mujer que uno de vuestros hijos ha muerto.

Me miró con un gruñido, los ojos muy abiertos: el blanco parecía necesitar un lavado.

—¿Muerto? ¿Quién ha muerto?

—Ha muerto tu hijo John. Y Laura, su mujer, tu nuera. Hoy recibí la noticia. Junto con su equipaje, huérfano y triste. Estaban en África. Les mataron unos

terroristas en la pequeña república de Rukwa, Alguien tiene que contárselo a la madre de John. Ya sabes lo que pasó hace quince años cuando aquella chica estúpida entró gritando con un telegrama. Alguien tiene que decírselo con tranquilidad, con suavidad, antes de que cualquier imbécil le envíe una carta que la deje destrozada. Acabo de impedirle a uno hacerlo.

—¿Johnny ha muerto?

—John ha muerto. Creo que es a ti a quien te toca la responsabilidad de decírselo a ella. Carlo, si le interesase algo aparte de la humanidad en general, pensaría lo mismo. Yo no soy más que su hermano. Ya he sufrido bastante con ella. Y estoy sufriendo ahora por lo que preveo. Pero no estoy dispuesto a comunicarle la noticia y verla derrumbarse. Ésta es tarea tuya:

—Apenas si vi a Johnny. No sé siquiera el aspecto que tenía. Se cambió de apellido. Me abandonó.

—Tú le abandonaste, maldito imbécil. ¿Cuándo vas a Nueva York?

—Pasado mañana. Siento mucho que haya muerto, siempre lo siento mucho cuando se muere alguien. Anna lo sabrá ya. Siempre lo sabía cuando él se ponía malo en el colegio, o algo así. Yo lo sabía. Ella me escribió cartas durante un tiempo. No le contesté. Eso se debe a que son *gemelli*.

—Mellizos, ya lo sé, gemelos. Percepción extrasensorial de gemelos. Domenico, tú y Hortense tenéis que volver a uniros. Ella ahora está sola. No te dirá que no. Tienes que ser tú quien le dé la noticia.

—No quiero, no puedo. Dios santo, vaya problema que tenemos.

—Lo sé, lo sé. Pero es mejor tener el problema y no estar solo. Estar solo es un infierno. Yo he estado solo toda mi vida. Cuando Carlo optó por la soledad, me di cuenta de lo que siempre había sospechado. Que no era, que no es humano. Es como elegir el infierno.

—Es el infierno, sí, el infierno. Carlo creyó que todos le habíamos abandonado. Por ser humanos —y añadió—: ¿Cómo murió Johnny?

—Muy sencillo. Murió por estar en esa inmensa y asquerosa África negra. Un lugar donde los hombres blancos han de morir. Y también las mujeres blancas. Yo fui quien le pagó el pasaje a ella. Pero no me siento responsable, en absoluto. Uno nunca debe reprocharse las buenas intenciones.

—Mis intenciones eran buenas —dijo Domenico— con aquello que hicimos de san Nicolás. Quiero decir, bueno, que Dios es un cabrón. También lo es.

Empezaron a lavársele los ojos espontáneamente. Me di cuenta de que se veía a sí mismo como san Nicolás, después de que todo Hollywood le había llamado Nick, con un niño muerto en sus brazos. Se secó los ojos con la manga y dijo:

—Comprendo lo que quieres decir con lo de que es tarea mía. Una tarea infernal.

—Nadie más puede hacerlo, Domenico.

—Sí, en eso tienes razón. —Y luego añadió—: Oye, aquel apartamento de Nueva York. Es tuyo, ¿verdad? Hay ciertas cosas que un hombre no puede hacer. Tendré que

buscar algo...

—No seas ridículo —dije, a la manera de Hortense—. Si se lo di a ella, se lo di para que fuera de los dos. Una sola carne, como dicen.

—Eso está descartado —dijo él—. Eso ya terminó. Eso es lo que hace posible pensar en empezar de nuevo. La sexualidad —dijo— es un incordio puñetero. Para mí se acabó, gracias a Dios.

Volví a Cannes. Bucolo se había marchado, llevándose consigo todo aquel equipaje. Había dejado una nota: «Rompí todas las cartas que escribí, pero escribirlas me permitió soltar muchas cosas. Voy a coger el vuelo de la noche para París. El profesor Lévi-Strauss da una conferencia sobre incesto y acertijos en la Sorbona. Pienso asistir a la conferencia y emborracharme muchísimo y luego métete en el avión para Nueva York. Le dejo a usted la tarea de comunicarle la noticia a la madre del pobre John. Gracias por la ayuda que me prestó. El té caliente me sentó muy bien».

Las reuniones finales del jurado fueron un verdadero ultraje. La epopeya bélica rusa seguía con dos votos sólo a su favor: el de la camarada Lazurkina y el de Brochier. Luego, llegó un mensaje comunicándonos que si la película argelina, *Feu et fer*, no recibía el premio a la mejor película arrojarían una bomba en el Palais. Se habló con mucha pasión sobre el honor y la imparcialidad. Brochier utilizó al máximo mis antecedentes y se alió con sus *confrères* periodísticos para denunciar a la pérfida y pederástica Albión a la que yo personificaba. El premio a la mejor película fue para la yugoslava que no le gustó a nadie. El de mejor director fue para el de *Feu et fer*, cuya dirección era repugnante. El mejor *court métrage* fue para una película soviética de dibujos animados, *Shtopor*, técnicamente detestable. Así podría rebajarse la condena de la camarada Lazurkina a castigo público y expulsión del sindicato correspondiente. Yo golpeé débilmente a Brochier durante la fiesta de despedida, y fui muy fotografiado. Brochier asió mi débil muñeca y gruñó burlón: «*Deportividad —dijo—. Caballero. Juego limpio. Vous êtes tous foutus. Tous*».

Tras ensayos, tibiamente acogidos, en Toronto, Boston y Filadelfia, llegó la presentación de *Los Bloom de Dublín* en Broadway. El libreto y las canciones se perfeccionaron frenéticamente durante esta gira por provincias, como si se tratara de un avión que hubiera que reparar en pleno vuelo. Lo que le faltaba a la obra original era acción, y había que inyectársela fríamente, como adrenalina. Haines, el inglés, andaba con un revólver y con la intención de matar a Stephen Dedalus, al que identificaba con la pantera negra de sus sueños. Leopold Bloom tenía dispuesta una soga estranguladora en Barney Kiernan's. Había un coro copulante de borrachos y putas en la escena del burdel. Las canciones me parecieron buenas: el ritmo italianizante de Domenico no resultaba adecuado en un ambiente en que se adoraba la mala ópera italianizante.

En la primera escena Buck Mulligan (que interpretaba Roy Hahn) hacía una danza griega y cantaba *Helenizad la isla*:

Convirtamos esta lúgubre necrópolis
 En una auténtica metrópolis
 Pongamos una tonelada de dinamita
 En el altar y la pila de agua bendita
 Bosques donde no hay limas ni limones
 Aún pueden ver agapemones
 El buen onzo pondrá finis
 A la riqueza de Arthur Guinness
 Exorcicemos la pena y el pecado
 ¡Que entre la luz del sol pagano!

Stephen, interpretado por el excelente y joven tenor Tony Haas, cantaba una acerba canción maternal:

¿Cuántos piojos tienes en el peine
 Madre Irlanda?
 Amarga y zorra, aunque de dulce lengua,
 La cerda primigenia,
 que devoró a su cría,
 Te di mi corazón... ¿qué más darte podría?
 Déjame en paz, por Dios, vivir mi vida.

El señor Deasy durante esta primera escena en Martello Tower entró a anunciar que no había escuela aquel día y a predecir la muerte del Imperio Británico:

Inglaterra está en las garras de los judíos

Está en las zarpas de los judíos
Está en las fauces de los judíos
Los judíos en hordas monetarias pululando
La sede de los lores invadiendo
Juventud y verdad prostituyendo
Con sus órganos de información
Los hijos de Israel
Los dueños del trono imperial son.

Y luego, con su verso sobre Irlanda, que nunca ha perseguido a los judíos, porque nunca los ha dejado entrar, se oscurecen las luces y aparece el gran Alon Schemen, como Bloom, cantando que es 16 de junio:

Que venga ya.
Si hay algo más previsto
Que venga ya
Este 16 de junio
Mil novecientos cuatro
Después de Cristo.

Molly, la soprano profesional, interpretada por la voluptuosa Gloria Fischbein, también ella soprano profesional, cantaba en la cama un dueto con su propia voz grabada, un contrapunto de *Vieja y dulce canción de amor* y

Vendrá está tarde, vendrá a las cuatro
Retorciéndose los bigotes y alegremente tarareando

y, luego, Bloom añade su propio contrapunto sobre Boylan Boylan Blazes Boylan. En la escena de la oficina del periódico Schemen hacía un monólogo cantado, largo y soberbio, sobre las tribulaciones de los judíos (*Vagar, Vagar*), y, en medio de un ensueño cerca de la Columna de Nelson, la canción cumbre del espectáculo:

Eres la flor del monte
Corona del bosque
Eso te llamé
Día de estío abrasador
Primavera de amor
¿Volverás otra, vez?

El decorado, telones de fondo sobre todo, basados en fotografías eduardianas de Dublín, era obra de Hortense Campanati. También ella estuvo presente, con su

marido, el día del estreno en el Palace Theatre, esbelta y elegante con sus sesenta y pocos, el parche del ojo ya plenamente aceptado como un elemento de *couture*, aquella noche un relampagueo de brillantes sobre un fondo de terciopelo negro, el pelo, claramente de un gris azulado, cayendo en un bucle sobre él. Se sentó en la última fila de lunetas, junto al pasillo. Junto a ella, en aquel pasillo, en la silla de ruedas que ella misma había empujado para entrar en el teatro, se sentaba Domenico Campanati. Me preguntaba si la versión musical de una obra maestra de la literatura totalmente inadaptable, para ser sinceros, le recordaba los buenos tiempos del París vanguardista, de la juventud y la esperanza.

Cuando, en el primer acto, apareció *AE* George Russell, brevemente, con un ejemplar de *El periódico del cerdo*, recordé claramente el acontecimiento de aquel día de Dublín que mostró a un adolescente el carácter de su sexualidad. *Ulises* le había dado a Russell una coartada que ninguna alegación histórica podía desbaratar. Al caer el telón del primer acto, con aplausos y la ensordecedora canción de cuco que aullaba al mundo la deshonra de Bloom, pensé, sonriendo para mí, cómo habían cambiado los tiempos y que yo había tenido algo que ver con el cambio. Era posible ya publicar, en el *Joyce Newslitter* o algo así, un artículo sobre la mutilada historicidad de aquella novela, revelando por qué no había podido estar Russell en la Biblioteca Nacional cuando Joyce dijo que estaba.

Al salir al vestíbulo, vi al profesor Breslow, marido de mi sobrina, y le dije:

—Yo estuve en Dublín aquel día famoso. Perdí mi inocencia en el Hotel Dolphin. Alguna vez te contaré la historia.

—Oh, sí —pero no le interesaba, en realidad. Luego, dijo, con resentimiento de erudito—: Nunca se me ocurrió que fuesen capaces de convertirla en una obra de entretenimiento para el público.

—Estoy de acuerdo. Primero habrían tenido que transformarla en una auténtica novela, con acción y motivos. Por muy grande que pueda ser *Ulises*, no es una novela.

—Después harán *La montaña mágica*. O la obra maestra de Strehler.

—A Strehler no le habría importado.

—O *Der Schloos*.

—Eso ya está hecho —mentí—. Una versión estilo Broadway, muy vivaz. La vi en Berlín Oeste.

—No lo creo. ¿Vamos a beber algo?

Había un bar pequeño casi al lado del Palace Theatre. Nos abrimos paso hasta él y pedí automáticamente Guinness.

—Así que no vino Ann —dije—. Creí que le gustaría el teatro de género más ligero.

—Aún no está bien —dijo, con espuma en los labios—. Ha tenido crisis de depresión suicida después de la histerectomía. No está nada bien. Le están dando sesiones de electrochoques en el Hedley.

—No sabía nada. He estado desconectado.

—Primero la muerte de su hermano. Le afectó mucho más de lo que supuse yo que le afectaría. Nunca tuvieron mucha intimidad. Salvo por el hecho de que eran gemelos.

—Lo sé. Mellizos.

—Luego, el asunto de Eve. Eso la volvió muy dura, muy estridente —una elección extraña aquel término, una elección muy propia de un académico de la literatura—. Muy victoriana.

—¿Qué asunto?

—¿No te escribió nadie explicándotelo?

—He estado viajando mucho —dije, disculpándome—. No recibía el correo. He llegado a Nueva York esta misma mañana. Vengo de Copenhague. Fui directamente de Idlewild al Algonquin. Vine directamente del Algonquin al teatro. Mañana salgo en avión para Los Ángeles. Ya ves cuál es la situación.

—¿A Los Ángeles? —dijo, con vehemencia—. Vete a verla. Dile que quiero que vuelva. Su madre quizá no, pero yo sí. Dile que vuelva a casa, que traiga también al niño.

—¿Te importaría empezar por el principio?

—Eve —dijo— tuvo un niño. Ilegítimo, naturalmente. Estamos en la gran era nueva en la que todo es bueno y todo es moral y natural y nadie tiene la culpa de nada. Yo fui tolerante. Annie no lo era ni lo es. Gruñía y regañaba como un padre anticuado, no como una madre. No mostraba la menor compasión. En fin, la chica fue una estúpida, pero en estos tiempos todos los chicos son estúpidos. Tuvo el niño en el pabellón público de un hospital del Bronx. El padre procedía del Bronx. Es todo lo que sabemos del padre. Hubo un gran concierto de música rock en Cliffside Park, Nueva Jersey. Copulación adolescente. Allí fue donde ocurrió. Luego, lo continuaron con un par de noches despreocupadas, en una casa vieja de pisos del Bronx. Una chica de dieciséis años, Dios nos ampare, proclamando su derecho a la maternidad ilegítima. Ahora se ha llevado a Belial, como llama al niño, a California. Redfern Valley. Ha ido a unirse a los Hijos de Dios.

—No me lo repitas. Dime sólo qué nombre le puso al niño.

—Belial. Y no sacó el nombre de *El paraíso perdido*, no. Es que les ponen a los críos nombres como Belcebú y Mefistófeles. Es la nueva libertad.

—¿Qué son esos Hijos de Dios?

—Es ese evangelista, God Manning le llaman. Dirige una comunidad religiosa grande y cerrada. Los Hijos de Dios. Están en un antiguo campamento del Ejército. Ahora, cultivan la tierra y tienen cerdos y vacas y se mantienen al margen del peligroso mundo moderno.

—God de Godfrey. Ese nombre, aparte de la evocación divina, me suena de algo.

—Recibimos una carta en la que explicaba que por fin había encontrado la religión. Yo jamás pensé que pudiera acabar de este modo. Nunca imaginé que sería

ese tipo de religión.

—Están volviendo atrás. No creo que tengas ganas de volver atrás. Y además, ahora tienes una parodia de *Ulises* que añadir a las demás preocupaciones.

—Tengo que verla hasta el final. Estamos estudiando *Ulises* este semestre. El curso Joyce Proust Mann. Tengo que explicar por qué no puede convertirse en una comedia musical.

—Pero, demonios, lo han hecho, la han convertido en una comedia musical.

—No puede ser, es imposible.

Breslow estaba arriba, en la galería, yo en las lunetas de la orquesta. Al entrar, paré a saludar y felicitar a Hortense y Domenico Campanati. No parecían haberse movido de su sitio durante el descanso. Tenían en la mano bebidas casi terminadas. Alguien debía habérselas llevado. Saludé y felicité. Se mostraron corteses, amistosos incluso, pero no se comportaron como mi hermana y mi cuñado. Lo necesitaban, probablemente, sostenían como un caro artefacto de cristal, en una Quinta Avenida ventosa y violenta, su recién recompuesta relación y excluían las relaciones de su anterior estado de ruptura.

—Siento mucho lo que le ha pasado a la pobre Eve.

—Es una chica abominable —dijo Hortense.

—Felicidades de nuevo.

Todos nos hicimos reverencias de despedida.

El segundo acto empezaba en el hospital de maternidad de Holles Street, donde Bloom y Stephen se encontraban por primera vez entre estudiantes que maldecían contra la fecundidad. Stephen, apodado el bardo protector del toro, porque había incluido la carta del señor Deasy sobre una cura para el ganado enfermo en el periódico vespertino, y Bloom, un padre, que proclamaba igualmente su veneración por el fértil Toro del Sol. Pero un par de estudiantes, con bastones y *cadeys* de paja, cantaban:

Copulación

Sin población

Ésa es la solución

Que el mundo necesita

¿Por qué tenemos que tener llenas las casas

De mocosos llorones y caca?

El espacio se puede aprovechar

perros, gatos y loros criar.

Sodomización

Como variación

Ésa es la solución

Que los cálidos cables eróticos hace vibrar

Pero el verdadero fin

Del amor
Es uteral
Lo dicen los poetas
Un paraíso terrenal
Con Eva y con Adán
y con prohibido engendrar a caín
Escrito por fuera en la pared
y cop u lad

Luego, entraba Buck Mulligan, pingando de la lluvia, seguido de Haines, con un revólver. Bloom le desarmaba. Stephen huía hacia las luces de la noche. Bloom le seguía. Luego, la gran escena fantasmagórica, con el inconsciente crudamente expuesto, con mucho trabajo para el coro, la madre de Stephen alzándose mágicamente de la tumba, Stephen desbrozando el candelabro con su plantaceniza, organizando un escándalo, zurrado por los soldados ingleses, Bloom inclinándose tiernamente sobre él y cantando luego una visión de Rudy muerto. Hubo lágrimas entre el público, como en una adaptación de *Mujercitas*. Bloom y Stephen en la cabaña del cochero, el salmodiante Murphy, un dúo de tenor y barítono antes de separarse, pero prometiendo reencontrarse, basado únicamente en las palabras «El arbolcielo de estrellas cuelga con húmeda fruta azulnoche». Luego, la escena final para Molly, un virtuoso de veinticinco minutos. El punto de vista del público era el de la pared del dormitorio de Eccles Street, de modo que el suelo estaba inclinado hacia arriba y la cama alzada. Contemplábamos a Gea Tellus desde la luna. Molly cantó, monologuizó, finalizó con una evocación flamenca de Gibraltar y de amor juvenil, beso bajo muralla mora mezclándose con otro de las colinas de Dublín. Un bis:

Eres la flor del monte
Corona del bosque
Eso me llamaste
Día de estío abrasador
Primavera de amor
¿Volverás otra vez?
¿Volverás otra, vez?

Y luego, la coda del sí con un coro en do mayor en crescendo y disminuyendo, el último sí susurrado. Telón. Aplausos. Muchos aplausos. Santo Dios, pensé, si los críticos de Nueva York no se la cargan, puede funcionar.

Al salir, me encontré con Breslow.

—No resulta —dijo— porque no puede resultar.

Estaba muy abatido, un Bloom a cuya esposa le habían vaciado el vientre y cuya hija había sido encauzada por la senda de la maternidad en Mullingar.

—Ven conmigo al Algonquin —dije, compadecido—. Podemos tomar algo en el

Blue Bar.

Fuimos andando hasta la calle 44 Oeste, que sólo quedaba a un par de manzanas. Había por allí muchos afronorteamericanos escandalosos. Tuve una estúpida visión de Carlo bendiciendo con brazos gordos la violencia inocente del hombre desde una ventana iluminada a cuarenta plantas de altura. De la rejilla de ventilación brotaba rizado el humo del infierno. Una luz roja y amarilla iluminaba y apagaba rostros alegres de malevolencia gratuita. En el bar, pedimos *whisky* escocés con hielo.

—La histerectomía... —dije.

—Tenía algo, algo maligno, sabes.

—¿Malévolo?

—¿Hay diferencia?

—Mira —le dije—. Yo voy a ir a California a ver una película basada en una de mis primeras novelas. Sobre Sócrates. Iré también a ver a Eve. ¿Dónde queda ese lugar que me dijiste?

—Redfern Valley. A unas treinta millas de Los Ángeles. No te dejarán entrar. Lo sé. Lo he intentado.

—Pero, Dios santo, un hombre tiene derecho a ver a su hija.

—El mensaje que te transmiten es que nadie quiere ver a nadie. No quieren ninguna contaminación del exterior. Lo único que conseguí fue una nota que decía «Vete papá, estoy muy bien». Era la letra de Eve, desde luego. ¿Qué demonios podía hacer?

—Acudir a la policía, al FBI. Al gobernador del Estado.

—Eso es una locura. Aquello es propiedad privada. No puedes entrar así por las buenas. Les encantaría que la policía lo intentase. Entonces, podrían hacer propaganda diciendo que el Estado está contra Dios. Tienen una emisora de radio propia.

—¿Y la prensa entra allí alguna vez?

—Manning no es contrario a la publicidad si puede comprobarlo todo primera ¿Quieres decir que podrías entrar como periodista?

—Como representante del *Times* de Londres —decidí—. Conozco a Kilduff, de la oficina de Washington. Él podría arreglármelo. ¿Supongo que tendrán teléfono?

—Yo les llamé por teléfono. Pusieron la voz de una chica. A mí no me pareció la de Eve. El mensaje fue el mismo. Vete, soy muy feliz en el amor del Señor. El *Times* de Londres —dijo— tiene gran reputación. Podría funcionar.

—Siento muchísimo todo esto, sabes.

—Mira —dijo Breslow con vehemencia—, siempre he tenido razón en lo de la religión. La religión es peligrosa. No sabes exactamente con qué estás conectando cuando escuchas la emisora dios. Vuestro Papa se dedica a decirle a todo el mundo que todo está maravillosamente dispuesto y que Dios está aquí y el diablo aquí y que el diablo no huele a rosas y que escapa chillando cuando haces la señal de la cruz. Yo soy judío y sé que las cosas no son tan simples. Si existe Jehová, es un

esquizofrénico. Padre amante y asqueroso cabrón. Pero no creo que exista.

Le miré y estuve a punto de decir: así que tú te dedicas a enseñar literatura comparada, ese gran engendro sutil atestado de ambigüedades, te ves en una situación de melodrama, muy simple y muy cruda, el melodrama de una hija adolescente convertida en madre soltera y una esposa perturbada por la vergüenza, y tú, por tu parte, te ves convertido en padre afligido. Deja la literatura comparada: no te ayuda a enfrentarte con la vida; lee las desechadas obras de Kenneth M. Toomey, que son puro melodrama, llenas de hijos e hijas descarriados y padres con el corazón destrozado. Pero, en vez de decir esto, dije:

—Me pondré en contacto con Kilduff en seguida.

Breslow asintió silencioso, terminó el *whisky* y luego salió a afrontar el infierno de las calles y el IRT. Subí a mi pequeña *suite* y telefoneé a Kilduff. Estaba en casa y aún no se había acostado. Accedió a ayudarme.

El lugar al que fui al día siguiente era una pequeña población costera, San Jaime, casi a medio camino entre Piedras Blancas y Santa Cruz. Para llegar hasta allí, tuve que ir en avión desde Los Ángeles, en un aparato de doce asientos de la Coast Range Airways. El nombre del pueblo tenía dos pronunciaciones, como Los Ángeles. El piloto se llamaba San Jamy, y no pude evitar decir para mí, cuando aterrizamos: «Voto a tal, antes que mis ojos se entreguen al sueño, brillar ha mi honor o yaceré en la tierra». Queriendo decir mañana, no hoy. Hoy era el día de la película titulada, un tanto ibsenianamente, *Un corruptor de la juventud*. Y allí, en el pequeño aeropuerto, estaba Sidney Labrick, el director de producción, un individuo melancólico, de barba entrecana y, con él, entrando en ese momento en mi vida, Geoffrey Enright. Geoffrey Enright dijo:

—Vaya, el hombre en persona, Dios nos ayude y nos valga, no aparenta más de setenta. Y está perfectamente, por Dios, sí, perfectamente, *perfectamente*, y hasta resulta atractivo y todo.

—Geoffrey —dijo Labrick, en norteamericano— me ha estado ayudando.

Y miró a Geoffrey con ojos fríos, semicerrados frente al viento marino.

—Al menos eso decía él.

El pueblo en el que entramos luego en el Studebaker de Labrick era, y es aún, una colonia homosexual masculina. Al lector avisado quizás esto le parezca demasiado improbable, incluso para una obra de ficción, pero lo que escribo es cierto. California ha destacado siempre por el exceso o la originalidad o el llevar la lógica al límite cartesiano. Ningún decreto de la legislación californiana había convertido aquel pueblo en un enclave homosexual masculino. Se había ido convirtiendo gradualmente en eso y los heterosexuales habían ido abandonándolo, igual que los blancos abandonan los prósperos barrios negros de Queens en Nueva York, salvo que, en este caso, los heterosexuales negros se fueron junto con los blancos y también se fueron las lesbianas, blancas y negras. Los policías también eran homosexuales y, por supuesto, el alcalde. No había absolutamente ninguna mujer. Cuando me enseñaron

mi habitación en el Hollyday Inn, que se llamaba Métela hasta el fondo, según Geoffrey, aún estaba limpiándola un joven rubio de delantal naranja de volantes.

—Oh, queridos —ceceó—. Hoy vamos con muchísimo retraso. No se ha vaciado aún ni un orinal, y la casa está llena de perros de aguas.

Efebos como él eran más escasos que lo habían sido. La mayoría de los ciudadanos que había visto yo por la calle eran tipos corpulentos y musculosos, vestidos como los vaqueros. Dejé las maletas y fuimos al bar a tomar unas gaseosas Ramos. El encargado del bar era negro, duro y encantador.

—Si vieses de qué *tamaño* la tiene, querido —me susurró Geoffrey—. Le pones diez dólares en monedas de veinticinco encima y las lanza todas al aire con un latigazo sísmico.

—Ya conoces la situación —dijo Labrick—. Esta película nunca llegará a presentarse al público mientras las leyes sigan así. Las leyes cambiarán, ya están cambiando, de acuerdo con ese cambio moral que tiene que preceder al cambio legal. Pero creo que la sociedad permisiva aún tardará siete años, por lo menos, en llegar.

Era la primera vez que oía lo de la sociedad permisiva.

—Da gusto oírte —dijo Geoffrey, muy pegado a mí—. Estás hecho un buen astre.

—¿Un qué?

—Un astre. Siempre me dejo la polla fuera.

Luego, hizo un cómico gesto de horror ante una bragueta abierta imaginaria. Era un joven muy divertido, ataviado con elegancia inglesa de parodia: traje de lana oscuro, con cuello duro en la camisa y corbata azul con formas fálicas en dorado. Aún no había empezado a engordar, aunque empezaba a caérsele el pelo, que era castaño y tenía el color de la pátina del betún.

—No entiendo del todo —le dije a Labrick—. Lo de que la película no pueda exhibirse al público, quiero decir. No hay nada prohibible en la vida y la muerte de Sócrates.

—Bueno, hay que tener en cuenta cómo ha hecho las cosas Sidney —dijo Geoffrey—. Se ha entregado apasionadamente al *amor*, ¿no es cierto, Sidney?

—La historia —dijo Labrick— ha sido injusta con Sócrates. Lo mismo que lo ha sido quizá con Cristo. La historia está escrita, con demasiada frecuencia, por heterosexuales.

—Tengo entendido —dije— que el guión lo escribió Val Wrigley. Ya entiendo la relación. Entre Sócrates y Cristo, quiero decir. No sé si hice bien vendiendo los derechos de este libro.

—Bueno, la verdad es que del libro no queda mucho. Teníamos que comprar un libro para complacer a los financiadores. Yo dije que todo el asunto era del dominio público. Pero no, ellos dijeron que había que comprar un libro.

Geoffrey me miraba como una maestra de escuela preparatoria conmocionada por un despropósito pupilar.

—Querido mío —dijo—. Es a ti a quien consideramos el gran abrebraguetas.

Ninguno de nosotros olvidará nunca aquella declaración *tan valerosa*.

—Lo único que quiero decir es que Sócrates en mi libro es un filósofo. La pederastia apenas se menciona.

—Pero piensa que escribiste ese libro hace mucho tiempo —dijo Labrick—. En fin, no emitas ningún juicio hasta que veas la película. No olvides que te apuntas muchos tantos. Esta película se verá mucho en sesiones privadas. Y por privado quiero decir cines grandes, alquilados por clubes. Cuando empiece la edad permisiva será universalmente reconocida como un verdadero hito.

—Val Wrigley —dijo Geoffrey—. Tengo entendido que tú y él fuisteis ejem ejem ejem...

Jadeó exactamente al modo de Henry James antes de pronunciar la palabra:

—*Cantaradas*.

—En la primera guerra mundial —dije—. Hace casi tanto de eso como del libro. ¿Está aquí?

—Por aquí anda —dijo Geoffrey—. Está muy muy —en el tono de Noel Coward— viejo.

—Es más joven que yo.

—Ah, pero el tiempo no se ha portado bien con él, querido. A ti, por otra parte, no hay duda de que el enemigo te ha *mimado*. De todas formas, tiene un aire muy distinguido y venerable con sus ropajes.

—Oh, Dios santo, ¿es un arzobispo autocefálico?

—Ya le verás esta tarde si se viene —naturalmente, pronunció la palabra de modo que sonase como una eyaculación—. Se te invita cordialmente a una ceremonia de santo matrimonio, o quizá habría que decir patrimonio. Habrá mucho para mascar en su casa señorial después. Tanto William como Evelyn están bien provistos, ¿o se dice bien provisionados? Provistos también.

—Comamos —dijo Labrick.

Así que aquella tarde me llevaron a la boda de dos jóvenes varones en la iglesia de Juan, el Discípulo Amado. Parecía haber dos o tres arzobispos autocefálicos oficiando, pero Val Wrigley me pareció muy viejo, muy extravagante y muy autoritario. A mí me interesaba el ritual del servicio, en el que se preguntaba a William si tomaba a Evelyn por marido ante Dios, y se preguntaba a Evelyn si tomaba a William por lo mismo también ante Dios. Ambos dieron el *sí* con poderosos tonos de vaquero. Todos los presentes en la iglesia, atestada de lirios, iban muy bien vestidos, y hubo lágrimas de los sentimentales y débiles. El órgano interpretó *Promise me* y, no sé muy bien por qué, *Clair de Lune* de Debussy. Yo temblé asaltado por encontradas emociones cuando el arzobispo Wrigley declamó una buena parte de mi Génesis pervertido, que había sacado en tiempos la Black Sun Press de París en edición limitada y que constituía ahora, al parecer, un elemento del folclore homosexual anglófono. Geoffrey, que estaba sentado a mi lado, dijo:

—¿Te encuentras bien, querido? Pareces *afectado*.

—Yo escribí eso —dijo. Geoffrey dijo:

—Es evidente que necesitas que te cuiden. ¿Crees que a mí me gustaría Tánger?

—Yo lo escribí, te digo. Hace mucho tiempo, pero lo escribí.

—Tuvo que ser hace *mucho* tiempo, sí, querido.

Shakespeare se había limitado a meter su nombre en la Biblia (Salmo 46); yo había escrito realmente un libro de ella. No dije nada. La congregación empezó a cantar una especie de himno final, con la melodía del *Old Hundredth*, letra, supuse, del primer arzobispo autocefálico:

Oh Dios que nos quisiste así engendrar
 Ilumina con tu amor nuestro amor,
 Y con la luz del sol y la luz estelar
 Y los coros celestes como coronación.

Un canto, el más dulce, el canto más tierno,
 Se eleva buscando la esfera celeste.
 El éxtasis áureo del amor fraterno
 Liberado de fines terrestres.

En Ti se unirán al fin nuestros amores.
 Todos los rostros en el tuyo veré.
 Jamás acabarán las dulces efusiones
 Jamás este brazo desharé.

Geoffrey hizo un exagerado contrapunto con el amén. Luego salimos de la

iglesia, su mano en mi codo, y fuimos al banquete a la magnífica casa de la Avenida Alfred Douglas. Había demasiado jugueteo frívolo bajo la influencia del champán, y a mí me irritaba. Geoffrey se dio cuenta y dijo:

—Te entiendo perfectamente, querido mío. Una atmósfera muy artificial, ¿verdad? Quiero decir, demasiado *montaje*. Una cierta falta no ya de dignidad, sino de riesgo. Haced lo que queráis, etcétera. No hay reproche que provoque, salvo quizá por parte del arzobispo Wrigley, pero en su caso es sólo frivolidad sacerdotal. Cuéntame cómo son esos muchachitos morenos de Tánger.

—¿Cuál es tu trabajo? ¿Qué has estado haciendo con Labrick?

—El lúbrico Labrick, sí. Bueno, ayudando, comprendes. Soy un secretario bastante bueno. Escribo a máquina a una velocidad portentosa, por una parte. Dicen que soy rapidísimo en todo. Estoy acostumbrado al mundo literario y también al mundo iletrado, al que pertenece Labrick, en realidad, todo sensaciones visuales y motrices, querido mío... mírale ahora con aquella horrible zarrapastrosa que hace el papel de Alcibíades, como verás luego. Trabajé también con Irving Pollard, sabes, hasta que se puso insoportable. Yo puedo aguantar dando un sorbito cada poco, pero querido mío, con él era trago trago trago trago sin parar.

—¿Y por qué se puso insoportable?

—Bueno, por todo. Nada estaba bien. Yo mojaba la almohada con frecuencia. Frustración, sabes. Luego me hice compañero del bueno de Boyd Chilling. Un hombre muy adecuado, desde luego. Convertía en hielo la belleza con su frío. Quiero volver a *casa*, querido mío. Soy un europeo, fantaseo con nuestra gran madre azul el Med y nuestro indulgente papi el sol, el sudor goteando en mi ombligo. Aquí hace mucho sol, desde luego, pero todo está cubierto de contaminación sucia. Un día en la playa y siento mi cuerpecito *inquinado* del todo. También soy africano, desde luego, si hay que serlo.

—No me menciones África.

—Sufriste, ¿verdad? Vaya, sí, se nota. No digas más. Yo puedo ser lo que haga falta. Dejo al cochino de Labrick mañana mismo. Soy todo tuyo. No tienes más que abrir esa boquita.

Val Wrigley se acercó a saludarme. Había convertido su atuendo en un traje negro de tornasolada baratheia con cuello eclesiástico. Tenía en la mano un cáliz de ginebra y tónica. No me bendijo. Yo dije:

—Igualito que el cardenalito Newman. Llevando amablemente la luz y demás. ¿Cuándo escribes tu *Sueño de Geroncio*?

—Siempre fuiste un guasón —dijo él.

—Te defendí —dije—. No me has dado las gracias.

Había efectuado un claro cambio de Walt Whitman a una especie de Gerald Manley Hopkins que se hubiese hecho viejo, cosa que Hopkins nunca llegó a hacerse.

—Tú jamás podrías entender —dijo— cosas como fe y confianza y unidad. Somos todos miembros recíprocos. No hiciste nada por mí.

Pasó un joven rubio con canapés de *pâté* y caviar, todos exquisitamente preparados.

—¿Tienes, por casualidad —le preguntó Val—, un poco de estofado de carne en lata con cebolla?

El joven, de boca generosa y plena, negó encantador.

—Eso es cruel, Val, muy cruel.

—Todos llevamos la cruz —dijo él—. Los que pertenecen a la Iglesia Militante acaban siendo miembros de la Iglesia Triunfante. Nunca tuviste madera de mártir.

Yo no podía entender claramente el porqué de aquellas lágrimas furiosas que se me escapaban.

—Blasfemo —dije—, maldito blasfemo condenado.

Me dio la espalda y comenzó a proporcionar consejos espirituales de suma trascendencia a un corpulento joven de dulcísimos labios.

—Me voy —le dije a Geoffrey—. Tengo que echarme un rato. ¿A qué hora es la película?

—Oh, no te preocupes, yo pasaré a recogerte a ti a las siete y media. ¿Estás seguro de que vas bien solo? Pareces muy afectado.

—Estoy perfectamente solo. Por ahora, al menos. Ya te diré mañana lo de Tánger.

La película la pasaron en el Erato Cinema, una proyección privada, por supuesto, dado que la moral cívica del estado de California regía también en aquella pornotopia. Geoffrey se sentó a mi lado y me cogió la mano, o intentó hacerlo. Mis manos en realidad estaban ocupadas en gestos de disgusto o de horror incluso. Sócrates, interpretado por Atenían Pericles Antropofagoi, o algo así, un tipo feo y de nariz respingona, comenzaba la película como un valeroso soldado que salvaba la vida a Alcibíades en Potidea y luego le sodomizaba muy explícitamente. Dudando de la moralidad del amor sexual, Sócrates se casaba con Jantipa, una cómica arpía que interpretaba Timothy Rhinestone (presente, como la mayoría de los del reparto, entre el público), que le alimentaba con lentejas frías y le arrojaba el contenido del orinal. Desencantado del matrimonio, el filósofo pasa a cultivar la amistad de apuestos jóvenes y les enseña sabiduría por el método socrático, que consistía en dirigir catecismos simples durante el acto sexual. Todos eran sodomizados por Sócrates o le sodomizaban a él, Platón incluido, y en el Simposio se ensayaban todas las posiciones y combinaciones posibles, hasta límites laocónticos. En cuanto a la sabiduría que Sócrates suministraba, era la precisa para la búsqueda de la virtud, la verdad y la justicia. Odiado por los arcontes de Atenas por su valerosa condena de los chanchullos municipales, fue hipócritamente procesado bajo la acusación de corromper a la juventud ateniense. Comparecieron en el foro como testigos de la acusación su mujer Jantipa, así como Meleto, el malvado vendedor de cuero. Él pecó, decían, contra la naturaleza además de hacerlo contra el Estado. Sócrates se defendió ardorosamente, defendió el amor entre hombre y hombre, afirmando que las frías abstracciones de la inteligencia tenían que equilibrarse con el calor de los abrazos

carnales, pues el hombre era una criatura mixta en la que había que reconciliar elementos opuestos; pero, aun así, le condenaron a muerte. Jantipa aplacó su dureza y Meleto se ahorcó. La escena de la toma de la cicuta era sentimental más que fieramente carnal. Cuando Sócrates susurraba que le debía un gallo a Esculapio, Alcibíades decía que no le debía ningún gallo a nadie. Muerte y transfiguración. Fin.

Geoffrey intentó calmar mi temblor con ambas manos cuando se encendieron las luces para los vítores y los abrazos de felicitación. Labrick, los labios sonrientes y los ojos fríos, hacía una reverencia tras otra.

—Déjame salir de aquí —murmuré—. Sexo sexo sexo, Dios santo, ¿es que no puede haber otra cosa en este mundo más que la maldita sexualidad?

—Tienes que admitir, querido, que había partes muy conmovedoras, muchísimo.

—Sí, sí, conmoción carnal, *hoi falloi* condenados en movimiento constante, ¿en esto está desembocando el mundo?

—Creo —dijo Geoffrey, cuando ya estábamos en la calle, el público que salía iba camino de una fiesta de otro sitio— que te consideras ya por encima de todo eso. Crees que has conseguido llegar a una meseta de renuncia carnal. Creo que habría que demostrarte que ese lugar no existe en ningún diccionario geográfico conocido. ¿Voy o no voy a estar contigo?

—No quiero a nadie. Quiero que me dejen solo.

—Sí, eso es lo que sientes ahora. Un sentimiento que cambiará. Mira, he anotado mi número de teléfono. Estoy provisionalmente con Robin Cathcart, el que interpretaba a Platón. Llámame mañana. Sin falta. Tengo que saber, querido, ¿comprendes?

Volví al Holiday Inn, que quedaba sólo a dos manzanas de distancia, y me pasé un rato renegando silenciosamente en mi habitación, con la botella de *whisky* que formaba parte de mi equipaje. Había llegado un recado, según pude ver, de Kilduff de Washington. Le había dado aquel número en Nueva York, pues cuando volví a Algonquin me encontré con la confirmación de que tenía ya habitación reservada. El mensaje decía:

VALE CUALQUIER HORA MAÑANA.

Dormí bien tras pedir que me llamasen temprano, y cogí el vuelo del amanecer para Los Ángeles. La agencia Quartz del aeropuerto me proporcionó un coche con chófer para llevarme al Redfern Valley. Salimos en dirección este entre la contaminación y las vulgaridades arquitectónicas, camino del Mojave. Matorrales y arena y carteles publicitarios y estaciones de gasolina.

—Yo creo —dijo el chófer, un expatriado del NSW de Sidney—, que el sitio es éste.

Se refería a un pueblo en ruinas donde un sol de fuego y un seco viento batían los

vestigios de una empresa fallida: Ye Jollie Olde Engglisse Pubbe, una granja de pollos, un mísero almacén, un chiringuito de tortitas. El Ejército había estado cerca de allí, pero ya se había ido. Los Hijos de Dios no sostenían ninguna infraestructura comercial. El conductor dio con el campamento sin dificultad, a unas dos millas dirección suroeste. La atmósfera física aún era militar: una periferia de firme alambre entretejida muy alta, cabañas, puesto de guardia incluso. Sobre el portón metálico cerrado había un inmenso arco también metálico, en el que habían pintado con letras de tebeo el nombre de la comunidad. En el enorme recinto interno, donde la yerba perdía una guerra con la arena, pude ver lo que parecía un desanimado pelotón, hombres, mujeres, blancos, negros, marrones, alejándose con palas y azadones hacia un trabajo agrícola sin esperanza. Oí un gruñir amontonado de cerdos a cierta distancia.

—Menos mal que tiene que entrar usted y no yo —dijo el chófer—. ¿Quiere que le espere?

—Vuelva dentro de dos horas. Búsquese un sitio para comer.

—¿Comer, por amor de Dios, dónde?

—Tiene que haber algún McDonald por ahí. Hasta en este maldito desierto.

Se alejó, el tubo de escape resollando, y yo me acerqué al puesto de vigilancia. Había tres negros que llevaban una especie de uniforme con brazaletes COG. Iban todos armados con pistolas, y había un pequeño armero con rifles en la pared.

—¿Armas en un lugar sagrado? —dije, con temerosa jocosidad.

—Bueno —dijo amablemente el negro que parecía jefe—. Hay muchas amenazas de locos y comunistas y gente de ésa.

Telefoneó a alguien por un teléfono de pared. Un retrato de Geoffrey Manning me miraba inquisitivo: era un hombre guapo, de cuarenta y tantos, lustrosas patillas, boca sensual, ojos muy separados, como los de un perro, y entrecerrados por el resplandor de la luz divina.

—Dice que el *Times*. Dice que tiene una cita. Sí. Sí. —Luego, dirigiéndose a mí—: Aquí Jed le llevará a la Casa Grande. Están esperándole.

La Casa Grande aludida no había podido verla desde la entrada. El camino que llevaba a ella era un sendero en el que brotaban de la arena pensamientos, tras las sencillas cabañas de madera que la rodeaban en doble círculo. Nadie parecía estar en las cabañas a aquella hora del final de la mañana. La casa era de madera blanca, dos plantas, con un techo de mansarda, una baranda todo alrededor, un jardín alrededor, el suelo evidentemente importado, forsitia y buganvillas floreciendo. Un ágil joven de gafas oscuras, vestido de blanco, como para supervisar a los esclavos que labraban la tierra, se levantó de una mecedora al acercarme. Bajó los escalones con vigor, una mano de bienvenida extendida.

—Hola —dijo—, soy Jim Swinney. Tú vuélvete ya, Jed.

—Toomey, del *Times* —dije—. En mi país existe gran interés por su comunidad. Gracias, Jed.

Y, de pronto, se me vino a la cabeza el profesor Bucolo y me pregunté por qué. Por supuesto, God Manning, una especie de predicador.

—Hace algunos años, cuando yo estaba dando conferencias en Indiana, me enseñaron su ejem libro. De ahí mi interés personal. Yo también soy escritor de libros. No soy, en realidad, un empleado del *Times*. Toomey —dije—. Kenneth M. Toomey. Soy además autor de una ejem obra teológica.

—Magnífico, magnífico, excelente —estaba claro que nunca había oído hablar de mí—. Hemos recorrido un largo camino desde aquellos tiempos de vagabundeo, claro, ésta es la Tierra Prometida de los Hijos de Dios. Venid a mí todos vosotros, etc. God tiene que volver hacia el mediodía de Los Ángeles, tenía que resolver unas cosas en la misión de allí, usted la habrá visto, claro, el Templo, 1859 Sunset Boulevard. Esto es nuestra Meca. Aquí es donde estamos.

—Sí —dije—. Ya lo veo.

—Mil quinientos discípulos —dijo—, y el número aumenta. Los enfermos y los solitarios. Él cura al enfermo y consuela al solitario.

Me conducía, mientras hablaba, hacia lo que parecía un pequeño lugar aeronáutico.

—¿Cura a los enfermos? ¿Literalmente?

—Cincuenta y cinco curaciones donde habían fracasado todos los médicos. Cánceres mortales, leucemia. Jesús dijo id y haced como yo. Ya verá usted esta tarde después de comer. Éste es nuestro lugar de oración.

Se refería al hangar. Entramos, encontrándonos en el vestíbulo con una gran estatua de yeso del Señor extendiendo sus manos traspasadas: la cara, sin barba, no era muy diferente a lo que yo había visto en el puesto de guardia. En cuanto al local, era como un teatro, con asientos fijos y un escenario con telón. Había por todas partes focos y reflectores, apagados de momento. Las luces eran tenues y religiosas pero, no me cabía duda alguna, podían modificarse astutamente en un cuadro electrónico, con la ayuda del órgano eléctrico que estaba junto a la parte delantera a la izquierda, creándose la atmósfera emotiva precisa.

—Cabén dos mil personas —dijo Jim Swinney—. A veces proyectamos películas devotas. Tenemos un coro propio. Conocerá el álbum *Dios está contigo*. Se han vendido dos millones.

—Sí, claro. ¿Y viven ustedes de ese asunto? De derechos de discos, quiero decir, de ese tipo de cosas.

—Somos autosuficientes, desde luego. Nos hacemos el pan, tenemos donativos, ventas de libros, discos, eso es la base.

—¿Y tienen que pagar impuestos al Estado y al gobierno federal?

—Somos una organización religiosa. No pagamos impuestos.

—¿Le importa que fume un cigarrillo?

—Abandone esa yerba asesina, hermano. Corrompe el alma, además de corromper los pulmones. Aquí no se permite fumar ni se permiten bebidas

alcohólicas. Están prohibidas todas las abominaciones tóxicas que puedan contaminar el buen aire de Dios, ésa es nuestra norma. Ahora, le enseñaré el trabajo que hacemos.

Había una buena caminata hasta la zona de trabajos agrícolas. Se veía que habían hecho un gran esfuerzo para fertilizar una tierra mala. Campos de patatas, acres de coles. Trabajadores, negros, blancos, de origen pobre todos ellos, salvo el chiflado esporádico flaco y con aire de oficinista, la mujer con aire de bibliotecaria, desdoblaban las espaldas de su tarea para saludar y ser saludados. Hola Jack Enoch Jethro Mobil. Hola Jim. A mí, me miraban con recelo. No pude ver por parte alguna a la joven Eve. Pregunté:

—¿Y los niños, qué hacen?

—La escuela está allá abajo, en la zona de Matthew. Tenemos cuatro áreas, cada una de las cuales recibe el nombre de un evangelista. La clase terminará dentro de una media hora.

—¿Y los más pequeños?

—Tenemos eso, cómo se llama...

—Los ingleses le llamamos *crèche*.

—Eso es una palabra francesa, a nosotros no nos gusta lo extranjero. Nosotros le llamamos centro infantil.

—¿Hay hospital?

—Eso no es una palabra extranjera, desde luego, pero es una palabra sucia, para nosotros. La curación está en manos del Señor.

—¿De la deidad o ejem del señor Manning?

—De uno a través del otro. Aquello de allá son las pocilgas. Fíjese qué excelente piara de Jersey. Autosuficientes, como dije —no veía por ninguna parte a la pequeña Eve—. En trigo no somos autosuficientes. Tenemos que comprarlo. Allá está la panadería. Tenemos generadores propios. Agua corriente. Eso se instaló para la unidad de guerra química que había aquí.

—¿Qué edificio es ese que no tiene ventanas?

—Es un centro de meditación especial. Se envía allí a los niños para que hagan una meditación especial sobre sus pecados. Gracias al Señor, no sucede demasiado a menudo. El demonio les muerde cuando no están atentos. Los niños del Señor son niños buenos.

—Exactamente lo que dice el cuñado de mi hermana.

—Bueno, pues tiene razón.

Repiqueteó por el campo un parloteo de campanas jubilosas. Busqué su origen. Había rejillas de altavoces al ras de las paredes de los edificios, justo debajo de los aleros.

—God ha vuelto. Le encontramos en la Casa Grande.

Resultaba difícil determinar los antecedentes de aquel joven, tanto a nivel social como regional. La voz podría haber sido de un anabaptista sureño, pero en realidad

era la de un individuo semiilustrado, de, por ejemplo, Nebraska. Pregunté:

—¿Cuánto tiempo lleva usted con el señor Manning?

—Llámele sólo God, también cuando hable con él. Entre nosotros no hay ceremonias. ¿Cuánto tiempo? Siete años, desde que él salió del desierto. Le daré todos los datos que quiera, a nosotros no nos avergüenzan los datos. Antes de eso, dirigía una sala de billares en Concordia, no sé si sabe dónde queda.

Norte de Kansas, no demasiado lejos de la frontera de Nebraska.

—No me creerá, pues es uno de los incrédulos, pero oí un día que la voz me llamaba en el clic de las bolas. Las bolas chocaban y decían: Ven ven ven. Y así lo hice. God estaba en Concordia aquella noche, predicando, vendiendo su libro. Compré el libro. Yo sabía de libros, había sido siempre un gran lector de suciedades y frivolidades, antes. Estudié en la Universidad de Kansas de Manhattan, no sé si la conoce.

—La conozco.

—Caí en el mal camino. Y fui rescatado. Alabado sea el Señor.

—Amén.

Por entonces, habíamos vuelto ya a la Casa Grande y Godfrey Manning nos esperaba en la baranda, con los brazos abiertos. Su voz tenía esa melodiosidad superenriquecida que sólo puede encontrarse en Norteamérica. Me saludó:

—Kenneth. Kenneth. Hermano. En el nombre del Señor, seas muy bienvenido.

No quise dejarme abrazar. Subí los escalones, pero me mantuve a distancia.

—Es muy agradable estar aquí —dije, hipócritamente.

Era un hombre alto y ancho, alimentado a base de filetes. Tenía el pelo demasiado negro para no ser teñido; creí detectar un postizo. Vestía un traje de mezclilla gris y clerical, pero muy bueno. Llevaba camisa de seda crema, con conservadores botones en el cuello y una corbata gris estrecha y lisa. Nada de cháchara engañosa. Tenía unos ojos azules muy notables. Había leído que los ojos de Napoleón eran como cañones, cantáridas, profundidades celestes o remolinos. Los ojos que habían mantenido unido un imperio. Los ojos de Manning eran menos, o más, ambiciosos. Tales ojos eran un don gratuito tan importante como cualquier otra belleza física, y había poca necesidad de que fueran expresión de unas grandes dotes intelectuales o espirituales. Aquel hombre no era ni santo ni inteligente, pero era muy listo. No había sabido, al darle Kilduff mi nombre desde Washington, quién demonios era yo, pero lo había investigado. Vamos a enterarnos de quién es este Toomey. *Who s Who* le habría explicado mis triunfos, pero no mis debilidades. Mira a ver lo que puede descubrir sobre este tipo Jack Javers, del *San Francisco Chronicle*.

—Es un doble honor, Kenneth, hermano mío —dijo—. Vienes del periódico más importante del mundo. Eres uno de los escritores más importantes del mundo.

—Eso es exagerar un poco señor Manning. Yo sólo...

—Debes llamarme God. Debemos prescindir de los ropajes fastidiosos de los apellidos.

¿De dónde demonios habría sacado aquello?

—Me doy cuenta de lo pretencioso de la denominación. Pero es sólo un diminutivo de Godfrey. Me pusieron ese nombre por Godefroy de Bouillon, jefe de la primera cruzada y primer soberano del reino latino de Jerusalén.

Pronunciaba Bouillon como Bullion.

—Bouillon —añadió— sobrevive como el nombre de una sopa. Vamos a comer, tengo hambre. Confío en que aquí Jim te habrá atendido como corresponde.

—No habría podido tener un guía más amable y considerado.

—Sírvete todos los cumplidos que quieras, Jim. Vamos dentro, Kenneth, hermano.

Entramos en la casa y fuimos a parar a un chabacano salón de *parquet* relumbrante. Seguimos por un pasillo con un olor delicioso a lavanda y a cera de abejas. Pasamos luego a un comedor con una mesa de refectorio de roble y lo que parecía un aparador florentino auténtico. Los cuadros de las paredes parecían retratos de familia. Había un cuadro, nada mal hecho, de una mujer rubia que parecía estar preguntándole algo al pintor. Manning advirtió que lo miraba.

—Mi querida esposa —dijo—. Falleció. Aún es mi estrella matutina y vespertina, la luz de mi inspiración.

Entró otro hombre en el comedor; nariz grande, gafas, pelo revuelto, vestía una especie de chándal. También una mujer, que parecía, una guardiana.

—Tom Bottomky —presentó Manning—. Irma Mesolongion. Aquí Kenneth, nuestro hermano, gran escritor de un gran periódico. Recemos la oración de gracias.

Y empezó a gritar de pronto mirando al cielo:

—Tus dones, Señor, tus dones. Que los consumamos con gratitud. Que nutran nuestro cuerpo y nuestra alma para tu mayor gloria.

Nos sentamos. Yo casi esperaba que entrase Eve con el bouillon o lo que fuera, y que se le cayese la sopera de las manos de sorpresa al verme, que Manning dijese «engaño engaño mi amigo homosexual y amigo de blasfemos encerradle en el cuarto oscuro de la penitencia», pero entró un muchacho filipino con una ensalada de gambas y Manning dijo:

—¿Qué plato delicioso nos ha preparado Jessica?

—Sí —dijo el muchacho.

Y Manning me dijo:

—Toomey es un apellido irlandés. ¿Es irlandés tu padre?

—Mi padre ha muerto, claro. Sí, mi abuelo procedía de Irlanda. Fue lo que se llamaba un protestante patatero. Mi madre, que era francesa, trajo de nuevo la fe a la familia.

—La fe papista, claro —no había oído nunca la expresión, aunque la había leído en John Milton—. Pero hemos dejado ya atrás los tiempos de la división y el odio. Vuestro Papa ha hecho una buena tarea —añadió suavemente.

Nos sirvieron agua a todos. Y Manning dijo:

—Esperarías, imagino, dados tus gustos europeos, que tuviésemos algún vino de cosecha especial. Pero todos los estimulantes son abominables, incluidos el té y el café. Nuestra bebida es agua clara de arroyo cristalino.

De las tuberías, con cloro, con un sabor que recordaba al consultorio odontológico de mi padre. Imprudentemente, dije:

—La prohibición hizo mucho daño a Norteamérica. Mató...

Pero pronto me pondría, bajo la luminosidad firme y azul, a explicar toda la crónica de los Toomey y los Campanati.

—Quiero decir que, bueno, Cristo convirtió el agua en vino y el vino en su propia sangre.

—Zumo de uva puro —dijo en un tono monótono Tom Bottomley. La ensalada de gambas fue retirada y sustituida por un plato de hamburguesas con una salsa color castaño oscuro. Manning sirvió las hamburguesas, ayudado por el filipino.

—Pensar —dijo Manning— en un salvador de la humanidad partidario del vino es una blasfemia. Aquí Irma conoce todo lo que hay que saber de los horrores de la uva fermentada.

—Yo —dijo Irma, con una voz tan monótona como la de Bottomley— fui alcohólica hasta que Bob me rescató.

Era torpe, llena de llagas y deforme y daba la sensación de que podía sentarle bien un trago.

—Todos hemos pecado —dijo alegremente Manning—. Si no pecásemos, ¿cómo íbamos a poder ser redimidos? Tú, Kenneth, hermano mío, has pecado —vaya, sabía—. Pero la misericordia divina no tiene límites.

—Amén —dije—. Aquí, sin embargo —y luego—, no puede haber pecado. Hay muy pocas oportunidades, diría yo, de pecar en esta ejem santa comunidad.

—No lo creas —dijo Jim Swinney—. El demonio es un cliente insistente y duro.

—La sexualidad —dije— probablemente sea el problema perenne.

—La sexualidad se esconde ante la presencia del Señor —exclamó Manning—. Y nosotros procuramos cerciorarnos de que así sea.

—¿Cómo?

—Trabajo, oración, meditación, medicamentos.

—Ah. ¿Algo en el agua?

—Algo en el cuerpo del Señor —dijo Tom Bottomley. Trajeron una ensalada de fruta de lata, embebida en una especie de huevas de rana.

—Hay que combatir al diablo —añadió Bottomley.

Sentí deseos de salir de allí. Ya no tenía ninguna gana de ver a Eve y convencerla de que volviera a casa con su afligido padre. Siempre podía decir que había hecho todo lo posible. Mientras terminábamos nuestra agua medicada, resonaron por toda la casa, y supuse, por el campo, los repiqueteos de jubilosas campanas.

—Jim, ocúpate de que nuestro hermano Kenneth esté bien acomodado.

Y luego, entre el repicar de las campanas, elevó una oración de gracias.

—Tus dones, Señor, tus dones. Los hemos consumido con gratitud. Nutridos, reanudamos con vigor tu sagrada tarea.

Fuera, vi pelotones que marchaban hacia el lugar de oración. Las campanas grabadas lanzaban un desborde de armónicos. El azul californiano se los tragaba como podría tragarse cacahuets un cerdo. Salimos. Nos mantuvimos a distancia de los fieles que hacían cola. Vi que a cada uno de ellos un sacristán o auxiliar negro o blanco o moreno con túnica gris les entregaba lo que parecía una hostia en un envoltorio cuadrado de plástico.

—¿El cuerpo del Señor? —pregunté.

—Sí, así es más rápido. Ellos mismos lo cogen y luego, cuando reciben la señal, lo toman. No hay que esperar ante las barandillas del altar. Lo toman todos a la vez, como un solo cuerpo.

—Después del acto de consagración, supongo.

—Oh sí, se consagran todas.

Aún no había visto a Eve. Pero entonces la vi. Entraba con un grupo de mujeres de todas las edades. Todas vestían lo que parecían telas de sacos de harina sujetas con un cordel a la cintura. El pelo de Eve no parecía tener vida; tenía la cara rígida, como los demás, en una expresión de santidad insulsa o de resignación ante el duro mensaje del Señor. No era la chica que yo había visto tiempo atrás, devorando su Sara Lea, deseosa de ver el fin atómico del mundo en el Cinema Symphony. Pensé que no me permitirían hablar unas palabras con ella.

Me dieron un asiento justo detrás del lugar de oración. La luz, como antes, era tenuemente religiosa. El órgano, manejado por una especie de maestra de escuela reformada, soltó un Moody and Sankey bastante genérico. La congregación, unos mil quinientos, permanecía silenciosa y sentada. Algunos rostros se volvían a mirarme con suspicacia o curiosidad. El extraño e infiel. Uno de esos rostros fue el de Eve. Me reconoció de inmediato. Alzó las cejas casi hasta la línea del pelo. Su boca se convirtió en una O. Movié y movió y movió la cabeza. La miré ceñudo y le hice un gesto de silencio. La organista pisó el regulador, se elevó la música, se abrió el telón, los focos hicieron un crescendo del rosa tenue al rosa luminoso de la revelación. En el escenario estaba God Manning, con una bata de médico por encima de su pulcro traje gris clerical. Alzó los brazos. Cesó la música. Sin preámbulo, gritó:

—Haced esto en memoria mía y de mis prolongados y amargos sufrimientos. Pues aquí estoy presente y estaré con vosotros hasta el fin del mundo. Tomad y comed.

Los fieles rompieron, algunos con dificultades, el envoltorio plástico de la hostia.

—Éste es el cuerpo y la sangre de Dios vivo.

Así que el Concilio de Trento operaba allí: era una especie de ecumenismo. Los fieles tomaron reverentes el cuerpo en su lengua colectiva.

—Aliméntanos, bendícenos, glorifícanos —gritaba Manning, que no comulgaba, sin embargo.

Después de este acto, en la Iglesia católica culminación del drama del sacrificio, allí un preámbulo terapéutico, God Manning se relajó y sonrió.

—Damos hoy la bienvenida entre nosotros a quince nuevos hermanos y hermanas.

Se abrió una puerta lateral, al fondo, cerca del escenario, frente al órgano, se encendió un reflector, y entraron, pestañeando desconcertados ante el brillo cálcico que caía sobre ellos, un grupo de individuos que pertenecían claramente a la clase de los desposeídos, en el que predominaban mujeres negras viejas.

—Ya aprenderéis sus nombres a su hora, Dios mediante —exclamó Manning—. Ahora, vienen a nosotros sólo como hijos de Dios abandonados en apremiante necesidad. Pero pronunciaré un nombre: Rebecca o Becky Fawldon.

Una vieja negra intentó taparse la cara con las manos.

—No temas, Becky. El Señor te ayudará. Aquejada por una grave enfermedad, un cáncer en el intestino, acude a nosotros acongojada por un calvario atroz.

Sólo Dios podía saber cómo era capaz de estar allí si tenía un cáncer en el intestino.

—Llevala —dijo Manning a un par de mujeres jóvenes que se levantaron en la primera fila— a la Sala de Curación.

Las mujeres asieron a la pobre paciente negra con cierta aspereza. Se la llevaron sollozando, probablemente más de turbación que de dolor, por el pasillo central adelante. Pasó junto a mí, la piel de elefante húmeda de sudor y lágrimas, despidiendo un aroma a enfermedad y pobreza. Luego, detrás de mí, se abrió una puerta y se cerró. Manning dijo:

—De pie. Cantad al Señor nuestro Dios.

Se oyó de nuevo el órgano. Todos se levantaron. Cantaron *Let us gather at the river*. El ritmo se aceleraba a cada nuevo verso. Se oían también palmadas a compás, dirigidas por Manning. Esto era el auténtico condimento revivalista sureño. Concluyó el himno. Manning cogió a su congregación en la cúspide de la exaltación. Gritó:

—Señor Señor Señor líbranos de la iniquidad.

—Líbranos oh Señor.

—Señor Señor Señor sálvanos del enemigo del infierno.

—Sálvanos oh Señor.

—Señor Señor Señor limpia nuestros cuerpos de enfermedad, limpia nuestras almas de todo pecado, limpia el mundo sucio que nos rodea para que se convierta en el trono dorado de tu advenimiento.

—Límpianos oh Señor.

Mucho más de esto. Sentía un ansia loca de un *whisky* solo o un cigarrillo al que pudiera dar ávidas chupadas. La puerta que había a mi espalda se abrió y una de las jóvenes empezó a correr pasillo adelante, sosteniendo en alto, en una servilleta, algo negro, goteante, informe e indescriptible. Capté el olor a putrefacción intensa cuando pasó a mi lado. Quise rezar, pero a ningún Dios que fuese conocido allí. La joven

gritó:

—Aleluya, alabado sea el Señor.

—Tu sierva —contragritó Manning, con los brazos en alto— se ha curado de su aflicción gracias a Tu misericordia. Alabadle alabadle alabadle.

Los fieles hicieron su propio número de alzar brazos y alabar. No aguantaba más. Me levanté y salí. Nadie obstaculizó mi salida. Ni siquiera Manning me vio, creo yo. En la parte de atrás, me encontré con la pobre negra que lloraba profusamente en una situación que debería haber sido de alegría, sujeta por los brazos de la otra joven. Fuera, al aire libre, cometí un pecado repugnante. Encendí un cigarrillo y tragué el humo como salvación. Un ayudante o monaguillo negro apareció por la esquina del lugar de oración y, sin palabras, reprobatorio y suave, me quitó el cigarrillo de la boca. Lo cogió como si fuese aquel negro horror goteante de dentro. Me encogí de hombros y sonreí y esperé. Estaba decidido a sacar a Eve de allí. Aquél era, después de todo, un país libre.

El primero en salir fue Jim Swinney.

—No se quedó usted hasta el final —dijo—. Se perdió la curación de los tullidos y de los lisiados.

—Vi la curación de un cáncer. En realidad, vi el maldito cáncer. Ya está bien por hoy. Ahora quiero ver a mi sobrina nieta.

—¿Su qué?

—Sobrina nieta o nieta sobrina. Nunca he sabido cuál es el término exacto. La vi ahí dentro. Una chica que se llama Eve Breslow. Vino aquí con un hijo ilegítimo. Le traigo un recado de su padre. Quiero verla a solas.

—Sólo el Señor ve a la gente a solas.

Y se quedó allí plantado ante mí, desafiante, y con una sonrisilla que significaba que había adivinado mis verdaderas intenciones.

—Así que vino por eso, eh —dijo—. No para hacer un artículo para ese periódico inglés.

—Bueno, vine también por eso. Pero no veo que tenga nada de particular el que le dé un recado. De su padre. ¿Hay alguna norma que lo prohíba?

—Cristo dijo que debíamos dejar a nuestros padres y seguirle. Lo que pide usted es irregular.

Los fieles, tranquilizados por el cuerpo del Señor, pero enaltecidos por las obras y palabras de God, empezaron a salir.

—Allí está —dije—. Eve —llamé.

Jim Swinney también llamó. Y Eve se acercó a él, no a mí. Dijo:

—No he hecho nada malo, Jim. Lo juro.

—Sé que no has hecho nada malo, Eve. ¿Conoces a este caballero?

Ella no sabía muy bien si debía decir que sí o que no. Hizo una especie de culebreo. Se apretó el cordón de la cintura.

—Sí —dijo al fin—. Es tío de mi madre.

Y luego, con un patético saludo de adolescente, haciendo un círculo con la mano desde la sien derecha, añadió:

—Hola, Tune.

—Hola, Eve.

—¿Tienes algo que decirme, Eve, algún mensaje para tu padre y tu madre?

—Sí, que estoy perfectamente. Que soy feliz. Que he encontrado la salvación. Que amo a Dios.

—¿Qué tal está el niño, Eve? —pregunté.

—Está muy bien, supongo.

—Ya está —dijo Jim Swinney—. Ya tiene su mensaje.

—¿Puedo hablar con ella a solas?

Se lo pensó, mordiéndose la parte interna del labio inferior.

—Es algo irregular —dijo—, pero creo que podríamos arreglarlo.

Llamó a un sacristán o ayudante negro.

—Dick —le dijo—, lleva a estos dos a la caseta de entrevistas.

Luego, le dijo algo a Eve en voz baja.

Y así fue cómo nos encontramos, Eve y yo, recelosamente a solas, en una especie de cárcel de madera, con una cama y dos sillas. Olía a algo asado durante mucho tiempo por un calor radiante. Sólo había un ventanal alto que no se abría.

—Hace calor —dije—. Eve, tus padres quieren que vuelvas.

—Mi madre, no. Además, estoy muy bien aquí. Encontré el camino y la verdad.

—Si quisieras buscar el camino y la verdad, tu otro tío abuelo o abuelo tío estaba mejor calificado para ayudarte. La Iglesia católica por lo menos es civilizada. A mí todo esto me parece muy sospechoso. No me inspira ninguna confianza este God Manning tuyo.

—Es maravilloso. Es el testimonio vivo de la verdad.

—Le amas, ¿verdad? —dije brutalmente.

—Con toda mi alma. Es el testimonio viva Dedico mis días y mis noches a adorar y alabar al Señor. Por él encontré el camino y la verdad.

—Eres sólo una niña —dije—. Dios santo, nos has leído nada, no has aprendido nada. Y ha acabado engañándote un ejem ejem, un impostor.

—Estás blasfemando. No quiero oír más.

—Te vas a venir conmigo, Eve. Te llevaré a Nueva York.

—No, no.

E hizo algo, para mí, en aquel momento, totalmente inexplicable. De pie, como estaba, y justo junto a la puerta, intentó rasgarse la vestidura de saco. Estaba demasiado dura para sus deditos. Se desabrochó entonces el nudo del cordón de la cintura y lo dejó caer al suelo. Luego se sacó el vestido hasta la cabeza y se quedó allí desnuda salvo por unas bragas, suyas, supuse, por su finura, no dadas por el Señor. Luego, empezó a gritar y gritar y a aporrear la puerta. Debería haberme dado cuenta de que estaría cerrada. Fue abierta muy rápidamente. Y allí apareció el propio God

Manning, junto con Jim Swinney y la informe ex alcohólica. Ninguno de ellos se conmovió lo más mínimo ante la visión de la chica desnuda. Irma Mesolongion tenía preparado un albornoz, incluso. El propio Manning cogió del suelo el saco desechado. Luego, me miró fijamente. Entretanto, Eve gemía en brazos de Irma la reformada. Manning me habló de mi sucia lujuria, mi concupiscencia incestuosa, mi repugnante perversión senil. Varios Hijos de Dios, que quizá estuvieran esperando por allí con este fin, se acercaron para oír mejor. Manning dejó muy claro que sólo por la fuerza sagrada de su presencia no me despedazaban como despedazaron los perros la carne corrupta de Jael.

—Esto es ridículo —dije—. No he tocado el cuerpo de una mujer en toda mi vida. Sugerir que fuese a hacerle algo a una chica, que además es mi propia sobrina nieta o nieta sobrina. Mis gustos —dije suavemente, de nuevo el viejo y buen escritor de comedias Toomey— son de muy distinto género.

—Hijo de Sodoma —gritó prestamente Manning—. Engendro de Gomorra. Fuera de la morada de los fieles, vete de aquí y que sobre ti caiga la maldición del Dios vivo. Mentira y falsedad, debes ser sin duda un escritor de basura, aunque, gracias al Señor, nunca te haya leído. Fuera.

Había una buena caminata para volver a los portones del recinto y el puesto de guardia. Vi, gracias al Señor, que fuera estaba esperándome el coche alquilado. Detrás de mí marchaba la tropa de los salvados, murmurando, ladrando incluso (cerdo fornicador sucio pecador quizás incluso marica inglés). Manning se había ido a algún sitio, quizás a hacer una llamada telefónica conminatoria a las oficinas del *Times* en Washington. También habían desaparecido la sollozante Eve y su guardiana. Jim Swinney me siguió hasta el final. La guardia había cambiado. Aun así, todos seguían siendo negros. Un joven de ojos torturados abrió bruscamente la puerta. Llevaba en la mano la pistola automática lista. El conductor aguardaba cortésmente junto a la puerta abierta del coche. Había sido, según me había dicho, chófer de la casa del gobierno en Australia. El joven negro me acompañó hasta aquella puerta. Dijo:

—Me voy contigo, amigo, me largo de aquí.

Apuntaba con la pistola a sus antiguos colegas, que a su vez le apuntaban a él. Nadie parecía plantearse disparar.

—Rápido —dije, empujándole. Temblaba y tenía los pantalones mojados. El conductor, contento y emocionado después del largo tedio de la espera, se metió rápidamente tras el volante y puso el coche en marcha. Enfilamos la desolada carretera que llevaba a Los Ángeles.

—Dios santo —dijo el joven negro sudoroso y aterrado—, no sabes lo que es estar allí, amigo.

—Me hago una idea —dije, ofreciéndole un cigarrillo.

—¿Qué descubriste a través de él? —pregunté a Melvin Withers, de *Los Ángeles Times*.

—Lo habitual. Lo que podría esperarse. Palizas calificadas de castigo del Señor. Un harén rotativo. Dice que su hermano murió en circunstancias extrañas, pero que no puede probar nada. Nadie puede probarlo. No tiene sentido acudir a la policía. Manning es muy generoso con la policía de Los Ángeles. Tu amiguito negro corre cierto peligro.

Yo conocía a Withers desde hacía tiempo, y tenía esporádicos contactos con él. En una ocasión, le había dado un reportaje exclusivo sobre el inminente matrimonio de Benny Grimaldi, cantante y actor de sesenta años con una chica de dieciséis aún en un instituto de enseñanza media de Hollywood. Era un buen deportista pero moriría pronto. Con cincuenta años, andaba ya por la botella y media diaria de coñac californiano y las cuatro cajetillas de Lucky Strike. La ropa le olía como si estuviera empapada de esencia de tabaco. Y también la melena blanca. Despedía un aliento espeso de lo que los irlandeses llaman «picadillo ciego» (patatas guisadas con cebolla y una cucharada de Oxo), prueba de un extraño metabolismo. Estábamos sentados en un bar oscuro.

—Lee esto —dijo.

Se refería a la carpeta que había colocado en la mesa ante mí. Había muy poca luz y resultaba muy difícil leer.

—No puedo prestártelo —añadió, bebiendo una copa de coñac de un trago—. Volveré más o menos dentro de una hora. Tengo que entregar un original.

Así pues, leí el informe sobre Godfrey Manning, acompañado de otros tres vodkas con hielo. Del cielo descendía una música suave, que era un completo muestrario de mi época, desde *Darktown Strutters* a *I could have danced all night*. Un hombre corpulento que había en la barra, repetía una y otra vez: «Sí, eso supongo: Podían con eso, supongo».

La carrera de Godfrey Manning comenzaba en el pueblo de Pring, Indiana. Sus padres habían muerto en accidente de automóvil cerca de Decatur, Illinois, y él se había ido a vivir con unos tíos suyos. El pueblo de Pring era un centro del Ku Klux Klan, donde la costumbre desafiaba la ley y decía que era mejor que los negros tuvieran el sol poniente sobre la cabeza si no querían un tiro en el culo. Su tío pertenecía a esta organización y sólo salía cuando era el momento de ponerse una sábana blanca y esgrimir una cruz feroz. No gozaba de la suficiente salud para trabajar. Recibía todos los meses un cheque del gobierno por una invalidez relacionada con los pulmones y algo que había entrado en ellos en la primera guerra mundial. De la tía, se decía que tenía sangre cherokee. Trabajaba en una fábrica de catchup de tomate. Pring tenía siete iglesias y el joven Godfrey, muy inclinado a la religión, iba a todas. Le gustaba jugar a ser predicador y mandaba a los chicos

ponerse encima de las chicas para poder acusarles de pecar. Ganó todos los concursos bíblicos de las siete escuelas dominicales. Era dogmático y de temperamento fiero, pero sólo en lo relativo a la religión. Su iglesia preferida, tras una larga temporada de tanteos, era la iglesia de Pentecostés, la de los *holy rollen*. Asqueado del racismo de Pring, abandonó el instituto de enseñanza media del pueblo, cuyo director era uno de los más destacados portavoces de la intolerancia y se inscribió en una escuela de Richmond, una población mayor. Hablaba de hacerse ministro de su iglesia. Dejó la escuela con notas medias, pero varios premios en concursos bíblicos, e ingresó en la Universidad de Indiana, en Bloomington. Allá le fue mal en las disciplinas científicas rigurosas, pero se hizo famoso por su labia. Dirigía un grupo de estudios bíblicos con un entusiasmo apasionado que sorprendía a veces y siempre fascinaba. Se casó con una chica de Bloomington, hija del encargado de una cigarrería, cinco años mayor que él, Claudine Rogers, muy dada a la religión como él, pero con fama de ser muy apasionada en la cama. Se la llevó a Indianápolis, donde, aunque no había sido ordenado pastor, se convirtió en pastor de la iglesia de Eastbank. Esta ciudad, sede de las oficinas nacionales de Ku Klux Klan, era aún menos tolerante en lo relacionado con la igualdad racial que Pring, y Manning predicó valerosamente la doctrina igualitaria. Le abucheaban durante los servicios eclesiásticos. Le metían gatos muertos en los inodoros de la iglesia; le escribieron con tiza necrófilo en la pared de la iglesia. Pasó a estudiar entonces, como libre, en la Butler University, tardó diez años en conseguir la licenciatura y fue, por último, ordenado ministro de los Discípulos del Señor Jesús. Durante aquellos diez años, pasó cierto tiempo de peregrinaje, predicando a vagabundos por los pueblos, a tipos aburridos de los billares, también a estudiantes universitarios en bares y bajo los robles de los campus, y escribió y publicó a sus expensas un libro del que yo había oído hablar, desde luego, aunque no lo había visto. Podía imaginar su contenido y estilo.

Harto de los gatos muertos que encontraba al regresar a la iglesia de Eastbank, decidió fundar una secta propia, los Hijos de Dios, en un distrito de Indianápolis que estaba pasando de blanco pobre a negro más pobre. En un viaje a Filadelfia, fue a escuchar a Padre Divino, dispensador de amor y de cenas de pollo. Su estilo le pareció admirable. Y también le pareció admirable el control total que tenía sobre su rebaño. Le admiró sobre todo la clave del éxito de Padre Divino: las curaciones por la fe.

Siguió padeciendo la enemistad de los racistas. Cuando hablaba con un hermano negro en una parada de autobús, le lanzaron un botellazo. A su esposa le escupieron en un supermercado. Su iglesia pasó a ser como una guarnición asediada por un mundo loco y peligroso. Tenía que ser disciplinada, como todas las guarniciones, logró fidelidad no sólo a través de la elocuencia y el amor sino a través de castigos, algunos de ellos torpemente físicos. Creó una especie de fuerza policial eclesial. Ninguno de los miembros de su congregación le amaba menos por sus esporádicos, e imprevisibles, arrebatos de violencia. El alcalde de Indianápolis le proporcionó un

trabajo de siete mil dólares al año, como director de una comisión de derechos humanos. Habló con elocuencia en favor del amor y de la tolerancia, pero le apedrearon. Recibió llamadas telefónicas en las que le decían que se largara de la ciudad. Se mantuvo firme en sus convicciones. Su congregación creció. Empezó a entrar dinero. Servía mil comidas gratis semanales a los pobres. Compró dos autobuses viejos para llevar cantores, predicadores auxiliares o animadores y vitoreadores para propagar la palabra de Dios por el Medio Oeste en tiendas de campaña revivalistas. Empezó a curar a los enfermos, o a los que creían estarlo. En su templo de Indianápolis, se congregaban centenares de personas para verle curar la artritis, el dolor de muelas, la dispepsia, las articulaciones calcificadas, enfermedades cardíacas, epilepsia, trombosis. Le llevaron una chica cataléptica y logró reanimarla gritando, como su maestro, *talitha cumi*. Una noche, pronunció un nombre y se levantó una mujer que dijo que padecía cáncer. Manning le ordenó ir al retrete de la iglesia y soltar el tumor maligno que tenía en las entrañas. Luego, se trajo una tela con un horror apestoso y negro bamboleándose en ella. Gritos de aleluya y alabanzas al Señor. Los enemigos de Manning afirmaban que aquello era un hígado de pollo podrido.

Manning predicó un sermón feroz en el curso del cual afirmó haber recibido en sueños una visita angélica. El ángel había profetizado la destrucción del mundo por un holocausto nuclear. Fuego y lluvia radiactiva. Entre los siete lugares de la superficie terrestre que dejaría intactos el desastre, figuraba la franja del desierto de Mojave, California. Allí, los Hijos de Dios podrían hallar su albergue definitivo. Y así habría de ser. El 17 de mayo de 1956, Manning firmó los documentos que hacían de los Hijos de Dios una corporación californiana no lucrativa. Se quedó, pues, con los californianos. Fundó un orfanato. Participó en comités de beneficencia. Creó un fondo para las familias de policías caídos en el cumplimiento del deber. Dios, en ambas acepciones del nombre, sabía de dónde llegaba el dinero; pero el dinero estaba allí. Manning, predicando en el Templo de los Hijos, en el Sunset Boulevard, introducía la política local en sus arengas como un aspecto del perfeccionamiento de una sociedad cristiana; sabía ganarse al público. Podía controlar votos. Era un admirable actor de televisión. Creían en él directores de bancos y hombres de negocios, disqueros y sheriffs. Su coro cantaba y llegó a lograr una reputación casi tan grande como la del coro mormón de Salt Lake City. Los periódicos de la costa divulgaron su obra. Manning se lanzó a la carretera con miembros selectos de su congregación. Iban en sus autobuses, con letreros de dios está en todas partes, está incluso aquí, en los distritos Fillmore y Bayview de San Francisco. Los folletos eran como un otoño en las calles:

god manning... el Maravilloso... el Increíble... el Discípulo amado...
Ved la obra de Dios en curas milagrosas que en modo alguno contradicen

las enseñanzas de la ciencia médica moderna. El poder de la curación por imposición de manos es el más raro del mundo, pero está admitido por profesionales de la medicina de todas partes. No hay hombre que pueda curar por imposición de manos como God Manning...

God Manning no sólo nos trae el mensaje de Cristo... trae también la propia presencia de Cristo. Venid y lo veréis. Venid y creed. Venid y uníos a nosotros, todos los que estáis cansados y agobiados, él os dará descanso, él os dará paz, amor, seguridad, satisfacción...

¡Bandas de música, baile, canciones evangélicas, el Coro Celestial, sermones de inspiración divina!

Y, por supuesto, donativos.

Empezaron a filtrarse historias que no favorecían precisamente a Manning. Sólo a él le estaba permitido comer carne. Las bebidas alcohólicas estaban prohibidas, pero Manning tenía un bar bien provisto. Tomaba pastillas de varios tipos. Se había provisto, como el profeta Abraham, de un servicio de doncellas. Algunos discípulos escapaban, y a algunos se les arrastraba de nuevo al redil. Los que no eran arrastrados de nuevo al redil desaparecían de Redfern Valley en cuanto podían, pero, pese a todo, temían la llamada a la puerta de noche. El perímetro de la Casa de los Hijos de Dios estaba guardado por hombres armados y perros feroces. Manning tenía una escolta de agresivos matones. Pero los que le oían predicar en público, o hablar razonable pero elocuentemente en la radio y en la televisión, estaban convencidos la mayoría de ellos de que aquél era un Salvador más raro que el radio. Algunos, al oír sus repetidas advertencias de la inminencia del Fin del Mundo, decían que estaba loco, como la gente que tomaba sólo un yogur para comer, pero nadie podía negar que Cristo había advertido también de la inminente consumación de los siglos. Eso había sido, sin embargo, dos mil años atrás, ¿no? Y aún no había sucedido. Claro, por eso hay más motivo para que pueda suceder ahora. En aquellos tiempos, no tenían lluvia radiactiva, ¿no? El decir a la gente que fuera pura y honrada y diligente y que amase al Señor difícilmente podía calificarse de fanatismo. Dios santo, el Papa de Roma andaba diciendo lo mismo, y era un tipo que sabía lo que se hacía.

Me dejó un tanto inquieto la tesis de un sermón que aparecía reproducido entre todos aquellos recortes y noticias de prensa. El texto de Manning era «No temáis a quienes matan el cuerpo». Todo hombre tenía el deber de vivir cuanto pudiese en la carne, dado que el Ser Divino había construido aquella carne y había creado los instintos y apetitos anejos a ella, pero la vida verdadera, como enseñó el Hijo del Ser Divino, era la vida del espíritu, y el espíritu era lo que quedaba cuando desaparecía el cuerpo. Cuando llegaba la hora de la prueba, cuando llegaba la persecución y el Armagedón, el auténtico mártir cristiano se regocijaba ante la inminente pérdida del

cuerpo, porque así podía comenzar ya de verdad la vida del espíritu. En consecuencia, todos los Hijos de Dios deben estar dispuestos en cualquier momento a prescindir de este cuerpo corruptible y a recibir otro inmortal compuesto de la materia del espíritu.

Había mucho material en la gruesa carpeta, pero me dolían los ojos después de leer tanto en la oscuridad. Cuando Melvin Withers volvió de nuevo, precedido por su metabolismo, e hizo una señal a una de las camareras de ojos de gato para que le sirviese un coñac, le dije:

—Es más o menos lo que yo esperaba. Un fenómeno muy norteamericano. No me gusta, Mel.

—Tu amiguito negro se quitó la camisa y tenía señales que muy bien podrían haber sido hechas con un látigo. Sigue jurando que su hermano desapareció una noche, así por las buenas. Pero no puede encontrar a nadie que le haga caso.

—¿No puede investigar nadie? Una comisión del gobernador del estado, por ejemplo... ¿El senador o congresista del estado correspondiente?

—Necesitas pruebas concretas de irregularidades o delitos. Con toda clase de testigos. Mira, Ken, se trata de una organización religiosa y las organizaciones religiosas tienen muchos privilegios, muchísimos. El delito florece en las calles ante los mismos ojos de los policías sin necesidad de que tengan que ir allí a mirar lo que podría no haber. Deja en paz a God Manning y él mostrará de modo palpable su gratitud. En realidad, no causa ningún problema a la comunidad en su conjunto.

—Ya te expliqué lo que me dijo. Mi nieta sobrina o sobrina nieta se cagaba por las bragas de miedo, era evidente... bueno, no, eso fue lo único que no se quitó. Míralo desde mi punto de vista: un anciano escritor de fama internacional expulsado de allí con insultos. No me satisface en absoluto, sobre todo cuando lo único que hice fue cumplir con mi deber. Ese hombre es *malo*. Temo por mi nieta sobrina o sobrina nieta.

—Fue ella quien lo pidió. Nadie le dijo que ingresase.

—Es sólo una niña. No sabe lo que hace. Vi muchas como ella, ¿no se puede hacer nada?

—Yo he hecho artículos antes. No me gusta ese cabrón y nunca me gustó y siempre he querido clavarle el espetón. Sólo uno de esos artículos llegó a publicarse, y Manning puso inmediatamente un pleito por difamación. La cosa se arregló al margen de los tribunales. Lo que llaman daños sustanciales. El gran dedo manchado de nicotina apuntó hacia mí.

Curiosamente, los dedos de Melvin no estaban manchados de nicotina. Debía ser por la manera que tenía de sostener el cigarrillo.

—Tienes que dejar las cosas como están —añadió.

—Yo conocí bastante bien a vuestro gobernador en los viejos tiempos. Cuando estaba en Hollywood, y yo con él. Debería haber salido en una de mis cosas, pero no salió. ¿Y si voy a verle?

—No haría nada de nada. El primo de la hermana de su mujer está allí, alabando al Señor. Y hay algunas ocasiones en la vida de nuestro gobernador en que el señor Manning resulta muy útil, muchísimo. En época de elecciones, por ejemplo. Y si nuestro gobernador decide, tal como anda siempre amenazando hacer, aspirar al cargo de presidente... no, no servirá de nada.

—¿De dónde demonios sale todo ese dinero?

—Es asombroso lo que puede amasarse a base de pequeñas aportaciones, sobre todo cuando no hay que pagar impuestos. Como dicen ellos, el Señor mira por sus propios intereses. Ken, yo no tengo dinero. Tu amiguito negro está literalmente cagándose de miedo, literalmente. Tiene, según dice, un tío y una tía en Arkansas. Creo que deberíamos meterle en un autobús en seguida. ¿Puedes ayudar?

Pasé la noche en el Beverly Wilshire. Eso me trajo de nuevo el recuerdo de Ralph y me dio conciencia más clara de mi soledad. Telefoneé a Geoffrey Enright, a San Jaime. ¿Podría encontrarse conmigo al día siguiente en el Algonquin, preparado para acompañarme de vuelta a Tánger?

—Querido mío, nunca lo lamentarás. Mi único problema inmediato es encontrar el dinero para un billete de avión. No, aguarda. No hay que preocuparse. No hay problema. El lúbrico Labrick sacó 500 dólares del banco esta mañana. Le cogeré sólo lo suficiente para poder trasladarme a Ciudad Alegría o la Gran Manzana o como le llamen. No hay prisa por llegar a Tánger, ¿verdad? Hay infinidad de cosas que podré enseñarte en las partes *más indecentes* de Manhattan. Ya verás qué bien lo pasamos, querido mío. *Tutti frutti!*

Después de los Hijos de Dios, aquello era una bocanada de salud moral.

—El viejo Papa Bujarrón, tu compinche —dijo Geoffrey—, me parece que está teniendo premoniciones de un Fin Inminente.

Estábamos desayunando bajo las adelfas del jardín. Geoffrey, que se consideraba un muchacho en pleno desarrollo, insistía diariamente en huevos con torreznos; yo le observaba con indulgencia mientras se *atiborraba*, jugueteando con una tostada y mermelada Cooper's. Tenía apoyado el *Daily Telegraph* del día anterior sobre la enorme cafetera. Allí ya no cocinaba para nosotros. Nunca le había gustado mucho hacerlo, y su repertorio siempre había sido limitado. Ahora teníamos a Hamid, al que habían echado de una patada de las cocinas del Miramar, y Allí había sido ascendido a mayordomo.

—¿En Moscú? —pregunté.

—En el condenado Moscú. Le han envenenado el *borshch*, estoy seguro. Le han echado extraños tóxicos siberianos en el caviar rojo. Se ha dirigido al Presidium en un ruso impecable. —Geoffrey improvisaba a partir de las noticias del periódico—. Su Huevonidad se vio asaltado por una serie de punzadas agudas en las *kishkas*. Suplicó que le excusasen y todo el mundo dijo: *Da da da ochin joroscho*. Convocaron a los médicos del Kremlin y le suplicaron que dejase por un rato ese asunto de la hermandad del hombre. El pobre cabrón ha trabajado demasiado. Una tarea muy dura, la hermandad del hombre. El corazón, querido mío —dijo, alzando la vista—. No tenía nadie que vigilase su corazón, como estoy yo, tan asidua o quizás insidiosamente, vigilando el tuyo.

—Él tiene al doctor Leopardi. Tenía a Leopardi en Moneta. Siempre ha confiado ciegamente en las dotes de Leopardi.

—Sí, pero las dotes no son lo mismo que el amor. No tiene a nadie, ni a un pobre y viejo camarero, que le sirva.

—Si por vigilar mi corazón te refieres a excursiones como a la que me llevaste en el ejem corazón de la casba anoche...

—Pero, angélico Kenneth, estás mejor que nunca. Has resucitado. Estás disfrutando de la *vida*.

Eso era verdad. Muchachitos morenos, kif, cantáridas. Un buen trabajo diario en la larga novela que juraba sería mi última obra, una tónica con ginebra antes de cenar, después de cenar alguna aventurita sexual no exenta de peligro. En la cama, la compañía de Geoffrey, que había enseñado a mi cuerpo envejecido nuevas vías de rejuvenecimiento.

—Y ahora —dijo Geoffrey, tras vaciar la cafetera—, lancémonos al trabajo.

Entramos juntos. Allí gemía alguna canción de amor de las laderas del Atlas mientras limpiaba los muebles. El despacho de Geoffrey estaba limpio y la luz del sol quedaba atemperada por cortinas de nailon recién lavadas. Allí estaba, lista, su máquina de escribir eléctrica, con un paquete de borradores Effacil al lado.

—Esto —dijo Geoffrey— es lo que le escribí a esa mujer insoportable. Escucha. «*Madame*, acuso recibo de su carta, en la que hace usted la alegación, un tanto fantástica, de que en mi novela *Los asuntos de los hombres* me he basado en su difunta hermana para un personaje femenino secundario. Jamás conocí a su hermana, viva, moribunda o difunta. ¿Está usted completamente segura de que su difunta hermana no basó su personalidad en la de mi personaje? Tengo demasiado trabajo serio pendiente para entretenerme en frivolidades del género que parece engendrar lo que yo supongo un ocio excesivo. Chúpate ésa. Tuyo, etc».

—Yo eliminaría lo de *chúpate ésa*.

—No lo he puesto, querido mío.

—Entonces perfecto. Perfecto.

La verdad es que nos iban muy bien las cosas. Demasiado, como deberían haberme enseñado la precaución y una vida de traiciones. Tenía motivos para asustarme de una felicidad excesiva. Aun así, mi torpe y vieja musa me impedía cualquier complacencia. Me arrojaba tropos y situaciones de lo más trillado y vulgar. Los críticos dirían: «Toomey nos ofrece esta novela, voluminosa pero con menos valor del que se le asigna, como un canto de cisne voluntario. Uno oye en ella con más frecuencia el cloqueo del pato que la apertura de la garganta cínica». Al diablo con ellos, como siempre. Trabajaba. Él trabajaba también. Trabajábamos. Almorzamos parcamente una tortilla de yerbas y una botella de Vichy y un par de melocotones. Dormimos la siesta juntos y luego tomamos el té y trabajamos hasta el oscurecer. Al oscurecer, fuimos andando hasta la explanada. Juanito, un muchacho que vendía periódicos extranjeros, nos ofreció *The Times*, *Mail*, *Express*, *Mirror*... Geoffrey dijo, como hacía siempre: «No gracias. No sé leer».

—Espera —dije—. Parece ser que tienes razón en lo de Fin Inminente.

Entregué los correspondientes dirhams y leí la primera página de *The Times*. El Papa había sido trasladado precipitadamente a Roma en un aparato de Aeroflot. No estaba nada bien. Oraciones oraciones oraciones. Ataque cardíaco grave. «Por amor de Dios, mira esto». Nos sentamos en una mesa de la terraza del Papagayo y leímos que Su Santidad, que era, como era bien sabido, un huérfano de origen desconocido adoptado por la familia Campanati de Milán (ser más concretos y decir Gorgonzola podía haber parecido irreverente), no tenía parientes adoptivos vivos. Domenico Campanati, el famoso compositor de música ligera, había muerto de trombosis a principios de año. La viuda de Campanati, hermana del famoso escritor inglés Kenneth M. Toomey, había recibido en su casa de Bronxville NY un mensaje para que acudiese junto al lecho papal.

—¿Por qué? —pregunté, y Geoffrey dijo:

—¿Crees que irá? Siempre me dijiste que odiaba a ese viejo cabrón.

—Pero ¿por qué? ¿Por qué Hortense? ¿Qué pueden tener que decirse?

William Sawyer Abernethy, que adoraba a Fr. Rolfe y había escrito un libro sobre él, avanzó hacia nosotros arrastrando los pies con su traje blanco y su panamá, se

sentó sin que le invitásemos, hizo un gesto con dos dedos al camarero que significaba Ricard solo con hielo, y dijo:

—Parece que le ha llegado la hora. Era un gran Papa —Abernethy no creía en ninguna religión—. Ha hecho más que nadie por restaurar la confianza universal en la Iglesia Católica. Su *Ignis Cibi Inopiae* es un gran documento humanitario. Ha devuelto a la humanidad una confianza en sí misma que hacía mucho que había perdido. La innovación de Kampala fue un rasgo genial. ¿Qué es todo eso de que tu hermana va a ir a verle?

—Quizá no vaya.

—La radio dijo que iría. Los periodistas la asedian. Va a coger un avión a expensas del Vaticano. Viajará con el arzobispo de Nueva York.

—Eso —dijo melindrosamente Geoffrey— es sacar el revólver antes de tiempo, sin duda. El viejo cabrón aún no está muerto.

—Está apagándose muy deprisa —dijo Abernethy acabando deprisa su Ricard—. Me alegro de veros de nuevo, muchachos. Fue un gran Papa.

Hortense, a la que el *Daily Mirror* llamaba la mujer misteriosa de Nueva York y, menos galantemente, el enigma pirático el comentarista del final del noticiario europeo de la BBC la mañana siguiente a su llegada a Fiumicino, estuvo con Carlo desde el momento en que la hicieron pasar a su dormitorio hasta que murió, menos de dos horas después. Durante una hora, más o menos, de ese tiempo, estuvo con él a solas. Luego entraron el cardenal decano, el cardenal vicario de Roma y el *sostituto*. Hortense intentó irse, pero el agonizante le hizo señas frenéticas de que se quedara. El cardenal secretario de Estado le dio la extremaunción. Carlo se aferró a la mano del prelado durante toda la ceremonia, y para leve disgusto de los dignatarios presentes, rezó en la lengua de su madre adoptiva. Sus últimas palabras fueron «Oye Señor mi oración y haz que llegue a mí tu clamor...» una transposición de pronombres, que tenía sentido. Hortense, que dejaría el aposento tras su muerte, no quiso decir a ningún periodista de qué habían hablado.

Él había insistido, a su regreso de la Rusia soviética, en que le llevasen en helicóptero a Castelgandolfo. Era verano, 3 de junio, y, por tanto, era natural que el Papa estuviera allí. Su cadáver estuvo expuesto con gran pompa durante dos días en aquel palacio rural, guardado por dos guardias suizos e iluminado por una vela solitaria. Los fieles desfilaron entre empujones y codazos mutuos por las escaleras, para poder contemplar un cadáver que empezó a descomponerse muy pronto. Las mujeres lloraban y se desmayaban. Él había dado instrucciones de que no se le fotografiase ni agonizando ni muerto, recordando que Galeazzi Lisi, el médico personal de su predecesor, había vendido fotografías de Pío *in extremis* y había dado una horrorosa conferencia de prensa sobre las causas de su muerte. A pesar del veto, relampaguearon los *flashes* y cambiaron de manos billetes de 100 liras.

El cuerpo en descomposición fue luego transportado a la Basílica de San Pedro de Roma en un coche fúnebre de motor que mantuvo una velocidad regular, a los

italianos les resulta difícil conducir despacio, y la escolta de motocicletas atronaba y chirriaba delante, detrás, a la izquierda, a la derecha. Arriba, roncaban los helicópteros. La comitiva hizo una breve parada en San Juan de Letrán, la iglesia catedral de la diócesis romana, para que el cardenal Paolo Menotti, que la atendía en sustitución de su obispo oficial, pudiera recitar un salmo. Luego, el alcalde de Roma, comunista, asumió la responsabilidad del paso del cortejo del cadáver papal a la Basílica de San Pedro. Se habían recibidos avisos de terroristas políticos de que no habría ningún intento de rapto y que no había necesidad alguna de protegerlo con tanques y ametralladoras. Esto se aceptó en cierta medida como una sincera propuesta de tregua, pero las fuerzas de seguridad mantenían toda la vigilancia que puede mantenerse en Italia, y la comitiva de Carlo tenía un aire que recordaba vagamente Chicago. En la Piazza di San Pietro, donde comienza el territorio del Vaticano, se vio al alcalde limpiarse el sudor aliviado tras entregar su carga. El cuerpo se depositó en la gran basílica, adonde acudieron las multitudes a llorar por él. Al tintineo de las cuentas del rosario respondía el chasquido de Odorokos, Oyayubis y Kugwatsus. Los gendarmes del Vaticano empujaban brutalmente a la multitud, adelante, vuelta a la derecha, fuera. *Avanti, avanti.*

Pese a los ventiladores eléctricos ocultos, rodeaba el cadáver de Carlo un denso hedor. Había dado instrucciones de que no le embalsamasen. Allí estaba lo corruptible que había que desechar. La cara había adquirido el color del té fuerte, las orejas eran negras, la boca estaba crispada en una mueca estúpida mostrando una dentadura firme aún. Mi padre, que debía haberse corrompido hacía ya mucho en un cementerio de Toronto, habría admirado aquella dentadura y habría comentado que era un desperdicio.

Carlo había decidido que su funeral fuese piadoso y sencillo, sin catafalco, sin ningún monumento. Su monumento estaba a su alrededor, un mundo restaurado que reconocía su propio valor, su dignidad y su bondad básica. El sencillo ataúd estaba emplazado en el suelo frente al altar, con un ejemplar abierto del *Rituale Romanum* encima. Los cardenales vestían de rojo, no de negro, y llevaban mitras para resaltar sus funciones episcopales. Los obispos, como san Ambrosio, eran corpulentos luchadores con pelotas. La escultura del *bassorilievo* de la lucha y el triunfo ambrosiano estaba presente, muy llamativa con su elegante atuendo de luto de un modisto romano con auténtico parche ocular pirático. Se cantó la aleluya pascual: *vita muntatur non tollitur*. Los restos de Gregorio XVII fueron depositados en la cripta de San Pedro, no lejos de los huesos del desconcertado pescador que había visto irse la luz del mundo cabeza abajo. El testamento de Carlo se publicó unos días después de sus exequias. No tenía ninguna riqueza material que dejar. La riqueza de la familia Campanati se había esfumado ya en beneficio de los hijos afligidos de Israel. Dejaba a sus hermanos y hermanas, que crecían en número a un ritmo anual de unos cincuenta millones de almas, la hermosura de la Tierra y la fecundidad de ella, una seguridad de la benevolencia de Dios, una esperanza cierta del cielo.

La muerte y el entierro de un pontífice amado desplazó de las primeras páginas de los periódicos del mundo, incluso en los países del bloque soviético, trivialidades tales como motines, asesinatos y terremotos. Pero cuanto más próximos estaban los periódicos al desierto californiano de Mojave, menos espacio consagraron al duelo y al regocijo de la lejana Roma, una ciudad que quedaba muchísimo más al oeste que Tokio. La lúgubre disolución de los Hijos de Dios conmocionó a los directores de periódicos hasta el punto de que le consagraron sus mayores titulares e hicieron exprimir sus Rogets al personal a sus órdenes.

La policía capturó a Godfrey Manning sin gran dificultad en el aeropuerto de Los Ángeles. Podía ocultar su cabeza eliminando el postizo y podía disfrazar el labio superior con un bigote falso, pero no podía ocultar sus ojos. Los pasajeros de los vuelos internacionales despertaban sospechas si llevaban gafas oscuras bajo las tenues luces nocturnas de la sala de embarque, y la policía les arrebatava prestamente las gafas oscuras en las puertas de acceso a la pista. Manning pretendía viajar con un pasaporte norteamericano auténtico a nombre de Carlton Goodlett. La fotografía de un individuo bigotudo miraba al sucio mundo con ojos que intentaban disimular su fervor profético sin lograrlo. Había sacado un billete de primera clase, ida sólo, para Valparaíso. La cartera que llevaba contenía un millón de dólares en billetes de cien. El equipaje ya facturado contenía otro millón, así como joyas donadas por mujeres ricas que deseaban ir al cielo sin alterar demasiado su forma de vida; Manning pareció un tanto aliviado por la detención. No tenía costumbre de huir de nada, salvo de la amenaza del holocausto nuclear.

Su historia es bien conocida. Ha pasado incluso a los libros. En la comisaría central de Los Ángeles la contó, desquiciado, con divagaciones y repeticiones, frente a vasos de café de cartón, sustancia que había sido abominable a los ojos del Señor. Fumó incluso cigarrillos, torpemente, como una chica que fuma por primera vez. A veces, rompía a llorar. Todos pudieron ver en sus ojos una extraña mezcla de horror e hipocresía.

La hija del congresista federal Robert Lithgow, una muchacha de quince años llamada Lydia, había asistido a una asamblea revivalista dirigida por Manning en Eugene, Oregón, en compañía de una amiga, y había quedado subyugada por el poder y la bondad que emanaba aquel hombre. Había decidido pues, ingresar en la secta y se había trasladado en el coche del propio Manning a la Casa de los Hijos de Redfern Valley. Su amiga, más difícil de seducir, había vuelto a informar a la familia Lithgow. Lithgow, que estaba entonces en Washington dedicado a sus tareas legislativas, había invocado la Ley Mann. Basándose en que su hija había sido trasladada de un estado a otro con propósito inmoral, pudo obtener ayuda del FBI para exigir el acceso a la Casa y la restitución de la persona de su hija, dejando aparte el asunto de su alma. Lithgow y su esposa habían llegado a las puertas del campamento al atardecer del

mismo día en que murió Carlo. Tras ellos, en un coche oficial, iban cuatro agentes armados del FBI. Lithgow había exigido que le dejaran entrar; pero los guardias se habían negado. El jefe de los agentes del FBI había exigido entonces que le dejaran pasar en nombre del gobierno de Estados Unidos. Pero siguieron negándose a dejarles pasar. El agente sacó su arma como para demostrar su decidida intención de entrar. Uno de los guardianes perdió el control y disparó, hiriéndole en el brazo derecho. Otro agente disparó contra el guardia y le mató. Los demás guardias retrocedieron al puesto de guardia y lo utilizaron como fortín. El tiroteo, una vez iniciado, continuó y se intensificó. Lithgow y su esposa cayeron muertos allí. Dos agentes del FBI cayeron también. El agente de más graduación disparó contra la ventana del puesto de guardia y cayó muerto también, alcanzado por un tiro en el corazón. El otro agente, que perdía sangre a raudales, se metió en el coche oficial e intentó volver a por refuerzos. Uno de los neumáticos había sido alcanzado por los disparos y estaba reventado. Salió e intentó llegar al coche de los Lithgow, pero en el camino hasta él cayó y se sumó a los otros muertos.

Manning, al enterarse por teléfono de las noticias que le transmitieron del puesto de guardia, ordenó que tocaran en todo el campamento las jubilosas campanas, indicando asamblea inmediata en el lugar de oración, la gran estructura tipo hangar. Tenían que asistir todos, niños, enfermos, ayudantes, secretarias, delegados. Se trataba de un asunto urgente: no había tiempo para haraganeo devoto; de prisa, de prisa, a latigazos si es preciso. Fue, como siempre, una tarea lenta el conseguir que se reuniesen todos los hijos en el lugar de oración, los mil setecientos. A medida que los fieles entraban, cada uno de ellos recibía el Cuerpo del Señor envuelto en plástico; pero esta vez, un Cuerpo un tanto reducido, casi como una pastilla. Se ordenó a todos, incluidos los ayudantes de Manning, que sostuvieran en las palmas la pequeña semilla de vida eterna. Por fin, todos estaban dentro. No tocó ningún órgano esta vez. No hubo reflectores y focos que creasen un ambiente de la devoción. La luz desnuda y cruda del techo subrayaba que había por delante una tarea seria, no las fruslerías de curar y rezar.

La homilía fue breve. Él siempre había advertido a sus hijos que llegaría la hora en que el enemigo atacase. La avanzadilla del enemigo había sido desbaratada, pero pronto se aproximarían los destructores en masa, las fuerzas del mal, los mecánicos de la destrucción.

—No temáis a los que matan el cuerpo —clamó desde el estrado—. Ha llegado el momento de salir de este mundo corruptible. Nos encontraremos todos de nuevo, en una décima de segundo, en el cielo. Tomad y comed. Éste es mi cuerpo.

Los guardianes de las puertas tenían que hallar una vía menos expeditiva para el otro mundo.

Manning presidió la muerte casi instantánea de mil setecientos adultos. Los niños no morían: escupían la hostia amarga. Manning contemplaba desde el podio lo que había intentado imaginarse muchas veces, la imaginación bien ayudada por pruebas

fotográficas de la carnicería de los campos nazis: innumerables cuerpos tendidos, como si intentasen torpemente inclinarse para rezar en el espacio imposible que había entre las filas de asientos, ojos cerrados o vidriosos, el rictus tras la desecación amarga de la boca, brazos en automática súplica al cielo o caídos e inertes, y todo esto a una escala inaceptable para los ojos horrorizados. Había también ruidos (el gorgoteo de una garganta, tripas que se soltaban) y hedores fecales invadían el aire. Los llantos de los niños le produjeron de pronto pánico, y más aún los niños que no lloraban pero que le miraban fijamente con duros ojos de asombro. En aquella inmensa familia única no había ningún sentimiento de familia nuclear. No se veían parejas de muertos abrazados. No había niños que moviesen a sus padres muertos para traerles de nuevo a la vida. No había ninguna madre, sólo un padre. Y aquel padre bajó del podio y se acercó a una niña de trece años que había rechazado la hostia, medicina, tiro de gracia. «Mira, querida —dijo—, debemos irnos todos juntos. Yo me iré el último porque tengo que introducirlos primero a todos en la noche, en el día, más bien, el día que está ya amaneciendo para todos esos que están ya liberados de este mundo horrible. Toma el cuerpo del Señor, sé una buena niña. Toma el cuerpo del Señor, maldita». La niña movió la cabeza y rompió a llorar y él se preguntó cuál sería el mejor modo de matarla. Aunque bastaría con aturdiría. Intentó estrangularla, pero ella logró liberarse y escapó corriendo por el pasillo central entre las hileras de butacas y las filas de muertos inertes. Corrió dando rodilla con rodilla, gritando, única testigo viviente.

Desesperado, y con poca fuerza y mucho sudor, intentó matar a los más pequeños ahogándolos con la chaqueta, luego estrangulándolos, o, en cuatro casos, agarrándolos por los pies y destrozándole las cabezas contra los asientos. Le sorprendió muchísimo lo que tardaba en romperse el cráneo de un niño. A algunos les dejó allí llorando. Tenía que irse ya. No, tenía que morir con su rebaño. No, el suicidio era pecado mortal. Sin embargo, su ausencia no debería advertirse entre la grotesca asamblea de los fieles en la muerte. Debía parecer que se había ido al cielo con ellos, quizá llegando y sonriendo listo para recibirles un instante antes. Fue a la parte de atrás del escenario, donde había latas de gasolina almacenadas hacía mucho, para una emergencia como aquélla. Había afrontado la posibilidad de la muerte, aunque de forma vicaria, casi a diario. Aunque no era fumador, tenía incluso un instrumento de ignición en el bolsillo: un enjorado encendedor de Tiffany's donativo de una tal señora Henderson, no del rebaño, pero una persona que creía en su obra, aunque se mantuviera a distancia, cuyo voto de abstenerse de la yerba nefanda y de otros pecaminosos estimulantes quedaba patentizado con aquel obsequio. A veces, intentando recaudar dinero entre los corruptos e importantes, había ofrecido fuego, mientras sonreía indulgentemente ante las botellas de los otros. Haced lo que gustéis, amigos del Mammon de rectitud. Manning vertió toda una lata del ávido combustible en el pasillo central del lugar de oración. Recordó que su tía había dicho una vez que en una película de Abbott y Costello el público se había muerto de risa. Este tipo me

hace una gracia mortal. Me muero de risa con él. Creyó oír un tiroteo a la entrada. Sacó el encendedor de Tiffany's y se preguntó si debería tirarlo encendido en el oloroso líquido. No, era un regalo. Activó la llama, la dejó lamer el borde exterior de la gasolina, luego silbó el fuego. La llama saltó rápida en aquel aire seco.

El maletero cerrado de su Plymouth, aparcado siempre en la parte de atrás del lugar de oración, había contenido siempre el rico equipaje del posible exilio. Era un sitio tan seguro como el que más para guardar el botín. Entró en el vehículo y efectuó una ignición más benigna. Las llamas del lugar de oración llegaban ya al techo. Había una puerta metálica, al nivel de la valla metálica, diametralmente opuesta a la entrada principal del recinto y a milla y media de distancia, más o menos, de ella. Enfiló hacia allí siguiendo un sendero de arena. Lloraba cuando llegó a la puerta: no encontraba la llave. Al fin la encontró y abrió la puerta y la dejó abierta de par en par. Vio de nuevo a su izquierda alzarse llamas granates y ámbar, coronadas de un indigno dosel de negra contaminación creciente. Había que mantener limpio el aire de Dios. Abandonó, pues, la Casa de los Hijos de Dios y siguió por un sendero de tierra hacia una carretera secundaria. Llegaría al aeropuerto sin pasar por la ciudad. Antes de llegar a aquella carretera secundaria, se dio cuenta de que era mejor parar. Había pensado que tendría que pasar largos minutos con el síndrome del dolor y el horror. Pero se sentía de lo más tranquilo, como si hubiese cumplido plenamente su misión. En la guantera tenía parte de los artilugios del disfraz. Se convirtió en Carlton Goodlett, comprobando con la fotografía del pasaporte.

Aquel pasaporte le había costado mucho dinero.

—Están mejor todos fuera de este mundo —explicó a la policía—. Un mundo vil y sucio, y su vileza y suciedad invadían el reino de la gracia. No lamento lo que he hecho. Les he enviado a un cielo seguro. Sólo el miedo al castigo de mi Señor me impidió despacharme a mí igual. El suicidio es un terrible pecado.

Y luego dijo, una y otra y otra vez, y esto confirmó la sospecha de la policía de que estaba chiflado:

—Cualquier sal del ácido prúsico. Los cianuros contienen el ion CN. Llevaban mucho tiempo preparados. Me pregunté si resultarían aún eficaces. Dos mil ratas, me dijeron. Eso es imposible. Absolutamente posible, les dije. Hay que utilizar las debilidades de los hombres para la gloria del Señor. Algunos lo llamarían chantaje, una palabra sucia. Yo conseguí lo que necesitábamos de él, un joven de la industria farmacéutica que había pecado muchísimo. Dios decidirá si castigar o no, le dije, el castigo de los hombres no es nada y puede eludirse con toda justicia. Pero algunos pecados merecen castigo de los ministros humanos del Señor si se cometen dentro de los recintos del Señor.

Merecen un castigo terrible, merecen incluso la muerte. Los ministros del Señor saben que lo son por los dones del Señor. En ellos se transfigura la carne, y todos los gozos de la carne. Yo me llamo God Manning. En mí se juntan lo divino y lo humano. Pero no me corresponde a mí juzgar al mundo entero, sólo a los

encomendados a mí en nombre del Señor. Siempre he cumplido mi deber. He sido siempre fiel al ideal divino. Quiero irme a casa y disfrutar de un largo y merecido descanso.

Un examen psiquiátrico decidiría si Manning estaba en condiciones de comparecer ante un tribunal. Parece ser que en su primera sesión psiquiátrica se hundió voluntariamente en un profundo sueño. Hablaban por él voces que parecían de varias capas de la psique, todas enfrentadas. Algunas de aquellas voces aullaban o gemían en lenguas que el Manning despierto no conocía. Quizá sólo hubiese un hombre cualificado para tratar con él, y yacía muerto en Roma.

Y así, como dije varios capítulos atrás, se extendía ante mí mi año ochenta y dos. Alí condujo el coche de Luqa a Lija y lo aparcó junto al garaje de Percius. Salí y me encontré al Poeta Laureado, Dawson Wignall, charlando cordialmente con los dos hijos más pequeños de Cicco Grima. Ellos no sabían inglés y él no sabía maltés. Se entendían en italiano. Ellos sabían lo que era un *gelato*: le llamaban *gelat*. Wignall les dio moneditas maltesas y corrieron a la tiendecita de la esquina. Wignall vino sonriendo hacia mí. Vestía un traje crema tropical y bastón.

—¿Todo bien ya? —dijo—. Me explicaron aquí lo que pasaba. Estupendo. Te libraste de él, ¿no? Estarás mucho mejor sin él. Demasiado estimulante, diría yo. Hay que volver a casa, a la agradable y sedante Inglaterra.

Entramos los dos y le llevé al bar. Le gustó.

—Muy elegante —dijo—. Muy agradable para una partida de *bridge*. Una pieza de madera excelente, el mostrador. Tónica con ginebra, sí. Gracias. Espléndido.

Nos sentamos a una mesa. Dije:

—Sí, se ha ido definitivamente. Durante el período de casi una década que estuvo conmigo, más o menos, se escapó y volvió de nuevo varias veces, no demasiado arrepentido. Yo, en mi debilidad, le acepté siempre. Tenía algunas cualidades agradables. Pero fueron esfumándose progresivamente en los últimos años.

—¿Y quién cuidará de ti ahora?

—Bueno, puedo arreglármelas. Con Alí. Si voy a quedarme aquí o no, ya es otro asunto.

—Ven a casa, por favor. Y tráete también a Hortense. Una mujer muy notable. Está fuera de ambiente allí. Hubo una exposición de su obra, sabes, en la Galería Southall. Incluido aquel admirable bajorrelieve que hizo para Milán y que Milán rechazó estúpidamente. Se la considera ya parte de la auténtica escultura inglesa del siglo xx. Aprecié el vigor de su obra cuando la conocí en Nueva York. Y aprecié también la fuerza de la mujer. Y su encanto. Y su elegancia.

—Bueno —dije—, yo vine aquí por causa de Geoffrey. A él no le gustó Gibraltar cuando nos metimos allí por unos días para preparar el transporte del mobiliario. No quería volver a Estados Unidos. Creía en su inocencia que Inglaterra le recibiría con los brazos abiertos. Siempre tuvo una notable ingenuidad en lo relativo a los actos de transgresión contra la moral, contra la ley. En cierto modo, nunca *entendió* lo que era la ley. Quizá se deba a su sangre galesa. Creía sinceramente que podíamos seguir viviendo en Tánger después de lo que había hecho. Hay que darles para el pelo, a esos cabrones, decía.

—¿Qué había hecho?

—Cosas increíbles. El rey dio una fiesta en Rabat, y nos invitaron. Insultó públicamente a Su Majestad. Le llamó moro de mierda y le propuso luchar con él.

Borracho, claro. El rey, que no entendió bien el insulto y creyó que la agresión era una especie de demostración de afecto, se limitó a reírse. Pero había allí funcionarios que se enteraron perfectamente de todo. Y la policía de Tánger recibió orden de detenerle por lo que fuese. Algunos de sus hábitos sexuales se hicieron, sabes, agresivos. Había estado leyendo a Sade y le parecía una idea excelente ensayar algunos de los accesorios más simples del placer perverso. Fue demasiado lejos. Pero la policía aún no lo había descubierto. Le metí en un avión para Gibraltar, le dije que me esperase en el Hotel Rock mientras arreglaba las cosas para marcharnos de allí. Le echaron del hotel, por supuesto. Le echaron de varios hoteles. A veces, resultaba exasperante.

—Oh, no es fácil —dijo Wignall—. No es nada fácil, no. Todos podemos ser muy imbéciles. En fin. Cuando desperté esta mañana, me sentí muy contrariado por lo de anoche. No hice las cosas demasiado bien, ¿verdad? Había, por supuesto, un ambiente general de irritabilidad. Aquel poetaastro maltés era disparatado. Y aquellos dos niños con su sexualidad y su Coca-Cola. Siento haber dicho lo que dije.

—No te preocupes. Quiero decir, un poema es una cosa de gran seriedad específica. Soltarlo de aquella manera, quiero decir, despreocupadamente, entiendes, algo que encerraba claramente lágrimas amargas.

No parecía saber de qué le estaba hablando.

—No recuerdo. A mí me preocupaba lo otro. Fue de muy mal gusto, pero, por supuesto, yo había olvidado, comprendes, los usos personales y demás.

Yo no sabía de qué me hablaba.

—No recuerdo —le dije. Debería haber dicho a qué se refería. En vez de eso, pronunció una palabra que yo recordé que me parecía haber pronunciado, aunque no estaba claro en aquel momento en qué contexto. Él dijo:

—Aquel disparate sobre antropofagia. Fue de muy mal gusto que lo dijese.

—Ah sí. Muy divertido, me pareció a mí. Latas de Munch o algo por el estilo.

—Por mi parte, no creo que haya habido mucho de eso en el mundo, sabes. Caníbal... Una palabra que le arrojas al enemigo, como Zola, sabes. Quiero decir que Zola se la arrojó a la chusma de París. Totalmente figurativo. Siempre lo es. Casi siempre.

—Sí, imagino que sí.

—En fin, ése es el asunto —dijo.

Había terminado la tónica con ginebra con saludable sed. Allí estaba ahora en el bar dispuesto a servirnos otra.

—Muchísimas gracias. Tienes un criado espléndido, por lo que veo. Un gran cuenco lleno de hielo ya preparado y tal. No —dijo, a la manera inglesa, sin contradecir nada—. Conocí a aquel tipo en Columbia, dijo que te conocía. Hablaba muy bien de ti. Un tipo negro que se llamaba, si no recuerdo mal, Ralph algo galés que es justo Pembroke, directamente de *Pudd'nhead Wilson*. Un libro magnífico.

—Santo Dios —y de nuevo—, Santo Dios. Debía estar ya presidiendo una

dictadura africana. ¿En Columbia? Santo Dios. Así que ha vuelto a casa. Y ha abandonado ya aquel maldito nombre africano que adoptó. Un estudiante muy maduro, de una madurez excepcional. Eso lo tomó de su pobre hermana, que fue también una estudiante muy madura.

—Oh no, nada de estudiante, Toomey. Forma parte del cuerpo docente. Todas esas universidades norteamericanas tienen departamentos de lo que ahora llaman Estudios Negros, sabes. Ralph lo que... sí, Pembroke está muy considerado en ese campo. Ha estado en África, ha trabajado allí, habla swahili y todos los demás requisitos. Me enseñó la Misa Africana.

—¿Cómo dices?

—Oh, vamos, vamos, Toomey. La Misa Africana. Nos proyectó una película de la Misa Africana. Una película muy profesional en su hechura, con sonido y todo, color, pero hecho todo a escondidas, sabes, como cuando se rueda la vida de los animales salvajes. Este grupo tribal concreto no era muy partidario de dejarse fotografiar cuando se entregaba a lo que ellos consideraban sus devociones. ¿Lo has visto en tus viajes?

—No. Sólo he oído hablar de ello. Lo de la innovación de Kampala. ¿Y cómo era?

—Bueno —moviendo las extremidades como si tuviera irritado el ano—, algunas de esas cosas no se pueden traducir, sabes. El propio Pembroke lo expuso muy claramente después. No durante aquella cosa maldita, porque todos aquellos chiflados de Columbia estaban gritando adelante y ánimo hombre y dale. Después. Algunas de las lenguas locales no pueden soportar el peso de la teología occidental.

—¿Quieres decir que no son capaces de contar más de dos? Muy terrible, sí, claro, siempre me lo pareció, pensando en la Santísima Trinidad y demás. Sigue, es muy interesante.

—Interesante. Comprendo. Evidentemente, no sabes nada. Quizá no debiera haber sacado el tema a colación. La Misa Africana, comprendes, se celebra con atuendo de gala de piel de león y plumas de gallo y tambores y bailes y gritos. La consagración es muy salvaje para el criterio occidental. Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre. Esto lo entienden perfectamente. Pero no entienden lo de transformarla en vino y en pan. En aquella película, vimos al sacerdote (un auténtico sacerdote ordenado, desde luego, pese a los músculos negros y al complicado cabezal) consagrar auténtica carne y auténtica sangre.

—Oh, no, Dios santo.

—Exactamente. El cuerpo y la sangre del Salvador, lo real. Fragmentos de carne cocida, jabalí probablemente, y una calabaza con sangre de cerdo caliente. Esto lo entendían perfectamente, nada de comunión mediante sustitutos falsos. Una lengua sumamente rítmica. Una cruz arriba, con un salvador pintado en ella y la carne de cerdo prendida en pequeñas tiras con alfileres o algo así, y la calabaza debajo como si la sangre del crucificado gotease en ella. Mucho éxito, un auténtico fervor religioso,

como los americanos del sur, sabes. Bendecidos por el Vaticano, la linda flor de la Innovación de Kampala. ¿Entiendes adónde voy, Toomey? Pembroke dijo algo sobre dificultades con la liturgia, el problema de expresar en su lengua la idea del Espíritu Santo. Dijo que al traducir la idea quedaba convertido, con demasiada frecuencia, en un espíritu impuro, o un espíritu tabú, o algo así.

—Pero dime —dije—. ¿Dónde era eso?

—Un pequeño enclave de Rukwa, donde Pembroke trabajó. El pueblo omo u oma, o algo parecido. Algunos de ellos se tomaron quizá con demasiada literalidad el asunto de la carne y la sangre. No creo que tenga que decirte nada más. Puede que ahora entiendas por qué creo que deberías sacar a tu deliciosa e inteligente hermana de una Norteamérica llena de negros sumamente agresivos. Adelante, hombre, atízale al blanco cabrón. Y ella está diciendo demasiadas cosas inadmisibles. Ralph Pembroke debería haber guardado silencio. Debería haberse dado cuenta. Hay cosas que no se dicen a determinadas personas.

—¿Estás diciéndome algo, en realidad, sobre mi pobre sobrino muerto? ¿Y sobre su esposa?

—Sólo quiero decir que a tu dulce hermana se le ha metido muy firmemente algo en la cabeza. Me he enterado de la visita arzobispal que tuviste ayer, por cierto, muchas felicidades retrasadas por lo que te han pedido que hagas. Había una breve nota en el *Times of Malta*. Nuestros colegas norteamericanos llaman a eso sacar el revólver antes de tiempo, Toomey. Sería mejor que no te lanzases a convertir a Su difunta Santidad en santo sin consultar primero a tu hermana. Eso es, en realidad, lo que quiero decirte.

—En realidad, estás diciéndome como yo he dicho ya que a mi sobrino John y a Laura, su esposa, no les mataron los terroristas. Lo que en realidad me dices es que los mataron por control remoto con un arma mortífera desde el Vaticano. ¿Es eso lo que quieres decirme?

—Tu viejo amigo Pembroke tuvo que explicárselo a ella, sabes, todo. El estado de los cuerpos, oh, quizá los matasen los terroristas con cuchillos en vez de con armas de fuego. Pero los terroristas no cortan tiras de carnes, sabes. Ellos se limitan a matar. Violan también, claro, si tienen tiempo. Roban, para eso siempre hay tiempo, Toomey.

—No hay ninguna prueba de ello.

—Oh no, ninguna prueba en absoluto. Ninguna prueba de que tu sobrino y su esposa fueran utilizados como los que se denominan los accidentes del sacramento de la Santa Eucaristía. Pero tu hermana, que perdió un ojo prematuramente por la conmoción que le produjo el anuncio de una desgracia (lo sé todo, hablamos, hemos hablado en varias ocasiones, Toomey), tu hermana es una mujer, y las mujeres toman muchos atajos a la hora de pensar. Sabes, vosotros los católicos os reís de la Iglesia de Inglaterra...

—Yo no soy católico.

—Oh sí, claro que lo eres. Si no eres protestante y no eres judío, tampoco apoyas esa estupidez infantil del zen. Tienes que ser católico. ¿Has considerado alguna vez que la auténtica razón del Cisma de Inglaterra es que la carne del catolicismo es algo demasiado fuerte para apetitos razonables? Apetitos ingleses, especialmente. Aparece un Papa, recién muerto pero en situación de ser canonizado muy pronto con tu ayuda, Dios no lo quiera, Gregorio XVII, y quiere eliminar la jerigonza... bueno, quizá sea una palabra nada afortunada dadas las circunstancias, pero no importa. Llevar la fe más cerca del pueblo. Examina las implicaciones de esa fe, Toomey, y resulta escalofriante. La cosa acaba en la selva. O en las vulgaridades de Scouse.

—¿De qué?

—Bueno, es que estuve en uno de esos condenados festivales de poesía. Un barbudo de Liverpool con gafas se levantó y empezó a recitar algo así como «Cuando estoy ya sin fuelle Él me da marcha. Por eso le doy crédito y me mete con él en los mejores rollos de este mundo». Eso, Toomey, pretende ser el Salmo 23. Tienes que irte solo, tienes que seguir con el trabajo, no analizar con demasiada profundidad los significados de esos términos que, lo recuerdo perfectamente, nos lanzó anoche aquel poetastro maltés: patria, deber, amor y demás. Tú y tu hermana deberíais volver a casa, Toomey. Tomaré otra, la espuela... para asustar a los leones, o a los tigres, todo depende de dónde estés.

Alí se había ido. Le serví yo. Dije:

—Hizo lo correcto según sus luces. Según las luces de Cristo. No puedo reprochárselo.

—Quizá no, pero tu hermana se lo reprocha muy amargamente. Es un material muy peligroso, Toomey. *Hoc est corpus meum...* que en labios de los ignorantes se convirtió en una especie de fórmula mágica. Era mejor así, incomprensible y lejano.

—Tu Iglesia —dije— anticipó, en realidad, las reformas de Carlo.

—Mi Iglesia sabía lo que se hacía. Sabía que se convertiría en un club para ingleses de las clases altas. Puede que te rías de esto, pero es una Iglesia segura, no como la tuya. Es tibia, porque sabe que el fuego quema. Cree que el fuego ha de estar colocado en una chimenea sólida, no en la mano. Nunca desprecies la tibieza, Toomey.

Sonó el timbre de la puerta. Terminó su tónica con ginebra con un meneo de carnosidades.

—Bueno —dijo—, tienes otra visita.

Alí entró y dijo en español:

—*Policía.*

Acompañé a Wignall a la puerta principal, que estaba abierta, y donde se encontraba el inspector de la comisaría de enfrente con papeles en la mano. Alzó una mano para saludarnos a los dos. Wignall respondió al saludo con un floreo del bastón, y dijo: «Espléndido». Pedí al inspector que pasara. Dijo que no, que no merecía la pena. Wignall se fue a comer a la residencia del representante del Consejo Británico,

haciendo señas jovialmente con el bastón a todo el mundo en Triq Il-Kbira. El inspector dijo:

—Me han pedido en la oficina del Primer Ministro que compruebe algunas cosas, señor. ¿Se ha ido ya aquel caballero que estaba con usted? Me refiero al caballero que estaba viviendo aquí.

—Salió esta mañana para Estados Unidos. No volverá.

—Entonces, no hay problema. Había transcurrido ya el tiempo de permanencia que le concedía su visado hace tres días. El criado que tiene usted de Marruecos, ¿también se irá?

—Es un empleado mío. Se queda.

—Señor, se le ha enviado a usted una carta de la oficina del Primer Ministro confirmando que se le concede residencia permanente aquí a condición de que no ocupe un empleo remunerado.

—No tengo la menor intención de hacer eso.

—Entonces no hay problema. El visado de su sirviente ha caducado también y hemos de comunicarle que debe irse. Es un empleado suyo. Eso no está permitido. Sólo pueden trabajar como empleados los ciudadanos malteses. Aquí tengo el comunicado. Quizá pueda usted leérselo a él y explicárselo.

—¿Que tiene que irse? No se me había ocurrido tal cosa.

—Oh sí, puede abandonar el territorio y entrar de nuevo para una estancia de tres meses. Pero no puede trabajar, sólo puede estar como visitante.

—Mire, inspector, yo tengo que irme mañana a Roma. Se trata de ejem un asunto del Vaticano relacionado con la visita que me hizo ayer Su Gracia. Estaré fuera como máximo tres días. ¿Puede esperar este asunto hasta que yo vuelva?

—No hay ningún problema, señor, no hay por qué ser demasiado rígido. Pero él debe saber que está aquí ilegalmente. Como es lógico, pasaremos por alto la ilegalidad durante los días que usted me dice.

—Gracias, inspector.

—Es un placer para mí, caballero.

Hizo un saludo. Un autobús atestado de vociferantes escolares, inscripciones sagradas en los laterales y un altar con luz eléctrica a la Santísima Virgen en la cabina del conductor, doblaba la esquina, ocupando la anchura de la calle y bloqueándole el camino al inspector. Oímos el estruendo de un cubo de basura derribado.

—Una vez, en Attard —dijo—, vi a un autobús aplastar y matar a una vieja.

Luego añadió, ingeniosamente.

—Es como la ley.

Aquel día, había de comida una innovación que Joey Grima había traído del restaurante Gran Muralla de Sliema: tiras de carne de cerdo con salsa de ciruelas. Yo no lo probé. Me contenté con un poco de pan y media botella de Pommery.

El joven dentista, nieto del dentista viejo que me había cuidado la boca en tiempos de Mussolini, curó el absceso con destreza y no consideró necesario extraer.

—Una dentadura excelente —dijo— para un hombre de su edad. Sólo conocí otro hombre que pudiera superarle. Su Santidad el Papa Gregorio. Murió con la dentadura completa.

—Buena masticación, buen digestión —dije—. Quizás eso explique su optimismo.

—Bueno, en ese caso también usted debe ser optimista.

Le pagué en efectivo. Había sacado un buen fajo de billetes de diez mil liras de la Banca Commerciale. Derechos de autor italianos. Dejé la clínica y caminé un poco por la Piazza Navona y sus alrededores: era un día espléndido, las musculaturas barrocas desafiaban a los dioses a lanzar rayos y truenos en las fuentes. Tomé *spaghetti alla carbonara* con media botella de Frasead frío. Fui luego caminando hasta el Rafael del Largo Febo y después me fui al hotel a dormir la siesta. Me quedé echado en la cama leyendo los periódicos. Motines, asesinatos políticos, robos. Un escritor norteamericano al que conocía, Martin Bergman, se quejaba en el *Daily American* de la ineficacia de la policía en el control de los *scippatori*. Bergman acababa de terminar un libro que había tardado en escribir un año, y lo llevaba bajo el brazo en una cartera Gucci para sacar fotocopias. Los *scippatori* habían pasado a su lado zumbando y el del asiento de atrás le había quitado la cartera. Se quedarían con la cartera y tirarían al Tíber el contenido. Un año de trabajo desperdiciado. ¿Por qué no insistía la policía en que todas las motos llevaran una *targa* numerada? ¿Estaba la policía de acuerdo con los *scippatori*? Había una fotografía de la policía disolviendo una manifestación en pro del divorcio: escudos antidisturbios y gases lacrimógenos. El profesor Amalci había pronunciado una conferencia en la Universidad de Roma, y había sido tiroteado en medio de la conferencia. Os bendigo, hijos míos. Leyendo la sección de espectáculos del *Messaggero*, me enteré de que estaban proyectando mi vieja película *Terzetto* en el Farnese, un *cinema d'essai* que quedaba en el Campo dei Fiori. Decidí que iría a verla para comprobar si el paso del tiempo la había beneficiado. Luego, dormí un rato.

No tuve malos sueños. Nunca había tenido un mal sueño durmiendo en Roma, quizá porque toda la maldad de la vida estaba allí reservada al tiempo de vigilia. Aquello era la sentina de la historia, y era una sentina abierta. No había nada cínico en la gloria de su arte y de su arquitectura. La belleza estaba situada en una línea paralela a la moral, no se tocaban. La fe no tenía tampoco nada que ver con el ser bueno. Lo que soñé fue bastante trivial (que comía un curry en un restaurante al aire libre de Viena, una botella de catchup en la mesa, la orquesta interpretando canciones navideñas a ritmo de vals), pero me sentía sostenido en una especie de colchón neumático de aceptación. Desperté sudando, pero descansado.

Después de cenar, estuve en el Campo dei Fiori, viendo la estatua de Giordano Bruno, el Nolano, como le llamaba Jim Joyce. Nunca se había determinado claramente si había sido quemado allí en efígie o en persona. Le habían perseguido por toda Europa por enseñar la herejía de que el alma o el espíritu no puede existir separado de la materia, que la disensión y la contradicción entre los elementos del universo múltiple han de alabarse y bendecirse porque justifican la existencia de Dios como el único conciliador y unificador. Aunque napolitano, era un auténtico santo patrón de Roma, un presidente de la discordia. Entré en el cine. Al entrar, todos me miraron como una rareza, tanto por mi edad como por mi elegancia. El público se componía casi sólo de juventud internacional, barbados todos y envaquerados, sucios. El local apestaba a orines rancios. Se apagaron las luces y empezaron los siseos y apareció en la pantalla la copia granulosa de *Terzetto*. Tras los títulos principales, aparecí yo en persona en la pantalla, en un gran jardín de hierba afeitada y piscina, sentado en una silla de junco con ropa de tenis, detrás una mesa llena de todos los licores caros que siempre había. Estaba mucho más joven entonces, pero aún así, para el público, era un hombre muy viejo. Hubo gritos de *vafnculo* y *stronzo*, también abucheos y ruidos que hacían soplando en las bolsitas de celofán de los paquetes de cigarrillos. Me habían hecho hablar en buen toscano. Expliqué al público que en la película aparecían tres relatos míos, basados todos en sucesos que había presenciado o que me habían contado durante mi larga vida. Luego, llegó la primera historia, la que había escrito en el viaje en barco a Singapur, sobre la mujer del plantador que se hacía adúltera porque su marido roncaba. Los ronquidos del marido fueron, claro está, aumentados por carraspeos y pedos bucales del público. Yo, el vejestorio intruso, sentado al fondo a la derecha, me puse furioso. Grité: «*Silenzio*», pero la reacción fue petulancia y más estruendo. Los jóvenes se estuvieron más quietos durante el segundo relato, que era sobre un joven norteamericano metido en las drogas cuya madre, por un amor pelicanesco, robaba para comprar cocaína a los traficantes. Luego, apareció en pantalla primo tempo y se encendieron las luces. Muchos me miraron desconcertados. Me parecía a alguien que habían visto en algún sitio, aunque, por supuesto, era mucho más viejo. Tosí brevemente y una chica romana que parecía norteamericana dijo: *Silenzio*. Un romano calvo, hosco y gordo bajó por el pasillo central con una bandeja proclamando con voz ronca y quebrada: *Bebite fredde*. Se apagaron de nuevo las luces y apareció en pantalla un letrero que decía secondo tempo.

Esta tercera historia, la última y más larga, era ésa, bastante bien conocida, creo, del anciano diletante que vive en una magnífica mansión rural de Sussex rodeado de magníficos cuadros, bronce, primeras ediciones de un valor incalculable. Tiene un clavicordio maravilloso de madera de rosal en el que toca corantos y gallardas de Byrd y Weelkes. Un criado fiel y viejo le sirve comidas exquisitas en delicadas porciones y en vajillas de plata; bebe costosos vinos en una copa florentina de cristal tallado. Vive en una torre de marfil o en un Castillo de Axel. Luego, irrumpe el

mundo moderno en la forma de cuatro rufianes con cachiporras y navajas barberas que proceden a destrozarse aquel hermético retiro, tras golpear a los criados y dejarles por muertos. Lo horroroso es que el jefe de los rufianes sabe exactamente lo que hace. Cuando arroja una primera edición en cuarto de Hamlet a la chimenea, discurre doctamente sobre la pésima edición pirata de 1603 de la obra. Habla de incunables. Antes de acuchillar un óleo de Toulouse-Lautrec (en realidad está en la Kunsthaus de Zurich, pero nadie entre el público parecía saberlo), el del propietario gordo y el cajero anémico, comenta lo flojos que son los detalles de primer plano comparados con la magistral economía de medios de la cabeza del propietario. Durante todo este tiempo, el afligido diletante permanece sentado en una silla, atado y amordazado, escuchando incrédulo la burlona muestra de erudición de aquel forajido de acento barriobajero. El forajido interpreta un coranto de John Bull antes de dar la orden de destrozarse el clavicordio. La cámara recorre lentamente la cabeza canosa del viejo y sus rasgos aristocráticos, entre el ruido de crescendos de jubilosa destrucción. Los ojos miran fijos, la respiración se hace más laboriosa, la imagen se borra cuando parece sufrir un ataque cardíaco, la imagen se desvanece. Y, de pronto, aparece él mismo despertando en una cama endoselada estilo Reina Ana. Su mayordomo, ileso y suave, le trae té. Fue todo un sueño, gracias a Dios, gracias a Dios. El público, con conciencia de haber sido engañado, empezó a gruñir.

El anciano diletante, dando un paseo con un perro de aguas y un bastón de empuñadura de plata, Sussex otoñal. De pronto, ve algo y se asusta. Es un grupo de cuatro jóvenes, idénticos a los de su pesadilla. Han encendido una pequeña hoguera en un soto y están asando nabos. Son educados, están desanimados.

Han estado en Kent para la recogida del lúpulo, pero ningún granjero quiso contratarles. No tienen trabajo y tras su almuerzo de nabos medio crudos se dirigirán al albergue de beneficencia más próximo. El viejo vacía el contenido de su cartera: quince libras en billetes y la calderilla. Los jóvenes se muestran agradecidos pero celosos. Le miran mientras se aleja con huesos de viejo, perro de aguas y bastón, de vuelta a la mansión que se recorta en el horizonte. El jefe del grupo dice, con acento barriobajero, que si puede permitirse darles aquella cantidad de dinero de limosna, debe haber mucho más en el sitio de donde aquél procede. «Algunos nacen para ser ricos —dice el joven—, otros para ser pobres. Yo he estudiado en la Biblioteca pública y, ¿de qué me ha servido? Sé todo lo que hay que saber sobre pintores como Toulouse-Lautrec, pero ni siquiera puedo comprar una postal del cuadro del Propietario gordo y el Cajero anémico. Esta noche, asaltaremos esa casa y cogeremos todo lo que podamos». Pero van con sus quince libras y pico al pueblo más cercano y se emborrachan y arman un escándalo. Les detienen, les meten en la cárcel. Allí se tumban y se sumen en un sueño beodo y el joven culto tiene una visión de vandalismo y matanza. Dice: «No, eso no es lo mío». Se queda dormido. Un cuadro final del viejo diletante en su espléndida cama, sonriendo dormido, fin.

No sé si eso habría sucedido de todos modos, o si fue la influencia del último

tercio de la película, llegando en vibraciones por el aire hasta los que no la habían visto. Me refiero a lo que pasó cuando caminaba por la oscura calle lateral que llevaba a las luces y los taxis de la Via Arenula. Tenía ochenta y un años y había vivido en una época violenta, pero, salvo una vez en Niza, nunca había sido realmente víctima de la violencia. La había imaginado, había escrito sobre ella, pero los únicos dolores que había conocido, aparte de las torturas del espíritu, que son tolerables y pueden disiparse con sueño y vino, aparte de dispepsia, dolores en las articulaciones y el tipo de dolor de muelas suave que me habían curado aquella mañana, habían sido indirectos: mi hermana, las víctimas de los campos de concentración, la pobre y querida Dorothy retorciéndose en las pinzas del cáncer. Ahora, a una edad en la que mi cuerpo no estaba bien equipado para asimilarlo, me vi sometido a una agresión física que me hace dudar de la capacidad de la literatura para abordar la realidad humana. Cuatro muchachos romanos saltaron sobre mí desde una calleja lateral. Pertenecían a esa juventud moderna genérica, mucho pelo, buena dentadura, ojos vacuos, lomos finos, puños fuertes.

Querían dinero y lo cogieron. Se llevaron también el reloj. El encendedor que llevaba, regalo de cumpleaños de Alí, el de la cruz maltesa, lo desdeñaron y lo tiraron por la rejilla del desagüe, en cuyo metal dio mi cabeza cuando me derribaron. El robo fue un simple preludio de la violencia gratuita. No les hacía falta buscar mucho para encontrar pretextos para la violencia: mi edad, su juventud, mi riqueza, su pobreza; mi despreciable condición de extranjero pese a las correctas vocales italianas que pronuncié en palabras como *perche?* y *basta*. Pero la violencia no necesita pretextos. Es válida en sí, como el sabor de una manzana. Está incorporada al complejo humano. Me dieron patadas. Me levantaron ensangrentado y gemebundo y, ligero como el cuadro de una bicicleta, pero menos sólido, me sujetaron dos mientras los otros dos me daban puñetazos. Sentí romperse cosas dentro de mí, torpemente, todo acompañado de un resplandor de luces. Me pegaron en la boca con algo metálico y sentí que se me desprendían dientes, uno de ellos, me di cuenta, aquél cuya extracción quirúrgica no había considerado necesaria el dentista. «*Sono vecchio*», gemí. Sí, aceptaron, *vecchio*: eso mereció otro golpe en los secos testículos. «*Basta*», dijo uno de ellos. Eso fue lo último que oí.

Estaba, deduje, en el Ospedale Fatebenefratelli en la Isola Tiberina. En un pabellón particular, por supuesto, hasta el que llegaba el olor del río por la ventana entornada. En lugar de enfermeras había enfermeros, miembros de una orden religiosa de algún tipo, de dulce olor y suaves pisadas. El doctor Pantucci, joven, barbudo, calvicie incipiente, bata blanca, había estudiado un año en Johns Hopkins: insistía en hablarme en inglés. Fracturas múltiples, tres dientes perdidos, el peligro de neumonía evitado, evitado con dificultad, pero evitado.

—Es usted un anciano afortunado —dijo.

Yo estaba encapsulado en yeso y vendajes. Pregunté y me di cuenta de que, con la dentadura afectada, mi voz tenía una resonancia distinta:

—¿Cuánto tiempo?

—¿Cuánto tiempo tendrá que estar aquí? Oh, mucho tiempo. Y, cuando vuelva a casa, tendrá que estar mucho tiempo sin moverse.

—Vivo solo. No tengo a nadie que me cuide.

—Tendrá que contratar enfermeras. En Malta hay buenas enfermeras.

—Tengo problemas en Malta. Tengo que encontrar un medio de ponerme en contacto con mi sirviente. He de hablar con la comisaría del lugar en que vivo.

—No debe ponerse usted nervioso. Los nervios pueden ser un obstáculo para la recuperación. Es necesario que tenga calma. Resignación.

—Pero es que echarán a mi sirviente de la finca. No he podido regularizar su situación.

Vi que había un teléfono blanco junto a la cama instalado sobre un enrejado metálico que podía estirarse y contraerse.

—Si pudiera conseguir el número de la comisaría de policía de Lija, Malta —dije—. Quizá me lo proporcionasen en la Embajada maltesa de aquí.

—No piense ahora en eso. Está usted nervioso. He de darle algo para que duerma.

Aún tardé otros dos días en conseguir que me permitieran hacer aquella llamada telefónica. Mientras hablaba con el inspector de Lija, podía oír mi voz aflautada y silbante como una caricatura de la vejez.

—Oh —dijo—, no sabe cuánto lamento lo que me dice. La ley y el orden son algo necesario en toda ciudad. A su sirviente, le explicamos cuál era su situación. Ya se ha ido. Se quejaba de que no tenía dinero. Fingimos no enterarnos de que tomaba ciertos objetos propiedad de usted y los vendía en el bazar indio de La Valetta. Era algo obligado, no había alternativa, usted no había regresado, no teníamos noticias suyas, ahora veo por qué, lo siento muchísimo.

—¿Qué objetos?

—Un juego de ajedrez, creo. Un cuadro pequeño. Ya lo verá usted cuando vuelva. Se ha ido a Túnez. Las llaves de la casa están enfrente, las tiene la familia Grima.

—¿Sería usted tan amable de informar al cartero de que quiero que me envíen la

correspondencia aquí? Habré de seguir aquí un tiempo. 126, Ospedale Fatebenefratelli...

—¿Eso es todo una palabra?

—Eso es todo una palabra.

—No debe estar usted ausente de Malta demasiado tiempo. Ahora hay nuevas normas en relación con las viviendas como ya sabe.

—¿Qué normas?

—La oficina del Primer Ministro considera que la ausencia durante cierto período de tiempo equivale a abandono permanente de residencia. Hay una ley nueva sobre confiscación de propiedades.

—Pero, maldita sea, yo no puedo evitar estar destrozado y casi muerto. Volveré cuando las autoridades médicas me permitan viajar.

—*Gort verneyflood ablesforth nardfire.*

Esto era que se cortaba la línea. Quedé exhausto. Como después de una caminata.

La correspondencia empezó a llegar al cabo de dos semanas. Dos de los enfermeros me trajeron un saco. No podía abrir ninguna carta, pues tenía un brazo totalmente inútil e inmovilizado en el aire, como en un saludo fascista. El hermano casi subnormal que hacía tareas diversas y había traído, tras un día de viaje, mi equipaje del Rafael, me abrió muy gustoso los sobres y se quedó extasiado con la belleza de los sellos exóticos. Otro hermano, rápido y terrieresco, coleccionaba sellos y manifestó con bufidos su deseo de quedárselos. Había muchos libros: pruebas de imprenta que me enviaban los editores norteamericanos con la esperanza de unas palabras amables y publicables. Los doné a la biblioteca del hospital. Al cabo de dos semanas, llegó un libro que me remitía Geoffrey. Éste no lo doné. Una carta acompañaba al libro. Ésta podía ya sostenerla, aunque débilmente, con ambas manos. Era breve. Decía:

Querido viejo entrañable y sincera aunque intermitentemente amado cabrón. Estoy aquí en ejem debería haber escrito la dirección en la esquina de arriba a la derecha y todo ese domingo escribiendo a casa a mis queridos padre y madre cojones, verdad, aquí en la ciudad de Seattle del estado de Washington y muy bonita, además, realmente, la calle se llama Rainier y el número es el 1075 y estoy con Nahum Brady que ha vuelto a su hábitat nativo para investigar una gran mierda escandalosa e impresionante de libro sobre la gente de la Boeing. Estoy muy bien en realidad y no pienso ir a verte a Londres si a ti te parece bien, así que si fueses tan amable de remitirme la suma en dólares a la dirección de arriba estaría más que satisfecho. Lo que significa que he hecho lo que se me pidió, querido mío, a saber, solicitar que se copien tus archivos y se envíen a Malta, un trabajo fácil ése, y luego, mucho más difícil, corretear por Chicago tras esa prueba detrás de la que andabas, sabes, el milagro del Papa Bujarrón y demás. Por

supuesto que, tratándose de Su Cojonidad, todos los que abordé en el hospital se mostraron dispuestos a declarar de inmediato bajo juramento que le habían visto convertir pis de caballo en Johnny Walker, pero me mostré muy firme, tú ya sabes que puedo serlo mucho, y dije que había un médico concreto y que él era el hombre que debía hacer la disposición opisial; yo estaba borracho, claro, en realidad no he vuelto a estar sobrio desde que aterricé en O'Hare. En fin, para resumir una larga historia, conseguí el nombre y allí estaba el nombre en viejos legajos e informes, e incluso en una placa en la pared en letras de Oro Más Puro como persona que había servido a su país, salvando vidas en vez de quitarlas y demás basura pomposa. Se trataba de un tal doctor B. C. Gimson, bien recordado por los viejos y admirado además porque había escrito y además, querido mío, realmente publicado, una especie de memorias, ese libro que debes tener ahora en tus manos, o más bien en tu regazo, a menos, ja ja, que él o ambos o todos tres estén de jotra manera jocupados ya me entiende usted caballero no queremos problemas eh que no... ah, cuántas veces se te han dicho esas palabras sinceramente. Pero, por supuesto, no había manera de encontrar ningún ejemplar. Se publicó en 1948 y luego se saldó la edición. Y luego el doctor B. C. Gimson sufre un leve accidente en el deporte de planeo al que era extraordinariamente aficionado. Así que me remiten a la viuda, que vive en la lujosa zona residencial de Oak Park, de donde salió el buen Hem, y que sigue como en sus tiempos, innumerables iglesias y ni un bar... qué sed pasé, no te haces idea. Y ella no me ofreció ni una copa, no tenía nada de beber en casa. Casi casi completa y totalmente ciega, querido mío, pero se las arregla sola salvo los vecinos que la ayudan con la compra. Dijo mire en esas estanterías de ahí y usted mismo lo encontrará... *Medie* se titula, *Medie*... yo ya no puedo leer, mis ojos, comprende, una anciana encantadora, aunque realmente, lléveselo a aquella mesa de allí, copie lo que quiera y vuelva a ponerlo donde estaba, es una de mis posesiones más preciadas. Y luego lárguese sin beber una gota. Ay, desgraciadamente me aproveché de la vieja trucha, fingí garrapatear unas cuantas líneas, hice como si colocara otra vez en su sitio el precioso volumen y, en realidad, soy un bicho astuto y desvergonzado, lo metí bajo mi preciosa ganga de cachemira tejida a mano. Cuántos delitos he cometido en tu asqueroso beneficio, viejo asqueroso. En fin, ahí lo tienes. Tienes que buscar en la página 153. No olvides el dinero, ten cuidado con esas piernas tan elegantes aunque tan frágiles. Una caída a tu edad podría ser muy muy desagradable. Estoy esperando algo muy bueno pronto, pronto vendrá, espero, junto los dedos. Tu amante infiel Geoffrey.

El libro tenía aún la sobrecubierta. *Medie*, sí. Con la vara de Esculapio al que Sócrates debía un gallo en la portada. En la parte de atrás, una alegre fotografía del

autor con uniforme militar. La cara no me era familiar. Me sentía reacio a buscar la página 153 demasiado pronto, así que me puse a ojear con cierto dolor, las páginas anteriores. Se trataba de un médico que, tras unos quince años de diversas experiencias hospitalarias y privadas en Illinois, sirvió como oficial médico en el Ejército norteamericano desde Pearl Harbor hasta el final. Su objetivo era mostrar, muy a la manera de Carlo, cómo aprendió a creer en la benevolencia básica y, desde luego, en el valor de seres humanos corrientes; y cómo, tras una adolescencia de lúgubre agnosticismo, llegó a aceptar la idea de un Dios enigmático a veces, pero siempre amorosa. En cuanto a su propio oficio de curar enfermedades, el área de lo inexplicable creció a medida que fue practicando: morían pacientes que deberían haber vivido y viceversa. En la página 153, mencionaba la curación inexplicable de una enfermedad en un hospital de Chicago, y seguía con un farragoso párrafo sobre el posible significado del término *milagro*. En la página 155, que evidentemente Geoffrey no había leído, daba el nombre del niño curado mediante la oración y especulaba sobre el posible futuro de alguien tan señaladamente elegido por el Señor, por favor especial. Entonces, pensé que mis ojos debían engañarme.

Pedí que hiciesen una llamada a monsignor O'Shaughnessy, a su apartamento particular de la Via Giulia. Cuando conseguí localizarle, le hablé de los buenos tiempos del pasado. Aquellos días de las partidas de *bridge* de París, cómo podía él olvidarlo. La voz sonaba empañada por el *whisky*. *Whisky*, *whiskey*, más bien, eso quizás hubiese obstaculizado su promoción. No era ni siquiera obispo. Tenía una serie de tareas diversas en oscuros departamentos del Vaticano. Una de estas tareas era la de hacer santos. No había, claro, muchas ocasiones de hacer santos. Dijo que se acercaría al hospital a verme, aunque no resultaba fácil desplazarse aquellos días. Anno Domini, sabe. Tenía setenta y nueve, dijo. Yo ochenta y uno, dije. ¿De veras, quién lo habría pensado?

Apareció dos días después. Viejo, sí, encurtido en *whisky*, el largo cuello irlandés lo recordaba, los ojos como leche aguada pestañeando neurosis irlandesa, la cara un mapa de un condado irlandés poco poblado con caminos polvorientos que no llevaban a ninguna parte. Se sentó al lado de mi cama. Yo dije:

—Respecto a la canonización de nuestro difunto amigo Carlo. Estoy dispuesto a firmar el impreso correspondiente. Presencí claramente un milagro. Y aquí, en este libro que acaban de mandarme de Estados Unidos, hay pruebas que lo corroboran. Página 153. ¿Puede usted leérmelo? He tenido un accidente. No tengo buena vista.

Se puso unas gafas de montura de concha y chasqueó los labios. No parecía tener demasiado interés por mi accidente.

—¿Una caída, verdad? Vaya, eso es tan fácil a nuestra edad. Un mareo y luego los huesos se rompen. En fin, qué le vamos a hacer.

Colocó el libro muy cerca de los ojos y leyó:

—«Recuerdo el nombre del sacerdote. Era el hermano de un tal señor Campanati, un hombre de negocios bastante conocido de Chicago. El padre Campanati estaba en

el hospital junto con un amigo o pariente inglés, no recuerdo qué, porque su hermano había sido víctima de los bandidos que florecían en aquellos tiempos desdichados. No pudo hacer nada por su hermano agonizante, pero entró en el pabellón público y pasó cerca de donde había un niño que estaba muriéndose de meningitis. Este niño era paciente mío y estaba en la última e irremediable fase de la enfermedad. Sólo con una oración, el padre Campanati consiguió alterar la evolución de la enfermedad y el niño empezó a recuperarse. La recuperación fue increíblemente rápida. Al cabo de dos días, el niño se podía sentar y tomaba alimento ligero. Había llegado al hospital del Hórfanato San Nicolás, una institución no religiosa, pese a su nombre; San Nicolás es el santo patrón de los niños. Y después de su recuperación, el niño fue adoptado cuando aún estaba en el hospital y salió de él con unos padres nuevos». —Monsignor O'Shaughnessy alzó la vista—. Esto parece bastante claro. No hay duda de que debe incluirse en el expediente —bajó la vista de nuevo hacia el libro—. Luego, sigue hablando de su escepticismo respecto a los milagros y cómo ese escepticismo quedó curado por este hecho. Habla también de milagros que presencié como oficial médico en el Ejército; cómo un individuo dijo que se curaría la neumonía bebiendo y se la curó. Eso es interesante, pero no es un milagro.

—Mire en la página 155 —dije.

—Veamos. «Nunca volví a ver al niño después de su adopción y su salida del hospital; pero me he preguntado muchas veces qué habrá sido de él. Recuerdo que de nombre se llamaba Godfrey. El apellido con el que entró no consigo recordarlo; pero recuerdo el apellido con que salió: Manning. La pareja sin hijos que le adoptó no era rica, pero se veía que eran un matrimonio bien avenido. Se lo llevaron a vivir a un hogar humilde pero afectuoso a Decatur, Illinois. Godfrey Manning me pareció un buen nombre, pues unía a Dios y al hombre».

—Bueno —dije yo, con una mezcla de emociones que tuve la sensación de que podría quebrar mi cuerpo del todo si no estuviese firmemente encapsulado en yeso y vendajes—. ¿Significa el nombre algo para usted?

—Es un buen nombre, estoy de acuerdo. No es que los nombres signifiquen gran cosa, no. Un momento, el nombre me recuerda algo. ¿No salió ese nombre en los periódicos?

—Salió en los periódicos aproximadamente por la época de la muerte de Carlo, Su difunta Santidad, diría yo. Un caso terrible. El cuerpo de Cristo sustituido por una pastilla de cianuro. Casi dos mil sacrificados en nombre del Señor. Entre ellos mi sobrina nieta o nieta sobrina. Y su hijo.

—Oh, Dios mío. Oh, Santa Madre de Dios. Ése era el hombre. Oh, Dios nos ampare. Oh, Sagrado Corazón de nuestro Salvador bendito.

Se santiguó varias veces torpemente, como si padeciera el síndrome de Korsakov. Luego, dijo:

—Oh, no es posible. Es una coincidencia. No puede ser que sucediese así.

—¿Y si no es, aunque lo es, una coincidencia?

—El Señor da a todas las criaturas humanas libre albedrío. Si un hombre llega a un mal fin, no podemos acusar de ello al Señor. Esto es sólo algo terrible que ha hecho una criatura humana separada de Dios. No podemos acusar a Dios por aquel terrible Hitler, ¿verdad? O por aquel Mussolini y las demás personas terribles que ha vomitado este siglo terrible. El hombre es una criatura libre, y, a veces, usa su libertad de modos terribles.

—Sí —dije, sin creer tal afirmación. ¿Había sido yo libre? No había sido libre ni un solitario momento de mi vida—. Pero si Dios decide interferir deliberadamente en su creación que es autónoma y opera libremente, qué es lo que significa un milagro... Si salva una vida en vez de otra, ¿qué, entonces? ¿No significa que tiene una intención especial para esa vida? ¿Que aplica la presciencia que normalmente se niega para asegurar la libertad humana?

La última frase me agotó. Suficiente para un día; dejadme descansar; dejadme no pensar en el asunto.

—Como —dije— aquella leyenda de san Nicolás, ya que tiene que intervenir san Nicolás. Bueno, no importa.

—Lo que usted pretende decir de Dios me parece que no puede decirse nunca, comprende, de Dios. Una vez, leí una novela sobre la vida de Lázaro... una novela malvada que encontré en el *quai* de París. Decía que Lázaro había sido resucitado de entre los muertos para que viviese una vida de pecado y fornicación. Era un libro malvado. La imaginación humana es capaz de una terrible cuantía de mal. Dios nos bendiga. Dios nos libre del mal. Sí, sí, conozco esa historia del bendito san Nicolás. Anatole France era un hombre listo, pero, como tantos hombres listos, capaz de una gran perversidad.

—No salió del reino de la imaginación —dije yo—. Dios prefiere el reino de la acción. Si Dios no hubiese salvado a aquel niño... Bueno, olvidémoslo. Déjeme firmar lo que haya que firmar para hacer avanzar a Carlo en el camino de la canonización. Y luego, permítame librarme de él.

—Tenemos muchos otros milagros en el expediente —dijo monsignor O'Shaughnessy—. Bueno, sabe, cosas que habrá que mirar e investigar. Una viejecita recuperó la vista cuando rezaba junto a su tumba. Un dirigente comunista de Bracciano descubrió que podía caminar de nuevo. Su Santidad se le había aparecido en un sueño. No por eso dejó de ser comunista. Su Santidad misma era comunista, dijo él, disculpemos su estupidez. Creo que podemos dejar correr este asunto. Muy polémico. Creo que sería mejor que controlase usted la memoria sobre ese punto. Lo sé, lo sé, difícil a nuestra edad, cuando lo único que recordamos es nuestra juventud. Creo que sería mejor olvidarse de este libro. Tiene ya veintitantos años, por la fecha que veo aquí, no puede haber muchos ejemplares en circulación. Habrá testimonios suficientes para la beatificación, que es la primera etapa, sin introducir una polémica en el asunto.

—Podría incluirse del lado del *advocatus diaboli*.

—Bromea usted. Eso le haría realmente diabólico. No, nos olvidaremos de ello. Por el bien de todos. ¿No es eso lo mejor?

—Los padres —dije, y no me pareció al principio una cosa *a propósito*— son gente terrible. Podemos arreglárnoslas sin padres —avanzando hacia mí con tenazas al rojo vivo, ¿habría sido aquello?—. Las madres son completamente distintas. Nuestra madre la Iglesia. Nuestro Padre del Cielo. Me pregunto si habrá llegado para mí la hora de volver a la Iglesia.

—Claro, nunca ha estado fuera de ella, ¿verdad?

—El carácter de mi tendencia sexual —dije melindrosamente— me impidió desde aproximadamente los catorce años cualquier posibilidad de... —aire, necesitaba aire—. Fue en Dublín donde sucedió, pero olvidémoslo.

—Usted ha terminado ya con la vida de la carne —dijo desenfadadamente—. Sería mejor volver de nuevo, a su edad y en su estado, ésa es mi opinión. Les diré que le manden un sacerdote para que le confiese.

—No —dije—. No, gracias. Gracias, de todos modos, pero no.

—Yo tuve un hermano, Terence se llamaba —dijo monsignor O'Shaughnessy—, que tenía esas ideas disparatadas, había leído demasiados libros malos. Ingresó en el IRA y le mataron los suyos, ¿puede usted concebirlo? Él decía que con nuestra madre la Iglesia uno podía salvarse de la eterna cólera del Todopoderoso, pero sólo si se concentraba en ella como una creación de Jesucristo como el hijo paciente que te protegía del Padre. Que el Padre sólo se mostraba en el trueno y el relámpago y las cosas aterradoras del mundo. Pero el Hijo, decía, no podía ser lo mismo que el Padre. Eso era una herejía terrible, y yo se lo decía. Arrianismo, si conoces el término. En fin, en cuanto a usted, yo empezaría a preparar la confesión. Debe hacer muchísimo que no se ha acercado usted al altar. Y cuando esté preparado, puedo hacer que le manden un sacerdote. Voy a serle franco. Tengo una necesidad imperiosa de beber algo. ¿No tendrá usted algo por ahí escondido en ese armario de ahí?

—Podría mandar a por algo. Tenemos una especie de hermano recadero. Pero suele perderse en el camino. Me temo que llevaría tiempo.

—Bueno, no importa. Una última pregunta, ¿qué fue lo que hablaron su hermana y el Santo Padre cuando él estaba ya muriéndose? Estoy ansioso por saber si sabe usted de qué hablaron.

—Él le dijo —dije claramente— que la amaba. Pero sólo como Dante amaba a Beatriz. Ella personificaba para él la visión divina hecha carne. En cuanto a la carne, él añadió que si hubiera podido conocerla a tiempo, jamás se habría ordenado sacerdote, que le habría pedido que se casara con él. Él no estaba ya *compos mentis* por entonces.

—Oh —e inesperadamente—: «La mujer eterna tira de nosotros hacia arriba», eso lo dijo Goethe. Usted, con todo lo que sabe, quizá conozca la frase en alemán.

—*Ja* —dije—. «*Das Ewig-Weibliche zieht uns hinan*».

—Eso es cierto, y nada lo contradice.

Lo que más aceleró mi recuperación fue una carta del Ministerio de la Vivienda de Malta informándome de que, dado que mi propiedad en Lija llevaba claramente algún tiempo deshabitada, esto se había considerado indicio de mis intenciones de dejar de residir en la isla. El gobierno se hacía cargo de las casas abandonadas de los expatriados, para resolver el problema de la escasez de viviendas entre los malteses nativos. Se me rogaba que depositase las llaves de mi propiedad en la oficina del Ministerio de la Vivienda de Floriana a la mayor brevedad posible. Su obediente servidor, P. Mifsud. Tenía que salir de aquel hospital y coger aquel avión.

Mifsud no vino personalmente. Envió a Azzopardi, Sr., no Fr. Probablemente no hubiera ningún parentesco. Yo estaba en mi silla de ruedas autopropulsada de cromo y cuero cuando llegó y le abrió la puerta María Fenek, mi enfermera de dieciocho años. Me entrevisté con Azzopardi, un joven moreno de blandos ojos negros y largas patillas en mi estudio, con, detrás de mí, en las estanterías, pruebas de mi copiosa producción. Azzopardi me aclaró que estaba haciéndome un favor excepcional al acudir allí: según las leyes, era deber mío ir a verle a él, tintineando servilmente los símbolos metálicos de mi sumisión a la expropiación. Indiqué comedidamente mi estado. Que mi ausencia de Malta había sido impuesta por un acto de violencia gratuita contra mi persona. El necesario, y, podría añadir, caro tratamiento, incluyendo el impuesto de valor añadido, una inmovilidad total que, como podía ver por sí mismo, continuaba, y que no podía parecer adecuado en un hombre de mi estado y de mi reputación propulsarse por carreteras llenas de vehículos las varias millas que había entre Lija y Floriana. Lo entendía muy bien, por eso había dejado su oficina para venir a verme. ¿Tendría ahora la bondad de entregarle las llaves?

—¿Dónde iba a vivir después de que consumase el acto de expropiación?

Eso no era asunto suyo. Había varios hoteles en la isla. Había también hospitales y sanatorios privados.

¿Y si le decía ahora que ya había vendido la propiedad a un inglés deseoso, el pobre, de establecer su residencia en Malta?

Eso iba contra las leyes que, yo evidentemente, no conocía.

Ya no se permitía a los extranjeros vender propiedades a otros extranjeros.

—Soy un hombre muy viejo —dije—. He trabajado muchísimo toda mi vida y creí que me embarcaba para el paraíso. Aunque soy rico, y puedo ser considerado por ello presa legítima por los gobiernos confiscatarios, las riquezas las he ganado legítimamente. He ganado lo que tengo, señor Azzopardi, y no he robado a nadie. Por otra parte, me han robado mucho, y ya estoy harto de que me roben. Veo muy poca diferencia entre la violencia hecha a mi persona en la sagrada Roma y la violencia que su gobierno se propone hacer ahora a mi natural derecho a disfrutar de la posesión y el uso de mi propiedad.

Tal derecho natural no existía. Eran los gobiernos quienes concedían los derechos, no la naturaleza.

—Mis libros, mis papeles, mis muebles... ¿Todo eso también será confiscado? ¿No hay nada aquí que su gobierno me permita considerar mío?

Si los bienes muebles estaban en el lugar en el momento en que el gobierno tomara posesión de él en nombre del pueblo maltés, también se considerarían confiscados. Sin embargo, el gobierno no era ningún monstruo. Se me concederían tres días a partir de aquél para sacar de allí todo lo que pudiera sacarse.

—No tengo teléfono. ¿Sería usted tan amable de ponerse en contacto, en mi

nombre, con los señores Cassar y Cooper, de La Valetta, y pedirles que dispongan el traslado de mis cosas y su transporte a Inglaterra y su almacenaje en un depósito metropolitano de su elección?

Estaba pidiendo mucho, pero entendía mis dificultades y haría bondadosamente todo lo que le había pedido.

—Hay algo más que hará usted por mí —dije—. Y si no lo hace, denigraré el nombre de su gobierno en la prensa mundial como el monstruo que dice usted que no es. No menosprecie el poder de una pluma universalmente conocida y, puedo decirlo, respetada, señor Azzopardi. Traeré aquí fotografías para que testimonien cómo su gobierno arrebató su propiedad a un hombre famoso, viejo, injuriado, enfermo, maltrecho. Dígaselo a su señor Mifsud. Dígaselo también a su Primer Ministro. Y a su arzobispo. Por Cristo Nuestro Señor, en otros tiempos, los destructores británicos habrían destruido una capital desde el río o el puerto, por la más leve sugerencia de que se tratase a un ciudadano británico del modo que me están tratando ustedes. Los tiempos habían cambiado. Aquello ya no era una colonia. Inglaterra ya no tenía ningún poder en el mundo. Tampoco Malta era poderosa por sí sola. Pero tenía amigos poderosos. Mis palabras eran ofensivas. Debía abstenerme de lanzar calumnias contra el Estado maltés y el jefe del Estado elegido. ¿Cuál era la otra cosa que quería pedirle?

—Que preparen —dije— una gran placa redonda para colocarla en la fachada de esta propiedad. En ella se grabarán o escribirán de modo que queden indelebles, las siguientes palabras. Anótelas en su cuadernito. Vamos, señor, *anótelas*, kennet marchal too me y, escritor y dramaturgo inglés, vivió aquí hasta que el gobierno de Malta le expulsó en septiembre de 1971. ¿Lo ha apuntado?

Aquello no podía hacerse. Aquello no era responsabilidad de su Ministerio ni de ningún otro departamento del gobierno. Eso sólo podía hacerlo yo o alguna organización particular interesada, si, claro, el gobierno permitía una placa de tan poco interés para el pueblo maltés en un edificio de su propiedad.

—Claro que se hará —grité furioso—. Y ahora, retire su desagradable y ruin presencia burocrática de lo que es, mientras aún esté aquí, mi propiedad, antes de que me provoque deliberadamente un ataque cardíaco mortal y le maldiga en el momento de la muerte. Yo, señor, he vivido ya mi vida y estoy dispuesto a hacer lo que digo. Fuera, fuera, maldito y asqueroso gusano del queso del mundo moderno.

No era exactamente de este modo cómo yo había previsto mi vuelta a casa.

—Lo llamaré, creo —dije—, *Confabulaciones*.

—Es un título un poco tonto.

—Bueno, piénsalo. En psiquiatría, según ese diccionario, significa reemplazar los huecos dejados por un recuerdo desordenado por experiencias imaginarias desordenadas que se creen ciertas. No es que yo vea la diferencia. Todos los recuerdos son desordenados. La verdad, si no es matemática, es lo que creemos que recordamos.

—Hay otra de esas cosas —dijo Hortense.

Estaba repasando el correo de media mañana. La vista del ojo que le quedaba no era buena y tenía que entrecerrarlo.

—Me parece que viene de Toronto —añadió.

—¿Lo habitual? —pregunté, agrupando mi manuscrito definitivo en el escritorio y cuadrándolo.

—Están clavando el alfiler en la parte del corazón de la imagen. Quieren saber si notas un dolor punzante en el corazón.

—En absoluto. Mi corazón marcha perfectamente. Geoffrey no va a matarme de ese modo.

—¿Por qué quiere tan desesperadamente publicar?

—Dinero dinero dinero. Me dijo Thirlson de Doubleday que recibiría la segunda mitad del adelanto cuando estuviese terminada la autobiografía. No puede terminarse hasta que yo haya muerto. Entretanto, ahí está esto. *Confabulaciones*. Con esto, su obra resultará, espero, un tanto superflua.

Y reí entre dientes, como un viejo malvado.

—Eres un viejo malvado —dijo indulgentemente Hortense.

Pese a tener setenta y tantos años ya, conservaba mucha de su agilidad juvenil, de su gracia, de su fluidez de movimientos. No puedo recordar lo que llevaba puesto aquella mañana, hace justo una semana. Hace demasiado poco tiempo para que pueda recordarlo. Pero recuerdo el parche, un beis apagado que hacía juego con algo. Los zapatos, probablemente, los beis. Miró su reloj de pulsera, uno grande, mayor que los de hombre.

—Ya han abierto —dijo.

Me levanté de la silla, tieso, correcto, con mis ochenta y tantos años. La gran sala de estar de la primera planta resultaba agradable bajo el sol matutino del verano de Sussex que lo bañaba suavemente desde el lado del mar. Las puertaventanas estaban abiertas a él y al jardín en cuesta. Al césped recién segado y a los manzanos. Mis muebles y recuerdos habían encontrado, estaba bastante seguro de ello, su lugar final de reposo. Era una lástima aquel boceto de Picasso que faltaba, pero Allí se encontraba en mayor necesidad que su amo. El busto de bronce mío, que Hortense había amenazado hacía mucho con modelar y al fin había concluido en su cabaña, un

garaje reformado que quedaba a la derecha de la casa, me desafiaba a tomarme en serio, el Gran Autor. Yo nunca me había tomado en serio, pensaba.

—Entonces, vamos, querida —dije.

Salimos por la puerta principal, cogidos del brazo. En la cocina, la señora Hill mezclaba algo sonoramente en un cuenco. En el jardín delantero estaba su marido podando el viejo nogal.

—Buenos días, Tom —dije. Él entonó una hilera de vocales rurales.

—Hablando de Tom —dijo Hortense, mientras caminábamos, sus pasos cortos sólo para adecuarse a los míos, por la leve cuesta que llevaba al Royal Oak—, creo que ese paquete plano que no he abierto debe ser el disco grande. Lo oiremos a la hora de comer.

—La orquesta siempre parece empequeñecida en esas regrabaciones —dije—. Y la voz parece pertenecer a otra era. Las voces actuales intentan mascarte el oído. Aquel jovenzuelo descarado de la televisión de la otra noche, era una cosa increíble, ¿te fijaste?

—Buenos días, señor Toomey. Buenos días, señora Toomey —dijo Jack Laidlow desde detrás de la barra. Era más fácil. Lo de *señora Campanati* no habría resultado en aquel lugar: habría sido como incluir *spaghetti alla carbonara* entre los menús del Royal Oak. Pero eso, sin duda, llegaría. Yo subestimaba, después de tanto tiempo de separación, la capacidad de los ingleses rurales, incluso, para adaptarse a lo exótico. Después de todo, ya había una *pizzería* en Battle. Aun así, con la extinción de la familia Campanati, no tenía mucho sentido izar su pendón en el vacío, y Hortense había vuelto naturalmente al apellido por el que la habían conocido en aquella parte cuando era colegiala. Bajo la presión de las nuevas sufragistas, o lo que fueran, *Miss* y *Mrs.* se estaban fundiendo en el impronunciable *Ms.* Las bocas de Sussex nunca habían diferenciado particularmente entre los dos títulos, ambos derivados de *Mistress*. Los Hill suponían que éramos marido y mujer. Dormíamos en camas estrechas, junto a paredes opuestas del mismo dormitorio de señor o señora. Si uno de los dos gritaba por la noche, el otro estaba sólo a diez vacilantes pasos de distancia. Pero el párroco del pueblo sabía más de nosotros.

—Media pinta del mejor, Jack, por favor. Y un *whisky* con agua.

Entró entonces el párroco del pueblo, el reverendo Bertram Murdoch, un hombre de buena familia de Kent que no tenía que depender de su beneficio para vivir.

—Un Gordon's largo, señor Laidlow, y una pizquita de zumo de lima.

A diferencia de los sacerdotes del catolicismo reformado, vestía, salvo para jugar al *squash* y al criquet, negro clerical con cuello eclesiástico.

—Un día espléndido —dijo—, pero temo un cambio del tiempo. Los campesinos deben estar contentos, al menos teóricamente.

Era un hombre apuesto de pelo gris hierro, de setenta y tantos años, con muy poco sentido del humor.

—Un sermón admirable el de ayer —dije—, si me permite el comentario,

párroco. Y fue usted muy amable al citarme. No tenía por qué haberlo hecho, sabe.

—Yo soy quien tiene que darle las gracias. Ah, tengo noticias para los dos.

Hortense y yo estábamos encaramados en taburetes muy juntos. El párroco metió la cabeza entre las nuestras y dijo, en tono más bajo:

—La misa en latín. El rito tridentino. Se celebrará al amanecer del domingo que viene en la casa de *lady* Fressingfield. Pensé que tal vez les interesara saberlo. La celebrará un joven sacerdote francés llamado *père* Chabrier.

—Como en tiempos de la Reforma —dijo Hortense—. La misa en secreto. ¿Hay allí una «madriguera de sacerdotes», o no se dice así?

—Pensé que podría interesarles saberlo. De vez en cuando pienso que quizá debiera ir yo también. Aunque con eso me resultaría muy largo el domingo.

—Estamos muy satisfechos —dije— con la rama de cristianismo del monarca. Cuando estés en Inglaterra... aun así, resulta emocionante pensar que hay algo de clandestino en ello. Tenemos que ir, Hortense. Incluso podemos confesarnos en francés, imagina, a la luz de las velas, al filo del amanecer. Los pecados siempre suenan más dignamente en francés.

—Sí —dijo el párroco—, como Baudelaire. Es agradable pensar que no tienes que cortar con una fe para pertenecer a otra. Es una reforma gregoriana que todos tenemos que aprobar. Buenos días, señor Amos, señor Catt, señor Willard.

—Aaaargh, párroco.

—¿Sabe usted —preguntó el doctor a Hortense— algo de plantas medicinales?

—Conozco los nombres de algunas. Agrimonia, bistorta, rusco, lisimatia, yerba de París, ulmaria, cicuta... —tembló un poco al decir la última.

—Escrofularia —indiqué yo—, acederilla, tanaceto, anémona, garifolea, sanícula... ¿Por qué lo pregunta?

Era como si estuviesen examinándonos para concedernos el derecho a incorporarnos a la vida rural inglesa.

—Sólo quería saberlo. Viene a cenar el deán rural. Tiene una verdadera obsesión con estas cosas. Yo soy un completo ignorante. Me preguntó si podrían venir ustedes. Es el martes.

—Gracias, sí, no tenemos otra cosa que hacer.

Para comer la señora Hill nos dio aquel día pierna de cordero con salsa de yerbabuena.

—Es curioso —dije— el que Francia considere esto un barbarismo. Recuerdo que mamá mezclaba diligentemente yerbabuena picada con azúcar y vinagre, pero para los demás, y decía que era una herejía anglicana. Esos nuevos estructuralistas franceses rechazan la mezcla de dulce y picante sincrónica para la cocina, dicen que no forma parte de la cultura occidental. Y los ingleses, preguntó alguien. Cerdo asado y salsa de manzana y demás. Creo que es el propio Lévi-Strauss quien dice que los ingleses no pertenecen a la cultura occidental.

—Aquí está la canción sobre París —dijo Hortense.

Tommy Toomey extraído del pasado y cantando y hablando en un disco de larga duración para una generación nueva. Aquella voz clara fue soltando mi vieja letra mientras tomábamos tarta de manzana y crema.

Cuando hayas cenado
Buscarás
Alguna *boîte*
En la cual
Estén inclinados
a l'érotique
Mantenla bien enlazada
Hasta que tu mente
se tambalee

—Todo sacado de mi imaginación juvenil —dije humildemente.
—Sssss.

Cuando hayáis bailado
El azar os llevará a donde
El aire
Esté embalsamado
Con la primavera de París...

Tomamos café sentados en nuestros sillones y oímos la otra cara del disco.
Un monólogo de Tom.

Era cuestión de desenganchar de la pared del comedor el altavoz y trasladarlo, con su largo cable, allí al cuarto de estar.

—Nunca he oído esto —dije.

—Ni yo. Estábamos fuera. No estábamos en casa.

Tom, aunque había muerto antes de la invasión nazi de Europa, había imaginado una Inglaterra ocupada en la que los jóvenes de una escuela rural, como la que había allí justo al fondo de la carretera, eran adoctrinados por un *Erziehungsfeldwebel*. Allí estaba la voz del sargento: «Ja, hijoz míoz, hay una kosa que aprendemoz antez de empezar, y eso es muy como decís vosotros grosero. ¿Vosotros veis el Himmel, el cielo arriba alto? Eso es alto, *high*, y vosotros sois pequeños, ¿eh? Vosotros sois más pequeños que el cielo, *littler*. ¿De acuerdo? Y le metemos una pequeña hache y se convierte en *highl hittler*. ¿No es maravilloso?».

—Oh Dios mío —dije—. Habría sido exactamente así.

—Nunca había oído eso, tampoco.

Era Tom como una madre buena pero irascible con dos hijos. Se habían trasladado a una casa nueva, y los niños, durante el traslado, habían estado con una tía en algún sitio. Ahora, les enseñaba la nueva casa y los nuevos muebles.

—Niños, empezaremos por explicar cómo tienen que ser aquí las cosas. No *tocaréis* nada, ¿entendido? Debajo de aquel cojín, hay un animal de cinco patas al que le gusta vivir sin que le molesten. Si se mueve el cojín, muerde. Allí, ¿me habéis oído? Muy bien, haced lo que queráis, pero *lo sabéis*. Detrás del cuadro titulado *Fiel hasta la muerte*, hay un agujero grande cuadrado y en él toda una colonia de orugas terribles que *pican*. Y en la cisterna del retrete, niños, hay una inmensa araña multicolor que está deseando tener una oportunidad de *atacar ferozmente*. No la molestéis, entendido, Hortense, Kenneth...

—Oh, Dios mío —dije yo de nuevo.

—No la molestéis, dejadla en paz —dijo la voz maternal de Tom; siguió un espasmo de tos—. Vaya, niños debería haber dejado en paz yo los cigarrillos, ¿verdad? Cuf cuf cuf, caramba —el disco se había parado.

—Pobre Tom —dije.

—¿Qué quieres decir con eso de *pobre Tom*? —preguntó Hortense—. No hay por qué compadecer a Tom. Fue el único hombre verdaderamente bueno que he conocido. Si creyera en los santos, rezaría a Tom.

Aquella noche, como hacíamos casi siempre, vimos la televisión. Nuestras largas vidas se refractaban muchas veces por la pantalla: una referencia en una entrevista con el arzobispo de York al neogregorianismo; un hombre con un micrófono en una galería de arte de Birmingham, con una pequeña escultura metálica de Hortense brillando apagadamente y menospreciada al fondo, mientras el individuo hablaba de la excelencia de Ahmar o Kokinos o Vermelho; un comentario despectivo para Maugham o Toomey, en un programa titulado *Escaparate de libros de bolsillo*; como la noche aquella, una vieja película con música de Domenico Campanati.

—No era malo —diría Hortense entre dientes, cuando sus trompetas enmudecidas indicaban amanecer en el mar o sus instrumentos de cuerda amontonados eran un lecho para la pasión física—. Creo que ninguno de nosotros fuimos malos realmente. Teníamos buenas intenciones, en realidad.

Los días y las noches de calma y calidez se disolvieron aquella noche en violenta lluvia y truenos y crípticos y breves mensajes de relámpagos sobre el canal.

—Él posa su planta en el mar —cité, del servicio religioso del domingo, mientras miraba hacia fuera por las puertaventanas— y cabalga en la tormenta. El viejo cabrón. ¿Nos dejará dormir?

—Se le persuadirá para que nos deje. Ése es mi único artículo de fe.

Cuando nos fuimos a la cama aún seguía vaciándose el cielo. El trueno atronó sobre el tejado y, en el mismo instante de un relampagueo azul, oí el *crack* y el empapado ojoso y múltiple retumbar de, sin duda, aquel roble del campo de enfrente, el de Penney. Esperé, como hacía siempre, a que mi hermana empezara a respirar pausadamente después de su barbitúrico, uno solo. Luego me giré, viejo saco de huesos, hacia el lado izquierdo y me encaminé hacia el breve dormir que terminaría, lo sabía, con una hora de espera para el coro del alba. Conseguí idear, quizás el lector

lo recordará, un principio adecuado. Los finales siempre me han resultado, a lo largo de toda mi carrera literaria, terriblemente difíciles. Gracias a Dios, o a lo que sea, las últimas palabras no eran para mi pluma. Y, gracias a ese mismo lo que sea, su garrapateo no podía, dada la naturaleza de las cosas, demorarse mucho más. Esperé no tener malos sueños.

Mónaco 1980

Notas

[1] Otras opciones descartadas —así se la menciona en entrevistas y en cartas— fueron Los instrumentos de las tinieblas, El príncipe de los poderes del aire, Poder absoluto y Poder eterno. En confianza, Burgess se refería a ella como La novela del Papa o Novela Número 20. <<

[2] A saber, como apuntó en su momento John Leonard en The New York Times: «La comida, la música, la lingüística, James Joyce, Dante, William Shakespeare, el Lejano Oriente, la cultura mediterránea y las películas». <<

[3] El libro le llevó unos seis años, todo un record de lentitud para él, escribiendo en rachas de tres o cuatro páginas diarias. <<

[4] Advertencia pertinente: A partir de este punto se comentan y anticipan varios momentos del argumento del libro, por lo que el lector quizá prefiera detenerse aquí y regresar a esta introducción una vez concluida la lectura de la novela. <<

[5] Escritor al que Burgess admiraba por sus relatos calificándolos como «lo más cercano que tenemos en nuestro idioma a los contes de Maupassant». Algunos críticos han querido detectar en Toomey, también, algunos toques de E. M. Forster, Norman Douglas, P. G. Woodhouse y Graham Greene, este último protagonista de una agria polémica con Burgess por cuestiones religiosas y literarias. <<

[6] Por citar tan sólo uno de los muchos guiños más o menos cómplices, la dirección de la casa de Toomey en Malta se corresponde con la de la casa donde vivió Burgess. Y está claro que el inculto director de cine Labrick o Lubrick no es otra cosa que un dardo envenenado lanzado a Stanley Kubrick, responsable de la adaptación cinematográfica de La naranja mecánica y a quien Burgess consideró un traidor por dejarlo solo cuando tuvo lugar la violenta polémica por la película en cuestión. <<

[7] No es casual que, en las páginas de su autobiografía dedicadas a Poderes terrenales, Burgess mencione como influencia directa a El buen soldado de Ford Madox Ford: acaso la novela paradigmática y más perfecta sobre el narrador como entidad ambigua. <<

[8] En su *The Real Life of Anthony Burgess* (2005). Andrew Biswell se refiere así a *Poderes terrenales*: «Abarcando más de ochenta años, *Poderes terrenales* es un sombrío catálogo de los horrores del siglo xx desparramados por Inglaterra, Estados Unidos, Malta, Italia, Francia, Alemania, Mónaco, Malasia, Australia y Africa. Entre otras cuestiones, esta novela vasta y energética se ocupa del auge y caída del modernismo, el fracaso de la religión ortodoxa, los cultos suicidas, las blasfemias, la pornografía, la apostasía, la teología, los milagros, el Holocausto, el canibalismo y el persistente problema del Mal». <<

[9] Apreciada en la actualidad, como parte de un género hoy saturado por códices, catedrales y afines, Poderes terrenales permite también —en perspectiva— una reflexión sobre la decadencia de la literatura popular y lo que se supone debe o debería ser un divertimento inteligente. Leída y disfrutada esta novela de Burgess, se admira la dificultad superada y el talento certificado para crear un producto «mixto» —donde la diversión no esté reñida con la reflexión— y se comprende que toda teoría sobre la crisis de la literatura es un despropósito. La literatura nunca ha estado en crisis —basta buscarla para encontrarla—; lo que sí está en crisis es el *best-seller*, la edición de *best-sellers* y, especialmente, el lector de *best-sellers*. <<

[10] En una ocasión, interrogado acerca de su método de trabajo, Burgess respondió: «Empiezo por el principio, llego al final, y entonces me detengo». Su objetivo era escribir —sin feriados ni vacaciones— un mínimo de 1000 palabras al día y su hora favorita del día era la tarde «ya que la mente inconsciente tiene el hábito de hacer valer sus derechos por la tarde. La mañana es un tiempo consciente, pero la tarde es una hora en la que deberíamos tratar mucho más con el interior de la conciencia». <<

[11] Para una condensación de las preocupaciones religiosas de la novela, el lector hará bien en detenerse en el capítulo 44 de Poderes terrenales donde Toomey lee el borrador de un tratado teológico firmado por el futuro Papa. <<

[12] Se trataba de un viejo proyecto de Burgess, quien ya había prometido escribir una «gran novela» —los ochenta y un capítulos del libro parecen reflejar los ochenta y un años del narrador— sobre el papado desde la finalización de Sinfonía napoleónica en 1973. La idea de hacer algo con un «villano papal» ya aparece en una carta del 11 de septiembre de 1970 y en un mensaje a los lectores del Times Literary Supplement publicado en marzo de 1973, Burgess comunicaba que ya tenía las primeras cuarenta páginas. <<

[13] La novela recibió un trato acorde con las intenciones de su autor: Michael Korda —editor en Simon and Schuster— pagó un adelanto de 275 000 dólares y se imprimieron 100 000 ejemplares. La paga en la madre patria fue más modesta: Hutchinson desembolsó 40 000 libras esterlinas. <<

[14] George Belmont, editor de Burgess en Editions Laffont, le envió al escritor un telegrama donde se leía: «Siempre supe que sería tu Ulysses». <<

[15] En un mundo perfecto o, por lo menos, más justo, Poderes terrenales sería también una de esas perfectas miniseries producidas por la cadena HBO. <<